

SANCTI AURELII AUGUSTINI HIPPONENSIS EPISCOPI ENARRATIONES IN
PSALMOS. (C,S)

PSALMI PRIMI ENARRATIO.

1. [vers. 1.] *Beatus vir qui non abiit in consilio impiorum*: de nuestro Señor Jesucristo, es decir, del hombre del Señor, debe entenderse. *Beatus vir qui non abiit in consilio impiorum*: como el hombre terrenal que consintió con su esposa engañada por la serpiente, para transgredir los mandamientos de Dios. *Et in via peccatorum non stetit*: porque vino en la vía de los pecadores, naciendo como los pecadores; pero no se detuvo, porque no lo retuvo la tentación mundana. *Et in cathedra pestilentiae non sedit*: no quiso el reino terrenal con soberbia; que por eso se entiende correctamente como *cathedra pestilentiae*, porque casi nadie carece del amor de dominar y no busca la gloria humana; pues la pestilencia es una enfermedad que se extiende ampliamente, envolviendo a todos o casi todos. Aunque más adecuadamente se entienda *cathedra pestilentiae* como doctrina perniciosa, cuyo discurso se extiende como cáncer (II Tim. II, 17). Luego debe considerarse el orden de las palabras, *abiit*, *stetit*, *sedit*: porque se fue cuando se apartó de Dios; se detuvo cuando se deleitó en el pecado; se sentó cuando, confirmado en su soberbia, no pudo regresar, a menos que fuera liberado por aquel que ni fue en el consejo de los impíos, ni se detuvo en la vía de los pecadores, ni se sentó en la *cathedra pestilentiae*.

2. [vers. 2.] *Sed in lege Domini fuit voluntas ejus, et in lege ejus meditabitur die ac nocte*. La ley no está puesta para el justo, como dice el Apóstol (I Tim. I, 9); pero es diferente estar en la ley que bajo la ley: quien está en la ley, actúa según la ley; quien está bajo la ley, es guiado por la ley. Aquel, por tanto, es libre, este es siervo. Además, es diferente la ley que se escribe e impone al siervo; y otra la ley que se contempla con la mente, por aquel que no necesita letras. *Meditabitur die ac nocte*: o se entiende sin interrupción; o de día en la alegría, de noche en las tribulaciones; pues se dice: Abraham vio mi día y se alegró (Juan VIII, 56); y de la tribulación se dice: Aun hasta la noche me corrigieron mis riñones (Sal. XV, 7).

3. [vers. 3.] *Et erit tanquam lignum quod plantatum est secundum decursus aquarum*: es decir, o según la misma Sabiduría, que se dignó asumir al hombre para nuestra salvación; para que el mismo hombre sea el árbol plantado según el curso de las aguas: pues también puede entenderse con esta interpretación lo que se dice en otro salmo: El río de Dios está lleno de agua (Sal. LXIV, 10). O según el Espíritu Santo, según el cual se dice: Él os bautizará en el Espíritu Santo (Mat. III, 11); y aquello: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba (Juan VII, 37); y aquello: Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te pide agua; le habrías pedido a él, y él te habría dado agua viva, de la cual quien beba no tendrá sed jamás; sino que se convertirá en él en una fuente de agua que salta para vida eterna (Juan IV, 10, 13, 14). O según el curso de las aguas, según los pecados de los pueblos, porque también las aguas se interpretan como pueblos en el Apocalipsis (Apoc. XVII, 15); y el curso no se entiende absurdamente como caída, lo que pertenece al delito. Aquel árbol, es decir, nuestro Señor, de las aguas que fluyen, es decir, de los pueblos pecadores, atrayéndolos en el camino a las raíces de su disciplina, dará fruto, es decir, establecerá Iglesias; en su tiempo, es decir, después de haber sido glorificado por la resurrección y ascensión al cielo. Entonces, enviado el Espíritu Santo a los Apóstoles, y ellos confirmados en su confianza y dirigidos a los pueblos, fructificó Iglesias. *Et folium ejus non decidet*: es decir, su palabra no será en vano; porque toda carne es heno, y la gloria del hombre como la flor del heno: el heno se seca, y la flor cae, pero la palabra del Señor permanece para siempre (Is. XL, 6-8). *Et omnia quaecumque fecerit prosperabuntur*: es decir, todo lo que ese árbol traiga; que todo debe entenderse como frutos y hojas, es decir, hechos y palabras.

4. [vers. 4.] Non sic impii, non sic: sed tanquam pulvis quem projicit ventus a facie terrae. Aquí se debe entender la tierra como la misma estabilidad en Dios, según lo que se dice: El Señor es la parte de mi herencia, y mi herencia es gloriosa para mí (Sal. XV, 5, 6); según esto se dice: Espera en el Señor, y guarda sus caminos, y él te exaltará para que poseas la tierra (Sal. XXXVI, 34); según esto se dice: Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra (Mat. V, 4). La similitud se toma de aquí; porque así como esta tierra visible nutre y contiene al hombre exterior, así aquella tierra invisible al hombre interior. De la faz de esta tierra el viento arroja al impío, es decir, la soberbia, porque infla. Evitándola aquel que se embriagaba de la abundancia de la casa de Dios, y bebía del torrente de sus delicias, dice: No venga a mí el pie de la soberbia (Sal. XXXV, 9, 12). De esta tierra lo arrojó la soberbia a aquel que dijo: Pondré mi trono al norte, y seré semejante al Altísimo (Is. XIV, 13, 14). De la faz de esta tierra también lo arrojó a aquel que, habiendo consentido y probado del árbol prohibido, para ser como Dios, se escondió de la faz de Dios (Gen. III, 6, 8). Que esta tierra pertenece al hombre interior, y de allí la soberbia arroja al hombre, se puede entender principalmente en lo que está escrito: ¿Por qué se enorgullece tierra y ceniza? porque en su vida arrojó sus entrañas (Eclo. X, 9, 10); de donde fue arrojado, no absurdamente se dice que se arrojó a sí mismo.

5. [vers. 5.] Ideo non resurgunt impii in iudicio: por eso, ciertamente, porque son arrojados como polvo de la faz de la tierra. Y bien se les dijo que se les quitaría lo que los soberbios ambicionan, es decir, que juzguen, para que esto mismo se entienda más claramente en la siguiente sentencia: Neque peccatores in consilio justorum. Suele repetirse de este modo más claramente lo que se dice arriba, para que los pecadores se entiendan como impíos; y lo que se dijo antes en el juicio, aquí se diga en el consejo de los justos. O ciertamente si los impíos son diferentes de los pecadores; aunque todo impío es pecador, no todo pecador es impío. Impii non resurgunt in iudicio: es decir, resurgirán, pero no para ser juzgados, porque ya están destinados a penas certísimas; los pecadores no resurgirán en el consejo de los justos, es decir, para juzgar, pero tal vez para ser juzgados, para que de ellos se diga: La obra de cada uno, cual sea, el fuego la probará: si la obra de alguno permanece, recibirá recompensa: si la obra de alguno se quema, sufrirá pérdida; pero él mismo será salvo, aunque así como por fuego (I Cor. III, 13-15).

6 [vers. 6.] Quoniam novit Dominus viam justorum. Así como se dice, la medicina conoce la salud, pero no conoce las enfermedades; y sin embargo, también las enfermedades se conocen por el arte de la medicina; así se puede decir, que el Señor conoce el camino de los justos, pero no conoce el camino de los impíos; no porque el Señor no sepa algo, y sin embargo dice a los pecadores: No os conozco (Mat. VII, 23). Iter autem impiorum peribit, se ha puesto por lo mismo que si se dijera: Iter autem impiorum non novit Dominus. Pero se ha dicho más claramente, para que esto sea desconocido por el Señor, lo que es perecer, y esto sea conocido por el Señor, lo que es permanecer: para que pertenezca al conocimiento de Dios el ser, y a la ignorancia el no ser; porque el Señor dice: Yo soy el que soy; y: El que es, me ha enviado (Exod. III, 14).

IN PSALMUM II ENARRATIO.

1. [vers. 1, 2.] Utquid fremuerunt gentes, et populi meditati sunt inania? Astiterunt reges terrae, et principes convenerunt in unum, adversus Dominum, et adversus Christum ejus. Por lo que se ha dicho utquid, como si se dijera, en vano: pues no cumplieron lo que querían, que Cristo fuera extinguido; esto se dice de los perseguidores del Señor, que también se mencionan en los Hechos de los Apóstoles (Hech. IV, 26).

2. [vers. 3.] *Disrumpamus vincula eorum, et abjiciamus a nobis jugum ipsorum.* Aunque también pueda entenderse de otra manera, sin embargo, se toma más adecuadamente desde la persona de aquellos que dijo que meditaban en vano; para que esto sea, *Disrumpamus vincula eorum, et abjiciamus a nobis jugum ipsorum*, esforcémonos para que no nos ate, ni se nos imponga la religión cristiana.

3. [vers. 4.] *Qui habitat in coelis irridebit eos, et Dominus subsannabit eos.* La sentencia se ha repetido: pues por lo que es, *Qui habitat in coelis*, se ha puesto subsecuentemente, *Dominus*; y por lo que es, *irridebit*, se ha puesto subsecuentemente, *subsannabit*. Sin embargo, nada de esto debe entenderse carnalmente, como si Dios riera con la boca, o se burlara con la nariz: sino que debe tomarse la fuerza que da a sus santos, para que viendo el futuro, es decir, el nombre de Cristo y su dominio extendiéndose a las generaciones y alcanzando a todas las naciones, entiendan que ellos meditaban en vano; pues esta fuerza por la cual estas cosas fueron previstas, es la irrisión de Dios y la burla. *Qui habitat in coelis, irridebit eos*: si tomamos los cielos como las almas santas, por ellas, ciertamente previendo lo que ha de venir, Dios se burlará de ellos y se reirá.

4. [vers. 5.] *Tunc loquetur ad eos in ira sua, et in furore suo conturbabit eos*: pues mostrando más claramente cómo les hablará, dijo, *conturbabit eos*; para que *in ira sua*, sea lo mismo que *in furore suo*. La ira y el furor del Señor Dios no deben entenderse como perturbación de la mente, sino como la fuerza con la que castiga justísimamente, teniendo a toda la creación sujeta a su servicio. Principalmente debe verse y mantenerse lo que está escrito en Salomón: Pero tú, Señor de las virtudes, juzgas con tranquilidad, y con gran reverencia nos dispones (Sab. XII, 18). Por tanto, la ira de Dios es el movimiento que se produce en el alma que conoce la ley de Dios, cuando ve que la misma ley es transgredida por el pecador; pues por este movimiento de las almas justas se castigan muchas cosas. Aunque también se puede entender correctamente la ira de Dios como la misma oscuridad de la mente, que sigue a aquellos que transgreden la ley de Dios.

5. [vers. 6.] *Ego autem constitutus sum rex ab eo super Sion montem sanctum ejus, praedicans praeceptum Domini*: desde la persona de nuestro Señor Jesucristo estas cosas son manifiestas. Sion, si significa especulación, como algunos interpretan, no debemos entender nada más que la Iglesia, donde diariamente se eleva la intención para contemplar la claridad de Dios, como dice el Apóstol: Pero nosotros, con el rostro descubierto, contemplando la gloria del Señor (II Cor. III, 18). Por tanto, este es el sentido: Yo, sin embargo, he sido constituido rey por él sobre su Iglesia santa, a la que llama monte por su eminencia y firmeza. *Ego autem constitutus sum rex ab eo*: yo, ciertamente, de quien ellos meditaban romper las cadenas y desechar el yugo. *Praedicans praeceptum ipsius*: ¿quién no siente esto, cuando se hace diariamente?

6. [vers. 7.] *Dominus dixit ad me: Filius meus es tu, ego hodie genui te.* Aunque también puede parecer que se dice proféticamente de aquel día en que Jesucristo nació según el hombre; sin embargo, *hodie* porque significa presencia, y en la eternidad no hay nada pasado, como si hubiera dejado de ser; ni futuro, como si aún no fuera; sino solo presente, porque todo lo que es eterno, siempre es; se entiende divinamente según lo que se dice, *Ego hodie genui te*, donde la fe más sincera y católica predica la generación eterna de la virtud y sabiduría de Dios, que es el Hijo unigénito.

7. [vers. 8.] *Postula a me, et dabo tibi gentes haereditatem tuam.* Esto ya temporalmente según el hombre asumido, que se ofreció a sí mismo como sacrificio por todos los sacrificios,

que también intercede por nosotros (Rom. VIII, 34); para que todo el mismo plan temporal, que se hizo por el género humano, se refiera a lo que se dice, *Postula a me*; para que las naciones se unan al nombre cristiano, y así sean redimidas de la muerte, y poseídas por Dios. *Dabo tibi gentes haereditatem tuam*, para que las poseas para su salvación, y que te fructifiquen espiritualmente. *Et possessionem tuam terminos terrae*. Lo mismo se ha repetido: *terminos terrae*, se ha puesto por lo que se dice, *gentes*; pero esto más claramente, para que entendamos todas las naciones: *possessionem autem tuam*, por lo que se dice, *haereditatem tuam*.

8. [vers. 9, 10.] *Reges eos in virga ferrea*: en justicia inflexible. *Et tanquam vas figuli conteres eos*; es decir, destruirás en ellos las concupiscencias terrenales, y los negocios lodosos del hombre viejo, y todo lo que del barro pecador se ha contraído y adherido. *Et nunc, reges, intelligite: et nunc, es decir, ya renovados, ya destruidos los cobertores lodosos, es decir, los vasos carnales del error que pertenecen a la vida pasada: ahora entendéis ya reyes, es decir, ya capaces de gobernar todo lo que en vosotros es servil y bestial; y ya capaces de luchar, no como golpeando el aire, sino castigando vuestros cuerpos, y poniéndolos en servidumbre (I Cor. IX, 26, 27). Erudimini, omnes qui judicatis terram*. Esto mismo se ha repetido: *erudimini*, por lo que se dice, *intelligite*; *qui judicatis autem terram*, por lo que se dice, *reges*. Pues significa a los espirituales que juzgan la tierra: lo que juzgamos está debajo de nosotros; pero lo que está debajo del hombre espiritual, con razón se llama tierra, porque está herido por la mancha terrenal.

9. [vers. 11.] *Servite Domino in timore*: para que no se convierta en soberbia lo que se dice, *reges qui judicatis terram*. *Et exultate ei cum tremore*: se ha añadido muy bien *exultate*, para que no parezca que lo que se dice, *servite Domino in timore*, vale para la miseria. Pero de nuevo, para que esto mismo no se convierta en temeridad, se ha añadido, *cum tremore*; para que valga para la cautela y la custodia circumspecta de la santificación. También se puede entender así, *Et nunc reges intelligite*, es decir, Y ya ahora que yo he sido constituido rey, no estéis tristes, reyes de la tierra, como si se os hubiera quitado vuestro bien; sino más bien entendad, y sed instruidos. Pues esto os conviene para que estéis bajo aquel de quien se os da el entendimiento y la instrucción. Y esto os conviene, para que no dominéis temerariamente; sino que sirváis al Señor de todos con temor, y exultéis en la beatitud certísima y sincerísima, cautos y circunspectos para no caer de ella por la soberbia.

10. [vers. 12.] *Apprehendite disciplinam, nequando irascatur Dominus, et pereatis de via justa*: esto es lo que dice, *intelligite, et erudimini*; pues entender y ser instruido, esto es *apprehendere disciplinam*. Sin embargo, en lo que se dice, *apprehendite*, se significa suficientemente un cierto auxilio y defensa contra todo lo que podría dañar, si no se tomara con tanto cuidado. *Nequando autem irascatur Dominus*, se ha puesto con duda; no según la visión del Profeta, a quien le es cierto, sino según aquellos mismos que son advertidos; porque con duda suelen pensar en la ira de Dios, aquellos a quienes no se les revela abiertamente. Por tanto, esto deben decirse a sí mismos: *Apprehendamus disciplinam, nequando irascatur Dominus, et pereamus de via justa*. Ahora bien, *irascatur Dominus*, cómo debe entenderse se ha dicho arriba. *Et pereatis de via justa*: este es un gran castigo, que temen aquellos que han percibido algo de la dulzura de la justicia; pues quien peca de la vía de la justicia, errará con gran miseria por las vías de la iniquidad.

11. [vers. 13.] *Cum exarserit in brevi ira ejus, beati omnes qui confidunt in eo*: es decir, cuando venga la venganza, que se prepara para los impíos y pecadores, no solo no tocará a aquellos que confían en el Señor, sino que también servirá para instruir y elevar su reino. Pues no dijo: *Cum exarserit in brevi ira ejus, securi omnes qui confidunt in eo*, como si solo

tuvieran de ello que no serán castigados; sino beati dijo, donde está la suma y cúmulo de todos los bienes. Pero lo que se ha puesto, in brevi, creo que significa, porque será algo repentino, mientras los pecadores lo consideran remoto y lejano.

IN PSALMUM III ENARRATIO. Psalmus David, cum fugeret a facie Abessalon filii sui.

1. [vers. 1.] Este salmo debe interpretarse desde la perspectiva de Cristo, como lo sugiere la frase: "Yo dormí y tomé sueño; y me levanté, porque el Señor me sostendrá". Esto resuena más con la pasión y resurrección del Señor que con la historia en la que se narra que David huyó de su hijo que se levantó en su contra (II Sam. XV, 17). Y dado que está escrito sobre los discípulos de Cristo: "Mientras el esposo está con ellos, los hijos del esposo no ayunan" (Mat. IX, 15), no es sorprendente que su hijo impío se refiera al discípulo impío que lo traicionó. Aunque históricamente se puede entender que huyó de su presencia cuando se retiró con los demás al monte, espiritualmente se puede interpretar que el Hijo de Dios, es decir, la virtud y sabiduría de Dios, abandonó la mente de Judas cuando el diablo lo invadió por completo, como está escrito: "Y el diablo entró en su corazón" (Juan XIII, 2), y se puede entender que Cristo huyó de su presencia; no porque Cristo cediera al diablo, sino porque al retirarse Cristo, el diablo lo poseyó. Creo que esta retirada se llama huida en este salmo por la rapidez, lo cual también se indica con las palabras del Señor: "Lo que haces, hazlo pronto" (Juan XIII, 27). También hablamos así en el uso común, diciendo: "Se me escapó", cuando algo no viene a la mente; y de una persona muy sabia decimos: "Nada se le escapa". Por lo tanto, la verdad huyó de la mente de Judas cuando dejó de iluminarlo. Absalón, como algunos interpretan, se traduce al latín como "Paz del Padre", lo cual puede parecer extraño, ya sea en la historia de los Reyes, cuando Absalón hizo la guerra contra su padre, o en la historia del Nuevo Testamento, cuando Judas fue el traidor del Señor, cómo se puede entender como "Paz del Padre". Pero también allí, quienes leen con atención ven que en esa guerra David fue pacífico con su hijo, quien incluso lloró con gran dolor su muerte, diciendo: "Absalón, hijo mío, ¿quién me diera morir por ti?" (II Sam. XVIII, 33). Y en la historia del Nuevo Testamento, la paciencia tan grande y maravillosa de nuestro Señor, que lo soportó tanto tiempo como si fuera bueno, aunque no ignoraba sus pensamientos, lo invitó al banquete en el que entregó y recomendó a sus discípulos la figura de su cuerpo y sangre (Juan XIII), y finalmente en la misma traición recibió un beso (Mat. XXVI, 49), se entiende bien que Cristo mostró paz a su traidor; aunque él estaba devastado por la guerra interna de tan malvados pensamientos. Y por eso se dice que Absalón es la "Paz del Padre", porque el padre tenía paz, que él no tenía.

2. [vers. 2, 3.] Señor, ¿por qué se multiplican los que me afligen? Se han multiplicado tanto que incluso del número de discípulos no faltó quien se uniera al número de los perseguidores. Muchos se levantan contra mí: muchos dicen a mi alma: No hay salvación para él en su Dios. Es evidente que si no desearan de que resucitara, no lo habrían matado. A esto se refieren aquellas voces: "Descienda de la cruz, si es el Hijo de Dios"; y: "A otros salvó, a sí mismo no puede" (Mat. XXVII, 42). Por lo tanto, Judas no lo habría traicionado si no fuera del número de los que despreciaban a Cristo, diciendo: "No hay salvación para él en su Dios".

3. [vers. 4.] Pero tú, Señor, eres mi protector: se dice a Dios según el hombre; porque la protección del hombre es el Verbo hecho carne. Mi gloria: llama a Dios su gloria incluso aquel a quien el Verbo de Dios acogió de tal manera que se hizo Dios con él. Aprendan los soberbios, que no escuchan de buen grado cuando se les dice: "¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido?" (I Cor. IV, 7). Y levantando mi cabeza: creo que aquí se debe entender la mente humana misma, que no

se llama absurdamente la cabeza del alma, que se unió y de alguna manera se fusionó con la eminente superioridad del Verbo que acogió al hombre, para que no fuera abatida por la gran humildad de la pasión.

4. [vers. 5.] Con mi voz clamé al Señor: es decir, no con la voz del cuerpo, que se emite con el ruido del aire golpeado; sino con la voz del corazón, que calla para los hombres, pero suena como un clamor para Dios. Con esta voz fue escuchada Susana (Dan. XIII, 44): y de esta voz el mismo Señor ordena que se ore en los aposentos cerrados, es decir, en los secretos del corazón sin ruido (Mat. VI, 6). Y no se puede decir fácilmente que se ora menos con esta voz si no se emite ningún sonido de palabras desde el cuerpo; porque incluso cuando oramos en silencio en nuestros corazones, si pensamientos ajenos al afecto del que ora se interponen, aún no se puede decir: "Con mi voz clamé al Señor". Ni esto se dice correctamente, a menos que con el alma sola, sin atraer nada de la carne ni de las intenciones carnales en la oración, hable al Señor, donde solo él escucha; y este clamor también se llama así por la fuerza de la intención misma. Y me escuchó desde su monte santo: tenemos dicho por el Profeta que el mismo Señor es el monte, como está escrito, que la piedra cortada sin manos creció hasta convertirse en un gran monte (Dan. II, 35). Pero esto no se puede entender desde su persona, a menos que tal vez quiso decir: Me escuchó de mí mismo, como de su monte santo, cuando habitaba en mí, es decir, en el mismo monte. Pero es más claro y expedito si entendemos que Dios escuchó desde su justicia: porque era justo que resucitara de entre los muertos al inocente asesinado, y a quien se le retribuyeron males por bienes, y que retribuyera dignamente a los perseguidores; porque leemos: "Tu justicia es como los montes de Dios" (Sal. XXXV, 7).

5. [vers. 6.] Yo dormí y tomé sueño. No es inconveniente notar que se ha puesto "Yo" para significar que sufrió la muerte por su propia voluntad, según aquello: "Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar. Nadie me la quita, sino que yo la pongo de mí mismo; tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar" (Juan X, 17, 18): no, pues, dice, ustedes me capturaron y mataron como a un forzado, sino que yo dormí y tomé sueño; y me levanté, porque el Señor me sostendrá. La Escritura contiene innumerables veces que el sueño se pone por la muerte, como dice el Apóstol: "No quiero que ignoren, hermanos, acerca de los que han dormido" (I Tes. IV, 12). No hay que preguntarse por qué se añadió "tomé sueño", cuando ya se había dicho "dormí"; pues las Escrituras tienen repeticiones de este tipo, como mostramos muchas en el segundo salmo. Algunos códices tienen "dormí y me adormecí", y otros de otra manera; como pudieron interpretar lo que en griego está puesto, ἐγὼ δὲ ἐκοιμήθην καὶ ὕπνωσα. Tal vez se puede entender que la dormición es del que muere, y el sueño del que está muerto; de modo que la dormición es el paso al sueño, como el despertar es el paso a la vigilia. No pensemos que estas repeticiones en los libros divinos son por adornos vacíos del discurso. Bien se puede entender, "Yo dormí y tomé sueño"; Yo me entregué a la pasión, y la muerte siguió. Y me levanté, porque el Señor me sostendrá. Esto es más notable, cómo en una sola sentencia puso un verbo de tiempo pasado y otro de futuro: y dijo "me levanté", que es del pasado; y "sostendrá", que es del futuro; cuando ciertamente no podría resucitar sin ese sostén. Pero en la profecía se mezclan bien los futuros con los pasados, para que se signifique ambos: porque lo que se profetiza que vendrá, según el tiempo es futuro; pero según el conocimiento de los profetas, ya debe considerarse hecho. También se mezclan palabras de tiempo presente, que se tratarán en su lugar cuando ocurran.

6. [vers. 7.] No temeré a millares de pueblo que me rodean: está escrito en el Evangelio cuánta multitud lo rodeó mientras sufría y era crucificado (Mat. XXVII, 39, etc.). Levántate, Señor, sálvame, Dios mío: no se dice "levántate" a un Dios que duerme o yace; pero es

costumbre de las Escrituras divinas atribuir a la persona de Dios lo que hace en nosotros; no en todas partes, sino donde se puede decir congruentemente, como cuando se dice que él habla, cuando los profetas o apóstoles, o cualquier mensajero de la verdad, hablan por su don. De ahí aquello: "¿O quieren recibir prueba de que Cristo habla en mí?" (II Cor. XIII, 3); no dijo, de aquel que iluminando o mandando hablo; sino que atribuye completamente la misma locución a aquel por cuyo don hablaba.

7. [vers. 8.] Porque tú heriste a todos los que me adversan sin causa: no debe distinguirse así, como si fuera una sola sentencia, "Levántate, Señor; sálvame, Dios mío, porque tú heriste a todos los que me adversan sin causa": porque no lo salva porque hirió a sus enemigos; sino que más bien, al hacerlo salvo, los hirió a ellos. Por lo tanto, pertenece a lo que sigue; para que este sea el sentido, "Porque tú heriste a todos los que me adversan sin causa, quebraste los dientes de los pecadores"; es decir, quebraste los dientes de los pecadores porque heriste a todos los que me adversan. Pues la pena de los adversarios es que sus dientes fueron quebrados, es decir, las palabras de los pecadores que desgarran con maldiciones al Hijo de Dios fueron reducidas a nada, como a polvo; para que así entendamos los dientes, las palabras maldicientes, a las que el Apóstol dice: "Pero si se muerden y se devoran unos a otros, miren que no se consuman unos a otros" (Gál. V, 15). También se pueden entender los dientes de los pecadores como los príncipes de los pecadores, por cuya autoridad alguien es cortado de la sociedad de los que viven según la secta, y como incorporado a los que viven mal. A estos dientes se oponen los dientes de la Iglesia, por cuya autoridad los creyentes son cortados del error de los gentiles y de varios dogmas, y son transferidos a lo que es el cuerpo de Cristo: a estos dientes se le dijo a Pedro que comiera los animales sacrificados (Hech. X, 13); es decir, matando en los gentiles lo que eran, y transformándolos en lo que él mismo era. Y de estos dientes de la Iglesia se dice: "Tus dientes son como rebaños de ovejas esquiladas que suben del lavadero, todas ellas paren gemelos, y no hay estéril entre ellas" (Cant. IV, 2, y VI, 5). Estos son los que ordenan correctamente, y viven como ordenan; que hacen lo que se dijo: "Brillen sus obras delante de los hombres, para que glorifiquen a su Padre que está en los cielos" (Mat. V, 16): pues por la autoridad de estos, movidos, los hombres creen a Dios que habla y obra por ellos, y separados del mundo al que estaban conformados, pasan a ser miembros de la Iglesia. Y por eso correctamente se llaman dientes, semejantes a ovejas esquiladas, porque han dejado las cargas de las preocupaciones terrenales, y subiendo del lavadero, de la ablución de las inmundicias del mundo por el sacramento del bautismo, todas paren gemelos. Pues obran los dos mandamientos, de los cuales se dijo: "De estos dos mandamientos depende toda la Ley y los Profetas" (Mat. XXII, 40), amando a Dios con todo el corazón, y con toda el alma, y con toda la mente; y al prójimo como a sí mismos. En los cuales no hay estéril, porque tales frutos rinden a Dios. Según este entendimiento, se debe entender así, "quebraste los dientes de los pecadores"; es decir, redujiste a nada a los príncipes de los pecadores, hiriendo a todos los que me adversan sin causa: pues los príncipes lo persiguieron según la historia evangélica, mientras la multitud inferior lo honraba.

8. [vers. 9.] La salvación es del Señor, y sobre tu pueblo tu bendición. En una sola sentencia tanto ordenó a los hombres qué creer, como oró por los creyentes: pues cuando se dice "La salvación es del Señor", se dirige el discurso a los hombres; y no sigue así, "Y sobre su pueblo su bendición", para que todo se diga a los hombres; sino que la oración se convierte a Dios mismo, por el mismo pueblo al que se dijo: "La salvación es del Señor". ¿Qué, pues, dice, sino esto? Nadie presuma de sí mismo, porque del Señor es salvar de la muerte por los pecados, pues "¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? La gracia de Dios, por Jesucristo nuestro Señor" (Rom. VII, 24, 25); pero tú, Señor, bendice a tu pueblo que espera en ti la salvación.

9. Este salmo también puede interpretarse en la persona de Cristo de otra manera, es decir, que hable todo él. Digo todo, con su cuerpo del cual es cabeza, según el Apóstol que dice: "Ustedes son el cuerpo de Cristo y miembros" (I Cor. XII, 27); por lo tanto, él es la cabeza de este cuerpo. Por lo cual en otro lugar dice: "Haciendo la verdad en amor, crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, Cristo, de quien todo el cuerpo está bien concertado y unido" (Efes. IV, 15, 16). Habla, pues, en el Profeta la Iglesia y su cabeza, en medio de las tormentas de las persecuciones establecida por todo el mundo, lo cual ya sabemos que ha sucedido: "Señor, ¿por qué se multiplican los que me afligen? Muchos se levantan contra mí", deseando exterminar el nombre cristiano. Muchos dicen a mi alma: No hay salvación para él en su Dios: pues no esperarían de otra manera poder destruir la Iglesia que se extiende ampliamente, si no creyeran que no pertenece al cuidado de Dios. Pero tú, Señor, eres mi protector: ciertamente en Cristo; pues en aquel hombre también la Iglesia fue acogida por el Verbo, que se hizo carne y habitó entre nosotros (Juan I, 14); porque también nos hizo sentar en los cielos con él (Efes. II, 6); pues precediendo la cabeza, los demás miembros seguirán; ¿quién nos separará del amor de Cristo? (Rom. VIII, 35). Por lo tanto, también dice la Iglesia: "Eres mi protector, mi gloria"; pues no se atribuye a sí misma lo que sobresale, cuando entiende por cuya gracia y misericordia es tal. Y levantando mi cabeza, ciertamente aquel que es el primogénito de los muertos que ascendió al cielo. Con mi voz clamé al Señor, y me escuchó desde su monte santo. Esta es la oración de todos los santos, el olor de suavidad que sube ante el Señor: ya la Iglesia es escuchada desde ese monte, que también es su cabeza; o desde aquella justicia de Dios, por la cual se liberan sus elegidos, y se castiga a sus perseguidores. Diga el pueblo de Dios también aquello: "Yo dormí y tomé sueño; y me levaté, porque el Señor me sostendrá", para unirse y adherirse a su cabeza; pues a este pueblo se le dijo: "Despierta, tú que duermes, y levántate de los muertos, y te alumbrará Cristo" (Efes. V, 14); porque fue tomado de los pecadores, de los cuales se dijo en general: "Pero los que duermen, de noche duermen" (I Tes. V, 7). Diga también: "No temeré a millares de pueblo que me rodean"; de las naciones que lo rodean, para extinguir el nombre, si pudieran, en cualquier lugar cristiano. Pero ¿cómo serían temidos, cuando como con aceite la sangre de los mártires en Cristo se inflama el ardor de la caridad? Levántate, Señor, sálvame, Dios mío: esto puede decirlo el cuerpo a su cabeza; pues al levantarse él, fue hecho salvo, quien subió a lo alto, llevó cautiva la cautividad, dio dones a los hombres (Sal. LXVII, 19): pues esto se dice en la predestinación por el Profeta, hasta que el Señor nuestro, de quien se dice en el Evangelio, la cosecha madura (Mat. IX, 37) lo depositó, cuya salvación está en su resurrección, quien por nosotros se dignó morir. Porque tú heriste a todos los que me adversan sin causa, quebraste los dientes de los pecadores: ya reinando la Iglesia, los enemigos del nombre cristiano han sido heridos con confusión, y ya sea sus palabras maldicientes, o sus principados, han sido reducidos a nada. Crean, pues, hombres, que "la salvación es del Señor": y, "tú, Señor, que tu bendición sea sobre tu pueblo".

10. También cada uno de nosotros puede decir, cuando la multitud de vicios y deseos lleva a la mente resistente a la ley del pecado: "Señor, ¿por qué se multiplican los que me afligen, muchos se levantan contra mí?" Y dado que a menudo por la acumulación de vicios se infiltra la desesperación de la salud, como si esos mismos vicios insultaran al alma, o incluso el diablo y sus ángeles operando por sugerencias nocivas para que desesperemos, se dice muy verdaderamente: "Muchos dicen a mi alma: No hay salvación para él en su Dios". Pero tú, Señor, eres mi protector; pues esta es la esperanza, que se dignó acoger la naturaleza humana en Cristo. Mi gloria: según aquella regla, que nadie se atribuya nada a sí mismo. Y levantando mi cabeza: ya sea él mismo que es la cabeza de todos nosotros, o el espíritu de cada uno de nosotros, que es la cabeza del alma y del cuerpo; pues "la cabeza de la mujer es el hombre, y la cabeza del hombre es Cristo" (I Cor. XI, 3). Pero la mente se exalta, cuando

ya se puede decir, "Con la mente sirvo a la ley de Dios" (Rom. VII, 25); para que las demás cosas del hombre se sometan pacíficamente, cuando ya con la resurrección de la carne la muerte es absorbida en victoria (I Cor. XV, 54). Con mi voz clamé al Señor: con aquella voz íntima e intensísima. Y me escuchó desde su monte santo: desde aquel por quien nos socorre, y por cuyo mediador nos escucha. Yo dormí y tomé sueño; y me levanté, porque el Señor me sostendrá: ¿quién de los fieles no puede decir esto, recordando la muerte de sus pecados, y el don de la regeneración? No temeré a millares de pueblo que me rodean. Excepto por las que la Iglesia universalmente ha soportado y soporta, cada uno también tiene tentaciones por las que rodeado puede decir esto: "Levántate, Señor, sálvame, Dios mío"; esto es, Hazme levantar. Porque tú heriste a todos los que me adversan sin causa: correctamente se dice en la predestinación del diablo y sus ángeles, que no solo atacan a todo el cuerpo de Cristo, sino también a cada uno en particular. Quebraste los dientes de los pecadores: cada uno tiene maldicientes; también tiene autores de vicios que intentan cortarlo del cuerpo de Cristo. Pero "la salvación es del Señor"; se debe evitar la soberbia, y decir: "Mi alma se adhirió a ti" (Sal. LXII, 9). Y sobre tu pueblo tu bendición, esto es, sobre cada uno de nosotros.

EN PSALMO IV COMENTARIO. Al final, Salmo Cántico de David. 1. [vers. 1.] El fin de la Ley es Cristo para justicia de todo creyente (Rom. X, 4): pues este fin significa perfección, no consumación. Sin embargo, se puede preguntar si todo cántico es un salmo, o más bien si todo salmo es un cántico; o si hay ciertos cánticos que no pueden llamarse salmos, y ciertos salmos que no pueden llamarse cánticos. Pero hay que prestar atención a las Escrituras, no sea que el Cántico indique alegría: y se llamen Salmos a los que se cantan con salterio; que David, el profeta, usó en un gran misterio, según relata la historia (I Par. XIII, 8, y XVI, 5). No es este el lugar para discutir sobre esto; porque requiere una investigación prolongada y una larga discusión. Ahora, mientras tanto, debemos esperar las palabras del hombre del Señor después de la resurrección, o del hombre en la Iglesia que cree y espera en Él.

2. [vers. 2.] Cuando invoqué, me escuchó el Dios de mi justicia: cuando invoqué, me escuchó el Dios, dice, de quien es mi justicia. En la tribulación me diste amplitud: de las angustias de la tristeza, me llevaste a la amplitud de los gozos; pues tribulación y angustia sobre toda alma del hombre que obra mal (Rom. II, 9). Pero quien dice: Nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia, hasta aquello donde dice: Porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado (Rom. V, 3, 5), no tiene angustias del corazón, aunque externamente sean infligidas por los perseguidores. El cambio de persona, que de la tercera, donde dice, me escuchó, pasa inmediatamente a la segunda, donde dice, me diste amplitud, si no se hizo por variedad y suavidad, es extraño por qué primero quiso indicar a los hombres que fue escuchado, y luego dirigirse a su oyente. A menos que, habiendo indicado cómo fue escuchado en la misma dilatación del corazón, prefirió hablar con Dios; para mostrar también de este modo qué significa tener el corazón dilatado, es decir, tener ya a Dios infundido en el corazón, con quien hablar internamente. Lo cual se puede entender correctamente en la persona de aquel que, creyendo en Cristo, ha sido iluminado: pero en la misma persona del hombre del Señor, que la Sabiduría de Dios asumió, no veo cómo esto pueda ser congruente; pues nunca fue abandonado por ella. Pero así como su misma súplica es más bien un indicio de nuestra debilidad; así también sobre esta repentina dilatación del corazón puede hablar el mismo Señor por sus fieles, cuya persona asumió incluso cuando dijo: Tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber (Mat. XXV, 35), y demás. Por lo cual aquí también puede decir, me diste amplitud, por uno de los más pequeños de los suyos que habla con Dios, cuyo amor tiene derramado en el corazón por el Espíritu Santo que nos fue dado. Ten misericordia de mí, y escucha mi oración: ¿por qué ruega de nuevo, si ya ha indicado que

fue escuchado y dilatado? ¿O es por nosotros, de quienes se dice: Pero si esperamos lo que no vemos, con paciencia lo aguardamos (Rom. VIII, 25); o para que en aquel que creyó se perfeccione lo que ha comenzado?

3. [vers. 3.] Hijos de los hombres, ¿hasta cuándo seréis duros de corazón? al menos hasta la venida, dice, del Hijo de Dios ha durado vuestro error; ¿por qué entonces seguís siendo duros de corazón? ¿Cuándo pondréis fin a las falacias, si con la verdad presente no lo hacéis? ¿Por qué amáis la vanidad y buscáis la mentira? ¿por qué queréis ser felices con lo inferior? Solo la verdad hace felices, de la cual son verdaderas todas las cosas. Pues vanidad es de los vanidosos, y todo es vanidad, ¿Qué provecho tiene el hombre de todo su trabajo con que se afana bajo el sol? (Ecl. I, 2, 3). ¿Por qué, entonces, os detenéis por el amor a las cosas temporales? ¿por qué buscáis como lo primero lo último, que es vanidad y mentira? Pues deseáis que permanezcan con vosotros, las cuales todas pasan como sombra.

4. [vers. 4.] Y sabed que el Señor ha hecho admirable a su santo: ¿a quién, sino a aquel que resucitó de entre los muertos, y colocó a la derecha en el cielo? Se reprende, pues, al género humano, para que finalmente se convierta a él desde el amor de este mundo. Pero si a alguien le mueve la conjunción añadida, que dice, Y sabed, es fácil advertir en las Escrituras que este tipo de locución es familiar a la lengua en que hablaron los Profetas. Pues a menudo encuentras comenzado así: Y dijo el Señor a él, Y fue hecha palabra del Señor a él. Esta unión de la conjunción, cuando no ha precedido una sentencia a la que se anexe la siguiente, tal vez insinúa maravillosamente que la pronunciación de la verdad en la voz está unida con aquella visión que se hace en el corazón. Aunque aquí se puede decir que la sentencia anterior, ¿Por qué amáis la vanidad y buscáis la mentira? está puesta como si se dijera, No améis la vanidad, ni busquéis la mentira; puesto así, sigue con la locución más correcta: Y sabed que el Señor ha hecho admirable a su santo. Pero el interpuesto diapsalma impide que esto se una con lo anterior: pues ya sea que sea una palabra hebrea, como algunos quieren, que significa Hágase; o griega, que significa intervalo de salmodia, para que el salmo sea lo que se salmodia, y el diapsalma sea el silencio interpuesto en la salmodia; para que así como se dice sympsalma la unión de voces en el canto, así diapsalma la disyunción de ellas, donde se muestra un cierto descanso de la continuación disyunta: ya sea aquello, o esto, o algo más, ciertamente es probable que no se continúe ni se una correctamente el sentido donde se interpone el diapsalma.

5. El Señor me escuchará cuando clame a él: aquí creo que se nos advierte que con gran intención del corazón, es decir, con clamor interno e incorpóreo, imploramos la ayuda de Dios; pues así como es motivo de alegría la iluminación en esta vida, así se debe orar por el descanso después de esta vida. Por lo tanto, ya sea desde la persona del fiel evangelizador, o del mismo Señor, debe entenderse como si se dijera: El Señor os escuchará cuando claméis a él.

6. [vers. 5.] Airáos, y no pequéis: pues surgía la pregunta: ¿Quién es digno de ser escuchado, o cómo no clama en vano el pecador al Señor? Por tanto, Airáos, dice, y no pequéis; lo cual puede entenderse de dos maneras: o, Aunque os airéis, no pequéis; es decir, Aunque surja el movimiento del ánimo, que ya por la pena del pecado no está en el poder, al menos no consienta la razón y la mente, que internamente ha sido regenerada según Dios, para que sirvamos con la mente a la ley de Dios, si aún con la carne servimos a la ley del pecado (Rom. VII, 25): o, Haced penitencia; es decir, airáos contra vosotros mismos por los pecados pasados, y dejad de pecar en adelante. Lo que decís en vuestros corazones: se sobreentiende, decid; para que la sentencia esté completa: Lo que decís, en vuestros corazones decid; es decir, no seáis el pueblo del que se dijo: Me honran con los labios, pero su corazón está lejos

de mí (Is. XXIX, 13). En vuestros lechos compungíos: esto es lo que ya se ha dicho, en los corazones; pues estos son los lechos de los que también el Señor advierte, que oremos dentro con las puertas cerradas (Mat. VI, 6). Compungíos, o se refiere al dolor de la penitencia, para que el alma se castigue a sí misma y no sea atormentada condenada en el juicio de Dios; o a la excitación, para que despertemos a ver la luz de Cristo, como si se aplicaran estímulos. Algunos, sin embargo, no compungíos, sino abríos, dicen que es mejor leer; pues en el Salterio griego está *κατανύγητε*, que se refiere a aquella dilatación del corazón, para que se reciba la difusión del amor por el Espíritu Santo.

7. [vers. 6, 7.] Ofreced sacrificio de justicia, y esperad en el Señor. Lo mismo dice en otro salmo: Sacrificio a Dios es el espíritu contrito (Sal. L, 19). Por lo cual no se toma absurdamente aquí que el mismo sea el sacrificio de justicia, que se hace por la penitencia: pues ¿qué más justo que airarse cada uno contra sus propios pecados, más que contra los ajenos, y castigándose a sí mismo inmolarse a Dios? ¿O son sacrificios de justicia las obras justas después de la penitencia? Pues también el interpuesto diapsalma, no absurdamente tal vez insinúa también el paso de la vida vieja a la nueva vida: para que, extinguido o debilitado por la penitencia el hombre viejo, se ofrezca a Dios el sacrificio de justicia según la regeneración del hombre nuevo, cuando se ofrece el alma misma ya lavada, y se pone en el altar de la fe, para ser comprendida por el fuego divino, es decir, el Espíritu Santo; para que este sea el sentido, Ofreced sacrificio de justicia, y esperad en el Señor, es decir, Vivid rectamente, y esperad el don del Espíritu Santo, para que os ilumine la verdad en la que habéis creído.

8. Pero sin embargo, Esperad en el Señor, está dicho de manera cerrada. ¿Qué se espera, sino bienes? Pero como cada uno quiere obtener de Dios el bien que ama, y no se encuentran fácilmente quienes amen los bienes interiores, es decir, los que pertenecen al hombre interior, que son los únicos que deben ser amados, y los demás deben ser usados por necesidad, no para gozo; maravillosamente, cuando dijo, Esperad en el Señor, añadió: Muchos dicen: ¿Quién nos mostrará el bien? Este discurso, y esta pregunta es cotidiana de todos los necios e inicuos; ya sea deseando la paz y tranquilidad de la vida secular, y por la perversidad del género humano no encontrándola, que incluso ciegos se atreven a acusar el orden de las cosas, cuando envueltos en sus méritos piensan que los tiempos son peores que los pasados; ya sea dudando o desesperando de la misma vida futura que se nos promete, que a menudo dicen: ¿Quién sabe si es verdad, o quién ha venido de los muertos para anunciarlo? Magníficamente, pues, y brevemente, pero para los que ven internamente, muestra qué bienes deben buscarse, respondiendo a la pregunta de aquellos que dicen: ¿Quién nos mostrará el bien? Está sellada, dice, en nosotros la luz de tu rostro, Señor. Esta luz es todo el bien del hombre y verdadero, que no se ve con los ojos, sino con la mente. Sellada, sin embargo, dijo en nosotros, como se sella un denario con la imagen del rey: pues el hombre fue hecho a imagen y semejanza de Dios (Gen. I, 26), que corrompió pecando: su bien, pues, es verdadero y eterno, si renaciendo es sellado. Y a esto creo que se refiere, lo que algunos prudentemente entienden, aquello que el Señor dijo al ver la moneda de César: Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios (Mat. XXII, 21); como si dijera: Así como César exige de vosotros la impresión de su imagen, así también Dios; para que así como a aquel se le devuelve la moneda, así a Dios el alma iluminada y sellada con la luz de su rostro. Diste alegría en mi corazón. No se debe buscar, pues, la alegría fuera, por aquellos que aún son duros de corazón, aman la vanidad y buscan la mentira, sino dentro donde está sellada la luz del rostro de Dios: pues en el hombre interior habita Cristo (Efes. III, 17), como dice el Apóstol; pues a él pertenece ver la verdad, cuando él dijo: Yo soy la verdad (Juan XIV, 6). Y cuando hablaba en el Apóstol diciendo: ¿O queréis recibir prueba de que Cristo habla en mí?

(II Cor. XIII, 3), no hablaba fuera de él; sino en el mismo corazón, es decir, en aquel lecho donde se debe orar (Mat. VI, 6).

9. [vers. 8, 9.] Pero los hombres que buscan lo temporal, que ciertamente son muchos, no saben decir otra cosa, sino ¿Quién nos mostrará el bien? pues no pueden ver los verdaderos y ciertos bienes dentro de sí mismos. Así que consecuentemente de estos se dice muy correctamente, lo que añade: Desde el tiempo del trigo, del vino y del aceite suyo se multiplicaron. Pues no es en vano que se añadió, suyo: pues hay también trigo de Dios, si es que hay pan vivo que descendió del cielo (Juan VI, 51); hay también vino de Dios, pues Se embriagarán, dice, de la abundancia de tu casa (Sal. XXXV, 9) hay también aceite de Dios, del que se dijo: Ungiste con aceite mi cabeza (Sal. XXII, 5). Pero estos muchos que dicen, ¿Quién nos mostrará el bien? y no ven que el reino de los cielos está dentro de ellos (Luc. XVII, 21), desde el tiempo del trigo, del vino y del aceite suyo se multiplicaron. Pues la multiplicación no siempre significa abundancia, y no muchas veces escasez: cuando el alma entregada a las voluptuosidades temporales siempre arde en codicia, y no puede saciarse, y distendida por múltiples y penosas cogitaciones, no se le permite ver el bien simple; como es aquella de la que se dice: Pues el cuerpo que se corrompe, agrava el alma, y la morada terrena deprime el sentido que piensa en muchas cosas (Sab. IX, 15). Tal alma, por la disminución y sucesión de los bienes temporales, es decir, desde el tiempo del trigo, del vino y del aceite suyo, llena de innumerables fantasmas, está tan multiplicada, que no puede hacer lo que se le ha mandado: Pensad en el Señor con bondad, y buscadlo con sencillez de corazón (Sab. I, 1); pues esta multiplicidad es muy contraria a aquella sencillez. Y por eso, dejando a estos que son muchos, multiplicados ciertamente por la codicia de lo temporal y dicen, ¿Quién nos mostrará el bien? que no se debe buscar con los ojos fuera, sino dentro con la sencillez del corazón, el hombre fiel se regocija y dice: En paz, en lo mismo dormiré, y tomaré sueño. Pues correctamente se espera de tales la total alienación de la mente de las cosas mortales y el olvido de las miserias de este siglo, que con el nombre de dormir y de sueño se significa decentemente y proféticamente, donde la suma paz no puede ser interrumpida por ningún tumulto. Pero esto ya no se tiene en esta vida, sino que debe esperarse después de esta vida. Esto también lo muestran las mismas palabras, que son de tiempo futuro: pues no se dijo, ni, Dormí y tomé sueño; ni, Duermo y tomo sueño; sino, Dormiré y tomaré sueño. Entonces este corruptible se vestirá de incorrupción, y este mortal se vestirá de inmortalidad; entonces será absorbida la muerte en victoria (I Cor. XV, 54). Esto es de lo que se dice: Pero si esperamos lo que no vemos, con paciencia lo aguardamos (Rom. VIII, 25).

10. [vers. 10.] Por lo cual congruentemente añade al final, y dice: Porque tú, Señor, singularmente en esperanza me has hecho habitar. Aquí no dijo, Harás; sino, Has hecho. En quien, pues, ya está esta esperanza, será ciertamente también lo que se espera. Y bien dijo, singularmente: pues puede referirse contra aquellos muchos que, multiplicados desde el tiempo del trigo, del vino y del aceite suyo, dicen: ¿Quién nos mostrará el bien? pues esta multiplicidad perece, y la singularidad se mantiene en los santos, de los que se dice en los Hechos de los Apóstoles: Y la multitud de los creyentes era un alma y un corazón (Hech. IV, 32). Debemos, pues, ser singulares y simples, es decir, separados de la multitud y la turba de las cosas nacientes y moribundas, amantes de la eternidad y la unidad; si deseamos adherirnos al único Dios y Señor nuestro.

EN PSALMO V COMENTARIO.

1. [vers. 1.] El título del Salmo es: Por la que recibe la herencia. Se entiende, pues, la Iglesia, que recibe la herencia de la vida eterna por nuestro Señor Jesucristo, para que posea al mismo Dios, a quien adhiriéndose sea bienaventurada según aquello: Bienaventurados los mansos,

porque ellos heredarán la tierra (Mat. V, 4); ¿qué tierra? sino de la que se dice: Mi esperanza eres tú, mi porción en la tierra de los vivientes (Sal. CXLI, 6); y aquello más manifiesto: El Señor es la parte de mi herencia y de mi cáliz (Sal. XV, 5). Se dice también herencia de Dios recíprocamente la Iglesia según aquello: Pídeme, y te daré las naciones por herencia tuya (Sal. II, 8). Por lo tanto, nuestra herencia se dice Dios, porque él nos alimenta y contiene: y se dice herencia de Dios, porque él nos administra y gobierna. Por lo cual es la voz de la Iglesia en este salmo llamada a la herencia, para que ella misma se haga herencia del Señor.

2. [vers. 2]. Escucha mis palabras, Señor: llamada invoca al Señor, para que con su ayuda atraviere la maldad de este siglo, y llegue a él. Entiende mi clamor: bien muestra qué clamor es este, que interior desde el lecho del corazón sin ruido del cuerpo llega a Dios; pues la voz corporal se oye, pero la espiritual se entiende. Aunque esto también es escuchar de Dios, no con oído carnal, sino con la presencia de la majestad.

3. [vers. 3.] Atiende a la voz de mi súplica: es decir, a aquella voz, que pide que Dios entienda; cuál sea ya lo insinuó, cuando dijo: Entiende mi clamor. Atiende a la voz de mi súplica, mi Rey y mi Dios. Aunque el Hijo es Dios, y el Padre es Dios, y juntos el Padre y el Hijo son un solo Dios; y si se nos pregunta sobre el Espíritu Santo, no hay otra respuesta que dar, sino que es Dios; y cuando se dice juntos Padre, Hijo y Espíritu Santo, no se debe entender otra cosa que un solo Dios; sin embargo, las Escrituras suelen llamar rey al Hijo. Según aquello que se dijo, Por mí se va al Padre (Juan XIV, 6), correctamente primero, mi Rey, y luego, mi Dios. Sin embargo, no dijo, Atended; sino, Atiende: pues la fe católica no predica dos o tres dioses, sino que la misma Trinidad es un solo Dios: no para que la misma Trinidad pueda ser llamada a veces Padre, a veces Hijo, a veces Espíritu Santo, como creyó Sabelio; sino para que el Padre no sea sino Padre, y el Hijo no sea sino Hijo, y el Espíritu Santo no sea sino Espíritu Santo, y esta Trinidad no sea sino un solo Dios. Porque incluso cuando el Apóstol dijo: De quien son todas las cosas, por quien son todas las cosas, en quien son todas las cosas (Rom. XI, 36), se cree que insinuó la misma Trinidad; sin embargo, no añadió, A ellos gloria; sino, A él gloria.

4. [vers. 4.] Porque a ti oraré, Señor, por la mañana escucharás mi voz: ¿qué significa lo que dijo antes, escucha, como si deseara ser escuchado en el presente, y ahora dice, por la mañana escucharás, no, escucha; y, a ti oraré, no, a ti oro; y después, por la mañana estaré ante ti y veré, no, estoy y veo? A menos que tal vez su oración anterior mostrara la misma invocación: pero, confundido entre las tormentas de este siglo, siente que no ve lo que desea, y sin embargo no deja de esperar: porque la esperanza que se ve, no es esperanza (Rom. VIII, 24). Sin embargo, entiende por qué no ve, porque aún no ha pasado la noche, es decir, las tinieblas que los pecados han merecido. Dice, por tanto, Porque a ti oraré, Señor, es decir, porque eres tan grande a quien oraré, por la mañana escucharás mi voz. No eres, dice, quien pueda ser visto por aquellos de cuyos ojos aún no ha desaparecido la noche de los pecados: por tanto, cuando haya pasado la noche de mi error, y se alejen las tinieblas que me hice con mis pecados, escucharás mi voz. ¿Por qué entonces no dijo antes, escucharás; sino, escucha? ¿O después de haber clamado, escucha, y no fue escuchado, sintió qué debía pasar para poder ser escuchado? ¿O también fue escuchado antes, pero aún no se entiende a sí mismo como escuchado, porque aún no ve a quien lo escuchó; y lo que ahora dice, por la mañana escucharás, quiso que se entendiera, por la mañana entenderé que he sido escuchado? tal como es esta expresión, Levántate, Señor (Sal. III, 7), es decir, hazme levantar; pero esto se entiende de la resurrección de Cristo. Ciertamente, aquello no puede entenderse correctamente de otra manera, El Señor vuestro Dios os prueba, para saber si le amáis (Deut.

XIII, 3), sino para que vosotros sepáis por Él, y se os manifieste a vosotros mismos cuánto habéis progresado en su amor.

5. [vers. 5-8.] Por la mañana estaré ante ti, y veré: estaré de pie, ¿qué es, sino no yaceré? ¿Y qué es yacer, sino descansar en la tierra, que es buscar la felicidad en los placeres terrenales? Estaré de pie, dice, y veré: por tanto, no se debe adherir a lo terrenal, si queremos ver a Dios, quien es contemplado con un corazón puro. Porque no eres un Dios que quiera la iniquidad. No habitará junto a ti el maligno, ni permanecerán los injustos ante tus ojos. Odias a todos los que obran iniquidad, destruirás a todos los que hablan mentira. El Señor abominará al hombre sanguinario y engañoso: la iniquidad, la malignidad, la mentira, el homicidio, el engaño, y todo lo que es de este tipo, es la misma noche, que al pasar se hace mañana para que Dios sea visto. Por tanto, expuso la razón por la cual estará de pie por la mañana, y verá; porque no eres un Dios que quiera la iniquidad, dice. Pues si Dios fuera quien quisiera la iniquidad, podría ser visto también por los inicuos; para que no se viera por la mañana, es decir, cuando haya pasado la noche de la iniquidad.

6. No habitará junto a ti el maligno: es decir, no verá de tal manera que se adhiera. Por eso sigue, ni permanecerán los injustos ante tus ojos; porque sus ojos, es decir, su mente, es deslumbrada por la luz de la verdad debido a las tinieblas de los pecados, cuya costumbre no puede soportar el resplandor de la recta inteligencia. Por tanto, incluso los que ven a veces, es decir, los que entienden la verdad, sin embargo, aún son injustos, no permanecen allí amando lo que los aparta de la verdad; pues llevan consigo su noche, es decir, no solo la costumbre, sino también el amor al pecado. Si esa noche pasa, es decir, si dejan de pecar, y ese amor y costumbre son expulsados, se hace mañana; de modo que no solo entiendan, sino que también se adhieran a la verdad.

7. Odias a todos los que obran iniquidad: el odio de Dios debe entenderse de esa manera de hablar, en la que el pecador odia la verdad. Pues parece que también ella odia a aquellos a quienes no permite permanecer en ella: pero no permanecen, quienes no pueden soportarla. Destruirás a todos los que hablan mentira: pues esto es contrario a la verdad. Pero para que nadie piense que alguna sustancia o naturaleza es contraria a la verdad, debe entenderse que la mentira pertenece a lo que no es, no a lo que es. Pues si se dice lo que es, se dice la verdad; pero si se dice lo que no es, es mentira. Por eso, dice, Destruirás a todos los que hablan mentira; porque al apartarse de lo que es, se inclinan hacia lo que no es. Ciertamente, muchas mentiras parecen ser por la salvación o conveniencia de alguien, no por malicia, sino por bondad, como las de las parteras en Éxodo que informaron falsamente a Faraón (Éxod. I, 19), para que no se mataran a los niños de los hijos de Israel. Pero incluso estas no se alaban por el hecho, sino por la disposición; pues quienes mienten de esta manera, merecerán ser liberados de toda mentira alguna vez. Pues en aquellos que son perfectos, ni siquiera estas mentiras se encuentran; a quienes se les dijo: Sea en vuestra boca, Sí, sí; no, no: lo que es más de esto, es del mal (Matth. V, 37). Y no sin razón está escrito en otro lugar: La boca que miente mata el alma (Sap. I, 11); para que nadie piense que un hombre perfecto y espiritual debe mentir por esta vida temporal, en cuya muerte no se mata el alma, ya sea la suya o la de otro. Pero como mentir es una cosa, y ocultar la verdad es otra; si bien decir lo falso es una cosa, y callar la verdad es otra; si alguien no quiere delatar a un hombre, incluso a la muerte visible, debe estar dispuesto a ocultar la verdad, no a decir lo falso, para que ni delate ni mienta, no mate su alma por el cuerpo de otro. Si aún no puede hacer esto; al menos tenga solo las mentiras de esta necesidad, para que, si solo estas permanecen, merezca ser liberado de ellas, y reciba la fortaleza del Espíritu Santo, por la cual desprecie lo que debe soportarse por la verdad. Hay dos tipos de mentiras en las que no hay gran culpa, pero sin embargo no están sin culpa, cuando mentimos ya sea en broma o para beneficiar. La primera, en broma,

no es muy pernicioso porque no engaña; pues quien lo oye sabe que se dice en broma. La segunda es más leve porque retiene cierta benevolencia. Pero aquello que no tiene doble corazón, ni siquiera debe llamarse mentira: como, por ejemplo, si a alguien se le confía una espada, y promete devolverla cuando quien la confió la pida; si acaso la reclama furioso, es evidente que no debe devolverse, para que no se mate a sí mismo o a otros, hasta que recupere la cordura. Aquí no hay doble corazón, porque quien recibió la espada, al prometer devolverla al pedirla, no pensaba que podría reclamarla furioso. El Señor también ocultó la verdad cuando dijo a los discípulos que aún no eran capaces: Muchas cosas tengo que decirlos, pero ahora no podéis soportarlas (Joan. XVI, 12); y el apóstol Pablo cuando dijo: No pude hablarlos como a espirituales, sino como a carnales (I Cor. III, 1). De donde es evidente que no se debe culpar, a veces, el callar la verdad. Pero decir lo falso, no se encuentra que se haya concedido a los perfectos.

8. El Señor abominará al hombre sanguinario y engañoso. Aquí puede verse correctamente repetido lo que dijo antes: Odias a todos los que obran iniquidad, destruirás a todos los que hablan mentira; para que refieras al hombre sanguinario al que obra iniquidad, y al engañoso a la mentira: pues el engaño es cuando se hace una cosa y se simula otra. Y usó una palabra adecuada al decir, abominará; pues suelen llamarse abominados, desheredados: este salmo es por ella que recibe la herencia, que somete la exultación de su esperanza, diciendo: Pero yo, en la multitud de tu misericordia, entraré en tu casa. En la multitud de tu misericordia, tal vez dice en la multitud de hombres perfectos y bienaventurados, con los cuales se constituirá aquella ciudad que ahora la Iglesia gesta y poco a poco da a luz. ¿Quién negará que muchos hombres regenerados y perfectos se llamen con razón multitud de la misericordia de Dios, cuando se ha dicho con toda verdad: ¿Qué es el hombre, para que te acuerdes de él; o el hijo del hombre, para que lo visites? (Psal. VIII, 5)? Entraré en tu casa: como piedra, creo, en el edificio, se ha dicho. ¿Qué otra cosa es la casa de Dios sino el templo de Dios, del cual se ha dicho: Porque el templo de Dios es santo, el cual sois vosotros (I Cor. III, 17)? de cuyo edificio la piedra angular es aquel (Ephes. II, 20), que recibió la coeterna al Padre Virtud y sabiduría de Dios.

9. Adoraré hacia tu santo templo, en tu temor: hacia el templo entendemos como cerca del templo; pues no dijo, Adoraré en tu santo templo, sino, Adoraré hacia tu santo templo. También debe entenderse que no se ha dicho de la perfección, sino del progreso hacia la perfección; para que aquello signifique perfección, Entraré en tu casa. Pero para que esto suceda, primero adoraré, dice, hacia tu santo templo; y tal vez por esto añadió, en tu temor, que es un gran auxilio para los que avanzan hacia la salvación. Pero cuando alguien haya llegado, se hará en él lo que se ha dicho: El amor perfecto echa fuera el temor (I Joan. IV, 18), pues ya no temen al amigo, a quienes se les ha dicho: Ya no os llamaré siervos, sino amigos (Joan. XV, 15), cuando hayan sido llevados a lo que se ha prometido.

10. [vers. 9, 10.] Señor, guíame en tu justicia a causa de mis enemigos: aquí ha declarado suficientemente que está en el camino, es decir, en el progreso hacia la perfección, aún no en la misma perfección, cuando desea ser guiado. En tu justicia, no en la que es vista por los hombres. Pues también devolver mal por mal parece justicia, pero no es de aquel de quien se ha dicho: Que hace salir su sol sobre buenos y malos (Matth. V, 45); porque incluso cuando Dios castiga a los pecadores, no les inflige su mal, sino que los deja a sus males: He aquí, dice, concibió injusticia, concibió trabajo, y dio a luz iniquidad: abrió un pozo y lo cavó, y cayó en el hoyo que hizo: su dolor se convertirá en su cabeza, y su iniquidad descenderá sobre su vértice (Psal. VII, 15-17). Cuando Dios castiga, castiga como juez a los que transgreden la ley, no infligiéndoles de sí mismo el mal, sino expulsándolos a lo que eligieron para completar la suma de sus miserias. Pero el hombre, cuando devuelve mal por mal, lo

hace con mala intención; y por esto él mismo es malo primero, mientras quiere castigar al malo.

11. Dirige mi camino ante ti. Nada es más claro que encomendarse al tiempo en que progresa; pues este es el camino que no se recorre por lugares de la tierra, sino por afectos del alma. Ante ti, dice, dirige mi camino: es decir, donde ningún hombre ve, a quienes no se debe creer cuando alaban o vituperan; pues de ninguna manera pueden juzgar la conciencia ajena, en la cual se dirige el camino hacia Dios. Por eso añadió, Porque no hay verdad en su boca, a quienes ciertamente no se debe creer, y por eso se debe huir hacia la conciencia y el conspecto de Dios. Su corazón es vano: ¿cómo, pues, puede haber verdad en su boca, cuyo corazón es engañado sobre el pecado y la pena del pecado? De donde se llama a los hombres con aquella voz: ¿Por qué amáis la vanidad, y buscáis la mentira? (Psal. IV, 3).

12. [vers. 11.] Sepulcro abierto es su garganta: puede referirse a la significación de voracidad, por la cual a menudo los hombres mienten con adulación. Y maravillosamente dijo, sepulcro abierto; porque siempre está abierta esa voracidad, no como los sepulcros que se cierran al recibir cadáveres. También puede entenderse que con mentira y adulación atraen hacia sí a quienes inducen al pecado, y de algún modo los devoran cuando los convierten a su vida. A quienes les sucede esto, porque mueren por el pecado, con razón aquellos por quienes son inducidos, son llamados sepulcros abiertos; porque ellos mismos están de algún modo exánimes al no tener la vida de la verdad, y reciben en sí a los muertos que, asesinados por palabras mentirosas y corazón vano, convierten en ellos. Con sus lenguas actuaban engañosamente, es decir, con lenguas malas: pues esto parece significar, cuando dice sus, pues los malos tienen lenguas malas; es decir, hablan mal, cuando hablan engaño. A quienes el Señor dice: ¿Cómo podéis hablar bien, siendo malos? (Matth. XII, 34).

13. Júzgalos, Dios: caigan por sus propios consejos. Es profecía, no maldición: pues no desea que suceda, sino que ve lo que sucederá: les sucede, no porque parece haberlo deseado, sino porque son tales que merecidamente les sucede. Así también lo que dice después, Alégrese todos los que esperan en ti, lo dice por profecía; porque ve que se alegrarán. Así se dijo por profecía, Despierta tu poder y ven (Psal. LXXIX, 3); porque veía que iba a venir. Aunque también puede entenderse de esta manera lo que se ha dicho, caigan por sus propios consejos, para que se crea que más bien se ha deseado bien de él, mientras caen de sus malos consejos, es decir, para que ya no piensen mal. Pero prohíbe entenderlo así lo que sigue, expúlsalos; pues de ninguna manera puede entenderse en buen sentido, cuando alguien es expulsado de Dios. Por tanto, se entiende que se ha dicho por profecía, no por malevolencia; cuando se ha dicho esto, que necesariamente sucederá a tales, que quieran perseverar en los pecados que se han mencionado. Caigan, pues, por sus propios consejos, se ha dicho; caigan por sus consejos que los acusan, dando testimonio su conciencia, como dice el Apóstol: Y de sus pensamientos que los acusan o defienden, en la revelación del justo juicio de Dios (Rom. II, 15, 16).

14. Según la multitud de sus impiedades, expúlsalos: es decir, expúlsalos lejos; esto es según la multitud de sus impiedades, para que sean expulsados mucho. Por tanto, los impíos son expulsados de aquella herencia que se posee entendiendo y viendo a Dios; como son expulsados los ojos enfermos por el resplandor de la luz, cuando para ellos es castigo lo que para otros es alegría. Por tanto, no estarán de pie por la mañana, y verán. Y tan grande es el castigo de esta expulsión, como grande es la recompensa de aquello que se dice: Pero para mí, acercarme a Dios es bueno (Psal LXXII, 28). Contrario a este castigo es: Entra en el gozo de tu Señor. Porque semejante a esta expulsión es: Echadlo a las tinieblas exteriores (Matth. XXV, 21, 30).

15. Porque te amargaron, Señor. Yo soy, dice, el pan que descendió del cielo (Joan. VI, 51): y, Trabajad por el alimento que no perece (Ibid., 27): y, Gustad y ved que el Señor es bueno (Psal. XXXIII, 9). Pero para los pecadores el pan de la verdad es amargo; de donde odian la boca que dice la verdad. Ellos, por tanto, amargaron a Dios, quienes pecando llegaron a tal enfermedad, que no pueden soportar el alimento de la verdad, que las almas sanas disfrutaban, como si fuera amargo.

16. [vers. 12] Y alégrese todos los que esperan en ti: ciertamente aquellos para quienes el Señor es dulce al gustarlo. En eterno exultarán, y habitarás en ellos: por tanto, esa será la eterna exultación, cuando los justos se conviertan en templo de Dios; y será su gozo, Él habitante de ellos. Y se gloriarán en ti todos los que aman tu nombre: como cuando tienen presente para disfrutar lo que aman. Y bien en ti, como poseyendo la herencia de la que es el título del salmo, cuando también ellos son su herencia, lo que significa, habitarás en ellos. De este bien son excluidos aquellos a quienes según la multitud de sus impiedades expulsa Dios.

17. [vers. 13.] Porque tú bendecirás al justo: esta es la bendición, gloriarse en Dios, y ser habitado por Dios. Esta santificación se concede a los justos; pero para que sean justificados, precede la vocación, que no es de méritos, sino de la gracia de Dios: pues todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios (Rom. III, 23). Porque a los que llamó, a estos también justificó; y a los que justificó, a estos también glorificó (Id. VIII, 30). Porque, por tanto, la vocación no es de nuestros méritos, sino de la benevolencia y misericordia de Dios, añadió diciendo: Señor, como con un escudo de tu buena voluntad nos coronaste; pues la buena voluntad de Dios precede a nuestra buena voluntad, para llamar a los pecadores al arrepentimiento. Y estas son las armas con las que se combate al enemigo, contra quien se dice: ¿Quién acusará a los elegidos de Dios? y, Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros? El que no escatimó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros (Ibid., 31, 33). Pues si aún siendo enemigos, Cristo murió por nosotros; mucho más, reconciliados, seremos salvos de la ira por Él (Id. V, 9, 10). Este es el escudo invencible, con el que se repele al enemigo que sugiere desesperación de la salvación por la multitud de tribulaciones y tentaciones.

18. Todo el texto del Salmo es una oración para ser escuchado; desde lo que está escrito, Escucha mis palabras, Señor, hasta, Mi Rey y mi Dios. Luego, el entendimiento de lo que impide ver a Dios, es decir, para que se reconozca que ha sido escuchado; desde lo que está escrito, Porque a ti oraré, Señor, por la mañana escucharás mi voz, hasta, El Señor abominará al hombre sanguinario y engañoso. En tercer lugar, espera ser la casa de Dios, y ahora acercarse a Él con temor antes de la consumación que expulsa el temor; desde lo que está escrito, Pero yo, en la multitud de tu misericordia, hasta, Adoraré hacia tu santo templo con tu temor. En cuarto lugar, al sentirse impedido por aquellas cosas mismas, ora para ser ayudado internamente, donde nadie lo ve, para no ser desviado por lenguas malvadas; desde lo que está escrito, Señor, guíame en tu justicia a causa de mis enemigos, hasta, Actuaban engañosamente con sus lenguas. En quinto lugar, es una profecía sobre el castigo que espera a los impíos, cuando el justo apenas será salvo, y qué recompensa obtendrán los justos, quienes fueron llamados y soportaron todo valientemente hasta ser llevados; desde lo que está escrito, Júzgalos, Dios, hasta el final del Salmo.

EXPOSICIÓN SOBRE EL SALMO VI. Al final, en himnos sobre el octavo, Salmo de David.

1. [vers. 1.] Sobre el octavo, aquí parece oscuro; pues lo demás en este título es más manifiesto. A algunos les ha parecido que significa el día del juicio, es decir, el tiempo de la venida de nuestro Señor, cuando vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos. Se cree que esta venida, contando los años desde Adán, será después de siete mil años; para que los siete mil años pasen como siete días, y luego llegue ese tiempo como el octavo día. Pero como el Señor dijo: No os corresponde a vosotros saber los tiempos que el Padre ha puesto en su potestad (Hechos I, 7), y: Del día y la hora nadie sabe, ni el ángel, ni la virtud, ni el Hijo, sino solo el Padre (Mateo XXIV, 36), y aquello que está escrito, que el día del Señor vendrá como ladrón (I Tes. V, 2), muestra claramente que nadie debe arrogarse el conocimiento de ese tiempo mediante algún cálculo de años. Pues si ese día vendrá después de siete mil años, cualquiera podría aprender su venida contando los años: ¿dónde quedará entonces que ni el Hijo lo sabe? Lo cual ciertamente se dijo porque los hombres no lo aprenden por el Hijo, no porque Él mismo no lo sepa, según aquella expresión, El Señor vuestro Dios os prueba, para que sepa (Deut. XIII, 3), es decir, para que os haga saber; y, Levántate, Señor (Sal. III, 7), es decir, haznos levantarnos. Por tanto, cuando se dice que el Hijo no sabe este día, no es que no lo sepa, sino que hace que no lo sepan aquellos a quienes no conviene saberlo, es decir, no se lo muestra; ¿qué significa entonces alguna presunción que, contando los años, espera con certeza el día del Señor después de siete mil años?

2. Por tanto, lo que el Señor quiso que no supiéramos, lo ignoramos con gusto, y busquemos qué significa este título, que está escrito Sobre el octavo. Puede, sin ningún cálculo temerario de años, entenderse el día del juicio como octavo, ya que después del fin de este siglo, recibida la vida eterna, entonces las almas de los justos no estarán sujetas a los tiempos: y como todos los tiempos se repiten en la vuelta de los siete días, tal vez se llame octavo a aquel que no tendrá esta variedad. Hay otra cosa que aquí no se puede entender absurdamente, por qué se llama octavo al juicio, que será después de dos generaciones, una que pertenece al cuerpo, otra que pertenece al alma. Desde Adán hasta Moisés, el género humano vivió según el cuerpo, es decir, según la carne: que también se llama hombre exterior y viejo (Efes. IV, 22), y al que se le dio el Antiguo Testamento, para que, aunque religiosos, aún con operaciones carnales, prefigurara las cosas espirituales futuras. Durante todo este tiempo en que se vivía según el cuerpo, reinó la muerte, como dice el Apóstol, incluso en aquellos que no pecaron. Reinó, sin embargo, a semejanza de la transgresión de Adán, como dice el mismo; pues hasta Moisés (Rom. V, 14) debe entenderse, hasta que las obras de la Ley, es decir, aquellos sacramentos observados carnalmente, también mantuvieron sujetos a ellos con la gracia de un cierto misterio, a quienes estaban sometidos a un solo Dios. Desde la venida del Señor, desde que se pasó de la circuncisión de la carne a la circuncisión del corazón, se hizo la llamada para vivir según el alma, es decir, según el hombre interior, que también se llama hombre nuevo (Col. III, 10) por la regeneración y la renovación de las costumbres espirituales. Sin embargo, es manifiesto que el número cuatro pertenece al cuerpo, por los cuatro elementos más conocidos de los que consta, y las cuatro cualidades, seca, húmeda, caliente, fría. Por lo cual también se administra en cuatro tiempos, primavera, verano, otoño, invierno. Estas son las más conocidas. Pues sobre el número cuatro del cuerpo se trata también en otro lugar más sutilmente, pero más oscuramente: lo cual debe evitarse en este discurso, que queremos que sea acomodado incluso a los menos eruditos. Al alma, sin embargo, puede entenderse que pertenece el número tres, por lo que se nos manda amar a Dios de tres maneras, con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente (Deut. VI, 5; Mateo XXII, 37): de las cuales no se debe disputar en el Salterio, sino en el Evangelio. Ahora, para el testimonio del número tres perteneciente al alma, creo que es suficiente lo que se ha dicho. Completados, por tanto, los números del cuerpo pertenecientes al hombre viejo y al Antiguo Testamento, completados también los números del alma referidos al hombre

nuevo y al Nuevo Testamento, como el número siete ha pasado, porque cada cosa se hace temporalmente, distribuido el cuatro en el cuerpo, el tres en el alma, vendrá el octavo día del juicio, que otorgando a los méritos lo que se debe, ya no trasladará a los santos a obras temporales, sino a la vida eterna, y condenará a los impíos para siempre.

3. [vers. 2.] Temiendo tal condenación, la Iglesia ora en este salmo, diciendo: Señor, no me reprendas en tu ira. También el Apóstol llama ira al juicio: Acumulas para ti, dice, ira en el día de la ira del justo juicio de Dios (Rom. II, 5); en la cual no quiere ser reprendido, quien en esta vida desea ser sanado. Ni me castigues en tu furor: castigar, parece más suave; pues vale para la enmienda. Porque quien es reprendido, es decir, acusado, se debe temer que tenga como fin la condenación. Pero como el furor parece ser más que la ira, puede mover por qué lo que es más suave, es decir, la corrección, se ha puesto con lo que es más duro, es decir, con el furor. Pero creo que una cosa se ha significado con dos palabras: pues en griego θυμός, que está en el primer verso, significa lo mismo que ὀργή, que está en el segundo verso; pero cuando los latinos quisieron también poner dos palabras, se buscó qué era cercano a la ira, y se puso furor. Por eso los códices varían: pues en algunos se encuentra primero ira, luego furor; en otros, primero furor, luego ira; en otros, en lugar de furor se pone indignación, o bilis. Pero lo que sea, es un movimiento del ánimo que provoca a infligir castigo: el cual movimiento, sin embargo, no debe atribuirse a Dios como si fuera un alma, de quien se ha dicho: Pero tú, Señor de las virtudes, juzgas con tranquilidad (Sab. XII, 18); lo que es tranquilo, no está perturbado. Por tanto, no cae en Dios juez la perturbación; pero lo que se hace en sus ministros, porque se hace por sus leyes, se llama su ira. En la cual ira, no solo no quiere ser reprendido el alma que ahora ora, sino tampoco corregido, es decir, enmendado o instruido: pues en griego παιδεύσης se ha puesto, es decir, instruyas. Son reprendidos en el día del juicio todos los que no tienen el fundamento que es Cristo: son corregidos, es decir, purgados, los que sobreedifican sobre este fundamento madera, heno, paja; sufrirán pérdida, pero serán salvos como por fuego (I Cor. III, 11). ¿Qué, pues, ora este que no quiere ser reprendido ni corregido en la ira del Señor? ¿Qué, sino que sea sanado? donde hay salud, no se debe temer ni la muerte, ni las manos del médico que quema o corta.

4. [vers. 3, 4.] Por tanto, sigue diciendo: Ten misericordia de mí, Señor, porque estoy enfermo: sáname, Señor, porque están turbados mis huesos, es decir, el fundamento de mi alma, o la fortaleza; pues esto significan los huesos. Dice, por tanto, el alma que su fortaleza está turbada, cuando nombra los huesos: pues no se debe creer que tiene los huesos que vemos en el cuerpo. Por lo cual, para la exposición pertenece lo que se añade, Y mi alma está turbada en gran manera; para que no se entienda que lo que llamó huesos, se refiera al cuerpo. Y tú, Señor, ¿hasta cuándo? ¿quién no entiende que se significa un alma luchando con sus enfermedades, pero dilatada por el médico para que se le persuada en qué males se ha precipitado pecando? Pues lo que se sana fácilmente, no se cuida mucho; de la dificultad de la sanación, será más diligente la custodia de la salud recuperada. Por tanto, no se debe considerar a Dios como cruel, a quien se dice: Y tú, Señor, ¿hasta cuándo? sino como un buen persuasor del alma, de qué mal se ha causado a sí misma; pues aún no ora tan perfectamente esta alma, para que se le pueda decir: Aún hablando tú, diré, He aquí estoy (Isaías LXV, 24). Al mismo tiempo, también reconozca cuánto castigo se prepara para los impíos, que no quieren convertirse a Dios, si tanta dificultad sufren los que se convierten; como está escrito en otro lugar: Si el justo apenas será salvo, el pecador y el impío, ¿dónde aparecerán? (I Pedro IV, 18).

5. [vers. 5.] Vuélvete, Señor, y libra mi alma. Volviéndose, ora para que Dios se vuelva hacia ella, como se ha dicho: Volveos a mí, y me volveré a vosotros, dice el Señor (Zacarías I, 3). ¿O se debe entender de aquella expresión, Vuélvete, Señor, es decir, hazme volver, cuando en

su propia conversión sentía dificultad y trabajo? Pues nuestra conversión perfecta encuentra a Dios preparado, como dice el Profeta: Como el amanecer lo encontraremos preparado (Oseas VI, 3, según LXX). Pues para que lo perdiéramos, no fue su ausencia, que está en todas partes, sino nuestra aversión: En este mundo estaba, dice, y el mundo fue hecho por él, y el mundo no lo conoció (Juan I, 10). Si, pues, en este mundo estaba, y el mundo no lo conoció, nuestra impureza no soporta su vista. Pero mientras nos convertimos, es decir, con el cambio de la vida antigua esculpimos nuestro espíritu, sentimos duro y laborioso retorcerse de la oscuridad de las codicias terrenales a la serenidad y tranquilidad de la luz divina. Y en tal dificultad decimos, Vuélvete, Señor, es decir, ayúdanos, para que se perfeccione en nosotros la conversión, que te encuentra preparado, y te ofrece para ser disfrutado por tus amantes. Y por eso, después de haber dicho, Vuélvete, Señor, añadió, y libra mi alma, como adherida a las complicaciones de este siglo, y sufriendo en la misma conversión algunas espinas de deseos lacerantes. Sálvame, dice, por tu misericordia. Entiende que no es por sus méritos que se sana, puesto que al pecador y al que pasa por alto el mandamiento dado, se le debía una justa condenación; sáname, pues, dice, no por mi mérito, sino por tu misericordia.

6. [vers. 6.] Porque no hay en la muerte quien se acuerde de ti. Entiende también que ahora es el tiempo de la conversión, porque cuando esta vida haya pasado, no queda sino la retribución de los méritos. En el infierno, ¿quién te confesará? Confesó en el infierno aquel rico, de quien el Señor dice, que vio a Lázaro en reposo, mientras él mismo se dolía en tormentos: hasta tal punto confesó, que incluso quería advertir a los suyos para que se abstuvieran de pecados, por los castigos que se cree que hay en el infierno (Lucas XVI, 23-31). Aunque en vano, confesó, sin embargo, que mercedamente le sucedían esos tormentos; cuando incluso deseaba que los suyos fueran enseñados para que no cayeran en ellos. ¿Qué, pues, es, En el infierno, ¿quién te confesará? ¿o quiere entenderse el infierno, al que después del juicio serán precipitados los impíos, donde ya por las tinieblas más profundas no verán ninguna luz de Dios, a quien confesar algo? Pues este aún con los ojos levantados, aunque con un inmenso abismo interpuesto, pudo, sin embargo, ver a Lázaro en reposo, por cuya comparación fue forzado a la confesión de sus méritos. También puede entenderse que llama muerte al pecado, que se comete despreciando la ley divina: para que llamemos muerte al agujón de la muerte, que prepara la muerte; pues el agujón de la muerte, el pecado (I Cor. XV, 56). En la cual muerte esto es ser inmemor de Dios, despreciar su ley y mandamientos: para que llamara infierno a la ceguera del alma, que recibe y envuelve al pecador, es decir, al que muere; Como no aprobaron, dice, tener a Dios en su conocimiento, Dios los entregó a una mente reprobada (Rom. I, 28). De esta muerte y de este infierno se ruega que se libre el alma, mientras se esfuerza en la conversión a Dios, y siente dificultades.

7. [vers. 7.] Por lo cual continúa diciendo: Me he cansado de gemir. Y como si fuera poco, añade y dice: Lavaré cada noche mi lecho. Se ha llamado lecho aquí donde descansa el alma enferma e inválida, es decir, en el placer del cuerpo y en todo deleite secular; el cual deleite lava con lágrimas quien se esfuerza por extraerse de él. Pues ya ve que se condena a las concupiscencias carnales; y, sin embargo, la enfermedad se mantiene en el deleite, y en él yace con gusto, de donde no puede levantarse sino el alma sanada. Pero lo que dice, cada noche, tal vez quiso que se entendiera que aquel que con el espíritu dispuesto siente alguna luz de la verdad, y, sin embargo, a veces descansa en el deleite de este siglo por la debilidad de la carne, se ve obligado a sufrir como días y noches con afecto alterno: para que cuando dice, Con la mente sirvo a la ley de Dios, sienta como día; de nuevo cuando dice, Pero con la carne a la ley del pecado (Rom. VII, 25), se incline a la noche, hasta que toda noche pase, y venga un solo día del que se dice: Por la mañana estaré ante ti, y veré (Sal. V, 5). Entonces estará de pie; ahora yace, cuando está en el lecho que lavará cada noche, para que con tantas

lágrimas obtenga de la misericordia de Dios la medicina más eficaz. Con lágrimas regaré mi lecho, es una repetición: pues cuando dice con lágrimas, muestra cómo dijo antes lavaré; pero esto entendemos por lecho, lo que antes por cama: aunque regaré es algo más que lavaré; pues algo puede lavarse en la superficie; pero el riego penetra hasta el interior, lo que significa el llanto hasta lo más íntimo del corazón. La variedad de los tiempos, que puso pasado, cuando dijo, Me he cansado de gemir; y futuro, cuando dijo, Lavaré cada noche mi lecho; de nuevo futuro, Con lágrimas regaré mi lecho, muestra lo que debe decirse a sí mismo, cuando alguien ha trabajado en vano en el gemido; como si dijera: No sirvió cuando hice esto, por tanto haré aquello.

8. [vers. 8, 9.] Se ha turbado por la ira mi ojo: ¿ya sea suya, o de Dios, en la cual pide no ser reprendido, o corregido? Pero si aquella significa el día del juicio, ¿cómo puede entenderse ahora? ¿O es el comienzo de ella, lo que aquí los hombres sufren dolores y tormentos, y especialmente la pérdida de la inteligencia de la verdad, como ya he mencionado que se ha dicho: Dios los entregó a una mente reprobada (Rom. I, 28)? Pues esa es la ceguera de la mente; en ella quienquiera que sea entregado, se excluye de la luz interior de Dios, pero aún no completamente mientras está en esta vida. Pues hay tinieblas exteriores (Mateo XXV, 30), que se entienden más bien como pertenecientes al día del juicio, para que esté completamente fuera de Dios, quienquiera que, mientras hay tiempo, no quiso ser corregido; pues estar completamente fuera de Dios, ¿qué es, sino estar en la máxima ceguera? ya que Dios habita en luz inaccesible (I Tim. VI, 16), a donde entran aquellos a quienes se dice: Entra en el gozo de tu Señor (Mateo XXV, 21, 23). Por tanto, el comienzo de esta ira es lo que en esta vida sufre cualquier pecador: temiendo, por tanto, el día del juicio, trabaja y llora, para no ser llevado a aquello, cuyo inicio tan pernicioso ahora experimenta; y por eso no dijo, Se ha extinguido, sino, Se ha turbado por la ira mi ojo. Pero si dice que su ojo está turbado por su ira, tampoco es extraño: pues tal vez de aquí se ha dicho, No se ponga el sol sobre vuestra ira (Efes. IV, 26), que considera como un ocaso en sí mismo el sol interior, es decir, la sabiduría de Dios, la mente que por su perturbación no se permite ver.

9. Me he vuelto viejo entre todos mis enemigos. Hablaba solo de la ira, si es que hablaba de su propia ira: pero al considerar los demás vicios, se encuentra rodeado por todos ellos. Estos vicios, siendo de la vida antigua y del hombre viejo del que debemos despojarnos para revestirnos del nuevo (Colosenses III, 9, 10), se dice correctamente: Me he vuelto viejo. Entre todos mis enemigos, lo dice ya sea entre los mismos vicios, o entre los hombres que no quieren convertirse a Dios: pues estos, aunque no lo sepan, aunque perdonen, aunque compartan los mismos banquetes, casas y ciudades sin que medie disputa, y usen de frecuentes conversaciones como si estuvieran de acuerdo, no obstante, con intención contraria, son enemigos de aquellos que se convierten a Dios. Pues cuando unos aman y desean este mundo, y otros desean liberarse de este mundo, ¿quién no ve que aquellos son enemigos de estos? porque si pueden, los arrastran consigo al castigo. Y es un gran don, estar entre sus palabras diariamente, y no desviarse del camino de los preceptos de Dios: pues a menudo la mente que se esfuerza por avanzar hacia Dios, se tambalea en el mismo camino y tiembla: y muchas veces por eso no cumple su buen propósito, para no ofender a aquellos con quienes vive, amando y siguiendo otros bienes perecederos y transitorios. Todo sano está separado de estos, no por lugares, sino por el ánimo; pues los cuerpos están contenidos por lugares, pero el ánimo tiene como lugar su afecto.

10. Por lo tanto, después del trabajo, el gemido y las lluvias muy frecuentes de lágrimas, porque no puede ser vano lo que se ruega tan vehementemente a aquel que es la fuente de todas las misericordias, y se ha dicho muy verdaderamente: El Señor está cerca de los

quebrantados de corazón (Salmo XXXIII, 19), después de tantas dificultades, el alma piadosa, significando que ha sido escuchada, aunque también se puede entender como la Iglesia, mira lo que añade: Apartaos de mí, todos los que obráis iniquidad; porque el Señor ha escuchado la voz de mi llanto. O se dice en profecía, porque los impíos se apartarán, es decir, serán separados de los justos cuando llegue el día del juicio; o ahora, porque aunque estén contenidos juntos y en las mismas asambleas, sin embargo, en la era desnuda ya los granos están separados de la paja, aunque se oculten entre la paja: por lo tanto, pueden estar juntos, pero no pueden ser llevados juntos por el viento.

11. Porque el Señor ha escuchado la voz de mi llanto; el Señor ha escuchado mi súplica; el Señor ha aceptado mi oración. La repetición frecuente de la misma sentencia no muestra la necesidad de quien narra, sino el afecto de quien se regocija; pues los que se alegran suelen hablar así, de modo que no les basta con enunciar una vez lo que les alegra. Este es el fruto de aquel gemido en el que se trabaja, y de aquellas lágrimas con las que se lava el lecho, y se riega el lecho; porque el que siembra con lágrimas, cosechará con gozo (Salmo CXXV, 5), y bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados (Mateo V, 5).

12. Que se avergüencen y se turben todos mis enemigos. Apartaos de mí, todos, dijo antes; lo cual también puede suceder en esta vida, como se ha expuesto: pero lo que dice, Que se avergüencen y se turben, no veo cómo puede suceder, sino en aquel día cuando sean manifiestas las recompensas de los justos y los castigos de los pecadores. Pues ahora los impíos no se avergüenzan tanto, que no cesan de insultarnos: y a menudo sus burlas tienen tanto poder, que hacen que los hombres débiles se avergüencen del nombre de Cristo, de donde se ha dicho: Quien se avergüence de mí delante de los hombres, me avergonzaré de él delante de mi Padre (Lucas IX, 26). Ahora bien, quien quiera cumplir esos sublimes preceptos, para dispersar, dar a los pobres, para que su justicia permanezca para siempre (Salmo CXI, 9), y habiendo vendido todas sus cosas terrenales y distribuido a los necesitados, quiera seguir a Cristo, diciendo: Nada trajimos a este mundo, y nada podemos llevarnos; teniendo sustento y abrigo, estemos contentos con esto (I Timoteo VI, 7, 8); cae en la sacrílega burla de estos, y es llamado insano por aquellos que no quieren ser sanados; y a menudo, para no ser llamado así por hombres desesperados, teme hacer y pospone lo que el médico más fiel y poderoso ha ordenado. Por lo tanto, ahora no pueden avergonzarse aquellos de quienes debemos desear que no nos avergoncemos, y que no seamos llamados, impedidos o retrasados del camino propuesto. Pero vendrá el tiempo en que ellos se avergonzarán, diciendo como está escrito: Estos son aquellos a quienes alguna vez tuvimos en burla y en semejanza de reproche: nosotros insensatos, considerábamos su vida una locura, y su fin sin honor: ¿cómo fueron contados entre los hijos de Dios, y su suerte está entre los santos? Por lo tanto, nos desviamos del camino de la verdad, y la luz de la justicia no brilló para nosotros, y el sol no salió para nosotros: nos llenamos del camino de la iniquidad y la perdición, y caminamos por desiertos difíciles, pero no conocimos el camino del Señor. ¿De qué nos sirvió la soberbia, o qué nos aprovechó la jactancia de las riquezas? Todo eso pasó como una sombra (Sabiduría V, 3-9).

13. Pero lo que dice, Que se conviertan y se confundan, ¿quién no juzgará que es un castigo justísimo, que tengan conversión a confusión, quienes no quisieron tenerla para salvación? Luego añadió, muy rápidamente; porque cuando ya se empiece a desesperar del día del juicio, cuando digan, Paz, entonces les vendrá repentina destrucción (I Tesalonicenses V, 3). Sin embargo, cuando venga, viene muy rápidamente lo que se desespera que venga: y la longitud de esta vida no se siente, sino por la esperanza de vivir; pues nada parece ser más rápido que lo que ya ha pasado en ella. Por lo tanto, cuando venga el día del juicio, entonces los pecadores sentirán cuán no larga es toda vida que pasa; ni en absoluto les podrá parecer que

vino tarde, lo que vino no a los que lo deseaban, sino más bien a los que no creían. Aunque también se puede entender aquí, que porque Dios escuchó al que gemía y lloraba tan a menudo y por tanto tiempo, se entiende que ha sido liberado de los pecados, y ha dominado todos los movimientos perversos de la afectividad carnal, como dice: Apartaos de mí, todos los que obráis iniquidad, porque el Señor ha escuchado la voz de mi llanto, lo cual cuando le ha sucedido, no es de extrañar si ya es tan perfecto que ora por sus enemigos. Por lo tanto, puede referirse a esto lo que dijo, Que se avergüencen y se turben todos mis enemigos, para que hagan penitencia de sus pecados, lo cual no puede hacerse sin confusión y turbación. Por lo tanto, nada impide que se entienda así también lo que sigue, Que se conviertan y se avergüencen, es decir, que se conviertan a Dios, y se avergüencen de haberse gloriado alguna vez en las tinieblas anteriores de los pecados; como dice el Apóstol: ¿Qué fruto teníais entonces en aquellas cosas de las cuales ahora os avergonzáis? (Romanos VI, 21). Pero lo que añadió, muy rápidamente, se puede referir al afecto del que lo desea, o al poder de Cristo, quien convirtió a las naciones que por sus ídolos perseguían a la Iglesia, a la fe del Evangelio con tanta rapidez de tiempos.

EXPOSICIÓN SOBRE EL SALMO VII. Salmo de David, que cantó al Señor, por las palabras de Cusí, hijo de Jemini.

1. La historia de donde esta profecía tomó ocasión, es fácil de conocer en el segundo libro de los Reyes (II Samuel XVI). Pues allí Cusí, amigo del rey David, pasó al bando de Absalón, su hijo, que hacía guerra contra su padre, para explorar los consejos y anunciar lo que aquel tramaba contra su padre, aconsejado por Ajitofel, que había desertado de la amistad de David, y con sus consejos instruía al hijo contra el padre. Pero como no es la historia misma lo que debe considerarse en este salmo, de la cual el Profeta tomó el velo de los misterios, si hemos hecho la transición a Cristo, quítese el velo (II Corintios III, 16). Y primero preguntemos qué significa el mismo nombre. No faltaron intérpretes que investigando no carnalmente según la letra, sino espiritualmente, nos declararon que Cusí se interpreta como Silencio; Jemini, como Derecho; Ajitofel, como Ruina del hermano. Con estas interpretaciones, nuevamente nos encontramos con aquel traidor Judas, de modo que Absalón lleva su imagen, según lo que se interpreta como Paz del Padre; porque el padre se mostró pacífico hacia él, aunque él tenía guerra en su corazón con sus engaños, como se trató en el salmo tercero. Pero así como se encuentra en el Evangelio que los discípulos de nuestro Señor Jesucristo fueron llamados hijos (Mateo IX, 14), así también en el mismo Evangelio se encuentra que fueron llamados hermanos; pues el Señor resucitado dice: Ve y di a mis hermanos (Juan XX, 17), y el Apóstol lo llama primogénito entre muchos hermanos (Romanos VIII, 29): por lo tanto, la ruina de su hermano, que lo traicionó, se entiende correctamente como Ruina del hermano, que dijimos que se interpreta como Ajitofel. Pero Cusí, que se interpreta como Silencio, se entiende correctamente que el Señor nuestro combatió contra aquellos engaños con silencio, es decir, con el más alto secreto por el cual se hizo ceguera en parte a Israel, cuando perseguían al Señor, para que la plenitud de los gentiles entrara, y así todo Israel fuera salvo. Al llegar a este profundo secreto y alto silencio, el Apóstol exclamó como si estuviera sobrecogido por el horror de su misma altura: ¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y del conocimiento de Dios, cuán inescrutables son sus juicios, e ininvestigables sus caminos! ¿Quién conoció la mente del Señor, o quién fue su consejero? (Romanos XI, 33, 34). Así, aquel gran silencio no lo revela más con exposición que con admiración. Este silencio, ocultando el sacramento de la venerable pasión, el Señor, con su misericordia y providencia, convirtió la voluntaria ruina del hermano, es decir, el nefando crimen de su traidor, en el orden de su misericordia y providencia; para que lo que aquel hacía con mente perversa para la perdición de un solo hombre, este lo aplicara con providente gobierno para la salvación de

todos los hombres. Por lo tanto, el alma perfecta canta un salmo al Señor, que ya es digna de conocer el secreto de Dios; canta por las palabras de Cusí, porque mereció conocer las palabras de aquel silencio. Pues entre los infieles y perseguidores, aquel silencio y secreto es; pero entre los suyos, a quienes se les dijo: Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; pero os he llamado amigos, porque todo lo que oí de mi Padre, os lo he dado a conocer (Juan XV, 15): por lo tanto, entre sus amigos no es silencio, sino palabras del silencio, es decir, la razón expuesta y manifiesta de aquel silencio. Aquel silencio, es decir, Cusí, se llama hijo de Jemini, es decir, del derecho: pues no debía ocultarse a los santos lo que se hizo por ellos. Y sin embargo, No sepa tu izquierda lo que hace tu derecha (Mateo VI, 3). Por lo tanto, el alma perfecta canta en profecía, a quien se le ha dado a conocer aquel secreto, por las palabras de Cusí, es decir, por el conocimiento de aquel secreto; que secreto el Dios derecho, es decir, favorable y propicio a él, obró: ¿por qué este silencio se llama Hijo del derecho, que es Cusí, hijo de Jemini?

2. Señor Dios mío, en ti he confiado; sálvame de todos los que me persiguen, y líbrame. Como si no le quedara ya al perfecto sino el envidioso diablo, habiendo superado toda guerra y adversidad de los vicios, dice: Sálvame de todos los que me persiguen, y líbrame: no sea que arrebate como león mi alma. Dice el Apóstol: Vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar (I Pedro V, 8). Así que cuando decía en plural, Sálvame de todos los que me persiguen, luego añadió en singular diciendo, no sea que arrebate como león mi alma: pues no dijo, no sea que arrebaten, sabiendo quién resiste a los enemigos, y es vehementemente adverso al alma perfecta. Mientras no haya quien redima, ni quien salve: es decir, no sea que aquel arrebate, mientras tú no redimes ni salvas; pues si Dios no redime ni salva, aquel arrebata.

3. Y para que sea manifiesto que ya el alma perfecta dice esto, a quien solo las insidias más fraudulentas del diablo deben ser evitadas, mira lo que sigue: Señor Dios mío, si he hecho esto. ¿Qué es lo que llama esto? ¿o porque no dice el nombre del pecado, debe entenderse el pecado universal? Si este entendimiento no agrada, tomemos que se dice aquello que sigue: como si preguntáramos. ¿Qué es esto que dices, esto? responde: Si hay iniquidad en mis manos. Ya entonces es manifiesto que se dice de todo pecado, Si he devuelto mal a los que me hacían mal; lo cual no puede decir verdaderamente sino el perfecto. Pues el Señor dice: Sed perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre buenos y malos, y llueve sobre justos e injustos (Mateo V, 48, 45); por lo tanto, quien no devuelve mal a los que le hacen mal, es perfecto. Así que cuando el alma perfecta ora por las palabras de Cusí, hijo de Jemini, es decir, por el conocimiento de aquel secreto y silencio, que por nuestra salvación obró el Señor propicio y misericordioso, para soportar y soportar pacientemente los engaños de su traidor: como si a esta alma perfecta le dijera, exponiendo la razón de aquel secreto: Yo por ti impío y pecador, para que tus iniquidades fueran lavadas con la efusión de mi sangre, con gran silencio y gran paciencia soporté a mi traidor, ¿no me imitarás, para que tú tampoco devuelvas mal por mal? por lo tanto, entendiendo y comprendiendo lo que el Señor hizo por él, y progresando hacia la perfección con su ejemplo, dice, Si he devuelto mal a los que me hacían mal, es decir, si no he hecho lo que tú enseñaste haciendo, caeré entonces vacío ante mis enemigos. Y bien no dijo, Si he devuelto mal a los que me hacían mal, sino, a los que me devolvían mal; pues quien devuelve, ya había recibido algo; pero es de mayor paciencia no devolver mal a quien, habiendo recibido beneficios, devuelve mal por bien, que si sin haber recibido beneficio alguno antes, hubiera querido hacer daño. Si he devuelto mal a los que me hacían mal, caeré entonces vacío ante mis enemigos. En vano se jacta, quien siendo también hombre, desea vengarse de un hombre: y cuando busca abiertamente superar al hombre, es secretamente superado por el diablo, hecho vacío por la vana y soberbia alegría,

como si no pudiera ser vencido. Por lo tanto, este entiende dónde se hace mayor la victoria, y dónde el Padre devuelve, que ve en secreto. Para que no devuelva mal a los que le hacen mal, vence más bien la ira que al hombre, también instruido por aquellas letras, en las que está escrito: Mejor es el que vence la ira, que el que toma una ciudad (Proverbios XVI, 32. según LXX). Si he devuelto mal a los que me hacían mal, caeré entonces vacío ante mis enemigos. Parece jurar por execración, que es el género más grave de juramento, cuando el hombre dice: Si hice eso, sufriré eso. Pero una cosa es el juramento en la boca del que jura, otra en el significado del que profetiza: pues aquí dice lo que verdaderamente sucede a los hombres que devuelven mal a los que les hacen mal; no que se imprecara a sí mismo, o a alguien, como si fuera un juramento.

4. Persiga entonces el enemigo mi alma, y la alcance. Nuevamente nombrando al enemigo en singular, lo manifiesta más y más a quien antes llamó como león. Pues él persigue el alma; y si la engaña, la alcanzará. Porque los hombres hasta la muerte del cuerpo persiguen, pero no pueden tener el alma en su poder después de esta muerte visible; pero el diablo, las almas que persigue y alcanza, las poseerá. Y pise en tierra mi vida: es decir, pisoteando, haga tierra mi vida, su alimento; pues no solo se le llama león, sino también serpiente, a quien se le dijo, Comerás tierra; y al hombre pecador se le dijo, Tierra eres, y a la tierra volverás (Génesis III, 14, 19). Y reduzca mi gloria al polvo. Este es el polvo que el viento arroja de la faz de la tierra, la vana y necia jactancia de los soberbios, y el globo de polvo inflado, no solidado, como elevado por el viento. Por lo tanto, aquí puso correctamente la gloria, que no quiere que se reduzca al polvo. Pues quiere tenerla sólida en la conciencia ante Dios, donde no hay jactancia; Quien se gloría, gloriése en el Señor (I Corintios I, 31). Esta solidez se reduce al polvo, si por soberbia alguien, despreciando los secretos de la conciencia, donde solo Dios prueba al hombre, quiere gloriarse ante los hombres; de ahí que en otro lugar dice: Dios quebrantará los huesos de los que agradan a los hombres (Salmo LII, 6). Pero quien ha aprendido bien o ha experimentado los grados de superación de los vicios, entiende que este vicio de la vana gloria, o solo, o principalmente, debe ser evitado por los perfectos: pues el primer vicio por el que cayó el alma, es el último que vence. El principio de todo pecado es la soberbia; y, El principio de la soberbia del hombre es apartarse de Dios (Eclesiástico X, 15, 14).

5. [vers. 7.] Exsurge, Señor, en tu ira. ¿Por qué este que llamamos perfecto provoca a Dios a la ira? ¿No deberíamos considerar que más bien es perfecto aquel que, al ser apedreado, dijo: Señor, no les tomes en cuenta este pecado (Hechos VII, 59)? ¿O acaso este también no ora contra los hombres, sino contra el diablo y sus ángeles, cuya posesión son los pecadores e impíos? Por lo tanto, no ora con saña, sino con misericordia contra él, quienquiera que ore para que se le quite esta posesión por parte de aquel Señor que justifica al impío (Rom. IV, 5): pues cuando el impío es justificado, de impío se convierte en justo, y de posesión del diablo pasa a ser templo de Dios; y puesto que es un castigo que a alguien se le quite la posesión en la que desea dominar, este castigo lo llama la ira de Dios contra el diablo, para que deje de poseer a quienes posee. Exsurge, Señor, en tu ira: Exsurge, aquí dijo aparece, con palabras humanas y ocultas, como si Dios durmiera, cuando en sus secretos permanece desconocido. Exáltate en los confines de mis enemigos. Llamó confines a la misma posesión, donde quiere que Dios sea exaltado, es decir, honrado y glorificado, más que el diablo, mientras los impíos son justificados y alaban a Dios. Y exsurge, Señor mi Dios, en el precepto que mandaste: es decir, porque ordenaste la humildad, aparece humilde; y tú primero cumple lo que ordenaste, para que con tu ejemplo, venciendo la soberbia, no sean poseídos por el diablo, quien persuadió la soberbia contra tus preceptos, diciendo: comed, y se abrirán vuestros ojos, y seréis como dioses (Gén. III, 5).

6. [vers. 8.] Y la congregación de los pueblos te rodeará. Hay un doble entendimiento. La congregación de los pueblos puede referirse tanto a los creyentes como a los perseguidores, ambos hechos posibles por la misma humildad de nuestro Señor: la multitud de los perseguidores, despreciando esta humildad, lo rodeó, de la cual se dijo: ¿Por qué se amotinan las naciones y los pueblos meditan cosas vanas? (Sal. II, 1); pero la multitud de los creyentes, por su humildad, lo rodeó de tal manera que se dijo con toda verdad: Ceguera en parte ha acontecido a Israel, hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles (Rom. XI, 25); y aquello, Pídeme, y te daré por herencia las naciones, y como posesión tuya los confines de la tierra (Sal. II, 8). Y por esto regresa a lo alto: es decir, por esta congregación regresa a lo alto; lo cual se entiende que hizo resucitando y ascendiendo al cielo. Pues así glorificado dio el Espíritu Santo, que antes de su glorificación no podía ser dado, como está puesto en el Evangelio: El Espíritu aún no había sido dado, porque Jesús aún no había sido glorificado (Juan VII, 39). Regresado, pues, a lo alto por la congregación de los pueblos, envió el Espíritu Santo; con el cual llenos, los predicadores del Evangelio llenaron el mundo con iglesias.

7. Este sentido también puede entenderse así: Exsurge, Señor, en tu ira, exáltate en los confines de mis enemigos: es decir, exsurge en tu ira, y que mis enemigos no te entiendan; para que esto sea exáltate, es decir, hazte alto para que no seas entendido, lo cual se refiere a aquel silencio. Pues de esta exaltación se dice en otro salmo: Y subió sobre los querubines, y voló. Y puso las tinieblas por su escondite (Sal. XVII, 11, 12): con esta exaltación, es decir, ocultación, cuando por el mérito de sus pecados no te entendieron quienes te crucificaron, la congregación de los creyentes te rodeará. Pues por la misma humildad fue exaltado, es decir, no fue entendido; para que a esto se refiera, Y exsurge, Señor mi Dios, en el precepto que mandaste; es decir, cuando aparezcas humilde, sé alto, para que mis enemigos no te entiendan: pues para el justo los pecadores son enemigos, y para el piadoso los impíos. Y la congregación de los pueblos te rodeará: es decir, por esto mismo que no te entienden quienes te crucifican, las naciones creerán en ti, y así la congregación de los pueblos te rodeará. Pero lo que sigue, si realmente significa esto, tiene más de dolor porque ya comienza a sentirse, que de alegría porque se entiende. Pues sigue, Y por esto regresa a lo alto: es decir, y por esta congregación del género humano, con la cual las iglesias están llenas, regresa a lo alto, es decir, deja de ser entendido de nuevo. ¿Qué es entonces, Y por esto, sino porque también esta te ofenderá; de tal manera que verdaderamente profetices, diciendo: ¿Crees que cuando venga el Hijo del Hombre, hallará fe en la tierra? (Luc. XVIII, 8); también dice de los falsos profetas, que se entienden como herejes: Por la iniquidad de ellos se enfriará el amor de muchos (Mat. XXIV, 12). Pues cuando también en las iglesias, es decir, en aquella congregación de pueblos y naciones, donde el nombre cristiano se ha extendido ampliamente, habrá tanta abundancia de pecados que ya en gran parte se siente, ¿no se predice aquí aquello que también fue anunciado por otro profeta, el hambre de la palabra (Amós VIII, 11)? ¿No es que también por esta congregación, que por sus pecados aleja de sí la luz de la verdad, Dios regresa a lo alto, es decir, para que o no, o por muy pocos, de quienes se dijo, Bienaventurado el que persevere hasta el fin, este será salvo (Mat. X, 22), se mantenga y se perciba la fe sincera, y purificada de toda mancha de opiniones perversas? No sin razón se dice, Y por esta congregación regresa a lo alto; es decir, retírate de nuevo a la altura de tus secretos, también por esta congregación de pueblos que tiene tu nombre y no hace tus obras.

8. Pero ya sea que la exposición anterior o esta sea más adecuada para este lugar, sin perjuicio de otra mejor o igual, sigue muy convenientemente, El Señor juzga a los pueblos. Pues ya sea que haya regresado a lo alto, cuando después de la resurrección ascendió al cielo, sigue bien, El Señor juzga a los pueblos; porque de allí vendrá a juzgar a vivos y muertos: o

ya sea que regrese a lo alto cuando abandona a los pecadores cristianos en la inteligencia de la verdad; porque de ese advenimiento se dijo: ¿Crees que cuando venga el Hijo del Hombre, hallará fe en la tierra? (Luc. XVIII, 8). El Señor, pues, juzga a los pueblos. ¿Qué Señor, sino Jesucristo? Porque el Padre no juzga a nadie, sino que todo juicio lo dio al Hijo (Juan V, 22). Por lo tanto, esta alma que ora perfectamente, mira cómo no teme el día del juicio, y verdaderamente con deseo seguro dice en la oración, Venga tu reino (Mat. VI, 10): Júzgame, dice, Señor, según mi justicia. En el salmo anterior, el enfermo suplicaba, implorando más bien la misericordia de Dios, que recordando algún mérito suyo; porque el Hijo de Dios vino a llamar a los pecadores al arrepentimiento (Luc. V, 32). Así que allí decía, Sálvame, Señor, por tu misericordia, es decir, no por mi mérito; pero ahora, porque llamado ha mantenido y guardado los preceptos que recibió, se atreve a decir: Júzgame, Señor, según mi justicia, y según mi inocencia sobre mí. Esta es la verdadera inocencia, que no daña ni al enemigo; por lo tanto, bien pide ser juzgado según su inocencia, quien verdaderamente pudo decir: Si he devuelto mal a quienes me retribuyen mal (Sal. VII, 5). Pero lo que añadió, sobre mí, no solo se puede entender en relación con la inocencia, sino también con la justicia; para que este sea el sentido: Júzgame, Señor, según mi justicia, y según mi inocencia, que es justicia e inocencia sobre mí. Con esta adición demuestra que lo que el alma justa e inocente es, no lo tiene por sí misma, sino por el Dios que la ilumina y alumbrá; pues de esta dice en otro Salmo, Tú iluminarás mi lámpara, Señor (Sal. XVII, 29); y de Juan se dice, que él no era la luz, sino que daba testimonio de la luz (Juan I, 8). Él era la lámpara ardiente y brillante (Juan V, 35). La luz, pues, de la cual las almas como lámparas se encienden, no resplandece con esplendor ajeno, sino propio, que es la misma verdad. Así, pues, se dice, según mi justicia, y según mi inocencia sobre mí, como si una lámpara ardiente y brillante dijera: Júzgame según la llama que está sobre mí, es decir, no por lo que soy yo, sino por lo que brillo encendida de ti.

9. [vers. 10.] Consúmese, pues, la maldad de los pecadores. Consúmese, dice, perfecciónese, según aquello que está en el Apocalipsis: El justo sea más justo, y el sucio ensúciase aún más (Apoc. XXII, 11). Pues parece que la maldad de los hombres que crucificaron al Hijo de Dios se ha consumado; pero es mayor la de aquellos que no quieren vivir rectamente, y odian los preceptos de la verdad por los cuales fue crucificado el Hijo de Dios. Consúmese, pues, dice, la maldad de los pecadores; es decir, que se llegue a la suma maldad, para que ya pueda venir el justo juicio. Pero como no solo se dijo, El sucio ensúciase aún más, sino también se dijo, El justo sea más justo, añade y dice: Y dirigirás al justo, escudriñando corazones y riñones Dios. ¿Cómo, pues, puede dirigirse al justo, sino en lo oculto; cuando incluso por aquellas cosas que al principio de los tiempos cristianos, cuando aún los santos eran oprimidos por la persecución de los hombres seculares, parecían admirables a los hombres, ahora después de que el nombre cristiano ha comenzado a estar en tan alto lugar, ha crecido la hipocresía, es decir, la simulación, de aquellos que prefieren agradar a los hombres con el nombre cristiano que a Dios? ¿Cómo, pues, se dirige al justo en tanta confusión de simulación, sino mientras escudriña corazones y riñones Dios, viendo todas las intenciones, que están significadas con el nombre de corazón, y las delectaciones, que se entienden con el nombre de riñones? Pues con razón se atribuye a los riñones la delectación de las cosas temporales y terrenales; porque también es una parte inferior del hombre, y es la región donde habita el placer de la generación carnal, por la cual en esta vida de trabajos y de alegría engañosa, por la sucesión de la prole, la naturaleza humana se transfiere. Escudriñando, pues, nuestro corazón Dios, y viendo que está donde está nuestro tesoro (Mat. VI, 21), es decir, en los cielos; escudriñando también los riñones, y viendo que no nos sometemos a la carne y a la sangre (Gal. I, 16), sino que nos deleitamos en el Señor, dirige al justo en la misma conciencia ante él, donde ningún hombre ve, sino solo aquel que ve lo que cada uno piensa, y lo que a cada uno le deleita. Pues

el fin del cuidado es la delectación; porque cada uno se esfuerza con cuidados e intenciones para llegar a su delectación. Ve, pues, nuestros cuidados, quien escudriña el corazón: ve también los fines de los cuidados, es decir, las delectaciones, quien escudriña los riñones; para que cuando encuentre que no nos inclinamos a la concupiscencia de la carne, ni a la concupiscencia de los ojos, ni a la ambición del mundo, que todas pasan como sombra (1 Juan II, 16, 17), sino que nos elevamos a los gozos de las cosas eternas, que no son violadas por ningún cambio, dirija al justo, escudriñando corazones y riñones Dios. Pues nuestras obras, que realizamos con hechos y palabras, pueden ser conocidas por los hombres; pero con qué ánimo se hacen, y a dónde deseamos llegar por ellas, solo lo sabe aquel que escudriña corazones y riñones Dios.

10. [vers. 11.] Mi ayuda justa es del Señor, que salva a los rectos de corazón. Hay dos oficios de la medicina; uno por el cual se sana la enfermedad, otro por el cual se guarda la salud. Según el primero, se dijo en el salmo anterior, Ten misericordia de mí, Señor, porque estoy enfermo: según el segundo, en este salmo se dice, Si hay iniquidad en mis manos, si he devuelto mal a quienes me retribuyen mal, caiga, pues, vacío de mis enemigos; pues allí el enfermo ora para ser liberado, aquí ya sano para no corromperse. Según aquello allí se dice, Sálvame por tu misericordia: según esto aquí se dice, Júzgame, Señor, según mi justicia; pues allí para escapar de la enfermedad, pide remedio, aquí para no recaer en la enfermedad, pide protección. Según aquello se dice, Sálvame, Señor, según tu misericordia; según esto se dice, Mi ayuda justa es del Señor, que salva a los rectos de corazón. Pues tanto aquello como esto salva; pero aquello traslada de la enfermedad a la salud, esto conserva en la misma salud. Así que allí es ayuda misericordiosa, porque el pecador no tiene ningún mérito, quien aún desea ser justificado, creyendo en aquel que justifica al impío (Rom. IV, 5); aquí, sin embargo, es ayuda justa, porque ya se otorga al justo. Diga, pues, allí el pecador que dijo, Estoy enfermo, Sálvame, Señor, por tu misericordia; y diga aquí el justo, que dijo, Si he devuelto mal a quienes me retribuyen mal, Mi ayuda justa es del Señor, que salva a los rectos de corazón. Pues si ofrece la medicina por la cual sanamos enfermos, ¿cuánto más aquella por la cual nos guardamos sanos? Porque si cuando aún éramos pecadores, Cristo murió por nosotros, ¿cuánto más ahora justificados, seremos salvos de la ira por él? (Rom. V, 8, 9)

11. Mi ayuda justa es del Señor, que salva a los rectos de corazón. Dirige al justo, escudriñando corazones y riñones Dios: pero con ayuda justa salva a los rectos de corazón. No como escudriña corazones y riñones, así salva a los rectos de corazón y riñones: porque las intenciones son malas en el corazón torcido, y buenas en el corazón recto; pero las delectaciones no buenas pertenecen a los riñones, porque son inferiores y terrenales, las buenas no a los riñones, sino al mismo corazón. Por eso no se puede decir rectos de riñones, como se dice rectos de corazón, cuando ya donde está la intención, allí también está la delectación: lo cual no puede suceder, sino cuando se piensan cosas divinas y eternas. Diste, dice, alegría en mi corazón, cuando dijo, Se ha sellado sobre nosotros la luz de tu rostro, Señor (Sal. IV, 7). Pues las fantasías de las cosas temporales, que el alma se imagina, cuando se agita con esperanza vana y mortal, aunque traigan a menudo una alegría delirante e insana con imaginaciones vanas, no obstante, esta delectación no debe atribuirse al corazón, sino a los riñones; porque todas esas imaginaciones son atraídas de cosas inferiores, es decir, terrenales y carnales. Así sucede, que escudriñando corazones y riñones Dios, y viendo en el corazón intenciones rectas, en los riñones ninguna delectación, ofrece ayuda justa a los rectos de corazón, donde a las intenciones puras se asocian las delectaciones superiores. Y por eso en otro salmo, cuando dijo, Además, hasta la noche me increparon mis riñones, añadió sobre la ayuda, diciendo: Preveía al Señor siempre delante de mí, porque está a mi derecha para que no me conmueva (Sal. XV, 7, 8). Donde mostró que solo sufrió sugerencias de los riñones, no

también delectaciones, que si las sufriera, ciertamente se conmoviera. Dijo, sin embargo, Está a mi derecha el Señor, para que no me conmueva; luego añadió, Por esto se alegró mi corazón (Ibid., 9): para que los riñones pudieran increparlo, no deleitarlo. No, pues, en los riñones, sino allí se hizo la delectación, donde contra la increpación de los riñones se previó que Dios estaba a la derecha, es decir, en el corazón.

12. [vers. 12.] Dios juez justo, fuerte y paciente. ¿Qué Dios juez, sino el Señor, que juzga a los pueblos? Él mismo justo, que dará a cada uno según sus obras (Mat. XVI, 27). Él mismo fuerte, que incluso a los perseguidores impíos, siendo poderosísimo, por nuestra salvación toleró. Él mismo paciente, que incluso a aquellos que lo persiguieron, no inmediatamente después de la resurrección los llevó al castigo, sino que los soportó, para que en algún momento se convirtieran a la salvación de aquella impiedad: y aún los soporta, reservando para el último juicio el último castigo, y hasta ahora invitando a los pecadores al arrepentimiento. No trayendo ira cada día. Quizás se dice más significativamente, trayendo ira, que enojándose, y así lo encontramos en los ejemplares griegos: para que no haya en él ira con la que castiga, sino en las almas de aquellos ministros que obedecen a los preceptos de la verdad; por quienes se ordena también a los ministerios inferiores que se llaman ángeles de ira, para castigar los pecados, a quienes ya no por la justicia, de la cual no se alegran, sino por la malicia, el castigo humano les deleita. No, pues, Dios trae ira cada día, es decir, no cada día reúne a sus ministros para la venganza: pues ahora la paciencia de Dios invita al arrepentimiento; pero en el último tiempo, cuando los hombres por su dureza y corazón impenitente, hayan atesorado ira para el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios (Rom. II, 5), blandirá su espada.

13. [vers. 13.] Si no os convertís, dice, blandirá su espada. Puede entenderse que el mismo hombre del Señor es la espada de Dios de doble filo, es decir, la espada que no blandió en su primer advenimiento, sino que la ocultó como en la vaina de la humildad: pero la blandirá, cuando en su segundo advenimiento venga a juzgar a vivos y muertos, en el manifiesto esplendor de su claridad, resplandeciendo como luz para los justos, y como terrores para los impíos. Pues en otros ejemplares, en lugar de blandirá su espada, se ha puesto hará resplandecer su espada: con lo cual creo que se significa muy adecuadamente el último advenimiento de la claridad del Señor; ya que se entiende que es de su persona lo que otro salmo tiene: Libra, Señor, mi alma de los impíos, tu espada de los enemigos de tu mano (Sal. XVI, 13). Tendió su arco, y lo preparó. No deben pasarse por alto los tiempos de los verbos, porque de la espada dijo en futuro, blandirá; del arco en pasado, tendió: luego siguen las palabras en tiempo pasado.

14. [vers. 14.] Y en él preparó los instrumentos de muerte: sus flechas trabajó para los ardientes. Por tanto, este arco, las Sagradas Escrituras, lo aceptaría gustosamente, donde con la fortaleza del Nuevo Testamento, como con un nervio, se ha doblado y domado la dureza del Antiguo. De aquí se lanzan como flechas los Apóstoles, o se disparan los divinos anuncios. Estas flechas las trabajó para los ardientes, es decir, para que, al ser alcanzados, ardieran con amor divino. Pues, ¿con qué otra flecha fue herida aquella que dice: Llevadme a la casa del vino, ponedme entre ungüentos, rodeadme de mieles; porque estoy herida de amor (Cant. II, 4, según LXX)? ¿Con qué otras flechas se enciende aquel que, deseando volver a Dios y regresar de esta peregrinación, pide ayuda contra las lenguas engañosas, y se le dice: ¿Qué se te dará, o qué se te añadirá contra la lengua engañosa? Flechas agudas de poderoso, con carbones devastadores (Sal. CXIX, 3, 4): es decir, para que, herido e inflamado por tanto amor, ardas por el reino de los cielos, de modo que desprecies las lenguas de los que resisten y quieren apartarte de tu propósito, y te burles de sus persecuciones, diciendo: ¿Quién me

separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada? Estoy seguro, dice, de que ni la muerte, ni la vida, ni ángel, ni principado, ni lo presente, ni lo futuro, ni virtud, ni altura, ni profundidad, ni otra criatura podrá separarnos del amor de Dios, que es en Cristo Jesús nuestro Señor (Rom. VIII, 35, 38, 39). Así trabajó sus flechas para los ardientes: pues en los ejemplares griegos se encuentra así, Trabajó sus flechas para los ardientes; pero muchos latinos tienen ardientes. Pero, ya sea que las flechas mismas ardan, o que hagan arder, lo cual no pueden hacer a menos que ellas mismas ardan, el sentido es completo.

15. Pero como no solo dijo flechas, sino también instrumentos de muerte que el Señor preparó en el arco, se puede preguntar qué son los instrumentos de muerte. ¿Acaso los herejes? Pues también ellos, del mismo arco, es decir, de las mismas Escrituras, se lanzan sobre las almas no para inflamarlas con amor, sino para matarlas con venenos, lo cual no ocurre sino por méritos. Por eso, esta disposición también debe atribuirse a la divina Providencia, no porque ella haga pecadores, sino porque ella ordena cuando han pecado: pues leyendo con mala intención por el pecado, se ven obligados a entender mal, de modo que esta sea la pena del pecado; sin embargo, con la muerte de estos, los hijos de la Iglesia católica, como con ciertas espinas, son despertados del sueño y progresan en la comprensión de las Sagradas Escrituras. Porque es necesario que haya herejías, dice, para que los aprobados se manifiesten entre vosotros (I Cor. XI, 19), es decir, entre los hombres, aunque sean manifiestos para Dios. ¿O acaso dispuso las mismas flechas y los instrumentos de muerte para la perdición de los infieles, y trabajó para los ardientes o con los ardientes para el ejercicio de los fieles? Pues no es falso lo que dice el Apóstol: Para unos somos olor de vida para vida, para otros olor de muerte para muerte, y para esto, ¿quién es suficiente? (II Cor. II, 16). No es de extrañar, entonces, si los mismos Apóstoles son instrumentos de muerte en aquellos de quienes sufrieron persecución, y flechas ígneas para inflamar los corazones de los creyentes.

16. [vers. 15.] Después de esta disposición vendrá el justo juicio: sobre el cual dice de tal manera que entendamos que a cada hombre se le hace castigo de su pecado, y su iniquidad se convierte en pena; para que no pensemos que aquella tranquilidad y luz inefable de Dios emite de sí misma de donde se castigan los pecados, sino que ordena los mismos pecados de tal manera que lo que fue deleite para el hombre pecador, sea instrumento para el Señor castigador. He aquí, dice, concibió injusticia. ¿Qué había concebido para dar a luz injusticia? Concibió, dice, trabajo (Gen. III, 17). De aquí es, pues, aquello, Con trabajo comerás tu pan; de aquí también aquello, Venid a mí, todos los que trabajáis y estáis cargados. Porque mi yugo es suave y mi carga ligera (Mat. XI, 28, 30). Pues no podrá terminar el trabajo, a menos que cada uno ame lo que no puede serle quitado contra su voluntad. Porque cuando se aman cosas que podemos perder contra nuestra voluntad, es necesario que trabajemos miserablemente por ellas; y para obtenerlas, en las angustias de las miserias terrenales, cuando cada uno desea arrebatárselas y adelantarse al otro, o arrancárselas a otro, maquinamos injusticias. Por tanto, con razón y completamente en orden dio a luz injusticia quien concibió trabajo. Pero, ¿qué da a luz, sino lo que concibió, aunque no da a luz lo que concibió? pues no nace lo que se concibe; sino que se concibe la semilla, nace lo que se forma de la semilla. El trabajo es, por tanto, la semilla de la iniquidad; pero el pecado es la concepción del trabajo, es decir, aquel primer pecado, apartarse de Dios (Eclí. X, 14): por tanto, dio a luz injusticia quien concibió trabajo. Y dio a luz iniquidad: iniquidad, esto es lo que injusticia; por tanto, dio a luz lo que concibió. ¿Qué sigue después?

17. [vers. 16.] Abrió un pozo y lo cavó. Abrir un pozo es preparar un engaño en las cosas terrenales, es decir, como en la tierra, donde caiga otro a quien el injusto quiere engañar: pero

este pozo se abre cuando se consiente la mala sugestión de las codicias terrenales; y se cava cuando, después del consentimiento, se insiste en la operación del fraude. Pero, ¿cómo puede ser que la iniquidad dañe primero al hombre justo contra quien procede, antes que al corazón injusto de donde procede? Así, el defraudador de dinero, por ejemplo, mientras desea dañar a otro con pérdida, él mismo es herido por la avaricia: pero, ¿quién, aunque sea demente, no ve cuánta diferencia hay entre estos, cuando aquel sufre la pérdida del dinero, y este la de la inocencia? Por tanto, caerá en el hoyo que hizo; lo que en otro salmo se dice: Se conoce al Señor haciendo juicios, el pecador fue atrapado en las obras de sus manos (Sal. IX, 17).

18. [vers. 17.] Se convertirá su trabajo en su cabeza, y su iniquidad descenderá sobre su vértice. Pues no quiso él evitar el pecado; sino que se hizo bajo el pecado como siervo, diciendo el Señor: Todo el que peca, es siervo (Juan VIII, 34). Por tanto, su iniquidad estará sobre él, cuando él se somete a su iniquidad: porque no pudo decir al Señor, lo que dicen los inocentes y rectos: Mi gloria y el que exalta mi cabeza (Sal. III, 4). Así, pues, él será inferior, para que su iniquidad sea superior, y descienda sobre él; porque lo pesa, y lo carga, y no le permite volar de nuevo al descanso de los santos. Esto ocurre cuando en el hombre perverso la razón sirve, y la lujuria domina.

19. [vers. 18.] Confesaré al Señor según su justicia. Esta no es confesión de pecados: pues esto lo dice aquel que anteriormente decía con verdad, Si hay iniquidad en mis manos; sino confesión de la justicia de Dios, por la cual decimos así: Verdaderamente, Señor, eres justo, cuando proteges a los justos de tal manera que los iluminas por ti mismo, y ordenas a los pecadores de tal manera que no son castigados por tu malicia, sino por la suya. Esta confesión alaba al Señor de tal manera que las blasfemias de los impíos no pueden prevalecer, quienes queriendo excusar sus crímenes, no quieren atribuir a su culpa lo que pecan, es decir, no quieren atribuir a su culpa su culpa. Por tanto, encuentran a la fortuna, o al destino que acusar; o al diablo, a quien no consentir está en nuestro poder, quiso quien nos hizo; o introducen otra naturaleza, que no es de Dios, fluctuando miserables y errantes, en lugar de confesar a Dios, para que les perdone. Pues no es necesario perdonar, sino al que dice: He pecado. Por tanto, quien ve que los méritos de las almas son ordenados por Dios, de modo que mientras se atribuye a cada uno lo suyo, la belleza del universo no se viola en ninguna parte, en todo alaba a Dios: y esta es confesión no de pecadores, sino de justos. Pues no es confesión de pecadores, mientras dice el Señor: Te confieso, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas a los sabios, y las revelaste a los pequeños (Mat. XI, 25). También en el Eclesiástico se dice: Confesad al Señor en todas sus obras. Y esto diréis en la confesión, todas las obras del Señor porque son muy buenas (Ecli. XXXIX, 19-21). Lo que en este salmo se puede entender, si cada uno con mente piadosa, con la ayuda del Señor, distingue entre las recompensas de los justos y los castigos de los pecadores, cómo con estas dos cosas toda la criatura, que Dios gobierna creada por él, se adorna con maravillosa y conocida por pocos belleza. Así, pues, dice, Confesaré al Señor según su justicia, como aquel que ha visto que no fueron hechas las tinieblas por Dios, sino ordenadas sin embargo. Pues Dios dijo: Hágase la luz, y se hizo la luz (Gen. I, 3). No dijo: Háganse las tinieblas, y se hicieron las tinieblas; y sin embargo, también las ordenó. Y por eso se dice: Dios dividió entre la luz y las tinieblas, y llamó Dios a la luz día, y a las tinieblas llamó noche (Ibid., 4, 5). Esta distinción: una cosa hizo, y ordenó; otra cosa no hizo, pero sin embargo también esto ordenó. Ahora bien, que las tinieblas significan pecados, se encuentra en el profeta, que dijo, Y tus tinieblas serán como el mediodía (Isai. LVIII, 10), y en el apóstol diciendo, Quien odia a su hermano, está en tinieblas (I Juan II, 11), y especialmente aquello: Desechemos las obras de las tinieblas, y vistámonos con las armas de la luz (Rom. XIII, 12). No porque haya alguna naturaleza de las tinieblas: pues toda naturaleza en cuanto es naturaleza, está obligada a ser;

ser, sin embargo, pertenece a la luz; no ser, a las tinieblas. Por tanto, quien abandona a aquel por quien fue hecho, y se inclina hacia aquello de donde fue hecho, es decir, hacia la nada, en este pecado se oscurece; y sin embargo, no perece completamente, sino que se ordena en lo más bajo. Por tanto, después de haber dicho, Confesaré al Señor, para que no entendiéramos confesión de pecados, añade al final: Y cantaré al nombre del Señor altísimo. Cantar, sin embargo, pertenece al gozo, pero la penitencia de los pecados, a la tristeza.

20. Este salmo también puede entenderse en la persona del hombre del Señor; si es que las cosas que allí se dicen humildemente, se refieren a nuestra debilidad, que él llevaba.

EN EL SALMO VIII COMENTARIO. Al final, para los lagares, Salmo de David.

1. [vers. 1.] No parece decir nada de los lagares en el texto de ese salmo, cuyo título es este. En el cual aparece que con muchas y variadas similitudes se insinúa a menudo una misma cosa en las Escrituras. Por tanto, podemos entender los lagares como las Iglesias, de la misma manera que entendemos la era como la Iglesia. Porque ya sea en la era, ya sea en el lagar, no se hace otra cosa, sino que los frutos se purgan de las envolturas, que eran necesarias tanto para nacer como para crecer, y llegar a la madurez de la cosecha o la vendimia. Por tanto, con estas envolturas o sustentáculos, es decir, las pajas en la era para los granos, y los orujos en los lagares para los vinos, se despojan: así como en las Iglesias de la multitud de hombres seculares, que se congrega junto con los buenos, a quienes para nacer y hacerse aptos para la palabra divina, era necesaria esa multitud, se hace para que se separen por el amor espiritual mediante la operación de los ministros de Dios. Pues ahora se hace para que no se separen por lugar, sino por afecto, mientras tanto, los buenos de los malos: aunque juntos en las Iglesias, en cuanto a la presencia corporal, se relacionen. Habrá otro tiempo, sin embargo, en el que o los granos en los graneros, o los vinos en las bodegas se segreguen. Recolectará, dice, el trigo en los graneros, pero quemará la paja con fuego inextinguible (Luc. III, 17). La misma cosa en otra similitud se puede entender así: Recolectará los vinos en las bodegas, pero los orujos los arrojará a los animales: para que los vientres de los animales se puedan entender por las penas del infierno por similitud.

2. Hay otra interpretación de los lagares, siempre que no se aparte de la significación de las Iglesias. Pues también la Palabra divina puede entenderse como una uva: porque también el Señor fue llamado racimo de uva, a quien, colgado en el madero, de la tierra de promisión, los que fueron enviados del pueblo de Israel, como crucificado, trajeron (Num. XIII, 24). Por tanto, la Palabra divina, cuando por la necesidad de la enunciación se usa el sonido de la voz, que se lleva a los oídos de los oyentes, con el mismo sonido de la voz como con los orujos, se incluye el entendimiento como el vino: y así esta uva llega a los oídos, como en los lagares. Pues allí se discierne, para que el sonido llegue hasta los oídos; pero el entendimiento se reciba en la memoria de los que oyen, como en un lago, de donde pase a la disciplina de las costumbres y al hábito de la mente, como del lago a las bodegas en las que, si la negligencia no lo aviva, se fortalecerá con la vejez. Pues avivó en los judíos, y con este vinagre (Juan XIX, 29) dieron de beber al Señor. Pues aquel vino que se beberá de la generación de la vida del Nuevo Testamento con sus santos el Señor en el reino de su Padre (Luc. XXII, 18), es necesario que sea suavísimo y firmísimo.

3. También se suelen entender los lagares como martirios, como si con la aflicción de las persecuciones se pisaran aquellos que confesaron el nombre de Cristo, sus cosas mortales como orujos permanecieran en la tierra, pero las almas emanaran al descanso de la morada celestial. Pero tampoco con esta interpretación se aparta de la fructificación de las Iglesias. Por tanto, se canta para los lagares, para la constitución de la Iglesia, cuando nuestro Señor,

después de resucitar, ascendió a los cielos. Pues entonces envió al Espíritu Santo, con el cual llenos los discípulos, predicaron con confianza la palabra de Dios, para que se congregaran las Iglesias.

4. [vers. 2.] Por tanto, se dice: Señor nuestro Señor, ¡cuán admirable es tu nombre en toda la tierra! Pregunto, ¿por qué es admirable su nombre en toda la tierra? Se responde: Porque se ha elevado tu magnificencia sobre los cielos; para que este sea el sentido: Señor, que eres nuestro Señor, ¡cuánto te admiran todos los que habitan la tierra! porque tu magnificencia de la humildad terrena se ha elevado sobre los cielos. Pues de aquí apareció quién descendiste, cuando por algunos fue visto y por los demás creído a dónde ascendiste.

5. [vers. 3.] De la boca de los niños y de los lactantes perfeccionaste la alabanza, a causa de tus enemigos. No puedo entender otros niños y lactantes, que aquellos a quienes dice el Apóstol: Como a niños en Cristo os di a beber leche, no alimento (I Cor. III, 1, 2). A quienes significaban aquellos que precedían al Señor alabando; en quienes el mismo Señor usó este testimonio, cuando a los judíos que decían que los reprendiera, respondió: ¿No habéis leído, De la boca de los niños y de los lactantes perfeccionaste la alabanza? (Mat. XXI, 16). Pero bien no dijo, Hiciste; sino, perfeccionaste la alabanza. Pues también en las Iglesias hay aquellos que ya no son alimentados con leche, sino que se alimentan con comida; a quienes el mismo Apóstol significa, diciendo, Hablamos sabiduría entre los perfectos (I Cor. II, 6): pero no solo con estos se perfeccionan las Iglesias, porque si solo fueran ellos, no se consultaría al género humano. Se consulta, sin embargo, cuando aquellos que aún no son capaces de la comprensión de las cosas espirituales y eternas, se nutren con la fe de la historia temporal, que para nuestra salvación después de los Patriarcas y Profetas fue administrada por el sacramento del hombre asumido por la más excelente Virtud y Sabiduría de Dios, en la cual hay salvación para todo creyente: para que movido por la autoridad sirva a los preceptos, por los cuales purgado cada uno y arraigado y fundado en la caridad pueda correr con los santos, no ya niño en la leche, sino joven en la comida, comprender la anchura, la longitud, la altura y la profundidad, saber también la ciencia sobreeminente de la caridad de Cristo (Ephes. III, 18, 19).

6. De la boca de los niños y de los lactantes perfeccionaste la alabanza, a causa de tus enemigos. Debemos entender en general a todos los enemigos de esta dispensación que se hizo por Jesucristo, y este crucificado, como aquellos que impiden creer en lo desconocido, y prometen cierta ciencia; como hacen todos los herejes, y aquellos que en la superstición de los gentiles se llaman filósofos. No porque la promesa de la ciencia deba ser reprobada; sino porque consideran que debe ser descuidado el grado utilísimo y necesario de la fe, por el cual se debe ascender a algo cierto, que no puede ser sino eterno. De aquí se ve que tampoco tienen la ciencia que prometen despreciando la fe; porque ignoran un grado tan útil y necesario de ella. Por tanto, de la boca de los niños y de los lactantes perfeccionó la alabanza nuestro Señor, mandando primero por el Profeta, Si no creéis, no entenderéis (Isai. VII, 9, según LXX), y él mismo presente diciendo, Bienaventurados los que no vieron y creerán (Juan XX, 19). A causa de los enemigos: contra quienes también se dice aquello: Te confieso, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas a los sabios, y las revelaste a los pequeños (Mat. XI, 25). Pues dijo a los sabios, no a los que son sabios, sino a los que se creen sabios. Para destruir al enemigo y al defensor. ¿A quién, sino al hereje? Pues también él es enemigo y defensor, quien al oponerse a la fe cristiana, parece defenderla. Aunque también los filósofos de este mundo se entienden bien como enemigos y defensores: puesto que el Hijo de Dios es la Virtud y Sabiduría de Dios, por la cual se ilumina todo aquel que se hace sabio por la verdad. Estos se profesan ser amantes de ella, de donde también se llaman

filósofos: y por eso parecen defenderla, cuando son enemigos de ella; porque no cesan de persuadir supersticiones nocivas, para que se adoren y veneren los elementos de este mundo.

7. [vers. 4]. Porque veré tus cielos, obra de tus dedos. Leemos que la Ley fue escrita con el dedo de Dios y entregada por Moisés, su santo siervo (Éxodo 31, 18; Deuteronomio 9, 10): muchos entienden que el dedo de Dios es el Espíritu Santo. Por lo tanto, si aceptamos correctamente que los dedos de Dios son los mismos ministros llenos del Espíritu Santo, debido al mismo Espíritu que obra en ellos, ya que por medio de ellos toda la Escritura divina nos ha sido dada; entendemos adecuadamente que en este lugar los cielos se refieren a los libros de ambos Testamentos. También se dijo de Moisés por los magos del rey Faraón, cuando fueron superados por él, "Este es el dedo de Dios" (Éxodo 8, 19); y lo que está escrito, "El cielo se enrollará como un libro" (Isaías 34, 4), incluso si se dijo de este cielo etéreo, sin embargo, por esta misma similitud, en alegoría se llaman cielos a los libros. Porque veré, dice, los cielos, obra de tus dedos: es decir, contemplaré y entenderé las Escrituras, que escribiste por tus ministros con la operación del Espíritu Santo.

8. Por lo tanto, también los cielos mencionados anteriormente pueden ser entendidos como los mismos libros, donde dice, "Porque tu magnificencia se ha elevado sobre los cielos"; de modo que todo este sentido sea, Porque tu magnificencia se ha elevado sobre los cielos: pues tu magnificencia excede las palabras de todas las Escrituras; de la boca de los niños y lactantes perfeccionaste la alabanza, para que comenzaran con la fe de las Escrituras aquellos que desean llegar al conocimiento de tu magnificencia, que está elevada sobre las Escrituras, porque trasciende y supera las proclamaciones de todas las palabras y lenguas. Dios, por lo tanto, inclinó las Escrituras hasta la capacidad de los niños y lactantes, como se canta en otro salmo: "E inclinó el cielo, y descendió" (Salmo 17, 19). Y esto lo hizo por causa de los enemigos, que por la soberbia de su locuacidad, enemigos de la cruz de Cristo, incluso cuando dicen algunas verdades, no pueden beneficiar a los pequeños y lactantes. Así se destruye al enemigo y defensor, que ya sea que parezca defender la sabiduría o incluso el nombre de Cristo, sin embargo, desde este grado de fe ataca esa verdad que promete con la mayor prontitud. Por eso también se le convence de no tenerla; porque al atacar su grado, que es la fe, ignora cómo se asciende a ella. De aquí, pues, se destruye al temerario y ciego prometedor de la verdad, que es enemigo y defensor, cuando se ven los cielos, obra de los dedos de Dios, es decir, se entienden las Escrituras llevadas hasta la lentitud de los niños, y a ellos, por la humildad de la fe histórica, que se realizó temporalmente, los elevan bien nutridos y fortalecidos a la sublimidad de la inteligencia de las cosas eternas que confirman. Estos cielos, es decir, estos libros, son obra de los dedos de Dios; pues fueron hechos con el Espíritu Santo obrando en los santos, ya que aquellos que atendieron más a su propia gloria que a la salvación de los hombres, hablaron sin el Espíritu Santo, en el cual están las entrañas de la misericordia de Dios.

9. Porque veré los cielos, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que tú fundaste. La luna y las estrellas están fundadas en los cielos: porque tanto la Iglesia universal, en cuya significación a menudo se pone la luna, como las Iglesias particulares en cada lugar, que creo insinuadas con el nombre de estrellas, están colocadas en las mismas Escrituras, que creemos puestas bajo el nombre de cielos. Sin embargo, por qué la luna representa adecuadamente a la Iglesia, se considerará más oportunamente en otro salmo, donde se dice: "Los pecadores tensaron el arco, para disparar en la luna oscura a los rectos de corazón" (Salmo 10, 3).

10. [vers. 5.] ¿Qué es el hombre, para que te acuerdes de él; o el hijo del hombre, para que lo visites? Puede preguntarse qué diferencia hay entre hombre e hijo del hombre; pues si no

hubiera diferencia, no se pondría así, hombre, o hijo del hombre, por disyunción. Porque si estuviera escrito así: ¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él, y el hijo del hombre para que lo visites: parecería repetido lo que se dijo, hombre; pero ahora, cuando suena, hombre, o hijo del hombre, se insinúa una diferencia más manifiesta. Esto ciertamente debe retenerse, que todo hijo del hombre es hombre, aunque no todo hombre pueda entenderse como hijo del hombre: pues Adán es hombre, pero no hijo del hombre. Por lo tanto, ya podemos atender y discernir qué diferencia hay en este lugar entre hombre e hijo del hombre: para que aquellos que llevan la imagen del hombre terrenal, que no es hijo del hombre, sean significados con el nombre de hombres; pero aquellos que llevan la imagen del hombre celestial (1 Corintios 15, 49), sean llamados más bien hijos de los hombres. Aquel también se llama hombre viejo, y este nuevo (Efesios 4, 22, 24): pero el nuevo nace del viejo, ya que la regeneración espiritual comienza con el cambio de vida terrenal y secular; y por eso este se llama hijo del hombre. El hombre, por lo tanto, en este lugar es terrenal, pero el hijo del hombre es celestial: y aquel está lejos de Dios, mientras que este está presente ante Dios: y por eso de aquel se acuerda, como de alguien puesto en la lejanía; pero a este lo visita, a quien presente ilumina con su rostro: "Lejos está de los pecadores la salvación" (Salmo 118, 155), y, "Señor, la luz de tu rostro está sellada sobre nosotros" (Salmo 4, 7). Así, en otro salmo, dice que los hombres asociados con las bestias no son salvados por la iluminación interior presente, sino por la multiplicación de la misericordia de Dios, por la cual su bondad se extiende hasta lo más bajo, junto con las mismas bestias; porque la salvación de los hombres carnales es carnal, como la de los animales. Pero separando a los hijos de los hombres de aquellos que unió a las bestias, proclama que son bienaventurados de una manera mucho más sublime, por la iluminación de la misma verdad, y por una especie de inundación del manantial vital. Así dice: "Hombres y bestias salvarás, Señor; como se ha multiplicado tu misericordia, Dios. Pero los hijos de los hombres esperarán bajo la protección de tus alas. Se saciarán de la abundancia de tu casa, y los abreviarás con el torrente de tus delicias. Porque contigo está el manantial de la vida, y en tu luz veremos la luz. Extiende tu misericordia a los que te conocen" (Salmo 35, 7-11). Por lo tanto, se acuerda del hombre por la multiplicación de la misericordia, como de las bestias; porque la misericordia multiplicada llega incluso a los que están lejos: pero visita al hijo del hombre, a quien, puesto bajo la protección de sus alas, le extiende misericordia, y en su luz le da luz, y lo abrevia con sus delicias, y lo embriaga con la abundancia de su casa, para olvidar las penas y errores de la vida pasada. Este hijo del hombre, es decir, el hombre nuevo, es engendrado por el arrepentimiento del viejo con dolor y gemido. Este, aunque nuevo, todavía se llama carnal, cuando se alimenta con leche, "No pude hablaros como a espirituales, sino como a carnales", dice el Apóstol; y para mostrar que ya son regenerados, "Como a niños en Cristo, os di leche para beber, no alimento. Este, cuando recae, lo que a menudo sucede, a la vida vieja, con reproche escucha que es hombre: "¿No sois hombres", dice, "y andáis según el hombre?" (1 Corintios 3, 1-3).

11. [vers. 6, 7.] Por lo tanto, el hijo del hombre fue visitado primero en el mismo hombre del Señor, nacido de la Virgen María. De quien, por la misma debilidad de la carne, que la Sabiduría de Dios se dignó llevar, y la humildad de la pasión, se dice correctamente: "Lo hiciste un poco menor que los ángeles". Pero se añade aquella glorificación por la cual resucitando ascendió al cielo: "Gloria", dice, "y honor lo coronaste; y lo pusiste sobre las obras de tus manos. Dado que también los ángeles son obra de las manos de Dios, aceptamos que el Hijo unigénito, constituido sobre los ángeles, fue hecho un poco menor que los ángeles por la humildad de la generación carnal y la pasión, lo escuchamos y creemos.

12. [vers. 8, 9.] "Todo", dice, "sujetaste bajo sus pies". No exceptúa nada, cuando dice todo. Y para que no se pueda entender de otra manera, así el Apóstol manda creer, cuando dice,

"excepto aquel que le sujetó todo" (1 Corintios 15, 27); y usa este mismo testimonio del salmo a los Hebreos (Hebreos 2, 8), cuando quiere que se entienda que todo está sujeto a nuestro Señor Jesucristo, de modo que nada quede exceptuado. Sin embargo, no parece añadir algo grande, cuando dice: "Ovejas y bueyes todos, además de las bestias del campo; las aves del cielo, y los peces del mar, que recorren las sendas del mar". Pues parece que, dejando las Virtudes celestiales y Potestades y todos los ejércitos de ángeles, dejando incluso a los mismos hombres, solo le sujetó las bestias; a menos que entendamos que las ovejas y los bueyes son almas santas, ya sea dando fruto de inocencia, o también trabajando para que la tierra fructifique, es decir, para que los hombres terrenales sean regenerados a la fertilidad espiritual. Por lo tanto, debemos aceptar estas almas santas, no solo de los hombres, sino también de todos los ángeles, si queremos entender que todo está sujeto a nuestro Señor Jesucristo; pues ninguna criatura no estará sujeta, a quien se sujetan los primeros, por así decirlo, espíritus. Pero, ¿de dónde probaremos que las ovejas pueden ser entendidas también como bienaventurados sublimes, no hombres, sino espíritus de la creación angélica? ¿Acaso de lo que el Señor dice que dejó noventa y nueve ovejas en los montes, es decir, en lugares más altos, y descendió por una (Mateo 18, 12)? Si entendemos que una oveja perdida es el alma humana en Adán, porque también Eva fue hecha de su costado (Génesis 2, 22), de los cuales ahora no es tiempo de tratar y considerar espiritualmente, queda que las noventa y nueve dejadas en los montes, no sean entendidas como espíritus humanos, sino angélicos. Pues de los bueyes es fácil la explicación de esta sentencia; porque los mismos hombres no son llamados bueyes por otra razón, sino porque al evangelizar la palabra de Dios imitan a los ángeles, donde se dice: "No pondrás bozal al buey que trilla" (Deuteronomio 25, 4). Cuánto más fácilmente, entonces, aceptamos a los mismos ángeles, mensajeros de la verdad, como bueyes; cuando los evangelistas, por participación de su nombre, son llamados bueyes (1 Corintios 9, 9; 1 Timoteo 5, 18). "Sujetaste", por lo tanto, dice, "ovejas y bueyes todos", es decir, toda la creación espiritual santa: en la cual también aceptamos a los hombres santos que están en la Iglesia, en aquellos lugares que bajo otra similitud fueron insinuados como luna y estrellas.

13. Además, dice, "y las bestias del campo". De ningún modo es vano que se haya añadido, "además". Primero, porque las bestias del campo pueden ser entendidas como ovejas y bueyes; de modo que si las bestias de las rocas y lugares altos son cabras, bien pueden entenderse las ovejas como bestias del campo. Por lo tanto, incluso si estuviera puesto así, Ovejas y bueyes todos y bestias del campo, correctamente se preguntaría qué significan las bestias del campo, cuando también las ovejas y los bueyes pueden ser entendidos así; pero lo que se ha añadido, "además", obliga a conocer alguna diferencia. Pero bajo esta palabra que se ha puesto, "además", no solo deben ser entendidas las bestias del campo, sino también las aves del cielo, y los peces del mar, que recorren las sendas del mar. ¿Cuál es, entonces, esta diferencia? Vengan a la mente los lagares, que tienen orujos y vino; y la era, que contiene paja y grano (Marcos 3, 12); y las redes, en las que están incluidos peces buenos y malos (Mateo 13, 47); y el arca de Noé, en la que había animales inmundos y limpios (Génesis 7, 8): y verás que las Iglesias, por ahora, hasta el tiempo del juicio final, no solo contienen ovejas y bueyes, es decir, laicos santos y ministros santos, sino además bestias del campo, aves del cielo, y peces del mar, que recorren las sendas del mar. Pues las bestias del campo se pueden entender muy adecuadamente como hombres que se deleitan en el placer de la carne, donde no ascienden a nada arduo, nada laborioso. Pues el campo es también el camino ancho, que lleva a la perdición (Mateo 7, 13); y en el campo Abel es asesinado (Génesis 4, 8). Por lo tanto, se debe temer, no sea que alguien descendiendo de los montes de la justicia de Dios, "Porque tu justicia", dice, "es como los montes de Dios" (Salmo 35, 7), eligiendo las anchuras y facilidades del placer carnal, sea asesinado por el diablo. Mira ahora también las aves del

cielo, los soberbios, de quienes se dice: "Pusieron su boca en el cielo" (Salmo 72, 9). Mira cuán alto son llevados por el viento, que dicen: "Magnificaremos nuestra lengua, nuestros labios están con nosotros, ¿quién es nuestro Señor?" (Salmo 11, 5). Observa también los peces del mar, es decir, los curiosos que recorren las sendas del mar, es decir, investigan en lo profundo de este siglo las cosas temporales, que como sendas en el mar tan pronto desaparecen y perecen, como nuevamente el agua se confunde, después de haber dado lugar a los que pasan, ya sean barcos, o cualesquiera que caminen o naden. Pues no dijo solo, Recorren las sendas del mar; sino que dijo, "recorren"; mostrando el estudio más pertinaz de los que buscan cosas vanas y efímeras. Pero estos tres géneros de vicios, es decir, el placer de la carne, la soberbia, y la curiosidad, concluyen todos los pecados. Que me parecen enumerados por el apóstol Juan, cuando dice: "No améis al mundo, porque todo lo que hay en el mundo, es la concupiscencia de la carne, y la concupiscencia de los ojos, y la soberbia de la vida" (1 Juan 2, 15, 16). Pues por los ojos principalmente prevalece la curiosidad; lo demás es evidente a qué se refiere. Y aquella tentación del hombre del Señor es tripartita: por el alimento, es decir, por la concupiscencia de la carne, donde se sugiere, "Di a estas piedras que se conviertan en pan" (Mateo 4, 3): por la vana jactancia, donde en el monte se le muestran todos los reinos de esta tierra, y se le prometen si adora: por la curiosidad, donde desde el pináculo del templo se le advierte que se arroje hacia abajo, para tentar si es sostenido por los ángeles. Por lo tanto, después de que el enemigo no pudo prevalecer sobre él con ninguna de estas tentaciones, esto se dice de él. "Después de haber completado toda tentación, el diablo" (Lucas 4, 13). Por la significación de los lagares, por lo tanto, están sujetas a sus pies no solo los vinos, sino también los orujos: no solo, es decir, las ovejas y los bueyes, es decir, las almas santas de los fieles, ya sea en el pueblo, o en los ministros; sino además las bestias del placer, y las aves de la soberbia, y los peces de la curiosidad: que todos estos géneros de pecados ahora vemos mezclados con los buenos y santos en las Iglesias. Por lo tanto, que obre en sus Iglesias, y separe el vino de los orujos: nosotros demos nuestro esfuerzo para ser vino y ovejas o bueyes; no orujos, o bestias del campo, o aves del cielo, o peces del mar que recorren las sendas del mar. No porque estos nombres solo puedan ser entendidos y explicados de esta manera, sino según los lugares; pues en otros lugares significan otra cosa. Y esta regla debe ser retenida en toda alegoría, para que según el sentido del lugar presente se considere lo que se dice por similitud; esta es la disciplina del Señor y de los apóstoles. Repitamos, por lo tanto, el último verso que también se pone al principio del Salmo, y alabemos a Dios diciendo: "Señor, nuestro Señor, ¡cuán admirable es tu nombre en toda la tierra!" Pues adecuadamente después del texto del discurso se vuelve a la cabeza, a la cual todo el mismo discurso debe referirse.

EN EL SALMO IX COMENTARIO.

1. [vers. 1.] La inscripción de este salmo es: Al final, por los secretos del Hijo, Salmo de David. Se puede preguntar sobre los secretos del Hijo; pero, dado que no se añadió de quién, debe entenderse que se refiere al Hijo unigénito de Dios. Pues cuando el salmo está inscrito sobre el hijo de David, dice: Cuando huía de la presencia de Absalón, su hijo (Sal. III, 1); aunque se mencionó su nombre y por eso no podía ocultarse de quién se hablaba, no obstante, no se dijo solo, de la presencia de Absalón, hijo, sino que se añadió, suyo. Aquí, sin embargo, al no añadirse, suyo, y al decir muchas cosas sobre las naciones, no puede entenderse correctamente de Absalón: pues la guerra que ese perdido libró contra su padre de ninguna manera concierne a las naciones, ya que solo el pueblo de Israel se dividió contra sí mismo allí. Por lo tanto, este salmo se canta por los secretos del unigénito Hijo de Dios. Pues el mismo Señor, cuando menciona al Hijo sin adición, quiere que se entienda a sí mismo como el unigénito, donde dice: Si el Hijo os libera, entonces seréis verdaderamente libres (Juan

VIII, 36). No dijo, Hijo de Dios; sino que al decir solo Hijo, da a entender de quién es hijo. Esta forma de hablar solo se acepta por la excelencia de aquel de quien hablamos así, de modo que incluso si no lo nombramos, puede entenderse: así decimos, Llueve, se despeja, truena, y si hay otras cosas similares, no añadimos quién lo hace; porque la excelencia del que lo hace se ofrece espontáneamente a las mentes de todos, y no requiere palabras. ¿Cuáles son, entonces, los secretos del Hijo? En esta palabra, primero debe entenderse que hay algunas cosas del Hijo manifiestas, de las cuales se distinguen estas que se llaman secretas. Por lo tanto, dado que creemos en dos venidas del Señor, una pasada, que los judíos no entendieron, y otra futura, que ambos esperamos; y dado que esta que los judíos no entendieron benefició a las naciones, no es inconveniente entender que se dice de esta venida, por los secretos del Hijo, donde la ceguera en parte de Israel ocurrió, para que la plenitud de las naciones entrara (Rom. XI, 25). También se insinúan dos juicios a través de las Escrituras, si alguien presta atención; uno oculto, otro manifiesto. El juicio oculto se lleva a cabo ahora, del cual el apóstol Pedro dice: Es tiempo de que el juicio comience por la casa de Dios (I Pedro IV, 17). Por lo tanto, el juicio oculto es el castigo, por el cual ahora cada uno de los hombres es ejercitado para la purificación, o advertido para la conversión, o si desprecia la llamada y la disciplina de Dios, es cegado para la condenación. Pero el juicio manifiesto es aquel en el que el Señor vendrá a juzgar a vivos y muertos, con todos confesando que es aquel de quien se otorgarán premios a los buenos y castigos a los malos. Pero entonces esa confesión no servirá para el remedio de los malos, sino para el cúmulo de la condenación. De estos dos juicios, uno oculto, otro manifiesto, me parece que el Señor dijo, donde dice: El que cree en mí, ha pasado de la muerte a la vida, y no vendrá a juicio (Juan V, 24), al juicio manifiesto, claro está: pues el que pasa de la muerte a la vida a través de alguna aflicción, por la cual azota a todo hijo que recibe, es el juicio oculto; Pero el que no cree, dice, ya ha sido juzgado (Juan III, 18); es decir, por este juicio oculto ya está preparado para aquel manifiesto. También leemos sobre estos dos juicios en la Sabiduría, donde está escrito: Por esto, como a niños insensatos, diste el juicio en burla; pero ellos no corregidos por este juicio, experimentaron el juicio digno de Dios (Sab. XII, 25, 26). Por lo tanto, los que no se corrigen por este juicio oculto de Dios, serán castigados dignamente por aquel manifiesto. Por lo tanto, en este salmo deben observarse los secretos del Hijo, es decir, tanto su humilde venida que benefició a las naciones con la ceguera de los judíos, como el castigo que ahora se lleva a cabo ocultamente, aún no con la condenación de los pecadores, sino ya sea con el ejercicio de los convertidos, o con la advertencia para que se conviertan, o con la ceguera para que se preparen para la condenación aquellos que no quisieron convertirse.

2. [vers. 2.] Te confesaré, Señor, con todo mi corazón. No confiesa a Dios con todo su corazón quien duda de su providencia en algo: sino quien ya discierne los secretos de la sabiduría de Dios, cuán grande es su recompensa invisible, quien dice: Nos gloriamos en las tribulaciones (Rom. V, 3); y cómo todos los tormentos que se infligen corporalmente o ejercitan a los convertidos a Dios, o los advierten para que se conviertan, o preparan a los endurecidos para la justa condenación final, y así todo se refiere al gobierno de la providencia divina, que los necios creen que ocurre por casualidad y sin ninguna administración divina. Narraré todas tus maravillas. Narra todas las maravillas de Dios, quien las ve no solo en los cuerpos abiertamente, sino en las almas invisiblemente, pero mucho más sublime y excelentemente. Pues los hombres terrenales y dedicados a lo oculto, se maravillan más de que Lázaro resucitara en el cuerpo, que de que Pablo resucitara en el alma. Pero dado que el milagro visible llama a la iluminación del alma, y el invisible ilumina a la que ha sido llamada, narra todas las maravillas de Dios, quien creyendo en las visibles hace la transición para entender las invisibles.

3. [vers. 3.] Me alegraré y exultaré en ti. No ya en este mundo; no en el placer del contacto de los cuerpos, ni en los sabores del paladar y la lengua, ni en la suavidad de los olores, ni en la alegría de los sonidos pasajeros, ni en las formas de los cuerpos variadamente coloreadas, ni en las vanidades de la alabanza humana, ni en el matrimonio y la prole que mueren, ni en las superfluas riquezas temporales, ni en la adquisición de este mundo, ya sea que se extienda por los espacios de los lugares, o que se desarrolle por la sucesión del tiempo: sino me alegraré y exultaré en ti, evidentemente en los secretos del Hijo, donde se ha sellado en nosotros la luz de tu rostro, Señor (Sal. IV, 7); pues los esconderás, dice, en el escondite de tu rostro (Sal. XXX, 21). Se alegrará, por lo tanto, y exultará en ti, quien narra todas tus maravillas. Narrará, sin embargo, todas tus maravillas, si ahora se ha dicho por profecía, aquel que no vino a hacer su voluntad, sino la voluntad de aquel que lo envió (Juan VI, 38).

4. [vers. 4.] Ya comienza a aparecer la persona del Señor hablando en este salmo. Pues sigue: Cantaré salmos a tu nombre, Altísimo, al convertir a mi enemigo hacia atrás. ¿Cuándo, entonces, fue convertido hacia atrás su enemigo? ¿Acaso cuando se le dijo: Vete detrás de mí, Satanás (Mat. IV, 10)? Pues entonces, quien deseaba ponerse por delante al tentar, fue hecho hacia atrás, no engañando al tentado y no pudiendo nada contra él. Hacia atrás están los hombres terrenales; pero el hombre celestial fue hecho primero, aunque vino después: pues el primer hombre es de la tierra, terrenal; el segundo hombre es del cielo, celestial (I Cor. XV, 47). Pero venía de la misma estirpe de quien se dijo: El que viene después de mí, ha sido hecho antes que yo (Juan I, 15). Y el Apóstol olvida lo que está detrás y se extiende hacia lo que está delante (Filip. III, 13). Por lo tanto, el enemigo fue convertido hacia atrás, después de que no pudo engañar al hombre celestial tentado, y se volvió hacia los terrenales donde puede dominar. Por lo tanto, nadie de los hombres lo precede y lo hace estar detrás, sino quien, dejando la imagen del hombre terrenal, lleva la imagen del celestial (I Cor. XV, 49). Ahora bien, si lo que se ha dicho, mi enemigo, queremos entenderlo más generalmente como el pecador o el hombre gentil, no será absurdo. Ni será un castigo lo que se ha dicho, Al convertir a mi enemigo hacia atrás; sino un beneficio, y tal beneficio, que nada puede compararse con él. Pues, ¿qué más bienaventurado que dejar la soberbia, y no querer preceder a Cristo, como si uno estuviera sano y no necesitara médico; sino preferir ir detrás de Cristo, quien llama al discípulo para que sea perfeccionado, diciendo, Sígueme (Mat. XIX, 21)? Sin embargo, se entiende más adecuadamente dicho del diablo: Al convertir a mi enemigo hacia atrás. Pues el diablo fue convertido hacia atrás incluso en la persecución de los justos, y es mucho más útil como perseguidor que si fuera líder y príncipe. Por lo tanto, se debe cantar al nombre del Altísimo al convertir al enemigo hacia atrás; pues debemos preferir huir de él persiguiendo, que seguirlo conduciendo: pues tenemos a dónde huir y escondernos en los secretos del Hijo, porque el Señor se ha hecho nuestro refugio (Sal. LXXXIX, 1).

5. [vers. 5.] Se debilitarán y perecerán ante tu rostro. ¿Quiénes se debilitarán y perecerán, sino los inicuos e impíos? Se debilitarán, mientras no valgan nada; y perecerán, porque no serán impíos; ante el rostro de Dios, es decir, ante el conocimiento de Dios, como pereció aquel que dijo: Vivo, pero ya no yo, sino que Cristo vive en mí (Gal. II, 20). Pero, ¿por qué se debilitarán y perecerán los impíos ante tu rostro? Porque has hecho mi juicio, dice, y mi causa: es decir, ese juicio en el que fui visto ser juzgado, lo hiciste mío; y esa causa en la que los hombres me condenaron justo e inocente, la hiciste mía. Pues estas cosas le sirvieron para nuestra liberación: así como los marineros dicen que el viento es suyo, con el cual navegan bien.

6. Te has sentado en el trono, que juzgas con equidad. Ya sea que el Hijo lo diga al Padre, quien también dijo aquello, No tendrías poder sobre mí, si no te hubiera sido dado de arriba (Juan XIX, 11), refiriendo lo mismo a la equidad del Padre y a sus secretos, que el juez de los

hombres fue juzgado para la utilidad de los hombres: o que el hombre lo diga a Dios, Te has sentado en el trono, que juzgas con equidad, llamando a su alma su trono, para que el cuerpo sea tal vez la tierra, que se ha dicho que es el escabel de sus pies (Isa. LXVI, 1); pues Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo mismo (II Cor. V, 19): o que el alma de la Iglesia ya perfecta y sin mancha ni arruga (Efes. V, 27), digna evidentemente de los secretos del Hijo, porque el rey la ha introducido en su cámara (Cant. I, 3), diga a su esposo, Te has sentado en el trono, que juzgas con equidad, porque has resucitado de entre los muertos, y has ascendido al cielo, y te sientas a la derecha del Padre: cualquiera de estas interpretaciones que agrade, a donde se refiera este verso, no excede la regla de la fe.

7. [vers. 6.] Has reprendido a las naciones, y el impío ha perecido. Más convenientemente entendemos que esto se dice al Señor Jesucristo, que él mismo lo diga. Pues, ¿quién más reprendió a las naciones, y el impío pereció, sino aquel que después de ascender al cielo, envió al Espíritu Santo, con el cual llenos los Apóstoles, predicaban la palabra de Dios con confianza, y libremente reprendían los pecados de los hombres? Con esta reprensión, el impío pereció; porque el impío fue justificado, y se hizo piadoso. Has borrado su nombre para siempre, y para siempre jamás. El nombre de los impíos ha sido borrado: pues no se llaman impíos, quienes creen en el verdadero Dios. Se borra su nombre para siempre, es decir, mientras dure el siglo temporal. Y para siempre jamás. ¿Qué es para siempre jamás, sino cuya imagen y como sombra tiene este siglo? Pues la vicisitud de los tiempos que se suceden, mientras la luna disminuye y vuelve a llenarse, mientras el sol repite su lugar cada año, mientras la primavera, o el verano, o el otoño, o el invierno pasan de tal manera que regresan, es una cierta imitación de la eternidad. Pero el siglo de este siglo es aquel que consiste en la eternidad inmutable. Así como el verso en el alma, y el verso en la voz: aquel se entiende, este se oye; y aquel modifica a este: y por eso aquel opera en el arte y permanece, este suena en el aire y pasa. Así el modo de este siglo mutable es definido por aquel siglo inmutable, que se dice siglo de los siglos: y por eso aquel permanece en el arte de Dios, es decir, en la Sabiduría y Virtud; este se lleva a cabo en la administración de la criatura. Si, sin embargo, no es una repetición, para que después de decir para siempre, no se entendiera esto que pasa, se añadiera para siempre jamás. Pues en los ejemplares griegos está así: εἰς τὸν αἰῶνα, καὶ εἰς τὸν αἰῶνα τοῦ αἰῶνος; que muchos latinos han interpretado, no para siempre, y para siempre jamás, sino, para siempre, y para siempre jamás: para que en lo que se ha dicho para siempre jamás, se explique lo que se ha dicho para siempre. Por lo tanto, el nombre de los impíos has borrado para siempre, porque en adelante nunca serán impíos. Y si en este siglo no se extiende su nombre, mucho menos en el siglo de los siglos.

8. [vers. 7.] Los enemigos han fallado las espadas al final. No pluralmente enemigos, sino singularmente de este enemigo. ¿De qué enemigo, sino del diablo, han fallado las espadas? Estas se entienden como las diversas opiniones de error, con las cuales él mata las almas como con espadas. Estas espadas para ser vencidas y llevadas al fracaso, se esfuerza aquella espada, de la cual se dice en el séptimo salmo: Si no os convertís, su espada vibrará (Sal. VII, 13). Y tal vez este es el fin en el que fallan las espadas del enemigo, porque hasta él algo valen; él ahora opera ocultamente, pero en el último juicio se vibrará abiertamente. Esto destruye las ciudades; pues así sigue, Los enemigos han fallado las espadas al final; y destruiste las ciudades: pero las ciudades en las que el diablo reina, donde los consejos engañosos y fraudulentos ocupan el lugar de la curia, a cuyo principado como satélites y ministros están los oficios de los miembros, los ojos para la curiosidad, los oídos para la lascivia, o si hay algo más que se escuche con gusto en mala parte, las manos para el robo o cualquier otro crimen o maldad, y los demás miembros de esta manera militando para el principado tiránico, es decir, los consejos perversos. La plebe de esta ciudad son todas las

afectaciones delicadas y los movimientos turbulentos del alma, que diariamente agitan sediciones en el hombre. Por lo tanto, donde se encuentra el rey, donde la curia, donde los ministros, donde la plebe, hay una ciudad: pues no habría tales cosas en las malas ciudades, si no estuvieran primero en cada uno de los hombres, que son como los elementos y semillas de las ciudades. Estas ciudades las destruye, cuando excluido de allí el príncipe, de quien se ha dicho, El príncipe de este mundo ha sido echado fuera (Juan XII, 31), estos reinos son devastados por la palabra de la verdad, los consejos malignos son aplacados, las afectaciones torpes son dominadas, los ministerios de los miembros y sentidos son capturados, y se transfieren a la milicia de la justicia y las buenas obras: para que ya, como dice el Apóstol, no reine el pecado en nuestro cuerpo mortal (Rom. VI, 12), y lo demás de este lugar. Entonces el alma se pacífica, y el hombre se ordena para alcanzar la paz y la bienaventuranza. Pereció su memoria con estruendo: de los impíos, evidentemente. Pero con estruendo, ya sea porque se hace estruendo, se ha dicho, cuando la impiedad se derrumba; pues no pasa a la suma paz, donde hay el sumo silencio, sino quien primero ha guerreado con gran estruendo con sus vicios: o con estruendo se ha dicho, para que perezca la memoria de los impíos incluso pereciendo el mismo estruendo, en el que la impiedad se agita.

9. [vers. 8, 9.] Y el Señor permanece para siempre. ¿Por qué, entonces, se amotinaron las naciones, y los pueblos meditaron cosas vanas, contra el Señor y contra su Cristo (Sal. II, 1)? Pues el Señor permanece para siempre. Preparó su trono para el juicio, y él juzgará al mundo con equidad. Preparó, cuando fue juzgado, su trono: pues por esa paciencia el hombre adquirió el cielo, y Dios en el hombre benefició a los creyentes; y este es el juicio oculto del Hijo. Pero porque también vendrá abiertamente y manifiestamente a juzgar a vivos y muertos, preparó en el juicio oculto su trono; y él juzgará abiertamente al mundo con equidad, es decir, distribuirá lo digno de los méritos, poniendo a las ovejas a su derecha, y a los cabritos a su izquierda (Mat. XXV, 33). Juzgará a los pueblos con justicia. Esto es lo que se ha dicho antes, Juzgará al mundo con equidad: no como juzgan los hombres, que no ven los corazones, de los cuales a menudo se absuelven peores que los que se condenan; sino que el Señor juzgará con equidad y con justicia, dando testimonio la conciencia, y acusando o defendiendo los pensamientos (Rom. II, 15).

10. [vers. 10.] Y el Señor se ha hecho refugio para el pobre. Por mucho que persiga aquel enemigo, que ha sido convertido hacia atrás, ¿qué daño hará a aquellos de quienes el Señor se ha hecho refugio? Pero esto sucederá, si en este siglo, del cual él es magistrado, eligen ser pobres, no amando nada que o bien abandone al que vive aquí o al que ama, o sea abandonado por el que muere; pues a tal pobre el Señor se ha hecho refugio, Ayudador en las oportunidades, en la tribulación. Así los hace pobres, porque azota a todo hijo que recibe (Heb. XII, 6). Pues qué significa ayudador en las oportunidades, lo explicó cuando añadió, en la tribulación: pues el alma no se convierte a Dios, sino cuando se aparta de este mundo; ni se aparta más oportunamente de este mundo, sino cuando a sus placeres vanos y nocivos y perniciosos se mezclan trabajos y dolores.

11. [vers. 11.] Y esperen en ti los que conocen tu nombre: cuando dejen de esperar en las riquezas y en otros halagos de este siglo. Pues el alma que busca dónde fijar su esperanza, cuando se aparta de este mundo, oportunamente es acogida por el conocimiento del nombre de Dios: porque el nombre mismo de Dios ahora está difundido por todas partes; pero el conocimiento del nombre es cuando se conoce a aquel a quien pertenece el nombre: pues el nombre no es nombre por sí mismo, sino por lo que significa. Se ha dicho, el Señor es su nombre (Jerem. XXXIII, 2). Por tanto, quien se somete voluntariamente como siervo a Dios, ha conocido este nombre. Y esperen en ti los que conocen tu nombre. Asimismo, el Señor

dice a Moisés: Yo soy el que soy; y dirás a los hijos de Israel: Me envió el que es (Éxodo III, 14). Esperen, pues, en ti los que conocen tu nombre: para que no esperen en estas cosas que pasan con la volubilidad del tiempo, no teniendo nada más que será, y fue; porque lo que en ellas será, cuando llega, se convierte inmediatamente en pasado; se espera con deseo, se pierde con dolor. En la naturaleza de Dios, sin embargo, no habrá algo que aún no sea; o fue, como si ya no fuera: sino que es solamente lo que es, y eso es la eternidad misma. Dejen, pues, de esperar y amar lo temporal, y transfieran su esperanza a lo eterno, quienes conocen el nombre de aquel que dijo: Yo soy el que soy, y de quien se dijo: Me envió el que es. Porque no abandonaste a los que te buscan, Señor. Quienes lo buscan, ya no buscan lo que pasa y muere: porque nadie puede servir a dos señores (Mat. VI, 24).

12. [vers. 12.] Canten al Señor, que habita en Sion: se dice esto a aquellos que el Señor no abandona cuando lo buscan. Él habita en Sion, que se interpreta como Observación, y lleva la imagen de la Iglesia que ahora es: así como Jerusalén lleva la imagen de la Iglesia que será, es decir, la ciudad de los santos que ya disfrutaban de la vida angélica; porque Jerusalén se interpreta como Visión de paz. La observación precede a la visión, así como esta Iglesia precede a la que se promete, la ciudad inmortal y eterna. Pero precede en tiempo, no en dignidad: porque es más honorable aquello a lo que nos esforzamos por llegar, que lo que hacemos para merecer llegar; hacemos la observación para llegar a la visión. Pero incluso a esta Iglesia que ahora es, si el Señor no la habitara, cualquier observación por más diligente que fuera, iría al error: y a esta Iglesia se le ha dicho, Porque el templo de Dios es santo, y ese templo son ustedes (I Cor. III, 17); y, Que Cristo habite por la fe en sus corazones en el hombre interior (Efes. III, 16). Se nos ordena, pues, que cantemos al Señor, que habita en Sion, para que alabemos unánimemente al Señor habitante de la Iglesia. Anuncien entre las naciones sus maravillas: y se ha hecho, y no dejará de hacerse.

13. [vers. 13.] Porque al buscar su sangre se ha acordado. Como si se respondiera por aquellos que fueron enviados a evangelizar, a ese mandato que se dijo, Anuncien entre las naciones sus maravillas; y se dijera, Señor, ¿quién ha creído a nuestro anuncio? (Isaías LIII, 1) y, Por tu causa somos muertos todo el día (Sal. XLIII, 22), sigue adecuadamente diciendo, no sin gran fruto de eternidad morirán en la persecución los cristianos: Porque al buscar su sangre se ha acordado. Pero, ¿por qué prefirió decir su sangre? ¿O acaso como si otro más ignorante y de menor fe preguntara diciendo, ¿Cómo anunciarán, cuando la infidelidad de las naciones se ensañará contra ellos? A este se le responde, Porque al buscar su sangre se ha acordado; es decir, vendrá el juicio final, donde tanto la gloria de los asesinados como el castigo de los asesinos será manifiesto. Se ha acordado, sin embargo, nadie piense que está puesto así, como si el olvido cayera en Dios; sino porque después de mucho tiempo será el juicio, se ha puesto según el afecto de los hombres débiles, que piensan que Dios se ha olvidado, porque no hace tan pronto como ellos quieren. A estos se les dice también lo que sigue, No ha olvidado el clamor de los pobres; es decir, no como ustedes piensan que ha olvidado: como si dijeran después de haber oído, Se ha acordado, Entonces estaba olvidado; No ha olvidado, dice, el clamor de los pobres.

14. [vers. 14, 15.] Pero pregunto cuál es el clamor de los pobres que Dios no olvida. ¿Es este clamor, cuyas palabras son: Ten misericordia de mí, Señor, mira mi humillación por mis enemigos? ¿Por qué entonces no dijo, Ten misericordia de nosotros, Señor, mira nuestra humillación por nuestros enemigos, como si muchos pobres clamaran; sino como si uno solo, Ten misericordia de mí, Señor? ¿O porque uno intercede por los santos, que primero se hizo pobre por nosotros, siendo rico (II Cor. VIII, 9), y él mismo dice: Tú que me levantas de las puertas de la muerte, para que anuncie todas tus alabanzas en las puertas de la hija de Sion? Pues el hombre es exaltado en él no solo a quien lleva, que es la cabeza de la Iglesia, sino

también cualquiera de nosotros en los demás miembros; y es exaltado de todos los deseos perversos, que son las puertas de la muerte, porque por ellas se va a la muerte. La muerte es ya esa alegría en disfrutar, cuando alguien alcanza lo que deseó perdidamente: porque la raíz de todos los males es la codicia (I Tim. VI, 10); y por eso es puerta de la muerte, porque la viuda que vive en deleites está muerta (Id. V, 6): a esos deleites se llega por las codicias como por las puertas de la muerte. Pero las puertas de la hija de Sion son todos los buenos estudios, por los cuales se llega a la visión de la paz en la santa Iglesia. En estas puertas, pues, se anuncian bien todas las alabanzas de Dios, para que no se dé lo santo a los perros, ni se arrojen las perlas ante los cerdos (Mat. VII, 6); que prefieren ladrar obstinadamente, que buscar diligentemente, o que ni ladran ni buscan, sino revolcarse en el lodo de sus placeres. Pero cuando en los buenos estudios se anuncian las alabanzas de Dios, se da a los que piden, y se manifiesta a los que buscan, y se abre a los que llaman. ¿O acaso las puertas de la muerte son los sentidos corporales y los ojos, que se abrieron al hombre cuando gustó del árbol prohibido (Gén. III, 7), de los cuales se exaltan, a quienes se les dice que busquen no lo que se ve, sino lo que no se ve; porque lo que se ve es temporal, pero lo que no se ve es eterno (II Cor. IV, 18): y son puertas de la hija de Sion, los sacramentos y los inicios de la fe, que se abren a los que llaman, para que se llegue a los secretos del Hijo? Porque ojo no vio, ni oído oyó, ni subió al corazón del hombre, lo que Dios ha preparado para los que le aman (I Cor. II, 9). Hasta aquí es el clamor de los pobres, que el Señor no ha olvidado.

15. [vers. 16.] Luego sigue, Me regocijaré en tu salvación: es decir, con beatitud me contendré de tu salvación, que es nuestro Señor Jesucristo, Poder y Sabiduría de Dios (Id. I, 24). Por tanto, dice la Iglesia que aquí es afligida, y es salva por la esperanza: mientras el juicio del Hijo está oculto, ella dice con esperanza, Me regocijaré en tu salvación; porque ahora, con el clamor o el error de los gentiles, es oprimida. Las naciones han caído en la corrupción que hicieron: observa cómo se guarda el castigo al pecador de sus obras; y cómo los que quisieron perseguir a la Iglesia, están fijos en esa corrupción que pensaban infligir: pues deseaban matar cuerpos, cuando ellos mismos morían en el alma. En esta trampa que ocultaron, fue atrapado su pie. La trampa oculta es el pensamiento engañoso. El pie del alma se entiende correctamente como el amor: que cuando es perverso, se llama codicia o lujuria; pero cuando es recto, se llama amor o caridad. Pues el amor mueve como hacia el lugar al que se dirige. Sin embargo, el lugar del alma no está en algún espacio que la forma del cuerpo ocupa, sino en el deleite, al que se alegra de haber llegado por el amor: el deleite pernicioso sigue a la codicia, el fructífero a la caridad. Por eso también se ha dicho que la raíz es la codicia (I Tim. VI, 10). La raíz, por tanto, se entiende como el pie del árbol. También se ha dicho que la raíz es la caridad, donde el Señor habla de las semillas que en lugares pedregosos se secan con el sol ardiente, porque no tienen raíz profunda (Mat. XIII, 5). De donde significa a aquellos que se alegran al recibir la palabra de verdad, pero ceden a las persecuciones, a las que solo se resiste con caridad. Y el Apóstol dice: Para que en caridad arraigados y cimentados puedan comprender (Efes. III, 17). Por tanto, el pie de los pecadores, es decir, el amor, es atrapado en la trampa que ocultan; porque cuando el deleite fraudulento ha sido alcanzado, cuando Dios los ha entregado a la concupiscencia de sus corazones (Rom. I, 24), ya ese deleite los ata, de modo que no se atreven a romper el amor de allí y transferirlo a lo útil; porque cuando lo intentan, sufren en el alma, como deseando sacar el pie de la trampa; a cuyo dolor sucumbiendo, no quieren apartarse de los deleites perniciosos. En la trampa, pues, que ocultaron, es decir, en el consejo fraudulento, fue atrapado su pie, el amor que por el fraude llega a la vana alegría, que se compara con el dolor.

16. [vers. 17.] Se conoce al Señor haciendo juicios. Estos son los juicios de Dios: no desde aquella tranquilidad de su bienaventuranza, ni desde los secretos de la sabiduría, donde se

reciben las almas bienaventuradas, se saca hierro, o fuego, o bestia, o algo así con lo que se crucen los pecadores. Pero, ¿cómo se crucen, y cómo hace el Señor juicio? En las obras, dice, de sus manos es atrapado el pecador.

17. [vers. 18-21.] Aquí se interpone, Cántico de diapsalmate: como una alegría oculta, tanto como podemos suponer, de la separación que ahora se hace, no por lugares, sino por afectos de las almas, entre pecadores y justos, como de los granos de las pajas aún en la era. Y sigue, Conviértanse los pecadores en el infierno; es decir, sean entregados en sus manos, cuando se les perdona, y sean atrapados por el deleite mortal. Todas las naciones que olvidan a Dios: porque cuando no aprobaron tener a Dios en conocimiento, Dios los entregó a una mente reprobada (Rom. I, 28).

18. Porque no en vano será el olvido del pobre: que ahora parece estar en el olvido, cuando los pecadores se consideran florecer en la felicidad de este siglo, y los justos sufrir; pero la paciencia, dice, de los pobres no perecerá para siempre. Por lo tanto, ahora se necesita paciencia para soportar a los malos, que ya están separados por las voluntades, hasta que también sean separados por el juicio final.

19. Levántate, Señor, no prevalezca el hombre. Se implora el juicio futuro: pero antes de que venga, Júzguense, dice, las naciones en tu presencia: esto es en lo oculto, lo que se dice ante Dios, siendo entendido por pocos santos y justos. Establece, Señor, un legislador sobre ellos. Me parece que significa al Anticristo, de quien el Apóstol dice: Cuando se revele el hombre de pecado (II Tes. II, 3). Sepan las naciones que son hombres: para que quienes no quieren ser liberados por el Hijo de Dios, y pertenecer al hijo del hombre, y ser hijos de los hombres, es decir, nuevos hombres, sirvan al hombre, es decir, al hombre viejo pecador, porque son hombres.

EN EL SALMO SEGUNDO IX.

20. [vers. 1-3.] Y porque se cree que llegará a tal cúspide de vana gloria, tanto le será permitido hacer, tanto en todos los hombres como en los santos de Dios, que entonces verdaderamente algunos débiles pensarán que Dios descuida las cosas humanas; interpuesto el diapsalmate, añade como la voz de los que gimen; y preguntan por qué se difiere el juicio: ¿Por qué, Señor, dice, te has alejado? Luego quien así preguntó, como si de repente entendiera, o como si supiera preguntara para enseñar, añade diciendo; Desprecias en las oportunidades, en las tribulaciones; es decir, oportunamente desprecias, y haces tribulaciones para inflamar los ánimos con el deseo de tu venida: pues a estos les es más agradable aquella fuente de vida, que mucho han deseado; así que insinúa el consejo de la dilación, diciendo: mientras el impío se enorgullece, el pobre se enciende. Es asombroso y verdadero, con cuánto empeño los pequeños se encienden en la buena esperanza para vivir rectamente, en comparación con los pecadores. Por este misterio se permite que también existan herejías: no porque los mismos herejes lo quieran; sino porque esto de sus pecados obra la divina Providencia, que hace y ordena la luz, pero solo ordena las tinieblas (Gén. I, 3, 4), para que por la comparación de ellas la luz sea más grata, así como por la comparación de los herejes es más agradable el hallazgo de la verdad: pues por esa comparación los probados se manifiestan entre los hombres que son conocidos por Dios.

21. Son atrapados en sus pensamientos, en los que piensan: es decir, sus malos pensamientos se convierten en ataduras para ellos. Pero, ¿por qué se convierten en ataduras? Porque el pecador es alabado, dice, en los deseos de su alma. Las lenguas de los aduladores atan las almas en los pecados: pues deleita hacer aquellas cosas, en las que no solo no se teme al

reprensor, sino que también se escucha al alabador. Y quien hace iniquidad, es bendecido: de aquí son atrapados en sus pensamientos, en los que piensan.

22. [vers. 4.] El pecador irritó al Señor. Nadie se regocije en el hombre que prospera en su camino, cuyos pecados carecen de vengador, y tiene un alabador: esta es la mayor ira del Señor. Pues el pecador irritó al Señor, para que sufra estas cosas, es decir, para que no sufra los azotes de la corrección. El pecador irritó al Señor: según la multitud de su ira no buscará. Se enoja mucho, mientras no busca, mientras como si olvidara y no atiende a los pecados, y por fraudes y crímenes se llega a riquezas y honores: lo que especialmente sucederá en aquel Anticristo, que será tan bienaventurado a los ojos de los hombres, que incluso será considerado Dios. Pero cuán grande es esta ira de Dios, lo enseñan las siguientes palabras.

23. [vers. 5.] No hay Dios en su presencia, se contaminan sus caminos en todo tiempo. Quien conoce o qué se alegra, o qué se regocija en el alma, sabe cuán grande mal es ser abandonado por la luz de la verdad; cuando los hombres consideran un gran mal la ceguera de los ojos corporales, por la cual se retira esta luz. ¿Cuánto castigo, pues, sufre quien por las cosas favorables de sus pecados es llevado a que no haya Dios en su presencia, y se contaminan sus caminos en todo tiempo, es decir, sus pensamientos y consejos son inmundos? Se apartan tus juicios de su rostro. Pues el alma mal consciente de sí misma, mientras se considera no sufrir ningún castigo, cree que Dios no juzga, y así se apartan los juicios de Dios de su rostro, cuando esta misma es una gran condenación. Y dominará a todos sus enemigos. Pues así es entregado, que superará a todos los reyes, y obtendrá el reino solo; cuando también según el Apóstol, que predica de él, Se sentará en el templo de Dios, exaltándose sobre todo lo que se adora y se dice Dios (II Tes. II, 4).

24. [vers. 6.] Y porque entregado a la concupiscencia de su corazón y destinado a la condenación última, por artes nefandas llegará a esa vana y vacía cúspide de dominio, por eso sigue, Pues dijo en su corazón: No seré movido de generación en generación sin mal; es decir, mi fama y mi nombre de esta generación a la generación de los posteriores no pasará, si no es por malas artes que adquiera tan alto principado, del que los posteriores no puedan callar. Pues el ánimo perdido y carente de buenas artes y ajeno a la luz de la justicia, se esfuerza por abrirse camino a la fama tan duradera, que también sea celebrada entre los posteriores. Y quienes no pueden hacerse conocer bien, desean que al menos se hable mal de ellos, con tal de que el nombre se extienda ampliamente. Lo que aquí creo que se ha dicho: No seré movido de generación en generación sin mal. Hay también otra interpretación. Si de la generación mortal a la generación de la eternidad el ánimo vano y lleno de error se cree no poder llegar, si no es por malas artes; lo que también se ha difamado de Simón (Hechos VIII, 9-23), cuando con artes criminales pensó haber alcanzado el cielo, y de la generación humana a la generación divina pasar por cosas mágicas: ¿qué, pues, de extraño, si también aquel hombre de pecado, que llenará toda la iniquidad e impiedad que todos los falsos profetas comenzaron, y hará tantas señales, que engañará, si es posible, incluso a los elegidos, dirá en su corazón: No seré movido de generación en generación sin mal?

25. [vers. 7.] Cuya boca está llena de maldición, y de amargura y de engaño. Pues es una gran maldición, aspirar al cielo con tan nefandas artes, y adquirir tales méritos para alcanzar la sede eterna. Pero de esta maldición su boca está llena: pues esta codicia no tendrá efecto, sino que solo valdrá dentro de su boca para perderlo, que se atrevió a prometerse esto con amargura y engaño, es decir, con ira e insidias con las que atraerá a su parte a la multitud. Bajo su lengua hay trabajo y dolor. Nada es más laborioso que la iniquidad y la impiedad: a cuyo trabajo sigue el dolor; porque no solo se trabaja sin fruto, sino también para la perdición. Este trabajo y dolor se refiere a lo que dijo en su corazón, No seré movido de

generación en generación sin mal: y por eso, bajo su lengua; no, en su lengua; pues en silencio esto se pensará, pero a los hombres se les hablará de otra manera, para que parezca bueno y justo y el hijo de Dios.

26. [vers. 8.] Se sienta en emboscadas con los ricos. ¿Con qué ricos, sino con aquellos a quienes acumulará los bienes de este siglo? Y por eso se dice que se sienta en emboscadas con ellos, porque mostrará su falsa felicidad para engañar a los hombres. Quienes con mala voluntad desean ser tales, y no buscan los bienes eternos, caerán en sus lazos. En lo oculto para matar al inocente. En lo oculto creo que se ha dicho, donde no se entiende fácilmente qué se debe buscar, o qué se debe evitar: matar al inocente, es hacer del inocente un no inocente.

27. [vers. 9.] Sus ojos miran al pobre. Pues perseguirá principalmente a los justos de quienes se ha dicho: Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos (Mat. V, 3). Acecha en secreto, como león en su guarida. Llama león en su guarida a aquel en quien operará tanto la fuerza como el engaño. La primera persecución de la Iglesia fue violenta, con proscipciones, tormentos, asesinatos, y los cristianos eran forzados a sacrificar: la segunda persecución es fraudulenta, que ahora se lleva a cabo por medio de cualquier tipo de herejes y falsos hermanos: la tercera está por venir a través del Anticristo, la cual es la más peligrosa, ya que será tanto violenta como fraudulenta. Tendrá fuerza en el imperio, engaño en los milagros: a la fuerza se refiere lo que se ha dicho, león; a los engaños, lo que se ha dicho, en su guarida. Y nuevamente se repiten las mismas cosas en orden inverso. Acecha, dice, para atrapar al pobre; esto se refiere al engaño: pero lo que sigue, Atrapar al pobre mientras lo atrae, se atribuye a la violencia; pues atraer significa que lo lleva hacia sí afligiéndolo con los tormentos que puede.

28. [vers. 10.] Asimismo, los dos que siguen son los mismos. En su trampa lo humillará, es engaño. Se inclinará y caerá mientras domine a los pobres, es fuerza: trampa significa bien las insidias; el dominio insinúa claramente el terror. Y bien dice, Lo humillará en su trampa: pues cuando comience a hacer esos signos, cuanto más maravillosos parezcan a los hombres, tanto más serán despreciados aquellos santos que entonces estarán, y serán tenidos como nada; a quienes aquel, al que resistirán por justicia e inocencia, parecerá superar con hechos maravillosos. Pero se inclinará y caerá mientras domine a los pobres, es decir, mientras imponga cualquier castigo a los siervos de Dios que le resistan.

29. [vers. 11, 12.] ¿De dónde se inclinará y caerá? Pues dijo en su corazón: Dios se ha olvidado, ha apartado su rostro para no ver hasta el fin. Esta es la inclinación y caída más miserable, mientras el alma humana prospera en sus iniquidades y cree que se le perdona; cuando se ciega y se reserva para la última y oportuna venganza, de la cual ahora ya habla, Levántate, Señor Dios, elévese tu mano; es decir, que se manifieste tu poder. Pero antes había dicho, Levántate, Señor, no prevalezca el hombre, sean juzgadas las naciones ante tu presencia; es decir, en lo oculto, donde solo Dios ve. Esto ocurrió cuando los impíos alcanzaron una gran felicidad que parece a los hombres; sobre los cuales se establece un legislador, tal como merecieron tener, de quien se dice: Establece, Señor, un legislador sobre ellos, sepan las naciones que son hombres. Ahora, después de aquel castigo y venganza ocultos, se dice, Levántate, Señor Dios, elévese tu mano: no ciertamente en lo oculto, sino ya en la gloria más manifiesta. No te olvides de los pobres hasta el fin; es decir, como piensan los impíos, que dicen: Dios se ha olvidado, ha apartado su rostro para no ver hasta el fin. Niegan que Dios vea hasta el fin, quienes dicen que no se preocupa de las cosas humanas y terrenales; pues la tierra es como el fin de las cosas, porque es el último elemento en el que

los hombres trabajan ordenadamente, pero no pueden ver el orden de sus trabajos, que principalmente pertenece a los secretos del Hijo. Así, la Iglesia trabajando en esos tiempos, como un barco en grandes olas y tormentas, despierta al Señor como si durmiera, para que mande a los vientos y vuelva la tranquilidad: dice, pues, Levántate, Señor Dios, elévese tu mano, no te olvides de los pobres hasta el fin.

30. [vers. 13, 14.] Ya entendiendo el juicio manifiesto, y exultantes dicen, ¿Por qué irritó el impío a Dios? es decir, ¿de qué le sirvió hacer tanto mal? Pues dijo en su corazón: No lo requerirá. Luego sigue: Ves que tú consideras el trabajo y la ira, para entregarlos en tus manos. Este sentido busca una pronunciación, en la cual si se yerra, se oscurece. Pues así dijo en su corazón el impío: No requerirá Dios, como si Dios considerara el trabajo y la ira, para entregarlos en sus manos; es decir, como si temiera trabajar y enojarse, y por eso les perdonara, para que no le sea oneroso su castigo, o para que no se turbe con la tempestad de la ira, como a menudo hacen los hombres, disimulando la venganza, para no trabajar o enojarse.

31. A ti se ha dejado el pobre. Pues por eso es pobre, es decir, ha despreciado todos los bienes temporales de este mundo, para que tú seas su única esperanza. Serás ayudador del huérfano; es decir, a aquel a quien muere el padre, este mundo, por quien ha sido engendrado carnalmente, y ya puede decir: El mundo me ha sido crucificado, y yo al mundo (Gal. VI, 14). Pues a tales huérfanos Dios se hace padre. Enseña el Señor a hacerse huérfanos sus discípulos, a quienes dice: No llaméis padre a nadie en la tierra (Mat. XXIII, 9). De lo cual él mismo dio ejemplo diciendo: ¿Quién es mi madre, o quiénes son mis hermanos? (Id. XII, 48) Por lo cual algunos herejes muy perniciosos quieren afirmar que no tuvo madre: ni ven que es consecuente si atienden estas palabras, que tampoco sus discípulos tuvieron padres; porque así como él dijo, ¿Quién es mi madre?, así les enseñó, cuando dijo: No llaméis padre a nadie en la tierra.

32. [vers. 15, 16.] Rompe el brazo del pecador y del maligno; de aquel de quien se decía antes: Dominará sobre todos sus enemigos. El brazo, pues, dijo su poder: al cual es contraria la potencia de Cristo, de la cual se dice: Levántate, Señor Dios, elévese tu mano. Se buscará su delito, y no se hallará. Por aquello, es decir, será juzgado por su pecado, y él perecerá por su pecado. Luego, ¿qué maravilla si sigue, El Señor reinará eternamente y por los siglos de los siglos, pereceréis naciones de su tierra? Puso naciones, pecadores e impíos.

33. [vers. 17.] El deseo de los pobres ha escuchado el Señor: aquel deseo con el que ardían, cuando en las angustias y tribulaciones de este siglo anhelaban el día del Señor. La preparación de su corazón ha escuchado tu oído: esta es la preparación del corazón, de la cual en otro salmo se canta, Mi corazón está preparado, Dios, mi corazón está preparado (Sal. LVI, 8); de la cual dice el Apóstol: Pero si esperamos lo que no vemos, con paciencia lo aguardamos (Rom. VIII, 25). Ahora bien, debemos entender regularmente que el oído de Dios no es un miembro corporal, sino el poder con el que escucha; y así, en los miembros que se le nombran, que en nosotros son visibles y corporales, debemos entender las potencias de sus operaciones, para que no se repitan a menudo: pues no es lícito pensar que el Señor Dios escucha no la voz sonora, sino la preparación del corazón.

34. [vers. 18.] Juzgar al huérfano y al humilde: es decir, no al que se conforma a este siglo, ni al soberbio. Pues una cosa es juzgar al huérfano, otra juzgar al huérfano: juzga al huérfano también quien lo condena; pero juzga al huérfano quien pronuncia sentencia a su favor. Para que no añada más a engrandecerse el hombre sobre la tierra. Pues son hombres, de quienes se dijo: Pon, Señor, un legislador sobre ellos, sepan las naciones que son hombres. Pero también

aquel que se entiende puesto sobre ellos en el mismo lugar, será hombre, de quien ahora se dice, Para que no añada más a engrandecerse el hombre sobre la tierra: cuando venga el Hijo del hombre a juzgar al huérfano, quien se despojó del hombre viejo, y de este modo como elevó al Padre.

35. Después de los secretos del Hijo, de los cuales se han dicho muchas cosas en este salmo, serán manifiestos los del Hijo, de los cuales ahora se han dicho pocas cosas al final del mismo salmo: de estos, sin embargo, se ha hecho el título, que aquí ocupa la mayor parte. También puede contarse correctamente el día de la venida del Señor entre los secretos del Hijo, aunque la misma presencia del Señor será manifiesta; pues de aquel día se ha dicho que nadie lo sabe, ni los Ángeles, ni las Virtudes, ni el Hijo del hombre (Mat. XXIV, 36): ¿qué, pues, es tan oculto, como aquello que se ha dicho que es oculto incluso para el mismo juez, no para conocerlo, sino para revelarlo? De los secretos del Hijo, aunque alguien no quiera entender al Hijo de Dios, sino al mismo David, a cuyo nombre se atribuye todo el Salterio, pues ciertamente se llaman Salmos de David, escuche aquellas voces con las que se dice al Señor; Ten piedad de nosotros, hijo de David (Id. XX, 30); y así también de este modo entienda al mismo Señor Cristo, de cuyos secretos está inscrito este salmo. Pues así también dice el ángel: Dios le dará el trono de David su padre (Luc. I, 32). Ni aquella sentencia es contraria a esta interpretación, en la que el mismo Señor pregunta a los judíos, Si el Cristo es hijo de David, ¿cómo en el espíritu lo llama Señor, diciendo: Dijo el Señor a mi Señor, Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos bajo tus pies? (Mat. XXII, 44). Pues se ha dicho a los ignorantes, que aunque esperaban al Cristo venidero, sin embargo lo esperaban según el hombre, no según lo que es la Virtud y Sabiduría de Dios. Enseña, pues, allí la fe verdaderísima y sincerísima, para que sea Señor del rey David, según lo que es el Verbo en el principio, Dios con Dios, por quien fueron hechas todas las cosas (Juan I, 1); y hijo, según lo que fue hecho de la simiente de David según la carne (Rom. I, 3). Pues no dice, No es hijo de David el Cristo; sino, Si ya tenéis que es su hijo, aprended cómo es su Señor; no retengáis en Cristo que es hijo del hombre, pues así es hijo de David; dejad que es Hijo de Dios, pues así es su Señor.

ENARRACIÓN SOBRE EL SALMO X. Al final, Salmo de David mismo.

1. [vers. 1, 2.] Este título no necesita nueva explicación; ya se ha tratado suficientemente qué significa, al final. Veamos, pues, el texto del Salmo, que me parece que debe cantarse contra los herejes, quienes al recordar y exagerar los pecados de muchos en la Iglesia, como si entre ellos fueran justos o todos o la mayoría, intentan apartarnos de los pechos de la única verdadera madre Iglesia, afirmando que entre ellos está Cristo, y como si piadosa y diligentemente nos advirtieran, para que al pasar a ellos nos traslademos a Cristo, a quien mienten tener. Pero es conocido que Cristo en la profecía, cuando se insinuaba alegóricamente con muchos nombres, también fue llamado monte. Debe, pues, responderse a estos, y decir: En el Señor confío, ¿cómo decís a mi alma: Transmígrame a los montes como un gorrión? tengo un monte en el que confío, ¿cómo decís que pase a vosotros, como si hubiera muchos Cristos? O si decís que sois montes por soberbia, es necesario ser un gorrión alado con virtudes y preceptos de Dios; pero estos mismos prohíben volar a esos montes, y poner la esperanza en hombres soberbios. Tengo una casa donde descansar, porque en el Señor confío: pues también el gorrión halló casa (Sal. LXXXIII, 4), y el Señor se hizo refugio del pobre (Sal. IX, 10). Digamos, pues, con toda confianza, no sea que mientras buscamos a Cristo entre los herejes, lo perdamos: En el Señor confío; ¿cómo decís a mi alma: Transmígrame a los montes como un gorrión?

2. [vers. 3.] Porque he aquí que los pecadores han tensado el arco, han preparado sus flechas en la aljaba, para disparar en la luna oscura a los rectos de corazón. Estos son terrores de quienes nos amenazan con los pecadores, para que pasemos a ellos como a justos. He aquí, dicen, los pecadores han tensado el arco: creo, las Escrituras, que al interpretarlas carnalmente, lanzan de allí sentencias venenosas. Han preparado sus flechas en la aljaba: las mismas palabras, ciertamente, que van a lanzar con la autoridad de las Escrituras, las han preparado en el secreto del corazón. Para disparar en la luna oscura a los rectos de corazón: para que cuando sientan que, con la luz de la Iglesia oscurecida por la multitud de ignorantes y carnales, no pueden ser convencidos, corrompan las buenas costumbres con malas conversaciones (I Cor. XV, 33). Pero contra todos estos terrores debe decirse: En el Señor confío.

3. Ahora bien, cómo la luna significa congruentemente a la Iglesia, recuerdo haber prometido considerarlo en este salmo. Hay dos opiniones probables sobre la luna: de estas, cuál sea la verdadera, creo que un hombre no puede saberlo del todo, o muy difícilmente. Pues cuando se pregunta de dónde tiene su luz, algunos dicen que tiene su propia luz, pero que su globo es mitad luminoso, mitad oscuro; pero mientras se mueve en su círculo, esa misma parte que brilla, poco a poco se vuelve hacia la tierra, para que pueda ser vista por nosotros, y por eso primero aparece como cornuda. Pues si haces una bola mitad blanca y mitad oscura; si tienes ante los ojos la parte oscura, no ves nada de blancura, y cuando comienzas a volver hacia los ojos la parte blanca, si lo haces poco a poco, primero verás los cuernos de blancura, luego poco a poco crece, hasta que toda la parte blanca se oponga a los ojos, y no se vea nada de la otra parte oscura: pero si continuas girando poco a poco, comienza a aparecer la oscuridad, y la blancura a disminuir, hasta que vuelva a los cuernos, y finalmente se aparte totalmente de los ojos, y nuevamente solo pueda verse la parte oscura: lo que dicen que ocurre, cuando la luz de la luna parece crecer hasta la decimoquinta luna, y nuevamente disminuir hasta la trigésima, y volver a los cuernos, hasta que finalmente no se vea nada de luz en ella. Según esta opinión, la luna en alegoría significa la Iglesia, porque la Iglesia brilla por la parte espiritual, pero es oscura por la parte carnal: y a veces la parte espiritual en las buenas obras aparece a los hombres; pero a veces en la conciencia se oculta, y solo es conocida por Dios, cuando solo el cuerpo aparece a los hombres; como sucede, cuando oramos en el corazón, y parece que no hacemos nada, mientras no tenemos el corazón en la tierra, sino elevado al Señor. Otros dicen que la luna no tiene luz propia, sino que es iluminada por el sol; pero cuando está con él, tiene hacia nosotros la parte que no es iluminada, y por eso no se ve nada de luz en ella; pero cuando comienza a alejarse de él, es iluminada también por la parte que tiene hacia la tierra, y necesariamente comienza por los cuernos, hasta que se hace la decimoquinta frente al sol; pues entonces al ponerse el sol, sale, para que quien observe el sol poniente, cuando comience a no verlo, vuelto hacia el Oriente, vea salir la luna; y luego por la otra parte cuando comience a acercarse a él, vuelve hacia nosotros la parte que no es iluminada, hasta que vuelva a los cuernos y de allí no aparezca en absoluto; porque entonces la parte que es iluminada está arriba hacia el cielo, pero hacia la tierra la que el sol no puede iluminar. Por tanto, también según esta opinión, la luna se entiende como la Iglesia, porque no tiene su propia luz, sino que es iluminada por el unigénito Hijo de Dios, quien en muchos lugares de las santas Escrituras es alegóricamente llamado sol. A quienes, ignorando y no pudiendo ver al Hijo, algunos herejes intentan desviar los sentidos de los simples hacia este sol corporal y visible, que es la luz común de la carne de los hombres y de las moscas, y desvían a no pocos, quienes mientras no pueden contemplar con la mente la luz interior de la verdad, no quieren estar contentos con la simple fe católica, que es la única salvación para los pequeños, y por la cual se llega con certeza al sólido alimento de la firmeza. Cualquiera de las dos opiniones que sea verdadera, la luna se entiende alegóricamente como la Iglesia. O si

en estas oscuridades, más laboriosas que fructuosas, no apetece, no hay tiempo, o el ánimo mismo no puede ejercitarse, basta con mirar la luna con ojos populares, y no buscar causas oscuras, sino con todos sentir sus incrementos, plenitudes y disminuciones. Que si por eso decrece para renovarse, también a la misma multitud ignorante le muestra la figura de la Iglesia, en la cual se cree la resurrección de los muertos.

4. Luego, debe buscarse qué se entiende en este salmo por luna oscura, en la que los pecadores prepararon disparar a los rectos de corazón. Pues no puede decirse de una sola manera luna oscura: pues tanto cuando se termina en sus cursos mensuales, como cuando su resplandor es interrumpido por nubes, y cuando llena decrece, puede decirse luna oscura. Puede, pues, entenderse también de los perseguidores de los mártires, que quisieron disparar en la luna oscura a los rectos de corazón: ya sea aún en la novedad de la Iglesia, porque aún no había brillado más en la tierra, y no había vencido las tinieblas de las supersticiones gentiles: ya sea con las lenguas de los blasfemos y difamadores del nombre cristiano, como si con nubes cuando la tierra se cubría, no podía verse la luna clara, es decir, la Iglesia: ya sea con las matanzas de los mismos mártires y tanta efusión de sangre, como con aquella disminución y oscurecimiento en que la luna parece mostrar su cara ensangrentada, los débiles eran disuadidos del nombre cristiano; en cuyo terror los pecadores lanzaban palabras engañosas y sacrílegas, para también pervertir a los rectos de corazón. Puede también entenderse de estos pecadores, que la Iglesia contiene, que entonces, hallada la ocasión de esta luna oscura, cometieron muchas cosas, que ahora se nos objetan como reproches por los herejes, cuando se dice que sus autores las hicieron. Pero de cualquier modo que se haya hecho lo que en la luna oscura, ahora con el nombre católico difundido y celebrado por todo el orbe, ¿qué me importa perturbarme por cosas desconocidas? Pues en el Señor confío; ni escucho a quienes dicen a mi alma: Transmígrame a los montes como un gorrión. Porque he aquí que los pecadores han tensado el arco, para disparar en la luna oscura a los rectos de corazón. O si también a ellos ahora la luna les parece oscura, porque quieren hacer incierto cuál es la católica, y con los pecados de los hombres carnales, que muchos contiene, intentan acusarla; ¿qué le importa a quien verdaderamente dice: En el Señor confío? Con esta voz cada uno muestra que es trigo, y hasta el tiempo de la ventilación soporta pacientemente las pajas.

5. En el Señor, por tanto, confío. Que teman aquellos que confían en el hombre y no pueden negar que pertenecen a la parte del hombre, por cuyas canas juran; y cuando se les pregunta de qué comunión son, no pueden ser reconocidos a menos que digan que pertenecen a su parte. ¿Qué hacen estos cuando se les recuerdan los innumerables y cotidianos pecados y crímenes de los que está llena esa sociedad? ¿Acaso pueden decir: En el Señor confío; cómo decís a mi alma: Huye a los montes como un pájaro? No confían en el Señor, quienes dicen que los sacramentos son santos solo si son administrados por hombres santos. Así que cuando se les pregunta quiénes son los santos, se avergüenzan de decir: Somos nosotros; y aunque ellos no se avergüencen de decirlo, quienes los escuchan se avergüenzan por ellos. Por lo tanto, obligan a quienes reciben los sacramentos a poner su esperanza en un hombre cuyo corazón no pueden ver. Y maldito sea todo aquel que pone su esperanza en el hombre (Jeremías XVII, 5). ¿Qué significa decir: Yo soy santo; sino: Pon tu esperanza en mí? ¿Y si no eres santo? O muestra tu corazón. Si no puedes, ¿dónde veré que eres santo? ¿Acaso dirás lo que está escrito: Por sus obras los conoceréis (Mateo VII, 16)? Veo claramente obras maravillosas, las diarias violencias de los Circunceliones bajo obispos y presbíteros que vuelan por todas partes, y llaman a los terribles garrotes "Israel", que los hombres que ahora viven ven y sienten diariamente. Pero los tiempos de Macario, de los que hacen envidia, muchos no los vieron, y nadie los ve ahora; y cualquiera que los haya visto como católico,

pudo decir, si quería ser siervo de Dios: En el Señor confío; lo que también dice ahora, cuando ve muchas cosas que no quiere en la Iglesia, quien aún siente que nada dentro de esas redes llenas de peces buenos y malos (Mateo XIII, 47) hasta que se llegue al fin del mar, donde los malos serán separados de los buenos. Pero, ¿qué responden estos si alguno de ellos dice al que bautizan: ¿Cómo me ordenas presumir? Pues si el mérito es tanto del que da como del que recibe, que sea del que da, Dios, y del que recibe, mi conciencia: porque estas dos cosas no me son inciertas, la bondad de aquel y mi fe. ¿Por qué interpones algo de lo que no puedo saber con certeza? Déjame decir: En el Señor confío. Pues si confío en ti, ¿cómo confío si no sé si hiciste algo malo esta noche? Finalmente, si quieres que te crea, ¿acaso puedo creer más de lo que creo de ti? ¿Cómo, entonces, confío en aquellos con quienes ayer te comunicaste, y hoy te comunicas, y mañana te comunicarás, si en este mismo período de tres días no han cometido nada malo? Y si ni tú ni yo nos contaminamos con lo que no sabemos, ¿cuál es la razón para rebautizar a aquellos que no conocen los tiempos de la traición y la envidia de Macario? ¿Cuál es la razón para atreverte a rebautizar a los cristianos que vienen de Mesopotamia, que no han oído ni el nombre de Ceciliano ni de Donato, y negar que son cristianos? Pero si los pecados ajenos que no conocen los contaminan, te hace culpable de todo lo que se comete diariamente en tu parte sin que lo sepas, mientras objetas en vano las constituciones de los emperadores a los católicos, cuando en tus campamentos los garrotes y fuegos privados son tan feroces. He aquí a dónde han caído aquellos que, al ver pecadores en la Iglesia Católica, no pudieron decir: En el Señor confío, y pusieron su esperanza en el hombre. Lo que ciertamente dirían, si no fueran ellos mismos, o también ellos, tales como pensaban que eran aquellos de quienes fingieron querer separarse con sacrílega soberbia.

6. [vers. 4.] Diga, por tanto, el alma católica: En el Señor confío; ¿cómo decís a mi alma: Huye a los montes como un pájaro? Porque los pecadores han tensado el arco, han preparado sus flechas en la aljaba, para disparar en la luna oscura a los rectos de corazón: y convierta su discurso del Señor, y diga: Porque han destruido lo que has perfeccionado. Y diga esto, no solo contra estos, sino contra todos los herejes. Porque todos, en cuanto a ellos respecta, han destruido la alabanza que Dios ha perfeccionado de la boca de los niños y lactantes (Salmo VIII, 3), mientras agitan a los pequeños con cuestiones vanas y escrupulosas, y no les permiten ser nutridos con la leche de la fe. Como si se dijera a esta alma: ¿Por qué te dicen estos: Huye a los montes como un pájaro? ¿Por qué te asustan con los pecadores, que han tensado el arco para disparar en la luna oscura a los rectos de corazón? Responde: Por eso me asustan, porque han destruido lo que has perfeccionado. ¿Dónde, sino en sus conventículos, donde no nutren a los pequeños y a los ignorantes de la luz interior con leche, sino que los matan con venenos? Pero, ¿qué ha hecho el justo? Si Macario os ofendió, si Ceciliano os ofendió; ¿qué os ha hecho Cristo, que dijo: Mi paz os doy, mi paz os dejo (Juan XIV, 27), la cual habéis violado con nefanda disensión? ¿Qué os ha hecho Cristo, que soportó a su traidor con tanta paciencia, que le entregó la primera Eucaristía preparada con sus manos y recomendada con su boca, como a los demás apóstoles (Lucas XXII, 19, 21)? ¿Qué os ha hecho Cristo, que envió a predicar el reino de los cielos a ese mismo traidor suyo, a quien llamó diablo (Juan VI, 71), que antes de la traición del Señor no pudo mostrar fidelidad ni siquiera en las bolsas del Señor (Juan XII, 6), junto con los demás discípulos (Mateo X, 5); para demostrar que los dones de Dios llegan a aquellos que los reciben con fe, aunque sea tal el que los entrega, como lo fue Judas?

7. [vers. 5.] El Señor está en su santo templo. Así es, como dice el Apóstol: Porque el templo de Dios, que sois vosotros, es santo. Cualquiera que destruya el templo de Dios, Dios lo destruirá (1 Corintios III, 17). Viola el templo de Dios quien viola la unidad: porque no

sostiene la cabeza (Colosenses II, 19), de la cual todo el cuerpo, bien concertado y unido por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor (Efesios IV, 16). En este su santo templo está el Señor; que consta de muchos miembros suyos, cada uno cumpliendo su función, contruidos en una edificación de amor; lo cual viola quien, por causa de su propio principado, se separa de la sociedad católica. El Señor está en su santo templo, el Señor tiene su trono en el cielo. Si tomas el cielo como el justo, así como tomas la tierra como el pecador, a quien se le dijo: Tierra eres, y a la tierra volverás (Génesis III, 19); lo que se dijo: El Señor está en su santo templo, se entiende repetido cuando se dice: El Señor tiene su trono en el cielo.

8. Sus ojos miran al pobre. Porque a él se le ha dejado el pobre, y él se ha hecho refugio para el pobre (Salmo IX, 10). Y por eso todas las sediciones y tumultos dentro de estas redes, hasta que sean llevados a la orilla, de los cuales los herejes nos insultan para su propia perdición y nuestra corrección, son causados por aquellos hombres que no quieren ser pobres de Cristo. Pero, ¿acaso apartan los ojos de Dios de aquellos que quieren serlo? Porque sus ojos miran al pobre. ¿Acaso se debe temer que en la multitud de ricos no pueda ver a los pocos pobres, a quienes nutre y guarda en el seno de la Iglesia católica? Sus párpados examinan a los hijos de los hombres. Aquí, hijos de los hombres, me gustaría aceptar la regla de aquellos regenerados por la fe de los antiguos. Porque estos son ejercitados por ciertos pasajes oscuros de las Escrituras, como si fueran los ojos cerrados de Dios, para que busquen; y nuevamente son iluminados por ciertos pasajes manifiestos, como si fueran los ojos abiertos de Dios, para que se regocijen. Y esta frecuente apertura y cierre en los santos libros son como los párpados de Dios, que examinan, es decir, que prueban a los hijos de los hombres, quienes no se fatigan por la oscuridad de las cosas, sino que son ejercitados, ni se enorgullecen por el conocimiento, sino que son confirmados.

9. [vers. 6.] El Señor examina al justo y al impío. ¿Qué, entonces, tememos que los impíos nos perjudiquen, si acaso no comparten sinceramente los sacramentos con nosotros, cuando él examina al justo y al impío? Pero quien ama la iniquidad, odia su propia alma: es decir, no daña a aquel que cree en Dios y no pone su esperanza en el hombre, sino que solo daña su propia alma el amante de la iniquidad.

10. [vers. 7, 8.] Lloverá sobre los pecadores lazos. Si las nubes son entendidas generalmente como los profetas, ya sean buenos o malos, que también son llamados falsos profetas; así son ordenados los falsos profetas por el Señor Dios, para que de ellos llueva lazos sobre los pecadores: porque nadie cae en seguirlos a menos que sea pecador; ya sea para la preparación del castigo final, si prefiere perseverar en el pecado; o para disuadir la soberbia, si alguna vez busca a Dios con un cuidado más sincero. Pero si las nubes son entendidas solo como los buenos y verdaderos profetas; también de ellos es manifiesto que Dios llueva lazos sobre los pecadores, aunque también riega a los piadosos para que fructifiquen: Porque somos, dice el Apóstol, olor de vida para vida en unos, y olor de muerte para muerte en otros (2 Corintios II, 16). Porque no solo los profetas, sino todos los que riegan las almas con la palabra de Dios, pueden ser llamados nubes: que cuando son mal entendidos, Dios llueva lazos sobre los pecadores; pero cuando son bien entendidos, fecunda los corazones de los piadosos y fieles. Como ejemplo, lo que está escrito: Y serán dos en una sola carne (Génesis II, 24), si alguien lo interpreta para la lujuria, llueva un lazo sobre el pecador; pero si lo entiendes, como aquel que dijo: Pero yo digo en Cristo y en la Iglesia (Efesios V, 32), llueva sobre tierra fértil: y en la misma nube, es decir, la Escritura divina, se hizo ambas cosas. También el Señor dice: No lo que entra en vuestra boca os contamina, sino lo que sale (Mateo XV, 11). Escucha esto el pecador, y prepara su gula para la voracidad: escucha esto el justo, y se protege de la

superstición de discernir los alimentos. Y aquí, por lo tanto, en la misma nube de las Escrituras, según el mérito de cada uno, tanto al pecador se le llueve lazos, como al justo se le llueve abundancia.

11. Fuego y azufre y viento tempestuoso es la porción de su copa. Este es su castigo y su fin, por los cuales se blasfema el nombre de Dios, para que primero sean devastados por el fuego de sus propias codicias, luego sean arrojados del grupo de los bienaventurados por el hedor de sus malas obras, y finalmente, arrebatados y sumergidos, sufran penas indecibles. Porque esta es la porción de su copa; como la copa de los justos, tu copa que embriaga, ¡cuán gloriosa es (Salmo XXII, 5)! Porque serán embriagados con la abundancia de tu casa (Salmo XXXV, 9). Creo que se llama copa para que no pensemos que algo se hace más allá de la medida y el límite, incluso en los mismos castigos de los pecadores, por la providencia divina. Y por eso, como dando razón de por qué se hace, añadió: Porque justo es el Señor, y ama las justicias. No en vano en plural, a menos que se refiera a los hombres, para que por justos se entiendan las justicias; porque en muchos justos parecen ser muchas justicias, aunque sea una de Dios, de la cual todos participan: como si un solo rostro mirara muchos espejos, lo que es singular en él, de ellos se devuelve en plural. Por eso, nuevamente se refiere a la singularidad, diciendo: La equidad ha visto su rostro: tal vez se ponga por: La equidad ha visto su rostro, como si se dijera, La equidad ha sido vista en su rostro, es decir, en su conocimiento; porque el rostro de Dios es el poder por el cual se da a conocer a los dignos: o ciertamente, La equidad ha visto su rostro, porque no se da a conocer a los malos, sino a los buenos; y esa es la equidad.

12. Pero si alguien quiere entender la luna como la sinagoga, refiera el Salmo a la pasión del Señor, y diga de los judíos: Porque han destruido lo que has perfeccionado; y del mismo Señor: Pero, ¿qué ha hecho el justo? a quien acusaban como destructor de la Ley: cuyos preceptos, viviendo perversamente, despreciándolos y estableciendo los suyos, habían destruido, para que el mismo Señor, hablando según el hombre, como suele, diga: En el Señor confío; ¿cómo decís a mi alma: Huye a los montes como un pájaro? por los terrores, sin duda, de aquellos que deseaban aprehenderlo y crucificarlo: cuando los pecadores querían disparar a los rectos de corazón, es decir, a los que creían en Cristo, en la luna oscura, es decir, en la sinagoga llena de pecadores, no se entiende absurdamente. A lo cual se ajusta también lo que se dice: El Señor está en su santo templo, el Señor tiene su trono en el cielo; es decir, el Verbo en el hombre, o el mismo Hijo del hombre que está en los cielos. Sus ojos miran al pobre: o al que ha asumido según Dios, o por quien ha sufrido según el hombre. Sus párpados examinan a los hijos de los hombres. Podemos entender la muerte y resurrección de él, que probó a los hijos de los hombres, sus discípulos, aterrorizados por su pasión, y alegres por su resurrección. El Señor examina al justo y al impío: ya gobernando la Iglesia desde el cielo. Pero quien ama la iniquidad, odia su propia alma: por qué esto es así, lo enseñan las consecuencias; Porque lloverá lazos sobre los pecadores, según la exposición anterior, y todo lo demás hasta el final del Salmo.

EN EL SALMO XI COMENTARIO. Al final, por el octavo, Salmo de David.

1. [vers. 1.] El octavo día del juicio puede entenderse, como se dijo en el sexto salmo: también puede entenderse por el octavo, por el siglo eterno; porque después de este tiempo que se desarrolla en siete días, será dado a los santos.

2. [vers. 2.] Sálvame, Señor, porque ha desaparecido el santo: es decir, no se encuentra; como decimos cuando decimos: Ha desaparecido el trigo, o, Ha desaparecido el dinero. Porque las verdades han disminuido de los hijos de los hombres. La verdad es una, por la cual se

iluminan las almas santas: pero como son muchas las almas, en ellas se pueden decir muchas verdades; como de un solo rostro aparecen muchas imágenes en los espejos.

3. [vers. 3.] Cada uno ha hablado vanidades a su prójimo. Se debe entender a todo hombre como prójimo: porque no hay nadie con quien se deba obrar el mal; y el amor al prójimo no obra mal (Romanos XIII, 10). Labios engañosos, han hablado mal con doble corazón. Lo que dice dos veces, con doble corazón, significa un corazón doble.

4. [vers. 4.] Destruya el Señor todos los labios engañosos. Dijo todos, para que nadie se crea exceptuado, como dice el Apóstol: En toda alma de hombre que obra mal, del judío primero y del griego (Romanos II, 9). Lengua jactanciosa: lengua soberbia.

5. [vers. 5] Que dijeron: Magnificaremos nuestra lengua, nuestros labios están con nosotros, ¿quién es nuestro Señor? Se significan los hipócritas soberbios, que ponen su esperanza en su discurso para engañar a los hombres, y no están sometidos a Dios.

6. [vers. 6.] Por la miseria de los pobres y el gemido de los necesitados, ahora me levantaré, dice el Señor: porque así el Señor se compadeció de su pueblo en el Evangelio, que no tenía pastor, aunque bien podía obedecer. De donde también se dijo en el Evangelio: La mies es mucha, pero los obreros pocos (Mateo IX, 37). Esto debe tomarse de la persona de Dios Padre, que por los pobres y necesitados, es decir, necesitados de bienes espirituales, se dignó enviar a su Hijo; de ahí comienza su discurso en el monte según Mateo, cuando dice: Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos (Mateo V, 3). Pondré en salvación. No dijo qué pondrá; pero en salvación, debe entenderse en Cristo, según aquello: Porque han visto mis ojos tu salvación (Lucas II, 30): y por eso se entiende que ha puesto en él lo que pertenece a quitar la miseria de los pobres y consolar el gemido de los necesitados. Actuaré con confianza en él; según aquello en el Evangelio: Porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como sus escribas (Mateo VII, 29).

7. [vers. 7.] Las palabras del Señor, palabras puras. Esta es la persona del mismo Profeta. Las palabras del Señor, palabras puras: puras, dice, sin corrupción de simulación. Porque muchos predicán la verdad no puramente, porque la venden por el precio de las comodidades de este siglo: de tales dice el Apóstol, que anuncian a Cristo no puramente (Filipenses I, 17). Plata probada en el fuego de la tierra. Las mismas palabras del Señor probadas por las tribulaciones de los pecadores. Purificada siete veces: por el temor de Dios, por la piedad, por la ciencia, por la fortaleza, por el consejo, por el entendimiento, por la sabiduría (Isaías XI, 2). Porque también son siete los grados de bienaventuranza que el Señor desarrolla en el mismo sermón que tuvo en el monte según Mateo: Bienaventurados los pobres de espíritu, bienaventurados los mansos, bienaventurados los que lloran, bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, bienaventurados los misericordiosos, bienaventurados los de limpio corazón, bienaventurados los pacificadores (Mateo V, 3-9): de las cuales sentencias siete se puede advertir que se dijo todo aquel largo sermón; porque la octava, donde se dijo: Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, significa el mismo fuego, por el cual se prueba siete veces la plata. Cuando se terminó ese sermón, se dijo: Porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como sus escribas (Mateo VII, 29): lo cual pertenece a lo que se dijo en este salmo: Actuaré con confianza en él.

8. [vers. 8.] Tú, Señor, nos guardarás, y nos protegerás de esta generación y para siempre: aquí como pobres y necesitados, allí como opulentos y ricos.

9. [vers. 9.] Alrededor del impío caminan: es decir, en el deseo de las cosas temporales, que se repiten en el ciclo de siete días, como una rueda que gira; y por eso no llegan al octavo, es decir, a lo eterno, para lo cual está titulado este salmo. Así también se dice por Salomón: Porque el rey sabio es aventador de los impíos, y les envía la rueda de los males (Prov. XX, 26, según la LXX). Según tu altura multiplicaste a los hijos de los hombres. Porque hay también en las cosas temporales una multiplicación que aparta de la unidad de Dios; de donde el cuerpo que se corrompe, agrava el alma, y la morada terrena deprime el sentido que piensa en muchas cosas (Sab. IX, 15): pero los justos se multiplican según la altura de Dios, cuando van de virtud en virtud (Sal. LXXXIII, 8).

EN LA EXPLICACIÓN DEL SALMO XII. Al final, Salmo de David.

1. [vers. 1.] Porque el fin de la Ley es Cristo para justicia a todo creyente (Rom. X, 4). ¿Hasta cuándo, Señor, me olvidarás para siempre? es decir, ¿me difieres para entender a Cristo espiritualmente, que es la Sabiduría de Dios, y el recto fin de toda intención del alma? ¿Hasta cuándo apartarás tu rostro de mí? Así como Dios no olvida, tampoco aparta su rostro; pero la Escritura habla a nuestro modo: se dice que Dios aparta su rostro, cuando no da al alma el conocimiento de sí, que aún no tiene el ojo puro de la mente.

2. [vers. 2] ¿Hasta cuándo pondré consejo en mi alma? No se necesita consejo, sino en las adversidades. Por tanto, ¿Hasta cuándo pondré consejo en mi alma?, se ha dicho así, ¿Hasta cuándo estaré en adversidades? O ciertamente es una respuesta, para que este sea el sentido, Tanto tiempo, Señor, me olvidarás para siempre, y tanto tiempo apartarás tu rostro de mí, cuanto tiempo ponga consejo en mi alma: para que, a menos que alguien ponga consejo en su alma para obrar perfectamente la misericordia, Dios no lo dirija al fin, ni le dé el conocimiento pleno de sí, que es cara a cara. ¿Dolor en mi corazón cada día? se sobreentiende, ¿cuánto tiempo pondré? Pero cada día significa continuidad, para que el día se entienda por tiempo; del cual quien desea despojarse, pone dolor en su corazón, suplicando ascender a lo eterno, y no sufrir el día humano.

3. [vers. 3.] ¿Hasta cuándo se exaltará mi enemigo sobre mí? ya sea el diablo, o la costumbre carnal.

4. [vers. 4.] Mira y escúchame, Señor mi Dios. Mira, se refiere a lo que se ha dicho, ¿Hasta cuándo apartarás tu rostro de mí? Escucha, se refiere a lo que se ha dicho, ¿Hasta cuándo me olvidarás para siempre? Ilumina mis ojos, para que nunca duerma en la muerte. Deben entenderse los ojos del corazón, para que no se cierren con el deleitable defecto del pecado.

5. [vers. 5.] No sea que diga mi enemigo: He prevalecido contra él. Se debe temer la burla del diablo. Los que me afligen se alegrarán, si me he movido. El diablo y sus ángeles: que no se alegraron del justo Job, cuando lo afligieron; porque no se movió (Job I, 22), es decir, no se apartó de la estabilidad de la fe.

6. [vers. 6.] Pero yo he confiado en tu misericordia. Porque el mismo hecho de que el hombre no se mueva y permanezca firme en el Señor, no debe atribuirlo a sí mismo, para que al gloriarse de no haberse movido, no se mueva por la misma soberbia. Se alegrará mi corazón en tu salvación: en Cristo, en la Sabiduría de Dios. Cantaré al Señor que me ha dado bienes: bienes espirituales, no pertenecientes al día humano. Y cantaré al nombre del Señor altísimo: es decir, con alegría doy gracias, y uso ordenadamente el cuerpo, que es el canto del alma espiritual. Si aquí debe considerarse alguna diferencia. Cantaré con el corazón, Cantaré con

las obras al Señor, que solo él ve: Al nombre del Señor, que se da a conocer entre los hombres: lo cual no es útil para él, sino para nosotros.

EN LA EXPLICACIÓN DEL SALMO XIII. Al final, Salmo de David.

1. [vers. 1.] Qué significa al final, no es necesario repetirlo a menudo. Porque el fin de la Ley es Cristo, para justicia a todo creyente (Rom. X, 4), como dice el Apóstol. Creemos en él, cuando comenzamos a entrar en el buen camino; lo veremos a él, cuando lleguemos: y por eso él mismo es el fin.

2. Dijo el insensato en su corazón: No hay Dios. Ni siquiera esos sacrílegos y detestables filósofos, que tienen pensamientos perversos y falsos sobre Dios, se atrevieron a decir, No hay Dios: por eso, Dijo en su corazón; porque nadie se atreve a decirlo, incluso si se atrevió a pensarlo. Se corrompieron y se hicieron abominables en sus afectos: es decir, mientras aman este mundo, y no aman a Dios: esos son los afectos que corrompen el alma, y así la ciegan, para que incluso el insensato pueda decir en su corazón: No hay Dios; porque como no aprobaron tener a Dios en su conocimiento, Dios los entregó a una mente reprobada (Rom. I, 28). No hay quien haga el bien, no hay ni uno solo. Hasta uno: o puede entenderse con ese uno, para que no se entienda a ningún hombre: o excepto uno, para que se entienda al Señor Cristo; como decimos, Este campo es hasta el mar; ciertamente no contamos el mar. Y este es un mejor entendimiento para que nadie se entienda haber hecho el bien hasta Cristo; porque nadie puede hacer el bien, a menos que él lo muestre: y eso es cierto; porque hasta que alguien conozca al único Dios, no puede hacer el bien.

3. [vers. 2.] El Señor miró desde el cielo sobre los hijos de los hombres, para ver si hay alguien que entienda o busque a Dios. Puede entenderse sobre los judíos, para que los haya llamado honorablemente hijos de los hombres, por el culto al único Dios, en comparación con los gentiles de quienes creo que se dijo antes: Dijo el insensato en su corazón, No hay Dios, y lo demás. Pero el Señor mira, para ver a través de sus almas santas: lo que significa lo que se ha dicho, desde el cielo; pues por sí mismo nada le es oculto.

4. [vers. 3.] Todos se desviaron, juntos se hicieron inútiles: es decir, los judíos se hicieron tales como los gentiles, de quienes se dijo antes. No hay quien haga el bien, no hay ni uno solo: debe entenderse de manera similar a lo anterior. Sepulcro abierto es su garganta. O se significa la voracidad de la garganta abierta; o en alegoría, quienes matan y devoran como muertos a aquellos a quienes persuaden de la perversidad de sus costumbres. Lo cual es similar en sentido contrario a lo que se le dijo a Pedro, Mata y come (Hechos X, 13); para que convirtiera a los gentiles a su fe y buenas costumbres. Con sus lenguas actuaban engañosamente: la adulación acompaña a los voraces y a todos los malos. Veneno de áspides hay bajo sus labios: Veneno significa engaño; áspides, porque no quieren escuchar los preceptos de la ley, como las áspides no quieren escuchar las palabras del encantador (Sal. LVII, 5), lo cual se dice más claramente en otro salmo. Cuya boca está llena de maldición y amargura: esto es, veneno de áspides. Sus pies son veloces para derramar sangre: por la costumbre de hacer el mal. Destrucción y miseria hay en sus caminos: porque todos los caminos de los hombres malos están llenos de trabajos y miseria; por eso el Señor clama: Venid a mí, todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Tomad mi yugo, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón. Porque mi yugo es suave, y mi carga es ligera (Mat. XI, 28-30). Y no conocieron el camino de la paz: este ciertamente que el Señor, como dije, menciona, en el yugo suave y la carga ligera. No hay temor de Dios ante sus ojos: estos no dicen, No hay Dios; pero sin embargo no temen a Dios.

5. [vers. 4.] ¿No conocerán todos los que obran iniquidad? amenaza juicio. Que devoran a mi pueblo como pan: es decir, diariamente; porque el pan es alimento diario. Devoran al pueblo, quienes obtienen de él sus propios beneficios, no refiriendo su ministerio a la gloria de Dios, y a la salvación de aquellos sobre quienes presiden.

6. [vers. 5.] No invocaron al Señor: porque no lo invoca verdaderamente quien desea lo que a él le desagrada. Allí temblaron de miedo, donde no había miedo: es decir, en la pérdida de cosas temporales. Porque dijeron: Si lo dejamos así, todos creerán en él, y vendrán los romanos, y nos quitarán el lugar y la nación (Juan XI, 48). Temieron perder el reino terrenal, donde no había miedo; y perdieron el reino celestial, que debieron temer: y esto debe entenderse de todos los beneficios temporales, cuya pérdida temen los hombres, y no llegan a lo eterno.

7. [vers. 6.] Porque Dios está en la generación justa: es decir, no está en aquellos que aman el mundo. Porque es injusto dejar al creador de los siglos, y amar el mundo, y servir a la criatura más que al Creador (Rom. I, 25). Confundieron el consejo del pobre, porque el Señor es su esperanza: es decir, despreciaron la humilde venida del Hijo de Dios, porque en él no vieron la pompa del mundo: para que aquellos a quienes llamaba, pusieran su esperanza solo en Dios, no en cosas pasajeras.

8. [vers. 7.] ¿Quién dará desde Sion la salvación de Israel? se sobreentiende, sino él mismo cuya humildad despreciaron? Porque él vendrá en gloria para juzgar a vivos y muertos, y el reino de los justos; para que, ya que con esta humilde venida se hizo ceguera en parte de Israel, para que entrara la plenitud de los gentiles (Rom. II, 25), en aquella otra se haga lo que sigue, y así todo Israel sea salvo: porque el Apóstol también toma ese testimonio de Isaías para los judíos, que se dijo, Vendrá de Sion el que apartará la impiedad de Jacob (Isa. LIX, 20); como aquí se ha puesto, ¿Quién dará desde Sion la salvación de Israel? Cuando el Señor haga volver la cautividad de su pueblo, se alegrará Jacob, y se gozará Israel: es una repetición, como suele; pues creo que es lo mismo decir se gozará Israel, que se alegrará Jacob.

EN LA EXPLICACIÓN DEL SALMO XIV. Salmo de David.

1. [vers. 1.] De este título no hay cuestión. Señor, ¿quién peregrinará en tu tabernáculo? Aunque a veces se pone tabernáculo también por la morada sempiterna, sin embargo, cuando se toma propiamente, el tabernáculo es cosa de guerra: de donde también se llaman compañeros de tienda a los soldados, como teniendo tabernáculos juntos. Este sentido se ayuda de lo que se ha dicho, ¿quién peregrinará?: porque por un tiempo luchamos con el diablo, y entonces necesitamos el tabernáculo, donde nos reponemos; lo que significa principalmente la fe de la dispensación temporal, que se hizo por nosotros temporalmente por la encarnación del Señor. ¿Y quién descansará en tu monte santo? aquí tal vez ya significa la misma morada eterna, para que entendamos el monte como la supereminencia de la caridad de Cristo en la vida eterna.

2. [vers. 2.] El que entra sin mancha, y obra justicia: aquí lo propuso, de aquí en adelante lo desarrolla.

3. [vers. 3.] El que habla verdad en su corazón: algunos tienen la verdad en los labios, y no en el corazón: como si alguien mostrara engañosamente el camino, sabiendo que hay ladrones en él, y dijera, Si vas por aquí, estarás a salvo de los ladrones; y sucede que realmente no se encuentran ladrones allí, dijo la verdad, pero no en su corazón; pues pensaba otra cosa, y sin

saberlo dijo la verdad: por tanto, es poco hablar la verdad, a menos que también esté así en el corazón. El que no hizo engaño en su lengua: se hace engaño con la lengua, cuando se profiere una cosa con la boca, y se oculta otra en el pecho. Ni hizo mal a su prójimo: es conocido que se debe entender por prójimo a todo hombre. Y no aceptó oprobio contra su prójimo: es decir, no creyó con gusto o temerariamente al acusador.

4. [vers. 4.] El maligno es reducido a nada en su presencia. Esta es la perfección, para que el maligno no tenga poder sobre el hombre; y para que esto sea en su presencia, es decir, sepa con certeza que el maligno no es, sino cuando el alma se aparta de la visión de su Creador eterna e inmutable, hacia la visión de la criatura, que fue hecha de la nada. Pero glorifica a los que temen al Señor: ciertamente al mismo Señor. El principio de la sabiduría es el temor del Señor (Sal. CX, 10; Eclo. I, 16): así como las cosas anteriores pertenecen a los perfectos, así las que ahora va a decir pertenecen a los principiantes.

5. [vers. 5.] El que jura a su prójimo, y no lo engaña: el que no da su dinero a usura, y no acepta regalos contra los inocentes. Estas no son grandes cosas: pero quien no puede hacer ni siquiera estas, mucho menos puede hablar la verdad en su corazón, y no hacer engaño en su lengua, sino que como es en el corazón la verdad así la profiera, y tenga en su boca, Sí, sí, No, no (Mat. V, 37); y no hacer mal a su prójimo, es decir, a ningún hombre; y no aceptar oprobio contra su prójimo: que son de los perfectos, en cuya presencia el maligno es reducido a nada. Sin embargo, también estas cosas menores las concluye así: El que hace estas cosas, no se moverá jamás: es decir, llegará a aquellas mayores, en las que hay gran y firme estabilidad. Pues también los tiempos no sin causa tal vez se han variado así, para que en la conclusión anterior se pusiera el tiempo pasado, y en esta el futuro: pues allí se dijo, El maligno es reducido a nada en su presencia; aquí, No se moverá jamás.

EN LA EXPLICACIÓN DEL SALMO XV. Inscripción del título, de David.

1. Nuestro Rey habla en este salmo desde la persona de la asunción humana, de quien el título real en el tiempo de la pasión se destacó.

2. [vers. 1, 2.] Dice estas cosas. Guárdame, Señor, porque en ti he confiado: dije al Señor, Tú eres mi Dios, porque de mis bienes no tienes necesidad: porque no esperas ser bienaventurado por mis bienes.

3. [vers. 3.] A los santos que están en su tierra: a los santos que han puesto su esperanza en la tierra de los vivientes, ciudadanos de la Jerusalén celestial, cuya conversación espiritual se fija por el ancla de la esperanza en aquella patria, que correctamente se llama tierra de Dios; aunque aún en estas tierras se encuentren en carne. Ha hecho maravillosas todas mis voluntades en ellos. A estos santos, pues, ha hecho maravillosas todas mis voluntades en su progreso, en el que sintieron qué les ha aprovechado tanto la humanidad de mi divinidad para morir, como la divinidad de la humanidad para resucitar.

4. [vers. 4.] Se multiplicaron sus enfermedades: no para perdición, sino para que desearan al médico. Después se apresuraron: así que después de multiplicadas las enfermedades se apresuraron, para ser sanados. No reuniré sus asambleas de sangre: porque sus asambleas no serán carnales, ni propiciadas por la sangre de los animales. Ni recordaré sus nombres por mis labios: sino que por un cambio espiritual olvidarán lo que fueron; y ya no serán llamados por mí ni pecadores, ni enemigos, ni hombres, sino justos y mis hermanos e hijos de Dios por mi paz.

5. [vers. 5.] El Señor es la parte de mi herencia, y de mi cáliz. Porque poseerán conmigo la herencia, el mismo Señor. Que otros elijan para sí partes de las que disfrutar, terrenales y temporales: la porción de los santos es el Señor eterno. Que otros beban placeres mortales: la porción de mi cáliz es el Señor. Lo que digo, mío, incluyo a la Iglesia; porque donde está la cabeza, allí también está el cuerpo: pues en la herencia reuniré sus asambleas, y por la embriaguez del cáliz olvidaré sus nombres antiguos. Tú eres quien me restituirá mi herencia: para que sea conocida también por aquellos a quienes libero, la claridad que tenía contigo, antes de que el mundo fuera hecho (Juan XVII, 5): porque no me restituirás lo que no perdí, sino que restituirás a aquellos que perdieron el conocimiento de esa claridad; en los cuales porque yo soy, a mí me restituirás.

6. [vers. 6.] Las cuerdas cayeron para mí en lugares agradables: los límites de mi posesión en tu claridad, como por suerte cayeron, como la posesión de los sacerdotes y levitas es Dios. Porque mi herencia es agradable para mí: porque mi herencia es agradable, no para todos, sino para los que ven: en los cuales porque yo soy, es para mí.

7. [vers. 7.] Bendeciré al Señor, que me ha dado entendimiento: con el cual esta herencia puede ser vista y poseída. Además, hasta la noche me corrigieron mis riñones: sobre el entendimiento, hasta la muerte me instruyó mi parte inferior, la ascunción de la carne; para que experimentara las tinieblas de la mortalidad, que ese entendimiento no tiene.

8. [vers. 8.] Siempre veía al Señor delante de mí: pero viniendo a las cosas que pasan, no aparté mi ojo de aquel que siempre permanece, previendo esto para que después de cumplidas las cosas temporales volviera a él. Porque está a mi derecha, para que no me mueva: porque me favorece, para que permanezca firmemente en él.

9. [vers. 9.] Por esto se alegró mi corazón, y se regocijó mi lengua: por esto tanto en mis pensamientos hay alegría, como en mis palabras regocijo. Además, mi carne descansará en esperanza: además, mi carne no perecerá en la destrucción, sino que en la esperanza de la resurrección dormirá.

10. [vers. 10.] Porque no abandonarás mi alma en el infierno: porque tampoco entregarás mi alma para que los infiernos la posean. Ni permitirás que tu santo vea la corrupción: ni permitirás que el cuerpo santificado, por el cual otros también deben ser santificados, se corrompa. Me has dado a conocer los caminos de la vida: me has dado a conocer los caminos de la humildad, para que los hombres regresen a la vida, de donde cayeron por la soberbia; en los cuales, porque yo estoy, me los has dado a conocer. Me llenarás de alegría con tu rostro: los llenarás de alegría, para que no busquen más nada, cuando te vean cara a cara; en los cuales, porque yo estoy, me llenarás. Delicia en tu diestra hasta el fin: la delicia está en tu favor y en tu propiciación en el camino de esta vida, conduciendo hasta el fin de la gloria de tu presencia.

EN EL SALMO XVI COMENTARIO. Oración de David.

1. [vers. 1, 2.] Esto se atribuye a la persona del Señor, junto con la Iglesia, que es su cuerpo.

2. Escucha, Dios, mi justicia, atiende a mi súplica. Percibe con tus oídos mi oración, no en labios engañosos: no procedente hacia ti en labios engañosos. Que de tu rostro salga mi juicio: de la iluminación de tu conocimiento, el verdadero juez; o ciertamente, que de tu rostro salga mi juicio, no en labios engañosos, para que no pronuncie juzgando otra cosa que lo que entiendo en ti. Que mis ojos vean la equidad: ciertamente los ojos del corazón.

3. [vers. 3.] Has probado mi corazón y me has visitado de noche: porque mi corazón mismo ha sido probado por la visita de la tribulación. Me has examinado con fuego, y no se ha hallado iniquidad en mí: no solo la noche, porque suele perturbar, sino también el fuego porque quema, debe llamarse esa tribulación, en la cual, examinado, he sido hallado justo.

4. [vers. 4.] Para que mi boca no hable obras de hombres: para que no salga de mi boca otra cosa que lo que pertenece a tu gloria y alabanza; no a las obras de los hombres, que hacen fuera de tu voluntad. Por las palabras de tus labios: por las palabras de tu paz, o de tus Profetas. Yo he guardado caminos duros: yo he guardado los caminos laboriosos de la mortalidad humana y de la pasión.

5. [vers. 5.] Para perfeccionar mis pasos en tus sendas: para que se perfeccione la caridad de la Iglesia en los caminos angostos, por los cuales se llega a tu descanso. Para que no se muevan mis huellas: para que no se muevan las señales de mi camino, que como huellas están impresas en los sacramentos y en las Escrituras apostólicas, que miren y observen quienes quieren seguirme; o ciertamente, para que también permanezca firmemente en la eternidad, después de haber recorrido los caminos duros, y en las angustias de tus sendas haya perfeccionado mis pasos.

6. [vers. 6.] Yo clamé, porque me escuchaste, Dios: yo dirigí a ti mis oraciones con intención libre y fuerte; porque para poder tener esto, me escuchaste cuando oraba más débilmente. Inclina tu oído hacia mí, y escucha mis palabras: que tu escucha no abandone mi humildad.

7. [vers. 7.] Haz maravillosas tus misericordias: que tus misericordias no se vuelvan viles, para que no sean menos amadas.

8. [vers. 8.] Tú que salvas a los que esperan en ti, de los que resisten a tu diestra: de los que resisten al favor con el que me favoreces. Guárdame, Señor, como a la niña de tus ojos: que parece muy pequeña e insignificante; sin embargo, a través de ella se dirige la agudeza de la luz con la que se juzgan la luz y las tinieblas, así como a través de la humanidad de Cristo se discierne la divinidad del juicio entre justos y pecadores. En el refugio de tus alas protégeme: en la fortaleza de tu caridad y misericordia protégeme de la cara de los impíos que me afligieron.

9. [vers. 9, 10.] Mis enemigos rodearon mi alma, cerraron su grasa: cubiertos de su alegría grasa, después de que su codicia fue saciada por el crimen. Su boca habló con soberbia: y por eso su boca habló con soberbia, diciendo: Salve, rey de los judíos (Mateo XXVII, 29), y otras cosas semejantes.

10. [vers. 11.] Arrojándome ahora me rodearon: arrojándome fuera de la ciudad, ahora me rodearon en la cruz. Sus ojos fijaron para inclinarse a la tierra: fijaron la intención de su corazón para inclinarse a estas cosas terrenales; pensando que quien era asesinado sufría un gran mal, y ellos ninguno que mataban.

11. [vers. 12.] Me recibieron como un león preparado para la presa: me recibieron como aquel adversario que ronda, buscando a quien devorar (I Pedro V, 8). Y como un cachorro de león habitando en ocultos. Y como su cachorro, el pueblo al que se le dijo: Vosotros sois de vuestro padre el diablo (Juan VIII, 44), pensando en las insidias con las que rodear y perder al justo.

12. [vers. 13.] Levántate, Señor, anticipáte a ellos, y derribalos: levántate, Señor, a quien creen dormido y que no te preocupas por las iniquidades de los hombres; que antes sean cegados por su malicia, para que su acción sea precedida por la venganza, y así los derribes.

13. [vers. 14.] Rescata mi alma de los impíos: rescata mi alma resucitándome de la muerte, que me fue infligida por los impíos. Tu espada de los enemigos de tu mano: porque mi alma es tu espada, que tomó tu mano, es decir, tu eterna virtud, para que por ella derrote los reinos de la iniquidad y separe a los justos de los impíos; por tanto, rescátala de los enemigos de tu mano, es decir, de tu virtud, es decir, de mis enemigos. Señor, destruyéndolos de la tierra, dispérselos en su vida: Señor, destruyéndolos de la tierra que habitan, dispérselos por el mundo en esta vida, que consideran su única vida quienes desesperan de la eterna. Y de tus secretos se ha llenado su vientre: no solo les alcanzará este castigo visible; sino que también de los pecados, que como tinieblas están ocultos de la luz de tu verdad, se ha llenado su memoria, para que olviden a Dios. Se han saciado de inmundicia: se han saciado de inmundicia, pisoteando las perlas de las palabras de Dios. Y han dejado restos a sus pequeños: clamando, Que este pecado caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos (Mateo XXVII, 25).

14. [vers. 15.] Pero yo en tu justicia apareceré ante tu presencia: pero yo que no aparecí a ellos que con corazón sucio y oscuro no pueden ver la luz de la sabiduría, en tu justicia apareceré ante tu presencia. Me saciaré cuando se manifieste tu gloria: y mientras ellos se han saciado de su inmundicia, para que no puedan entenderme, yo me saciaré cuando se manifieste tu gloria, en aquellos que me entienden. Ciertamente en aquel verso donde se dijo Se han saciado de inmundicia, algunos ejemplares tienen Se han saciado de hijos. De la ambigüedad del griego surge una doble interpretación. Por hijos entendemos obras; y así como las buenas obras son buenos hijos, así los malos son malos.

EN EL SALMO XVII COMENTARIO.

1. [vers. 1.] Al final, al siervo del Señor, a David mismo, es decir, al Cristo según el hombre con mano fuerte. Las palabras de este cántico que habló al Señor, el día en que el Señor lo libró de la mano de todos sus enemigos, y de la mano de Saúl, y dijo (II Samuel XXII, 1). El día en que el Señor lo libró de la mano de todos sus enemigos, y de la mano de Saúl, es decir, del rey de los judíos, que ellos mismos pidieron. Pues así como David significa Mano fuerte, Saúl significa Petición: es conocido cómo ese pueblo pidió un rey para sí (I Samuel VIII, 5) y lo recibió, no según la voluntad de Dios, sino según la suya.

2. [vers. 2.] Dice aquí Cristo y la Iglesia, es decir, todo Cristo, cabeza y cuerpo: Te amaré, Señor, mi fortaleza: te amaré, Señor, por quien soy fuerte.

3. [vers. 3.] Señor, mi firmeza, y mi refugio, y mi libertador: Señor, que me has fortalecido, porque he huido a ti; he huido porque me has liberado. Mi Dios, mi ayudador, y en él confiaré: mi Dios, que me has dado la ayuda de tu vocación primero, para que pueda confiar en ti. Mi protector y el cuerno de mi salvación, y mi redentor: mi protector, porque no he presumido de mí mismo, como levantando contra ti el cuerno de la soberbia; sino que en ti mismo he encontrado el cuerno, es decir, la firmeza elevada de la salvación; para encontrarlo, me has redimido.

4. [vers. 4.] Alabando invocaré al Señor, y seré salvo de mis enemigos: no buscando mi gloria, sino la del Señor, lo invocaré, y no habrá de qué me dañen los errores de la impiedad.

5. [vers. 5.] Me rodearon los dolores de la muerte: es decir, de la carne. Y los torrentes de iniquidad me turbaron: las turbas iniquas, movidas por un tiempo, como ríos de lluvia que pronto cesarán, hicieron que me turbara.

6. [vers. 6.] Los dolores del infierno me rodearon: en aquellos que me rodearon para perderme, había dolores de envidia, que obran la muerte y conducen al infierno del pecado. Me precedieron los lazos de la muerte: me precedieron, para que quisieran dañar primero, lo que después se les devolvería. Tales hombres capturan en perdición a quienes persuadieron mal con la jactancia de justicia; de la cual no la realidad, sino el nombre, se glorían contra los gentiles.

7. [vers. 7.] Y en mi angustia invoqué al Señor, y clamé a mi Dios. Y escuchó desde su santo templo mi voz: escuchó desde mi corazón, donde habita, mi voz. Y mi clamor ante él: y mi clamor, que no tengo en los oídos de los hombres, sino ante él internamente, entrará en sus oídos.

8. [vers. 8.] Y se conmovió y tembló la tierra: así, al ser glorificado el hijo del hombre, se conmovieron y temblaron los pecadores. Y se turbaron los fundamentos de los montes: y las esperanzas de los soberbios, que estaban en este mundo, se turbaron. Y se conmovieron, porque Dios se enojó con ellos: para que ya no tuviera fundamento en los corazones de los hombres la esperanza de los bienes temporales.

9. [vers. 9.] Subió humo en su ira: subió la deprecación lacrimosa de los penitentes, cuando conocieron lo que Dios amenaza a los impíos. Y fuego de su rostro se encendió: y la llama de la caridad después de la penitencia se encendió por el conocimiento de él. Carbones encendidos fueron de él: los que ya estaban muertos, abandonados por el fuego del buen deseo y la luz de la justicia, y fríos y oscuros permanecieron, nuevamente encendidos e iluminados revivieron.

10. [vers. 10.] E inclinó el cielo, y descendió: y humilló al justo, para que descendiera a la debilidad de los hombres. Y oscuridad bajo sus pies. Y los impíos que piensan en lo terrenal, con la oscuridad de su malicia no lo conocieron; porque la tierra está bajo sus pies, como el escabel de sus pies.

11. [vers. 11.] Y subió sobre los querubines, y voló. Y fue exaltado sobre la plenitud del conocimiento, para que nadie llegara a él, sino por la caridad: porque la plenitud de la ley es la caridad (Romanos XIII, 10). Y rápidamente se mostró incomprendible a sus amantes, para que no pensarán que podía ser comprendido por imaginaciones corporales. Voló sobre las alas de los vientos. Esa celeridad, con la que se mostró incomprendible, está sobre las virtudes de las almas, que se elevan como con alas de los temores terrenales hacia las auras de la libertad.

12. [vers. 12.] Y puso las tinieblas como su escondite: y puso la oscuridad de los sacramentos, y la esperanza oculta en el corazón de los creyentes, donde él mismo se ocultaría, sin abandonarlos; en estas tinieblas (II Corintios V, 7) donde aún caminamos por fe, no por vista, mientras esperamos con paciencia lo que no vemos (Romanos VIII, 25). Alrededor de él su tabernáculo: sin embargo, convertidos hacia él rodean quienes creen en él; porque está en medio de ellos, favoreciendo a todos por igual, en quienes habita como en un tabernáculo en este tiempo. Agua oscura en las nubes del aire: y no por eso nadie debe pensar que ya está en aquella luz que será cuando pasemos de la fe a la vista, si entiende

correctamente las Escrituras; porque en los Profetas y en todos los predicadores de la palabra divina hay doctrina oscura.

13. [vers. 13]. Ante el resplandor de su presencia: en comparación con el resplandor que está en la manifestación de su presencia. Sus nubes pasaron: los predicadores de su palabra ya no están contenidos en los límites de Judea, sino que han pasado a las naciones. Granizo y carbones de fuego. Reprensiones figuradas, con las que como granizo se golpean los corazones duros: pero si la tierra cultivada y mansa, es decir, el alma piadosa, la recibe, la dureza del granizo se disuelve en agua, es decir, el terror de la reprensión fulgurante y como congelada se resuelve en doctrina saciante: pero con el fuego de la caridad los corazones encendidos reviven. Todo esto en sus nubes ha pasado a las naciones.

14. [vers. 14.] Y tronó desde el cielo el Señor: y con la confianza evangélica desde el corazón del justo sonó el Señor. Y el Altísimo dio su voz: para que la tuviéramos, y en el profundo de las cosas humanas escucháramos las celestiales.

15. [vers. 15.] Y envió sus flechas, y los dispersó: y envió a los evangelistas volando rectamente con las alas de las virtudes, no con sus propias fuerzas, sino con las de aquel que los envió: y los dispersó a aquellos a quienes fueron enviados, para que a unos fueran olor de vida para vida, y a otros olor de muerte para muerte (II Corintios II, 16). Y multiplicó los relámpagos, y los perturbó: y multiplicó los milagros, y los perturbó.

16. [vers. 16.] Y aparecieron las fuentes de las aguas: y aparecieron quienes se hicieron fuentes de aguas que saltan para vida eterna en los predicadores (Juan IV, 14). Y se revelaron los fundamentos del mundo: y se revelaron los Profetas, que no eran entendidos, sobre los cuales se edificara el mundo creyendo en el Señor. Por la reprensión tuya, Señor: clamando, Se ha acercado sobre vosotros el reino de Dios (Lucas X, 9). Por la inspiración del espíritu de tu ira: diciendo, Si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente (Lucas XIII, 5).

17. [vers. 17.] Envió desde lo alto, y me tomó: llamando de entre las naciones a la herencia, a la gloriosa Iglesia sin mancha ni arruga (Efesios V, 27). Me tomó de la multitud de las aguas: me tomó de la multitud de los pueblos.

18. [vers. 18.] Me libró de mis enemigos más fuertes: me libró de mis enemigos, que prevalecieron para afligir y pervertir esta vida temporal mía. Y de los que me odian, porque se fortalecieron sobre mí: mientras estoy bajo ellos ignorando a Dios.

19. [vers. 19.] Me precedieron en el día de mi aflicción: primero me dañaron, en el tiempo en que llevo este cuerpo mortal y laborioso. Y el Señor se hizo mi firmeza: y porque por la amargura de las miserias la firmeza de la voluptuosidad terrenal fue turbada y convulsionada, el Señor se hizo mi firmeza.

20. [vers. 20.] Y me sacó a la anchura: y porque sufría las angustias carnales, me sacó a la anchura espiritual de la fe. Me libró, porque me quiso: antes de que yo lo quisiera, me libró de mis enemigos potentísimos, que me envidiaban ya queriéndolo a él, y de los que me odian, porque lo quiero.

21. [vers. 21.] Y el Señor me recompensará según mi justicia: y el Señor me recompensará según la justicia de mi buena voluntad, quien primero me mostró misericordia, antes de que tuviera buena voluntad. Y según la pureza de mis manos me recompensará: y según la pureza de mis obras me recompensará, quien me dio para que hiciera el bien, sacándome a la anchura de la fe.

22. [vers. 22.] Porque he guardado los caminos del Señor: para que la anchura de las buenas obras, que son por la fe, y la longanimidad de perseverar, sigan.

23. [vers. 23.] Ni he actuado impiamente contra mi Dios. Porque todos sus juicios están ante mí. Porque todos sus juicios: es decir, tanto las recompensas de los justos, como las penas de los impíos, y los castigos de los corregidos, y las tentaciones de los probados, los considero con perseverante contemplación. Y sus justicias no las he rechazado de mí: lo que hacen los que desfallecen bajo su carga, y vuelven a su vómito.

24. Y seré inmaculado con él, y me guardaré de mi iniquidad.

25. [vers. 25.] Y el Señor me recompensará según mi justicia: por tanto, no solo por la anchura de la fe, que obra por el amor (Gálatas V, 6), sino también por la longitud de la perseverancia, el Señor me recompensará según mi justicia. Y según la pureza de mis manos ante sus ojos: no lo que ven los hombres, sino ante sus ojos. Porque lo que se ve es temporal; pero lo que no se ve es eterno (II Corintios IV, 18): a lo que pertenece la altura de la esperanza.

26. [vers. 26.] Con el santo serás santo: hay también una profundidad oculta, por la cual se te entiende santo con el santo, porque tú santificas. Y con el hombre inocente serás inocente: porque tú no haces daño a nadie, sino que cada uno es atado por las cadenas de sus pecados (Proverbios V, 22).

27. [vers. 27.] Y con el elegido serás elegido: y por aquel a quien eliges, serás elegido. Y con el perverso serás perverso: y con el perverso parecerás perverso: porque dicen, No es recto el camino del Señor (Ezequiel XVIII, 25): y su camino no es recto.

28. [vers. 28.] Porque tú salvarás al pueblo humilde. Esto parece perverso a los perversos, que confesando sus pecados los salvarás. Y humillarás los ojos de los soberbios: pero ignorando la justicia de Dios, y queriendo establecer la suya (Romanos X, 3), los humillarás.

29. [vers. 29.] Porque tú iluminarás mi lámpara, Señor: porque nuestra luz no es de nosotros; sino que tú iluminarás mi lámpara, Señor. Mi Dios, iluminarás mis tinieblas: porque nosotros por nuestros pecados somos tinieblas; pero, mi Dios, iluminarás mis tinieblas.

30. [vers. 30.] Porque por ti seré librado de la tentación: porque no por mí, sino por ti seré librado de la tentación. Y en mi Dios pasaré el muro: y no en mí, sino en mi Dios pasaré el muro, que los pecados han levantado entre los hombres y la Jerusalén celestial.

31. [vers. 31.] Dios mío, inmaculado es su camino: Dios mío no viene a los hombres, a menos que hayan limpiado el camino de la fe por el cual Él viene a ellos; porque inmaculado es su camino. Las palabras del Señor son probadas por el fuego: las palabras del Señor son probadas por el fuego de la tribulación. Es protector de todos los que esperan en Él: y todos los que no esperan en sí mismos, sino en Él, no son consumidos por la misma tribulación; pues la esperanza sigue a la fe.

32. [vers. 32.] Porque ¿quién es Dios, sino el Señor? a quien servimos. ¿Y quién es Dios, sino nuestro Dios? ¿y quién es Dios, sino el Señor, a quien después de un buen servicio, poseeremos como herencia esperada como hijos?

33. [vers. 33.] Dios que me ciñó de fortaleza: Dios que me ciñó para que sea fuerte, para que los deseos desbordantes no impidan mis obras y mis pasos. Y puso inmaculado mi camino: y puso inmaculado el camino de la caridad, por el cual vendré a Él, así como inmaculado es el de la fe, por el cual Él viene a mí.

34. [vers. 34.] Quien perfeccionó mis pies como los de ciervos: quien perfeccionó mi amor, para trascender los enredos espinosos y sombríos de este mundo. Y me pondrá sobre las alturas: y fijará mi intención sobre la morada celestial, para que me llene de toda la plenitud de Dios (Efesios III, 19).

35. [vers. 35.] Quien enseña mis manos para la batalla: quien me enseña a obrar para superar a los enemigos, que intentan cerrarnos los reinos celestiales. Y pusiste como arco de bronce mis brazos: y pusiste la intención infatigable de mis buenas obras.

36. [vers. 36.] Y me diste la protección de mi salvación, y tu diestra me sostuvo: y el favor de tu gracia me sostuvo. Y tu disciplina me dirigió al fin: y tu corrección, no permitiéndome desviarme, me dirigió, para que todo lo que haga, lo refiera a ese fin, en el cual se adhiere a ti. Y tu disciplina misma me enseñará: y esa misma corrección tuya me enseñará a llegar a donde me dirigió.

37. [vers. 37.] Ensanchaste mis pasos debajo de mí: ni las angustias carnales me impedirán; porque hiciste amplia mi caridad, operando con alegría, incluso de las cosas mortales y miembros que están debajo de mí. Y no se debilitaron mis huellas: y no se debilitaron, ya sean mis caminos, ya sean las señales que dejé para que las imiten los que me siguen.

38. [vers. 38.] Perseguiré a mis enemigos, y los alcanzaré: perseguiré mis afectos carnales, y no seré alcanzado por ellos; los alcanzaré, para que sean consumidos. Y no me volveré hasta que desfallezcan: y de esta intención no me volveré al descanso, hasta que desfallezcan los que me oponen.

39. [vers. 39.] Los quebrantaré, y no podrán sostenerse: ni durarán contra mí. Caerán bajo mis pies: una vez derribados, antepondré los amores con los que camino eternamente.

40. [vers. 40.] Y me ceñiste de fortaleza para la guerra: y restringiste los deseos fluidos de mi carne con fortaleza, para que no me impidieran en tal lucha. Derribaste a los que se levantaban contra mí debajo de mí: hiciste que fueran engañados los que me perseguían, para que se convirtieran en los que están debajo de mí, quienes deseaban estar sobre mí.

41. [vers. 41.] Y diste a mis enemigos la espalda: y convertiste a mis enemigos, y los hiciste ser mi espalda, es decir, para que me siguieran. Y a los que me odiaban los destruiste: pero a otros de ellos que persistieron en el odio, los destruiste.

42. [vers. 42.] Clamaron, y no había quien los salvara: ¿quién los salvaría, si tú no lo haces? Al Señor, y no los escuchó: no a cualquiera, sino al Señor clamaron; y no los juzgó dignos de ser escuchados, no apartándose de su maldad.

43. [vers. 43.] Y los trituraré como polvo ante el viento: y los trituraré; pues están secos, no recibiendo la lluvia de la misericordia de Dios: para que elevados e inflados de soberbia, sean arrebatados de la esperanza firme e incommovible, y como de la solidez y estabilidad de la tierra. Como el barro de las calles los borraré: por los caminos anchos de perdición, por los que muchos caminan, los borraré.

44. [vers. 44.] Me librarás de las contradicciones del pueblo: me librarás de las contradicciones de aquellos que dijeron: Si lo dejamos, todo el mundo irá tras él (Juan XI, 48).

45. [vers. 45.] Me pondrás por cabeza de las naciones. El pueblo que no conocí me servirá: el pueblo de las naciones que no visité corporalmente, me servirá. Al oír con el oído me obedeció: ni con los ojos me vio; pero recibiendo a mis predicadores, al oír con el oído me obedeció.

46. [vers. 46.] Los hijos extraños me mintieron: los hijos que no son míos, sino más bien extraños, a quienes se les dice con razón, Vosotros sois de vuestro padre el diablo (Juan VIII, 44), me mintieron. Los hijos extraños envejecieron: los hijos extraños, a quienes traje el Nuevo Testamento para que se renovaran, permanecieron en el hombre viejo. Y cojeban de sus caminos: y como cojos de un pie, porque reteniendo el Antiguo, rechazaron el Nuevo Testamento, se hicieron cojos, incluso en la misma Ley antigua, siguiendo más sus tradiciones que las de Dios; pues calumniaban por las manos no lavadas (Mateo XV, 2), porque tales eran los caminos que ellos mismos habían hecho y desgastado con la costumbre, desviándose de los caminos de los preceptos de Dios.

47. [vers. 47.] Vive el Señor, y bendito sea mi Dios: pero el pensar según la carne es muerte (Romanos VIII, 6); vive el Señor, y bendito sea mi Dios. Y sea exaltado el Dios de mi salvación: y no piense con la costumbre terrenal sobre el Dios de mi salvación; ni espere esa misma salvación terrenal, sino que espere en lo alto de Él.

48. [vers. 48.] Dios que me das venganzas, y sometes pueblos bajo mí: Dios que me vengas, sometiendo pueblos bajo mí. Mi libertador de los enemigos iracundos: clamando, ¡Crucifícalo, crucifícalo! (Juan XIX, 6), los judíos.

49. [vers. 49.] Me exaltarás de los que se levantan contra mí: de los judíos que se levantan contra mí paciente, me exaltarás resucitado. Me librarás del hombre iniquo: me librarás de su reino iniquo.

50. [vers. 50] Por eso te confesaré entre las naciones, Señor: por eso las naciones te confesarán por mí, Señor. Y cantaré a tu nombre: y serás más conocido por mis buenas obras.

51. [vers. 51.] Magnificando las salvaciones de su rey: Dios que magnifica, para hacer admirables las salvaciones que su Hijo da a los creyentes. Y haciendo misericordia a su Cristo: Dios que hace misericordia a su Cristo. A David y a su descendencia para siempre: al mismo libertador con mano poderosa que venció este mundo, y a aquellos que creyendo en el Evangelio engendró para siempre. Todo lo que se ha dicho en este salmo, que no puede propiamente referirse al mismo Señor, es decir, a la cabeza de la Iglesia, debe referirse a la Iglesia. Pues todo Cristo habla aquí, en quien están todos sus miembros.

EN EL SALMO XVIII

EXPOSICIÓN I. Al final, Salmo de David.

1. [vers. 1.] El título es conocido: ni el Señor Jesucristo dice esto, sino que se dice de Él.

2. [vers. 2.] Los cielos cuentan la gloria de Dios: los justos evangelistas, en quienes Dios habita como en cielos, exponen la gloria de nuestro Señor Jesucristo, o la gloria con la que el Hijo glorificó al Padre sobre la tierra. Y el firmamento anuncia la obra de sus manos: y el

firmamento anuncia las obras de las virtudes del Señor, la confianza del Espíritu Santo y el cielo hecho, que antes por temor era tierra.

3. [vers. 3.] Un día al día emite palabra: el Espíritu a los espirituales profiere la plenitud de la inmutable Sabiduría de Dios, que es el Verbo en el principio Dios con Dios (Juan I, 1). Y una noche a la noche anuncia conocimiento: y la mortalidad de la carne, como a los carnales lejanos, insinuando la fe, anuncia el conocimiento futuro.

4. [vers. 4.] No hay lenguas, ni palabras, donde no se oigan sus voces: por quienes no se han oído las voces de los evangelistas, cuando en todas las lenguas se predicó el Evangelio.

5. En toda la tierra salió su sonido, y hasta los confines del mundo sus palabras.

6. [vers. 6.] En el sol puso su tabernáculo: pero el Señor, para luchar contra los reinos de los errores temporales, no para traer paz, sino espada a la tierra (Mateo X, 34), en el tiempo o en la manifestación puso como su tabernáculo militar, es decir, la dispensación de su encarnación. Y Él como esposo que sale de su tálamo: y Él saliendo del vientre virginal, donde Dios se unió a la naturaleza humana como esposo a esposa. Se alegró como un gigante para correr el camino: se alegró como el más fuerte, y precediendo a los demás hombres con incomparable virtud, no para habitar, sino para correr el camino. Pues no se detuvo en el camino de los pecadores (Salmo I, 1).

7. [vers. 7.] Desde el extremo del cielo es su salida: su salida del Padre, no temporal, sino eterna, por la cual nació del Padre. Y su curso hasta el extremo del cielo. Y alcanzó con la plenitud de la divinidad hasta la igualdad del Padre. Y no hay quien se esconda de su calor: pero cuando el Verbo también se hizo carne y habitó entre nosotros (Juan I, 14) asumiendo nuestra mortalidad, no permitió que ningún mortal se excusara de la sombra de la muerte; pues incluso penetró el calor del Verbo.

8. [vers. 8.] La ley del Señor es inmaculada, convirtiendo las almas. La ley del Señor, por tanto, es Él mismo, que vino a cumplir la ley, no a abolirla (Mateo V, 17): y la ley inmaculada, que no cometió pecado, ni se halló engaño en su boca (II Pedro II, 22); no oprimiendo las almas con el yugo de la servidumbre, sino convirtiéndolas a sí mismo con libertad. El testimonio del Señor es fiel, dando sabiduría a los pequeños: El testimonio del Señor es fiel, porque nadie conoce al Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo quiera revelarlo (Mateo XI, 27): lo que está oculto a los sabios, y revelado a los pequeños; porque Dios resiste a los soberbios, pero da gracia a los humildes (Santiago IV, 6).

9. [vers. 9.] Las justicias del Señor son rectas, alegrando el corazón: todas las justicias del Señor en Él son rectas, que no enseñó lo que Él mismo no hizo; para que quienes lo imiten, se alegren de corazón, en lo que hacen libremente con caridad, no servilmente con temor. El mandamiento del Señor es claro, iluminando los ojos: el mandamiento del Señor es claro, sin el velo de las observancias carnales, iluminando la vista del hombre interior.

10. [vers. 10.] El temor del Señor es puro, permaneciendo para siempre: el temor del Señor, no aquel bajo la ley penal, temiendo que se le quiten los bienes temporales, cuyo amor hace que el alma fornicar; sino puro, por el cual la Iglesia ama a su esposo cuanto más ardientemente, tanto más diligentemente evita ofenderlo: y por eso no echa fuera la perfecta caridad este temor (I Juan IV, 18), sino que permanece para siempre.

11. [vers. 11.] Los juicios del Señor son verdaderos, justificados en sí mismos: sus juicios, que no juzga a nadie, sino que todo juicio lo dio al Hijo (Juan V, 22), verdaderamente

justificados inmutablemente; pues ni amenazando ni prometiendo Dios engaña a nadie, ni nadie puede arrebatarse el castigo a los impíos, ni la recompensa a los piadosos. Deseables más que el oro y la piedra preciosa en gran manera: ya sea mucho el mismo oro y la piedra, ya sea muy preciosa, ya sea muy deseable; sin embargo, deseables son los juicios de Dios sobre las pompas de este mundo, cuyo deseo hace que no se deseen, sino que se teman, o se desprecien, o no se crean los juicios de Dios. Pues si alguien es oro y piedra preciosa, para que no sea consumido por el fuego, sino asumido en el tesoro de Dios, desea más los juicios de Dios que a sí mismo, porque antepone su voluntad a la suya. Y más dulces que la miel y el panal: y ya sea que alguien ya sea miel, que ya liberado de los lazos de esta vida espera el día en que venga a los banquetes de Dios; o aún sea panal, para que como cera se envuelva en esta vida, no adherido a ella, sino llenándola, a quien le hace falta alguna presión no opresora, sino exprimidora de la mano de Dios, por la cual de la vida temporal se filtre a la eterna; más dulces le son los juicios de Dios, que él mismo, porque más dulces que la miel y el panal le son.

12. [vers. 12.] Porque tu siervo los guarda: pues no guardándolos amarga es el día del Señor. En guardarlos hay gran recompensa: no en algún beneficio puesto fuera, sino en el mismo hecho de que se guardan los juicios de Dios, hay gran recompensa: es grande, porque se goza en ellos.

13. [vers. 13.] ¿Quién entiende los errores? En los errores, ¿qué dulzura puede haber, donde no hay entendimiento? porque ¿quién entiende los errores, que cierran el mismo ojo, al que es dulce la verdad, al que son deseables y dulces los juicios de Dios; y como las tinieblas cierran los ojos, así los errores cierran la mente, ni permiten ver la luz, ni a sí mismos?

14. [vers. 14.] De mis ocultos límpiame, Señor: de las codicias que laten en mí límpiame, Señor. Y de los ajenos perdona a tu siervo: no sea seducido por otros; pues no es capturado por los ajenos quien está limpio de los suyos. Perdona, por tanto, de las codicias ajenas, no al que quiere ser soberbio y estar en su propio poder, sino a tu siervo. Si no me dominaran, entonces seré inmaculado: si no me dominaran mis ocultos, y los pecados ajenos, entonces seré inmaculado; pues no hay otro origen del pecado, aparte del oculto propio por el cual cayó el diablo, y el ajeno por el cual fue seducido el hombre, para que consintiendo lo hiciera suyo. Y seré limpiado del gran delito: ¿cuál otro, sino el de la soberbia? Pues no hay mayor delito, que apostatar de Dios, que es el principio de la soberbia del hombre (Eclesiástico X, 14): y verdaderamente aquel es inmaculado, que también carece de este delito; porque este es el último para los que regresan a Dios, que fue el primero para los que se apartan.

15. [vers. 15.] Y serán para que complazcan las palabras de mi boca, y la meditación de mi corazón en tu presencia siempre: la meditación de mi corazón no para la ostentación de agradar a los hombres, porque ya no hay soberbia; sino en tu presencia siempre, que miras la conciencia pura. Señor, mi ayudador, y mi redentor: Señor, mi ayudador, tendiendo hacia ti; porque eres tú mi redentor, para que tendiera hacia ti: no sea que alguien atribuyendo a su propia sabiduría el convertirse a ti, o a sus fuerzas el llegar a ti, más bien sea alejado de ti que resistes a los soberbios; porque no está limpio del gran delito, ni complació en tu presencia, quien redimes para que nos convirtamos, y ayudas para que lleguemos a ti.

EXPOSICIÓN II. SERMON A LA PLEBE.

1. Habiendo suplicado al Señor, para que nos limpie de nuestros ocultos, y de los ajenos perdone a sus siervos, debemos entender qué significa esto, para cantar con razón humana, no como la voz de las aves. Pues también los mirlos, los loros, los cuervos, las urracas y aves

semejantes, a menudo son enseñados por los hombres a sonar lo que no saben. Pero cantar con conocimiento, ha sido concedido por la voluntad divina a la naturaleza del hombre. Y cuántos malvados y lujuriosos cantan así cosas dignas de sus oídos y corazones, lo sabemos y lo lamentamos. Pues son tanto peores, cuanto no pueden ignorar lo que cantan. Pues saben que cantan infamias, y sin embargo cantan tanto más gustosamente, cuanto más inmundamente: porque se creen tanto más alegres, cuanto más torpes han sido. Pero nosotros que en la Iglesia hemos aprendido a cantar las palabras divinas, también debemos esforzarnos por ser lo que está escrito, Bienaventurado el pueblo que entiende la jubilación (Salmo LXXXVIII, 16). Por tanto, queridos, lo que hemos cantado con voz unánime, también debemos conocer y ver con corazón sereno. Pues cada uno de nosotros rogó al Señor en este cántico, y dijo a Dios: Límpiame de mis ocultos, Señor, y de los ajenos perdona a tu siervo. Si no me dominaran, entonces seré inmaculado, y seré limpiado del gran delito. Para que sepamos bien qué es esto, y qué clase de cosa es, recorramos brevemente el texto del mismo salmo, tanto como el Señor nos lo conceda.

2. Se canta acerca de Cristo; lo cual evidentemente aparece allí, porque está escrito: él como esposo que sale de su tálamo. ¿Quién es el esposo, sino aquel a quien la virgen fue desposada por el Apóstol, a quien teme castamente el amigo del esposo, no sea que como la serpiente engañó a Eva con su astucia, así también los sentidos de esta virgen, esposa de Cristo, se corrompan de la castidad que está en Cristo (II Cor. XI, 3). En este Señor y Salvador nuestro Jesucristo está puesta la gran y plena gracia, de la cual dice el apóstol Juan: Y vimos su gloria, gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad (Juan I, 14). Esta gloria los cielos narran: los cielos, son los santos; elevados de la tierra, portadores del Señor. Aunque la gloria de Cristo también de algún modo el cielo la narró: ¿cuándo la narró? cuando al nacer el mismo Señor apareció una estrella nueva que nunca se había visto. Pero sin embargo, son más verdaderos y sublimes los cielos, de los cuales se dice consecuentemente allí: No hay lenguaje ni palabras, de las cuales no se oigan sus voces. Por toda la tierra salió su sonido, y hasta los confines del mundo sus palabras. ¿De quiénes, sino de los cielos? ¿De quiénes, entonces, sino de los Apóstoles? Ellos nos narran la gloria de Dios, puesta en Cristo Jesús, por la gracia en la remisión de los pecados. Porque todos pecaron, y necesitan la gloria de Dios, justificados gratuitamente por su sangre (Rom. III, 23). Porque es gratis, por eso es gracia; no es gracia, si no es gratuita. Porque nada bueno habíamos hecho antes, de donde mereciéramos tales dones; más bien porque no se infligiría el castigo gratuitamente, por eso el beneficio fue otorgado gratuitamente: nada había precedido en nuestros méritos, sino aquello por lo que deberíamos ser condenados. Él, sin embargo, no por nuestra justicia, sino por su misericordia nos salvó por el lavacro de la regeneración (Tit. III, 5). Esta es, digo, la gloria de Dios: esta los cielos narraron. Esta es, digo, la gloria de Dios, no la tuya: nada bueno hiciste, y sin embargo recibiste tanto bien. Si, pues, perteneces a la gloria que los cielos narraron, di a tu Señor Dios: Mi Dios, su misericordia me precederá (Sal. LVIII, 11): ciertamente te precedió, porque no encontró nada bueno en ti. Precediste su castigo con tu soberbia: él precedió tu castigo borrando tus pecados. Pues como justificado del pecador, hecho piadoso del impío, asumido al reino del condenado, di a tu Señor Dios: No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu nombre da gloria (Sal. CXIII secund. 1). Digamos, No a nosotros: ¿a quiénes, pues, si como a nosotros? Digamos, digo, No a nosotros, porque si hiciera así como a nosotros, no nos infligiría sino penas. No a nosotros, sino a su nombre dé gloria: porque no hizo con nosotros según nuestras iniquidades (Sal. CII, 10). No, pues, a nosotros, Señor, no a nosotros: la repetición es confirmación. No a nosotros, Señor, sino a tu nombre da gloria: esto lo sabían los cielos, que narraron la gloria de Dios.

3. [vers. 2.] Y el firmamento anuncia las obras de sus manos: lo que se dijo, la gloria de Dios, esto se repitió, las obras de sus manos. ¿Cuáles son las obras de sus manos? No como algunos piensan, que Dios hizo todo con la palabra, y al hombre, como más excelente que los demás, lo hizo con sus manos. No debe pensarse así: es una opinión débil y no suficientemente elaborada; pues todo lo hizo con la palabra. Porque aunque se narran diversas obras de Dios, en las cuales hizo al hombre a su imagen (Gén. I); sin embargo, todo fue hecho por él, y sin él nada se hizo (Juan I, 3). Pero en cuanto a las manos de Dios, también se dijo de los cielos, Y los cielos son obras de tus manos (Sal. CI, 26); y para que no pienses que también allí se llaman cielos a los santos, añadió: Ellos perecerán, pero tú permaneces (Ibid., 27). Por lo tanto, no solo a los hombres, sino también a los cielos que perecerán, Dios los hizo con sus manos, a quien se dijo, Los cielos son obras de tus manos; y de la tierra se dijo lo mismo: Porque suyo es el mar, y él lo hizo, y sus manos formaron la tierra seca (Sal. XCIV, 5). Por lo tanto, si también los cielos con sus manos y la tierra con sus manos, no solo al hombre lo hizo con sus manos: y si los cielos con la palabra, y la tierra con la palabra, entonces también al hombre con la palabra. Lo que con la palabra, eso con la mano; y lo que con la mano, eso con la palabra: pues no está la estatura de Dios distinguida por miembros humanos, que está en todas partes entero, y no está contenido en ningún lugar; lo que hizo con la palabra, lo hizo con sabiduría, y lo que hizo con la mano, lo hizo con poder. Cristo es, sin embargo, el Poder de Dios y la Sabiduría de Dios (I Cor. I, 24): Todo fue hecho por él, y sin él nada se hizo. Narraron, narran, narrarán los cielos la gloria de Dios: narrarán, digo, los cielos, es decir, los santos, la gloria de Dios, suspendidos de la tierra. Portando a Dios, tronando con preceptos, resplandeciendo con sabiduría; aquella, como dije, gloria de Dios, por la cual fuimos salvados indignos. Esta indignidad, es decir, por la cual no fuimos dignos, la reconoce el hijo menor constreñido por la indignidad: la reconoce, digo, esta indignidad el hijo menor lejos del padre, peregrino, adorador de demonios, como pastor de cerdos; reconoce la gloria de Dios, pero constreñido por la indignidad. Y porque por aquella gloria de Dios fuimos hechos lo que no fuimos dignos, dice a su Padre: No soy digno de ser llamado tu hijo (Luc. XV, 21): infeliz, por la humildad obtiene la felicidad; y se muestra digno en aquello en que confiesa ser indigno. Esta gloria de Dios los cielos narran, y el firmamento anuncia las obras de sus manos: cielo firmamento, corazón firme, no corazón tímido. Pues estas cosas fueron anunciadas entre los impíos, entre los adversarios de Dios, entre los amantes del mundo y perseguidores de los justos: entre el mundo enfurecido fueron anunciadas estas cosas. Pero ¿qué podía hacer el mundo enfurecido, cuando el firmamento anunciaba estas cosas? Anuncia el firmamento: ¿qué? Las obras de sus manos. ¿Cuáles son las obras de sus manos? Aquella gloria de Dios, por la cual fuimos salvados, por la cual fuimos creados en buenas obras: porque somos su hechura, creados en Cristo Jesús para buenas obras (Efes. II, 10); no solo, en efecto, hombres, sino también justos, si es que lo somos, él nos hizo, y no nosotros a nosotros mismos (Sal. XCIX, 3).

4. [vers. 3.] Día a día emite palabra, y noche a noche anuncia conocimiento: ¿qué es? Quizás es claro y evidente, Día a día emite palabra; claro y evidente, como por el día: pero lo que noche a noche anuncia conocimiento, es oscuro, como por la noche. Día a día, santos a santos, Apóstoles a fieles, el mismo Cristo a los Apóstoles, a quienes dijo: Vosotros sois la luz del mundo (Mat. V. 14). Esto parece claro y fácil de entender. Pero, ¿cómo noche a noche anuncia conocimiento? Algunos entendieron estas palabras de manera simple, y quizás esto sea verdad; pensando que con esta sentencia se significaba que lo que en el tiempo de nuestro Señor Jesucristo, cuando estaba en la tierra, los Apóstoles escucharon, esto se transmitió a los posteriores, como de tiempo en tiempo: día a día, noche a noche, el día anterior al día posterior, y la noche anterior a la noche posterior; porque esta doctrina se predica de día y de noche. Este entendimiento simple a quien le basta, que le baste. Pero algunas palabras de las

Escrituras, por su oscuridad, han sido útiles, porque han dado lugar a muchas interpretaciones: así que si esto fuera claro, escucharíais una sola cosa; pero como está dicho oscuramente, escucharéis muchas cosas. Hay también otra interpretación: día a día, noche a noche, esto es, espíritu a espíritu, carne a carne. Hay otra: día a día, espirituales a espirituales; y noche a noche, carnales a carnales. Pues ambos escuchan, aunque no ambos entienden de la misma manera: aquellos escuchan como palabra emitida; aquellos como conocimiento anunciado: pues lo que se emite, se emite a los presentes; pero lo que se anuncia, se anuncia a los que están lejos. Pueden encontrarse muchos sentidos de los cielos, pero debe aplicarse moderación debido a las limitaciones del tiempo presente. Digamos también algo que algunos, como conjeturando, han revelado: cuando el Señor, dicen, Cristo hablaba a los Apóstoles, día a día emitía palabra; cuando Judas entregó al Señor Cristo a los judíos, noche a noche anunciaba conocimiento.

5. [vers. 5, 4.] No hay lenguaje ni palabras, de las cuales no se oigan sus voces: ¿de quiénes, sino de aquellos cielos que narran la gloria de Dios? No hay lenguaje ni palabras, de las cuales no se oigan sus voces. Leed los Hechos de los Apóstoles, cómo al venir sobre ellos el Espíritu Santo, todos fueron llenos de él; y hablaban en las lenguas de todas las naciones, como el Espíritu les daba que hablasen (Hech. II, 4). He aquí que no hay lenguaje ni palabras, de las cuales no se oigan sus voces: pero no solo allí donde fueron llenos resonaron; Por toda la tierra salió su sonido, y hasta los confines del mundo sus palabras. Por eso también nosotros aquí hablamos: pues aquel sonido llegó hasta nosotros, el sonido que salió por toda la tierra, y el hereje no entra en la Iglesia. Por eso el sonido salió por toda la tierra, para que tú entres en el cielo. Oh pestilente, litigioso, pésimo, y aún queriendo errar; oh soberbio hijo, escucha el testamento de tu padre. He aquí, ¿qué más claro, qué más evidente? Por toda la tierra salió su sonido, y hasta los confines del mundo sus palabras. ¿Acaso se necesita un expositor? ¿Qué intentas contra ti? ¿Quieres retener una parte en la disputa, cuando puedes retener todo en la concordia?

6. [vers. 6.] En el sol puso su tabernáculo: en la manifestación su Iglesia, no en lo oculto, no que esté escondida, no como cubierta sobre los rebaños de los herejes. Se dijo también a alguien en la Sagrada Escritura, Porque tú lo hiciste en secreto, sufrirás en el sol (II Reg. XII, 12): esto es, hiciste el mal en secreto, sufrirás las penas en la manifestación de todos. En el sol, pues, puso su tabernáculo. ¿Qué tú, hereje, huyes a las tinieblas? ¿Eres cristiano? escucha a Cristo. ¿Eres siervo? escucha al señor. ¿Eres hijo? escucha al padre: corrígete, revive. Digamos también de ti: Estaba muerto, y revivió; se había perdido, y fue hallado (Luc. XV, 32). No me digas, ¿Por qué me buscas, si me perdí? Por eso te busco, porque te perdiste. No digas, dice, no me busques: esto ciertamente lo quiere la iniquidad, por la cual fuimos divididos; pero no lo quiere la caridad, por la cual somos hermanos. No sería impropio si buscara a mi siervo; y se me llama impropio, porque busco a mi hermano. Así piensa en quien no hay caridad fraterna, yo sin embargo busco a mi hermano. Que se enoje, mientras sea buscado, quien encontrado se aplaca. Busco, digo, a mi hermano, e interpelo no contra él, sino por él a mi Señor: ni diré interpelando, Señor, di a mi hermano que divida conmigo la herencia (Luc. XII, 13); sino, di a mi hermano que retenga conmigo la herencia. ¿Por qué erras, hermano? ¿por qué huyes por los rincones? ¿por qué intentas esconderte? En el sol puso su tabernáculo. Y él como esposo que sale de su tálamo. Creo que lo reconoces. Aquel como esposo que sale de su tálamo, se regocijó como un gigante para correr el camino; él en el sol puso su tabernáculo: esto es, aquel como esposo, cuando el Verbo se hizo carne, en el vientre virginal encontró su tálamo; y de allí unido a la naturaleza humana, como saliendo de un lecho castísimo, humilde en misericordia por debajo de todos, fuerte en majestad por encima de todos. Esto es, el gigante se regocijó para correr el camino: nació, creció, enseñó,

padeció, resucitó, ascendió; corrió el camino, no se detuvo en el camino. El mismo, pues, esposo que hizo estas cosas, él puso en el sol, esto es en la manifestación, su tabernáculo, esto es su santa Iglesia.

7. [vers. 7.] ¿Qué camino corrió rápidamente quieres oír? Desde el extremo del cielo es su salida, y su recorrido hasta su extremo. Después de haber corrido desde allí, y regresando volvió, envió su Espíritu. Se les aparecieron a aquellos sobre quienes vino, lenguas divididas como de fuego (Hech. II, 3). Como fuego vino el Espíritu Santo, para consumir el heno de la carne, para cocer y purificar el oro; como fuego vino, y por eso sigue, Y no hay quien se esconda de su calor.

8. [vers. 8.] La ley del Señor es inmaculada, convirtiendo las almas. Esto es el Espíritu Santo. El testimonio del Señor es fiel, dando sabiduría a los pequeños: no a los soberbios. Esto es el Espíritu Santo.

9. [vers. 9.] Las justicias del Señor son rectas: no aterrorizan, sino que alegran los corazones. Esto es el Espíritu Santo. El precepto del Señor es claro, iluminando los ojos, no embotando: no los ojos de la carne, sino del corazón; no del hombre exterior, sino del interior. Esto es el Espíritu Santo.

10. [vers. 10.] El temor del Señor: no servil, sino casto; amando gratuitamente, no temiendo ser castigado por aquel a quien teme, sino ser separado de aquel a quien ama. Este es el temor casto, no el que la caridad consumada echa fuera (I Juan IV, 18); sino permaneciendo por los siglos de los siglos. Este es el Espíritu Santo; es decir, este dona, este confiere, este inserta el Espíritu Santo. Los juicios del Señor son verdaderos, justificados en sí mismos: no para disputas de división, sino para la congregación de la unidad; esto es, en sí mismos. Esto es el Espíritu Santo. Por eso hizo que hablaran en las lenguas de todos, en quienes primero vino; porque anunció que iba a congregar en unidad las lenguas de todas las naciones. Lo que entonces hacía un hombre al recibir el Espíritu Santo, para que un hombre hablara en las lenguas de todos; ahora lo hace la misma unidad, habla en todas las lenguas. Y ahora un hombre en todas las naciones habla en todas las lenguas, un hombre cabeza y cuerpo, un hombre Cristo y la Iglesia, varón perfecto, aquel esposo, aquella esposa: pero serán, dice, dos en una sola carne (Gén. II, 24). Los juicios de Dios son verdaderos justificados en sí mismos: por la unidad.

11. [vers. 11.] Deseables más que el oro y la piedra preciosa en gran manera: o mucho oro, o muy precioso, o muy deseables; sin embargo, mucho, para el hereje poco. No aman con nosotros lo mismo, y con nosotros confiesan a Cristo. Aquel Cristo que confiesas conmigo, ámalo conmigo. Y quien no quiere lo mismo, rehúsa, rechaza, desprecia: no le es deseable esto más que el oro y la piedra preciosa en gran manera. Escucha otra cosa: Y más dulces, dice, que la miel y el panal. Pero esto es adverso al errante: la miel es amarga para el febril, dulce sin embargo y aceptable para el sano, porque es querida para la salud. Deseables más que el oro y la piedra preciosa en gran manera, y más dulces que la miel y el panal.

12. [vers. 12.] Porque también tu siervo los guarda: cuán dulces son estas cosas, lo prueba guardándolas tu siervo, no hablando. Los guarda tu siervo, porque ahora son dulces, y en el futuro son saludables; pues en guardarlos hay gran recompensa: pero amando su animosidad, ni ve este esplendor el hereje, ni siente la dulzura.

13. [vers. 13, 14.] Pues ¿quién entiende los errores? Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen (Luc. XXIII, 34). Por eso, dice, este es el siervo que guarda esta dulzura, la

suavidad de la caridad, el amor de la unidad. Yo, dice, el mismo que guardo, te ruego, porque ¿quién entiende los errores? no sea que como hombre algunas cosas se me escapen, y por algunas como hombre sea prevenido, Límpiame de mis ocultos, Señor. Esto, pues, cantamos, he aquí que hablando hemos llegado a esto. Digamos, y cantemos con entendimiento, y cantando oremos, y orando obtengamos: digamos, Límpiame de mis ocultos, Señor. Pues ¿quién entiende los errores? Si se ven las tinieblas, se entienden los errores. De hecho, cuando nos arrepentimos del error, estamos en la luz. Pues cuando alguien está envuelto en el mismo error, como con los ojos cubiertos y cerrados no ve el error: porque si se te cubre también el ojo de la carne, ni ves otra cosa, ni ves esto de lo que está cubierto. Por lo tanto, digamos a Dios, que sabe ver lo que purga, sabe inspeccionar lo que sana; digámosle: Límpiame de mis ocultos, Señor; y de los ajenos perdona a tu siervo. Mis errores, dice, me contaminan, los errores ajenos me afligen: de estos límpiame, de aquellos perdona. Quita de mi corazón el mal pensamiento, aleja de mí al mal consejero: esto es, Límpiame de mis ocultos, y de los ajenos perdona a tu siervo. Pues estos dos géneros de errores, propios y ajenos, también desde el principio se hicieron claros: el diablo cayó por su error, Adán fue derribado por el ajeno. Este mismo siervo de Dios guardando los juicios de Dios, en los cuales hay gran recompensa, y en otro salmo así ora: No venga a mí el pie de la soberbia, y no me muevan las manos de los pecadores (Sal. XXXV, 12). No venga, dice, a mí el pie de la soberbia, esto es, Límpiame de mis ocultos, Señor; y no me muevan las manos de los pecadores, esto es, De los ajenos perdona a tu siervo.

14. Si no me dominaran: mis ocultos y los errores ajenos. Entonces seré inmaculado: esto no lo osa por sus propias fuerzas, sino que suplica al Señor que lo cumpla, a quien se dice en el salmo: Dirige mis caminos según tu palabra, y no me domine toda iniquidad (Sal. CXVIII, 133). No temas, si eres cristiano, al señor hombre exterior: teme siempre a tu Señor Dios. Teme el mal en ti, esto es tu codicia, no lo que en ti hizo Dios, sino lo que tú mismo te hiciste: el Señor te hizo buen siervo; tú te creaste en tu corazón un mal señor. Con razón te sometes a la iniquidad, con razón te sometes al señor que tú mismo te hiciste; porque no quisiste estar sometido a aquel que te hizo.

15. Pero si, dice, no se enseñorearon de mí, entonces seré inmaculado; y seré purificado del gran delito: ¿cuál creemos que es ese delito? ¿cuál es ese gran delito? Tal vez sea otro del que voy a decir, pero no ocultaré lo que siento. Creo que el gran delito es la soberbia. Esto tal vez también se ha significado de otra manera en lo que dice, Y seré purificado del gran delito. ¿Preguntáis cuán grande es este delito, que derribó al Ángel, que del Ángel hizo al diablo, y le cerró para siempre el reino de los cielos? Este es un gran delito, y la cabeza y causa de todos los delitos; pues está escrito: El principio de todo pecado es la soberbia. Y para que no lo desprecies como algo leve, dice: El principio de la soberbia del hombre es apostatar de Dios (Eclesiástico 10, 15, 14). Este vicio no es un mal leve, hermanos míos: a este vicio, en estas personas que veis ilustres, les desagrada la humildad cristiana. Por este vicio se niegan a someter el cuello al yugo de Cristo, estando más estrechamente atados al yugo del pecado. Pues no les sucederá no servir: ya que no quieren servir, pero les conviene servir. Al no querer servir, no hacen otra cosa que no servir al buen Señor; no para no servir en absoluto: porque quien no quiera servir a la caridad, es necesario que sirva a la iniquidad. De este vicio, que es la cabeza de todos los vicios, porque de ahí nacieron los demás vicios, se hizo la apostasía de Dios, yendo el alma a las tinieblas, y usando mal el libre albedrío, siguiéndole también los demás pecados: para que también disipara su sustancia viviendo pródigamente con prostitutas, y por la indigencia se convirtiera en pastor de cerdos (Lucas 15, 13), quien era compañero de los Ángeles. Por este vicio, por este gran pecado de soberbia, vino Dios humilde: esta causa, este gran pecado, esta enorme enfermedad de las almas, hizo descender

del cielo al médico omnipotente, lo humilló hasta la forma de siervo, lo sometió a afrentas, lo colgó en un madero; para que por la salvación de tan grande medicina se cure este tumor. Ya al fin el hombre se avergüence de ser soberbio, por quien Dios se hizo humilde. Así, dice, seré purificado del gran delito, porque Dios resiste a los soberbios, pero da gracia a los humildes (Santiago 4, 6; 1 Pedro 5, 5).

16. Y por esto para que sean agradables las palabras de mi boca, y la meditación de mi corazón en tu presencia siempre: pues si no soy purificado de este gran delito, en presencia de los hombres serán agradables mis palabras, no en tu presencia. El alma soberbia quiere agradar en presencia de los hombres: el alma humilde quiere agradar en lo oculto, donde Dios ve; para que si agrada a los hombres por una buena obra, se regocije con aquellos a quienes agrada la buena obra, no consigo mismo, a quien debe bastar que hizo una buena obra: Nuestra gloria, dice, es esta, el testimonio de nuestra conciencia (2 Corintios 1, 12). Por eso digamos también lo que sigue, Señor, mi ayudador y mi redentor: ayudador en los bienes, redentor de los males; ayudador para que habite en tu caridad, redentor para que me liberes de mi iniquidad.

EN EL SALMO XIX COMENTARIO. Al final, Salmo de David.

1. Este título es conocido, y no lo dice Cristo, sino que el Profeta lo dice a Cristo, cantando en figura lo que ha de venir.
2. Que te escuche el Señor en el día de la tribulación: que te escuche el Señor en el día en que dijiste, Padre, glorifica a tu Hijo (Juan 17, 1). Que te proteja el nombre del Dios de Jacob: pues a ti pertenece el pueblo menor, porque el mayor servirá al menor (Génesis 25, 23).
3. Que te envíe ayuda desde el santuario, y desde Sión te proteja, haciendo para ti un cuerpo santificado, la Iglesia, segura desde la vigilancia, que espera cuando vengas de las bodas.
4. Que se acuerde de todos tus sacrificios: que nos haga recordar todas tus injurias y afrentas, que sufriste por nosotros. Y que tu holocausto sea pingüe: y que la cruz, en la que fuiste ofrecido totalmente a Dios, se convierta en la alegría de la resurrección.
5. Que te conceda el Señor según tu corazón: que te conceda el Señor, no según el corazón de aquellos que pensaron que podían destruirte persiguiéndote; sino según tu corazón, que supiste qué utilidad tendría tu pasión. Y que cumpla todo tu consejo: y que cumpla todo tu consejo, no solo por el cual pusiste tu alma por tus amigos (Juan 15, 13), para que el grano muerto resucitara más abundantemente (Juan 12, 25); sino también por el cual la ceguera en parte de Israel fue hecha, para que la plenitud de los gentiles entrara, y así todo Israel fuera salvo (Romanos 11, 25).
6. Nos regocijaremos en tu salvación: nos regocijaremos porque la muerte no te hará daño; así nos mostrarás que tampoco puede hacernos daño a nosotros. Y en el nombre de nuestro Dios seremos magnificados: y la confesión de tu nombre no solo no nos perderá, sino que también nos magnificará.
7. Que el Señor cumpla todas tus peticiones: que el Señor cumpla no solo las peticiones que tuviste en la tierra, sino también aquellas con las que en el cielo intercedes por nosotros. Ahora sé que el Señor ha salvado a su Cristo; ahora me ha sido mostrado por profecía, que el Señor resucitará a su Cristo. Lo escuchará desde su santo cielo: lo escuchará, no solo desde la tierra, donde pidió ser glorificado (Juan 17, 1); sino también desde el cielo, donde ya a la derecha del Padre intercede por nosotros (Romanos 8, 34), desde allí derramó el Espíritu

Santo sobre los que creen en él. En los poderes está la salvación de su diestra: nuestros poderes son la salvación de su favor, cuando incluso de la tribulación da ayuda, para que cuando somos débiles, entonces seamos poderosos (2 Corintios 12, 10). Pues vana es la salvación de los hombres (Salmo 59, 13), que no es de su diestra, sino de su siniestra: pues con esta se elevan en gran soberbia, quienes pecando temporalmente fueron salvados.

8. Estos en carros y aquellos en caballos: estos son arrastrados por la sucesión voluble de bienes temporales, y aquellos son preferidos con honores soberbios, y en estos se regocijan. Pero nosotros en el nombre del Señor nuestro Dios nos regocijaremos: pero nosotros, fijando nuestra esperanza en lo eterno, y no buscando nuestra gloria, en el nombre del Señor nuestro Dios nos regocijaremos.

9. Ellos están atados, y cayeron: y por eso ellos están atados por el deseo de cosas temporales, temiendo perdonar al Señor, no sea que los romanos les quiten el lugar (Juan 11, 48); y al precipitarse en la piedra de tropiezo (Romanos 9, 32) y la roca de escándalo, cayeron de la esperanza celestial: a quienes la ceguera en parte de Israel fue hecha, ignorando la justicia de Dios, y queriendo establecer la suya propia (Romanos 10, 3). Pero nosotros nos levantamos, y estamos erguidos: pero nosotros, para que el pueblo de los gentiles entrara, de las piedras fueron levantados hijos de Abraham (Mateo 3, 9) que no seguíamos la justicia, la alcanzamos (Romanos 9, 30), y nos levantamos; no por nuestras fuerzas, sino justificados por la fe, estamos erguidos.

10. Señor, salva al rey: para que él, que nos mostró el ejemplo de luchar con su pasión, ofrezca también nuestros sacrificios, sacerdote resucitado de entre los muertos, y establecido en el cielo. Y escúchanos en el día en que te invoquemos: ya que él ofrece por nosotros, escúchanos en el día en que te invoquemos.

EN EL SALMO XX COMENTARIO. Al final, Salmo de David.

1. El título es conocido; se canta sobre Cristo.

2. Señor, en tu poder se alegrará el rey: Señor, en tu poder, por el cual el Verbo se hizo carne, se alegrará el hombre Cristo Jesús. Y sobre tu salvación se regocijará vehementemente: y sobre esto, por lo cual vivificas todo, se regocijará vehementemente.

3. Le diste el deseo de su alma: deseó comer la Pascua (Lucas 22, 15), y poner su vida cuando quisiera, y tomarla de nuevo cuando quisiera (Juan 10, 18); y se lo diste. Y no le privaste de la voluntad de sus labios. Mi paz, dice, os dejo (Juan 14, 27): y así fue.

4. Porque lo precediste con bendiciones de dulzura: porque antes había bebido la bendición de tu dulzura, el amargor de nuestros pecados no le hizo daño. Pusiste en su cabeza una corona de piedra preciosa: al principio de su discurso, los que se acercaron lo rodearon como piedras preciosas, sus discípulos, de quienes se haría el comienzo de su anuncio.

5. Pidió vida, y se la diste: pidió resurrección, diciendo, Padre, glorifica a tu Hijo (Juan 17, 1); y se la diste. Larga duración de días por los siglos de los siglos: largos tiempos de este siglo, que tendría la Iglesia, y después la eternidad por los siglos de los siglos.

6. Grande es su gloria en tu salvación: grande es su gloria en la salvación, por la cual lo resucitaste. Gloria y gran esplendor pondrás sobre él: pero aún le añadirás gloria y gran esplendor, cuando lo coloques en el cielo a tu derecha.

7. Porque le darás bendición por los siglos de los siglos: esta es la bendición que le darás por los siglos de los siglos: Lo alegrarás con gozo con tu rostro: según el hombre lo alegrarás con tu rostro, al que levantó hacia ti.

8. Porque el rey confía en el Señor: porque el rey no es soberbio, sino que humilde de corazón confía en el Señor. Y en la misericordia del Altísimo no será conmovido: y en la misericordia del Altísimo no perturbará su humildad la obediencia hasta la muerte de cruz.

9. Que tu mano encuentre a todos tus enemigos: que tu poder, oh rey, cuando vengas a juzgar, encuentre a todos tus enemigos, que no entendieron tu poder en tu humildad. Que tu diestra encuentre a todos los que te odian: que la claridad con la que reinas a la derecha del Padre, encuentre en el día del juicio para castigar a todos los que te odian; porque ahora ellos no la encontraron.

10. Los pondrás como horno de fuego: los pondrás ardiendo por dentro, con la conciencia de su impiedad. En el tiempo de tu rostro: en el tiempo de tu manifestación. El Señor en su ira los turbará, y el fuego los devorará: luego, turbados por la venganza del Señor, después de la acusación de su conciencia, serán entregados al fuego eterno para ser devorados.

11. Destruirás su fruto de la tierra: destruirás su fruto, porque es terrenal, de la tierra. Y su semilla de entre los hijos de los hombres: y sus obras, o a quienes hayan seducido, no los contarás entre los hijos de los hombres, a quienes has llamado a la herencia eterna.

12. Porque inclinaron hacia ti males: esta pena les será retribuida, porque los males que pensaban que les amenazaban con tu reinado, los dirigieron hacia ti para matarte. Idearon un plan, que no pudieron establecer: idearon un plan, diciendo, Conviene que uno muera por todos (Juan 11, 50); que no pudieron establecer, sin saber lo que decían.

13. Porque los pondrás de espaldas: porque los ordenarás entre aquellos, a quienes, después de ser pospuestos y despreciados, te volverás. En tus restos prepararás su rostro: y en lo que dejas, es decir, en las codicias del reino terrenal, prepararás para ti su impudencia para la pasión.

14. Exáltate, Señor, en tu poder: a quien no conocieron humilde, exáltate, Señor, en tu poder, que consideraron debilidad. Cantaremos y alabaremos tus poderes: con el corazón y la obra celebraremos y haremos conocer tus maravillas.

EN EL SALMO XXI

COMENTARIO I. Al final, por la recepción matutina, Salmo de David.

1. Al final, por su resurrección, el mismo Señor Jesucristo habla. Pues su resurrección fue en la mañana del primer día de la semana, en la que fue recibido en la vida eterna, sobre la cual la muerte no tendrá más dominio (Romanos 6, 9). Pero estas palabras se dicen desde la persona del crucificado: pues del comienzo de este salmo son las palabras que él mismo clamó cuando colgaba en la cruz, manteniendo también la persona del hombre viejo, cuya mortalidad llevó. Pues nuestro viejo hombre fue crucificado con él (Romanos 6, 6).

2. Dios, Dios mío, mírame, ¿por qué me has abandonado lejos de mi salvación? lejos de mi salvación; porque lejos está de los pecadores la salvación (Salmo 118, 155). Palabras de mis delitos: pues estas palabras no son de justicia, sino de mis delitos. El hombre viejo

crucificado habla; incluso ignorando la causa por la cual Dios lo ha abandonado: o ciertamente, Lejos de mi salvación están las palabras de mis delitos.

3. Dios mío, clamaré a ti de día, y no me escucharás: Dios mío, clamaré a ti en las cosas prósperas de esta vida, para que no cambien; y no me escucharás, porque con palabras de mis delitos clamaré a ti. Y de noche, y no para mi insensatez: y en las adversidades de esta vida clamaré para que prosperen, y de igual manera no me escucharás. Y no haces esto para mi insensatez, sino más bien para que sepa qué quieres que clame; no con palabras de delitos por el deseo de la vida temporal, sino con palabras de conversión a ti en la vida eterna.

4. Pero tú habitas en el santo, alabanza de Israel: pero tú habitas en el santo, y por eso no escucharás las palabras inmundas de los delitos. Alabanza del que te ve, no del que buscó su alabanza al probar el fruto prohibido, para que con los ojos corporales abiertos intentara esconderse de tu vista (Génesis 3).

5. En ti esperaron nuestros padres: todos los justos, ciertamente, no buscando su alabanza, sino la tuya; esperaron, y los libraste.

6. A ti clamaron, y fueron salvados: a ti clamaron, no con palabras de delitos de los cuales está lejos la salvación, y por eso fueron salvados. En ti esperaron, y no fueron confundidos: en ti esperaron, y no les falló la esperanza; pues no la pusieron en sí mismos.

7. Pero yo soy un gusano, y no un hombre: pero yo ya no hablo desde la persona de Adán, sino que yo propiamente Jesús Cristo nací sin semilla en la carne, para ser en el hombre más allá de los hombres; para que al menos así la soberbia humana se dignara imitar mi humildad. Oprobio de los hombres y desprecio de la plebe: en la cual me convertí en oprobio de los hombres, de tal manera que se dijera como un insulto malicioso; Tú sé su discípulo (Juan 9, 28), y la plebe me despreciara.

8. Todos los que me veían, se burlaban de mí: todos los que me veían, se burlaban de mí, Y hablaban con los labios, y movían la cabeza: y hablaban no en el corazón, sino en los labios.

9. Pues movieron la cabeza burlonamente, diciendo: Confió en el Señor, que lo libre; que lo salve, porque lo quiere. Estas eran las palabras, pero se decían en los labios.

10. Porque tú eres quien me sacó del vientre: porque tú eres quien me sacó, no solo de aquel vientre virginal, pues para todos los hombres esta es la ley de nacer, que sean sacados del vientre, sino también del vientre de la nación judía; cuyas tinieblas cubren, y aún no ha nacido a la luz de Cristo, quien pone su salvación en la observancia carnal del sábado y la circuncisión y otras cosas semejantes. Mi esperanza desde los pechos de mi madre: mi esperanza es Dios, no desde que comencé a ser amamantado por los pechos de la virgen, pues también antes ciertamente; sino desde los pechos de la Sinagoga, como dije del vientre, me sacaste, para que no succionara la costumbre carnal.

11. En ti fui confirmado desde el útero: ese es el útero de la Sinagoga, que no me llevó, sino que me arrojó: pero no caí, porque me sostuviste. Desde el vientre de mi madre eres mi Dios. Desde el vientre de mi madre: no hizo el vientre de mi madre que como un niño pequeño me olvidara de ti.

12. Eres mi Dios, no te alejes de mí: porque la tribulación está cerca. Eres mi Dios, por tanto, no te alejes de mí: porque la tribulación está cerca de mí; pues está en mi cuerpo. Porque no hay quien ayude: ¿quién ayuda, si tú no ayudas?

13. Me rodearon muchos becerros: me rodeó la multitud del pueblo lujurioso. Toros gordos me cercaron: y sus príncipes, contentos con mi opresión, me cercaron.

14. Abrieron su boca contra mí: abrieron su boca contra mí, no de tus Escrituras, sino de sus codicias. Como león que arrebató y ruge: como león cuya presa es que fui apresado y llevado; y su rugido, ¡Crucifícalo, crucifícalo! (Juan 19, 6).

15. Como agua fui derramado, y se dispersaron todos mis huesos: como agua fui derramado, donde cayeron mis perseguidores; y por el miedo se dispersaron de mí los fundamentos del cuerpo, es decir, de la Iglesia, mis discípulos. Mi corazón se volvió como cera que se derrite, en medio de mis entrañas: mi sabiduría, que en los santos libros está escrita sobre mí, como dura y cerrada no se entendía; pero después que el fuego de mi pasión se acercó, como derretida, se manifestó, y fue recibida en la memoria de mi Iglesia.

16. Mi fuerza se secó como una teja: mi fuerza se secó por la pasión; no como heno, sino como una teja, que se hace más firme con el fuego. Y mi lengua se pegó a mis quijadas: y guardaron en sí mis preceptos aquellos, por quienes iba a hablar. Y me has llevado al polvo de la muerte: y a los impíos destinados a la muerte, que como polvo el viento arroja de la faz de la tierra, me has llevado.

17. Porque me rodearon muchos perros: porque me rodearon, no por la verdad, sino por la costumbre, ladrando muchos. La asamblea de los malignos me rodeó. Horadaron mis manos y mis pies: horadaron con clavos mis manos y mis pies.

18. [vers. 18.] Han contado todos mis huesos: han contado todos mis huesos extendidos en el madero de la cruz. Ellos, en verdad, me han observado y mirado: ellos, es decir, los que no han cambiado, me han observado y mirado.

19. [vers. 19.] Se repartieron mis vestiduras, y sobre mi ropa echaron suertes.

20. [vers. 20.] Pero tú, Señor, no alejes tu ayuda de mí: pero tú, Señor, no al final de los tiempos, como a los demás; sino resucítame de inmediato. Mira en mi defensa: mira, para que no me hagan daño.

21. [vers. 21.] Rescata mi alma de la espada: rescata mi alma de la lengua de la discordia. Y de la mano del perro mi única: y del poder del pueblo que por costumbre ladra a mi Iglesia.

22. [vers. 22.] Sálvame de la boca del león: sálvame de la boca del reino secular. Y de los cuernos de los unicornios mi humildad: y de las alturas de los soberbios que se levantan singularmente, y que no soportan compañeros, salva mi humildad.

23. [vers. 23.] Contaré tu nombre a mis hermanos: contaré tu nombre a los humildes, y a los que se aman mutuamente como yo los he amado, a mis hermanos. En medio de la Iglesia te cantaré: en medio de la Iglesia te proclamaré con alegría.

24. [vers. 24.] Los que temen al Señor, alábenlo: los que temen al Señor, no busquen su propia alabanza, sino alábenlo a Él. Toda la descendencia de Jacob, engrandézcanlo: toda su descendencia a quien servirá el mayor, engrandézcanlo.

25. [vers. 25.] Témallo toda la descendencia de Israel: témanlo todos los nacidos a nueva vida, y restaurados a la visión de Dios. Porque no despreció ni desechó la súplica del pobre: porque no despreció la súplica, no de aquel que clamando con palabras de delitos a Dios no quería pasar una vida vana, sino la súplica del pobre que no se ensoberbece en las pompas pasajeras. Ni apartó su rostro de mí: como de aquel que decía, Clamaré a ti, y no me escucharás. Y cuando clamé a Él, me escuchó.

26. [vers. 26.] En ti está mi alabanza: pues no busco mi alabanza, porque tú eres mi alabanza, que habitas en el santo, y ya escuchas al santo que te suplica, alabanza de Israel. En la gran Iglesia te confesaré: en la Iglesia del mundo entero te confesaré. Cumpliré mis votos ante los que le temen: cumpliré los sacramentos de mi cuerpo y sangre ante los que le temen.

27. [vers. 27.] Comerán los pobres, y se saciarán: comerán los humildes y los que desprecian el mundo, y los imitarán; pues no desearán la abundancia de este mundo, ni temerán la escasez. Y alabarán al Señor los que lo buscan: pues la alabanza del Señor es la expresión de su saciedad. Vivirán sus corazones por los siglos de los siglos: pues ese es el alimento del corazón.

28. [vers. 28.] Recordarán y se convertirán al Señor todos los confines de la tierra: recordarán; pues Dios había sido olvidado por las naciones nacidas mortalmente y que se dirigían hacia lo exterior; y entonces se convertirán al Señor todos los confines de la tierra. Y adorarán en su presencia todas las familias de las naciones: y adorarán en sus conciencias todas las familias de las naciones.

29. [vers. 29.] Porque del Señor es el reino, y Él dominará sobre las naciones: porque del Señor es el reino, no de los hombres soberbios; y Él dominará sobre las naciones.

30. [vers. 30.] Comieron y adoraron todos los ricos de la tierra: comieron el cuerpo de la humildad de su Señor incluso los ricos de la tierra, y no como los pobres se saciaron hasta la imitación, pero sin embargo adoraron. Ante Él se postrarán todos los que descienden a la tierra: pues solo Él ve cómo se postran todos, los que abandonan la conversación celestial, eligiendo aparecer felices ante los hombres en la tierra, que no ven su ruina.

31. [vers. 31.] Y mi alma vivirá para Él: y mi alma que en el desprecio de este mundo parece morir ante los hombres, no para sí, sino vivirá para Él. Y mi descendencia le servirá: y mis obras, o los que creen en Él por mí, le servirán.

32. [vers. 32.] Se anunciará al Señor la generación venidera: se anunciará en honor del Señor la generación del Nuevo Testamento. Y anunciarán los cielos su justicia: y anunciarán los evangelistas su justicia. Al pueblo que nacerá, que hizo el Señor: al pueblo que nacerá de la fe en el Señor.

ENARRATIO II. Sermón pronunciado en la solemnidad de la Pasión del Señor.

1. Lo que Dios no quiso que se callara en sus Escrituras, tampoco debe ser callado por nosotros, y debe ser escuchado por ustedes. La Pasión del Señor, como sabemos, ocurrió una sola vez; pues Cristo murió una sola vez, el justo por los injustos (I Pedro III, 18). Y sabemos, y tenemos por cierto, y mantenemos con fe inquebrantable, que Cristo resucitando de entre los muertos, ya no muere, y la muerte ya no tendrá dominio sobre Él (Rom. VI, 9); estas son palabras del Apóstol: sin embargo, para que no olvidemos lo que ocurrió una vez, se hace en nuestra memoria cada año. ¿Cuántas veces se celebra la Pascua, acaso tantas veces muere Cristo? Pero sin embargo, el recuerdo anual casi representa lo que ocurrió hace

tiempo, y así nos hace conmovernos como si viéramos al Señor colgado en la cruz; no obstante, no burlándonos, sino creyendo. Pues colgado en el madero fue burlado, sentado en el cielo es adorado. ¿O acaso todavía se le burla, y ya no se debe enojar con los judíos, que lo ridiculizaron al morir, no al reinar? ¿Y quién es el que todavía se burla de Cristo? ¡Ojalá fuera uno, ojalá fueran dos, ojalá pudieran contarse! Toda la paja de su era se burla de Él, y el trigo gime al ver burlado al Señor: esto quiero gemir con ustedes; pues es tiempo de llorar. Se celebra la Pasión del Señor: es tiempo de gemir, tiempo de llorar, tiempo de confesar y suplicar. ¿Y quién de nosotros es idóneo para derramar lágrimas por la dignidad de tan gran dolor? Pero ¿qué dice ahora el profeta? ¿Quién dará a mi cabeza agua, y a mis ojos una fuente de lágrimas (Jeremías IX, 1) si verdaderamente hubiera una fuente de lágrimas en nuestros ojos, ni siquiera esta sería suficiente. Burlarse de Cristo en un asunto tan evidente, en un asunto donde nadie puede decir, ¡No entendí! Pues al que posee todo el orbe de la tierra, se le ofrece una parte; y se le dice al que está sentado a la derecha del Padre, ¡He aquí lo que tienes aquí: y por toda la tierra se le muestra solo África!

2. Las palabras que acabamos de escuchar, hermanos, ¿dónde las colocamos? ¡Si pudieran describirse con lágrimas! ¿Quién fue la mujer que entró con el ungüento (Mateo XXVI, 7) ¿De quién llevaba el tipo? ¿No era de la Iglesia? ¿De qué era figura aquel ungüento? ¿No era del buen olor, del que dice el Apóstol: Somos el buen olor de Cristo en todo lugar (II Cor. II, 14, 15) Pues el mismo Apóstol insinuaba la persona de la Iglesia: y lo que dijo, somos, lo dijo a los fieles. ¿Y qué dijo? Somos el buen olor de Cristo en todo lugar. En todo lugar dijo Pablo que todos los fieles son el buen olor de Cristo, y se contradice, y se dice: Solo África huele bien, todo el mundo apesta. Somos el buen olor de Cristo en todo lugar, ¿quién lo dice? La Iglesia. Ese buen olor significaba aquel vaso de ungüento, con el que fue ungido el Señor. Veamos si no lo atestigua el mismo Señor. Mientras algunos buscando lo suyo, avaros, ladrones, es decir, aquel Judas decía del ungüento: ¿Por qué este desperdicio? Podía venderse por mucho, y aprovechar a los pobres, pues quería vender el buen olor de Cristo, ¿qué respondió el Señor? ¿Por qué molestáis a la mujer? Ha hecho una buena obra en mí. ¿Y qué más diré, cuando Él mismo dijo: Dondequiera que se predique este Evangelio en todo el mundo, se dirá también lo que hizo esta mujer (Mateo XXVI, 8-10, 13) ¿Hay algo que añadir? ¿Hay algo que quitar? ¿Hay razón para prestar oído a los calumniadores? ¿O mintió el Señor, o fue engañado? Elijan qué decir: o digan que la verdad mintió, o digan que la verdad fue engañada. Dondequiera que se predique este Evangelio. Y como si le preguntaras: ¿Dónde se predicará? En todo el mundo, dice. Escuchemos el Salmo, veamos si dice esto. Escuchemos lo que se canta llorando, y verdaderamente es digno de llanto cuando se canta a los sordos. Me sorprende, hermanos, si hoy se lee este salmo también en la parte de Donato. Les ruego, hermanos míos, les confieso, lo sabe la misericordia de Cristo, que me sorprende como si fueran de piedra allí, y no escucharan. ¿Qué se dice más claro a los sordos? La Pasión de Cristo tan evidentemente como el Evangelio se recita, y se dijo antes no sé cuántos años de que el Señor naciera de la Virgen María: era un heraldo anunciando al juez futuro. Leamos tanto como la angustia del tiempo lo permita, no por el afecto de nuestro dolor, sino, como dije, tanto como la angustia del tiempo lo permita.

3. [vers. 2.] Dios, Dios mío, mírame: ¿por qué me has abandonado? Este verso primero lo escuchamos en la cruz, donde el Señor dijo: Eli, Eli; que es, Dios mío, Dios mío: Lama sabachthani? que es, ¿por qué me has abandonado? (Mateo XXVII, 46) El evangelista lo interpretó, y dijo que lo dijo en hebreo: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? ¿Qué quiso decir el Señor? Pues no lo había abandonado Dios, siendo Él mismo Dios; ya que el Hijo de Dios es Dios, ya que el Verbo de Dios es Dios. Escucha desde el principio a aquel evangelista, que eructaba lo que había bebido del pecho del Señor (Juan XIII, 23), veamos si

Cristo es Dios: En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. Por tanto, el mismo Verbo que era Dios, se hizo carne, y habitó entre nosotros (Juan I, 1). Y cuando el Verbo Dios se hizo carne, colgaba en la cruz, y decía: Dios mío, Dios mío, mírame: ¿por qué me has abandonado? ¿Por qué se dice, sino porque nosotros estábamos allí, sino porque el cuerpo de Cristo es la Iglesia (Efes. I, 23) ¿Por qué dijo, Dios mío, Dios mío, mírame: ¿por qué me has abandonado? sino de alguna manera haciéndonos atentos y diciendo, Este salmo está escrito sobre mí? Lejos de mi salvación, las palabras de mis delitos. ¿De qué delitos, de aquel de quien se dijo: Quien no cometió pecado, ni se halló engaño en su boca (I Pedro II, 22) ¿Cómo dice entonces mis delitos; sino porque por nuestros delitos Él mismo ora, y nuestros delitos los hizo sus delitos, para que su justicia hiciera nuestra justicia?

4. [vers. 3.] Dios mío, clamaré a ti de día, y no me escucharás; y de noche, y no para mi insensatez: lo dijo ciertamente de mí, de ti, de Él; pues llevaba su cuerpo, es decir, la Iglesia. ¿O acaso piensan, hermanos, que cuando el Señor dijo, Padre, si es posible, pase de mí este cáliz (Mateo XXVI, 39), temía morir? No es más fuerte el soldado que el emperador. Basta al siervo ser como su señor (Mateo X, 25). Pablo dice, soldado del rey Cristo: Estoy constreñido por ambos lados, teniendo el deseo de partir, y estar con Cristo (Filip. I, 23). Él desea la muerte, para estar con Cristo, ¿y el mismo Cristo teme la muerte? Pero ¿qué sino que llevaba nuestra debilidad, y por aquellos que aún temen la muerte en su cuerpo decía estas cosas? De ahí era aquella voz, era la voz de sus miembros, no de la cabeza; así también aquí, De día y de noche clamé, y no me escucharás. Pues muchos claman en la tribulación, y no son escuchados: pero para salvación, no para insensatez. Clamó Pablo para que se le quitara el aguijón de la carne, y no fue escuchado para que se le quitara; y se le dijo: Te basta mi gracia, pues mi poder se perfecciona en la debilidad (II Cor. XII, 9). Por tanto, no fue escuchado; pero no para insensatez, sino para sabiduría: para que el hombre entienda que Dios es médico, y la tribulación es medicina para la salvación, no castigo para la condenación. Bajo el medicamento eres quemado, cortado, clamas: el médico no escucha a la voluntad, sino que escucha para la salud.

5. [vers. 4.] Pero tú habitas en el santo, alabanza de Israel. En aquellos habitas, a quienes has santificado, y a quienes haces entender que para utilidad no escuchas a algunos, y para condenación escuchas a otros. Para utilidad no fue escuchado Pablo, para condenación fue escuchado el diablo. Pidió a Job para tentarlo, y se le concedió (Job I, 11). Los demonios pidieron ir a los cerdos, y fueron escuchados (Mateo VIII, 31). Los demonios son escuchados, el Apóstol no es escuchado: pero aquellos son escuchados para condenación, el Apóstol no es escuchado para salvación: porque no para mi insensatez. Pero tú habitas en el santo, alabanza de Israel. ¿Por qué no escuchas también a los tuyos? ¿Por qué digo estas cosas? Recuerden siempre decir, Gracias a Dios. Y aquí hay una gran multitud, y los que no suelen venir, han venido: a todos les digo, que en la tribulación el cristiano es probado, si no ha abandonado a su Dios. Pues cuando al hombre le va bien, el cristiano es abandonado a sí mismo. El fuego entra en el horno, y el horno del orfebre es un gran sacramento. Allí está el oro, allí está la paja, allí el fuego opera en lo estrecho. Ese fuego no es diferente, y hace cosas diferentes; convierte la paja en ceniza, al oro le quita las impurezas. En aquellos en quienes habita Dios, ciertamente en la tribulación se vuelven mejores, como el oro probado. Y si acaso el enemigo diablo pidiera, y se le concediera: ya sea por algún dolor del cuerpo, ya sea por alguna pérdida, ya sea por la pérdida de los suyos, tenga el corazón firme en aquel que no se aparta; y si como si apartara el oído al que llora, pero añade misericordia al que suplica. Sabe lo que hace quien nos hizo, sabe también restaurarnos. Es buen constructor quien edificó la casa; y si algo allí cayera, sabe repararlo.

6. [vers. 5.] Y vean lo que dice: En ti esperaron nuestros padres: esperaron, y los libraste. Y sabemos, y leemos cuántos de nuestros padres esperando en Él fueron librados por Dios. Libró al mismo pueblo de Israel de la tierra de Egipto (Éxodo XII, 51); libró a los tres jóvenes del horno de fuego (Daniel III); libró a Daniel del foso de los leones (Id. XIV); libró a Susana de la falsa acusación (Id. XIII). Todos invocaron, y fueron librados. ¿Acaso faltó al Hijo, para que no escuchara al que colgaba en la cruz? ¿Por qué entonces Él mismo no es librado ahora, que dijo: En ti esperaron nuestros padres, y los libraste de la tierra de Egipto?

7. [vers. 7.] Pero yo soy un gusano, y no un hombre. Gusano, y no hombre: pues hay también hombre gusano; pero Él, Gusano, y no hombre. ¿Por qué no hombre? Porque Dios. ¿Por qué entonces se abajó tanto para decir, Gusano? ¿Acaso porque el gusano nace de la carne sin concúbito, como Cristo de María virgen? Y gusano, y sin embargo no hombre. ¿Por qué gusano? Porque mortal, porque nacido de carne, porque nacido sin concúbito. ¿Por qué no hombre? Porque en el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios.

8. Oprobio de los hombres y desprecio del pueblo: vean cuánto sufrió. Ahora para que digamos la pasión, y lleguemos a ella con mayor gemido, vean cuánto sufre ahora, y luego vean por qué. Pues ¿qué fruto? He aquí esperaron nuestros padres, y fueron librados de la tierra de Egipto. Y como dije, tantos invocaron, y de inmediato al momento, no en la vida futura, sino enseguida fueron liberados. El mismo Job fue concedido al diablo que lo pidió, pudriéndose con gusanos: sin embargo, en esta vida recuperó la salud, recibió el doble de lo que había perdido (Job XLII, 10): pero el Señor era azotado, y nadie acudía en su ayuda; era desfigurado con escupitajos, y nadie acudía en su ayuda; era golpeado con bofetadas, y nadie acudía en su ayuda; era coronado con espinas, nadie lo libraba; era levantado en el madero, nadie lo libraba; clama, Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? no se le ayuda (Mateo XXVII). ¿Por qué, hermanos míos? ¿Por qué? ¿Por qué recompensa sufrió tanto? Todas estas cosas que sufrió, son un precio. ¿De qué cosa sufrió tanto precio, recitemos, veamos qué dice. Primero busquemos qué sufrió, luego por qué: y veamos cuán enemigos de Cristo son, que confiesan que sufrió tanto, y quitan el por qué. De aquí escuchemos todo en este salmo, tanto qué sufrió, como por qué. Mantengan estos dos, qué y por qué. Ahora expliquemos el qué. No nos detengamos allí, y mejor les llegarán las mismas palabras del Salmo. Vean lo que sufre el Señor, presten atención cristianos: Oprobio de los hombres y desprecio del pueblo.

9. [vers. 8, 9.] Todos los que me veían, se burlaban de mí, hablaban con los labios, y movían la cabeza. Confió en el Señor, que lo libre; que lo salve, porque lo quiere: pero ¿por qué decían estas cosas? Porque se había hecho hombre, decían como en hombre.

10. [vers. 10.] Porque tú eres quien me sacó del vientre: ¿acaso dirían tales cosas de aquel que en el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios? Pues aquel Verbo por el cual fueron hechas todas las cosas, no fue sacado del vientre, sino porque el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros. Porque tú me sacaste del vientre: Dios mío, desde los pechos de mi madre: pues antes de los siglos mi Padre, desde los pechos de mi madre mi Dios.

11. [vers. 11]. En ti fui echado desde el útero: es decir, para que tú solo fueras mi esperanza, ya como hombre, ya como débil, ya el Verbo hecho carne. Desde el vientre de mi madre eres mi Dios: no de ti mi Dios; pues de ti mi Padre: pero desde el vientre de mi madre, mi Dios.

12. [vers. 12.] No te alejes de mí: porque la tribulación está cerca, porque no hay quien ayude: vean al abandonado; y ¡ay de nosotros, si Él nos abandona, porque no hay quien ayude.

13. [vers. 13.] Me rodearon muchos toros, me cercaron toros cebados: el pueblo y los príncipes; el pueblo, muchos toros; los príncipes, toros cebados. 14. [vers. 14.] Abrieron contra mí su boca, como león que arrebata y ruge: escuchemos su rugido en el Evangelio, ¡Crucifícalo, Crucifícalo! (Juan XIX, 6).

15. [vers. 15.] Como agua he sido derramado, y se han dispersado todos mis huesos: llama a sus huesos, sus firmes; pues los huesos son firmes en el cuerpo. ¿Cuándo dispersó sus huesos? Cuando les dijo: He aquí, yo os envío como corderos en medio de lobos (Mateo X, 16; Lucas X, 3). Dispersó a sus firmes, y fue derramado como agua: pues el agua cuando se derrama, o lava o riega; Cristo fue derramado como agua, los sucios fueron lavados, las mentes fueron regadas. Mi corazón se ha vuelto como cera que se derrite, en medio de mis entrañas: llama a sus entrañas a los débiles en su Iglesia. ¿Cómo se volvió su corazón como cera? Su corazón es su Escritura, es decir, su sabiduría que estaba en las Escrituras. Pues la Escritura estaba cerrada; nadie la entendía: el Señor fue crucificado, y se derritió como cera, para que todos los débiles entendieran la Escritura; pues por eso también el velo del templo se rasgó, porque lo que estaba velado fue revelado.

16. [vers. 16.] Se ha secado como un tiesto mi fuerza: magníficamente dijo, Mi nombre se ha hecho más firme por la tribulación. Pues como el tiesto antes del fuego es blando, después del fuego es fuerte; así el nombre del Señor antes de la pasión era despreciado, después de la pasión es honrado. Y mi lengua se adhirió a mi paladar: como ese miembro en nosotros no sirve sino para hablar; así dijo que sus predicadores, su lengua, se adhirieron a su paladar, para que de su interior tomaran sabiduría. Y me has llevado al polvo de la muerte.

17. [vers. 17.] Porque me rodearon muchos perros, el consejo de los malignos me rodeó: veamos también el Evangelio. Horadaron mis manos y mis pies. Entonces se hicieron las heridas, cuyas cicatrices el discípulo dudoso tocó, aquel que dijo: Si no pongo mis dedos en las cicatrices de sus heridas, no creeré. Cuando le dijo, Ven, pon tu mano, incrédulo; y puso su mano, y clamó: ¡Señor mío y Dios mío! Y él: Porque me has visto, has creído; bienaventurados los que no ven y creen (Juan XX, 25, 27, 28). Horadaron mis manos y mis pies.

18. [vers. 18.] Contaron todos mis huesos: cuando colgaba extendido en el madero. No se pudo describir mejor la extensión del cuerpo en el madero, que diciendo: Contaron todos mis huesos.

19. [vers. 19.] Ellos, sin embargo, me miraron y me observaron: me miraron, y no entendieron; me observaron, y no vieron. Hasta la carne tenían ojos, no hasta el Verbo tenían corazón. Repartieron entre sí mis vestiduras: sus vestiduras, sus sacramentos. Prestad atención, hermanos. Sus vestiduras, sus sacramentos pudieron ser divididos por las herejías: pero había allí una vestidura que nadie dividió. Y sobre mi vestidura echaron suertes. Había allí una túnica, dice el evangelista, tejida de arriba (Juan XIX, 23). Por lo tanto, del cielo, por lo tanto, del Padre, por lo tanto, del Espíritu Santo. ¿Qué es esta túnica, sino la caridad, que nadie puede dividir? ¿Qué es esta túnica, sino la unidad? En ella se echa la suerte, nadie la divide. Los herejes pudieron dividir los sacramentos entre sí, no dividieron la caridad. Y porque no pudieron dividirla, se apartaron: pero ella permanece íntegra. La suerte recayó en

algunos: quien tiene esto, está seguro; nadie lo mueve de la Iglesia católica, y si fuera de ella comienza a tenerla, es introducido, como la rama de olivo por la paloma (Gén. VIII, 11).

20. [vers. 20.] Pero tú, Señor, no alejes tu ayuda. Y así fue: al tercer día resucitó. Mira en mi defensa.

21. [vers. 21.] Rescata mi alma de la espada: es decir, de la muerte; pues espada es el gladio, y quiso que por el gladio se entendiera la muerte. Y de la mano del perro mi única. Mi alma, mi única, la cabeza y el cuerpo: Única dijo, la Iglesia: de la mano, es decir, del poder del perro. ¿Quiénes son los perros? Los que ladran como perros, sin entender contra quiénes. Nada les hacen, y ladran. ¿Qué le hizo el perro al que pasa por su camino? Sin embargo, él ladra. Los que ladran con ojos ciegos, sin discernir contra quiénes o por quiénes, son perros.

22. [vers. 22.] Sálvame de la boca del león: sabéis quién es el león rugiente, que anda alrededor buscando a quién devorar (I Pedro V, 8). Y de los cuernos de los unicornios mi humildad: no diría unicornios, sino soberbios; por eso añadió, mi humildad.

23. [vers. 23.] Habéis oído lo que sufrió, y lo que oró, para ser rescatado de estos: atendamos ahora por qué sufrió. Ahora ya ved, hermanos, quien no está en esa suerte, por la cual Cristo sufrió, ¿por qué es cristiano? He aquí, entendemos lo que sufrió: se contaron sus huesos, fue burlado, se dividieron sus vestiduras, además se echó suerte sobre su vestidura, lo rodearon furiosos y enfurecidos, y se dispersaron todos sus huesos, y aquí escuchamos y en el Evangelio leemos. Veamos por qué. Oh Cristo Hijo de Dios, si no quisieras, no sufrirías, muéstranos el fruto de tu pasión. Escucha, dice, el fruto: yo no callo, pero los hombres son sordos. Escucha, dice, el fruto por el cual sufrí todo esto. Narraré tu nombre a mis hermanos. Veamos si en parte narra el nombre de Dios a sus hermanos. Narraré tu nombre a mis hermanos: en medio de la Iglesia te cantaré. Esto se hace ahora. Pero veamos cuál es esa Iglesia. Pues dijo: En medio de la Iglesia te cantaré. Veamos la Iglesia, por la cual sufrió.

24. [vers. 24.] Los que teméis al Señor, alabadlo: dondequiera que se teme a Dios y se le alaba, allí está la Iglesia de Cristo. Ved, hermanos míos, si en estos días por todo el mundo se dice en vano, Amén y Aleluya. ¿No se teme a Dios allí? ¿No se alaba a Dios allí? Donato salió, y dijo: En absoluto no se teme, todo el mundo ha perecido. En vano dices: Todo el mundo ha perecido. ¿Entonces una pequeña parte quedó en África? ¿Entonces no dice algo Cristo, para cerrar esas bocas? ¿No dice algo, para erradicar las lenguas de los que dicen eso? Veamos, no sea que encontremos. Aún se nos dice, En medio de la Iglesia: de nuestra Iglesia dice. Los que teméis al Señor, alabadlo: veamos si ellos alaban al Señor, y entendamos si de ellos dice, y si en medio de su Iglesia se le alaba. ¿Cómo alaban a Cristo, los que dicen: Perdió todo el mundo, el diablo le arrebató todo, y en parte él quedó? Pero aún veamos, que diga más claramente, que hable más claramente: que no haya que interpretar, que no haya que sospechar. Todo el linaje de Jacob, magnificadlo. Quizás aún dicen: Nosotros somos el linaje de Jacob. Si son ellos, veamos.

25. [vers. 25.] Témale todo el linaje de Israel. Aún digan, Nosotros somos el linaje de Israel; permitamos, digan. Porque no despreció ni desechó la súplica de los pobres: ¿de qué pobres? No de los que presumen de sí mismos. Veamos si son pobres, los que dicen: Nosotros somos justos. Cristo clama, Lejos de mi salvación las palabras de mis delitos. Pero aún digan lo que quieran. Ni apartó su rostro de mí, y cuando clamé a él, me escuchó. ¿Para qué escuchó? ¿para qué cosa?

26. [vers. 26.] En ti está mi alabanza: en Dios puso su alabanza; enseñó a no presumir en el hombre. Aún digan lo que quieran. Ya han comenzado a arder, el fuego ha comenzado a acercarse; no hay quien se esconda de su calor (Salmo XVIII, 7). Pero aún digan, Y nosotros en él pusimos nuestra alabanza, y nosotros no presumimos en nosotros mismos; aún digan. En la gran Iglesia te confesaré: ya aquí creo, porque comenzó a tocar lo interior. ¿Qué es la gran Iglesia, hermanos? ¿Acaso una pequeña parte del mundo es la gran Iglesia? La gran Iglesia es todo el mundo. Ahora si alguien quiere contradecir a Cristo: Dinos, tú dijiste, En la gran Iglesia te confesaré: ¿qué gran Iglesia? ¿Quedaste en un fragmento de África, perdiste todo el mundo: derramaste sangre por todo, pero sufriste un invasor? Esto le dijimos al Señor como preguntando, sabiendo sin embargo qué diría. Pongámonos como si no supiéramos qué dice: ¿no nos responde? Callad, aún digo de dónde nadie duda. Esperemos entonces qué dirá. Ya yo quería pronunciar, y no permitir a los hombres interpretar otra cosa, cuando dice Cristo: En la gran Iglesia. Y tú dices que en la parte extrema quedó. Y aún se atreven a decir, Y nuestra Iglesia es grande, ¿qué te parece Bagai y Tamugade? Si no dice algo de donde callen, aún digan que es grande la Iglesia solo en Numidia.

27. [vers. 27, 28.] Veamos, escuchemos aún al Señor: Mis votos pagaré delante de los que le temen. ¿Cuáles son sus votos? El sacrificio que ofreció a Dios. Sabéis qué sacrificio: los fieles conocen los votos que pagó delante de los que le temen: pues sigue, Comerán los pobres, y se saciarán. Bienaventurados los pobres, porque comen para saciarse: pues los pobres comen; pero los ricos no se sacian, porque no tienen hambre. Comerán los pobres: de allí era aquel pescador Pedro, de allí era otro pescador Juan y Jacobo su hermano, de allí era también el publicano Mateo. De los pobres eran ellos, que comieron y se saciaron, sufriendo tales cosas como las que comieron. Dio su cena, dio su pasión: se sacia el que imita. Imitaron los pobres: pues ellos así sufrieron, para seguir las huellas de Cristo. Comerán los pobres. Pero ¿por qué pobres? Y alabarán al Señor los que le buscan. Los ricos se alaban a sí mismos, los pobres alaban al Señor. ¿Por qué son pobres? Porque alaban al Señor, y buscan al Señor. El Señor es la riqueza de los pobres: por eso la casa está vacía, para que el corazón esté lleno de riquezas. Los ricos buscan con qué llenar el arca, los pobres buscan con qué llenar el corazón: y cuando lo llenan, alaban al Señor los que le buscan. Y ved, hermanos, quienes son verdaderamente pobres, de qué cosa son ricos: porque no en el arca, no en el granero, no en la despensa, Vivirán sus corazones por los siglos de los siglos.

28. Así que prestad atención. El Señor sufrió; todo lo que habéis oído sufrió el Señor. Buscamos por qué sufrió, y comenzó a narrar: Narraré tu nombre a mis hermanos, en medio de la Iglesia te cantaré. Pero aún dicen, Esta es la Iglesia. Témale todo el linaje de Israel. Dicen, Nosotros somos el linaje de Israel. Porque no despreció ni desechó la súplica del pobre. Aún dicen, Nosotros somos. Ni apartó su rostro de mí: el mismo Cristo Señor de sí mismo, es decir, de su Iglesia, que es su cuerpo. En ti está mi alabanza. Vosotros mismos queréis alabar. Pero responden, En verdad también nosotros le alabamos a él. Mis votos pagaré al Señor delante de los que le temen. El sacrificio de paz, el sacrificio de caridad, el sacrificio de su cuerpo lo conocen los fieles: ahora no se puede discutir de ello. Mis votos pagaré delante de los que le temen. Coman los publicanos, coman los pescadores, coman, imiten al Señor, sufran, se sacien. Murió el mismo Señor, mueren también los pobres: se añade también la muerte de los discípulos a la muerte del maestro. ¿Por qué? Dame el fruto. Se acordarán, y se convertirán al Señor todos los confines de la tierra. Ea hermanos, ¿qué buscáis de nosotros que respondamos a la parte de Donato? He aquí el Salmo, y aquí se lee hoy, y allí se lee hoy. Escribamos esto en nuestras frentes, con esto avancemos, no calle nuestra lengua, esto diga: He aquí Cristo sufrió, he aquí el mercader muestra la recompensa, he aquí el precio que dio, su sangre fue derramada. Llevaba en un saco nuestro precio: fue

herido con una lanza, se rompió el saco, y manó el precio del mundo entero. ¿Qué me dices, oh hereje? ¿No es el precio del mundo entero? ¿Solo África fue redimida? No te atreves a decir: Todo el mundo fue redimido, pero pereció. ¿Qué invasor sufrió Cristo, para perder lo suyo? He aquí se acordarán, y se convertirán al Señor todos los confines de la tierra. Aún te sacie, y diga. Si dijera confines de la tierra, y no dijera todos los confines de la tierra; tendrían que decir, He aquí tenemos los confines de la tierra en Mauritania. Todos los confines de la tierra dijo: oh hereje, todos dijo; ¿por dónde saldrás, para evadir la cuestión? No tienes por dónde salir, pero tienes por dónde entrar.

29. [vers. 29.] Os ruego, no quiero discutir de ello, para que no se diga, que mi palabra vale algo: prestad atención al Salmo, leed el Salmo. He aquí Cristo sufrió, su sangre fue derramada: he aquí nuestro redentor, he aquí nuestro precio. ¿Qué compró, dígasenos? ¿Qué preguntamos? ¿Qué si alguien me dice: Oh necio, qué preguntas? Llevas el códice, allí tienes de qué compró, allí busca qué compró. He aquí tienes, Se acordarán, y se convertirán al Señor todos los confines de la tierra. Pues los confines de la tierra se acordarán. Pero los herejes se olvidaron, y por eso escuchan cada año. ¿Crees que ponen allí sus oídos, cuando su lector dice: Se acordarán, y se convertirán al Señor todos los confines de la tierra? Ea, quizás es un verso: pensabas en otra cosa, hablabas con tu hermano, cuando dijo eso: atiende, porque repite, y golpea a los sordos: Y adorarán en su presencia todas las familias de las naciones. Aún es sordo, no oye, sea golpeado de nuevo: Porque del Señor es el reino, y él dominará sobre las naciones. Tened estos tres versos, hermanos. Hoy se cantaron aquí y allí, o quizás los borraron. Creedme, hermanos míos, así ardo, así sufro violencia, que me asombro de no sé qué sordera y dureza de corazón de ellos, que a veces dudo si tienen eso en los códices. Hoy todos corren a la iglesia, hoy todos escuchan atentos el Salmo, todos escuchan con el corazón suspendido. Pero haz que no estén atentos: ¿acaso es un verso, Se acordarán, y se convertirán al Señor todos los confines de la tierra? Despiertas, pero aún frota los ojos: Y adorarán en su presencia todas las familias de las naciones. Sacude el sueño, aún te pesa, escucha: Porque del Señor es el reino, y él dominará sobre las naciones.

30. Si aún hay algo que decir, no sé: litigan con las Escrituras, no con nosotros. He aquí el códice mismo, contra él luchan. ¿Dónde está la lengua, Nosotros guardamos las Escrituras, para que no ardieran? Fueron guardadas, de donde tú ardes. ¿Qué guardaste? Abre, lee: tú guardaste, y tú atacas. ¿Qué guardaste del fuego, que quieres borrar con la lengua? No creo, no creo que guardaste: en absoluto no creo, no guardaste. Muy verdaderamente dicen los nuestros, que tú entregaste. Se prueba traidor, quien leído el testamento no lo sigue. He aquí se lee, y sigo; se lee, y tú rehúas. ¿De quién es la mano que metió en la llama? ¿Quién cree, y sigue; o quién se duele porque hay que leer? No quiero saber quién guardó: de dondequiera que se encontró el códice, el testamento de nuestro padre salió de cualquier caverna: no sé qué ladrones querían llevárselo, no sé qué perseguidores querían quemarlo: de dondequiera que se trajo, léase. ¿Por qué litigas? Somos hermanos, ¿por qué litigamos? No murió nuestro padre sin testamento. Hizo testamento, y así murió: murió, y resucitó. Tanto tiempo se disputa sobre la herencia de los muertos, mientras se presenta el testamento en público; y cuando el testamento se presenta en público, todos callan, para que se abran las tablas y se lean: el juez escucha atento, los abogados callan, los pregoneros hacen silencio, todo el pueblo está suspendido, para que se lean las palabras del muerto, que no siente en el sepulcro. Él yace sin sentido en el sepulcro, y valen sus palabras: Cristo está sentado en el cielo, ¿y se contradice su testamento? Abre, leamos. Somos hermanos, ¿por qué contendemos? Apláquese nuestro ánimo, no nos dejó sin testamento nuestro padre. Quien hizo testamento, vive eternamente: escucha nuestras voces, reconoce la suya. Leamos, ¿por qué litigamos? Donde se encuentre esa herencia, esa tengamos. Abre el testamento, lee en el primer capítulo

de su Salterio, Pídeme (Salmo II, 8). Pero ¿quién dice? Quizás no Cristo. Allí tienes, Dijo el Señor a mí, Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy (Ibid., 7). Por lo tanto, el Hijo de Dios dice, o el Padre dice a su Hijo. Entonces, ¿qué dice al Hijo? Pídeme, y te daré las naciones por herencia, y por posesión los confines de la tierra. Suele hacerse, hermanos, que cuando se busca sobre la posesión, se busquen los parientes. Entre parientes aquel y aquel, se busca el heredero, o a quien se dona, o quien compra. ¿Entre qué parientes se busca? Entre aquel y aquel poseedores. Quien dejó todos los confines, no dejó parientes. Dondequiera que te vuelvas, Cristo está. Los confines de la tierra tienes por herencia, ven aquí, todo conmigo poseerás. ¿Por qué llamas litigando a una parte? Ven aquí: para tu bien eres vencido, todo tendrás. ¿O aún calumnias? Ya leí el testamento, y tú calumnias. ¿O aún calumnias, porque dijo confines de la tierra, no dijo todos los confines de la tierra? Leamos entonces. ¿Cómo se leyó? Se acordarán, y se convertirán al Señor todos los confines de la tierra. Y adorarán en su presencia todas las familias de las naciones. Porque del Señor es el reino, y él dominará sobre las naciones. Es de él, no vuestro. Reconoced al Señor: reconoced la posesión del Señor.

31. Pero también vosotros, porque queréis poseer lo vuestro de manera privada y no en unidad común con Cristo; pues queréis dominar en la tierra, no reinar con Él en el cielo, poseéis vuestras casas. Y a veces venimos a ellos diciendo: Busquemos la verdad, encontremos la verdad. Y ellos responden: Vosotros mantened lo que tenéis: tienes tus ovejas, yo tengo las mías; no molestes a mis ovejas, porque yo tampoco molesto a las tuyas. Gracias a Dios: las ovejas son mías, las ovejas son tuyas: ¿qué compró Cristo? Más bien, que no sean ni mías ni tuyas: sino que sean de Aquel que las compró, de Aquel que las selló. Ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios, que da el crecimiento (I Cor. III, 7). ¿Por qué tengo yo las mías, y tú las tuyas? Si Cristo está allí, que vayan allí las mías, porque no son mías: si Cristo está aquí, que vengan aquí las tuyas, porque no son tuyas. Por las posesiones nos besan la cabeza y las manos, y perecen los hijos ajenos. No es mi posesión, dice. ¿Qué es esto? Veamos si no es tu posesión, veamos si no la reclamas para ti. Yo trabajo para el nombre de Cristo, tú para el nombre de Donato. Pues si miras a Cristo, Cristo está en todas partes. Tú dices: He aquí, aquí está Cristo (Mat. XXIV, 23): yo digo: Está por todo. Alabad, siervos, al Señor, alabad el nombre del Señor. ¿Desde dónde alaban? ¿Hasta cuándo alaban? Desde el nacimiento del sol hasta su ocaso, alabad el nombre del Señor (Sal. CXII, 1). He aquí la Iglesia que nuestro, he aquí lo que compró Cristo, he aquí lo que redimió, he aquí por lo que dio su sangre. Pero tú, ¿qué dices? Y yo recojo para Él. El que no recoge conmigo, dice, desparrama (Mat. XII, 30). Divides la unidad, buscas tus posesiones. ¿Y por qué tienen el nombre de Cristo? Porque para defender tu posesión has puesto los títulos de Cristo. ¿No hacen esto algunos en su casa? Para que no invada su casa alguien poderoso, ponen allí los títulos de un poderoso, títulos falsos. Él quiere ser el poseedor, y quiere que el frente de su casa esté protegido por un título ajeno; para que cuando se lea el título, alguien, atemorizado por el poder del nombre, se abstenga de invadir. Hicieron eso cuando condenaron a los maximianistas. Actuaron ante los jueces, y recitaron su concilio: como mostrando títulos, para parecer obispos. Entonces el juez preguntó: ¿Quién es este otro obispo de la parte de Donato? Respondió el Oficio: No conocemos sino a Aurelio, el católico. Temiendo las leyes, no respondieron sino de un solo obispo. Pero ellos, para ser escuchados por el juez, imponían el nombre de Cristo: en su posesión pusieron sus títulos. El Señor es bueno, que les perdone, y donde encuentre sus títulos, lo reclame para su posesión. Grande es su misericordia, que les haga eso, a quienesquiera que encuentre llevando el nombre de Cristo, los reúna. Y ved, hermanos, cuando alguien poderoso encuentra sus títulos, ¿no reclama justamente la cosa para sí, y dice: No pondría mis títulos, si no fuera mi cosa? Puso mis títulos, es mi cosa: donde encuentro mi nombre, es mío. ¿Acaso cambia los títulos? El título que era, es el

mismo: el poseedor cambia, el título no cambia. Así también los que tienen el bautismo de Cristo, si vienen a la unidad, no cambiamos los títulos, ni borramos los títulos; sino que reconocemos los títulos de nuestro rey, los títulos de nuestro emperador. Pero, ¿qué decimos? Oh casa miserable, que te posea aquel cuyos títulos tienes; tienes los títulos de Cristo, no seas posesión de Donato.

32. Hemos dicho mucho, hermanos; pero que no se aparte de vuestra memoria lo que hoy se lee. He aquí que lo digo de nuevo, y debe decirse a menudo: por este día, es decir, por los sacramentos de este día os constriño, para que no salga de vuestros corazones. Se acordarán y se convertirán al Señor todos los confines de la tierra. Y adorarán en su presencia todas las familias de las naciones. Porque del Señor es el reino, y Él dominará sobre las naciones. Contra una posesión de Cristo tan clara y manifiestamente demostrada, no escuchéis las palabras del calumniador. Lo que contradicen, lo dicen los hombres: pero esto lo dice Dios.

EN LA EXPLICACIÓN DEL SALMO XXII. Salmo de David.

1. [vers. 1.] La Iglesia habla a Cristo: El Señor me apacienta, y nada me faltará, el Señor Jesucristo es mi pastor, y nada me faltará.
2. [vers. 2.] En lugar de pasto allí me colocó: en lugar de pasto comenzando a la fe me condujo, allí me colocó para nutrirme. Sobre el agua de la recreación me sacó: sobre el agua del bautismo, donde se recrean los que han perdido la integridad y las fuerzas, me sacó.
3. [vers. 3.] Mi alma convirtió. Me condujo por sendas de justicia, por su nombre. Me condujo por caminos estrechos, que pocos transitan, de su justicia; no por mi mérito, sino por su nombre.
4. [vers. 4.] Aunque camine en medio de la sombra de la muerte: aunque camine en medio de esta vida, que es sombra de muerte. No temeré mal alguno, porque tú estás conmigo: no temeré mal alguno, porque tú habitas en mi corazón por la fe; y ahora estás conmigo, para que después de la sombra de la muerte yo también esté contigo. Tu vara y tu cayado, ellos me han consolado: tu disciplina como vara para el rebaño de ovejas, y como cayado ya para los hijos mayores y creciendo de la vida animal a la espiritual, ellos no me afligieron, más bien me consolaron; porque te acuerdas de mí.
5. [vers. 5.] Preparaste en mi presencia una mesa, contra los que me afligen: después de la vara, con la que siendo pequeño y animal en el rebaño me instruías en los pastos, después de esa vara cuando comencé a estar bajo el cayado, preparaste en mi presencia una mesa, para que ya no sea alimentado con leche como un pequeño (I Cor. III, 2), sino que tome alimento sólido, fortalecido contra los que me afligen. Ungiste con aceite mi cabeza: alegraste con alegría espiritual mi mente. Y tu copa embriagante ¡cuán gloriosa es! y tu copa que otorga olvido de las anteriores vanas delicias, ¡cuán gloriosa es!
6. [vers. 6.] Y tu misericordia me seguirá todos los días de mi vida: es decir, mientras viva en esta vida mortal, no la tuya, sino la mía. Para que habite en la casa del Señor por largos días: pero me seguirá no solo aquí, sino también para que habite en la casa del Señor eternamente.

EN LA EXPLICACIÓN DEL SALMO XXIII. Salmo de David, del primer día de la semana.

1. [vers. 1.] Salmo de David, sobre la glorificación y resurrección del Señor, que ocurrió en la mañana del primer día de la semana, que ya se llama día del Señor.

2. [vers. 2.] Del Señor es la tierra y su plenitud, el orbe de la tierra y todos los que habitan en él: cuando el Señor glorificado es anunciado en la fe de todas las naciones, y todo el orbe de la tierra se convierte en su Iglesia. Él la fundó sobre los mares: Él la estableció firmemente sobre todas las olas de este siglo, para que sean superadas por ella, y no le hagan daño. Y la preparó sobre los ríos: los ríos fluyen al mar, y los hombres codiciosos se deslizan hacia el siglo; también a estos supera la Iglesia que, vencidas por la gracia de Dios las codicias seculares, está preparada por la caridad para recibir la inmortalidad.

3. [vers. 3.] ¿Quién subirá al monte del Señor? ¿quién subirá a la altísima justicia del Señor? ¿O quién estará en su lugar santo? ¿o quién permanecerá en él, al que subirá, en el lugar fundado sobre los mares y preparado sobre los ríos?

4. [vers. 4.] Inocente de manos y puro de corazón: ¿quién, pues, subirá allí, y permanecerá allí, sino el inocente en obras, y puro en pensamientos? Que no ha entregado su alma a la vanidad: que no ha destinado su alma a cosas que no permanecen, sino que, sintiéndola inmortal, ha deseado la eternidad estable e inmutable. Y no ha jurado con engaño a su prójimo: y por eso, sin engaño, como son simples y no engañosas las cosas eternas, así se ha mostrado a su prójimo.

5. [vers. 5.] Este recibirá bendición del Señor, y misericordia de Dios su salvador.

6. [vers. 6.] Esta es la generación de los que buscan al Señor: así nacen los que lo buscan. De los que buscan el rostro del Dios de Jacob: buscan el rostro de Dios, que dio el primado al nacido después.

7. [vers. 7.] Levantad, príncipes, vuestras puertas: cualquiera que busque el principado entre los hombres, quitad, para que no impidan, las entradas que habéis establecido de codicia y temor. Y elevaos, puertas eternas: y elevaos, entradas de vida eterna, de renuncia al siglo y conversión a Dios. Y entrará el rey de la gloria: y entrará el rey, en quien sin soberbia nos gloriamos; que superadas las puertas de la mortalidad, y abiertas para él las celestiales, cumplió lo que dijo: Alegraos, porque yo he vencido al mundo (Juan XVI, 33).

8. [vers. 8.] ¿Quién es este rey de la gloria? la naturaleza mortal, temerosa, se admira y pregunta, ¿Quién es este rey de la gloria? El Señor fuerte y poderoso: a quien tú creías débil y oprimido. El Señor poderoso en la batalla: toca las cicatrices, y sentirás reparadas, y devuelta a la inmortalidad la debilidad humana. Se ha pagado lo que se debía a las tierras, donde se luchó con la muerte, la glorificación del Señor.

9. [vers. 9.] Levantad, príncipes, vuestras puertas: de aquí ya se dirija al cielo. Exclame de nuevo la trompeta profética: Levantad, puertas, también príncipes celestiales, que tenéis en las almas de los hombres que adoran el ejército del cielo (IV Reyes XVII, 16). Y elevaos, puertas eternas: y elevaos, puertas de la eterna justicia, de la caridad y la castidad, por las cuales el alma ama al único Dios verdadero, y no fornicó bajo muchos que se llaman dioses. Y entrará el rey de la gloria: y entrará el rey de la gloria, para interceder por nosotros a la derecha del Padre (Rom. VIII, 34).

10. [vers. 10.] ¿Quién es este rey de la gloria? ¿qué, también tú, príncipe del poder de este aire, te admiras y preguntas, ¿Quién es este rey de la gloria? El Señor de los ejércitos, él es el rey de la gloria: y ya con el cuerpo vivificado, sobre ti avanza aquel tentado; sobre todos los ángeles se dirige, tentado por el ángel prevaricador. Ninguno de vosotros se interponga y cierre nuestro camino, para ser adorado por nosotros como Dios: ni principado, ni ángel, ni

poder nos separa del amor de Cristo (Rom. VIII, 39). Es bueno esperar en el Señor, que esperar en el príncipe (Sal. CXVII, 9): para que el que se gloria, se gloríe en el Señor (I Cor. I, 31). Estas son ciertamente virtudes en la ordenación de este mundo, pero el Señor de los ejércitos, él es el rey de la gloria.

EN LA EXPLICACIÓN DEL SALMO XXIV. Al final, Salmo de David.

1. [vers. 1.] Cristo, pero en la persona de la Iglesia, habla: pues lo que se dice pertenece más al pueblo cristiano convertido a Dios.
2. [vers. 2.] A ti, Señor, levanto mi alma: con deseo espiritual, que era pisoteada en la tierra por deseos carnales. Dios mío, en ti confío, no seré avergonzado: Dios mío, por confiar en mí mismo, fui llevado hasta esta debilidad de la carne; y al querer ser como Dios, abandonando a Dios, temiendo la muerte de la más pequeña bestia, fui burlado por mi soberbia y avergonzado; ya entonces en ti confío, no seré avergonzado.
3. [vers. 3.] Ni se burlen de mí mis enemigos: ni se burlen de mí, quienes con sugerencias serpenteantes y ocultas, y sugiriendo ¡Bien, bien!, me derribaron hasta aquí. Porque todos los que te esperan no serán confundidos.
4. [vers. 4.] Sean confundidos los que hacen iniquidad en vano: sean confundidos los que hacen iniquidad, para adquirir lo que pasa. Tus caminos, Señor, hazme conocer, y enséñame tus sendas: que no son anchas, ni llevan a la multitud a la perdición (Mat. VII, 13); sino que enséñame tus sendas estrechas y conocidas por pocos.
5. [vers. 5.] Guíame en tu verdad: huyendo de los errores. Y enséñame: pues por mí mismo no conozco sino la mentira. Porque tú eres el Dios de mi salvación, y te he esperado todo el día: pues no pudiendo regresar por mí mismo, después de ser expulsado de ti del paraíso (Gén. III, 23), y peregrinando en una región lejana (Luc. XV, 13), a menos que acudas al errante; pues mi regreso ha esperado tu misericordia durante todo el transcurso del tiempo secular.
6. [vers. 6.] Acuérdate de tus misericordias, Señor: acuérdate de las obras de tu misericordia, Señor, porque los hombres piensan que te has olvidado. Y porque tus misericordias son desde el siglo: y acuérdate de esto, porque tus misericordias son desde el siglo. Pues nunca has estado sin ellas, que incluso al hombre pecador lo sometiste a la vanidad, pero con esperanza, y no lo abandonaste con tantas y tan grandes consolaciones de tu creación.
7. [vers. 7.] No recuerdes los pecados de mi juventud y de mi ignorancia: no reserves para la venganza los pecados de mi audacia confiada y de mi ignorancia, sino que como si se te olvidaran. Según tu misericordia acuérdate de mí, Dios: acuérdate de mí, no según la ira que merezco, sino según tu misericordia que es digna de ti. Por tu bondad, Señor: no por mi mérito, sino por tu bondad, Señor.
8. [vers. 8.] Dulce y recto es el Señor: dulce es el Señor, pues ha tenido tanta misericordia de los pecadores e impíos, que ha perdonado todo lo anterior; pero también es recto el Señor, que después de la misericordia de la vocación y del perdón, que tiene gracia sin méritos, requerirá méritos dignos en el juicio final. Por esto establecerá la ley a los que delinquen en el camino: porque ha otorgado misericordia para conducirlos al camino.
9. [vers. 9.] Dirigirá a los mansos en el juicio: dirigirá a los mansos, y no perturbará en el juicio a los que siguen su voluntad, ni prefieren la suya resistiéndole. Enseñará a los mansos

sus caminos: enseñará sus caminos, no a los que quieren adelantarse, como si pudieran gobernarse mejor a sí mismos; sino a los que no levantan el cuello, ni retroceden, cuando se les impone un yugo suave y una carga ligera (Mat. XI, 30).

10. [vers. 10.] Todas las sendas del Señor son misericordia y verdad. ¿Qué caminos les enseñará, sino la misericordia por la que es apacible, y la verdad por la que es incorruptible? De los cuales uno ofreció perdonando los pecados, el otro juzgando los méritos. Y por eso todas las sendas del Señor, dos venidas del Hijo de Dios, una de misericordia, otra de juicio. Llega, pues, a él manteniendo sus caminos, quien viendo que ha sido liberado sin méritos propios, depone la soberbia, y de ahí en adelante evita la severidad del examinador, quien ha experimentado la clemencia del que socorre. A los que buscan su testamento y sus testimonios: pues entienden al Señor misericordioso en su primera venida, y juez en la segunda, quienes mansos y humildes buscan su testamento, cuando con su sangre nos redimió a una nueva vida; y en los Profetas y Evangelistas sus testimonios.

11. [vers. 11.] Por tu nombre, Señor, perdonarás mi pecado; porque es mucho: no solo perdonaste mis pecados, que cometí antes de creer; sino que también perdonarás mi pecado, que es mucho, porque incluso en el camino no falta la ofensa, con el sacrificio de un espíritu contrito.

12. [vers. 12.] ¿Quién es el hombre que teme al Señor? de donde comienza a venir a la sabiduría. Le establecerá la ley en el camino que eligió: le establecerá la ley en el camino que el libre ha tomado, para que ya no peque impunemente.

13. [vers. 13.] Su alma morará en bienes, y su descendencia heredará la tierra: y su obra poseerá la herencia sólida del cuerpo restaurado.

14. [vers. 14.] El Señor es el firme apoyo de los que le temen: el temor parece ser de los débiles, pero el Señor es el firme apoyo de los que le temen. Y el nombre del Señor que ha sido glorificado por toda la tierra, fortalece a los que le temen. Y su testamento para que se manifieste a ellos: y hace que su testamento se manifieste a ellos, porque la herencia de Cristo son las naciones, y los confines de la tierra.

15. [vers. 15.] Mis ojos siempre al Señor; porque él sacará mis pies del lazo: ni temeré los peligros terrenales, mientras no mire la tierra; porque aquel a quien miro, sacará mis pies del lazo.

16. [vers. 16.] Mírame, y ten misericordia de mí; porque soy único y pobre: porque soy un pueblo único, de tu única Iglesia guardando la humildad, que ninguna cisma o herejía retiene.

17. [vers. 17.] Las tribulaciones de mi corazón se han multiplicado: las tribulaciones de mi corazón se han multiplicado por la abundante iniquidad y el enfriamiento de la caridad. Sácame de mis necesidades: porque es necesario que soporte esto, para que perseverando hasta el fin sea salvo (Mat. X, 22), sácame de mis necesidades.

18. [vers. 18.] Mira mi humildad y mi trabajo: mira mi humildad, por la cual nunca me separo de la unidad por la jactancia de la justicia; y mi trabajo, por el cual soporto a los indisciplinados mezclados conmigo. Y perdona todos mis pecados: y con estos sacrificios propiciado perdona mis pecados, no solo aquellos de mi juventud e ignorancia antes de creer, sino también estos que ya viviendo en la fe cometo por debilidad o por la oscuridad de esta vida.

19. [vers. 19.] Mira mis enemigos, porque se han multiplicado: pues no solo fuera, sino también dentro de la misma comunión de la Iglesia no faltan. Y con odio injusto me odian: y me odian amándolos yo.

20. [vers. 20.] Guarda mi alma, y líbrame: guarda mi alma, para que no decline a la imitación de ellos; y líbrame de la confusión, en la que se mezclan conmigo. No seré confundido, porque he esperado en ti: no seré confundido si acaso se levantan contra mí; porque no he esperado en mí, sino en ti.

21. [vers. 21.] Los inocentes y rectos se han unido a mí, porque he esperado en ti, Señor: los inocentes y rectos no se mezclan solo en presencia corporal, como los malos, sino que con el consentimiento del corazón en esa misma inocencia y rectitud se adhieren a mí; porque no he fallado en imitar a los malos; sino que he esperado en ti, aguardando la ventilación de tu última cosecha.

22. [vers. 22.] Redime, Dios, a Israel de todas sus tribulaciones: redime, Dios, a tu pueblo, que has preparado para tu visión, de sus tribulaciones, no solo las que sufre externamente, sino también las que soporta internamente.

EN EL SALMO XXV

EXPLICACIÓN I. De David mismo.

1. [vers. 1.] De David mismo, no al mediador humano Cristo Jesús, sino a toda la Iglesia ya perfectamente establecida en Cristo, se le puede atribuir.

2. Júzgame, Señor, porque he caminado en mi inocencia; júzgame, Señor, porque después de la misericordia que me has otorgado, tengo algún mérito en mi inocencia, cuyo camino he guardado. Y confiando en el Señor no seré movido: sin embargo, tampoco así en mí, sino confiando en el Señor, permaneceré en él.

3. [vers. 2, 3.] Prueba, Señor, y examíname: para que nada de mis secretos me sea oculto, prueba, Señor, y examíname; haciéndome conocido, no a ti que nada te es oculto, sino a mí y a los hombres. Quema mis riñones y mi corazón: aplica un purgatorio medicinal, como fuego, a mis deleites y pensamientos, porque tu misericordia está ante mis ojos: porque para no ser consumido por ese fuego, no mis méritos, sino tu misericordia, que me ha conducido a tal vida, está ante mis ojos. Y me he complacido en tu verdad: y porque mi mentira me ha disgustado, pero tu verdad me ha complacido, también yo he complacido con ella y en ella.

4. [vers. 4.] No me he sentado con el consejo de la vanidad: no he elegido poner mi corazón en aquellos que intentan prever cómo, lo que no puede ser, ser felices con el disfrute de cosas pasajeras. Y no entraré con los que obran iniquidad: y porque esa es la causa de todas las iniquidades, por eso no tendré una conciencia oculta con los que obran iniquidad.

5. [vers. 5.] He odiado la congregación de los malignos: pero para llegar a ese consejo de vanidad, se forman congregaciones de malignos, que he odiado. Y no me sentaré con los impíos: y por eso con tal consejo, no me sentaré con los impíos, es decir, no estableceré un acuerdo. Y no me sentaré con los impíos.

6. [vers. 6.] Lavaré mis manos en inocentes: haré puras mis obras entre los inocentes; lavaré mis manos entre los inocentes, con las que abrazaré tus cosas sublimes. Y rodearé tu altar, Señor.
7. [vers. 7.] Para escuchar la voz de tu alabanza: para aprender cómo alabarte. Y narraré todas tus maravillas: y cuando haya aprendido, expondré todas tus maravillas.
8. [vers. 8.] Señor, he amado la belleza de tu casa: de tu Iglesia. Y el lugar de la morada de tu gloria: donde habitando eres glorificado.
9. [vers. 9.] No pierdas con los impíos mi alma: no me pierdas, pues, junto con aquellos que te odian, mi alma, que ha amado la belleza de tu casa. Y con los hombres de sangre mi vida: y con aquellos que odian al prójimo. Pues tu casa se adorna con dos preceptos.
10. [vers. 10.] En cuyas manos hay iniquidades: no me pierdas, pues, con los impíos y con los hombres de sangre, cuyas obras son iniquas. Su derecha está llena de regalos: y lo que se les ha dado para obtener la salvación eterna, lo han convertido en recibir los regalos de este siglo, pensando que la piedad es ganancia (I Tim. VI, 5).
11. [vers. 11.] Pero yo he caminado en mi inocencia: redímeme y ten misericordia de mí: que me valga para la perfección de la liberación, tan gran precio de la sangre de mi Señor; y en los peligros de esta vida, que tu misericordia no me abandone.
12. [vers. 12.] Mi pie ha estado en rectitud: mi amor no se ha apartado de tu justicia. En las Iglesias te bendeciré, Señor: no ocultaré a aquellos que has llamado tu bendición, Señor; porque a tu amor añado el amor al prójimo.

EXPLICACIÓN II. SERMON A LA GENTE.

1. Cuando se leía el apóstol Pablo, escuchó con nosotros vuestra Santidad: Como es, dice, la verdad en Jesús, despojaos según la anterior conducta del viejo hombre, el que se corrompe según las concupiscencias del engaño; renovaos en el espíritu de vuestra mente, y vestíos del nuevo hombre que ha sido creado según Dios en justicia y santidad de la verdad (Efes. IV, 21-24). Y para que nadie pensara que debía despojarse de alguna sustancia, como se quita una túnica; o que debía recibir algo externo, como se recibe una vestimenta, como si se quitara una túnica y se tomara otra; y este entendimiento carnal no permitiera a los hombres actuar en su interior espiritualmente lo que el Apóstol ordenaba: continuó y explicó qué era despojarse del viejo hombre y vestirse del nuevo. Pues el resto de la lectura pertenece al mismo entendimiento. Dice como si alguien preguntara: ¿Y cómo me despojaré del viejo, o cómo me vestiré del nuevo? ¿Seré yo mismo el tercer hombre que despojará al viejo hombre, que tenía, y tomará al nuevo, que no tenía; para que se entiendan tres hombres, y haya en medio quien despoje al viejo hombre y tome al nuevo? para que nadie, impedido por tal pensamiento carnal, haga menos de lo que se le ordena, y no haciendo se excuse por la oscuridad de la lectura, dice en lo siguiente: Por lo cual, desechando la mentira, hablad verdad. Y he aquí que esto es despojarse del viejo hombre y vestirse del nuevo: Por lo cual, desechando la mentira, hablad verdad cada uno con su prójimo: porque somos miembros los unos de los otros (Efes. IV, 25).

2. Pero que ninguno de vosotros piense así, hermanos, que con el cristiano se debe hablar la verdad y con el pagano la mentira. Habla con tu prójimo. Tu prójimo es aquel que nació contigo de Adán y Eva. Todos somos prójimos por la condición de la naturaleza terrenal: pero de otra manera hermanos por la esperanza de la herencia celestial. Debes considerar

prójimo a todo hombre, incluso antes de que sea cristiano. Pues no sabes qué es ante Dios, cómo lo ha previsto Dios lo ignoras. A veces aquel a quien ridiculizas adorando piedras, se convierte y adora a Dios, tal vez más religiosamente que tú, que poco antes lo ridiculizabas. Por lo tanto, nuestros prójimos están ocultos en estos hombres que aún no están en la Iglesia; y están lejos de nosotros ocultos en la Iglesia. Por eso, quienes no conocemos el futuro, tengamos a cada uno como prójimo, no solo por la condición de la mortalidad humana, por la cual hemos llegado a esta tierra con la misma suerte; sino también por la esperanza de aquella herencia, porque no sabemos qué será el que ahora no es nada.

3. Por lo tanto, prestad atención a lo demás en vestirse del nuevo hombre y despojarse del viejo. Desechando, dice, la mentira, hablad verdad cada uno con su prójimo: porque somos miembros los unos de los otros. Airaos, pero no pequéis. Si te enojas con tu siervo porque pecó: no peques tú mismo, enójate contigo. No se ponga el sol sobre vuestra ira (Efes. IV, 26): se entiende ciertamente según el tiempo, hermanos; porque aunque por la misma condición humana y la debilidad de la mortalidad, que llevamos, se infiltra la ira en el cristiano, no debe ser mantenida por mucho tiempo y hacerse del día anterior. Expúlsala del corazón antes de que se ponga esta luz visible, para que no te abandone aquella luz invisible. Pero también se entiende bien de otra manera, porque nuestro sol de justicia es la verdad Cristo, no este sol que es adorado por los paganos y maniqueos, y que también es visto por los pecadores; sino aquel otro cuya verdad ilumina la naturaleza humana, en quien se alegran los ángeles, pero la débil visión del corazón humano, aunque tiembla bajo sus rayos, se purifica para contemplarlo a través de los mandamientos. Cuando este sol comience a habitar en el hombre por la fe, no debe prevalecer tanto la ira que nace en ti, que se ponga sobre tu ira, es decir, que Cristo abandone tu mente; porque Cristo no quiere habitar con tu ira. Pues parece que él se pone de ti, cuando tú te apartas de él: porque la ira cuando se envejece, se convierte en odio; cuando se convierte en odio, ya eres homicida. Pues todo el que odia a su hermano es homicida (I Juan III, 15), como dice el apóstol Juan. También él dice, porque todo el que odia a su hermano, permanece en tinieblas (Id. II, 9): y no es de extrañar si aquel permanece en tinieblas, de quien se pone el sol.

4. A esto tal vez también se refiere lo que habéis escuchado en el Evangelio: El barco estaba en peligro en el lago, y Jesús dormía (Luc. VIII, 23). Navegamos por un lago, y no faltan el viento y las tormentas: con las tentaciones diarias de este mundo, casi se llena nuestro barco. ¿De dónde viene esto, sino porque Jesús duerme? Si Jesús no durmiera en ti, no sufrirías estas tempestades; pero tendrías tranquilidad interior, con Jesús despierto contigo. ¿Qué significa, entonces, que Jesús duerme? Tu fe en Jesús se ha adormecido. Se levantan las tormentas de este lago, ves a los malos florecer, a los buenos sufrir; es una tentación, es un fruto. Y dice tu alma: Oh Dios, ¿es esta tu justicia, que los malos florezcan, los buenos sufran? Dices a Dios: ¿Es esta tu justicia? Y Dios te dice: ¿Es esta tu fe? ¿Te prometí esto? ¿Te hiciste cristiano para florecer en este mundo? ¿Te atormentas porque aquí florecen los malos, que después serán atormentados con el diablo? Pero, ¿de dónde dices esto? ¿de dónde te turbas con las olas del lago y la tormenta? Porque Jesús duerme, es decir, porque tu fe en Jesús está adormecida en tu corazón. ¿Qué haces para liberarte? Despierta a Jesús, y di, Maestro, perecemos (Ibid., 24). Pues las incertidumbres del lago te conmueven: perecemos. Él despertará, es decir, tu fe volverá a ti; y con su ayuda, considerarás en tu alma, que lo que se da ahora a los malos, no permanecerá con ellos: o los abandona mientras viven, o los abandona cuando mueren; pero lo que se te promete, permanecerá para siempre. Lo que se les concede temporalmente, pronto se les quita. Pues floreció como la flor del heno. Toda carne es heno: el heno se seca, y la flor cae: pero la palabra del Señor permanece para siempre (Isai. XL, 6, 8). Pon, pues, tu espalda a lo que cae, y tu rostro a lo que permanece. Con Cristo

despierto, ya no te sacudirá esa tempestad en tu corazón, no llenarán las olas tu barco: porque tu fe manda a los vientos y las olas, y pasará el peligro. A esto se refiere, hermanos, todo lo que dice el Apóstol, sobre despojarse del viejo hombre. Airaos, pero no pequéis: no se ponga el sol sobre vuestra ira: ni deis lugar al diablo: el viejo, pues, daba lugar, el nuevo no lo da. El que robaba, ya no robe (Efes. IV, 26-28): el viejo, pues, robaba, el nuevo no robe. Es el mismo hombre, es un solo hombre: era Adán, sea Cristo: era viejo, sea nuevo; y lo demás que sigue allí.

5. Pero veamos el Salmo un poco más detenidamente, porque cuando alguien progresa en la Iglesia, es necesario que sufra a los malos en la Iglesia. Pero no los conoce quien es tal; aunque muchos malos murmuren contra los malos, como más fácilmente uno sano soporta a dos enfermos, que dos enfermos se soportan mutuamente. Por lo tanto, esto ordenamos, hermanos, la Iglesia de este tiempo es una era: lo hemos dicho muchas veces, lo decimos muchas veces, Y tiene paja y trigo. Que nadie busque salir de toda la paja, sino en el tiempo de la ventilación. Que nadie antes del tiempo de la ventilación abandone la era, como si no quisiera sufrir a los pecadores: para que no, encontrado fuera de la era, sea recogido primero por las aves, antes de entrar en el granero. Pero, ¿cómo decimos esto, hermanos? Prestad atención. Cuando los granos comienzan a ser trillados, entre las pajas ya no se tocan; así como si no se conocieran, porque la paja se interpone. Y cualquiera que mire la era desde lejos, piensa que es solo paja: a menos que mire más de cerca, a menos que extienda la mano, a menos que con el espíritu de la boca, es decir, con el sople purificador, distinga, difícilmente llega a la distinción de los granos. Por lo tanto, a veces los mismos granos están así, como separados unos de otros, y no se tocan, que cualquiera que haya progresado, piensa que está solo. Esta idea, hermanos, tentó a Elías, un hombre tan grande (III Reg. XIX, 10); y dijo a Dios, como también el Apóstol recuerda: Tus profetas han sido muertos, tus altares han sido derribados, y yo he quedado solo, y buscan mi vida. Pero, ¿qué le dice la respuesta divina? Me he reservado siete mil hombres, que no han doblado la rodilla ante Baal (Rom. XI, 3 y 4). No le dijo: Tienes otros dos o tres como tú. No pienses, dice, que estás solo. Hay otros siete mil, y ¿te piensas solo? Por lo tanto, esto brevemente ordenamos, como comencé a decir. Que la fraternidad de vuestra Santidad preste atención conmigo, y que la misericordia de Dios esté en nuestros corazones, para que así se entienda por vosotros, que fructifique, y obre en vosotros. Escuchad brevemente: Cualquiera que aún sea malo, no piense que no hay nadie bueno: cualquiera que sea bueno, no piense que es el único bueno. ¿Lo entendéis? He aquí que repito, ved que digo: Cualquiera que sea malo, interrogando su conciencia, y mal informándose a sí mismo, no piense que no hay nadie bueno: cualquiera que sea bueno, no piense que es el único bueno; y no tema el bueno en la mezcla de los malos, porque vendrá el tiempo en que será separado. Para esto hemos cantado hoy, No pierdas con los impíos mi alma, y con los hombres de sangre mi vida. Pues, ¿qué significa, No pierdas con los impíos? No pierdas juntos. ¿Por qué teme que no pierda juntos? Pues veo que se ha dicho a Dios, que ahora nos soportas juntos, a quienes soportas juntos, no nos pierdas juntos. Y esto tiene todo el salmo, que quiero considerar brevemente con vuestra Santidad, porque es breve.

6. [vers. 1.] Júzgame, Señor: desea votos molestos y casi peligrosos para sí mismo, para ser juzgado. ¿Qué significa ser juzgado lo que desea? Desea ser separado de los malos. En otro lugar dice claramente sobre ese juicio de separación: Júzgame, Señor, y discierne mi causa de la gente no santa (Sal. XLII, 1). Muestra qué ha dicho, Júzgame: no como sin juicio (porque ahora tanto buenos como malos entran en la Iglesia) tanto buenos como malos vayan al fuego eterno. Júzgame, Señor. ¿Por qué? Porque he caminado en mi inocencia, y confiando en el Señor no seré movido. ¿Qué significa, confiando en el Señor? Pues aquel titubea entre los malos, que no confía en el Señor; de aquí se ha hecho que se produzcan cismas. Temieron

entre los malos, siendo ellos mismos peores, y como si no quisieran ser buenos entre los malos. Oh, si fueran granos, hasta el tiempo de la ventilación tolerarían la paja en la era. Pero porque eran paja, sopló el viento antes de la misma ventilación, y llevó la paja de la era, y la arrojó a las espinas. Y la paja ciertamente fue arrojada de allí: pero, ¿acaso lo que quedó es solo grano? No vuela antes de la ventilación sino la paja, pero queda tanto el grano como la paja; sin embargo, la paja será ventilada cuando llegue el tiempo de la ventilación. Esto dijo este: He caminado en mi inocencia, y confiando en el Señor no seré movido. Pues si confío en el hombre, veré tal vez a ese hombre alguna vez viviendo mal, y no siguiendo los caminos que aprendió o enseña en la Iglesia como buenos, sino los que siguiendo la enseñanza del diablo ha seguido; y porque mi esperanza estará en el hombre, titubeando el hombre titubará mi esperanza, y cayendo el hombre caerá mi esperanza: pero porque confío en el Señor, no seré movido.

7. [vers. 2.] Sigue, Prueba, Señor, y examínate; quema mis riñones y mi corazón. ¿Qué significa, quema mis riñones y mi corazón? Quema mis deleites, quema mis pensamientos (corazón por pensamientos, riñones por deleites ha puesto) para que no piense nada malo, para que nada malo me deleite. ¿De dónde quemarás mis riñones? Con el fuego de tu palabra. ¿De dónde quemarás mi corazón? Con el calor de tu espíritu. De qué calor se dice en otro lugar: Y no hay quien se esconda de su calor (Sal. XVIII, 7): y de qué fuego el Señor dice: Fuego vine a traer a la tierra (Luc. XII, 49).

8. [vers. 3.] Por lo tanto, sigue, Porque tu misericordia está ante mis ojos, y me he complacido en tu verdad: esto es, no me he complacido en el hombre, sino que me he complacido en ti interiormente, donde tú ves; y no temo si desagrado donde los hombres ven, como dice el Apóstol, Pero pruebe cada uno su obra, y entonces tendrá gloria solo en sí mismo, y no en otro (Gal. VI, 4).

9. [vers. 4, 5.] No me he sentado, dice, con el consejo de la vanidad. ¿Qué significa esto, No me he sentado? Que Vuestra Santidad preste atención. Como ve Dios, dice no me he sentado. A veces no estás en el consejo, y allí te sientas. Por ejemplo, no te sientas en el teatro, pero piensas en cosas teatrales, contra las cuales se ha dicho, Quema mis riñones: allí te sientas de corazón, aunque no estés allí de cuerpo. Puede suceder que te retengan por alguna razón, y te reúnan allí, o que algún deber piadoso te haga sentarte allí. ¿Cómo puede suceder esto? Sucede por un deber de piedad que el siervo de Dios tenga la necesidad de estar en el anfiteatro; quería liberar a no sé qué gladiador, podría suceder que se sentara y esperara hasta que saliera aquel a quien deseaba liberar. He aquí que no se sentó en el consejo de la vanidad, aunque allí de cuerpo pareciera estar sentado. ¿Qué significa sentarse? Consentir con los que allí se sientan: si no lo haces presente, no te has sentado allí: si lo haces ausente, te has sentado allí. Y con los que obran iniquidad no entraré. Odié la congregación de los malignos. Veis que está dentro. Y con los impíos no me sentaré.

10. [vers. 6.] Lavaré mis manos en la inocencia: no con esta agua visible. Lavas tus manos cuando piensas piadosamente en tus obras, e inocentemente ante los ojos de Dios: porque hay un altar ante los ojos de Dios, al que entró el sacerdote, que por nosotros se ofreció primero. Hay un altar celestial, y no lo abraza sino quien lava sus manos en la inocencia. Pues muchos tocan este altar indignamente, y Dios tolera que sus sacramentos sufran injuria por un tiempo. Pero, hermanos míos, ¿será la Jerusalén celestial como estos muros? No como eres recibido con los malos dentro de estos muros de la iglesia, así serás recibido con los malos en el seno de Abraham: no temas, lava tus manos. Y rodearé el altar del Señor: donde ofreces votos al Señor, donde derramas oraciones, donde tu conciencia está pura, donde dices a Dios quién

eres; y si hay algo en ti que desagrade a Dios, lo cura aquel a quien confiesas. Lava, pues, tus manos en la inocencia, y rodea el altar del Señor, para que escuches la voz de la alabanza.

11. [vers. 7.] Pues sigue, Para que escuche la voz de la alabanza, y narre todas tus maravillas. ¿Qué significa, Para que escuche la voz de la alabanza? Para que entienda, dice. Esto es escuchar ante Dios, no como estos sonidos, que muchos oyen, y muchos no oyen. ¡Cuántos nos oyen, y son sordos para Dios! ¡Cuántos tienen oídos, y no tienen esos oídos de los que dice Jesús: Quien tenga oídos para oír, que oiga (Mat. XIII, 9)! Entonces, ¿qué significa escuchar la voz de la alabanza? Lo diré si puedo, con la ayuda de la misericordia del Señor, y vuestras oraciones. Escuchar la voz de la alabanza es entender internamente que todo lo malo en ti por los pecados es tuyo; todo lo bueno en las justificaciones es de Dios. Así escucha la voz de la alabanza, para que no te alabes a ti mismo incluso cuando eres bueno: pues alabándote a ti mismo bueno, te vuelves malo; porque la humildad te había hecho bueno, la soberbia te hace malo. Te convertiste para ser iluminado, y por tu conversión te hiciste luminoso, te hiciste iluminado por la conversión. Pero, ¿hacia dónde? ¿Acaso hacia ti? Si al convertirte a ti mismo pudieras ser iluminado, nunca podrías ser oscurecido, porque siempre estarías contigo. ¿Por qué fuiste iluminado? Porque te convertiste a algo que tú no eras. ¿Qué es eso que tú no eras? Dios es luz. Pues no eras luz, porque eras pecador. Dice el Apóstol a aquellos a quienes quiere que escuchen la voz de la alabanza: Porque en otro tiempo erais tinieblas, ahora sois luz (Efes. V, 8). ¿Qué significa, Porque en otro tiempo erais tinieblas, sino hombres viejos? Ahora sois luz: no sin razón sois luz, quienes ya fuisteis tinieblas, sino porque habéis sido iluminados. No pienses que tú mismo eres la luz: esa es la luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo (Juan I, 9); pero tú por ti mismo, por tu mala voluntad, por tu aversión, estabas oscurecido, ahora luces. Pero añadió de inmediato, para que no se enorgullecieran aquellos a quienes se les dijo, Ahora sois luz, y añadió, en el Señor. Así dice, Porque en otro tiempo erais tinieblas, ahora sois luz en el Señor. Entonces, si fuera del Señor, no eres luz: pero si eres luz porque estás en el Señor; ¿qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido? Pues esto mismo dice el Apóstol en otro lugar a los hombres que se enorgullecen, y quieren atribuirse lo que es de Dios, y gloriarse del bien como si fuera suyo, esto les dice: ¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido? (I Cor. IV, 7). Quien dio al humilde, quita al soberbio: porque quien dio, puede quitar. A esto se refiere, hermanos, si he expuesto lo que quería, lo he expuesto tanto como pude, aunque no tanto como quería, a esto se refiere lo que dice, Lavaré mis manos en la inocencia, y rodearé tu altar, Señor, para que escuche la voz de tu alabanza: es decir, no presuma de mi bien de mí mismo, sino de ti que lo diste, para que no quiera ser alabado de mí en mí, sino de ti en ti. Por eso sigue, Para que escuche la voz de tu alabanza, y narre todas tus maravillas: no las mías, sino las tuyas.

12. [vers. 8, 9.] Y ya vean, hermanos, vean a aquel amante de Dios confiando en Dios, puesto entre los malos, rogando a Dios que no sea destruido con los malos, porque Dios no se equivoca al juzgar. Pues cuando ves a los hombres entrar en un mismo lugar, piensas que son del mismo mérito: pero Dios no se engaña, no temas. Tú, juzgando por el viento, distingues la paja del trigo: quieres que sople el viento para ti, y tú no eres viento, pero deseas que sople el viento para ti: y cuando con el aventador has sacudido ambos, el viento se lleva lo ligero, lo pesado permanece. Buscas, pues, el viento para juzgar la era. ¿Acaso Dios busca a otro que juzgue con Él, para no perder con los malos a los buenos? No temas, entonces; sé seguro siendo bueno, incluso en medio de los malos; y di lo que escuchas, Señor, amé la belleza de tu casa. La casa de Dios es la Iglesia; aún tiene malos, pero la belleza de la casa de Dios está en los buenos, está en los santos: amé esa belleza de tu casa. Y el lugar de la morada de tu

gloria. ¿Qué significa esto? Y esto diré, pertenece a ese sentido algo oscuro: que el Señor me ayude, y la intención de vuestro corazón inspirada por el mismo Señor. ¿Qué dice, el lugar de la morada de tu gloria? Dijo antes, la belleza de tu casa: y explica qué es la belleza de la casa de Dios, El lugar, dice, de la morada de tu gloria. No basta con decir, El lugar de la morada de Dios, sino, El lugar de la morada de la gloria de Dios. ¿Cuál es la gloria de Dios? De la que hablaba poco antes, para que quien se hace bueno, no se gloríe en sí mismo, sino en el Señor (I Cor. I, 31). Pues todos pecaron, y carecen de la gloria de Dios (Rom. III, 23). En quienes, entonces, habita el Señor de tal manera que incluso de sus bienes Él se glorifica, para que no quieran atribuirse a sí mismos, y reclamar como propio lo que de Él recibieron, ellos pertenecen a la belleza de la casa de Dios. La Escritura no querría distinguirlos, sino porque hay algunos que tienen el don de Dios, y no quieren gloriarse en Dios, sino en sí mismos: tienen el don de Dios, pero no pertenecen a la belleza de la casa de Dios. Pues quienes pertenecen a la belleza de la casa de Dios, en quienes habita la gloria de Dios, ellos son el lugar de la morada de la gloria de Dios. ¿En quiénes habita la gloria de Dios, sino en quienes se glorían de tal manera que no se glorían en sí mismos, sino en el Señor? Entonces, porque amé la belleza de tu casa, es decir, a todos los que están allí y buscan tu gloria; pero también no presumí en el hombre, y no consentí con los impíos, y no entraré, y no me sentaré en su congregación; porque así estuve en la Iglesia de Dios, ¿qué me retribuirás? Sigue lo que respondemos: No destruyas con los impíos mi alma, y con los hombres sanguinarios mi vida.

13. [vers. 10-12.] En cuyas manos hay iniquidades, su diestra está llena de sobornos: los sobornos no son solo dinero, no solo oro y plata, no solo regalos; ni todos los que los reciben, reciben sobornos. A veces se reciben de la Iglesia. Lo que digo, Pedro lo recibió, el Señor lo recibió, tuvo una bolsa, Judas se llevaba lo que se ponía en ella. Pero, ¿qué significa recibir sobornos? Alabar a un hombre por los sobornos, adular a un hombre, halagar con lisonjas, juzgar contra la verdad por los sobornos. ¿Por qué sobornos? No solo por oro y plata y algo de este tipo, sino también por la alabanza quien juzga mal, recibe un soborno, y un soborno que no hay nada más vano. Pues abrió su mano para recibir el juicio de la lengua ajena, y perdió el juicio de su conciencia. Entonces, en cuyas manos hay iniquidades, su diestra está llena de sobornos. Veis, hermanos, que están ante Dios, y en cuyas manos no hay iniquidades, ni su diestra está llena de sobornos, ciertamente están ante Dios, y no pueden decir sino a Dios, Tú sabes: no pueden decir sino a Él: No destruyas con los impíos mi alma, y con los hombres sanguinarios mi vida; quien solo puede ver, porque no reciben sobornos. Por ejemplo, sucede que dos hombres tienen un caso ante el siervo de Dios; nadie dice sino que su causa es justa; pues si pensara que su causa es injusta, no buscaría un juez. Y él cree que tiene una causa justa, y él también. Vienen al juez. Antes de que se pronuncie la sentencia, ambos dicen: Aceptamos tu juicio; lo que juzgues, no lo rechazaremos. ¿Y tú qué dices? Juzga lo que quieras, solo juzga: si en algo me opongo, sea anatema. Ambos aman al juez antes de que juzgue. Pero cuando se ha dicho la sentencia, será contra uno; y ninguno de ellos sabe contra quién será. Entonces, si quiere agradar a ambos, recibe el soborno de la alabanza de los hombres. Pero al recibir este soborno, vean qué soborno pierde. Recibe lo que suena, y pasa: pierde lo que se dice, y nunca pasa. La palabra de Dios siempre se dice, nunca pasa: la palabra del hombre tan pronto como se dice, pasa. Sostiene lo vano, deja lo sólido. Pero si mira a Dios, pronunciará la sentencia contra uno, considerando a Dios, bajo cuyo juez la pronuncia. Pero aquel contra quien se pronunció, y si ya no puede ser quebrantado, porque está retenido por derecho, tal vez no eclesiástico, sino de los príncipes del siglo, que tanto han confiado en la Iglesia, que lo que se juzgue en ella no puede ser disuelto; si, pues, no puede ser quebrantado, ya no quiere mirarse a sí mismo, y dirige sus ojos ciegos al juez, lo difama cuanto puede. Quiso agradarle, dice, favoreció al rico, o recibió algo de él, o temió ofenderlo. Acusa como si se hubieran recibido sobornos. Pero si el pobre tiene contra el rico, y se juzga

a favor del pobre; dice también el rico, Recibió sobornos. ¿Qué sobornos del pobre? Vio, dice, al pobre, y para no ser reprendido por haber hecho algo contra el pobre, oprimió la justicia, y pronunció la sentencia contra la verdad. Entonces, cuando es necesario que esto se diga, vean que no puede ser dicho por aquellos que no reciben sobornos, sino ante los ojos de Dios, quien solo ve quién recibe, y quién no recibe: Pero yo en mi inocencia he caminado, redímeme, y ten misericordia de mí: mi pie ha estado en rectitud. He sido sacudido por todas partes por escándalos y tentaciones de quienes reprenden el juicio con temeridad humana: pero mi pie ha estado en rectitud. ¿Por qué en rectitud? Porque antes había dicho: Y confiando en el Señor no seré movido.

14. ¿Qué concluye entonces? En las Iglesias te bendeciré, Señor. Es decir, en las Iglesias no me bendeciré a mí mismo, como seguro de los hombres, sino que te bendeciré a ti en mis obras. Pues esto es bendecir a Dios en las Iglesias, hermanos, vivir de tal manera que por las costumbres de cada uno se bendiga a Dios. Pues quien bendice al Señor con la lengua, y con hechos lo maldice, no bendice al Señor en las Iglesias. Casi todos bendicen con la lengua, pero no todos con los hechos. Algunos bendicen con la voz, otros con las costumbres. Pero en quienes no se encuentra en sus costumbres lo que dicen, hacen que Dios sea blasfemado, para que aquellos que aún no entran en la Iglesia, aunque amen sus pecados, y por eso no quieran ser cristianos, sin embargo se excusen por los malos, para halagarse a sí mismos, engañándose a sí mismos, y digan: ¿Por qué me persuades para que sea cristiano? Yo sufrí fraude de un cristiano, y nunca lo hice; un cristiano me juró en falso, y yo nunca. Y cuando dicen estas cosas, se ven impedidos de la salvación: para que nada les aproveche, no porque ya sean buenos, sino porque son medianamente malos. Pues como no sirve de nada abrir los ojos, si uno está en tinieblas: así no sirve de nada estar en la luz, si los ojos están cerrados. Así también el pagano (para hablar de aquellos que parecen vivir bien) está con los ojos abiertos en las tinieblas; porque no reconoce su luz al Señor: pero el cristiano que vive mal, está en la luz, no de otro que de Dios, pero con los ojos cerrados. Pues viviendo mal no quiere ver a aquel en cuyo nombre está como ciego en la luz, sin ser animado por la visión de la verdadera luz.

EN EL SALMO XXVI

EXPOSICIÓN I. De David, antes de ser ungido.

1. [vers. 1.] Habla el novato de Cristo, cuando se acerca a la fe. El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré? El Señor me dará tanto conocimiento de sí mismo como salvación, ¿quién me apartará de Él? El Señor es el protector de mi vida, ¿de quién temeré? El Señor rechazará todos los ataques e insidias de mi enemigo, de nadie temeré.

2. [vers. 2.] Cuando se acercan a mí los malhechores, para devorar mi carne: cuando se acercan a conocerme los malhechores, e insultarme, para preferirse a mí que me cambio a mejor; para que no me consuman con su diente maldiciente, sino más bien mis deseos carnales. Mis enemigos que me afligen: no solo los que me afligen con ánimo amigo reprendiéndome, y queriendo apartarme de mi propósito, sino también mis enemigos. Ellos se debilitaron y cayeron: mientras hacen esto con el afán de defender su opinión, se debilitaron para creer en cosas mejores; y comenzaron a odiar la palabra de salvación, por la cual hago lo que les desagrada.

3. [vers. 3.] Si se levantan contra mí ejércitos, no temerá mi corazón: pero si se levanta contra mí la multitud conspiradora de los que contradicen, no temerá mi corazón, para que me pase a

sus partes. Si se levanta contra mí guerra, en esto confiaré: si se levanta contra mí la persecución de este siglo, en esta petición que pienso, fijaré mi esperanza.

4. [vers. 4.] Una cosa he pedido al Señor, esta buscaré: una sola petición he pedido al Señor, esta buscaré. Que habite en la casa del Señor todos los días de mi vida: que mientras esté en esta vida, ninguna adversidad me excluya del número de aquellos que mantienen la unidad y la verdad de la fe del Señor por todo el mundo. Para contemplar la belleza del Señor: con el fin, ciertamente, de que perseverando en la fe me aparezca la especie deleitable, que contemple cara a cara. Y ser protegido en su templo: y absorbida la muerte en victoria, sea revestido de inmortalidad, hecho su templo.

5. [vers. 5.] Porque me escondió en su tabernáculo en el día de mis males: porque me escondió en la dispensación del Verbo encarnado en el tiempo de las tentaciones, a las que está sujeta mi vida mortal. Me protegió en el secreto de su tabernáculo: me protegió, creyendo de corazón para justicia (Rom. X, 10).

6. [vers. 6.] En la roca me exaltó: y para que también se hiciera manifiesto para salvación, lo que creí, en su firmeza hizo que mi confesión se destacara. Y ahora he aquí que ha exaltado mi cabeza sobre mis enemigos: ¿qué me reserva para el final, cuando incluso ahora, aunque el cuerpo está muerto a causa del pecado (Rom. VIII, 10), siento que mi mente sirve a la ley de Dios, y no es llevada cautiva bajo la ley rebelde del pecado (Id. VII, 22, etc.)? He rodeado, y he ofrecido en su tabernáculo sacrificio de júbilo: he considerado el mundo creyente en Cristo; y en lo que Dios se humilló temporalmente por nosotros, gozoso lo he alabado: pues tal sacrificio le agrada. Cantaré y salmodiaré al Señor: con corazón y obra me alegraré en el Señor.

7. [vers. 7.] Escucha, Señor, mi voz, con la que clamé a ti: escucha, Señor, la voz interior, que con fuerte intención dirigí a tus oídos. Ten misericordia de mí, y escúchame: ten misericordia de mí, y escúchame en ella.

8. [vers. 8.] A ti dijo mi corazón: Busqué tu rostro. Pues no me he mostrado a los hombres; sino en secreto donde solo tú escuchas, a ti dijo mi corazón: Busqué no de ti algún premio fuera de ti, sino tu rostro. Tu rostro, Señor, buscaré: a esta búsqueda perseverantemente me dedicaré; pues no busco algo vil, sino tu rostro, Señor, buscaré, para amarte gratuitamente, porque no encuentro algo más precioso.

9. [vers. 9.] No apartes tu rostro de mí: para que encuentre lo que busco. No te alejes en ira de tu siervo: no sea que, buscándote, caiga en otra cosa. Pues, ¿qué castigo es más grave para quien ama y busca la verdad de tu rostro? Sé mi ayudador: ¿cuándo encontraré esto, si no me ayudas? No me abandones, ni me desprecies, Dios de mi salvación: no desprecies lo que un mortal se atreve a buscar eternamente; pues como Dios sanas la herida de mi pecado.

10. [vers. 10.] Porque mi padre y mi madre me abandonaron: porque el reino de este mundo y la ciudad de este siglo, de los cuales nací temporal y mortalmente, me abandonaron al buscarte, y despreciar lo que prometían, ya que no podían darme lo que busco. Pero el Señor me acogió: el Señor, que puede darme a sí mismo, me acogió.

11. [vers. 11.] Establece para mí una ley, Señor, en tu camino: a ti, que tiendo, y que comienzo con tanto empeño a llegar a la sabiduría desde el temor, establece para mí una ley, Señor, en tu camino, para que tu disciplina no me abandone al errar. Y guíame por la senda

recta a causa de mis enemigos: y guíame en la rectitud de sus angustias; pues no basta comenzar, ya que los enemigos no descansan hasta que se llegue.

12. [vers. 12.] No me entregues a las almas de los que me afligen: no permitas que los que me afligen se sacien de mis males. Porque se levantaron contra mí testigos inicuos: porque se levantaron contra mí diciendo falsedades sobre mí, para apartarme y alejarme de ti, como si buscara la gloria de los hombres. Y la iniquidad se ha mentido a sí misma. Así, la iniquidad se ha deleitado en su mentira. Pues no me ha movido, a quien por esto se le ha prometido una mayor recompensa en los cielos.

13. [vers. 13.] Creo que veré los bienes del Señor, en la tierra de los vivientes: y porque mi Señor sufrió esto antes; si yo también desprecio las lenguas de los que mueren (Porque la boca que miente mata el alma [Sab. I, 11]), creo que veré los bienes del Señor en la tierra de los vivientes, donde no hay lugar para la falsedad.

14. [vers. 14.] Espera en el Señor, actúa con valentía: y se fortalecerá tu corazón, y espera en el Señor. Pero, ¿cuándo será esto? Es arduo para el mortal, lento para el amante: pero escucha la voz que no engaña diciendo: Espera en el Señor. Soporta la quemadura de los riñones con valentía, y la quemadura del corazón con fortaleza: no pienses que se te ha negado lo que aún no recibes. No desfallezcas por desesperación, mira que se ha dicho: Espera en el Señor.

ENARRATIO II. SERMO AD PLEBEM.

1. El Señor nuestro Dios, hablándonos y consolándonos, ciertamente a quienes mira con su justo juicio para que comamos el pan con el sudor de nuestro rostro (Gén. III, 19), se digna hablar desde nosotros a nosotros, para mostrar que no solo es nuestro creador, sino también habitante. Estas voces del Salmo, que hemos escuchado y en parte cantado, si decimos que son nuestras, es de temer cómo decimos la verdad: pues son voces más del Espíritu de Dios que nuestras. Nuevamente, si decimos que no son nuestras, ciertamente mentimos. No hay gemido sino de los que trabajan: o toda esta voz, que aquí sonó, llena de dolor y lágrimas, puede ser de quien nunca puede ser miserable. Por tanto, el Señor misericordioso, nosotros miserables: el misericordioso se dignó hablar a los miserables, también se digna usar la voz de los miserables. Así, ambas cosas son verdaderas, que es nuestra voz, y que no es nuestra; y que es la voz del Espíritu de Dios, y que no es de él. Es la voz del Espíritu de Dios, porque no diríamos esto sin su inspiración: pero no es de él, porque él no es miserable, ni trabaja. Sin embargo, estas son voces de los miserables y de los que trabajan. Nuevamente, son nuestras, porque son voces que indican nuestra miseria: también no son nuestras, porque por su don merecemos gemir.

2. [vers. 1.] Salmo de David antes de ser ungido. Esto tiene el título del Salmo: Salmo de David antes de ser ungido, es decir, antes de ser consagrado. Pues fue ungido para ser rey (1 Sam. XVI, 13). Y solo entonces se ungía al rey y al sacerdote: estas dos personas eran unguidas en aquel tiempo. En estas dos personas se prefiguraba el futuro único rey y sacerdote, en ambos oficios un solo Cristo, y por eso Cristo del crisma. Pero no solo nuestra cabeza fue unguida, sino también su cuerpo, nosotros mismos. Él es rey, porque nos gobierna y guía; sacerdote, porque intercede por nosotros (Rom. VIII, 34). Y ciertamente solo él fue tal sacerdote, que él mismo fue también el sacrificio. Ofreció a Dios no otra cosa que a sí mismo. No encontraría fuera de sí una víctima racional purísima, como cordero inmaculado redimiéndonos con su sangre derramada, incorporándonos a él, haciéndonos sus miembros, para que en él también nosotros seamos Cristo. Por eso la unción pertenece a todos los cristianos: pero en los tiempos del Antiguo Testamento solo pertenecía a dos personas. De ahí

se muestra que somos el cuerpo de Cristo, porque todos somos ungidos: y todos en él somos de Cristo y Cristo, porque de alguna manera todo Cristo es cabeza y cuerpo. Esta unción nos perfeccionará espiritualmente en aquella vida que se nos promete. Esta es la voz de quien desea esa vida; es una voz que desea la gracia de Dios, que en nosotros se perfeccionará al final: por eso se dijo, Antes de ser ungido. Ahora somos ungidos en el sacramento, y en ese mismo sacramento se prefigura algo que seremos en el futuro. Y debemos desear ese algo futuro inefable, y gemir en el sacramento, para que nos regocijemos en aquello que el sacramento prefigura.

3. He aquí lo que dice: El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré? Él me ilumina, que se alejen las tinieblas; él me salva, que se aleje la debilidad; caminando en la luz firme, ¿a quién temeré? Pues Dios no da una salvación que pueda ser arrebatada por alguien; ni es una luz que pueda ser oscurecida por alguien. El Señor ilumina, nosotros iluminados; el Señor salva, nosotros salvados: si él ilumina, nosotros iluminados; y él salva, nosotros salvados; fuera de él, somos tinieblas y debilidad. Teniendo en él una esperanza cierta, fija y verdadera, ¿a quién temeremos? El Señor es tu luz, el Señor es tu salvación. Encuentra a alguien más poderoso, y teme. Al más poderoso de todos, al omnipotente, pertenezco de tal manera que me ilumina y me salva, y no temo a nadie más que a él. El Señor es el protector de mi vida, ¿de quién temeré?

4. [vers. 2.] Cuando se acercan a mí los malvados, para devorar mi carne: los que me afligen, mis enemigos, ellos mismos se debilitan y caen. Entonces, ¿qué temeré yo, o a quién temeré? ¿A quién temeré, o qué temeré? Los que me persiguen, ellos mismos se debilitan, ellos mismos caen. ¿Por qué me persiguen? Para devorar mi carne. ¿Cuáles son mis carnes? Mis afectos carnales. Que se ensañen persiguiendo, nada en mí muere sino lo mortal. Habrá en mí algo a lo que el perseguidor no podrá llegar, donde habita mi Dios. Que devoren mis carnes: terminadas las carnes, seré espíritu, y espiritual. Y mi Señor me promete tal salvación, que incluso ahora esta carne mortal, que parece permitirse a las manos de los perseguidores, no perecerá eternamente; sino que lo que se mostró en mi cabeza resucitando, eso esperan todos los miembros. ¿A quién temerá mi alma, en la que habita Dios? ¿A quién temerá mi carne, cuando esto corruptible se vista de incorrupción? ¿Queréis saber que los que nos persiguen devoran las carnes, y que ni siquiera nuestra carne debe temer? Se siembra cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual (1 Cor. XV, 44). ¿Cuánta confianza debe haber en quien sabe decir: El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré? El Señor es el protector de mi vida, ¿de quién temeré? Un emperador es protegido por escuderos, y no teme; es protegido por mortales siendo mortal, y está seguro: es protegido el mortal por el inmortal, ¿y temerá y se inquietará?

5. [vers. 3.] ¿Cuánta confianza debe haber en quien dice esto, escuchad: Si se levantan contra mí ejércitos, no temerá mi corazón. Los ejércitos están fortificados, pero ¿qué más fortificado que Dios? Si se levanta guerra contra mí. ¿Qué me hace la guerra? ¿Puede quitarme mi esperanza? ¿Puede quitarme lo que da el Omnipotente? Así como no es vencido quien da, así no se quita lo que da. Si se puede quitar lo dado, el dador es vencido. Por tanto, ni siquiera lo que recibimos temporalmente, hermanos míos, puede quitárnoslo nadie, sino solo aquel que lo dio. Los dones espirituales que da, no los quitará, a menos que tú los dejes: pero los carnales y temporales él los quita; porque quienquiera que los quite, con su permiso, los quita. Sabemos esto, y leemos en el libro de Job, que ni siquiera aquel que parece tener el mayor poder temporal, el diablo, puede hacer algo sin permiso (Job I). Recibió poder en lo bajo, y perdió lo más grande y elevado. Y no es este poder de un iracundo, sino el castigo de un condenado. Ni siquiera él puede tener algún poder, sin permiso. Y en ese libro que mencioné, y en el Evangelio el Señor dice: Esta noche Satanás ha pedido para zarandearos

como trigo, y yo he rogado por ti, Pedro, para que no desfallezca tu fe (Luc. XXII, 31). Pero se permite ya sea para nuestro castigo, o para nuestra prueba. Por tanto, porque nadie puede quitarnos lo que Dios da, no temamos sino a Dios: cualquier cosa que ruja, cualquier cosa que se enorgullezca contra nosotros, no tema nuestro corazón.

6. [vers. 4.] Si se levanta guerra contra mí, en esto confiaré. ¿En qué? Una cosa, dice, he pedido al Señor. Usó el género femenino para referirse a un beneficio, como si dijera, Una petición. Y como solemos decir al hablar, por ejemplo, Tienes dos; no decimos Dos, este modo de hablar usó la Escritura: Una cosa, dice, he pedido al Señor, esto buscaré. Veamos qué pide quien nada teme. Gran seguridad del corazón. ¿Queréis no temer nada? Pedid esta una cosa, que pide quien nada teme, o que pide para no temer nada. Una cosa, dice, he pedido al Señor, esto buscaré. Esto se hace aquí por quienes caminan bien. ¿Qué es esto? ¿Cuál es esa una cosa? Que habite en la casa del Señor todos los días de mi vida. Esta es la una: pues se llama casa donde siempre moraremos. En esta peregrinación se llama casa, pero propiamente se llama tabernáculo: el tabernáculo es de los peregrinos, y de alguna manera de los que militan, y luchan contra el enemigo. Cuando, por tanto, es tabernáculo en esta vida, es manifiesto que hay también enemigo: pues tener tabernáculos juntos, esto es ser compañeros de tienda; y sabéis que este nombre es de los que militan. Por tanto, aquí tabernáculo, allí casa. Pero también este tabernáculo a veces por abuso de cercanía se llama casa, y la casa a veces según el mismo modo se llama tabernáculo: pero propiamente aquella casa, este tabernáculo.

7. ¿Qué haremos en esa casa, lo tienes claramente expresado en otro salmo: Bienaventurados los que habitan en tu casa, por los siglos de los siglos te alabarán (Sal. LXXXIII, 5). Con este deseo, si se puede decir, ardiendo, y con este amor anhelando, desea habitar en la casa del Señor todos los días de su vida: en la casa del Señor todos los días de su vida, no como si fueran a terminar, sino eternos. Pues así se llaman días, como años, de los cuales se dijo, y tus años no faltarán (Sal. CI, 28). Pues los días de la vida eterna son un solo día sin ocaso. Esto, por tanto, dijo al Señor, Deseé esto, Una cosa pedí, Esto buscaré. Y como si le dijéramos, ¿Y qué harás allí? ¿Cuál es tu deleite allí? ¿Qué distracción del corazón? ¿Cuáles son esos placeres, de donde vendrán las alegrías? Pues no permanecerás allí, a menos que seas feliz. Pero, ¿de dónde vendrá esa felicidad? Pues aquí tenemos diversas felicidades del género humano, y cada uno es llamado miserable cuando se le quita lo que ama. Aman, por tanto, los hombres diversas cosas; y cuando cada uno parece tener lo que ama, se le llama feliz. Pero verdaderamente es feliz, no si tiene lo que ama; sino si ama lo que debe ser amado. Pues muchos son más miserables teniendo lo que aman, que careciendo: pues amando cosas nocivas son miserables, teniendo son más miserables. Y Dios propicio, cuando amamos mal, niega lo que amamos: pero enojado da al amante lo que ama mal. Tienes claramente al Apóstol diciendo: Dios los entregó a la concupiscencia de sus corazones (Rom. I, 24). Dio, por tanto, lo que amaban, pero condenándolos. Tienes nuevamente negando lo pedido: Por lo cual tres veces rogué al Señor, dice, que lo quitara de mí (el aguijón de la carne), y me dijo: Bástate mi gracia; pues la virtud se perfecciona en la debilidad (II Cor. XII, 8 y 9). He aquí que a ellos los entregó a la concupiscencia de sus corazones; al apóstol Pablo le negó lo que oró: a ellos les dio para condenación, a este le negó para sanidad. Pero cuando amamos lo que Dios quiere que amemos, sin duda nos lo dará. Esta es la una cosa, que debe ser amada, para que habitemos en la casa del Señor por todos los días de nuestra vida.

8. Y porque en estas moradas terrenales, los hombres se deleitan con diversas delicias y placeres, y cada uno quiere habitar en la casa donde no tenga lo que ofenda su ánimo, y tenga muchas cosas que lo deleiten; si se le quitan las cosas que lo deleitaban, quiere mudarse de cualquier manera: preguntemos como más curiosamente, y diga este, ¿qué nosotros mismos,

qué hará en esa casa, donde desea y anhela, desea y pide esto uno al Señor, habitar en ella todos los días de su vida? ¿Qué harás allí, te pregunto? ¿Qué es lo que deseas? Escucha qué: Para contemplar la delectación del Señor. He aquí lo que amo, he aquí por qué quiero habitar en la casa del Señor por todos los días de mi vida. Tiene allí un gran espectáculo, contemplar la delectación del mismo Señor. Quiere, terminada su noche, adherirse a su luz. Pues entonces será nuestra mañana, pasada la noche: de donde en otro lugar el salmo dice: Por la mañana estaré ante ti, y contemplaré (Sal. V, 5). Ahora no contemplo porque caí: entonces estaré, y contemplaré. Esta es voz humana. Pues el hombre cayó, y no se enviaría quien lo levantara, si no hubiéramos caído. Nosotros caímos, él descendió. Él ascendió, nosotros seremos levantados: porque nadie ascendió, sino el que descendió (Juan III, 13). Quien cae, es levantado; quien desciende, asciende. Y no por eso desesperemos, porque solo él ascendió. Pues nos levanta, a quienes descendiendo nos levantó: y estaremos, y contemplaremos, y disfrutaremos de gran delectación. He aquí que dije esto, y exclamasteis con deseo de una especie aún no vista. Que exceda vuestro corazón todas las cosas acostumbradas, y que exceda la intención todas vuestras imaginaciones solemnes de la carne, y extraídas de los sentidos de la carne, e imaginando no sé qué fantasmas. Rechazad todo de la mente, negad todo lo que ocurra: reconoced la debilidad de vuestro corazón, y porque lo que podríais pensar ya ocurrió, decid: No es eso; pues si fuera eso, ya me habría ocurrido. Así desearéis un cierto bien. ¿Qué bien? El bien de todo bien, de donde todo bien, el bien al que no se añade qué es ese bien. Pues se dice buen hombre, y buen campo, y buena casa, y buen animal, y buen árbol, y buen cuerpo, y buena alma: añadiste, cuantas veces dijiste, Bueno. Hay un bien simple, el mismo bien por el cual todas las cosas son buenas, el mismo bien del cual todas las cosas son buenas: esa es la delectación del Señor; eso contemplaremos. Ahora ved, hermanos, si nos deleitan estos bienes que se llaman buenos, si nos deleitan los bienes que no son por sí mismos buenos (pues todas las cosas mutables no son por sí mismas buenas), ¿cuál será la contemplación del bien inmutable, eterno, siempre permaneciendo de la misma manera? Pues estas cosas que se dicen buenas, de ninguna manera nos deleitarían, si no fueran buenas; ni de otra manera serían buenas, si no fueran de aquel que es simplemente bueno.

9. He aquí por qué quiero habitar, dice, en la casa del Señor por todos los días de mi vida. Os dije por qué: Para contemplar la delectación del Señor. Pero para contemplar siempre, y que ninguna molestia me toque contemplando, ninguna sugerencia me aparte, ninguna potencia me quite, ningún enemigo me sufra contemplando, y disfrute de las delicias seguro, con el mismo Señor mi Dios, ¿qué se hará por mí? Me protegerá. No solo, por tanto, quiero contemplar la delectación del Señor, dice, sino también ser protegido su templo. Para que su templo me proteja, seré su templo, y seré protegido por él. ¿Acaso es tal el templo de Dios, como los templos de los ídolos? Los ídolos de las naciones son protegidos por sus templos: el Señor nuestro Dios protegerá su templo, y estaré seguro. Contemplaré con delectación, y seré protegido con salvación. Cuán perfecta será aquella contemplación, tan perfecta será esta protección; y cuán perfecto será también el gozo de contemplar, tan perfecta será también la incorruptibilidad de la salud. A estas dos palabras que dije, contemplar la delectación del Señor, y ser protegido su templo, pertenecen aquellas dos de donde comenzó el Salmo, El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré? Porque contemplaré la delectación del Señor, es mi luz: porque me protegerá su templo, es mi salvación.

10. [vers. 5.] ¿Por qué nos concede esto hasta el final? Porque me escondió en su tabernáculo, en el día de mis males. Por lo tanto, tendré en su casa habitación todos los días de mi vida, para contemplar la delicia del Señor y ser protegido en su templo. ¿Y cómo llegaré allí, de donde me prometo? Porque me escondió en su tabernáculo, en el día de mis males. Entonces no habrá días de mis males, pero me vio en los días de mis males. ¿Cómo me hará feliz aquel

que me miró misericordiosamente desde lejos, cuando esté cerca de él? Por eso no pedí impudicamente esa única cosa; ni mi corazón me dijo: ¿Qué pides, o de quién pides? ¿Te atreves a pedir algo a Dios, pecador injusto? ¿Te atreves a esperar tener alguna contemplación de Dios, tú, débil, de corazón impuro? Me atrevo, dice, no por mí, sino por su deleite; no por mi presunción, sino por su promesa. ¿Aquel que dio tal promesa al peregrino, abandonará al que llega? Porque me escondió en su tabernáculo, en el día de mis males. He aquí los días de nuestros males, esta vida es. Los días de los males son diferentes para los impíos y para los fieles. Pues incluso los creyentes, pero aún peregrinando lejos del Señor (Porque mientras estamos en este cuerpo, peregrinamos lejos del Señor [II Cor. V, 6]. Esto dijo el Apóstol), si no pasan días de males, ¿de dónde la voz de la oración del Señor, Líbranos del mal (Mat. VI, 13), si no estamos en días de males? Pero los que aún no han creído pasan días de males de manera mucho más distinta: ni siquiera a ellos los despreció. Porque Cristo murió por los impíos (Rom. V, 6). Que el alma humana se atreva, pues, a presumir y pedir esa única cosa; la tendrá segura, la poseerá segura. ¡Cuánto fue amada la fealdad, cómo brillará la belleza! Porque me escondió en su tabernáculo, en el día de mis males: me protegió en el escondite de su tabernáculo. ¿Qué es el escondite de su tabernáculo? ¿Qué es esto? Pues muchas cosas como miembros del tabernáculo se ven desde fuera. Y hay como un santuario, que se llama el secreto interior (Hebr. IX, 3), dentro del templo. ¿Y qué es esto? Que solo el sacerdote entraba. Y tal vez el mismo sacerdote es el escondite del tabernáculo de Dios. Pues tomó carne de este tabernáculo, y nos hizo el escondite del tabernáculo: para que su tabernáculo sean otros miembros suyos, los que creen en él, pero él mismo sea el escondite del tabernáculo. Porque habéis muerto, dice el Apóstol, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios (Colos. III, 3).

11. [vers. 6.] ¿Quieres saber por qué dice esto? La roca es Cristo (I Cor. X, 4). Escuchad lo que sigue: Porque me escondió en su tabernáculo, en el día de mis males: me protegió en el escondite de su tabernáculo. Buscabas qué es el escondite del tabernáculo, escucha lo que sigue: En la roca me exaltó. Por lo tanto, en Cristo me exaltó. Porque en el polvo te humillaste, en la roca te exaltó. Pero Cristo está arriba, y tú aún abajo. Escucha lo que sigue: Y ahora ha exaltado mi cabeza sobre mis enemigos. Y ahora, antes de que llegue a aquella casa, donde quiero habitar todos los días de mi vida, antes de que llegue a aquella contemplación del Señor, Y ahora ha exaltado mi cabeza sobre mis enemigos. Todavía sufro a los enemigos del cuerpo de Cristo, aún no estoy exaltado sobre los enemigos; pero ha exaltado mi cabeza sobre mis enemigos. Ya nuestra cabeza, Cristo, está en el cielo, aún nuestros enemigos pueden ensañarse contra nosotros: aún no estamos exaltados sobre ellos; pero nuestra cabeza ya está allí. De ahí que dijo: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? (Hech. IX, 4). Dijo que él está en nosotros aquí abajo: por lo tanto, también nosotros estamos en él allí arriba, porque y ahora ha exaltado mi cabeza sobre mis enemigos. He aquí qué promesa tenemos, por la cual también nosotros con fe, esperanza y caridad estamos con nuestra cabeza en el cielo eternamente: porque él mismo con su divinidad, bondad, unidad está con nosotros en la tierra hasta la consumación del siglo (Mat. XXVIII, 20).

12. Rodeé, y ofrecí en su tabernáculo sacrificio de júbilo: ofrecemos sacrificio de júbilo, ofrecemos sacrificio de alegría, sacrificio de gratitud, sacrificio de acción de gracias, que no puede explicarse con palabras. Pero, ¿dónde ofrecemos? En su mismo tabernáculo, en la santa Iglesia. ¿Qué ofrecemos entonces? Una alegría abundante e inexpresable, con palabras inefables. Este es el sacrificio de júbilo. ¿De dónde se buscó, de dónde se encontró? Rodeando, Rodeé, dice, y ofrecí en su tabernáculo sacrificio de júbilo. Que tu alma rodee toda la creación: por todas partes la creación te clamará: Dios me hizo. Cualquier cosa que te deleite en el arte, recomienda al artífice; y más si rodeas todo, la consideración concibe la

alabanza del artífice. Ves los cielos, son grandes obras de Dios. Ves la tierra, Dios hizo los números de las semillas, las diversidades de los brotes, la multitud de los animales. Rodea aún los cielos hasta la tierra, no dejes nada: por todas partes todo te resuena al creador; y las mismas especies de las criaturas son ciertas voces que alaban al creador. Pero, ¿quién puede explicar toda la creación? ¿quién puede explicarla con alabanzas? ¿quién puede alabar dignamente el cielo y la tierra, el mar, y todo lo que hay en ellos? Y estas cosas visibles. ¿Quién puede alabar dignamente a los ángeles, tronos, dominaciones, principados y potestades? ¿Quién puede alabar dignamente esto mismo que en nosotros vive, que da vida al cuerpo, que mueve los miembros, que extiende los sentidos, y que abarca tantas cosas con la memoria, que discierne tantas cosas con el entendimiento, quién puede alabarlo dignamente? Pero si en estas criaturas de Dios tanto trabaja el discurso humano, ¿qué hace en el creador, sino que solo queda el júbilo cuando el discurso falla? Rodeé, y ofrecí en su tabernáculo sacrificio de júbilo.

13. Hay también otro sentido, que me parece que se refiere más al contexto del Salmo. Porque había dicho que fue exaltado en la roca, que es Cristo; y que su cabeza fue exaltada sobre sus enemigos, que es Cristo: también quiso que se entendiera que él mismo, que fue exaltado en la roca, fue exaltado en su misma cabeza sobre sus enemigos, refiriendo esto al honor de la Iglesia, a la que cedió la persecución de los enemigos: y porque esto se hizo por la fe del mundo entero, Rodeé, dice, y ofrecí en su tabernáculo sacrificio de júbilo: es decir, consideré la fe del mundo entero, en la que fue exaltada mi cabeza, sobre aquellos que me perseguían; y en su mismo tabernáculo, es decir, en la Iglesia difundida por todo el mundo, alabé al Señor de manera inefable.

14. [vers. 7.] Cantaré y salmodiaré al Señor: estaremos seguros, y seguros cantaremos, y seguros salmodiaremos, cuando contemplemos la delicia del Señor, y seamos protegidos en su templo, en aquella incorruptibilidad, cuando la muerte sea absorbida en victoria (I Cor. XV, 54). ¿Y ahora qué? Porque ya se han dicho aquellas alegrías que tendremos, cuando hayamos recibido aquella única petición. ¿Y ahora qué? Escucha, Señor, mi voz: gemimos ahora, oremos ahora. El gemido no es sino de los miserables, la oración no es sino de los necesitados. Pasará la oración, sucederá la alabanza; pasará el llanto, sucederá la alegría. Mientras tanto, ahora, cuando estamos en los días de nuestros males, no cese nuestra oración a Dios, a quien pedimos aquella única cosa; y no cesemos de esa petición, hasta que lleguemos a ella con su don y guía. Escucha, Señor, mi voz, con la que clamé a ti; ten misericordia de mí, y escúchame: pide aquella única cosa, rogando tanto tiempo, llorando, gimiendo, no pide sino una sola. Ha terminado todas las codicias, ha quedado aquella única que pide.

15. [vers. 8.] Escucha porque pide esto: Mi corazón te dijo, Busqué tu rostro. Esto es lo que dijo poco antes: Para contemplar la delicia del Señor. Mi corazón te dijo, Busqué tu rostro. Si nuestra alegría estuviera en este sol, no diría nuestro corazón, Busqué tu rostro; sino nuestros ojos corporales. ¿A quién dice nuestro corazón, Busqué tu rostro, sino a aquel que pertenece al ojo del corazón? Esta luz la buscan los ojos de la carne, aquella luz la buscan los ojos del corazón. Pero quieres ver aquella luz, que se ve con los ojos del corazón: porque esa luz es Dios. Dios es luz, dice Juan, y en él no hay tinieblas (I Juan I, 5). ¿Quieres ver aquella luz? Limpia el ojo, desde donde se ve: Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios (Mat. V, 8).

16. [vers. 9.] Mi corazón te dijo, Busqué tu rostro, tu rostro, Señor, buscaré: una cosa pedí al Señor, esta buscaré, tu rostro, No apartes tu rostro de mí. ¡Cómo se ha fijado en esta única petición! ¿Quieres obtenerlo? No pidas otra cosa: una sola basta, porque una sola te bastará.

Mi corazón te dijo, Busqué tu rostro; tu rostro, Señor, buscaré No apartes tu rostro de mí: no te apartes en ira de tu siervo. Magníficamente, nada puede decirse más divino. Lo sienten aquellos que verdaderamente aman. Otro querría ser feliz e inmortal en estas, que ama, voluptuosidades de concupiscencias terrenales: y tal vez por eso adoraría a Dios, y oraría, para vivir mucho tiempo aquí en sus delicias, y que no se le perdiera nada de lo que la codicia terrenal posee, ni oro, ni plata, ni si alguna propiedad deleitara sus ojos, ni amigos murieran, ni hijos, ni esposa, ni clientes; en estas delicias querría vivir siempre. Pero como no puede siempre, pues sabe que es mortal; tal vez por esto adora a Dios, y por esto ora a Dios, y por esto gime a Dios, para que todo esto le dure hasta la vejez. Y si Dios le dijera, He aquí que te hago inmortal en estas cosas; lo tomaría como un gran bien, y con exultación de alegrías no cabría en sí mismo de gozo. No quiere esto aquel que pidió una cosa al Señor. Pero, ¿qué quiere? Contemplar la delicia del Señor todos los días de su vida. Y de nuevo otro que adorara a Dios de esta manera y por esta causa, si tuviera esas cosas temporales, no temería a Dios enojado, sino que le quitara eso. Este no teme a Dios enojado por esto; ya que incluso de sus enemigos dijo, Para que devoren mi carne. ¿De qué teme a Dios enojado? Que le quite lo que amó. ¿Qué amó? Tu rostro. Por eso considera ira del Señor, si aparta de él su rostro. Señor, no te apartes en ira de tu siervo. Podría responderle tal vez de esta manera: ¿Qué temes, que se aparte de ti en ira? Más bien si se aparta de ti en ira, no te castigará: si caes en él enojado, te castigará. Por lo tanto, desea más bien que se aparte de ti en ira. No, dice. Pues sabe lo que desea. Su ira no es sino la aversión de su rostro. ¿Qué si te hace inmortal en estas delicias y en el placer de los gozos terrenales? Responde el amante tal. No quiero; cualquier cosa que me sea dada fuera de él, no es dulce: cualquier cosa que mi Señor quiera darme, quítelo todo, y déseme a sí mismo. No te apartes en ira de tu siervo. Tal vez a algunos se aparta, no en ira; como a algunos que le dicen: Aparta tu rostro de mis pecados (Sal. L, 11). Cuando aparta su rostro de tus pecados, no se aparta de ti en ira. Que aparte, pues, su rostro de tus pecados: pero no aparte su rostro de ti.

17. Sé mi ayudador, no me abandones. He aquí que estoy en el camino; pedí de ti una cosa, habitar en tu casa todos los días de mi vida, contemplar tu delicia, ser protegido en tu templo; esta pedí una: pero para llegar a ella, estoy en el camino. Tal vez me digas: Esfuérzate, camina; te di libre albedrío, eres de tu voluntad; sigue el camino, busca la paz y síguela (Sal. XXXIII, 15); no te desvíes del camino, no te quedes allí, no mires atrás; persevera en caminar, porque el que persevera hasta el fin, este será salvo (Mat. X, 22, y XXIV, 13). Ya tú, habiendo recibido el libre albedrío, como si presumieras de dónde caminar: no presumas de ti; si te abandona, en el mismo camino desfallecerás, caerás, te desviarás, te quedarás. Dile, pues: Me diste la voluntad libre, pero sin ti nada es mi esfuerzo: Sé mi ayudador, no me abandones; ni me desprecies, Dios de mi salvación. Porque tú ayudas al que creaste, tú no abandonas al que formaste.

18. [vers. 10.] Porque mi padre y mi madre me abandonaron. Se hizo pequeño para Dios: lo hizo su padre, lo hizo su madre. Es padre, porque creó, porque llama, porque manda, porque gobierna: madre, porque cuida, porque nutre, porque amamanta, porque contiene. Mi padre y mi madre me abandonaron; pero el Señor me recogió, para guiarme y nutrirme. Los padres mortales engendraron, los hijos sucedieron, mortales a mortales, y para esto nacieron los que suceden, para que los que engendraron se fueran: no se irá quien me creó, yo no me apartaré de él. Mi padre y mi madre me abandonaron: el Señor me recogió. Excepto también aquellos dos padres, de cuya carne nacimos, padre varón, y madre mujer, como Adán y Eva; excepto aquellos dos padres, tenemos aquí otro padre, y otra madre, o más bien tuvimos. Padre según el mundo es el diablo, y fue nuestro padre cuando éramos infieles; pues a los infieles dice el Señor: Vosotros sois de vuestro padre el diablo (Juan VIII, 44). Si él es el padre de todos los

impíos, que obra en los hijos de desobediencia (Efes. II, 2), ¿quién es la madre? Hay una cierta ciudad, que se llama Babilonia: esta ciudad, es la sociedad de todos los perdidos desde el oriente hasta el occidente; ella tiene el reino terrenal. Según esta ciudad se llama una cierta república, que ahora ves envejecer y disminuir: esta fue nuestra primera madre, en ella nacimos. Conocimos a otro padre, Dios; dejamos al diablo. Pues, ¿cómo se atreve a acercarse a aquellos, que aquel que supera todo ha recibido? Conocimos a otra madre, Jerusalén celestial, que es la santa Iglesia, cuya porción peregrina en la tierra: dejamos a Babilonia. Mi padre y mi madre me abandonaron: ya no tienen qué darme; porque incluso cuando parecían darme, tú dabas, y a ellos les atribuía.

19. Porque incluso según este mundo, ¿qué se da al hombre, sino de Dios? O ¿qué se le quita al hombre, sino que él lo ordena, o lo permite, quien lo dio? Pero los hombres vanos piensan, que esto lo dan los demonios, a quienes adoran; y a veces se dicen a sí mismos: Dios es necesario para la vida eterna, para esa vida espiritual; pero estas potestades deben ser adoradas por nosotros, por estas cosas temporales. ¡Oh vanidad del género humano! Amas más esas cosas por las cuales quieres adorar a estos: ciertamente los adoras más, para no decir más, al menos tanto. Pero Dios no quiere ser adorado con ellos, ni siquiera si él es adorado mucho más, y ellos mucho menos. ¿Qué, pues, dirás, y estos no son necesarios para esto? No. Pero se teme que enojados hagan daño. No harán daño a menos que él lo permita. Estos siempre tienen la voluntad de hacer daño, ni si son aplacados, ni si son rogados, dejan de querer hacer daño: pues esto es propio de su malevolencia. ¿Qué harás, pues, adorándolos, sino ofender a aquel, que ofendido te entregará en poder de ellos: para que quienes no podían hacerte nada con él aplacado, hagan lo que quieran con él enojado? Y para que sepas cuán en vano los adoras, como por cosas temporales cualquiera que piense esto: ¿todos los que adoran a Neptuno, no naufragaron; o todos los que blasfeman de Neptuno, no llegaron al puerto? ¿todas las mujeres que adoran a Juno, dieron a luz bien; o todas las que blasfeman de Juno, dieron a luz mal? De aquí entienda vuestra Caridad, que son vanos los hombres, que quieren adorar a estos incluso por estas cosas terrenales. Pues si por estas cosas terrenales debieran ser adorados, solo los adoradores de ellos abundarían en todas las cosas terrenales. Lo cual si fuera así, deberíamos huir de tales dones y pedir una cosa al Señor. A esto se añade, que incluso estas cosas las da aquel, que se ofende cuando estos son adorados. Por lo tanto, que nos deje nuestro padre, y nuestra madre: que nos deje el diablo, que nos deje la ciudad de Babilonia: que el Señor nos reciba para consolarnos con cosas temporales, para hacernos bienaventurados con cosas eternas. Porque mi padre y mi madre me abandonaron: pero el Señor me recogió.

20. [vers. 11.] Ya ha sido asumido por el Señor, abandonada aquella ciudad y su gobernador, el diablo, porque el gobernador de los impíos es el diablo, el gobernador del mundo de estas tinieblas. ¿De qué tinieblas? De los pecados, de los infieles. Por eso el Apóstol dice a los que ya creen: "Fuisteis en otro tiempo tinieblas, mas ahora sois luz en el Señor" (Efesios V, 8). Entonces, ya acogidos por Él, ¿qué diremos? Establece para mí una ley, Señor, en tu camino. ¿Te atreves a pedir una ley? ¿Qué si te dice: Cumplirás la ley? Si te doy la ley, la cumplirás. No se atrevería a pedir, si primero no dijera: "El Señor me ha acogido". No se atrevería a pedir, si primero no dijera: "Sé mi ayudador". Entonces, si tú ayudas, si tú acoges, da la ley: "Establece para mí una ley, Señor, en tu camino". Entonces, establece para mí una ley en tu Cristo. Pues Él mismo camino nos habló, y dijo: "Yo soy el camino, la verdad y la vida" (Juan XIV, 6). La ley en Cristo es una ley con misericordia. Esa es la sabiduría, de la que está escrito: "Lleva la ley y la misericordia en su lengua" (Proverbios XXXI, 26). Y si pecas en algo de la ley, aquel que derramó su sangre por ti, te perdona si confiesas: solo no abandones el camino; dile, Sé mi acogedor, "Y guíame por la senda recta a causa de mis enemigos". Da

la ley, pero no quites la misericordia; quien dijo en otro salmo: "Porque también dará misericordia, quien dio la ley" (Salmo LXXXIII, 8). Entonces, "Establece para mí una ley, Señor, en tu camino", esto pertenece al precepto: ¿a qué pertenece la misericordia? Y guíame, dice, por la senda recta, a causa de mis enemigos.

21. [vers. 12.] No me entregues a las almas de los que me afligen: es decir, no consienta con los que me afligen. Pues si consientes con el que te aflige en su alma, de alguna manera no devorará la carne, sino que con voluntad perversa devorará tu alma. No entregues mi alma a los que me afligen. Entrégala, si esto te place, en manos de los que me afligen. Pues esto dijeron aquellos mártires, y entregó a los suyos en manos de los que los afligían. Pero, ¿qué entregó? La carne. Lo que se dice en el libro de Job, "La tierra fue entregada en manos del impío" (Job IX, 24): la carne fue entregada en manos del perseguidor. No me entregues, no mi carne, sino a mí. Te hablo como alma, te hablo como mente; no digo, No entregues mi carne en manos de los que me afligen; sino, No me entregues a las almas de los que me afligen. ¿Y cómo se entregan los hombres a las almas de los que los afligen? Porque se levantaron contra mí testigos inicuos. Ya que son testigos inicuos, y dicen muchas cosas malas de mí, y en muchas cosas me difaman; si soy entregado a sus almas, mentiré también yo, y seré su cómplice, no participe de tu verdad, sino copartícipe de la mentira contra ti: "Se levantaron contra mí testigos inicuos; y la iniquidad se mintió a sí misma". A sí misma, no a mí: que siempre se mienta a sí misma, pero no a mí. Si me entregas a las almas de los que me afligen, es decir, si consiento con sus voluntades; ya no se mentirá la iniquidad a sí misma, sino también a mí: pero si se ensañan cuanto quieran, y tratan de impedir mis caminos, no obstante, no me entregues a sus almas; no consintiendo con sus voluntades, permaneceré yo, y permaneceré en tu verdad, y la iniquidad se mentirá, no a mí, sino a sí misma.

22. [vers. 13.] Vuelve a aquella única cosa después de estos peligros, después de los trabajos, después de las dificultades, entre las manos de los perseguidores y de los que afligen, agitado, jadeante, laborioso, y firme y seguro con Él acogiendo, con Él ayudando, con Él guiando, con Él gobernando. Sin embargo, después de aquel circuito y júbilo, exultante de gozo, y gimiendo en los trabajos, suspiró al final, y dijo: "Creo que veré los bienes del Señor en la tierra de los vivientes". ¡Oh bienes dulces del Señor, inmortales, incomparables, eternos, inmutables! ¿Y cuándo os veré, bienes del Señor? Creo que los veré, pero no en la tierra de los moribundos. Creo que veré los bienes del Señor en la tierra de los vivientes. Me libraré el Señor de la tierra de los moribundos, quien por mí se dignó asumir la tierra de los moribundos, y morir entre las manos de los moribundos; me libraré el Señor de la tierra de los moribundos: "Creo que veré los bienes del Señor en la tierra de los vivientes". Suspirando lo dijo, laborando lo dijo, en peligro lo dijo entre la gran multitud de tentaciones: pero sin embargo, esperando todo de su misericordia, a quien dijo: "Establece para mí una ley, Señor".

23. [vers. 14.] ¿Y qué dice Él, quien le establece la ley? Escuchemos también la voz del Señor desde lo alto exhortándonos, consolándonos; la voz de aquel, a quien tenemos por padre y madre que nos abandonaron, escuchemos su voz. Pues escuchó nuestros gemidos, vio nuestros suspiros, miró nuestro deseo, y una petición nuestra, una súplica por el abogado Cristo la aceptó con agrado; y mientras llevamos a cabo esta peregrinación, en la que diferirá, no quitará lo que prometió, nos dijo: "Espera al Señor". No esperarás a un mentiroso, no a quien pueda fallar, no a quien no encontrará qué dar. El Omnipotente prometió, el seguro prometió, el veraz prometió, "Espera al Señor, actúa con valentía". No te desanimes: no estés entre aquellos a quienes se dice, "¡Ay de los que perdieron la paciencia!" (Eclesiástico II, 16). "Espera al Señor", se nos dice a todos, y se dice a una sola persona. Somos uno en Cristo, somos el cuerpo de Cristo, quienes deseamos aquella única cosa, quienes pedimos aquella única cosa, quienes en aquellos días de nuestros males gemimos, quienes creemos que

veremos los bienes del Señor en la tierra de los vivientes; a todos nosotros, que somos uno en uno, se nos dice, "Espera al Señor, actúa con valentía; y se fortalezca tu corazón, y espera al Señor". ¿Qué más te dirá, sino que repita lo que has escuchado? "Espera al Señor, actúa con valentía". Entonces, quien perdió la paciencia, se ha afeminado, ha perdido el vigor. Esto lo escuchan hombres y mujeres, porque en un solo hombre hay hombre y mujer. Tal en Cristo no es ni masculino ni femenino (Gálatas III, 28). "Espera al Señor, actúa con valentía; y se fortalezca tu corazón, y espera al Señor". Esperando al Señor lo tendrás, tendrás a quien esperas. Desea otra cosa, si encuentras algo mayor, si mejor, si más dulce.

EN EL SALMO XXVII COMENTARIO. De David.

1. [vers. 1, 2.] Es la voz del mismo mediador, fuerte en la mano en el conflicto de la pasión. Lo que parece desear para los enemigos, no es un voto de malevolencia, sino una enunciación de su castigo: como en el Evangelio a las ciudades en las que hizo milagros, y no creyeron en Él, no desea con malevolencia lo que dice, sino que predice lo que les amenaza (Mateo XI, 20).

2. A ti, Señor, clamé, Dios mío, no te calles de mí: a ti, Señor, clamé, Dios mío, no separes la unidad de tu Verbo de lo que soy hombre. No te calles de mí: y no sea semejante a los que descienden al abismo: pues de que la eternidad de tu Verbo no deja de unirse a mí, se hace que no sea tal hombre como los demás, que nacen en la profunda miseria de este mundo, donde como si callaras, no se conoce tu Verbo. Escucha la voz de mi súplica, mientras oro a ti; mientras levanto mis manos hacia tu santo templo: mientras soy crucificado, para la salvación de aquellos que creyendo se hacen tu santo templo.

3. [vers. 3.] No arrastres con los pecadores mi alma, y no me pierdas con los que obran iniquidad: con aquellos que hablan paz con su prójimo. Con aquellos que me dicen: "Sabemos que has venido de Dios como maestro" (Juan III, 2). Pero el mal en sus corazones: pero el mal hablan en sus corazones.

4. [vers. 4.] Dales según sus obras: dales según sus obras, porque esto es justo. Y según la malicia de sus afectos: pues deseando el mal, no pueden encontrar el bien. Según las obras de sus manos dales: aunque lo que hicieron pueda valer para la salvación de otros, según las obras de sus voluntades dales. Devuélveles su retribución: porque por la verdad que escuchaban, quisieron retribuir con engaño; que su engaño los engañe a ellos.

5. [vers. 5.] Porque no entendieron en las obras del Señor: ¿y de dónde es manifiesto que esto les sucedió? De aquí, ciertamente, porque no entendieron en las obras del Señor: esta misma fue ya la retribución, que al hombre que tentaron con ánimo malevolente, no conocieron a Dios con qué propósito el Padre lo envió encarnado. Y en las obras de sus manos: ni se movieron por las mismas obras visibles, que se extendieron hasta sus ojos. Los destruirás, y no los edificarás: que no me hagan daño, pero tampoco puedan, intentando de nuevo erigir máquinas contra mi Iglesia.

6. Bendito el Señor, porque escuchó la voz de mi súplica.

7. [vers. 7.] El Señor es mi ayudador y mi protector: el Señor ayudando a quien sufre tanto, y protegiendo con inmortalidad al resucitado. En Él confió mi corazón, y fui ayudado. Y refloreció mi carne: es decir, y resucitó mi carne. Y de mi voluntad le confesaré: de donde ya consumido el miedo a la muerte, no por la necesidad del temor bajo la Ley, sino por la libre

voluntad con la Ley le confesarán, quienes creen en mí; en quienes porque yo soy, yo confesaré.

8. [vers. 8.] El Señor es la fortaleza de su pueblo: no aquel pueblo ignorante de la justicia de Dios, y queriendo establecer la suya (Romanos X, 3). Pues no se creyó fuerte por sí mismo; porque el Señor es la fortaleza de su pueblo, en las dificultades de esta vida luchando con el diablo. Y es el protector de las salvaciones de su Cristo: para que, hecha salva por su Cristo, después de la fortaleza bélica, la proteja al final con la inmortalidad de la paz.

9. [vers. 9.] Salva a tu pueblo, y bendice tu heredad. Intercedo, pues, después de que refloreó mi carne, porque dijiste, "Pídeme, y te daré las naciones por heredad" (Salmo II, 8); "Salva a tu pueblo, y bendice tu heredad": porque todo lo mío es tuyo (Juan XVII, 10). Y gobiérnalos, y elévalos hasta la eternidad: y gobiérnalos en esta vida temporal, y llévalos de aquí a la vida eterna.

EN EL SALMO XXVIII COMENTARIO. Salmo de David, de la consumación del tabernáculo.

1. [vers. 1, 2.] Salmo del mismo mediador fuerte en la mano, de la perfección de la Iglesia en este siglo, donde se lucha temporalmente contra el diablo.

2. El profeta habla: "Ofreced al Señor, hijos de Dios, ofreced al Señor hijos de carneros": ofreced al Señor a vosotros mismos, a quienes por el Evangelio los apóstoles, guías de los rebaños, engendraron. Ofreced al Señor gloria y honor: que por vuestras obras el Señor sea glorificado y honrado. Ofreced al Señor la gloria de su nombre: que gloriosamente se dé a conocer por el mundo. Adorad al Señor en su santo atrio: adorad al Señor en vuestro corazón dilatado y santificado; pues vosotros sois su real y santo habitáculo.

3. [vers. 3.] La voz del Señor sobre las aguas: la voz de Cristo sobre los pueblos. Dios de majestad tronó: Dios de majestad desde la nube de carne predicó terriblemente el arrepentimiento. El Señor sobre muchas aguas: el mismo Señor Jesús después de haber emitido su voz sobre los pueblos, y los aterrorizó, los convirtió a Él, y habitó en ellos.

4. [vers. 4.] La voz del Señor en la virtud: la voz del Señor ya en ellos, haciéndolos poderosos. La voz del Señor en la magnificencia: la voz del Señor haciéndolos grandes en ellos.

5. [vers. 5.] La voz del Señor quebrantando los cedros: la voz del Señor humillando con contrición de corazón a los soberbios. Quebrantará el Señor los cedros del Líbano: quebrantará por el arrepentimiento el Señor a los altivos con el brillo de la nobleza terrena, cuando para confundirlos eligió a los ignobles de este mundo (I Corintios I, 28), en quienes mostrar su divinidad.

6. [vers. 6.] Y los reducirá como a un becerro del Líbano. Y cortada su altiva elevación, los reducirá a la imitación de su humildad, quien como un becerro fue llevado a la víctima por la misma nobleza de este siglo: "Porque se levantaron los reyes de la tierra, y los príncipes se reunieron en uno contra el Señor y contra su Cristo" (Salmo II, 2). Y el amado como hijo de unicornios: pues también Él, amado y único del Padre, se vació de su nobleza; y se hizo hombre, como hijo de los judíos ignorantes de la justicia de Dios (Romanos X, 3) y jactándose con soberbia de su justicia como singular.

7. [vers. 7.] La voz del Señor cortando la llama de fuego. La voz del Señor pasando sin daño alguno por el ardor más encendido de sus perseguidores, o dividiendo la furiosa ira de sus perseguidores, para que unos dijeran, ¿Acaso es Él el Cristo? otros, No, sino que engaña al pueblo (Juan VII, 12): y así cortando su tumulto insano, para que a unos los trajera a su amor, a otros los dejara en su malicia.

8. [vers. 8.] La voz del Señor moviendo el desierto: la voz del Señor moviendo a la fe a las naciones que antes estaban sin esperanza y sin Dios en este mundo (Efesios II, 12); donde ningún profeta, ningún predicador de la palabra de Dios, como si ningún hombre hubiera habitado. Y moverá el Señor el desierto de Cades: y entonces hará el Señor que se celebre la santa palabra de sus Escrituras, que por los judíos no entendida era abandonada.

9. [vers. 9.] La voz del Señor perfeccionando a los ciervos: pues la voz del Señor primero perfecciona a los que superan y rechazan las lenguas venenosas. Y revelará los bosques: y entonces les revelará las opacidades de los libros divinos y los refugios de los misterios, donde se alimenten con libertad. Y en su templo cada uno dice gloria: y en su Iglesia todo regenerado para la esperanza eterna alaba a Dios por su don, que recibió del Espíritu Santo.

10. [vers. 10.] El Señor habita el diluvio: el Señor, pues, primero habita el diluvio de este siglo en sus santos, como en el arca, así en la Iglesia custodiados. Y se sentará el Señor como rey para siempre: y luego se sentará reinando en ellos para siempre.

11. [vers. 11.] El Señor dará fortaleza a su pueblo: porque el Señor dará fortaleza a su pueblo luchando contra las tormentas y tempestades de este mundo, porque no les prometió paz en este mundo. El Señor bendecirá a su pueblo en paz: y el mismo Señor bendecirá a su pueblo, dándoles paz en sí mismo; porque, dice, "Mi paz os doy, mi paz os dejo" (Juan XIV, 27).

EN EL SALMO XXIX

COMENTARIO I. Al final, Salmo del Cántico de la dedicación de la casa, de David.

1. [vers. 1.] Al final, Salmo de la alegría de la resurrección y de la transformación e innovación del cuerpo en estado inmortal, no solo del Señor, sino también de toda la Iglesia. Pues en el salmo anterior se completó el tabernáculo, donde habitamos en tiempo de guerra: ahora se dedica la casa, que permanecerá en paz sempiterna.

2. [vers. 2.] Así que habla todo Cristo: "Te exaltaré, Señor, porque me has acogido": alabaré tu sublimidad, Señor, porque me has acogido. Y no alegraste a mis enemigos sobre mí: ni a aquellos que tantas veces en diversas persecuciones por el mundo intentaron oprimirme, alegraste sobre mí.

3. [vers. 3.] Señor Dios mío, clamé a ti, y me sanaste: Señor Dios mío, clamé a ti, y ya no llevo el cuerpo herido y enfermo de mortalidad.

4. [vers. 4.] Señor, has traído de los infiernos mi alma, me has salvado de los que descienden al abismo: me has salvado de la condición de profunda ceguera, y del limo más bajo de la carne corruptible.

5. [vers. 5.] Cantad al Señor, sus santos: exulta: El profeta viendo estas cosas futuras, dice, "Cantad al Señor, sus santos". Y confesad la memoria de su santidad: y confesad a Él que no ha olvidado la santidad con la que os santificó, cuando todo este tiempo intermedio fue largo para vuestro deseo.

6. [vers. 6.] Porque la ira en su indignación: porque vengó en vosotros el primer pecado, que pagasteis con la muerte. Y la vida en su voluntad: y la vida eterna, a la que no podríais regresar con vuestras fuerzas, porque quiso os la dio. Por la tarde morará el llanto: por la tarde comenzó, cuando la luz de la sabiduría se apartó del hombre pecador, cuando fue condenado a muerte; desde esa tarde tendrá demoras el llanto, mientras el pueblo de Dios espera el día del Señor en trabajos y tentaciones. Y en la mañana la exultación: hasta la mañana, cuando será la exultación de la resurrección futura, que en la mañana de la resurrección del Señor floreció.

7. [vers. 7.] Pero yo dije en mi abundancia, No seré movido para siempre: pero yo, aquel pueblo que desde el principio hablaba, dije en mi abundancia, ya no sufriendo escasez: "No seré movido para siempre".

8. [vers. 8.] Señor, en tu voluntad diste a mi decoro fortaleza: pero esta abundancia, Señor, no de mí mismo, sino que en tu voluntad diste a mi decoro fortaleza, lo aprendí de que, "Apartaste tu rostro de mí, y me turbó"; que apartaste alguna vez tu rostro del pecador, y me turbó, al retirarse de mí la iluminación de tu conocimiento.

9. [vers. 9.] A ti, Señor, clamaré, y a mi Dios suplicaré: recordando el tiempo de mi turbación y miseria, y como si estuviera en él, escucho la voz de tu primogénito, mi cabeza que morirá por mí, y diciendo: "A ti, Señor, clamaré, y a mi Dios suplicaré".

10. [vers. 10.] ¿Qué utilidad hay en mi sangre, mientras descendo a la corrupción? ¿Qué utilidad hay en el derramamiento de mi sangre, mientras descendo a la corrupción? ¿Acaso te confesará el polvo? Pues si no resucito de inmediato, y mi cuerpo se corrompe, ¿acaso te confesará el polvo, es decir, la multitud de impíos, que justificaré con mi resurrección? ¿O anunciará tu verdad? ¿O anunciará para la salvación de los demás tu verdad?

11. [vers. 11.] Escuchó el Señor, y se compadeció de mí; el Señor se hizo mi ayudador: y no dio a su santo ver corrupción (Salmo XV, 10).

12. [vers. 12.] Convertiste mi lamento en alegría para mí: a quien la Iglesia, como primogénita de entre los muertos, ahora en la dedicación de tu casa digo, Convertiste mi lamento en alegría para mí. Rasgaste mi saco, y me ceñiste de alegría: rasgaste el velo de mis pecados, la tristeza de mi mortalidad; y me ceñiste con la primera vestidura, con alegría inmortal.

13. [vers. 13.] Para que cante a ti mi gloria, y no me aflija: para que ya no llore, sino que cante a ti, no mi humildad, sino mi gloria, porque ya me has exaltado desde la humildad; y no me aflija la conciencia del pecado, el temor de la muerte, el temor del juicio. Señor mi Dios, por siempre te confesaré: y esta es mi gloria, Señor mi Dios, que por siempre te confiese, que nada tengo de mí, sino todo bien de ti, que eres Dios todo en todos (I Cor. XV, 28).

ENARRATIO II. SERMO AD POPULUM.

1. Esto ciertamente cantamos: Te exaltaré, Señor, porque me has acogido, y no alegraste a mis enemigos sobre mí. Si conocemos por las Escrituras santas quiénes son nuestros enemigos, reconocemos la verdad de este cántico: pero si nos engaña la prudencia de la carne, de modo que no sepamos contra quiénes es nuestra lucha, en el mismo inicio de este salmo encontramos una cuestión que no podemos resolver. ¿De quién pensamos que es la voz

de quien alaba a Dios y da gracias y se regocija diciendo: Te exaltaré, Señor, porque me has acogido, y no alegraste a mis enemigos sobre mí? Primero consideremos al mismo Señor, quien según lo que se dignó ser hombre, pudo apropiarse no incongruentemente estas palabras por la profecía precedente: pues desde que es hombre, desde entonces es débil; desde que es débil, desde entonces ora. Pues lo que ahora escuchamos, cuando se leía el Evangelio, cómo también se retiró al desierto de sus discípulos, quienes lo siguieron y lo encontraron: retirándose allí oraba, y fue dicho por los discípulos que lo encontraron, Te buscan los hombres; y él respondió: Vamos a otros lugares y aldeas a predicar; para esto he venido (Marcos I, 35, 37, 38). Si consideras la divinidad de nuestro Señor Jesucristo, ¿quién ora? ¿a quién ora? ¿por qué ora? ¿Ora Dios? ¿ora a un igual? ¿Qué causa de oración tiene, siempre bienaventurado, siempre omnipotente, siempre inmutable, eterno, y coeterno con el Padre? Mirando entonces lo que por Juan, como por una nube suya, él mismo tronó, diciendo: En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios, esto estaba en el principio con Dios: todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada fue hecho: lo que fue hecho en él era vida, y la vida era la luz de los hombres, y la luz en las tinieblas resplandece, y las tinieblas no la comprendieron (Juan I, 1-5): hasta aquí diciendo, no encontramos oración, ni causa de orar, ni lugar de orar, ni afecto de orar. Pero porque poco después dice, Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros (Ibid., 14); tienes la majestad a la que oras, tienes la humanidad que ora por ti. Pues esto fue dicho por el Apóstol, incluso después de la resurrección de nuestro Señor Jesucristo: Quien se sienta, dice, a la derecha de Dios, quien también intercede por nosotros (Rom. VIII, 34). ¿Por qué intercede por nosotros? Porque se dignó ser mediador. ¿Qué es ser mediador entre Dios y los hombres (I Tim. II, 5)? No entre el Padre y los hombres, sino entre Dios y los hombres. ¿Qué es Dios? Padre, Hijo y Espíritu Santo. ¿Qué son los hombres? Pecadores, impíos, mortales. Entre aquella Trinidad y la debilidad e iniquidad de los hombres, se hizo mediador el hombre, no iniquo, pero sí débil; para que por lo que no es iniquo, te uniera a Dios; por lo que es débil, se acercara a ti: y así, para que entre el hombre y Dios existiera el mediador, el Verbo se hizo carne, es decir, el Verbo se hizo hombre. Con el nombre de carne se llaman los hombres. De ahí es: Y verá toda carne la salvación de Dios (Lucas III, 6). Toda carne se dijo, todos los hombres. Y el Apóstol: No tenemos lucha contra carne y sangre (es decir, contra hombres), sino contra principados y potestades y gobernadores de las tinieblas de este mundo (Efesios VI, 12): de los cuales en lo siguiente, si el Señor ayuda, hablaremos. Pues esta distinción pertenece a la exposición del Salmo, que en el nombre del Señor hemos asumido desentrañar para vuestra Santidad. Sin embargo, dije estos ejemplos para que sepáis que con carne se llaman los hombres; para que lo que se dijo, Y el Verbo se hizo carne, entendáis que se dijo, y el Verbo se hizo hombre.

2. No sin razón dije esto. Sepa vuestra Santidad que hubo cierta herejía, o tal vez aún se mantienen restos de algunos que fueron llamados Apolinaristas. Algunos de ellos dijeron que el hombre, que la Sabiduría de Dios asumió (y en el cual expresó su persona, no como en los demás hombres, sino como se dijo en el salmo, Te ungió Dios, tu Dios, con óleo de alegría más que a tus compañeros [Salmo XLIV, 8], es decir, más que a tus compañeros: para que no se piense que Cristo fue ungió como los demás hombres, como los demás justos, como los Patriarcas, Profetas, Apóstoles, y Mártires, y cualquier cosa grande en el género humano. Cuando nada más grande existió en el género humano que Juan el Bautista; ni entre los nacidos de mujer se levantó [Mateo XI, 11]. Si buscas la excelencia del hombre, Juan el Bautista es. Pero a quien Juan dice no ser digno de desatar la correa del calzado [Marcos I, 7], ¿qué era él sino más que los demás hombres? Incluso en el mismo hombre más que los demás hombres. Pues según Dios, y según la divinidad, y según lo que en el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios, sobre toda criatura es igual al Padre: pero hablamos del hombre. Tal vez alguno de vosotros, hermanos, piense que el hombre asumido

por la Sabiduría de Dios era igual a los demás hombres. Si en tus miembros hay mucha diferencia entre la cabeza y los demás miembros: ciertamente todos los miembros hacen un solo cuerpo, pero hay mucha diferencia entre la cabeza y los demás miembros. Pues en los demás miembros no sientes sino por el tacto; tocando sientes en los demás miembros: pero en la cabeza ves, oyes, hueles, gustas, y tocas. Si tanta es la excelencia de la cabeza sobre los demás miembros, cuánta es la excelencia de la cabeza de toda la Iglesia, es decir, de aquel hombre, que Dios quiso que fuera mediador entre Dios y los hombres?), entonces aquellos herejes dijeron que el hombre que el Verbo asumió, cuando el Verbo se hizo carne, no tenía mente humana, sino que solo tenía un alma sin inteligencia humana. Pues veis de qué consta el hombre: de alma y cuerpo. Pero esa misma alma humana tiene algo que no tienen las almas de los animales. Pues también los animales tienen alma, y se llaman animales: no se llamarían animales sino por el alma; y vemos que también ellos viven. Pero ¿qué tiene más el hombre, por lo que fue hecho a imagen de Dios? Porque entiende y sabe, porque discierne el bien del mal: en esto fue hecho a imagen y semejanza de Dios. Tiene, pues, algo que no tienen los animales. Y porque desprecia en sí lo que es mejor que los animales; destruye en sí o deteriora, y de algún modo desfigura la imagen de Dios, para que se diga a tales: No seáis como el caballo y el mulo, que no tienen entendimiento (Salmo XXXI, 9). Aquellos herejes, por tanto, dijeron que nuestro Señor Jesucristo no tenía mente humana, y lo que los griegos llaman λογικὸν, nosotros decimos racional, por lo que el hombre razona, lo que no tienen los demás animales. Pero ¿qué dicen? El mismo Verbo de Dios, esto era en aquel hombre en lugar de mente. Fueron excluidos estos, la fe católica los rechazó, e hicieron una herejía. Se confirmó en la fe católica, que aquel hombre que la Sabiduría de Dios asumió, no tenía menos que los demás hombres, en cuanto a la integridad de la naturaleza: pero en cuanto a la excelencia de la persona, algo diferente que los demás hombres. Pues los demás hombres pueden ser llamados partícipes del Verbo de Dios, teniendo el Verbo de Dios, pero ninguno de ellos puede ser llamado Verbo de Dios, lo que fue dicho de aquel, cuando se dijo, El Verbo se hizo carne.

3. No faltaron también otros que, viniendo del mismo error, no solo dijeron que aquel hombre, mediador Cristo entre Dios y los hombres, no tenía mente, sino tampoco alma: sino que dijeron que solo era Verbo y carne, y no había alma humana allí, ni mente humana. Esto dijeron. Pero ¿qué era? Verbo y carne. Y la Iglesia católica también los rechazó, y los expulsa de las ovejas, y de la fe simple y verdadera: y se confirmó, como dije, que aquel hombre mediador tenía todo lo del hombre, excepto el pecado. Pues si muchas cosas hizo según el cuerpo, de las cuales entendemos que tenía cuerpo no en mentira, sino en verdad: por ejemplo, ¿cómo entendemos que tenía cuerpo? Caminó, se sentó, durmió, fue apresado, azotado, abofeteado, crucificado, muerto. Quita el cuerpo, nada de esto pudo hacerse. ¿Cómo entonces por estos indicios conocemos en el Evangelio que el Señor Jesús tenía verdadero cuerpo, como él mismo también después de la resurrección dijo: Palpad, y ved, porque un espíritu no tiene carne y huesos, como me veis tener (Lucas XXIV, 39): cómo por estas cosas, por estas obras creemos y entendemos y sabemos que el Señor Jesús tenía verdadero cuerpo, así también por algunos otros oficios naturales que tenía alma. Tener hambre, tener sed, son cosas del alma: quita el alma, el cuerpo sin vida no podrá. Pero si dicen que estas cosas fueron falsas, también serán falsas aquellas que se creen del cuerpo: pero si por eso verdadero cuerpo, porque verdaderos oficios del cuerpo; por eso verdadera alma, porque verdaderos oficios del alma.

4. ¿Qué, pues? Porque el Señor se hizo débil por ti, oh hombre que escuchas; no te compares a Dios. Pues eres criatura, él es tu creador. Ni te compares a aquel hombre, porque por ti hombre es tu Dios, y el Verbo Hijo de Dios: pero préferete a aquel hombre, como mediador, a

Dios sobre toda criatura: y así entiende, porque quien se hizo hombre por ti, no incongruentemente ora por ti. Si, pues, no incongruentemente ora por ti, no incongruentemente pudo también decir estas palabras por ti: Te exaltaré, Señor, porque me has acogido, y no alegraste a mis enemigos sobre mí. Pero estas palabras, si no entendemos a los enemigos, serán falsas, pensando en el mismo Señor Jesucristo. Pues ¿cómo es verdad, si Cristo el Señor habla, Te exaltaré, Señor, porque me has acogido? Desde la persona del hombre, desde la persona de la debilidad, desde la persona de la carne, ¿cómo es verdad: cuando se alegraron sus enemigos sobre él, cuando lo crucificaron, lo apresaron, y lo azotaron, y lo abofetearon, diciendo, Profetiza para nosotros, Cristo (Mateo XXVI, 66, etc)? Esta alegría de ellos casi nos hace pensar que es falso lo que se dijo, Y no alegraste a mis enemigos sobre mí. Luego, cuando colgaba en la cruz, y pasaban o estaban, y miraban, y movían la cabeza, y decían, He aquí el Hijo de Dios, a otros salvó, a sí mismo no puede, descienda de la cruz, y creeremos en él (Id. XXVII, 42); diciendo estas cosas, ¿no se alegraban sobre él? ¿Dónde está, pues, esta voz, Te exaltaré, Señor, porque me has acogido, y no alegraste a mis enemigos sobre mí?

5. Tal vez no es esta la voz de nuestro Señor Jesucristo, sino del mismo hombre, sino de toda la Iglesia del pueblo cristiano: porque todo hombre en Cristo es un solo hombre, y la unidad de los cristianos es un solo hombre. Tal vez el mismo hombre, es decir, la unidad de los cristianos dice: Te exaltaré, Señor, porque me has acogido, y no alegraste a mis enemigos sobre mí. ¿Cómo también esto es verdad de ellos? ¿No fueron apresados los Apóstoles, no fueron golpeados, no fueron azotados, no fueron muertos, no fueron crucificados, no fueron quemados vivos, no lucharon contra las bestias, cuyas memorias celebramos? Cuando les hacían estas cosas los hombres, ¿no se alegraban sobre ellos? ¿Cómo, pues, puede también el pueblo cristiano decir: Te exaltaré, Señor, porque me has acogido, y no alegraste a mis enemigos sobre mí?

6. [vers. 1.] Entenderemos esto, si primero vemos el título del Salmo. Pues tiene: Al final, Salmo del Cántico de la dedicación de la casa de David. En este título está toda la esperanza, y todo el sacramento para resolver esta cuestión. Algún día se dedicará la casa, que ahora se está construyendo. Pues ahora se está construyendo la casa, es decir, la Iglesia, después se dedicará. En la dedicación aparecerá la gloria del pueblo cristiano, que ahora está oculta. Ahora enfurecen los enemigos, humillan, hacen no lo que quieren, sino lo que desde arriba se les permite. Pues no todo lo que sufrimos de los enemigos, debe atribuirse a los enemigos, y no a nuestro Señor Dios. Cuando en su mismo ejemplo el mediador demostró, cuando desde arriba permite a los hombres hacer daño, no se da desde arriba la voluntad de hacer daño, sino el poder. Cada uno malo tiene en sí la voluntad de hacer daño: pero para que pueda hacer daño, no lo tiene en su poder. Para que quiera, ya es culpable: para que pueda, por la oculta disposición de la providencia de Dios se permite en uno para castigo, en otro se permite para prueba, en otro se permite para corona. Para castigo, como se permitió a los filisteos, es decir, extranjeros, capturar al pueblo de Israel, porque pecaron contra Dios (Jueces X, 7, y XIII, 1, etc.). Para prueba se permitió al diablo en Job (Job I, 12): Job fue probado, el diablo fue confundido. Para corona se permitió a los perseguidores en los mártires: los mártires fueron muertos, como si los perseguidores pensaran haber vencido; ellos en manifiesto falsamente triunfaron, ellos en oculto verdaderamente fueron coronados. Por tanto, en quien se permite, es de la disposición oculta de la providencia de Dios: para que quiera hacer daño, es del mismo hombre; pues no inmediatamente a quien quiere mata.

7. Así que el mismo Señor juez de vivos y muertos, estando ante un hombre juez, dándonos un ejemplo de humildad y paciencia, no vencido, sino mostrando un ejemplo de lucha para el soldado, al juez amenazante, hinchado de soberbia, y diciendo, ¿No sabes que tengo poder de

soltarte y de matarte? le quitó la soberbia del que se hinchaba, y como devolviendo un soplo para que se desinflara, No tendrías, dijo, poder sobre mí, si no te fuera dado desde arriba (Juan XIX, 10, 11). Y Job (ciertamente el diablo mató a sus hijos, el diablo le quitó toda su sustancia), y él ¿qué? El Señor dio, el Señor quitó; como al Señor le plació así se hizo, sea el nombre del Señor bendito (Job I, 21). No triunfe el enemigo, porque él lo hizo: Yo sé, dice, de quién es permitido; al diablo se le atribuya la voluntad de hacer daño, al Señor mío el poder de probar. En la misma herida del cuerpo se acerca la esposa dejada, como Eva, ayudante del diablo, no consoladora del marido; tiente, y dice entre muchas recriminaciones: Di alguna palabra contra Dios, y muere (Id. II, 9). Y aquel Adán en el estiércol más cauteloso que Adán en el paraíso; pues Adán en el paraíso consintió a la mujer, para ser expulsado del paraíso; Adán en el estiércol rechazó a la mujer, para ser admitido al paraíso. ¿Qué, pues, aquel Adán en el estiércol, pariendo inmortalidad por dentro, fluyendo de gusanos por fuera, qué dice a la mujer? Como una de las mujeres insensatas has hablado. Si recibimos el bien de la mano del Señor, ¿no soportaremos el mal (Ibid., 10)? Nuevamente también él llamó mano del Señor en sí, lo que el diablo lo había golpeado: porque no atendía quién golpeaba, sino quién permitía. Pues también el mismo diablo aquel poder, que quería que se le diera, llamó mano del Señor: pues objetando crimen al justo varón, a quien el Señor daba testimonio, dijo a Dios: ¿Acaso Job teme al Señor en vano? ¿No lo has cercado a él y a su casa, y toda su sustancia alrededor? Bendijiste las obras de sus manos, y su posesión creció en la tierra: tantos bienes le diste, por eso te teme; pero extiende tu mano, y toca todo lo que es suyo, si no te bendice en tu cara (Job I, 9-11). ¿Qué es, extiende tu mano, cuando él mismo quería extenderla? Pero porque él no podía extender su mano, aquel poder que recibió de Dios, llamó mano de Dios.

8. ¿Qué diremos, hermanos, acerca de las tantas cosas que los enemigos han hecho contra los cristianos; y se han regocijado y alegrado sobre ellos? Pero, ¿cuándo se mostrará que no se han alegrado? Cuando ellos sean confundidos, ellos se regocijarán en la venida de nuestro Señor Dios, cuando venga trayendo en su mano retribuciones, condenación para los impíos, reino para los justos; sociedad con el diablo para los inicuos, sociedad con Cristo para los fieles. ¿Cuándo, entonces, mostrará esto, cuando los justos se mantendrán firmes con gran constancia (hablo de las Escrituras, recordad la lectura del libro de la Sabiduría: Entonces los justos se mantendrán firmes con gran constancia contra aquellos que los angustian: ellos dirán entre sí, arrepentidos, y gimiendo por la angustia del espíritu: ¿De qué nos sirvió la soberbia, y qué nos aportó la jactancia de las riquezas? Porque todo eso pasó como una sombra; y ¿qué dirán de los justos? ¿Cómo fueron contados entre los hijos de Dios, y su suerte está entre los santos [Sab. V, 1, etc.]?), entonces será la dedicación de la casa, que ahora se construye en tribulaciones; entonces, con razón dirá ese pueblo: Te exaltaré, Señor, porque me has acogido, y no has permitido que mis enemigos se alegren sobre mí. Por tanto, esta será una verdadera voz en el pueblo de Dios, que ahora es angustiado, ahora es atribulado, con tantas tentaciones, tantos escándalos, tantas persecuciones, tanta opresión. Quien no progresa en la Iglesia no siente estos tormentos del alma, pues cree que hay paz: pero que comience a progresar, y entonces verá en qué opresión se encuentra; porque cuando creció la hierba, y dio fruto, entonces aparecieron también las cizañas (Mat. XIII, 26): y quien añade conocimiento, añade dolor (Ecl. I, 18). Que progrese, y verá dónde está: que surja el fruto, y aparecerán las cizañas. La voz verdadera es a través del Apóstol, no puede ser borrada desde el principio hasta el fin: Pero también todos los que quieren, dice, vivir piadosamente en Cristo, sufrirán persecución. Pero los hombres malignos y los seductores progresan de mal en peor, ellos mismos errando y llevando a otros al error (II Tim. III, 12, 13). ¿Y de dónde son esas palabras del salmo, Espera en el Señor, actúa con valentía, y se

fortalecerá tu corazón, y espera en el Señor (Sal. XXVI, 14)? No era suficiente decir una vez, Espera en el Señor, si no lo repitiera: no sea que espere dos días, tres días, cuatro días, y permanezca la opresión y la tribulación; por eso añadió, actúa con valentía; añadió, y se fortalecerá tu corazón. Y porque desde el principio hasta el fin será así, lo que tiene la sentencia al principio, lo tiene al final, y espera en el Señor. Pasan estas cosas que te oprimen, y vendrá aquel a quien esperas, y enjugará el sudor: secará la lágrima, ya no llorarás. Pero ahora gemimos en las tribulaciones, como dice Job, ¿No es una tentación la vida humana sobre la tierra? (Job VII, 1).

9. Sin embargo, hermanos, antes de que venga el día de la dedicación de la casa, veamos que ya ha sido dedicado nuestra cabeza: ya se ha hecho la dedicación de la casa en la cabeza, como la dedicación del fundamento. La cabeza está arriba, el fundamento abajo: no sea que por eso hayamos dicho mal que el fundamento es Cristo; más bien es la cumbre, ha ascendido al cielo, está sentado a la derecha del Padre. Pero creo que no hemos errado. Pues el Apóstol dijo: Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, que es Jesucristo: si alguno edifica sobre este fundamento, oro, plata, piedras preciosas. Los que viven bien, los que honran y alaban a Dios, los que son pacientes en las tribulaciones, los que desean la patria, ellos edifican oro, plata, piedras preciosas: pero los que aún aman las cosas mundanas, y están implicados en negocios terrenales, y están entregados a ciertos vínculos y afectos de la carne, a sus casas, esposas, posesiones, y sin embargo son cristianos, de modo que su corazón no se aparta de Cristo, y no anteponen nada a Cristo, como en la edificación nada se antepone al fundamento; ellos edifican madera, heno, paja: pero ¿qué sigue? La obra de cada uno será probada por el fuego: el fuego de la tribulación y la tentación. Este fuego ha probado aquí a muchos mártires, pero probará a todo el género humano al final. Se encontraron mártires que tenían estas cosas mundanas. ¡Cuántos ricos y senadores sufrieron! Sin embargo, algunos de ellos edificaban madera, heno, paja en los afectos de las preocupaciones carnales y mundanas: pero porque tenían a Cristo como fundamento sobre el cual edificaban, ardió el heno, y ellos permanecieron en el fundamento. Así dice el Apóstol: Si la obra de alguno permanece, recibirá recompensa: y no perderá nada; porque lo que amó, eso encontrará. ¿Qué les hizo entonces el fuego de la tribulación? Los probó. Si la obra de alguno permanece, recibirá recompensa: si la obra de alguno se quema, sufrirá pérdida; él mismo, sin embargo, será salvo, pero como por fuego (I Cor. III, 11-15). Pero una cosa es no ser dañado por el fuego, otra ser salvado por el fuego. ¿Y por qué? Por el fundamento. No se aparte, pues, el fundamento del corazón. No pongas el fundamento sobre el heno, es decir, no antepongas el heno al fundamento, para que el heno tenga el primer lugar en tu corazón, y Cristo el segundo: pero si ya no puede ser de otra manera que haya heno allí, al menos que Cristo tenga el primer lugar, y el heno el segundo.

10. Por tanto, el fundamento es Cristo. Como dije, nuestra cabeza ha sido dedicado, él mismo es el fundamento. Pero el fundamento suele estar abajo, y la cabeza arriba. Que vuestra Santidad entienda lo que digo, tal vez lo explicaré en el nombre de Cristo. Los pesos son dobles. Pues el peso es un cierto impulso de cada cosa, como si intentara llegar a su lugar: eso es el peso. Llevas una piedra en la mano, sientes el peso; presiona tu mano, porque busca su lugar. ¿Y quieres ver qué busca? Retira la mano, cae a la tierra, descansa en la tierra: ha llegado a donde tendía, ha encontrado su lugar. Por tanto, ese peso era un movimiento casi espontáneo, sin alma, sin sentido. Hay otras cosas que buscan su lugar hacia arriba. Pues si echas agua sobre el aceite, por su peso tiende hacia abajo. Busca su lugar, busca ordenarse: porque fuera de orden está el agua sobre el aceite. Hasta que llegue a su orden, es un movimiento inquieto, hasta que alcance su lugar. Por el contrario, vierte aceite bajo el agua, por ejemplo, como si un vaso de aceite cayera en el agua, en el abismo, en el mar, y se

rompiera, el aceite no se soporta debajo. Así como el agua echada sobre el aceite, por su peso busca su lugar hacia abajo: así el aceite vertido bajo el agua, por su peso busca su lugar hacia arriba. Si es así, hermanos, ¿hacia dónde tienden el fuego y el agua? El fuego se lleva hacia arriba, busca su lugar; y el agua busca su lugar por su peso. La piedra busca lo bajo, y la madera, y las columnas, y la tierra, de donde se edifican estas casas: por tanto, son del género de cosas que por su peso se llevan hacia abajo; y si no hay algo que las sostenga, todo cae, porque todo tiende hacia la tierra. Por tanto, en las cosas que tienden hacia lo bajo, se pone el fundamento en lo bajo: pero la Iglesia de Dios, puesta en lo bajo, tiende hacia el cielo. Por tanto, nuestro fundamento está puesto allí, nuestro Señor Jesucristo sentado a la derecha del Padre. Si vuestra Santidad ha entendido, porque ya ha sido dedicado nuestro fundamento, escuchemos brevemente el Salmo, y recorramoslo.

11. [vers. 2.] Te exaltaré, Señor, porque me has acogido, y no has permitido que mis enemigos se alegren sobre mí. ¿Qué enemigos? ¿Los judíos? En la dedicación del fundamento entendamos la misma dedicación de la futura casa. Pues lo que ahora se dice desde la persona del fundamento, entonces se dirá desde la persona de toda la casa. ¿Qué enemigos, entonces? ¿Los judíos, o más bien el diablo y sus ángeles, que se retiraron confundidos, después de que el Señor resucitó? El príncipe de la muerte se dolió de que la muerte fuera vencida. Y no has permitido que mis enemigos se alegren sobre mí: porque no pude ser retenido en los infiernos.

12. [vers. 3.] Señor, Dios mío, clamé a ti, y me sanaste: el Señor oró en el monte antes de la pasión (Mat. XXVI, 39); lo sanó. ¿A quién sanó, que nunca enfermó, el Verbo Dios, el Verbo divinidad? No, sino que llevaba la muerte de la carne, llevaba tu herida, para sanarte de tu herida. Pero la carne fue sanada. ¿Cuándo? Cuando resucitó. Escucha al Apóstol, ve la verdadera sanidad: Absorbida es, dice, la muerte en victoria. ¿Dónde está, muerte, tu aguijón? ¿Dónde está, muerte, tu contienda? (I Cor. XV, 54). Por tanto, aquella exaltación será entonces nuestra voz, ahora es la exaltación de Cristo.

13. [vers. 4.] Señor, has hecho volver mi alma de los infiernos. No es necesario que se explique. Me has salvado de los que descienden al abismo. ¿Quiénes son los que descienden al abismo? Todos los pecadores que se sumergen en el profundo: pues el abismo es la profundidad del mundo. ¿Cuál es esa profundidad del mundo? La abundancia de lujuria y maldad: por tanto, los que se sumergen en las lujurias y deseos terrenales, descienden al abismo. Tales persiguieron a Cristo. Pero ¿qué dice? Me has salvado de los que descienden al abismo.

14. [vers. 5.] Cantad al Señor, sus santos: porque ha resucitado vuestra cabeza, esperen esto los demás miembros, lo que veis en la cabeza; esperen esto los miembros, lo que habéis creído en la cabeza. Es un proverbio antiguo y verdadero: Donde está la cabeza, también los demás miembros. Cristo ha ascendido al cielo, a donde lo seguiremos: no permaneció en los infiernos, resucitó, ya no muere; cuando resucitemos también nosotros, ya no moriremos. Teniendo, pues, estas promesas, Cantad al Señor, sus santos: y dad gracias a la memoria de su santidad. ¿Qué significa, dad gracias a la memoria? Pues lo habíais olvidado, pero él no os ha olvidado.

15. [vers. 6.] Porque la ira está en su indignación, y la vida en su voluntad. Ira en la indignación para el pecador: El día que comáis, moriréis (Gen. II, 17). Tocaron, murieron, fueron expulsados del paraíso, porque la ira está en su indignación: pero no sin esperanza, porque la vida está en su voluntad. ¿Qué significa, en su voluntad? No en nuestras fuerzas, no en nuestros méritos: sino porque quiso, nos salvó; no porque fuéramos dignos. Pues ¿qué

merece el pecador, sino el castigo? Dio la vida. Y si a los impíos les dio la vida, ¿qué guarda para los fieles?

16. Por la tarde permanecerá el llanto. No temáis, porque nos había dicho, Cantad; y aquí hay gemido: en el canto hay exultación, en la oración hay gemido. Gime por lo presente, canta por lo futuro: ora por la realidad, canta por la esperanza. Por la tarde permanecerá el llanto. ¿Qué significa, Por la tarde permanecerá el llanto? La tarde ocurre cuando el sol se pone. El sol se puso para el hombre, es decir, aquella luz de justicia, la presencia de Dios. Por eso, cuando Adán fue expulsado, ¿qué se dijo en el Génesis? Cuando Dios paseaba en el paraíso; Dios paseaba por la tarde: ya el pecador se había escondido tras el árbol, no quería ver el rostro de Dios (Gen. III, 8), al que solía alegrarse de ver: el sol de justicia se había puesto para él, no se alegraba en la presencia de Dios. Desde entonces comenzó toda esta vida mortal. Por la tarde permanecerá el llanto. Estarás mucho tiempo en llanto, oh género humano: pues naces de Adán, y así ha sido; y nosotros somos de Adán, y cuantos han engendrado hijos, y los que engendrarán, son de Adán, de quien ellos mismos fueron creados. Por la tarde permanecerá el llanto: y en la mañana la exultación: cuando comience a amanecer para los fieles la luz, que se había puesto para los pecadores. Pues por eso también el Señor Jesucristo resucitó del sepulcro por la mañana (Mat. XXVIII, 1), para que lo que dedicó en el fundamento, eso prometiera a la casa. En nuestro Señor fue la tarde, cuando fue sepultado; y la mañana, cuando resucitó, al tercer día: fuiste sepultado tú también por la tarde en el paraíso, y resucitaste al tercer día. ¿Cómo al tercer día? Si consideras el siglo, un día es antes de la Ley, el segundo bajo la Ley, el tercero bajo la Gracia. Lo que mostró en tres días tu cabeza, eso se muestra en ti en los tres días del siglo. ¿Cuándo? En la mañana se debe esperar, se debe alegrar; pero ahora se debe soportar, y gemir.

17. [vers. 7.] Pero yo dije en mi abundancia: No seré movido para siempre. ¿En qué abundancia dijo el hombre: No seré movido para siempre? Entendemos, hermanos, la persona del hombre humilde. ¿Quién aquí tiene abundancia? Nadie. ¿Cuál es la abundancia del hombre? Miseria, calamidad. Pero, ¿los ricos tienen abundancia? Cuanto más tienen, más necesitan: son devastados por deseos, son dispersados por codicias, son atormentados por temores, se consumen en tristeza: ¿qué abundancia tienen? Abundancia había, cuando el hombre fue puesto en el paraíso, cuando nada le faltaba, cuando disfrutaba de Dios: pero dijo, No seré movido para siempre. ¿Cómo dijo, No seré movido para siempre? Cuando escuchó con gusto, Gustad, y seréis como dioses: cuando Dios decía, El día que comáis, moriréis; y el diablo, No moriréis (Gen. III, 4 y 5). Creyendo, pues, a quien le aconsejaba tales cosas, dijo: No seré movido para siempre.

18. [vers. 8, 9.] Pero porque el Señor había dicho la verdad, que quitaría al soberbio lo que había dado al humilde cuando lo creó; sigue, y dice: Señor, en tu voluntad diste a mi decoro la virtud: es decir, porque no era bueno y fuerte por mí mismo, sino que por ti era hermoso y fuerte; diste a mi decoro la virtud, por tu voluntad, con la que me habías hecho. Y para mostrarme que por tu voluntad era esto, Avertiste tu rostro de mí, y me volví turbado. Avertió, pues, su rostro de aquel a quien expulsó del paraíso (Gen. III, 23). Ya aquí puesto, clame, y diga: A ti, Señor, clamaré, y a mi Dios suplicaré. En el paraíso no clamabas, sino que alababas; no gemías, sino que disfrutabas: puesto fuera, gime, y clama. Se acerca al afligido, quien abandonó al soberbio. Pues Dios resiste a los soberbios, pero da gracia a los humildes (Sant. IV, 6). A ti, Señor, clamaré, y a mi Dios suplicaré.

19. [vers. 10.] Ya desde la persona del Señor sigue esto, del mismo nuestro fundamento: ¿Qué utilidad hay en mi sangre, mientras desciendo a la corrupción? ¿Qué, pues, ora? Que resucite. Pues si desciendo, dice, a la corrupción, si mi carne fuera corrompida como la de los

demás hombres para resucitar al final, ¿para qué derramé mi sangre? Pues si no resucito ahora, no anunciaré a nadie, no ganaré a nadie: pero para que a alguien anuncie tus maravillas, tus alabanzas, la vida eterna, que se levante mi carne, que no vaya a la corrupción. Pues si va como la de los demás hombres, ¿qué utilidad hay en mi sangre? ¿Acaso te confesaré el polvo, o anunciará tu verdad? La confesión es doble, o de pecado, o de alabanza. Cuando nos va mal, en las tribulaciones confesemos nuestros pecados; cuando nos va bien, en la exultación de la justicia confesemos la alabanza a Dios: sin embargo, no estemos sin confesión.

20. [vers. 11]. Oyó el Señor, y se compadeció de mí. ¿Cómo? Atended a la dedicación de la casa. Oyó, y se compadeció. El Señor se hizo mi ayudador.

21. [vers. 12]. Escucha ya la misma resurrección: Convertiste mi lamento en gozo para mí, rasgaste mi saco, y me ceñiste de alegría. ¿Qué es el saco? La mortalidad. El saco se confecciona de cabras y de cabritos, y las cabras y los cabritos se ponen entre los pecadores (Mat. XXV, 32). El Señor de nuestro número solo tomó el saco, no asumió el mérito del saco. El mérito del saco es el pecado: aquel saco es la mortalidad. Asumió por ti la mortalidad, quien no tenía el mérito de la muerte. Pues el mérito de la muerte lo tiene quien peca: pero aquel que no pecó, no tuvo el mérito del saco. En otro lugar es su voz diciendo: Pero yo, cuando me molestaban, me vestía de cilicio (Sal. XXXIV, 13). ¿Qué significa esto, me vestía de cilicio? Esto oponía a los perseguidores, lo que tengo del cilicio. Para que lo consideraran un hombre, se ocultó de los ojos de los perseguidores; porque los perseguidores indignos eran para ver al vestido de cilicio. Por tanto, rasgaste mi saco, y me ceñiste de alegría.

22. [vers. 13.] Para que cante a ti mi gloria, y no sea herido. Lo que está en la cabeza, eso está en el cuerpo. ¿Qué significa, no sea herido? Ya no moriré. Pues fue herido cuando colgaba en la cruz, fue herido con una lanza (Juan XIX, 34). Por tanto, nuestra cabeza dice, No sea herido, ya no moriré. Pero nosotros, ¿qué decimos por la dedicación de la casa? Que no nos hiera la conciencia con los agujijones de los pecados. Pues todos serán perdonados, y entonces seremos libres. Para que cante a ti, dice, mi gloria, no mi humildad. Si es nuestra, y de Cristo: porque nosotros somos el cuerpo de Cristo. ¿Por qué? Porque aunque Cristo está sentado en el cielo, dirá a algunos: Tuve hambre, y me disteis de comer (Mat. XXV, 35). Y allí está, y aquí: allí en sí mismo, aquí en nosotros. ¿Qué, pues, dice? Para que cante a ti mi gloria, y no sea herido. Gime a ti mi humildad, cantará a ti mi gloria. Ya al final: Señor, Dios mío, te confesaré para siempre. ¿Qué significa, te confesaré para siempre? Te alabaré para siempre, porque dijimos que hay confesión también en las alabanzas, no solo en los pecados. Confiesa, pues, ahora lo que tú hiciste en Dios, y confesarás lo que Dios te hizo a ti. ¿Qué hiciste? Pecados. ¿Qué Dios? Al que confiesa su iniquidad, le perdona sus pecados, para que después le confiese alabanzas tuyas para siempre, no sea herido por el pecado.

EN EL SALMO XXX

EXPOSICIÓN I. Al final, Salmo de David en éxtasis.

1. [vers. 1.] Para el final, Salmo de David mismo, mediador con mano fuerte en las persecuciones. Pues también el éxtasis, que se añade al título, significa un exceso de la mente, que ocurre ya sea por temor o por alguna revelación. Pero en este salmo, el temor aparece principalmente por la perturbación del pueblo de Dios debido a la persecución de todas las naciones y la decadencia de la fe en el mundo. Primero habla el mismo mediador; luego, el pueblo redimido por su sangre da gracias; al final, el pueblo perturbado habla

durante mucho tiempo, lo cual se refiere al éxtasis: la persona del mismo profeta se interpone dos veces, cerca del final y al final.

2. [vers. 2.] En ti, Señor, he confiado, no seré confundido eternamente: en ti, Señor, he confiado, nunca seré confundido, mientras se me insulte como a un hombre similar a los demás. En tu justicia líbrame y sálvame: y en tu justicia líbrame del pozo de la muerte, y sálvame del número de ellos.

3. [vers. 3.] Inclina hacia mí tu oído: escúchame, humilde, cercano a mí. Apresúrate a libramme: no te demores hasta el fin del siglo, como a todos los creyentes en mí, mi separación de los pecadores. Sé para mí un Dios protector: Dios protector sé para mí. Y en casa de refugio, para que me salves: y como una casa, a la que huyendo seré salvo.

4. [vers. 4.] Porque tú eres mi fortaleza y mi refugio: porque tú eres mi fortaleza para soportar a mis perseguidores, y mi refugio para dejarlos. Y por tu nombre serás mi guía, y me nutrirás: y para que por mí te conozcan todas las naciones, seguiré en todo tu voluntad, y poco a poco, con los santos que se me agreguen, completarás mi cuerpo y mi estatura perfecta.

5. [vers. 5] Me sacarás de esta trampa que ocultaron para mí: me enseñarás de estas insidias que ocultaron para mí. Porque tú eres mi protector.

6. [vers. 6.] En tus manos encomiendo mi espíritu: a tu poder encomiendo mi espíritu, pronto a recibirlo. Me redimiste, Señor Dios de verdad. Que diga también el pueblo redimido por la pasión de su Señor, y alegre por la glorificación de su cabeza: Me redimiste, Señor Dios de verdad.

7. [vers. 7.] Odias a los que observan la vanidad en vano: odias a los que observan la falsa felicidad del mundo. Pero yo he confiado en el Señor.

8. [vers. 8] Me regocijaré y me alegraré en tu misericordia: que no me engaña. Porque has mirado mi humildad: por la cual me sometiste a la vanidad en esperanza. Salvaste mi alma de las necesidades: salvaste mi alma de las necesidades del temor, para que te sirva con amor libre.

9. [vers. 9] No me entregaste en manos del enemigo: no me entregaste, para que no tuviera acceso a respirar en libertad, y fuera dado al poder eterno del diablo, atrapado por el deseo de esta vida y aterrorizado por la muerte. Pusiste mis pies en un lugar espacioso: conociendo la resurrección de mi Señor y prometida a mí, mi amor, sacado de las angustias del temor, se extiende permaneciendo en la amplitud de la libertad.

10. [vers. 10.] Ten misericordia de mí, Señor, porque estoy atribulado. Pero, ¿cuál es esta inesperada crueldad de los perseguidores, que me infunde gran temor? Ten misericordia de mí, Señor. Pues ya no temo a la muerte, sino a los tormentos y sufrimientos. Se ha turbado mi ojo en la ira: tenía mi ojo en ti, para que no me abandonarás; te enojaste, y lo turbaste. Mi alma y mi vientre: en la misma ira se turbó mi alma, y la memoria con la que recordaba lo que sufrió por mí, y lo que me prometió mi Dios.

11. [vers. 11.] Porque mi vida se ha consumido en el dolor: porque mi vida es confesarte, pero se ha consumido en el dolor, cuando el enemigo dijo: Que sean torturados hasta que nieguen. Y mis años en gemidos: los tiempos que paso en este siglo no me son arrebatados por la muerte, sino que permanecen, y están en gemidos. Se ha debilitado mi vigor en la indigencia: carezco de la salud de este cuerpo, y no se me perdonan los sufrimientos; carezco

de la disolución del cuerpo, y se me perdona la muerte: y en esta indigencia se ha debilitado mi confianza. Y mis huesos se han turbado: y mi firmeza se ha turbado.

12. [vers. 12.] Me he convertido en oprobio para todos mis enemigos. Mis enemigos son todos los inicuos; y sin embargo, por sus crímenes, son torturados hasta la confesión: por lo tanto, he superado su oprobio, cuya confesión no sigue la muerte, sino que sigue el sufrimiento. Y para mis vecinos en exceso: esto les pareció excesivo a aquellos que ya se acercaban a conocerte y a mantener la fe que mantengo. Y temor para mis conocidos: y a esos mismos conocidos míos les infundí temor con el ejemplo de mi horrible tribulación. Los que me veían, huían de mí: porque no entendían mi esperanza interior e invisible, huyeron de mí hacia lo exterior y visible.

13. [vers. 13.] Me he olvidado, como un muerto del corazón: y me han olvidado, como si estuviera muerto de su corazón. Me he convertido en un vaso perdido: me he visto a mí mismo como perdido para los usos del Señor, viviendo en este siglo, y sin ganar a nadie, ya que todos temían agregarse a mí.

14. [vers. 14.] Porque escuché la difamación de muchos que habitaban alrededor: porque escuché a muchos difamándome en la peregrinación de esta tierra cerca de mí, siguiendo el curso de los tiempos, y negándose a regresar conmigo a la patria eterna. Mientras se reunían ellos mismos contra mí, para tomar mi alma, conspiraron: para que mi alma consintiera con ellos, que podría fácilmente salir de su poder por la muerte, idearon un plan para que no me dejaran morir.

15. [vers. 15.] Pero yo he confiado en ti, Señor; dije: Tú eres mi Dios: porque no has cambiado, para no salvar al que corriges.

16. [vers. 16.] En tus manos están mis suertes: en tu poder están mis suertes. Pues no veo ningún mérito por el cual, de toda la impiedad del género humano, me elegiste principalmente para la salvación: y si hay en ti un orden justo y oculto de mi elección, sin embargo, yo, a quien esto es desconocido, llegué a la túnica de mi Señor por suerte (Juan XIX, 24). Librame de las manos de mis enemigos, y de los que me persiguen.

17. [vers. 17.] Ilumina tu rostro sobre tu siervo: haz saber a los hombres que no creen que pertenezco a ti, que tu rostro está sobre mí, y que te sirvo. Sálvame en tu misericordia.

18. [vers. 18.] Señor, no seré confundido, porque te he invocado: Señor, no me avergonzaré ante los que me insultan, porque te he invocado. Que se avergüencen los impíos, y sean llevados al infierno: que se avergüencen más bien los que invocan piedras, y se unan a las sombras.

19. [vers. 19.] Que se vuelvan mudos los labios engañosos: haciendo conocer a los pueblos tus sacramentos en mí, haz que se asombren los labios que inventan falsedades sobre mí. Que hablan iniquidad contra el justo, con soberbia y desprecio: que hablan iniquidad contra Cristo, enorgulleciéndose y despreciando como a un hombre crucificado.

20. [vers. 20, 21.] ¡Cuán grande es la multitud de tu dulzura, Señor!: exclama aquí el Profeta viendo esto, y maravillándose de cuántas maneras es abundante tu dulzura, Señor. Que has escondido para los que te temen: incluso a aquellos que corriges, los amas mucho; pero para que no actúen con negligencia en una seguridad disoluta, escondes de ellos la dulzura de tu amor, a quienes les es útil temerte. La has perfeccionado para los que esperan en ti: has perfeccionado esta dulzura para los que esperan en ti; pues no les quitas lo que esperan

perseverantemente hasta el fin. A la vista de los hijos de los hombres: pues no está oculta a los hijos de los hombres, que ya no viven según Adán, sino según el hijo del hombre. Los esconderás en el secreto de tu rostro, que morada perpetua guardas en el secreto de tu conocimiento para los que esperan en ti. De la perturbación de los hombres: para que ya no sufran ninguna perturbación humana.

21. Los protegerás en tu tabernáculo, de la contradicción de las lenguas: pero aquí, mientras tanto, mientras las lenguas maldicientes les gritan diciendo, ¿Quién sabe esto, o quién viene de allí? los protegerás en el tabernáculo de la fe de aquellas cosas que el Señor hizo y sufrió temporalmente por nosotros.

22. [vers. 22.] Bendito sea el Señor, porque ha hecho maravillosa su misericordia en la ciudad de la circunstancia: bendito sea el Señor, porque después de la corrección de las persecuciones más agudas, ha hecho maravillosa su misericordia por todo el mundo, en el circuito de la sociedad humana.

23. [vers. 23.] Yo dije en mi éxtasis: de donde ese pueblo hablando de nuevo, dice: Yo dije en mi temor, cuando horriblemente las naciones se ensañaban contra mí. He sido arrojado de la faz de tus ojos: pues si me miraras, no permitirías que sufriera estas cosas. Por eso escuchaste, Señor, la voz de mi oración, cuando clamé a ti: por eso, poniendo un límite a la corrección, y mostrando que pertenezco a tu cuidado, escuchaste, Señor, la voz de mi oración, cuando la intensificaba mucho en la tribulación.

24. [vers. 24.] Amad al Señor todos sus santos: exhorta de nuevo el Profeta viendo esto, y dice: Amad al Señor, todos sus santos: porque el Señor buscará la verdad. Cuando si el justo apenas se salva, ¿dónde aparecerán el pecador y el impío? (I Pedro IV, 18). Y retribuirá a los que hacen abundante soberbia: y retribuirá a los que ni vencidos se convierten, porque se enorgullecen mucho.

25. [vers. 25.] Actudad con valentía, y fortalézcase vuestro corazón: haciendo el bien sin desfallecer, para que a su debido tiempo cosechéis. Todos los que esperáis en el Señor: es decir, los que lo teméis o adoráis correctamente, esperad en el Señor.

ENARRACIÓN II.

SERMON I, DADO POCO DESPUÉS DEL DÍA DEL NATALICIO DE LOS APÓSTOLES, desde el n. 3. Sobre el principio del Salmo.

1. [vers. 1.] Del salmo que acabamos de cantar, investiguemos sus secretos tanto como podamos, y devolvamos un discurso esculpido a vuestros oídos y mentes. Su título es: Para el final, Salmo de David mismo, éxtasis. Sabemos qué es el final, si conocemos a Cristo; pues dice el Apóstol: Porque el fin de la ley es Cristo para justicia a todo creyente (Rom X, 4). Fin no consumiendo, sino perfeccionando: pues de dos maneras decimos fin; o por lo que hace que no sea lo que era, o por lo que hace que sea perfecto lo que estaba comenzado. Por lo tanto, para el final, en Cristo.

2. Salmo de David, éxtasis. La palabra éxtasis en griego, en latín, tanto como se puede entender, puede exponerse con una sola palabra, si se dice exceso: pero el exceso de la mente propiamente se suele llamar éxtasis. En el exceso de la mente se entienden dos cosas; o temor, o intención hacia lo alto, de modo que de alguna manera se olviden las cosas inferiores: en este éxtasis estuvieron todos los santos, a quienes se revelaron los secretos de Dios que exceden este mundo. De este exceso de la mente, es decir, éxtasis, cuando Pablo

hablaba, insinuándose a sí mismo, dijo: Porque si nos hemos excedido en la mente, es para Dios; si somos sobrios, es para vosotros, porque el amor de Cristo nos apremia (II Cor. V, 13). Esto es, si quisiéramos solo hacer y contemplar lo que vemos en el exceso de la mente, no estaríamos con vosotros, sino que estaríamos en lo alto, como despreciándoos: y ¿cuándo nos seguiríais con paso débil a esas cosas superiores e interiores, si no fuera que, apremiados por el amor de Cristo (quien siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse, sino que se despojó a sí mismo tomando forma de siervo [Filip. II, 6]), consideráramos ser siervos, y no ingratos a aquel de quien recibimos cosas más altas, no despreciáramos las inferiores por aquellos que son débiles, y nos moderáramos para aquellos que no pueden ver con nosotros las cosas sublimes? Por lo tanto, dijo, Si nos hemos excedido en la mente, es para Dios: pues él ve lo que nosotros vemos en el exceso de la mente, él solo revela sus secretos. Pues él habla esto, quien dice que fue arrebatado y llevado al tercer cielo, y oyó palabras inefables, que no es lícito al hombre hablar: tan grande fue ese exceso de la mente, que dijo: Si en el cuerpo, o fuera del cuerpo, no lo sé, Dios lo sabe (II Cor. XII, 2). Por lo tanto, si este exceso de la mente, es decir, este éxtasis, significa el título de este salmo, ciertamente debemos esperar que diga grandes y altas cosas aquel que compuso el Salmo, es decir, el Profeta, o más bien el Espíritu Santo a través del Profeta.

3. Pero si este éxtasis debe entenderse como temor, tampoco faltará en esta significación de la palabra el contexto de este salmo; pues parece que va a hablar de la pasión, en la cual hay temor. Pero, ¿de quién es el temor, acaso de Cristo, porque dijo, Para el final, y entendemos el final como Cristo? ¿O acaso es nuestro temor? ¿Acaso podemos entender bien el temor en Cristo acercándose a la pasión, quien vino por ella? Cuando llegó a lo que vino, ¿acaso temía morir? Si fuera completamente hombre, sin ser Dios, más bien se alegraría de resucitar que temería morir. Sin embargo, porque se dignó asumir la forma de siervo, y en ella nos vistió a nosotros; quien no se desdeñó asumirnos en él, no se desdeñó transfigurarnos en él, y hablar con nuestras palabras, para que también nosotros habláramos con sus palabras. Pues este maravilloso intercambio se ha realizado, y se han llevado a cabo divinos comercios, un cambio de cosas celebrado en este mundo por un comerciante celestial: vino a recibir injurias, a dar honores; vino a absorber dolor, a dar salud; vino a sufrir muerte, a dar vida. Por lo tanto, muriendo por lo que tenía de nuestro, no en él, sino en nosotros temía; porque también dijo que su alma estaba triste hasta la muerte (Mat. XXVI, 38), y ciertamente todos nosotros con él. Pues sin él, nosotros nada; en él, sin embargo, él mismo Cristo y nosotros. ¿Por qué? Porque todo Cristo es cabeza y cuerpo. La cabeza es el salvador del cuerpo, que ya ha ascendido al cielo; el cuerpo es la Iglesia, que trabaja en la tierra (Ephes. V, 23). Sin embargo, este cuerpo, a menos que por la conexión del amor se adhiriera a su cabeza, para que se hiciera uno de la cabeza y el cuerpo, no diría corrigiendo a un perseguidor desde el cielo, Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? (Act. IX, 4). Cuando ya sentado en el cielo ningún hombre lo tocaba, ¿cómo Saulo, enfurecido en la tierra contra los cristianos, de alguna manera lo hería con injuria? No dijo, ¿Por qué a mis santos, por qué a mis siervos? sino, ¿por qué me persigues?, es decir, ¿por qué a mis miembros? La cabeza clamaba por los miembros, y los miembros se transfiguraban en él como cabeza. Pues la voz del pie la recibe la lengua. Cuando en la multitud el pie es aplastado y duele, la lengua clama, Me pisas; no dice, Me pisas el pie, sino que dice que él mismo es pisado, a quien nadie tocó: pero el pie que fue pisado, no está separado de la lengua. Por lo tanto, también así no incongruentemente se entiende éxtasis, temor. ¿Qué diré, hermanos? Si no hubiera absolutamente ningún temor en los que van a sufrir, se diría a Pedro mismo lo que escuchamos en el día del natalicio de los Apóstoles, cuando el Señor le predijo su futura pasión: Cuando eras joven, te ceñías a ti mismo, e ibas donde querías; pero cuando seas viejo, otro te ceñirá, y te llevará donde no quieras. Esto lo dijo, significando con qué muerte moriría (Juan XXI, 18). Por lo tanto, si el

apóstol Pedro con tanta perfección fue donde no quería, fue sin querer (murió sin querer, pero fue coronado queriendo), ¿qué maravilla si hay algún temor en la pasión incluso de los justos, incluso de los santos? El temor es por la debilidad humana, la esperanza por la promesa divina. Lo que temes es tuyo, lo que esperas es el don de Dios en ti. Y mejor en tu temor reconoces a ti mismo, para que en tu liberación glorifiques a quien te hizo. Que tema la debilidad humana, no en ese temor falta la misericordia divina. Por lo tanto, este temeroso comenzó desde allí: En ti, Señor, he confiado, no seré confundido eternamente. Veis que teme y espera: veis que este temor no es sin esperanza. Aunque haya alguna perturbación en el corazón humano, no se aleja la consolación divina.

4. Aquí, por tanto, habla Cristo en el Profeta; me atrevo a decir, Cristo habla. Dirá algunas cosas en este salmo que parecerían no poder corresponder a Cristo, a esa excelencia de nuestra cabeza, y especialmente a esa Palabra que en el principio era Dios con Dios: y tal vez algunas palabras aquí no parecerán adecuadas incluso a Él en la forma de siervo, esa forma de siervo que asumió de la virgen; y sin embargo, Cristo habla, porque en los miembros de Cristo está Cristo. Y para que sepáis que se llama Cristo a uno solo, cabeza y cuerpo suyo; Él mismo dice cuando hablaba del matrimonio: Serán dos en una sola carne: por tanto, ya no son dos, sino una sola carne (Mat. XIX, 5, 6). ¿Pero acaso dice esto de cualquier matrimonio? Escucha al apóstol Pablo: Y serán dos, dice, en una sola carne: este es un gran sacramento, pero yo lo digo respecto de Cristo y de la Iglesia (Efes. V, 31, 32). Así, pues, se forma como una sola persona de dos, de la cabeza y el cuerpo, del esposo y la esposa. Pues Isaías el profeta también recomienda esta unidad de persona, maravillosa y excelente: porque hablando en él Cristo en profecía dice: Como a un esposo me ha ceñido con mitra, y como a una esposa me ha adornado con ornamento (Isaías LXI, 10). Se llamó a sí mismo esposo, se llamó a sí mismo esposa: ¿por qué se llamó a sí mismo esposo, a sí mismo esposa, sino porque serán dos en una sola carne? Si dos en una sola carne, ¿por qué no dos en una sola voz? Hable, pues, Cristo, porque en Cristo habla la Iglesia, y en la Iglesia habla Cristo; y el cuerpo en la cabeza, y la cabeza en el cuerpo. Escucha al Apóstol expresando esto mismo más claramente: Porque así como el cuerpo es uno y tiene muchos miembros, pero todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un solo cuerpo, así también Cristo (I Cor. XII, 12). Hablando de los miembros de Cristo, es decir, de los fieles, no dijo, así también los miembros de Cristo; sino que llamó a todo esto que dijo, Cristo. Porque así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, pero todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un solo cuerpo; así también Cristo, muchos miembros, un solo cuerpo. Por tanto, todos nosotros juntos con nuestra cabeza Cristo, sin nuestra cabeza no valemos nada. ¿Por qué? Porque nosotros con nuestra cabeza somos la vid: sin nuestra cabeza, Dios no lo quiera, somos sarmientos cortados, destinados no a alguna obra de los agricultores, sino solo al fuego. Por eso Él mismo en el Evangelio: Yo soy la vid, vosotros los sarmientos, mi Padre es el agricultor; y: Sin mí, dice, nada podéis hacer (Juan XV, 5). Señor, si sin ti nada, todo en ti. Porque lo que Él obra a través de nosotros, parece que nosotros lo obramos. Él puede mucho y todo sin nosotros, nosotros nada sin Él.

5. [vers. 2.] Por tanto, en cualquier éxtasis que hable, ya sea por temor, ya sea por exceso de mente, lo que se dice es congruente. Digamos en el cuerpo de Cristo, digamos todos como uno, porque todos somos unidad, digamos: En ti, Señor, he confiado, no seré confundido eternamente. Esa confusión, dice, temo, que es eterna. Pues hay una cierta confusión temporal útil, perturbación del ánimo que mira sus pecados, que al mirarlos se horroriza, que al horrorizarse se sonroja, que al sonrojarse se corrige; de donde también dice el Apóstol: ¿Qué fruto teníais entonces en aquellas cosas de las cuales ahora os avergonzáis? (Rom. VI, 21). Por tanto, dice que se avergüenzan aquellos ya fieles, no de los dones presentes, sino de

los pecados pasados. Esta confusión no la tema el cristiano: más bien, si no la tiene, tendrá la eterna. ¿Cuál es la confusión eterna? Cuando suceda lo que se ha dicho, Y sus iniquidades los llevarán de frente (Sab. IV, 20). Y sucederá que, llevados de frente por sus iniquidades, todo el rebaño malo irá a la izquierda, como cabritos separados de las ovejas; y oirán, Id al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles. Preguntan por qué. Porque tuve hambre, y no me disteis de comer (Mat. XXV, 41). Despreciaban entonces cuando no daban alimento a Cristo hambriento, cuando no daban bebida al sediento, cuando no vestían al desnudo, no acogían al extranjero, no visitaban al enfermo, entonces despreciaban: cuando comiencen a enumerarles estas cosas, se confundirán, y esta confusión será eterna. Temiendo esto, aquel que teme, o cuya mente está en éxtasis hacia Dios, ruega esto, En ti, Señor, he confiado, no seré confundido eternamente.

6. Y en tu justicia líbrame, y sálvame: porque si miras mi justicia, me condenas. En tu justicia líbrame. Pues hay una justicia de Dios, que también se convierte en nuestra cuando se nos concede. Por eso se llama justicia de Dios, para que el hombre no piense que tiene justicia de sí mismo. Así lo dice el apóstol Pablo: Al que cree en aquel que justifica al impío (¿qué es, que justifica al impío? que del impío hace justo) se le cuenta su fe por justicia (Rom. IV, 5). Pero los judíos, porque pensaban que podían cumplir la justicia por sus propias fuerzas, tropezaron en la piedra de tropiezo (Rom. IX, 32) y en la roca de escándalo, y no reconocieron la gracia de Cristo. Recibieron la Ley para ser culpables, no para ser liberados de la culpa. Finalmente, ¿qué dice el Apóstol de ellos? Porque les doy testimonio de que tienen celo de Dios, pero no conforme a ciencia. ¿Qué es lo que dijo, Tienen celo de Dios los judíos, pero no conforme a ciencia? Escucha qué es, no conforme a ciencia: Porque ignorando la justicia de Dios y queriendo establecer la suya propia, no se han sometido a la justicia de Dios (Id. X, 2, 3). Si, por tanto, no tienen celo de Dios conforme a ciencia, porque ignoran la justicia de Dios y quieren establecer la suya propia, como si fueran justos por sí mismos; por eso no reconocieron la gracia de Dios, porque no quisieron ser salvados gratuitamente. ¿Quién es el que se salva gratuitamente? En quien el Salvador no encuentra qué coronar, sino qué condenar; no encuentra méritos de bienes, sino encuentra méritos de castigos. Si actúa según la regla de la Ley propuesta, el pecador debe ser condenado. Si actuara según esta regla, ¿a quién liberaría? Encuentra a todos pecadores: solo vino sin pecado, quien nos encontró pecadores. Esto dice el Apóstol: Porque todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios (Id. III, 23). ¿Qué es, están destituidos de la gloria de Dios? Que Él mismo te libere, no tú: porque tú no puedes liberarte, necesitas un libertador. ¿Qué es lo que te jactas? ¿Qué es lo que presumes de la Ley y la justicia? ¿No ves lo que dentro de ti lucha, de ti, contra ti? ¿No oyes al que lucha, y confiesa, y desea ayuda en la lucha? ¿No oyes al atleta del Señor pidiendo ayuda al agonoteta para su lucha? Porque Dios no te espera luchando, como te espera el editor, si acaso luchas en el anfiteatro: él puede darte el premio si vences, no puede ayudarte en el peligro. Dios no te espera así. Mira, pues, atiende a quien dice: Porque me deleito en la ley de Dios según el hombre interior, pero veo otra ley en mis miembros que lucha contra la ley de mi mente, y me lleva cautivo en la ley del pecado que está en mis miembros. ¡Miserable de mí! ¿Quién me libraré de este cuerpo de muerte? La gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor (Rom. VII, 22-25). ¿Por qué gracia? Porque se da gratuitamente. ¿Por qué se da gratuitamente? Porque tus méritos no precedieron, sino que los beneficios de Dios te precedieron. Por tanto, a Él la gloria que nos libera. Porque todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios. En ti, pues, Señor, he confiado, no en mí: no seré confundido eternamente, porque espero en aquel que no confunde. En tu justicia líbrame, y sálvame: porque no encontraste en mí mi justicia, líbrame en la tuya; esto es, que me libre aquello que me justifica, que del impío hace piadoso, que del injusto hace justo, que del ciego

hace vidente, que del caído hace levantado, que del lloroso hace gozoso. Esto me libera, no yo. En tu justicia líbrame, y sálvame.

7. [vers. 3.] Inclina a mí tu oído: Dios hizo esto cuando envió a Cristo mismo a nosotros. Envío a aquel que, inclinando la cabeza, escribía con el dedo en la tierra (Juan VIII, 6), cuando le presentaron a la mujer adúltera para ser castigada. Él, sin embargo, se había inclinado hacia la tierra, es decir, Dios hacia el hombre, a quien se le dijo, Tierra eres, y a la tierra volverás (Gen. III, 19). Porque Dios no inclina su oído hacia nosotros como si fuera por lugares corporales, ni está limitado por estos miembros corporales determinados. En absoluto, que no piensen tales cosas las fantasías humanas. Dios es Verdad. La Verdad no es cuadrada, ni redonda, ni larga. Está presente en todas partes, si el ojo del corazón se abre a ella. Sin embargo, Dios inclina su oído hacia nosotros depositando misericordia sobre nosotros. ¿Qué mayor misericordia que dar a su Unigénito por nosotros, no para vivir con nosotros, sino para morir por nosotros? Inclina a mí tu oído.

8. Apresúrate a libramme: porque se escucha en esto, cuando dice, Apresúrate. Porque para esto se ha puesto la palabra, para que todo esto que nos parece largo mientras se desarrolla el siglo, entiendas que es un punto. No es largo lo que tiene un fin. Desde Adán hasta el día de hoy se ha cumplido, y ciertamente se ha cumplido mucho más de lo que queda por cumplir. Si Adán aún viviera, y hoy muriera; ¿de qué le serviría haber sido, haber vivido tanto tiempo? Entonces, ¿por qué esta celeridad? Porque los tiempos vuelan: y lo que te parece lento, a los ojos de Dios es breve. Ya había entendido esta celeridad en el éxtasis. Apresúrate a libramme. Sé para mí un Dios protector y una casa de refugio, para que me salves. Casa de refugio sé para mí, Dios protector, casa de refugio. Porque a veces estoy en peligro, y quiero huir: ¿a dónde huyo? ¿a qué lugar seguro huyo? ¿a qué monte? ¿a qué cueva? ¿a qué techos fortificados? ¿Qué fortaleza tomaré? ¿con qué muros me rodearé? A dondequiera que vaya, me sigo a mí mismo. Porque puedes huir de cualquier cosa que quieras, hombre, excepto de tu conciencia. Entra en tu casa, descansa en tu lecho, entra en lo más íntimo: no puedes tener nada más íntimo a donde huir de tu conciencia, si tus pecados te roen. Porque dijo: Apresúrate a libramme, y en tu justicia líbrame, para que perdones mis pecados, y edifiques en mí tu justicia: tú serás para mí casa de refugio, a ti me refugio. Pues, ¿a dónde huiré de ti? Si Dios se enoja contigo, ¿a dónde huirás? Escucha lo que dice en otro salmo, temiendo la ira de Dios: ¿A dónde iré de tu espíritu, y a dónde huiré de tu presencia? Si subo al cielo, allí estás: si descendo al infierno, allí estás (Sal. CXXXVIII, 7, 8). A dondequiera que vaya, allí te encuentro. Y si te enojas, te encuentro vengador; si estás aplacado, te encuentro ayudador. Por tanto, no me queda nada, sino huir hacia ti, no de ti. Para escapar de un hombre señor, cualquiera que seas siervo, huyes a lugares donde no está tu señor: para escapar de Dios, huye hacia el Señor. Pues no hay a dónde huir de Dios. Todas las cosas están presentes y desnudas ante los ojos del Omnipotente. Tú, pues, me dices, sé casa de refugio. Pues si no soy salvo, ¿cómo huiré? Sáname, y huiré hacia ti. Pues si no me sanas, no puedo caminar, ¿cómo podré huir? ¿A dónde iría, a dónde huiría, si no pudiera caminar, medio muerto en el camino, herido por las heridas de los ladrones? A quien pasando el sacerdote pasó de largo, pasando el levita pasó de largo, pasando el samaritano se compadeció (Luc. X, 30), es decir, el mismo Señor, que se compadeció del género humano. Pues samaritanos significa guardián. ¿Y quién nos guarda, si Él nos abandona? Con razón, cuando los judíos insultando decían, ¿No decimos bien que eres samaritano, y tienes demonio? (Juan VIII, 48) rechazó uno, abrazó el otro: Yo, dice, no tengo demonio: no dijo, No soy samaritano: así quiso que se entendiera que Él es nuestro guardián. Compadecido, pues, se acercó, curó, llevó al albergue, llenó de misericordia hacia él: ya puede caminar, también puede huir. ¿A dónde huiría sino a Dios, donde hizo para sí casa de refugio?

9. [vers. 4.] Porque tú eres mi fortaleza y mi refugio, y por tu nombre serás mi guía, y me nutrirás: no por mi mérito, sino por tu nombre, para que tú seas glorificado, no porque yo sea digno; serás mi guía, para que no me desvíe de ti; y me nutrirás, para que sea fuerte para comer el alimento con el que alimentas a los ángeles. Pues aquí nos ha nutrido con leche, quien nos ha prometido alimento celestial; y ha usado de misericordia materna. Porque así como una madre lactante transmite el mismo alimento, que el niño no está en condiciones de tomar, a través de la carne, y le infunde leche (pues esto recibe el niño que iba a recibir en la mesa, pero lo que se transmite a través de la carne, es adecuado para el niño); así el Señor, para hacer su sabiduría como leche para nosotros, vino a nosotros revestido de carne. Por tanto, el cuerpo de Cristo habla, Y me nutrirás.

10. [vers. 5.] Me sacarás de esta trampa, que ocultaron para mí. Ya se significa la pasión, Me sacarás de esta trampa, que ocultaron para mí. Y no es solo aquella pasión, en la que sufrió nuestro Señor Jesucristo: el diablo ha tendido su trampa hasta el final. Y ¡ay de aquel que cae en esa trampa! cae todo aquel que no confía en Dios; que no dice: En ti, Señor, he confiado, no seré confundido eternamente: y en tu justicia líbrame, y sálvame. La trampa del enemigo está extendida y preparada. Puso en la trampa el error y el terror: el error para seducir, el terror para quebrantar y arrebatar. Tú cierra la puerta de la codicia contra el error; tú cierra la puerta del temor contra el terror, y serás sacado de la trampa. El mismo tu Emperador, que por ti también se dignó ser tentado, te mostró en sí mismo el ejemplo de esta lucha. Y primero fue tentado con halagos; porque fue tentada en Él la puerta de la codicia, cuando el diablo lo tentó diciendo: Di a estas piedras que se conviertan en panes. Adórame, y te daré estos reinos. Lánzate abajo, porque está escrito: Porque a sus ángeles mandará acerca de ti, y en sus manos te sostendrán, para que no tropieces con tu pie en piedra (Mat. IV, 4, 9, 6). Toda esta seducción tienta la codicia. Pero cuando encontró cerrada la puerta de la codicia en aquel que era tentado por nosotros, se volvió a tentar la puerta del temor, y le preparó la pasión. Finalmente, esto dice el Evangelista: Y consumada la tentación, el diablo se apartó de Él por un tiempo (Luc. IV, 13). ¿Qué es, por un tiempo? Como si fuera a regresar y tentar la puerta del temor, porque encontró cerrada la puerta de la codicia. Todo el cuerpo de Cristo es tentado hasta el final. Hermanos míos, cuando se ordenó no sé qué mal contra los cristianos, todo este cuerpo fue golpeado, todo fue golpeado: de donde se había dicho en el salmo: Como un montón de arena fui empujado para caer, y el Señor me sostuvo (Sal. CXVII, 13). Pero cuando terminaron aquellas cosas que golpeaban todo el cuerpo para que cayera, comenzó la tentación a ser por partes. El cuerpo de Cristo es tentado, una Iglesia no sufre persecución, otra sufre. No sufre la furia del emperador, pero sufre la furia del pueblo malo. ¿Cuántas devastaciones por las plebes? ¿Cuántos males se han infligido a la Iglesia por los malos cristianos, por aquellos que, atrapados en esa red, se multiplicaron tanto que presionaron las naves (Luc. V, 7) en aquella pesca del Señor antes de la pasión? Por tanto, no faltan las presiones de la tentación. Nadie se diga a sí mismo: No es tiempo de tentación. Quien se dice esto, se promete paz a sí mismo: quien se promete paz a sí mismo, es invadido seguro. Por tanto, todo el cuerpo de Cristo diga: Me sacarás de esta trampa, que ocultaron para mí: porque fue sacado también nuestra cabeza de la trampa, que ocultaron aquellos, a quienes se les decía ahora en el Evangelio, porque iban a decir: Este es el heredero, venid, matémoslo, y nuestra será la herencia. Y en sí mismos dijeron la sentencia cuando se les preguntó: ¿Qué hará el padre de familia a los labradores malos? A los malos los destruirá malamente, y arrendará su viña a otros labradores. ¿Qué, y no leísteis aquello: La piedra que desecharon los edificadores, esta ha venido a ser cabeza del ángulo? Porque es, desecharon los edificadores; esto dice, Lo echaron fuera de la viña, y lo mataron (Mat. XXI, 38-42). Por tanto, también Él fue sacado. Nuestra cabeza está arriba, es libre. Adhirámonos a Él por

amor, para que mejor después nos unamos a Él por inmortalidad; y digamos todos: Me sacarás de esta trampa, que ocultaron para mí; porque tú eres mi protector.

11. [vers. 6.] Escuchemos la voz del Señor, la que pronunció en la cruz: En tus manos encomiendo mi espíritu. Ciertamente, al reconocer sus palabras en el Evangelio provenientes de este salmo, no dudemos que él mismo habló aquí. Lo tienes en el Evangelio, dijo: En tus manos encomiendo mi espíritu (Luc. XXIII, 46): e inclinando la cabeza entregó el espíritu (Juan XIX, 30). No sin razón quiso que las palabras de este salmo fueran tuyas, sino para advertirte que él habló en este salmo. Búscalo aquí; piensa cómo en aquel salmo quiso ser buscado por la recepción matutina: Horadaron mis manos y mis pies, contaron todos mis huesos; ellos mismos me miraron y observaron, repartieron entre sí mis vestiduras, y sobre mi ropa echaron suertes (Sal. XXI, 17-19): para advertirte que esto se cumplió en él, puso en su voz el comienzo de ese salmo, Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? (Ibid., 2). Y sin embargo, transformó en sí la voz del cuerpo; pues el Padre nunca abandonó a su Unigénito. Me redimiste, Señor, Dios de verdad: cumpliendo lo que prometiste, no fallando en tu promesa, Dios de verdad.

12. [vers. 7.] Odias a los que observan la vanidad en vano. ¿Quién observa la vanidad? Quien temiendo morir, muere: pues temiendo morir, miente, y muere antes de morir, quien mentía para vivir. Quieres mentir para no morir: y mientes, y mueres; y mientras evitas una muerte que podrías diferir, no puedes evitarla, caes en dos, para morir primero en el alma, luego en el cuerpo. ¿De dónde viene esto, sino de observar la vanidad? Porque te es dulce el día que pasa, porque te son dulces los tiempos que vuelan, de los cuales no retienes nada, y además tú eres retenido. Odias a los que observan la vanidad en vano. Yo, sin embargo, que no observo la vanidad, en el Señor he confiado. Confías en el dinero, observas la vanidad: confías en el honor y en alguna altura del poder humano, observas la vanidad: confías en algún amigo poderoso, observas la vanidad. En todas estas cosas cuando confías, o tú expiras, y las dejas aquí; o mientras vives, todo perece, y en tu esperanza desfalleces. Isaías recuerda esta vanidad diciendo: Toda carne es hierba, y toda su gloria como flor de hierba: se secó la hierba, y su flor cayó; pero la palabra del Señor permanece para siempre (Isai. XL, 68). Yo, sin embargo, no como aquellos que confían en la vanidad, y que observan la vanidad; sino en el Señor he confiado, que no es vanidad.

13. [vers. 8.] Me regocijaré y me alegraré en tu misericordia: no en mi justicia. Porque miraste mi humildad, salvaste mi alma de las necesidades: no me entregaste en manos del enemigo. ¿Cuáles son las necesidades de las que queremos salvar nuestra alma? ¿Quién las enumerará? ¿quién las exagerará dignamente? ¿quién recomendará adecuadamente evitarlas y huir de ellas? Primero, en el género humano, la dura necesidad de no conocer el corazón del otro, de pensar mal a menudo de un amigo fiel, de pensar bien a menudo de un amigo infiel. ¡Oh dura necesidad! ¿Y qué haces para inspeccionar los corazones? ¿qué ojo traes, mortalidad débil y lamentable? ¿qué haces para ver hoy el corazón de tu hermano? No tienes qué hacer. Otra necesidad mayor, ni siquiera ves cómo será el tuyo mañana. ¿Qué diré ya de las necesidades de la misma mortalidad? Es necesario morir, y nadie quiere. Nadie quiere lo que es necesario. Nadie quiere lo que será quiera o no quiera. Dura necesidad de no querer lo que no se puede evitar. Pues si fuera posible, ciertamente no querríamos morir; y querríamos ser como los Ángeles, pero con algún cambio, no con la muerte, como dice el Apóstol: Tenemos una edificación de Dios, una casa no hecha de manos, eterna en los cielos. Porque en esto gemimos, deseando ser revestidos de nuestra morada celestial; si es que, vestidos, no seamos hallados desnudos. Porque los que estamos en esta morada, gemimos cargados, en lo cual no queremos ser despojados, sino revestidos, para que lo mortal sea absorbido por la

vida (II Cor. V, 1-4). Queremos llegar al reino de Dios, pero no queremos pasar por la muerte: y sin embargo, la necesidad te dice, Por aquí vendrás. ¿Dudas, hombre, en venir por aquí, cuando Dios vino a ti por aquí? ¿Cuáles son también las necesidades de vencer los deseos más antiguos y las malas costumbres de años? Vencer la costumbre, dura lucha, lo sabes. Ves cuán mal haces, cuán detestablemente, cuán infeliz; y sin embargo lo haces: lo hiciste, lo harás hoy. Si te desagrade tanto cuando discuto, ¿cómo te desagrade cuando piensas? Y sin embargo, lo harás. ¿De dónde eres arrastrado? ¿quién te lleva cautivo? ¿Es esa ley en tus miembros que lucha contra la ley de tu mente? Clama entonces: ¡Infeliz de mí, quién me libraré de este cuerpo de muerte? La gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor (Rom. VII, 23); y se cumple en ti lo que acabamos de decir, Yo, sin embargo, en el Señor he confiado: me regocijaré y me alegraré en tu misericordia; porque miraste mi humildad, salvaste mi alma de las necesidades. ¿De dónde fue salvada tu alma de las necesidades, sino porque fue mirada tu humildad? Si no te hubieras humillado primero, no te escucharía quien te libraría de las necesidades. Se humilló quien dijo: ¡Infeliz de mí, quién me libraré de este cuerpo de muerte? No se humillaron quienes, ignorando la justicia de Dios, y queriendo establecer la suya propia, no se sometieron a la justicia de Dios (Id. X, 3).

14. [vers. 9.] No me entregaste en manos del enemigo: no de tu vecino, no de tu copropietario, no de aquel con quien serviste y lo ofendiste, o tal vez en tu ciudad le hiciste una injuria; pues tales son aquellos por quienes debemos orar. Tenemos otro enemigo, el diablo, la serpiente antigua. Todos los que mueren, si morimos bien, somos liberados de sus manos. Porque todos los que mueren mal en sus iniquidades, son entregados en sus manos, para ser condenados con él al final. Nos libra, por tanto, el Señor nuestro Dios de la mano de nuestro enemigo: pues él quiere capturarnos por nuestros deseos. Pero cuando nuestros deseos son fuertes, y cuando les servimos, se llaman necesidades. Sin embargo, cuando Dios libera nuestra alma de nuestras necesidades, ¿qué habrá en nosotros que retenga el enemigo, para que seamos entregados en sus manos?

15. Pusiste mis pies en un lugar espacioso. Ciertamente el camino es angosto (Matth. VII, 14): para el que trabaja es angosto, para el que ama, es ancho. Lo mismo que es angosto, se hace ancho. En un lugar espacioso, dice, pusiste mis pies, para que mis pies no se estrecharan y se encontraran entre sí, y al tropezar me derribaran. ¿Qué significa entonces, Pusiste mis pies en un lugar espacioso? Claramente hiciste fácil para mí la justicia, que alguna vez me fue difícil: esto es, Pusiste mis pies en un lugar espacioso.

16. [vers. 10, 11.] Ten misericordia de mí, Señor, porque estoy atribulado, mi ojo está turbado por la ira, mi alma y mi vientre. Porque mi vida se ha consumido en el dolor, y mis años en gemidos. Que sea suficiente para vuestra Caridad, con la ayuda del Señor tal vez cumpliremos la deuda, para que, completado el Salmo, partamos.

SERMO II. De la mitad del mismo Salmo.

1. Que nuestra atención vuelva a lo que queda del Salmo, y nos reconozcamos a nosotros mismos en las palabras del Profeta. Porque si nos examinamos en el tiempo de tribulación, nos alegraremos en el tiempo de retribución. Había recomendado a vuestra Caridad, cuando expuse las primeras partes de este salmo, que Cristo habla; y cómo debe entenderse a Cristo en su totalidad con la cabeza y el cuerpo, no lo había llamado: también lo había afirmado con testimonios de las Escrituras, que me parecen bastante idóneos y claros; de modo que no se pueda dudar en absoluto que Cristo es la cabeza y el cuerpo, el esposo y la esposa, el Hijo de Dios y la Iglesia, el Hijo de Dios hecho hijo del hombre por nosotros, para hacer a los hijos de los hombres hijos de Dios; y así sean dos en una sola carne en un gran sacramento, que se

reconocen en los Profetas dos en una sola voz. La gratitud fue expresada anteriormente por el que dice: Miraste mi humildad, salvaste mi alma de las necesidades, no me entregaste en manos del enemigo, pusiste mis pies en un lugar espacioso: es la gratitud del hombre liberado de la tribulación, de los miembros liberados de Cristo de la aflicción y las insidias. Y nuevamente dice: Ten misericordia de mí, Señor, porque estoy atribulado. En la tribulación ciertamente hay angustia: ¿cómo entonces, Pusiste mis pies en un lugar espacioso? Si aún está atribulado, ¿cómo están sus pies en un lugar espacioso? ¿O tal vez es una sola voz, porque es un solo cuerpo; pero en algunos miembros se siente el espacio, en otros la angustia, es decir, algunos sienten la facilidad de la justicia, otros trabajan en la tribulación? Pues si no fueran algunos miembros los que sufrieran esto, y otros aquello, no diría el Apóstol: Si un miembro sufre, todos los miembros sufren con él; y si un miembro es honrado, todos los miembros se regocijan con él (I Cor. XII, 26). Algunas Iglesias, por ejemplo, tienen paz; otras están en tribulación: en aquellas que tienen paz, los pies están en un lugar espacioso; aquellas que están en tribulación, sufren angustias: pero también a estos les entristece la tribulación de aquellos, y a aquellos les consuela la paz de estos. Pues es un solo cuerpo, para que no haya división; y no hace división sino la disensión. Pero la caridad hace la unión, la unión abarca la unidad, la unidad guarda la caridad, la caridad llega a la claridad. Diga entonces desde algunos miembros: Ten misericordia de mí, Señor, porque estoy atribulado; mi ojo está turbado por la ira, mi alma y mi vientre.

2. Buscamos de dónde viene esta tribulación, ya que liberado poco antes parecía alegrarse, con una justicia infundida en él abundantemente por el don de Dios, y de ahí hecho espacio para sus pies en la amplitud de la caridad. ¿De dónde surge entonces esta tribulación, sino tal vez de lo que el Señor dice: Porque abundará la iniquidad, se enfriará la caridad de muchos (Matth. XXIV, 12)? Primero, encomendada la escasez de los santos, como enviados los redes, se multiplicó la Iglesia, y fueron capturados innumerables, de los cuales se había predicho. Anuncié y hablé, se multiplicaron sobre número (Sal. XXXIX, 6); que incluso presionarían las naves, y romperían las redes, como está puesto en aquella primera pesca (Luc. V, 6) antes de la pasión del Señor. De estas multitudes, por tanto, se han exagerado, aquellos por quienes en Pascua se llenan tanto las iglesias, que la multitud de ellos rechaza la estrechez de los muros. ¿Cómo no se atribulará este por esta multitud, cuando ve a los mismos llenar los teatros y anfiteatros, que poco antes llenaron las iglesias? a los mismos en iniquidades, que poco antes en alabanzas de Dios? a los mismos blasfemar a Dios, que respondían, Amén a Dios? Permanezca, dure, no desfallezca incluso en la multitud copiosa de inicuos, porque tampoco el grano desfallece en la multitud de pajas, hasta que después de la ventilación sea enviado al granero, y allí esté en la sociedad de los santos, para que no sufra algo de polvo turbulento. Perdure, pues, porque también el Señor, cuando dijo, Porque abundará la iniquidad, se enfriará la caridad de muchos; para que no vacilen y tambaleen nuestros pies por esta abundancia de iniquidad anunciada, inmediatamente añadió, lo que levantaría a los fieles, lo que los consolaría y afirmaría, diciendo: El que persevere hasta el fin, este será salvo (Matth. XXIV, 13).

3. Atiende, por tanto, a este, que me parece, constituido en esta tribulación. Cuando ciertamente puesto en tribulación debería dolerse (pues la tribulación tiene un dolor congruente), se dice iracundo en la tribulación, y dice: Ten misericordia de mí, Señor, porque estoy atribulado, mi ojo está turbado por la ira. Si estás atribulado, ¿por qué te enojas? Este se enoja por los pecados ajenos. ¿Quién no se enoja, viendo a hombres confesando a Dios con la boca, negándolo con las costumbres? ¿Quién no se enoja, viendo a hombres renunciando al mundo con palabras, y no con hechos? ¿Quién no se enoja, viendo a hermanos insidiando a hermanos, no guardando la fe con el beso que imprimen en los sacramentos de Dios? ¿Y

quién enumerará todo, por lo que se enoja el cuerpo de Cristo, que vive dentro del espíritu de Cristo, que gime como grano entre pajas? Pues apenas aparecen estos que así gimen, que así se enojan: como apenas aparecen los granos, cuando se trilla la era. Quien no sabe cuántas espigas se han enviado, piensa que todo es paja: y de esto que todo se piensa paja, de ahí se purgará una gran masa. En estos, por tanto, no aparentes y gimiendo, se enoja, quien dice en otro lugar: El celo de tu casa me ha consumido (Sal. LXVIII, 10). Dice también en otro lugar cuando ve a muchos haciendo el mal, Me ha detenido el tedio de los pecadores que abandonan tu ley (Sal. CXVIII, 53). Dice también en otro lugar, Vi a los insensatos, y me consumía (Ibid., 158).

4. Pero este enojo, es de temer, no sea tan grande que se convierta en odio. Pues el enojo aún no es odio: porque te enojas con el hijo, no odias al hijo; le guardas la herencia, quien te siente enojado; y te enojas para que no pierda lo que has guardado, viviendo mal con costumbres perversas. Por tanto, el enojo aún no es odio: aún no odiamos a aquellos con quienes nos enojamos; pero este enojo si permanece, y no se arranca pronto, crece y se convierte en odio. Por eso, para que el enojo reciente se arranque, y no se convierta en odio, esto nos enseña la Escritura, diciendo: No se ponga el sol sobre vuestro enojo (Ephes. IV, 26). Sin embargo, encuentras a veces a un hermano que tiene odio, y reprende al que se enoja: en él está el odio, y en otro culpa el enojo; él tiene la viga en su ojo, y reprende la paja en el ojo de su hermano (Matth. VII, 3). Pero esta paja y ramita, si no se arranca pronto, será una viga. Por tanto, no dijo, Se extinguió mi ojo por el enojo; sino turbado: pues si se extingue, ya es odio, no enojo. Y ve porque se extinguió. De aquí dice Juan: El que odia a su hermano, está en tinieblas hasta ahora (I Joan. II, 11). Antes de que, por tanto, se vaya a las tinieblas, el ojo se turba en el enojo: pero hay que tener cuidado, no sea que el enojo se convierta en odio, y el ojo se extinga. Por tanto, este dice: Mi ojo está turbado por el enojo, mi alma y mi vientre; esto es, mis entrañas están turbadas. Puso el vientre por las entrañas. A veces, en los inicuos y perversos y desviados de la ley y viviendo mal, es lícito enojarse, no es lícito clamar. Cuando nos enojamos y no podemos clamar, nuestras entrañas se turban. Pues tanta es a veces la perversidad, que ni siquiera puede ser corregida.

5. [vers. 11.] Porque mi vida se ha consumido en el dolor, y mis años en gemidos. Se ha consumido, dice, en el dolor mi vida. Dice el Apóstol: Ahora vivimos, si vosotros estáis firmes en el Señor (I Thess. III, 8). Cualquiera que sea perfecto según el Evangelio y la gracia de Dios, no vive aquí sino por otros; pues su vida ya no es necesaria para ellos en este mundo. Pero porque su dispensación es necesaria para otros, se hace en ellos lo que dice el mismo Apóstol: Deseando partir, y estar con Cristo; pues es mucho mejor: pero permanecer en la carne es necesario por vosotros (Phil. I, 23, 24). Pero cuando el hombre ve de su dispensación, de sus trabajos, de su predicación, que los hombres no progresan, se debilita en la escasez la vida del hombre. Verdaderamente miserable escasez y hambre: pues aquellos que ganamos para el Señor, de algún modo los come la Iglesia. ¿Qué significa los come? Los convierte en su cuerpo: pues todo lo que comemos, lo convertimos en nuestro cuerpo. Esto hace la Iglesia por los santos: tiene hambre de aquellos que quiere ganar, y de aquellos que ha ganado de algún modo, los come de algún modo. De quien Pedro llevaba la persona, cuando le fue enviado del cielo un lienzo lleno de todos los animales cuadrúpedos, serpientes, y aves: por estos géneros se significan todas las naciones. El Señor prefiguraba a la Iglesia, que todas las naciones iba a devorar, y a convertir en su cuerpo; y dijo a Pedro, Mata y come (Act. X, 13). Oh Iglesia, (esto es Pedro, porque sobre esta piedra edificaré mi Iglesia [Matth. XVI, 18]), mata y come: primero mata, y así come; mata lo que son, y haz lo que eres. Cuando, por tanto, se predica el Evangelio, y ve quien predica que los hombres no progresan, ¿por qué no clamar: Porque mi vida se ha consumido en el dolor, y mis años en gemidos: Se ha debilitado

en la escasez mi vigor, y mis huesos se han turbado? Nuestros años estos, que aquí llevamos, están en gemidos. ¿De dónde? Porque abundó la iniquidad, se enfría la caridad de muchos. En gemidos, no en voces claras: cuando la Iglesia ve a muchos ir en perversidad, devora sus gemidos en sí misma, para decir a Dios, Mi gemido no está oculto de ti (Sal. XXXVII, 10): se dice en otro salmo, pero conviene a este; y esto es decir, Mi gemido, aunque está oculto de los hombres, de ti no está oculto. Se ha debilitado en la escasez mi vigor, y mis huesos se han turbado: de esta escasez hemos hablado antes: los huesos, sin embargo, se entienden como los fuertes de la Iglesia, que aunque no se turban por las persecuciones de los extraños, sin embargo se turban por las iniquidades de los hermanos.

6. [vers. 12.] Sobre todos mis enemigos me he convertido en oprobio, y en gran medida para mis vecinos, y en temor para mis conocidos. Sobre todos mis enemigos me he convertido en oprobio: ¿quiénes son los enemigos de la Iglesia? ¿Paganos, judíos? Los cristianos malvados viven peor que todos ellos. ¿Quieres ver cómo los cristianos malvados viven peor que todos? De tales personas habla el profeta Ezequiel, porque se comparan con sarmientos inútiles (Ezequiel XV, 2). Considera a los paganos como leña silvestre fuera de la Iglesia, aún se puede hacer algo con ellos; como de la madera de carpintería se puede hacer algo útil, aunque esté nudosa, curva y con corteza, se puede tallar, alisar y usar para alguna obra humana: pero de los sarmientos cortados, los carpinteros no pueden hacer nada; solo el fuego los espera. Prestad atención, hermanos. Aunque el sarmiento que permanece en la vid se prefiera a la leña silvestre porque da fruto, esa leña no da fruto: sin embargo, si se compara la leña silvestre con el sarmiento cortado de la vid, se entiende que es mejor; porque el carpintero puede hacer algo con ella; pero el sarmiento solo lo busca quien alimenta el fuego. Al observar la multitud de los que viven mal en la Iglesia, dice: Sobre todos mis enemigos me he convertido en oprobio. Dice que los malvados en mis sacramentos viven peor que aquellos que nunca se acercaron a ellos. ¿Por qué no lo decimos abiertamente en latín, al menos cuando exponemos el salmo? Y si en otros momentos no nos atrevemos a decirlo, al menos la necesidad de exponerlo debe tener la libertad de corregir. Sobre todos, dice, mis enemigos me he convertido en oprobio. De tales personas habla el apóstol Pedro: Les ha sucedido lo que dice el verdadero proverbio: El perro vuelve a su vómito (II Pedro II, 20-22). No es que juzgue mejores a los enemigos que están fuera que a los que viven mal dentro, que oprimen y agobian a la Iglesia. Mejor, dice, les hubiera sido no conocer el camino de la justicia que, conociéndolo, volverse atrás del santo mandamiento que les fue dado. Finalmente, mira a qué cosa horrible los comparó: Les ha sucedido lo que dice el verdadero proverbio: El perro vuelve a su vómito (II Pedro II, 20-22). Con tales personas, estando llenas las iglesias, ¿no dicen verdaderamente allí unos pocos, o más bien la misma Iglesia con la voz de unos pocos: Sobre todos mis enemigos me he convertido en oprobio, y en gran medida para mis vecinos, y en temor para mis conocidos? Me he convertido en gran oprobio para mis vecinos, es decir, para aquellos que ya se acercaban a mí para creer: esto es, mis vecinos se han visto muy disuadidos por la mala vida de los malos y falsos cristianos. ¿Cuántos, hermanos míos, creen que quieren ser cristianos, pero se ofenden por las malas costumbres de los cristianos? Ellos son los vecinos que ya se acercaban, y nos hemos convertido en gran oprobio para ellos.

7. [vers. 12.] Me he convertido en temor para mis conocidos. ¿Qué hay más temible? Temor, dice, me he convertido en temor para mis conocidos. ¿Qué hay más temible que cuando un hombre ve a muchos viviendo mal, y de quienes se esperaba bien, encontrados en muchos malos actos? Teme que todos aquellos que consideraba buenos sean así, y casi todos los buenos caen en mala sospecha. ¿Qué clase de hombre? ¿Cómo cayó? ¿Cómo fue encontrado en esa deshonra, en ese crimen, en ese mal acto? ¿Crees que no son todos así? Esto es temor para mis conocidos, para que incluso aquellos a quienes somos conocidos, a menudo

caigamos en duda. Y a menos que te consuele lo que eres, si eres algo, no crees que otro sea así. La conciencia de cualquier tipo consuela al hombre, para que el hombre que vive bien se diga a sí mismo: Oh tú, que ahora temes que todos sean así, ¿eres tú así? La conciencia responde: No lo soy. Entonces, si no eres así, ¿estás solo? Mira que esta soberbia no sea peor que esa maldad. No digas que eres el único. Pues también Elías, alguna vez cansado de la multitud de impíos, dijo: Han matado a tus profetas, han derribado tus altares, y yo he quedado solo, y buscan mi vida. Pero, ¿qué le dice la respuesta divina? Me he reservado siete mil hombres que no han doblado la rodilla ante Baal (III Reyes XIX, 10; Romanos XI, 3, 4). Por lo tanto, hermanos, entre estos escándalos hay un remedio, para que no pienses mal de tu hermano. Humildemente sé lo que quieres que él sea, y no pensarás que él es lo que tú no eres. Pero, sin embargo, que también haya temor para los conocidos, incluso para los experimentados.

8. [vers. 13.] Los que me veían, huían de mí. Sería perdonable si huyeran de mí los que no me veían: incluso los que me veían, huían de mí. Pero si los que no me veían, huían de mí (ni se debe decir que huían, porque no estaban dentro: si hubieran estado dentro, me habrían visto, es decir, habrían conocido el cuerpo de Cristo, habrían conocido los miembros de Cristo, habrían conocido la unidad de Cristo): eso es más lamentable, eso es completamente intolerable, porque muchos que me vieron, huyeron de mí, es decir, que conocieron lo que era la Iglesia, salieron y formaron herejías y cismas contra la Iglesia. Hoy encuentras a un hombre, por ejemplo, nacido en la parte de Donato, no sabe qué es la Iglesia, donde nació permanece: no le arrancas la costumbre que mamó con la leche de su nodriza. Da a aquel que se revuelca diariamente en las Escrituras, que lee, que predica: ¿acaso no ve allí, Pídemelo, y te daré las naciones como herencia, y como posesión los confines de la tierra (Salmo II, 8)? ¿No ve allí, Se acordarán y se convertirán al Señor todos los confines de la tierra, y adorarán en su presencia todas las familias de las naciones (Salmo XXI, 28)? Si ves allí la unidad de todo el orbe, ¿por qué huyes, para no solo sufrir tú mismo, sino también causar ceguera a otros? Los que me veían, es decir, los que sabían qué es la Iglesia, los que la contemplaban en las Escrituras, huyeron de mí. ¿Creéis, hermanos míos, que todos aquellos que hicieron herejías en lugares y partes, no sabían en las Escrituras de Dios que la Iglesia no está predicha sino extendida por todo el orbe de la tierra? Verdaderamente os digo, queridos: Ciertamente todos somos cristianos, o todos nos llamamos cristianos, y todos estamos marcados con el signo de Cristo: los profetas hablaron más oscuramente de Cristo que de la Iglesia; creo que porque veían en el Espíritu que los hombres iban a hacer particiones contra la Iglesia, y no iban a tener tanta disputa sobre Cristo, pero sí grandes contiendas sobre la Iglesia. Por eso, aquello sobre lo que iban a haber mayores disputas, fue predicho más claramente y profetizado más abiertamente, para que sirviera de juicio a aquellos que vieron y huyeron.

9. Por ejemplo, recordaré uno. Abraham fue nuestro padre, no por la descendencia de la carne, sino por la imitación de la fe: justo y agradable a Dios, recibió por fe a su hijo prometido Isaac de Sara, su esposa estéril, en su vejez (Génesis XXI, 2): se le ordenó sacrificar a ese mismo hijo a Dios, y no dudó, ni discutió, ni disputó sobre la orden de Dios, ni consideró malo lo que el mejor pudo ordenar; llevó a su hijo para sacrificarlo, le impuso la leña del sacrificio, llegó al lugar, levantó la mano para golpear, y al ser detenido, la bajó, como la había levantado por orden; quien obedeció para herir, obedeció para perdonar; siempre obediente, nunca temeroso: sin embargo, para que se cumpliera el sacrificio, y no se fuera sin sangre, se encontró un carnero enredado en un zarzal por los cuernos, y fue sacrificado, completándose el sacrificio. Busca qué significa: es una figura de Cristo envuelta en sacramentos. Finalmente, para que se vea, se discute, para que se vea se examina, para que lo que está envuelto se desenvuelva. Isaac, como hijo único amado, tiene la figura del Hijo de

Dios, llevando la leña, como Cristo llevó la cruz (Juan XIX, 17). Finalmente, ese mismo carnero significó a Cristo. ¿Qué es estar enredado por los cuernos, sino de alguna manera ser crucificado? Esta es una figura de Cristo. Inmediatamente debía ser predicada la Iglesia, anunciado el cabeza, debía ser anunciado también el cuerpo: comenzó el Espíritu de Dios, comenzó Dios a Abraham a querer predicar la Iglesia, y tomó la figura. Predicaba figuradamente a Cristo, predicó abiertamente a la Iglesia; pues dijo a Abraham: Porque has obedecido mi voz, y no has perdonado a tu hijo amado por mí, bendiciendo te bendeciré, y multiplicando multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo, y como la arena del mar, y en tu descendencia serán bendecidas todas las naciones de la tierra (Génesis XXII, 16). Y casi en todas partes Cristo fue predicado por los profetas con algún envoltorio de sacramento, la Iglesia abiertamente: para que la vieran aquellos que iban a estar contra ella, y se cumpliera en ellos esta maldad que predijo el Salmo, Los que me veían, huyeron de mí. Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros (I Juan II, 19): esto dijo el apóstol Juan de ellos.

10. [vers. 13.] Me he olvidado, como muerto del corazón. Me he olvidado, he caído en el olvido, me han olvidado aquellos que me vieron: me han olvidado, y así me han olvidado, como si hubiera muerto en su corazón. Me he olvidado, como muerto del corazón: me he convertido en como un vaso perdido. ¿Qué significa esto, me he convertido en como un vaso perdido? Este sufría, y no beneficiaba a nadie: se vio a sí mismo como un vaso, y no beneficiaba a nadie, y se dice a sí mismo como un vaso perdido.

11. [vers. 14.] Porque he oído la difamación de muchos en el entorno de los que habitan: muchos habitan a mi alrededor, y me reprenden diariamente. ¡Cuántas cosas malas dicen de los malos cristianos, qué maldiciones llegan a todos los cristianos! ¿Acaso dice quien maldice, o quien reprende a los cristianos, Mira lo que hacen los cristianos no buenos? No, dice, Mira lo que hacen los cristianos: no separa, no distingue. Sin embargo, ellos dicen estas cosas, los que habitan en el entorno, es decir, rodean, y no entran. ¿Por qué rodean, y no entran? Porque aman la rueda del tiempo: no entran a la verdad, porque no aman la eternidad; dedicados a lo temporal, como atados a una rueda, de los que en otro lugar se dice, Pon a sus príncipes como una rueda (Salmo LXXXII, 14); y en otro lugar, Los impíos andan en círculo (Salmo XI, 9). Mientras se reunían ellos mismos juntos contra mí, para quitarme la vida, conspiraron. ¿Qué significa, para quitarme la vida conspiraron? Para que consintiera en sus maldades. Para aquellos que maldicen, y no entran, no es suficiente que no entren; y quieren echarte de aquí vituperando. Si te echaron de la Iglesia, te quitaron la vida, es decir, retuvieron tu consentimiento; y estarás en el entorno, no en la morada.

12. [vers. 15.] Yo, sin embargo, entre estos oprobios, entre estos escándalos, entre estos males, entre estas seducciones, iniquidades fuera, y perversidades dentro, cuando miraba a los hombres justos y buscaba, y faltaban aquellos a quienes imitar, ¿qué hice? ¿qué consejo encontré? Yo, sin embargo, en ti he confiado, Señor. Nada más saludable, nada más seguro. Querías imitar a no sé quién, lo encontraste no bueno: quita esa imitación. Buscaste a otro, algo no te gustó: buscaste a un tercero, y tampoco te agradó: ¿acaso porque aquel y aquel no te agradaron, perecerás tú? Quitla la esperanza del hombre, porque maldito es todo aquel que pone su esperanza en el hombre (Jeremías XVII, 5). Si todavía miras al hombre, y cuando buscas imitar, y depender de él, todavía quieres ser nutrido con leche; y te convertirás en un niño mimado, como se dice de los niños que maman mucho tiempo, lo cual no es apropiado. Pues usar la leche, como querer que el alimento te sea transferido a través de la carne, es lo mismo que vivir por el hombre. Sé apto para la mesa, toma de allí de donde él tomó, o tal vez no tomó. Tal vez caíste útilmente en el mal, a quien considerabas bueno, para que en el pecho como materno encontraras amargura, y por esa ofensa fueras repelido, y fueras invitado a un

alimento más fuerte. Pues las nodrizas hacen esto con los niños mimados, para que pongan algo amargo en sus pezones, de los cuales los pequeños ofendidos se apartan del pecho, y anhelan la mesa. Por lo tanto, diga; Yo, sin embargo, en ti he confiado, Señor, dije: Tú eres mi Dios. Tú eres mi Dios: que se aparte Donato, que se aparte Ceciliano; ni él, ni este es mi Dios. No camino por el nombre de un hombre, mantengo el nombre de Cristo. Escucha al mismo Pablo diciendo: ¿Acaso fue Pablo crucificado por vosotros, o en el nombre de Pablo fuisteis bautizados? (I Corintios I, 13). Perecería si fuera de la parte de Pablo; ¿cómo no pereceré si soy de la parte de Donato? Que se aparten completamente los nombres humanos, los crímenes humanos, las ficciones humanas. En ti, Señor, he confiado: dije, Tú eres mi Dios. No cualquier hombre, sino tú eres mi Dios. Uno falla, uno progresa: mi Dios no falla, ni progresa; ni tiene a dónde progresar el perfecto, ni tiene de dónde fallar el eterno. Dije al Señor: Tú eres mi Dios.

13. [vers. 16.] En tus manos están mis suertes: no en manos de hombres, sino en tus manos. ¿Cuáles son estas suertes? ¿Por qué suertes? Al escuchar el nombre de suertes, no debemos buscar adivinos. Pues la suerte no es algo malo: sino que es una cosa que en la duda humana indica la voluntad divina. Pues también los apóstoles echaron suertes, cuando Judas, habiendo traicionado al Señor, pereció, y, como está escrito de él, Fue a su lugar: se comenzó a buscar quién sería ordenado en su lugar, fueron elegidos dos por juicio humano, y uno de los dos fue elegido por juicio divino: de los dos se consultó a Dios, a cuál de ellos quería, y la suerte cayó sobre Matías (Hechos I, 26). ¿Qué significa, entonces, En tus manos están mis suertes? Suertes dijo, según creo, la gracia por la cual somos salvos. ¿Por qué llama a la gracia de Dios con el nombre de suerte? Porque en la suerte no hay elección, sino la voluntad de Dios. Pues donde se dice, Este hace, este no hace, se consideran los méritos; y donde se consideran los méritos, es elección, no suerte: pero cuando Dios no encuentra nuestros méritos, nos hizo salvos por la suerte de su voluntad, porque quiso, no porque fuéramos dignos. Esta es la suerte. Con razón aquella túnica del Señor tejida de arriba (Juan XIX, 23), que significa la eternidad de la caridad, cuando no pudo ser dividida por los perseguidores, se echó suerte sobre ella: a quienes llegó, significó a aquellos que parecen llegar a la suerte de los santos. Por gracia sois salvos por la fe, dice el apóstol Pablo, Por gracia sois salvos por la fe, y esto no de vosotros (mira la suerte), y esto no de vosotros; sino que es don de Dios. No por obras (como si hubierais hecho bien, para que fuerais dignos de llegar a esto), no por obras, para que nadie se gloríe. Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras (Efesios II, 8-10). Esta de alguna manera suerte es la voluntad oculta de Dios; en el género humano es suerte, suerte que viene de la voluntad oculta de Dios, en quien no hay iniquidad (Romanos IX, 14): pues él no acepta personas, sino que su justicia oculta es para ti suerte.

14. Por lo tanto, que vuestra caridad preste atención, ved cómo esto mismo se confirma por el apóstol Pedro. Cuando Simón el mago, bautizado por Felipe, se adhería a él, creyendo en los milagros divinos hechos en su presencia; vinieron los apóstoles a Samaria, donde también él, el mago, había creído y había sido bautizado, y los apóstoles impusieron manos a los hombres bautizados, y recibieron el Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en lenguas. Se maravilló él, y quedó asombrado por tan divino milagro, que a la imposición de manos humanas vino el Espíritu Santo, y llenó a los hombres; y deseó este, no gracia, sino poder; no para ser liberado, sino para ser exaltado: y cuando deseó esto, y llenó su corazón de soberbia, y la impiedad y altivez diabólica que debía ser derribada, dijo a los apóstoles: Cuánto queráis de dinero tomad de mí, para que también a la imposición de mis manos reciban los hombres el Espíritu Santo. Quien buscaba cosas mundanas, quien habitaba en el entorno, pensó que podía comprar con dinero el don de Dios. Quien pensó que podía comprar con dinero el

Espíritu Santo, también pensó que los apóstoles eran avaros, como él era impío y soberbio. Inmediatamente Pedro: Tu dinero, dice, sea contigo para perdición, porque pensaste que el don de Dios se compra con dinero. No tienes suerte ni parte en esta fe (Hechos VIII, 13-21); es decir, no perteneces a esta gracia, que todos recibimos gratuitamente, porque piensas que puedes comprar con dinero lo que se da gratis. De lo que se da gratis, se llama suerte: No tienes suerte ni parte en esta fe. Dije esto, para que no nos asustemos de lo que dice, En tus manos están mis suertes. ¿Cuáles son las suertes? La herencia de la Iglesia. ¿Hasta dónde llega la herencia de la Iglesia? ¿entre qué límites? Hasta todos los confines: te daré las naciones como herencia, y como posesión los confines de la tierra (Salmo II, 8). Por lo tanto, que no me prometa el hombre no sé qué parte: Dios mío, En tus manos están mis suertes. Ya basta para vuestra caridad: lo que queda, en el nombre del Señor, lo devolveremos mañana con su ayuda.

SERMO III, PRONUNCIADO EL DÍA SIGUIENTE AL SERMÓN ANTERIOR. Sobre el final del mismo Salmo.

1. Lo que queda del Salmo, del cual ya hemos tenido dos sermones, es algo más que la tercera parte, y vemos que hoy debemos completarlo. Por eso pido a vuestra Caridad que no nos detengamos en las palabras más claras, para que nos ocupemos de lo que es necesario explicar. Muchas cosas se presentan espontáneamente a las mentes de los fieles, muchas requieren una breve advertencia; pero hay algunas, y son más raras, que requieren esfuerzo para ser entendidas. Para que el tiempo sea suficiente para nuestras fuerzas y las vuestras, vean cuán claras son estas cosas; y reconozcan con nosotros, y en ellas alaben a Dios con nosotros: y si el Salmo ora, oren; y si gime, giman; y si se regocija, alégrense; y si espera, esperen; y si teme, teman. Porque todo lo que aquí está escrito es nuestro espejo.

2. [vers. 16.] Líbrame de las manos de mis enemigos, y de los que me persiguen: digamos esto, y que cada uno lo diga de sus enemigos; porque es bueno, y debemos orar para que Dios nos libre de las manos de nuestros enemigos. Pero hay que entender quiénes son los enemigos por los que se debe orar, y contra quiénes se debe orar. Los enemigos humanos, sean quienes sean, no deben ser odiados; no sea que cuando el malo odia al mal que sufre, haya dos malos. Que el bueno ame incluso al mal que sufre, para que al menos haya uno malo. Esos enemigos contra los que se debe orar son el diablo y sus ángeles: ellos nos envidian el reino de los cielos, ellos no quieren que ascendamos de donde ellos fueron arrojados: de ellos oremos para que nuestra alma sea liberada. Porque incluso cuando los hombres son incitados contra nosotros, se convierten en sus instrumentos. Por lo tanto, el apóstol Pablo, advirtiéndonos cuán cautos debemos ser contra los enemigos, dice a los siervos de Dios que sufrían tribulaciones, ciertamente por sediciones, maldades, enemistades de los hombres: No es nuestra lucha contra carne y sangre, es decir, no contra hombres, sino contra principados y potestades y gobernadores del mundo (Efesios VI, 12). ¿De qué mundo? ¿Del cielo y la tierra? De ninguna manera. El único gobernador de este mundo es el Creador. Pero, ¿a qué mundo se refiere? A los amantes del mundo. Finalmente añade y explica, Lo que digo del mundo, de estas tinieblas. ¿De qué tinieblas, sino de los infieles e impíos? Porque cuando de impíos e infieles se convirtieron en piadosos y fieles, el mismo apóstol les dice: Porque en otro tiempo fuisteis tinieblas, pero ahora sois luz en el Señor (Efesios V, 8). Contra las maldades espirituales en los lugares celestiales, lucháis contra el diablo y sus ángeles (Efesios VI, 12): no veis a vuestros enemigos, y los vencéis. Líbrame de las manos de mis enemigos; y de los que me persiguen.

3. [vers. 17.] Ilumina tu rostro sobre tu siervo, sálvame en tu misericordia. Decíamos antes, si vuestra Caridad recuerda la discusión de ayer, a todos los que asistieron, que aquellos que más persiguen a la Iglesia son los cristianos que no quieren vivir bien. Porque por ellos la Iglesia es objeto de reproche, y de ellos sufre enemistades: cuando son reprendidos, cuando no se les permite vivir mal, cuando se les confronta incluso con palabras, ellos meditan el mal en sus corazones y buscan la ocasión de estallar. Entre ellos gime este, y si queremos, somos nosotros; porque ellos son más, y entre su multitud apenas aparecen los buenos, como granos en la era, de los cuales, una vez purificados, se llenarán los graneros del Señor (Mateo III, 12; Lucas III, 17). Por eso, gimiendo entre ellos, dice: Ilumina tu rostro sobre tu siervo. Se considera una cierta confusión cuando todos son llamados cristianos, tanto los que viven bien como los que viven mal, todos son marcados con un solo carácter, todos se acercan a un solo altar, todos son lavados con el mismo bautismo, todos pronuncian la misma oración del Señor, todos participan en los mismos misterios. ¿Cuándo se distinguen los que gimen y por quiénes se gime, si no ilumina Él su rostro sobre su siervo? ¿Qué significa entonces, Ilumina tu rostro sobre tu siervo? Que se vea que pertenezco a ti, y que no diga así también el cristiano impío que pertenece a ti, para que no te haya dicho en vano en otro salmo: Júzgame, Dios, y defiende mi causa de la gente no santa (Salmo XLII, 1). Lo que allí dijo, Defiende mi causa; aquí dice, Ilumina tu rostro sobre tu siervo. Y sin embargo, para que él mismo no se enorgullezca, y parezca justificarse a sí mismo, añade y dice, Sálvame en tu misericordia: esto es, no en mi justicia, no en mis méritos, sino en tu misericordia; no porque yo sea digno, sino porque tú eres misericordioso. No me escuches según la severidad judicial, sino según la bondad misericordiosísima. Sálvame en tu misericordia.

4. [vers. 18.] Señor, no sea yo confundido, porque te he invocado: ha dicho una gran causa, No sea yo confundido, porque te he invocado. ¿Quieres que sea confundido quien te ha invocado? ¿Quieres que se diga: ¿Dónde está aquel en quien confió? Pero, ¿quién de ellos, incluso de los impíos, no invoca a Dios? A menos que de alguna manera particular dijera, Te he invocado, que no pueda ser común con muchos, de ninguna manera se atrevería a exigir tal recompensa por esta invocación. Porque Dios le respondería de alguna manera en su pensamiento, y le diría: ¿Qué me pides para que no seas confundido? ¿Por qué? Porque me has invocado? ¿No invocan a diario los hombres, para cumplir tal vez los adulterios que desean, me invocan? ¿No invocan a diario los hombres, para que mueran aquellos de quienes esperan herencia, me invocan? ¿No invocan a diario los hombres que piensan en el fraude, para que lo completen con éxito, me invocan? ¿Qué es entonces lo que exiges como gran recompensa, para que digas: No sea yo confundido, porque te he invocado? Ellos invocan, pero no te invocan a ti. Invocas a Dios, cuando en ti llamas a Dios. Esto es invocarlo, llamarlo en ti, de alguna manera invitarlo a la casa de tu corazón. Pero no te atreverías a invitar a un padre de familia tan grande, si no supieras prepararle una morada. Porque si Dios te dijera: Mira, me has invocado, vengo a ti, ¿dónde entraré? ¿Soportaré tantas inmundicias de tu conciencia? Si invitaras a tu casa a mi siervo, ¿no te preocuparías primero de limpiarla? Invocas a Dios en tu corazón, y está lleno de robos. El lugar donde se invoca a Dios está lleno de blasfemias, lleno de adulterios, lleno de fraudes, lleno de malas concupiscencias, ¡y lo invocas! De tales, ¿qué dice en otro lugar el salmo? No invocaron al Señor (Salmo XIII, 5, y LII, 6). Y sin embargo, lo invocaron, pero no lo invocaron. Brevemente digo, porque ha surgido una cuestión, para que un hombre exija tal recompensa alegando un solo mérito, diciendo, porque te he invocado; cuando vemos que Dios es invocado por tantos malos, ha surgido una cuestión: de la cual no se debe pasar por alto. Digo brevemente al hombre avaro: ¿Invocas a Dios? ¿Por qué invocas a Dios? Para que me dé ganancia. Entonces invocas la ganancia, no a Dios. Porque esta ganancia que desees, no puedes tenerla por tu siervo, no puedes tenerla por tu colono, por tu cliente, por tu amigo, por tu satélite; invocas a Dios,

haces a Dios ministro de tu ganancia: Dios se ha vuelto vil para ti. ¿Quieres invocar a Dios? Invócalo gratuitamente. Avaro, ¿te parece poco si Dios mismo te llena? Si Dios viene a ti sin oro ni plata, ¿no lo quieres? ¿Qué te basta entonces de las cosas que hizo Dios, si Dios mismo no te basta? Con razón, entonces, este ruega, No sea yo confundido, porque te he invocado. Invocad al Señor, hermanos, si no queréis ser confundidos. Porque teme una cierta confusión, de la que habló en los versículos anteriores del Salmo: En ti, Señor, he esperado, no sea yo confundido para siempre. Porque para que sepáis que teme esa confusión, ¿qué añadió, cuando dijo, No sea yo confundido para siempre, porque te he invocado? Sean avergonzados los impíos, y sean llevados al infierno: ciertamente con esa confusión para siempre.

5. [vers. 19.] Sean mudos los labios mentirosos, que hablan iniquidad contra el justo, con soberbia y desprecio. Este justo es Cristo: muchos labios hablan iniquidad contra él con soberbia y desprecio. ¿Por qué con soberbia y desprecio? Porque apareció despreciable a los soberbios, que vino tan humilde. ¿No quieres que sea despreciado por aquellos que aman los honores, aquel que recibió tantas injurias? ¿No quieres que sea despreciado por aquellos que tienen en gran estima esta vida, aquel que murió? ¿No quieres que sea despreciado por aquellos que consideran vergonzosa la muerte de cruz como una condena, aquel que fue crucificado? ¿No quieres que sea despreciado por los ricos, aquel que llevó una vida pobre en el mundo, siendo el creador del mundo? Todas estas cosas que aman los hombres, porque Cristo no quiso tenerlas, para mostrar que debían ser despreciadas al no tenerlas, no porque no tuviera el poder de poseerlas; todos los que aman estas cosas, lo desprecian. Y cualquiera de sus siervos que quiera seguir sus huellas, para caminar también en esa humildad en la que aprendió a caminar su Señor, es despreciado en Cristo como miembro de Cristo: y cuando la cabeza y los miembros son despreciados, todo Cristo es despreciado, porque todo él es justo, cabeza y cuerpo. Y es necesario que todo Cristo sea despreciado por los soberbios e impíos, para que se cumpla en ellos lo que se dice: Sean mudos los labios mentirosos, que hablan iniquidad contra el justo, con soberbia y desprecio. ¿Cuándo se volverán mudos esos labios? ¿En este siglo? Nunca. Diariamente claman contra los cristianos, especialmente los humildes; diariamente blasfeman, diariamente ladran: aumentan con sus lenguas las penas, por las cuales en el infierno tendrán sed, y desearán en vano una gota de agua. Por lo tanto, ahora no se vuelven mudos sus labios. Pero, ¿cuándo? Cuando sus iniquidades los traspasen de frente, como se dice en el libro de la Sabiduría: Entonces los justos estarán en gran constancia contra aquellos que los angustiarán. Entonces dirán ellos: Estos son aquellos a quienes tuvimos alguna vez en burla y en semejanza de reproche. ¿Cómo fueron contados entre los hijos de Dios, y su suerte está entre los santos? Nosotros, insensatos, considerábamos su vida una locura (Sab. V, 1-5). Entonces se volverán mudos sus labios, que hablan iniquidad contra el justo, con soberbia y desprecio. Ahora nos dicen: ¿Dónde está vuestro Dios? ¿Qué adoráis? ¿Qué veis? Creéis, y trabajáis: es cierto que trabajáis, incierto lo que esperáis. Cuando venga lo cierto que esperamos, se volverán mudos los labios mentirosos.

6. [vers. 20.] Por lo tanto, ve lo que sigue, porque se volverán mudos los labios mentirosos, que hablan iniquidad contra el justo, con soberbia y desprecio. Este que gime así, ha visto los bienes de Dios en el interior del espíritu, ha visto estos bienes que se ven en lo oculto, pero que los impíos no ven. Ha visto que ellos hablan iniquidad contra el justo con soberbia y desprecio, porque saben ver los bienes de este siglo, pero no saben ni siquiera pensar en los bienes del siglo futuro. Pero para recomendar estos bienes del siglo futuro a los hombres, a quienes manda tolerar, no amar lo presente, exclamó y añadió: ¡Cuán grande es la multitud de tu dulzura, Señor! Este hombre impío si dice: ¿Dónde está esa multitud de dulzura? Responderé: ¿Cómo te mostraré la multitud de esta dulzura, si has perdido el paladar por la fiebre de la iniquidad? Si no conocieras la miel, no clamarías cuán bien sabe, a menos que la

hubieras probado. No tienes el paladar del corazón para gustar estos bienes; ¿qué puedo hacer por ti? ¿Cómo te lo mostraré? No hay a quién decir: Gustad, y ved que el Señor es bueno (Salmo XXXIII, 9). ¡Cuán grande es la multitud de tu dulzura, Señor, que has reservado para los que te temen! ¿Qué significa que la has reservado para ellos? La has guardado para ellos, no la has negado, para que solo ellos lleguen a ella (porque es un bien que no puede ser común a justos e impíos); para que lleguen temiendo. Porque mientras aún temen, aún no han llegado: pero creen que llegarán, y comienzan con el temor. Porque nada es más dulce que la inmortalidad de la sabiduría, pero el principio de la sabiduría es el temor del Señor (Prov. I, 7; Salmo CX, 10). Que has reservado para los que te temen.

7. La has perfeccionado para los que esperan en ti en presencia de los hijos de los hombres. No, La has perfeccionado en presencia de los hijos de los hombres; sino, para los que esperan en ti en presencia de los hijos de los hombres: es decir, les has perfeccionado tu dulzura, a los que esperan en ti en presencia de los hijos de los hombres. Como dice el Señor: El que me niegue delante de los hombres, yo también lo negaré delante de mi Padre (Mateo X, 33). Por lo tanto, si esperas en el Señor, espera delante de los hombres: no sea que escondas esa esperanza tuya en tu corazón, y temas confesarla, cuando se te objeta como un crimen que eres cristiano. Pero, ¿a quién se le objeta ahora que es cristiano? Tan pocos no cristianos quedan, que más bien se les objeta a ellos que no son cristianos, que ellos se atrevan a objetar a algunos que son cristianos. Sin embargo, os digo, hermanos míos, comienza, quienquiera que me escuche, a vivir como cristiano, y ve si no se te objeta incluso por los cristianos, pero de nombre, no de vida, no de costumbres. Nadie lo siente sino quien lo ha experimentado. Por lo tanto, atiende, observa lo que escuchas. ¿Quieres vivir como cristiano? ¿Quieres seguir las huellas de tu Señor? Se te objeta, te avergüenzas, y al avergonzarte lo dejas. Has perdido el camino. Pareces haber creído con el corazón para justicia, pero lo has perdido; con la boca se hace confesión para salvación (Romanos X, 10). Si, por lo tanto, quieres caminar por el camino del Señor, también en presencia de los hombres espera en Dios, es decir, no te avergüences de tu esperanza. Como vive en tu corazón, así habite en tu boca: porque no sin razón quiso Cristo que su signo se fijara en nuestra frente, como en el asiento de la vergüenza, para que el cristiano no se avergüence de las afrentas de Cristo. Por lo tanto, si haces esto en presencia de los hombres, si no te avergüenzas de ello delante de los hombres, si en presencia de los hijos de los hombres no niegas a Cristo ni con palabras ni con hechos; espera que se te perfeccione la dulzura de Dios.

8. [vers. 21.] ¿Qué sigue? Los esconderás en el secreto de tu rostro. ¿Qué tipo de lugar es este? No dijo, Los esconderás en tu cielo: no dijo, Los esconderás en el paraíso: no dijo, Los esconderás en el seno de Abraham. Porque a muchos fieles se les han puesto lugares futuros de los santos en las Escrituras sagradas. Que todo lo que no sea Dios se vuelva vil. Quien nos protege en el lugar de esta vida, él mismo después de esta vida sea nuestro lugar: porque este salmo también le dice más arriba: Sé para mí un Dios protector, y una casa de refugio. Por lo tanto, estaremos escondidos en el rostro de Dios. ¿Qué seno hay en el rostro de Dios, esperarás oír de mí? Purificad el corazón, para que él ilumine, y a quien invocáis entre. Sé su casa, y él será tu casa: habite en ti, y tú habitarás en él. Si lo recibes en este siglo en tu corazón, él te recibirá después de este siglo en su rostro. Los esconderás, dice, en el secreto de tu rostro. ¿De qué? De la perturbación de los hombres: porque allí no se perturban, cuando están escondidos; en el secreto de su rostro no se perturban. ¿Crees que hay alguien tan feliz en este mundo, que cuando comienza a escuchar las afrentas de los hombres, porque sirve a Cristo, huye a Dios con el corazón, y comienza a tener esperanza en su dulzura, y de la perturbación de los hombres, de quienes escucha las afrentas, entra en el rostro de Dios con su conciencia? Entra, ciertamente, pero si tiene con qué entrar, es decir, si no es onerosa esa misma

conciencia, si no le hace una carga grande, para la puerta estrecha. Los esconderás, por lo tanto, en el secreto de tu rostro, de la perturbación de los hombres. Los protegerás en tu tabernáculo, de la contradicción de las lenguas. A veces los esconderás en el secreto de tu rostro, de la perturbación de los hombres; para que en ellos no pueda haber perturbación humana de ahora en adelante: pero mientras peregrinan en este siglo, porque sufren muchas lenguas contradictorias los que te sirven, ¿qué les haces? Los protegerás en tu tabernáculo. ¿Qué es el tabernáculo? La Iglesia de este tiempo; se llama tabernáculo porque aún peregrina en esta tierra. Porque el tabernáculo es la morada de los soldados en campaña. Esos se llaman tabernáculos. Una casa no es un tabernáculo. Lucha en campaña como peregrino; para que, salvado en el tabernáculo, seas recibido glorioso en la casa. Porque habrá en el cielo una casa eterna para ti, si ahora vives bien en este tabernáculo. Por lo tanto, en este tabernáculo los protegerás de la contradicción de las lenguas. Muchas lenguas contradicen; diversas herejías, diversos cismas resuenan; muchas lenguas contradicen la doctrina veraz: corre al tabernáculo de Dios, mantén la Iglesia católica, no te apartes de la regla de la verdad, y serás protegido en el tabernáculo de la contradicción de las lenguas.

9. [vers. 22.] Bendito sea el Señor, porque ha hecho maravillosa su misericordia en la ciudad de la circunstancia. ¿Cuál es la ciudad de la circunstancia? En una Judea estaba el pueblo de Dios, como en medio del mundo, donde se alababa a Dios y se le ofrecían sacrificios, donde la profecía no cesaba de cantar el futuro, que ahora vemos cumplirse: este pueblo estaba como en medio de las naciones. Este profeta miró y vio la futura Iglesia de Dios en todas las naciones: y porque todas las naciones estaban alrededor, que en medio ponían a una sola nación de los judíos; a estas naciones circundantes las llamó ciudad de la circunstancia. Ciertamente, Señor, hiciste maravillosa tu misericordia en la ciudad de Jerusalén; allí sufrió Cristo, allí resucitó, allí ascendió al cielo, allí hizo muchos milagros: pero mayor es tu alabanza, porque hiciste maravillosa tu misericordia en la ciudad de la circunstancia, es decir, en todas las naciones difundiste tu misericordia. Ni tu unguento lo guardaste en aquella Jerusalén, como en un vaso; sino que, como si el vaso se hubiera roto, el unguento se difundió por el mundo, para que se cumpliera lo que se dice en las Escrituras santas: Tu nombre es unguento derramado (Cant. I, 2). Y así hiciste maravillosa tu misericordia en la ciudad de la circunstancia. Ascendió al cielo, se sienta a la derecha del Padre, después de diez días envió el Espíritu Santo (Hech. I): los discípulos se llenaron del Espíritu Santo, comenzaron a predicar las grandezas de Cristo; fueron apedreados, muertos, perseguidos (Hech. VIII). Y cuando de allí eran expulsados como de un solo lugar, como maderas ardientes con fuego divino, llenaron todo el bosque del mundo con el fervor del Espíritu y la luz de la verdad: y el Señor hizo maravillosa su misericordia en la ciudad de la circunstancia.

10. [vers. 23.] Yo dije en mi éxtasis: recordad el título del Salmo, he aquí ese éxtasis. Ved lo que dice: Yo dije, dice, en mi éxtasis: He sido arrojado de la presencia de tus ojos. En mi temor dije, esto es, dije en mi éxtasis. Se vio a sí mismo temeroso por alguna gran tribulación interna, como no faltan: miró su corazón temeroso y tembloroso, y dijo: He sido arrojado de la presencia de tus ojos. Si estuviera en tu presencia, no temería así; si me miraras, no temblaría así. Pero como dice en otro salmo, Si decía, se movió mi pie, tu misericordia, Señor, me ayudaba (Sal. XCIII, 18); inmediatamente aquí también dice: Por eso escuchaste la voz de mi oración. Porque confesé, porque dije, He sido arrojado de la presencia de tus ojos; porque no fui soberbio, sino que acusé mi corazón, y en mi tribulación tambaleante clamé a ti: escuchaste mi oración. Se cumplió, pues, lo que recomendé de aquel salmo. Porque lo que es, Yo dije en mi éxtasis: He sido arrojado de la presencia de tus ojos; esto es en aquel salmo, Si decía, Se movió mi pie. Y lo que es en aquel, Tu misericordia, Señor, me ayudaba; esto es en este, Por eso escuchaste, Señor, la voz de mi oración. Observa aquello en Pedro viendo al

Señor caminando sobre las aguas, piensa que es un fantasma. Clama el Señor, Soy yo, no temas. Confía Pedro, y dice, Si eres tú, mándame ir a ti sobre las aguas: de aquí probaré si eres tú, si en tu palabra puedo lo que tú puedes. Él dijo, Ven. Y la palabra del que manda se convirtió en poder del que escucha. Ven, dijo. Y descendió: comenzó a caminar, iba intrépido, como confiando en él: pero viendo el viento fuerte, temió. Yo dije en mi éxtasis: He sido arrojado de la presencia de tus ojos. Y cuando comenzó a hundirse, clamó, Señor, me pierdo. Y Jesús extendiendo su mano, lo levantó diciendo, Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste? (Mat. XIV, 26-32). Dije, pues, en mi temor, He sido arrojado de la presencia de tus ojos: y como si ya comenzara a perecer en el mar, escuchaste, Señor, la voz de mi oración. Escuchaste, sin embargo, cuando clamé a ti. El clamor a Dios no es con la voz, sino con el corazón. Muchos callados de labios, clamaron con el corazón: muchos haciendo ruido con la boca, con el corazón desviado no pudieron obtener nada. Si, pues, clamas, clama dentro, donde Dios escucha. Cuando clamé, dice, a ti, escuchaste la voz de mi oración.

11. [vers. 24.] Ya, pues, experimentado, ¿qué nos exhorta? Amad al Señor, todos sus santos. Como si dijera, Creedme, yo lo he experimentado; tuve tribulaciones; invoqué, y no fui engañado; esperé en Dios, y no fui confundido: iluminó mis pensamientos, afirmó mi temor. Amad al Señor, todos sus santos: es decir, vosotros amad al Señor, que no amáis el mundo, esto es, todos sus santos. Pues, ¿a quién le digo que ame al Señor, quien aún ama el anfiteatro? ¿A quién le digo que ame al Señor, quien aún ama al mimo, quien aún ama al pantomimo, quien aún ama la embriaguez, quien aún ama las pompas del siglo, y todas las vanidades, y locuras engañosas? ¿A quién le digo: Aprende a no amar, para que aprendas a amar; apártate, para que te conviertas; vacía, para que te llenes. Amad al Señor, todos sus santos.

12. Porque el Señor buscará la verdad. Sabéis que ahora muchos malvados parecen; sabéis que ahora se exaltan en sus vanidades: el Señor buscará la verdad. Y retribuirá a los que abundantemente hacen soberbia. Soportad hasta que os elevéis, tolerad hasta que os liberéis: es necesario que el Señor buscando la verdad, retribuya a los que abundantemente hacen soberbia. Ya dirás: ¿Cuándo retribuirá? Cuando quiera. Porque retribuirá, tenlo por seguro; no dudes de la retribución, no te atrevas a dar consejo a Dios sobre el tiempo. Sin duda buscará la verdad, y retribuirá a los que abundantemente hacen soberbia. A algunos también aquí retribuirá, y hemos visto y aprendido que retribuye. Pues cuando se humillan los que temen a Dios, si acaso en alguna dignidad de este siglo resplandecían, humillados no cayeron, porque a Dios de su corazón no excluyeron: su altura es Dios. Humillado parecía Job, perdida su sustancia, perdidos sus hijos, perdidas las cosas que guardaba, perdidos aquellos para quienes guardaba; quedó sin herencia, y, lo que es más triste, sin heredero (Job I); quedó solo con su esposa, no su consoladora, sino más bien ayudante del diablo (Job II, 9): humillado parecía; mira si se hizo miserable, mira si no estaba en el escondite del rostro de Dios. Desnudo, dijo, salí del vientre de mi madre, desnudo volveré a la tierra: el Señor dio, el Señor quitó; como al Señor le agradó, así se hizo: sea bendito el nombre del Señor (Job I, 21). ¿De dónde son estas gemas de alabanza a Dios? Ved afuera al pobre, dentro al rico. ¿Saldrían estas gemas de alabanza a Dios de su boca, si no tuviera un tesoro en su corazón? Quienes quieren ser ricos, codicien tales riquezas, que ni en un naufragio pueden perder. Por tanto, cuando tales son humillados, no los consideréis miserables. Erráis, no sabéis lo que tienen dentro. Os juzgáis a vosotros mismos, que amáis el mundo, porque cuando perdéis tales cosas, quedáis miserables. No penséis esto; tienen dentro de qué alegrarse. Interior es su dominador, interior es su pastor y consolador. Ellos son los que caen mal, los que ponen su esperanza en este siglo. Se quita lo que brillaba afuera, no queda nada dentro sino el humo de una mala conciencia. No tienen de qué consolarse, no tienen a dónde salir, no tienen a dónde

regresar, abandonados por la pompa secular, vacíos de gracia espiritual, verdaderamente son humillados. Y a muchos Dios les hace esto en este tiempo, pero no a todos. Pues si a nadie lo hiciera, parecería que la providencia divina no vigila: si a todos lo hiciera, no se guardaría la paciencia divina. Sin embargo, tú, cristiano, has aprendido a tolerar, no a devolver venganza. ¿Quieres ser vengado, cristiano? Aún no ha sido vengado Cristo. ¿Acaso tú sufriste lo injusto, y él no lo sufrió? ¿No sufrió él primero por ti, quien no tenía por qué sufrir? Pues en ti la tribulación es el horno del orfebre (si eres oro, y no paja), para que te libres de las impurezas, no para que te conviertas en ceniza.

13. [vers. 25.] Amad al Señor, todos sus santos: porque el Señor buscará la verdad, y retribuirá a los que abundantemente hacen soberbia. Pero, ¿cuándo retribuirá? ¡Oh, si ahora retribuyera! Ahora quería verlos humillados y postrados. Escuchad lo que sigue: Actuad con valentía. No dejéis caer las manos cansadas en las tribulaciones, no vacilen vuestras rodillas. Actuad con valentía, y fortalézcase vuestro corazón: para soportar y tolerar todos los males de este siglo, fortalézcase vuestro corazón. Pero, ¿quiénes son a quienes el Profeta dice estas cosas: Actuad con valentía, y fortalézcase vuestro corazón? ¿Acaso a los que aman el mundo? No. Sino a quienes dice, escuchad: Todos los que esperáis en el Señor.

EN EL SALMO XXXI

EXPLICACIÓN I. De David, para la inteligencia.

1. [vers. 1.] De David, para la inteligencia, por la cual se entiende que no por méritos de obras, sino por la gracia de Dios el hombre es liberado, confesando sus pecados.

2. [vers. 2.] Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades son perdonadas, y cuyos pecados son cubiertos: y cuyos pecados son llevados al olvido. Bienaventurado el hombre a quien el Señor no imputa pecado, ni hay en su boca engaño: ni en su boca tiene ostentación de justicia, cuando su conciencia está llena de pecados.

3. [vers. 3.] Porque callé, envejecieron mis huesos: porque no saqué con mi boca la confesión para la salvación (Rom. X, 10), toda mi firmeza envejeció en debilidad. Por clamar todo el día: siendo impío y blasfemo, clamando contra Dios, como defendiendo y excusando mis pecados.

4. [vers. 4.] Porque día y noche se agravó sobre mí tu mano: porque con continua aflicción de tus castigos, Me convertí en mi aflicción, mientras se clavaba la espina. Me hice miserable reconociendo mi miseria, compungido por la mala conciencia.

5. [vers. 5.] Reconocí mi pecado, y mi injusticia no la cubrí: es decir, no oculté mi injusticia. Dije: Pronunciaré contra mí mi injusticia al Señor. Dije: Pronunciaré, no contra Dios, como en el clamor de impiedad cuando callé, sino contra mí mi injusticia al Señor. Y tú perdonaste la impiedad de mi corazón: escuchando la voz de la confesión en el corazón, antes de que se pronunciara con la voz.

6. [vers. 6.] Por esto orará a ti todo santo en el tiempo oportuno: por esta impiedad del corazón a ti orará todo santo. No serán santos por sus méritos, sino por la oportunidad del tiempo, es decir, en la venida de aquel que nos redimió de los pecados. Sin embargo, en el diluvio de muchas aguas, no se acercarán a él: sin embargo, nadie piense que, cuando de repente venga el fin, como en los días de Noé, quedará lugar para la confesión, por la cual se acerque a Dios.

7. [vers. 7.] Tú eres mi refugio de la presión que me rodea: tú eres mi refugio de la presión de los pecados, que rodea mi corazón. Mi alegría, redímeme de los que me rodean: en ti está mi gozo, redímeme de esa tristeza, que mis pecados me causan.

8. [vers. 8.] Respuesta de Dios: Te daré entendimiento, y te pondré en este camino por el que caminarás. Te daré entendimiento después de la confesión, para que no te apartes del camino por el que entrarás, no sea que quieras que esté en tu poder. Fijaré sobre ti mis ojos: así sobre ti haré firme mi amor.

9. [vers. 9.] No seáis como el caballo y el mulo, que no tienen entendimiento. Por eso quieren gobernarse a sí mismos. Y la voz del Profeta: Con freno y con bozal sus mandíbulas constriñe. Hazles, pues, Dios, lo que se hace al caballo y al mulo, para que con castigos los obligues a llevar tu gobierno, que no se acercan a ti.

10. [vers. 10.] Muchos son los azotes del pecador: mucho es azotado, quien no confesando a Dios sus pecados, quiere ser su propio rector. Pero al que espera en el Señor la misericordia lo rodeará: pero quien espera en el Señor, y se somete a él para ser gobernado, la misericordia lo rodeará.

11. [vers. 11.] Alegraos en el Señor, y exultad, justos: alegraos, y exultad, justos, no en vosotros, sino en el Señor. Y glorificaos, todos los rectos de corazón: y en él glorificaos todos, que habéis entendido que es recto someterse a él, para que seáis preferidos a los demás.

EXPLICACIÓN II. SERMON A LA PLEBE.

1. El Salmo de la gracia de Dios y de nuestra justificación sin méritos precedentes nuestros, sino por la misericordia preveniente del Señor nuestro Dios, recomendado principalmente por boca apostólica, como la lectura de este salmo anterior a todos ha manifestado, ha sido asumido por nuestra pequeñez para ser tratado con Vuestra Caridad. Por lo cual primero encomiendo mi debilidad a vuestras oraciones, como dice el Apóstol, para que se me dé palabra en la apertura de mi boca (Efes. VI, 19), para hablaros de tal manera, que no sea peligroso para mí decirlo, y sea saludable para vosotros escucharlo. Pues el ánimo humano es incierto y fluctuante entre la confesión de la debilidad y la audacia de la presunción, muchas veces de aquí y de allá es golpeado, y así es empujado que caer en cualquier parte es un precipicio. Pues si se entrega a su propia debilidad por completo, y se inclina a este pensamiento, para decir, que la misericordia de Dios está preparada para todos los pecadores, perseverando en cualquier pecado, solo creyendo que Dios libera, Dios perdona, así al final que nadie perezca de los fieles inicuos; es decir, que nadie perezca de aquellos que se dicen a sí mismos, Haga lo que haga, me ensucie con cualquier crimen y flagicio, peque cuanto quiera, Dios me libera con su misericordia, porque creí en él. Quien dice, pues, que nadie de tales perece, se inclina con un mal pensamiento a la impunidad de los pecados; y ese Dios justo, a quien se canta misericordia y juicio (Sal. C, 1), no solo misericordia, sino también juicio, encuentra al hombre mal presumiendo de él, y para su perdición abusando de la misericordia de Dios, y es necesario que lo condene. Tal pensamiento, pues, precipita al hombre: por lo cual, aterrado, si se eleva a una cierta audacia de presunción, y presume de sus fuerzas y justicia, y propone en su ánimo cumplir la justicia, y hacer todo lo que se manda en la Ley de tal manera que en nada ofenda, y tener en su poder su vida, para que en absoluto no caiga, no desfallezca, no titubee, no se oscurezca, y se atribuya esto a sí mismo, y al poder de su voluntad: incluso si acaso cumple todo lo que parece justo ante los ojos de los hombres, de tal manera que no se encuentra nada en su vida que pueda ser reprendido por los hombres, esa

presunción y jactancia de soberbia la condena Dios. ¿Qué, pues, sucede, si el hombre se justifica a sí mismo, y presume de su justicia? Cae. Si considerando y pensando en su debilidad y presumiendo de la misericordia de Dios, descuida limpiar su vida de sus pecados, y se sumerge en todo abismo de flagicios; también él cae. La presunción de justicia, es como la derecha: el pensamiento de la impunidad de los pecados, es como la izquierda.

Escuchemos la voz de Dios diciéndonos: No te desvíes ni a la derecha ni a la izquierda (Prov. IV, 27). No presumas del reino por tu justicia, no presumas de pecar por la misericordia de Dios. De ambos te aparta el precepto divino; y de aquella altura, y de esta profundidad. Si subes allí, caerás; si te deslizas aquí, te hundirás. No, dice, te desvíes ni a la derecha ni a la izquierda. Repito lo que brevemente todos deben tener fijo en su mente: No presumas del reino por tu justicia, no presumas de pecar por la misericordia de Dios. Responderás: ¿Qué, pues, haré? Este salmo nos enseña: que leído y tratado, creo que con la ayuda de la misericordia del Señor, veremos el camino o por donde ya caminamos, o que debemos seguir. Cada uno escuche según su medida; y como sea consciente de sí mismo, así o se duela corrigiéndose, o se alegre aprobándose. Si se encuentra desviado, regrese para caminar en el camino: si se encuentra en el camino, camine para llegar. Nadie sea soberbio fuera del camino, nadie perezoso en el camino.

2. Este salmo, según el apóstol Pablo, se refiere a la gracia por la cual somos cristianos, razón por la cual quisimos leerles esta lección. El Apóstol dijo esto al recomendar la justicia que proviene de la fe, en oposición a aquellos que se glorían de la justicia que proviene de las obras, diciendo: ¿Qué diremos que halló Abraham, nuestro padre según la carne? Porque si Abraham fue justificado por las obras, tiene de qué gloriarse, pero no ante Dios (Rom. IV, 1, 2). Que Dios nos libre de tal gloria, y más bien escuchemos: El que se gloria, gloriése en el Señor (I Cor. I, 31). Muchos se glorían de sus obras, y encuentras a muchos paganos que no quieren hacerse cristianos porque creen que su buena vida es suficiente. Dicen: Vivir bien es lo que importa; ¿qué me va a enseñar Cristo? ¿A vivir bien? Ya vivo bien; ¿por qué necesito a Cristo? No cometo homicidio, no robo, no hago saqueos, no codicio lo ajeno, no me contamina con adulterio. Que se encuentre algo en mi vida que se pueda reprochar, y quien lo reproche que me haga cristiano. Tiene gloria, pero no ante Dios. No así nuestro padre Abraham. Esta sentencia de la Escritura quiere dirigir nuestra atención a esto. Porque confesamos, y esa es nuestra fe sobre el santo Patriarca, que agradó a Dios, para que digamos y sepamos que tiene gloria ante Dios, dice el Apóstol: Ciertamente sabemos y es manifiesto que Abraham tiene gloria ante Dios; pero si Abraham fue justificado por las obras, tiene gloria, pero no ante Dios; pero tiene gloria ante Dios; por lo tanto, no fue justificado por las obras. Si Abraham no fue justificado por las obras, ¿de qué fue justificado? Sigue y dice de qué: ¿Qué dice la Escritura? es decir, ¿De qué dice la Escritura que fue justificado Abraham? Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia (Rom. IV, 3; Gen. XV, 6). Por lo tanto, Abraham fue justificado por la fe.

3. Ahora, quien escucha que no es por las obras, sino por la fe; observe ese abismo del que hablé: Ves, entonces, que Abraham fue justificado por la fe, no por las obras; entonces haré lo que quiera, porque aunque no tenga buenas obras, si solo creo en Dios, se me cuenta por justicia. Si lo dijo y lo decretó, ha caído y se ha hundido: si aún lo piensa y duda, está en peligro. La Escritura de Dios y su verdadero entendimiento no solo libera al que está en peligro, sino que también eleva al que se ha hundido en lo profundo. Respondo entonces como si fuera contra el Apóstol, y digo de Abraham mismo, lo que encontramos también en la Epístola de otro apóstol, que quería corregir a los hombres que habían malinterpretado a este apóstol. Santiago, en su Epístola, contra aquellos que no querían obrar bien presumiendo de la sola fe, elogió las obras de Abraham, cuya fe Pablo alabó: y los Apóstoles no están en

desacuerdo entre sí. Dice de una obra bien conocida, Abraham ofreció a su hijo para ser sacrificado a Dios (Santiago II, 21). Gran obra, pero de fe. Alabo la superestructura de la obra, pero veo el fundamento de la fe: alabo el fruto de la buena obra, pero en la fe reconozco la raíz. Pero si Abraham hubiera hecho esto sin la fe correcta, de nada le habría servido, cualquiera que fuera esa obra. Nuevamente, si Abraham hubiera mantenido la fe de tal manera que cuando Dios le ordenó ofrecer a su hijo en sacrificio, hubiera dicho para sí mismo: No lo hago, y sin embargo creo que Dios me libera incluso despreciando sus mandatos; la fe sin obras estaría muerta, y como una raíz sin fruto, permanecería estéril y seca.

4. ¿Qué, entonces? ¿Debemos anteponer ninguna obra a la fe, es decir, que alguien sea considerado haber obrado bien antes de la fe? Porque esas mismas obras que se dicen antes de la fe, aunque parezcan loables a los hombres, son vanas. Me parecen ser como grandes fuerzas y una carrera muy rápida fuera del camino. Por lo tanto, nadie debe contar sus buenas obras antes de la fe: donde no había fe, no había buena obra. La intención hace la buena obra, la fe dirige la intención. No prestes mucha atención a lo que hace el hombre, sino a lo que mira cuando lo hace, hacia dónde dirige los músculos de la mejor gobernación. Imagina a un hombre que gobierna un barco de manera excelente, pero ha perdido el rumbo; ¿de qué le sirve manejar bien la vela, moverla bien, dar la proa a las olas, evitar que los lados sean golpeados; tener tanta fuerza que pueda dirigir el barco a donde quiera, y desde donde quiera: y se le dice, ¿Hasta dónde vas? y dice, No sé: o no dice, No sé; sino que dice, Voy a ese puerto, pero se apresura hacia las rocas? ¿No es este tanto más peligroso cuanto más ágil y eficaz se cree en gobernar el barco, que lo gobierna de tal manera que apresurándose lo lleva al naufragio? Así es también el que corre muy bien fuera del camino. ¿No sería mejor y más tolerable que ese piloto fuera algo más débil, para que con trabajo y alguna dificultad gobernara el timón, y sin embargo mantuviera el curso recto y debido; y que el otro, aunque más lento y débil, sin embargo caminara en el camino, que corriera con fuerza fuera del camino? Por lo tanto, el mejor es aquel que tanto mantiene el camino como camina bien en él: y el de la esperanza siguiente, que aunque cojea un poco, no tanto como para errar o quedarse atrás, sino que avanza aunque sea lentamente. Porque tal vez se puede esperar que, aunque más lentamente, llegará a donde se dirige.

5. Por lo tanto, hermanos, Abraham fue justificado por la fe: pero si las obras no precedieron a la fe, sin embargo, la siguieron. ¿Acaso tu fe será estéril? Si no eres estéril, no lo es ella. Creíste algo malo, y con el fuego de tu maldad quemaste la raíz de tu fe. Por lo tanto, mantén la fe para obrar. Pero dices, No es esto lo que dice el apóstol Pablo. Más bien, esto es lo que dice el apóstol Pablo: La fe, dice, que obra por el amor (Gal. V, 6); y en otro lugar: La plenitud de la ley es el amor (Rom. XIII, 10); y en otro lugar: Porque toda la ley se cumple en una sola palabra, en lo que está escrito: Amarás a tu prójimo como a ti mismo (Gal. V, 14). Mira si no quiere que obres quien dice: No cometerás adulterio, No matarás, No codiciarás, y si hay algún otro mandamiento, se resume en esta palabra: Amarás a tu prójimo como a ti mismo: el amor al prójimo no obra mal: La plenitud de la ley es el amor (Rom. XIII, 9, 10). ¿Acaso el amor permite que hagas algo malo a quien amas? Pero tal vez solo no haces nada malo, ni tampoco haces algo bueno. ¿Acaso el amor permite que no le des todo lo que puedes a quien amas? ¿No es ese el amor que ora incluso por los enemigos? Entonces, ¿abandona al amigo quien desea el bien al enemigo? Por lo tanto, si la fe está sin amor, estará sin obra. Para no pensar mucho en la obra de la fe, añade a ella la esperanza y el amor, y no pienses en lo que obras. El amor mismo no puede estar ocioso. ¿Qué obra incluso el hombre malvado, sino el amor? Dame un amor ocioso y que no obra nada. Los crímenes, adulterios, fechorías, homicidios, todas las lujurias, ¿no las obra el amor? Purga, entonces, tu amor: convierte el

agua que fluye hacia la cloaca en un jardín: que tenga los mismos impulsos hacia el mundo, que los tenga hacia el creador del mundo. ¿Acaso se te dice: No ames nada? De ninguna manera. Serás perezoso, muerto, detestable, miserable, si no amas nada. Ama, pero mira qué amas. El amor de Dios, el amor al prójimo, se llama caridad: el amor al mundo, el amor a este siglo, se llama codicia. Refrena la codicia, despierta la caridad. Porque la caridad misma da al que obra bien la esperanza de una buena conciencia. Porque la buena conciencia lleva esperanza: así como la mala conciencia está toda en desesperación, así la buena conciencia está toda en esperanza. Y serán estas tres cosas, de las que dice el Apóstol, Fe, Esperanza, Caridad (I Cor. XIII, 13). Y en otro lugar, las mismas tres, pero en lugar de esperanza puso buena conciencia: El fin del mandamiento es, dijo. ¿Qué es el fin del mandamiento? Donde se perfeccionan los mandamientos, no donde se consumen. Porque de una manera decimos, La comida está terminada; de otra manera decimos, La túnica que se tejía está terminada: la comida se termina para que no exista; la túnica se termina para que esté perfecta: y aquí se dice fin, y allí también. Por lo tanto, aquí no dijo el fin del mandamiento, como si los mandamientos perecieran; sino donde se perfeccionan y se consuman, no se consuman. El fin, entonces, por esas tres cosas: El fin, dice, del mandamiento es la caridad de un corazón puro, y de una buena conciencia, y de una fe no fingida (I Tim. I, 5). En lugar de esperanza puso buena conciencia. Porque el que tiene buena conciencia, espera. Pero el que es punzado por una mala conciencia, se retrae de la esperanza, y no espera para sí sino condenación. Para que, entonces, espere el reino, tenga buena conciencia; y para que tenga buena conciencia, crea y obre. Lo que cree es de la fe, lo que obra es de la caridad. Por lo tanto, en ese lugar el Apóstol comenzó con la fe, Fe, Esperanza, Caridad: en otro lugar comenzó con la misma caridad, Caridad de un corazón puro, y de una buena conciencia, y de una fe no fingida. Ahora comenzamos desde el medio, desde la misma conciencia y esperanza. Quien quiera, digo, tener buena esperanza, tenga buena conciencia; para que tenga buena conciencia, crea y obre. Desde el medio vamos al principio y al fin: crea y obre. Lo que cree es de la fe: lo que obra es de la caridad.

6. ¿Cómo, entonces, dice el Apóstol que el hombre es justificado sin obras por la fe (Rom. III, 28); cuando en otro lugar dice: La fe que obra por el amor (Gal. V, 6)? No, entonces, opongamos al apóstol Santiago a Pablo, sino al mismo Pablo a sí mismo, y digámosle: Aquí, de alguna manera, nos permites pecar impunemente, cuando dices, Consideramos que el hombre es justificado por la fe sin obras: y aquí dices, La fe que obra por el amor. ¿Cómo aquí me siento seguro, si no he obrado: pero aquí no parece que tenga buena esperanza, ni siquiera buena fe, si no he obrado por el amor? Te escucho a ti mismo, Apóstol. Ciertamente aquí quieres recomendarme la fe sin obras: pero la obra de la fe es el amor; y ese amor no puede estar ocioso, a menos que no obre nada malo, y obre todo el bien que pueda. ¿Qué hace el amor? Apártate del mal, y haz el bien (Sal. XXXVI, 37). Por lo tanto, recomiendas esta fe sin obras; y en otro lugar dices: Aunque tenga toda la fe, de tal manera que traslade montañas, pero no tenga amor, nada soy (I Cor. XIII, 2). Por lo tanto, si la fe sin amor no sirve de nada, pero donde hay amor es necesario que obre, la fe misma obra por el amor. ¿Cómo, entonces, será justificado el hombre por la fe sin obras? Responde el mismo Apóstol: Por eso te dije esto, oh hombre, para que no pareciera que presumes de tus obras, y que por el mérito de tus obras recibiste la gracia de la fe. No presumas, entonces, de las obras antes de la fe. Sepas que la fe te encontró pecador, y aunque la fe dada te hizo justo, te encontró impío para hacerte justo. Al que cree, dice, en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia (Rom. IV, 5). Si el impío es justificado, de impío se hace justo: si de impío se hace justo, ¿cuáles son las obras de los impíos? Que también el impío jacte sus obras, y diga: Doy a los pobres, no le quito nada a nadie, no codicio la esposa ajena, no mato a nadie, no engaño a nadie, devuelvo el depósito que me confían sin testigos; diga todo esto: pregunto si es

piadoso o impío. ¿Y cómo soy impío, dice, haciendo estas cosas? Como aquellos, de quienes se dijo: Y sirvieron a la criatura antes que al Creador, que es bendito por los siglos (Rom. I, 25). ¿Cómo eres impío? ¿Qué si de todas estas buenas obras, o esperas lo que debe esperarse, pero no de aquel de quien debe esperarse; o esperas lo que no debe esperarse, incluso de aquel de quien debe esperarse la vida eterna? Por las buenas obras esperaste una cierta felicidad terrenal, eres impío. No es esa la recompensa de la fe. La fe es algo valioso, la vendiste barata. Por lo tanto, eres impío, y esas obras tuyas no son nada. Aunque muevas los músculos en buenas obras, y parezcas gobernar el barco de manera excelente, te apresuras hacia las rocas. ¿Qué si esperas lo que debe esperarse, es decir, la vida eterna, pero no del Señor Dios por Jesucristo, por quien solo se da la vida eterna; sino que piensas que puedes llegar a la vida eterna por la milicia del cielo, por el sol y la luna, por los poderes del aire, del mar, de la tierra, y de las estrellas? Eres impío. Cree en aquel que justifica al impío, para que también tus buenas obras puedan ser obras buenas. Porque ni siquiera las llamaría buenas, mientras no procedan de una buena raíz. ¿Qué es esto? O esperas la vida temporal del Dios eterno, o esperas la vida eterna de los demonios: en cualquier parte eres impío. Corrige la fe, dirige la fe, dirige el camino: y si tienes buenos pies, camina ya seguro, corre, mantén el camino: cuanto mejor corras, tanto más fácilmente llegarás. Pero tal vez cojeas un poco. Al menos no te apartes del camino; y aunque más lentamente, llegarás: no te detengas, no te vuelvas atrás, no te desvíes.

7. ¿Qué, entonces? ¿Quiénes son los bienaventurados? No aquellos en quienes Dios no encontró pecado: porque en todos encontró. Porque todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios (Rom. III, 23). Si, entonces, en todos se encuentran pecados, queda que no sean bienaventurados, sino aquellos cuyos pecados son perdonados. Por lo tanto, el Apóstol lo recomendó así: Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia. Y al que obra (es decir, presume de las obras, y dice que por el mérito de sus obras se le dio la gracia de la fe), la recompensa no se le imputa según la gracia, sino según la deuda (Rom. IV, 3, 4). ¿Qué es esto, sino que nuestra recompensa se llama gracia? Si es gracia, se da gratuitamente. ¿Qué es, se da gratuitamente? Se da sin costo. No hiciste nada bueno, y se te da el perdón de los pecados. Se consideran tus obras, y se encuentran todas malas. Si Dios te diera lo que se debe a esas obras, ciertamente te condenaría: Porque el salario del pecado es muerte (Rom. VI, 23). ¿Qué se debe a las malas obras, sino la condenación? ¿Qué se debe a las buenas? El reino de los cielos. Pero tú fuiste encontrado en malas obras: si se te da lo que se debe, serás castigado. ¿Qué, entonces, se hace? Dios no te da el castigo debido, sino que te da la gracia no debida. Te debía venganza, te da indulgencia. Comienzas, entonces, a estar en la fe por indulgencia; ya esa fe asumida con esperanza y amor comienza a obrar bien: pero ni entonces te gloríes, y te exaltes: recuerda de quién fuiste puesto en el camino; recuerda que incluso con pies sanos y veloces errabas; recuerda que aunque languidecías, y yacías medio muerto en el camino, fuiste levantado en una bestia y llevado a la posada (Luc. X, 30). Pero al que obra, la recompensa no se le imputa según la gracia, sino según la deuda. Si quieres ser ajeno a la gracia, jacta tus méritos. Pero él ve lo que hay en ti, y sabe lo que debe a cada uno. Pero al que no obra, ¿qué? Aquí pon a un impío pecador, no obra. ¿Qué, entonces? Pero cree en aquel que justifica al impío. Porque de que no obra bien, es impío: y aunque parezca hacer cosas buenas, sin embargo, porque sin fe, ni siquiera deben llamarse buenas. Pero al que cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia; como también David dice, la bienaventuranza del hombre, a quien Dios atribuye justicia sin obras (Rom. IV, 5, 6). ¿Pero qué justicia? La de la fe, que no fue precedida por buenas obras, sino que fue seguida por buenas obras.

8. Por lo tanto, presten atención: de lo contrario, al entender mal, se lanzan a ese abismo de pecar impunemente: y yo soy libre, como el mismo Apóstol fue libre de todos los que entendieron mal. Porque con gusto entendieron mal, para no seguir las buenas obras. No sean del número de tales, hermanos. Se dice en un cierto salmo, de un cierto hombre tal, es decir, de tal género, como de uno: No quiso, dice, entender para obrar bien (Sal. XXXV, 4). No se dijo, No pudo entender. Por lo tanto, deben querer entender, para obrar bien. Porque el entendimiento no les faltará manifiesto. ¿Cuál es el entendimiento manifiesto? Que nadie jacte sus buenas obras antes de la fe, que nadie sea perezoso en las buenas obras después de recibir la fe. Por lo tanto, Dios da indulgencia a todos los impíos, y los justifica por la fe.

9. [vers. 1, 2.] Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades han sido perdonadas y cuyos pecados han sido cubiertos. Bienaventurado el hombre a quien el Señor no le imputa pecado, y en cuya boca no hay engaño. Ya comienza el Salmo, y comienza la inteligencia. La inteligencia, por tanto, es saber que no debes jactarte de tus méritos, ni presumir de la impunidad del pecado. Pues el título del Salmo es así: A David, inteligencia. Este Salmo se llama de inteligencia. La primera inteligencia, por tanto, es conocerte a ti mismo como pecador. La inteligencia consecuente es que, cuando comiences a obrar bien por la fe a través del amor, no atribuyas esto a tus fuerzas, sino a la gracia de Dios. Así no habrá engaño en tu corazón, es decir, en tu boca interior; no tendrás una cosa en los labios y otra en el pensamiento. No serás de esos fariseos de los que se dice: "Sois semejantes a sepulcros blanqueados; por fuera parecéis justos a los hombres, pero por dentro estáis llenos de engaño e iniquidad" (Mateo 23, 27). ¿No es engañoso aquel que, siendo injusto, se presenta como justo? No es como aquel Natanael de quien el Señor dice: "He aquí un verdadero israelita en quien no hay engaño". ¿Y por qué no había engaño en aquel Natanael? "Cuando estabas bajo la higuera, te vi" (Juan 1, 47-48). Estaba bajo la higuera, bajo la condición de la carne. Si estaba bajo la condición de la carne, porque estaba retenido por la impiedad de la descendencia; estaba bajo aquella higuera en la que se gime en otro salmo: "He aquí que en iniquidad fui concebido" (Salmo 50, 7). Pero lo vio aquel que vino con gracia. ¿Qué significa que lo vio? Se compadeció de él. Por tanto, alaba al hombre sin engaño de tal manera que alaba su gracia en él. "Cuando estabas bajo la higuera, te vi". ¿Qué grande es ver a un hombre bajo la higuera, si no entiendes que se dice de alguna manera? Si Cristo no hubiera visto a la humanidad bajo esta higuera, o nos habríamos secado por completo, o, como los fariseos, en quienes había engaño, es decir, se justificaban con palabras, pero eran malos en obras, solo se encontrarían hojas en nosotros, no frutos. Pues cuando Cristo vio tal higuera, la maldijo y se secó. "Veo", dice, "solo hojas", es decir, solo palabras, sin fruto: "Sécate" (Mateo 21, 19), dice, para que ni siquiera tenga hojas. ¿Por qué también quita las palabras? Porque un árbol seco no puede tener hojas. Así eran los judíos, los fariseos eran aquel árbol: tenían palabras, no tenían obras: por la sentencia del Señor merecieron la sequedad. Que Cristo nos vea, pues, bajo la higuera: que vea en nuestra carne también el fruto de la buena obra, para que no nos sequemos por su maldición. Y porque todo se atribuye a su gracia, no a nuestros méritos, "Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades han sido perdonadas y cuyos pecados han sido cubiertos": no en quienes no se encontraron pecados, sino cuyos pecados han sido cubiertos. Los pecados han sido cubiertos, han sido cubiertos, han sido abolidos. Si Dios cubrió los pecados, no quiso advertirlos; si no quiso advertirlos, no quiso notar; si no quiso notar, no quiso castigar; si no quiso castigar, no quiso reconocer, prefirió perdonar. Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades han sido perdonadas y cuyos pecados han sido cubiertos. No entendáis así lo que dijo, que los pecados están cubiertos, como si estuvieran allí y vivieran. ¿Por qué dijo entonces que los pecados están cubiertos? Para que no se vean. ¿Qué era ver los pecados de Dios, sino castigar los pecados? Para que sepas que ver los pecados de Dios es

castigar los pecados, ¿qué se le dice? "Aparta tu rostro de mis pecados" (Salmo 50, 11). Que no vea, pues, tus pecados, para que te vea a ti. ¿Cómo te verá? Como a Natanael, "Cuando estabas bajo la higuera, te vi". La sombra de la higuera no impidió los ojos de la misericordia de Dios.

10. Y no hay engaño en su boca. Pero aquellos que no quieren confesar sus pecados, trabajan en vano en la defensa de sus pecados. Y cuanto más trabajan en la defensa de sus pecados jactándose de sus méritos, no viendo sus iniquidades, tanto más su fuerza y fortaleza disminuyen. Pues fuerte es aquel que no es fuerte en sí mismo, sino en Dios. Por eso, "Tres veces rogué al Señor que lo quitara de mí; y me dijo: Bástate mi gracia. Mi gracia", dijo; no, "Tu virtud". "Bástate", dice, "mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad". Por eso en otro lugar él mismo dice: "Cuando soy débil, entonces soy fuerte" (2 Corintios 12, 8-10). Por tanto, quien quiera ser fuerte, como presumiendo de sí mismo y jactándose de sus méritos, cualesquiera que sean, será semejante a aquel fariseo que, aunque decía haber recibido de Dios, sin embargo, se jactaba con soberbia: "Te doy gracias", dice. Prestad atención, hermanos míos, a qué tipo de soberbia alaba Dios: verdaderamente, qué tipo puede infiltrarse en un hombre justo, qué tipo puede colarse incluso en un hombre de buena esperanza. "Te doy gracias", decía. Por tanto, cuando decía, "Te doy gracias", confesaba haber recibido de él lo que tenía. ¿Qué tienes que no hayas recibido? (1 Corintios 4, 7). Por tanto, "Te doy gracias", dijo; "Te doy gracias porque no soy como los demás hombres, ladrones, injustos, adúlteros, como este publicano". ¿De dónde, pues, la soberbia? No porque daba gracias a Dios por sus bienes, sino porque se exaltaba sobre otro por esos mismos bienes.

11. Prestad atención, hermanos: pues de dónde comenzó a decir la misma parábola el Señor, el evangelista lo anticipó. Pues cuando Cristo dijo: "¿Crees que cuando venga el Hijo del Hombre encontrará fe en la tierra?" y para que no surgieran algunos herejes, que al considerar y pensar que todo el mundo había caído, pues todos los herejes están en pocos y en parte, se jactaran de que en ellos permaneció lo que se perdió de todo el mundo; allí mismo donde el Señor dijo: "¿Crees que cuando venga el Hijo del Hombre encontrará fe en la tierra?" el Evangelista añadió y dijo: "Dijo también a algunos que se creían justos y despreciaban a los demás, esta parábola: Un fariseo y un publicano subieron al templo a orar", y lo demás que sabéis. Aquel fariseo, pues, decía: "Te doy gracias". Pero, ¿de dónde la soberbia? Porque despreciaba a los demás. ¿Cómo lo pruebas? En las mismas palabras. ¿Cómo? Aquel fariseo despreció al que estaba de lejos, a quien Dios se acercaba confesando. El publicano, dice, estaba de lejos: pero, ¿Dios no estaba de lejos de él? ¿Por qué Dios no estaba de lejos de él? Porque en otro lugar se dice: "Cercano está el Señor a los que tienen el corazón quebrantado" (Salmo 33, 19). Ved si este publicano había quebrantado su corazón, y allí veréis que cercano está el Señor a los que tienen el corazón quebrantado. Pero el publicano estaba de lejos, y ni siquiera quería levantar sus ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho. Golpearse el pecho, quebrantar el corazón. ¿Qué decía golpeándose el pecho? "Dios, sé propicio a mí, pecador". ¿Y qué sentencia dio el Señor? "Os digo que este descendió a su casa justificado antes que el otro". ¿Por qué? Este es el juicio de Dios. "No soy como este publicano, no soy como los demás hombres, injustos, ladrones, adúlteros: ayuno dos veces a la semana, doy diezmos de todo lo que poseo". Aquel no se atrevía a levantar sus ojos al cielo, miraba su conciencia, estaba de lejos, y fue justificado más que aquel fariseo. ¿Por qué? Te ruego, Señor, explícanos esta justicia tuya, explícanos la equidad de tu ley. Dios expone la regla de su ley. ¿Queréis oír por qué? Porque "todo el que se exalta será humillado; y el que se humilla será exaltado" (Lucas 18, 8-14).

12. Preste atención, pues, vuestra Caridad. Dijimos que el publicano no se atrevía a levantar sus ojos al cielo. ¿Por qué no miraba al cielo? Porque se miraba a sí mismo. Se miraba a sí mismo, para primero desagradarse a sí mismo, y así agradar a Dios. Pero tú te jactas, tienes el cuello erguido. Dice el Señor al soberbio: "¿No quieres mirarte a ti mismo? Yo miro. Pero, ¿quieres que no mire? Mírate tú". Por eso el publicano no se atrevía a levantar sus ojos al cielo; porque se miraba a sí mismo, castigaba su conciencia: él mismo era su juez, para que aquel intercediera; él mismo castigaba, para que aquel liberara; él mismo acusaba, para que aquel defendiera. Tanto lo defendió, que pronunció la sentencia a su favor. "Este publicano descendió a su casa justificado antes que el otro fariseo": porque "todo el que se exalta será humillado; y el que se humilla será exaltado". "Se miró a sí mismo", dice, "y no quise yo mirar: escuché al que decía, 'Aparta tus ojos de mis pecados'". Pues, ¿quién es el que dijo eso, sino el que también dijo, "Porque yo reconozco mi iniquidad" (Salmo 50, 5, 11)? Así que, hermanos míos, también aquel fariseo era pecador. Pues no porque decía, "No soy como los demás hombres, injustos, ladrones, adúlteros"; ni porque ayunaba dos veces a la semana; ni porque daba diezmos, no era pecador. Que si estuviera sin pecados, esa misma soberbia era un gran crimen: y sin embargo, decía todas esas cosas. ¿Quién, entonces, está sin pecado? ¿Quién se gloriará de tener un corazón puro, o quién se gloriará de estar limpio de pecados? (Proverbios 20, 9). Por tanto, aquel tenía pecados; pero, perverso y sin saber a dónde había venido, estaba como en la estación del médico para ser curado, y mostraba sus miembros sanos, ocultaba sus heridas. Que Dios cubra las heridas; no lo hagás tú. Pues si tú quieres cubrirlas por vergüenza, el médico no curará. Que el médico cubra y cure; pues cubre con un emplasto. Bajo la cobertura del médico se sana la herida, bajo la cobertura del herido se oculta la herida. ¿A quién ocultas? Al que lo sabe todo.

13. [vers. 3, 6.] Así que aquí, hermanos, ved lo que dijo: "Porque callé, se envejecieron mis huesos, de tanto clamar todo el día". ¿Qué es esto? Parece contradictorio, "Porque callé, se envejecieron mis huesos de tanto clamar". Si de tanto clamar, ¿cómo calló? Calló algo, no calló algo: calló lo que le beneficiaría, no calló lo que le perjudicaría; calló la confesión, clamó la presunción. Pues callé, dijo, no confesé. Allí debía hablar; callar sus méritos, clamar sus pecados: pero ahora perversamente calló sus pecados, clamó sus méritos. ¿Y qué le sucedió? Se envejecieron sus huesos. Prestad atención, porque si clamase sus pecados, y callase sus méritos, se renovarían sus huesos, es decir, sus virtudes: sería robusto en el Señor, porque se encontraría débil en sí mismo. Pero ahora, porque quiso ser fuerte en sí mismo, se hizo débil, y se envejecieron sus huesos. Permaneció en la vejez, quien no quiso amar la novedad confesando. Pues los que se hacen nuevos, sabéis, hermanos: porque "Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades han sido perdonadas y cuyos pecados han sido cubiertos". Este no quiso que se le perdonaran las iniquidades, las exageró, las defendió, se jactó de sus méritos. Por tanto, porque calló la confesión, se envejecieron sus huesos. De tanto clamar todo el día. ¿Qué es, de tanto clamar todo el día? Perseverando en la defensa de sus pecados. Y sin embargo, ved qué clase de persona es, porque se reconoce a sí mismo. Pues habrá ahora inteligencia: no mirará nada más allá de sí mismo, y se desagradará a sí mismo, porque se reconoce a sí mismo. Ahora escucharéis, para que sanéis.

14. Bienaventurado el hombre a quien el Señor no le imputa pecado, y en cuya boca no hay engaño. Porque callé, se envejecieron mis huesos, de tanto clamar todo el día. Porque de día y de noche se agravó sobre mí tu mano. ¿Qué es, se agravó sobre mí tu mano? Gran cosa, hermanos. Considerad aquella sentencia justa entre dos, el fariseo y el publicano. ¿Qué se dijo del fariseo? Que será humillado. ¿Qué se dijo del publicano? Que será exaltado. ¿Por qué será humillado aquel? Porque se exaltó. ¿Por qué será exaltado este? Porque se humilló. Por tanto, para que Dios humille al que se exalta, agrava sobre él su mano. No quiso humillarse

confesando su iniquidad, fue humillado por el peso de la mano de Dios. ¿Cuándo soportaría él la mano pesada del que humilla? ¡Qué ligera fue la mano del que levanta! Y en aquel fuerte, y en aquel fuerte: fuerte para oprimirlo, fuerte para levantarlo.

15. Por tanto, "Porque de día y de noche se agravó sobre mí tu mano: me convertí en mi aflicción, mientras se clavaba la espina". De esa misma agravación de tu mano, de esa misma humillación, me convertí en mi aflicción, me hice miserable, se me clavó una espina, se compungió mi conciencia. ¿Y qué sucedió cuando se clavó la espina? Se le dio el sentido del dolor, encontró su debilidad. Y aquel que había callado la confesión de su pecado, para que clamando en la defensa de su pecado se envejeciera su virtud, es decir, sus huesos se convirtieran en vejez, ¿qué hizo ahora con la espina clavada? "Conocí mi pecado". Por tanto, ya se reconoce. Si él se reconoce, él perdona. Escuchad lo que sigue: ved si no dice él mismo, "Conocí mi pecado, y mi injusticia no la cubrí". Esto ya lo decía antes: No lo cubras tú, y lo cubrirá Dios. Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades han sido perdonadas y cuyos pecados han sido cubiertos. Los que cubren sus pecados, se desnudan: pero este los desnudó, para que se cubrieran. "Mi iniquidad no la cubrí". ¿Qué es, no la cubrí? Ya antes había callado: ¿ahora qué? "Dije". Algo contrario a aquel silencio. "Dije". ¿Qué dijiste? "Pronunciaré contra mí mi injusticia al Señor; y tú perdonaste la impiedad de mi corazón". "Dije". ¿Qué dijiste? No ya pronuncia, promete que pronunciará; y él ya perdona. Prestad atención, hermanos; gran cosa: dijo, "Pronunciaré": no dijo, "Pronuncié, y tú perdonaste"; dijo, "Pronunciaré y tú perdonaste": porque al decir "Pronunciaré", mostró que aún no había pronunciado con la boca, sino con el corazón. Decir "Pronunciaré" es ya pronunciar: por eso "y tú perdonaste la impiedad de mi corazón". Por tanto, mi confesión aún no había llegado a la boca; pues había dicho, "Pronunciaré contra mí": sin embargo, Dios escuchó la voz de mi corazón. Mi voz aún no estaba en la boca, pero el oído de Dios ya estaba en el corazón. "Tú perdonaste la impiedad de mi corazón"; porque dije, "Pronunciaré".

16. Pero no había sido suficiente: no dijo, "Pronunciaré mi injusticia al Señor": no sin razón dijo, "Pronunciaré contra mí": y esto importa. Pues muchos pronuncian su iniquidad, pero contra el mismo Señor Dios: cuando se encuentran en pecados dicen, Dios lo quiso. Pues si un hombre dice, No lo hice; o, Esto que acusas no es pecado: no pronuncia ni contra sí mismo, ni contra Dios. Si dice, Ciertamente lo hice, y es pecado, pero Dios lo quiso, ¿qué hice yo? Esto es pronunciar contra Dios. Tal vez digáis, Nadie dice esto: ¿quién es el que dice, Dios lo quiso? Muchos también dicen esto: pero incluso los que no lo dicen, ¿qué otra cosa dicen, los que dicen, El destino me lo hizo, mis estrellas lo hicieron? Así ya indirectamente quieren llegar a Dios. Indirectamente quieren llegar a acusar a Dios, los que no quieren llegar directamente a aplacar a Dios, y dicen, El destino me lo hizo. ¿Qué es el destino? Mis estrellas lo hicieron. ¿Qué son las estrellas? Ciertamente, esas que vemos en el cielo. ¿Y quién las hizo? Dios. ¿Quién las ordenó? Dios. Por tanto, ves lo que querías decir, Dios hizo que pecara. Así él injusto, tú justo: porque si él no lo hubiera hecho, tú no habrías pecado. Quita esas excusas en los pecados: recuerda aquel salmo: "No inclines mi corazón a palabras malignas para excusar excusas en pecados, con hombres que obran iniquidad". Pero son grandes hombres, que defienden sus pecados; son grandes también los que cuentan las estrellas, y los que calculan las estrellas y los tiempos, y dicen quién cuándo pecará o vivirá bien, y cuándo Marte hará homicida, y Venus adúltera: grandes, hombres doctos, y parecen elegidos en este mundo. Pero, ¿qué dice en el salmo? "No inclines mi corazón a palabras malas, con hombres que obran iniquidad, y no me mezclaré con sus elegidos" (Salmo 140, 4). Que digan ellos elegidos y doctos a los contadores de estrellas, que digan ellos sabios a los que como que ordenan en los dedos los destinos humanos, y describen de las estrellas los caracteres humanos. Con libre albedrío me creó Dios: si pequé, yo pequé: para que no solo

pronuncie mi iniquidad al Señor, sino contra mí, no contra él. Yo dije, Señor, ten misericordia de mí: clama el enfermo al médico, Yo dije. ¿Por qué, Yo dije? Bastaría, dije: Yo con énfasis se dijo; Yo, yo, no el destino, no la fortuna, no el diablo; porque ni él mismo obligó, sino que yo consentí al que persuadía: Yo dije, Señor, ten misericordia de mí, sana mi alma, porque he pecado contra ti (Salmo 40, 5). Así también aquí estableció, y propuso, Dije: Pronunciaré contra mí mi iniquidad al Señor, y tú perdonaste la impiedad de mi corazón.

17. [vers. 6.] Por esto orará a ti todo santo, en el tiempo oportuno. ¿Qué tiempo? Por esto. ¿Por qué esto? Por la impiedad. ¿Por qué? Por el mismo perdón de los pecados. Por esto orará a ti todo santo, en el tiempo oportuno. De ahí orará a ti todo santo, porque has perdonado los pecados. Pues si no perdonaras los pecados, no habría santo que orara a ti. Por esto orará a ti todo santo, en el tiempo oportuno: cuando se manifieste el Nuevo Testamento, cuando se manifieste la gracia de Cristo, que es el tiempo oportuno. Pero cuando vino la plenitud del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer, es decir, de una mujer; pues los Antiguos llamaban a esto indistintamente, nacido bajo la Ley, para redimir a los que estaban bajo la Ley (Gál. IV, 4, 5). ¿De dónde los redimiría? Del diablo, de la perdición, de sus pecados, de aquel a quien se habían vendido. Para redimir a los que estaban bajo la Ley. Pues estaban bajo la Ley, porque la Ley los oprimía. La condición los oprimía, convenciéndolos de culpa, no salvándolos. Y ciertamente prohibía el mal: pero como ellos no tenían fuerzas por sí mismos para justificarse, había que clamar a aquel, como clamaba quien era llevado cautivo bajo la ley del pecado: ¡Miserable de mí! ¿Quién me librerá de este cuerpo de muerte? (Rom. VII, 23, 24). Todos los hombres estaban bajo la Ley, no en la Ley: ya siendo oprimidos por ella, siendo convencidos de culpa por ella. Pues la Ley demostró el pecado: ella clavó la espina, ella hizo que el corazón se compungiera; ella misma advirtió para que cada uno reconociera su culpa y clamara a Dios por el perdón. Por esto orará a ti todo santo, en el tiempo oportuno. Por tanto, decía del tiempo oportuno: Cuando vino la plenitud del tiempo, Dios envió a su Hijo. También dice el Apóstol: En el tiempo aceptable y placentero te escuché, y en el día de la salvación te ayudé. Y porque esto había sido predicho por el Profeta sobre todos los cristianos, el Apóstol añadió: He aquí ahora el tiempo aceptable, he aquí ahora el día de la salvación (II Cor. VI, 2). Por esto orará a ti todo santo, en el tiempo oportuno.

18. Sin embargo, en el diluvio de muchas aguas, no se acercarán a él. ¿A él? ¿A quién? A Dios. Pues suele cambiar de persona: como está, La salvación es del Señor, y sobre tu pueblo tu bendición (Sal. III, 9). No dijo, La salvación es del Señor, y sobre su pueblo su bendición: o, Señor, tuya es la salvación, y sobre tu pueblo tu bendición: sino que cuando comenzó, La salvación es del Señor, no hablando a él, sino de él; allí se volvió a él, y dijo, Y sobre tu pueblo tu bendición. Así también aquí cuando oyes primero a ti, luego a él, no pienses que es otro; Por esto orará a ti todo santo, en el tiempo oportuno. Sin embargo, en el diluvio de muchas aguas, no se acercarán a él. ¿Qué es, en el diluvio de muchas aguas? Los que nadan en el diluvio de muchas aguas, no se acercan a Dios. ¿Qué es el diluvio de muchas aguas? La multiplicidad de diversas doctrinas. Prestad atención, hermanos. Muchas aguas son diversas doctrinas. La doctrina de Dios es una, no son muchas aguas, sino una sola agua, ya sea del sacramento del bautismo, ya sea de la doctrina de la salvación. De esa misma doctrina con la que somos regados por el Espíritu Santo, se dice: Bebe agua de tus vasijas, y de los manantiales de tus pozos (Prov. V, 15). A estas fuentes no se acercan los impíos, sino los que creen en aquel que justifica al impío (Rom. IV, 5), ya justificados se acercan. Otras muchas aguas, muchas doctrinas contaminan las almas de los hombres, como decía poco antes. Otra doctrina es, El destino me lo hizo. Otra doctrina, El azar me lo hizo, la fortuna lo hizo. Si los hombres son gobernados por azares, nada se lleva a cabo por providencia: y eso mismo es

doctrina. Otro dijo, Hay una raza contraria de las tinieblas, que se rebeló contra Dios, ella hace pecar a los hombres. En este diluvio de muchas aguas no se acercarán a Dios. ¿Cuál es esa agua, esa verdadera que mana de la fuente íntima de la vena pura de la verdad? ¿Cuál es esa agua, hermanos, sino la que enseña a confesar al Señor? ¿Cuál es esa agua, sino la que enseña, Bueno es confesar al Señor (Sal. XCI, 2)? ¿Cuál es esa agua, sino la que enseña esta voz, Dije, Pronunciaré contra mí mi injusticia al Señor: y, Yo dije, Señor, ten misericordia de mí, sana mi alma, porque he pecado contra ti? Esta agua de confesión de pecados, esta agua de humillación del corazón, esta agua de vida salvadora, que se desecha a sí misma, que no presume nada de sí misma, que no atribuye con soberbia nada a su propia potencia. Esta agua no está en ningún libro de extranjeros, no en los epicúreos, no en los estoicos, no en los maniqueos, no en los platónicos. Dondequiera que se encuentren los mejores preceptos de moral y disciplina, sin embargo, no se encuentra esta humildad. Este camino de humildad mana de otro lugar: viene de Cristo. Este camino es de aquel que siendo alto, vino humilde. ¿Qué otra cosa enseñó humillándose, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz (Filip. II, 8)? ¿Qué otra cosa enseñó pagando lo que no debía, para liberarnos de la deuda? ¿Qué otra cosa enseñó bautizándose quien no cometió pecado, crucificándose quien no tenía culpa? ¿Qué otra cosa enseñó, sino esta humildad? No en vano dijo: Yo soy el camino, la verdad y la vida (Juan XIV, 6). En esta humildad, pues, se acerca a Dios, porque el Señor está cerca de los que tienen el corazón quebrantado (Sal. XXXIII, 19). Pero en el diluvio de muchas aguas que se levantan contra Dios, y enseñan impiedades soberbias, no se acercarán a Dios.

19. [vers. 7.] ¿Y tú qué, que también has sido justificado, estás entre esas aguas? Por todas partes, hermanos míos, incluso cuando confesamos pecados, resuenan a nuestro alrededor esas aguas del diluvio. No estamos en el mismo diluvio, pero estamos rodeados por el mismo diluvio. Nos presionan, pero no nos oprimen, nos urgen, pero no nos hunden. ¿Qué harás entonces, porque estás en medio del diluvio, caminando en este mundo? ¿Acaso no escuchas a tales maestros, no escuchas a tales soberbios, o no sufres de sus palabras persecuciones diarias en tu corazón? ¿Qué dirá entonces este ya justificado y confiado en Dios, que está rodeado por este diluvio? Tú eres mi refugio de la presión que me rodea. Que ellos huyan, ya sea a sus dioses, o a sus demonios, o a sus fuerzas, o a la defensa de sus pecados: para mí en este diluvio no hay refugio sino tú, de la presión que me rodea.

20. Mi júbilo, redímeme. Si ya te regocijas, ¿qué quieres ser redimido? Mi júbilo, redímeme. Oigo la voz de alegría, Mi júbilo: oigo el gemido, Redímeme. Te regocijas, y gimes. Sí, dice, y me regocijo, y gimo: me regocijo en la esperanza, aún gimo en la realidad. Mi júbilo, redímeme. Gozosos en la esperanza, dice el Apóstol. Por tanto, correctamente, Mi júbilo, redímeme. ¿De dónde redímeme? Sigue, En la tribulación pacientes (Rom. XII, 12). Mi júbilo, redímeme. Ya estaba justificado también el Apóstol: y ¿qué dice? No solo, dice, sino también nosotros mismos que tenemos las primicias del Espíritu, también nosotros mismos gemimos en nosotros mismos. ¿De dónde redímeme? Porque nosotros mismos gemimos en nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo. He aquí, pues, de dónde redímeme; porque aún esperamos en nosotros mismos gimiendo la redención de nuestro cuerpo. ¿De dónde, pues, mi júbilo? Allí sigue el mismo apóstol, y dice, Porque en esperanza fuimos salvados: pero la esperanza que se ve, no es esperanza. Pues lo que uno ve, ¿por qué esperarlo? Pero si esperamos lo que no vemos, con paciencia lo aguardamos (Id. VIII, 23-25). Si esperas, te regocijas; si con paciencia esperas, aún gimes: pues no hay necesidad de paciencia, donde no sufres ningún mal. La tolerancia que se dice, la paciencia que se dice, la resistencia que se dice, la longanimidad que se dice, no es sino en los males. Donde eres presionado, allí hay angustia. Por tanto, si con paciencia esperamos, aún decimos,

Redímeme de la presión que me rodea: porque en verdad en esperanza fuimos salvados, decimos ambas cosas a la vez, Mi júbilo, redímeme.

21. [vers. 8.] Se responde: Te daré entendimiento. Este es el salmo de la inteligencia. Te daré entendimiento, y te pondré en este camino, por el que caminarás. ¿Qué es, te pondré en este camino, por el que caminarás? No para que te detengas allí, sino para que no te apartes de él. Daré entendimiento, para que siempre te conozcas a ti mismo, y siempre te regocijes en la esperanza hacia Dios; hasta que llegues a aquella patria, donde ya no será esperanza, sino realidad. Fijaré mis ojos sobre ti: no apartaré mis ojos de ti, porque tú tampoco apartarás tus ojos de mí. Ya justificado, ya después del perdón de los pecados levanta tus ojos a Dios. Pues tu corazón se había podrido cuando estaba en la tierra. No en vano escuchas, Arriba el corazón, para que no se pudra. Por tanto, tú también levanta ya tus ojos siempre a Dios, para que fije sobre ti sus ojos. Pero ¿qué temes que cuando tienes tus ojos en Dios, tropieces, que no mires delante de ti, y tal vez caigas en un lazo? No temas: pues allí están sus ojos, que fija sobre ti; No os preocupéis, dice, y el apóstol Pedro: Echad toda vuestra ansiedad sobre él, porque él cuida de vosotros (I Pedro V, 7). Por tanto, fijaré mis ojos sobre ti. Tú, pues, levanta tus ojos a él, y no temerás, como dije, que caigas en un lazo. Escucha otro salmo: Mis ojos siempre al Señor. Y como si se le dijera: ¿Qué haces con tus pies, cuando no miras delante de ti? Porque él, dice, sacará mis pies del lazo (Sal. XXIV, 15). Fijaré mis ojos sobre ti.

22. [vers. 9.] Prometió a este tanto entendimiento como su protección: se vuelve a los soberbios que defienden sus pecados, y nos muestra qué es el entendimiento, No seáis como el caballo y el mulo, que no tienen entendimiento. El caballo y el mulo tienen el cuello erguido. No son el caballo y el mulo, como aquel buey que reconoció a su dueño, y el asno el pesebre de su señor (Isai. I, 3). No seáis como el caballo y el mulo, que no tienen entendimiento. ¿Qué sufren tales? Con freno y brida sus mandíbulas constriñe, los que no se acercan a ti. ¿Quieres ser caballo y mulo, quieres no tener jinete? Se constriñirá tu boca y tus mandíbulas con freno y brida: se constriñirá tu misma boca, con la que alardeas de tus méritos, y ocultas tus pecados. Constriñe las mandíbulas de aquellos que no se acercan a ti humillándose.

23. [vers. 10.] Muchos azotes para el pecador. No es de extrañar si al aplicar el freno siguen los azotes. Pues deseaba ser un animal indómito, es domado con freno y azote: y ojalá sea domado. Pues hay que temer que resistiendo demasiado, merezca ser dejado indómito, y vaya a su vaga libertad, para que se diga de él: Saldrá como de grasa su iniquidad (Sal. LXXII, 7): como de aquellos, cuyos pecados ahora son impunes. Por tanto, cuando es azotado, que sea corregido, domado; porque también este se dijo a sí mismo domado. Se había dicho caballo y mulo, porque calló: pero ¿de dónde fue domado? Por los azotes. Me convertí, dice, en mi aflicción, mientras se clavaba la espina. Ya sea que digas azotes, ya sea que digas estímulos, Dios doma al animal al que monta: pues al animal le conviene ser montado. Pues no fatigado Dios caminando a pie, monta al animal. ¿O acaso no está lleno de misterio, que un asno fue llevado al Señor (Mat. XXI, 7)? El pueblo manso y humilde que lleva bien al Señor, es un asno, y se dirige a Jerusalén. Pues guiará a los mansos en el juicio, como dice otro salmo, enseñará a los mansos sus caminos (Sal. XXIV, 9). ¿Qué mansos? No levantando el cuello contra su domador, soportando azotes y freno; después así domados, para que caminen sin azote, y sin freno y brida mantengan el camino. Si careces de este jinete, tú caerás, no él. Muchos azotes para el pecador: pero al que espera en el Señor la misericordia lo rodeará. ¿Cómo es refugio de la presión? A quien primero rodea la presión, después lo rodea la misericordia: pues dará misericordia, quien dio la ley (Sal. LXXXIII, 8); ley en los azotes, misericordia en las consolaciones. Pero al que espera en el Señor la misericordia lo rodeará.

24. [vers. 11.] ¿Qué se concluye entonces? Alegraos en el Señor, y regocijaos justos. Oh vosotros que os alegráis en vosotros mismos, oh impíos, oh soberbios, que os alegráis en vosotros mismos: ya creyendo en aquel que justifica al impío, sea contada vuestra fe como justicia (Rom. IV, 5). Alegraos en el Señor, y regocijaos justos. Y regocijaos, subentendido, en el Señor. ¿Por qué? Porque ya sois justos. ¿De dónde justos? No por vuestros méritos, sino por su gracia. ¿De dónde justos? Porque justificados.

25. Y glorificaos todos los rectos de corazón. ¿Qué es, rectos de corazón? No resistiendo a Dios. Atienda vuestra Caridad, y entienda el corazón recto. Brevemente digo, pero sin embargo muy digno de ser recomendado: gracias a Dios, que al final, se adhiera a vuestros sentidos. Entre el corazón recto, y el corazón torcido esto es lo que hay: cualquiera que sea el hombre que sufre cualquier cosa contra su voluntad, aflicciones, tristezas, trabajos, humillaciones, no lo atribuye sino a la voluntad justa de Dios, no dándole a él insensatez, como si no supiera lo que hace, porque azota a tal, y a tales perdona; él es recto de corazón: pero los de corazón torcido son, y perversos y distorsionados, que todo lo que sufren de malo, dicen que lo sufren injustamente, dando a él iniquidad, por cuya voluntad sufren; o porque no se atreven a darle iniquidad, le quitan el gobierno. Pues él, dice, no puede hacer lo injusto, pero es injusto que yo sufra, y él no sufra; pues concedo que soy pecador, ciertamente hay peores que se alegran, y yo sufro: pues porque esto es injusto, que incluso peores que yo se alegran, y yo sufra, que soy o justo, o menos pecador que ellos, y es cierto para mí que esto es injusto, y es cierto para mí que Dios no hace lo injusto; Dios no gobierna las cosas humanas, ni le importa de nosotros. Por tanto, los de corazón torcido, es decir, distorsionado de corazón, tienen tres sentencias. O, No hay Dios: pues dijo el necio en su corazón, No hay Dios (Sal. XIII, 1). Y fue dicho del diluvio aquel: no faltó tal doctrina de los filósofos, no faltaron quienes dijeran que no hay Dios, que gobierna todo y creó todo; sino que hay muchos dioses ociosos para sí mismos fuera del mundo, no preocupados por estas cosas. Por tanto, o, No hay Dios: esto dice el impío, a quien le desagrade todo lo que le sucede contra su voluntad, y no le sucede a otro a quien se antepone: o, Dios es injusto, a quien le agradan estas cosas, y quien hace estas cosas: o, Dios no gobierna las cosas humanas, ni le importa de todas. En estas tres sentencias hay gran impiedad, o negar a Dios, o decir que es injusto, o quitarle el gobierno de las cosas. ¿Por qué esto? Porque está torcido de corazón. Dios es recto, y por eso el corazón torcido no le aquiesce. Lo que en otro salmo está, ¡Cuán bueno es Dios para Israel, para los rectos de corazón! Y porque él mismo tenía tal sentencia alguna vez, ¿Cómo supo Dios, o si hay conocimiento en el Altísimo? por eso allí añadió: Pero mis pies casi se movieron (Sal. LXXII, 1, 11, 2). Como un madero torcido, aunque lo pongas en un suelo llano, no se coloca, no se ajusta, ni se une, siempre se agita y se tambalea; no porque sea desigual donde lo pusiste, sino porque está torcido lo que pusiste: así también tu corazón mientras sea torcido y distorsionado, no puede alinearse con la rectitud de Dios, y no puede colocarse en él para adherirse a él, y hacerse Quien se adhiere al Señor, un espíritu es (I Cor. VI, 17). Por eso dijo, glorificaos rectos de corazón. ¿Cómo se glorían los rectos de corazón? Escuchad la glorificación de ellos: No solo, dice el Apóstol, sino que también nos gloriamos en las tribulaciones. Pues no es gran cosa gloriarse en las alegrías, gloriarse en los gozos: el recto de corazón también se gloria en la tribulación. Y escucha cómo se gloria en la tribulación; pues no en vano alguien, no en vano: ve el corazón recto, Sabiendo, dice, que la tribulación produce paciencia, la paciencia prueba, la prueba esperanza, y la esperanza no confunde, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado (Rom. V, 3-5).

26. Así es, hermanos, un corazón recto. A quien le suceda algo, diga: El Señor dio, el Señor quitó. He aquí un corazón recto: Como al Señor le agradó, así se hizo: sea bendito el nombre del Señor (Job I, 21). ¿Quién quitó? ¿Qué quitó? ¿A quién quitó? ¿Cuándo quitó? Sea bendito el nombre del Señor. Y no dijo, el Señor dio, el diablo quitó. Preste atención, pues, vuestra Caridad, no sea que digáis: Esto me lo hizo el diablo. En verdad, refiere tu castigo a tu Dios, porque ni el diablo te hace algo, a menos que lo permita aquel que tiene el poder desde lo alto, ya sea para castigo, ya sea para disciplina: para castigo del impío, para disciplina del hijo. Pues azota a todo hijo que recibe (Heb. XII, 6). No esperes estar sin castigo, a menos que pienses ser desheredado. Azota a todo hijo que recibe. ¿Acaso a todos? ¿Dónde querías esconderte? A todos: y ninguno será exceptuado, ninguno estará sin castigo. ¿Qué? ¿A todos? ¿Quieres oír cómo a todos? Incluso el Unigénito sin pecado, no obstante, no sin castigo. Por eso el mismo Unigénito, llevando tu debilidad y prefigurando en sí tu persona, como cabeza llevando también la persona de su cuerpo, cuando se acercaba a la pasión, se entristeció por el hombre que llevaba, para alegrarte; se entristeció, para consolarte. Pues ciertamente el Señor pudo ir a la pasión sin tristeza. Si pudo el soldado, ¿no pudo el emperador? ¿Cómo pudo el soldado? Observa a Pablo exultante, acercándose a la pasión: Yo ya, dice, estoy siendo ofrecido, y el tiempo de mi partida está cerca. He peleado la buena batalla, he terminado la carrera, he guardado la fe: en adelante me está reservada la corona de justicia, que el Señor, el justo juez, me dará en aquel día. No solo a mí, sino también a todos los que aman su venida (II Tim. IV, 6-8). Ved cómo exulta, viniendo a la pasión. Por tanto, se alegra el que será coronado: se entristece el que corona. ¿Qué llevaba entonces? La debilidad de algunos, que se entristecen con la llegada de la tribulación o la muerte. Pero mira cómo los conduce a la rectitud del corazón. He aquí que querías vivir, no querías que te sucediera algo; pero Dios quiso otra cosa: hay dos voluntades; pero que tu voluntad se corrija hacia la voluntad de Dios, no que la voluntad de Dios se tuerza hacia la tuya. Pues la tuya es torcida, aquella es la regla: que permanezca la regla, para que lo que es torcido se corrija según la regla. Ved cómo enseña esto el Señor Jesucristo: Mi alma está triste hasta la muerte: y, Padre, si es posible, pase de mí este cáliz. He aquí que mostró la voluntad humana. Pero mira el corazón recto: Sin embargo, no lo que yo quiero, sino lo que tú quieres, Padre (Mat. XXVI, 38, 39). Haz esto, pues, alegrándote en lo que te sucede: y si viene ese último día, alégrate. O si se infiltra la fragilidad de alguna voluntad humana, que rápidamente se dirija a Dios; para que estés entre aquellos a quienes se dice, Alegraos todos los rectos de corazón.

EN EL SALMO XXXII

EXPOSICIÓN I.

1. [vers. 1.] Exultad, justos, en el Señor: exultad, justos, no en vosotros, pues esto no es seguro; sino en el Señor. A los rectos les conviene la alabanza: ellos alaban al Señor, quienes se someten al Señor; de otro modo, son torcidos y perversos.
2. [vers. 2.] Confesad al Señor con la cítara: confesad al Señor, presentándole vuestros cuerpos como sacrificio vivo (Rom. XII, 1). En el salterio de diez cuerdas cantadle: que vuestros miembros sirvan al amor de Dios y del prójimo, en los cuales se guardan tres y siete preceptos.
3. [vers. 3.] Cantadle un cántico nuevo: cantadle un cántico de la gracia de la fe. Cantadle bien con júbilo: cantadle bien con alegría.
4. [vers. 4.] Porque recta es la palabra del Señor: porque recta es la palabra del Señor, para haceros lo que por vosotros no podéis hacer. Y todas sus obras en la fe: para que nadie piense

que ha llegado a la fe por los méritos de sus obras, ya que en la misma fe están todas las obras que Dios ama.

5. [vers. 5.] Ama la misericordia y el juicio: ama la misericordia, que ahora concede; y el juicio, por el cual exige lo que ha concedido. La misericordia del Señor llena la tierra: por todo el mundo se perdonan los pecados a los hombres en la misericordia del Señor.

6. [vers. 6.] Por la palabra del Señor fueron hechos los cielos: pues no por sí mismos, sino por la palabra del Señor fueron afirmados los justos. Y por el espíritu de su boca toda su virtud: y por su santo Espíritu toda su fe.

7. [vers. 7.] Reuniendo como en un odre las aguas del mar: reúne a los pueblos del mundo en la confesión del pecado muerto, para que no fluyan libremente por la soberbia. Poniendo en tesoros los abismos: y en ellos guarda sus secretos para las riquezas.

8. [vers. 8.] Tema al Señor toda la tierra: tema todo pecador, para que deje de pecar. Pero que se conmuevan por él: no por los terrores de los hombres o de alguna criatura, sino que se conmuevan por él todos los que habitan el mundo.

9. [vers. 9.] Porque él dijo, y fueron hechas: pues no las cosas que temen, las hizo otro; sino que él dijo, y fueron hechas. Él mandó, y fueron creadas: él mandó con su palabra, y fueron creadas.

10. [vers. 10.] El Señor disipa los consejos de las naciones: no su reino, sino los reinos de quienes buscan lo suyo. Reprueba, sin embargo, los pensamientos de los pueblos: de quienes desean la felicidad terrena. Y reprueba los consejos de los príncipes: de quienes buscan dominar a tales pueblos.

11. [vers. 11.] Pero el consejo del Señor permanece para siempre: pero el consejo del Señor, por el cual no hace feliz sino al que se somete a él, permanece para siempre. Los pensamientos de su corazón por los siglos de los siglos: los pensamientos de su sabiduría no son cambiantes, sino que permanecen por los siglos de los siglos.

12. [vers. 12.] Bienaventurada la nación cuyo Dios es el Señor: una nación es bienaventurada, perteneciente a la ciudad celestial, que ha elegido al Señor como su único Dios. El pueblo que el Señor eligió como heredad para sí: y no por sí misma, sino elegida por el don de Dios, para que al poseerla, no la deje inculta y miserable.

13. [vers. 13.] Desde el cielo miró el Señor, vio a todos los hijos de los hombres: desde el alma justa, el Señor miró misericordiosamente a todos los que quieren renacer a una nueva vida.

14. [vers. 14.] Desde su morada preparada: desde la morada de la ascensión humana, que preparó para sí. Miró sobre todos los que habitan la tierra: misericordiosamente vio a todos los que habitan la carne, para presidir sobre ellos en su gobierno.

15. [vers. 15.] Él formó individualmente sus corazones: quien espiritualmente otorgó a sus corazones dones propios, para que ni todo el cuerpo sea ojo, ni todo oído (I Cor. XII, 17); sino que unos así, otros de otro modo, se incorporen a Cristo. Él entiende todas sus obras: ante él están entendidas todas sus obras.

16. [vers. 16.] No se salvará el rey por la multitud de su fuerza: no se salvará quien gobierna su carne, si confía demasiado en su propia fuerza. Ni el gigante se salvará por la multitud de su fuerza: ni quien lucha contra la costumbre de su concupiscencia, o contra el diablo y sus ángeles, se salvará, si confía demasiado en su propia fortaleza.

17. [vers. 17.] Engañoso es el caballo para la salvación: se engaña quien piensa que puede obtener la salvación recibida entre los hombres por los hombres, o defenderse de la perdición por el ímpetu de su ánimo. En la abundancia de su fuerza no será salvo.

18. [vers. 18.] He aquí los ojos del Señor sobre los que le temen: porque si buscas la salvación, he aquí el amor del Señor sobre los que le temen. Esperando en su misericordia: y esperando no en su propia fuerza, sino en su misericordia.

19. [vers. 19.] Para librar sus almas de la muerte, y alimentarlos en el hambre: para darles el alimento de la palabra y de la verdad eterna, que perdieron al confiar en sus fuerzas, y por eso ni siquiera tienen esas fuerzas en el hambre de justicia.

20. [vers. 20.] Nuestra alma será paciente con el Señor: para que después se sacie con alimentos incorruptibles, mientras tanto, mientras está aquí, nuestra alma será paciente con el Señor. Porque él es nuestro ayudador y protector: él es nuestro ayudador, mientras nos esforzamos por llegar a él; y protector, mientras resistimos al adversario.

21. [vers. 21.] Porque en él se alegrará nuestro corazón: pues no en nosotros, donde hay gran escasez sin él; sino en él se alegrará nuestro corazón. Y en su santo nombre hemos confiado: y por eso hemos confiado en llegar a Dios, porque estando ausentes, nos envió su nombre por la fe.

22. [vers. 22.] Sea tu misericordia, Señor, sobre nosotros, como hemos esperado en ti: sea tu misericordia, Señor, sobre nosotros; pues la esperanza no defrauda, porque hemos esperado en ti.

EXPOSICIÓN II.

SERMON I. Sobre la primera parte del Salmo.

1. [vers. 1.] Este salmo nos exhorta a exultar en el Señor. Está titulado, A David mismo. Quienes pertenecen a la santísima semilla de David, escuchen su voz, y digan su voz, y exulten en el Señor. Así comienza: Exultad, justos, en el Señor. Los injustos exulten en el mundo: terminado el mundo, termina la exultación de los injustos. Pero exultad, justos, en el Señor: porque permaneciendo el Señor, permanecerá la exultación de los justos. Exultar en el Señor conviene de tal manera, que alabemos a aquel que solo no tiene lo que nos desagrada, y nadie tiene tantas cosas que desagraden a los infieles. Y es un breve precepto: Aquel agrada a Dios, a quien Dios agrada. No penséis que esto es leve, queridos. Pues veis cuántos discuten contra Dios, a cuántos desagradan sus obras. Pues cuando quiere hacer algo contrario a la voluntad de los hombres, porque es Señor, y sabe lo que hace, y no atiende tanto nuestra voluntad como nuestra utilidad; aquellos que prefieren que se cumpla su voluntad antes que la de Dios, quieren torcer a Dios hacia su voluntad, no corregir la suya hacia Dios. A tales hombres infieles, impíos, inicuos, lo que da pena decir, pero sin embargo lo diré, pues sabéis cuán cierto es lo que digo, les agrada más un mimo que Dios.

2. Por eso, cuando dijo, Exultad, justos, en el Señor; porque no podemos exultar en él sino alabándolo, y cuando lo alabamos, tanto más le agradamos cuanto más nos agrada él; Rectos,

dice, les conviene la alabanza. ¿Quiénes son rectos? Quienes dirigen su corazón según la voluntad de Dios; y si los perturba la fragilidad humana, los consuela la equidad divina: pues aunque con un corazón mortal quieran algo privado, que convenga a su causa o negocio, o necesidad presente; cuando entienden y conocen que Dios quiere otra cosa, anteponen la voluntad del mejor a la suya, y la voluntad del omnipotente a la del débil, y la voluntad de Dios a la del hombre. Pues cuanto dista Dios del hombre, tanto dista la voluntad de Dios de la del hombre. Por eso, llevando al hombre Cristo, y proponiéndonos una regla, enseñándonos a vivir, y dándonos la vida, mostró una cierta voluntad humana, en la que figuró la suya y la nuestra, porque es nuestra cabeza, y como sabéis, a él pertenecemos como miembros: Padre, dice, si es posible, pase de mí este cáliz. Esta era la voluntad humana, queriendo algo propio y como privado. Pero porque quiso que el hombre fuera recto de corazón, para que lo que en él fuera algo torcido, lo dirigiera a aquel que siempre es recto; Sin embargo, no lo que yo quiero, dice, sino lo que tú, Padre (Mat. XXVI, 39). Pero ¿qué mal podría querer Cristo? ¿Qué, en última instancia, podría querer diferente del Padre? De quienes una es la divinidad, no puede haber disparidad de voluntad. Pero transfigurando en sí a los suyos, a quienes transfiguró en sí, cuando dijo, Tuve hambre, y me disteis de comer (Mat. XXV, 35); a quienes transfiguró en sí, cuando clamó desde lo alto a Saulo, furioso y persiguiendo a los santos, a quien nadie tocaba, Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? (Hech. IX, 4) mostró una cierta voluntad propia del hombre; te mostró a ti, y te corrigió. He aquí, dice, mírate en mí; porque puedes querer algo propio, que Dios quiera otra cosa, esto se concede a la fragilidad humana, se concede a la debilidad humana; querer algo propio, es difícil que no te suceda: pero inmediatamente piensa quién está sobre ti; él sobre ti, tú debajo de él; él creador, tú criatura; él señor, tú siervo; él omnipotente, tú débil, corrigiéndote, sometiéndote a su voluntad, y diciendo, Sin embargo, no lo que yo quiero, sino lo que tú quieres, Padre: ¿cómo estás separado de Dios, si ya quieres lo que Dios? Serás, pues, recto, y te convendrá la alabanza; porque a los rectos les conviene la alabanza.

3. Si, sin embargo, fueras torcido, alabas a Dios cuando te va bien, lo blasfemas cuando te va mal: lo cual, si es justo, no es malo; es justo, porque lo hace aquel que no puede hacer nada injusto: y serás un niño insensato en la casa del padre, amando al padre si te halaga, y odiándolo cuando te azota; como si no preparara herencia tanto halagando como azotando. Pero mira cómo conviene la alabanza a los rectos, escucha la voz del recto alabando desde otro salmo: Bendeciré al Señor en todo tiempo, su alabanza estará siempre en mi boca (Sal. XXXIII, 2). ¿Qué es, en todo tiempo; esto es, siempre: y qué es, bendeciré; esto es, su alabanza en mi boca. En todo tiempo y siempre, ya sea en prosperidades o en adversidades. Pues si en prosperidades y no en adversidades, ¿cómo en todo tiempo, cómo siempre? y hemos oído muchas voces de muchos: cuando les sucede alguna felicidad, exultan, se alegran, cantan a Dios, alaban a Dios; no deben ser censurados, más bien debemos alegrarnos por ellos, porque muchos ni siquiera entonces. Pero estos que ya han comenzado a alabar a Dios desde la parte de la prosperidad, deben ser enseñados a reconocer al padre también cuando azota, y no murmurar contra la mano del que corrige; no sea que, permaneciendo siempre torcidos, merezcan ser desheredados, para que hechos ya rectos, (¿qué es rectos? Para que nada les desagrade de lo que Dios ha hecho.) puedan alabar a Dios también en las adversidades, y decir: El Señor dio, el Señor quitó; como al Señor le agradó, así se hizo: sea bendito el nombre del Señor (Job I, 21). A tales rectos les conviene la alabanza, no a los que primero alabarán, y luego vituperarán.

4. Por tanto, justos rectos, exultad en el Señor: porque a vosotros os conviene la alabanza. Que nadie diga: ¿Quién soy yo justo, o cuándo soy justo? No os desechéis ni desesperéis de vosotros mismos. Sois hombres, hechos a imagen de Dios: quien os hizo hombres, por

vosotros también se hizo hombre: para que muchos hijos sean adoptados a la herencia eterna, la sangre del Unigénito fue derramada por vosotros. Si os habéis despreciado a vosotros mismos por la fragilidad terrena, valorad vuestro precio: pensad dignamente qué coméis, qué bebéis, a qué suscribís Amén. ¿Acaso os exhortamos a ser soberbios, y a atreveros a arrojaros alguna perfección? Pero tampoco debéis pensar que estáis exiliados de toda justicia. Pues no quiero interrogaros sobre vuestra justicia; tal vez nadie de vosotros se atreva a responderme, Soy justo: pero os pregunto sobre vuestra fe. Así como nadie de vosotros se atreve a decir, Soy justo; así nadie se atreve a decir, No soy fiel. Aún no pregunto cómo vives, sino qué crees. Responderás que crees en Cristo. ¿No has oído al Apóstol: El justo vivirá por la fe (Rom. I, 17)? Tu fe, tu justicia: porque ciertamente si crees, te cuidas; pero si te cuidas, te esfuerzas; y Dios conoce tu esfuerzo, y observa tu voluntad, y considera tu lucha con la carne, y te exhorta a luchar, y te ayuda a vencer, y espera al que lucha, y levanta al que desfallece, y corona al que vence. Por tanto, Exultad, justos, en el Señor: esto diría, Exultad, fieles, en el Señor, porque el justo vivirá por la fe. A los rectos les conviene la alabanza. Aprended a dar gracias a Dios tanto en las prosperidades como en las tribulaciones. Aprended a tener en el corazón lo que todo hombre tiene en la lengua: Lo que Dios quiera. Esa lengua popular, a menudo es una doctrina saludable. ¿Quién no dice diariamente: Lo que Dios quiera, eso haga? Y será recto entre aquellos que exultan en el Señor, y a quienes les conviene la alabanza: tales a quienes el Salmo se dirige a continuación, y dice: Confesad al Señor con la cítara, en el salterio de diez cuerdas cantadle. Pues de este modo también cantábamos, expresando esto con una voz unánime, enseñábamos vuestros corazones.

5. [vers. 2.] ¿No fue la institución en el nombre de Cristo de estas Vigilias la que hizo que las cítaras fueran desterradas de este lugar? Y he aquí que ahora se les ordena sonar: "Confesad," dice, "al Señor con la cítara, tocad para Él con el salterio de diez cuerdas." Que nadie dirija su corazón hacia los instrumentos teatrales. Lo que se le ordena, lo tiene en sí mismo, como se dice en otro lugar: "En mí están, Dios, los votos que te pagaré de alabanza" (Salmo 55, 12). Recuerdan los que estuvieron presentes hace tiempo, cuando, en la medida de nuestras posibilidades, distinguimos con palabras la diferencia entre el salterio y la cítara, e intentamos llevarlo al entendimiento de todos: cuánto logramos, lo verán quienes escucharon. Y ahora no repetimos inoportunamente, para que en esta diversidad de dos instrumentos musicales, encontremos la diversidad de las acciones humanas, significada por estos, pero que debe ser cumplida por nuestra vida. La cítara es ese madero cóncavo como un tambor con una concha colgante, en el que se apoyan las cuerdas para que resuenen al ser tocadas: no me refiero al plectro con el que se tocan, sino a ese madero cóncavo sobre el que reposan, en el que de algún modo se apoyan, para que al ser tocadas y vibrar, tomando sonido de esa concavidad, se vuelvan más melodiosas: este madero, por tanto, la cítara lo tiene en la parte inferior, el salterio en la superior. Esta es la distinción. Se nos ordena ahora confesar en la cítara y tocar el salterio de diez cuerdas. No dijo en la cítara de diez cuerdas, ni en este salmo, ni, si no me equivoco, en ningún lugar. Que lean y consideren mejor y con más calma nuestros hijos Lectores: sin embargo, según creo recordar, en muchos lugares encontramos el salterio de diez cuerdas, pero nunca he leído sobre una cítara de diez cuerdas. Recordad que la cítara tiene en la parte inferior lo que suena, el salterio en la superior. De la vida inferior, es decir, terrena, tenemos prosperidad y adversidad, de donde debemos alabar a Dios en ambas, para que siempre esté su alabanza en nuestra boca, y bendigamos al Señor en todo tiempo (Salmo 33, 2). Hay, en efecto, una cierta prosperidad terrena, hay una cierta adversidad terrena: de ambas debe ser alabado Dios, para que toquemos la cítara. ¿Qué es la prosperidad terrena? Cuando estamos sanos según la carne, cuando abundan todas las cosas con las que vivimos, cuando se conserva nuestra integridad, cuando los frutos crecen abundantemente,

cuando hace salir su sol sobre buenos y malos, y llueve sobre justos e injustos (Mateo 5, 45). Todo esto vale para la vida terrena. Quien no alaba a Dios por ello, es ingrato. ¿Acaso porque son terrenas, no son de Dios? ¿O por eso se debe pensar que otro las da, porque se dan también a los malos? La misericordia de Dios es múltiple, es paciente, es longánime. Más bien, muestra lo que reserva para los buenos, al mostrar cuánto da también a los malos. Las adversidades, sin duda, de la parte inferior, de la fragilidad del género humano, en dolores, en enfermedades, en presiones, en tribulaciones, en tentaciones. En todas partes alabe a Dios quien toca la cítara. No atienda a que son inferiores, sino a que no pueden ser gobernadas ni dirigidas, sino por esa Sabiduría que alcanza de un extremo al otro con fortaleza, y dispone todas las cosas con suavidad (Sabiduría 8, 1). No gobierna las celestiales y abandona las terrenales: ni se le dice: "¿A dónde iré de tu espíritu, y a dónde huiré de tu presencia? Si subo al cielo, allí estás; si bajo al infierno, allí estás" (Salmo 138, 7-8). ¿Dónde, pues, falta quien está en todas partes? Por tanto, confiesa al Señor en la cítara. Ya sea que te abunde algo terrenal, da gracias a quien lo dio; ya sea que te falte, o tal vez te sea quitado por daño, toca la cítara con seguridad. No te ha sido quitado quien lo dio, aunque te haya sido quitado lo que dio. Aun así, digo, toca la cítara con seguridad; seguro en tu Dios, toca las cuerdas en el corazón, y di como en una cítara bien sonante en la parte inferior: "El Señor dio, el Señor quitó; como al Señor le agradó, así se hizo: bendito sea el nombre del Señor" (Job 1, 21).

6. Ahora bien, cuando consideras los dones superiores de Dios, lo que te ha conferido de preceptos, con qué doctrina celestial te ha imbuido, lo que te ha mandado desde lo alto de la fuente de su verdad, vuelve al salterio, toca para el Señor en el salterio de diez cuerdas. Los preceptos de la ley son diez: en los diez preceptos de la Ley tienes el salterio. Es una cosa perfecta. Allí tienes el amor de Dios en tres, y el amor al prójimo en siete. Y ciertamente sabes, según dice el Señor, que "en estos dos mandamientos penden toda la Ley y los Profetas" (Mateo 22, 40). Dios te dice desde lo alto que "el Señor tu Dios, es un solo Dios": tienes una cuerda. No tomes en vano el nombre del Señor tu Dios: tienes otra cuerda. Observa el día de reposo, no carnalmente, no con los deleites judaicos, que abusan del ocio para la maldad. Pues mejor sería que cavaran todo el día, que bailar todo el día. Pero tú, pensando en el descanso en tu Dios y haciendo todo por ese descanso, abstente de la obra servil. Porque todo el que comete pecado, es esclavo del pecado (Juan 8, 34): ¡y ojalá fuera esclavo del hombre, y no del pecado! Estos tres pertenecen al amor de Dios, cuya unidad, verdad y deleite debes considerar. Pues hay un cierto deleite en el Señor, donde está el verdadero sábado, el verdadero descanso. De donde se dice: "Deléitate en el Señor, y Él te concederá las peticiones de tu corazón" (Salmo 36, 4). ¿Quién deleita así, como aquel que hizo todas las cosas que deleitan? En estos tres está la caridad de Dios, en los otros siete la caridad del prójimo, para que no hagas a otro lo que no quieres que te hagan a ti. Honra a tu padre y a tu madre: porque quieres ser honrado por tus hijos. No cometas adulterio: porque no quieres que tu esposa cometa adulterio después de ti. No mates: porque tampoco quieres ser matado. No robes: porque no quieres sufrir robo. No digas falso testimonio: porque odias al que dice falso testimonio contra ti. No codicies la esposa de tu prójimo: porque tampoco quieres que otro codicie la tuya. No codicies cosa alguna de tu prójimo (Éxodo 20, 1-17; Deuteronomio 5, 6-21): porque si alguien codicia lo tuyo, te desagrada. Vuelve también tu lengua hacia ti, cuando te desagrada quien te hace daño. Todos estos son preceptos de Dios, dados por la sabiduría, suenan desde lo alto. Toca el salterio, cumple la Ley, que el Señor tu Dios no vino a abolir, sino a cumplir (Mateo 5, 17). Cumplirás por amor, lo que no podías por temor. Porque quien no hace el mal por temor, preferiría hacerlo si pudiera. Así que, aunque no se le da la oportunidad, se le retiene la voluntad. No lo hago, dice. ¿Por qué? Porque temo. Aún no amas la justicia, todavía eres siervo: sé hijo. Pero de buen siervo se hace buen hijo. Mientras tanto, no hagas por temor, aprenderás también a no hacer por amor. Pues hay una cierta

belleza en la justicia. Que te detenga el castigo. La justicia tiene su forma, busca ojos, enciende a sus amantes. Por ella, los Mártires despreciando el mundo, derramaron su sangre. ¿Qué amaban, cuando renunciaban a todas estas cosas? ¿Acaso no eran amantes? ¿O te decimos que no ames? Quien no ama, está frío, está rígido. Que se ame, pero esa belleza que busca los ojos del corazón. Que se ame, pero esa belleza que, alabada la justicia, enciende los ánimos. Pronuncian palabras, emiten voces, por todas partes dicen, Bien, Excelente. ¿Qué vieron? Vieron la justicia, en la que es hermoso el anciano encorvado. Pues si sale un anciano justo, no hay nada en su cuerpo que sea amado, y sin embargo es amado por todos. Allí es amado, donde no se ve; más bien allí es amado, se ve con el corazón. Deleítate, pues, y ruega al Señor que te deleite. Porque el Señor dará suavidad, y nuestra tierra dará su fruto (Salmo 85, 13): para que por la caridad cumplas lo que por temor es difícil de cumplir. ¿Qué digo que es difícil? El ánimo aún no puede: preferiría que no existiera lo que se ordena, si no es llevado a hacerlo por amor, sino constreñido por temor. No robes, teme las gehennas: preferiría que no hubiera gehennas, en las que sería arrojado. ¿Cuándo comienza a amar la justicia, sino cuando preferiría que no hubiera robos, aunque no hubiera gehennas, en las que se arrojaran a los ladrones? Esto es amar la justicia.

7. ¿Y qué clase de justicia es esta? ¿Quién la pinta? ¿Qué belleza tiene la Sabiduría de Dios? Por ella son hermosas todas las cosas que agradan a los ojos: para verla, abrazarla, los corazones deben ser purificados. Profesamos ser amantes de esta: ella nos compone, para que no le desagrade. Y cuando los hombres nos reprenden en estas cosas, en las que agradamos a aquella que amamos, ¿cómo despreciamos a nuestros censores, cómo los despreciamos y los consideramos en nada? Los amantes lascivos y condenables de mujeres, cuando sus amadas los componen según sus ojos, si les agradan, no se preocupan por aquellos a quienes desagradan, pensando que les basta con agradar a los ojos de aquellas a quienes desean: y a menudo desagradan a los graves, más bien siempre desagradan a los graves, y son reprendidos con mejor juicio. No estás bien peinado, dice un hombre grave al joven lascivo, no te conviene andar con tales rizos. Pero él sabe que esos cabellos agradan a no sé quién: odia al que te reprende con verdadero juicio, y guarda en sí lo que agrada al consejo perverso. Te considera enemigo, porque rebajas su fealdad. Huye de tus ojos, y en absoluto no le importa con qué regla de justicia es reprendido. Si ellos no se preocupan por los verdaderos censores, para ser bellos engañosos; nosotros en estas cosas en las que agradamos a la sabiduría de Dios, ¿debemos preocuparnos por los burladores injustos, que no tienen ojos para ver lo que amamos? Pensando estas cosas rectos de corazón, "Confesad al Señor con la cítara, tocad para Él con el salterio de diez cuerdas."

8. [vers. 3.] Cantad para Él un cántico nuevo. Despojaos de la vejez: conocéis el cántico nuevo. Hombre nuevo, Nuevo Testamento; cántico nuevo. El cántico nuevo no pertenece a los hombres viejos: no lo aprenden sino los hombres nuevos, renovados por la gracia de la vejez, y pertenecientes ya al Nuevo Testamento, que es el reino de los cielos. A él suspira todo nuestro amor, y canta el cántico nuevo. Cante el cántico nuevo, no la lengua, sino la vida. Cantad para Él un cántico nuevo: cantad bien para Él. Cada uno busca cómo cantar a Dios. Cántale, pero no mal. No quiere que sus oídos sean ofendidos. Canta bien, hermano. Si a un buen oyente músico, cuando se te dice, Canta para agradarle, temas cantar sin alguna instrucción de arte musical, para no desagradar al artista; porque lo que en ti el inexperto no reconoce, el artista reprende: ¿quién ofrece a Dios cantar bien, así juzgando sobre el cantor, así examinando todo, así escuchando? ¿Cuándo puedes ofrecer un arte de cantar tan elegante, que en nada desagrade a oídos tan perfectos? He aquí que te da como un modo de cantar: no busques palabras, como si pudieras explicar de qué se deleita Dios. Canta en júbilo: esto es cantar bien a Dios, cantar en júbilo. ¿Qué es cantar en júbilo? Entender, no poder explicar

con palabras lo que se canta en el corazón. Pues aquellos que cantan, ya sea en la cosecha, ya sea en la viña, ya sea en alguna obra ferviente, cuando comienzan a exultar de alegría en las palabras de los cánticos, como llenos de tanta alegría, que no pueden explicarla con palabras, se apartan de las sílabas de las palabras, y van al sonido del júbilo. El júbilo es un sonido que significa que el corazón da a luz lo que no puede decir. ¿Y a quién le conviene este júbilo, sino al Dios inefable? Pues es inefable, a quien no puedes hablar: y si no puedes hablar de Él, y no debes callar, ¿qué queda sino que jubiles; para que el corazón se regocije sin palabras, y la inmensa amplitud de los gozos no tenga límites de sílabas? Cantad bien para Él en júbilo.

9. [vers. 4.] Porque recto es el verbo del Señor, y todas sus obras con fe. En lo que también desagrada a los no rectos, Él es recto. Y todas sus obras con fe. Que tus obras sean con fe, porque el justo vive por la fe (Romanos 1, 17), y la fe obra por el amor (Gálatas 5, 6): que tus obras sean con fe, porque creyendo en Dios te haces fiel. ¿Cómo pueden ser las obras de Dios con fe, como si Dios viviera por fe? Encontramos también a Dios fiel, y esto no se dice con nuestras palabras, escucha al Apóstol: "Fiel," dice, "es Dios, que no permitirá que seáis tentados más allá de lo que podéis soportar, sino que hará con la tentación también la salida, para que podáis soportar" (1 Corintios 10, 13). Habéis oído al Dios fiel, escuchad también en otro lugar: "Si sufrimos, también reinaremos; si negamos, también Él nos negará; si no creemos, Él permanece fiel, no puede negarse a sí mismo" (2 Timoteo 2, 12-13). Tenemos, pues, también al Dios fiel: distingamos más bien al Dios fiel del hombre fiel. El hombre fiel es el que cree en el Dios que promete; el Dios fiel es el que exhibe lo que prometió al hombre. Mantengamos al deudor fidelísimo, porque tenemos al promisor misericordiosísimo. Pues no le hemos prestado algo, para que lo tengamos como deudor; cuando de Él tenemos todo lo que le ofrecemos, y de Él es todo lo bueno que somos. Todos los bienes con los que nos alegramos, son de Él. ¿Quién conoció la mente del Señor, o quién fue su consejero; o quién le dio primero, para que se le retribuya? Porque de Él, y por Él, y en Él son todas las cosas (Romanos 11, 34-36). Por tanto, no le hemos dado algo; y tenemos al deudor. ¿De dónde al deudor? Porque es promisor. No le decimos a Dios, Señor, devuelve lo que recibiste; sino, Devuelve lo que prometiste. Porque recto es el verbo del Señor. ¿Qué es, recto es el verbo del Señor? No te engaña, tú no lo engañes: más bien no te engañes a ti mismo. Pues ¿quién engaña al que todo lo sabe? Pero la iniquidad se mintió a sí misma (Salmo 26, 12). Porque recto es el verbo del Señor, y todas sus obras con fe.

10. [vers. 5.] Ama la misericordia y el juicio. Haz estas cosas, porque Él las hace. Prestad atención a la misma misericordia y juicio. Ahora es tiempo de misericordia, después será tiempo de juicio. ¿De dónde es tiempo de misericordia? Ahora llama a los alejados, perdona los pecados a los convertidos: es paciente con los pecadores, hasta que se conviertan: cuandoquiera que se conviertan, olvida lo pasado, promete lo futuro: exhorta a los perezosos, consuela a los afligidos, enseña a los estudiosos, ayuda a los que luchan: no abandona a nadie que trabaje y clame a Él: da de donde se le ofrezca sacrificio, Él mismo concede de donde se le agrade. Gran tiempo de misericordia no pase, hermanos, no nos pase. Vendrá el juicio: también habrá entonces penitencia, pero ya infructuosa. Dirán dentro de sí haciendo penitencia, y gimiendo por la angustia del espíritu, ciertamente esto está escrito en el libro de la Sabiduría, "¿De qué nos sirvió la soberbia, y qué nos aprovechó la jactancia de las riquezas? Todo pasó como sombra" (Sabiduría 5, 3, 8, 9). Ahora digamos, Todo pasa como sombra. Ahora digamos fructuosamente, Pasa: para que entonces no digamos infructuosamente, Pasó. Este es, pues, el tiempo de misericordia, también será de juicio.

11. Pero no penséis, hermanos, que estas cosas pueden de algún modo separarse en Dios. Pues a veces parecen contrarias, de modo que quien es misericordioso, no guarda el juicio; y quien es tenaz en el juicio, olvida la misericordia. Dios es omnipotente, ni en la misericordia

pierde el juicio, ni en el juicio la misericordia. Pues tiene misericordia, considera su imagen, nuestra fragilidad, nuestro error, nuestra ceguera, y llama: y a los que se convierten a Él les perdona los pecados, a los que no se convierten no les perdona. ¿Es misericordioso con los injustos? ¿Acaso ha perdido el juicio, o no debe juzgar entre los convertidos y los no convertidos? ¿O os parece justo que el convertido y el no convertido sean tratados por igual; que de igual modo se reciba al que confiesa y al que miente, al humilde y al soberbio? Por tanto, tiene también juicio en esa misma misericordia. De nuevo, en aquel juicio tendrá también misericordia, ciertamente sobre aquellos a quienes dirá: "Tuve hambre, y me disteis de comer" (Mateo 25, 35). Pues se dice en una Epístola apostólica: "Porque el juicio será sin misericordia para aquel que no hizo misericordia" (Santiago 2, 13). "Bienaventurados," dice, "los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia" (Mateo 5, 7). Por tanto, en aquel juicio habrá también misericordia, pero no sin juicio. Pues si no será sobre cualquiera, sino sobre aquel que ha mostrado misericordia; también esa misericordia será justa, porque no será confundida. Ciertamente es misericordia que se perdonen los pecados, es misericordia que se conceda la vida eterna: mira allí el juicio, "Perdonad, y se os perdonará; dad, y se os dará" (Lucas 6, 37-38). Ciertamente, "se os dará," y "se os perdonará," es misericordia. Si de allí se hubiera apartado el juicio, no diría: "Con la medida con que midáis, se os medirá" (Mateo 7, 2).

12. Has escuchado cómo Dios muestra misericordia y juicio; muestra tú también misericordia y juicio. ¿Acaso estas cosas pertenecen a Dios y no al hombre? Si no pertenecieran al hombre, el Señor no habría dicho a los fariseos: "Habéis dejado lo más importante de la Ley, la misericordia y el juicio" (Mt. 23, 23). Por lo tanto, la misericordia y el juicio te pertenecen. No pienses que la misericordia te pertenece, pero el juicio no. A veces escuchas un caso entre dos personas, una rica y otra pobre; y sucede que el pobre tiene un mal caso, pero el rico uno bueno: si no estás instruido en el reino de Dios, te parece que haces bien si, como compadecido del pobre, ocultas y encubres su iniquidad, y deseas justificarlo, para que parezca que tiene un buen caso: y si eres reprendido por haber juzgado mal, respondes como si fuera por misericordia: "Lo sé, pero era pobre, se le debía misericordia". ¿Cómo has mantenido la misericordia y perdido el juicio? Y, ¿cómo, dices, si mantuviera el juicio, no perdería la misericordia? ¿Pronunciaría en contra del pobre, que no tiene de dónde devolver; o si tuviera, al devolver, no encontraría de qué vivir después? Tu Dios te dice: "No tomes en cuenta la persona del pobre en el juicio" (Ex. 23, 3). Es fácil que se nos advierta no tomar en cuenta la persona del rico; todo hombre lo ve, y ojalá todo hombre lo hiciera así. Pero se engaña quien, queriendo agradar a Dios, toma en cuenta la persona del pobre en el juicio, y dice a Dios: "Favorecí al pobre". Más bien deberías mantener ambos, la misericordia y el juicio. Primero, ¿qué clase de misericordia has hecho al lavar la iniquidad de alguien? He aquí que has perdonado su bolsa, pero has herido su corazón: este pobre ha permanecido iniquo; y tanto más iniquo cuanto te ha visto, como hombre justo, favorecer su iniquidad. Se ha alejado de ti injustamente ayudado, pero ha permanecido justamente condenado por Dios. ¿Qué clase de misericordia le has ofrecido a quien has hecho injusto? He aquí que te encuentras más cruel que misericordioso. ¿Qué, entonces, dices, haría? Juzgarías primero según el caso, reprenderías al pobre, doblarías al rico. Hay un lugar para juzgar, otro para pedir. Cuando el rico te viera haber mantenido la justicia, no haber levantado el cuello del pobre iniquo, sino haberlo reprendido justamente por el mérito de su pecado, ¿no se inclinaría él a la misericordia al verte, quien había sido devuelto alegre por tu juicio? Aunque, hermanos, quedan muchos más Salmos, es necesario considerar las fuerzas del alma y del cuerpo debido a la variedad de los oyentes: porque incluso cuando nos quedamos con el

mismo trigo, se nos presentan como muchos sabores para limpiar el hastío: que esto os sea suficiente.

SERMO II. Sobre la otra parte del Salmo.

1. Tanto en anunciar como en escuchar la palabra de la verdad, hay trabajo. Este trabajo, hermanos, lo soportamos con ánimo sereno, si recordamos las sentencias del Señor y nuestra condición. Desde el mismo comienzo de nuestra raza, el hombre escuchó, no de un hombre engañoso, ni de un diablo seductor, sino de la misma verdad de la boca de Dios: "Con el sudor de tu rostro comerás tu pan" (Gén. 3, 19). Por lo tanto, si nuestro pan es la palabra de Dios, sudemos al escuchar, para no morir de hambre. Los pocos versos de las primeras partes de este Salmo fueron tratados recientemente en la solemnidad de las Vigilias: escuchemos lo que queda.

2. [vers. 5, 6.] Aquí comienza la parte que queda, que acabamos de cantar. La misericordia del Señor llena la tierra. Por la palabra del Señor fueron hechos los cielos. Pues lo mismo es, por la palabra del Señor fueron consolidados los cielos. Había dicho antes: "Cantadle bien con júbilo", es decir, cantadle de manera inefable: "Porque recta es la palabra del Señor, y todas sus obras con fe". No promete nada que no cumpla: él, fiel, se ha hecho deudor, sé tú un ávido cobrador. Luego, cuando dijo: "Todas sus obras con fe", añadió por qué: "Ama la misericordia y el juicio". Quien ama la misericordia, tiene compasión. Pero quien tiene compasión, ¿puede prometer y no dar, quien podría dar incluso si no prometiera? Por lo tanto, porque ama la misericordia, es necesario que cumpla lo que promete: y porque ama el juicio, es necesario que exija lo que ha dado. Por eso el mismo Señor dice a cierto siervo: "Debías haber dado mi dinero, y yo al venir lo habría exigido con intereses" (Lc. 19, 23). Lo decimos para que sepamos lo que acabamos de escuchar. Pues él mismo dice en otro lugar del Evangelio: "Yo no juzgo a nadie: la palabra que he hablado, ella los juzgará en el último día" (Jn. 8, 15; 12, 48). No se excuse quien no quiere escuchar, para que no se le exija. Pues se exige precisamente porque no quiso recibir cuando se le dio. Una cosa es no poder recibir, otra es no querer: allí hay excusa de necesidad, aquí hay culpa de voluntad. Por lo tanto, "todas sus obras con fe: ama la misericordia y el juicio". Recibid misericordia, y temed el juicio; no sea que cuando él venga a exigirnos, nos exija de tal manera que nos deje vacíos. Pues exige cuentas; una vez rendidas, otorga la eternidad. Recibid, pues, misericordia, hermanos, recibámosla todos. Que ninguno de nosotros duerma al recibir, para que no sea despertado malamente para rendir cuentas. Recibid misericordia: así nos clama Dios, como si en tiempo de hambre se dijera: "Recibid trigo". Si escucharas esto en tiempo de hambre, ciertamente, impulsado por la necesidad, correrías, buscando de dónde recibir lo que se ha dicho: "Recibid". Y cuando lo encontraras, ¿cuándo te detendrías? ¿Qué demora interpondrías? Así también ahora se ha dicho: "Recibid misericordia". Pues ama la misericordia y el juicio. Cuando la hayas recibido, úsala bien; para que rindas buenas cuentas cuando venga el juicio de aquel que ahora te otorga misericordia en esta hambre.

3. [vers. 5.] No me digas, entonces, ¿de dónde recibo? ¿A dónde voy? Recuerda lo que cantaste: "La misericordia del Señor llena la tierra". ¿Dónde ya no se predica el Evangelio? ¿Dónde calla la palabra del Señor? ¿Dónde cesa la salvación? Es necesario que quieras recibir: los graneros están llenos. Esta misma plenitud y abundancia no te esperaron viniendo, sino que vinieron a ti durmiendo. No se dijo: "Levántense las naciones y vayan a un lugar": sino que estas cosas fueron anunciadas a las naciones donde estaban, para que se cumpliera la profecía que dice: "Cada uno adorará desde su lugar" (Sof. 2, 11).

4. [vers. 6.] La misericordia del Señor llena la tierra. ¿Y qué de los cielos? Escucha qué de los cielos. Pues no necesitan misericordia, donde no hay miseria. En la tierra abunda la miseria del hombre, sobreabunda la misericordia del Señor: la miseria del hombre llena la tierra, y la misericordia del Señor llena la tierra. Los cielos, pues, donde no hay miseria, ¿acaso porque no necesitan misericordia, no necesitan al Señor? Todo necesita al Señor, tanto lo miserable como lo feliz. Sin él, el miserable no es levantado, sin él, el feliz no es gobernado. Por lo tanto, no sea que busques de los cielos, cuando escuches: "La misericordia del Señor llena la tierra", escucha que los cielos también necesitan al Señor; "Por la palabra del Señor fueron consolidados los cielos". Pues no fueron por sí mismos su propio fundamento, ni los cielos mismos se dieron a sí mismos su propia firmeza. Por la palabra del Señor fueron hechos los cielos, y por el Espíritu de su boca toda su virtud. No tuvieron algo de sí mismos, y como si fuera un suplemento, lo recibieron del Señor. Pues por el Espíritu de su boca no una parte, sino toda su virtud.

5. Ciertamente, hermanos, vean las mismas obras del Hijo y del Espíritu Santo. No debe pasarse por alto, debido a algunos inicuos que distinguen mal y confunden. Pues ambas cosas se hacen mal. Confunden, al distinguir mal, la criatura con el Creador; y siendo el Espíritu de Dios creador, lo cuentan entre las criaturas. Ellos distinguen, y confunden: que sean confundidos, para que se conviertan. Escucha ahora una obra del Hijo y del Espíritu Santo. Ciertamente, el Verbo de Dios es el Hijo, y el Espíritu de su boca es el Espíritu Santo. Por la palabra del Señor fueron consolidados los cielos. Pero, ¿qué es ser consolidados, sino tener una virtud estable y firme? Y por el Espíritu de su boca toda su virtud. Podría decirse también así: Por el Espíritu de su boca fueron consolidados los cielos, y por la palabra del Señor toda su virtud. Pues lo que es toda su virtud, eso es ser consolidados. Esto, pues, lo hace el Hijo y el Espíritu Santo. ¿Acaso sin el Padre? ¿Quién, entonces, hace por su Verbo y su Espíritu, sino aquel de quien es el Verbo, y de quien es el Espíritu? Por lo tanto, esta Trinidad es un solo Dios. A este adora quien sabe adorar, a este tiene en todas partes quien se convierte. Pues no es buscado por los que están de espaldas; sino que él llama a los que están de espaldas, para llenar a los que se convierten.

6. Ciertamente, hermanos, exceptuando aquellos cielos superiores desconocidos para nosotros que trabajamos en la tierra, y que buscamos estas cosas de alguna manera a través de conjeturas humanas; exceptuando, pues, aquellos cielos, que cómo están unos sobre otros o cuántos son, o de qué manera están distinguidos, con qué habitantes están llenos, con qué disposición son gobernados, cómo allí un cierto himno indeficiente cantado por todos proclama a Dios, es mucho para nosotros encontrar, sin embargo, nos esforzamos por llegar. Pues allí está nuestra patria, que tal vez hemos olvidado por una larga peregrinación. Nuestra voz está en aquel salmo: "¡Ay de mí, porque mi peregrinación se ha hecho larga!" (Sal. 119, 5). Por lo tanto, de aquellos cielos me es difícil hablar, si no imposible, y a ustedes entender. Ciertamente, quien me ha precedido en estas cosas con su entendimiento, disfrute de lo que ha alcanzado, y ore por mí para que yo lo siga. Mientras tanto, exceptuando aquellos cielos, tengo de qué hablar aquí de alguna manera, de los cielos cercanos a nosotros, los santos apóstoles de Dios, predicadores de la palabra de la verdad, por quienes hemos sido regados como cielos, para que la cosecha de la Iglesia brote por todo el mundo; aunque por ahora bebiendo la lluvia común con la cizaña, pero sin tener un granero común.

7. Por lo tanto, cuando se dijo: "La misericordia del Señor llena la tierra", como si preguntaras, ¿de dónde está llena la tierra de la misericordia del Señor? Primero fueron enviados los cielos, que esparcieran la misericordia del Señor sobre la tierra, y esto sobre toda la tierra. Pues mira lo que se dice de esos cielos en otro lugar: "Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos. Lo que los cielos, eso el firmamento. Un

día al día emite palabra, y una noche a la noche anuncia conocimiento. No se cesa, no se calla. Pero, ¿dónde han predicado, y hasta dónde han llegado? No hay lenguas, ni palabras, donde no se escuchen sus voces". Pero esto se refiere a que hablaron en todas las lenguas en un solo lugar (Hech. 2, 4). Hablando en todas las lenguas, cumplieron lo que se dijo: "No hay lenguas ni palabras, donde no se escuchen sus voces". Pero busco, ¿esa voz en todas las lenguas hasta dónde ha llegado, qué ha llenado? Escucha, pues, lo que sigue: "Por toda la tierra salió su sonido, y hasta los confines del mundo sus palabras" (Sal. 18, 2-5). ¿De quiénes, sino de los cielos que cuentan la gloria de Dios? Por lo tanto, si por toda la tierra salió su sonido, y hasta los confines del mundo sus palabras, ¿qué nos han predicado, que nos lo indique quien los envió? Lo indica claramente, lo indica fielmente: porque incluso antes de que sucediera, predijo lo que iba a suceder, aquel cuyas obras son todas con fe. Pues resucitó de entre los muertos, y habiendo sido reconocidos sus miembros por sus discípulos, dijo: "Era necesario que Cristo padeciera, y resucitara de entre los muertos al tercer día, y que se predicara en su nombre el arrepentimiento y el perdón de los pecados. ¿Desde dónde, y hasta dónde? Por todas las naciones, dijo, comenzando desde Jerusalén" (Lc. 24, 46, 47). ¿Qué misericordia esperamos todos, hermanos, más abundante del Señor, sino que nuestros pecados sean perdonados? Por lo tanto, siendo esa la gran misericordia del Señor, el perdón de los pecados, y habiendo predicho el Señor que este perdón de los pecados sería predicado por todas las naciones. La misericordia del Señor llena la tierra. ¿De dónde está llena la tierra? De la misericordia del Señor. ¿Por qué? Porque en todas partes Dios perdona los pecados, porque envió cielos que regaran la tierra.

8. ¿Y cómo se atrevieron esos cielos a ir con confianza, siendo hombres débiles hechos cielos, sino porque "Por la palabra del Señor fueron consolidados los cielos"? ¿De dónde tendrían tanta virtud las ovejas entre lobos, sino porque "Por el Espíritu de su boca toda su virtud"? He aquí, dice, "os envío como ovejas en medio de lobos" (Mt. 10, 16). ¡Oh Señor misericordiosísimo! Ciertamente haces esto, para que tu misericordia llene la tierra. Si, pues, eres tan misericordioso, que llenas la tierra de misericordia, mira a quién envías, mira a dónde envías. ¿A dónde, digo, envías, y a quién envías? Ovejas en medio de lobos. Si un solo lobo es enviado en medio de innumerables ovejas, ¿quién le resiste? ¿Qué no perturba, a menos que tal vez porque pronto se sacia? Pues devoraría todo. ¿Envías a los débiles entre los feroces? Envío, dice, porque se hacen cielos, para que rieguen la tierra. ¿De dónde cielos hombres débiles? Pero "Por el Espíritu de su boca toda su virtud". He aquí, dice, "os envío como ovejas en medio de lobos" (Mt. 10, 16). ¡Oh Señor misericordiosísimo! Ciertamente haces esto, para que tu misericordia llene la tierra. Si, pues, eres tan misericordioso, que llenas la tierra de misericordia, mira a quién envías, mira a dónde envías. ¿A dónde, digo, envías, y a quién envías? Ovejas en medio de lobos. Si un solo lobo es enviado en medio de innumerables ovejas, ¿quién le resiste? ¿Qué no perturba, a menos que tal vez porque pronto se sacia? Pues devoraría todo. ¿Envías a los débiles entre los feroces? Envío, dice, porque se hacen cielos, para que rieguen la tierra. ¿De dónde cielos hombres débiles? Pero "Por el Espíritu de su boca toda su virtud". He aquí, dice, "os envío como ovejas en medio de lobos" (Mt. 10, 16). ¡Oh Señor misericordiosísimo! Ciertamente haces esto, para que tu misericordia llene la tierra. Si, pues,

envías, y a quién envías? Ovejas en medio de lobos. Si un solo lobo es enviado en medio de innumerables ovejas, ¿quién le resiste? ¿Qué no perturba, a menos que tal vez porque pronto se sacia? Pues devoraría todo. ¿Envías a los débiles entre los feroces? Envío, dice, porque se hacen cielos, para que rieguen la tierra. ¿De dónde cielos hombres débiles? Pero "Por el Espíritu de su boca toda su virtud". He aquí, dice, "os envío como ovejas en medio de lobos" (Mt. 10, 16). ¡Oh Señor misericordiosísimo! Ciertamente haces esto, para que tu misericordia llene la tierra. Si, pues, eres tan misericordioso, que llenas la tierra de misericordia, mira a quién envías, mira a dónde envías. ¿A dónde, digo, envías, y a quién envías? Ovejas en medio de lobos. Si un solo lobo es enviado en medio de innumerables ovejas, ¿quién le resiste? ¿Qué no perturba, a menos que tal vez porque pronto se sacia? Pues devoraría todo. ¿Envías a los débiles entre los feroces? Envío, dice, porque se hacen cielos, para que rieguen la tierra. ¿De dónde cielos hombres débiles? Pero "Por el Espíritu de su boca toda su virtud". He aquí, dice, "os envío como ovejas en medio de lobos" (Mt. 10, 16). ¡Oh Señor misericordiosísimo! Ciertamente haces esto, para que tu misericordia llene la tierra. Si, pues, eres tan misericordioso, que llenas la tierra de misericordia, mira a quién envías, mira a dónde envías. ¿A dónde, digo, envías, y a quién envías? Ovejas en medio de lobos. Si un solo lobo es enviado en medio de innumerables ovejas, ¿quién le resiste? ¿Qué no perturba, a menos que tal vez porque pronto se sacia? Pues devoraría todo. ¿Envías a los débiles entre los feroces? Envío, dice, porque se hacen cielos, para que rieguen la tierra. ¿De dónde cielos hombres débiles? Pero "Por el Espíritu de su boca toda su virtud". He aquí, dice, "os envío como ovejas en medio de lobos" (Mt. 10, 16). ¡Oh Señor misericordiosísimo! Ciertamente haces esto, para que tu misericordia llene la tierra. Si, pues, eres tan misericordioso, que llenas la tierra de misericordia, mira a quién envías, mira a dónde envías. ¿A dónde, digo, envías, y a quién envías? Ovejas en medio de lobos. Si un solo lobo es enviado en medio de innumerables ovejas, ¿quién le resiste? ¿Qué no perturba, a menos que tal vez porque pronto se sacia? Pues devoraría todo. ¿Envías a los débiles entre los feroces? Envío, dice, porque se hacen cielos, para que rieguen la tierra. ¿De dónde cielos hombres débiles? Pero "Por el Espíritu de su boca toda su virtud". He aquí, dice, "os envío como ovejas en medio de lobos" (Mt. 10, 16). ¡Oh Señor misericordiosísimo! Ciertamente haces esto, para que tu misericordia llene la tierra. Si, pues, eres tan misericordioso, que llenas la tierra de misericordia, mira a quién envías, mira a dónde envías. ¿A dónde, digo, envías, y a quién envías? Ovejas en medio de lobos. Si un solo lobo es enviado en medio de innumerables ovejas, ¿quién le resiste? ¿Qué no perturba, a menos que tal vez porque pronto se sacia? Pues devoraría todo. ¿Envías a los débiles entre los feroces? Envío, dice, porque se hacen cielos, para que rieguen la tierra. ¿De dónde cielos hombres débiles? Pero "Por el

Espíritu de su boca toda su virtud". He aquí, dice, "os envió como ovejas en medio de lobos" (Mt. 10, 16). ¡Oh Señor misericordiosísimo! Ciertamente haces esto, para que tu misericordia llene la tierra. Si, pues, eres tan misericordioso, que llenas la tierra de misericordia, mira a quién envías, mira a dónde envías. ¿A dónde, digo, envías, y a quién envías? Ovejas en medio de lobos. Si un solo lobo es enviado en medio de innumerables ovejas, ¿quién le resiste? ¿Qué no perturba, a menos que tal vez porque pronto se sacia? Pues devoraría todo. ¿Envías a los débiles entre los feroces? Envío, dice, porque se hacen cielos, para que rieguen la tierra. ¿De dónde cielos hombres débiles? Pero "Por el Espíritu de su boca toda su virtud". He aquí, dice, "os envió como ovejas en medio de lobos" (Mt. 10, 16). ¡Oh Señor misericordiosísimo! Ciertamente haces esto, para que tu misericordia llene la tierra. Si, pues, eres tan misericordioso, que llenas la tierra de misericordia, mira a quién envías, mira a dónde envías. ¿A dónde, digo, envías, y a quién envías? Ovejas en medio de lobos. Si un solo lobo es enviado

12. Tema al Señor toda la tierra: pero que tiemblen ante Él todos los que habitan el mundo. No teman a otro en su lugar: que tiemblen ante Él todos los que habitan el mundo. ¿Una fiera ruge? Teme a Dios. ¿Una serpiente acecha? Teme a Dios. ¿Un hombre te odia? Teme a Dios. ¿El diablo te ataca? Teme a Dios. Pues toda criatura está bajo aquel a quien se te ordena temer. Porque Él dijo, y fueron hechas; Él mandó, y fueron creadas. Esto sigue en el Salmo. Pues cuando dijo, Que tiemblen ante Él todos los que habitan el mundo: para que el hombre no se vuelva a temer algo más, y apartado del temor de Dios, tema en su lugar a alguna criatura, y adore lo que fue hecho, dejando al que lo hizo; nos confirmó en el temor de Dios como diciéndonos, y hablándonos: ¿Qué temerás de los cielos, de la tierra, del mar? Él dijo, y fueron hechas; mandó, y fueron creadas. Quien dijo y fueron hechas, mandó y fueron creadas, cuando ordena se mueven, cuando ordena descansan. Y la malicia de los hombres puede tener su propia codicia de hacer daño: pero si Él no da el poder, no lo tiene. Porque no hay poder sino de Dios (Rom. XIII, 1): es la sentencia definitiva del Apóstol. No dijo, No hay codicia sino de Dios. Pues hay una mala codicia, que no es de Dios: pero porque esa mala codicia no daña a nadie, si Él no lo permite, No hay, dice, poder sino de Dios. Por eso Dios, hombre ante el hombre, dice, No tendrías poder sobre mí, si no te hubiera sido dado de arriba (Juan XIX, 11). Él juzgaba, Él enseñaba: cuando era juzgado, enseñaba, para juzgar a quienes había enseñado: No tendrías, dice, poder sobre mí, si no te hubiera sido dado de arriba. ¿Qué es esto? ¿El hombre no tiene poder, sino cuando lo recibe de arriba? ¿Qué hay del mismo diablo, se atrevió a quitarle una sola oveja al santo Job, si no hubiera dicho antes, Extiende tu mano, es decir, da poder? Él quería, pero Él no lo permitía; cuando Él permitió, Él pudo: por lo tanto, no fue él quien pudo, sino quien permitió. Por eso bien instruido el mismo Job, no dijo, como solemos recordarles, El Señor dio y el diablo quitó; sino, El Señor dio, y el Señor quitó: como al Señor le agradó, así se hizo. (Job I, 11, 21); no, como le agradó al diablo. Veán entonces, hermanos míos, comiendo con tanto esfuerzo el pan saludable y útil, vean que no teman a nadie sino al Señor. Fuera de Él no temas a otro, la Escritura te dice. Por tanto, tema al Señor toda la tierra, que puso en sus tesoros los abismos. Pero que tiemblen ante Él todos los que habitan el mundo. Porque Él dijo, y fueron hechas; Él mandó, y fueron creadas.

13. [vers. 10.] Pero ya cesaron los reyes malos, se hicieron buenos: ellos también creyeron, llevan ya en la frente la señal de la cruz de Cristo, una señal más preciosa que cualquier gema de diadema: aquellos que fueron feroces, fueron destruidos. Pero, ¿quién hizo esto? ¿Acaso tú, para ensalzarte? El Señor disipa los consejos de las naciones, reprueba los pensamientos de los pueblos, y reprueba los consejos de los príncipes. Cuando dijeron: Eliminémoslos de la tierra, no habrá nombre cristiano si hacemos esto: así sean asesinados, así sean torturados,

tales y tales cosas se les inflijan. Estas cosas fueron dichas, y en medio de ellas creció la Iglesia. Reprueba los pensamientos de los pueblos, y reprueba los consejos de los príncipes.

14. [vers. 11.] Pero el consejo del Señor permanece para siempre, los pensamientos de su corazón por los siglos de los siglos. Es una repetición de la sentencia. Lo que antes dijo consejo, lo dice después pensamientos del corazón: y lo que arriba dijo permanece para siempre, lo dice después por los siglos de los siglos. La repetición es confirmación. Pero no piensen, hermanos, que porque dijo pensamientos del corazón, como si Dios se sentara y pensara qué hacer, y buscara consejo para hacer algo o no hacerlo. Esas son tus tardanzas, oh hombre: su palabra corre hasta la velocidad. ¿Cuándo puede haber demora en el pensamiento en esa palabra, que es una y abarca todo? Pero se dicen pensamientos de Dios, para que tú entiendas, para que según tú te atrevas a elevar el corazón o a palabras similares a tu debilidad: porque la cosa misma es mucho para ti. Los pensamientos de su corazón por los siglos de los siglos. ¿Cuáles son los pensamientos de su corazón, y cuál es el consejo del Señor que permanece para siempre? ¿Contra qué consejo por qué se amotinaron las naciones, y los pueblos meditan cosas vanas (Sal. II, 1)? Cuando el Señor reprueba los pensamientos de los pueblos, y reprueba los consejos de los príncipes. ¿De dónde, pues, el consejo del Señor permanece para siempre, sino de nosotros antes previó y predestinó (Efes. I, 4)? ¿Quién quita la predestinación de Dios? Antes de la constitución del mundo nos vio, nos hizo, nos corrigió, nos envió, nos redimió: este es su consejo que permanece para siempre, este es su pensamiento que permanece por los siglos de los siglos. Las naciones se amotinaron entonces abiertamente fluctuantes y feroces, ahora se consumen como encerradas y reunidas en un odre: tuvieron audacias libres, tengan pensamientos feroces y amargos. ¿Cuándo pueden destruir lo que Él pensó, y permanece para siempre?

15. [vers. 12.] ¿Qué es esto? Bienaventurada la nación. ¿Quién no se levanta al oír esto? Pues todos aman la bienaventuranza: y por eso los hombres son perversos porque quieren ser malos, no quieren ser miserables: y aunque la miseria es compañera inseparable de la maldad, estos perversos no solo quieren ser malos, y no quieren ser miserables lo cual no puede ser; sino que quieren ser malos para no ser miserables. ¿Qué es esto que dije: Quieren ser malos para no ser miserables? Consideren esto un poco en todos los hombres que hacen el mal, siempre quieren ser felices. Comete un robo: preguntas, ¿por qué? Por hambre, por necesidad. Entonces para no ser miserable, es malo; y por eso es más miserable, porque es malo. Por lo tanto, para evitar la miseria, y para adquirir la bienaventuranza, todos los hombres hacen lo que sea bueno o malo: siempre quieren ser felices. Ya sea viviendo mal, ya sea viviendo bien, quieren ser felices: y no todos logran lo que todos quieren ser. Pues todos quieren ser felices, pero no lo serán sino aquellos que quieran ser justos. Y he aquí que no sé quién quiere ser feliz haciendo el mal. ¿De dónde? Del dinero, de la plata y el oro, de las propiedades, fincas, casas, esclavos, pompa del mundo, honor volátil y perecedero. Quieren ser felices teniendo algo: busca entonces qué tienes, para ser feliz. Pues cuando seas feliz, serás mejor, ciertamente, que cuando eres miserable. Pero no puede ser que una cosa peor te haga mejor. Eres hombre, es peor que tú cualquier cosa que desees, con la que desees ser feliz. Oro, plata, cualquier cuerpo, al que ansías adquirir, poseer, disfrutar, son inferiores a ti. Tú eres mejor, tú eres más poderoso: y ciertamente quieres ser mejor de lo que eres, cuando quieres ser feliz, porque eres miserable. Pues ciertamente es mejor ser feliz, que ser miserable. Quieres ser mejor que tú: y buscas, indagas por lo que eso se haga, cosas peores que tú. Cualquier cosa que busques en la tierra, es peor que tú. Esto es lo que todo hombre desea para su amigo, así lo jura: Así seas mejor, así te veamos mejor, así nos alegremos de ti mejor. Lo que desea para su amigo, eso mismo quiere. Toma entonces un consejo fiel.

Quieres ser mejor que tú, lo sé, todos lo sabemos, todos lo queremos: busca lo que es mejor que tú, para que de ahí te hagas mejor que tú.

16. Mira ahora el cielo y la tierra: no te agraden tanto los cuerpos hermosos, como para querer ser feliz con ellos. En el alma está lo que buscas. Pues quieres ser feliz: busca en tu propia alma qué es mejor. Pues cuando hay dos cosas, esto es, alma y cuerpo, ya que de estas dos aquello es mejor lo que se llama alma, tu cuerpo puede hacerse mejor por el mejor, porque el cuerpo está sujeto al alma. Por lo tanto, tu cuerpo puede hacerse mejor por tu alma: para que cuando tu alma sea justa, también tu cuerpo sea inmortal. Pues por la iluminación del alma merece el cuerpo la incorruptibilidad, para que se haga la reparación del inferior por el mejor. Si, pues, el bien de tu cuerpo es tu alma, porque es mejor que tu cuerpo; cuando buscas tu bien, busca aquello que es mejor que tu alma. ¿Qué es, pues, tu alma? Atiende, no sea que despreciando tu alma, y pensando que es algo vil y despreciable, busques cosas más viles para que tu alma sea bienaventurada. En tu alma está la imagen de Dios, la mente del hombre la capta. La recibió, y al inclinarse al pecado la descoloró. Él mismo vino a ella como reformador, quien era su formador antes; porque por la palabra fueron hechas todas las cosas, y por la Palabra fue impresa esta imagen. Vino la misma Palabra, para que escucháramos del Apóstol, Reformáos en la novedad de vuestra mente (Rom. XII, 2). Ya, pues, queda que busques qué es mejor que tu alma. ¿Qué será, te ruego, sino tu Dios? No encuentras otra cosa mejor que tu alma; porque cuando tu naturaleza sea perfecta, será igual a los ángeles. Ya no hay nada superior sino el Creador. Levántate hacia Él, no desesperes, no digas, Es mucho para mí. Más bien es mucho para ti tener tal vez el oro que buscas. El oro, aunque lo desees, tal vez no lo tendrás; a Dios cuando lo desees, lo tendrás: porque incluso antes de que lo desearas vino a ti, y cuando estabas con la voluntad apartada te llamó, y cuando te convertiste te atemorizó, y cuando confesaste atemorizado te consoló. Aquel que te concedió todo, aquel que hizo que existieras, quien con aquellos que están contigo incluso los malos concede el sol, concede la lluvia, concede los frutos, las fuentes, la vida, la salud, tantas consolaciones, te guarda algo que no da sino a ti. ¿Qué es, pues, lo que te guarda, sino a sí mismo? Pide otra cosa, si encuentras algo mejor: Dios se guarda para ti. Avaro, ¿por qué ansías el cielo y la tierra? Mejor es quien hizo el cielo y la tierra: a Él verás, a Él tendrás. ¿Por qué buscas que sea tuya esa villa, y al pasar por ella dices: Bienaventurado aquel cuya posesión es esta? Esto dicen muchos que pasan por ella: y sin embargo, cuando lo dicen, y pasan por ella, pueden mover la cabeza y suspirar, ¿acaso también poseer? Suena la codicia, suena la iniquidad: pero no codicies la cosa de tu prójimo (Deut. V, 21). Bienaventurado aquel cuya es esa villa, cuya es esa casa, cuyo es ese campo. Refrena la iniquidad, escucha la verdad: Bienaventurada la nación cuya es. ¿Qué? Ya saben lo que voy a decir. Por tanto, deseen tenerlo, entonces serán bienaventurados. Solo con esto serán bienaventurados: con una cosa mejor que ustedes mismos, serán mejores. Dios es, digo, mejor que tú, quien te hizo. Bienaventurada la nación cuya es el Señor su Dios. Ama esto, posee esto, cuando quieras lo tendrás, lo tendrás gratis.

17. Bienaventurada la nación cuya es el Señor su Dios. ¡Nuestro Dios! ¿De quién no es Dios? No ciertamente de todos de la misma manera. Más nuestro, nuestro que vivimos de Él como de nuestro pan. Que Él sea nuestra herencia, nuestra posesión. ¿O acaso decimos temerariamente haciendo de Dios nuestra posesión, siendo Él Señor, siendo Él Creador? No es temeridad: es afecto de deseo, y dulzura de esperanza. Diga el alma, diga con toda seguridad: Tú eres mi Dios; quien dice a nuestra alma: Yo soy tu salvación (Sal. XXXIV, 3). Diga, diga con seguridad: no hará injuria al decir esto: más bien la hará si no lo dice. ¿Querías tener árboles con los que ser feliz? Escucha a la Escritura hablando de la sabiduría: Es árbol de vida para todos los que la poseen. He aquí que dijo que nuestra posesión es la sabiduría. Pero no pienses que la misma sabiduría, porque la Escritura dijo que es tu

posesión, es algo que es inferior a ti, sigue y añade: Y a los que se apoyan en ella, segura en el Señor (Prov. III, 18). He aquí que el Señor tuyo se ha hecho para ti como un bastón: el hombre seguro se apoya, porque Él no cede. Di, pues, con seguridad, es tu posesión, poseyéndola. La Escritura lo dijo, llenó de confianza tu duda: di con seguridad, ama con seguridad, espera con seguridad. Que también sean tuyas esas palabras en el Salmo, El Señor es la parte de mi herencia (Sal. XV, 5).

18. Por tanto, seremos bienaventurados poseyendo a Dios. ¿Qué, pues? ¿Lo poseeremos nosotros, y Él no nos poseerá? ¿De dónde, pues, Isaías: Señor, poseenos (Is. XXVI, 13, según LXX)? Por tanto, Él posee, y es poseído, y todo por nosotros. Pues no como, para que nosotros seamos felices de Él, es poseído por nosotros, así también Él, para ser feliz, nos posee. Y posee, y es poseído, no por otra cosa sino para que nosotros seamos felices. Lo poseemos, y Él nos posee; porque lo adoramos y Él nos cultiva. Lo adoramos como Señor Dios, Él nos cultiva como su tierra. Porque lo adoramos, nadie duda; porque Él nos cultiva, ¿quién nos lo indica? Aquel que dice: Yo soy la vid, vosotros los sarmientos, mi Padre es el labrador (Juan XV, 1, 5). He aquí que en este salmo se nos dice ambas cosas, se nos indica ambas cosas. Ya dijo que lo poseemos: Bienaventurada la nación cuya es el Señor su Dios. Escuchen que también Él la posee: Pueblo que el Señor eligió como herencia para sí. Bienaventurada la nación con su posesión, bienaventurada la herencia con su poseedor, pueblo que el Señor eligió como herencia para sí.

19. [vers. 13.] Desde el cielo miró el Señor, vio a todos los hijos de los hombres. Aquí toma todos, para que entiendas a todos aquellos de esa nación que tienen esa herencia, o que son esa herencia. Pues la herencia de Dios son todos ellos. Y a todos ellos desde el cielo miró el Señor, y los vio aquel que dijo: Cuando estabas bajo la higuera, te vi (Juan I, 48). Pues los vio porque se compadeció de ellos. De donde muchas veces rogando misericordia, decimos al hombre, Mírame. Y de aquel que te desprecia, ¿qué dices? No me ve. Hay, pues, una cierta visión de compasión, no una visión de castigo. Esa visión hacia los pecados es observación: esos pecados no quiere que sean vistos, quien dice: Aparta tu rostro de mis pecados (Sal. L, 11). Lo que quiere que sea perdonado, no quiere que sea reconocido: Aparta, dice, tu rostro de mis pecados. Cuando, pues, aparta su rostro de tus pecados, ¿no te verá? ¿Y de dónde dice en otro lugar: No apartes tu rostro de mí (Sal. XXVI, 9)? Por tanto, apártalo de tus pecados, no lo apartes de ti: que te vea, que se compadezca de ti, que te socorra. Desde el cielo miró el Señor, vio a todos los hijos de los hombres: pertenecientes al Hijo del hombre.

20. [vers. 14.] Desde su morada preparada: que se preparó para sí. Nos vio desde los Apóstoles, nos vio desde los predicadores de la verdad, nos vio desde los ángeles, que envió a nosotros. Todo esto es su casa, todo esto es su morada: porque todos estos son los cielos que narran la gloria de Dios. Vio a todos los hijos de los hombres; desde su morada preparada miró sobre todos los que habitan la tierra. Ellos son, son suyos, es esa nación bienaventurada, cuya es el Señor su Dios; es ese pueblo, que el Señor eligió como herencia para sí: porque está por todas las tierras, y no está en parte. Miró sobre todos los que habitan la tierra.

21. [vers. 15.] Quien formó individualmente sus corazones. Con la mano de su gracia, con la mano de su misericordia formó los corazones, modeló nuestros corazones, los formó individualmente, dándonos ciertos corazones singulares, que sin embargo no rompen la unidad. Así como todos los miembros fueron formados individualmente, tienen sus propias funciones, y sin embargo viven en la unidad del cuerpo; la mano hace lo que el ojo no hace, el oído tiene la capacidad que ni el ojo ni la mano tienen; todos operan en unidad, y la mano, el ojo y el oído hacen cosas diferentes, sin contradecirse: así también en el cuerpo de Cristo,

cada persona, como miembros individuales, se regocijan en sus dones, porque aquel que eligió al pueblo como su herencia, formó individualmente sus corazones. ¿Acaso todos son apóstoles? ¿Acaso todos son profetas? ¿Acaso todos son maestros? ¿Acaso todos tienen dones de sanidad? ¿Acaso todos hablan en lenguas? ¿Acaso todos interpretan? A unos se les da por el Espíritu palabra de sabiduría, a otros palabra de ciencia, a otros fe según el mismo Espíritu, a otros dones de curaciones (I Cor. XII, 8, 9, 29, 30). ¿Por qué? Porque formó individualmente sus corazones. Así como en nuestros miembros hay diferentes funciones, pero una sola salud: así en todos los miembros de Cristo hay diferentes dones, pero una sola caridad. Quien formó individualmente sus corazones.

22. Quien entiende todas sus obras. ¿Qué significa entiende? Ve de manera más secreta e interior. Tienes en el salmo: Entiende mi clamor (Sal. V, 2). No es que necesite voces para que algo llegue a los oídos de Dios. La visión oculta se llama entendimiento. Lo dijo de manera más clara que si hubiera dicho, Ve todas sus obras: para que no pienses que estas obras se ven cuando tú también ves la obra del hombre. El hombre ve la obra del hombre con el movimiento de su cuerpo, pero Dios ve en el corazón. Porque ve en el interior, se dice que entiende todas sus obras. Dos dan a los pobres; uno busca para sí recompensa celestial, otro alabanza humana: tú ves una sola cosa en los dos, Dios entiende dos; porque entiende en el interior y reconoce en el interior, ve sus fines, ve sus intenciones. Quien entiende todas sus obras.

23. [vers. 16.] No se salvará el rey por la multitud de su poder. Todos hacia el Señor, todos en Dios. Que tu esperanza sea Dios, que tu fortaleza sea Dios, que tu firmeza sea Dios, que tu oración sea Él, que tu alabanza sea Él, que el fin en el que descanses sea Él, que tu ayuda cuando trabajes sea Él. Escucha la verdad: No se salvará el rey por la multitud de su poder: ni el gigante se salvará por la multitud de su fuerza. Algún gigante es soberbio, se exalta contra Dios, como si él mismo fuera algo en sí y por sí mismo. Este no se salva por la multitud de su poder.

24. [vers. 17, 18.] Pero tiene un caballo grande, fuerte, poderoso, veloz; ¿puede si algo surge, liberarlo rápidamente del peligro? No se engañe, escuche lo que sigue: Mentiroso es el caballo para la salvación. ¿Entendiste lo que se dijo: Mentiroso es el caballo para la salvación? Que tu caballo no te prometa salvación: si te lo promete, mentirá. Si Dios quiere, serás liberado: si Dios no quiere, caerás más alto al caer el caballo. No pienses, por tanto, que se dijo, Mentiroso es el caballo para la salvación, como si el justo mintiera para la salvación. No está escrito equitativo, que se dice por equidad; sino caballo, un animal cuadrúpedo. Esto lo indica el código griego. Y se reprenden los malos animales, los hombres que buscan para sí ocasiones de mentiras: cuando la Escritura dice, La boca que miente mata el alma (Sab. I, 11); y; Destruirás a todos los que hablan mentira (Sal. V, 7). ¿Qué significa entonces, Mentiroso es el caballo para la salvación? Te miente el caballo cuando promete salvación. ¿Acaso el caballo habla a alguien y promete salvación? Pero cuando ves un caballo bien formado, con buenas fuerzas, dotado de gran velocidad, todas estas cosas parecen prometerte salvación de él: pero te engañan, si Dios no protege, porque Mentiroso es el caballo para la salvación. Toma el caballo también figuradamente como cualquier amplitud de este siglo, cualquier honor en el que subes con soberbia: cuanto más alto subes, más falsamente te crees no solo más elevado, sino también más seguro. Porque no sabes cómo te derribará, tanto más grave será la caída cuanto más alto te llevabas. Mentiroso es el caballo para la salvación: en la abundancia de su poder no será salvo. ¿Y de dónde será salvo? No del poder, no de las fuerzas, no del honor, no de la gloria, no del caballo. ¿Y de dónde? ¿A dónde iré? ¿Dónde encontraré de dónde ser salvo? No busques mucho tiempo, no busques lejos. He aquí los ojos del Señor sobre los que le temen. Ves que son aquellos a quienes miró desde su morada. He

aquí los ojos del Señor sobre los que le temen, esperando en su misericordia: no por sus méritos, no por su poder, no por su fuerza, no por el caballo, sino por su misericordia.

25. [vers. 19.] Para librar sus almas de la muerte. Promete vida eterna. ¿Qué en esta peregrinación? ¿Acaso abandona? Mira lo que sigue: Y los alimenta en el hambre. Ahora es tiempo de hambre, después será tiempo de saciedad. Quien no nos abandona en el hambre de esta corrupción, ¿cómo nos saciará cuando seamos inmortales? Pero mientras sea tiempo de hambre, hay que soportar, hay que resistir, hay que perseverar hasta el fin. Ya todo debe ser recorrido, porque el camino es llano, y hay que pensar qué llevamos. Aún los espectadores en el anfiteatro quizás se enloquecen, y se sientan al sol: y nosotros, si estamos de pie, sin embargo estamos a la sombra, y son más útiles y hermosos los espectáculos que contemplamos. Contemplemos lo hermoso, y seamos contemplados por lo hermoso. Contemplemos con la mente lo que se dice en los sentidos de las Escrituras divinas, y regocijémonos con tal espectáculo. ¿Quién es nuestro espectador? He aquí los ojos del Señor sobre los que le temen, esperando en su misericordia: para librar sus almas de la muerte, y alimentarlos en el hambre.

26. [vers. 20.] Pero para la tolerancia de la peregrinación mientras haya hambre, y esperamos ser restaurados en el camino, para no desfallecer; ¿qué se nos impone, o qué debemos profesar? Nuestra alma será paciente al Señor. Con seguridad esperará al que promete misericordiosamente, y misericordiosamente y verazmente lo exhibe: y mientras lo exhibe, ¿qué haremos? Nuestra alma será paciente al Señor. Pero, ¿qué si en esa paciencia no perseveramos? Más bien, perseveraremos: Porque él es nuestro ayudador y protector. Ayuda en la lucha, protege del calor, no te abandona, soporta, resiste. Quien persevere hasta el fin, este será salvo (Mat. XXIV, 13).

27. [vers. 21.] ¿Y qué cuando hayas perseverado, cuando hayas sido paciente, cuando hayas llegado hasta el fin, qué será para ti? ¿Con qué recompensa toleras? ¿Por qué soportas tanto tiempo tantas dificultades? Porque en él se alegrará nuestro corazón, y en su santo nombre hemos confiado. Espera aquí, para que te alegres allí: ten hambre y sed aquí, para que te banquetee allí.

28. [vers. 22.] Nos ha exhortado a todo, nos ha llenado de gozo de esperanza, nos ha propuesto qué amar, en quién solo y de quién solo presumamos: después de esto se hace una oración breve y saludable: Sea tu misericordia, Señor, sobre nosotros. ¿Y con qué mérito? Como hemos esperado en ti. He sido una carga para algunos; lo siento: pero para otros he terminado pronto el sermón; y también lo siento: que los débiles perdonen a los más fuertes, y que los más fuertes intercedan por los débiles. Seamos todos miembros en un solo cuerpo, seamos vivificados por nuestra cabeza: y en él está nuestra esperanza, y en él está nuestra fortaleza. No dudemos en exigir del Señor nuestro Dios misericordia; quiere ser exigido. No se turbará mientras se le exige, ni se angustiará en absoluto, como aquel a quien pides lo que no tiene, o lo que tiene poco, y teme dar para no tener menos. ¿Quieres saber cómo Dios te otorga misericordia? Tú otorga caridad: veamos si se agota mientras otorgas. ¿Cuánta es entonces la opulencia en la misma cumbre, si puede haber tanta en la imagen?

29. Por tanto, hermanos, os exhortamos principalmente a esta caridad, no solo entre vosotros mismos, sino también hacia aquellos que están fuera, ya sean aún paganos, que no creen en Cristo, o separados de nosotros, confesando con nosotros la cabeza y separados del cuerpo. Lamentemos por ellos, hermanos, como por nuestros hermanos. Quieran o no, son nuestros hermanos. Dejarán de ser nuestros hermanos solo si dejan de decir, Padre nuestro (Mat. VI, 9). Dijo el profeta de algunos: A los que os dicen, No sois nuestros hermanos; decid, Sois

nuestros hermanos (Is. LXVI, 5, según LXX). Mirad de quiénes pudo decir esto: ¿acaso de los paganos? No, porque no los llamamos hermanos nuestros según las Escrituras y el modo de hablar eclesiástico. ¿Acaso de los judíos que no creyeron en Cristo? Leed al Apóstol, y ved que cuando el Apóstol dice hermanos sin ningún añadido, no quiere que se entienda sino cristianos: Pero si el hermano o la hermana no está sujeto en tales cosas (I Cor. VII, 15): cuando hablaba del matrimonio, llamó hermano y hermana al cristiano o cristiana. También dice: Pero tú, ¿por qué juzgas a tu hermano, o tú, por qué desprecias a tu hermano? (Rom. XIV, 10). Y en otro lugar, Vosotros hacéis iniquidad y defraudáis, y esto a los hermanos (I Cor. VI, 8). Estos, por tanto, que dicen, No sois nuestros hermanos, nos llaman paganos. Por eso quieren rebautizarnos, diciendo que no tenemos lo que dan. De ahí se sigue su error, que niegan que seamos sus hermanos. Pero, ¿por qué nos dijo el profeta: Vosotros decidles, Sois nuestros hermanos: sino porque reconocemos en ellos lo que no repetimos? Ellos, por tanto, al no reconocer nuestro bautismo, niegan que seamos hermanos: nosotros, al no repetir el suyo, sino al reconocer el nuestro, les decimos: Sois nuestros hermanos. Digan ellos: ¿Por qué nos buscáis, qué queréis de nosotros? Respondamos: Sois nuestros hermanos. Digan: Idos de nosotros, no tenemos trato con vosotros. Nosotros ciertamente tenemos trato con vosotros: confesamos un solo Cristo, debemos estar en un solo cuerpo, bajo una sola cabeza. ¿Por qué me buscas, dice, si he perecido? Gran absurdo, gran locura. ¿Por qué me buscas, si he perecido? ¿Por qué te buscaría, sino porque has perecido? Si he perecido, dice, ¿cómo soy tu hermano? Para que se me diga de ti: Tu hermano estaba muerto, y ha revivido; estaba perdido, y ha sido hallado (Luc. XV, 32). Por tanto, os conjuramos, hermanos, por las mismas entrañas de caridad, con cuya leche nos nutrimos, con cuyo pan nos fortalecemos, por Cristo nuestro Señor, por su mansedumbre, os conjuramos (es tiempo de que dediquemos a ellos gran caridad, abundante misericordia en suplicar a Dios por ellos, para que alguna vez les dé un sentido sobrio, para que recapaciten, y se vean a sí mismos, porque no tienen absolutamente nada que decir contra la verdad: no les queda sino la sola debilidad de la animosidad, que es tanto más débil cuanto más cree tener mayores fuerzas) por los débiles, por los que piensan carnalmente, por los animales y carnales, sin embargo por nuestros hermanos, celebrando los mismos sacramentos, aunque no con nosotros, sin embargo los mismos; respondiéndolo un solo Amén, aunque no con nosotros, sin embargo uno; derramando las entrañas de vuestra caridad a Dios por ellos. Porque hemos hecho algo por su salvación en el concilio, que no hay tiempo suficiente para explicaros hoy. Por eso os exhortamos a que más animados y numerosos (escucharán de vosotros nuestros hermanos que ahora no están presentes) os reunáis mañana en la basílica de Tricliarum.

EN EL SALMO XXXIII COMENTARIO.

SERMON I, PRONUNCIADO EL DÍA SÁBADO. Sobre el título del Salmo.

1. Este salmo no parece tener nada oscuro y que necesite de un expositor en su texto: pero su título nos hace estar atentos, y requiere que toquemos. Pero así como aquí está escrito, porque bienaventurado el hombre que confía en él: esperemos todos que abrirá a los que tocan. Pues no nos exhortaría a tocar, si no quisiera abrir a los que tocan (Mat. VII, 7). Pues si alguna vez sucede, que quien disponía siempre cerrar, impulsado por el cansancio se levanta y abre al que toca contra su disposición, para no soportar al que toca por mucho tiempo (Luc. XI, 8): ¿cuánto más debemos esperar que abrirá más pronto aquel que dice: Tocad, y se os abrirá? Toco ahora con la intención del corazón al Señor Dios, para que se digne revelarnos este misterio: toque conmigo también vuestra Caridad con la intención de escuchar, y con la humildad de orar por nosotros. Porque es, lo que hay que confesar, un misterio arcano y grande.

2. Así se presenta el título del Salmo: Salmo de David, cuando cambió su rostro ante Abimelec, y lo despidió, y se fue. Buscamos en las Escrituras según los hechos, que nos han sido escritos sobre David, cuándo fue hecho: así como encontramos el título del salmo: Cuando David huía de la presencia de Absalón su hijo (Sal. III, 1). Pues leemos en los libros de los Reyes y encontramos cuándo David huía de la presencia de su hijo Absalón (II Reg. XV, 14): y es muy cierto, porque sucedió, y lo que sucedió está escrito; y aunque el título del salmo esté escrito en misterio, sin embargo, se tomó de un hecho que ocurrió. Así creo también que lo que aquí está escrito, Cuando cambió su rostro ante Abimelec, y lo despidió, y se fue, está escrito en los libros de los Reyes, donde todo nos está escrito que pertenece a los hechos de David: pero no encontramos esto, y sin embargo encontramos algo que muestra que esto fue tomado de allí. Pues está escrito que cuando David huía del perseguidor Saúl, se dirigió al rey Achis de Gath, es decir, al rey de cierta nación vecina al reino de los judíos: allí se escondía, para evitar la persecución de Saúl. Reciente era su gloria, por la cual mereció envidia, cuando mató a Goliat, y en una sola batalla ganó gloria y seguridad para el reino y para el rey y el pueblo. Pero Saúl, al estar agitado por Goliat, al ser derribado Goliat, comenzó a ser enemigo de aquel por cuya mano había matado al enemigo, y envidió la gloria de David: especialmente porque el pueblo, en exultación, y ya formado el coro, las mujeres cantaron la gloria de David, que Saúl había herido en miles, y David en decenas de miles. De aquí se conmovió, porque un joven había comenzado a tener mayor gloria por una sola batalla, y ya en las alabanzas de todos se prefería al rey, como se comporta la pestilencia de la envidia y la soberbia del mundo, comenzó a envidiarle y a perseguirle. Entonces él, como dije, se dirigió al rey de Gath, que se llamaba Achis. Pero se sugirió a ese rey, que tenía con él a quien había comenzado a tener gran gloria en el pueblo de los judíos, y se le dijo: ¿No es este David, a quien hicieron coro las mujeres israelitas, diciendo: Saúl hirió en miles, y David en decenas de miles? Si por esta gloria Saúl había comenzado a envidiarle, ¿no era de temer que también aquel rey al que había acudido, quisiera oprimir a quien podría tener como enemigo cercano, si lo mantenía a salvo? Temió también a aquel, y, como está escrito, cambió su rostro ante ellos, y fingía, y tamborileaba a las puertas de la ciudad, y se llevaba en sus manos, y caía a las puertas de la ciudad, y las salivas corrían por su barba. Lo vio aquel rey con quien se escondía, y dijo a los suyos: ¿Por qué me habéis traído a este arrebatado? ¿Acaso va a entrar en mi casa? Y así lo despidió, echándolo: y David se fue de allí ileso por esta figuración de locura (I Reg. XVII, XVIII, XIX, XXI, 10-15; XXII, 1). Por esta figuración de locura parece pertenecer a la misma historia lo que aquí está escrito: Salmo de David, cuando cambió su rostro ante Abimelec y lo despidió, y se fue. Pero aquel era Achis, no Abimelec. Solo el nombre no parece coincidir: pues el hecho está casi designado con las mismas palabras tanto en los Salmos como en el libro de los Reyes. Por eso debe movernos más a buscar el sacramento, porque el nombre ha sido cambiado. Pues ni aquello fue hecho sin causa, aunque fue hecho; sino porque figuraba algo: ni esto fue escrito sin causa, y con el nombre cambiado.

3. Ciertamente, hermanos, veis la profundidad de los sacramentos. Si no hay misterio en que Goliat fue muerto por un niño, no hay misterio en que cambió su rostro, y fingía, y tamborileaba, y caía a las puertas de la ciudad y a las puertas de la puerta, y la saliva corría por su barba. ¿Cómo podría ser que esto no significara algo? cuando el Apóstol dice abiertamente: Estas cosas les sucedieron en figura; pero fueron escritas para nosotros, sobre quienes ha llegado el fin de los siglos. Si el maná no significa nada, de lo cual dice el Apóstol: Y comieron alimento espiritual: si no significa nada que el mar se dividió, y el pueblo fue conducido por en medio, para escapar de la persecución del Faraón, cuando el Apóstol dice: Porque no quiero que ignoréis, hermanos, que todos nuestros padres estuvieron

bajo la nube, y todos fueron bautizados en Moisés en la nube y en el mar: si no significa nada que de la roca golpeada brotó agua, cuando el Apóstol dice: Pero la roca era Cristo (I Cor. X, 11, 1-4): si, por lo tanto, esas cosas no significan nada, aunque fueron hechos: si finalmente no significan nada los dos hijos de Abraham nacidos según el orden del nacimiento humano, y sin embargo el Apóstol llama a esos dos hijos dos Testamentos, el Antiguo y el Nuevo, y dice: Estas son dos alianzas, que son en alegoría (Gal. IV, 24): si, por lo tanto, esas cosas no significan nada, que veis por autoridad apostólica que fueron hechas en el misterio de las cosas futuras; debemos pensar que tampoco significa nada esto que os narré hace poco del libro de los Reyes sobre David. Por lo tanto, no significa nada que el nombre fue cambiado, y se dijo ante Abimelec.

4. Prestad atención conmigo. Porque todo lo que he dicho hasta ahora, pertenece como a la mano del que llama, aún no se ha abierto. Llamamos cuando decíamos estas cosas; vosotros también llamasteis cuando escuchabais estas cosas: sigamos llamando orando, para que el Señor nos abra. Tenemos la interpretación de los nombres hebreos: no faltaron hombres doctos que nos tradujeran los nombres del hebreo al griego, y de allí al latín. Consultando, pues, estos nombres, encontramos que Abimelec se interpreta como Reino de mi padre; y Achis se interpreta como Cómo es. Prestemos atención a estos nombres, de ahí comienza a abrirse para nosotros que llamamos. Si preguntas, ¿Qué es Achis? se responde, Cómo es. Cómo es, es una palabra de admiración, y de no entender. Abimelec, Reino de mi padre: David, Mano fuerte. En figura de Cristo David, como Goliat en figura del diablo: y que David derribó a Goliat, Cristo es quien mató al diablo. ¿Qué es Cristo que mató al diablo? La humildad mató al orgullo. Por lo tanto, cuando nombro a Cristo, hermanos míos, se nos recomienda principalmente la humildad. Porque nos hizo camino por la humildad: porque por el orgullo nos alejamos de Dios, no podíamos volver a Él sino por la humildad, y no teníamos a quien poner delante de nosotros para imitar. Toda la humanidad mortal se había hinchado de orgullo. Y si existiera algún hombre humilde en espíritu, como lo fueron los Profetas, los Patriarcas, la humanidad se desdeñaba de imitar a los hombres humildes. Para que el hombre no se desdeñara de imitar a un hombre humilde, Dios se hizo humilde, para que al menos así el orgullo de la humanidad no se desdeñara de seguir las huellas de Dios.

5. Pero el sacrificio de los judíos era antes según el orden de Aarón en las víctimas de los animales, y esto en misterio: aún no era el sacrificio del cuerpo y la sangre del Señor, que los fieles conocen, y quienes han leído el Evangelio, sacrificio que ahora está difundido por todo el mundo. Presentaos, pues, ante vuestros ojos dos sacrificios, y aquel según el orden de Aarón, y este según el orden de Melquisedec. Porque está escrito: Juró el Señor, y no se arrepentirá, tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec (Sal. CIX, 4). ¿De quién se dice: Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec? De nuestro Señor Jesucristo. ¿Quién era Melquisedec? Rey de Salem. Salem fue una ciudad antes, aquella que después, como los doctos han revelado, fue llamada Jerusalén. Por lo tanto, antes de que los judíos reinaran allí, allí estaba aquel sacerdote Melquisedec, que se escribe en Génesis Sacerdote del Dios Altísimo (Gen. XIV, 18). Él salió al encuentro de Abraham, cuando liberó a Lot de la mano de los perseguidores, y derribó a aquellos por quienes él era retenido, y liberó a su hermano: después de la liberación de su hermano, Melquisedec salió a su encuentro. Y tan grande era Melquisedec, que Abraham fue bendecido por él. Sacó pan y vino, y bendijo a Abraham, y Abraham le dio los diezmos. Ved lo que sacó, y a quién bendijo. Y se dijo después: Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec. David dijo esto en el Espíritu mucho después de Abraham: pero en los tiempos de Abraham fue Melquisedec. ¿De quién más dice, Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec, sino de aquel cuyo sacrificio conocéis?

6. Por lo tanto, se quitó el sacrificio de Aarón, y comenzó a ser el sacrificio según el orden de Melquisedec. Por lo tanto, alguien cambió su rostro. ¿Quién es este alguien? No sea alguien desconocido: porque nuestro Señor Jesucristo es conocido. En su cuerpo y sangre quiso estar nuestra salvación. ¿De dónde recomendó su cuerpo y sangre (Mat. XXVI, 26)? De su humildad. Porque si no fuera humilde, ni se comería, ni se bebería. Mira su altura: En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios (Juan I, 1). He aquí el alimento eterno: pero los ángeles lo comen, las Virtudes celestiales lo comen, los Espíritus celestiales lo comen, y al comer se sacian, y permanece íntegro lo que los sacia y alegra. Pero, ¿qué hombre podría llegar a ese alimento? ¿De dónde un corazón tan idóneo para ese alimento? Era necesario, pues, que esa mesa se convirtiera en leche, y llegara a los pequeños. ¿Cómo se convierte el alimento en leche, sino al pasar por la carne? Porque eso hace la madre. Lo que come la madre, eso come el niño: pero porque el niño es menos idóneo para alimentarse de pan, la madre encarna ese pan, y a través de la humildad del pecho y el jugo de la leche, alimenta al niño con ese mismo pan. ¿Cómo, pues, nos alimentó la Sabiduría de Dios con ese mismo pan? Porque el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros (Ibid. 14). Ved, pues, la humildad: porque el hombre comió el pan de los ángeles, como está escrito, Les dio pan del cielo, el hombre comió el pan de los ángeles (Sal. LXXVII, 24): es decir, ese Verbo eterno con el que se alimentan los ángeles, que es igual al Padre, lo comió el hombre: porque siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse. Los ángeles se sacian con él: pero se despojó a sí mismo, para que el hombre comiera el pan de los ángeles, tomando forma de siervo, hecho a semejanza de los hombres, y hallado en forma de hombre; se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz (Filip. II, 6-8): para que ya desde la cruz se nos recomendara la carne y la sangre del Señor como nuevo sacrificio. Porque cambió su rostro ante Abimelec, es decir, ante el reino del padre. Porque el reino del padre era el reino de los judíos. ¿Cómo el reino del padre? El reino de David, el reino de Abraham. Porque el reino de Dios Padre, más bien la Iglesia que el pueblo de los judíos: pero según la carne el reino del padre es el pueblo de Israel. Porque se dijo: Y le dará el Señor el trono de David su padre (Luc. I, 32). Por lo tanto, se demuestra que según la carne el padre del Señor es David: pero según la divinidad, Cristo no es hijo, sino Señor de David. Los judíos, sin embargo, conocen a Cristo según la carne, no según la divinidad. Por eso les hizo una pregunta, y dijo: ¿De quién decís que es hijo el Cristo? Y respondieron: Hijo de David. Y él: ¿Cómo, pues, David en el espíritu lo llama Señor, donde dice: Dijo el Señor a mi Señor, Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a todos tus enemigos bajo tus pies? Si, pues, David en el espíritu lo llama Señor, ¿cómo es su hijo? Y no pudieron responderle (Mat. XXII, 42-46): porque no conocían en el Señor Cristo, sino lo que se veía con los ojos, no lo que se entendía con el corazón. Pero si tuvieran ojos internos como tenían externos, de lo que veían externamente entenderían al hijo de David; de lo que entendían internamente, entenderían al Señor de David.

7. Por lo tanto, cambió su rostro ante Abimelec. ¿Qué es, ante Abimelec? Ante el reino del padre. ¿Qué es, Ante el reino del padre? Ante los judíos. Y lo dejó, y se fue. ¿A quién dejó? A ese mismo pueblo de los judíos lo dejó, y se fue. ¿Buscas ahora a Cristo entre los judíos, y no lo encuentras? ¿De dónde lo dejó y se fue? Porque cambió su rostro. Porque aferrándose a ese sacrificio según el orden de Aarón, no retuvieron el sacrificio según el orden de Melquisedec (Hebr. VII, 11); y perdieron a Cristo, y comenzaron a tenerlo las naciones, a quienes no había enviado antes pregoneros. Porque a ellos había enviado pregoneros, a ese mismo David, Abraham, Isaac y Jacob, Isaías, Jeremías, y los demás Profetas había enviado, y pocos de ellos lo conocieron, y esos pocos en comparación con los que perecían: porque eran muchos. Porque leemos que eran miles. Porque está escrito: Las reliquias serán salvas (Rom. IX, 27). Pero buscas ahora cristianos circuncidados, y no los encuentras. Pero había de

la circuncisión en los tiempos recientes de la fe muchos miles de cristianos. Buscas ahora, y no los encuentras. Con razón no los encuentras. Porque cambió su rostro ante Abimelec, y lo dejó, y se fue. Y ante Achis cambió su rostro, y lo dejó, y se fue. Porque los nombres fueron cambiados, para que la mutación de los nombres nos despertara a la significación del misterio: para que no pensáramos que no se narra o se recuerda en las Escrituras de los Salmos, sino lo que se encuentra hecho en los libros de los Reyes, y no buscáramos allí figuras de lo futuro, sino que lo tomáramos como hechos. Por lo tanto, cuando los nombres se cambian, ¿qué se te dice? Aquí hay algo oculto; llama, no te quedes en la letra; porque la letra mata: pero desea el espíritu; porque el espíritu vivifica (II Cor. III, 6): el entendimiento espiritual salva al creyente.

8. ¿Cómo, pues, dejó al rey Achis, prestad atención, hermanos. Dije que Achis se interpreta, Cómo es. Recordad el Evangelio: cuando nuestro Señor Jesucristo hablaba de su cuerpo, dijo: Si no coméis mi carne, y bebéis mi sangre, no tendréis vida en vosotros: porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida (Juan VI, 54, 56). Y sus discípulos que lo seguían, se espantaron, y se horrorizaron del discurso, y no entendiendo pensaron que nuestro Señor Jesucristo decía algo duro, que iban a comer su carne que veían, y a beber su sangre: y no pudieron soportarlo, como diciendo, ¿Cómo es? Porque el error y la ignorancia y la necedad están en la persona del rey Achis. Porque donde se dice, ¿Cómo es, no se entiende: donde no se entiende, hay tinieblas de ignorancia. Por lo tanto, había en ellos un reino de ignorancia, como un rey Achis: es decir, el reino del error los dominaba. Pero él decía, Si no coméis mi carne, y bebéis mi sangre. Porque había cambiado su rostro, como si esa locura y demencia pareciera, dar su carne para que los hombres la comieran, y su sangre para que la bebieran. Por eso David fue considerado loco, cuando dijo el mismo Achis: Me habéis traído a este arrebatado. ¿No parece locura, Comed mi carne, y bebed mi sangre? Y diciendo, Quien no coma mi carne, y beba mi sangre, no tendrá vida en sí, parece como si estuviera loco. Pero al rey Achis le parece loco, es decir, a los necios e ignorantes. Por eso los dejó y se fue: huyó de sus corazones el entendimiento, para que no pudieran comprenderlo. ¿Y qué dijeron ellos? Como, ¿Cómo es, que se interpreta Achis. Porque dijeron: ¿Cómo puede este darnos a comer su carne (Ibid., 53)? Consideraban al Señor como arrebatado, y que no sabía lo que decía, y que estaba loco. Pero él que sabía lo que decía en esa mutación de su rostro, y como locura y demencia, predicaba los sacramentos, y afectaba, y tamborileaba a las puertas de la ciudad.

9. Debe buscarse qué significa, y él mismo afectaba, y tamborileaba a las puertas. No sin causa se dijo, Caía a las puertas de la puerta: no sin causa se dijo, Y la saliva corría por su barba: no se dijeron en vano. La recompensa de la inteligencia no debe ser un discurso largo y tedioso. Sabéis, hermanos, que esos mismos judíos, ante quienes él cambió su rostro, y los dejó, y se fue, hoy están vacíos. Si aquellos que perdieron a Cristo, a quienes dejó, y se fue, tienen un vacío inútil; nosotros tenemos un vacío fructífero, para entender a Cristo que los dejó, y vino a nosotros. Todas las cosas no se hicieron en vano, y en esa locura de David, lo que se dice afectaba, y tamborileaba a las puertas de la ciudad, y se llevaba en sus manos, y caía a las puertas de la puerta, y la saliva corría por su barba. Afectaba él: ¿qué es, afectaba? Tenía afecto. ¿Qué es tener afecto? Porque se compadeció de nuestras debilidades: y por eso quiso asumir esa carne, en la que mataría a la muerte. Compadecido, pues, de nosotros, se dice que afectó. Por eso el Apóstol reprende a aquellos que son duros y sin afecto. Porque reprendiendo a algunos, dice: Sin afecto, sin misericordia (Rom. I, 31). Donde hay afecto, allí hay misericordia. ¿Dónde está la misericordia? Se compadeció de nosotros desde lo alto. Porque si no quisiera despojarse a sí mismo, permaneciendo en esa forma en la que era igual al Padre eterno, siempre habríamos permanecido en la muerte: pero para liberarnos de la muerte eterna, a la que nos había llevado el pecado del orgullo, se humilló, haciéndose

obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo tanto, afectó, porque llegó hasta la muerte de cruz. Y porque quien es crucificado, se extiende en el madero; para que se haga un tambor, la carne, es decir, el cuero, se extiende en el madero: se dijo, y tamborileaba, es decir, era crucificado, se extendía en el madero. Afectaba, es decir, tenía afecto por nosotros, para poner su alma por sus ovejas (Juan X, 15). Tamborileaba. ¿Cómo? A las puertas de la ciudad. La puerta para nosotros es lo que se abre, para que creamos en Dios. Habíamos cerrado las puertas contra Cristo, y las habíamos abierto al diablo; contra la vida eterna teníamos el corazón cerrado: pero el Señor nuestro Dios, porque teníamos el corazón cerrado los hombres contra la vida eterna, y no podíamos ver el Verbo que ven los ángeles, con la cruz abría los corazones de los mortales, esto es, tamborileaba a las puertas de la ciudad.

10. Y se llevaba en sus manos. Esto, hermanos, ¿cómo podría hacerse en un hombre, quién lo entiende? Porque, ¿quién es llevado en sus manos? Un hombre puede ser llevado en las manos de otros, en sus propias manos nadie es llevado. ¿Cómo se entiende en el mismo David según la letra? no lo encontramos; pero en Cristo lo encontramos. Porque Cristo se llevaba en sus manos, cuando recomendando su mismo cuerpo, dijo: Este es mi cuerpo (Mat. XXVI, 26). Porque llevaba ese cuerpo en sus manos. Esta es la humildad de nuestro Señor Jesucristo, esta se recomienda mucho a los hombres. A ella nos exhorta, hermanos, para que vivamos, es decir, imitemos su humildad: para que derrotemos a Goliat, y teniendo a Cristo vencamos el orgullo. Porque caía a las puertas de la puerta. ¿Qué es, Caía? Se arrojaba a sí mismo a la humildad. ¿Qué es, a las puertas de la puerta? Al inicio de la fe, por la cual somos salvos. Porque nadie comienza sino desde el inicio de la fe, como se dice en el Cantar de los Cantares: Vindrás, y pasarás desde el inicio de la fe (Cant. IV, 8, según LXX). Vendremos cara a cara; como está escrito: Amadísimos, somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que seremos; sabemos que cuando se manifieste, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal como es (I Juan III, 2). Lo veremos: ¿cuándo? Cuando estas cosas hayan pasado. Escucha también al apóstol Pablo: Ahora vemos por espejo en enigma, pero entonces cara a cara (I Cor. XIII, 12). Antes de que veamos cara a cara el Verbo, que ven los ángeles, necesitamos aún las puertas de la puerta, a las que el Señor cayó, humillándose hasta la muerte.

11. ¿Qué es que la saliva corría por su barba? Porque en esto cambió su rostro ante Abimelec, o Achis, y lo dejó, y se fue. Dejó a los que no entendían. ¿A quiénes se fue? A las naciones. Por lo tanto, entendamos nosotros lo que ellos no pudieron. La saliva corría por la barba de David: ¿qué son las saliva? Como palabras infantiles: porque la saliva corre a los niños. ¿No eran como palabras infantiles: Comed mi carne, y bebed mi sangre? Pero esas palabras infantiles ocultaban su virtud. Porque la virtud se entiende en la barba. Por lo tanto, las saliva que corrían por su barba, ¿qué son, sino palabras débiles que ocultan su virtud? Entendí, creo, vuestra Santidad el título de este salmo. Si quisiéramos ya exponer el Salmo, es de temer que lo que habéis escuchado se deslice de vuestros corazones. Hemos expuesto el título de este salmo en el nombre de nuestro Señor Jesucristo: porque mañana es día del Señor, y os debemos un sermón, lo dejemos para mañana, para que también escuchéis con gusto el texto del Salmo.

SERMON II, DADO EN DÍA DOMINICAL.

1. Los que estuvieron presentes ayer, no dudo que recuerden nuestra promesa. Pues ya es tiempo de cumplir en el nombre del Señor lo que se debe. Él inspiró para que prometiéramos, Él dará para que cumplamos, siendo siempre deudores de la caridad. Pues esta es la que siempre se devuelve y siempre se debe, como dice el Apóstol: "No debáis nada a nadie, sino

amaros unos a otros" (Rom. XIII, 8). Ayer expusimos el título de este salmo; cuya exposición, al retenernos más tiempo, pospusimos la exposición del texto del mismo salmo. Escuchemos, pues, lo que el Espíritu Santo dice por boca de su santo Profeta en este discurso del Salmo, que concuerda con el título que tratamos ayer. Los que no estuvieron presentes, también reclaman esta deuda: pero para no defraudar a aquellos a quienes ya se les debe lo que debemos, que lo reconozcan brevemente, en la medida de lo posible, los que están presentes hoy y no estuvieron ayer. Si algo les mueve a preguntar con más diligencia, encontrarán nuestros oídos abiertos en nombre de Cristo en otros momentos, para que no se ocupen ahora.

2. Dijimos que está escrito en el libro de los Reyes, que David, cuando huía de Saúl, quiso esconderse con un rey de Gat, llamado Aquis. Pero cuando su gloria fue recordada allí, para que por envidia el mismo rey al que había acudido no tramara algo contra él, fingió locura, y como si estuviera poseído por la furia, cambió su rostro, y, como leemos, simulaba, y tocaba el tambor en las puertas de la ciudad, y se llevaba en sus manos, y caía ante las puertas. Y dijo el rey Aquis: "¿Qué me habéis traído aquí a este? ¿Acaso necesito un loco?" Y así lo dejó ir, para que se cumpliera lo que aquí está escrito: "Cambió su rostro, y lo dejó ir, y se fue". Sin embargo, se dice que cambió su rostro ante Abimelec, y lo dejó ir, y se fue. Dijimos que los nombres fueron cambiados para mostrar un sacramento: para que si el mismo nombre se hubiera repetido en el título del Salmo, no pareciera que nos profetizaba algo en el sacramento, sino que narraba hechos. Ambos nombres contienen un gran sacramento. Pues Aquis se interpreta como "¿Cómo es?", y Abimelec se interpreta como "Reino de mi padre". En la palabra que se dice "¿Cómo es?", se significa ignorancia, para que entiendas la palabra de quien se maravilla y no reconoce: en la que se dice Abimelec, se significa el reino de los judíos. Desde la persona de Cristo se puede decir "Reino de mi padre"; porque su padre según la carne, David; y el reino de David estaba en la gente de los judíos. Ante el reino de su padre cambió su rostro, y lo dejó ir, y se fue; porque allí había sacrificio según el orden de Aarón, y después él mismo instituyó el sacrificio de su cuerpo y sangre según el orden de Melquisedec. Cambió, pues, su rostro en el sacerdocio, y dejó al pueblo judío, y vino a los gentiles. ¿Qué significa, pues, "Simulaba"? Estaba lleno de afecto. Pues ¿qué tan lleno de afecto, como la misericordia de nuestro Señor Jesucristo, que viendo nuestra debilidad, para liberarnos de la muerte eterna, aceptó la muerte temporal con tanta injuria y afrenta? Y tocaba el tambor: porque el tambor no se hace sino cuando la piel se extiende sobre la madera; y David tocaba el tambor significando que Cristo sería crucificado. Tocaba el tambor en las puertas de la ciudad: ¿cuáles son las puertas de la ciudad, sino nuestros corazones que habíamos cerrado contra Cristo, quien desde el tambor de la cruz abrió los corazones de los mortales? Y se llevaba en sus manos: ¿cómo se llevaba en sus manos? Porque cuando encomendaba su propio cuerpo y sangre, tomó en sus manos lo que los fieles conocen; y de algún modo se llevaba a sí mismo, cuando decía: "Esto es mi cuerpo" (Mat. XXVI, 26). Y caía ante las puertas: es decir, se humilló. Esto es caer hasta el inicio de nuestra fe. Pues la puerta es el inicio de la fe, de donde comienza la Iglesia, y llega hasta la visión: para que cuando cree lo que no ve, merezca disfrutar, cuando comience a ver cara a cara. Así es el título del Salmo; brevemente hemos escuchado: escuchemos ya las mismas palabras del que simula y toca el tambor en la puerta de la ciudad.

3. [vers. 2.] Bendeciré al Señor en todo tiempo, su alabanza estará siempre en mi boca. Dice Cristo, y que lo diga también el cristiano; porque el cristiano está en el cuerpo de Cristo; y por eso Cristo hombre, para que pudiera ser cristiano el ángel, quien dice: Bendeciré al Señor. ¿Cuándo bendeciré al Señor? ¿Cuándo te hace bien? ¿Cuándo abundan las cosas del mundo? ¿Cuándo abunda mucho el trigo, el aceite, el vino, el oro, la plata, los siervos, el ganado, y

esta salud mortal permanece invulnerada e incorrupta, todo lo que nace crece, nada se sustrae por muerte prematura, la felicidad abunda en la casa, todo fluye, entonces bendecirás al Señor? No: sino en todo tiempo. Entonces también, y cuando estas cosas según el tiempo y según los azotes de nuestro Señor Dios se turban, se quitan, nacen menos, ya nacidas se desvanecen. Pues estas cosas suceden, y de ahí sigue la penuria, la escasez, el trabajo, el dolor y la tentación. Pero tú que cantaste, Bendeciré al Señor en todo tiempo, su alabanza estará siempre en mi boca, y cuando da estas cosas, bendice; y cuando las quita, bendice. Porque él da, él quita: pero a sí mismo no se quita del que lo bendice.

4. ¿Quién es el que bendice al Señor en todo tiempo, sino el humilde de corazón? Pues el Señor nos enseñó esa humildad en su cuerpo y sangre: porque cuando encomienda su cuerpo y sangre, encomienda su humildad, en lo que está escrito en esa historia, en esa especie de locura de David, que omitimos, Y las babas corrían sobre su barba. Cuando se leía el Apóstol, escuchaste esas babas, pero corriendo sobre la barba. Alguien dice, ¿Qué babas escuchamos? ¿No se leyó ahora el Apóstol, cuando decía: Los judíos piden señales, y los griegos buscan sabiduría? Se leyó ahora: Pero nosotros predicamos, dice, a Cristo crucificado (entonces tocaba el tambor) escándalo para los judíos, y locura para los gentiles; pero para los llamados, tanto judíos como griegos, a Cristo, poder de Dios y sabiduría de Dios: porque lo que es locura de Dios, es más sabio que los hombres; y lo que es debilidad de Dios, es más fuerte que los hombres (I Cor. I, 22-26). Pues las babas significan locura, las babas significan debilidad. Pero si lo que es locura de Dios, es más sabio que los hombres, y lo que es debilidad de Dios, es más fuerte que los hombres: no ofendan como babas, sino atiende, porque corren sobre la barba. Pues como en las babas se muestra la debilidad, así en la barba se muestra la virtud. Cubrió, pues, su virtud con el cuerpo de su debilidad: y lo que externamente se debilitaba, aparecía como en babas; pero dentro la virtud divina estaba cubierta como barba. Por tanto, se nos encomienda la humildad. Sé humilde, si quieres bendecir al Señor en todo tiempo, y que su alabanza esté siempre en tu boca. Pues Job no solo bendijo al Señor, cuando le abundaban todas las cosas, con las que leemos que era rico y feliz, y en ganado, y en siervos, y en casa, feliz en hijos, y en todas las cosas. Todo fue quitado de una vez, y cumplió lo que está escrito en este salmo, diciendo: El Señor dio, el Señor quitó; como al Señor le plació, así se hizo: sea bendito el nombre del Señor (Job I, 21). He aquí tienes el ejemplo de quien bendice al Señor en todo tiempo.

5. [vers. 3.] ¿Por qué bendice al Señor el hombre en todo tiempo? Porque es humilde. ¿Qué es ser humilde? No querer ser alabado en sí mismo. Quien quiere ser alabado en sí mismo, es soberbio. Quien no es soberbio, es humilde. ¿No quieres, pues, ser soberbio? Para que puedas ser humilde, di lo que se ha dicho: En el Señor se alabará mi alma; oigan los mansos, y alégrese. Por tanto, los que no quieren ser alabados en el Señor, no son mansos; sino feroces, ásperos, altivos, soberbios. El Señor quiere tener animales mansos: sé animal del Señor, es decir, sé manso. Él se sienta sobre ti, él te guía: no temas caer, y precipitarte. Tu debilidad es, pero atiende quién te preside. Eres pollino de asno, pero llevas a Cristo. Pues él mismo vino en un pollino de asno a la ciudad, y aquel animal fue manso. ¿Acaso se alababa aquel animal? ¿Acaso se decía al animal: Hosanna, hijo de David, bendito el que viene en el nombre del Señor (Mat. XXI, 9)? El asno llevaba: pero el que era llevado, era alabado por los que iban delante y detrás. Y decía quizás el animal: En el Señor se alabará mi alma; oigan los mansos, y alégrese. Nunca dijo eso aquel asno, hermanos: pero que lo diga el pueblo que imita a aquel animal, si quiere llevar a su Señor. Quizás el pueblo se enoje, porque se le compara con el asno en el que se sentó el Señor; y algunos soberbios y altivos me dirán: He aquí que nos ha hecho asnos. Sea asno del Señor quien diga esto; no sea caballo y mulo, en los que no hay entendimiento. Sabéis el salmo donde se dice: No seáis como el caballo y el

mulo, en los que no hay entendimiento (Sal. XXXI, 9). Pues el caballo y el mulo levantan a veces el cuello, y con su ferocidad sacuden de sí al jinete. Se doman con frenos, con bozal, con golpes, hasta que aprenden a someterse, y llevar a su dueño. Pero tú, antes de que se golpeen tus labios con el freno, sé manso, y lleva a tu Señor: no quieras ser alabado en ti, sino que sea alabado el que se sienta sobre ti, y dirás: En el Señor se alabará mi alma, oigan los mansos, y alégrense. Pues cuando oyen los no mansos, no se alegran, sino que se enojan: y son ellos los que dicen que los hemos hecho asnos. Pero los que son mansos, dignos son de escuchar y ser lo que escuchan.

6. [vers. 4.] Sigue, Magnificad al Señor conmigo. ¿Quién es este que exhorta a que magnificemos con él al Señor? Quienquiera que sea, hermanos, en el cuerpo de Cristo, debe esforzarse para que el Señor sea magnificado con él. Pues ama al Señor quienquiera que sea este. ¿Y cómo lo ama? Para que no envidie a su coamador. Pues quien ama carnalmente, necesariamente ama con un celo pestilente: si acaso por gran cosa pudo ver desnuda a la que deseó con amor pestilente, ¿acaso quiere que la vea también otro? Necesariamente se herirá con celo y envidia, si otro la ve. Y así se guarda la castidad, si o bien la ve quien puede, y otro no la ve, o ni siquiera él. No es así la Sabiduría de Dios: la veremos cara a cara, y todos la veremos, y nadie allí tendrá celos. A todos se exhibe, y es íntegra, y casta para todos. Ellos se transforman en ella, y ella no se transforma en ellos. Ella es la verdad, ella es Dios. ¿Acaso habéis oído alguna vez, hermanos, que nuestro Dios pueda ser cambiado? Es la verdad que sobrepasa a todos, es el Verbo de Dios, es la Sabiduría de Dios, por quien fueron hechas todas las cosas: tiene sus amantes. Pero ¿qué dice el amante de ella? Magnificad al Señor conmigo. No quiero magnificar al Señor solo, no quiero amar solo, no quiero abrazar solo. Pues no porque yo abrace, no tiene otro donde poner las manos. Tan grande es la amplitud en esa Sabiduría, que todas las almas la abracen y disfruten. ¿Y qué diré, hermanos? ¿Se avergüenzan los que aman a Dios de tal manera, que envidian a otros? Los hombres perdidos aman a un auriga, y quienquiera que ame a un auriga o a un cazador, quiere que todo el pueblo lo ame con él; y exhorta, y dice: Amad conmigo a ese pantomimo, amad conmigo esa y esa torpeza. Clama él en el pueblo, para que se ame con él la torpeza: ¿y el cristiano no clama en la Iglesia, para que se ame con él la verdad de Dios? Despierten, pues, en ustedes el amor, hermanos, y clamen a cada uno de los suyos, y digan: Magnificad al Señor conmigo. Que haya en ustedes este fervor. ¿Por qué se les recitan estas cosas, y se les exponen? Si aman a Dios, arrastren a todos al amor de Dios que se les unen, y a todos los que están en su casa: si aman el cuerpo de Cristo, es decir, la unidad de la Iglesia, arrastren a ellos para disfrutar, y digan: Magnificad al Señor conmigo.

7. [vers. 4.] Y exaltemos su nombre juntos. ¿Qué significa, exaltemos su nombre juntos? Esto es, en uno. Pues muchos códices lo tienen así: Magnificad al Señor conmigo, y exaltemos su nombre en uno. Ya sea que se diga juntos, ya sea en uno; se dice lo mismo. Por tanto, arrastren a quienes puedan, exhortando, llevando, rogando, discutiendo, dando razón, con mansedumbre, con suavidad: arrastren al amor; para que si magnifican al Señor, lo magnifiquen en uno. Y la parte de Donato parece que magnifica al Señor: ¿qué les ofende el orbe de la tierra? Digamos a ellos, hermanos: Magnificad al Señor conmigo, y exaltemos su nombre en uno. ¿Por qué quieren magnificar al Señor en la división? Él es uno, ¿por qué quieren hacer dos pueblos para Dios? ¿Por qué quieren dispersar el cuerpo de Cristo? Pues él mismo colgaba en la cruz, cuando tocaba el tambor: y cuando colgaba en la cruz, entregó el espíritu; y vinieron aquellos que lo habían colgado, y lo encontraron habiendo entregado el espíritu, y no le rompieron las piernas: pero a los ladrones que aún vivían en la cruz les rompieron las piernas (Juan XIX, 32, 33), para que por el mismo dolor se liberaran de ese tormento con la muerte, como solía hacerse a los crucificados. Por tanto, vino el perseguidor,

encontró al Señor tranquilamente entregado el espíritu: porque él mismo dijo, Tengo poder para poner mi vida (Juan X, 18). ¿Por quiénes puso su vida? Por todo su pueblo, por todo su cuerpo. Vino, pues, el perseguidor, y no rompió las piernas de Cristo: vino Donato y rompió la Iglesia de Cristo. El cuerpo de Cristo está íntegro en la cruz entre las manos de los perseguidores, y entre las manos de los cristianos no está íntegro el cuerpo de la Iglesia. Clamemos, pues, hermanos, con gemido cuanto podamos, diciendo: Magnificad al Señor conmigo, y exaltemos su nombre en uno. Pues la Iglesia les clama: es la voz de la Iglesia, clamando a aquellos que se han separado. ¿De dónde fueron rotos? Por la soberbia. Pero Cristo enseña la humildad, cuando encomienda su cuerpo y sangre: lo que dijimos a Vuestra Santidad que se trata y celebra en este texto del Salmo, donde se encomienda el cuerpo y sangre de Cristo, donde se encomienda la humildad de Cristo, que se dignó asumir por nosotros.

8. [vers. 5.] Busqué al Señor, y me escuchó. ¿Dónde escuchó el Señor? Dentro. ¿Dónde da? Dentro. Allí oras, allí eres escuchado, allí eres bienaventurado. Oraste, fuiste escuchado, fuiste bienaventurado; y no lo sabe quien está junto a ti: todo se hizo en secreto, como dice el Señor en el Evangelio: Entra en tu habitación, cierra tu puerta, y ora en secreto, y tu Padre que ve en secreto, te recompensará (Mat. VI, 6). Cuando, pues, entras en tu habitación, entras en tu corazón. Bienaventurados los que se alegran cuando entran en su corazón, y no encuentran allí nada malo. Atienda Vuestra Santidad: como no quieren entrar en sus casas quienes tienen malas esposas, como salen al foro, y se alegran; llega la hora de entrar en su casa, se entristecen: pues van a entrar a tedios, a murmuraciones, a amarguras, a trastornos; porque no está compuesta la casa, donde no hay paz entre el marido y la esposa; y es mejor para él andar afuera. Si, pues, son miserables, que cuando regresan a sus paredes, temen ser trastornados por algunas perturbaciones de los suyos; cuánto más miserables son, que no quieren regresar a su conciencia, para no ser trastornados allí por las disputas de sus pecados. Por tanto, para que puedas regresar con gusto a tu corazón, límpialo: pues bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios (Mat. V, 8). Quita de allí las suciedades de las codicias, quita la mancha de la avaricia, quita la corrupción de las supersticiones, quita los sacrilegios y los malos pensamientos; los odios, no digo contra el amigo, sino incluso contra el enemigo: quita todas estas cosas; entra en tu corazón, y te alegrarás allí. Cuando comiences a alegrarte allí, esa misma limpieza de tu corazón te deleitará, y te hará orar: como si llegas a algún lugar, hay silencio allí, quizás hay quietud allí, el lugar está limpio; dices: Oremos aquí: y te deleita la disposición del lugar, y crees que allí te escuchará Dios. Si, pues, te deleita la limpieza visible del lugar, ¿por qué no te ofende la inmundicia de tu corazón? Entra, limpia todo, levanta tus ojos a Dios, y enseguida te escuchará. Clama, y di: Busqué al Señor, y me escuchó; y de todas mis tribulaciones me libró. ¿Por qué? Porque cuando hayas sido iluminado, cuando comiences aquí a tener buena conciencia, quedan tribulaciones, porque queda algo débil, hasta que la muerte sea absorbida en victoria, y esto mortal se vista de inmortalidad (I Cor. XV, 54): es necesario que en este mundo seas azotado; es necesario que sufras algunas tentaciones y sugerencias. Dios limpiará todo, te librá de toda tribulación, búscalos a él.

9. Inquisivi al Señor, y Él me escuchó. Quien, por tanto, no es escuchado, no busca al Señor. Preste atención Su Santidad: no dijo, Busqué oro al Señor, y Él me escuchó; busqué al Señor longevidad, y Él me escuchó; busqué al Señor esto o aquello, y Él me escuchó. Es una cosa buscar algo del Señor, y otra buscar al mismo Señor. Busqué, dice, al Señor, y Él me escuchó. Pero tú, cuando oras y dices, Mata a mi enemigo; no buscas al Señor, sino que te haces juez sobre tu enemigo, y haces a tu Dios un inquisidor. ¿Cómo sabes si no es mejor que tú aquel cuya muerte buscas? Quizás precisamente porque él no busca la tuya. Por tanto, no

busques nada del Señor fuera de Él, sino busca al mismo Señor, y Él te escuchará, y aún mientras hablas te dirá, Aquí estoy (Isaías 65, 24). ¿Qué significa, Aquí estoy? Aquí estoy presente, ¿qué deseas, qué buscas de mí? Cualquier cosa que te dé, es menos valiosa que yo: tenme a mí, disfrútame, abrázame: aún no puedes completamente; tócame con fe, y te adherirás a mí (esto te dice Dios), y yo quitaré de ti las demás cargas, para que te adhieras completamente a mí, cuando este tu cuerpo mortal se convierta en inmortalidad (1 Corintios 15, 54); para que seas igual a mis ángeles (Mateo 22, 30), y siempre veas mi rostro, y te regocijes, y nadie te quitará tu alegría (Juan 16, 22); porque buscaste al Señor, y Él te escuchó, y te libró de todas tus tribulaciones.

10. [vers. 6.] Hemos dicho quién es el exhortador, aquel amante que no quiere abrazar solo lo que ama, y dice: Acérquense a Él, y sean iluminados. Dice lo que él mismo ha probado. Pues un cierto espiritual en el cuerpo de Cristo, o incluso nuestro mismo Señor Jesucristo según la carne, la cabeza exhortando a los demás miembros, ¿qué dice? Acérquense a Él, y sean iluminados. O más bien, algún cristiano espiritual invita a nuestro mismo Señor Jesucristo para que nos acerquemos. Pero acerquémonos a Él, y seamos iluminados; no como se acercaron a Él los judíos, para ser oscurecidos. Pues se acercaron a Él para crucificarlo: acerquémonos a Él para recibir su cuerpo y sangre. Aquellos fueron oscurecidos por el crucificado: nosotros, al comer al crucificado y beber, somos iluminados. Acérquense a Él, y sean iluminados, se dice a las naciones. Cristo crucificado estaba entre los judíos furiosos y viendo, las naciones estaban ausentes: he aquí que se acercaron aquellos que estaban en tinieblas, y los que no vieron fueron iluminados. ¿De dónde se acercan las naciones? Siguiendo con fe, anhelando con el corazón, corriendo con caridad. Tus pies son tu caridad. Ten dos pies, no seas cojo. ¿Cuáles son los dos pies? Los dos mandamientos del amor, de Dios y del prójimo. Con estos pies corre hacia Dios, acércate a Él: porque Él mismo te exhortó a correr, y Él mismo esparció su luz de tal manera que puedas seguirlo magnífica y divinamente. Y vuestros rostros no se avergonzarán. Acérquense, dice, a Él, y sean iluminados: y vuestros rostros no se avergonzarán. No se avergonzará el rostro sino el soberbio. ¿Por qué? Porque quiere ser elevado, y cuando sufre una afrenta, o deshonra, o caída según el mundo, o alguna aflicción, se avergüenza. Pero no temas, acércate a Él, y no te avergonzarás. Lo que sea que te haga el enemigo, parece ser superior a ti ante los hombres: pero tú ante Dios eres superior a él. Yo capturé, yo até, yo maté. ¡Cuán superiores se creen aquellos que dicen estas cosas! ¡Cuán superiores se creían los judíos cuando abofeteaban al Señor, cuando escupían en su rostro, y golpeaban su cabeza con una caña, cuando lo coronaban con espinas, cuando lo vestían con una túnica ignominiosa! ¡Cuán superiores eran! Y Él parecía inferior, porque caía ante las puertas: pero Él no se avergonzaba. Pues era la verdadera luz, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo (Juan 1, 9). Así como la luz no puede ser confundida, tampoco permite que el iluminado sea confundido. Acérquense, pues, a Él, y sean iluminados; y vuestros rostros no se avergonzarán.

11. [vers. 7, 8.] Pero dice alguien, ¿Cómo me acerco a Él? Estoy cargado de tantos males, tantos pecados, tantos crímenes claman desde mi conciencia, ¿cómo me atrevo a acercarme a Dios? ¿Cómo? Si te humillas mediante la penitencia. Pero me avergüenza, dices, hacer penitencia. Acércate, pues, a Él, y serás iluminado, y tu rostro no se avergonzará. Pues si el temor a avergonzarte te retira de la penitencia, pero la penitencia te hace acercarte a Dios: ¿no ves que llevas la pena en tu rostro, porque por eso se avergonzó tu rostro, porque no se acercó a Dios: por eso no se acercó, porque no quiere hacer penitencia? Como atestigua el profeta: Este pobre clamó, Y el Señor lo escuchó. Te enseña cómo ser escuchado. Por eso no eres escuchado, porque eres rico. Quizás clamabas, y no eras escuchado, escucha por qué: Este pobre clamó, y el Señor lo escuchó. Clama pobre, y el Señor escucha. ¿Y cómo clamaré

pobre? Para que, aunque tengas algo, no presumas de tus fuerzas: para que entiendas que eres necesitado, para que entiendas que eres pobre mientras no tengas a Aquel que te hace rico. ¿Y cómo el Señor lo escuchó? Y de todas, dice, sus tribulaciones lo salvó. ¿Y cómo salva de todas las tribulaciones? Enviará el Ángel del Señor alrededor de los que le temen, y los libraré. Así está escrito, hermanos; no como tienen algunos códices defectuosos, Enviará el Ángel del Señor alrededor de los que le temen, y los libraré: sino así, Enviará el Ángel del Señor alrededor de los que le temen, y los libraré. ¿A quién llamó aquí el Ángel del Señor, que enviará alrededor de los que le temen, y los libraré? Nuestro mismo Señor Jesucristo en la profecía fue llamado el Ángel del gran consejo, el mensajero del gran consejo: así lo llamaron los Profetas (Isaías 9, 6, según la LXX). Él mismo, pues, el Ángel del gran consejo, es decir, el mensajero, enviará en aquellos que temen al Señor, y los libraré. No temas, pues, que te ocultes: dondequiera que temas al Señor, te conoce aquel Ángel que enviará alrededor, y te libraré.

12. [vers. 9.] Ahora quiere hablar abiertamente del mismo sacramento, en el que se llevaba en sus manos. Gusten, y vean que el Señor es bueno. ¿No se abre el Salmo, y te muestra aquella locura y furor constante, locura sana y embriaguez sobria de aquel David, que en figura mostraba algo, cuando le dijeron en persona del rey Achis, ¿Cómo es? cuando decía el Señor, Si no coméis mi carne, y bebéis mi sangre, no tendréis vida en vosotros (Juan 6, 53, 54). Y aquellos en quienes reinaba Achis, es decir, el error y la ignorancia, ¿qué dijeron? ¿Cómo podrá éste darnos su carne a comer? (Juan 6, 53, 54). Si no entiendes, gusta, y ve que el Señor es bueno: pero si no entiendes, eres rey Achis. David cambiará su rostro, y se apartará de ti, y te dejará, y se irá.

13. Bienaventurado el hombre que confía en Él. ¿Qué necesidad hay de explicar esto largamente? Cualquiera que no confía en el Señor, es miserable. ¿Quién es el que no confía en el Señor? El que confía en sí mismo. A veces, lo que es peor, hermanos míos, presten atención, a veces los hombres no quieren confiar en sí mismos, sino en otros hombres. Salvo la salud de Gayo Seio, nada puedes hacerme. Y quizás habla de un hombre ya muerto. En esta ciudad dice, Salvo la salud de aquel, y aquel en otros lugares quizás está muerto. Y cuán pronto dicen los hombres esto: y no dicen, Creo en Dios, porque no te permite hacerme daño. No dicen, Creo en mi Dios, porque aunque te permita algo mío, no te permitirá sobre mi alma. Pero cuando dicen, Salvo la salud de aquel, ni ellos mismos quieren tener salud, y gravan a aquellos por quienes creen tener salud.

14. [vers. 10.] Teman al Señor, todos sus santos, porque nada falta a los que le temen. Pues muchos por eso no quieren temer al Señor, para no sufrir hambre. Se les dice: No hagan fraude. Y dicen: ¿De qué me alimento? No puede haber arte sin impostura, no puede haber negocio sin fraude. Pero Dios castiga el fraude. Teme a Dios. Pero si temo a Dios, no tendré de qué vivir. Teman al Señor, todos sus santos, porque nada falta a los que le temen. Promete abundancia al temeroso, y al que duda de que si teme al Señor lo abandonarán las cosas superfluas. ¿Te alimentaba el Señor despreciándolo, y te abandonará temiéndolo? Presta atención, y no digas: Aquel es rico, y yo soy pobre: yo temo al Señor, aquel no temiéndolo cuánto ha adquirido, y yo temiéndolo estoy desnudo. Vean lo que sigue: Los ricos empobrecieron y tuvieron hambre, pero los que buscan al Señor no carecerán de ningún bien. Si lo tomas literalmente, parece engañarte. Pues ves a muchos ricos inicuos morir en sus riquezas, no haberse hecho pobres cuando vivían; los ves envejecer, ser llevados al final de la vida entre grandes abundancias de riquezas, celebrarse su pompa fúnebre con grandes derroches, ser llevados hasta la tumba ricos, que también expiraron en lechos de marfil, rodeados de su familia; y dices en tu ánimo, si acaso conoces algunos de sus pecados y crímenes: Yo sé cuántas cosas hizo este hombre; he aquí que envejeció, murió en su lecho, lo

llevan los suyos, se celebra tanta pompa fúnebre: yo sé lo que hizo; me engañó la Escritura, y me falló, donde escucho y canto: Los ricos empobrecieron y tuvieron hambre. ¿Cuándo fue pobre este? ¿Cuándo tuvo hambre? Pero los que buscan al Señor no carecerán de ningún bien (Salmo 33, 11). Diariamente me levanto a la basílica, diariamente me arrodillo, diariamente busco al Señor, y no tengo ningún bien: este no buscó al Señor, y entre tantos bienes murió. Pensando así, el lazo del escándalo te asfixia. Pues busca alimento mortal en la tierra, y no busca la verdadera recompensa en el cielo, y mete la cabeza en el lazo del diablo, se le constriñen las fauces, y el diablo lo retiene para hacer el mal, para que así imite a aquel rico, que ve morir en tanta abundancia.

15. No lo entiendas, pues, así. ¿Y cómo lo entenderé? En bienes espirituales. Pero, ¿dónde están? No se ven con los ojos, sino con el corazón. No veo esos bienes. Los ve quien ama. No veo la justicia. Pues no es oro, no es plata. Si fuera oro, lo verías: porque es fe, no la ves. Y si no ves la fe, ¿por qué amas al siervo fiel? Pregúntate a ti mismo, ¿qué tipo de siervo amas? Quizás tienes un siervo hermoso, de buena estatura, bien compuesto; pero ladrón, malvado, fraudulento: pero tienes otro quizás de baja estatura, deforme de rostro, de color oscuro; pero fiel, parco, sobrio: presta atención, te ruego, ¿a cuál de estos dos amas? Si preguntas a los ojos de la carne, te gana el hermoso injusto; si a los ojos del corazón, te gana el deforme fiel. Ves, pues, que lo que quieres que te muestre el otro, es decir, la fe, muéstrasela tú también. ¿Por qué te alegras con aquel que te muestra fe, y lo alabas por esos bienes que no se ven sino con el ojo del corazón? Cuando estés lleno de riquezas espirituales, ¿serás pobre? Y aquel rico fue tal porque tenía un lecho de marfil; y tú eres pobre, cuyo aposento del corazón está lleno de tantas gemas de virtudes, de justicia, de verdad, de caridad, de fe, de paciencia y de tolerancia. Expón tus riquezas, si las tienes, y compáralas con las riquezas de los ricos. Aquel encontró en el mercado mulas preciosas, y las compró. Si encontraras la fe en venta, ¿cuánto darías por ella, que Dios quiso que tuvieras gratis, y eres ingrato? Por tanto, esos ricos carecen, carecen: y, lo que es más grave, carecen de pan. No piensen que carecen de oro y plata, aunque también carecen de esto. ¿Cuánto tuvo alguien, y qué lo satisfizo? Así murió necesitado, porque quería adquirir más de lo que tenía. Carecen también de pan. ¿Por qué carecen de pan? Si no entiendes el pan, Él dijo: Yo soy el pan vivo, que descendí del cielo (Juan 6, 41); y: Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados (Mateo 5, 6). Pero los que buscan al Señor no carecerán de ningún bien. Pero ya hemos dicho qué bien.

16. [vers. 12.] Vengan, hijos, escúchenme, les enseñaré el temor del Señor. Crean, hermanos, que yo digo: crean que David dice, crean que el Apóstol dice: más bien crean que nuestro mismo Señor Jesucristo dice: Vengan, hijos, escúchenme. Escuchémoslo juntos, escúchenlo a través de nosotros: pues Él quiere enseñar humildemente, Él que toca el tambor, Él que anhela, quiere enseñarnos. ¿Y qué dice? Vengan, hijos, escúchenme, les enseñaré el temor del Señor. Enseñe, pues, prestemos oído, prestemos corazón. No abramos los oídos de la carne, y cerremos el corazón; sino como Él mismo dijo en el Evangelio, El que tenga oídos para oír, que oiga (Mateo 11, 15). ¿Quién no querría escuchar a Cristo enseñando a través del Profeta?

17. [vers. 13.] ¿Quién es el hombre que desea la vida, y ama ver días buenos? Pregunta. ¿No responde cada uno de ustedes, Yo? ¿O hay alguien entre ustedes que no ama la vida, es decir, que no desea la vida, y no ama ver días buenos? ¿No murmuran esto diariamente, y dicen esto: ¿Hasta cuándo sufrimos esto? Diariamente peores y peores: en tiempos de nuestros padres hubo días más alegres, hubo días mejores. Oh, si preguntaras a esos mismos padres tuyos, te murmurarían de la misma manera sobre sus días. Fueron felices nuestros padres, nosotros somos miserables, tenemos días malos: gobernó aquel, pensábamos que muerto él podría darse algún alivio; vinieron cosas peores. Oh Dios, muéstranos días buenos. ¿Quién es

el hombre que desea la vida, y ama ver días buenos? No busque aquí días buenos. Busca algo bueno, pero no lo busca en su región. Como si buscaras a un justo en esa patria, donde no habita, se te diría: Buscas a un buen hombre, buscas a un gran hombre, búscalo, pero no aquí, lo buscas en vano aquí, nunca lo encontrarás. Buscas días buenos, busquémolos juntos, no aquí. Pero nuestros padres los tuvieron. Se engañan: todos aquí trabajaron. Lean las Escrituras: por eso quiso Dios que se escribieran, para que nos consoláramos. En tiempos de Elías hubo hambre, nuestros padres la sufrieron. Las cabezas de los animales muertos se vendían por oro, mataron a los suyos, y los comieron: y dos mujeres acordaron entre sí matar a sus hijos, y comerlos; una mató a su hijo, y ambas lo comieron; la otra no quería matar a su hijo, y aquella que primero mató a su hijo lo exigía; y tal disputa llegó ante el rey, se presentaron ante el rey, conteniendo sobre la muerte de los hijos (2 Reyes 6, 26-30). De tales alimentos, Dios nos libre de lo que leemos. Siempre días malos en el mundo, pero siempre días buenos en Dios. Abraham tuvo días buenos, pero dentro del corazón: tuvo días malos, cuando por hambre cambió de región, y buscaba alimento (Génesis 12, 10, y 26, 1). Así todos buscaron. Pablo tuvo días buenos, quien dice: En hambre y sed, en frío y desnudez (2 Corintios 11, 27). Pero no se enojen los siervos: el mismo Señor no tuvo días buenos en este mundo; sufría afrentas, injurias, cruz, y tantos males.

18. [vers. 14.] No murmure, pues, el cristiano, vea de quién sigue las huellas. Pero si ama los días buenos, escuche al que enseña y dice: Vengan, hijos, escúchenme, les enseñaré el temor del Señor. ¿Qué quieres? Vida y días buenos. Escucha, y haz: Contén tu lengua del mal. Haz eso. No quiero, dice el hombre miserable: y no quiero contener mi lengua del mal, y quiero vida, y días buenos. Si tu trabajador te dijera: Y destruyo esa viña, y te exijo mi salario: me trajiste a la viña para que la podara y la podara, corto todos los árboles útiles, cortaré los mismos troncos de las vides, para que no tengas aquí qué recoger, y cuando haga esto, me pagarás mi trabajo. ¿No lo llamarías loco? ¿No lo rechazarías de tu casa, antes de que pusiera la mano en la hoz? Tales son los hombres, que quieren hacer el mal, y jurar en falso, y blasfemar contra Dios, y murmurar, y hacer fraude, y embriagarse, y litigar, y adulterar, y usar amuletos, e ir a los adivinos, y ver días buenos. Se le dice: No puedes hacer el mal y buscar una buena recompensa. Si tú eres injusto, ¿será injusto también Dios? Entonces, ¿qué haré? ¿Qué quieres? Quiero vida, quiero días buenos. Contén tu lengua del mal, y tus labios de hablar engaño: es decir, no hagas fraude a nadie, no mientas a nadie.

19. [vers. 15.] Pero, ¿qué significa, Apártate del mal? No basta con no hacer daño a nadie, no matar, no robar, no cometer adulterio, no engañar, no dar falso testimonio. Apártate del mal: cuando te apartas, dices: Estoy seguro, he cumplido todo, tendré vida, veré días buenos. No solo apártate del mal; sino también haz el bien. No basta con no despojar: viste al desnudo. Si no despojas, te apartaste del mal: pero no harás el bien, a menos que recibas al extranjero en tu casa. Así que apártate del mal, para que hagas el bien. Busca la paz y síguela. No te dijo, tendrás paz aquí: búscala y síguela. ¿A dónde la sigo? ¿A dónde ha precedido? Porque el Señor es nuestra paz, resucitó y ascendió al cielo. Busca la paz y síguela: porque también tú, cuando resucites, este cuerpo mortal será transformado, y abrazarás la paz, donde nadie te molestará. Allí está la paz perfecta, donde no tendrás hambre. Pues aquí el pan te da paz: quita el pan, y verás qué guerra habrá dentro de tus entrañas. ¿Cómo gimen aquí los justos, hermanos? para que sepáis que aquí buscamos la paz, pero la conseguiremos al final. Pero tengámosla aquí en parte, para que merezcamos tenerla allí por completo. ¿Qué significa, en parte? Seamos concordados aquí, amemos al prójimo como a nosotros mismos. Ama a tu hermano como a ti mismo, ten paz con él. Pero no pueden dejar de existir algunas disputas, como existieron entre hermanos y entre santos, entre Bernabé y Pablo (Hechos XV, 39): pero no las que destruyan la concordia, no las que eliminen la caridad. Pues incluso a ti mismo te

resistes a veces, y sin embargo no te odias. Porque todo el que se arrepiente de algo, pelea consigo mismo. Pecó, vuelve, se enoja consigo mismo por haber hecho eso, por haber cometido aquello. Así que tiene una disputa consigo mismo, pero esa disputa tiende a la concordia. Mira cómo pelea consigo mismo, y dice un justo: ¿Por qué te abates, alma mía, y por qué te turbas dentro de mí? Espera en Dios, porque aún le alabaré (Salmo XLII, 5). Cuando dice a su alma, ¿Por qué te turbas dentro de mí? ciertamente lo turbaba. Quizás él mismo quería sufrir por Cristo, y su alma se entristecía. Y él, que sabía y decía, ¿Por qué te abates, alma mía, y por qué te turbas dentro de mí? aún no tenía paz consigo mismo: pero de mente se aferraba a Cristo, para que su alma lo siguiera, y no lo turbara. Así que buscad la paz, hermanos. El Señor dijo: Estas cosas os he hablado, para que en mí tengáis paz. No os prometo paz en la tierra (Juan XVI, 33). En esta vida no hay paz verdadera, ni tranquilidad. Se promete el gozo de la inmortalidad, la compañía de los ángeles. Pero quien no la busque aquí, no la tendrá cuando venga.

20. [vers. 16.] Los ojos del Señor están sobre los justos. No temas, trabaja: los ojos del Señor están sobre ti. Y sus oídos atentos a sus oraciones. ¿Qué más quieres? Si el padre de familia no escuchara al siervo murmurador en una gran casa, se quejaría, y diría: ¡Cuánto sufrimos aquí, y nadie nos escucha! ¿Acaso dices eso de Dios: Cuánto sufro, y nadie me escucha? Si me escuchara, quizás dices, me quitaría la tribulación: clamo, y estoy atribulado. Solo mantén tus caminos, y cuando estés atribulado, te escucha. Pero es médico, aún tienes algo podrido. Clamas: pero aún corta; y no quita la mano, a menos que haya cortado lo que parece necesario. Pues el médico es cruel que escucha al hombre, y perdona la herida y la podredumbre. ¿Cómo frotan las madres a sus hijos en los baños para su salud? ¿No lloran los pequeños entre sus manos? ¿Son entonces crueles, porque no perdonan, no escuchan las lágrimas? ¿No están llenas de piedad? Y sin embargo, los niños lloran, y no se les perdona. Así también nuestro Dios está lleno de amor: pero parece no escuchar, para sanar y perdonar eternamente.

21. [vers. 17.] Los ojos del Señor están sobre los justos, y sus oídos atentos a sus oraciones. Quizás los malos dicen: Entonces hago el mal con seguridad, porque los ojos del Señor no están sobre mí: ya Dios atiende a los justos, no me ve, y haga lo que haga, lo hago con seguridad. Inmediatamente el Espíritu Santo, viendo los pensamientos de los hombres, añadió: Los ojos del Señor están sobre los justos, y sus oídos atentos a sus oraciones: pero el rostro del Señor está contra los que hacen el mal, para borrar de la tierra su memoria.

22. [vers. 18.] Clamaron los justos, y el Señor los escuchó, y los libró de todas sus tribulaciones. Tres jóvenes justos clamaron al Señor desde el horno, y en sus alabanzas el fuego se enfrió. La llama no pudo acercarse ni dañar a los jóvenes inocentes y justos que alababan a Dios, y los libró del fuego (Dan. III, 49). Alguien dice, He aquí verdaderamente justos que fueron escuchados, como está escrito, Clamaron los justos, y el Señor los escuchó, y los libró de todas sus tribulaciones: pero yo clamé, y no me libró; o no soy justo, o no hago lo que se me manda, o quizás él no me ve. No temas, solo haz lo que se te manda; y si no te libra corporalmente, te librará espiritualmente. Pues aquel que sacó del fuego a los tres jóvenes, ¿acaso sacó del fuego a los Macabeos? ¿No cantaban himnos en el fuego, y expiraban en el fuego (II Mac. VI, 3)? ¿No es el mismo Dios de los tres jóvenes y de los Macabeos? A aquellos los libró, y a estos no los libró; más bien libró a ambos: pero a los tres jóvenes los libró de tal manera que también los carnales se confundieran; a los Macabeos no los libró así, para que los que los perseguían fueran a mayores castigos, pensando que habían oprimido a los mártires de Dios. Libró a Pedro, cuando vino el ángel a él, estando en cadenas, y le dijo, Levántate, y sal: y de repente las cadenas se soltaron, y siguió al ángel, y lo libró (Hechos XII, 7). ¿Acaso Pedro había perdido la justicia, cuando no lo libró de la cruz? ¿No lo

libró entonces? Y lo libró entonces. ¿Acaso vivió mucho tiempo para hacerse injusto? Quizás lo escuchó más después que antes, cuando verdaderamente lo libró de todas las presiones. Pues cuando primero lo libró, ¡cuánto sufrió después! Porque lo envió después a donde no podría sufrir ningún mal.

23. [vers. 19, 20.] El Señor está cerca de los que tienen el corazón quebrantado, y salva a los humildes de espíritu. Dios es alto, el cristiano sea humilde. Si quiere que el alto Dios se acerque a él, él sea humilde. Grandes misterios, hermanos. Dios está sobre todo: te elevas, y no lo tocas: te humillas, y él desciende a ti. Muchas son las tribulaciones de los justos. ¿Acaso dice: Sean cristianos justos, escuchen mi palabra, para que no sufran tribulación alguna? No promete esto; sino que dice: Muchas son las tribulaciones de los justos. Más si son injustos, tienen menos tribulaciones; si son justos, tienen muchas. Pero después de pocas tribulaciones o ninguna, ellos vendrán a la tribulación eterna, de la cual nunca serán librados: pero los justos después de muchas tribulaciones vendrán a la paz eterna, donde nunca sufrirán nada malo. Muchas son las tribulaciones de los justos: y de todas ellas los librará el Señor.

24. [vers. 21.] El Señor guarda todos sus huesos, ni uno de ellos será quebrantado. Y esto, hermanos, no lo tomemos carnalmente. Los huesos son el fundamento de los fieles. Pues así como en nuestro cuerpo los huesos forman el fundamento, así en el corazón cristiano la fe forma el fundamento. Por tanto, la paciencia que está en la fe, son los huesos interiores. Estos son los que no pueden ser quebrantados. El Señor guarda todos sus huesos, ni uno de ellos será quebrantado. Si esto se dijera de nuestro Señor Jesucristo, El Señor guarda todos los huesos de su Hijo, ni uno de ellos será quebrantado: como también en otro lugar se prefigura de él, cuando se dijo que el cordero debía ser sacrificado, y se dijo de él, No quebrarás su hueso (Éxodo XII, 46): se cumplió en el Señor; porque cuando colgaba en la cruz, expiró antes de que llegaran a la cruz, y encontraron ya el cuerpo sin vida, y no quisieron quebrar sus piernas, para que se cumpliera lo que está escrito (Juan XIX, 33). Pero lo prometió también a los demás cristianos: El Señor guarda todos sus huesos, ni uno de ellos será quebrantado. Así que, hermanos, si vemos a algún santo sufrir tribulaciones, y quizás ser cortado por un médico, o golpeado por algún perseguidor, de tal manera que sus huesos se quiebren; no digamos, Este no era justo, pues el Señor prometió esto a sus justos, de quienes dijo, El Señor guarda todos sus huesos, ni uno de ellos será quebrantado. ¿Quieres ver que se refería a otros huesos, que dijimos son el fundamento de la fe, es decir, la paciencia y la tolerancia en todas las tribulaciones? Estos son los huesos que no se quiebran. Escucha, y en la misma pasión del Señor observa lo que digo. El Señor estaba crucificado en medio; junto a él había dos ladrones: uno insultó, el otro creyó; uno fue condenado, el otro justificado; uno tuvo su castigo aquí y en el futuro, pero al otro le dijo el Señor, En verdad te digo, hoy estarás conmigo en el paraíso (Lucas XXIII, 43): y sin embargo, los que vinieron no quebraron los huesos del Señor, pero sí los de los ladrones (Juan XIX, 32): así fueron quebrados los huesos del ladrón que blasfemó, como los del ladrón que creyó. ¿Dónde está entonces lo que se dijo, El Señor guarda todos sus huesos, ni uno de ellos será quebrantado? He aquí a quien le dijo, hoy estarás conmigo en el paraíso, ¿no pudo guardar todos sus huesos? El Señor te responde: Más bien los guardé; pues el fundamento de su fe no pudo ser quebrantado por esos golpes con los que se quebraron sus piernas.

25. [vers. 22, 23.] La muerte de los pecadores es pésima. Prestad atención, hermanos, por lo que decíamos. Verdaderamente grande es el Señor, y su misericordia, verdaderamente quien nos dio a comer su cuerpo en el que sufrió tanto, y a beber su sangre. ¿Cómo mira a los que piensan mal, y dicen, Aquel murió mal, fue consumido por las bestias: no era justo, por eso murió mal; pues no habría muerto? ¿Entonces es justo aquel que muere en su casa y en su cama? Esto es lo que me asombra, dices, porque conozco sus pecados y crímenes, y murió

bien, en su casa, dentro de sus puertas, sin la injuria de la peregrinación, ni en una edad madura. Escucha: La muerte de los pecadores es pésima. Lo que te parece una buena muerte, es pésima, si ves dentro. Ves el cuerpo tendido en la cama, ¿acaso ves dentro arrebatado al infierno? Escuchad, hermanos, y observad en el Evangelio, qué significa la muerte de los pecadores es pésima. ¿Acaso no había dos en este mundo, un rico que se vestía de púrpura y lino fino, y banqueteara espléndidamente cada día; y otro pobre que yacía a su puerta lleno de llagas, y los perros venían y lamían sus llagas, y deseaba saciarse de las migajas que caían de la mesa del rico? Sucedió que murió aquel pobre (era justo aquel pobre), y fue llevado por los ángeles al seno de Abraham. Quien vio su cuerpo yacer a la puerta del rico, y no había quien lo sepultara, ¿cuánto diría quizás? Así muera mi enemigo, y aquel que me persigue, así lo vea. Se maldice el cuerpo con escupitajos, apestan las heridas; y él descansa en el seno de Abraham. Si somos cristianos, creamos: si no creemos, hermanos, nadie se finja cristiano. La fe nos lleva. Así como lo dijo el Señor, así son. ¿O acaso te dice el astrólogo, y es verdad; te dice Cristo, y es falso? ¿Pero de qué muerte murió aquel rico? ¿Qué muerte pudo ser en púrpura y lino fino, cuán suntuosa, cuán pomposa? ¿Qué exequias fúnebres había allí? ¿Con cuántos aromas fue sepultado aquel cadáver? Y sin embargo, cuando estaba en tormentos en el infierno, deseó que del dedo de aquel pobre despreciado se le instilara una gota de agua en su lengua ardiente, y no lo consiguió (Lucas XVI, 19-25). Aprended, pues, qué significa, La muerte de los pecadores es pésima, y no preguntéis por camas cubiertas de preciosas vestiduras, y carne envuelta en muchas riquezas, exhibiendo la pompa del lamento, la familia llorosa, la multitud de asistentes precediendo y siguiendo, cuando se lleva el cuerpo, las memorias de mármol y oro. Pues si preguntáis esto, os responden falsamente, que la muerte de muchos no levemente pecadores, sino completamente criminales, es óptima, que merecieron ser llorados así, ser preparados así, ser cubiertos así, ser llevados así, ser sepultados así. Pero preguntad al Evangelio, y mostrará a vuestra fe el alma del rico ardiendo en tormentos, a la que no ayudaron todos los honores y servicios, que la vanidad de los vivos ofreció al cuerpo muerto.

26. Pero como hay muchos tipos de pecados, y es difícil no ser pecador, o quizás en esta vida no es posible, añadió inmediatamente de qué tipo de pecados es la muerte pésima. Y los que odian al justo, dice, pecarán. ¿Qué justo, sino aquel que justifica al impío (Rom. IV, 5)? ¿Qué justo, sino el Señor Jesucristo, que es también la propiciación por nuestros pecados (I Juan II, 2)? Por tanto, quienes odian a este, tienen una muerte pésima; porque mueren en sus pecados, quienes no se reconcilian con nuestro Dios por medio de él: Porque el Señor redimirá las almas de sus siervos. Pues la muerte o pésima, o óptima, debe entenderse según el alma; no según las deshonras o los honores de los cuerpos que los hombres ven. Y no pecarán todos los que esperan en él. Este es el modo de la justicia humana, que la vida mortal, por más que progresa, porque no puede estar sin falta, en esto no peque, mientras espera en aquel, en quien está la remisión de los pecados, Amén.

EN EL SALMO XXXIV COMENTARIO.

SERMON I. Sobre la primera parte del Salmo.

1. [vers. 1, 2.] Este salmo nos ha sido impuesto para tratarlo por los hermanos y coepiscopos que lo ordenaron, que lo sepa vuestra caridad. Quisieron que todos aquí escucháramos algo. Pues de él todos escuchamos, de quien juntos aprendemos, y en cuya escuela somos condiscípulos. El título de este no nos detiene; pues es breve, y para entenderlo, especialmente para los nutridos en la Iglesia de Dios, no es difícil. Pues tiene, A David mismo. Salmo, pues, a David mismo: David se interpreta como Fuerte de mano, o deseable. Salmo, pues, de mano fuerte y deseable, quien venció nuestra muerte, quien nos prometió

vida: pues en esto es fuerte de mano, porque venció nuestra muerte; en esto deseable, porque prometió vida eterna. ¿Qué más fuerte que esta mano, que tocó el féretro, y el muerto resucitó (Lucas VII, 14)? ¿Qué más fuerte que esta mano, que venció al mundo, no armada con hierro, sino traspasada con madera? ¿Y qué más deseable que aquel, a quien sin ver los mártires, quisieron morir, para merecer llegar a él? Así que Salmo a él: a él nuestro corazón, a él nuestra lengua cante dignamente: si él se digna dar lo que pueda cantar. Nadie le canta dignamente, sino quien de él recibe lo que pueda cantar. De hecho, esto que ahora cantamos, fue dicho por su Espíritu a través de su Profeta, y en esas palabras donde nos reconocemos a nosotros y a él. No hacemos injuria, porque decimos nosotros y él: pues cuando estaba en el cielo, así clamó, ¿Por qué me persigues (Hechos IX, 4)? cuando nadie lo tocaba, y nosotros en la tierra sufríamos. Así que escuchemos su voz, ahora del cuerpo, ahora de la cabeza. Pues este salmo invoca a Dios contra los enemigos en las tribulaciones de este siglo: y ciertamente él es Cristo, con la cabeza entonces atribulada, con el cuerpo ahora atribulado: sin embargo, a través de las tribulaciones da vida eterna a todos sus miembros, que al prometerla se hizo deseable.

2. "Juzga, Señor," dice, "a los que me hacen daño, combate a los que me atacan. Si Dios está con nosotros, ¿quién contra nosotros?" (Rom. VIII, 31). ¿Y cómo nos concede esto Dios? "Toma," dice, "armas y escudo, y levántate en mi ayuda." Es un gran espectáculo ver a Dios armado por ti. ¿Y cuál es su escudo? ¿Qué armas? En otro lugar, el mismo hombre que habla aquí dice: "Con el escudo de tu buena voluntad nos has coronado" (Sal. V, 13). Pero sus armas, con las que no solo nos protege, sino también golpea a los enemigos, si hemos progresado bien, seremos nosotros. Así como nosotros, para armarnos, recibimos de Él, así Él se arma de nosotros. Pero Él se arma de aquellos que ha creado, nosotros nos armamos de lo que hemos recibido de Él, quien nos creó. El Apóstol llama en un lugar a nuestras armas, el escudo de la fe, el casco de la salvación y la espada del espíritu, que es la palabra de Dios (Efes. VI, 16, 17). Nos ha armado con tales armas, como habéis oído, loables e invictas, insuperables y espléndidas; ciertamente espirituales e invisibles, porque también combatimos enemigos invisibles. Si ves a tu enemigo, que se vean tus armas. Nos armamos con la fe en cosas que no vemos, y abatimos enemigos que no vemos. Sin embargo, queridos, no penséis que estas armas son tales que lo que es escudo siempre será escudo; o lo que es casco siempre será casco; o lo que es coraza siempre será coraza. En estas armas corporales es así, aunque incluso las de hierro pueden cambiarse, como de espada a hacha: sin embargo, vemos que el mismo Apóstol dijo en un lugar, la coraza de la fe (I Tes. V, 8), y en otro lugar dijo el escudo de la fe. Por lo tanto, la misma fe puede ser coraza y escudo: es escudo porque recibe y repele los dardos de los enemigos; es coraza porque no permite que tus interiores sean atravesados. Estas son nuestras armas: ¿y cuáles son las de Dios? Leemos en un lugar: "Libra mi alma de los impíos, tu espada de los enemigos de tu mano" (Sal. XXI, 21). Lo que dijo antes, "de los impíos"; en el siguiente verso, "de los enemigos de tu mano"; y lo que dijo antes, "mi alma"; en el siguiente verso, "tu espada", es decir, tu espada. Por lo tanto, llamó a la espada de Dios su alma: "Libra," dice, "mi alma de los impíos"; es decir, "de los enemigos de tu mano libra tu espada." Porque tomas mi alma y derrotas a mis enemigos. ¿Y qué es nuestra alma, aunque espléndida, aunque extendida, aunque afilada, aunque ungida, aunque vibrante con la luz de la sabiduría y el resplandor? ¿Qué es nuestra alma misma, o qué puede hacer, si Dios no la sostiene y lucha con ella? Porque cualquier espada bien hecha, si no tiene guerrero, yace inerte. Pero habíamos dicho en nuestras armas, que no se debe tomar como algo fijo, que lo que es una cosa, no puede ser otra: así también encontramos en las armas de Dios. He aquí que llamó a la alma del justo la espada de Dios: nuevamente dice que la alma del justo es la

sede de Dios; la alma del justo es la sede de la sabiduría (Sab. VII). Por lo tanto, lo que quiera, hace con nuestra alma. Cuando está en su mano, la usa como quiere.

3. Que se levante, pues (así ha sido invocado), tome las armas, se levante en nuestra ayuda. ¿De dónde se levanta? En otro lugar también se le dice con esa misma voz: "Levántate, ¿por qué duermes, Señor?" (Sal. XLIII, 23). Y cuando se dice que Él duerme, nosotros dormimos: y cuando se dice que Él se levanta, nosotros somos despertados. Porque el Señor también dormía en la barca; y por eso la barca se agitaba, porque Jesús dormía. Porque si Jesús estuviera despierto allí, la barca no se agitaría. Tu barca, tu corazón: Jesús en la barca, la fe en el corazón. Si recuerdas tu fe, tu corazón no se agita: si olvidas tu fe, Cristo duerme: observa el naufragio. Sin embargo, haz lo que queda, para que si ha dormido, sea despertado; dile: "Señor, levántate, perecemos": para que reprenda los vientos, y haya tranquilidad en tu corazón (Mat. VIII, 24). Porque todas las tentaciones se retirarán, o ciertamente no tendrán poder, cuando Cristo, es decir, tu fe, haya vigilado en tu corazón. ¿Qué es "levántate"? Hazte conocer, aparece, hazte sentir. Levántate, pues, en mi ayuda.

4. [vers. 3.] Derrama tu espada, y cierra contra los que me persiguen. ¿Quiénes son los que te persiguen? Tal vez tu vecino, o aquel a quien has ofendido, o a quien has hecho daño, o quien quiere quitarte tus cosas, o contra quien predicas la verdad, o cuyo pecado reprendes, o a quien viviendo mal ofendes viviendo bien. Estos también son nuestros enemigos, y nos persiguen: pero se nos enseña a conocer a otros enemigos, contra los cuales luchamos invisiblemente, de los que el Apóstol nos advierte diciendo: "No tenemos lucha contra carne y sangre," es decir, contra hombres; no contra aquellos que ves, sino contra aquellos que no ves; "contra principados y potestades y gobernadores de las tinieblas de este mundo" (Efes. VI, 12). Porque al decir "gobernadores del mundo" (hablaba ciertamente del diablo y sus ángeles), era necesario tener cuidado de que los hombres no entendieran mal, y pensarán que el mundo es gobernado por el diablo y sus demonios. Pero porque el mundo se dice de esta estructura que vemos, y en los pecadores se dice mundo, y en aquellos que aman el mundo, de los cuales se ha dicho, "Y el mundo no lo conoció" (Juan I, 10); y de los cuales se ha dicho, "Todo el mundo está bajo el maligno" (I Juan V, 19); el Apóstol explicó de qué mundo son gobernadores, "de las tinieblas," dice, "de estas." Gobernadores del mundo, digo, gobernadores de estas tinieblas. Nuevamente nos hace entender qué dijo, "de estas tinieblas." ¿De qué tinieblas son gobernadores el diablo y sus ángeles? De todos los infieles, de todos los inicuos, de los cuales se ha dicho: "La luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la comprendieron" (Juan I, 5). Finalmente, de entre su número, a muchos que creen, ¿qué dice el mismo apóstol? "Porque en otro tiempo erais tinieblas, pero ahora sois luz en el Señor" (Efes. V, 8). ¿No quieres ser gobernado por el diablo? Migra a la luz. ¿Y de dónde migrarás a la luz, si no derrama Él su espada, y te libra de tus enemigos, y de los que te persiguen? ¿Cómo derrama su espada? (Porque ya hemos oído qué es su espada: es el alma del justo). Que abunden los justos, y se derrama la espada, y se cierra contra los enemigos. Pues de esa misma efusión de la espada, advirtiendo el Apóstol que vivamos justamente, dice a continuación: "Para que el adversario se avergüence, no teniendo nada malo que decir de nosotros" (Tit. II, 8). Se ha cerrado contra él, porque no puede encontrar qué decir contra los santos.

5. ¿Y de dónde vendrán los justos? ¿O qué dicen los enemigos que nos persiguen? ¿Esos enemigos invisibles qué dicen? ¿Estos nada? Principalmente se sugiere al corazón humano por los enemigos que atacan invisiblemente, que Dios no es nuestro ayudador: para que buscando otras ayudas, seamos encontrados débiles, y seamos capturados por esos mismos enemigos. Esto, pues, se sugiere. Contra estas voces debemos vigilar principalmente, que se muestran en otro salmo: "Muchos se levantan contra mí, muchos dicen a mi alma: No hay

salvación para él en su Dios" (Sal. III, 2, 3). Contra estas voces, ¿qué se dice aquí? Di a mi alma, Yo soy tu salvación. Cuando digas a mi alma, "Yo soy tu salvación," vivirá justamente, para que no busque a nadie más en ayuda que a ti.

6. [vers. 4.] ¿Y qué sigue? "Sean confundidos y avergonzados los que buscan mi alma": porque la buscan para perderla. ¡Ojalá la buscaran bien! En otro salmo reprende esto en los hombres, porque no había quien buscara su alma: "Se ha perdido la huida de mí, y no hay quien busque mi alma" (Sal. CXLI, 5). ¿Quién es el que dice: "No hay quien busque mi alma"? ¿Acaso es aquel de quien se predijo tanto antes, "Han horadado mis manos y mis pies, han contado todos mis huesos; ellos me miran y me observan; reparten entre sí mis vestiduras, y sobre mi ropa echan suertes" (Sal. XXI, 17-19)? Ya todo esto se hacía ante sus ojos, y no había quien buscara su alma. Invoquemos, pues, hermanos, para que diga a nuestra alma: "Yo soy tu salvación"; y abra sus oídos, para que oiga diciendo: "Yo soy tu salvación." Porque dice, pero algunos se ensordecen: de donde oyen más bien a los enemigos que persiguen en la tribulación. Si falta algo, si el alma está en apuros, en la escasez de lo temporal, a menudo busca ayuda de los demonios, quiere consultar a los poseídos por demonios, busca a los adivinos: los enemigos invisibles la han abordado, han entrado, la han atacado, la han capturado, la han vencido diciendo: "No hay salvación para él en su Dios." Se ha ensordecido contra la voz que dice: "Yo soy tu salvación." Di a mi alma: "Yo soy tu salvación," para que "sean confundidos y avergonzados los que buscan mi alma," a la que tú dices: "Yo soy tu salvación." Oiga diciendo a mí: "Yo soy tu salvación." No busque otra salvación, sino al Señor mi Dios. De la criatura se me sugiere la salvación; de Él es: y si levanto mis ojos a los montes, de donde vendrá mi ayuda; no obstante, no de los montes, sino mi ayuda del Señor que hizo el cielo y la tierra (Sal. CXX, 1, 2). En las mismas angustias temporales, Dios ayuda a través del hombre; tu salvación es Él mismo. Dios ayuda a través del ángel; tu salvación es Él mismo. Todo está sujeto a Él, y para esta vida temporal ayuda, de aquí, de allá: la vida eterna no la da sino de sí mismo. He aquí que en las angustias no está lo que buscas, pero está quien buscas. Y busca a aquel que nunca puede faltar. Que se retiren las cosas que dio; ¿acaso se retira quien dio? Que se devuelvan las que había dado; ¿acaso esas son las riquezas cuando se devuelven aquellas, y no aquel que las había retirado probando, y las devolvió consolando? Porque consuela cuando no nos faltan estas cosas. Consuela como en el camino, pero si entendemos el camino: porque toda esta vida, y todas las cosas que usas en esta vida, deben ser para ti como una posada para el viajero, no como una casa para el habitante. Recuerda que has pasado algo, queda algo: te has desviado para la restauración, no para la defunción.

7. Hay quienes dicen: Dios bueno, grande, supremo, invisible, eterno, nos dará la vida eterna, y aquella incorruptibilidad que prometió en la resurrección; pero estas cosas seculares y temporales pertenecen a los demonios, y a aquellas potestades de estas tinieblas. Diciendo esto, cuando se enredan en el amor de estas cosas, abandonan a Dios, como si estas no le pertenecieran; y buscan con sacrificios impíos, y no sé qué remedios, o no sé qué persuasión ilícita de los hombres, proveerse de lo temporal, como dinero, esposa, hijos, y si hay cosas que consuelan la vida humana que pasa, o impiden al que camina. Contra esta opinión, con la divina providencia vigilante, para mostrar que Dios tiene todo esto, y está en su poder, no solo lo eterno que prometió para el futuro, sino también lo temporal que en la tierra da a quien quiere, y cuando quiere oportunamente, sabiendo a quién dar, a quién no dar, como un médico los medicamentos, sabiendo mejor la enfermedad del enfermo que el mismo enfermo: para que Dios mostrara esto, distribuyó los tiempos del Antiguo y Nuevo Testamento. En el Antiguo Testamento hay promesas de cosas terrenales; en el Nuevo, del reino de los cielos. Muchos preceptos de adorar a Dios y vivir rectamente, son los mismos allí y aquí: pero

porque la promesa allí parece otra, y aquí otra; el mandato del que ordena y la obediencia del que sirve es la misma, pero la recompensa parece no ser la misma. Pues a ellos se les dijo, para que tomaran la tierra de promisión, para que reinaran en ella, para que vencieran a sus enemigos, para que no fueran subyugados por ellos, para que todo les abundara en esta tierra, para que procrearan hijos (Éxodo XXIII, 25-31). Estas son promesas terrenales, pero sin embargo figuradas. Haz que algunos las tomen así como fueron prometidas: y en verdad muchos las tomaron así. Pues se dio la tierra a los hijos de Israel, se dieron riquezas, se dieron hijos incluso a las estériles y ancianas que rogaban a Dios, y confiaban solo en Él, y no buscaban otro ayudador ni siquiera para estas cosas. Oyeron la voz del Señor en su corazón: "Yo soy tu salvación." Si para lo eterno, ¿por qué no para lo temporal? Dios mostró esto en el caso de aquel santo varón Job: porque incluso el diablo no tiene poder para quitar estas cosas, a menos que haya recibido de aquel supremo poder. Podía envidiar al santo, ¿acaso podía hacerle daño? Podía acusar, ¿acaso podía condenar? ¿Acaso podía quitar algo, o dañar siquiera una uña, o un cabello, sin que Dios dijera, "Extiende tu mano" (Job I, 11)? ¿Qué es, "Extiende tu mano"? Da poder. Lo recibió. Él tentó, él fue tentado. Tentado, sin embargo, venció; el tentador fue vencido. Porque Dios, que había permitido al diablo quitar esas cosas, no había abandonado interiormente a su siervo, y había hecho de la alma de su siervo su espada para vencer al mismo diablo. ¿Cuánto vale esto? Hablo de un hombre. Vencido en el paraíso (Gén. III, 6), victorioso en el estiércol. Allí fue vencido por el diablo a través de la mujer, aquí venció al diablo y a la mujer. "Hablaste," dice, "como una de las mujeres insensatas. Si recibimos el bien de la mano de Dios, ¿por qué no soportaremos el mal?" (Job II, 10). ¡Qué bien había oído: "Yo soy tu salvación"!

8. "Sean confundidos y avergonzados los que buscan mi alma." Mira a los hombres. "Orad," dice, "por vuestros enemigos" (Mat. V, 44). Pero aquí es profecía. Y lo que se dice en figura de desear, se explica en el ánimo de profetizar. Que esto y aquello suceda, no es otra cosa que esto y aquello sucederá. Así pues, escuchad la profecía: "Sean confundidos y avergonzados los que buscan mi alma." ¿Qué es, "sean confundidos y avergonzados"? Serán confundidos y se avergonzarán. Porque ha sucedido: muchos se han confundido saludablemente, muchos reverentes han pasado de la persecución de Cristo a la sociedad de sus miembros con devota piedad: y esto no sucedería, si no se confundieran y avergonzaran. Por lo tanto, les deseó bien. Pero porque hay dos tipos de aquellos que son vencidos: son vencidos de dos maneras; o son vencidos para convertirse a Cristo; o son vencidos para ser condenados por Cristo: también aquí se explican esos dos tipos, aunque de manera oscura, pero requieren un entendimiento. De aquellos que se convierten, toma lo que se ha dicho, "Sean confundidos y avergonzados los que buscan mi alma." Vuélvanse atrás. No precedan, sino sigan; no den consejo, sino reciban. Porque Pedro quiso preceder al Señor, cuando el Señor hablaba de su futura pasión: quiso darle consejo de salvación, el enfermo al salvador. ¿Y qué dice al Señor sobre esa futura pasión que confirmaba? "¡Lejos de ti, Señor, sé propicio a ti mismo, no sucederá esto!" Quiso preceder, para que el Señor siguiera. ¿Y Él qué? "Vuelve atrás, Satanás" (Id. XVI, 22, 23). Precediendo eres Satanás, siguiendo serás discípulo. Esto, pues, también a ellos, "Vuélvanse atrás, y sean confundidos, los que piensan mal contra mí." Porque cuando comiencen a seguir atrás, ya no pensarán mal, sino que desearán el bien.

9. [vers. 5, 6.] ¿Qué de los otros? Porque no todos son vencidos así, para convertirse y creer: muchos permanecen en la obstinación, muchos mantienen el espíritu de preceder en el corazón; y si no lo expresan, sin embargo lo conciben, y donde encuentran lugar, lo dan a luz. ¿Qué sigue de tales? "Sean como polvo ante el viento." No así los impíos, no así, sino como polvo que el viento arroja de la faz de la tierra (Sal. I, 4). El viento es tentación, el polvo es el iniquo. Cuando viene la tentación, el polvo es llevado; ni se mantiene, ni resiste. "Sean como

polvo ante el viento: y el ángel del Señor los aflija. Sea su camino tinieblas y resbaladizo." Horrendo camino. ¿Quién no teme solo las tinieblas? ¿Quién no evita solo lo resbaladizo? ¿En tinieblas y resbaladizo a dónde vas? ¿Dónde pones el pie? Estos son dos grandes males de la pena de los hombres: tinieblas, ignorancia; resbaladizo, lujuria. "Sea su camino tinieblas y resbaladizo: y el ángel del Señor persiguiéndolos": para que no puedan mantenerse. Porque cualquiera en tinieblas y resbaladizo, cuando ve que si mueve el pie, resbala, y no tiene luz ante sus pies; tal vez hace esto, para esperar hasta que amanezca: pero allí está el ángel del Señor persiguiéndolos. Esto les predijo que sucedería, no como si lo deseara que sucediera. Aunque el Profeta en el espíritu de Dios dice estas cosas, como Dios las hace, con juicio cierto, bueno, justo, santo, tranquilo, no perturbado por la ira, no con celo amargo, no con ánimo de ejercer enemistades, sino con justicia para castigar los vicios; sin embargo, es profecía.

10. [vers. 7, 8.] ¿De dónde provienen tantos males? ¿Por qué mérito? Escucha el mérito: Porque gratuitamente escondieron para mí sus trampas de corrupción. Observa esto en nuestra cabeza, los judíos hicieron esto, escondieron sus trampas de corrupción. ¿A quién escondieron la trampa? A quien veía los corazones de los que escondían. Sin embargo, estaba entre ellos como si fuera ignorante, como si fuera engañado, cuando ellos eran engañados en aquello en lo que pensaban que lo engañaban. Él vivía entre ellos como si fuera engañado, porque nosotros viviríamos entre tales personas de manera que sin duda seríamos engañados. Él veía a su traidor y lo eligió más bien para una obra necesaria. Con el mal de aquel, obró un gran bien: y sin embargo, fue elegido entre los doce, para que ese pequeño número de doce no estuviera sin mal. Esto es un ejemplo de nuestra paciencia, porque era necesario que viviéramos entre los malos; era necesario que toleráramos a los malos, ya sea que lo supieran o no: ofreció un ejemplo de paciencia para que no desfallezcas cuando comiences a vivir entre los malos. Y porque aquella escuela de Cristo en los doce no falló, ¿cuánto más firmes debemos ser nosotros, cuando se cumplen en la Iglesia las grandes cosas que se predijeron sobre la mezcla de los malos? Pues aquella escuela no veía el cumplimiento de la promesa hecha a la semilla de Abraham, ni el mismo campo de donde saldrá la masa que llenará el granero. ¿Por qué, entonces, no se tolera dignamente la paja en ella cuando se trilla, hasta que sea purificada en la última ventilación? Esto es lo que les sucederá a los malos, como has escuchado.

11. Pero, ¿qué se debe hacer? Gratuitamente escondieron para mí la corrupción de sus trampas. ¿Qué significa, gratuitamente? A quienes no hice ningún mal, a quienes no dañé. En vano reprocharon mi alma. ¿Qué significa, en vano? Diciendo falsedades, sin probar nada. Que les venga la trampa que no conocen. Gran retribución, nada más justo. Ellos escondieron la trampa para que yo no la conociera: que les venga la trampa que no conocen. Pues yo conozco su trampa. ¿Y qué trampa les vendrá? Aquella que no conocen. Escuchemos si acaso dice esa: Que les venga la trampa que no conocen. ¿Acaso escondieron una y les vendrá otra? No: sino, ¿qué? Cada uno es atrapado por las cuerdas de sus pecados (Prov. V, 22). Son engañados por aquello con lo que quisieron engañar. Serán dañados por aquello con lo que intentaron dañar. Pues sigue: Y la captura que ocultaron, los atrapará. Como si alguien preparara una copa de veneno para otro, y olvidando, la bebiera él mismo: y como si alguien cavara una fosa para que su enemigo cayera en la oscuridad; y él, olvidando que la cavó, caminando por ese camino, cayera primero en ella. Verdaderamente, hermanos míos, creedlo así, estad seguros: así, si hay en vosotros una razón más excelente de prudencia, ved y comprended: Ningún malvado no se daña primero a sí mismo. Pues pensad que la maldad es como el fuego. Quieres encender algo: lo que acercas, primero arde, si no arde, no enciende. Es una antorcha, acercas esta antorcha para encender algo: ¿acaso no arde primero la

antorcha que acercas, para poder encender algo? La maldad, entonces, procede de ti, ¿y a quién devasta primero sino a ti? ¿Dónde se extiende, daña la rama, pero no daña donde tiene la raíz? Y digo, que tu maldad puede hacerse de tal manera que no dañe a otro: pero que no te dañe a ti, no puede ser. Pues, ¿qué daño se le hizo al santo Job, de quien hemos hablado antes? Como se dice en otro salmo, Como navaja afilada hiciste engaño (Sal. LI, 4). ¿Qué hace la navaja afilada? Se cortan los cabellos, cosas superfluas. ¿Qué, entonces, haces a aquel a quien quieres dañar? Si el malvado consiente en el mal que quieres hacerle, no será tu maldad la que le dañe, sino la suya: pero si él mismo carece de maldad en su interior, y su corazón puro se somete a aquella voz que dice, Yo soy tu salvación, desde fuera atacas, pero no conquistas al hombre interior: sin embargo, tu maldad procede de tu interior, primero te deja vacío. Estás podrido por dentro, de donde salió este gusano; por dentro no dejó nada íntegro. Y la captura que ocultaron, los atraparán: y caerán en la misma trampa. No lo que pensabas quizás poco antes cuando escuchabas, Que les venga la trampa que no conocen, es decir, como algo inevitable desde lo oculto. ¿En cuál, entonces? En la misma iniquidad que me escondieron. ¿No fue esto lo que les sucedió a los judíos? El Señor venció su iniquidad, ellos fueron vencidos por su iniquidad. Él resucitó por nosotros, ellos murieron en sí mismos.

12. [vers. 9.] Esto, entonces, para los que quieren hacerme daño: ¿y para mí? Mi alma se regocijará en el Señor: como en aquel de quien oyó, Yo soy tu salvación: como no buscando otras riquezas externas, como no buscando deleitarse con placeres y bienes terrenales; sino amando gratuitamente al verdadero esposo, no queriendo recibir de él lo que deleite, sino proponiéndoselo a sí mismo como el único de quien deleitarse. Pues, ¿qué mejor que Dios se me dará? Dios me ama: Dios te ama. He aquí que ha propuesto, pide lo que quieras (Mat. VII, 7). Si el Emperador te dijera, Pide lo que quieras, ¡cuántos tribunos y comitivas pedirías! ¡Cuántas cosas te propondrías recibir y dar a otros! Cuando Dios te dice, Pide lo que quieras, ¿qué vas a pedir? Examina tu mente, extiende tu avaricia, alarga cuanto puedas, y dilata tu deseo: no cualquiera, sino el Dios omnipotente ha dicho, Pide lo que quieras. Si eres amante de las posesiones, desearás toda la tierra, para que todos los que nazcan sean tus colonos o tus siervos. ¿Y qué cuando poseas toda la tierra? ¿Pedirás el mar, en el cual, sin embargo, no podrás vivir? En esta avaricia, los peces te superarán. Pero quizás poseerás islas. Trasciende también esto, pide el aire aunque no puedas volar: extiende tu deseo hasta el cielo, di que el sol, la luna, las estrellas son tuyos, porque aquel que hizo todo dijo, Pide lo que quieras: sin embargo, no encontrarás nada más valioso, no encontrarás nada mejor, que aquel que hizo todo. Pide a aquel que hizo, y en él y por él tendrás todo lo que hizo. Todas las cosas son valiosas, porque todas son hermosas: pero, ¿qué más hermoso que él? Son fuertes: pero, ¿qué más fuerte que él? Y nada más quiere dar que a sí mismo. Si encuentras algo mejor, pídelo. Si pides otra cosa, le harás injuria a él, y daño a ti, al preferirle lo que hizo, cuando él quiere darse a sí mismo a ti, quien lo hizo. En este amor, una cierta alma le dijo: ¿Acaso tú eres mi parte, Señor? (Sal. LXXII, 26) es decir, tú eres mi parte. Elijan para sí mismos lo que quieran poseer, hagan partes de las cosas: Tú eres mi parte, te he elegido para mí. Y de nuevo: El Señor es la parte de mi herencia. Posee a él, para que lo poseas: serás su propiedad, serás su casa. Posee para beneficiar, es poseído para beneficiar. ¿Acaso para que tú le beneficies en algo? Pues dije al Señor: Tú eres mi Dios, porque no necesitas de mis bienes (Sal. XV, 5, 2). Mi alma se regocijará en el Señor. Se deleitará en su salvación. La salvación de Dios es Cristo. Porque mis ojos han visto tu salvación (Luc. II, 30).

13. [vers. 10.] Todos mis huesos dirán: Señor, ¿quién como tú? ¿Quién puede dignamente decir algo de estas palabras? Creo que solo deben pronunciarse, no explicarse. ¿Qué buscas esto o aquello? ¿Qué es semejante a tu Señor? Lo tienes ante ti. Todos mis huesos dirán: Señor, ¿quién como tú? Los injustos me contaron deleites, pero no como tu ley, Señor (Sal.

CXVIII, 85). Hubo perseguidores que decían: Adora a Saturno, adora a Mercurio. No adoro, dice, ídolos. Señor, ¿quién como tú? Ellos tienen ojos, y no ven; tienen oídos, y no oyen (Sal. CXIII, 5, 6). Señor, ¿quién como tú, que hiciste el ojo para ver, el oído para oír? Pero no adoro, dice, ídolos, porque el artesano los hizo. Adora el árbol y el monte: ¿y acaso esto lo hizo el artesano? Y aquí: Señor, ¿quién como tú? Me muestran cosas terrenales, tú eres el creador de la tierra. Y quizás aquí se vuelven a la creación superior, y me dicen: Adora la luna, adora este sol, que con su luz, como una gran lámpara, hace el día desde el cielo. Y aquí claramente digo: Señor, ¿quién como tú? Tú hiciste la luna y las estrellas, tú encendiste el sol, tú compusiste el cielo. Hay muchas cosas invisibles mejores. Pero quizás aquí se me dice: Adora a los ángeles, adora a los ángeles. Y aquí diré: Señor, ¿quién como tú? Y tú creaste a los mismos ángeles. Los ángeles no son nada, sino viendo a ti. Es mejor poseerte con ellos, que adorándolos a ellos caer de ti.

14. Todos mis huesos dirán: Señor, ¿quién como tú? Oh cuerpo de Cristo, santa Iglesia, todos tus huesos digan: Señor, ¿quién como tú? Y si las carnes cedieron a la persecución, que los huesos digan: Señor, ¿quién como tú? Pues de los justos se ha dicho: El Señor ama todos sus huesos, ni uno de ellos será quebrado (Sal. XXXIII, 21). ¿Cuántos justos en la persecución tuvieron sus huesos quebrados? Finalmente, el justo vivirá por la fe (Rom. I, 17), y Cristo justifica al impío (Id. IV, 5). ¿Y cómo justifica, sino creyendo y confesando? Porque con el corazón se cree para justicia, y con la boca se hace confesión para salvación (Id. X, 10). Así que también aquel ladrón, aunque llevado al juez por su latrocinio, y del juez a la cruz, sin embargo, en la misma cruz fue justificado: creyó con el corazón, confesó con la boca. Pues el Señor no le habría dicho a un injusto y no ya justificado: Hoy estarás conmigo en el paraíso (Luc. XXIII, 43): y sin embargo, sus huesos fueron quebrados. Pues cuando se llegó a que los cuerpos fueran bajados por causa del inminente sábado, se encontró al Señor ya sin vida, y no se quebraron sus huesos (Juan XIX, 33). Pero a aquellos que vivían, para que fueran bajados, se les quebraron las piernas, para que con este dolor pudieran morir y ser sepultados. ¿Acaso los huesos de uno de los ladrones que perseveró impío en la cruz no fueron quebrados, y no también los de aquel que creyó con el corazón para justicia, confesó con la boca para salvación? ¿Dónde está, entonces, lo que se dijo, El Señor guarda todos sus huesos, ni uno de ellos será quebrado (Sal. XXXIII, 21); sino porque en el cuerpo del Señor se llaman huesos todos los justos, firmes de corazón, fuertes, no cediendo a ninguna persecución y tentación para consentir el mal? ¿Y cómo podrían no ceder a ninguna tentación, sino cuando los perseguidores dijeran, He aquí ese dios, he aquí cómo es ese dios: que venga, que te ate: he aquí que hay aquí no sé quién en el monte, un gran sacerdote: quizás por eso eres pobre, porque ese dios no te ayuda; suple a él, y te ayudará: quizás por eso estás enfermo, porque no le suplicas; suple a él, y sanarás: quizás por eso no tienes hijos; suple a él, y los tendrás. Pero si en el cuerpo del Señor es de los huesos, rechaza todas estas voces, y dice: Señor, ¿quién como tú? Da, si quieres dar, también en esta vida, lo que busco: pero si no quieres, tú sé mi vida, a quien siempre busco. ¿De aquí saldré con frente libre, si he adorado a otro, y te he ofendido? ¿Mañana quizás moriré, con qué frente te veré? Gran misericordia de él, y nos advirtió para que vivamos bien, y nos ocultó el último día de nuestra muerte, para que no nos prometamos algo del futuro. Hago hoy, y vivo: mañana no hago. ¿Qué si no te encuentra mañana? Di, entonces, entre los huesos de Cristo: Señor, ¿quién como tú? Todos mis huesos dirán: Señor, ¿quién como tú?

15. Librando al pobre de la mano de los más fuertes que él, al necesitado y al pobre de los que lo despojan. Hasta aquí se ha leído el Salmo hoy, hasta aquí se debe tratar; para que no se vuelvan tediosas las cosas dichas, mientras queremos decir también otras. Que sean suficientes, entonces, hoy estas: Librando al pobre de la mano de los más fuertes que él.

¿Quién libra, sino quien es fuerte de mano? Aquel David libraré al pobre de la mano de los más fuertes que él. Pues el diablo había sido más fuerte para retenerte, porque él venció a quien consentiste. Pero, ¿qué hizo el fuerte de mano? Nadie entra en la casa del fuerte para saquear sus bienes, a menos que primero ate al fuerte (Mat. XII, 29). Con su poder santísimo, magnífico, ató al diablo, derramando la espada para encerrarlo, para librar al pobre y necesitado, a quien no tenía ayudador (Sal. LXXI, 12). Pues, ¿quién es tu ayudador, sino el Señor a quien dices: Señor, mi ayudador y mi redentor (Sal. XVIII, 15)? Si quisieras presumir de tus fuerzas, caerás de donde presumes: si de otro, quiere dominar, no ayudar. Por tanto, aquel único debe ser buscado, quien redimió, y liberó, y dio su sangre para comprarlos, y a sus siervos los hizo hermanos.

SERMO II, PRONUNCIADO EL DÍA SIGUIENTE AL SERMÓN ANTERIOR. Sobre la parte restante del Salmo.

1. Prestemos atención a la parte restante del Salmo, y roguemos a nuestro Señor y Dios, tanto por la salud del entendimiento, como por el fruto de obrar bien. Hasta donde se discutió ayer, creo que vuestra Caridad lo recuerda: desde ese lugar tomemos hoy el comienzo. Pues entendemos aquí la voz de Cristo; la voz, es decir, de la cabeza y del cuerpo de Cristo. Cuando escuchas a Cristo, no separes al esposo de la esposa, y entiende aquel gran sacramento: Serán dos en una sola carne (Ephes. V, 31). Si dos en una sola carne, ¿por qué no también en una sola voz? Pues no es que las tentaciones las haya sufrido aquí la cabeza, y el cuerpo no las sufra: o acaso fue causa de sufrimiento para la cabeza, sino para ofrecer ejemplo al cuerpo. Pues el Señor sufrió voluntariamente, nosotros por necesidad: él por misericordia, nosotros por condición. Por tanto, su pasión voluntaria es nuestra necesaria consolación; para que cuando suframos tales cosas, miremos a nuestra cabeza, para que, advertidos por su ejemplo, nos digamos a nosotros mismos: Si él, ¿qué nosotros? Y como él, así también nosotros. Por mucho que el enemigo haya sido cruel, pudo llegar hasta la muerte del cuerpo: cuerpo que ni siquiera pudo extinguir en el Señor, porque resucitó al tercer día. Lo que en él se hizo al tercer día, esto en nuestro caso al final del siglo. La esperanza de nuestra resurrección se difiere, ¿acaso se quita? Reconozcamos aquí, entonces, las voces de Cristo, queridos, y sepáremoslas de las voces de los impíos. Son voces del cuerpo sufriendo persecución, angustias y tentaciones en este siglo. Pero como muchos aquí sufren, tanto por sus pecados como por sus crímenes; con gran vigilancia debe discernirse la causa, no la pena. Pues un malvado puede tener una pena similar a la de un mártir, pero sin embargo, una causa diferente. Había tres en la cruz (Luc. XXIII, 33), uno Salvador, otro salvado, otro condenado: todos con igual pena, pero con causa desigual.

2. [vers. 11, 12.] Diga, entonces, nuestra cabeza: Se levantaron testigos inicuos, me preguntaban cosas que ignoraba. Pero nosotros digamos a nuestra cabeza: Señor, ¿qué ignorabas? ¿Acaso tú ignorabas algo? ¿No conocías también los corazones de los que preguntaban? ¿No preveías sus engaños? ¿No te entregaste a sus manos sabiendo? ¿No viniste para sufrir de ellos? ¿Qué, entonces, ignorabas? Ignoraba el pecado: y este pecado lo ignoraba, no como no juzgando, sino no cometiendo. Hay locuciones de este tipo incluso cotidianas, cuando dices de alguien, No sabe estar, es decir, porque no está: y, No sabe hacer el bien, porque no hace el bien. No sabe hacer el mal, porque no hace el mal. Lo que es ajeno a la obra, es ajeno a la conciencia: lo que es ajeno a la conciencia, parece ajeno también al conocimiento. Así se dice que Dios no conoce, como el arte no conoce los vicios; y sin embargo, por el arte se conocen y se juzgan. Esto, entonces, nos responde nuestra cabeza cuando le preguntamos desde la verdad de su Evangelio, cuando decimos, Señor, ¿qué ignorabas? ¿qué pudiste ser preguntado que no sabías? Responde: Ignoraba las iniquidades, de las iniquidades me preguntaban. Tienes en el Evangelio, si no me crees que ignoro las

iniquidades, porque incluso a los mismos inicuos los ignoro, a quienes al final les diré: No os conozco, apartaos de mí los que obráis iniquidad (Mat. VII, 23). ¿Acaso no conocía a los que condenaba? ¿O puede condenar justamente, si no es buen conocedor? Y sin embargo, el buen conocedor no mintió, diciendo, No os conozco: es decir, no os adaptáis a mi cuerpo, no os adherís a mis reglas: sois vicios; pero yo soy el mismo arte que no tiene vicio, y en el cual nadie aprende sino a no hacer vicio. Se levantaron testigos inicuos, me preguntaban cosas que ignoraba. ¿Qué ignoraba Cristo, sino blasfemar? De esto era preguntado por los perseguidores, y porque dijo la verdad, fue juzgado como blasfemo (Id. XXVI, 65). Pero, ¿por quiénes? De quienes sigue, Me retribuían mal por bien, y esterilidad a mi alma. Yo traje fecundidad, ellos me retribuían esterilidad; yo vida, ellos muerte; yo honor, ellos injurias: yo medicina, ellos heridas; y en todas estas cosas que retribuían, ciertamente había esterilidad. Esta esterilidad la maldijo en el árbol, donde al buscar fruto no encontró (Id. XXI, 19). Había hojas, y no había frutos: había palabras, y no había hechos. Mira en las palabras la multitud, y en los hechos la esterilidad: Tú que predicas que no se debe robar, robas; tú que dices que no se debe adulterar, adulteras (Rom. II, 21, 22). Tales eran los que preguntaban a Cristo cosas que ignoraba.

3. [vers. 13.] Yo, en cambio, cuando me molestaban, me vestía de cilicio: y humillaba mi alma con ayuno: y mi oración se convertía en mi seno. Se nos enseña, hermanos, que pertenecemos al cuerpo de Cristo, porque somos miembros de Cristo (I Cor. XII, 27): y se nos advierte que en toda nuestra tribulación no pensemos en cómo responder a los enemigos, sino en cómo propiciar a Dios con oración, y sobre todo para no ser vencidos por la tentación; luego, para que también aquellos que nos persiguen se conviertan a la salud de la justicia. No hay mayor ni mejor ocupación en la tribulación que retirarse de ese ruido exterior e ir al interior del santuario de la mente (Matth. VI, 6); allí invocar a Dios, donde nadie ve al que gime y al que socorre; cerrar la puerta de esa habitación contra toda molestia externa, humillarse en la confesión del pecado, magnificar y alabar a Dios, tanto al que corrige como al que consuela: esto debe mantenerse de todas maneras. Sin embargo, en este cuerpo lo diremos, es decir, en nosotros: pero en nuestro Señor Jesucristo, ¿qué reconocemos de tal? Al examinar el Evangelio con atención y diligencia, no encontramos que el Señor se haya vestido de cilicio en alguna de sus pasiones y tribulaciones. Leemos que ayunó después de ser bautizado: allí no escuchamos de cilicio alguno, no leemos de ninguno: pero ayunó no cuando los judíos lo perseguían, sino cuando el diablo lo tentaba (Matth. IV, 1). No digo que el Señor ayunó en el tiempo en que le preguntaban lo que ignoraban, y cuando le retribuían mal por bien, acosándolo, persiguiéndolo, apresándolo, flagelándolo, hiriéndolo, matándolo: pero en todas estas cosas, hermanos, si con una curiosidad piadosa levantamos un poco el velo y escudriñamos con el ojo del corazón el interior de esta Escritura, encontramos que también el Señor hizo esto. Quizás llama cilicio a la mortalidad de su carne. ¿Por qué cilicio? Por la semejanza de la carne del pecado. Pues el Apóstol dice: Dios envió a su Hijo en semejanza de carne de pecado, para condenar el pecado en la carne (Rom. VIII, 3): esto es, vistió a su Hijo de cilicio, para condenar a los cabritos con el cilicio. No porque hubiera pecado, no digo en el Verbo de Dios, ni siquiera digo en el alma santa y mente del hombre, que el Verbo de Dios y la Sabiduría había unido a la unidad de persona; pero tampoco había pecado alguno en el mismo cuerpo, sino que había semejanza de carne de pecado en el Señor; porque la muerte no es sino por el pecado (Id. V, 12), y ciertamente ese cuerpo era mortal. Pues si no fuera mortal, no moriría; si no muriera, no resucitaría; si no resucitara, no nos mostraría el ejemplo de la vida eterna. Por tanto, así se dice que la muerte es pecado, que fue causada por el pecado, como se dice lengua griega, lengua latina, no el mismo miembro de carne, sino lo que se hace por el miembro de carne. Pues la lengua en nuestros miembros es

una entre otras, como los ojos, la nariz, los oídos, y los demás: pero lengua griega, son palabras griegas: no porque las palabras sean lengua, sino porque las palabras son por la lengua. Dices de alguien, Reconocí su rostro, hablando de un miembro del cuerpo: y también dices, Reconocí su mano ausente, no la mano en el cuerpo, sino la escritura que se hizo por la mano que estaba en el cuerpo. Así, pues, el pecado del Señor, que se hizo del pecado, porque de allí asumió carne, de la misma masa que mereció la muerte por el pecado. Pues para decirlo más rápidamente, María de Adán murió por el pecado, Adán murió por el pecado, y la carne del Señor de María murió para borrar los pecados. Este cilicio se vistió el Señor: y por eso no fue reconocido, porque se ocultaba bajo el cilicio. Cuando me molestaban, dice, me vestía de cilicio: es decir, ellos se ensañaban, yo me ocultaba. Pues si no quisiera ocultarse, tampoco podría morir, ya que en un instante de tiempo mostró una gota de su poder, si es que puede llamarse gota, cuando quisieron apresararlo, y a una sola de sus preguntas, ¿A quién buscáis?, todos retrocedieron y cayeron (Juan XVIII, 4, 6). No humillaría tanto su poder en la pasión, si no se ocultara bajo el cilicio.

4. Por tanto, me vestía de cilicio: y humillaba mi alma con ayuno. De nuevo, si entendimos el cilicio, ¿cómo entendemos el ayuno? ¿Quería comer Cristo cuando buscaba frutos en el árbol, y si los encontraba, comería (Marc. XI, 13)? ¿Quería beber Cristo cuando dijo a la mujer samaritana, Dame de beber (Juan IV, 7), dijo en la cruz, Tengo sed (Id. XIX, 28)? ¿Qué hambre tuvo, qué sed tuvo Cristo, sino de nuestras buenas obras? Pues en aquellos que lo crucificaban y perseguían, porque no encontró buenas obras, ayunaba: pues le retribuían con la esterilidad de su alma. Pues, ¿qué ayuno fue el suyo, que apenas encontró a un ladrón, al que en la cruz gustó? Pues los apóstoles habían huido, y se habían escondido en la multitud. Y aquel Pedro que había prometido perseverar hasta la muerte del Señor, ya lo había negado tres veces, ya había llorado, y aún se escondía en la multitud, aún temía ser reconocido. Finalmente, al verlo muerto, todos desesperaron de la misma salvación: a quienes encontró desesperados después de la resurrección, y hablando con ellos los encontró tristes y llorando, ya sin esperanza. Pues así algunos de ellos hablaron con él, cuando dijo: ¿De qué habláis entre vosotros? Pues hablaban de él: ¿Eres tú el único forastero en Jerusalén, y no conoces lo que hicieron los sacerdotes y nuestros príncipes con Jesús Nazareno, que era poderoso en hechos y palabras, cómo lo crucificaron y mataron? Nosotros esperábamos que él fuera el que redimiría a Israel (Luc. XXIV, 18-21). En gran ayuno había quedado el Señor, si no reanimara a quienes devoraría. Pues los reanimó, los consoló, los confirmó, y los convirtió en su cuerpo. Por tanto, también de este modo estuvo en ayuno nuestro Señor.

5. Y mi oración, dice, se convertirá en mi seno. En este verso ciertamente hay un gran seno, y que el Señor nos conceda que se nos haga penetrable. Pues en el seno se reconoce el secreto. Y ciertamente, hermanos, también se nos advierte bien que oremos en nuestro seno, donde Dios ve, donde Dios oye, donde ningún ojo humano penetra, donde no ve sino quien socorre; donde oró Susana, y aunque su voz no fue escuchada por los hombres, fue escuchada por Dios (Dan. XIII, 35, 44). Y esto se nos advierte bien: pero en nuestro Señor debemos entender algo más, porque también él oró. Y ciertamente no reconocemos su cilicio en el Evangelio según la letra. Ni su ayuno en el tiempo de la pasión según la letra: tanto que los expusimos en alegoría y similitud, como pudimos. Pero su oración la escuchamos incluso desde la cruz: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? (Psal. XXI, 2; Matth. XXVII, 46). Pero también allí estábamos nosotros. Pues, ¿cuándo lo abandonó el Padre, de quien nunca se apartó? También leemos que Jesús oró solo en el monte, leemos que pasó la noche en oración; incluso en el tiempo de su pasión (Id. XIV, 23; Luc. VI, 12). Por tanto, mi oración se convertirá en mi seno. No sé qué mejor entender de el Señor: por ahora, lo que se me ocurre, tal vez algo mejor se me ocurra después, o a alguien mejor, mi oración se

convertirá en mi seno, entiendo que se dice porque en su seno tenía al Padre. Pues Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo (II Cor. V, 19). En sí mismo tenía a quien suplicaba: no estaba lejos de él, porque él mismo había dicho: Yo en el Padre, y el Padre en mí está (Juan XIV, 10). Pero porque la oración pertenece más al hombre: pues según el Verbo es Cristo, no ora, sino que escucha; y no busca ser socorrido, sino que con el Padre socorre a todos: ¿qué es, Mi oración se convertirá en mi seno, sino, en mí mismo la humanidad, en mí mismo interpela a la divinidad?

6. [vers. 14.] Como a un prójimo, como a nuestro hermano, así complacía: como llorando y entristecido, así me humillaba. Se refiere a su cuerpo: ya nosotros aquí veamos. Cuando nos alegramos en la oración, cuando nuestra mente se serena, no por la prosperidad del mundo, sino por la luz de la verdad: quien siente esta luz, sabe lo que digo, y ve aquí, y reconoce lo que se ha dicho, Como a un prójimo, como a nuestro hermano, así complacía. Pues entonces el alma agrada a Dios, no estando lejos; En él, dice, nos movemos y somos (Act. XVII, 28): como a un hermano, como a un pariente, como a un amigo. Pero si no es tal, que pueda alegrarse así, brillar así, acercarse así, adherirse así, y ve que está lejos de allí; haga lo que sigue: Como llorando y entristecido, así me humillaba. Como a nuestro hermano, así complacía, dijo acercándose: Como llorando y entristecido, así me humillaba, dijo alejado y puesto lejos. Pues, ¿qué llora, sino lo que desea y no tiene? Y a veces en una misma persona ocurren ambas cosas, que a veces se acerca, y a veces se aleja: se acerca con la luz de la verdad, se aleja con la nube de la carne. Pues, hermanos, a Dios que está en todas partes, y no está contenido en ningún lugar, no nos acercamos por lugares, ni nos alejamos de él por lugares. Acercarse a él, es hacerse semejante a él; alejarse de él, es hacerse disímil a él. ¿No es cierto que cuando ves dos cosas casi iguales, dices, Esta se acerca a aquella? Y cuando te muestran cosas disímiles, aunque estén en un mismo lugar y a menudo se sostengan con una mano, dices, Esta especie está lejos de aquella? Ambas sostienes, ambas juntas, y dices, Esta cosa está lejos de aquella: no ciertamente por lugar, sino por disimilitud. Si, pues, quieres acercarte, sé semejante: si no quieres ser semejante, te alejarás. Pero cuando eres semejante, alégrate; cuando eres disímil, gime: para que el gemido despierte el deseo, más bien el deseo despierte el gemido, y por el gemido te acerques, que habías comenzado a alejarte. ¿No se acercó Pedro, cuando dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo? Y de nuevo el mismo se hizo lejos diciendo: Señor, librete, no sucederá eso. Finalmente, ¿qué dijo al que se acercaba como a un prójimo? Bienaventurado eres, Simón Barjona. ¿Qué dijo al que se hacía lejos y disímil? Vete detrás de mí, Satanás. A aquel que se acercaba: No te lo reveló carne ni sangre, dice, sino mi Padre que está en los cielos: su luz te iluminó, brillas con su luz. Pero cuando se hizo lejos contradiciendo la futura pasión del Señor por nuestra salvación: No entiendes, dice, lo que es de Dios, sino lo que es de los hombres (Matth. XVI, 16, 17, 22, 23). Con razón, poniendo ambas cosas, alguien en el salmo dice: Yo dije en mi éxtasis: fui arrojado de la faz de tus ojos (Psal. XXX, 23). No diría en éxtasis, si no se acercara: pues éxtasis es el exceso de la mente. Derramó sobre sí su alma, y se acercó a Dios: y por una nube, y el peso de la carne, de nuevo arrojado a la tierra, recordando dónde había estado, y viendo dónde estaba, dijo: Fui arrojado de la faz de tus ojos. Por tanto, Como a un prójimo, como a nuestro hermano, así complacía, que se haga en nosotros. Pero cuando no se hace, al menos que se haga esto, Como llorando y entristecido, así me humillaba.

7. [vers. 15.] Y contra mí se alegraron y se reunieron, en uno. Ellos alegres, yo triste. Pero ahora escuchamos en el Evangelio, Bienaventurados los que lloran (Matth. V, 5). Si bienaventurados los que lloran, miserables los que ríen. Contra mí se alegraron y se reunieron: se reunieron contra mí azotes, y no supieron. Pues lo que yo ignoraba me preguntaban, y ellos ignoraban a quién preguntaban.

8. [vers. 16.] Me tentaron, y se burlaron de mí con burla. Es decir, se rieron de mí, se burlaron de mí: esto a la cabeza, esto al cuerpo. Prestad atención, hermanos, a la gloria de la Iglesia, que ahora es; mirad sus oprobios pasados, mirad alguna vez a los cristianos ser perseguidos por todas partes, y dondequiera que se encontraran, burlados, golpeados, asesinados, arrojados a las bestias, quemados, los hombres se alegraban contra ellos. Lo que a la cabeza, lo mismo al cuerpo. Pues así al Señor en la cruz, así a su cuerpo en toda aquella persecución que ya ha ocurrido: ni cesan ahora sus persecuciones. Dondequiera que encuentren a un cristiano, suelen insultar, acosar, ridiculizar, llamarlo torpe, insulso, sin corazón, sin pericia. Hagan lo que quieran, Cristo está en el cielo: hagan lo que quieran, él honró su pena, ya fijó su cruz en todas las frentes: al impío se le permite insultar, no se le permite saquear; pero sin embargo, por lo que su lengua pronuncia, se entiende lo que lleva en el corazón. Rechinaron contra mí con sus dientes.

9. [vers. 17]. Señor, ¿cuándo mirarás? Rescata mi alma de sus astucias, de los leones mi única. Pues para nosotros es tardío, y desde nuestra persona se dice esto, ¿Cuándo mirarás? es decir, ¿cuándo veremos la venganza de aquellos que nos insultan? ¿cuándo será escuchada aquella viuda por el juez vencido por el tedio (Luc. XVIII, 3)? Sin embargo, nuestro juez no por tedio, sino por amor difiere nuestra salvación; por razón, no por escasez; no porque no pueda socorrer ahora, sino para que el número de todos nosotros pueda completarse hasta el fin. Y sin embargo, ¿qué decimos por deseo? Señor, ¿cuándo mirarás? Rescata mi alma de sus astucias, de los leones mi única: es decir, mi Iglesia de las potestades que rugen.

10. [vers. 18.] Finalmente, ¿quieres saber qué es esa única? Lee lo que sigue: Te confesaré, Señor, en la gran Iglesia, en el pueblo grave te alabaré. Claramente en la gran Iglesia, te confesaré, en el pueblo grave te alabaré. Pues se hace confesión en toda multitud, pero no en todos Dios es alabado: toda la multitud escucha nuestra confesión, pero no en toda multitud está la alabanza de Dios. En esta toda multitud, es decir, en la Iglesia, que está difundida por todo el mundo, hay paja y trigo: la paja vuela, el trigo permanece; por eso en el pueblo grave te alabaré. En el pueblo grave, que el viento de la tentación no lleva, en estos Dios es alabado. Pues en la paja siempre se blasfema. Cuando se atiende a nuestra paja, ¿qué se dice? Mira cómo viven los cristianos, mira qué hacen los cristianos; y se cumple lo que está escrito: Porque mi nombre es blasfemado entre los gentiles por vosotros (Isai. LII, 5; Rom. II, 24). Injusto, envidioso, miras la era, que estás todo en la paja, no te encuentras fácilmente con los granos: busca y encontrarás al pueblo grave, en el que alabarás al Señor. ¿Quieres encontrarlo? Sé tal. Pues si no eres tal, es difícil que no todos te parezcan tales como eres: Y comparándose, dice el Apóstol, a sí mismos consigo mismos (II Cor. X, 12), no entienden, En el pueblo grave te alabaré.

11. [vers. 19-21.] No se burlen de mí los que me adversan injustamente: pues se burlan de mí por mi paja. Los que me odian sin causa: es decir, a quienes no he hecho daño. Y asintiendo con los ojos: es decir, hipócritas simulados. Pues a mí me hablaban pacíficamente. ¿Qué es, asintiendo con los ojos? Pronunciando con el rostro lo que no llevan en el corazón. Y asintiendo con los ojos, ¿quiénes son? Pues a mí me hablaban pacíficamente: y sobre la ira pensaban engañosamente. Y abrieron su boca contra mí. Primero asintiendo con los ojos, aquellos leones buscando arrebatar y devorar, primero adulando hablaban pacíficamente, y sobre la ira pensaban engañosamente. ¿Qué pacíficamente hablaban? Maestro, sabemos que no haces acepción de personas, y enseñas el camino de Dios en verdad: ¿Es lícito dar tributo al César, o no es lícito? A mí me hablaban pacíficamente. ¿Qué, entonces? ¿No los reconocías, y te engañaban asintiendo con los ojos? Más bien los reconocía; por eso dice: ¿Por qué me tentáis, hipócritas? (Matth. XXII, 16-18). Después abrieron su boca contra mí, clamando: ¡Crucifícalo, crucifícalo! Dijeron: ¡Bien, bien, vieron nuestros ojos! Esto ya

insultando, ¡Bien, bien, Profetiza para nosotros, Cristo! (Id. XXVI, 68). Así como era simulada su paz, cuando tentaban con la moneda, así ya su alabanza insultante. Dijeron: ¡Bien, bien, vieron nuestros ojos!: es decir, tus hechos, tus maravillas. Este es el Cristo. Si él es el Cristo, descienda de la cruz, y creemos en él. A otros salvó, a sí mismo no puede salvarse (Id. XXVII, 42). Vieron nuestros ojos. Esto es todo lo que se jactaba, que se decía Hijo de Dios (Juan XIX, 7). Pero el Señor paciente permanecía en la cruz: no había perdido su poder, sino que demostraba su sabiduría. Pues, ¿qué le era grande descender de la cruz, quien pudo después resucitar del sepulcro? Pero parecería haber cedido a los que insultaban: y esto era necesario, para que resucitando se mostrara a los suyos, y no a ellos, en gran sacramento; porque su resurrección significaba una vida nueva, y la vida nueva es conocida por los amigos, no por los enemigos.

12. [vers. 22.] Viste, Señor, no calles. ¿Qué es, no calles? Juzga. Pues de juicio se dice en algún lugar: Callé, ¿acaso callaré siempre? (Isai XLII, 14). Y de la dilación del juicio se dice al pecador: Esto hiciste, y callé; pensaste iniquidad, que sería como tú (Psal. XLIX, 21). ¿Cómo calla quien habla por los Profetas, quien habla con su boca en el Evangelio, quien habla por los Evangelistas, quien habla por nosotros cuando decimos la verdad? ¿Qué, entonces? Calla del juicio, no del precepto, no de la doctrina. Pero este juicio suyo invoca de algún modo el Profeta, y predice: Viste, Señor, no calles: es decir, porque no callarás, porque es necesario que juzgues. Señor, no te alejes de mí. Hasta que venga el juicio no te alejes de mí, como prometiste: He aquí yo estoy con vosotros hasta la consumación del siglo (Matth. XXVIII, 20).

13. [vers. 23.] Exsurge, Señor, y atiende a mi juicio. ¿A qué juicio? ¿Porque has sido afligido, porque has sido atormentado con trabajos y dolores? ¿Acaso no sufren también muchos malvados estas cosas? ¿A qué juicio? ¿Eres justo porque sufres estas cosas? No: ¿pero qué? A mi juicio. ¿Cómo sigue? Atiende a mi juicio, Dios mío y Señor mío, a mi causa. No a mi pena, sino a mi causa: no a lo que tengo en común con el ladrón, sino a aquello de bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia (Mt. 5, 10). Pues esta causa es distinta. Porque la pena es similar para buenos y malos. Así que los mártires no los hace la pena, sino la causa. Pues si la pena hiciera mártires, todos los metales estarían llenos de mártires, todas las cadenas arrastrarían mártires, todos los que son heridos por la espada serían coronados. Por tanto, que se distinga la causa. Que nadie diga: Porque sufro, soy justo. Porque el mismo que primero sufrió, sufrió por la justicia: por eso añadió una gran excepción: Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia. Pues muchos que tienen una buena causa hacen persecución; y los que tienen una mala causa sufren persecución. Porque si no se pudiera hacer bien la persecución, no se diría en el salmo: Al que calumnia a su prójimo en secreto, a este perseguía (Sal. 100, 5). Además, hermanos, ¿acaso no persigue un buen y justo padre a su hijo lujurioso? Persigue sus vicios, no a él; no lo que engendró, sino lo que él añadió. El médico que se emplea para la salud, ¿acaso no se arma a menudo con hierro? Pero contra la herida, no contra el hombre. Corta, para sanar: y sin embargo, cuando corta al enfermo, este duele, grita, resiste, y si por casualidad pierde la razón por la fiebre, incluso golpea al médico; y sin embargo, este no desiste de la salud del enfermo, hace lo que sabe, no se preocupa por el que maldice y vocifera. ¿Acaso no se despiertan todos los letárgicos, para que no sean oprimidos por un sueño pesado hasta la muerte? Y esto lo sufren de sus hijos a quienes han engendrado con mucho cariño; y no es querido el hijo, si no ha sido molesto para el padre dormido. Los letárgicos son despertados, los frenéticos son atados: pero sin embargo, ambos son amados. Que nadie diga, Sufro persecución: no ventile la pena, sino pruebe la causa; no sea que si no prueba la causa, sea

contado entre los inicuos. Por eso, cuán vigilante, cuán bien aquí recomendó, Señor, atiende a mi juicio, no a mis penas: Dios mío y Señor mío, a mi causa.

14. [vers. 24-26.] Júzgame, Señor, según mi justicia. Esto es, a mi causa. No según mi pena, sino según mi justicia, Señor Dios mío; es decir, júzgame según esto.

15. Y no se burlen de mí: mis enemigos. No digan en su corazón: ¡Bien, bien, alma nuestra! es decir, Hicimos lo que pudimos, matamos, quitamos. No digan: Muestra que no hicieron nada. No digan: Lo hemos devorado. De donde aquellos mártires dicen: Si el Señor no hubiera estado con nosotros, tal vez nos habrían devorado vivos (Sal. 123, 1, 3). ¿Qué es, nos habrían devorado? Nos habrían trasladado a su cuerpo. Pues devoras aquello que trasladas a tu cuerpo. El mundo quiere devorarte: tú devora al mundo, trasládalo a tu cuerpo, mata y come. Lo que se dijo a Pedro, Mata y come (Hech. 10, 13): mata en ellos lo que son, hazlos lo que tú eres. Pero si ellos te persuaden de la impiedad, serás devorado por ellos. No cuando te persiguen, eres devorado por ellos; sino cuando te persuaden de lo que son. No digan: lo hemos devorado. Tú devora el cuerpo de los paganos. ¿Por qué el cuerpo de los paganos? Quiere devorarte, hazle a él lo que quiere hacerte a ti. Por eso tal vez aquel becerro fue triturado, arrojado al agua, y dado a beber, para que el cuerpo de los impíos fuera devorado por Israel (Éx. 32, 20). Que se avergüencen y se ruboricen juntos, los que se alegran de mis males: vístanse de confusión y vergüenza: para que los devoremos avergonzados y confundidos. Los que hablan mal contra mí: que ellos se avergüencen, que ellos se confundan.

16. [vers. 27, 28.] ¿Qué tú ya cabeza con los miembros? Alégrese y regocíjense los que desean mi justicia: los que se han adherido a mi cuerpo. Y digan siempre: Sea engrandecido el Señor, los que desean la paz de su siervo. Y mi lengua meditará tu justicia, todo el día tu alabanza. ¿Y quién tiene una lengua que dure meditar todo el día la alabanza de Dios? He aquí que ahora el sermón se ha hecho un poco más largo, os cansáis. ¿Quién dura alabar a Dios todo el día? Sugiero un remedio, para que alabes a Dios todo el día, si quieres. Todo lo que hagas, hazlo bien, y has alabado a Dios. Cuando cantas un himno, alabas a Dios: ¿qué hace tu lengua, sino alabar y tu conciencia? Has cesado de cantar el himno, te retiras para reponerte? No te embriagues, y has alabado a Dios. Te retiras para dormir? No te levantes para hacer el mal, y has alabado a Dios. ¿Haces negocio? No hagas fraude, y has alabado a Dios. ¿Cultivas el campo? No provoques pleito, y has alabado a Dios. En la inocencia de tus obras prepárate para alabar a Dios todo el día.

EN EL SALMO XXXV COMENTARIO. SERMÓN DADO TAL VEZ EN DÍA SÁBADO, desde el n. 19.

1. [vers. 2.] Atienda vuestra Caridad un poco el texto y los misterios de este salmo; y corramos por él, porque en muchos lugares está abierto: pero donde la necesidad de la oscuridad nos obligue a detenernos, toleraréis el fruto de aprender. Dijo el injusto para delinquir en sí mismo: no hay temor de Dios ante sus ojos. No dice de un solo hombre, sino del género de los hombres inicuos, que se oponen a sí mismos, no entendiendo para vivir bien; no porque no puedan, sino porque no quieren. Pues es diferente cuando alguien intenta entender algo, y por la debilidad de la carne no puede, como dice en algún lugar la Escritura: Porque el cuerpo que se corrompe agrava el alma, y la morada terrena deprime el sentido que piensa en muchas cosas (Sab. 9, 15): pero es diferente cuando el corazón humano actúa más perniciosamente contra sí mismo, para que lo que pueda entender, si se añadiera buena voluntad, no lo entienda, no porque sea difícil, sino porque la voluntad es adversa. Esto sucede mientras aman sus pecados, y odian los preceptos de Dios. Pues la palabra de Dios es

tu adversario, si eres amigo de tu iniquidad: pero si eres adversario de tu iniquidad, la palabra de Dios es tu amigo, y adversario de tu iniquidad. Si, por tanto, odiaste tu iniquidad, te unes a la palabra de Dios; y seréis dos contra ella para destruirla, tú y la palabra de Dios. Pues por ti mismo no puedes nada: te ayuda aquel que te envió la palabra, y se vence la iniquidad. Si tú la odiaste; y Dios la perdonó, y serás libre: pero si la amas; te es contrario entender cualquier cosa que se diga contra ella. Haz que el hombre busque cómo el Hijo es igual al Padre; creyó, busca entender, aún no puede. Pues es una gran cosa, y requiere mayores fuerzas para que pueda ser comprendida; y es el inicio de la fe lo que guarda el alma hasta que se fortalezca. Se nutre con leche para llegar a la costumbre y firmeza de un alimento más sólido; para que pueda entender, En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios (Jn. 1, 1). Antes de que pueda esto, se nutre en la fe: y se esfuerza por entender, para entender cuanto Dios le haya dado. ¿Acaso también esto lo entiende con esfuerzo: Lo que no quieras que te hagan a ti, no lo hagas a otro (Tob. 4, 16); para que como no quieres sufrir iniquidad; no hagas iniquidad; porque no quieres sufrir engaño e insidias, no insidies a otro? Pero esto cuando no quieres entender, se atribuye a tu voluntad. Por eso dijo el injusto, para delinquir en sí mismo: propuso delinquir.

2. Pero, ¿acaso el que propone delinquir, lo dice públicamente, y no en sí mismo? ¿Por qué en sí mismo? Porque el hombre no lo ve. ¿Qué, entonces, porque el hombre no lo ve, en el mismo corazón, donde se dice a sí mismo para delinquir, Dios no lo ve allí? Dios lo ve allí. Pero, ¿qué sigue? No hay temor de Dios ante sus ojos. Ante sus ojos está el temor de los hombres. Pues no se atreve a profesar públicamente la iniquidad, para no ser reprendido o condenado por los hombres. Pero se aleja de la vista de los hombres: ¿a dónde? A sí mismo: se lleva a sí mismo adentro, y nadie lo ve: donde medita engaños e insidias y delitos, nadie lo ve. Podría no meditar allí tampoco, si pensara que Dios lo ve: pero porque no hay temor de Dios ante sus ojos, cuando se ha alejado de la vista de los hombres a su corazón, ¿allí a quién temerá? ¿Acaso no está allí presente Dios? Pero no hay temor de Dios en su presencia.

3. [vers. 3.] Medita, pues, engaños: y sigue, (¿Acaso le oculta a él, porque Dios ve allí? También se muestra lo que comencé a decir: le oculta, pero queriendo; porque actuó contra sí mismo no queriendo entender.) Porque actuó engañosamente en su presencia. ¿En presencia de quién? De aquel cuyo temor no está ante sus ojos, quien actuó engañosamente. Para encontrar su iniquidad, y odiarla. Este actuó así para no encontrarla. Pues hay hombres que como que intentan buscar su iniquidad, y temen encontrarla; porque si la encuentran, se les dice, Apártate de ella: esto lo hiciste antes de saber, cometiste iniquidad cuando estabas en ignorancia; Dios da perdón: ahora la conociste; déjala para que pueda ser fácilmente perdonada tu ignorancia, y con frente libre digas a Dios, No recuerdes los pecados de mi juventud y de mi ignorancia (Sal. 25, 7). Así la busca, así teme encontrarla: pues en la misma búsqueda hay engaño, en el hallazgo habrá defensa de la iniquidad. Pues cuando encuentra la iniquidad, he aquí ya le es manifiesto, porque es iniquidad. No la hagas, dices. Y aquel que actuaba engañosamente para encontrarla, ya la encontró, y no la odia: pues ¿qué dice? ¿Cuántos hacen esto, y quién no lo hace? ¿Y acaso Dios va a destruir a todos? O ciertamente dice esto: Si Dios no quisiera que se hicieran estas cosas, ¿vivirían los hombres que las cometen? ¿Ves que actuabas engañosamente para encontrar tu iniquidad? Pues si no actuabas engañosamente, sino sinceramente, ya la habrías encontrado y odiado: ahora la encontraste y la defiendes: por tanto, actuabas engañosamente cuando la buscabas.

4. [vers. 4.] Las palabras de su boca son iniquidad y engaño: no quiso entender, para obrar bien. Veis que se atribuye a la voluntad: porque hay hombres que quieren entender, y no pueden; pero hay hombres que no quieren entender, por eso no entienden. No quiso entender para obrar bien.

5. [vers. 5.] Meditó iniquidad en su lecho. ¿Qué dijo, en su lecho? Dijo el injusto, para delinquir en sí mismo: lo que dijo antes, en sí mismo; esto aquí dijo, en su lecho. Nuestro lecho es nuestro corazón: allí sufrimos el tumulto de la mala conciencia: y allí descansamos, cuando hay buena conciencia. Quien ama el lecho de su corazón, haga allí algo bueno. Allí está el lecho, donde nuestro Señor Jesucristo nos manda orar: Entra en tu habitación, y cierra tu puerta. ¿Qué es cerrar tu puerta? No esperes tales cosas de Dios, que están afuera; sino las que están adentro: Y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará (Mt. 6, 6). ¿Quién es el que no cierra la puerta? Quien pide tales cosas a Dios por grande y allí establece todas sus oraciones, para recibir los bienes de este mundo. Tu puerta está abierta, la multitud ve cuando oras. ¿Qué es cerrar tu puerta? Para que pidas a Dios lo que solo Dios sabe cómo darte. ¿Qué es esto por lo que cierras la puerta, y pides? Lo que ojo no vio, ni oído oyó, ni subió al corazón del hombre (Is. 64, 4; 1 Cor. 2, 9). Y tal vez no ha subido a tu mismo lecho, es decir, a tu corazón. Pero Dios sabe lo que te va a dar. ¿Cuándo será? Cuando se revele el Señor, cuando aparezca el juez. Pues, ¿qué más manifiesto que lo que dirá a los que están a la derecha? Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde el principio del mundo (Mt. 25, 34). Oirán estas cosas aquellos que estarán a la izquierda, y gemirán con una penitencia infructuosa (Sab. 5, 3); porque cuando vivían así, no quisieron hacerla fructuosamente. ¿Cómo gemirán? Porque no hay lugar para la corrección. Pero también ellos oirán: Id al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles (Mt. 25, 41). Este es el mal oído. Pues los justos se alegrarán con el buen oído; así está escrito: En memoria eterna será el justo, del mal oído no temerá (Sal. 111, 7). ¿De qué mal oído? Que oirán aquellos, Id al fuego eterno. Dios, pues, que puede hacer más de lo que pedimos o entendemos (Ef. 3, 20), busca nuestro gemido oculto, para que le agrademos en su presencia, y no nos jactemos ante los hombres de nuestra justicia. Pues quien quiere agradar a los hombres con su justicia, no con el fin de que los hombres que lo ven alaben a Dios, sino con la intención de que él sea alabado, no cierra la puerta contra el ruido: porque la puerta está abierta con ese ruido, y Dios no oye como quiere oír. Por tanto, trabajemos en limpiar el lecho de nuestro corazón, donde podamos estar bien. Sabe vuestra Caridad cuántas cosas sufren muchos en público, en el foro, en disputas, en contiendas, en molestias de negocios: cómo cada uno fatigado de los negocios afuera, corre a su casa para descansar allí, y se esfuerza por terminar pronto los negocios que están afuera, y retirarse al descanso en su casa. Por eso cada uno tiene su casa, porque allí descansa. Si, sin embargo, también allí sufre molestias, ¿dónde puede descansar? ¿Qué, entonces? Es bueno que al menos en su casa tenga descanso. Pero si sufre enemigos afuera, tal vez una mala esposa adentro; sale al público: cuando quiere descansar de las cosas que están afuera, entra en la casa: pero si ni allí descansa, ni afuera descansa, ¿dónde habrá descanso? Al menos en el cubículo del corazón, para que te lleves a las interioridades de tu conciencia. Si allí encontraste tal vez una esposa, que no te haga amargura, la sabiduría de Dios; únete con ella, descansa adentro en tu cubículo, no te expulse de allí el humo de la mala conciencia. Pero aquel para meditar engaños, se llevaba allí, de lo que habla esta Escritura, donde los hombres no ven; y meditaba allí tales cosas, que ni en el mismo corazón descansaba. Meditó iniquidad en su lecho.

6. Se mantuvo en todo camino no bueno. ¿Qué es, se mantuvo? Perseveró en pecar. De donde también se dice de un piadoso y bueno: Y en el camino de los pecadores no se detuvo (Sal. 1, 1). Como aquel no se detuvo, así este se mantuvo. Pero no odió la maldad. Allí está el fin, allí el fruto: si no puede no tener maldad, al menos que la odie. Pues cuando la odias, apenas te sorprende para hacer algo malo. Pues hay pecado en el cuerpo mortal: pero ¿qué dice el Apóstol? No reine el pecado en vuestro cuerpo mortal, para obedecer a sus deseos (Rom. 6, 12). ¿Cuándo comienza a no estar? Cuando se cumpla en nosotros lo que dice: Cuando esto

corruptible se haya vestido de incorrupción, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad (1 Cor. 15, 53). Antes de que esto suceda, hay deleite de iniquidad en el cuerpo; pero mayor es el deleite de la voluptuosidad de la palabra de sabiduría, del precepto de Dios. Vence al pecado y su voluntad. Odió el pecado y la iniquidad, para que te unas a Dios que contigo lo odie. Ya unido con la mente a la ley de Dios, con la mente sirves a la ley de Dios. Y si con la carne por eso sirves a la ley del pecado (Rom. 7, 25), porque hay en ti ciertos deleites carnales, entonces no habrá ninguno cuando ya no pelees. Es diferente no pelear, y estar en verdadera y perpetua paz, es diferente pelear y vencer; es diferente pelear y ser vencido; es diferente ni pelear, sino ser arrastrado. Pues hay hombres que no pelean en absoluto, como este de quien habla: pues cuando dice, No odió la maldad; ¿cómo pelea contra ella a quien no odia? Este es arrastrado por la maldad, ni pelea. Pero hay quienes comienzan a pelear; pero porque presumen de sus fuerzas, para mostrarles Dios que él vence, si el hombre se somete a Dios, y peleando son vencidos, y cuando como que han comenzado a tener justicia, se vuelven soberbios, y son derribados. Estos pelean, pero son vencidos. Pero ¿quién es el que pelea, y no es vencido? El que dice: Veo otra ley en mis miembros que se rebela contra la ley de mi mente. Mira al que pelea: pero este no presume de sus fuerzas, por eso será vencedor. Pues ¿qué sigue? ¡Infeliz de mí, quién me libraré de este cuerpo de muerte? La gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor (Rom. 7, 23-25). Presume de aquel que mandó que pelee, y vence al enemigo ayudado por el que manda. Pero este no odió la maldad.

7. [vers. 6.] Señor, en el cielo está tu misericordia, y tu verdad hasta las nubes. No sé a qué misericordia suya se refiere, que está en el cielo. Porque también hay misericordia del Señor en la tierra. Tienes escrito: La tierra está llena de la misericordia del Señor (Salmo XXXII, 5). ¿De qué misericordia habla entonces cuando dice: Señor, en el cielo está tu misericordia? Los dones de Dios son en parte temporales y terrenales, y en parte eternos y celestiales: quien adora a Dios para recibir estos bienes terrenales y temporales, que están al alcance de todos, es como un animal; usa la misericordia de Dios, pero no aquella que está reservada, que solo se dará a los justos, santos y buenos. ¿Cuáles son los dones que abundan para todos? El que hace salir su sol sobre buenos y malos, y hace llover sobre justos e injustos (Mateo V, 45). ¿Quién no tiene esta misericordia de Dios, primero para existir, para distinguirse de los animales, para ser un ser racional que pueda entender a Dios, y luego disfrutar de esta luz, este aire, la lluvia, los frutos, la diversidad de las estaciones, los consuelos terrenales, la salud del cuerpo, el afecto de los amigos, la salud de su hogar? Todos son bienes y dones de Dios. No piensen, hermanos, que alguien puede dar esos bienes, sino solo Dios. Por tanto, hay una gran diferencia entre aquellos que esperan estos bienes solo del Señor y aquellos que los buscan de los demonios, hechiceros o astrólogos. Estos son miserables de dos maneras, porque desean solo los bienes terrenales y no los piden a quien da todos los bienes. Pero aquellos que desean estos bienes y quieren ser felices con ellos, y solo los piden a Dios, son mejores porque los piden a Dios; pero aún están en peligro. Alguien podría preguntar: ¿Por qué están en peligro? A veces consideran las cosas humanas y ven que todos estos bienes terrenales que desean los tienen y abundan en los impíos e inicuos, y piensan que han perdido la recompensa de adorar a Dios, porque lo que los malos tienen, ellos también lo tienen, aunque adoran a Dios, a quien aquellos no adoran; o a veces aquellos que adoran no tienen, y aquellos que blasfeman sí tienen: por lo tanto, aún están en peligro.

8. Pero aquí realmente entendió qué misericordia pide a Dios. Señor, en el cielo está tu misericordia, y tu verdad hasta las nubes: es decir, una cierta misericordia que das a tus santos, es celestial, no terrenal; es eterna, no temporal. ¿Y cómo pudiste anunciarla a los hombres? Porque tu verdad hasta las nubes. Pues, ¿quién podría conocer la misericordia celestial de Dios, si Dios no la anunciara a los hombres? ¿Cómo la anunció? Enviando su

verdad hasta las nubes. ¿Qué son las nubes? Los predicadores de la palabra de Dios. Por eso, en cierto lugar, Dios se enojó con una viña. Entiende, creo, vuestra Caridad, escuchó al profeta Isaías, donde habla de una viña: Esperé que diera uvas, pero dio espinas. Y para que nadie pensara que hablaba de esta viña visible, concluyó así: La viña del Señor de los ejércitos es la casa de Israel; y el hombre de Judá, su plantío amado. Por lo tanto, reprendía a esa viña, que esperaba que diera uvas, pero dio espinas. ¿Y qué dijo? Mandaré a mis nubes que no lluevan sobre ella. Dios enojado dijo esto: Mandaré a mis nubes que no lluevan sobre ella (Isaías V, 4, 6, 7): y realmente sucedió. Fueron enviados los predicadores apóstoles. Así tenemos en los Hechos de los Apóstoles, que el apóstol Pablo quería predicar a los judíos, y allí no encontró uvas, sino espinas: comenzaron a devolver mal por bien y a perseguir. Y dijo, como cumpliendo lo que se dijo, Mandaré a mis nubes que no lluevan sobre ella: A vosotros fuimos enviados, pero como rechazasteis la palabra de Dios, he aquí que nos volvemos a los gentiles (Hechos XIII, 46). Por lo tanto, se cumplió, Mandaré a mis nubes que no lluevan sobre ella. Hasta las nubes llegó la verdad: por eso se nos pudo anunciar la misericordia de Dios que está en el cielo, y no en la tierra. Y realmente, hermanos, los predicadores de la palabra de la verdad son nubes. Cuando Dios amenaza a través de los predicadores, truena a través de las nubes. Cuando Dios hace milagros a través de los predicadores, relampaguea a través de las nubes, aterroriza a través de las nubes, y riega con la lluvia. Estos predicadores, por quienes se predica el Evangelio de Dios, son nubes de Dios. Esperemos, por tanto, la misericordia, pero aquella que está en el cielo.

9. [vers. 7.] Tu justicia es como los montes de Dios: tus juicios son como un abismo profundo. ¿Quiénes son los montes de Dios? Los que fueron llamados nubes, ellos mismos son los montes de Dios: grandes predicadores, montes de Dios. Y así como cuando sale el sol, primero viste de luz a los montes, y de allí la luz descende a las partes más bajas de la tierra: así cuando vino nuestro Señor Jesucristo, primero resplandeció en la altura de los apóstoles, primero iluminó los montes, y así su luz descendió al valle de la tierra. Y por eso en cierto lugar dice en el salmo: Levanté mis ojos a los montes, de donde vendrá mi ayuda. Pero no pienses que esos montes te darán ayuda: pues reciben lo que dan, no dan de lo suyo. Y si te quedas en los montes, tu esperanza no será firme: sino que en aquel que ilumina los montes debe estar tu esperanza y tu confianza. La ayuda te vendrá de los montes, porque las Escrituras te fueron ministradas por los montes, por los grandes predicadores de la verdad: pero no pongas tu esperanza en ellos. Escucha lo que dice a continuación: Levanté mis ojos a los montes, de donde vendrá mi ayuda. ¿Qué entonces? ¿Los montes te dan ayuda? No: escucha lo que sigue: Mi ayuda viene del Señor, que hizo el cielo y la tierra (Salmo CXX, 1, 2). La ayuda viene de los montes, pero no de los montes. ¿Y de quién? Del Señor que hizo el cielo y la tierra. Había otros montes, por los cuales cualquiera que guiara un barco, naufragaba. Surgieron príncipes de herejías, y eran montes. Arrio era un monte, Donato era un monte. Maximiano ahora se ha hecho como un monte. Muchos, al mirar a estos montes y desear la tierra, cuando quieren liberarse de las olas, son empujados a las rocas y naufragan en la tierra. De tales montes no se dejaba seducir aquel que dijo: En el Señor confío, ¿cómo decís a mi alma, Huye a los montes como un pájaro (Salmo X, 2)? No quiero que mi esperanza esté en Arrio, no quiero en Donato: Mi ayuda viene del Señor, que hizo el cielo y la tierra. Aprendan cuánto deben confiar en Dios, y cuánto deben atribuir a los hombres; porque maldito es el que pone su esperanza en el hombre (Jeremías XVII, 5). Muy modestamente y humildemente el santo apóstol Pablo, celando verdaderamente a la Iglesia, pero para el esposo, no para sí mismo, y horrorizado cuando quisieron decir, Yo soy de Pablo, yo de Apolo (I Corintios III, 4); asumió su propia persona, más bien que pisotearla y despreciarla, para glorificar a Cristo: ¿Acaso fue Pablo crucificado por vosotros, o en el nombre de Pablo fuisteis bautizados? (Ibid. I, 13). Rechaza de sí mismo, pero para enviar a

Cristo. No quiere ser amado por la esposa en lugar del esposo ni el amigo del esposo. Los amigos del esposo son los apóstoles. A este esposo también el humilde Juan, que se pensaba que era Cristo, celaba. Por eso dijo: No soy yo el Cristo, sino que después de mí viene uno que es mayor que yo, de quien no soy digno de desatar la correa de su calzado (Juan I, 20; Marcos I, 7). Verdaderamente, al humillarse tanto, mostró que no era el esposo, sino el amigo del esposo; y por eso dijo: El que tiene a la esposa es el esposo; pero el amigo del esposo, que está presente y le oye, se regocija grandemente por la voz del esposo (Juan III, 29). Y si el amigo del esposo es un monte, no obstante, el monte no tiene luz de sí mismo: sino que escucha, y se regocija grandemente por la voz del esposo. Nosotros, dice, de su plenitud hemos recibido. ¿De qué plenitud? De aquel que era la luz verdadera, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo (Id. I, 16, 9). Por tanto, el apóstol celaba a la Iglesia diciendo: Así nos considere el hombre como ministros de Cristo, y administradores de los misterios de Dios: esto es, Levanté mis ojos a los montes, de donde vendrá mi ayuda. Así nos considere el hombre como ministros de Cristo, y administradores de los misterios de Dios (I Corintios IV, 1). Pero para que nuevamente tu esperanza no se fije en los montes y no esté en Dios, escucha: Yo planté, Apolo regó, pero Dios dio el crecimiento; y: Ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios que da el crecimiento (Ibid. III, 6, 7). Ya entonces dijiste: Levanté mis ojos a los montes, de donde vendrá mi ayuda: pero porque ni el que planta es algo, ni el que riega; di: Mi ayuda viene del Señor, que hizo el cielo y la tierra: y, Tu justicia es como los montes de Dios, es decir, los montes se llenan de tu justicia.

10. Tus juicios son como un abismo profundo. Llama abismo a la profundidad de los pecados, a donde llega cualquiera que desprecia a Dios; como en cierto lugar dice: Dios los entregó a las concupiscencias de sus corazones, para hacer lo que no conviene. Preste atención vuestra Caridad. Es algo grande, algo grande se está tratando. ¿Qué es esto? Dios los entregó a las concupiscencias de sus corazones, para hacer lo que no conviene. ¿Entonces si Dios los entregó a las concupiscencias de sus corazones, para hacer lo que no conviene, por eso hacen tantas cosas malas? Como si alguien planteara la cuestión: Si Dios hace esto, para que hagan lo que no conviene, ¿qué hicieron ellos? Es oculto lo que escuchaste: Dios los entregó a las concupiscencias de sus corazones. Entonces hubo una concupiscencia, que no quisieron vencer, a la que fueron entregados por el juicio de Dios. Pero para que fueran considerados dignos de ser entregados, mira lo que se dijo de ellos antes: Que habiendo conocido a Dios, no lo glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias: sino que se desvanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido. ¿De dónde? De la soberbia. Profesando ser sabios, se hicieron necios. De ahí ya sigue, Dios los entregó a las concupiscencias de sus corazones (Romanos I, 21, 22, 24). Porque fueron soberbios e ingratos, fueron considerados dignos de ser entregados a las concupiscencias de sus corazones, y se convirtieron en un abismo profundo, para que no solo pecaran, sino que también actuaran con dolo, para no entender su iniquidad y odiarla. Esta es la profundidad de la malicia, para que no quieran encontrar y odiar. Pero, ¿cómo llega alguien a esta profundidad? Mira: Los juicios de Dios son un abismo profundo. Así como los montes de Dios son su justicia, que por su gracia se hacen grandes: así también por sus juicios se hunden en lo profundo, los que se sumergen en lo último. Por tanto, que te deleiten estos montes, que te aparten del abismo, y conviértete a lo que se dice: Mi ayuda viene del Señor. ¿Pero de dónde? Porque levanté mis ojos a los montes. ¿Qué es esto? Lo diré en latín: En la Iglesia de Cristo encuentras un abismo, y también encuentras montes; encuentras allí menos buenos, porque los montes son pocos, el abismo es ancho, es decir, muchos viviendo mal por la ira de Dios, porque actuaron de tal manera que fueron entregados a las concupiscencias de sus corazones, para que ya defiendan sus pecados, y no los confiesen, sino que digan: ¿Por qué? ¿Qué hice? Y aquel hizo eso; y aquel hizo esto. Ya incluso quieren defender lo que el sermón

divino reprueba: es un abismo. Por eso en cierto lugar dice la Escritura, escucha el abismo: El pecador, dice, cuando llega al fondo de los males, desprecia (Proverbios XVIII, 3). He aquí tus juicios son como un abismo profundo. Pero aún no eres un monte, aún no eres un abismo: huye del abismo, mira a los montes; pero tampoco te quedes en los montes. Porque tu ayuda viene del Señor, que hizo el cielo y la tierra.

11. [vers. 8.] Salvas a hombres y bestias, Señor; como se ha multiplicado tu misericordia, Dios. Porque dijo, Tu misericordia está en el cielo; para que también se sepa que está en la tierra, dice, Salvas a hombres y bestias, Señor; como se ha multiplicado tu misericordia, Dios. Grande es tu misericordia, y múltiple es tu misericordia, Dios: y la das tanto a hombres como a bestias. Porque la salvación de los hombres, ¿de quién es? De Dios. ¿Acaso la salvación de las bestias no es de Dios? Porque quien hizo al hombre, también hizo a las bestias; quien hizo a ambos, salva a ambos: pero la salvación de las bestias es temporal. Sin embargo, hay quienes piden a Dios como algo grande lo que dio a las bestias. Se ha multiplicado tu misericordia, Dios, para que no solo a los hombres, sino también a las bestias se les dé, lo que se da a los hombres, esta salvación carnal y temporal.

12. Entonces, ¿los hombres no tienen algo ante Dios que sea exclusivo, que las bestias no merezcan, y a lo que las bestias no lleguen? Claro que sí. ¿Y dónde está lo que tienen? Los hijos de los hombres bajo la sombra de tus alas esperarán. Preste atención vuestra Caridad a esta dulce sentencia: Salvas a hombres y bestias. Ya dijo hombres y bestias, luego, sin embargo, hijos de los hombres: como si unos fueran hombres, y otros fueran hijos de los hombres. A veces en las Escrituras se llama hijos de los hombres a los hombres en general, a veces se llama propiamente de una manera particular, para que no se entiendan todos los hombres: especialmente cuando tiene distinción. Porque no sin razón se puso allí, Salvas a hombres y bestias, Señor: pero los hijos de los hombres: como si a estos se les apartara, guarda separados a los hijos de los hombres. ¿Separados de quiénes? No solo de las bestias, sino también de los hombres, que buscan la salvación de las bestias de Dios, y desean esto como algo grande. ¿Quiénes son entonces los hijos de los hombres? Los que bajo la sombra de sus alas esperan. Porque esos hombres se alegran con las bestias en la realidad, pero los hijos de los hombres se alegran en la esperanza: aquellos buscan los bienes presentes con las bestias, estos esperan los bienes futuros con los ángeles. ¿Por qué entonces con distinción se llaman aquellos hombres, y estos se llaman hijos de los hombres? Pues en cierto lugar dice la Escritura: ¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él, o el hijo del hombre para que lo visites? (Salmo VIII, 5). ¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él? Te acuerdas de él, como de un ausente; pero al hijo del hombre lo visitas presente. ¿Qué es, te acuerdas del hombre? Salvas a hombres y bestias, Señor: porque también a los malos les das salvación, y a aquellos que no desean el reino de los cielos. Porque los cuida, y no los abandona según su modo, como sus bestias: y no los abandona; sin embargo, como de ausentes se acuerda de ellos. Pero al que visita, es hijo del hombre; y se le dice: Pero los hijos de los hombres bajo la sombra de tus alas esperarán. Y si quieren discernir estos dos tipos de hombres, primero observen a dos hombres, Adán y Cristo. Escuchen al Apóstol: Porque así como en Adán todos mueren, así también en Cristo todos serán vivificados (I Corintios XV, 22). Nacemos de Adán, para morir: resucitamos por Cristo, para vivir siempre. Cuando llevamos la imagen del hombre terrenal, somos hombres: cuando llevamos la imagen del hombre celestial, somos hijos de los hombres; porque Cristo fue llamado Hijo del hombre (Mateo VIII, 20, etc.). Porque Adán era hombre, pero no era hijo del hombre: por eso aquellos pertenecen a Adán que desean los bienes carnales, y esta salvación temporal. Exhortamos a aquellos a ser hijos de los hombres, que bajo la sombra de sus alas esperen, y deseen aquella misericordia que está en el cielo, y que fue anunciada por las nubes. Pero si aún no pueden, al menos no deseen

los bienes temporales, sino de un solo Dios: así también en el Antiguo Testamento sirvan, para que lleguen al Nuevo.

13. Pues aquel pueblo también deseaba bienes terrenales, y el reino de Jerusalén, la sumisión de sus enemigos, la abundancia de frutos, su propia salvación, la salvación de sus hijos. Deseaban tales cosas, y tales cosas recibían, bajo la Ley eran custodiados. Deseaban de Dios bienes que también da a los animales, porque aún no había llegado a ellos el Hijo del hombre, para que fueran Hijos de los hombres: sin embargo, ya tenían nubes anunciando al Hijo del hombre. Llegaron a ellos los Profetas, anunciaron a Cristo: y había allí algunos que entendían, y tenían esperanza futura, para recibir la misericordia que está en el cielo. Había allí quienes no deseaban sino cosas carnales y la felicidad terrenal y temporal. A ellos se les resbalaban los pies para hacer o adorar ídolos. Pues cuando los amonestaba, y los azotaba en todas estas cosas que les deleitaban, y se las quitaba, sufrían hambre, guerras, pestilencias, enfermedades, y se convertían a los ídolos. Tales bienes que debían desear grandemente de Dios, los deseaban de los ídolos, y abandonaban a Dios. Pues veían que esos bienes que buscaban abundaban en los impíos y malvados, y pensaban que adoraban a Dios en vano, porque no les daba recompensa terrenal. ¡Oh hombre! eres trabajador de Dios; después es el tiempo de recibir la recompensa: ¿por qué ya exiges la recompensa antes de trabajar? Si un trabajador viene a tu casa, ¿acaso le darás la recompensa antes, si no ha terminado su obra? Pues lo considerarás perverso, si dice: Primero recibiré la recompensa, y entonces trabajaré. Te enojas. ¿Por qué te enojas? Porque no tuvo fe en el hombre mentiroso. ¿Cómo no se enojará Dios, cuando tú no tienes fe en la misma verdad? Lo que te prometió, te lo dará: no falla, porque es la verdad quien prometió. Pero temes que tal vez no tenga qué dar? Es Omnipotente. No temas, que no haya quien dé; es inmortal. No temas, que no sea sucedido; es perpetuo: estate seguro. Si quieres confiar en tu trabajador todo el día, cree tú también en Dios toda tu vida; porque tu vida es un momento de tiempo para Dios. ¿Y serás, qué? Los hijos de los hombres esperarán bajo el amparo de tus alas.

14. [vers. 9.] Se embriagarán de la abundancia de tu casa. No sé qué grande cosa nos promete. Quiere decirlo, y no lo dice: ¿no puede, o nosotros no lo comprendemos? Me atrevo a decir, hermanos míos, incluso de las santas lenguas y corazones, por los cuales nos fue anunciada la verdad, que no se puede decir lo que anunciaban, ni pensar. Pues es una cosa grande e inefable: y ellos mismos en parte veían en enigma, como dice el Apóstol: Ahora vemos en parte en enigma, entonces empero cara a cara (I Cor. XIII, 12). He aquí que viendo en enigma así exclamaban. ¿Cómo seremos, cuando veamos cara a cara lo que ellos concebían en el corazón, y la lengua no podía dar a luz para que los hombres lo comprendieran? Pues ¿qué necesidad había de que dijera: Se embriagarán de la abundancia de tu casa? Buscó una palabra de las cosas humanas, que pudiera decir: y porque vio a los hombres sumergirse en la embriaguez, y tomar vino en exceso, y perder la mente; vio qué decir, porque cuando se recibe aquella inefable alegría, de algún modo se pierde la mente humana, y se hace divina, y se embriaga de la abundancia de la casa de Dios. Por eso en otro salmo se dice: Tu cáliz embriagador, ¡cuán glorioso es! (Sal. XXII, 5). De este cáliz ya estaban embriagados los Mártires, cuando yendo al martirio, no reconocían a los suyos. ¿Qué tan ebrio, que no reconozca a la esposa llorando, ni a los hijos, ni a los padres? No los reconocían, no creían que estuvieran ante sus ojos. No os maravilléis; estaban ebrios. ¿De qué estaban ebrios? Ved: tomaron el cáliz de donde se embriagaron. Por eso también aquel da gracias a Dios, diciendo: ¿Qué daré al Señor por todos los beneficios que me ha hecho? Tomaré el cáliz de la salvación, e invocaré el nombre del Señor (Sal. CXV, 12, 13). Por tanto, hermanos, seamos hijos de los hombres, y esperemos bajo el amparo de sus alas, y embriaguémonos de la abundancia de su casa. Como pude dije y como puedo veo, y como

veo, no puedo decir. Se embriagarán de la abundancia de tu casa: y el torrente de tu delicia los abregarás. Torrente se llama al agua que viene con ímpetu. Será el ímpetu de la misericordia de Dios, para regar y embriagar a los que ahora ponen su esperanza bajo la sombra de sus alas. ¿Qué es aquella delicia? Como un torrente embriagador de sedientos. Ahora pues, quien tiene sed, ponga su esperanza: quien tiene sed, tenga esperanza, embriagado tendrá la realidad: antes de tener la realidad, tenga sed en la esperanza. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados (Mat. V, 6).

15. [vers. 10.] ¿De qué fuente serás regado, y de dónde corre tal torrente de su delicia? Porque en ti, dice, está la fuente de la vida. ¿Quién es la fuente de la vida, sino Cristo? Vino a ti en carne, para regar tus fauces sedientas: saciará al que espera, quien regó al sediento. Porque en ti está la fuente de la vida, en tu luz veremos la luz. Aquí es una cosa la fuente, otra la luz: allí no es así. Pues lo que es fuente, eso es también luz: y lo que quieras, eso llamas, porque no es lo que llamas; porque no puedes encontrar un nombre adecuado, no permanece en un solo nombre. Si dijeras, que es solo luz, se te diría: ¿En vano entonces se me ha dicho que tenga hambre y sed? Pues ¿quién es el que come luz? Eso ciertamente se me ha dicho correctamente: Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios (Ibid., 6, 8): si es luz, preparo mis ojos. Prepara también tus fauces; porque lo que es luz, también es fuente: fuente, porque sacia a los sedientos; luz, porque ilumina a los ciegos. Aquí a veces en otro lugar luz, en otro fuente. Pues a veces corren fuentes y en tinieblas; y a veces en el desierto padeces el sol, no encuentras fuente: aquí pues pueden estar estas dos cosas separadas, allí no te fatigarás, porque es fuente; no te oscurecerás, porque es luz.

16. [vers. 11.] Extiende tu misericordia a los que te conocen, y tu justicia a los rectos de corazón. Lo que a menudo hemos dicho, que ellos son rectos de corazón, que siguen en esta vida la voluntad de Dios. La voluntad de Dios es a veces que estés sano, a veces que enfermes: si cuando estás sano, la voluntad de Dios es dulce, y cuando enfermas, la voluntad de Dios es amarga; no eres recto de corazón. ¿Por qué? Porque no quieres dirigir tu voluntad a la voluntad de Dios, sino que quieres doblar la de Dios a la tuya. Aquella es recta, pero tú eres curvo: tu voluntad debe corregirse hacia aquella, no aquella doblarse hacia ti: y tendrás el corazón recto. Está bien en este mundo, bendito sea Dios que consuela: se trabaja en el mundo, bendito sea Dios porque corrige y prueba: y serás recto de corazón diciendo, Bendeciré al Señor en todo tiempo, su alabanza estará siempre en mi boca (Sal. XXXIII, 2).

17. [vers. 12.] No venga a mí el pie de la soberbia. Ciertamente ya dijo, Bajo el amparo de tus alas esperarán los hijos de los hombres, y se embriagarán de la abundancia de tu casa. Cuando uno comienza a ser regado más abundantemente de esta fuente, tenga cuidado de no enorgullecerse. Pues no faltaba a Adán el primer hombre: pero le vino el pie de la soberbia, y lo movió la mano del pecador, es decir, la mano del diablo soberbia. Como aquel que lo sedujo, dijo. Pondré mi trono al norte (Isai. XIV, 13): así le persuadió, Probad, y seréis como dioses (Gen. III, 5). Por la soberbia caímos, para que llegáramos a esta mortalidad. Y porque la soberbia nos había herido, la humildad nos sana. Vino Dios humilde, para curar al hombre de tan gran herida de soberbia. Vino, porque el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros (Juan I, 14). Fue apresado por los judíos, se le insultó. Oísteis cuando se leía el Evangelio, qué dijeron, y a quién dijeron, Tienes demonio (Id. VIII, 48): y él no dijo, Vosotros tenéis demonio, porque estáis en vuestros pecados, y el diablo posee vuestros corazones. No dijo esto, que si lo dijera, diría la verdad; pero no era el momento de decirlo, para que no pareciera predicar la verdad, sino devolver un insulto. Dejó lo que oyó, como si no lo hubiera oído. Pues era médico, y había venido a curar al frenético. Como el médico no se preocupa por lo que oye del frenético, sino por cómo se recupere y sane el frenético; ni si recibe un

golpe de él se preocupa; él le hace nuevas heridas, él sana la fiebre antigua: así también el Señor vino al enfermo, vino al frenético, para que lo que oyera, lo que sufriera lo despreciara, enseñándoles con esto la humildad, para que enseñados en la humildad, sanaran de la soberbia; de la cual este pide ser liberado diciendo: No venga a mí el pie de la soberbia; y la mano del pecador no me mueva. Pues si viene el pie de la soberbia, mueve la mano del pecador. ¿Cuál es la mano del pecador? La operación del que sugiere mal. ¿Te has hecho soberbio? Pronto te corrompe, quien sugiere mal. Humilde aférrate a Dios, y no te preocupes mucho por lo que se te diga. De aquí es que en otro lugar se dice: Límpiame de mis ocultos, y de los ajenos perdona a tu siervo (Sal. XVIII, 13, 14). ¿Qué es, De mis ocultos? No venga a mí el pie de la soberbia. ¿Qué es, Y de los ajenos perdona a tu siervo? Ni la mano del pecador me mueva. Guarda lo que está dentro, y no temerás lo de fuera.

18. [vers. 13.] ¿Por qué temes tanto esto? Como si se dijera, Allí cayeron todos los que obran iniquidad; para que llegaran a aquel abismo del que se dijo, Tus juicios son como un abismo grande; para que llegaran a aquel profundo, donde los pecadores que desprecian, cayeron. Cayeron: ¿dónde cayeron primero? En el pie de la soberbia. Escuchad el pie de la soberbia: Que habiendo conocido a Dios, no lo glorificaron como a Dios. Pues les vino el pie de la soberbia, de donde llegaron al profundo: Dios los entregó a las concupiscencias de sus corazones, a hacer lo que no conviene (Rom. I, 21, 24). Temió la raíz del pecado, y la cabeza del pecado quien dijo: No venga a mí el pie de la soberbia. ¿Por qué dijo aquel pie? Porque enorgulleciéndose abandonó a Dios, y se apartó: su pie, su afecto dijo. No venga a mí el pie de la soberbia; y la mano del pecador no me mueva: es decir, que las obras del pecador no me aparten de ti, para que quiera imitarlas. ¿Por qué dice esto contra la soberbia, Allí cayeron los que obran iniquidad? Porque los que ahora son inicuos, en la soberbia cayeron. Por eso cuando el Señor hacía cauta a la Iglesia, dijo: Ella guardará tu cabeza, y tú su talón (Gen. III, 15). La serpiente observa cuándo te viene el pie de la soberbia, cuándo resbalas, para derribarte; pero tú observa su cabeza: el principio de todo pecado es la soberbia (Ecli. X, 15). Allí cayeron los que obran iniquidad: fueron expulsados, y no pudieron estar: primero aquel que no permaneció en la verdad, luego por él aquellos que Dios expulsó del paraíso. De donde aquel humilde que no se dice digno de desatar la correa del calzado, no fue expulsado, sino que está y oye a él, y se goza con gozo por la voz del esposo (Juan I, 27; III, 29), y no por la suya, para que no le venga el pie de la soberbia, y sea expulsado, y no pueda estar.

19. Y si con trabajo a algunos de vosotros os hemos sido tediosos, hemos terminado el Salmo, ha pasado el tedio, y nos alegraremos, porque el Salmo ha sido expuesto por completo. Ya en medio temiendo no cargaros, estaba por dejarlo: pero pensé que nuestra atención se cortaría, y no se volvería así al medio, como si recorriéramos todo; y preferí ser pesado para vosotros, que dejar la obra imperfecta y guardar restos. Pues también os debemos el sermón de mañana: orad por nosotros para que podamos ofrecerlo, y traed fauces hambrientas y corazones devotos.

EN EL SALMO XXXVI EXPOSICIÓN.

SERMON I. De la primera parte del Salmo.

1. El último día se escucha venir terriblemente para aquellos que no quieren estar seguros viviendo bien, y quieren vivir mal por mucho tiempo. Pero Dios quiso ocultar útilmente aquel día, para que siempre esté preparado el corazón para esperar lo que sabe que ha de venir, y cuándo ha de venir no sabe: Porque nuestro Señor Jesucristo nos fue enviado como maestro, también dijo que el Hijo del hombre no sabe aquel día (Marc. XIII, 32), porque en su magisterio no estaba que por él se supiera por nosotros. Pues no hay nada que el Padre sepa

que el Hijo no sepa: ya que la misma ciencia del Padre es aquella que es su sabiduría: pero su sabiduría es su Hijo, su Verbo. Pero porque no nos convenía saber, lo que él conocía, que vino a enseñarnos, no obstante esto que no nos convenía saber; no solo como maestro enseñó algo, sino como maestro no enseñó algo. Pues como maestro sabía y enseñaba lo que convenía, y no enseñaba lo que perjudicaba. Así pues, de algún modo de locución se dice que el Hijo no sabe lo que no enseña: es decir, se dice que no sabe lo que nos hace no saber, como hablamos diariamente, de un modo de locución, como dije. Pues decimos día alegre, porque nos hace alegres; y día triste, porque nos hace tristes; y frío perezoso, porque nos hace perezosos. Como contra se dice por el Señor: Ahora conocí. Se dijo a Abraham: Ahora conocí que temas a Dios (Gen. XXII, 12). Esto Dios lo sabía antes de aquella prueba. Pues aquella prueba se hizo para que nosotros supiéramos lo que Dios ya sabía, y para que se escribiera para nuestra enseñanza, lo que antes del documento él sabía: y tal vez también Abraham aún no sabía qué fuerzas tenía su fe: pues cada uno se reconoce a sí mismo cuando es interrogado por la tentación: como Pedro no sabía qué fuerzas tenía su fe cuando dijo al Señor: Contigo estoy hasta la muerte. Pero el Señor que lo conocía, le predijo dónde fallaría, anunciándole su debilidad, como si tocara la vena de su corazón (Luc. XXII, 33, 34). Por tanto, Pedro, que antes de la tentación presumió de sí mismo, en la tentación aprendió de sí mismo. Así pues, no absurdamente entendemos que también nuestro padre Abraham conoció las fuerzas de su fe, cuando ordenado a inmolar a su único hijo, no dudó ni temió ofrecerlo a quien lo había dado; porque así como no sabía de dónde lo daría aún no nacido, así creyó que podría restaurarlo inmolido. Dijo pues Dios, Ahora conocí: lo que entendemos. Ahora te hice conocer: según las locuciones que hemos recomendado, Frío perezoso, que hace perezosos; y día alegre, que hace alegres: así conociendo, que hace conocedores. De ahí es aquello: El Señor vuestro Dios os prueba, para saber si lo amáis (Deut. XIII, 3). Pues ciertamente darás al Señor nuestro Dios. Al Dios supremo, al Dios verdadero gran ignorancia, lo que ciertamente entenderás que es sacrílego, si así lo tomas, El Señor os prueba para saber, como si él de nuestra tentación concibiera ciencia, en quien había antes ignorancia. Pero ¿qué es, Os prueba, para saber? Os prueba, para haceros saber. Tomad pues de lo contrario la regla de la inteligencia; y como cuando oís a Dios decir, Conocí, entendéis, Os hice conocer: así también cuando oís del Hijo del hombre, es decir de Cristo decir que no sabe aquel día, entendéis que se dice que hace no saber. Pero ¿qué es, hace no saber? Oculta, para que no se sepa lo que no nos conviene que se nos revele. Esto es lo que dije, un buen maestro sabe qué revela, sabe qué oculta: como leemos que algunas cosas las pospuso. De donde entendemos que no todo debe ser revelado, lo que no pueden captar aquellos a quienes se revela. Pues dice en otro lugar: Muchas cosas tengo que deciros, pero no podéis soportarlas ahora (Juan XVI, 12). Dice también el Apóstol: No pude hablarlos como a espirituales, sino como a carnales, como a niños en Cristo os di leche para beber, no alimento: pues no podíais; pero ni aún ahora podéis (I Cor. III, 1, 2). ¿A qué conduce este discurso? Para que ya que sabemos que el último día ha de venir, pero útilmente sabemos que ha de venir y útilmente ignoramos cuándo ha de venir, tengamos el corazón preparado viviendo bien; y no solo no temamos que venga aquel día, sino que también lo amemos. Pues aquel día así como aumenta el trabajo a los infieles, así lo termina para los fieles. Pero ¿cuál de estas dos cosas quieres ser, antes de que venga, ahora está en tu poder; cuando venga, no lo estará. Elige pues mientras hay tiempo: porque Dios lo que misericordiosamente oculta, misericordiosamente lo difiere.

2. Ahora bien, dado que en cualquier tipo de vida que tiene alguna profesión, no todos se encuentran probos, no todos reprobos, de esto se evidencia, porque de ciertos tipos de hombres, que escuchamos propuestos en el Evangelio a modo de similitudes, se concluye así: Uno será tomado, y otro será dejado (Mateo XXIV, 40). Será tomado el bueno, será dejado el

malo. Se ven dos en el campo; la misma profesión es, pero no el mismo corazón. Los hombres ven la profesión, Dios conoce el corazón. Por tanto, cualquiera que sea el campo que signifique. Uno será tomado, y otro será dejado. No como si la mitad fuera tomada, y la mitad dejada: sino que dice dos tipos de hombres. Y si uno de ellos está en pocos, otro en muchos, Uno será tomado, y otro será dejado: esto es, un tipo será tomado, y otro será dejado. Así en la cama, así en el molino. Quizás esperáis qué significan estas cosas: veis que están cubiertas, y envueltas en ciertas similitudes. Puede parecerme una cosa a mí, otra a otro: pero ni yo con lo que diga prescribo a otro para un mejor entendimiento, ni él a mí para aceptar ambos, si ambos concuerdan con la fe. Me parece que en el campo trabajan los que presiden las Iglesias; como dice el Apóstol: Sois labranza de Dios, edificación de Dios. Pues también se dice arquitecto, cuando dice: Como sabio arquitecto puse el fundamento: y agricultor, cuando dice, Yo planté, Apolo regó, pero Dios dio el crecimiento (I Cor. VI, 9, 10). En el molino, por tanto, dijo dos (Mateo XXIV, 41), no dos; creo que esta figura se refiere a los pueblos: porque los superiores gobiernan, los pueblos son gobernados. Y creo que el molino se llama este mundo; porque se gira con una cierta rueda de tiempos, y tritura a sus amantes. Hay, por tanto, quienes no se apartan de las acciones del mundo: pero sin embargo, allí también unos obran bien; otros mal; unos se hacen amigos del mamón de iniquidad, de quienes sean recibidos en las moradas eternas (Lucas XXI, 9), a quienes se dice: Tuve hambre, y me disteis de comer; otros descuidan estas cosas, a quienes se dice allí: Tuve hambre, y no me disteis de comer (Mateo XXV, 35, 42). Por tanto, porque de aquellos que se ocupan en los negocios y obras de este mundo, unos aman hacer el bien a los necesitados, otros lo descuidan: como de dos en el molino, una será tomada, y una será dejada. Creo que la cama se pone por el descanso: porque hay quienes no quieren sufrir las acciones del mundo, como son los hombres casados que tienen casas, familias, hijos; ni hacen algo en la Iglesia, como los superiores que trabajan en la agricultura; sino que como débiles para estas cosas, se retiran al ocio, y aman estar en quietud; como recordando su debilidad, no se comprometen en grandes acciones, y de algún modo en el lecho de su debilidad ruegan a Dios. Y esa profesión tiene buenos, tiene falsos: por tanto, también de estos uno será tomado, y uno será dejado. A cualquier profesión que te vuelvas, prepárate para sufrir a los falsos: de lo contrario, si no te preparas, encontrarás lo que no esperabas, y desfallecerás o te perturbarás. Por tanto, quien te habla te hace preparado para todo, cuando es tiempo de hablarle a él, aún no de juzgar, y de escucharte a ti, aún no de arrepentirse en vano. Pues ahora hay arrepentimiento no en vano: entonces será en vano. Porque entonces no dejarán de arrepentirse los hombres de haber vivido mal: pero de ningún modo la justicia de Dios les devolverá lo que su injusticia perdió. Pues es justo ante Dios, que ahora imparta misericordia, entonces ejerza juicio. Por eso ahora no se calla. ¿Se calla acaso? Que alguien acuse, murmure, si no se recita y canta esta Escritura por todo el mundo; si incluso cesa de ser llevada a la venta públicamente.

3. [vers. 1, 2.] Pero realmente esto te perturba, hombre cristiano, porque ves a los que viven mal ser felices, rodeados de abundancia de estas cosas, estar sanos, sobresalir en dignidades orgullosas, tener su casa intacta, las alegrías de los suyos, las atenciones de los clientes, las más excelsas potencias, nada triste interrumpe su vida: ves costumbres muy malas, percibes riquezas muy abundantes; y tu corazón dice que no hay juicio divino, que todo se lleva por casualidades y se agita por movimientos fortuitos. Pues si Dios, dices, mirara las cosas humanas, ¿florecería la iniquidad de aquel, y mi inocencia sufriría? Toda enfermedad del alma tiene en las Escrituras su medicina: quien, por tanto, está enfermo así, que dice estas cosas en su corazón, beba la poción de este salmo. ¿Qué es? Veamos de nuevo qué decía. ¿Qué decía, dices, sino lo que ves? Los malos florecen, los buenos sufren: ¿cómo ve Dios estas cosas? Toma, bebe: él mismo, de quien murmuras estas cosas, te ha preparado esta

poción: solo no rechaces el saludable brebaje; acomoda por el oído la boca del corazón, y bebe lo que escuchas: No te irrites por los malignos, ni envidies a los que hacen iniquidad. Porque como hierba pronto se secarán, y como hierba del campo pronto caerán. Lo que te parece largo, es pronto para Dios: sométete a Dios, y para ti será pronto. Lo que dice hierba, entendemos que es hierba del campo. Son cosas viles, y que ocupan la superficie de la tierra, no tienen raíz profunda. Por tanto, en invierno están verdes: pero cuando el sol del verano comienza a calentar, se secarán. Ahora, por tanto, es tiempo de invierno, tu gloria aún no aparece: pero si la raíz de tu caridad es profunda, como muchas de las raíces de los árboles en invierno, pasa el frío, vendrá el verano, es decir, el día del juicio: entonces se secará el verdor de la hierba, entonces aparecerá la gloria de los árboles. Porque habéis muerto, dice el Apóstol: como se ven los árboles en invierno, como secos, como muertos. Entonces, ¿qué esperanza hay, si hemos muerto? La raíz está dentro: donde está nuestra raíz, allí también está nuestra vida; porque allí está nuestra caridad. Y vuestra vida, dice, está escondida con Cristo en Dios. ¿Cuándo se seca quien tiene así la raíz? ¿Cuándo será nuestra primavera? ¿Cuándo nuestro verano? ¿Cuándo nos vestirá la dignidad de las hojas, y la abundancia de los frutos nos enriquecerá? ¿Cuándo será esto? Escucha lo que sigue: Cuando Cristo, vuestra vida, aparezca, entonces también vosotros apareceréis con él en gloria (Colosenses III, 3, 4). ¿Qué, entonces, ahora? No te irrites por los malignos, ni envidies a los que hacen iniquidad. Porque como hierba pronto se secarán, y como hierba del campo pronto caerán.

4. [vers. 3, 4.] ¿Qué, entonces, tú? Espera en el Señor. Porque ellos no esperan en el Señor: su esperanza es mortal, su esperanza es caduca, frágil, volátil, transitoria, será vana. Espera en el Señor. He aquí que espero, ¿qué hago? Y haz el bien. No la maldad, que ves en aquellos que florecen mal: haz el bien, y habita la tierra. No sea que hagas el bien fuera de la habitación de la tierra. Porque la tierra del Señor, es su Iglesia: él mismo la riega, él mismo la cultiva ese agricultor Padre (Juan XV, 1). Porque muchos ejercen, por así decirlo, buenas obras, pero porque no habitan la tierra, no pertenecen al agricultor. Por tanto, haz el bien, no fuera de la tierra, sino habita la tierra. ¿Y qué tendré? Y te alimentarás de sus riquezas. ¿Cuáles son las riquezas de esa tierra? Sus riquezas son su Señor, sus riquezas son su Dios. Él es aquel a quien se dice; Mi parte, Señor (Salmo LXXII, 26). Él es aquel de quien se dice: El Señor es la parte de mi herencia y de mi cáliz (Salmo XV, 5). Con reciente sermón hemos recomendado a Vuestra Caridad, tanto que Dios es nuestra posesión, como que nosotros somos posesión de Dios. Escucha que las riquezas de esta tierra son él mismo: ve lo que sigue, Deléitate en el Señor. Como si preguntaras, y dijeras, Muéstrame las riquezas de esa tierra, en la que me mandas habitar; Deléitate, dice, en el Señor, y te dará las peticiones de tu corazón.

5. Recibe significativamente las peticiones de tu corazón. Distingue las peticiones de tu corazón de las peticiones de la carne, distingue cuanto puedas. No en vano se dijo en cierto salmo: Dios de mi corazón. Allí mismo sigue y dice: Y mi parte es Dios para siempre (Salmo LXXII, 26). Por ejemplo, un ciego de cuerpo, ruega ser iluminado. Ruega estas cosas, porque también estas las hace Dios, y estas las concede Dios: pero estas cosas también las ruegan los malos. Esta es una petición de la carne. Se enferma, ruega ser sanado: es sanado para morir. Y esta es una petición de la carne: y si hay cosas tales. ¿Cuál es la petición del corazón? Así como la petición de la carne es, querer que se le reparen los ojos, ciertamente para ver esta luz, que con tales ojos puede ser vista: así la petición del corazón se refiere a otra luz. Porque bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios (Mateo V, 8). Deléitate en el Señor, y te dará las peticiones de tu corazón.

6. [vers. 5, 6.] He aquí que deseo, ruego, quiero: ¿acaso lo cumpliré yo? No. ¿Quién, entonces? Revela al Señor tu camino, y espera en él, y él lo hará. Indícale qué sufres, indícale qué desees. ¿Qué sufres? La carne codicia contra el espíritu, y el espíritu contra la carne

(Gálatas V, 17). ¿Qué, entonces, deseas? ¡Infeliz de mí, quién me libraré de este cuerpo de muerte! Y porque él lo hará, cuando le hayas revelado tu camino, ve lo que sigue: La gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor (Romanos VII, 24, 25). ¿Qué, entonces, hará, porque se ha dicho: Revela al Señor tu camino, y espera en él, y él lo hará: ¿qué hará? Y sacará como luz tu justicia. Porque ahora tu justicia está oculta: es cosa de fe, aún no de visión. Crees algo para hacer, aún no ves lo que crees. Pero cuando comiences a ver lo que creíste, se sacará a la luz tu justicia: porque tu justicia era tu fe (Habacuc II, 4) Porque el justo vivirá por la fe (Romanos I, 17).

7. Y sacará como luz tu justicia, y tu juicio como el mediodía: esto es luz clara. No era suficiente decir, como luz. Porque ya decimos luz también cuando amanece, decimos luz también cuando el sol sale: pero nunca es más clara la luz que al mediodía. No solo, por tanto, sacará como luz tu justicia, sino que tu juicio será como el mediodía. Porque ahora juzgas seguir a Cristo, esto has propuesto, esto has elegido, este es tu juicio: nadie te ha mostrado lo que prometió: aún sostienes al prometedo, pero esperas al exhibido: en el juicio, por tanto, de tu fe elegiste seguir lo que no ves. Tu juicio está oculto, aún es reprendido y ridiculizado por los infieles: ¿Qué has creído? ¿Qué te ha prometido Cristo? ¿Que serás inmortal, y te dará vida eterna? ¿Dónde está esto? ¿Cuándo lo dará? ¿Cuándo puede ser? Sin embargo, juzgas tú más seguir a Cristo prometiendo lo que no ves, que al impío reprendiendo que has creído lo que aún no ves. Y este es tu juicio: y cómo es tu juicio, aún no aparece: en este siglo es como la noche. ¿Cuándo, entonces, sacará tu juicio como el mediodía? Cuando Cristo, nuestra vida, aparezca, entonces también vosotros apareceréis con él en gloria (Colosenses III, 4). Cuando venga el día del juicio, y venga Cristo, y reúna a todas las naciones para ser juzgadas, ¿qué será entonces? ¿Dónde esconderá el impío su perfidia, cuando vea mi fe? ¿Qué, entonces, ahora? Angustias, tribulaciones y tentaciones. Y bienaventurado quien persevera: porque quien persevera hasta el fin, este será salvo (Mateo XXIV, 13). Ni ceda a los que insultan, no elija florecer aquí para convertirse en heno del árbol.

8. [vers. 7-9.] ¿Qué, entonces, debo? ¿Qué debes escuchar: Sométete al Señor, y suplica a él. Que esta sea tu vida, obedecer sus mandamientos. Porque esto es estar sometido a él, y suplicar, hasta que dé lo que prometió. Persevere la buena obra, persevere también la oración. Porque es necesario orar siempre, y no desfallecer (Lucas XVIII, 1). ¿En qué apareces sometido? Haciendo lo que mandó. Pero aún no recibes la recompensa, quizás porque aún no puedes recibirla. Pues ya él puede dar, pero tú no puedes recibir. Ejercítate en obras, trabaja en la viña: al final del día pide la recompensa: fiel es quien te llevó a la viña (Mateo XX, 8). Sométete al Señor, y suplica a él.

9. He aquí que hago; estoy sometido al Señor, y le suplico. Pero, ¿qué te parece? Aquel vecino malvado, actuando mal y floreciendo; sus robos, sus adulterios, sus rapiñas yo los conozco; en todo altivo, soberbio, exaltado por la iniquidad no se digna reconocerme: ¿cómo soportaré estas cosas? Esa es una enfermedad, bebe contra ella: No te irrites por el que prospera en su camino. Prospera, pero en su camino: sufres, pero en el camino de Dios. Su prosperidad está en el camino, en la llegada infelicidad: tu sufrimiento está en el camino, en la llegada felicidad; porque el camino de los impíos perecerá. Conoce el Señor los caminos de los justos, y el camino de los impíos perecerá (Salmo I, 6). Caminas por estos caminos que el Señor conoce; y si sufres en ellos, no te engañan. Pero el camino de los impíos es una felicidad transitoria: terminado el camino, se acabó la felicidad. ¿Por qué? Porque ese camino es ancho, su fin lleva al abismo del infierno. Pero tu camino es angosto, y pocos entran por él (Mateo VII, 13, 14): pero debes pensar a qué amplitud llegan. No te irrites por el que prospera en su camino. En el hombre que hace iniquidad, cesa de la ira, y abandona el furor.

¿Por qué te enojas? ¿Por qué por esa ira e indignación o blasfemas, o casi blasfemas? En el hombre que hace iniquidad, cesa de la ira, y abandona el furor. No sabes a dónde te lleva esa ira. Dirás a Dios que es injusto, allí se dirige. He aquí que aquel por qué es feliz, y aquel infeliz. Ve qué produce: sofoca la mala concepción. Cesa de la ira, y abandona la indignación, para que ya recapacitando digas: Se turbó por la ira mi ojo (Salmo VI, 8). ¿Qué ojo, sino el de la fe? Pregunto al ojo de tu fe: Creíste en Cristo; ¿por qué creíste? ¿Qué te prometió? Si Cristo te prometió la felicidad de este siglo, murmura contra Cristo, murmura contra él, cuando ves al infiel feliz. ¿Qué te prometió de felicidad? ¿Qué sino en la resurrección de los muertos? ¿Qué, entonces, en esta vida? Lo que él mismo: lo que él mismo, digo. ¿O te desdeñas, siervo discípulo, de lo que el Señor, lo que el maestro? ¿No escuchas de él mismo: No es el siervo mayor que su señor, y no es el discípulo sobre el maestro (Juan XIII, 16)? Él por ti dolores, azotes, oprobios, cruz, muerte sufrió. ¿Y cuál de estas cosas se debía al justo? ¿Qué no se te debía a ti pecador? Por tanto, mantén tu ojo recto, no se turbe por la ira: Cesa de la ira, y abandona la indignación. No te irrites para hacer el mal: como imitando a aquel que haciendo el mal florece por un tiempo. No te irrites, para hacer el mal. Porque los que hacen el mal, serán exterminados. Pero veo su felicidad. Cree a aquel que dice: Serán exterminados: porque mejor ve él que tú, cuyo ojo no puede turbarse por la ira. Porque los que hacen el mal, serán exterminados. Pero los que esperan en el Señor. Porque no a algún engañador, sino ciertamente a la misma verdad: no a algún menos poderoso, sino ciertamente al omnipotente. Pero los que esperan en el Señor, ellos poseerán la tierra por herencia. ¿Qué tierra, sino aquella Jerusalén, cuyo amor quien arde, llegará a la paz?

10. [vers. 10.] Pero, ¿cuánto tiempo florecerá el pecador? ¿Cuánto tiempo lo soportaré? Te apresuras: pronto será lo que para ti es largo. La debilidad hace que lo que es pronto parezca largo. ¿Cómo se encuentran los deseos de los enfermos? Nada es tan largo como esperar que se temple una copa para el sediento. Ciertamente, sus allegados se apresuran, no sea que el enfermo se ofenda. ¿Cuándo será? ¿Cuándo se cocinará? ¿Cuándo se dará? Hay rapidez en aquellos que te sirven, pero tu debilidad considera largo lo que se hace pronto. Así que vean a nuestro médico consolando al enfermo que dice: ¿Cuánto tiempo duraré? ¿Cuánto tiempo será? Y aún un poco, y no habrá pecador. Ciertamente gimes entre los pecadores, gimes por el pecador: un poco, y no habrá. No sea que, porque te dije, Los que esperan en el Señor, ellos poseerán la tierra por herencia, pienses que esta espera es larguísima; espera un poco, recibirás sin fin lo que esperas. Aún un poco: un poco. Recuerda los años desde Adán hasta el día de hoy, recorre las Escrituras: ayer casi cayó él del paraíso. Han pasado y transcurrido tantos siglos. ¿Dónde están los tiempos pasados? Así pasarán ciertamente los pocos que quedan. Si vivieras todo ese tiempo, desde que Adán fue expulsado del paraíso hasta el día de hoy; ciertamente verías que tu vida no ha sido larga, que así se habría desvanecido. Pero, ¿cuánto dura la vida de cada hombre? Añade cuantos años quieras, lleva una vejez larguísima, ¿qué es? ¿No es acaso una brisa matutina? Así que el día del juicio está lejos, cuando será la retribución de los injustos y los justos: ciertamente tu último día no puede estar lejos. Prepárate para él. Porque tal como salgas de esta vida, así serás devuelto a aquella vida. Después de esta pequeña vida aún no estarás donde estarán los santos, a quienes se les dirá: Venid, benditos de mi Padre, recibid el reino preparado para vosotros desde el principio del mundo (Mat. XXV, 34). Aún no estarás allí, ¿quién no lo sabe? Pero ya podrás estar allí, donde aquel pobre ulceroso, aquel rico soberbio y estéril en medio de sus tormentos lo vio de lejos descansando (Luc. XVI, 23). Puesto en ese descanso, ciertamente esperas seguro el día del juicio, cuando recibirás también el cuerpo, cuando serás transformado, para ser igual a un ángel. Entonces, ¿cuánto es lo que nos apresuramos y decimos: ¿Cuándo será? ¿Será tarde?

Esto dirán nuestros hijos, y esto dirán nuestros nietos: y cuando cada uno de los que se suceden diga esto, así pasará lo que aún será un poco, como ha pasado todo lo que ya es pasado. ¡Oh enfermo! Aún un poco, y no habrá pecador.

11. Y buscarás su lugar, y no lo encontrarás. Muestra lo que dijo, no habrá: no porque no existirá en absoluto, sino porque no podrá ser de ninguna utilidad. Pues si no existiera en absoluto, tampoco sería atormentado: ya entonces se ha dado seguridad al pecador, para que diga: Haré lo que quiera mientras viva, después no seré. ¿No habrá quien sufra, no habrá quien sea atormentado? ¿Y dónde está, Id al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles (Mat. XXV, 41)? Pero tal vez enviados a ese fuego no serán, y serán consumidos. No se les diría, Id al fuego eterno; porque si no fueran a existir, no sería eterno. Y sin embargo, lo que les sucederá allí, si será una consumición total, o dolor y tormento, no lo ocultó el Señor diciendo: Allí habrá llanto y crujir de dientes (Id. VIII, 12). ¿Cómo entonces llorarán y rechinarán los dientes, si no existirán? ¿Cómo entonces aquí Aún un poco, y no habrá pecador, sino como explicó en el siguiente verso, Y buscarás su lugar, y no lo encontrarás? ¿Qué es, su lugar? Su utilidad. ¿Tiene alguna utilidad el pecador? Tiene. Aquí Dios lo utiliza para probar al justo, como usó al diablo para probar a Job, como usó a Judas para entregar a Cristo. Hay, pues, en esta vida algo que hacer con el pecador. Este es, pues, su lugar, como es en el horno del orfebre el lugar de la paja. Arde la paja, para que el oro sea purificado: así se enfurece el impío, para que el justo sea probado. Pero cuando haya pasado el tiempo de nuestra prueba, cuando no haya quienes sean probados, no habrá por quienes sean probados. ¿Acaso porque dijimos, No habrá quienes sean probados, no existirán ellos mismos? Pero porque ya no habrá necesidad de pecadores por quienes los justos sean probados: Y buscarás su lugar, y no lo encontrarás. Ahora busca el lugar del pecador, lo encontrarás. De un pecador hizo Dios un látigo, le dio honor, le dio poder. A veces hace esto; da al pecador poder, de ahí son azotadas las cosas humanas, de ahí son corregidos los piadosos. A ese pecador se le devolverá lo que se le debe: y sin embargo, se ha hecho de él algo de lo que el piadoso progresa, de lo que el impío decae. Buscarás su lugar, y no lo encontrarás.

12. [vers. 11.] Pero los mansos heredarán la tierra. Esa tierra de la que hemos hablado a menudo, la santa Jerusalén, que será liberada de esta peregrinación, y vivirá eternamente con Dios y de Dios. Por tanto, heredarán la tierra. ¿Cuáles serán sus delicias? Y se deleitarán en la abundancia de paz. Que aquí se deleite aquel impío en la abundancia de oro, en la abundancia de plata, en la abundancia de esclavos, en la abundancia finalmente de baños, rosas, embriaguez, banquetes muy lujosos y suntuosos. ¿Es este el poder que envidias, es esta la flor que te deleita? ¿No es cierto que aunque siempre fuera así, sería digno de lamentar? Pero, ¿cuáles serán tus delicias? Y se deleitarán en la abundancia de paz. Tu oro será paz, tu plata será paz, tus propiedades serán paz, tu vida será paz, tu Dios será paz. Todo lo que deseas, será paz para ti. Porque aquí el oro que es, no puede ser plata para ti; lo que es vino, no puede ser pan para ti; lo que es luz para ti, no puede ser bebida: tu Dios será todo para ti. Lo comerás, para que no tengas hambre; lo beberás, para que no tengas sed; serás iluminado por él, para que no seas ciego; serás sostenido por él, para que no desfallezcas; te poseerá todo entero, todo íntegro. No sufrirás estrechez allí con aquel con quien posees todo: tendrás todo, y él tendrá todo; porque tú y él seréis uno, lo que uno todo y él tendrá quien os posee. Estas son las reliquias para el hombre pacífico. Esto cantamos: un verso que está lejos en este salmo de los versículos tratados. Pero porque lo cantamos, debemos cerrar con él. Tú solo estate seguro; guarda la inocencia, es un bien precioso. ¿Quieres robar algo, creo, para adquirir? Mira dónde pones la mano, y de dónde tomas. Con esto quieres adquirir, con esto pierdes: adquieres dinero, pierdes inocencia. Despierte más bien tu corazón: quien quería adquirir dinero y pierde inocencia, pierda más bien el dinero: Guarda la inocencia, y mira la

rectitud, porque Dios te dirigirá, para que todo lo que él quiera, tú también lo quieras: esa es la rectitud. Pues si tú no quieres lo que Dios quiere, estarás torcido, y tu torcedura no te permitirá enderezarte. Guarda, pues, la inocencia, mira la rectitud: y no pienses que al terminar esta vida, el hombre ha terminado; porque hay reliquias para el hombre pacífico.

SERMO II. De la segunda parte del Salmo.

1. Hablar del salmo a vuestra Caridad, se nos ha ordenado, y debíamos obedecer. Pues el Señor quiso, debido a la abundancia de lluvias, retrasar nuestro viaje; y se nos ordenó que nuestra lengua no estuviera ociosa aquí con vosotros, ya que sois siempre el negocio de nuestro corazón, como nosotros el vuestro. Ya habíamos recomendado la voluntad de Dios en este salmo, lo que quiere enseñarnos, lo que quiere advertirnos, contra qué quiere que estemos cautos, y qué quiere que toleremos, y qué esperemos. Pues hay dos tipos de hombres, justos e inicuos, mezclados en esta tierra y en esta vida. Cada uno de estos tipos tiene sus propias intenciones en su corazón. El tipo de los justos se esfuerza por lo sublime a través de la humildad: el tipo de los inicuos se inclina hacia lo inferior a través de la soberbia. Este se deprime para levantarse, aquel se exalta para caer. De ahí que un tipo tolere, el otro sea tolerado; y se proponga a los justos ganar para la vida eterna incluso a los inicuos, y se proponga a los inicuos devolver mal por bien, y si es posible, privar de la vida temporal a aquellos que desean para sí la vida eterna. Pues tanto el injusto como el justo se soportan con dificultad: son una carga el uno para el otro. Nadie duda de que estos dos son una carga el uno para el otro, pero con diferentes intenciones. Pues el justo es una carga para el injusto porque no quiere que sea injusto, sino que sea justo, y lo desea con votos, y lo intenta con hechos: el injusto, sin embargo, odia al justo de tal manera que no quiere que exista, no para que sea bueno. Pues cuanto más bueno es, tanto más es una carga para su iniquidad. Y ciertamente se esfuerza, si es posible, para hacerlo injusto; pero si no puede, lo elimina del medio, y lo quita de su tedio y molestia. Pero incluso si lo hace injusto, no obstante será una carga para él. Pues no solo el justo es una carga para el injusto, sino que dos injustos apenas se soportan: y cuando parecen amarse, se deben conciencia, no amistad. Pero entonces concuerdan entre sí, cuando conspiran para la perdición del justo, no porque se amen, sino porque odian juntos a quien debía ser amado. Contra este tipo de hombres, nuestro Señor Dios nos impone tolerancia y aquel afecto de caridad que conocemos en el Evangelio, cuando el Señor nos ordena y dice: Amad a vuestros enemigos, y haced bien a los que os odian (Matth. V, 44). Como también el Apóstol: No te dejes vencer por el mal, sino vence el mal con el bien (Rom. XII, 21). Lucha con el mal, pero desde la bondad. Pues esa es la verdadera contienda, o más bien la lucha saludable, para que el bueno esté contra el malo, no para que haya dos malos.

2. [vers. 12, 13.] Así que miren al Salmo. Las primeras partes ya han sido tratadas, siguen estas. El pecador observará al justo, y crujirá los dientes contra él: pero el Señor se burlará de él. ¿De quién? Ciertamente del pecador que cruje los dientes contra el justo. ¿Por qué se burlará el Señor de él? Porque ve que viene su día. Parece amargo, cuando amenaza al justo sin saber su hora del mañana: pero el Señor ve, y prevé su día. ¿Qué día? El de la retribución a cada uno según sus obras (Matth. XVI, 27). Pues atesora para sí ira en el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios (Rom. II, 5). Pero el Señor lo prevé, tú no lo prevés; te lo ha indicado quien lo prevé. No es poca parte del conocimiento, unirse al que sabe. Él tiene los ojos del conocimiento, tú ten los de la fe. Lo que Dios ve, créelo tú. Pues vendrá el día del injusto, que Dios prevé. ¿Qué día? El de su castigo. Pues es necesario que se vengue en el impío, se vengue en el injusto, ya sea que se convierta, ya sea que no se convierta. Pues si se convierte, en él mismo se vengará; porque pereció la iniquidad. ¿No se burló el Señor previendo el día de dos inicuos, de Judas el traidor y de Saulo el perseguidor (Act. I y IX)?

Previó el día de uno para el castigo, el del otro para la justicia. En ambos se vengó: aquel está destinado a los fuegos del infierno, este fue derribado por la voz celestial. Así que también tú, que sufres al iniquo, prevé con los ojos de la fe con Dios su día; y cuando lo veas enfurecerse contra ti, di para ti: Este o corregido, estará conmigo; o perseverando, no estará conmigo.

3. [vers. 14-16.] Pues, ¿qué? ¿La injusticia del injusto te daña a ti, y no le daña a él? ¿Cómo puede ser que su iniquidad, que procede de su indignación y odio para dañarte, no lo devaste primero a él por dentro, antes de tentarte a ti por fuera? La adversidad oprime tu cuerpo, la iniquidad pudre su alma. Pues cualquier cosa que te profiera, en él recae. Pues su persecución te purifica, a él lo hace culpable. ¿A quién, pues, le daña más? He aquí que enfurecido te despojó: ¿quién es golpeado con un daño más grave, quien pierde dinero, o quien pierde la fe? Saben dolerse de estos daños, quienes tienen el ojo interior. Pues a muchos les brilla el oro, la fe no les brilla. Pues tienen ojos para ver el oro: para ver la fe, no tienen. Pues si tuvieran y vieran, ciertamente más amarían: y sin embargo, cuando se les rompe la fe, claman, hacen envidia, y dicen: ¡Oh fe! ¿dónde está la fe? Ámala para exigirla; ámala para exhibirla. Así que porque todos los que persiguen a los justos, son golpeados con un daño más grave, y son afligidos con una perdición más grave, cuando en ellos se devasta el mismo alma; sigue, y muestra esto el Salmo: Sacaron espada los pecadores, tensaron su arco: para derribar al pobre y al necesitado, para matar a los rectos de corazón. Que su espada entre en su corazón. Es fácil que su espada, es decir, su espada llegue a tu cuerpo, como llegó la espada de los perseguidores a los cuerpos de los mártires; pero golpeado el cuerpo, el corazón permaneció ileso: pero el corazón de aquel que sacó la espada contra el cuerpo del justo, ciertamente no permaneció ileso. Esto lo testifica este salmo. No dijo que su espada entre en su cuerpo: sino, Que su espada entre en su corazón. En el cuerpo quisieron matar, en el alma mueran. Pues a aquellos cuyos cuerpos quisieron matar, el Señor los hizo seguros, diciéndoles: No temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma (Matth. X, 28). ¿Qué es entonces enfurecerse con la espada, y no poder matar sino el cuerpo del enemigo, y poder matar su propia alma? Desvarían, se enfurecen contra sí mismos, enloquecen, no se ven: como si alguien quisiera atravesar su cuerpo con un hierro, para desgarrar la túnica de otro. Atiendes a dónde has llegado, y no atiendes por dónde has atravesado: desgarraste su vestidura, tu carne. Consta, pues, que se dañan más a sí mismos los inicuos, y que se dañan más a sí mismos, que lo que parecen dañarse a aquellos que odian. Que su espada, pues, entre en su corazón. Es sentencia del Señor, de otra manera no puede ser. Y su arco se romperá. ¿Qué es, su arco se romperá? Que sus insidias sean frustradas. Pues antes había dicho: Sacaron espada los pecadores, tensaron su arco. Quiso que se entendiera la extracción de la espada como una oposición abierta: pero la tensión del arco, quiso que se entendieran las insidias ocultas. He aquí que su espada mata a él, y la disposición de sus insidias se frustra. ¿Qué es, se frustra? No daña al justo. ¿Cómo, pues, no le dañó, por ejemplo, a quien así despojó, a quien al quitarle sus bienes lo llevó a la angustia? Tiene algo que cantar, Mejor es lo poco del justo que las muchas riquezas de los pecadores.

4. [vers. 17.] Pero los inicuos son poderosos, y hacen mucho, y les sobra el efecto de las cosas; la celeridad de la acción, la obediencia sigue al mandato. ¿Acaso siempre será así? Porque los brazos de los pecadores serán quebrados. Sus brazos, pues, su poder. ¿Qué hará en el infierno? ¿Acaso lo que hace aquel rico, que en el mundo superior se banqueteaba, en el inferior era atormentado (Luc. XVI, 19, 24)? Sus brazos, pues, serán quebrados. Pero el Señor sostiene a los justos. ¿Cómo los sostiene? ¿Qué les dice? Lo que se dice en otro salmo: Espera en el Señor, actúa con valentía, y se fortalecerá tu corazón, y espera en el Señor (Psal. XXVI, 14). ¿Qué es esto, Espera en el Señor? Por un tiempo sufres, eternamente no sufrirás: breve es tu molestia, eterna será tu bienaventuranza: por un poco de tiempo sufres, sin fin te

alegrarás. Pero entre las molestias comienzas a flaquear. Se te propone el ejemplo y las pasiones de Cristo. Mira lo que soportó por ti, quien no tenía por qué soportar. Por mucho que sufras, no llegarás a aquellas injurias, a aquellos azotes, a aquella vestidura ignominiosa, a aquella corona de espinas, finalmente a aquella cruz no llegarás, porque ya también ha sido quitada del castigo del género humano. Pues cuando bajo los antiguos los malvados eran crucificados, ahora nadie es crucificado. Ha sido honrada, y ha terminado. Ha terminado en el castigo, permanece en la gloria. De los lugares de suplicio ha hecho tránsito a las frentes de los emperadores. Quien dio tanto honor a sus penas, ¿qué guarda para sus fieles? Con estas cosas, con estas palabras, con estas exhortaciones, con este tal ejemplo sostiene a los justos el Señor. Que se enfurezcan cuanto quieran, y cuanto se les permita a los pecadores: sostiene a los justos el Señor. Cualquier cosa que le suceda al justo, atribúyela a la voluntad divina, no al poder del enemigo. Puede enfurecerse: herir, si él no quiere, no puede. Y si él quiere que hiera, sabe cómo recibir a su siervo: Porque a quien ama el Señor, corrige: y azota a todo hijo que recibe (Hebr. XII, 6). ¿Por qué, pues, se jacta el iniquo, porque mi Padre hizo de él un látigo? Lo asume para el ministerio, me instruye para la herencia. No debemos atender cuánto permite a los injustos, sino cuánto guarda para los justos.

5. Pero también debemos desear para aquellos por quienes somos azotados, que se conviertan y sean azotados. Así instruía a sus fieles, quien había hecho de Saulo un azote para sí mismo, pero después lo convirtió y a Saulo. Y cuando el Señor le dijo al santo Ananías, por quien Saulo fue bautizado, que debía recibir a Saulo porque era un vaso de elección; Ananías respondió, temiendo y estremeciéndose al escuchar la fama de Saulo como perseguidor: "Señor, he oído de este hombre cuántas persecuciones ha hecho a tus santos en Jerusalén, y ahora, habiendo recibido cartas, va para que dondequiera que encuentre a los que invocan tu nombre, los arrastre y los ate, y los lleve ante los sumos sacerdotes". Y el Señor respondió: "Déjalo, yo le mostraré cuánto debe sufrir por mi nombre" (Hechos 9, 13-16). "Le devolveré", dijo, "me vengaré de él; y sufrirá por mi nombre, quien se ensañó contra mi nombre. Instruyo o he instruido a otros a través de él, y lo instruiré a él mismo a través de otros". Esto se cumplió, y sabemos cuánto soportó Saulo, mucho más de lo que había hecho, como un avaro cobrador que recibe con intereses lo que dio.

6. Pero veamos si en él se cumplió lo que ahora dice el Salmo: "El Señor confirma a los justos". No solo, dice el mismo Pablo, cuando sufría muchos males, "sino que también nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia, la paciencia prueba, la prueba esperanza, y la esperanza no defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado" (Romanos 5, 3-5). Bien; claramente ya justo, ya confirmado. Así como aquellos que lo perseguían no le hacían daño a él ya confirmado, tampoco él a aquellos a quienes perseguía. "El Señor confirma a los justos". Escucha otras voces del justo confirmado. "¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, angustia, hambre, desnudez, persecución?" (Romanos 8, 35). ¿Cómo se aferraba, quien no se separaba por tales cosas? "El Señor confirma a los justos". Algunos profetas descendieron de Jerusalén, y llenos del Espíritu Santo profetizaron a Pablo que sufriría mucho en Jerusalén: de tal manera que uno de ellos, llamado Ágabo, desató su cinturón y se ató, como suele hacerse, para mostrar con estos signos las cosas futuras, diciendo: "Como me ven atado, así debe ser atado este hombre en Jerusalén". Los hermanos, advertidos por esta respuesta a Saulo, ya Pablo, comenzaron a disuadirlo, rogándole y aconsejándole que no se expusiera a tantos peligros, y que no fuera a Jerusalén. Pero él, que ya estaba en el número de aquellos de quienes se dijo: "El Señor confirma a los justos", dijo: "¿Por qué quebrantan mi corazón? No considero mi vida preciosa para mí mismo". Porque ya les había dicho a aquellos que había engendrado en el Evangelio: "Y yo mismo me gastaré

por vuestras almas" (2 Corintios 12, 15). "Porque yo", dijo, "no solo estoy dispuesto a ser atado, sino también a morir por el nombre del Señor Jesucristo" (Hechos 21, 11-13).

7. [vers. 18.] "El Señor confirma a los justos". ¿Cómo los confirma? "El Señor conoce los caminos de los inmaculados". Cuando sufren males, se cree por los ignorantes, por aquellos que no saben ver los caminos de los inmaculados, que caminan por caminos malos. Aquel que los conoce, sabe por qué camino lleva a sus mansos. Por eso dijo en otro salmo: "Dirigirá a los mansos en el juicio, enseñará a los mansos sus caminos" (Salmo 24, 9). ¿Cómo creen que los hombres detestaban al pobre ulceroso que yacía ante la puerta del rico? (Lucas 16, 20). ¿Cómo tal vez lo escupían cerrando las narices? Pero el Señor sabía cómo guardarle el paraíso. ¿Y cómo deseaba para sí la vida de aquel que se vestía de púrpura y lino fino, y banqueteara espléndidamente cada día? Pero el Señor, que veía su día, conocía sus futuros tormentos, y tormentos sin fin. Por lo tanto, "El Señor conoce los caminos de los inmaculados".

8. Y su herencia será para siempre. Esto lo tenemos en la fe: ¿acaso el Señor en la fe? El Señor conoce aquello con tanta manifestación, en cuanto no podemos decir, cuando seremos igualados a los ángeles. Porque no nos serán tan manifiestas las cosas que serán manifiestas, como lo son para aquel que no puede ser cambiado. Sin embargo, ¿qué se ha dicho de nosotros? "Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que seremos: sabemos que cuando se manifieste, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal como es" (1 Juan 3, 2). Por lo tanto, se nos guarda un espectáculo dulce que no podemos describir: y si se puede pensar en parte en enigma y a través de un espejo, de ninguna manera se puede decir la belleza de esa dulzura, que Dios guarda para los que le temen, y perfecciona para los que esperan en él (Salmo 30, 20). Allí se preparan nuestros corazones en todas las tribulaciones y tentaciones de esta vida. No te maravilles, porque en los trabajos te preparas: te preparas para algo grande. De ahí aquella voz del justo confirmado: "No son comparables los sufrimientos de este tiempo presente con la gloria futura que se revelará en nosotros" (Romanos 8, 18). ¿Cuál será nuestra futura gloria, sino igualarnos a los ángeles y ver a Dios? ¿Cuánto más vale para un ciego, que le sane los ojos para ver esta luz? Cuando aquel ha sido sanado, no encuentra qué digno devolver a su sanador: por mucho que le dé, ¿qué dará igual a lo que él le ha dado? Por mucho que dé, dará oro, y mucho oro dará: él le ha dado la luz. Para que sepa que no da nada, vea en las tinieblas lo que da. ¿Qué, entonces, daremos nosotros a aquel médico, que sana nuestros ojos interiores, para ver una cierta luz eterna, que es él mismo? ¿Qué le daremos? Busquemos, encontremos, si podemos; y en las angustias de nuestra búsqueda exclamemos: "¿Qué daré al Señor por todos sus beneficios para conmigo?" ¿Y qué encuentra? "Tomaré el cáliz de la salvación, e invocaré el nombre del Señor" (Salmo 115, 12-13). "¿Podéis", dice, "beber el cáliz que yo he de beber?" (Mateo 20, 22). De ahí a Pedro: "¿Me amas? Apacienta mis ovejas" (Juan 21, 17): por las cuales bebería el cáliz del Señor. "El Señor confirma a los justos". "El Señor conoce los caminos de los inmaculados, y su herencia será para siempre".

9. [vers. 19.] "No se avergonzarán en el tiempo malo". ¿Qué significa "No se avergonzarán en el tiempo malo"? En el día de la tribulación, en el día de las angustias no se avergonzarán: como se avergüenza aquel a quien la esperanza engaña. ¿Quién es el que se avergüenza? Aquel que dice: "No encontré lo que esperaba". No sin razón: esperabas de ti mismo, o esperabas de un amigo humano: maldito el que pone su esperanza en el hombre (Jeremías 17, 5). Te avergüenzas, porque te engañó la esperanza, te engañó la esperanza puesta en la mentira: porque todo hombre es mentiroso (Salmo 115, 11). Pero si pones tu esperanza en tu Dios, no te avergonzarás; porque aquel en quien pusiste tu esperanza, no puede ser engañado. Por eso también aquel justo confirmado, a quien mencioné hace poco, puesto en el tiempo

malo, en el día de la tribulación, porque no se avergonzaba, ¿qué dice? "Nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia, la paciencia prueba, la prueba esperanza, y la esperanza no defrauda". ¿Por qué la esperanza no defrauda? Porque está puesta en Dios. Por eso sigue, "Porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado". Ya se nos ha dado el Espíritu Santo, ¿cómo nos engaña aquel de quien tenemos tal prenda? "No se avergonzarán en el tiempo malo: y en los días de hambre serán saciados". Porque hay aquí una cierta saciedad de ellos. Pues los días de hambre son los de esta vida: mientras otros tienen hambre, ellos son saciados. Porque aquel de quien se gloriaba diciendo, "Nos gloriamos en las tribulaciones", ¿si padeciera escasez interiormente? Parecían angustias por fuera, pero interiormente había amplitud.

10. [vers. 20.] ¿Qué hace el hombre malo cuando comienza a ser atribulado? Por fuera no tiene nada, todo le ha sido quitado, en su conciencia no hay consuelo: no hay a dónde ir, porque las cosas son duras; no hay a dónde entrar, porque las cosas son malas. Por eso le sucede lo que sigue: "Porque los pecadores perecerán". ¿Para quienes no hay lugar en ninguna parte, cómo no perecerán? No hay consuelo en lo externo, no hay en lo interno. Están fuera de nosotros, de quienes no hay consuelo. Y todos los que no tienen a Dios, sirven al dinero, a la amistad, a la gloria, a las riquezas del mundo, y cualquier bien corporal, no pueden consolarse interiormente, como se consolaba aquel lleno de abundancia interior, y de esa abundancia exclamando: "El Señor dio, el Señor quitó, como al Señor le plació, así se hizo; bendito sea el nombre del Señor" (Job 1, 21). Por lo tanto, para esos pecadores no hay lugar en lo que está fuera, porque allí sufren tribulaciones: su conciencia no los consuela; no están bien consigo mismos, porque no puede estar bien con el mal. Cualquiera que sea malo, está mal consigo mismo: necesariamente se atormenta a sí mismo con su propio tormento. Él mismo es su castigo, a quien atormenta su conciencia. Huye del enemigo a donde pueda, ¿de sí mismo a dónde huirá?

11. Así, uno de la parte de Donato vino a nosotros, acusado y excomulgado por los suyos, buscando aquí lo que había perdido allí. Pero como no pudo ser recibido, sino en el lugar que debía: no desertó de esa parte como íntegro entre ellos, para que apareciera que lo hizo no por necesidad, sino por elección: porque allí no pudo tener lo que buscaba, buscaba una vana elevación y un falso honor, y como aquí no encontró lo que perdió allí, él mismo pereció. Gemía herido, y no se consolaba: porque había en su conciencia horribles agujijones silenciosos. Intentamos consolarlo con la palabra de Dios: pero él no era de las sabias hormigas, que en verano recogen para vivir en invierno. Porque cuando las cosas están tranquilas, entonces el hombre debe recoger la palabra de Dios, y guardarla en lo más íntimo de su corazón, como la hormiga esconde en cavernosos escondites los trabajos del verano (Proverbios 6, 6, y 30, 25). Porque en verano tiene tiempo para hacerlo: pero viene el invierno, es decir, sobreviene la tribulación; y si no encuentra dentro lo que comer, necesariamente perecerá de hambre. Este, por lo tanto, no había recogido para sí la palabra de Dios, sobrevino el invierno, no encontró aquí lo que buscaba, no podía consolarse sino de allí, pero de la palabra de Dios de ninguna manera. No tenía nada dentro de sí, no encontraba fuera lo que buscaba: ardía con las llamas de la indignación y el dolor, su mente era violentamente agitada, y tanto tiempo en secreto, hasta que incluso estalló en algunos gemidos, de tal manera que sonaba entre los hermanos, y no sabía que se le escuchaba. Lo veíamos, y nos dolía mucho, Dios lo sabe, tanto castigo del alma, tantas cruces, tantos infiernos, tantos tormentos. ¿Qué más? Impaciente del lugar humilde, que si fuera sabio, podría ser un lugar saludable, apareció de tal manera que incluso fue expulsado. Sin embargo, no debemos desesperar de otros, hermanos, que tal vez elijan la verdad, no sigan la

necesidad. Porque no se debe desesperar tanto de los demás, que ni siquiera de este desesperemos, mientras viva. De nadie que viva se debe desesperar. Por lo tanto, hermanos, de esta ocasión debió saber vuestra Caridad, para que no os diga alguien otra cosa. Pues el subdiácono de ellos, que, cuando no se le movió ninguna cuestión allí, eligió la paz católica y la unidad, y dejando a aquellos vino, vino realmente como eligiendo lo que es bueno, no como rechazado por los malos: así fue recibido, que nos alegramos de su conversión, y lo recomendamos a vuestras oraciones. Porque Dios es poderoso, quien puede hacerlo aún mejor. Sin embargo, de nadie se debe pronunciar en ninguna parte, ya sea en buena o mala. Porque mientras aquí se vive, siempre se ignora el día de mañana. "No se avergonzarán en el tiempo malo, y en los días de hambre serán saciados: porque los pecadores perecerán".

12. "Los enemigos del Señor, tan pronto como se gloríen y se exalten, se desvanecerán como el humo". Reconoced la cosa que insinuó con esta similitud. El humo, al salir del fuego, se eleva en alto, y con esa elevación se hincha en un gran globo: pero cuanto más grande es ese globo, tanto más vano se vuelve; porque de esa magnitud no fundada y sólida, sino colgante e inflada, se va al aire y se disuelve, para que veas que esa misma magnitud le ha perjudicado. Porque cuanto más se eleva, cuanto más se extiende, cuanto más se difunde en un mayor ámbito, tanto más se vuelve más delgado, y se desvanece, y no aparece. "Los enemigos del Señor, tan pronto como se gloríen y se exalten, se desvanecerán como el humo". De tales se ha dicho: "Como Janes y Jambres resistieron a Moisés, así también estos resisten a la verdad: hombres de mente corrupta, reprobados en cuanto a la fe". ¿De dónde resisten a la verdad, sino de la inflación de su hinchazón, yendo a los vientos, elevándose como justos y grandes? ¿Qué dice de ellos? Como del humo: "Pero no progresarán más; porque su demencia será manifiesta a todos, como lo fue la de aquellos" (2 Timoteo 3, 8-9). "Los enemigos del Señor, tan pronto como se gloríen y se exalten, se desvanecerán como el humo".

13. [vers. 21.] "El pecador presta, y no paga". Recibe, y no devuelve. ¿Qué no devuelve? Acción de gracias. ¿Qué quiere Dios de ti, o qué exige Dios, sino lo que te beneficia? ¿Y cuántas cosas ha recibido el pecador, por las cuales no paga? Recibió ser, recibió ser hombre, y mucho se diferencia entre él y el animal; recibió la forma del cuerpo, recibió en el cuerpo la distinción de los sentidos, para ver los ojos, para oír los oídos, para oler las narices, para gustar el paladar, para tocar las manos, para caminar los pies, y la misma salud del cuerpo. Pero aún estas cosas las tenemos en común con el animal: recibió también más, es decir, una mente que puede entender, que puede captar la verdad, que puede discernir lo justo de lo injusto, que puede indagar, desear al Creador, alabar y adherirse a él. Todas estas cosas recibió también el pecador, pero no viviendo bien no devuelve lo que debe. Por lo tanto, "el pecador presta, y no paga", no devuelve a aquel de quien recibió, no da gracias: más bien devuelve males por bienes, blasfemias, murmuración contra Dios, indignación. Por lo tanto, "él presta, y no paga: pero el justo se compadece, y presta". Aquel, por lo tanto, no tiene nada, este tiene. Ved la pobreza, ved las riquezas. Aquel recibe, y no paga: este se compadece, y presta; le abunda. ¿Qué si es pobre? Aun así es rico. Tú solo pon tus ojos piadosos en sus riquezas. Porque miras el cofre vacío, no miras la conciencia llena de Dios. No tiene facultad externa, pero tiene caridad interna. De la caridad cuánto da, y no se agota. Porque si tiene facultad externa, da esa caridad, pero de lo que tiene: pero si no encuentra fuera lo que dar, da benevolencia, presta consejo, si puede; presta ayuda, si puede: al final, si no puede ayudar ni con consejo ni con ayuda, al menos ayuda con su deseo, o ora por el afligido, y tal vez es más escuchado que quien da pan. Siempre tiene de dónde dar, quien tiene el pecho lleno de caridad. Esa es la caridad, que se llama también buena voluntad. Dios no exige de ti más de lo que te ha dado dentro. Porque la buena voluntad no puede estar vacía. Porque teniendo buena voluntad, aunque no te sobre dinero, no lo das al pobre: los

pobres entre sí se prestan de la buena voluntad, no son infructuosos entre sí. Ves al ciego ser guiado por el vidente: porque no tenía monedas que dar al necesitado, le prestó sus ojos al que no tenía. ¿De dónde se hizo esto, para que prestara sus miembros al que no tiene, sino porque dentro había buena voluntad, el tesoro de los pobres? En el cual tesoro hay dulcísimo descanso, y verdadera seguridad. A ese tesoro no se admite ladrón, ni se teme naufragio. Guarda consigo lo que tiene dentro, sale desnudo, y está lleno. "El justo, por lo tanto, se compadece, y presta".

14. [vers. 22.] "Porque los que lo bendicen, poseerán la tierra en herencia": como aquel justo, verdaderamente el único justo y justificador, que también fue pobre aquí, y trajo grandes riquezas, con las cuales hizo ricos a los que encontró pobres. Porque él es quien con el Espíritu Santo enriqueció los corazones de los pobres, y las almas vacías confesando pecados, llenó de la opulencia de la justicia; quien pudo hacer rico al pescador, despreciando lo que tenía, y obteniendo lo que no tenía (Mateo 4, 19). Porque Dios eligió lo débil del mundo, para confundir a lo fuerte (1 Corintios 1, 27). Y no de un orador hizo un pescador, sino que del pescador ganó un orador, del pescador ganó un senador, del pescador ganó un emperador. "Porque los que lo bendicen, poseerán la tierra en herencia": serán sus coherederos, en aquella tierra de los vivientes, de la cual se dice en otro salmo: "Tú eres mi esperanza, mi porción en la tierra de los vivientes" (Salmo 141, 6). "Tú eres mi porción", dice a Dios, y no dudó en hacer de Dios su porción. "Poseerán la tierra en herencia". Pero los que lo maldicen, perecerán. Para que bendigan los que bendicen, se les ha concedido. Porque se llegó a los que maldicen, y se hicieron bendecidores: y ya así perecieron los que lo maldecían, cuando por su don se hicieron bendecidores, a quien por su mal lo maldecían, por su bien lo bendicen.

15. [vers. 23.] Miren lo que sigue: Los pasos del hombre son dirigidos por el Señor, y Él desea su camino. El mismo hombre, para desear el camino del Señor, tiene sus pasos dirigidos por el mismo Señor. Pues si el Señor no dirigiera los pasos del hombre, serían tan torcidos que siempre irían por caminos errados, y siguiendo sendas curvas no podrían regresar. Pero vino Él, y llamó, y redimió, y derramó su sangre: dio este precio, hizo estos bienes, y sufrió males. Observa lo que hizo; es Dios: observa lo que sufrió; es hombre. ¿Quién es este Dios hombre? Si tú, oh hombre, no hubieras abandonado a Dios, Dios no se habría hecho hombre por ti. ¿Acaso no era suficiente para ti como recompensa o don suyo, que te hiciera hombre, si no se hiciera hombre por ti? Él es quien dirigió nuestros pasos, para que deseáramos su camino. Los pasos del hombre son dirigidos por el Señor, y Él desea su camino.

16. Ya cuando sigues el camino de Cristo, no te prometas prosperidades mundanas. Caminó por lo difícil, pero prometió grandes cosas. Síguelo. No solo atiendas por dónde vas a ir, sino también a dónde vas a llegar. Soportarás dificultades temporales, pero llegarás a alegrías eternas. Si deseas soportar el trabajo, atiende a la recompensa. Pues también el trabajador en la viña desfallecería, si no atendiera a lo que va a recibir. Pero cuando atiendas a lo que vas a recibir, todo lo que sufres te parecerá insignificante, y no lo considerarás digno de lo que vas a recibir. Te maravillarás de recibir tanto por tan poco trabajo. Pues ciertamente, hermanos, por el descanso eterno se debería soportar un trabajo eterno; y al recibir la felicidad eterna, deberías soportar pasiones eternas: pero si soportaras un trabajo eterno, ¿cuándo llegarías a la felicidad eterna? Así sucede, que necesariamente tu tribulación es temporal, y al finalizar llegarás a la felicidad infinita. Sin embargo, hermanos, podría ser larga la tribulación por la felicidad eterna. Por ejemplo, ya que nuestra felicidad no tendrá fin, nuestra miseria y nuestro trabajo y nuestras tribulaciones podrían ser prolongadas. Pues aunque fueran de mil años, compara mil años con la eternidad: ¿qué comparas con lo infinito, por grande que sea, lo

finito? Diez mil años, diez veces cien mil, si se puede decir, y mil millares, que tienen fin, no pueden compararse con la eternidad. A esto se añade que Dios no solo quiso que tu trabajo fuera temporal, sino también breve. Toda la vida del hombre es de pocos días, aunque no se mezclaran alegrías con dificultades, que ciertamente son más y más largas que las dificultades; y por eso las dificultades son más breves y menos numerosas, para que podamos soportarlas. Si, por tanto, durante toda su vida el hombre estuviera en trabajos y en miserias, en dolores, en tormentos, en prisión, en azotes, en hambre y sed todos los días, todas las horas, durante toda su vida hasta la vejez, son pocos días toda la vida del hombre: al pasar este trabajo, vendrá el reino eterno, vendrá la felicidad sin fin, vendrá la igualdad con los ángeles, vendrá la herencia de Cristo, vendrá Cristo coheredero. ¡Por cuánto trabajo cuánta recompensa recibimos! Los veteranos que trabajan en la milicia, y se mueven entre heridas tantos años, comienzan a militar desde la juventud, salen ancianos; y para tener pocos días tranquilos en su vejez, cuando ya la misma edad comienza a agobiarlos, a quienes las guerras no agobian, cuántas dificultades soportan; qué caminos, qué fríos, qué soles, cuántas necesidades, qué heridas, qué peligros. Y no atienden a soportar todo esto, sino a esos pocos días tranquilos de su vejez, a los que no saben si llegarán. Por tanto, los pasos del hombre son dirigidos por el Señor, y Él desea su camino. De aquí comencé a decir: si deseas el camino de Cristo, y eres verdaderamente cristiano, pues verdaderamente es cristiano quien no desprecia el camino de Cristo, sino que desea seguir el camino de Cristo a través de sus pasiones, no desees ir por otro camino que por aquel por el que Él fue. Parece duro, pero es el camino seguro: otro quizás tenga delicias, pero está lleno de ladrones. Y Él desea su camino.

17. [vers. 24.] Cuando caiga, no se turbará, porque el Señor sostiene su mano. He aquí lo que es desear el camino de Cristo. Le sucede que sufra alguna tribulación, alguna deshonra, alguna injuria, alguna aflicción, alguna pérdida, y cualquier otra cosa que abunda en esta vida para el género humano: se propone a sí mismo a su Señor, cuántos tipos de tentaciones sufrió: y no se turbará cuando caiga, porque el Señor sostiene su mano; porque Él sufrió primero. ¿Qué temerás, oh hombre, cuyos pasos han sido dirigidos, para que desees el camino del Señor? ¿Qué temerás? ¿Dolores? Cristo fue azotado (Mat. XXVII, 26). ¿Temerás injurias? Escuchó, "Tienes un demonio", quien expulsaba demonios (Juan VIII, 48). ¿Quizás una facción y conspiración de malvados? Se conspiró contra Él (Id. IX, 22). No puedes quizás mostrar tu buena conciencia en alguna acusación, y sufres que se escuchen falsos testigos contra ti. Contra Él primero dijeron falso testimonio, no solo antes de la muerte, sino también después de la resurrección. Se indujeron falsos testigos, para que fuera condenado por los jueces (Mat. XXVI, 60): se acercaron falsos testigos, los guardias al sepulcro. Resucitó Él con tan gran milagro; la tierra conmovida reveló al Señor resucitante. Allí estaba también la tierra custodiando la tierra; pero la tierra más dura no pudo ser cambiada. Anunció la verdad, pero fue seducida por la falsedad. Pues los guardias dijeron a los judíos lo que habían visto, y lo que había sucedido: recibieron dinero, y se les dijo: "Decid que mientras dormíais vinieron sus discípulos y lo robaron" (Id. XXVIII, 12). He aquí falsos testigos, y contra el resucitado. ¡Cuánta ceguera en los falsos testigos, cuánta ceguera, hermanos! Pues suelen sufrir esto los falsos testigos, que se ciegan, y dicen contra sí mismos sin saber de dónde aparece que son falsos testigos. ¿Qué dijeron contra sí mismos? "Mientras dormíamos, vinieron sus discípulos y lo robaron". ¿Qué es esto? ¿Quién es el que da testimonio? El que dormía. A tales narradores no les creería, ni siquiera si me contaran sus sueños. ¡Insensata locura! Si estabas despierto, ¿por qué lo permitiste? Si dormías, ¿cómo lo supiste?

18. Así también estos hijos de ellos, como recordarán, y no debe omitirse por la ocasión. Pues tanto más debemos recordar su vanidad, cuanto más buscamos su salvación. He aquí que el cuerpo de Cristo sufre falsos testigos, soporta el cuerpo lo que precedió en la cabeza. No es

de extrañar, y ahora no faltan al cuerpo de Cristo difundido por todo el mundo quienes digan: "Progenie de traidores". Falso testimonio dices. Allí te convenzo de falso testigo, siguiendo pocas palabras. Tú me dices: "Eres traidor". Yo te digo: "Eres mentiroso". Pero tú nunca pruebas mi traición: yo pruebo aquí mismo tu mentira en estas mismas palabras tuyas. Ciertamente allí dijiste que afilamos nuestras espadas: recita los hechos de tus Circunceliones. Ciertamente allí dijiste que omites lo robado: recita los Hechos, donde hiciste la procuración para exigir. Ciertamente allí dijiste: "Solo ofrecemos los Evangelios": recita tantas órdenes de los jueces, por las cuales perseguiste a los separados de ti: recita las súplicas al emperador apóstata, a quien dijiste que solo la justicia tiene lugar con él. ¿O acaso la apostasía de Juliano te parece parte del Evangelio? He aquí que te tengo como mentiroso. ¿Qué dijiste de mí que deba creerse? Aunque no encontrara de dónde mostrar que dices falsedad, basta con mostrar que eres mentiroso. ¿Qué dices? Tal como tú, tales los demás. Pues con razón enviaste tales palabras a todos: quisiste que abundara la sociedad de la mentira, para que no te avergonzaras solo de la mentira.

19. Pero, dice, valga en Caeciliano el juicio de nuestros padres. ¿Por qué valdrá? Porque los obispos juzgaron. Valga también en ti, lo que los Maximianistas juzgaron. Pues primero, como creo que sabéis, los obispos que consintieron con Maximiano, aún diácono suyo, vinieron a Cartago, como se tiene en la Tractatoria, que también adjuntaron a los Hechos, cuando litigaron sobre la casa con el procurador de aquel que omite lo robado. Por tanto, primero enviaron la Tractatoria sobre él, quejándose de que no quiso salir a ellos: pues esto principalmente se quejaron. Mira cómo Dios les devolvió lo que dijeron de Caeciliano. Maravillosa similitud: quiso Dios después de tantos años revolverles en la cara lo que sucedió, para que no encuentren de qué disimular ni por dónde escapar. Dirían que olvidaron lo que sucedió antes; Dios no les permite olvidar: y ojalá les valga para su salvación. Pues Dios hizo esto por su misericordia, si consideran lo que se ha hecho. Poned, pues, ante vuestros ojos, hermanos, la unidad entonces del orbe terráqueo, de donde se dividieron estos contra Caeciliano: poned ahora también la parte de Donato, de donde se dividieron los Maximianistas contra Primiano. Lo que entonces aquellos hicieron contra Caeciliano, esto ahora estos hicieron contra Primiano. Por eso los Maximianistas se dicen más verdaderos Donatistas, porque realmente imitaron los hechos de sus mayores. Pues así erigieron a Maximiano contra Primiano, como aquellos erigieron a Majorino contra Caeciliano; y así se quejan estos de Primiano, como aquellos de Caeciliano. Pues si recordáis, dijeron aquellos que Caeciliano no quiso salir a ellos, consciente de su conciencia; pero él conocía su facción: así también estos se quejan de que Primiano no quiso salir a ellos. ¿Por qué se concede a Primiano conocer la facción de los Maximianistas, y no se concede a Caeciliano conocer la facción de los Donatistas? Aún no estaba ordenado Maximiano, se decían crímenes de Primiano: vinieron los obispos, quisieron que saliera a ellos: no salió, como indica su Tractatoria insertada en los Actos. No salió: no lo repruebo, más bien lo alabo. Si viste alguna facción, no debiste salir a los facciosos, sino guardar tu causa para un juicio mejor de tu parte. Pues quedaba una gran parte de Donato, donde Primiano podía purgarse: por eso no quiso salir a aquellos que ya habían conspirado con facción. Ves cómo alabamos tu consejo contra los Maximianistas, atiende bien también la causa de Caeciliano: no quieres como hermano; como extraño, juzga así. No quisiste salir, ¿qué te dices? Estos conspiraron con facción contra mi salvación, están corrompidos contra mí: si me entrego a ellos, hago perjuicio a mi causa: no saldré a ellos, que se guarde mi causa para mejores y más autorizados. Buen consejo. ¿Qué si esto dijo Caeciliano? Aunque te costará mostrar qué otra cosa corrompió a estos contra ti Lucila, y quizás no lo encuentres; lo que él entonces conocía tan bien, que después se reveló en los Hechos. Pero viste no sé qué oculto, se te anunció algo temible. Concedo a tu temor esta cautela: hiciste bien, no salir a tales; pues había otros que podían

juzgar de ti. Atiende ahora a Caeciliano: tú te guardaste Numidia, él el orbe terráqueo. Pero si quieres que valgan contra él las sentencias de entonces de los Donatistas, valgan ahora contra ti las sentencias de los Maximianistas: los obispos lo condenaron a él; los obispos también a ti. ¿Por qué después llevaste tu causa, y venciste allí a los Maximianistas; como él después llevó su causa, y venció allí a los Donatistas? Lo que entonces se hizo, parece ante los ojos vuelto con un ejemplo maravilloso y manifiesto, que los Maximianistas se quejan de Primiano, como todos estos se quejaron de Caeciliano. Es maravilloso, hermanos, cómo me conmuevo, cómo doy gracias a Dios: porque verdaderamente la misericordia de Dios formó el ejemplo para iluminar a estos, si son sabios. Por tanto, si os place un poco, hermanos, porque también esto Dios nos ha dado en las manos, escuchad el concilio de los Maximianistas.

20. A los santísimos hermanos y colegas en toda África.---Toda su unidad a través de África. Pero aquí con ellos está la Católica: en otras partes del mundo ellos no están con la Católica.--A los santísimos hermanos y colegas establecidos en toda África, es decir, en la provincia Proconsular, Numidia, Mauritania, Bizacena y Trípoli; y también a los presbíteros y diáconos, a todos los pueblos que militan con nosotros en la verdad del Evangelio, Victorino, Fortunato, Victoriano, Migginus, Saturnino, Constancio, Candorio, Inocencio, Cresconio, Florencio, Salvio, otro Salvio, Donato, Geminio, Pretextato.---Él es el de Assur, a quien después recibieron: aquel que pronunció sentencia sobre sí mismo, lo recibió después.---Maximiano, Teodoro, Anastasio, Donatiano, Donato, otro Donato, Pomponio, Pancracio, Januariario, Secundino, Pascasio, Cresconio, Rogatiano, otro Maximiano, Benenato, Gaiano, Victorino, Guntasio, Quintasio, Feliciano.---Este es el de Musti que aún vive; pero tal vez sea otro de otro lugar. Después, los que suscriben mencionan los lugares de donde era cada uno.--Salvio, Migginus, Próculo, Latino, y los demás que estuvimos en el concilio en Cabarsussi, en el Señor, eterna salvación. Nadie que no sepa, hermanos amadísimos, de los sacerdotes de Dios, no por voluntad propia, sino por impulso de la ley divina, tanto para dictar sentencia sobre los culpables, como para remover justamente y con mérito la infligida a los inocentes. Pues no estará exento de peligro quien perdone al culpable o intente condenar al inocente: especialmente cuando está escrito: «No matarás al inocente y justo, y no absolverás al culpable» (Éxodo XXIII, 7). Advertidos por este Edicto de la Ley, nos fue necesario escuchar y discutir la causa de Primiano, a quien el pueblo santo de la Iglesia de Cartago había elegido como obispo en el redil de Dios, a petición de las cartas de los ancianos de la misma Iglesia, para que, una vez aclarado todo, pudiéramos purgar al inocente, lo cual era deseable; o ciertamente mostrar que el culpable había sido condenado por sus propios méritos. Pues lo más deseable para nosotros era que el pueblo santo de la Iglesia de Cartago se alegrara de ser elevado por un obispo que fuera santo en todo y en nada reprochable. Por eso, ciertamente, el sacerdote del Señor debe ser tal, que lo que el pueblo no pueda lograr ante Dios por sí mismo, él lo merezca obtener por el pueblo: porque está escrito, «Si el pueblo peca, el sacerdote orará por él; pero si el sacerdote peca, ¿quién orará por él?» (I Samuel II, 25).---Incluso los Apóstoles escribieron a los pueblos para que oraran por ellos, y los Apóstoles orando decían: Perdona nuestras deudas (Mateo VI, 12); y el apóstol Juan dijo: Tenemos un abogado ante el Padre, Jesucristo el justo, y él es la propiciación por nuestros pecados (I Juan II, 1-2). Pero aquello está escrito sobre aquel sacerdote que ellos no entienden, para que el pueblo fuera advertido en la profecía de que debía reconocer a un sacerdote tal, por quien nadie pudiera orar. ¿Quién es, pues, por quien nadie ora, sino aquel que intercede por todos? Porque entonces el sacerdocio era levítico, donde el sacerdote entraba en el santuario y ofrecía sacrificios por el pueblo; pero tenía la imagen, no la verdad de un cierto sacerdote futuro; pues entonces incluso los sacerdotes eran pecadores, como los demás hombres: queriendo

Dios advertir al pueblo por la profecía, que ya debía desearse un sacerdote tal, que intercediera por todos, y por quien nadie orara, señalando a tal, advirtió y dijo: Si el pueblo peca, el sacerdote orará por él; pero si el sacerdote peca, ¿quién orará por él? Por tanto, oh pueblo, elige un sacerdote tal, por quien no te veas obligado a orar, sino de cuya oración por ti puedas estar seguro. Él es nuestro Señor Jesucristo, un solo sacerdote, un solo mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús (I Timoteo II, 5).---Por tanto, los escándalos de Primiano, y su singular maldad, provocaron en sí mismo el juicio celestial, de modo que era necesario cortar completamente al autor de estos crímenes: quien recién ordenado,---Ya ya se dicen sus crímenes.---Impulsando a los presbíteros del mencionado pueblo a una conjuración de impía conspiración, les pidió como si fuera un derecho precario, que para condenar a cuatro diáconos, hombres ilustres y aprobados por méritos singulares, a saber, Maximiano, Rogatiano, Donato, y también Salgamio,---Entre estos cuatro estaba el autor del cisma, cortando un fragmento del fragmento, y no lamentándose de haber sido cortado de la integridad.---Sin vacilar le prometieran prestar su consentimiento.---Esto hizo con ellos: ellos no quisieron prometerle, pero guardaron silencio: él no dudó en cumplir por sí mismo el crimen planeado.---Asombrados por su mala presunción, cuando refutaron el asunto con silencio, no dudó en cumplir por sí mismo el crimen planeado, hasta el punto de que pensó que debía pronunciar sentencia sobre Maximiano el diácono, un hombre, como es conocido por todos, inocente, sin causa, sin acusador, sin testigo, ausente y postrado en cama.---¡Vean el crimen!---Quien ya antes había condenado a clérigos con furia no disímil. Pues cuando unía a los incestuosos contra la ley y los decretos de todos los sacerdotes a la santa comunión, y cuando la mayor parte del pueblo se oponía, incluso con cartas de los más nobles ancianos, para que corrigiera por sí mismo lo que había cometido, poseído por su temeridad, despreció enmendarse. Movidos por esto, los ancianos de la mencionada Iglesia enviaron cartas y legados a todo el coro, en las que no sin lágrimas suplicaron que viniéramos a ellos con más fervor, para que, con un juicio ponderado, exploradas las intenciones, se purgara la reputación de la Iglesia. Por lo tanto, cuando según las cartas de los mencionados venimos, él, ardiendo en su propia razón, evitó completamente nuestro arribo.---Saben lo que se le objeta, porque la parte de Donato ya se ha vuelto incestuosa. Esto estaba en la regla, Cualesquiera que fueran aquellos con quienes se hubiera comunicado, tales se vuelven todos y toda la masa. Por lo tanto, si dicen la verdad, toda la parte de Donato ya es incestuosa. Que salgan claramente los numidios; y digan, No nos concierne si aquellos incestuosos, no sé quiénes, los admitiste a tu comunión: ¿podría perjudicar a los que están tan lejos? Si, por lo tanto, no quieren que les perjudique a ustedes que están en Numidia, lo que se hace en Cartago; ¿lo que se hace en África podría perjudicar a todo el mundo? Siempre se acusan a sí mismos de lo que se defienden, y nos excusan.---Evitó completamente nuestro arribo.---Lo que ellos se quejaron de Ceciliano.---Quien con ánimo rebelde por todas partes, permaneció en el mal, de modo que, con una multitud de perdidos contratada,---Esto ya es más. Esto no lo dijeron de Ceciliano: vean qué cosas.---Y oficiales obtenidos, asediaron las puertas de las basílicas.---Para que no entraran los obispos.---quienes nos prohibieron entrar y celebrar los solemnes. Si esto conviene que lo haga un obispo, si a los cristianos les es lícito admitirlo, si esto lo proclaman los Evangelios, que lo pruebe o juzgue quien sea amante o defensor de la verdad. Pues esto nos infligió un hermano alguna vez propio, lo que nunca haría un extraño.--¿Qué más? Dicen muchas cosas y condenan al hombre: pero ya leamos la condena misma.---Todos los sacerdotes de Dios, presentes el Espíritu Santo, decretamos que este mismo Primiano, primero porque ha subrogado a otros obispos sobre los vivos; porque ha mezclado a los incestuosos con la comunión de los santos; porque ha intentado obligar a los presbíteros a entrar en conjuración; porque ha hecho que el presbítero Fortunato sea arrojado a una cloaca, cuando asistía con el bautismo a los enfermos; porque ha negado la comunión al presbítero Demetrio, para obligarlo a repudiar a su hijo; porque el mismo presbítero fue

reprendido por haber hospedado a obispos; porque el mencionado Primiano envió una multitud que destruyera las casas de los cristianos; porque los obispos y clérigos fueron asediados y luego apedreados por sus secuaces; porque los ancianos fueron golpeados en la basílica, porque no soportaban que se admitiera a los claudianistas a la comunión; porque pensó que los clérigos inocentes debían ser condenados; porque no quiso presentarse para ser escuchado por nosotros, cuando cerró las puertas de las basílicas con una multitud y con el Oficio para que no entráramos; porque rechazó injuriosamente a los legados enviados por nosotros a él; porque usurpó muchos lugares, primero por la fuerza, luego por autoridad judicial.---Se omite lo de los robos: cuando el apóstol Pablo dice: ¿Se atreve alguno de vosotros, teniendo pleito con otro, a ser juzgado ante los injustos, y no ante los santos? (I Corintios VI, 1). Veán qué crimen le han imputado, porque no quiso tratar sobre los lugares ante los obispos, sino ante un juez.---Además de otras faltas ilícitas que por la honestidad de nuestro estilo hemos callado, ha sido condenado perpetuamente por el coro sacerdotal: para que, al ser tocado, la Iglesia de Dios no se manche con contagio o algún crimen. Lo cual el mismo apóstol Pablo exhorta y advierte: «Pero os mandamos, hermanos, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que os apartéis de todo hermano que ande desordenadamente» (II Tesalonicenses III, 6). Y así, no olvidando la pureza de la Iglesia, hemos considerado conveniente advertir con esta nuestra Tractatoria a todos los santos consagrados, y a todos los clérigos, y a todos los pueblos que se recuerdan cristianos, que todos eviten con diligente cuidado su comunión, como la de un condenado. Pues él mismo dará cuenta de su propia ruina, quien intente violar este nuestro decreto no escuchándolo. Nos ha parecido bien a nosotros y al Espíritu Santo, que se reserve tiempo para los tardos en convertirse, bajo la condición de que cualquiera de los consagrados o clérigos que, olvidando su salvación, desde el día de la condena del mencionado Primiano, es decir, desde el día octavo de las Calendas de Julio hasta el día octavo de las Calendas de Enero, no se hayan apartado de la comunión del condenado Primiano, sean constreñidos por tal sentencia. También los laicos, a menos que se separen de su compañía desde el mencionado día de su condena, antes del día de Pascua futura, no podrán ser reformados en la Iglesia sino por penitencia, si es que lo recuerdan. Victorino, obispo de Munatia, he suscrito. Fortunato, obispo de Dionisia, he suscrito. Victoriano, obispo de Carcabia, he suscrito. Florencio, obispo de Adrumeto, he suscrito. Migginus, obispo de Elefantaria, he suscrito. Inocencio, obispo de Tebalta, he suscrito. Miggin por mi colega Salvio, obispo de Membressa, he suscrito. Salvio, obispo de Ausafa, he suscrito. Donato, obispo de Sabrata, he suscrito. Gemelio, obispo de Tanabaeis, he suscrito.---De los mismos condenadores han suscrito también Pretextato de Assur y Feliciano de Musti.---Pretextato, obispo de Assur, he suscrito. Maximiano, obispo de Stabata, he suscrito. Datiano, obispo de Camiceta, he suscrito. Donato, obispo de Fisciana, he suscrito. Teodoro, obispo de Usula, he suscrito. Victoriano, por mandato del colega Agnosio, obispo, he suscrito. Donato, obispo de Cebresuta, he suscrito. Natalico, obispo de Thela, he suscrito. Pomponio, obispo de Macriana, he suscrito. Pancracio, obispo de Baliano, he suscrito. Enero, obispo de Aquena, he suscrito. Secundo, obispo de Jacondiana, he suscrito. Pascasio, obispo de Vico de Augusto, he suscrito. Creso, obispo de Conjustiaca, he suscrito. Rogatiano, obispo, he suscrito. Maximiano, obispo de Erumina, he suscrito. Benenato, obispo de Tugutiana, he suscrito. Ritanus, obispo, he suscrito. Gaiano, obispo de Tigual, he suscrito. Victorino, obispo de Leptimagna, he suscrito. Guntasio, obispo de Benefa, he suscrito. Quintasio, obispo de Capsa, he suscrito. Feliciano, obispo de Musti, he suscrito. Victoriano, por delegación de Migginus, obispo, he suscrito. Miggius, obispo, he suscrito. Latino, obispo de Mugia, he suscrito. Próculo, obispo de Girbita, he suscrito. Donato, obispo de Sabrata, por mi hermano y colega Marratio, he suscrito. Próculo, obispo de Girbita, por mi colega Gallion, he suscrito. Secundiano, obispo de Prisiana, he suscrito. Helpidio, obispo de Tusdrita, he suscrito. Donato, obispo de Samurdata, he suscrito. Getulico, obispo de Victoriana, he

suscrito. Annibonio, obispo de Robauta, he suscrito. También Annibonio, solicitado por mi colega el obispo de Augendiar, he suscrito. Tertulo, obispo de Abita, he suscrito. Primuliano, obispo, he suscrito. Secundino, obispo de Arusiana, he suscrito. Máximo, obispo de Pittana, he suscrito. Crescentiano, obispo de Murra, he suscrito. Donato, obispo de Belma, he suscrito. Perseverancio, obispo de Tebertina, he suscrito. Faustino, obispo de Bina, he suscrito. Víctor, obispo de Altibura, he suscrito. Todos en número cincuenta y tres.

21. Dignense prestar un poco de atención. Esta es tu condena. Le decimos: ¿Qué quieres? ¿que tenga peso o no? Yo apoyo: digo absolutamente, porque todos estos dijeron falsedades sobre ti; y escucha por qué lo creo: Porque ante otros jueces obtuviste tu causa, y estos fueron condenados. Si por lo tanto te creo inocente por esto, porque no saliendo hacia los facciosos, en otro lugar mostraste tu inocencia, de modo que aquellos que te condenaron merecieron la condena; digna aceptar a Ceciliano como inocente, quien no quiso salir hacia tus mayores, y así guardó su causa para el mundo, como tú guardaste la tuya para el concilio de los numidios. Si la sede de Bagai te hizo inocente, ¿cuánto más la sede Apostólica a él? ¿O quieres que valgan los que primero condenaron? Si valen; valen contra ti. Pues ellos contra Ceciliano ni valieron, ni valdrán: sin embargo, atiende lo que los jueces dictaron contra ti.

22. Ahora aquí se atreven a decir: Pero nosotros que después condenamos a los maximianistas, éramos más. Entonces valga vuestra sentencia sobre Feliciano, y valdrá la de ellos sobre Ceciliano. Donde hicieron el concilio en Bagai, también condenaron a Feliciano: ahora Feliciano está dentro: o fue recibido culpable, o fue condenado inocente. Si por lo tanto recibes al culpable por la paz de Donato; cede a todas las naciones por la paz de Cristo: si por error vuestro fue condenado inocente; ¿pudieron errar trescientos diez condenando a Feliciano, y no pudieron errar setenta condenando a Ceciliano? ¿Qué dicen entonces? Cuando escuchan que se les dice, Los maximianistas los condenaron primero, recurren, y dicen: Pero nosotros éramos más los que condenamos a los maximianistas. A ambos se les responde rápidamente, porque también sus primeros condenaron a Ceciliano. Si los primeros valen, que los primianistas cedan al concilio de los maximianistas: si los más valen, que los donatistas cedan al mundo: no creo que haya nada más justo. Son pocos los maximianistas: pero son los primeros. Un culpable no hace a otro culpable. Si piensas esto, ¿cómo pudiste condenar siendo condenado? porque entre los condenadores también él está escrito, y no guardaron el lugar del que defiende su causa. Pero Ceciliano de otra manera: se le guardó el lugar del hombre que defiende su causa, como lo tiene la misma sentencia; porque ni fue recibido en la comunión sino purgado. Pero este se encuentra aquí condenado por los jueces, allí entre los jueces condenando. Pero que sea esta la equidad del concilio de Bagai: concedemos todo absolutamente. Mal te condenaron los maximianistas: mal condenaron también aquellos primeros vuestros a Ceciliano. Tú te purgaste en Bagai: él se purgó en el juicio transmarino. A este juicio consintió todo el mundo. ¿Qué vas a decir? Somos más que los maximianistas. Sean más: tratemos entonces del número: ve cuánta es la diferencia. Los maximianistas te condenaron ausente, cuando no quisiste salir hacia ellos: Esto es similar, así también ellos condenaron ausente a Ceciliano, cuando evitó su facción: pero tú de nuevo en los ausentes hiciste que se dictaran sentencias en el concilio de Bagai: pero Ceciliano presente, con el adversario presente, fue purgado. Luego otra gran diferencia: los jueces numidios ante los que te purgaste, tú mismo los elegiste, tú los constituiste, los maximianistas no los pidieron: pero ante aquellos a quienes Donato fue vencido por Ceciliano, los jueces los pidió la parte de Donato. Ahora te responden los maximianistas, y con razón dicen: Nosotros primero vinimos a ti de tu provincia, de la diócesis que te pertenece, obispos; y quisimos escuchar tu causa: nos despreciaste, no saliste a nosotros. Si temiste nuestro juicio, al menos hubiéramos elegido jueces juntos, no irías a los que tú quisieras. Vean cuánta es la diferencia.

Pero entonces los mismos donatistas con sus cartas pidieron al Emperador que designara jueces: desaprobaron a aquellos ante quienes fueron vencidos, a quienes antes de ser vencidos pidieron: se les dieron otros a su petición, y allí fueron vencidos: apelaron al Emperador, y allí fueron vencidos. Una vez fue vencido ausente el maximianista, y calla: y tres veces vencido presente el donatista no calla.

23. Pero disputas sobre el número con los maximianistas. Como dije, te apoyo. Trescientos diez son más que cien, o cuantos fueron los que condenaron a Primiano de parte de Maximiano: ¿crees que los miles de obispos por todo el mundo que condenaron a Donato de parte de Ceciliano no tienen peso? Pero me dirás: ¿Acaso miles de obispos condenaron a los donatistas de todo el mundo? Muy bien, no los condenaron. ¿Por qué no los condenaron? Porque no participaron en el juicio. Si no participaron en el juicio, por eso no los condenaron, porque no conocieron en absoluto esa causa. ¿Por qué te separaste de los inocentes? Viene aquí a ti del mundo alguien bautizado, a quien quieres rebautizar: y tú ya ejerciendo el ministerio letal, y queriendo repetir lo que se da una vez y no se pierde, se acerca a ti con gran voz y gemido, y te dice: ¿Qué es lo que quieres hacer? ¿rebautizarme? dice, no sé quién de Mesopotamia, no sé quién de Siria, no sé quién de Ponto, o establecido más lejos. Respondes: Porque no tienes bautismo. ¿Por qué? Lee las Epístolas del Apóstol dadas a mí. Viene no sé quién de Galacia, de Ponto, viene no sé quién de Filadelfia, a las cuales escribió Juan (Apocalipsis I, 4); viene de Colosas, viene de Filipos, de Tesalónica: ¿Yo no tengo bautismo al que escribió el Apóstol, por quien tú lo tienes? ¿Te atreves a leer mi epístola, quien detestas mi paz?

SERMO III. De la tercera parte del Salmo.

1. [vers. 25.] La última parte de este salmo quedó sin discutir y sin tratar con ustedes. Por lo tanto, como veo, no según nuestra disposición, pero sí según su propia disposición, el Señor nos ha llamado a rendir la deuda. Estén atentos, hermanos, para que, si podemos con la ayuda de Dios, ahora paguemos lo que sabemos que debemos. ¿Quién es el que dice lo que acabamos de cantar? Fui joven, y ahora soy viejo, y no he visto al justo desamparado, ni a su descendencia mendigando pan. Si habla como un solo hombre, ¿cuánto tiempo es la vida de un hombre? ¿Y qué gran cosa es que un hombre situado en alguna parte de la tierra durante toda su vida, tan breve como es la vida humana, aunque haya llegado a la vejez desde la juventud, no haya visto al justo desamparado, ni a su descendencia mendigando pan? No es de extrañar. Podría haber sucedido que antes de su vida hubiera algún justo mendigando pan, podría haber sucedido en otra parte de la tierra donde él no estuviera. Luego, otra cosa que nos mueve, escuchen: He aquí que cada uno de ustedes, que tal vez ya es viejo, al mirar el curso de su vida ya pasada, donde ha reflexionado sobre aquellos que conoció, tal vez no le venga a la mente un justo mendigando pan, o el hijo de un justo mendigando pan: pero sin embargo, mira las Escrituras divinas, y encuentra a Abraham justo angustiado, y sufriendo hambre en su región, mudándose a otra región (Gén. XII, 10); encuentra también a su hijo Isaac yendo a otras regiones por la misma causa de hambre buscando pan (Gén. XXVI, 1). ¿Y cómo será verdad, Nunca he visto al justo desamparado, ni a su descendencia mendigando pan? Y si encuentra esto verdadero en el espacio de su vida; sin embargo, lo encuentra de otra manera en la lectura divina, que es más fiel que la vida de los hombres.

2. ¿Qué hacemos entonces? Que nos ayuden sus piadosos estudios, para que podamos examinar en estos versículos del Salmo la voluntad de Dios, lo que Él quiere que entendamos. Hay temor de que cada uno, siendo débil, no pueda entender espiritualmente las Escrituras, y siga ejemplos humanos y vea a veces a buenos siervos de Dios en alguna

necesidad y pobreza buscando pan; especialmente al considerar al apóstol Pablo, quien dice, En hambre y sed, en frío y desnudez (II Cor. XI, 27): y se escandalice en sí mismo diciendo, ¿Es cierto lo que canté? ¿Es cierto lo que en la iglesia, de pie, pronuncié con voz tan devota, Nunca he visto al justo desamparado, ni a su descendencia mendigando pan? ¿Nos engañan las Escrituras, dirá para sí; y se disuelvan todos sus miembros del buen obrar; con sus miembros internos, lo que es más grave, y en el hombre interior resueltos, ya desista del buen obrar, y se diga a sí mismo: ¿Por qué obro bien? ¿Por qué rompo mi pan para el hambriento, y visto al desnudo, y al que no tiene techo lo introduzco en mi casa, atendiendo a lo que está escrito, Nunca he visto al justo desamparado, ni a su descendencia mendigando pan: cuando veo a tantos hombres viviendo bien, a menudo sufriendo hambre? Pero si tal vez me equivoco, al pensar que tanto el que vive bien como el que vive mal, viven bien, y Dios lo conoce de otra manera, es decir, que es injusto, a quien yo considero justo; ¿qué hago con Abraham, a quien la misma Escritura recomienda como justo? ¿Qué hago con el mismo apóstol Pablo, quien dice: Sean imitadores de mí, como yo de Cristo (I Cor. IV, 16)? ¿Acaso para que yo también esté en males como los que él soportó, en hambre y sed, en frío y desnudez?

3. Pensando así, y, como dije, con todos los miembros interiores disueltos de la capacidad de obrar bien, ¿podemos, hermanos, como a un paralítico levantarlo, y abrir el techo de esta Escritura, y someterlo al Señor? Porque ven que es oscuro. Si es oscuro, está cubierto: y veo a un cierto paralítico de ánimo. Y veo este techo, y bajo este techo reconozco que Cristo se oculta. Haré, en la medida de lo posible, lo que fue alabado en aquellos que, abriendo el techo, sometieron al paralítico a Cristo, para que le dijera: Ten confianza, hijo, tus pecados te son perdonados. Así hizo al hombre interior sano de la parálisis, perdonando los pecados, y fortaleciendo la fe. Pero había allí hombres que no tenían ojos para ver al paralítico interior ya sanado, y pensaron que el médico que curaba blasfemaba. ¿Quién es este, dicen, que perdona pecados? Este blasfema. ¿Quién puede perdonar pecados, sino solo Dios? Y porque Él era Dios, escuchaba a los que pensaban tales cosas (Luc. V, 18-22). Esto es verdad sobre Dios, pensaban, pero no veían a Dios presente. Entonces, ese médico hizo algo también en el cuerpo del paralítico, para sanar también la parálisis interior de aquellos que dijeron tales cosas. Hizo lo que vieron, y les dio lo que creyeran. Vamos, entonces, quienquiera que seas tan débil y enfermo de corazón, que atendiendo a ejemplos humanos, quieras desistir de las buenas obras, y estás disuelto por una cierta parálisis interior, vamos, si podemos, abrir este techo y someterte al Señor.

4. Porque el mismo Señor en su cuerpo, que es la Iglesia, fue joven en los primeros tiempos, y he aquí que ya ha envejecido. Ustedes saben, y reconocen, y entienden, porque están en esto, y así han creído, que nuestra cabeza es Cristo; nosotros somos el cuerpo de esa cabeza (I Cor. XII, 27; Efes. IV, 15). ¿Acaso solo nosotros, y no también aquellos que fueron antes de nosotros? Todos los justos que han sido desde el principio del mundo tienen a Cristo como cabeza. Creyeron que Él vendría, a quien nosotros ya creemos que ha venido; y en su fe también ellos fueron sanados, en la cual también nosotros: para que Él fuera también la cabeza de toda la ciudad de Jerusalén, con todos los fieles contados desde el principio hasta el fin, junto con las legiones y ejércitos de ángeles, para que sea esa una ciudad bajo un rey, y una cierta provincia bajo un emperador, feliz en perpetua paz y salvación, alabando a Dios sin fin, bienaventurada sin fin. Pero el cuerpo de Cristo, que es la Iglesia (Col. I, 18, 24), como un cierto hombre, primero fue joven, y he aquí que ya al final del mundo está en una vejez robusta; porque de ella se dijo: Aún se multiplicará en vejez robusta (Sal. XCI, 15). Se ha multiplicado por todas las naciones, y su voz es la de uno que atiende como un solo hombre su primera edad, y esta última, ha mirado a través de todo, porque todas las edades

las conoce por las Escrituras; y dice exultante y advirtiendo: Fui joven, en los primeros tiempos del mundo; y he aquí que soy viejo, estoy también en los últimos tiempos del mundo; y nunca he visto al justo desamparado, ni a su descendencia mendigando pan.

5. Hemos reconocido al hombre joven y viejo, y como con el techo abierto hemos llegado a Cristo. Pero, ¿quién es el justo, que no ha sido visto desamparado, ni su descendencia mendigando pan? Si entiendes el pan, lo entiendes a Él. Porque el pan es la palabra de Dios, que nunca se aparta de la boca del justo. Pues también en su cabeza, este justo fue tentado, y respondió esto. Porque cuando el diablo le dijo al mismo Señor hambriento y sufriendo hambre: Di a estas piedras que se conviertan en panes; respondió: No solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra de Dios (Mat. IV, 3, 4). Luego, hermanos míos, presten atención, cuando el justo no hace la voluntad de Dios. Porque siempre la hace, y vive según su voluntad. La voluntad de Dios no se aparta de su corazón: porque la voluntad de Dios, esa es la ley de Dios. ¿Y qué se ha dicho de tal? Y en su ley meditará de día y de noche (Sal. I, 2). Este pan lo comes una hora, y lo dejas; aquel pan de la palabra de día y de noche. Porque cuando escuchas, o cuando lees, comes; cuando piensas en ello, rumias, para que seas un animal limpio, no inmundo (Lev. I). Lo que también significa la sabiduría a través de Salomón diciendo: Tesoro deseable reposa en la boca del sabio; pero el hombre necio lo devora (Prov. XXI, 20). Porque el que devora, para que no aparezca en él lo que ha tragado, ha olvidado lo que ha escuchado. Pero el que no ha olvidado, piensa, y pensando rumia, rumiando se deleita. De donde se dice: El pensamiento santo te guardará (Prov. II, 11). Y he aquí si el pensamiento santo te guarda en la rumiación de este pan, nunca has visto al justo desamparado, ni a su descendencia mendigando pan.

6. [vers. 26.] Todo el día tiene misericordia, y presta. Prestar se dice en latín, tanto el que da préstamo, como el que recibe: pero esto se dice más claramente si decimos presta. ¿Qué nos importa lo que quieran los gramáticos? Mejor en nuestro barbarismo ustedes entienden, que en nuestra elocuencia serán abandonados. Por lo tanto, este justo todo el día tiene misericordia, y presta. Pero no se alegren los prestamistas. Porque hemos encontrado a un cierto prestamista, así como hemos encontrado un cierto pan: para que en todas partes con el techo abierto lleguemos a Cristo. No quiero que sean prestamistas, y por eso no quiero, porque Dios no quiere. Pues si yo no quiero, y Dios quiere, actúen: pero si Dios no quiere, aunque yo quisiera, quien actúe lo haría para su mal. ¿De dónde aparece que Dios no quiere esto? Se ha dicho en otro lugar: Quien no dio su dinero a usura (Sal. XIV, 5). Y cuán detestable es, cuán odioso, cuán execrable, creo que incluso los mismos prestamistas lo saben. Sin embargo, yo mismo, más bien nuestro Dios, que te prohíbe ser prestamista, te ordena ser prestamista; y se te dice, Presta a Dios. Si prestas a un hombre, tienes esperanza; ¿y si prestas a Dios, no tendrás esperanza? Si has prestado a un hombre, es decir, has dado tu dinero en préstamo, de quien esperas recibir algo más de lo que diste: no solo el dinero, sino algo más de lo que diste, ya sea trigo, vino, aceite, o cualquier otra cosa; si esperas recibir más de lo que diste, eres prestamista, y en esto debes ser reprobado, no alabado. ¿Qué hago entonces, dices, para ser un prestamista útil? Observa lo que hace el prestamista. Ciertamente quiere dar menos, y recibir más: haz esto también tú; da poco, recibe mucho. Mira cuán ampliamente crece tu interés. Da cosas temporales, recibe eternas: da tierra, recibe cielo. ¿Y a quién daré, tal vez dices? El mismo Señor sale a quien prestes, quien te ordenaba no prestar. Escucha la Escritura, cómo prestas al Señor: Presta, dice, al Señor, quien tiene misericordia del pobre (Prov. XIX, 17). Porque el Señor no necesita de ti, pero tienes a otro que necesita de ti: a él le das, él recibe. Porque el pobre no tiene con qué retribuirte: y sin embargo, él quiere retribuir, y no encuentra qué; solo le queda en él la buena voluntad de orar por ti. Pero cuando el pobre ora por ti, es como si dijera a Dios: Señor, he recibido un préstamo, sé mi

fiador. Por lo tanto, aunque no tengas al pobre como deudor, tienes un fiador idóneo. He aquí que Dios te dice desde su Escritura: Da seguro, yo devuelvo. ¿Cómo suelen decir los fiadores? ¿Qué dicen? Yo devuelvo, yo recibo, a mí me das. ¿Acaso también dice esto Dios: Yo recibo, a mí me das? Claro que si Dios es Cristo, lo cual no se duda, Él mismo dijo: Tuve hambre, y me disteis de comer. Y cuando ellos decían, ¿Cuándo te vimos hambriento? para mostrar que es el fiador de los pobres, el garante de todos sus miembros; porque Él es la cabeza, ellos los miembros, y cuando los miembros reciben, la cabeza recibe: Cuando lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis. Vamos, avaro prestamista, ¡mira lo que diste, mira lo que recibirás! Si hubieras dado poco dinero, y aquel a quien diste por tu poco dinero te diera una gran finca, incomparablemente más valiosa que el dinero que diste; ¡cuántas gracias darías, cuánta alegría tendrías! Escucha qué posesión da aquel a quien prestaste: Venid, benditos de mi Padre, recibid. ¿Qué? ¿lo que disteis? De ninguna manera. Disteis cosas terrenales, que si no las hubierais dado, se habrían podrido en la tierra. ¿Qué ibas a hacer con eso, si no lo hubieras dado? Lo que iba a perecer en la tierra, se ha guardado en el cielo. Por lo tanto, lo que se ha guardado, eso recibiremos. Se ha guardado el mérito: tu mérito se ha convertido en tu tesoro. Pues mira lo que vas a recibir: Recibid el reino, que os está preparado desde el principio del mundo. Por el contrario, aquellos que no quisieron prestar, ¿qué oirán? Id al fuego eterno, que está preparado para el diablo y sus ángeles. ¿Y cómo se llama el reino que recibimos? Presten atención a lo que sigue: Estos irán al castigo eterno, pero los justos a la vida eterna (Mat. XXV, 34-36). A esto aspiren, compren esto, presten para esto. Tienen a Cristo sentado en el cielo, pidiendo en la tierra. Hemos encontrado cómo presta el justo. Todo el día tiene misericordia, y presta.

7. Y su descendencia será bendecida. Y aquí no surja un pensamiento carnal. Vemos a muchos hijos de justos muriendo de hambre: ¿cómo entonces su descendencia será bendecida? Su descendencia son sus reliquias, de donde aquí siembra, y después cosechará. Pues el Apóstol dice: No nos cansemos de hacer el bien: porque a su tiempo segaremos si no desmayamos. Así que, mientras tengamos oportunidad, dice, hagamos el bien a todos (Gál. VI, 9). Esta es tu descendencia, que será bendecida. Cometes a la tierra, y recoges mucho más: ¿cometes a Cristo, y pierdes? Mira la misma descendencia expresamente nombrada por el Apóstol, cuando hablaba de las limosnas. Esto es lo que dice: El que siembra escasamente, escasamente también segará; y el que siembra en bendiciones, de bendiciones también segará (II Cor. IX, 6). Pero tal vez trabajas cuando siembras, y te duele cuando tienes misericordia, porque ves a los miserables. Pues mejor no tendremos a quienes dar estas cosas. Cuando todos sean transformados en incorruptibilidad, nadie tendrá hambre a quien le ofrezcas pan, nadie tendrá sed a quien le des bebida, nadie estará desnudo a quien vistas, nadie será peregrino a quien recibas: aquí, sin embargo, entre aflicciones, tentaciones, dolores, gemidos, enviamos la semilla. Pero mira otro salmo: Iban andando y llorando, llevando su semilla. Presta atención, porque su descendencia será bendecida: Pero volverán con alegría, trayendo sus gavillas (Sal. CXXV, 6).

8. [vers. 27.] Mira entonces lo que sigue, y no seas perezoso: Apártate del mal, y haz el bien. No pienses que te basta con no despojar al vestido. Porque al no despojar al vestido, te apartaste del mal: pero no te seques, y seas estéril. Así como no despojas al vestido, viste al desnudo: esto es apartarse del mal, y hacer el bien. ¿Y qué obtendré de ello, dirás? Ya te ha recomendado aquel a quien prestas, qué te dará: te dará la vida eterna; da a Él seguro. Escucha también lo que sigue: Apártate del mal, y haz el bien; y habitarás para siempre. Y no pienses que cuando das, nadie te ve; o que Dios te abandona, cuando tal vez has dado al pobre, y te ha seguido alguna pérdida, o alguna tristeza por la cosa perdida, y te dices a ti mismo: ¿De qué me sirvió hacer buenas obras? Creo que Dios no ama a los hombres que

hacen el bien. ¿De dónde viene esta murmuración tuya, de dónde este ruido, sino porque abundan estas voces? Cada uno ahora reconoce estas voces, ya sea en su propia boca, o en la boca de su vecino, o en la boca de su amigo. Que Dios las borre, y arranque las espinas de su campo: que plante buena fruta, y un árbol fructífero. ¿Por qué te entristeces, oh hombre, porque diste al pobre, y perdiste otras cosas? ¿No ves que perdiste lo que no diste? ¿Por qué no miras a tu Dios? ¿Dónde está la fe? ¿por qué duerme así? Despiértala en tu corazón. Presta atención a lo que el mismo Señor te dijo, cuando te exhortaba a tales buenas obras: Haced para vosotros bolsas que no envejezcan, un tesoro inagotable en los cielos, donde el ladrón no se acerca (Luc. XII, 33). Recuerda esto, cuando te lamentas por la pérdida. ¿Por qué lloras, necio de corazón pequeño, o de corazón no sano? ¿Por qué perdiste, sino porque no me prestaste? ¿Por qué perdiste? ¿Quién te lo quitó? Responderás: Un ladrón. ¿No te advertí de esto, para que no pusieras allí donde el ladrón pudiera acercarse? Si entonces duele quien perdió, que duela esto, porque no puso allí donde no pudo perecer.

9. [vers. 28.] Porque el Señor ama el juicio, y no abandonará a sus santos. Cuando los santos sufren trabajos, no piensen que Dios no juzga, o que juzga de manera incorrecta. ¿Aquel que te aconseja que juzgues justamente, juzgará Él de manera incorrecta? Él ama el juicio, y no abandonará a sus santos. Pero, ¿cómo está escondida en Él la vida de los santos, de modo que quienes ahora trabajan en la tierra, como árboles en invierno sin fruto ni hojas, cuando Él aparezca como un nuevo sol naciente, lo que vivía en la raíz se manifieste en los frutos? Él ama el juicio, y no abandonará a sus santos. ¿Pero el santo sufre hambre? Dios no lo abandonará: castiga a todo hijo que recibe (Hebr. XII, 6). Lo desprecias cuando es castigado, te asustas cuando es enriquecido. ¿De qué es castigado? De presiones temporales. ¿Cuándo será enriquecido? Cuando escuche, "Venid, benditos de mi Padre, recibid el reino preparado para vosotros desde el inicio del mundo". No seas perezoso en ser castigado, para que estés entre aquellos que merecen ser recibidos. Tanto ama Él el juicio, que no abandona a los santos, a quienes castiga temporalmente. Y porque castiga a todo hijo que recibe, ni siquiera perdonó a su Único, en quien no encontró delito. Porque el Señor ama el juicio, y no abandonará a sus santos. Entonces, porque no los abandonará, ¿quizás les dará lo que amas aquí, vivir muchos años, envejecer? ¿No te das cuenta de que si deseas que llegue la vejez, deseas aquello de lo que te quejarás cuando llegue? No permitas que tu alma, ya sea mala, débil o pequeña, diga: "¿Cómo es verdad que el Señor ama el juicio, y no abandonará a sus santos?" En verdad, no abandonó a los tres jóvenes en el horno alabando, el fuego no los tocó (Dan. III, 50): ¿acaso no eran santos sus Macabeos, quienes en los fuegos perecieron en la carne, no en la fe (II Mac. VII, 7)? Pero esto, dices, tiene una cuestión mayor, porque aunque no fallaron en la fe, Él los abandonó. Escucha lo que sigue: "Serán conservados para siempre". Tú deseabas pocos años para ellos, que si el Señor se los diera, no abandonaría a sus santos. Visiblemente no abandonó a los tres jóvenes, ocultamente no abandonó a los Macabeos: a aquellos también les dio vida temporal para confundir a los infieles; a estos los coronó ocultamente para juzgar la impiedad del perseguidor: ni a aquellos, ni a estos abandonó, quien no abandonará a sus santos. Y nada grande recibieron los tres jóvenes, si no fueran conservados para siempre. Serán conservados para siempre.

10. Pero los injustos serán castigados, y la descendencia de los impíos perecerá. Así como la descendencia de aquel será en bendición, así la descendencia de los impíos perecerá. Porque la descendencia de los impíos son las obras de los impíos. Pues encontramos nuevamente al hijo del impío florecer en el mundo, y a veces convertirse en justo, y florecer en Cristo. Observa entonces cómo lo tomas, para que abras el techo y llegues a Cristo: no lo tomes carnalmente, pues serás engañado. Pero la descendencia de los impíos, todas las obras de los impíos perecerán, no tendrán fruto: pues por un tiempo valen algo; después buscarán, y no

encontrarán lo que hicieron. Pues la voz de los que pierden lo que hicieron será aquella: "¿De qué nos sirvió la soberbia, o qué nos aportó la jactancia de las riquezas? Todo eso pasó como una sombra" (Sap. V, 8). Por lo tanto, la descendencia de los impíos perecerá.

11. [vers. 29.] Los justos poseerán la tierra por herencia. Nuevamente, que la avaricia no se infiltre, ni te prometa alguna gran villa, para que no esperes allí lo que aquí se te ordena despreciar. Esa tierra es la de los vivos, el reino de los santos. De donde se dice, "Tú eres mi esperanza, mi porción en la tierra de los vivos" (Psal. CXLI, 6). Pues si esa es tu vida, entiende qué tipo de tierra recibirás. Esa es la tierra de los vivientes: esta es la tierra de los moribundos, que recibirá a los muertos que nutrió vivos. Así como es esa tierra, así es la vida misma: si es vida eterna, es tierra eterna. ¿Y cómo es tierra eterna? Y habitarán en ella por los siglos de los siglos. Por lo tanto, habrá otra tierra donde habitaremos por los siglos de los siglos. Pues de esta se ha dicho: "El cielo y la tierra pasarán" (Matth. XXIV, 35).

12. [vers. 30-32.] La boca del justo meditará sabiduría. He aquí el pan: vean con qué gusto come este justo, cómo medita en su boca la sabiduría. Y su lengua hablará juicio. La ley de su Dios está en su corazón. No sea que pienses que tiene en su boca lo que no tiene en su corazón: no sea que lo cuentes entre aquellos de quienes se ha dicho, "Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí" (Isai. XXIX, 13): Y su lengua hablará juicio. La ley de su Dios está en su corazón. ¿Y de qué le sirve? Y no serán trastornados sus pasos. La palabra de Dios en el corazón libera de la trampa, libera del camino torcido, libera del desliz. Está contigo, aquel cuya palabra no se aparta de ti. ¿Qué mal puede sufrir aquel a quien Dios guarda? Pones un guardián en la viña, y estás seguro contra los ladrones; y ese guardián puede dormir, y él mismo caer, y admitir al ladrón: pero no duerme, ni dormitará, quien guarda a Israel (Psal. CXX, 4). La ley de su Dios está en su corazón: y no serán trastornados sus pasos. Viva, pues, seguro, y viva seguro entre los malos, y viva seguro entre los impíos. ¿Qué mal puede hacerle el impío o el injusto al justo? Mira lo que sigue: "El pecador observa al justo, y busca matarlo". Pues dice lo que en el libro de la Sabiduría se predijo que diría: "Nos es gravoso incluso verlo, porque su vida es diferente a la de los demás" (Sap. II, 15). Por lo tanto, busca matarlo. ¿Qué? ¿El Señor que guarda, que habita con él, que no se aparta de su boca, que no se aparta de su corazón, lo dejará? ¿Dónde está lo que se dijo antes, "Y no abandonará a sus santos"?

13. [vers. 33.] Por lo tanto, "El pecador observa al justo, y busca matarlo: pero el Señor no lo abandonará en sus manos". ¿Por qué entonces dejó a los mártires en manos de los impíos? ¿Por qué les hicieron lo que quisieron? A unos los mataron con la espada, a otros los crucificaron, a otros los entregaron a las bestias, a otros los quemaron en el fuego, a otros los llevaron en cadenas hasta que murieron de enfermedad prolongada. Ciertamente, el Señor no abandonará a sus santos: "Pero el Señor no lo abandonará en sus manos". Finalmente, ¿por qué dejó a su propio Hijo en manos de los judíos? Y aquí abre el techo (Luc. V, 19), si deseas ser fortalecido en cada miembro interior; llega al Señor: escucha lo que dice otra Escritura, previendo al Señor sufrir a manos de los impíos, ¿qué dice? "La tierra fue entregada en manos del impío" (Job IX, 24)? ¿Qué significa, "La tierra fue entregada en manos del impío"? La carne fue entregada en manos de los perseguidores. Pero allí no dejó Dios a su justo: de la carne capturada saca el alma invicta. Dios dejaría a su justo en manos del impío, si lo hiciera consentir con el impío: contra este mal ora en otro salmo, y dice: "No me entregues, Señor, al deseo de mi pecador" (Psal. CXXXIX, 9). Es necesario que no seas entregado al pecador por tu deseo, para que cuando desees la vida presente, no caigas en él, y pierdas la eterna. ¿De qué deseo no debe ser entregado al pecador? De aquel del que también se dice: "Y no desee el día del hombre, tú lo sabes" (Jerem. XVII, 16). Porque quien desea y anhela el día del hombre, cuando el adversario le amenaza con quitarle el día humano, porque

lo matará, y perderá esta vida; quien no espera otra vida, desfallece, y consiente al enemigo. Pero quien escucha al Señor diciendo, "No teman a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma"; aunque la tierra sea entregada en manos del impío, la tierra capturada, el espíritu escapa; con el espíritu escapando, también la tierra resucitará. El espíritu se transforma hacia el Señor, la tierra se transformará en cielo. Pues nada de esa tierra se pierde, que por un tiempo es entregada en manos del impío: "Los cabellos de vuestra cabeza están contados" (Matth. X, 28, 30). Por lo tanto, hay seguridad, pero si Dios está dentro. Pero si el diablo es expulsado, Dios es admitido. Pero el Señor no lo abandonará en sus manos. Ni lo condenará, cuando sea juzgado por él. Algunos manuscritos tienen, "Y cuando lo juzgue, será juzgado por él". Se dijo a él, cuando se hace juicio con él: pues podemos hablar así para decirle a un hombre, "Juzga para mí", es decir, escucha mi causa. Cuando, por lo tanto, Dios comience a escuchar la causa de su justo; porque es necesario que todos comparezcan ante el tribunal de Cristo, y estén allí, para que cada uno reciba lo que hizo por medio del cuerpo, sea bueno o malo (II Cor. V, 10); cuando, por lo tanto, se llegue a ese juicio, no lo condenará, aunque por un tiempo parezca ser condenado por el hombre. Aunque el procónsul dictó sentencia contra Cipriano: una es la silla terrena, otro el tribunal de los cielos; recibió sentencia del inferior, corona del superior. Ni lo condenará, cuando sea juzgado por él.

14. [vers. 34, 36.] Pero, ¿cuándo será? No lo pienses ahora: es tiempo de trabajo, es tiempo de siembra, es tiempo de frío: aunque entre vientos, aunque entre lluvias, siembra; no seas perezoso: vendrá el verano que te alegrará, en el que te alegrarás de haber sembrado. ¿Qué hago entonces ahora? Espera al Señor. Y mientras espero, ¿qué hago? Y guarda sus caminos. Y si los guardo, ¿qué recibo? Y te exaltará, para que poseas la tierra por herencia. ¿Qué tierra? Nuevamente, que no venga a tu mente alguna villa: aquella de la que se dice, "Venid, benditos de mi Padre, recibid el reino preparado para vosotros desde el inicio del mundo" (Matth. XXV, 34). ¿Qué de aquellos que nos angustian, entre quienes gemimos, cuyas ofensas soportamos, por quienes oramos en vano mientras nos perseguían; qué será de ellos? Sigue, "Cuando los pecadores perezcan, verás". Y cuán cerca verás: tú estarás a la derecha, ellos a la izquierda. Pero esto pertenece a los ojos de la fe. Aquellos que no tienen los ojos de la fe, lamentan la felicidad de los impíos, y piensan que son justos en vano, porque ven aquí florecer a los impíos. Pero quien tiene ese ojo de la fe, ¿qué dice? "Vi al impío sobreexaltarse y elevarse sobre los cedros del Líbano". Y supón que se sobreexaltó, supón que se elevó: ¿qué sigue? "Y pasé, y he aquí que no estaba; y lo busqué, y no se encontró su lugar". ¿Por qué no estaba, y no se encontró su lugar? Porque pasaste. Pero si aún piensas carnalmente, y esta felicidad terrena te parece verdadera felicidad, aún no has pasado: o eres igual a él, o estás por debajo de él: progresa, y pasa; y cuando progresando hayas pasado, lo miras con fe, ves su final, y te dices a ti mismo, "He aquí que no está aquel que tanto se enorgullecía"; como si pasaras junto al humo. Pues también se dijo esto en este salmo anteriormente, "Desfallecerán como el humo desfallecen". El humo se eleva en lo alto, y avanza en una masa hinchada: cuanto más se eleva, tanto más se hincha. Pero cuando pasas, mira detrás de ti: pues el humo está detrás de ti, si Dios está delante de ti. No mires hacia atrás con deseo, como miró la esposa de Lot, y se quedó en el camino (Gen. XIX, 26): sino mira con desprecio, y verás al impío no estar en ninguna parte, y buscarás su lugar. ¿Cuál es su lugar? Así como tiene poder, tiene riquezas, tiene un cierto orden en las cosas humanas, para que muchos le obedezcan, para que ordene y sea escuchado. Ese lugar no será, sino que pasará, para que puedas decir: "Pasé, y he aquí que no estaba". ¿Qué significa, "pasé"? Progresé, llegué a lo espiritual, entré en el santuario de Dios, para que atendiera a los últimos (Psal. LXXII, 17): "y he aquí que no estaba, y lo busqué, y no se encontró su lugar".

15. [vers. 37.] Guarda la inocencia. Mantén, como cuando eras avaro, guardabas la bolsa: como guardabas la bolsa, para que no te la arrebatara un ladrón; así guarda la inocencia, para que no te la arrebate el diablo. Que sea esa tu herencia segura, de la cual son ricos y pobres. Guarda la inocencia. ¿De qué te sirve el lucro del oro, y la pérdida de la inocencia? Guarda la inocencia, y ve la rectitud. Ten los ojos rectos, para que veas la rectitud: no torcidos, con los que ves a los malos; y distorsionados, para que Dios te parezca distorsionado y torcido, porque favorece a los impíos, y persigue a los fieles. ¿No ves cuán distorsionado ves? Corrige tus ojos, y ve la rectitud. ¿Qué rectitud? No atiendas a las cosas presentes. ¿Y qué verás? Porque hay reliquias para el hombre pacífico. ¿Qué significa, hay reliquias? Cuando mueras, no estarás muerto: eso es, hay reliquias. Habrá algo para él incluso después de esta vida; eso es, esa semilla que será en bendición. De donde el Señor, "El que cree en mí", dice, "aunque muera, vivirá" (Joan. XI, 25): Porque hay reliquias para el hombre pacífico.

16. [vers. 38.] Pero los injustos perecerán en lo mismo. ¿Qué significa, en lo mismo? En lo eterno; o, todos juntos en uno. Las reliquias de los impíos perecerán. Pero hay reliquias para el hombre pacífico: por lo tanto, quienes no son pacíficos, son impíos. Porque bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios (Matth. V, 9).

17. [vers. 39, 40.] Pero la salvación de los justos es del Señor, y Él es su protector en tiempo de tribulación: y el Señor los ayudará, y los libraré, y los sacaré de los pecadores. Que los justos soporten, entonces, a los pecadores ahora, que los granos soporten la cizaña, que el trigo soporte la paja; porque vendrá el tiempo de la separación, y la buena semilla será sacada de aquello que será consumido por el fuego: aquella será puesta en el granero, y aquella en la conflagración eterna; porque por eso estuvieron juntos primero el justo y el injusto, para que aquel fuera probado, y aquel condenado; después, aquel será condenado, y aquel coronado.

18. Gracias a Dios, hermanos, hemos cumplido con nuestro deber en el nombre de Cristo; pero la caridad nos mantiene siempre deudores. Porque es la única que, aunque se pague diariamente, siempre se debe. Hemos dicho mucho contra los donatistas, les hemos leído mucho, muchas cartas, mucho fuera del canon de las Escrituras, obligados por ellos. Pues aunque reprendan esto, porque les leímos tales cosas; que seamos reprendidos, mientras ustedes sean instruidos. Pues podemos responderles también en esta parte así: "Me he hecho insensato, ustedes me han obligado" (II Cor. XII, 11). Sin embargo, hermanos, sobre todo guarden nuestra herencia, de la cual estamos seguros de que estamos en el testamento de nuestro Padre: no en alguna carta frívola de algún hombre, sino en el testamento de nuestro Padre. De eso estamos seguros; porque quien hizo el testamento, vive: quien hizo el testamento a su heredero, Él mismo juzgará sobre su testamento. En las cosas humanas, uno es el testador, otro el juez: y sin embargo, quien tiene el testamento, vence ante el juez otro, no ante otro juez muerto. ¡Cuán segura es nuestra victoria, entonces, cuando Él juzgará quien testó! Pues aunque Cristo murió por un tiempo, ahora vive para siempre.

19. Hablen, pues, contra nosotros cuanto quieran: nosotros amémoslos, aunque no quieran. Sabemos, hermanos, conocemos sus lenguas: por las cuales no nos enojemos con ellos, soporten pacientemente con nosotros. Pues ven que no tienen nada en su causa, y vuelven sus lenguas contra nosotros, y comienzan a decir cosas malas de nosotros, muchas que saben, muchas que no saben. Lo que saben, son nuestros pasados: pues fuimos alguna vez, como dice el Apóstol, necios e incrédulos, y reprobados para toda buena obra (Tit. III, 3). En error perverso fuimos insensatos y dementes, no lo negamos; y cuanto más no negamos nuestro pasado, tanto más alabamos a Dios que nos perdonó. ¿Qué, pues, hereje, dejas la causa y vas al hombre? ¿Qué soy yo? ¿Qué soy? ¿Acaso soy yo la Iglesia Católica? ¿Acaso soy yo la

herencia de Cristo difundida entre las naciones? Me basta con estar en ella. Vituperas mis males pasados, ¿qué gran cosa haces? Soy más severo que tú en mis males: lo que tú vituperaste, yo lo condené. ¡Ojalá quisieras imitar, para que también tu error se convirtiera alguna vez en pasado! Estos son los males pasados, que conocen, especialmente en esta ciudad. Aquí, en efecto, vivimos mal, lo cual confieso: y cuanto me alegro de la gracia de Dios, tanto de mis pasados, ¿qué diré? ¿Me duele? Me dolería, si aún lo fuera. Pero, ¿qué diré? ¿Me alegro? Tampoco puedo decir esto: ¡ojalá nunca lo hubiera sido! Sin embargo, lo que fui, en el nombre de Cristo es pasado. Pero lo que ahora reprenden, no lo conocen. Hay cosas que aún pueden reprender en mí: pero es mucho para ellos conocerlas. Muchas cosas hago en mis pensamientos, luchando contra mis malas sugerencias, y teniendo un conflicto prolongado, y casi continuo, con las tentaciones del enemigo que quiere subvertirme. Gimo a Dios en mi debilidad; y sabe que da a luz mi corazón, aquel que conoce mi parto. Para mí, sin embargo, es lo mínimo ser juzgado por vosotros, o por el día humano, dice el Apóstol; pero ni yo mismo me juzgo (I Cor. IV, 3): pues me conozco mejor que ellos, pero Dios mejor que yo. No, pues, se burlen de nosotros, no lo permita Cristo. Dicen, ¿Y quiénes son? ¿Y de dónde son? Aquí los conocimos malos, ¿dónde fueron bautizados? Si nos conocen bien, saben que alguna vez navegamos; saben que también peregrinamos; saben que fuimos otros, y otros regresamos. No fuimos bautizados aquí: pero donde fuimos bautizados, la Iglesia es conocida en todo el mundo. Y muchos de nuestros hermanos son, que saben que fuimos bautizados, y fueron bautizados con nosotros. Es fácil, pues, saber esto, si alguno de los hermanos está preocupado por ello. ¿A estos, sin embargo, les satisfaremos, y les demostraremos algo del testimonio de la Iglesia, con la que no comulgan? Con razón no nos conocen bautizados en Cristo más allá del mar, porque tampoco tienen a Cristo más allá del mar. Pues aquel tiene a Cristo más allá del mar, quien también más allá del mar mantiene la comunión de toda la Iglesia. ¿Cómo puede conocer dónde fui bautizado, si su comunión apenas cruza el mar? Sin embargo, hermanos míos, ¿qué les diré? Sospechen lo que quieran de nosotros. Si somos buenos, somos trigo en la Iglesia de Cristo: si somos malos, somos paja en la Iglesia de Cristo, sin embargo, no nos alejamos de la era. Tú que volaste fuera con el viento de la tentación, ¿qué eres? El viento no lleva el trigo fuera de la era. Por lo tanto, desde donde estás, reconoce qué eres.

20. Pero tú, dice, ¿quién eres que dices tantas cosas contra nosotros? Sea quien sea, atiende a lo que se dice, no a quién lo dice. Pero al pecador, dice el Señor: ¿Por qué tomas mi testamento en tu boca? (Sal. XLIX, 16). Diga el Señor esto al pecador: tal vez hay un tipo de pecadores a quienes el Señor dice esto correctamente; pero a quienquiera que el Señor diga esto, lo dice porque al pecador no le aprovecha cuando habla la ley de Dios. ¿Acaso tampoco a los oyentes les aprovecha? Tenemos ambos tipos en la Iglesia, dice el Señor, tanto de buenos como de malos. Pues los buenos cuando predicán, ¿qué dicen? Sed imitadores de mí, como yo de Cristo (I Cor. IV, 16). ¿Qué se dice de los buenos? Sé ejemplo de los fieles (I Tim. IV, 12). Esto nos esforzamos por ser: pero lo que somos, lo sabe aquel a quien gemimos. Sin embargo, de los malos se ha dicho otra cosa: En la cátedra de Moisés se sentaron los escribas y fariseos; lo que dicen, hacedlo, pero lo que hacen, no lo hagáis (Mat. XXIII, 2, 3). Ves que en la cátedra de Moisés, a la que sucedió la cátedra de Cristo, se sientan también los malos: y sin embargo, diciendo cosas buenas no perjudican a los oyentes. ¿Por qué tú, a causa de los malos, dejaste la misma cátedra? Vuelve a la paz, vuelve a la concordia que no te ofende. Si hablo bien, y hago bien, imítame: pero si no hago lo que digo, tienes el consejo del Señor; lo que digo, hazlo; pero lo que hago, no lo hagas; sin embargo, no te apartes de la cátedra católica. He aquí que en el nombre de Cristo vamos a ir, y muchas cosas dirán. ¿Cuál es el fin? Despreciad pronto nuestra causa. No les digáis sino, Hermanos, responded al asunto. Agustín es obispo en la Iglesia católica, lleva su carga, dará cuenta a

Dios: lo conozco entre los buenos; si es malo, él lo sabe; si es bueno, tampoco así es mi esperanza. Esto aprendí antes que nada en la Iglesia Católica, que mi esperanza no esté en el hombre. Con razón, pues, reprendes a los hombres, porque pusiste tu esperanza en el hombre. Ciertamente cuando nos hayan reprendido, despreciad también vosotros. Pues sabemos qué lugar tenemos en vuestro corazón, porque sabemos qué lugar tenéis en nuestro corazón. No luchéis por nosotros contra ellos. Lo que digan de nosotros, pasadlo pronto: no sea que, esforzándoos en nuestra defensa, dejéis vuestra causa. Pues esto hacen astutamente: no queriendo y temiendo que hablemos de la misma causa, nos imponen con qué distraernos; para que, mientras nos ocupamos en purgarnos, callemos en convencerlos. Pues ciertamente quien me dice malo, yo también digo otras innumerables cosas: quita pronto de en medio, termina mi causa, trata del asunto, atiende a la causa de la Iglesia, mira dónde estás. La verdad te hable de donde sea, hambriento recibe; no sea que nunca llegue a ti el pan, mientras siempre buscas con fastidio y calumnia qué reprochar en el recipiente.

EN EL SALMO XXXVII COMENTARIO. SERMON AL PUEBLO.

1. Oportunamente a lo que hemos cantado, Mi iniquidad yo la pronuncio, y me preocuparé por mi pecado, respondió esta mujer de la lectura del Evangelio. Pues mirando el Señor sus iniquidades, la llamó perro diciendo: No es bueno tomar el pan de los hijos y echarlo a los perros (Mat. XV, 26). Pero ella, que sabía pronunciar su iniquidad, y preocuparse por su pecado, no negó lo que la verdad dijo; sino que confesando su miseria, más bien obtuvo misericordia, preocupándose por su pecado. Pues también había pedido curar a su hija, tal vez significando en la hija su vida. Consideremos, pues, todo el salmo, cuanto podamos, mientras lo consideramos y tratamos. Que el Señor esté presente en nuestros corazones, para que aquí encontremos saludablemente nuestras voces, y como las encontremos las expresemos, ni con dificultad al encontrar, ni con ignorancia al expresar.

2. [vers. 1.] Su título es, Salmo de David en memoria del sábado. Buscamos lo que nos está escrito sobre el santo profeta David, de cuya descendencia es nuestro Señor Jesucristo según la carne (Rom. I, 3): y entre los bienes que de él nos son conocidos por las Escrituras, no encontramos que alguna vez recordara el sábado. Pues, ¿por qué habría de recordarlo, según aquella observancia de los judíos con la que observaban el sábado; por qué habría de recordarlo, que entre siete días necesariamente venía? Era para observarse, no así para recordarse. Nadie, sin embargo, recuerda, sino lo que no está presente. Por ejemplo: en esta ciudad recuerdas Cartago, donde estuviste alguna vez; y hoy recuerdas el día de ayer, o del año anterior, o cualquier otro anterior, y algún hecho tuyo que ya hiciste, o algo donde estuviste, o a qué cosa asististe. ¿Qué significa esta memoria del sábado, hermanos míos? ¿Qué alma recuerda así el sábado? ¿Qué es este sábado? Pues con gemido lo recuerda. Y cuando se leía el salmo, escuchasteis, y ahora cuando lo volvamos a tejer, escucharéis cuán grande es el dolor, cuán grande el gemido, cuán grande el llanto, qué miseria. Pero es feliz quien así es miserable. Por eso también el Señor en el Evangelio llamó bienaventurados a algunos que lloran (Mat. V, 5). ¿Por qué bienaventurado, si llora? ¿Por qué bienaventurado, si es miserable? Más bien sería miserable si no llorara. Tomemos, pues, aquí también a alguien que recuerda el sábado, no sé quién llorando: y ojalá seamos nosotros ese no sé quién. Pues hay alguien doliente, gimiendo, llorando, recordando el sábado. El sábado es descanso. Sin duda, este estaba en no sé qué inquietud, quien con gemido recordaba el descanso.

3. [vers. 2.] Él mismo, pues, narra y encomienda a Dios la inquietud que sufría, temiendo no sé qué más grave que lo que era donde estaba. Pues porque está en mal, lo dice abiertamente, no se necesita intérprete, ni sospecha, ni conjetura: en qué mal está, no se duda por sus palabras, ni es necesario que busquemos, sino que entendamos lo que dice. Y a menos que

temiera algo peor que lo que era aquello en lo que estaba atrapado, no comenzaría así: Señor, no me reprendas en tu indignación, ni me castigues en tu ira. Pues será que algunos serán castigados en la ira de Dios, y reprendidos en su indignación. Y tal vez no todos los que son reprendidos serán corregidos: pero sin embargo, algunos serán salvos en la corrección. Será, pues, porque se ha mencionado la corrección: así, sin embargo, como por fuego. Algunos, sin embargo, serán reprendidos, y no corregidos. Pues ciertamente reprenderá a aquellos a quienes dirá: Tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber: y prosiguiendo allí, increpa cierta inhumanidad y esterilidad a los malos colocados a la izquierda, a quienes se les dice: Id al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles (Mat. XXV, 41, 42). Estas cosas más graves temiendo, excepto esta vida, en cuyos males llora y gime, ruega y dice: Señor, no me reprendas en tu indignación. No sea yo entre aquellos a quienes dirás: Id al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles. Ni me castigues en tu ira: para que en esta vida me purgues, y me hagas tal, que ya no necesite el fuego corrector, por aquellos que serán salvos, así, sin embargo, como por fuego. ¿Por qué; sino porque aquí edifican sobre el fundamento madera, heno, paja? Sin embargo, edificarían oro, plata, piedras preciosas, y estarían seguros de ambos fuegos; no solo de aquel eterno que eternamente atormentará a los impíos, sino también de aquel que corregirá a aquellos que serán salvos por fuego. Pues se dice: Él mismo será salvo, así, sin embargo, como por fuego (I Cor. III, 12, 15). Y porque se dice, será salvo, se desprecia aquel fuego. Así, ciertamente, aunque salvos por fuego, sin embargo, será más grave aquel fuego, que cualquier cosa que pueda sufrir el hombre en esta vida. Y sabéis cuántas cosas aquí han sufrido los malos, y pueden sufrir: sin embargo, tantas cosas han sufrido, cuantas pudieron sufrir también los buenos. Pues, ¿qué ha sufrido cualquier malhechor, ladrón, adúltero, criminal, sacrílego por las leyes, que no haya sufrido el mártir en la confesión de Cristo? Estas, pues, que aquí son males, son mucho más fáciles: y sin embargo, ved cómo para que los hombres no las sufran, hacen lo que les mandes. ¿Cuánto mejor hacen lo que manda Dios, para que no sufran aquellas más graves?

4. [vers. 3.] ¿Por qué, pues, pide este que no sea reprendido en la indignación, ni castigado en la ira? Como diciendo a Dios, Porque ya estas cosas que sufro son muchas, son grandes, te ruego que sean suficientes. Y comienza a enumerarlas satisfaciendo a Dios, ofreciéndole lo que sufre, para no sufrir peores: Porque tus flechas están clavadas en mí, y has afirmado sobre mí tu mano.

5. [vers. 4.] No hay salud en mi carne a causa de tu ira. Ya decía estas cosas que sufría aquí: y sin embargo, esto ya de la ira del Señor, porque también de la venganza del Señor. ¿De qué venganza? La que recibió de Adán. Pues no es que en él no se haya vengado, o que Dios haya dicho en vano, Muerte morirás (Gen. II, 17): o sufrimos algo en esta vida, sino de aquella muerte que merecimos con el primer pecado. Pues llevamos un cuerpo mortal (que ciertamente no sería mortal), lleno de tentaciones, lleno de preocupaciones, sujeto a dolores corporales, sujeto a necesidades, mutable, débil incluso cuando está sano, porque ciertamente aún no está completamente sano. Pues, ¿de dónde decía, No hay salud en mi carne a causa de tu ira, sino porque esta que se llama salud de esta vida, para los que entienden bien y recuerdan el sábado, ciertamente no es salud? Pues si no coméis, inquieta el hambre. Esta es una cierta enfermedad natural: porque la naturaleza nos ha sido hecha castigo por la venganza. Lo que era castigo para el primer hombre, es naturaleza para nosotros. De ahí dice el Apóstol: Fuimos también nosotros por naturaleza hijos de ira, como los demás (Ephes. II, 3). Hijos de ira por naturaleza, es decir, llevando la venganza. Pero, ¿por qué dice, Fuimos? Porque ya no somos por esperanza: pues aún somos por realidad. Pero decimos mejor lo que somos por esperanza, porque estamos seguros de la esperanza. Pues no es incierta nuestra

esperanza, para que dudemos de ella. Escucha la misma gloria en esperanza. En nosotros mismos, dice, gemimos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo. ¿Qué, pues? ¿Aún no has sido redimido, oh Pablo? ¿Aún no se ha pagado el precio por ti? ¿No se ha derramado ya aquella sangre? ¿No es ese el precio de todos nosotros? Ciertamente lo es. Pero mira lo que dice: Porque en esperanza fuimos salvos: pero la esperanza que se ve, no es esperanza. Pues lo que alguien ve, ¿qué espera? Pero si lo que no vemos esperamos, con paciencia lo esperamos (Rom. VIII, 23-25). Pero, ¿qué espera con paciencia? La salvación. ¿La salvación de qué cosa? De este mismo cuerpo: porque eso dijo, la redención de nuestro cuerpo. Si esperaba la salvación del cuerpo, no era salud aquella que tenía. El hambre, la sed matan, si no se les socorre. Pues el alimento es el medicamento del hambre, y la bebida es el medicamento de la sed, y el sueño es el medicamento de la fatiga. Quita estos medicamentos, ve si no matan aquellas cosas que existen. Si apartados estos no son enfermedades, es salud. Pero si tienes algo que puede matarte, si no comes; no te gloríes de la salud, sino gimiendo espera la redención de tu cuerpo. Alégrate de haber sido redimido; pero aún no en realidad, seguro en esperanza. Pues si no gimes en esperanza, no llegarás a la realidad. Esto, pues, no es salud, dice: No hay salud en mi carne a causa de tu ira. ¿De dónde, pues, están clavadas las flechas? La misma pena, la misma venganza, y tal vez los dolores que aquí es necesario sufrir, tanto del alma como del cuerpo, esas mismas dice flechas. Pues de estas flechas también el santo Job hizo mención, y estando en aquellos dolores, dijo que las flechas del Señor estaban clavadas en él (Job VI, 4). Sin embargo, solemos también tomar las palabras de Dios como flechas: pero, ¿acaso por estas podría doler así al ser golpeado? Las palabras de Dios como flechas excitan el amor, no el dolor. ¿O porque también el mismo amor no puede ser sin dolor? Pues lo que amamos y no tenemos, es necesario que lo suframos. Pues aquel ama y no sufre, quien tiene lo que ama: pero quien ama, como dije, y aún no tiene lo que ama, es necesario que gima en dolor. De ahí aquello en persona de la Iglesia esposa de Cristo en el Cantar de los Cantares: Porque herida de amor estoy (Cant. II, 5, y V, 8). Se dijo herida de amor: pues amaba algo, y aún no lo tenía; sufría, porque aún no lo tenía. Pues si sufría, estaba herida: pero esta herida la llevaba a la verdadera salud. Quien no haya sido herido con esta herida, no puede llegar a la verdadera salud. ¿Acaso, pues, herido siempre estará en la herida? Podemos, pues, también así tomar las flechas clavadas, es decir, tus palabras están clavadas en mi corazón, y de tus mismas palabras se ha hecho que recordara el sábado; y esa misma memoria del sábado, y aún no retención, hace que aún no me regocije, y reconozca que no hay salud en esa misma carne, ni debe decirse, cuando comparo esta salud con aquella salud que tendré en el descanso eterno, donde esto corruptible se vestirá de incorrupción, y esto mortal se vestirá de inmortalidad (I Cor. XV, 53); y veo que en comparación con aquella salud, esta salud es enfermedad.

6. No hay paz en mis huesos a causa de mis pecados. Se suele preguntar de quién es esta voz; y algunos la atribuyen a Cristo, debido a ciertas cosas que aquí se dicen sobre la pasión de Cristo, a las cuales llegaremos un poco más adelante, y reconoceremos que se dicen sobre la pasión de Cristo. Pero, ¿cómo diría "No hay paz en mis huesos a causa de mis pecados" quien no tenía pecado alguno (I Pedro II, 22)? Nos obliga, por tanto, la necesidad de entenderlo como refiriéndose a Cristo en su plenitud y totalidad, es decir, a la cabeza y al cuerpo. Pues cuando Cristo habla, a veces lo hace desde la persona de la cabeza sola, que es Él mismo el Salvador, nacido de la Virgen María; y a veces desde la persona de su cuerpo, que es la santa Iglesia, extendida por todo el mundo. Y nosotros estamos en su cuerpo, si nuestra fe es sincera en Él, y nuestra esperanza es cierta, y nuestra caridad está encendida: estamos en su cuerpo, y somos sus miembros, y nos encontramos hablando allí, como dice el Apóstol, "Porque somos miembros de su cuerpo" (Efesios V, 30); y el Apóstol lo dice en muchos

lugares. Pues si dijéramos que las palabras no son de Cristo, tampoco lo serían aquellas palabras de Cristo: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" Y allí también tienes, "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? lejos de mi salvación las palabras de mis delitos" (Salmo XXI, 2): como aquí tienes, "a causa de mis pecados"; así también allí tienes, "las palabras de mis delitos". Y si Cristo ciertamente sin pecado y sin delito, comenzamos a no creer que esas palabras de ese Salmo sean tuyas. Y es muy duro y contrario pensar que ese salmo no se refiere a Cristo, donde tenemos su pasión tan claramente, como si se recitara del Evangelio. Pues allí tenemos, "Repartieron entre sí mis vestiduras, y sobre mi ropa echaron suertes" (Ibid., 19). ¿Qué decir cuando el mismo Señor, colgado en la cruz, pronunció con su boca el primer verso de ese salmo, y dijo: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" (Mateo XXVII, 46)? ¿Qué quiso dar a entender, sino que todo ese salmo se refiere a Él, porque Él mismo pronunció su cabeza? Pero cuando sigue y dice, "Las palabras de mis delitos", no hay duda de que es la voz de Cristo. ¿De dónde, entonces, los pecados, sino del cuerpo que es la Iglesia? Porque habla el cuerpo de Cristo y la cabeza. ¿Por qué habla como uno solo? Porque "serán", dice, "dos en una sola carne. Este es un gran misterio", dice el Apóstol, "pero yo hablo de Cristo y de la Iglesia" (Efesios V, 31, 32). Por eso también cuando Él mismo hablaba en el Evangelio, respondiendo a aquellos que le plantearon la cuestión sobre el divorcio, dijo: "¿No habéis leído que el que los hizo al principio, varón y hembra los hizo, y dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán dos en una sola carne? Así que ya no son dos, sino una sola carne" (Mateo XIX, 4-6). Si Él mismo dijo, "Ya no son dos, sino una sola carne"; ¿qué maravilla si una sola carne, una sola lengua, las mismas palabras, como de una sola carne, cabeza y cuerpo? Así escuchemos como uno: pero sin embargo, la cabeza como cabeza, y el cuerpo como cuerpo. No se dividen las personas, pero se distingue la dignidad: porque la cabeza salva, el cuerpo es salvado. La cabeza ofrece misericordia, el cuerpo lamenta la miseria. La cabeza está para purificar, el cuerpo para confesar los pecados: una sola voz, donde no está escrito cuándo habla el cuerpo, cuándo la cabeza; pero nosotros al escuchar distinguimos; sin embargo, Él habla como uno solo. ¿Por qué no diría, "mis pecados", quien dijo, "Tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; fui forastero, y no me recibisteis; estuve enfermo, y en la cárcel, y no me visitasteis"? Ciertamente el Señor no estuvo en la cárcel. ¿Por qué no diría esto, a quien cuando se le dijo, "¿Cuándo te vimos hambriento y sediento, o en la cárcel, y no te servimos?" respondió, así desde la persona de su cuerpo dijo, "Cuando no lo hicisteis a uno de estos más pequeños, tampoco a mí lo hicisteis" (Id. XXV, 42-45)? ¿Por qué no diría, "a causa de mis pecados", quien dijo a Saulo, "Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?" (Hechos IX, 4)? Quien ciertamente en el cielo ya no sufría a ningún perseguidor. Pero así como allí la cabeza hablaba por el cuerpo, así también aquí la cabeza dice las voces del cuerpo, cuando también escucháis las voces de la cabeza. Pero ni cuando escuchéis las voces del cuerpo, separéis la cabeza; ni cuando escuchéis las voces de la cabeza, separéis el cuerpo: porque ya no son dos, sino una sola carne.

7. No hay salud en mi carne a causa de tu ira. Pero tal vez Dios se enojó injustamente contigo, oh Adán, oh género humano, ¿Dios se enojó injustamente? porque ya reconociendo tu propio castigo, ya constituido en el cuerpo de Cristo, dices: "No hay salud en mi carne a causa de tu ira". Expón la justicia de la ira de Dios: no parezcas excusarte, acusándolo a Él. Sigue, y di de dónde viene la ira del Señor. No hay salud en mi carne a causa de tu ira: no hay paz en mis huesos. Repitió lo que dijo, "No hay salud en mi carne": esto es, "no hay paz en mis huesos". Pero no repitió, "a causa de tu ira": sino que dijo la causa de la ira de Dios, "No hay paz", dice, "en mis huesos a causa de mis pecados".

8. [vers. 5.] Porque mis iniquidades han levantado mi cabeza, como un fardo pesado se han agravado sobre mí. Y aquí precedió la causa, y el efecto lo siguió; dijo qué ocurrió de qué: "Mis iniquidades han levantado mi cabeza". Nadie es soberbio, sino el iniquo, a quien se le levanta la cabeza. Se levanta hacia arriba, quien levanta la cabeza contra Dios. Escuchasteis cuando se leía la lección del libro del Eclesiástico, "El principio de la soberbia del hombre es apartarse de Dios" (Eclesiástico X, 14). Aquel que primero no quiso escuchar el mandamiento, su iniquidad levantó su cabeza contra Dios. Y porque las iniquidades levantaron su cabeza, ¿qué le hizo Dios? Como un fardo pesado se han agravado sobre mí. Es de liviandad levantar la cabeza, como si no llevara nada quien levanta la cabeza. Porque, por tanto, es liviano lo que puede levantarse, recibe un peso de donde pueda ser comprimido. Pues su trabajo se vuelve sobre su cabeza, y su iniquidad desciende sobre su vértice (Salmo VII, 17). Como un fardo pesado se han agravado sobre mí.

9. [vers. 6.] Se pudrieron y apestaron mis llagas. Ya quien tiene llagas, no está sano. Añade que esas mismas llagas se pudrieron y apestaron. ¿De dónde apestaron? Porque se pudrieron. ¿Cómo no se explica esto en la vida humana, quién no lo sabe? Tenga alguien un olfato sano del alma, siente cómo apestan los pecados. A cuyo hedor de los pecados era contrario aquel olor, del cual dice el Apóstol: "Somos buen olor de Cristo para Dios, en todo lugar, para los que se salvan" (II Corintios II, 15). Pero ¿de dónde, sino de la esperanza? ¿De dónde, sino del recuerdo del sábado? Pues lloramos una cosa en esta vida, otra cosa presumimos en aquella vida. Lo que se llora, apesta: lo que se presume, fragancia. Por tanto, si no hubiera tal olor que nos invitara, nunca recordaríamos el sábado. Pero porque tenemos por el Espíritu ese mismo olor, para decir a nuestro esposo, "Tras el olor de tus ungüentos correremos" (Cantar de los Cantares I, 3); apartamos nuestro olfato de nuestros hedores, y volviéndonos a Él respiramos un poco. Pero si nuestros males no nos olieran, nunca con estos gemidos confesaríamos, "Se pudrieron y apestaron mis llagas". ¿De dónde? A causa de mi insensatez. De donde dijo antes, "A causa de mis pecados": de allí ahora, "A causa de mi insensatez".

10. [vers. 7.] Estoy afligido por las miserias, y encorvado hasta el final. ¿De dónde se encorvó? Porque estaba elevado. Si fueres humilde, te levantarás; si fueres elevado, te encorvarás: pues no faltará a Dios el peso con que te encorve. Ese será el peso, el fardo de tus pecados: esto se volverá sobre tu cabeza, y te encorvarás. ¿Qué es encorvarse? No poder levantarse. Así encontró el Señor a una mujer encorvada durante dieciocho años: no podía levantarse (Lucas XIII, 11). Tales son los que tienen el corazón en la tierra. Pero, porque esa mujer encontró al Señor, y Él la sanó, tenga el corazón en alto. Sin embargo, en cuanto se encorva, aún gime. Pues se encorva quien dice: "El cuerpo que se corrompe, agrava el alma, y la morada terrena deprime el sentido que piensa en muchas cosas" (Sabiduría IX, 15). En estas cosas gime, para que reciba aquello, recuerde el sábado, para que merezca llegar al sábado. Pues lo que celebraban los judíos, era un signo. ¿De qué cosa era signo? De lo que este recuerda, quien dice: "Estoy afligido por las miserias, y encorvado hasta el final". ¿Qué es, hasta el final? Hasta la muerte. Todo el día andaba contristado. Todo el día, sin interrupción. Esto dice todo el día, toda la vida. Pero desde que lo conoció, desde que comenzó a recordar el sábado. Pues mientras recuerda lo que aún no tiene, ¿no quieres que ande contristado? Todo el día andaba contristado.

11. [vers. 8.] Porque mi alma está llena de ilusiones, y no hay salud en mi carne. ¿Dónde está, entonces, todo el hombre, es alma y carne? El alma está llena de ilusiones, la carne no tiene salud: ¿qué queda de donde haya alegría? ¿No es necesario que se contriste? Todo el día andaba contristado. Que la tristeza sea para nosotros, hasta que también nuestra alma se despoje de las ilusiones, y nuestro cuerpo se vista de salud. Pues esa es la verdadera salud, que es la inmortalidad. Pero cuántas son las ilusiones del alma, si quisiera decirlo, ¿cuándo

bastará el tiempo? Pues ¿quién no padece esto en su alma? Es breve lo que advierto, cómo nuestra alma está llena de ilusiones. A causa de esas mismas ilusiones, a veces apenas se nos permite orar. No sabemos pensar en los cuerpos sino en imágenes; y a menudo irrumpen las que no buscamos, y queremos ir de esta a aquella, y de aquella a esta; y a veces quieres volver a lo que pensabas, y dejar lo que piensas, y te ocurre otra cosa: quieres recordar lo que olvidaste; y no te viene a la mente, y más bien viene otra cosa que no querías. ¿Dónde estaba lo que olvidaste? Pues ¿por qué después viene a la mente, cuando ya no se buscaba? Pero cuando se buscaba, ocurrieron innumerables cosas que no se buscaban. Dije algo breve, hermanos: os he esparcido no sé qué, al recibirlo, pensando vosotros mismos, encontréis qué es llorar las ilusiones de nuestra alma. Por tanto, recibió la pena de la ilusión, perdió la verdad. Pues así como la ilusión es pena del alma, así la verdad es premio del alma. Pero estando constituidos en estas ilusiones, vino a nosotros la verdad, y nos encontró cubiertos de ilusiones, asumió nuestra carne, o más bien de nosotros, es decir, del género humano. Apareció a los ojos de la carne, para que por la fe sanara a aquellos a quienes iba a mostrar la verdad: para que, sanado el ojo, la verdad se manifestara. Pues Él mismo es la verdad, que nos prometió, cuando se veía su carne, para que la fe comenzara, cuyo premio sería la verdad. Pues Él mismo no se mostró en la tierra, sino que mostró su carne. Pues si se mostrara a sí mismo, los judíos lo verían y lo conocerían: pero si lo hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de la gloria (I Corintios II, 8). Pero tal vez los discípulos lo vieron, cuando ellos decían: "Muéstranos al Padre, y nos basta". Y Él, para mostrarles que no lo habían visto, añadió: "¿Tanto tiempo estoy con vosotros, y no me habéis conocido? Felipe, quien me ve, ve también al Padre. Si, por tanto, veían a Cristo, ¿cómo aún buscaban al Padre? Pues si vieran a Cristo, verían también al Padre. Por tanto, aún no veían a Cristo, quienes deseaban que se les mostrara al Padre. Escucha que aún no veían: en el premio lo prometió en otro lugar, diciendo, "Quien me ama, guarda mis mandamientos: y quien me ama, será amado por mi Padre, y yo lo amaré". Y como si se le dijera, ¿Qué le darás, amándolo? "Y me manifestaré a él" (Juan XIV, 8, 9, 21). Por tanto, si a quienes lo aman les prometió esto en el premio, que se manifestará a ellos; es evidente que esa visión de la verdad tal nos es prometida, que vista ya no digamos, "Mi alma está llena de ilusiones".

12. [vers. 9.] Estoy enfermo y humillado hasta el extremo. Quien recuerda la altura del sábado, él mismo ve cuánto está humillado. Pues quien no puede pensar qué es esa altura de descanso, no ve dónde está ahora. Por eso otro salmo dijo, "Yo dije en mi éxtasis: He sido arrojado de la presencia de tus ojos" (Salmo XXX, 23). Pues con la mente elevada vio no sé qué sublime, y lo que vio aún no estaba allí del todo: y con una, si se puede decir, como una especie de relámpago de luz eterna, donde sintió que no estaba allí, lo que pudo entender de alguna manera, vio dónde estaba, y cómo estaba enfermo y constreñido por los males humanos: y dijo, "Yo dije en mi éxtasis: He sido arrojado de la presencia de tus ojos". Es algo no sé qué que vi en el éxtasis, para sentir desde allí cuán lejos estoy, que aún no estoy allí. Ya estaba allí quien dijo que fue llevado al tercer cielo, y allí escuchaba palabras inefables, que no es lícito al hombre hablar. Pero fue devuelto a nosotros, para que primero gemiera siendo perfeccionado en la debilidad, y así después se vistiera de virtud: animado, sin embargo, porque vio algo de esas cosas por la disposición de su oficio, añadió diciendo, "Escuché palabras inefables, que no es lícito al hombre hablar" (II Corintios XII, 2-10). Por tanto, ¿qué necesidad hay de que me preguntéis a mí o a cualquiera qué cosas no es lícito al hombre hablar: si a él no le fue lícito hablar, a quien le fue lícito escuchar? Sin embargo, lloremos y gemamos en confesión, reconozcamos dónde estamos, recordemos el sábado, y esperemos pacientemente lo que Él prometió, quien nos mostró también en sí mismo un ejemplo de paciencia. Estoy enfermo y humillado hasta el extremo.

13. Rugía por el gemido de mi corazón. A menudo escucháis interpelar con gemidos a los siervos de Dios, y se pregunta la causa: y no aparece sino el gemido de algún siervo de Dios; si, sin embargo, ha llegado a los oídos del hombre que está cerca de él. Pues hay un gemido oculto que no es escuchado por el hombre: sin embargo, si tal pensamiento ocupa tanto el corazón de un deseo, que se exprese con voz más clara la herida del hombre interior, se pregunta la causa; y el hombre dice para sí mismo, Tal vez es aquello de lo que gime, y tal vez aquello le ha sucedido. ¿Quién puede entender, sino aquel en cuyos ojos y oídos gime? Por eso "rugía", dice, "por el gemido de mi corazón": porque los hombres si alguna vez escuchan el gemido de un hombre, a menudo escuchan el gemido de la carne; no escuchan al que gime por el gemido del corazón. Alguien le quitó no sé qué cosas; rugía, pero no por el gemido del corazón: otro, porque perdió un hijo; otro, porque perdió a su esposa; otro, porque su viña fue granizada, porque su cuba se agrió, porque alguien le robó su bestia; otro, porque sufrió alguna pérdida; otro, porque teme a un enemigo humano: todos estos rugen por el gemido de la carne. Pero el siervo de Dios, porque ruge por el recuerdo del sábado, donde está el reino de Dios, que carne y sangre no poseerán (I Corintios XV, 50): "Rugía", dice, "por el gemido de mi corazón".

14. [vers. 10.] ¿Y quién reconocía de dónde rugía? Añadió: Y ante ti está todo mi deseo. No ante los hombres, que no pueden ver el corazón, sino ante ti está todo mi deseo. Que tu deseo esté ante Él; y el Padre que ve en lo secreto, te recompensará (Mat. VI, 6). Pues tu deseo mismo es tu oración: y si es un deseo continuo, es una oración continua. No en vano dijo el Apóstol: Orad sin cesar (I Tes. V, 17). ¿Acaso sin cesar doblamos las rodillas, postramos el cuerpo o levantamos las manos, para que diga, Orad sin cesar? O si decimos que oramos así, creo que sin cesar no podemos hacerlo. Hay otra oración interior sin cesar, que es el deseo. Hagas lo que hagas, si deseas ese descanso, no dejas de orar. Si no quieres dejar de orar, no dejes de desear. Tu deseo continuo es tu voz continua. Callarás, si dejas de amar. ¿Quiénes callaron? De quienes se dijo: Porque abundó la iniquidad, se enfriará la caridad de muchos (Mat. XXIV, 12). El frío de la caridad es el silencio del corazón: la ardor de la caridad es el clamor del corazón. Si la caridad permanece siempre, siempre clamas; si siempre clamas, siempre deseas; si deseas, recuerdas el descanso. Y el rugido de tu corazón, ante quién está, debes entenderlo. Ya considera qué tipo de deseo debe estar ante los ojos de Dios. ¿Acaso para que muera nuestro enemigo, lo que los hombres desean como justo? Pues a veces oramos lo que no debemos. Veamos lo que los hombres oran como justo. Pues oran para que alguien muera, y la herencia les llegue. Pero también aquellos que oran para que mueran los enemigos, escuchen al Señor diciendo: Orad por vuestros enemigos (Mat. V, 44, y Luc. VI, 27). No oren, pues, para que mueran los enemigos: sino oren para que se corrijan; y los enemigos estarán muertos; ya corregidos, no serán enemigos. Y ante ti todo mi deseo. ¿Qué si el deseo está ante Él, y el gemido no está ante Él? ¿Cómo puede ser, cuando el mismo deseo tiene su voz en el gemido? Por eso sigue, Y mi gemido no está oculto de ti. De ti no está oculto, pero de muchos hombres sí lo está. A veces parece que un humilde siervo de Dios dice: Y mi gemido no está oculto de ti. A veces parece que el siervo de Dios también ríe: ¿acaso ese deseo está muerto en el corazón? Pero si hay deseo, hay gemido: no siempre llega a los oídos de los hombres, pero nunca se aleja de los oídos de Dios.

15. [vers. 11.] Mi corazón está turbado. ¿Por qué está turbado? Y me ha abandonado mi fortaleza. A menudo irrumpe algo repentino; se produce una turbación del corazón: tiembla la tierra, se da un trueno desde el cielo, se hace un ímpetu o estruendo horrible, un león parece estar en el camino; se produce una turbación: los ladrones acechan; se produce una turbación del corazón, se teme, por todas partes se infunde preocupación. ¿Por qué esto? Porque me ha abandonado mi fortaleza. Pues si esa fortaleza permaneciera, ¿qué se temería? Cualquier cosa

que se anunciara, cualquier cosa que rugiera, cualquier cosa que sonara, cualquier cosa que cayera, cualquier cosa que horrorizara, no asustaría. Pero, ¿de dónde esa perturbación? Me ha abandonado mi fortaleza. ¿De dónde ha abandonado la fortaleza? Y la luz de mis ojos no está conmigo. Por tanto, Adán había ocultado la luz de sus ojos. Pues la luz de sus ojos era Dios mismo: a quien, cuando ofendió, huyó a la sombra, y se escondió entre los árboles del paraíso (Gén. III, 8). Temía ante la faz de Dios, y buscó la sombra de los árboles. Ya entre los árboles no tenía la luz de sus ojos, con la que solía alegrarse. Si, pues, él desde el origen, y nosotros desde la descendencia; y vuelven a él estos miembros según el segundo o último Adán, porque el último Adán en espíritu vivificante (I Cor. XV, 45); y claman desde su cuerpo en esta confesión, Y la luz de mis ojos no está conmigo: ya confesando, ya redimido, ya en el cuerpo de Cristo está, y la luz de sus ojos no está con él? Claramente no está con él: pero está como aún recordando el descanso, como viendo en esperanza; pero aún no es esa luz de la que se dice, Me manifestaré a él (Juan XIV, 21). Hay algo de luz, porque somos hijos de Dios, y ciertamente esto lo retenemos en la fe: pero aún no es esa luz que veremos. Aún no ha aparecido lo que seremos: sabemos que cuando aparezca, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal como es (I Juan III, 2). Pues ahora es la luz de la fe y la luz de la esperanza. Porque mientras estamos en el cuerpo, peregrinamos lejos del Señor: porque por fe andamos, no por vista (II Cor. V, 6, 7). Y mientras esperamos lo que no vemos, con paciencia lo aguardamos (Rom. VIII, 25). Estas son, pues, voces de los que peregrinan, aún no establecidos en la patria. Y dice correctamente, y dice verdaderamente, y si no es engañoso, confiesa verazmente: Y la luz de mis ojos no está conmigo. Esto lo sufre el hombre por dentro, allí consigo mismo, en sí mismo, y a sí mismo, de nadie a nadie más que a sí mismo: esto se ha merecido ser su propio castigo, todo lo que enumeró anteriormente.

16. [vers. 12, 13.] Pero, ¿acaso esto es lo único que sufre el hombre? Pues sufre de sí mismo internamente, pero externamente de aquellos entre quienes vive: sufre sus propios males, se ve obligado a sufrir también los ajenos. De ahí esas dos voces: Límpiame de mis ocultos, Señor, y de los ajenos perdona a tu siervo (Sal. XVIII, 13, 14). Ya ha confesado de sus ocultos, de los cuales desea ser limpiado: que hable también de los ajenos de los cuales desea ser perdonado. Mis amigos. ¿Qué diré ya de los enemigos? Mis amigos y mis cercanos se acercaron contra mí, y se detuvieron. Esto que dice, se detuvieron contra mí, entiéndelo. Pues si se detuvieron contra mí, contra sí mismos cayeron. Mis amigos y mis cercanos se acercaron contra mí, y se detuvieron. Ya entendamos las voces de la cabeza, ya comience a iluminarse nuestra cabeza en la pasión. Pero de nuevo, cuando comience la cabeza a hablar, no separe de allí el cuerpo. Si la cabeza no quiso separarse de las voces del cuerpo, ¿se atreverá el cuerpo a separarse de las pasiones de la cabeza? Sufre en Cristo; porque Cristo pecó en tu debilidad. Pues ahora decía tus pecados como si fueran de su boca, y los decía suyos. Pues decía, A causa de mis pecados, que no eran suyos. Así como quiso que nuestros pecados fueran suyos por su cuerpo, así también queramos que sus pasiones sean nuestras por nuestra cabeza. Pues no sufrió él de amigos enemigos, y nosotros no. Más bien, también nosotros nos preparemos para convivir en lo mismo: no rechacemos tal cáliz, para que el deseo de su altura lo encontremos por su humildad. Pues respondió a quienes querían adherirse a su altura, que aún no pensaban en su humildad, y les dijo: ¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber? (Mat. XX, 22). Por tanto, también aquellas pasiones del Señor, son nuestras pasiones: y cada uno si sirve bien a Dios, guarda bien la fe, ofrece lo que debe, y se comporta entre los hombres con justicia, quiero ver si no sufre, incluso lo que aquí enumera en su pasión Cristo.

17. Mis amigos y mis cercanos se acercaron contra mí, y se detuvieron: y los cercanos se detuvieron de lejos. ¿Quiénes son los cercanos que se acercaron, y quiénes los cercanos que

se detuvieron de lejos? Cercanos eran los judíos, porque eran parientes: se acercaron, y cuando lo crucificaron. Cercanos también los Apóstoles: y sin embargo, ellos se detuvieron de lejos, para no sufrir con él. También puede entenderse así: Mis amigos, es decir, quienes se fingieron mis amigos. Pues se fingieron amigos, cuando dijeron. Sabemos que enseñas el camino de Dios en verdad (Mat. XXII, 16): cuando quisieron tentarlo, si debía pagarse tributo al César, cuando los convenció con su propia boca, querían parecer amigos: pero no necesitaba que nadie le diera testimonio del hombre; pues él sabía lo que había en el hombre (Juan II, 25): tanto que cuando dijeron palabras amistosas, les respondió, ¿Por qué me tentáis, hipócritas? (Mat. XXII, 18). Por tanto, Mis amigos y mis cercanos se acercaron contra mí, y se detuvieron: y los cercanos se detuvieron de lejos. Sabéis lo que dije. Dije cercanos a quienes se acercaron, y sin embargo se detuvieron de lejos. Pues se acercaron con el cuerpo, pero se detuvieron de lejos con el corazón. ¿Quiénes tan cercanos con el cuerpo, como quienes lo levantaron en la cruz? ¿Quiénes tan lejos con el corazón, como quienes blasfemaron? Escuchad esa lejanía de Isaías el profeta, ved esa cercanía y lejanía: Este pueblo me honra con los labios: he aquí se acerca con el cuerpo: Pero su corazón está lejos de mí (Is. XXIX, 13). Los mismos cercanos, los mismos lejanos: cercanos con los labios, lejanos con el corazón. Sin embargo, porque los Apóstoles se detuvieron de lejos por temor, lo entendemos más claramente de ellos, para que entendamos que unos se acercaron, otros se detuvieron de lejos: ya que incluso Pedro, que había seguido más audazmente, estaba aún tan lejos, que interrogado y perturbado, negó tres veces al Señor, con quien había prometido morir (Mat. XXVI, 70). Quien después, desde lejos para hacerse cercano, escuchó después de la resurrección, ¿Me amas? y decía, Amo (Juan XXI, 17). Y diciendo se acercaba, quien negando se había hecho lejano, hasta que con la triple voz de amor, deshiciera la triple voz de negación. Y mis cercanos se detuvieron de lejos.

18. Y hacían violencia quienes buscaban mi alma. Ya es manifiesto quiénes buscaban su alma: quienes no tenían su alma, porque no estaban en su cuerpo. Quienes buscaban su alma, estaban lejos de su alma: pero buscaban matarla. Pues se busca su alma también bien. Pues en otro lugar reprende a algunos diciendo: Y no hay quien busque mi alma (Sal. CXLI, 5). Reprende a algunos que no buscan su alma, y de nuevo reprende a otros que buscan su alma. ¿Quién es el que busca bien su alma? Quien imita sus pasiones. ¿Quiénes son los que buscaban mal su alma? Quienes le hacían violencia, y lo crucificaban.

19. Sigue, Quienes buscaban mis males, hablaron vanidad. ¿Qué es, Quienes buscaban mis males? Buscaban muchas cosas, y no encontraban. Quizás dijo esto, Buscaban mis crímenes. Pues buscaron qué decir contra él, y no encontraban (Mat. XXVI, 59, 60). Pues buscaban males en el bueno, buscaban crímenes en el inocente: ¿cuándo encontrarían en él que no tenía pecado alguno? Pero porque buscaban pecados en él que no tenía pecado alguno, quedaba que fingieran lo que no encontraban. Por eso, Quienes buscaban mis males, hablaron vanidad, no verdad. Y todo el día meditaban engaño: esto es, meditaban sin cesar la falsedad. Sabéis cuántos falsos testimonios se dijeron contra el Señor, antes de que sufriera. Sabéis cuántos falsos testimonios se dijeron, incluso cuando resucitó. Pues aquellos soldados guardianes del sepulcro, de quienes Isaías dijo, Pondré malos por su sepultura (Is. LIII, 9) (pues eran malos, y no quisieron decir la verdad, y corrompidos sembraron mentira): observad qué vanidad hablaron. Fueron interrogados también ellos, y dijeron: Mientras dormíamos, vinieron sus discípulos, y lo llevaron (Mat. XXVIII, 13). Esto es hablar vanidad. Pues si dormían, ¿cómo sabían lo que había sucedido?

20. [vers. 14, 15.] Por tanto, dice, Yo, como sordo, no oía. Quien a lo que oía no respondía, como si no oyera. Yo, como sordo, no oía: y como mudo, no abriendo su boca. Y repite lo mismo: Y me hice como hombre que no oye, y no tiene en su boca argumentos. Como si no

hubiera qué decirles, como si no hubiera de qué acusarlos. ¿No había ya antes increpado muchas cosas, dicho muchas cosas, y dicho, ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! (Mat. XXIII, 13), y muchas cosas así? Sin embargo, cuando sufrió, no dijo nada de esto: no porque no tuviera qué decir, sino porque esperaba que ellos completaran todo, y se cumplieran todas las profecías sobre él, de quien se dijo: Y como oveja ante su trasquilador, sin voz, no abrió su boca (Is. LIII, 7). Por tanto, era necesario que callara en la pasión, no callará en el juicio. Pues había venido a ser juzgado, quien después vendría a juzgar: y por eso con gran poder juzgará, porque con gran humildad fue juzgado.

21. [vers. 16.] Porque en ti, Señor, he esperado; tú escucharás, Señor, Dios mío. Como si se le dijera, ¿Por qué no abriste tu boca? ¿Por qué no dijiste, Perdona? ¿Por qué no, colgado en la cruz, acusaste a los inicuos? Sigue y dice: Porque en ti, Señor, he esperado; tú escucharás, Señor, Dios mío. Te advirtió qué hacer, si acaso se presenta la tribulación. Pues buscas defenderte, y quizás nadie acepta tu defensa. Ya te perturbas, como si hubieras perdido tu causa, porque no tienes defensa ni testimonio de nadie. Guarda dentro tu inocencia, donde nadie oprime tu causa. Prevalció en ti el falso testimonio, pero entre los hombres: ¿acaso prevalecerá ante Dios, donde tu causa debe ser dicha? Cuando Dios sea juez, otro testigo que tu conciencia no habrá. Entre el juez justo y tu conciencia no temas sino tu causa: si no tienes mala causa, no temerás a ningún acusador, no refutarás a ningún falso testigo, no requerirás a ningún verdadero. Tú solo trae buena conciencia, para que puedas decir: Porque en ti, Señor, he esperado; tú escucharás, Señor, Dios mío.

22. [vers. 17.] Porque dije: No sea que se burlen de mí mis enemigos, y mientras se mueven mis pies, han hablado grandes cosas contra mí. De nuevo regresa a la debilidad de su cuerpo, y nuevamente esa cabeza atiende a sus pies: no está en el cielo, para abandonar lo que tiene en la tierra: atiende claramente, y nos ve. Pues a veces, como es esta vida, se mueven nuestros pies, y caen en algún pecado: allí se levantan las lenguas malvadas de los enemigos. De aquí, pues, entendemos, incluso cuando callaban qué buscaban. Hablan entonces ásperamente crueles, gozosos de haber encontrado lo que debieron dolerse. Y dije: No sea que se burlen de mí mis enemigos. Dije esto, y sin embargo quizás para mi corrección hiciste que hablaran grandes cosas de mí, mientras se movían mis pies, es decir, se enaltecieron, dijeron muchas cosas malas, cuando me movía. Pues debieron compadecerse de los débiles, no burlarse; como dice el Apóstol: Hermanos, si alguno es sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restaurad a tal en espíritu de mansedumbre. Y concluye por qué: considerando, dice, a ti mismo, no sea que tú también seas tentado (Gal. VI, 1). No eran estos tales, de quienes dice, Y mientras se movían mis pies, han hablado grandes cosas contra mí: sino eran tales de quienes en otro lugar dice, Quienes me oprimen, se alegrarán si me nuevo (Sal. XII, 5).

23. [vers. 18, 19.] Porque yo estoy preparado para los azotes. Totalmente magnífico, como si dijera: Para esto nací, para soportar azotes. Pues no nacería sino de Adán, a quien se deben azotes. Pero a veces los pecadores en esta vida o no son azotados, o lo son menos; porque ya está desesperada su intención. Pero aquellos a quienes se prepara la vida eterna, es necesario que aquí sean azotados; porque es verdadera esa sentencia: Hijo, no desmayes en la disciplina del Señor, ni te fatigues cuando de él eres reprendido: porque el Señor corrige a quien ama; azota a todo hijo que recibe (Prov. III, 11, 12). Por eso, pues, no se burlen mis enemigos, no hablen grandes cosas: y si mi Padre me azota, estoy preparado para los azotes; porque se me prepara una herencia. No quieres azote, no se te da herencia. Pues todo hijo es necesario que sea azotado. Tanto es así que no perdonó (Rom. VIII, 32) a quien no tuvo pecado (I Ped. II, 22). Porque yo estoy preparado para los azotes.

24. Y mi dolor está siempre ante mí. ¿Qué dolor? Quizás del castigo. Y en verdad, hermanos míos, os diré verdaderamente, los hombres sienten dolor por sus castigos; pero no sienten dolor por la razón de su castigo. Este no era así. Escuchad, hermanos míos: No sé si alguien sufre una pérdida, es más propenso a decir: "He sufrido injustamente", que a considerar por qué ha sufrido; lamentándose por la pérdida de dinero, no por la justicia. Si has pecado, lamenta tu tesoro interior: no tienes nada en casa, pero quizás estás más vacío de corazón: si, sin embargo, tu corazón está lleno de su bien, de tu Dios; ¿por qué no dices: "El Señor dio, el Señor quitó; como al Señor le agradó, así se hizo; bendito sea el nombre del Señor" (Job I, 21)? ¿De qué, entonces, se dolía este? ¿Del castigo con el que era castigado? De ninguna manera. Y mi dolor, dice, está siempre ante mí. Y como si dijéramos, ¿qué dolor? ¿de dónde el dolor? Porque yo proclamo mi iniquidad, y me preocupo por mi pecado. He aquí de dónde viene el dolor. No del castigo: del daño, no de la medicina. Pues el castigo es un remedio contra los pecados. Escuchad, hermanos: somos cristianos; y, sin embargo, a menudo si el hijo de alguien muere, lo llora; si peca, no lo llora. Entonces debería llorar, entonces debería dolerse, cuando lo ve pecar; entonces debería imponerle un límite, entonces debería enseñarle una norma de vida, darle disciplina: o si lo hizo, y él no escuchó, entonces debería ser llorado; entonces estaba peor muerto viviendo lujosamente, que muriendo y poniendo fin a su lujo: entonces, cuando hacía estas cosas en tu casa, no solo estaba muerto, sino que tambiénapestaba. Estas cosas deben ser lloradas, aquellas soportadas: aquellas deben ser soportadas, estas lloradas. Pero deben ser lloradas, como habéis oído llorar a este: Porque yo proclamo mi iniquidad, y me preocupo por mi pecado. No estés seguro, cuando hayas confesado tu pecado, como si siempre estuvieras preparado para confesar y cometer pecado. Así proclama tu iniquidad, para que te preocupes por tu pecado. ¿Qué significa preocuparse por tu pecado? Preocuparse por tu herida. Si dijeras, Me preocuparé por mi herida; ¿qué se entendería, sino, Me esforzaré por sanarla? Esto es preocuparse por el delito, siempre esforzarse, siempre intentar, siempre actuar con diligencia y cuidado para sanar el pecado. He aquí que día tras día lloras tu pecado, pero quizás las lágrimas corren, y las manos cesan. Que se hagan limosnas, que se rediman los pecados, que el necesitado se regocije con tu don, para que tú también te regocijes con el don de Dios. Él necesita de ti, tú necesitas de Dios. ¿Desprecias al necesitado de ti, y Dios no te despreciará necesitado de Él? Llena, pues, la necesidad del necesitado, para que Dios llene tu interior. Esto es, Me preocuparé por mi pecado, haré todo lo que deba hacerse, para abolir y sanar mi pecado. Y me preocuparé por mi pecado.

25. [vers. 20.] Mis enemigos, sin embargo, viven. Les va bien, se regocijan en la felicidad del mundo, donde yo trabajo, y gimo por el gemido de mi corazón. ¿Cómo viven sus enemigos, ya que ya ha dicho de ellos, que hablaron vanidad? Escucha también en otro salmo: Cuyos hijos son como plantas jóvenes establecidas. Pero antes había dicho: Cuyos labios hablaron vanidad, sus hijas adornadas como la semejanza de un templo; sus graneros llenos, rebosando de esto en esto; sus bueyes gordos; sus ovejas fecundas, multiplicándose en sus salidas: no hay ruina de cerca, ni clamor en sus calles. Viven, pues, mis enemigos: esta es la vida, esta alaban, esta aman, esta tienen para su mal. ¿Qué sigue? Dijeron bienaventurado al pueblo que tiene estas cosas. Pero tú, que te preocupas por tu pecado, ¿qué dices tú, que proclamas tu iniquidad? Bienaventurado, dice, el pueblo cuyo Dios es el Señor (Salmo CXLIII, 12-15). Mis enemigos, sin embargo, viven: y se han fortalecido sobre mí, y se han multiplicado los que me odian injustamente. ¿Qué significa, los que odian injustamente? Odian al que quiere el bien para ellos. Si devolvieran mal por mal, no serían buenos: si no devolvieran bien por bien, serían ingratos: pero devuelven mal por bien los que odian injustamente. Tales fueron los judíos: Cristo vino a ellos con bienes, ellos le devolvieron mal por bien. Evita este mal, hermanos: entra rápidamente. Porque dijimos, Tales eran los judíos: no piense cada uno de

vosotros que está lejos de ser exceptuado. Si un hermano tuyo te corrige, queriendo tu bien; lo odias, y eres tal. Y ved cuán rápidamente sucede, cuán fácilmente: y evitad tan gran mal, tan ágil pecado.

26. [vers. 21.] Me calumniaban los que devuelven mal por bien, porque perseguí la justicia. Por eso mal por bien. ¿Qué significa, perseguí la justicia? No la abandoné: para que no entiendas siempre la persecución en mal sentido, dijo perseguí, siguiendo perfectamente: Porque perseguí la justicia. Y escucha a nuestra cabeza lamentándose en la pasión: Y me arrojaron, el amado, como a un muerto abominable. Poco era muerto, ¿por qué abominable? Porque crucificado. Pues esta muerte de cruz era para ellos una gran abominación, no entendiendo que en la profecía se había dicho: Maldito todo el que cuelga de un madero (Deut. XXI, 23). Pues no trajo la muerte, sino que la encontró propagada del maldición del primer hombre (Gal. III, 10): y tomando esa misma muerte nuestra, la suspendió en el madero, que había venido del pecado. Por tanto, para que no pensaran algunos, como piensan algunos herejes, que nuestro Señor Jesucristo tenía carne falsa, y no sufrió verdadera muerte en la cruz; el profeta lo enfatiza, y dice: Maldito todo el que cuelga de un madero. Así mostró que también el Hijo de Dios murió de verdadera muerte, que se debía a la carne mortal: para que no pensaras que no era verdaderamente muerto, porque no era maldito. Porque esa muerte no era falsa, sino que descendía de esa descendencia, que había venido de la maldición, cuando Dios dijo, Muriendo morirás (Gen. II, 17): ciertamente, y porque llegó a él la verdadera muerte, para que a nosotros nos llegara la verdadera vida; también a él llegó la maldición de la muerte, para que a nosotros nos llegara la bendición de la vida. Y me arrojaron, el amado, como a un muerto abominable.

27. [vers. 22.] No me abandones, Señor mi Dios, no te alejes de mí. Digamos en él, digamos por él; pues él intercede por nosotros (Rom. VIII, 34): y digamos, No me abandones, Señor mi Dios. Y sin embargo había dicho, Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? (Mat. XXVII, 46, y Salmo XXI, 2)? y dice, Dios mío, no te alejes de mí. Si no se aleja del cuerpo, ¿se alejó de la cabeza? ¿De quién era, entonces, la voz, sino del primer hombre? Mostrándose, pues, llevando verdadera carne, dice: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? Dios no lo abandonó. Si no te abandona a ti creyendo en él, ¿abandonaría a Cristo el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo, un solo Dios? Pero había transfigurado en sí la persona del primer hombre. Sabemos por el Apóstol, que nuestro viejo hombre fue crucificado con él (Rom. VI, 6). No estaríamos libres de la vejez, si no fuera crucificado en debilidad. Pues vino para que seamos renovados en él: porque deseándolo a él e imitando su pasión somos renovados. Por tanto, era la voz de la debilidad, era nuestra voz, la que dijo, ¿Por qué me has abandonado? De ahí que se dijera allí, Las palabras de mis delitos (Salmo XXI, 2): como si dijera, Estas palabras son de la persona del pecador transfigurada en mí. No te alejes de mí.

28. [vers. 23.] Atiende a mi ayuda, Señor de mi salvación. Esta es la salvación, hermanos, de la cual inquirieron los Profetas, como dice el apóstol Pedro: y no recibieron los que inquirieron; sino que inquirieron y profetizaron, y nosotros hemos venido y encontrado lo que ellos inquirieron (I Pedro I, 10-12). Y he aquí que nosotros aún no hemos recibido; y nacerán después de nosotros, y encontrarán lo que ni ellos recibirán y pasarán: para que todos juntos al final del día con los Patriarcas, y los Profetas, y los Apóstoles recibamos el denario de la salvación. Pues sabéis que los jornaleros o trabajadores llevados a la viña en diferentes tiempos, sin embargo, recibieron la paga juntos (Mat. XX, 9). Y por tanto, los Profetas, y los Apóstoles, y los Mártires, y nosotros, y los que estarán después de nosotros hasta el fin del mundo, al final recibiremos la salvación eterna; para que contemplando la gloria de Dios, y mirando su rostro, lo alabemos eternamente, sin defecto, sin ninguna pena de iniquidad, sin

ninguna perversidad de pecado, alabando a Dios, y ya no suspirando, sino adhiriéndonos a él, a quien hasta el fin hemos suspirado, y en esperanza nos hemos alegrado. Pues en esa ciudad estaremos, donde nuestro bien es Dios, la luz es Dios, el pan es Dios, la vida es Dios: todo lo que es nuestro bien, de lo cual peregrinando trabajamos, en él lo encontraremos. En él habrá descanso, que ahora recordando es necesario que nos duela. Pues recordamos aquel sábado, en cuya recordación se han dicho tantas cosas, y nosotros debemos decir tantas, y diciendo nunca callar, no con la boca, sino con el corazón: porque así callamos con la boca, para que podamos clamar con el corazón.

EN EL SALMO XXXVIII COMENTARIO. SERMON.

1. [vers. 1.] El título de este salmo, que acabamos de cantar, y que hemos asumido para tratar, es: al final para Idithun, Cántico de David. Por tanto, se esperan y se escuchan las voces de alguien llamado Idithun: y si cada uno de nosotros puede ser Idithun, en lo que canta se encuentra a sí mismo, y se escucha a sí mismo. Pues se ha visto quién fue llamado Idithun según el antiguo nacimiento de los hombres: pero escuchemos qué significa este nombre, y en la misma interpretación del nombre busquemos la inteligencia de la verdad. Así como hemos podido encontrar al investigar en esos nombres, que nos han sido interpretados del hebreo al latín por los estudiosos de las Escrituras divinas, Idithun se interpreta como, El que salta sobre ellos. ¿Quién es, entonces, este que salta? o ¿sobre quiénes salta? porque, El que salta, no está puesto desnudo; sino, El que salta sobre ellos. Pues saltando canta, o cantando salta, sin embargo, el Cántico de este que salta lo hemos cantado hace poco: si también nosotros somos los que saltan, lo verá Dios a quien hemos cantado. Pero si alguien que salta ha cantado, que se regocije de ser lo que ha cantado: si alguien, sin embargo, aún adherido a la tierra ha cantado, que desee ser lo que ha cantado. Pues algunos adheridos a la tierra, inclinados hacia ella, pensando en las cosas bajas, poniendo su esperanza en las cosas pasajeras, los ha saltado este que es llamado El que salta sobre ellos. Pues ¿a quiénes ha saltado, sino a los que permanecen?

2. Sabéis que algunos salmos están titulados Cántico de los grados: y allí, en la lengua griega, es bastante evidente lo que dice ἀναβαθμῶν. Anabathmi son grados, pero de los que ascienden, no de los que descienden. El latín, porque no pudo decirlo propiamente, lo dijo de manera general: y porque los llamó grados, dejó ambiguo si eran de los que ascienden o de los que descienden. Pero porque no hay lenguas ni palabras, cuyas voces no se escuchen (Salmo XVIII, 4), la lengua siguiente expone a la precedente; y se hace cierto en una lo que era ambiguo en otra. Así como allí un ascendente canta, así también aquí uno que salta. Pero esta ascensión y este salto, no son con pies, no con escaleras, no con alas; y sin embargo, si atiendes al hombre interior, son con pies, con escaleras, y con alas. Pues si no con pies, ¿cómo dice el hombre interior, No venga a mí el pie de la soberbia (Salmo XXXV, 12)? Si no con escaleras, ¿qué son las que vio Jacob, donde había ángeles ascendiendo y descendiendo (Gen. XXVIII, 12)? Si no con alas, ¿quién es el que dice, ¿Quién me dará alas como de paloma, y volaré, y descansaré (Salmo LIV, 7)? Pero en las cosas corporales, los pies son una cosa, las escaleras otra, las alas otra. Sin embargo, dentro, tanto los pies, como las escaleras, como las alas son afectos de buena voluntad. Con estos caminemos, con estos ascendamos, con estos volemos. Cuando, pues, alguien escucha a este que salta, y elige imitarlo, no busque saltar zanjas con ligereza de cuerpo, o volar sobre algo alto saltando: pero lo digo en lo que respecta a los cuerpos: pues también salta zanjas. Encendidas por el fuego y excavadas, que perecerán por la reprensión de tu rostro (Salmo LXXIX, 17). Pues ¿cuáles son las encendidas por el fuego y excavadas, que perecerán por la reprensión del Señor, sino los pecados? Encendidas por el fuego son, las que hace la mala ardiente codicia: y excavadas son, las que hace la mala yacente timidez. De aquí, pues, todos los pecados, ya sea por codicia, ya sea por

temor. Que salte, pues, este todo lo que podría retenerlo en la tierra: que erija sus escaleras, que extienda sus alas, que vea si alguien aquí se reconoce a sí mismo: más bien, en la gracia del Señor, muchos se reconocen, que quizás ya teniendo en poco el mundo, y todo lo que deleita en el mundo, eligen vivir rectamente, mientras aquí viven en ciertos gozos espirituales. Y ¿de dónde serán estos aún caminando sobre la tierra, sino de los divinos elocuentes, de la palabra de Dios, de alguna parábola de las Escrituras escudriñada e investigada, de la dulzura del hallazgo, que precedió al trabajo de la búsqueda? Hay ciertos deleites santos y buenos en los libros. Pues no están en el oro y la plata, en los banquetes y la lujuria, en las cacerías y pescas, en el juego y la broma, en las tonterías teatrales, en buscar y alcanzar honores ruinosos; pues no hay verdaderos gozos en todas estas cosas, y en estos libros no hay ninguno: más bien, el alma que salta sobre las cosas bajas, y se deleita en estas, diga, porque dice la verdad y lo dice segura, Me contaron los injustos deleites, pero no como tu ley, Señor (Salmo CXVIII, 83). Que venga aún este Idithun, que salte sobre los que se deleitan en las cosas bajas; y que se deleite en estas, y se regocije en la palabra del Señor, en el deleite de la ley del Altísimo. Pero ¿qué decimos? ¿Y de aquí hay que saltar a otra cosa? ¿O hasta aquí tiene a dónde saltar el que desea saltar? Escuchemos más bien sus voces. Pues este que salta parece haber habitado en los elocuentes de Dios, y allí aprendió estas cosas, que vamos a escuchar.

3. [vers. 2.] Dije: "Guardaré mis caminos, para no pecar con mi lengua." Creerás que, al leer, discutir, predicar, aconsejar, reprender, exhortar, mientras se ocupaba en su obra, enfrentándose a ciertas dificultades humanas, un hombre actuando entre hombres, aunque ya superando a aquellos que no se deleitan en estas cosas (porque es difícil que alguien no tropiece y peque con la lengua, y como está escrito, "quien no peca con la lengua, este es un hombre perfecto" [Santiago III, 2]), tal vez había dicho algo de lo que debía arrepentirse, y habían salido de su boca palabras que quisiera retractar, pero no podía. Pues la lengua no está en vano en lo húmedo, sino porque fácilmente resbala. Viendo, por tanto, cuán difícil era que un hombre tuviera la necesidad de hablar y al hablar no dijera algo de lo que se arrepintiera, y afectado por el tedio de estos pecados, buscó evitar tales cosas. Sufre esta dificultad al superarla. No me juzgue quien aún no ha superado; que lo supere y experimente lo que digo; entonces será tanto testigo como hijo de la verdad. Cuando, por tanto, le sucedieron estas cosas, decidió no hablar, para no decir algo de lo que se arrepintiera de haber dicho. Esto indican sus primeras palabras: "Dije: Guardaré mis caminos, para no pecar con mi lengua." Guarda, por tanto, tus caminos, oh Idithun, y no peques con tu lengua: sopesa lo que vas a decir, examina, consulta la verdad interior, y así pronuncia para el oyente exterior. Buscas estas cosas a menudo en la perturbación de los asuntos, en la ocupación de las mentes, mientras la misma debilidad del alma, que es agravada por el cuerpo que se corrompe, quiere tanto escuchar como hablar, escuchar internamente, hablar externamente, a veces perturbada por el afán de hablar, falla por la negligencia de reconocer: y en estas cosas dice algo que tal vez no debería haberse dicho. Contra estas cosas, el mejor remedio es el silencio. Pues el pecador está de pie, con una cierta marca propia de pecador, alguien orgulloso y envidioso; escucha al que habla superando, capta las palabras, tiende trampas; es difícil que no encuentre algo que no se haya dicho como debería haberse dicho: ni perdona al escuchar, sino que calumnia por envidia. Contra estos, este Idithun, superándolos, eligió guardar silencio; de ahí que cantó así: "Dije: Guardaré mis caminos, para no pecar con mi lengua." Mientras sea capturado por los calumniadores, o captor, y si no soy capturado, "Guardaré mis caminos, para no pecar con mi lengua." Aunque haya superado los placeres terrenales, aunque no me capturen los volátiles afectos de las cosas temporales, aunque ya desprecie estas cosas bajas y me levante hacia cosas mejores; en estas mismas cosas mejores me basta la delectación de la

inteligencia ante Dios: ¿qué necesidad tengo de hablar para ser captado, y dar entrada a los calumniadores? Dije, por tanto, "Guardaré mis caminos, para no pecar con mi lengua. Puse guardia a mi boca." ¿Por qué esto? ¿Por los piadosos, por los estudiosos, por los fieles y santos? De ninguna manera. Ellos escuchan de tal manera que alaban lo que aprueban: pero lo que desaprobaban entre muchas cosas que alaban, prefieren dar perdón antes que preparar calumnia. ¿Por quiénes, entonces, quieres guardar tus caminos, para no pecar con tu lengua, y pones guardia a tu boca? Escucha: "Mientras el pecador está frente a mí." No está frente a mí, sino que está contra mí. ¿Qué diré finalmente, para satisfacer? Hablo de cosas espirituales a un carnal, que ve y oye externamente, pero es sordo y ciego internamente. Pues el hombre animal no percibe las cosas del Espíritu de Dios (1 Cor. II, 14). ¿Pero cuándo calumniaría si no fuera animal? Bienaventurado el que narra la palabra al oído que escucha (Eclí. XXV, 12), no al oído del pecador que está contra él. Pues muchos de estos lo rodeaban y rugían cuando él fue llevado como oveja al sacrificio, y como cordero ante el que lo trasquila, sin abrir su boca (Isaías LIII, 7). ¿Qué dirás a los hinchados, turbados, calumniadores, litigiosos, verbosos? ¿Qué dirás santo y piadoso, y de religión superándolos: cuando a los que escuchan con gusto, deseando aprender, anhelando el alimento de la verdad, el Señor mismo dijo: "Aún tengo muchas cosas que deciros, pero no podéis llevarlas ahora" (Juan XVI, 12)? Y el Apóstol, "No pude hablaros como a espirituales, sino como a carnales": no obstante, no desesperando, sino alimentando. Pues sigue diciendo, "Como a niños en Cristo os di leche para beber, no alimento sólido; porque aún no podíais." Así que ahora di, "Pero ni aún ahora podéis" (1 Cor. III, 1, 2). No te apresures, por tanto, a escuchar lo que no entiendes, sino crece para que puedas entender. Así hablamos al pequeño, para ser alimentado con la leche piadosa en el seno de la madre Iglesia, y ser hecho apto para el alimento de la mesa del Señor. Pero, ¿qué diré tal al pecador que está contra mí, creyéndose apto o fingiendo serlo, para lo que no entiende; que cuando le hable, y él no entienda, no piense que no entendió, sino que yo fallé? Por tanto, por este pecador que está contra mí, puse guardia a mi boca.

4. [vers. 3.] ¿Y qué siguió? Me volví sordo, y fui humillado, y guardé silencio de los bienes. Pues este que supera sufre dificultad en un cierto grado, al que ya ha superado; y busca también superarlo, para evitar esta dificultad. Temía pecar, para no hablar, para imponerme silencio; pues esto había dicho, "Guardaré mis caminos, para no pecar con mi lengua": y mientras temo hablar para no pecar, me volví sordo y fui humillado, y guardé silencio de los bienes. Mientras temo demasiado, para no hablar cosas malas, callé todas las cosas buenas: me volví sordo, y fui humillado, y guardé silencio de los bienes. Pues, ¿de dónde decía cosas buenas, sino porque escuchaba? Pues darás a mi oído gozo y alegría (Salmo L, 10). Y el amigo del esposo está de pie, y lo escucha, y se regocija con gozo por la voz, no suya, sino del esposo (Juan III, 29). Para decir la verdad, escucha lo que dice. Pues quien habla mentira, de lo suyo habla (Juan VIII, 44). Por tanto, este sufrió algo triste y molesto; y con esta confesión suya, advierte que lo que sufrió debe evitarse, no imitarse. Pues temiendo demasiado, como dije, para no decir cosas no buenas, decidió no decir ni siquiera las buenas: y como decidió callar, comenzó a no escuchar. Pues si estás de pie y superas, esperas de Dios escuchar qué decir a los hombres: entre el rico Dios, y el pobre que busca qué escuchar, intervienes superando, quien puede tanto escuchar de aquí, como decir de allá: si eliges no decir de allá, no merecerás escuchar de aquí: desprecias al pobre, serás despreciado por el rico. Olvidaste que eres siervo, a quien el Señor estableció sobre su familia para dar a sus consiervos su alimento (Mateo XXIV, 45)? ¿Qué, entonces, buscas recibir, que eres perezoso para distribuir? Por tanto, porque no quisiste decir lo que habías recibido, se te impide recibir lo que deseabas recibir. Pues querías algo, tenías algo: da lo que tienes, para que merezcas recibir lo que no tienes. Por tanto, cuando como si hubiera puesto guardia a mi boca, y me hubiera impuesto silencio, porque veía que en todas partes el hablar era peligroso; sucedió,

dice, en mí lo que no quería; me volví sordo, y fui humillado: no me humillé; sino que fui humillado. Me volví sordo, y fui humillado, y guardé silencio de los bienes. Comencé a no decir cosas buenas, cuando temo decir cosas malas: y reprobé mi consejo. Pues guardé silencio de los bienes. Y mi dolor se renovó. Pues de un cierto dolor, que me habían infligido los calumniadores y censuradores, como si hubiera descansado en el silencio, y había cesado aquel dolor que había sido causado por los calumniadores: pero cuando guardé silencio de los bienes, mi dolor se renovó. Comencé a dolerme más por haber callado lo que debía decir, que por haber dicho lo que no debía decir. Mi dolor se renovó.

5. [vers. 4, 5.] Y en mi meditación se encenderá el fuego. Comenzó a estar inquieto mi corazón. Veía a los insensatos, y me consumía (Salmo CXVIII, 158), no los reprendía: y así, mientras callaba, el celo de tu casa me consumía (Salmo LXVIII, 10). Pues miré a mi Señor diciendo: "Siervo malo y perezoso, deberías haber dado mi dinero a los banqueros, y yo al venir lo exigiría con intereses." Y lo que sigue, que Dios lo aparte de sus dispensadores: "Sea arrojado a las tinieblas exteriores, con las manos y pies atados, el siervo, no destructor para perder, sino perezoso para distribuir" (Mateo XXV, 26, 27, 30). ¿Qué deben esperar aquellos que consumieron con lujuria, si son condenados los que guardaron con pereza? En mi meditación se encenderá el fuego. Y puesto en esta fluctuación de hablar y callar, entre aquellos que están listos para calumniar, y aquellos que desean ser instruidos, entre los abundantes y los pobres, hecho oprobio para aquellos que abundaban, y desprecio para los soberbios (Salmo CXXII, 4), mirando a aquellos bienaventurados que tienen hambre y sed de justicia (Mateo V, 6); trabajando en ambos, afligido en ambos; en peligro de no arrojar perlas ante los cerdos, en peligro de no distribuir el alimento a los consiervos: en este ardor buscó otro lugar mejor que esta dispensación, en la que así trabaja y se pone en peligro el hombre; y suspirando por un cierto fin, donde no sufriría esto, en aquel, digo, fin donde el Señor dirá al buen dispensador, "Entra en el gozo de tu Señor" (Mateo XXV, 21): "Hablé," dice, "con mi lengua." Entre estos ardor, entre estos peligros, entre estas dificultades, porque así deleita la ley del Señor, que sin embargo, por la abundancia de escándalos, se enfría la caridad de muchos (Mateo XXIV, 12): entre estos ardor, "Hablé," dice, "con mi lengua." ¿A quién? No al oyente que quiero instruir, sino al oyente de quien quiero ser instruido. Hablé con mi lengua, a aquel de quien internamente escucho, si algo bueno, si algo verdadero escucho. ¿Qué dijiste? "Hazme saber," dice, "Señor, mi fin." Pues he superado ciertas cosas, y he llegado a ciertas cosas; y aquellas a las que he llegado, son mejores que aquellas de las que he superado: pero aún queda algo que superar. Pues no permaneceremos aquí, donde sufrimos tentaciones, donde escándalos, donde sufrimos oyentes y calumniadores. Hazme saber mi fin: el fin que me falta, no el curso que tengo.

6. Ese fin dice, que el Apóstol contemplaba mientras corría, y confesaba su imperfección, mirando algo en sí mismo, buscando algo en otro lugar. Pues dice, "No que ya lo haya alcanzado, o que ya sea perfecto, hermanos, yo mismo no me considero haberlo alcanzado. Y para que no digas, Si el Apóstol no lo alcanzó, ¿yo lo he alcanzado? Si el Apóstol no es perfecto, ¿yo soy perfecto? mira lo que hace, atiende a lo que dice. ¿Qué haces, entonces, Apóstol? ¿No has alcanzado aún, no eres perfecto aún? ¿Qué haces? ¿a qué acción me exhortas? ¿qué me propones para imitar y seguir? "Una cosa," dice, "olvidando lo que queda atrás, extendiéndome a lo que está adelante, según la intención sigo hacia la meta de la vocación suprema de Dios en Cristo Jesús" (Filip. III, 12-14): según la intención, aún no según la llegada, aún no según la aprehensión. No retrocedamos de donde ya hemos superado, ni permanezcamos en aquellas cosas a las que ya hemos llegado. Corramos, extendámonos, estamos en el camino: no estés tan seguro de aquellas cosas que has superado, como preocupado por aquellas a las que aún no has llegado. "Olvidando lo que queda atrás,"

dice, "extendiéndome a lo que está adelante, según la intención sigo hacia la meta de la vocación suprema de Dios en Cristo Jesús." Pues él es el fin. Una cosa, esto es lo que se dice una en otro salmo: "Una cosa he pedido al Señor, esta buscaré. Olvidando lo que queda atrás, extendiéndome a lo que está adelante, Una cosa he pedido al Señor, esta buscaré, que habite en la casa del Señor todos los días de mi vida. ¿Para qué? Para contemplar la delectación del Señor" (Salmo XXVI, 4). Pues allí me alegraré con el compañero, no temeré al adversario: pues allí el contemplador será conmigo amigo, no calumniador enemigo. Esto deseó este Idithun, que se le hiciera conocido mientras estaba aquí, para que supiera lo que le faltaba; y no se alegrara tanto de aquellas cosas a las que había llegado, como deseara aquellas a las que aún no había llegado; y habiendo superado ciertas cosas, no permaneciera en el camino, sino que fuera arrebatado por el deseo hacia lo alto; hasta que aquel que había superado ciertas cosas, superara todas, y desde una cierta irrigación de gotas del Señor viniendo de la nube de las Escrituras, llegara como un ciervo a la fuente de la vida (Salmo XLI, 2), y en esa luz viera la luz (Salmo XXXV, 10), y fuera escondido en el rostro de Dios de la perturbación de los hombres (Salmo XXX, 21): donde diría, "Está bien, no quiero nada más, aquí amo a todos, aquí no temo a nadie." Buen deseo, santo deseo. Quienes ya tienen esto, alégrese con nosotros; y oren para que lo tengamos perseverantemente, para que no desfallezcamos entre los escándalos. Pues también nosotros rogamos esto mismo por ustedes. Pues no somos dignos de orar por ustedes, y ustedes no son indignos de orar por nosotros. A sus oyentes a quienes predicaba la palabra de Dios, el Apóstol se encomendaba (Colos. IV, 3). Oren, por tanto, por nosotros, hermanos, para que tanto lo que debe ser visto lo veamos bien, como lo que debe ser dicho lo digamos bien. Sin embargo, este deseo, lo sé, está en pocos: ni me entienden mejor, sino aquellos que han probado de lo que hablo. Sin embargo, hablamos a todos, tanto a los que tienen tal deseo, como a los que aún no lo tienen: a los que lo tienen, para que suspiren con nosotros en ello; a los que no lo tienen, para que sacudan la pereza, superen las cosas bajas, lleguen a la dulzura de la ley del Señor, no permanezcan en los deleites de los inicuos. Pues muchos narran muchas cosas, y muchos alaban muchas cosas, iniquas los inicuos. Y en verdad, esas cosas iniquas tienen deleite, pero no como tu ley, Señor (Salmo CXVIII, 85). Digan, por tanto, con nosotros quienes creen que decimos estas cosas y nosotros. Pues este negocio está dentro, no puede ser mostrado con palabras. Pero quien lo hace, crea que está también en otro: no piense que solo él ha recibido lo que es de Dios. Diga, por tanto, en estas cosas Idithun, "Hazme saber, Señor, mi fin."

7. Y el número de mis días que es. Busco el número de días que es. Así puedo decir, así puedo entender el número sin número, como se pueden decir años sin años. Donde hay años, ciertamente hay como un número; pero sin embargo, Tú eres el mismo, y tus años no fallarán (Salmo CI, 28). Hazme conocer el número de mis días, pero el que es. ¿Qué entonces? ¿Ese número en el que tú estás, no es? Claramente, si presto atención, no es: si me detengo, parece que es; si lo supero, no es: si, sacudiéndome de estas cosas, contemplo las celestiales, si comparo lo transitorio con lo permanente, veo qué es verdad: ¿qué parece ser más de lo que es? ¿Diré que estos son mis días? Estos, digo, días diré que son; ¿y daré esta gran palabra a este curso de cosas que pasan? Así, entonces, yo mismo, casi no soy, para que se me olvide quien dijo, Yo soy el que soy (Éxodo III, 14). ¿Hay entonces algún número de días? Verdaderamente hay, y es sin fin. Pero en estos días diré que algo es, si tengo de qué día me preguntas si es: para que al menos me preguntes, ten de dónde me preguntas. ¿Tienes este día? Si tuviste el de ayer, tienes también el de hoy. Pero el de ayer, dices, no lo tengo, porque ya no es: pero este lo tengo en el que estoy, y que está conmigo. ¿Es que ya se te ha escapado cuánto ha pasado desde la primera luz de este día? ¿No comenzó este día desde la primera hora? Dame su primera hora, dame también su segunda; porque tal vez también esta ha

volado. La tercera, dices, te la daré: porque tal vez ahora estamos en ella. Ciertamente, entonces, estos días son, y es el tercer día: y si me das la tercera, no me darás el día, sino la hora. Sin embargo, ni siquiera esto te concedo, si de alguna manera has saltado conmigo estas cosas. Dame al menos la tercera hora, dame esa en la que estás. Porque si algo de ella ya ha pasado, y algo de ella aún queda; ni lo que ha pasado me puedes dar, porque ya no es; ni lo que queda, porque aún no es. ¿Qué me darás de esta hora que ahora se lleva a cabo? ¿Qué me darás de ella, a la que confíe esta palabra para decir, Es? Cuando dices mismo Es, ciertamente es una sílaba, y es un momento, y la sílaba tiene tres letras: en el mismo golpe no llegas a la segunda letra de esta palabra, a menos que la primera haya terminado; la tercera no sonará, a menos que también la segunda haya pasado. ¿Qué me darás de esta una sílaba? ¿Y tienes días, que no tienes una sílaba? Todo es arrebatado por momentos que vuelan, el torrente de las cosas fluye; de este torrente bebió en el camino por nosotros, quien ya ha levantado su cabeza (Salmo CIX, 7). Por lo tanto, estos días no son: casi se van antes de que vengan; y cuando vienen, no pueden permanecer: se unen, se siguen, y no se sostienen. Nada del pasado se recupera: lo que está por venir se espera que pase; aún no se tiene, mientras no viene; no se sostiene, mientras ha venido. El número, entonces, de mis días que es: no este que no es, y lo que más difícil y peligrosamente me perturba, y es y no es; ni podemos decir que es lo que no permanece, ni que no es lo que viene y pasa. Busco ese simple Es, busco el verdadero Es, busco el genuino Es, el que está en esa Jerusalén, esposa de mi Señor, donde no habrá muerte, no habrá defecto, no habrá día que pase, sino que permanece, que no es precedido por ayer, ni empujado por mañana. Este, digo, el número de mis días que es, hazme conocer.

8. Para que sepa qué me falta. Esto es lo que me falta aquí mientras trabajo; y mientras me falte, no me digo perfecto: mientras no lo reciba, digo, No porque ya lo haya recibido, o ya sea perfecto; pero sigo hacia la meta del supremo llamamiento de Dios (Filipenses III, 12, 14): esto lo recibiré como recompensa de mi carrera. Una estancia será el fin de correr; y en esa estancia, una patria sin peregrinación, sin sedición, sin tentación. Por lo tanto, Hazme conocer este número de mis días que es, para que sepa qué me falta; porque aún no estoy allí: no sea que me enorgullezca de lo que ya soy, para que no se me encuentre en aquel no teniendo mi propia justicia. Porque en comparación con aquello que es, atendiendo a estas cosas que no son así, y viendo que me falta más de lo que tengo, seré más humilde por lo que falta, que más altivo por lo que está presente. Porque quienes piensan que tienen algo mientras viven aquí, al enorgullecerse no reciben lo que falta; porque consideran grande lo que está presente: porque quien piensa que es algo, cuando no es nada, se engaña a sí mismo (Gálatas VI, 3). Ni estos son grandes por esto: porque tanto la hinchazón como el tumor imitan la grandeza, pero no tienen salud.

9. [vers. 6.] Entonces, este que salta haciendo algo en el corazón oculto, que no conoce sino quien lo hace junto; como si se le hubiera hecho conocido su fin, obteniendo lo que pidió, haciéndosele conocido el número de sus días, no el que pasa, sino el que es, atiende a estas cosas que ha saltado, y las compara con el conocimiento superior: y como si le dijeras, ¿Por qué deseaste el número de tus días que es? ¿qué dices de estos días? atendiendo a aquel otro dice: He aquí que has puesto mis días antiguos. Porque estos envejecen, yo quiero nuevos, nuevos que nunca envejezcan; para que diga, Las cosas viejas pasaron, he aquí que todas son hechas nuevas (II Corintios V, 17): ahora en esperanza, entonces en realidad. Renovados en fe y esperanza, ¿cuántas cosas viejas aún hacemos? Porque no nos hemos revestido de Cristo de tal manera que ya no llevemos nada de Adán. Vean al Adán envejeciendo, y a Cristo renovándose en nosotros: Y si el hombre exterior, dice, se corrompe, el interior se renueva de día en día (Id. IV, 16). Entonces, al pecado, a la mortalidad, a los tiempos que pasan, al gemido y al trabajo y al sudor, a las edades que suceden, no permanecen, desde la infancia

hasta la vejez pasando sin sentido, atendiendo a estas cosas, veamos aquí al hombre viejo, el día viejo, el cántico viejo, el Antiguo Testamento: pero convertidos al interior, a las cosas que han de ser renovadas, por estas que serán cambiadas, encontremos al hombre nuevo, el día nuevo, el cántico nuevo, el Nuevo Testamento; y amemos esta novedad de tal manera que no temamos allí la vejez. Ahora, entonces, en este curso pasamos de lo viejo a lo nuevo: este mismo paso se lleva a cabo cuando las cosas exteriores se corrompen, y las interiores se renuevan; hasta que incluso esto mismo que exteriormente se corrompe, pague la deuda de la naturaleza, venga a la muerte, y también esto se renueve en la resurrección. Entonces, verdaderamente, todas las cosas serán nuevas, las restantes que ahora están en esperanza. Entonces, haces algo ahora despojándote de lo viejo, y corriendo hacia lo nuevo. Corriendo hacia lo nuevo, y extendiéndote hacia lo que está delante, dice: Hazme conocer, Señor, mi fin, y el número de mis días que es, para que sepa qué me falta. He aquí que aún arrastra a Adán, y así se apresura hacia Cristo. He aquí, dice, has puesto mis días antiguos. Días antiguos de Adán, esos antiguos los has puesto: envejecen cada día; y envejecen de tal manera que alguna vez también se consumen. Y mi sustancia es como nada ante ti. Ante ti, Señor, como nada es mi sustancia, ante ti que ves esto: y yo cuando veo esto, lo veo ante ti, no lo veo ante los hombres. ¿Qué diré? ¿con qué palabras mostraré que nada es lo que soy en comparación con lo que es? Pero se dice dentro, se siente de alguna manera dentro. Ante ti, Señor, donde están tus ojos, no donde están los ojos humanos: ¿qué donde están tus ojos? Mi sustancia como nada.

10. Sin embargo, toda vanidad, todo hombre viviente. Sin embargo: ¿qué decía? He aquí que ya he saltado todas las cosas mortales, y he despreciado las cosas bajas, he pisado las terrenales, he ascendido al deleite de la ley del Señor, he fluctuado en la dispensación de los números de los días del Señor, he deseado también aquel fin, del cual no hay fin; he deseado el número de mis días que es, porque el número de estos días no es; he aquí que ya soy tal, he saltado tantas cosas, así anhelo por aquellas que permanecen: Sin embargo, así como estoy aquí, mientras estoy aquí, mientras estoy en este mundo, mientras llevo carne mortal, mientras la tentación es la vida humana sobre la tierra (Job VII, 1), mientras suspiro entre escándalos, mientras temo caer estando de pie, mientras mis males y mis bienes son inciertos para mí, toda vanidad es todo hombre viviente. Todo, digo, tanto el que se aferra como el que salta, y el mismo Idithun aún pertenece a toda vanidad: porque todo es vanidad, y vanidad de vanidades: ¿qué abundancia hay para el hombre en todo su trabajo, en el que trabaja bajo el sol (Eclesiastés I, 2 y 3)? ¿Acaso Idithun también está bajo el sol? Tiene algo bajo el sol, tiene algo más allá del sol. Bajo el sol tiene despertar, dormir, comer, beber, tener hambre, tener sed, estar vigoroso, fatigarse, ser niño, ser joven, envejecer, tener inciertas las cosas que desea y teme: todas estas cosas bajo el sol las tiene también el mismo Idithun, incluso él que salta sobre ellos. ¿De dónde entonces salta? De aquel deseo, Hazme conocer, Señor, mi fin. Porque este deseo está más allá del sol, no está bajo el sol. Bajo el sol todo es visible: lo que no es visible, no está bajo el sol. No es visible la fe, no es visible la esperanza, no es visible la caridad, no es visible la benignidad, no es visible finalmente aquel temor casto que permanece por los siglos de los siglos (Salmo XVIII, 10). En todas estas cosas teniendo dulzura y consuelo Idithun, y conversando más allá del sol, porque su conversación está en los cielos, de estas cosas que aún tiene bajo el sol, gime; y desprecia estas y se duele, arde en aquellas que desea. Ha hablado de aquellas, hable también de estas. Han escuchado las cosas deseables, escuchen las cosas despreciables. Sin embargo, toda vanidad es todo hombre viviente.

11. [vers. 7.] Aunque en imagen camina el hombre. ¿En qué imagen, sino en la de aquel que dijo: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza (Génesis I, 26)? Aunque en imagen

camina el hombre. Porque es grande esta imagen. Y este Aunque, ha seguido a Sin embargo: para que lo que han escuchado Aunque, esté más allá del sol; pero esto que sigue Sin embargo, esté bajo el sol; y aquello pertenezca a la verdad, esto a la vanidad. Aunque, entonces, en imagen camina el hombre: Sin embargo, en vano se turba. Escucha su turbación, y ve si no es vana: para que la pises, la saltes, y habites en las alturas, donde no está esta vanidad. ¿Qué vanidad? Atesora, y no sabe para quién los reunirá. ¡Oh insana vanidad! Bienaventurado aquel cuyo Señor es su esperanza, y no ha mirado a vanidades y locuras engañosas (Salmo XXXIX, 5). Te parezco delirante, avaro, cuando hablo estas cosas: te parecen palabras de anciana. Porque tú, hombre de gran consejo y gran prudencia, piensas cada día en maneras de adquirir dinero, de negocio, de agricultura, tal vez también de elocuencia, de consulta jurídica, de milicia, añades también de usura. Hombre sensato, no dejas pasar nada en absoluto, de donde moneda sobre moneda, y en secreto más cuidadosamente se castigue. Despojas al hombre, temes al depredador; lo que haces temes sufrir, y en lo que sufres no te corriges. Pero no sufres: porque eres un hombre prudente, guardas bien, no solo recoges bien: tienes donde poner, a quién confiar, cómo nada se pierda de lo que has reunido. Interrogo tu corazón, examino tu prudencia: He aquí que has reunido, he aquí que has guardado de tal manera que nada puedes perder de lo que has guardado; dime para quién guardas. No trato contigo, no recuerdo, no exagero cualquier otro mal que tenga la avaricia de tu vanidad: propongo esto solo, examino esto, lo que me da ocasión la lectura de este salmo. Realmente reúnes, atesoras: no digo, No sea que mientras reúnes, te ates: no digo, No sea que cuando quieres ser depredador, seas presa: esto lo diré más claramente; porque tal vez ciego por la avaricia no has escuchado o entendido: no digo, digo, No sea que cuando quieres ser depredador de menor, seas presa de mayor. Porque no sientes que estás en el mar, ni ves a los peces menores ser devorados por los mayores. No digo estas cosas, no digo las dificultades y peligros en la misma adquisición de dinero, cuántos sufren quienes lo reúnen, cuán en todo se arriesgan, en todo casi ven la muerte: paso por alto todas estas cosas. Realmente reúnes sin que nadie te contradiga, guardas sin que nadie te lo quite: examina tu corazón, y esa prudencia con la que me ridiculizas, con la que me consideras insensato hablando estas cosas; y dime: atesoras; ¿para quién los reunirá? Veo lo que quieres decir, como si lo que quieres decir no se me hubiera ocurrido: dirás, Para mis hijos guardo. Esta es la voz de la piedad, la excusa de la iniquidad: Para mis hijos, dices, guardo. También guardas para tus hijos. ¿Acaso Idithun no sabía esto? Lo sabía claramente, pero lo contaba entre los días antiguos, y por eso lo despreciaba; porque se apresuraba hacia los días nuevos.

12. Pues he aquí que te examino junto con tus hijos: guardas lo que ha de pasar para los que han de pasar, o más bien, pasando para los que pasan. Pues te llamé transitorio, como si ahora permanecieras. Este mismo día: desde que comenzamos a hablar hasta este momento, sientes que hemos envejecido. Ni siquiera percibes el crecimiento de tus cabellos; y ahora, mientras estás de pie, mientras estás aquí, mientras haces algo, mientras hablas, tus cabellos crecen: pues no crecieron de repente, para que buscaras un barbero. Así pasa la vida volando, tanto en los que entienden como en los que no sienten, y en los que están mal ocupados en otra cosa. Pasas tú, y guardas para tu hijo que pasa. Primero te pregunto esto, ¿Sabes si él poseerá lo que guardas? o si aún no ha nacido, ¿sabes si nacerá? Guardas para los hijos, es incierto si serán futuros o poseedores: y no depositas el tesoro donde debe ser depositado. Pues tu Señor no daría tal consejo a su siervo, para que perdiera su patrimonio. Eres un siervo con patrimonio de un gran padre de familia. Lo que amas y lo que tienes, él mismo te lo dio, y no quiere que pierdas lo que te dio, quien también se dará a sí mismo a ti. Pero tampoco quiere que pierdas lo que te dio temporalmente. Es mucho, abunda, supera las fuerzas de tu necesidad, ya ciertamente se considera superfluo: tampoco quiero que lo pierdas, dice tu

Señor. ¿Y qué hago? Migra, donde lo has puesto no es un lugar seguro. Ciertamente quieres servir a la avaricia: mira si acaso mi consejo también conviene a esa avaricia. Pues quieres tener lo que tienes, y no perderlo: te muestro un lugar donde ponerlo. No atesoras en la tierra, sin saber para quién acumulas, y después cómo lo consumirá quien lo posea, quien lo tenga. Pues tal vez el poseído poseerá, y lo que tenga de ti no lo retendrá. Tal vez mientras se lo guardas, antes de que él llegue, tú lo perderás. A tu preocupación te doy un consejo: Atesorad para vosotros tesoros en el cielo (Mat. VI, 20). Aquí en la tierra, si quisieras guardar riquezas, buscarías un granero: tal vez no confiarías en tu casa por tus domésticos: lo encomendarías al barrio de los banqueros: pues allí es difícil que ocurra un accidente, el ladrón no se acerca fácilmente, todo se guarda bien. ¿Por qué piensas en esto, sino porque no tienes un lugar mejor donde guardar? ¿Qué si te doy algo mejor? Te diré, no lo encomiendes a este menos idóneo, sino que hay alguien idóneo, encomiéndaselo a él: tiene grandes graneros, donde las riquezas no pueden perecer; es un gran rico sobre todos los ricos. Tal vez dirás, ¿Y cuándo me atrevo a encomendarle tal cosa? ¿Qué si él mismo te exhorta? Reconócelo, no solo es el padre de familia, sino también tu Señor. No quiero, dice, mi siervo, que pierdas tu patrimonio, reconoce dónde ponerlo: ¿por qué lo pones donde puedes perderlo; donde, aunque no lo pierdas, no puedes permanecer allí para siempre? Hay otro lugar, al que te trasladaré. Que te preceda lo que tienes; no temas perderlo; yo era el dador, yo seré el guardián. Esto te dice tu Señor: interroga a tu fe, ve si quieres creerle. Dirás, Tengo perdido lo que no veo, aquí quiero verlo. Mientras quieres verlo aquí, ni aquí lo verás, y allí no tendrás nada. No sé qué tesoros tienes escondidos en la tierra; cuando sales, no los llevas contigo. Has venido a escuchar el sermón, a recoger riquezas interiores, piensas en las exteriores: ¿acaso las trajiste aquí contigo? Mira, ni ahora las ves. Crees que tienes en casa lo que sabes que pusiste: ¿acaso sabes que no lo has perdido? Muchos han regresado a sus casas, y no han encontrado lo que habían puesto. Tal vez de esto se han asustado los corazones de los codiciosos; y porque dije que muchos a menudo han regresado a su casa, y no han encontrado lo que habían puesto, cada uno dijo en su corazón: Lejos de mí, Obispo; desea el bien, ora por nosotros; lejos de que suceda, lejos de que así sea; creo en Dios, porque lo que puse lo encuentro a salvo. Crees en Dios, ¿y no crees en el mismo Dios? Creo en Cristo, porque lo que puse estará a salvo, nadie se acercará, nadie lo quitará. Quieres estar seguro creyendo en Cristo, para no perder nada de tu casa: estarás más seguro creyendo en Cristo, para que lo pongas allí, donde dio el consejo. ¿Acaso estás seguro de tu siervo, y preocupado por tu Señor? ¿seguro de tu casa, y preocupado por el cielo? Pero yo, dices, ¿cómo pongo en el cielo? Te di un consejo: donde te digo, ponlo: cómo llegue al cielo, no quiero que lo sepas. Ponlo en manos de los pobres, da a los necesitados: ¿qué te importa cómo llegue? ¿No llevaré lo que yo recibo? ¿Acaso has olvidado, Cuando lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis (Mat. XXV, 40)? Si alguien tuviera un amigo que tuviera ciertos lagos o cisternas, y cualquier tipo de depósitos de fábricas para guardar algún líquido, ya sea vino o aceite, buscarías dónde esconder o guardar tus frutos, y te dijera, Yo te lo guardo: y tuviera en esos depósitos ciertos canales ocultos y pasajes, para que por ellos secretamente fuera lo que se vertiera abiertamente: y te dijera, Lo que tienes, viértelo aquí: pero tú verías que no es ese el lugar donde pensabas ponerlo, y temerías verterlo: él que conociera ciertos mecanismos ocultos de sus lugares, ¿no te diría, Vierte seguro, de aquí llega allí; no ves por dónde, pero créeme, que yo lo fabriqué? Pues él fabricó por quien fueron hechas todas las cosas, mansiones para todos nosotros: allí quiere que preceda lo que tenemos, para que no lo perdamos en la tierra. Pero cuando lo hayas guardado en la tierra, dime, ¿para quién lo acumularás? Tienes hijos: cuenta uno más, y da algo también a Cristo. Atesora, y no sabe para quién lo acumulará: en vano se turba.

13. [vers. 8.] Y ahora: dice este Idithun mirando cierta vanidad, mirando cierta verdad, en medio teniendo algo debajo de sí, algo sobre sí (debajo de sí tiene lo que ha superado, sobre sí tiene a lo que se extiende): Y ahora, dice, cuando he superado algo, cuando he pisoteado muchas cosas, cuando ya no estoy atado a lo temporal; aún no soy perfecto, aún no he recibido. Porque en esperanza fuimos salvados: pero la esperanza que se ve, no es esperanza. Pues lo que uno ve, ¿por qué esperarlo? Pero si esperamos lo que no vemos, con paciencia lo aguardamos (Rom. VIII, 24, 25). Entonces, Y ahora, ¿cuál es mi esperanza? ¿no es el Señor? Él es mi esperanza, quien dio todas estas cosas que desprecio: él mismo me dará también a sí mismo, quien está sobre todas las cosas, y por quien fueron hechas todas las cosas, y por quien fui hecho entre todas las cosas, él es mi esperanza el Señor. Veis a Idithun, hermanos, veis cómo espera. Nadie, pues, se diga perfecto aquí: se engaña a sí mismo, se equivoca, se seduce, no puede tener aquí la perfección. ¿Y de qué sirve, si pierde la humildad? Y ahora, ¿cuál es mi esperanza? ¿no es el Señor? Cuando venga, ya no se espera; entonces será aquella perfección: pero ahora, por mucho que Idithun haya superado, aún espera. Y mi sustancia está siempre ante ti. Ya progresando, ya tendiendo hacia él, y comenzando a ser algo: mi sustancia está siempre ante ti. Pero esa sustancia también está ante los hombres. Tienes oro, tienes plata, siervos, propiedades, árboles, ganado, siervos; estas cosas pueden ser vistas también por los hombres: hay cierta sustancia siempre ante ti. Y mi sustancia está siempre ante ti.

14. [vers. 9.] Líbrame de todas mis iniquidades. He superado muchas cosas, muchas cosas ciertamente he superado: pero si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros (1 Juan I, 8). He superado muchas cosas; pero aún golpeo mi pecho, y digo: Perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores (Mat. VI, 12). Tú, pues, mi esperanza, mi fin: Porque el fin de la Ley es Cristo para justicia a todo creyente (Rom. X, 4). De todas, no solo de ellas, para no volver a lo que he superado: sino de todas en absoluto, por las que ahora golpeando mi pecho digo, Perdónanos nuestras deudas. Líbrame de todas mis iniquidades: así sabio, y teniendo lo que dice el Apóstol, Así que todos los que somos perfectos, esto sintamos. Pues cuando decía que aún no era perfecto, inmediatamente siguió diciendo: Así que todos los que somos perfectos, esto sintamos. ¿Qué es, Así que todos los que somos perfectos? Ya hace tiempo que dijiste: No que ya lo haya alcanzado, o que ya sea perfecto. Sigue el orden de las palabras. Pero una cosa hago, olvidando lo que queda atrás, extendiéndome a lo que está delante, según la intención sigo, hacia la meta del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús (Filip. III, 12-15). Por eso aún no perfecto, porque sigue hacia la meta del supremo llamamiento de Dios, que aún no ha encontrado, a la que aún no ha llegado. Pero si no es perfecto, porque no ha llegado allí, ¿quién de nosotros es perfecto? Sin embargo, sigue y dice: Así que todos los que somos perfectos, esto sintamos. Tú no eres perfecto, oh Apóstol, ¿y nosotros perfectos? ¿Pero se os olvidó que él mismo se dijo ahora perfecto? Pues no dijo, Así que todos los que somos perfectos, esto sintáis; sino, Así que todos los que somos perfectos, esto sintamos: cuando poco antes había dicho, No que ya lo haya alcanzado o que ya sea perfecto. De otro modo aquí no puedes ser perfecto, sino sabiendo que aquí no puedes ser perfecto. Esta, pues, será tu perfección, así haber superado algunas cosas, para apresurarte hacia otras; así haber superado algunas cosas, para que quede otra a la que, habiendo superado todas, se deba superar. Esta es la fe segura. Pues quien crea que ya ha llegado, se pone en lo alto, para caer.

15. Porque así pienso, porque me digo imperfecto y perfecto: imperfecto ciertamente, porque aún no he alcanzado lo que quiero; perfecto, porque sé que esto mismo me falta: porque así pienso, porque desprecio lo humano, porque no quiero alegrarme en cosas precederas, porque soy ridiculizado por el avaro que se jacta de ser prudente, y me ridiculiza por ser

insensato, porque así actúo, porque sigo este camino: Me has hecho oprobio del insensato. Has querido que viva entre ellos, que predique la verdad entre ellos, que aman la vanidad; y no puedo sino ser ridiculizado por ellos: porque espectáculo hemos sido hechos a este mundo, y a los ángeles, y a los hombres (1 Cor. IV, 9); ángeles alabando, hombres reprochando: más bien, ángeles alabando y vituperando, y hombres alabando y vituperando. A diestra y a siniestra tenemos armas, en las que militamos, por gloria y deshonra, por mala fama y buena fama, como engañadores y veraces (2 Cor. VI, 7, 8). Esto entre ángeles, esto entre hombres: porque también entre ángeles hay santos ángeles, a quienes agradamos viviendo bien; y hay ángeles transgresores, a quienes desagradecemos viviendo bien: y entre los hombres hay hombres santos, a quienes agrada nuestra vida; hay hombres muy malvados, que ridiculizan nuestra buena vida. Y estas son armas, aquellas a la derecha, aquellas a la izquierda; sin embargo, ambas son armas: con ambas armas, tanto derechas como izquierdas uso, y alabando y vituperando, y honrando y deshonrando: con estas ambas armas lucho contra el diablo, con ambas lo hiero: con las prósperas, si no me corrompo; con las adversas, si no me quiebro.

16. [vers. 10, 11.] Me has hecho, pues, oprobio del insensato. Me he vuelto sordo, y no abrí mi boca. Pero contra el insensato me he vuelto sordo, y no abrí mi boca. ¿A quién le diría lo que se hace en mí? Escucharé lo que hable en mí el Señor Dios, porque hablará paz a su pueblo (Sal. LXXXIV, 9): pero no hay paz para los impíos, dice el Señor (Is. XLVIII, 22). Me he vuelto sordo y no abrí mi boca. Porque tú eres quien me hizo. ¿Por eso no abriste tu boca, porque Dios es quien te hizo? Es extraño. ¿Acaso no te hizo Dios la boca para hablar? ¿El que plantó el oído, no oye? ¿el que formó el ojo, no ve? (Sal. XCIII, 9) Dios te dio la boca para hablar: y dices, Me he vuelto sordo, y no abrí mi boca: porque tú eres quien me hizo? ¿O Porque tú eres quien me hizo, pertenece al verso posterior? Porque tú eres quien me hizo, aparta de mí tus azotes. Porque tú eres quien me hizo, no me extermines: solo hiere para que progrese, no para que decaiga: solo golpea para que me desarrolle, no para que me destruya. Porque tú eres quien me hizo, aparta de mí tus azotes.

17. [vers. 12.] Por la fuerza de tu mano desfallecí en las reprensiones: esto es, cuando me reprendías, desfallecí. Y tu reprensión, ¿qué es, sino lo que sigue? Por la iniquidad corregiste al hombre, y has hecho que mi alma se consuma como una araña. Mucho entiende este Idithun: si alguien con él entiende, si alguien con él supera. Pues dice que desfalleció en las reprensiones de Dios, y quiere que se aparten de él los azotes, porque él es quien lo hizo. Quien hizo, él mismo rehaga; y quien creó, él mismo recree. Pero sin embargo, ¿creemos, hermanos, que desfalleció así, para querer ser recreado y reformado, sin causa? Por la iniquidad, dice, corregiste al hombre. Todo lo que desfallecí, lo que soy débil, lo que clamo desde lo profundo, todo esto por la iniquidad: y en esto me corregiste, no me condenaste: Por la iniquidad corregiste al hombre. Escucha esto más claramente de otro salmo: Bueno es para mí que me hayas humillado, para que aprenda tus justificaciones (Sal. CXVIII, 71). Y fui humillado, y es bueno para mí: y es castigo, y es gracia. ¿Qué guarda después del castigo, quien por gracia inflige el castigo? Pues él es de quien se dijo, Fui humillado, y me salvó (Sal. CXIV, 6): y, Bueno es para mí que me hayas humillado, para que aprenda tus justificaciones. Por la iniquidad corregiste al hombre. Y lo que está escrito, Que formas el dolor en el precepto (Sal. XCIII, 20), no pudo ser dicho a Dios sino por quien ha superado; porque no pudo ser visto sino por quien ha superado. Formas, dice, el dolor en el precepto, haces del dolor un precepto para mí. Formas ese mismo dolor mío: no lo dejas informe, sino que lo formas: y mi dolor formado infligido por ti será un precepto para mí, para que sea liberado por ti. Pues formas, se dijo, el dolor, formas el dolor, modelas el dolor, no simulas el dolor: como forma el artesano, de donde también se le llama alfarero por formar. Entonces,

Por la iniquidad corregiste al hombre. Me veo en males, me veo en castigo, y en ti no veo iniquidad. Si entonces yo estoy en castigo y en ti no hay iniquidad, ¿no queda que por la iniquidad corregiste al hombre?

18. ¿Y cómo, fuiste instruido? Dinos la instrucción misma, oh Idithun, ¿cómo fuiste instruido? Y has hecho que mi alma se consuma como una araña. Esta es la instrucción. ¿Qué hay más frágil que una araña? Me refiero al animal mismo. Aunque, ¿qué hay más frágil que las telas de araña? Observa también cuán frágil es el animal mismo. Coloca ligeramente un dedo sobre él, y se desmorona: nada es más frágil. Así hiciste mi alma, dice, instruyéndome por la iniquidad. Cuando la instrucción debilitó, cierta fortaleza era un vicio. Veo que algunos han comprendido rápidamente y han entendido; pero los más rápidos no deben abandonar a los más lentos, para que juntos recorran el camino del discurso. Esto dije, esto entiendan: Si la instrucción del justo Dios causó esta debilidad, cierta fortaleza era un vicio. Al hombre le desagradó con cierta fortaleza, para ser instruido en la debilidad: porque le desagradó con cierta soberbia, para ser instruido en la humildad. Todos los soberbios dicen ser fuertes. Por eso muchos vinieron del oriente y del occidente, para sentarse con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos: ¿por qué vencieron? Porque no quisieron ser fuertes. ¿Qué significa no quisieron ser fuertes? Tuvieron miedo de presumir de sí mismos: no establecieron su propia justicia, para someterse a la justicia de Dios (Rom. X, 3). Finalmente, cuando el Señor dijo esto, Muchos vendrán del oriente y del occidente, y se sentarán con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos, pero los hijos del reino, es decir, los judíos ignorantes de la justicia de Dios, y queriendo establecer la suya propia, irán a las tinieblas exteriores; recuerden la fe de aquel centurión de entre los gentiles, tan débil en sí mismo, tan no fuerte que dijo: No soy digno de que entres bajo mi techo. No era digno de recibir a Cristo en su casa, y ya lo había recibido en su corazón. Pues aquel maestro de la humildad, el Hijo del hombre, ya había encontrado en su pecho donde reclinar su cabeza. A esta palabra del centurión, el Señor, mirando a los que lo seguían, dijo: En verdad os digo, en nadie he hallado tanta fe en Israel (Mat. VIII, 8-12). A este lo encontró débil, a los israelitas los encontró fuertes, para decir entre ambos: No necesitan médico los sanos, sino los enfermos (Id. IX, 12). Por esto, es decir, por esta humildad, Muchos vendrán del oriente y del occidente, y se sentarán con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos; pero los hijos del reino irán a las tinieblas exteriores. He aquí que sois mortales, he aquí que lleváis carne que se pudre, y como uno de los príncipes caeréis: como hombres moriréis (Sal. LXXXI, 7), y caeréis como el diablo. ¿De qué os sirve la medicina de la mortalidad? El diablo soberbio, como ángel que no tiene carne mortal: pero tú que has recibido carne mortal, y ni siquiera esto te sirve para que con tanta debilidad te humilles, como uno de los príncipes caerás. Por tanto, la primera gracia del beneficio de Dios es reducirnos a la confesión de la debilidad, para que todo lo bueno que podamos, todo lo que seamos capaces, lo seamos en Él: para que el que se gloria, se gloríe en el Señor (I Cor. I, 31). Cuando soy débil, dice, entonces soy fuerte (II Cor. XII, 10). Por la iniquidad instruiste al hombre: y has hecho que mi alma se consuma como una araña.

19. Sin embargo, en vano se turba todo hombre viviente. Vuelve a lo que mencionó poco antes: aunque aquí progresa, en vano se turba todo hombre viviente: viviente, ciertamente, en la incertidumbre. ¿Quién está seguro incluso de su propio bien? En vano se turba. Echa sobre el Señor tu cuidado (Sal. LIV, 23), échalo sobre Él todo lo que te preocupa, Él te alimentará, Él te guardará. ¿Qué hay seguro en esta tierra, sino la muerte? Considerad todas las cosas, ya sean buenas o malas de esta vida, ya sea en la misma justicia o en la misma iniquidad: ¿qué hay aquí seguro, sino la muerte? Has progresado: sabes lo que eres hoy; no sabes lo que serás mañana. Eres pecador: sabes lo que eres hoy; no sabes lo que serás mañana. Esperas dinero; es incierto si lo obtendrás. Esperas esposa; es incierto si la recibirás, o cómo será. Esperas

hijos; es incierto si nacerán: han nacido; es incierto si vivirán: viven, es incierto si prosperarán o decaerán. A dondequiera que te vuelvas, todo es incierto: solo la muerte es cierta. Eres pobre; es incierto si te enriquecerás: ignorante; es incierto si serás instruido: débil; es incierto si te recuperarás. Has nacido; es cierto que morirás: y en esto mismo, porque la muerte es cierta, el día de la muerte es incierto. Entre estas incertidumbres, donde solo la muerte es cierta, cuya hora también es incierta, y es la única que se teme mucho, que de ningún modo se puede evitar, todo hombre viviente se turba en vano.

20. [vers. 13.] Por tanto, entre estas cosas ya saltando, ya actuando en algunas superiores, despreciando estas inferiores, estando entre ellas, dice: Escucha mi oración. ¿De qué me alegraré, de qué me lamentaré? Me alegro de lo pasado, por lo que queda me lamento. Escucha mi oración y mi súplica: percibe con tus oídos mis lágrimas. ¿Acaso porque he saltado tanto, porque he trascendido tanto, ya no lloro? ¿No lloro mucho más? Porque quien añade conocimiento, añade dolor (Ecl. I, 18). ¿No es cierto que cuanto más deseo lo que falta, tanto más gimo hasta que venga, tanto más lloro hasta que venga? ¿No es cierto que cuanto más abundan los escándalos, cuanto más abunda la iniquidad, cuanto más se enfría la caridad de muchos (Mat. XXIV, 12)? Digo, ¿Quién dará a mi cabeza agua, y a mis ojos fuente de lágrimas (Jerem. IX, 1)? Escucha mi oración y mi súplica: percibe con tus oídos mis lágrimas. No te calles de mí. No me quedes sordo para siempre. No te calles de mí: que te escuche. Dios habla en secreto, habla a muchos en el corazón: y hay un gran sonido allí en el gran silencio del corazón, cuando con gran voz dice, Yo soy tu salvación. Di, dice, a mi alma, Yo soy tu salvación (Sal. XXXIV, 3). De esta voz, con la que Dios dice al alma, Yo soy tu salvación, desea que no se calle de él. No te calles de mí.

21. Porque soy huésped contigo. Pero, ¿con quién soy huésped? Con el diablo cuando estaba, era huésped, pero tenía un mal anfitrión: ahora, sin embargo, ya contigo, pero aún huésped. ¿Qué significa, huésped? De donde he de partir, no donde he de permanecer para siempre. Donde he de permanecer para siempre, se llame mi casa: de donde he de partir, soy huésped: pero sin embargo soy huésped con mi Dios, con quien, al recibir la casa, he de permanecer. Pero, ¿cuál es la casa a la que se ha de migrar desde este hospedaje? Reconoced aquella casa, de la que dice el Apóstol: Tenemos una morada de Dios, una casa no hecha por manos, eterna en los cielos (II Cor. V, 1). Si esta casa es eterna en los cielos, cuando lleguemos a ella, no seremos huéspedes. Pues, ¿cómo serás huésped en una casa eterna? Pero aquí donde el Señor dirá casa, Migra, y cuando lo dirá no lo sabes, estate preparado. Deseando, sin embargo, la casa eterna estarás preparado. Y no te enojas con Él, porque cuando quiera dice, Migra. Pues no hizo un contrato contigo, ni se obligó con algún acuerdo, ni te convertiste en inquilino de la casa con una renta fija por un tiempo fijo: cuando quiera el Señor de ella, migrarás. Por eso, de hecho, permaneces gratis. Porque soy huésped contigo, y peregrino. Entonces allí está la patria, allí la casa: huésped contigo, y peregrino. Y aquí se sobreentiende contigo. Pues muchos son peregrinos con el diablo: pero los que ya han creído y son fieles, son peregrinos, porque aún no han llegado a aquella patria y casa, pero sin embargo están con Dios. Pues mientras estamos en el cuerpo, peregrinamos lejos del Señor: y nos esforzamos, ya sea permaneciendo aquí, ya sea peregrinando, en serle agradables (II Cor. VI, 9). Y peregrino y huésped: como todos mis padres. Si entonces como todos mis padres, ¿diré que no he de migrar, cuando ellos migraron? ¿He de permanecer en una condición diferente a la que ellos permanecieron?

22. [vers. 14.] ¿Qué queda entonces por pedir, ya que sin duda he de migrar de aquí? Perdóname para que me refresque antes de ir. Mira, mira Idithun, qué nudos tienes que te sean perdonados, con los cuales, una vez perdonados, deseas refrescarte antes de ir. Pues tienes algunos ardores, de los cuales deseas refrescarte, y dices, Refrescarme; y dices,

Perdóname. ¿Qué te perdonará, si acaso no es aquel escrúpulo donde dices, y de donde dices: Perdona nuestras deudas (Mat. VI, 12)? Perdóname antes de ir, y ya no seré más. Líbrame de los pecados antes de ir, para no ir con los pecados. Perdóname, para que descanse en mi conciencia, para que esté libre del ardor de la preocupación: con la cual preocupación me ocupo por mi pecado. Perdóname para que me refresque, sobre todo, antes de ir, y ya no seré más. Pues si no me perdonas para que me refresque, iré y no seré. Antes de ir: a donde si voy, ya no seré. Perdóname para que me refresque. Surge una cuestión, ¿cómo ya no será? ¿Acaso no va ya al descanso? ¿Que Dios lo evite de Idithun! Pues Idithun ciertamente irá, al descanso irá. Pero imagina a alguien iniquo, no Idithun, no el que salta; el que acumula aquí, el que se recuesta, el iniquo, el soberbio, el jactancioso, el altivo, el que desprecia al pobre que yace ante su puerta: ¿acaso no será también él? ¿Qué significa entonces, no seré? Si el rico no era, ¿quién es el que ardía? ¿Quién es el que deseaba que una gota de agua del dedo de Lázaro cayera en su lengua? ¿Quién es el que decía: Padre Abraham, envía a Lázaro (Luc. XVI, 24)? Ciertamente quien hablaba era, y quien ardía era: y quien resucitará al final, y quien será condenado con el diablo al fuego eterno. ¿Qué significa entonces, no seré, sino que este Idithun considere qué significa ser, y no ser? Pues veía aquel fin, con el corazón podía, con la agudeza de la mente valía, que había deseado que se le mostrara diciendo: Hazme conocer, Señor, mi fin. Veía el número de sus días que es: atendía a todo lo que es inferior, en comparación con aquel ser, no ser; y decía que no era. Pues aquellas cosas permanecen; estas son mutables, mortales, frágiles: y el mismo dolor eterno, lleno de corrupción, no se termina para que sin fin se termine. Miró entonces aquella región bienaventurada, aquella patria bienaventurada, aquella casa bienaventurada, donde los santos son partícipes de la vida sempiterna y de la verdad inmutable: y temió ir fuera, donde no hay ser; deseando estar allí, donde está el sumo ser. Por esta comparación, entonces, estando entre ambos, aún temiendo dice: Perdóname, para que me refresque antes de ir, y ya no seré más. Pues si no me perdonas los pecados, iré eternamente lejos de ti. ¿Y de quién iré eternamente? De aquel que dijo, Yo soy el que soy: de aquel que dijo, Di a los hijos de Israel, El que es me ha enviado a vosotros (Éxod. III, 14). De aquel, entonces, que verdaderamente es, quien va en dirección contraria, va hacia no ser.

23. Así que, hermanos míos, aunque he sido pesado para el trabajo de vuestro cuerpo, soportad; porque yo también he trabajado: y verdaderamente digo, porque este trabajo os lo hacéis a vosotros mismos. Pues si sintiera que os fastidia lo que se dice, pronto callaría.

EN EL SALMO XXXIX COMENTARIO. SERMON AL PUEBLO.

1. Todo lo que predijo nuestro Señor Jesucristo, en parte lo conocemos hecho, en parte lo esperamos futuro: sin embargo, todo se cumplirá, porque esta verdad lo dice, y tan fielmente lo dice, como fieles requiere. Quien cree, se alegrará cuando vengan; quien no cree, se confundirá cuando vengan. Sin embargo, vendrán, ya sea que los hombres lo quieran, ya sea que no lo quieran, ya sea que crean, ya sea que no crean, como dice el Apóstol: Si negamos, Él también nos negará: si no creemos, Él permanece fiel, no puede negarse a sí mismo (II Tim. II, 12, 13). Sobre todo, hermanos, recordad esto brevemente, y retened esto que todos hemos escuchado del Evangelio. El que persevere hasta el fin, este será salvo (Mat. X, 22; y XXIV, 13). Ya nuestros padres fueron entregados en concilios, dijeron causas ante enemigos a quienes amaban; les prestaron tanto como pudieron corrección, y tanto como valieron amor: y se derramó sangre justa, y con esa sangre, como siembra hecha por todo el mundo, surgió la cosecha de la Iglesia. El tiempo consecuente es de escándalos y simulación y tentaciones, por aquellos que dicen: He aquí, aquí está Cristo, he aquí, allí (Id. XXIV, 23). Aquel enemigo nuestro, entonces fue león, cuando abiertamente rugía: ahora es dragón, cuando ocultamente acecha. Pero aquel a quien se le dijo, Pisarás al león y al dragón (Sal. XC, 13), puesto que

somos su cuerpo y sus miembros, así como pisó al león con los pies de nuestros padres abiertamente rugiendo, y atrayendo a los mártires a las pasiones, así ahora pise al dragón, para que no nos aceche. De este dragón nos hace cautos el Apóstol diciendo: Os he preparado para presentaros como una virgen casta a Cristo: pero temo que como la serpiente engañó a Eva con su astucia, así también vuestras mentes se corrompan de la castidad que está en Cristo Jesús (II Cor. XI, 2). Por tanto, esta serpiente, antiguo adúltero, busca corromper la virginidad, no de la carne, sino del corazón. Así como el adúltero humano se regocija en su maldad cuando corrompe la carne; así también el diablo se regocija cuando corrompe la mente. Así como a nuestros padres les era necesaria la paciencia contra el león, así a nosotros nos es necesaria la vigilancia contra el dragón. Sin embargo, la persecución, ya sea del león, ya sea del dragón, nunca cesa para la Iglesia: y es más temible cuando engaña, que cuando ruge. En aquel tiempo obligaba a los cristianos a negar a Cristo; ahora enseña a los cristianos a negar a Cristo: entonces obligaba, ahora enseña. Entonces, por tanto, infligía violencias, ahora insidias: entonces parecía rugir, ahora resbala y se desliza difícilmente visible. Pero, ¿cómo entonces obligaba a los cristianos a negar a Cristo, es evidente. Pues eran atraídos para negar a Cristo, y confesando a Cristo eran coronados. Ahora, sin embargo, enseña a negar a Cristo; y por eso engaña, porque quien es enseñado a negar a Cristo, no parece a sí mismo apartarse de Cristo. Pues ahora, ¿qué se dice por los hombres herejes al cristiano católico? Ven, sé cristiano. Se dice esto, Sé, para que diga, ¿No soy? Es muy diferente, Ven, sé cristiano; a Ven, niega a Cristo. El mal abierto, el rugido del león se escucha de lejos, se evita de lejos. Se acerca el resbaladizo dragón, con deslizamientos ocultos serpenteando, con un astuto silbido murmurando, y no dice, Niega a Cristo. Pues, ¿quién escucharía eso de los mártires coronados? Pero dice, Sé cristiano. Y aquel, golpeado por la voz maravillosa, si aún no ha sido penetrado por el veneno, responde, Claro que soy cristiano. Pero si se mueve, y ha sido capturado por el diente del dragón, responde, ¿Por qué me dices, Sé cristiano? ¿Acaso no soy cristiano? Y él, No. Entonces, ¿no soy? No. Entonces, hazme ahora cristiano, si no lo soy. Ven. Pero cuando comiences a ser interrogado por el obispo quién eres, no digas, Soy cristiano, o Soy fiel, sino di que no lo eres, para que puedas serlo. Pues cuando escucha la confesión del cristiano fiel, no se atreve a rebautizar: pero cuando escucha que no lo es, le da como si no tuviera; para que él mismo esté como fuera de culpa, porque actúa según su voz. ¿Dónde te pregunto, hereje, por qué te crees fuera de culpa? ¿Qué escucho con esta voz? porque no niegas tú, sino que él niega? Si tiene culpa quien niega, ¿qué quien enseña a negar al que niega? ¿Acaso estás tú fuera de culpa, porque haces enseñando lo que hacía amenazando el pagano? ¿Y qué haces? ¿Acaso quitas lo que tiene, porque negó lo que tiene? No haces que no tenga, sino que lo tenga para castigo. Pues lo que tiene, lo tiene. Aquel bautismo es como un carácter impreso: adornaba al soldado, condena al desertor. ¿Qué haces entonces? Impones a Cristo sobre Cristo. Si fueras simple, no duplicarías a Cristo. Además, te pregunto, ¿olvidaste que Cristo es piedra, y la Piedra que desecharon los edificadores, esta ha venido a ser cabeza de ángulo (Sal. CXVII, 22; Mat. XXI, 42, y I Ped. II, 4, 7)? Si, por tanto, Cristo es piedra, y quieres imponer a Cristo sobre Cristo, ¿se te olvidó lo que escuchaste en el Evangelio, que piedra sobre piedra no quedará (Mat. XXIV, 2)? Sin embargo, tanto vale la unión de la caridad, que aunque muchas piedras vivas se unan en la estructura del templo de Dios, una piedra se hace de todas. Pero tú te has separado; de la edificación retiras, a la ruina llamas; y abundan estas insidias, y no cesan: y vemos, y toleramos, y cuanto podemos reprimimos, discutiendo, convenciendo, exhortando, aterrorizando, sin embargo en todo amando. Y cuando perseveran en el mal con nosotros actuando así, y nuestro corazón se consume por las muertes fraternales, cuando duele por los que están fuera, teme por los que están dentro, a través de angustias multiformes e incesantes tentaciones, de las cuales abunda esta vida, ¿qué haremos? Pues de la abundancia de la iniquidad se produce cierta frialdad de la caridad: porque abundó la iniquidad, se enfría la caridad de muchos. ¿Y qué haremos, sino

lo que sigue, si con su ayuda podemos: El que persevere hasta el fin, este será salvo (Ibid., 12, 13)?

2. [vers. 2, 3.] Digamos entonces que este salmo: Esperando, esperé al Señor. Esperando, esperé, no a cualquier hombre que promete, que puede engañar y ser engañado; no a cualquier hombre consolador, que puede consumirse en su tristeza antes de reconfortarme. Que me consuele un hermano humano cuando está triste conmigo; gemimos juntos, lloramos juntos, oramos juntos, esperamos juntos; ¿a quién, sino al Señor que no quita sus promesas, sino que las difiere? Sin duda las cumplirá, las cumplirá; porque ya ha cumplido muchas: y no deberíamos temer nada de la verdad de Dios, aunque aún no hubiera cumplido nada. Supongamos ahora que así es, ha prometido todo, aún no ha dado nada: es un prometedo-
r idóneo, un cumplidor fiel; tú solo sé un exigente piadoso, aunque pequeño, aunque débil, exige misericordia. ¿No ves a los tiernos corderos golpear con sus cabezas las ubres de sus madres para saciarse de leche? Esperando, dice, esperé al Señor. ¿Y qué hizo Él? ¿Se apartó de ti, despreció al que espera, o tal vez no vio? No, claramente no. ¿Pero qué? Y me atendió, y escuchó mi súplica. Atendió, y escuchó. Mira, no esperaste en vano: sus ojos están sobre ti, sus oídos hacia ti. Porque los ojos del Señor están sobre los justos, y sus oídos en sus oraciones. ¿Qué entonces, cuando hacías el mal, cuando lo blasfemabas, no veía? ¿no escuchaba? ¿Y dónde está lo que se dice en el mismo salmo, pero el rostro del Señor está sobre los que hacen el mal? ¿Pero para qué? Para borrar de la tierra su memoria (Salmo XXXIII, 16, 17). Así que incluso cuando eras malo, te atendía, pero no te atendía a ti. Por lo tanto, a este que esperando esperó al Señor, le pareció poco decir, Me atendió: Me atendió, dice, es decir, me atendió consolando, para beneficiarme. ¿Qué atendió? Y escuchó mi súplica.

3. ¿Y qué te concedió? ¿qué te hizo? Y me sacó del pozo de la miseria, y del lodo del fango: y puso mis pies sobre una roca, y dirigió mis pasos. Y puso en mi boca un cántico nuevo, un himno a nuestro Dios. Grandes bienes concedió, y aún es deudor: pero quien ya tiene estos dones recibidos, crea en los demás, quien debió creer incluso antes de recibir algo. Con los mismos hechos nos persuadió nuestro Señor de que es un prometedo-
r fiel, un dador generoso. ¿Qué hizo entonces ahora? Me sacó del pozo de la miseria. ¿Qué es el pozo de la miseria? La profundidad de la iniquidad, de las concupiscencias carnales. Esto es, y del lodo del fango. ¿De dónde te sacó? De una cierta profundidad. De donde en otro salmo clamabas: Desde lo profundo clamé a ti, Señor (Salmo CXXIX, 1). Y los que ya claman desde lo profundo, no están completamente en lo profundo: el mismo clamor ya eleva. Hay otros más profundamente en lo profundo, que ni siquiera sienten que están en lo profundo. Tales son los soberbios despreciadores, no los piadosos suplicantes, no los llorosos clamadores: sino tales, como en otro lugar la Escritura designa: El pecador cuando ha llegado a lo profundo de los males, desprecia (Prov. XVIII, 3). Porque a quien le parece poco ser pecador, si no es también confesor de sus pecados, sino defensor, está más profundamente en lo profundo. Pero aquel que clamó desde lo profundo, ya desde el fondo del abismo levantó la cabeza para clamar: fue escuchado, fue sacado del pozo de la miseria, y del lodo del fango. Ya tiene la fe, que no tenía; tiene la esperanza, sin la cual estaba; camina en Cristo, quien erraba en el diablo. Por eso, dice, Puso mis pies sobre una roca, y dirigió mis pasos. Pero la roca era Cristo (I Cor. X, 4). Seamos sobre la roca, diríjense nuestros pasos: sin embargo, aún es necesario que caminemos, para llegar a algo. Pues el apóstol Pablo, ya sobre la roca, ya con sus pies dirigidos, ¿qué decía? No que ya lo haya alcanzado, o que ya sea perfecto: hermanos, yo no pienso que lo haya alcanzado. ¿Qué se te ha concedido entonces, si no lo has alcanzado? ¿De qué das gracias, cuando dices: Pero he alcanzado misericordia (I Tim. I, 13)? Porque los pies están dirigidos, porque ya camina sobre la roca. ¿Qué dice entonces? Pero

una cosa hago: olvidando lo que queda atrás. ¿Qué queda atrás? El pozo de la miseria. ¿Qué es, atrás? El lodo del fango, las concupiscencias carnales, las tinieblas de las iniquidades. Olvidando lo que queda atrás, extendiéndome a lo que está delante. No se diría extendido, si ya hubiera llegado. Pues el alma se extiende por el deseo de la cosa anhelada, no por la alegría de lo conseguido. A lo que está delante, dice, me extendo, prosigo hacia la meta del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús (Filip. III, 12, 13). Corría, proseguía hacia la meta. Y en otro lugar ya próximo a la meta, dice, He acabado la carrera. ¿Cuándo entonces decía, Prosigo hacia la meta del supremo llamamiento, porque ya sus pies estaban dirigidos en la roca, ya caminaba por el buen camino: tenía de qué dar gracias, tenía qué pedir, dando gracias por lo recibido, pidiendo lo debido. ¿De qué recibido? De la indulgencia de los pecados, de la iluminación de la fe, de la fortaleza de la esperanza, de la llama de la caridad. ¿De qué aún mantenía al Señor como deudor? Por lo demás, dice, me está reservada la corona de justicia. Aún entonces se me debe algo. ¿Qué se debe? La corona de justicia, que me dará el Señor en aquel día, el justo juez (II Tim. IV, 7, 8). Primero un padre benigno, para sacarlo del pozo de la miseria, para perdonar los pecados, para liberarlo del lodo del fango: después un juez justo, devolviendo al que bien camina lo que prometió, a quien primero le dio para que bien caminara. Devolverá entonces el juez justo: pero ¿a quiénes? El que persevere hasta el fin, este será salvo (Mat. X, 22, y XXIV, 13).

4. [vers. 4.] Y puso en mi boca un cántico nuevo. ¿Qué cántico nuevo? Un himno a nuestro Dios. Tal vez cantabas himnos a dioses ajenos, himnos antiguos; porque el hombre viejo decía, no el hombre nuevo: que el hombre nuevo diga un cántico nuevo: renovado ame las cosas nuevas con las que se renueva. Pues ¿qué hay más antiguo que Dios, que es antes de todo, y sin fin, y sin principio? Se hace nuevo para ti al regresar; porque al alejarte te habías hecho viejo, y habías dicho: Me he envejecido en todos mis enemigos (Salmo VI, 8). Digamos entonces un himno a nuestro Dios, y ese himno nos libera. Porque invocaré al Señor alabando, y seré salvo de mis enemigos (Salmo XVII, 4). Pues el himno es un cántico de alabanza. Invoca alabando, no reprendiendo. Pues cuando invocas a Dios, para que oprima a tu enemigo, cuando quieres alegrarte del mal ajeno, y para ese mal invocas a Dios, lo haces partícipe de tu malicia. Si lo haces partícipe de la malicia, entonces no invocas alabando, sino reprendiendo. Pues piensas que Dios es como tú. Por eso se te dice en otro lugar: Esto hiciste, y callé; pensaste iniquidad, que sería como tú (Salmo XLIX, 21). Invoca entonces al Señor alabando: no pienses que es como tú, para que te hagas como Él. Sed perfectos como vuestro Padre, que hace salir su sol sobre buenos y malos, y llueve sobre justos e injustos (Mat. V, 48, 45). Así alaba al Señor, para que no desees el mal a tus enemigos. ¿Y cuánto bien, dices, debo desearles? Tanto como a ti. Pues no recibirán de lo tuyo para ser buenos, ni lo que se les dé a ellos te disminuirá a ti. Tu enemigo, porque es malo, es enemigo: se hace bueno, y será amigo, y será compañero; para que juntos desees poseer lo que amabas, ya será hermano. Invoca entonces alabando, di un himno a tu Dios. El sacrificio de alabanza, dice, me glorificará. ¿Y qué? ¿Será mayor la gloria de Dios porque lo glorificas? ¿o añadimos gloria a Dios cuando le decimos, Te glorifico, Dios mío? ¿o lo hacemos más santo cuando decimos, Te bendigo, Dios mío? Él cuando nos bendice, nos hace más santos, nos hace más felices; cuando nos glorifica, nos hace más gloriosos, nos hace más honorables: cuando lo glorificamos, nos beneficia a nosotros, no a Él. Pues ¿cómo lo glorificamos? Diciéndolo glorioso, no haciéndolo. Por eso, ¿qué dice a continuación, cuando decía, El sacrificio de alabanza me glorificará? Para que no pienses que le ofreces algo a Dios, ofreciendo el sacrificio de alabanza, Y allí está el camino, dice, donde le mostraré mi salvación (Salmo XLIX, 23). Ves que te beneficiará a ti alabar a Dios, no a Dios. ¿Alabas a Dios? Caminas por el camino. ¿Reprendes a Dios? Has perdido el camino.

5. Y puso en mi boca un cántico nuevo, un himno a nuestro Dios. Tal vez alguien pregunta, ¿qué persona habla en este salmo? Brevemente diré, es Cristo. Pero como sabéis, hermanos, y a menudo se debe decir, Cristo a veces habla desde sí mismo, es decir, desde nuestra cabeza: pues Él mismo es el Salvador del cuerpo, nuestra cabeza, el Hijo de Dios nacido de una virgen, que sufrió por nosotros, resucitando para justificarnos, sentado a la derecha de Dios para interceder por nosotros, retribuyendo todo en el juicio, bien a los buenos, mal a los malos. Él es nuestra cabeza, se dignó ser la cabeza del cuerpo, asumiendo carne de nosotros, en la que moriría por nosotros: la cual también resucitó por nosotros, para en esa carne de resurrección ofrecernos un ejemplo, para que aprendiéramos a esperar lo que desesperábamos, y ya tuviéramos los pies en la roca, camináramos en Cristo. Por lo tanto, a veces habla desde nuestra cabeza, a veces también desde nosotros, es decir, desde sus miembros: porque incluso cuando dijo, Tuve hambre, y me disteis de comer (Mat. XXV, 35), hablaba desde sus miembros, no desde sí mismo. Y cuando dijo, Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? (Hechos IX, 4), la cabeza clamaba por los miembros: y sin embargo, no dijo, ¿Por qué persigues a mis miembros? sino, ¿por qué me persigues? Si en nosotros Él sufre, y nosotros en Él seremos coronados. Esta es la caridad de Cristo. ¿Qué puede compararse a esto? De esto puso un himno en nuestra boca, y dice esto desde sus miembros.

6. Verán los justos, y temerán, y esperarán en el Señor. Verán los justos. ¿Qué justos? Los fieles: porque el justo vivirá por la fe (Habac. II, 4, y Rom. I, 17). Pues en la Iglesia este es el orden: unos preceden, otros siguen: y los que preceden, se presentan como ejemplo a los que siguen; y los que siguen, imitan a los que preceden. Pero también aquellos que se presentan como ejemplo a los que siguen, ¿acaso no siguen a nadie? Si no siguen a nadie, errarán. Por lo tanto, también ellos siguen a alguien, al mismo Cristo. Los mejores en la Iglesia, a quienes ya no les queda hombre a quien imitar, porque superaron a todos progresando, les queda el mismo Cristo, a quien seguir hasta el fin. Y veis los grados ordenados por el apóstol Pablo diciendo: Sed imitadores de mí, como yo de Cristo (I Cor. IV, 16). Por lo tanto, los que ya tienen sus pasos dirigidos en la roca, sean ejemplo para los fieles: Pero sé ejemplo, dice, para los fieles (I Tim. IV, 12). Ellos mismos son los justos fieles, que atendiendo a aquellos que los preceden en el bien, los siguen imitando. ¿Cómo los siguen? Verán los justos, y temerán. Verán, y temerán seguir los malos caminos, cuando ven a algunos mejores ya haber elegido los buenos caminos; y dicen en su corazón, como suelen decir los viajeros, atendiendo a otros que caminan con confianza en el camino, ellos aún inciertos del camino, y como vacilantes por dónde ir, se dicen: No en vano van por aquí, cuando van allí a donde nosotros queremos ir; y ¿por qué van con gran confianza por aquí, sino porque ir por allí es pernicioso? Verán entonces los justos, y temerán. Ven el camino angosto por aquí, el camino ancho por allí: por aquí ven a pocos, por allí a muchos (Mat. VII, 13, 14). Pero si eres justo, no cuentes, sino pesa; trae una balanza justa, no engañosa, porque has sido llamado justo: Verán los justos, y temerán, se ha dicho de ti. No cuentes entonces las multitudes de hombres que caminan por los caminos anchos, llenando el circo mañana, celebrando el Natal de la ciudad gritando, deshonorando a la misma ciudad viviendo mal. No los atiendas entonces; son muchos, ¿y quién los cuenta? Pero pocos por el camino angosto. Trae, digo, la balanza, pesa: ve contra pocos granos cuánta paja levantas. Esto hagan los fieles justos que siguen. ¿Qué aquellos que preceden? No se enorgullezcan, no se exalten, no engañen a los que siguen. ¿Cómo pueden engañar a los que siguen? Prometiéndoles en ellos la salvación. ¿Qué deben hacer entonces aquellos que siguen? Verán los justos, y temerán, y esperarán en el Señor: no en aquellos por quienes son precedidos: sino atendiendo a los que los preceden, los siguen e imitan, pero porque piensan de quién recibieron ellos para preceder, y en Él esperan. Aunque entonces imiten a estos, su esperanza la ponen en aquel de quien también estos recibieron para ser tales. Verán los justos, y temerán, y esperarán en el Señor: como en otro salmo, Levanté mis

ojos a los montes, entendemos los montes, hombres espirituales claros y grandes de la Iglesia, grandes por solidez, no por hinchazón. Por ellos toda la Escritura nos ha sido dispensada; son Profetas, son Evangelistas, son buenos doctores: allí levanté mis ojos a los montes, de donde vendrá mi ayuda. Y para que no pienses que es ayuda humana, sigue, y dice: Mi ayuda viene del Señor, que hizo el cielo y la tierra (Salmo CXX, 1, 2). Verán los justos, y temerán, y esperarán en el Señor.

7. [vers. 5.] ¡Ea, los que quieren esperar en el Señor, que ven y temen, teman caminar por los malos caminos, los caminos anchos; elijan el camino angosto, donde ya sobre la roca están dirigidos los pasos de algunos: qué deben hacer, escuchen ahora. Bienaventurado el hombre cuyo nombre del Señor es su esperanza, y no miró a vanidades y locuras engañosas. He aquí por dónde querías ir, he aquí la multitud del camino ancho: no en vano lleva al anfiteatro, no en vano lleva a la muerte. El camino ancho es mortal: su anchura deleita por un tiempo, su fin es angosto para siempre. Pero las multitudes claman, las multitudes se apresuran, las multitudes se alegran, las multitudes concurren. No imites, no te apartes; son vanidades, y locuras engañosas. Sea el Señor tu Dios tu esperanza: no esperes otra cosa del Señor tu Dios, sino que el mismo Señor sea tu esperanza. Pues muchos esperan de Dios dinero, muchos esperan de Dios honores caducos y perecederos, cualquier otra cosa de Dios además de Dios mismo: pero tú pide a tu mismo Dios: más bien, despreciando otras cosas, ve hacia Él; olvidando otras cosas, recuerda a Él; dejando atrás otras cosas, extiéndete hacia Él. Él ciertamente corrigió al que se apartó, Él guía al recto, Él conduce: entonces sea Él tu esperanza, quien guía y conduce. ¿A dónde guía y a dónde conduce la avaricia terrenal? Buscabas tierras, deseabas poseer tierra, excluías a los vecinos; excluidos ellos, codiciabas a otros vecinos; y extendías tanto la avaricia, hasta que llegabas a las costas: llegando a las costas, codicias islas; poseída la tierra, tal vez quieres tomar el cielo. Deja todos los amores: más hermoso es aquel que hizo el cielo y la tierra.

8. Bienaventurado el hombre cuyo nombre del Señor es su esperanza, y no se ha vuelto hacia vanidades y locuras engañosas. ¿De dónde provienen las locuras engañosas? La locura engañosa, la salud verdadera. Lo que ves como bueno, lo crees, te equivocas: no estás sano, te has vuelto frenético por una fiebre excesiva; no es verdad lo que amas. Alabas al auriga, gritas al auriga, te vuelves loco por el auriga. Es vanidad, es una locura engañosa. No es así, dice: nada mejor, nada más placentero. ¿Qué hago con el febril? Si hay misericordia en ustedes, oren por tales personas. Porque incluso el médico a menudo, en la desesperación, se vuelve hacia aquellos que lloran en la casa, que dependen de su palabra para escuchar el juicio sobre el enfermo y en peligro: el médico está indeciso, no ve el bien que pueda prometer, teme pronunciar el mal, para no asustar; concibe una sentencia moderada: Dios es bueno, todo lo puede, oren por él. ¿A quién, entonces, de estos locos puedo alcanzar? ¿Quién me escuchará? ¿Quién de ellos no nos llamará miserables? Porque al no enloquecer con ellos, piensan que hemos perdido grandes y variadas delicias, en las que ellos mismos enloquecen: y no ven que son engañosas. Cuando les doy un huevo o los invito, o les ofrezco un cáliz saludable al herido; y ¿cómo los restauro, cuando los encuentro? Para que no desfallezcan por inanición y no lleguen a la salud, los animo a que se restauren: preparan los puños, quieren arremeter contra el médico. Y si golpea, que sea amado; y si hace daño, que no sea abandonado: volverá a la razón, dará gracias. Cuántos aquí se reconocen, se ven mutuamente, y hablan de sí mismos en la Iglesia de Dios; en el seno de la santa Iglesia atienden sus ya buenas ocupaciones en torno a la palabra de Dios, en torno a los oficios y servicios de la caridad, para frecuentar el rebaño de Cristo sin apartarse de la Iglesia, se ven y hablan entre sí sobre los demás. ¿Quién es este aficionado al circo? ¿Quién es este amante y alabador de aquel cazador, de aquel actor? Habla de otro, y aquel de él. Ciertamente son estos,

ciertamente nos alegramos de tales. Si nos alegramos de tales, no desesperemos de tales. Oremos por ellos, hermanos queridísimos: de ahí crece el número de los santos, del número que era de los impíos. Y no se ha vuelto hacia vanidades y locuras engañosas. Aquel ha vencido, ha unido tal caballo, lo proclama, como si quisiera ser divino: busca la divinidad perdiendo la fuente de la divinidad: y a menudo proclama, y a menudo se equivoca. ¿Por qué esto? Porque son locuras engañosas. ¿Por qué, entonces, a veces se cumplen lo que dicen? Para desviar a los locos, para que amando allí la apariencia de la verdad, caigan en la trampa de la falsedad: que queden atrás, que sean abandonados, que sean cortados. Si eran nuestros miembros, que sean mortificados: Mortificad, dice, vuestros miembros que están sobre la tierra (Colosenses III, 5). Que nuestra esperanza sea nuestro Dios. Quien hizo todo, es mejor que todo; quien hizo cosas bellas, es más bello que todas; quien hizo cosas fuertes, es más fuerte; quien hizo cosas grandes, es más grande: lo que ames, él será para ti. Aprende a amar en la criatura al creador, y en la obra al hacedor; para que no te retenga lo que fue hecho por él, y pierdas a aquel por quien tú mismo fuiste hecho. Por lo tanto, Bienaventurado el hombre cuyo nombre del Señor es su esperanza, y no se ha vuelto hacia vanidades y locuras engañosas.

9. [vers. 6-9.] Tal vez nos dirá, quien al ser tocado por este verso quiera corregirse, y a quien le haya sobrevenido ese temor de la justicia de la fe, y queriendo haya comenzado a caminar por el camino angosto; nos dirá: No podré caminar si no veo nada. ¿Qué hacemos entonces, hermanos? ¿Lo dejaremos sin espectáculo? Morirá, no subsistirá, no nos seguirá. ¿Qué hacemos entonces? Demos espectáculos en lugar de espectáculos. ¿Y qué espectáculos daremos al hombre cristiano, a quien queremos apartar de esos espectáculos? Doy gracias a nuestro Señor Dios: en el siguiente verso del Salmo nos muestra qué espectáculos debemos ofrecer y mostrar a los espectadores que desean ver. He aquí que se ha apartado del circo, del teatro, del anfiteatro, busca qué ver, ciertamente busca; no lo dejamos sin espectáculo. ¿Qué daremos en lugar de aquellos? Escucha lo que sigue: Muchas cosas has hecho tú, Señor mi Dios, tus maravillas. Miraba los milagros de los hombres, que contemple las maravillas de Dios. Muchas maravillas ha hecho el Señor; que mire estas. ¿Por qué le parecieron despreciables? Alaba al auriga que guía cuatro caballos, y que corren sin mancha ni tropiezo: ¿acaso el Señor no ha hecho tales milagros espirituales? Que guíe la lujuria, que guíe la pereza, que guíe la injusticia, que guíe la imprudencia, estos movimientos que, al deslizarse demasiado, causan estos vicios, que los guíe y los someta a sí mismo, y que sostenga las riendas, y no sea arrastrado; que los lleve a donde quiera, no sea llevado a donde no quiera. Alababa al auriga, el auriga será alabado: clamaba para que el auriga fuera cubierto con una vestidura, será vestido con inmortalidad. Estos dones, estos espectáculos los ofrece Dios. Clama desde el cielo: Los observo; luchen, los ayudaré; venzan, los coronaré. Muchas cosas has hecho tú, Señor mi Dios, tus maravillas; y en tus pensamientos no hay quien sea semejante a ti. Ahora mira al actor. El hombre ha aprendido con gran esfuerzo a caminar sobre la cuerda, y colgando te suspende. Mira a aquel que ofrece espectáculos mayores. Este ha aprendido a caminar sobre la cuerda, ¿acaso ha hecho caminar sobre el mar? Olvida tu teatro, mira a nuestro Pedro, no un funambulista, sino, por así decirlo, un mariambulista. Camina tú también no en aquellas aguas, donde Pedro caminó significando algo, sino en otras; porque este mundo es un mar. Tiene amargura nociva, tiene olas de tribulaciones, tempestades de tentaciones; tiene hombres como peces que se alegran de su mal, y como si se devoraran unos a otros; camina aquí, pisa esto. ¿Quieres ver, ser espectáculo? No desfallezcas, mira al que va delante y dice: Hemos sido hechos espectáculo para este mundo, y para los ángeles, y para los hombres (I Cor. IV, 9). Pisa el mar, no te hundas en el mar. No irás, no pisarás, a menos que él lo ordene, quien primero caminó sobre el mar. Así dijo Pedro: Si eres tú, manda que yo vaya a ti sobre las aguas. Y porque era él, escuchó al que pedía,

concedió al que deseaba, llamó al que caminaba, levantó al que se hundía (Mateo XIV, 28-31). Estas maravillas hizo el Señor, míralas; que el ojo del espectador sea la fe. Y haz tú tales cosas; porque si los vientos te turban, si las olas rugen, y la fragilidad humana te lleva a alguna duda sobre tu salvación, tienes a quien clamar; dices, Señor, perezco. No permite que perezca, quien te mandó caminar. Porque ya caminas sobre la roca, y no temes el mar: si estás sin la roca, te hundirás en el mar, porque en tal roca se debe caminar, que no se hundió en el mar.

10. Mira las maravillas de Dios. Anuncié, y hablé, se multiplicaron sobre el número. Hay un número, están sobre el número. El número es cierto, pertenece a la Jerusalén celestial. Porque el Señor conoce a los suyos (II Tim. II, 19), cristianos temerosos, cristianos fieles, cristianos que guardan los mandamientos, que caminan por los caminos de Dios, que se abstienen de pecados, que si caen confiesan: ellos pertenecen al número. Pero, ¿acaso son los únicos? También están sobre el número. Porque aunque ahora son pocos, pocos en comparación con la multitud de mayores frecuencias: cuántas multitudes llenan las iglesias, se apiñan en las paredes, se presionan casi hasta asfixiarse por la multitud. Nuevamente, de ellos mismos, si hay un espectáculo, corren al anfiteatro: estos están sobre el número. Pero decimos esto para que estén en el número: porque no están presentes, no nos escuchan; pero cuando salgan, que escuchen de ustedes. Anuncié, dice, y hablé. Cristo dice: él mismo anunció desde nuestra cabeza, él mismo anunció desde sus miembros, él mismo envió anunciadores, él mismo envió apóstoles: su sonido salió por toda la tierra, y sus palabras hasta los confines del mundo (Salmo XVIII, 5). Cuántos fieles se aglomeran, cuántas multitudes concurren, muchos verdaderamente convertidos, muchos falsamente convertidos; y son menos los verdaderamente convertidos, más los falsamente convertidos; porque se multiplicaron sobre el número.

11. Anuncié y hablé, se multiplicaron sobre el número. Sacrificio y ofrenda no quisiste. Estas son las maravillas de Dios, estos son los pensamientos de Dios, a los que nadie es semejante: para que aquel espectador sea apartado de la curiosidad, y busque con nosotros estas cosas mejores, más fructíferas, de las que se alegrará al encontrarlas; y se alegrará de tal manera, que no temerá que sea vencido aquel a quien ama: porque ama al auriga, y si es vencido, soporta insultos. Cuando el auriga vence, él mismo es vestido. ¿Acaso el pobre que le grita? El vencedor es vestido, por el vencido se le insulta. ¿Por qué recibes reprensión por él, con quien no compartes la vestidura? Aquí hay algo diferente en nuestros espectáculos. Todos corren, dijo el apóstol Pablo, en ese estadio, en ese espectáculo, pero uno solo recibe el premio: los demás se van vencidos (I Cor. IX, 24). Y perseveraron en correr: pero cuando uno lo recibe, quedan los demás que igualmente trabajaron. Aquí no es así. Todos los que corren, corran perseverantemente, todos reciben: y el que llega primero, espera para ser coronado con el último. Porque esta lucha no la hace la codicia, sino la caridad: todos los que corren se aman, y ese mismo amor es la carrera.

12. Sacrificio y ofrenda no quisiste, dice el salmo a Dios. Porque los antiguos, cuando aún el verdadero sacrificio que los fieles conocen, se anunciaba en figuras, celebraban las figuras de la cosa futura: muchos sabiendo, pero más ignorando. Porque los profetas y los santos patriarcas sabían lo que celebraban: pero el resto de la multitud iniqua, carnal, era tal que se hacía de ella lo que significaría las cosas futuras: y vino quitado aquel primer sacrificio, quitados los holocaustos de carneros, cabras, becerros, y otras víctimas; Dios no quiso aquellas cosas. ¿Por qué no quiso aquellas cosas? ¿Por qué las quiso primero? Porque todas aquellas cosas eran como palabras de promesa; y las palabras de promesa, cuando viene lo que prometen, ya no se pronuncian. Alguien es promisor mientras no da: cuando da, cambia las palabras. Ya no dice, Daré, lo que decía que daría; sino que dice, Di: cambió la palabra.

¿Por qué le agradó primero esta palabra, y por qué la cambió? Porque era la palabra de su tiempo, y le agradó por su tiempo. Cuando se prometía, entonces se decía: pero cuando se dio lo que se prometió, se quitaron las palabras de promesa, se dieron las de cumplimiento. Por lo tanto, aquellos sacrificios, como palabras de promesa, fueron quitados. ¿Qué es lo que se dio como cumplimiento? El cuerpo que conocen, que no todos conocen; que ojalá quienes lo conocen, no lo conozcan todos para juicio. Vean cuándo se dijo; porque Cristo es nuestro Señor, ahora hablando desde sus miembros, ahora hablando desde su persona. Sacrificio, dice, y ofrenda no quisiste. ¿Qué entonces? ¿Ya en este tiempo hemos sido dejados sin sacrificio? De ninguna manera. Pero cuerpo me has preparado. Por eso no quisiste aquellas cosas para que perfeccionaras esto: quisiste aquellas cosas antes de que perfeccionaras esto. La perfección de las promesas quitó las palabras de promesa. Porque si aún hay palabras de promesa, no se ha cumplido lo que se prometió. Esto se prometía con ciertos signos: se quitaron los signos de promesa, porque se exhibió la verdad prometida. En este cuerpo estamos, somos partícipes de este cuerpo, lo que recibimos lo sabemos: y quienes no lo saben, que lo sepan, y cuando lo aprendan, ojalá no lo reciban para juicio. Porque quien come y bebe indignamente, juicio come y bebe para sí (I Cor. X, 29). Se nos ha perfeccionado el cuerpo, seamos perfeccionados en el cuerpo.

13. Sacrificio y ofrenda no quisiste, pero cuerpo me has preparado. Holocaustos también por el pecado no pediste: entonces dije, He aquí que vengo. ¿Acaso debe explicarse, Sacrificio y ofrenda no quisiste, pero cuerpo me has preparado? Holocaustos también por el pecado no pediste: lo que antes pedías. Entonces dije, He aquí que vengo. Es tiempo de que vengan las cosas que se prometían, porque se quitan aquellas por las que se prometían. Y verdaderamente, hermanos míos, observen que aquellas cosas fueron quitadas, estas cumplidas. Que ahora me dé la nación judía un sacerdote. ¿Dónde están sus sacrificios? Ciertamente han perecido, ciertamente han sido quitados ahora. ¿Acaso entonces los reprobamos? Los reprobamos ahora: porque si ahora quisieras hacer, es intempestivo, no es oportuno, no conviene. Aún prometes, ya he recibido. Les quedó algo que celebrar, para que no quedaran completamente sin signo. Porque Caín, el hermano mayor, que mató a su hermano menor, recibió una señal, para que nadie lo matara, como está escrito en Génesis: Dios puso una señal a Caín, para que nadie lo matara. Por lo tanto, también la misma nación judía permanece. Todas las naciones sometidas al derecho romano, confluieron al derecho romano, compartieron supersticiones; después de eso comenzaron a separarse por la gracia de nuestro Señor Jesucristo: pero aquella permaneció así con su señal, con la señal de la circuncisión, con la señal de los ázimos permaneció así: Caín no ha sido matado, no ha sido matado, tiene su señal. Fue maldecido por la tierra, que abrió su boca para recibir la sangre de su hermano de su mano. Porque él derramó la sangre, no la recibió: él derramó, otra tierra la recibió: y de esa tierra que abrió su boca y la recibió, él fue maldecido: y esa tierra que con su boca recibió la sangre, es la Iglesia. De esta, por lo tanto, él fue maldecido. Y esa sangre clama desde la tierra hacia mí. Porque de esta tierra dijo el Señor, La voz de la sangre de tu hermano clama hacia mí desde la tierra (Gén. IV, 10). Clama, dice, hacia mí desde la tierra. Clama hacia el Señor: pero es sordo quien derramó la sangre, porque no bebió. Por lo tanto, ellos son así, como Caín con su señal. Pero los sacrificios que se hacían allí, han sido quitados; y lo que les quedó como señal de Caín, ya está perfeccionado, y no lo saben. Matan al cordero, comen ázimos: Cristo, nuestro cordero pascual, ha sido inmolado. He aquí que reconozco al cordero inmolado, porque Cristo ha sido inmolado. ¿Qué de los ázimos? Por lo tanto, celebremos la fiesta, no con el viejo fermento, ni con el fermento de malicia y maldad: mostró qué es lo viejo, es la vieja harina, agudiza: sino con los ázimos de sinceridad y verdad (I Cor. V, 7, 8). Permanecieron en la sombra, no pueden soportar el sol de la gloria: ya estamos en la luz, tenemos el cuerpo de Cristo, tenemos la sangre de Cristo. Si tenemos

nueva vida, cantemos un cántico nuevo, un himno a nuestro Dios. Holocaustos por el pecado no pediste: entonces dije, He aquí que vengo.

14. En el principio del libro está escrito de mí, para que haga tu voluntad: Dios mío, quise, y tu ley en medio de mi corazón. He aquí que miró a los miembros, he aquí que él mismo hizo la voluntad del Padre. Pero, ¿en qué principio del libro está escrito de él? Tal vez en el principio de este libro de los Salmos. ¿Por qué buscar lejos, o inquirir otros libros? He aquí que en el principio de este libro de los Salmos, está escrito, Bienaventurado el hombre que no anduvo en el consejo de los impíos, y en el camino de los pecadores no se detuvo, y en la silla de los pestilentes no se sentó, sino que en la ley del Señor fue su voluntad: esto es, Dios mío, quise, y tu ley en medio de mi corazón: esto es, y en su ley meditará día y noche (Salmo I, 1, 2).

15. [vers. 10.] Bien anuncié tu justicia en la gran Iglesia. Habla a sus miembros, exhorta a que hagan lo que él hizo. Anunció, anunciemos; sufrió, compadezcamos; fue glorificado, seremos glorificados con él. Anuncié tu justicia en la gran Iglesia. ¿Qué tan grande? En todo el mundo. ¿Qué tan grande? En todas las naciones. ¿Por qué en todas las naciones? Porque es la descendencia de Abraham, en la cual serán bendecidas todas las naciones (Gén. XII, 3, y XXII, 18). ¿Por qué en todas las naciones? Porque su sonido salió por toda la tierra (Salmo XVIII, 5). En la gran Iglesia. He aquí que mis labios no prohibiré, Señor tú conociste. Mis labios hablan, no los prohibiré de hablar. Mis labios suenan a los oídos de los hombres, pero tú conociste mi corazón. Mis labios no prohibiré, Señor tú conociste. Otra cosa escucha el hombre, otra cosa reconoce Dios. No sea que solo en los labios esté la proclamación, y se diga de nosotros. Lo que os dicen, haced, pero lo que hacen, no queráis hacer (Mateo XXIII, 3): o al mismo pueblo, alabando a Dios con la boca, no con el corazón, se le diga, Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí (Isaías XXIX, 13): suena con los labios, cercano con el corazón. Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se hace confesión para salvación (Rom. X, 10). Como aquel ladrón fue encontrado, colgando en la cruz con el Señor, reconociendo en la cruz al Señor. Otros no reconocieron al que hacía milagros, él lo reconoció colgando en el madero. Estaba él clavado con todos sus miembros; las manos adheridas con clavos, los pies traspasados, todo el cuerpo unido al madero; ese cuerpo no estaba libre con los demás miembros, la lengua estaba libre y el corazón: con el corazón creyó, con la boca confesó. Acuérdate de mí, dijo, Señor, cuando vengas en tu reino. Esperaba su salvación en un futuro lejano, y estaba contento de recibirla después de mucho tiempo: esperaba en largo, el día no fue retrasado. Él dijo, Acuérdate de mí, cuando vengas en tu reino: él respondió: En verdad te digo, hoy estarás conmigo en el paraíso. Hoy, dijo, estarás conmigo en el paraíso (Lucas XXIII, 42, 43). El paraíso tiene árboles felices: hoy conmigo en el madero de la cruz, hoy conmigo en el madero de la salvación.

16. Ecce labia mea no prohibiré, Señor, tú lo conociste: que no crea en el corazón, y por miedo impida a los labios anunciar lo que ha creído. Hay cristianos que tienen fe en el corazón, y entre paganos amargos, miserables urbanos, sucios, infieles, ineptos, insultadores, si comienzan a ser acosados por ser cristianos; tienen fe en el corazón, y temen confesarlo con los labios, impiden que sus labios suenen lo que saben, suenan lo que tienen dentro. Pero el Señor reprende a estos, Quien se avergonzare de mí ante los hombres, me avergonzaré de él ante mi Padre (Marcos VIII, 38), es decir, no lo reconoceré: porque se avergonzó de confesarme ante los hombres, no lo confesaré ante mi Padre. Digan, pues, los labios lo que tiene el corazón: esto contra el miedo. Tenga el corazón lo que dicen los labios: esto contra la simulación. A veces hay miedo, y no te atreves a decir lo que sabes, lo que crees: a veces hay simulación, dices, y no tienes en el corazón. Que tus labios consientan con tu corazón.

Buscando la paz de Dios, sé tú mismo pacífico: no haya entre tu boca y tu corazón una mala disputa. Ecce labia mea no prohibiré, Señor, tú lo conociste. ¿Cómo él? ¿Qué conoció el Señor? Dentro del corazón, donde el hombre no ve. Por eso también él, Creí, dice. He aquí que el corazón tiene, ya tiene lo que Dios ve: no impida sus labios. No los impide. ¿Qué dice entonces? Por eso hablé. Y porque habló lo que creyó, buscando qué retribuir al Señor por todo lo que le retribuyó, añade: Tomaré el cáliz de la salvación, e invocaré el nombre del Señor. No temió al Señor diciendo: ¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber? (Mateo XX, 22). Confiesa con los labios lo que tenía en el corazón, llega a la pasión. Y porque llegó a la pasión, ¿qué daño hizo el enemigo? Sin duda preciosa es a los ojos del Señor la muerte de sus justos (Salmo CXV, 10-15). Las muertes en las que los paganos se ensañaron, en ellas hoy nos recreamos. Celebramos el natalicio de los mártires, nos proponemos los ejemplos de los mártires, atendemos a la fe, cómo fueron encontrados, cómo fueron atraídos, cómo se mantuvieron ante los jueces. En la Iglesia católica no teniendo nada de simulación, unidos en el vínculo de la unidad, confesaron a Cristo: la cabeza que precedió, como miembros, desearon seguir. Pero, ¿quiénes desearon? En los tormentos pacientes, en la confesión fieles, en el discurso veraces. Lanzaban en la cara de quienes los interrogaban las flechas de Dios, y herían para la ira; muchos hirieron también para la salvación. Todo esto nos proponemos, y lo contemplamos, y deseamos imitarlo. Estos son los espectáculos cristianos, esto ve Dios desde arriba, a esto exhorta, a esto ayuda; a estas luchas propone y otorga premios. Ecce labia mea no prohibiré. Mira que no temas, y prohíbas tus labios. Señor, tú lo conociste: porque está en el corazón lo que suena en los labios.

17. [vers. 11.] No escondí mi justicia en mi corazón. ¿Qué es, mi justicia? Mi fe: porque el justo vive por la fe (Habacuc II, 4, y Romanos I, 17). Supongamos, pregunta bajo pena el perseguidor, lo que a veces les fue permitido, ¿Qué eres? ¿pagano o cristiano? Cristiano. Esa es su justicia: creyó, vive por la fe. No escondió en su corazón su justicia. No dijo para sí: Creo en Cristo, pero a este perseguidor mío que se ensaña y amenaza no le diré lo que he creído: mi Dios sabe dentro de mi corazón que creo, él sabe que no le renuncio. He aquí que dices que tienes esto dentro del corazón: ¿en los labios qué? ¿No soy cristiano? Contra tu corazón testifican tus labios. No escondí mi justicia en mi corazón.

18. Tu verdad y tu salvación he dicho. He dicho tu Cristo, esto es, Tu verdad y tu salvación he dicho. ¿De dónde es Cristo la verdad? Yo soy la verdad (Juan XIV, 6). ¿De dónde es Cristo su salvación? Simeón reconoció al niño en las manos de su madre en el templo, y dijo: Porque han visto mis ojos tu salvación (Lucas II, 30). Reconoció al niño el anciano, hecho niño en el niño, renovado por la fe. Había recibido una respuesta, y esto dijo: el Señor le había dicho que no saldría de esta vida antes de ver la salvación de Dios. Esta salvación de Dios es buena para ser mostrada a los hombres: pero clamen, Muéstranos, Señor, tu misericordia, y danos tu salvación (Salmo LXXXIV, 8). La salvación de Dios está en todas las naciones: porque habiendo dicho en cierto lugar, Dios tenga misericordia de nosotros, y nos bendiga, ilumine su rostro sobre nosotros, para que conozcamos en la tierra tu camino, añadió: En todas las naciones tu salvación. Primero dijo, Para que conozcamos en la tierra tu camino, y siguió: En todas las naciones tu salvación (Salmo LXVI, 2, 3). Como si se le dijera, ¿Cuál es el camino que deseas conocer? Los hombres vienen al camino, ¿acaso el camino viene a los hombres? Nuestro camino vino a los hombres, encontró a los errantes, llamó a los que andaban fuera. En mí, dice, caminen, y no errarán: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida (Juan XIV, 6). No digas, ¿Dónde está el camino de Dios? ¿a qué región iré? ¿qué monte subiré? ¿qué campos buscaré? ¿Buscas el camino de Dios? La salvación de Dios es el camino de Dios, y está en todas partes: porque en todas las naciones tu salvación. Tu verdad y tu salvación he dicho.

19. No oculté tu misericordia y tu verdad a la gran congregación. Estemos allí, en este cuerpo seamos contados también nosotros, no ocultemos la misericordia del Señor y la verdad del Señor. ¿Quieres oír la misericordia del Señor? Aléjate de los pecados, perdonará los pecados. ¿Quieres oír la verdad del Señor? Mantén la justicia, la justicia será coronada. Ahora se te predica la misericordia, después se te mostrará la verdad. Porque Dios no es tan misericordioso que sea injusto; ni tan justo que no sea misericordioso. ¿Te parece poca misericordia? No imputará todo lo anterior: has vivido mal hasta el día de hoy, aún vives, vive bien hoy, esta misericordia no la ocultarás. Si esta es la misericordia: ¿cuál es la verdad? Se congregarán ante él todas las naciones, y las dividirá como el pastor divide las ovejas de los cabritos; pondrá las ovejas a la derecha, los cabritos a la izquierda. ¿A las ovejas qué? Venid, benditos de mi Padre, recibid el reino preparado para vosotros. ¿A los cabritos qué? Id al fuego eterno (Mateo XXV, 32, 34, 41). Allí no hay lugar para el arrepentimiento. Porque despreciaste la misericordia de Dios, sentirás la verdad: pero si no despreciaste la misericordia, te alegrarás con la verdad.

20. [vers. 12-14.] Pero tú, Señor, no alejes tus misericordias de mí. Miró a los miembros heridos. Porque tu misericordia y tu verdad no oculté a la gran congregación, de la Iglesia de la unidad del orbe: atiende a los miembros heridos, atiende a los delincuentes y pecadores, y no apartes tus misericordias. Tu misericordia y tu verdad siempre me han sostenido. No me atrevería a convertirme, si no estuviera seguro del perdón: no perseveraría, si no estuviera seguro de la promesa. Tu misericordia y tu verdad siempre me han sostenido. Atiendo porque eres bueno, atiendo porque eres justo: amo al bueno, temo al justo. El amor y el temor me conducen: porque, tu misericordia y tu verdad siempre me han sostenido. ¿Por qué ellos sostienen, y de ellos no se debe apartar la mirada? Porque me rodearon males, de los cuales no hay número. ¿Quién cuenta los pecados? ¿quién cuenta las iniquidades ajenas y propias? Bajo qué cúmulo gemía quien decía: Límpiame de mis ocultos, Señor, y de los ajenos perdona a tu siervo (Salmo XVIII, 13, 14). Eran pequeñas nuestras cosas, se imponen las ajenas: temo por mí, temo por el buen hermano, tolero al mal hermano; y bajo este cúmulo, ¿qué seremos, si cesa la misericordia de Dios? Pero tú, Señor, no te alejes: está cerca. ¿A quién está cerca el Señor? A los que han quebrantado el corazón (Salmo XXXIII, 19). Lejos de los soberbios, cerca de los humildes. Porque el Señor es excelso, y mira a los humildes. Pero no piensen que se ocultan los soberbios: porque conoce de lejos a los altivos (Salmo CXXXVII, 6). Conocía de lejos al fariseo jactancioso, socorría de cerca al publicano confesante (Lucas XVIII, 11). Aquel jactaba sus méritos, y ocultaba sus heridas: aquel no jactaba méritos, sino que ofrecía sus heridas. Había venido al médico, sabía que estaba enfermo, sabía que debía ser sanado: no se atrevía a levantar los ojos al cielo, golpeaba su pecho: no se perdonaba a sí mismo, para que él lo perdonara; se reconocía, para que él lo perdonara; se castigaba, para que él lo liberara. Tales son estas voces; escuchemos con piedad, y amemos con piedad: con el corazón, con la lengua, con todas nuestras entrañas digamos esto. Nadie se crea justo: vive quien habla; vive, y ojalá viva. Aún vive aquí, aún vive con la muerte: y si el espíritu es vida por la justicia, el cuerpo sin embargo está muerto por el pecado (Romanos VIII, 10). Y el cuerpo que se corrompe agrava el alma, y la morada terrena deprime el sentido que piensa en muchas cosas (Sabiduría IX, 15). Por tanto, te corresponde clamar, te corresponde gemir, te corresponde confesar, no exaltarte, no jactarte, no gloriarte en tus méritos: porque si tienes algo de qué alegrarte, ¿qué es lo que no has recibido? (I Corintios IV, 7). Porque me rodearon males, de los cuales no hay número.

21. Me han alcanzado mis iniquidades, y no pude ver. Hay algo que veamos: ¿qué oprime para que no veamos? ¿No es la iniquidad? Tu ojo, para que pudiera ver esta luz, tal vez lo oprimía un humor que se derramaba, lo oprimía tal vez humo, polvo, algo inyectado; y no

podías levantar el ojo herido hacia esta luz: ¿qué entonces, levantarás el corazón herido hacia Dios? ¿No debe primero ser sanado para ver? ¿No te encuentras soberbio cuando dices: Primero veré, y así creeré? ¿Quién dice? ¿Quién verá y dice: Veré, y así creeré? Luz te mostraré, más bien la luz misma quiere mostrarse. ¿A quién? Al ciego no puede, no ve. ¿Por qué no ve? El ojo está gravado por muchos pecados. ¿Qué dice entonces? Me han alcanzado mis iniquidades, y no pude ver. Remuévanse entonces las iniquidades, perdónense los pecados, levántese el peso del ojo, cúrese lo que está herido, aplíquese el mordaz precepto como colirio. Primero haz lo que se te manda: sana el corazón, limpia el corazón, ama a tu enemigo (Mateo V, 44, y Lucas VI, 27, 35). ¿Y quién ama a su enemigo? Esto manda el médico; es amargo, pero saludable. ¿Qué te haré, dice? Estás tan afligido, que de ahí serás sanado. Y dice más: Sanado no será oneroso, amarás con placer al enemigo sanado; esfuérgate tú para sanar. En tribulaciones, en angustias, en tentaciones sé fuerte, persevera: es la mano del médico, no del ladrón. He aquí, dice, recibidos los preceptos, y retenida la fe, primero como mandas sanaré el corazón, como dices: sanado el corazón y limpiado el corazón, ¿qué veré? Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios (Mateo V, 8). De este modo, dice, no puedo. Me han alcanzado mis iniquidades, y no pude ver.

22. Se multiplicaron sobre los cabellos de mi cabeza. Los cabellos de la cabeza los remite a la multitud del número. ¿Quién cuenta los cabellos de su cabeza? Mucho menos los pecados, que exceden el número de los cabellos. Parecen pequeños, pero son muchos. Has prevenido los grandes; ya no cometes adulterio, ya no cometes homicidio, no robas cosas ajenas, no blasfemas, no dices falso testimonio: son grandes masas de pecados. Has prevenido los grandes, ¿qué haces con los pequeños? ¿No temes los pequeños? Has arrojado la masa, mira que no te sepulte la arena. Se multiplicaron sobre los cabellos de mi cabeza.

23. [vers. 14.] Y mi corazón me ha abandonado. ¿Qué maravilla es, si tu corazón ha sido abandonado por tu Dios, cuando se ha abandonado a sí mismo? ¿Qué es, Mi corazón me ha abandonado? Mi corazón no es idóneo para conocerse a sí mismo. Esto dijo, Mi corazón me ha abandonado: Con mi corazón quiero ver al Señor, y no puedo, por la multitud de mis pecados: es poco, ni mi corazón se comprende a sí mismo. Nadie se comprende a sí mismo, nadie presume de sí mismo. ¿Acaso comprendió con su corazón su corazón Pedro, quien dijo, Contigo hasta la muerte estaré? (Mateo XXVI, 35). En el corazón había una presunción falsa, en el corazón se ocultaba un verdadero temor: y no era idóneo el corazón para comprender el corazón. El corazón enfermo se ocultaba, pero al médico se mostraba. Lo que de él se pronunció, eso se cumplió. Dios conocía en él lo que él mismo no conocía; porque su corazón lo había abandonado, su corazón ocultaba su corazón. Y mi corazón me ha abandonado. ¿Qué entonces? ¿qué clamamos? ¿qué decimos? Plazca a ti, Señor, librame: como si dijera, Si quieres, puedes limpiarme (Mateo VIII, 2). Plazca a ti librame, Señor, en ayudarme mírame. Miembros penitentes, miembros en dolores, miembros bajo los instrumentos del médico clamando, pero esperando. Señor, en ayudarme mírame.

24. [vers. 15-17.] Sean confundidos, y avergüéncense juntos, los que buscan mi alma para quitarla. Porque en cierto lugar acusa, y dice, Miraba a la derecha, y veía, y no había quien buscara mi alma (Salmo CXLI, 5); es decir, no había quien me imitara. Cristo en la pasión habla: Y miraba a la derecha, es decir, no a los impíos judíos, sino a la misma derecha, a los mismos apóstoles; y no había quien buscara mi alma. Tanto que no había quien buscara mi alma, que quien había presumido negó mi alma (Mateo XXVI, 70). Pero porque de dos maneras se busca al hombre, o para disfrutar de él, o para perseguirlo: por eso aquí dice a otros, a quienes quiere que se confundan y avergüéncen los que buscan su alma. Pero para que no lo entiendas así, como cuando se queja de algunos que no buscan su alma; para

quitarla, dice, es decir, buscan mi alma para la muerte: añadió, Sean confundidos y avergüéncense. Y en verdad muchos buscaron su alma, y se confundieron y avergonzaron; buscaron su alma, y como les pareció, quitaron su alma: pero él tenía poder para poner su alma, y poder para recibir su alma (Juan X, 18). Por tanto, ellos se alegraron cuando la puso, se confundieron cuando la recibió. Sean confundidos, y avergüéncense juntos, los que buscan mi alma para quitarla.

25. Vuélvanse atrás, y avergüéncense, los que quieren mi mal. Vuélvanse atrás: tampoco tomemos esto en mal sentido. Les desea bien; y es la voz de aquel que dijo desde la cruz: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen (Lucas XXIII, 34). ¿Por qué entonces les dice que vuelvan atrás? Porque quienes antes eran soberbios para caer atrás, se hicieron humildes para resurgir. Porque cuando están delante, quieren preceder al Señor, quieren ser mejores que el Señor: pero si están atrás, reconocen a él mejor, a él primero, a ellos posteriores, para que él preceda, ellos sigan. Por tanto, a Pedro dándose mal consejo así lo reprendió. Porque el Señor iba a sufrir por nuestra salvación, y de esa pasión que iba a suceder predicaba: y dijo Pedro, Lejos de ti, Señor; sé propicio a ti mismo, no sucederá esto. Quería preceder al Señor, y dar consejo al maestro. Pero el Señor para no hacerlo preceder, sino seguir, Vuelve, dice, atrás Satanás (Mateo XVI, 22, 23). Por eso, dice, Satanás, porque quieres preceder a quien debes seguir: pero si estás atrás, y sigues, ya no Satanás. ¿Qué entonces? Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia (Ibid., 18).

26. Que retrocedan y se avergüencen los que desean mi mal. Son malintencionados aquellos que, incluso cuando bendicen, en su corazón maldicen. Le dices a alguien: Sé cristiano: Sé cristiano, pero tú... Ha dicho algo bueno, pero no se le imputa lo que ha dicho, sino con qué intención lo ha dicho: como se imputó a los judíos cuando aquel que había nacido ciego fue hecho vidente: cuando lo presionaban con insultos y lo acosaban, él les dijo: ¿Acaso también vosotros queréis ser sus discípulos? Y ellos lo maldijeron. Así lo dice el evangelista: Lo maldijeron diciendo, Tú sé su discípulo (Juan IX, 27, 28). Mientras ellos maldecían, el Señor bendecía: hizo lo que ellos dijeron, pero les retribuyó por lo que maldijeron. Que retrocedan y se avergüencen los que desean mi mal. Sin embargo, hay otros que no son buenos pero desean el bien, y también hay que tener cuidado con ellos. Así como aquellos maldicen y dicen cosas buenas nuestras, pero con mala intención; así muchos desean nuestro mal con buena intención. Digo esto: Quien te diga, Sé cristiano, dice algo bueno tuyo con mala intención: pero quien te diga así, Nadie es mejor que tú; si en malas acciones, porque se alaba al pecador en los deseos de su alma, y quien hace iniquidades es bendecido (Salmo X, 3); dice tus males alabándolos. Así como aquel decía tus cosas buenas maldiciendo, así este dice tus males bendiciendo: pero huye de ambos tipos de enemigos, cuídate de ambos. Aquel es feroz, este es adulador; ambos son malos: aquel es iracundo, y este es astuto en la alabanza; aquel es un crítico, este es un adulador: pero también aquel es enemigo en la crítica, y este es astuto en la alabanza. Cuídate de ambos, ora contra ambos. Porque quien oró, Que retrocedan y se confundan los que desean mi mal, miró a otro tipo de malintencionado engañoso y falso bendecidor: Que lleven inmediatamente su confusión, los que me dicen, ¡Bien, bien! Alaban falsamente: Gran hombre, buen hombre, letrado, docto, pero ¿por qué cristiano? Alaban lo tuyo que no quisieras que se alabe: reprenden aquello de lo que te alegras. Pero si acaso dices: ¿Qué alabas en mí, oh hombre, porque soy buen hombre, porque soy justo? Si piensas esto, Cristo me hizo así, alábalo a Él. Pero él: ¡De ninguna manera; no te hagas daño, tú mismo te hiciste así. Que se confundan los que me dicen, ¡Bien, bien! ¿Y qué sigue? Alégrense y regocíjense todos los que te buscan, Señor. No me buscan a mí, sino que te buscan a ti: no me dicen a mí, ¡Bien, bien!; sino que ven que me glorío en ti, si tengo alguna gloria. Porque quien se gloria, gloriéese en el Señor (I Cor. I, 31). Alégrense y regocíjense

todos los que te buscan, Señor, y digan siempre: Sea engrandecido el Señor. Porque aunque de pecador se haga justo, da gloria a quien justifica al impío (Rom. IV, 5). Así que, ya sea que sea pecador, sea alabado quien llama al perdón: o ya sea que alguien camine en el camino de la justicia, sea alabado quien llama a la corona. Siempre sea engrandecido el Señor, por aquellos que aman tu salvación.

27. [vers. 18.] Pero yo: a quien buscaban el mal. Pero yo: cuya alma buscaban, para quitarla. Pero vuelve tu atención a otro tipo de personas. Pero yo, a quien decían; ¡Bien, bien!, soy pobre y necesitado. No hay nada en mí que sea mío para ser alabado. Que él rasgue mi saco, que me cubra con su manto. Porque ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí (Gal. II, 20). Si Cristo vive en ti, y todo lo bueno que tienes es de Cristo, todo lo que tendrás es de Cristo: ¿qué eres tú por ti mismo? Yo soy pobre y necesitado. Pero yo no soy rico, porque no soy soberbio. Rico era aquel que decía, Te doy gracias, Señor, porque no soy como los demás hombres: pero el publicano era pobre, que decía, Señor, ten piedad de mí, pecador (Luc. XVIII, 11, 13). Aquel eructaba de saciedad, aquel lloraba de hambre. Soy pobre y necesitado. ¿Y qué harás, oh pobre y necesitado? Mendiga ante la puerta de Dios; llama, y se te abrirá. Pero yo soy pobre y necesitado: el Señor cuidará de mí. Echa sobre el Señor tu carga, y espera en Él, y Él hará (Salmo LIV, 23). ¿Qué vas a cuidar de ti mismo? ¿Qué vas a prever para ti mismo? Que cuide de ti quien te hizo. Quien cuidó de ti antes de que existieras, ¿cómo no cuidará de ti ahora que ya eres lo que quiso que fueras? Ya eres fiel, ya caminas en el camino de la justicia. ¿No cuidará de ti, quien hace salir su sol sobre buenos y malos, y llueve sobre justos e injustos (Mat. V, 45)? ¿Te descuidará, te abandonará, te dejará, a ti que ya eres justo viviendo por la fe (Rom. I, 17)? Más bien, aquí te cuida, aquí te ayuda, aquí te provee lo necesario, y corta lo dañino. Consola dando para que permanezcas, corrige quitando para que no perezcas. El Señor cuida de ti, ten confianza. Él lleva quien te hizo: no caigas de la mano de tu artífice: si caes de la mano del artífice, te romperás. Pero para que permanezcas en la mano del artífice, la buena voluntad lo hace. Di, Mi Dios quiso, y Él mismo llevará, y Él mismo sostendrá. Échate sobre Él; no pienses que es en vano, como si te precipitaras: no te parezca así. Él dijo, Yo lleno el cielo y la tierra (Jer. XXIII, 24). En ningún lugar te falta: no le faltes tú a Él, no te faltes tú a ti mismo, el Señor cuida de mí.

28. Tú eres mi ayudador y mi protector: Dios mío, no tardes. Invoca, implora, teme no desfallecer: No tardes. ¿Qué significa, No tardes? Si no se acortaran aquellos días, no se salvaría toda carne (Mat. XXIV, 22): se ha leído ahora, sobre los días de tribulación. Pues como si un solo hombre rogara a Dios, los miembros de Cristo, el cuerpo de Cristo extendido por todas partes, un solo mendigo, un solo pobre; porque también aquel pobre, que siendo rico se hizo pobre, de quien dice el Apóstol: Siendo rico, se hizo pobre, para que con su pobreza os enriquecierais (II Cor. VIII, 9): enriquece a los verdaderos pobres, empobrece a los falsos ricos. Clama a Él: Desde los confines de la tierra clamé a ti, cuando mi alma desfallecía (Salmo LX, 3). Vendrán días de tribulaciones y de mayores tribulaciones: vendrán, como dice la Escritura; y cuanto más se acercan los días, aumentan las tribulaciones. Nadie se prometa lo que el Evangelio no promete. Hermanos míos, os ruego, prestad atención a nuestras Escrituras, si algo han fallado; si algo han dicho, y ha sucedido de otra manera que como dijeron: es necesario que hasta el fin todo suceda así como dijeron. Nuestras Escrituras no nos prometen en este mundo sino tribulaciones, presiones, angustias, aumento de dolores, abundancia de tentaciones. Para esto principalmente nos preparemos, para no desfallecer desprevenidos. ¡Ay de las que estén encintas y de las que críen (Mat. XXIV, 19): lo habéis oído ahora. Están encintas las que se hinchan de esperanza: las que crían, es decir, las que amamantan, las que ya han alcanzado lo que deseaban. Pues la mujer encinta se hincha con la esperanza del hijo, aún no ve al hijo: pero la que ya amamanta, abraza lo que esperaba.

Pongamos, por ejemplo, una similitud: Buena es esta villa del vecino: oh, si fuera mía; la uniría, y haría de este fundo y de aquel una unidad. La avaricia también ama la unidad: lo que ama es bueno, pero no sabe dónde debe amarse. He aquí que codicia la villa del vecino; pero este vecino es rico, no necesitado, tiene honor, tiene también poder, del cual tal vez también debas temer su poder, no esperar algo de su fundo: no concibiendo nada, no está encinta el alma. Pero si el vecino es pobre, que está en necesidad, que puede vender, o puede ser presionado para vender, se pone el ojo, se espera la villa: el alma está encinta, espera poder adquirir la villa y la posesión del vecino pobre. Y cuando este pobre sufre necesidad, viene a su vecino más rico, a quien tal vez suele servir, a quien deferir, a quien levantarse al llegar, a quien saludar con la cabeza inclinada: Dame, te ruego; sufro necesidad, me urge el acreedor. Y él: No tengo ahora en mis manos. Si quisiera vender, tendría. Reconocemos esto: estuvieron en nosotros, ya no estén en nosotros. ¿No vivimos ayer, y vivimos hoy? Hay lugar para corregirse; aún no se ha hecho aquella separación, unos a la derecha, otros a la izquierda (Mat. XXV, 33); aún no estamos en el infierno, donde estuvo aquel rico, sediento y deseando una gota (Luc. XVI, 22): escuchemos mientras vivimos, corrijámonos. No esperemos cosas ajenas, y estando encinta nos hinchemos: ni llegemos a ellas, y al alcanzarlas las besemos como hijos. ¡Ay de las que estén encintas y de las que críen en aquellos días! Hay que cambiar el corazón, elevar el corazón, no habitar aquí con el corazón: es una mala región. Basta con que aún sea necesario estar aquí con la carne; lo que no es necesario, no se haga: basta al día su propio mal (Mat. VI, 34); habitemos con el corazón en lo alto. Si habéis resucitado con Cristo, dice a los fieles, a los que reciben el cuerpo y la sangre del Señor, dice, Si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la derecha de Dios; buscad las cosas de arriba, no las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios (Col. III, 1-3). No aparece lo que se os ha prometido: y ya está preparado, pero no lo veis. Quieres estar encinta, encíntate de aquí; que esa sea tu esperanza: tu parto será seguro, no será abortivo, no será temporal: abrazarás lo que has dado a luz para siempre. Pues así se dice por Isaías: Hemos concebido y dado a luz el espíritu de salvación (Isa. XXVI, 18). Por tanto, está detrás, y no se da ahora, pero se dará. ¿Cuántas cosas se han dado, hermanos míos, quién las cuenta según las Escrituras? Allí está escrito sobre la Iglesia, y se ve que está; allí está escrito sobre los ídolos que no serán, y se ve que no son; allí está escrito que los judíos perderían el reino, y se ve, allí está escrito sobre los herejes, que habrían de ser, y se ve: allí está escrito también sobre el día del juicio; allí está escrito también sobre la recompensa de los buenos, y sobre el castigo de los malos: en todo encontramos a Dios fiel; ¿en lo último fallará y engañará? El Señor cuidará de mí. Tú eres mi ayudador y mi protector: Dios mío, no tardes. Si no se acortaran aquellos días, ninguna carne perduraría: pero por los elegidos se acortarán (Mat. XXIV, 22). Aquellos días serán de tribulación, pero no tan largos como se esperan. Pasarán rápidamente; el descanso venidero no pasará. Aunque largo, el mal debía soportarse por un bien infinito.

EN EL SALMO XL COMENTARIO. SERMON A LA PLEBE.

1. Porque ha amanecido el día solemne de los Mártires; por la gloria de la pasión de Cristo, el emperador de los mártires, que no se perdonó a sí mismo ordenando a sus soldados luchar, sino que primero luchó, primero venció, para exhortar a los que luchan con su ejemplo, y ayudar con su majestad, y coronar con su promesa, escuchemos algo en este salmo, que se refiera a su pasión. Sin embargo, recomendamos a menudo, y no nos cansa repetir lo que es útil para vosotros recordar, que nuestro Señor Jesucristo a menudo habla de sí mismo, es decir, de su propia persona, que es nuestra cabeza; a menudo de la persona de su cuerpo, que somos nosotros y su Iglesia; pero de tal manera que las palabras suenen como de una sola boca, para que entendamos que la cabeza y el cuerpo permanecen en la unidad de la

integridad, y no se separan entre sí; como aquel matrimonio, del cual se dijo: Serán dos en una sola carne (Gen. II, 24, y Efes. V, 31). Si, por tanto, reconocemos a dos en una sola carne, reconozcamos a dos en una sola voz. Primero lo que respondimos cantando al que leía, aunque sea de en medio del Salmo, de aquí tomemos el inicio del discurso. Mis enemigos dijeron cosas malas de mí: ¿Cuándo morirá, y perecerá su nombre? Esta es la persona de nuestro Señor Jesucristo: pero ved si no se entienden también los miembros. Esto se dijo también cuando nuestro Señor mismo caminaba aquí en la tierra en carne. Pues cuando veían a la multitud seguir su autoridad, y la divinidad y majestad presentadas por los milagros; cuando los judíos veían esto, de quienes el mismo Señor puso la similitud, porque dijeron, Este es el heredero; venid, matémoslo, y nuestra será la herencia (Mat. XXI, 38), dijeron entre sí, es decir, entre ellos, de donde es la voz de aquel sumo sacerdote Caifás: Veis que mucha gente lo sigue, y el mundo se ha ido tras él: si lo dejamos vivir, vendrán los romanos, y nos quitarán el lugar y la nación. Conviene que un hombre muera, que toda la nación perezca. Pero el evangelista expuso las palabras de quien no sabía lo que decía, y dijo: Esto no lo dijo de sí mismo; sino que siendo sumo sacerdote profetizó que era necesario que Jesús muriera por el pueblo y la nación (Juan XI, 47-51). Sin embargo, cuando veían al pueblo ir tras él, decían, ¿Cuándo morirá, y perecerá su nombre? es decir, cuando lo matemos, ya no habrá su nombre en la tierra, ni seducirá a algunos muertos; sino que con su misma muerte los hombres entenderán que seguían a un hombre, que no había en él esperanza de salvación; y abandonarán su nombre, y no será. Murió; y no pereció su nombre, sino que su nombre fue sembrado: murió: pero fue un grano, que al morir, inmediatamente surgiera la cosecha (Juan XII, 25). Glorificado, por tanto, nuestro Señor Jesucristo, comenzaron mucho más y en mayor número a creer en él; y comenzaron sus miembros a escuchar lo que la cabeza escuchaba. Ya, por tanto, estando nuestro Señor Jesucristo en el cielo, y él en nosotros trabajando en la tierra, aún decían sus enemigos: ¿Cuándo morirá, y perecerá su nombre? Pues el diablo incitó persecuciones en la Iglesia para destruir el nombre de Cristo. ¿O acaso pensáis, hermanos, que aquellos paganos cuando se ensañaban contra los cristianos, no se decían a sí mismos, borrar el nombre de Cristo de la tierra? A menos que tal vez penséis que aquellos paganos cuando se ensañaban contra los cristianos, no se decían a sí mismos, borrar el nombre de Cristo de la tierra. Para que Cristo muriera de nuevo no en la cabeza, sino en su cuerpo, fueron asesinados también los mártires. Para multiplicar la Iglesia valió la santa sangre derramada, se añadió a la siembra la muerte de los mártires. Preciosa a los ojos del Señor es la muerte de sus justos (Salmo CXV, 15). Los cristianos se multiplicaron más y más, y no se cumplió lo que dijeron los enemigos, ¿Cuándo morirá, y perecerá su nombre? Aún ahora se dice. Se sientan los paganos, y se cuentan los años, escuchan a sus fanáticos diciendo, Algún día no habrá cristianos, y aquellos ídolos serán adorados como antes se adoraban, aún dicen, ¿Cuándo morirá, y perecerá su nombre? Vencidos dos veces, o por tercera vez, sabed: Cristo murió, no perecerá su nombre; murieron los mártires, la Iglesia se multiplicó más, el nombre de Cristo crece por todas las naciones. Quien predijo sobre su muerte y resurrección, quien predijo sobre las muertes de sus mártires y su corona, él mismo predijo sobre su Iglesia futura: si dijo la verdad dos veces, ¿mentirá la tercera? Por tanto, es vano lo que creéis contra él; es mejor que creáis en él, para que entendáis sobre el pobre y necesitado; porque se hizo pobre, siendo rico, para que con su pobreza os enriquecierais (II Cor. VIII, 9). Ahora, porque se hizo pobre, es despreciado, y se dice: Era un hombre. ¿Qué era? Murió, fue crucificado; adoráis a un hombre, tenéis esperanza en un hombre, adoráis a un muerto. Te engañas. Entiende sobre el pobre y necesitado, para que con su pobreza te hagas rico. ¿Qué significa, Entiende sobre el pobre y necesitado? Para que aceptes a Cristo mismo pobre y necesitado, diciendo en otro salmo: Pero yo soy pobre y necesitado, el Señor cuida de mí (Salmo XXXIX, 18). ¿Qué significa entender sobre el pobre y necesitado? Porque se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho a semejanza de los hombres, y hallado en forma de

hombre (Filip. II, 7): rico con el Padre, y pobre con nosotros; rico en el cielo, pobre en la tierra; rico Dios, pobre hombre. ¿Esto te turba, que ves a un hombre, que miras la carne, que observas la muerte, que te burlas de la cruz? ¿Esto te turba? Entiende sobre el pobre y necesitado. ¿Qué significa esto? Entiende, porque donde se te expone la debilidad, allí se oculta la divinidad. Rico, porque así es; pobre, porque ya tú así eras. Pero sin embargo, su pobreza, son nuestras riquezas: como su debilidad es nuestra fortaleza; como su necesidad es nuestra sabiduría; como su mortalidad es nuestra inmortalidad (I Cor. I, 30). ¿Qué es ser pobre? Atiende: no cuando mides con la pobreza de otros. Vino a llenar a los pobres, quien se hizo pobre. Por eso abre el seno de la fe; recibe al pobre, para que no permanezcas pobre.

2. [vers. 2.] Bienaventurado el que entiende al necesitado y al pobre, en el día malo lo libraré el Señor. Porque vendrá el día malo: quieras o no, vendrá; el día del juicio llegará, un día malo, si no entiendes al necesitado y al pobre. Porque lo que ahora no quieres creer, se hará evidente al final. Pero no huirás cuando sea evidente, porque no crees cuando está oculto. Se te invita a que creas lo que no ves, para que no te avergüences cuando lo veas. Entiende, pues, al necesitado y al pobre, es decir, a Cristo; entiende en Él las riquezas ocultas, a quien ves pobre. Porque en Él están todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento escondidos (Colosenses II, 3). De ahí te libraré en el día malo, porque es Dios: y porque es hombre, resucitó lo que en Él era humano, lo transformó en algo mejor, lo elevó al cielo. Pero Él, que es Dios, que quiso tener una sola persona en el hombre y con el hombre, no pudo disminuir ni crecer, ni morir ni resucitar. Murió por la debilidad del hombre, pero Dios no muere. Pues no te asombres de que el Verbo de Dios no muera, cuando el alma no muere en el mártir. ¿No escuchamos al mismo Señor diciendo: No temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma (Mateo X, 28)? Así, cuando los mártires mueren, las almas de los Mártires no mueren, y cuando Cristo murió, ¿habría de morir el Verbo? Ciertamente, el Verbo de Dios es mucho más que el alma del hombre: porque el alma del hombre fue hecha por Dios; y si fue hecha por Dios, fue hecha por el Verbo: porque todas las cosas fueron hechas por Él (Juan I, 3). Por tanto, el Verbo no muere, ya que no muere el alma hecha por el Verbo. Pero así como decimos correctamente, Murió el hombre, aunque su alma no muera; así decimos correctamente, Murió Cristo, aunque su divinidad no muera. ¿De qué murió? Porque era necesitado y pobre. No te ofenda su muerte, y no te aparte de contemplar la divinidad. Bienaventurado el que entiende al necesitado y al pobre. Mira también a los pobres, necesitados, hambrientos y sedientos, peregrinos, desnudos, enfermos, encarcelados; entiende también a tal pobre, porque si entiendes a tal, entiendes a aquel que dijo, Tuve hambre, tuve sed, estuve desnudo, peregrino, enfermo, en la cárcel (Mateo XXV, 35, 36). Así, en el día malo, el Señor te libraré.

3. [vers. 3.] Y mira tu bienaventuranza. El Señor lo conservará. El profeta desea el bien al hombre que entiende al necesitado y al pobre. Este deseo es una promesa; seguros esperen quienes hacen esto. El Señor lo conservará y lo vivificará. ¿Qué significa, lo conservará y lo vivificará? ¿A qué se refiere, lo vivificará? A la vida futura. Porque se vivifica al que estaba muerto. ¿Acaso puede un muerto entender al necesitado y al pobre? Pero nos promete aquella vivificación de la que habla el Apóstol: El cuerpo, en verdad, está muerto a causa del pecado, pero el espíritu es vida a causa de la justicia: si el que resucitó a Cristo de entre los muertos habita en vosotros, el que resucitó a Cristo de entre los muertos vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que habita en vosotros (Romanos VIII, 10, 11). Esta es, pues, la vivificación que se promete al que entiende al necesitado y al pobre. Pero como dice el Apóstol a Timoteo, Promesa de vida presente y futura (I Timoteo IV, 8); para que no piensen aquellos que entienden al necesitado y al pobre, que serán recibidos en el cielo, pero descuidados en la tierra; y no esperen sino lo que será eterno, y piensen que Dios no se

preocupa de lo presente en sus santos y fieles; donde dijo lo que más debemos esperar, El Señor lo conservará y lo vivificará; se refirió a esta vida, Y lo hará bienaventurado, dice, en la tierra. Levanta, pues, los ojos a estas promesas de la fe cristiana: Dios no te abandona en la tierra, y promete algo en el cielo. Porque muchos malos cristianos, observadores de calendarios, y buscadores y observadores de tiempos y días, cuando comienzan a ser reprendidos por nosotros, o por algunos buenos y mejores cristianos, por qué hacen estas cosas, responden: Estas son necesarias para este tiempo; pero somos cristianos por la vida eterna; por eso creemos en Cristo, para que nos dé la vida eterna; pues esta vida temporal en la que nos movemos, no es de su incumbencia. Se deja, pues, que digan brevemente, que para la vida eterna Dios, y para la vida presente el diablo debe ser adorado. Cristo mismo les responde: No podéis servir a dos señores (Mateo VI, 24). Y adoras a uno por lo que esperas en el cielo, y adoras a otro por lo que esperas en la tierra: ¿cuánto mejor adorar a uno solo, que hizo el cielo y la tierra? ¿Quién cuidó de que existiera la tierra, descuidará su imagen en la tierra? Por tanto, El Señor lo conservará y lo vivificará, al que entiende al necesitado y al pobre. Además, aunque lo vivifique eternamente, lo hará bienaventurado en la tierra.

4. Y no lo entregará en manos de su enemigo. Ese enemigo es el diablo. Que nadie piense en su enemigo humano, cuando escucha estas palabras. Tal vez ya pensaba en su vecino, en aquel con quien tenía un pleito en el foro, en aquel que quería quitarle su propiedad, que quería presionarlo para que le vendiera su casa. No piensen en esas cosas; sino piensen en aquel enemigo del que dice el Señor, Un enemigo ha hecho esto (Mateo XIII, 28). Porque es él quien sugiere que se le adore por las cosas terrenales; porque este enemigo no puede destruir el nombre cristiano: pues vio que fue vencido por la fama y alabanzas de Cristo, vio que al matar a los mártires de Cristo, ellos fueron coronados, y él fue derrotado; y comenzó a no poder persuadir a los hombres de que Cristo no es nada; y porque vituperando a Cristo, ya difícilmente engaña; alabando a Cristo, intenta engañar. Antes, ¿qué decía? ¿A quién adoráis? A un judío muerto, crucificado, un hombre sin importancia, que no pudo evitar su muerte. Cuando vio que en su nombre la humanidad corría, vio que en el nombre del crucificado se derribaban templos, se rompían ídolos, se extinguían sacrificios; y todas estas cosas predichas en los Profetas eran observadas por los hombres, admirados, y cerrando ya su corazón contra la vituperación de Cristo; se vistió de alabanzas a Cristo, y comenzó a disuadir de la fe de otro modo. Grande es la ley cristiana, poderosa esa ley, divina, inefable: pero, ¿quién la cumple? En el nombre de nuestro Salvador pisotead al león y al dragón (Salmo XC, 13). Abiertamente reprendiendo rugía el león, astutamente alabando acecha el dragón. Que vengan a la fe los que dudaban: no digan, ¿Quién lo cumple? Si confían en sus propias fuerzas, no lo cumplirán. Confiando en la gracia de Dios crean, confiando vengan, vengan para ser ayudados, no para juzgar. Todos los fieles viven en el nombre de Cristo, cada uno cumpliendo los preceptos de Cristo según su grado, ya sean casados, ya sean célibes y vírgenes, viven tanto como el Señor les concede vivir; y no confían en sus propias fuerzas, sino que saben que deben gloriarse en Él. Pues, ¿qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido? (I Corintios IV, 7). No me digas, ¿Quién lo cumple? Él lo cumple en mí, que vino rico al pobre: pobre, sí, al pobre, pero lleno al vacío. Pensando en esto, porque entiende al necesitado y al pobre, y no desprecia la pobreza de Cristo, entiende las riquezas de Cristo, se hace bienaventurado en la tierra: y no es entregado en manos de su enemigo, que quiere persuadirle de que Dios sea adorado por las cosas celestiales, y el diablo por las terrenales. No lo entregue en manos de su enemigo.

5. [vers. 4.] Que el Señor le ayude. Pero, ¿dónde? ¿Quizás en el cielo, quizás en la vida eterna, para que quede adorar al diablo por la necesidad terrenal, por las necesidades de esta vida? De ninguna manera. Tienes la promesa de la vida presente y futura (I Timoteo IV, 8).

Él vino a ti en la tierra, por quien fueron hechos el cielo y la tierra. Por tanto, presta atención a lo que dice: Que el Señor le ayude en su lecho de dolor. El lecho de dolor es la debilidad de la carne. No digas, No puedo sostener y llevar y frenar mi carne: se te ayuda para que puedas. Que el Señor te ayude en tu lecho de dolor. El lecho te llevaba a ti, no tú al lecho; pero estabas paralítico por dentro: está presente quien te dice, Toma tu camilla, y vete a tu casa (Marcos II, 11). Que el Señor le ayude en su lecho de dolor. Y se vuelve al mismo Señor, como si se preguntara, ¿Por qué entonces, si Dios nos ayuda, sufrimos tantos males en esta vida, tantos escándalos, tantos trabajos, tanta inquietud de la carne y del mundo? se vuelve a Dios, y como exponiendo el consejo de su medicina: Todo su lecho, dice, lo has cambiado en su enfermedad. ¿Qué significa, Todo su lecho lo has cambiado en su enfermedad? Por lecho se entiende algo terrenal. Toda alma enferma en esta vida busca algo terrenal donde descansar; porque la intención del trabajo y de la mente extendida hacia Dios difícilmente puede soportarse perpetuamente: busca algo en la tierra donde descansar y de algún modo recostarse en una especie de pausa, como son estas cosas que aman incluso los inocentes. Pues no debemos hablar ahora de las codicias de los malos, porque muchos se complacen en los teatros, muchos se complacen en el circo, en el anfiteatro, muchos se complacen en el juego; muchos en la lujuria de las tabernas, muchos en la lujuria de los adulterios, muchos en las violencias de los robos, muchos en el engaño y las insidias de los fraudes: los hombres se complacen en todas estas cosas. ¿Qué significa, se complacen? Se deleitan allí. Pero quitemos todas estas cosas, vayamos al hombre inocente: se complace en su casa, en su familia, en su esposa, en sus hijos, en su pobreza, en su pequeña propiedad, en el viñado plantado con sus manos, en algún edificio fabricado con su estudio: los inocentes se complacen en estas cosas. Pero sin embargo, Dios queriendo que no tengamos amor sino a la vida eterna, y a estas como inocentes delectaciones les mezcla amargas; para que también en estas suframos tribulaciones, y todo nuestro lecho lo cambia en nuestra enfermedad. Todo su lecho lo has cambiado en su enfermedad. No se queje, pues, cuando en estas cosas que tiene inocentemente, sufre algunas tribulaciones. Se le enseña a amar cosas mejores por la amargura de las inferiores: para que el viajero que se dirige a la patria, no ame la posada como su casa. Todo su lecho lo has cambiado en su enfermedad.

6. [vers. 5.] Pero, ¿por qué esto? Porque azota a todo hijo que recibe (Hebreos XII, 6). ¿Por qué esto? Porque al hombre pecador se le dijo: Con el sudor de tu rostro comerás tu pan (Génesis III, 19). Por tanto, porque estas correcciones, en las que todo nuestro lecho se cambia en nuestra enfermedad, debe reconocer el hombre que las sufre por sus pecados; vuelva a sí mismo, y diga lo que sigue: Yo dije: Señor, ten misericordia de mí; sana mi alma, porque he pecado contra ti. Oh Señor, en las tribulaciones me ejercitas: juzgas que debe ser azotado todo hijo que vas a recibir, que ni siquiera perdonaste a tu Unigénito. Él, en verdad, fue azotado sin pecado: pero yo digo, Ten misericordia de mí, sana mi alma, porque he pecado contra ti. Si fue cortado quien no tenía podredumbre, si la misma medicina nuestra no rechazó el fuego medicinal; ¿debemos soportar impacientemente al médico que quema y corta, es decir, que nos ejercita con todas las tribulaciones, y nos sana del pecado? Claro que debemos confiarnos a la mano del médico; no se equivoca, para cortar lo sano en lugar de lo podrido: sabe lo que observa, conoce el defecto, porque Él hizo la naturaleza; distingue lo que Él creó, lo que se añadió por nuestra codicia. Sabe que dio un precepto al hombre sano, para que no cayera; dijo en el paraíso: Come esto, y no comas aquello (Génesis II, 16, 17). No escuchó sano el precepto del médico, para no caer; escuche al menos enfermo, para levantarse. Yo dije: Señor, ten misericordia de mí; sana mi alma, porque he pecado contra ti. En mis hechos, en mis pecados no acuso a la fortuna, no digo, Esto me lo hizo el destino; no digo, Venus me hizo adúltero, y Marte me hizo ladrón, y Saturno me hizo avaro. Yo dije: Señor, ten misericordia de mí; sana mi alma, porque he pecado contra ti. ¿Acaso esto lo dijo

Cristo? ¿Acaso esto lo dijo nuestra cabeza sin pecado? ¿Acaso Él que pagaba lo que no había robado (Salmo LXVIII, 5)? ¿Acaso Él solo entre los muertos libre (Salmo LXXXVII, 6)? Libre entre los muertos, porque sin pecado: porque todo el que comete pecado, es esclavo del pecado (Juan VIII, 34). ¿Acaso, pues, Él? Más bien Él en sus miembros, porque la voz de sus miembros es su voz; porque también la voz de nuestra cabeza es nuestra voz. En Él estábamos cuando dijo: Mi alma está triste hasta la muerte (Mateo XXVI, 38). No temía morir, quien había venido a morir; ni rehusaba morir, quien tenía poder para poner su vida, y poder para volver a tomarla (Juan X, 18): pero hablaban los miembros en la cabeza, y hablaba la cabeza por los miembros. En Él, pues, encontramos nuestra voz: Sana mi alma, porque he pecado contra ti. Porque en Él estábamos cuando dijo: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? (Mateo XXVII, 46). Porque en el mismo salmo donde este verso está al principio, se dice a continuación: Las palabras de mis delitos (Salmo XXI, 2). ¿De qué delitos en Él, sino porque nuestro viejo hombre fue crucificado con Él, para que el cuerpo del pecado fuera destruido, y no sirvamos más al pecado (Romanos VI, 6)? A Él y en Él digamos: Yo dije: Señor, ten misericordia de mí; sana mi alma, porque he pecado contra ti.

7. [vers. 6] Mis enemigos dijeron mal de mí: ¿Cuándo morirá, y perecerá su nombre? Ya dijimos esto, y de aquí comenzamos; y para decir otras cosas, no es necesario repetir lo que tan recientemente se ha impreso en vuestros oídos y corazones.

8. [vers. 7.] Y entraban para ver. Lo que sufrió Cristo, lo sufre también la Iglesia; lo que sufrió la cabeza, lo sufren también los miembros. ¿Acaso el siervo es mayor que su Señor, o el discípulo sobre su maestro? Si a mí, dice, me persiguieron, también a vosotros os perseguirán. Si al padre de familia llamaron Beelzebú, ¿cuánto más a sus domésticos? (Mateo X, 24, y Juan XV, 20). Entraban para ver. Aquel Judas estaba en nuestra cabeza, entraba a nuestra cabeza para ver, es decir, para explorar: no para tener algo en qué creer, sino para encontrar algo que traicionar. He aquí que entraba él para ver, y este ejemplo está propuesto en nuestra cabeza. ¿Qué de aquellos miembros después de la ascensión de nuestra cabeza? ¿No dice el apóstol Pablo: Por los falsos hermanos introducidos a escondidas, que se introdujeron para espiar nuestra libertad? (Gálatas II, 4). Por tanto, también estos entraban para ver, pues son hipócritas, simuladores malos que se unen con falsa caridad, captando todos los movimientos, todas las palabras de los santos, buscando lazos en todo. ¿Y qué les sucede? Vean lo que sigue: Su corazón habló vanidades: es decir, hablan como con fingida devoción; es vano lo que hablan, no es verdadero, no es sólido. Y porque captan de dónde encontrar acusación, ¿qué dice? Acumularon iniquidad para sí. Porque preparando calumnias los enemigos, se creen grandes, porque tienen de qué acusar. Acumularon iniquidad para sí. Para sí, dice, no para mí. Así como Judas para sí, no para Cristo, así también los simuladores de la Iglesia para sí, no para nosotros: porque de ellos y en otro lugar se dice: Y la iniquidad mintió para sí (Salmo XXVI, 12). Acumularon iniquidad para sí. Y porque entraron para ver, Salían fuera, y hablaban. Aquel que entró para ver, salía fuera y hablaba. ¡Ojalá estuviera dentro, y hablara verdad! No salga fuera donde habla falsedad. Es traidor y perseguidor, salió fuera y habla. Si perteneces a los miembros de Cristo, ven adentro, adhiérete a la cabeza. Tolera la cizaña si eres trigo; tolera la paja, si eres grano (Mateo XIII, 50); tolera los peces malos dentro de las redes, si eres buen pez. ¿Por qué volaste antes del tiempo de la ventilación? ¿Por qué arrancaste también los trigos contigo antes del tiempo de la cosecha? ¿Por qué rompiste las redes antes de llegar a la orilla? Salían fuera, y hablaban.

9. [vers. 8.] Todos mis enemigos murmuraban contra mí. Contra mí todos a una: ¿no sería mejor que estuvieran conmigo a una? ¿Qué significa, contra mí a una? Con un solo consejo, con una sola conspiración. Cristo les habla así: Consentís contra mí, consentid conmigo: ¿por

qué contra mí? ¿por qué no conmigo? Si siempre estuvierais a una, no os dividiríais en cismas. Pues el Apóstol dice: Os ruego, hermanos, que todos digáis lo mismo, y que no haya entre vosotros cismas (I Cor. I, 10). Todos mis enemigos murmuraban contra mí: contra mí pensaban mal para mí. Más bien para ellos, porque acumularon iniquidad para sí mismos: pero por eso para mí, porque dependen de su propia alma. No porque no pudieron hacer nada, no quisieron hacer nada. Pues también el diablo deseó extinguir a Cristo, y Judas quiso matar a Cristo; pero al ser Cristo muerto y resucitado, nosotros fuimos vivificados: sin embargo, al diablo y a Judas se les devuelve la recompensa de su mala voluntad, no de nuestra salvación. Pues para que sepáis que cada uno debe ser juzgado por la intención de su alma, ya sea para recompensa o castigo, encontramos que algunos hombres dijeron algo bueno a alguien, y tal bien como nosotros deseamos, y sin embargo fueron llamados maldicientes. Cuando los judíos fueron convencidos por aquel ciego, ya iluminado de cuerpo y corazón, viendo de cuerpo, ciegos de corazón: les dijo el mismo que ya veía: ¿Acaso también vosotros queréis ser sus discípulos? Y ellos, dice el Evangelio, le maldijeron diciendo: Tú sé su discípulo (Juan IX, 27 y 28). Que nos suceda a todos nosotros lo que ellos dijeron maldiciendo. Esa maldición fue llamada así por el error malicioso de quienes la dijeron, no por alguna maldad en las palabras: quien narró que ellos maldijeron, atendió a con qué ánimo lo dijeron, no a lo que dijeron. Contra mí pensaban mal para mí. ¿Y qué mal para Cristo, qué mal para los mártires? Dios convierte todo en bien.

10. [vers. 9.] Dispusieron una palabra iniqua contra mí. ¿Qué palabra iniqua? Atiende a la cabeza misma: Matémosle, y será nuestra la herencia (Mat. XXI, 38). ¡Necios! ¿cómo será vuestra la herencia? ¿porque lo matasteis? He aquí que lo matasteis, y no será vuestra la herencia. ¿Acaso el que duerme no añadirá que resucite? Cuando vosotros os alegrasteis de haberlo matado, él durmió: pues dice también en otro salmo, Yo dormí. Ellos se enfurecieron, y quisieron matarlo: Yo dormí. Pues si no hubiera querido, no habría dormido. Yo dormí: porque tengo poder para poner mi vida, y tengo poder para volverla a tomar (Juan X, 18). Yo dormí, y tomé sueño, y resucité (Sal. III, 6). Que se enfurezcan, pues, los judíos, que la tierra sea entregada en manos del impío (Job IX, 24), que la carne sea permitida a las manos de los perseguidores, que lo suspendan en el madero, que lo traspasen con clavos, que lo atraviesen con la lanza: ¿Acaso el que duerme no añadirá que resucite? ¿Por qué durmió? Porque Adán era figura del futuro (Rom. V, 14): y Adán durmió cuando de su costado fue hecha Eva (Gén. II, 21). Adán en figura de Cristo, Eva en figura de la Iglesia: de donde fue llamada madre de los vivientes. ¿Cuándo fue fabricada Eva? Mientras dormía Adán. ¿Cuándo del costado de Cristo fluyeron los sacramentos de la Iglesia? Cuando dormía en la cruz. ¿Acaso el que duerme no añadirá que resucite?

11. [vers. 10.] ¿Y de dónde durmió? De aquel que entró para ver, y acumuló iniquidad para sí. Pues el hombre de mi paz, en quien confié, que comía mi pan, levantó contra mí el talón. Levantó el pie contra mí: quiso pisotearme. ¿Quién es este hombre de su paz? Judas. ¿Y en él confió Cristo, porque dijo, en quien confié? ¿Acaso no lo conocía desde el principio? ¿Acaso no sabía que sería antes de que naciera? ¿Acaso no dijo a todos sus discípulos, Yo os elegí a los doce, y uno de vosotros es diablo (Juan VI, 71)? ¿Cómo, pues, confió en él, sino porque en sus miembros él mismo está, y lo que muchos fieles esperaron de Judas, eso en sí mismo lo transfiguró el Señor? Pues cuando muchos que creyeron en Cristo veían a Judas caminar entre los doce discípulos, algunos esperaban en él; porque era tal como los demás: pero Cristo, porque estaba en sus miembros, en aquellos que esperaban, como está en los que tienen hambre y sed; como dijo Tuve hambre, así dijo Esperé. Por tanto, si así le decimos, Señor, ¿cuándo esperaste? como le fue dicho, Señor, ¿cuándo tuviste hambre? Como nos dijo allí, Cuando lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis

(Mat. XXV, 37, 40); así puede decir: Cuando uno de mis más pequeños esperó, yo esperé. En quien esperé? Hombre de mi paz, en quien esperé, que comía mi pan. ¿Cómo lo mostró en la pasión, de estas palabras de la profecía? Lo designó por el bocado (Juan XIII, 26), para que apareciera dicho de él, El que comía mi pan. De nuevo, cuando vino a entregarlo, le dio un beso (Mat. XXVI, 49), para que apareciera dicho de él, Hombre de mi paz.

12. [vers. 11.] Pero tú, Señor, ten misericordia de mí. Esto desde la forma de siervo, esto desde la forma de indigente y pobre. Bienaventurado el que entiende sobre el necesitado y pobre. Ten misericordia de mí, y resucítame, y les devolveré. Ved cuándo fue dicho, ya se ha hecho. Pues los judíos mataron a Cristo, para no perder el lugar (Juan XI, 48): al ser muerto, perdieron el lugar; arrancados del reino, fueron dispersados. Resucitado, les devolvió tribulación: les devolvió para advertencia, aún no para condenación. Pues aquella ciudad en la que el pueblo rugió, como león que arrebatara y rugiera, clamando, Crucifícalo, crucifícalo (Luc. XXIII, 21, y Juan XIX, 6), arrancados de allí los judíos, tiene cristianos, no habitada por ningún judío. Fue plantada allí la Iglesia de Cristo, de donde fueron arrancadas las espinas de la Sinagoga. Por tanto, verdaderamente su fuego ardió, como en espinas (Sal. CXVII, 12): pero el Señor era como un árbol verde. Esto mismo dijo él, cuando algunas mujeres lloraban como si Cristo fuera a morir, No lloréis por mí, sino llorad por vosotras mismas, y por vuestros hijos: prediciendo desde esto, Resucítame, y les devolveré. Porque si en el árbol verde hacen esto, ¿qué se hará en el seco? (Luc. XXIII, 28, 31). ¿Cuándo podrá el árbol verde ser consumido por el fuego de las espinas? Pues ardieron como fuego en espinas. El fuego consume las espinas, y a cualquier árbol verde que se le aplique, difícilmente se enciende, pues la humedad del árbol resiste a la llama lenta y marchita, sin embargo, adecuada para consumir las espinas. Y resucítame, y les devolveré. No sea que, hermanos, penséis que el Hijo es menos poderoso que el Padre, porque dijo, Resucítame, que él mismo no pueda resucitarse. Pues resucitó lo que podía morir: es decir, la carne murió, la carne fue resucitada. No penséis, sin embargo, que Dios Padre de Cristo pudo resucitar a Cristo, es decir, la carne de su Hijo; y que el mismo Cristo, siendo el Verbo de Dios igual al Padre, no pudo resucitar su carne: escuchad del Evangelio, Destruid este templo, y en tres días lo levantaré. Pero esto, el Evangelista, para que no dudáramos de ello, decía, dice, del templo de su cuerpo (Juan II, 19, 21), y resucítame, y les devolveré.

13. [vers. 12.] En esto conocí que me quisiste, porque no se alegrará mi enemigo sobre mí. Porque se alegraron los judíos, cuando vieron a Cristo crucificado; pensaron que habían cumplido su voluntad de hacer daño: vieron realizado el fruto de su crueldad, a Cristo colgando en la cruz; movieron la cabeza, Si es Hijo de Dios, descienda de la cruz (Mat. XXVII, 39, 40). No descendía quien podía: no mostraba poder, sino enseñaba paciencia. Pues si al decirles esto descendiera de la cruz, parecería que cedía a los que insultaban, y se creería que no pudo soportar los reproches: más bien permaneció en la cruz mientras ellos insultaban, fijo mientras ellos movían la cabeza. Pues movían la cabeza porque no se adherían a la verdadera cabeza. Nos enseñó claramente él la paciencia. Pues hizo algo más fuerte, quien no quiso hacer lo que los judíos provocaban. Pues es mucho más poderoso resucitar del sepulcro, que descender de la cruz. Porque no se alegrará mi enemigo sobre mí. Se alegraron, pues, entonces: resucitó Cristo, fue glorificado Cristo. Ven ahora en su nombre convertirse el género humano, ahora insulten, ahora muevan la cabeza: más bien ahora fijen la cabeza; o si mueven la cabeza, que la muevan asombrados y maravillados. Pues ahora dicen: ¿Acaso es él de quien dijeron Moisés y los Profetas? Pues de él dijeron: Como oveja fue llevado al matadero, y como cordero ante el que lo trasquila sin voz, así no abrió su boca: por sus heridas fuimos sanados (Is. LIII, 5, 7). Pues vemos que este crucificado lleva tras de sí al género humano; y en vano dijeron nuestros padres: Matémosle, para que el mundo no

vaya tras él (Juan XII, 19). Quizás no iría tras él, si no hubiera sido muerto. En esto conocí que me quisiste, porque no se alegrará mi enemigo sobre mí.

14. [vers. 13, 14.] Pero a mí, por mi inocencia me has recibido. Verdaderamente inocencia: integridad sin pecado, restitución sin deuda, flagelo sin mérito. Por mi inocencia me has recibido, y me has confirmado en tu presencia para siempre. Me has confirmado para siempre, me has debilitado por un tiempo: me has confirmado en tu presencia, me has debilitado en presencia de los hombres. ¿Qué, pues? Alabanzas a él, gloria a él. Bendito sea el Señor Dios de Israel. Pues él es el Dios de Israel, nuestro Dios, el Dios de Jacob, el Dios del hijo menor, el Dios del pueblo menor. Que nadie diga: Esto lo dijo de los judíos, yo no soy Israel. Más bien los judíos no son Israel. Pues el hijo mayor, él es el pueblo mayor rechazado; el menor, el pueblo amado. El mayor servirá al menor (Gén. XXV, 23), ahora se ha cumplido: ahora, hermanos, los judíos nos sirven, como si fueran nuestros portadores de libros, llevan los códices a los que estudiamos. Escuchad en qué nos sirven los judíos, y no sin causa. Aquel Caín, el hermano mayor, que mató al hermano menor, recibió una señal para que no fuera muerto, es decir, para que permanezca ese pueblo (Gén. IV, 15). Entre ellos están los Profetas y la Ley; en la cual Ley y en los cuales Profetas fue predicado Cristo. Cuando discutimos con los paganos, y mostramos que esto sucede ahora en la Iglesia de Cristo, lo que antes fue predicho sobre el nombre de Cristo, sobre la cabeza y el cuerpo de Cristo, para que no piensen que hemos inventado esas predicciones, y de estas cosas que han sucedido, como si fueran futuras, las hemos escrito, presentamos los códices de los judíos. Pues los judíos son nuestros enemigos, de las cartas del enemigo se convence al adversario. Todo, pues, el Señor lo distribuyó, todo lo ordenó para nuestra salvación. Lo predijo antes de nosotros, lo cumplió en nuestro tiempo, y lo que aún no ha cumplido, lo cumplirá. Así que tenemos al que devuelve, para que creamos al deudor: porque también lo que aún no ha dado, lo dará; como lo que aún no había dado, lo dio. Si alguien quiere probar dónde están escritas, que lea a Moisés y a los Profetas. Si algún enemigo alborota, y dice, Vosotros os inventasteis las profecías; que se presenten los códices de los judíos, porque el mayor servirá al menor. Allí lean estas predicciones, que ahora vemos cumplidas, y digamos todos: Bendito sea el Señor Dios de Israel, desde el siglo y hasta el siglo: y dirá todo el pueblo, Amén, amén.

EN EL SALMO XLI COMENTARIO. SERMON A LA PLEBE.

1. [vers. 1-3.] Hace tiempo que nuestra alma desea alegrarse con vosotros en la palabra de Dios, y saludaros en aquel que es nuestro auxilio y salvación. Lo que, pues, el Señor da, escuchad por nosotros, y en él exultad con nosotros en su palabra, y en su verdad y caridad. Pues hemos tomado un salmo, del cual se ha de hablaros, acorde a vuestro deseo. Pues comenzó el mismo salmo con un cierto deseo santo, y dice quien así canta: Como el ciervo desea las fuentes de las aguas, así desea mi alma a ti, Dios. ¿Quién, pues, es el que dice esto? Si queremos, somos nosotros. ¿Y qué buscas fuera quién sea, cuando está en tu poder ser lo que buscas? Sin embargo, no es un solo hombre, sino un solo cuerpo: pero el cuerpo de Cristo es la Iglesia (Col. I, 24). Ni en todos los que entran en la Iglesia, se encuentra tal deseo: pero sin embargo, cualquiera que haya gustado la suavidad del Señor, y reconoce lo que le sabe en el Cántico, no piense que está solo; sino que crea que tales semillas están esparcidas en el campo del Señor, por toda la tierra, y que esta es la voz de cierta unidad cristiana: Como el ciervo desea las fuentes de las aguas, así desea mi alma a ti, Dios. Y ciertamente no se entiende mal que sea la voz de aquellos que, siendo catecúmenos, se apresuran a la gracia del santo lavacro. Por lo cual también se canta solemnemente este salmo, para que así deseen la fuente de la remisión de los pecados, como el ciervo desea las fuentes de las aguas. Sea esto, y tenga lugar esta interpretación en la Iglesia, tanto veraz como solemne. Sin embargo, hermanos, me parece que incluso en el Bautismo los fieles aún no

están saciados de tal deseo: pero quizás, si saben dónde peregrinan, y por dónde han de pasar, se inflaman aún más ardientemente.

2. Pues el título de él es: Al fin, en entendimiento para los hijos de Coré, Salmo. Encontramos a los hijos de Coré también en otros títulos de los Salmos (Sal. XLIII-XLVIII), y ya recordamos haber tratado de esto, y haber hablado de qué significa este nombre: sin embargo, ahora debe recordarse este título, para que no nos prejuzgue lo que ya dijimos, para que no digamos de nuevo: pues no todos estuvieron presentes donde lo dijimos. Coré fue algún hombre, como lo fue, y tuvo hijos que fueron llamados hijos de Coré (Num. XXVI, 11): sin embargo, escudriñemos el misterio del sacramento, para que este nombre dé a luz el misterio del que está preñado. Pues es cosa de gran sacramento que los cristianos sean llamados hijos de Coré. ¿De dónde hijos de Coré? Hijos del esposo, hijos de Cristo. Pues fueron llamados cristianos, hijos del esposo (Mat. IX, 15). ¿Por qué, pues, Coré es Cristo? Porque Coré se interpreta como Calvario. Esto es mucho más remoto. Buscaba por qué Coré es Cristo: busco más intensamente por qué Cristo parece pertenecer al Calvario. ¿No se presenta ya en el lugar del Calvario crucificado (Mat. XXVII, 33)? Se presenta totalmente. Por tanto, hijos del esposo, hijos de su pasión, hijos redimidos por su sangre, hijos de su cruz, llevando en la frente lo que los enemigos fijaron en el lugar del Calvario, son llamados hijos de Coré: a ellos se canta este salmo en entendimiento. Por tanto, despertemos con entendimiento; y si se nos canta, entendamos. ¿Qué vamos a entender? ¿en qué entendimiento se canta este salmo? Me atrevo a decir: pues las cosas invisibles de él desde la creación del mundo, por las cosas hechas, son entendidas y vistas (Rom. I, 20). Ea, hermanos, captad mi avidez, compartid este deseo conmigo: amemos juntos, juntos ardamos en esta sed, juntos corramos a la fuente de entender. Deseemos, pues, como el ciervo la fuente, excepto aquella fuente que desean para la remisión de los pecados los que van a ser bautizados, y ya bautizados deseemos aquella fuente, de la cual otra Escritura dice: Porque contigo está el manantial de la vida. Pues él mismo es fuente y luz: porque en tu luz veremos la luz (Sal. XXXV, 10). Si es fuente, y es luz; con razón es también entendimiento, porque sacia el alma ávida de saber; y todo el que entiende, es iluminado por una luz no corporal, no carnal, no exterior, sino interior. Por tanto, hermanos, hay una cierta luz dentro, que no tienen los que no entienden. De donde ya a aquellos que desean esta fuente de vida, y de allí algo toman, el Apóstol los exhorta, y dice: Para que ya no andéis como también los gentiles andan en la vanidad de su mente, oscurecidos en el entendimiento, ajenos a la vida de Dios por la ignorancia que hay en ellos, por la ceguera de su corazón (Efes. IV, 17, 18). Si, pues, ellos están oscurecidos en el entendimiento, es decir, porque no entienden, se oscurecen; por tanto, los que entienden son iluminados. Corre a las fuentes, desea las fuentes de las aguas. Con Dios está el manantial de la vida y la fuente inagotable: en su luz, la luz inobscurable. Desea esta luz, una cierta fuente, una cierta luz que no conocen tus ojos; para ver esta luz, el ojo interior se prepara, para beber de esta fuente, la sed interior arde. Corre a la fuente, desea la fuente: pero no corras de cualquier manera, no corras como cualquier animal; corre como el ciervo. ¿Qué significa, como el ciervo? No haya tardanza en correr, corre sin pereza, desea la fuente sin pereza. Pues encontramos en el ciervo un signo de velocidad.

3. Pero tal vez la Escritura no quiso que consideráramos solo esto en el ciervo, sino también otra cosa. Escucha qué más hay en el ciervo. Mata serpientes, y después de matar a las serpientes, arde con mayor sed, y corre más intensamente a las fuentes. Las serpientes son tus vicios: consume las serpientes de la iniquidad, entonces desearás más el manantial de la verdad. Tal vez la avaricia en ti susurra algo oscuro, y susurra contra la palabra de Dios, susurra contra el mandamiento de Dios: y porque se te dice, Desprecia algo, para no cometer iniquidad; si prefieres cometer iniquidad antes que despreciar algún bien temporal, eliges ser

mordido por la serpiente antes que matar a la serpiente. Entonces, mientras aún favoreces tu vicio, tu codicia, tu avaricia, tu serpiente; ¿cuándo encontraré en ti tal deseo que corras al manantial de las aguas? ¿Cuándo anhelas el manantial de la sabiduría, cuando aún trabajas en el veneno de la malicia? Mata en ti todo lo que es contrario a la verdad: y cuando te veas como libre de deseos perversos, no te quedes como si no hubiera nada que desear. Porque hay algo a lo que puedes elevarte; si ya has actuado en ti para que no haya un obstáculo contra ti. Pues tal vez me dirás ahora, si eres un ciervo: Dios sabe que ya no soy avaro, que ya no codicio la propiedad de nadie, que no ardo con el deseo de adulterio, que no me consumo con odio o envidia, y cosas semejantes; me dirás, No tengo estas cosas: y tal vez buscas de qué deleitarte. Desea de qué deleitarte; desea las fuentes de las aguas: Dios tiene de qué alimentarte y llenarte cuando vienes a Él, y tienes sed después de matar a las serpientes, como un ciervo veloz.

4. Hay otra cosa que debes notar en el ciervo. Se dice que los ciervos, y algunos incluso los han visto; pues no se escribiría algo así sobre ellos si no se hubiera visto antes: se dice que los ciervos, ya sea cuando caminan en su manada o cuando nadan hacia otras partes de la tierra, colocan las cargas de sus cabezas unos sobre otros, de modo que uno va delante, y los que siguen colocan sus cabezas sobre él, y sobre ellos otros que los siguen, y luego otros, hasta que la manada termina: pero aquel que llevaba el peso de la cabeza al frente, cansado, regresa a la parte trasera, para que otro lo reemplace, quien llevará lo que él llevaba, y él recrea su fatiga colocando la cabeza, como los demás lo hacían: así, llevando lo que es pesado por turnos, avanzan en el camino y no se abandonan mutuamente. ¿No se dirige el Apóstol a algunos ciervos, diciendo: Llevad los unos las cargas de los otros, y así cumpliréis la ley de Cristo (Gál. VI, 2)?

5. Así pues, un ciervo establecido en la fe, que aún no ve lo que cree, deseando entender lo que ama, sufre también a los contrarios, no ciervos, oscurecidos en inteligencia, establecidos en las tinieblas interiores, cegados por el deseo de los vicios; además, insultantes y diciendo al hombre creyente, y que no muestra lo que cree: ¿Dónde está tu Dios? Entonces, ¿qué hizo este ciervo contra estas palabras? Escuchemos, para que también nosotros, si podemos, lo hagamos. Primero expresó su sed: Como, dice, el ciervo desea las fuentes de las aguas, así desea mi alma a ti, Dios. ¿Qué si el ciervo desea las fuentes de las aguas para lavarse? ¿Entonces para beber o para lavarse, no lo sabemos. Escucha lo que sigue, y no preguntes: Mi alma tiene sed de Dios vivo. Lo que digo, Como el ciervo desea las fuentes de las aguas, así desea mi alma a ti, Dios, esto digo, Mi alma tiene sed de Dios vivo. ¿De qué tiene sed? ¿Cuándo vendré y me presentaré ante la faz de Dios? Esto es lo que tengo sed, venir y aparecer. Tengo sed en la peregrinación, tengo sed en el camino: seré saciado en la llegada. Pero ¿cuándo vendré? Y lo que es pronto para Dios, es lento para el deseo. ¿Cuándo vendré y me presentaré ante la faz de Dios? De ese deseo es también esto, de lo cual se clama en otro lugar: Una cosa he pedido al Señor, esta buscaré, que habite en la casa del Señor todos los días de mi vida. ¿Por qué esto? Para contemplar, dice, la delicia del Señor (Sal. XXVI, 4). ¿Cuándo vendré y me presentaré ante la faz del Señor?

6. [vers. 4.] Mientras tanto, mientras medito, mientras corro, mientras estoy en el camino, antes de que venga, antes de que aparezca, Mis lágrimas han sido mi pan de día y de noche, mientras se me dice cada día: ¿Dónde está tu Dios? Mis lágrimas han sido, dice, no amargura, sino pan. Mis lágrimas mismas eran dulces para mí: teniendo sed de aquel manantial, porque aún no podía beber, comía con más avidez mis lágrimas. Pues no dijo, Mis lágrimas se convirtieron en bebida, para que no pareciera que las deseaba como las fuentes de las aguas: pero manteniendo aquella sed, con la que ardo, con la que soy arrebatado a las fuentes de las aguas, mis lágrimas se convirtieron en pan para mí, mientras soy diferido. Y ciertamente, al

comer sus lágrimas, sin duda tiene más sed de las fuentes. Pues de día y de noche mis lágrimas se convirtieron en pan para mí. Este alimento que se llama pan, los hombres lo comen de día, de noche duermen: pero el pan de lágrimas se come tanto de día como de noche; ya sea que tomes todo el tiempo como día y noche; o entiendas el día por la prosperidad de este siglo, y la noche por la adversidad de este siglo. Ya sea, dice, en las cosas prósperas del siglo, ya sea en las cosas adversas del siglo, yo derramo las lágrimas de mi deseo, yo no abandono la avidez de mi deseo: y cuando en el mundo está bien, para mí está mal, antes de que aparezca ante la faz de Dios. ¿Qué, entonces, me obligas a regocijarme, si alguna prosperidad de este siglo me sonríe? ¿No es engañosa? ¿No es efímera, caduca, mortal? ¿No es temporal, volátil, transitoria? ¿No tiene más de engaño que de deleite? ¿Por qué, entonces, no se convierten también en pan mis lágrimas en ella? Pues incluso cuando la felicidad del siglo resplandece, mientras estamos en el cuerpo, estamos ausentes del Señor (II Cor. V, 6); y se me dice cada día: ¿Dónde está tu Dios? Porque si un pagano me dice esto, no puedo decirle también: ¿Dónde está tu Dios? Pues él muestra a su dios con el dedo. Señala con el dedo a alguna piedra, y dice: Aquí está mi dios. ¿Dónde está tu Dios? Cuando me burlo de la piedra, y se avergüenza el que la mostró, aparta la vista de la piedra, mira al cielo, y tal vez señalando con el dedo al sol, dice de nuevo: Aquí está mi dios. ¿Dónde está tu Dios? Él encontró algo que mostrar a los ojos de la carne: pero yo no como si no tuviera a quien mostrar, sino que él no tiene ojos para ver a quien yo muestro. Pues él pudo mostrar a su dios, el sol, a los ojos de mi cuerpo: ¿con qué ojos mostraré yo al creador del sol?

7. Sin embargo, escuchando cada día, ¿Dónde está tu Dios? y alimentado con mis lágrimas diarias, de día y de noche medité en lo que escuché, ¿Dónde está tu Dios? también busqué yo mismo a mi Dios, para que si pudiera, no solo creyera, sino que también viera algo. Pues veo lo que ha hecho mi Dios, pero no veo a mi Dios mismo que hizo estas cosas. Pero como el ciervo deseo las fuentes de las aguas, y está con Él la fuente de la vida, y en entendimiento está escrito el Salmo para los hijos de Coré, y las cosas invisibles de Dios se ven entendidas por las cosas que han sido hechas; ¿qué haré para encontrar a mi Dios? Consideraré la tierra: la tierra fue hecha. Hay una gran belleza en las tierras; pero tiene un artífice. Hay grandes maravillas en las semillas y en lo que nace; pero todas estas cosas tienen un creador. Muestro la grandeza del mar que nos rodea, me asombro, me maravillo; busco al artífice: miro al cielo y la belleza de las estrellas; admiro el esplendor del sol suficiente para el día, la luna consolando las tinieblas nocturnas. Estas cosas son maravillosas, dignas de alabanza, o incluso asombrosas; pues no son terrenales, sino ya celestiales. Aún no se detiene mi sed allí: admiro estas cosas, alabo estas cosas; pero al que hizo estas cosas, tengo sed. Vuelvo a mí mismo, y también examino quién soy yo que busco tales cosas: encuentro que tengo cuerpo y alma; uno que gobierne, otro por el cual sea gobernado; el cuerpo para servir, el alma para mandar. Distingo que el alma es algo mejor que el cuerpo, y veo que el investigador de tales cosas no es el cuerpo, sino el alma: y sin embargo, reconozco que todas estas cosas que he iluminado, las he iluminado a través del cuerpo. Alababa la tierra, la conocía con los ojos; alababa el mar, lo conocía con los ojos; alababa el cielo, las estrellas, el sol y la luna, los conocía con los ojos. Los ojos son miembros de la carne, ventanas de la mente: el interior es el que ve a través de ellas; cuando está ausente por algún pensamiento, en vano están abiertas. Mi Dios que hizo estas cosas que veo con los ojos, no debe ser buscado con estos ojos. Que el alma misma vea algo por sí misma: si hay algo que no sienta a través de los ojos, como colores y luz; no a través de los oídos, como canto y sonido; no a través de la nariz, como la suavidad de los olores; no a través del paladar y la lengua, como el sabor; no a través de todo el cuerpo, como la dureza y la suavidad, el frío y el calor, la aspereza y la suavidad que toco; sino si hay algo dentro que vea. ¿Qué es, que vea dentro? Que no sea ni color, ni sonido, ni olor, ni sabor, ni calor, ni frío, ni dureza, ni suavidad. Entonces, que se me diga, ¿qué color

tiene la sabiduría? Cuando pensamos en la justicia, y disfrutamos de su belleza dentro de la misma contemplación, ¿qué suena en los oídos? ¿Qué se eleva como vapor a las narices? ¿Qué se introduce en la boca, qué se toca y deleita con la mano? Y está dentro, y es hermosa, y se alaba, y se ve: y si los ojos están en tinieblas, el alma disfruta de su luz. ¿Qué es lo que Tobías veía, cuando ciego daba consejo de vida a su hijo que veía (Tob. IV, 2)? Hay, por tanto, algo que el alma misma, dominadora del cuerpo, rectora, habitante, ve; que no siente a través de los ojos del cuerpo, ni a través de los oídos, ni a través de las narices, ni a través del paladar, ni a través del tacto del cuerpo, sino por sí misma: y ciertamente es mejor lo que ve por sí misma, que lo que ve por su siervo. Sin duda lo hay; pues el alma misma se ve a sí misma, y el alma misma para conocerse, se ve a sí misma. Y ciertamente, para verse a sí misma, no busca la ayuda de los ojos corporales: más bien, se abstrae de todos los sentidos del cuerpo, como si fueran impedimentos y ruidos, para verse a sí misma en sí misma, para conocerse a sí misma en sí misma. Pero, ¿es Dios algo así como el alma? Ciertamente, Dios no puede ser visto sino por el alma, y sin embargo no de la manera en que el alma puede ser vista. El alma busca algo que es Dios, de lo cual no se burlen aquellos que dicen: ¿Dónde está tu Dios? Busca alguna verdad inmutable, una sustancia sin defecto. El alma no es así: falla, progresa; conoce, ignora; recuerda, olvida; a veces quiere esto, a veces no lo quiere. Esta mutabilidad no cae en Dios. Si dijera, Dios es mutable, se burlarían de mí quienes dicen: ¿Dónde está tu Dios?

8. [vers. 5.] Buscando, pues, a mi Dios en las cosas visibles y corporales, y no encontrándolo; buscando su sustancia en mí mismo, como si fuera algo como yo, y tampoco encontrándolo; siento que Dios es algo superior al alma. Entonces, para tocarlo, Medité en estas cosas, y derramé mi alma sobre mí. ¿Cuándo tocaría mi alma lo que se busca sobre mi alma, si mi alma no se derramara sobre sí misma? Pues si permaneciera en sí misma, no vería nada más que a sí misma: y al verse a sí misma, ciertamente no vería a su Dios. Que ya digan mis insultadores, ¿Dónde está tu Dios? que lo digan: yo, mientras no veo, mientras soy diferido, como de día y de noche mis lágrimas. Que ellos aún digan, ¿Dónde está tu Dios? yo busco a mi Dios en todo cuerpo, ya sea terrestre o celestial, y no lo encuentro: busco su sustancia en mi alma, y no lo encuentro: sin embargo, medité en la búsqueda de mi Dios, y deseando ver entendidas las cosas invisibles de mi Dios a través de las cosas que han sido hechas (Rom. I, 20), derramé mi alma sobre mí; y ya no queda a quien tocar, sino a mi Dios. Pues allí está la casa de mi Dios, sobre mi alma: allí habita, desde allí me mira, desde allí me creó, desde allí me gobierna, desde allí me aconseja, desde allí me excita, desde allí me llama, desde allí me dirige, desde allí me conduce, desde allí me lleva.

9. Pues aquel que tiene una casa altísima en secreto, también tiene un tabernáculo en la tierra. Su tabernáculo en la tierra es su Iglesia aún peregrina. Pero aquí debe ser buscado, porque en el tabernáculo se encuentra el camino por el cual se llega a la casa. Pues cuando derramé mi alma sobre mí, para alcanzar a mi Dios, ¿por qué hice esto? Porque entraré en el lugar del tabernáculo. Pues fuera del lugar del tabernáculo erraré buscando a mi Dios. Porque entraré en el lugar del tabernáculo admirable, hasta la casa de Dios. En el lugar del tabernáculo entraré, del tabernáculo admirable, hasta la casa de Dios. Pues ya admiro muchas cosas en el tabernáculo. ¡Mira cuántas cosas admiro en el tabernáculo! Pues el tabernáculo de Dios en la tierra son los hombres fieles: admiro en ellos la obediencia de sus miembros; porque no reina en ellos el pecado para obedecer a sus deseos, ni presentan sus miembros como armas de iniquidad al pecado, sino que los presentan al Dios vivo en buenas obras: admiro los miembros corporales sirviendo al alma que sirve a Dios (Rom. VI, 12, 13). Miro también al alma misma obediente a Dios, distribuyendo las obras de su acción, frenando los deseos, expulsando la ignorancia, extendiéndose a todas las cosas duras y difíciles de soportar,

impartiendo justicia y caridad a los demás. También admiro estas virtudes en el alma: pero aún camino en el lugar del tabernáculo. Paso también estas cosas: y aunque el tabernáculo sea admirable, me asombro cuando llego hasta la casa de Dios. De la cual casa dice en otro salmo, cuando se propuso una cuestión dura y difícil, por qué en esta tierra a menudo les va bien a los malos, y mal a los buenos, y dice: Me propuse conocer esto, es un trabajo para mí, hasta que entre en el santuario de Dios, y entienda en los últimos tiempos (Sal. LXXII, 16, 17). Pues allí está la fuente del entendimiento, en el santuario de Dios, en la casa de Dios. Allí entendió este en los últimos tiempos, y resolvió la cuestión de la felicidad de los inicuos y el trabajo de los justos. ¿Cómo lo resolvió? Porque los malos, cuando aquí son diferidos, son reservados para castigos sin fin; y los buenos, cuando aquí trabajan, son ejercitados, para que al final obtengan la herencia. Y esto lo conoció aquel en el santuario de Dios, entendió en los últimos tiempos. Ascendiendo al tabernáculo, llegó a la casa de Dios. Sin embargo, mientras admira los miembros del tabernáculo, así fue llevado a la casa de Dios, siguiendo una cierta dulzura, una cierta y oculta voluptuosidad interior, como si de la casa de Dios sonara suavemente algún órgano: y mientras caminaba en el tabernáculo, al escuchar un cierto sonido interior, llevado por la dulzura, siguiendo lo que sonaba, apartándose de todo ruido de carne y sangre, llegó hasta la casa de Dios. Pues su camino y su guía así lo recuerda, como si le dijéramos, Admiras el tabernáculo en esta tierra; ¿cómo llegaste al secreto de la casa de Dios? En la voz, dice, de exultación y confesión, del sonido de la festividad celebrante. Cuando aquí los hombres celebran sus fiestas de su propia lujuria, tienen la costumbre de colocar órganos ante sus casas, o poner sinfónicos, o cualquier música que sirva a la lujuria y seduzca. Y cuando se escuchan estas cosas, ¿qué decimos los que pasamos? ¿Qué se hace aquí? Y se nos responde que hay alguna fiesta. Celebran, dice, cumpleaños, aquí hay bodas; para que no parezcan inadecuados esos cantos, sino que la lujuria se excuse con la festividad. En la casa de Dios la festividad es eterna. Pues no se celebra algo allí y pasa. La fiesta eterna, el coro de los ángeles: el rostro presente de Dios, la alegría sin defecto. Este día festivo es tal, que ni se abre con un inicio, ni se cierra con un fin. De aquella eterna y perpetua festividad suena algo melódico y dulce a los oídos del corazón: pero si el mundo no hace ruido. Al que camina en este tabernáculo y considera los milagros de Dios en la redención de los fieles, le deleita el oído el sonido de aquella festividad, y arrebatada al ciervo a las fuentes de las aguas.

10. [vers. 6, 7.] Pero porque, hermanos, mientras estamos en este cuerpo, estamos lejos del Señor (II Cor. V, 6), y el cuerpo que se corrompe pesa sobre el alma, y la morada terrenal deprime el sentido que piensa en muchas cosas (Sab. IX, 15): aunque de alguna manera, disipadas las nieblas, caminando por el deseo, hayamos llegado a este sonido, para captar algo de aquella casa de Dios esforzándonos; sin embargo, por una carga de nuestra debilidad, recaemos en lo acostumbrado y nos deslizamos hacia estas cosas habituales. Y así como allí habíamos encontrado de qué alegrarnos, aquí no faltará motivo para gemir. Pues este ciervo que come día y noche sus lágrimas, arrebatado por el deseo hacia las fuentes de agua, es decir, la dulzura interior de Dios, derramando su alma sobre sí mismo, para tocar lo que está sobre su alma, caminando hacia el lugar del tabernáculo admirable, hasta la casa de Dios, y llevado por la alegría del sonido interior e inteligible, para despreciar todas las cosas exteriores y ser arrebatado hacia las interiores; sin embargo, aún es hombre, aún aquí gime, aún lleva carne frágil, aún se arriesga entre los escándalos de este mundo. Entonces miró hacia sí mismo, como viniendo de allí, y se dijo a sí mismo, situado entre estas tristezas, y comparando estas cosas con aquellas a las que ha entrado para ver, y después de haberlas visto ha salido: ¿Por qué, dice, estás triste, alma mía, y por qué me perturbas? He aquí que ya nos hemos alegrado con una cierta dulzura interior, he aquí que con la agudeza de la mente

hemos podido percibir algo inmutable, aunque sea brevemente y de paso: ¿por qué aún me perturbas, por qué aún estás triste? No dudas de tu Dios. No es que no tengas qué decirte a ti mismo, contra aquellos que dicen: ¿Dónde está tu Dios? Ya he percibido algo inmutable, ¿por qué aún me perturbas? Espera en Dios. Y como si su alma le respondiera en silencio, ¿Por qué te perturbo, sino porque aún no estoy allí, donde está aquella dulzura, a la que fui arrebatada casi de paso? ¿Acaso ya bebo de aquella fuente, sin temer nada? ¿Ya no temo ningún escándalo? ¿Ya estoy segura de todas las codicias como si estuvieran domadas y vencidas? ¿No vela contra mí el diablo, mi enemigo? ¿No me tiende lazos de engaño cada día? ¿No quieres que te perturbe estando en el mundo, y aún peregrina de la casa de mi Dios? Pero, Espera en Dios, responde a su alma perturbada, y como dando razón de su perturbación, por los males que abundan en este mundo. Mientras tanto, vive en esperanza. Porque la esperanza que se ve, no es esperanza: pero si esperamos lo que no vemos, con paciencia lo aguardamos (Rom. VIII, 24, 25).

11. Espera en Dios. ¿Por qué Espera? Porque le confesaré. ¿Qué le confesarás? La salvación de mi rostro, mi Dios. De mí mismo no puede venir mi salvación; esto diré, esto confesaré: La salvación de mi rostro, mi Dios. Pues aunque tema en estas cosas, que de alguna manera he comprendido, miró de nuevo con preocupación para que no se infiltre el enemigo: aún no dice, Estoy salvo por todas partes. Pues teniendo las primicias del Espíritu, gemimos en nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo (Ibid., 23). En esa salvación perfecta en nosotros, estaremos en la casa de Dios viviendo sin fin, y sin fin alabando a aquel a quien se ha dicho: Bienaventurados los que habitan en tu casa, por los siglos de los siglos te alabarán (Sal. LXXXIII, 5). Esto aún no es, porque aún no es la salvación que se promete: pero confieso a mi Dios en esperanza, y le digo, La salvación de mi rostro, mi Dios. Porque en esperanza fuimos salvados: pero la esperanza que se ve, no es esperanza (Rom. VIII, 24). Persevera, pues, para que llegues; persevera hasta que venga la salvación. Escucha a tu Dios hablándote desde dentro: Espera en el Señor, actúa con valentía, y se fortalecerá tu corazón, y espera en el Señor (Sal. XXVI, 14); porque el que persevere hasta el fin, éste será salvo (Mat. X, 22, y XXIV, 13). ¿Por qué entonces estás triste, alma mía, y por qué me perturbas? Espera en Dios, porque le confesaré. Esta es mi confesión, La salvación de mi rostro, mi Dios.

12. Mi alma está turbada en mí mismo. ¿Acaso se turba en Dios? Se turba en mí. Se refrescaba en lo inmutable, se perturbaba en lo mutable. Sé que la justicia de mi Dios permanece: si la mía permanece, no lo sé. Pues me aterra el Apóstol diciendo: El que cree estar firme, mire que no caiga (I Cor. X, 12). Por tanto, porque no hay firmeza en mí para mí, ni tengo esperanza de mí, Mi alma está turbada en mí mismo. ¿Quieres que no se turbe? No permanezca en ti mismo, y di: A ti, Señor, levanto mi alma (Sal. XXIV, 1). Escucha esto más claramente. No esperes de ti, sino de tu Dios. Pues si esperas de ti, tu alma se turba en ti; porque aún no ha encontrado de qué estar segura de ti. Por tanto, porque mi alma está turbada en mí, ¿qué queda sino la humildad, para que el alma no presuma de sí misma? ¿Qué queda, sino hacerse completamente pequeña, sino humillarse, para que merezca ser exaltada? No se atribuya nada a sí misma para que le sea otorgado por Él lo que es útil. Por tanto, porque mi alma está turbada en mí, y esta perturbación la causa la soberbia: Por eso me acordé de ti, Señor, desde la tierra del Jordán y de Hermonim desde el monte pequeño. ¿De dónde me acordé de ti? Desde el monte pequeño, y desde la tierra del Jordán. Quizás desde el Bautismo, donde hay remisión de pecados. Pues nadie corre hacia la remisión de pecados, sino quien se desagrade a sí mismo; nadie corre hacia la remisión de pecados, sino quien se confiesa pecador; nadie se confiesa pecador, sino humillándose ante Dios. Por tanto, desde la tierra del Jordán me acordé de ti, y desde el monte pequeño: no desde el monte grande; para que desde

el monte pequeño tú hagas grande: porque el que se exalta, será humillado; y el que se humilla, será exaltado (Luc. XIV, 11, y XVIII, 14). Pero si buscas también las interpretaciones de los nombres, Jordán significa Descenso de ellos. Desciende, pues, para que seas elevado; no te exaltes, para que no seas derribado, Y desde el monte Hermonim pequeño. Hermonim se interpreta como Anatema. Anatematízate a ti mismo, desagradándote a ti mismo: pues desagradarás a Dios, si te agradas a ti mismo. Por tanto, porque Dios nos concede todos los bienes, porque Él es bueno, no porque nosotros seamos dignos; porque Él es misericordioso, no porque hayamos merecido algo; desde la tierra del Jordán y de Hermonim me acordé de Dios. Y porque se recuerda humildemente, exaltado merecerá disfrutar: porque no se exalta en sí mismo quien se gloria en el Señor.

13. [vers. 8.] Un abismo llama a otro abismo, en la voz de tus cataratas. Puedo quizás completar el Salmo, ayudado por vuestro interés, cuyo fervor veo. Sin embargo, no me preocupo mucho por vuestro esfuerzo para escuchar; cuando también me veis a mí, que hablo, sudar en estos trabajos. Viéndome trabajar, ciertamente colaboraréis: pues no trabajo para mí, sino para vosotros. Por tanto, escuchad; porque veo que queréis. Un abismo llama a otro abismo, en la voz de tus cataratas: A Dios le dijo aquel que se acordó de Él desde la tierra del Jordán y de Hermonim: esto lo dijo admirando, Un abismo llama a otro abismo, en la voz de tus cataratas. ¿Qué abismo, a qué abismo llama? Verdaderamente este entendimiento es un abismo. Pues un abismo es una profundidad impenetrable, incomprensible: y suele decirse especialmente en la multitud de aguas. Allí está la altura, allí la profundidad: que no puede ser penetrada hasta el fondo. De hecho, en cierto lugar se ha dicho, Tus juicios son un gran abismo (Sal. XXXV, 7): queriendo la Escritura con esto destacar que los juicios de Dios no se comprenden. ¿Qué abismo, pues, llama a qué abismo? Si el abismo es profundidad, ¿acaso no es el corazón del hombre un abismo? ¿Qué hay más profundo que este abismo? Los hombres pueden hablar, pueden ser vistos por la operación de los miembros, pueden ser escuchados en el discurso: pero ¿quién penetra el pensamiento de alguien, quién ve el corazón de alguien? ¿Qué lleva dentro, qué puede dentro, qué hace dentro, qué dispone dentro, qué quiere dentro, qué no quiere dentro, quién lo comprenderá? Creo que no es absurdo entender al hombre como un abismo del que en otro lugar se ha dicho: El hombre se acercará al corazón profundo, y Dios será exaltado (Sal. LXIII, 7, 8). Si, pues, el hombre es un abismo, ¿cómo un abismo llama a otro abismo? ¿El hombre llama al hombre? ¿Llama como se invoca a Dios? No. Pero llama, se dice que llama hacia sí. Pues se ha dicho de alguien, Invoca la muerte: es decir, vive de tal manera que llama a la muerte hacia sí. Pues ningún hombre hace una oración e invoca la muerte: pero los hombres invocan la muerte viviendo mal. Un abismo llama a otro abismo, el hombre gana al hombre: no obstante, no en su voz, sino en la voz de tus cataratas.

14. Recibid otro entendimiento: Un abismo llama a otro abismo, en la voz de tus cataratas. Yo, que tiemblo, cuando mi alma está turbada en mí, temí mucho tus juicios: pues tus juicios son un gran abismo (Sal. XXXV, 7), y, un abismo llama a otro abismo. Pues bajo esta carne mortal, laboriosa, pecadora, llena de molestias y escándalos, sujeta a concupiscencias, hay una cierta condenación de tu juicio: porque tú dijiste al pecador, Muerte morirás, y, Con el sudor de tu rostro comerás tu pan (Gen. II, 17, y III, 19). Este es el primer abismo de tu juicio. Pero si los hombres viven mal aquí, un abismo llama a otro abismo: porque pasan de pena en pena, y de tinieblas a tinieblas, y de profundidad a profundidad, y de suplicio a suplicio, y del ardor de la codicia a las llamas del infierno. Por tanto, quizás este hombre temió esto, cuando dijo: Mi alma está turbada en mí: por eso me acordé de ti, Señor, desde la tierra del Jordán y de Hermonim. Debo ser humilde. Pues me horroricé de tus juicios, temí mucho tus juicios: por eso mi alma está turbada en mí. ¿Y qué juicios tuyos temí? ¿Son

pequeños tus juicios? Son grandes, duros, molestos: pero ojalá fueran los únicos. Un abismo llama a otro abismo, en la voz de tus cataratas. ¿A dónde, pues, huiré de tu rostro, y de tu espíritu a dónde huiré (Sal. CXXXVIII, 7); si un abismo llama a otro abismo, si después de estos trabajos se temen otros más graves?

15. Todas tus olas y tus ondas han pasado sobre mí. Las olas en lo que siento, las ondas en lo que amenazas. Toda mi sufrimiento es tu ola: toda tu amenaza es tu onda. En las olas invoca este abismo, en las ondas invoca otro abismo. En lo que sufro, todas tus olas: en lo que amenazas más gravemente, todas tus ondas han pasado sobre mí. Pues quien amenaza, no oprime, sino que suspende. Pero porque liberas, esto dije a mi alma: Espera en Dios, porque le confesaré; la salvación de mi rostro, mi Dios. Porque cuanto más frecuentes son los males, más dulce será tu misericordia.

16. [vers. 9.] Por eso sigue: De día mandó el Señor su misericordia, y de noche la declarará. Nadie tiene tiempo para escuchar en la tribulación. Prestad atención cuando os va bien; escuchad cuando os va bien: aprended, cuando estáis tranquilos, la disciplina de la sabiduría, y recoged la palabra de Dios como alimento. Pues cuando alguien está en tribulación, debe aprovecharle lo que escuchó seguro. Pues en las cosas prósperas te manda Dios su misericordia, si le sirves fielmente; porque te libera de la tribulación; pero no te declara esa misericordia, que te mandó de día, sino de noche. Cuando viene esa tribulación, entonces no te abandona con su ayuda: te muestra que era verdad lo que te mandó de día. Pues está escrito en cierto lugar: Hermosa es la misericordia del Señor en tiempo de tribulación, como nube de lluvia en tiempo de sequía (Ecli. XXXV, 26). De día mandó el Señor su misericordia, y de noche la declarará. No te muestra que te socorre, sino cuando te viene la tribulación, de la que eres liberado por aquel que te prometió de día. Por eso se nos advierte imitar a la hormiga (Prov. VI, 6). Pues así como la prosperidad del mundo se significa por el día, la adversidad del mundo se significa por la noche: así de otro modo la prosperidad del mundo se significa por el verano, la adversidad del mundo se significa por el invierno. ¿Y qué hace la hormiga? En verano recoge lo que le será útil en invierno. Por tanto, cuando es verano, cuando os va bien, cuando estáis tranquilos, escuchad la palabra del Señor. ¿Cómo puede ser que en esta tempestad de este mundo paséis todo este mar sin tribulación? ¿Cómo puede ser? ¿A quién de los hombres le ha sucedido esto? Si le ha sucedido a alguien, más temible es esa misma tranquilidad. De día mandó el Señor su misericordia, y de noche la declarará.

17. [vers. 10-12.] ¿Qué harás, pues, en esta peregrinación? ¿Qué harás? En mí está la oración al Dios de mi vida. Esto hago aquí, ciervo sediento y deseoso de las fuentes de agua, recordando la dulzura de aquella voz por la que fui llevado a través del tabernáculo hasta la casa de Dios: mientras este cuerpo que se corrompe pesa sobre el alma (Sab. IX, 15), En mí está la oración al Dios de mi vida. Pues no para suplicar a Dios, he de comprar de lugares lejanos; ni para que me escuche mi Dios he de navegar, para traer de lejos incienso y aromas, o para llevar un becerro o un carnero del rebaño: En mí está la oración al Dios de mi vida. Dentro tengo la víctima que he de ofrecer, dentro tengo el incienso que he de poner, dentro tengo el sacrificio con el que he de inclinar a mi Dios: Sacrificio a Dios es el espíritu contrito (Sal. L, 19). Que dentro tenga este sacrificio de espíritu contrito, escucha: Diré a Dios, Mi protector eres, ¿por qué te has olvidado de mí? Así trabajo aquí, como si te hubieras olvidado de mí. Pero tú me ejercitas: y sé que difieres para mí, no me quitas, lo que prometiste: pero sin embargo, ¿por qué te has olvidado de mí? Como si de nuestra voz clamase también nuestra cabeza, Dios, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? (Sal. XXI, 2, y Mat. XXVII, 46). Diré a Dios, Mi protector eres, ¿por qué te has olvidado de mí?

18. ¿Por qué me has rechazado? desde aquella altura de la fuente de la inteligencia de la verdad inmutable, ¿Por qué me has rechazado? ¿Por qué por la gravedad y el peso de mi iniquidad, ya anhelando hacia allí, he sido arrojado a estas cosas? Dice en otro lugar esta voz: Yo dije en mi éxtasis, donde vio no sé qué grande, en un exceso de mente, Yo dije en mi éxtasis, He sido arrojado de la faz de tus ojos (Sal. XXX, 23). Pues comparó estas cosas en las que estaba, con aquellas en las que había sido elevado, y se vio lejos arrojado de la faz de los ojos de Dios, como también aquí: ¿Por qué me has rechazado, y por qué ando triste, mientras me aflige el enemigo, mientras me rompe los huesos, aquel tentador diablo, con los escándalos creciendo por todas partes, cuya abundancia enfría la caridad de muchos (Mat. XXIV, 12)? Cuando vemos a los fuertes de la Iglesia ceder a menudo a los escándalos, ¿acaso no dice el cuerpo de Cristo: Me rompe el enemigo los huesos? Pues los huesos son los fuertes, y a veces esos mismos fuertes ceden a las tentaciones. Cuando alguien considera estas cosas del cuerpo de Cristo, de la voz del cuerpo de Cristo, ¿acaso no clama: ¿Por qué me has rechazado, y por qué ando triste, mientras me aflige el enemigo, mientras me rompe los huesos? No solo mis carnes, sino también mis huesos: para que en los que se pensaba que había alguna fortaleza, veas ceder en las tentaciones, para que los demás débiles desesperen, cuando ven a los fuertes sucumbir. ¡Cuántos peligros, hermanos míos!

19. Me han reprochado los que me afligen. De nuevo aquella voz: Mientras me dicen cada día, ¿Dónde está tu Dios? Y especialmente dicen esto en las tentaciones de la Iglesia, ¿Dónde está tu Dios? Cuánto oyeron esto los mártires, fuertes y pacientes por el nombre de Cristo, cuánto se les dijo, ¿Dónde está vuestro Dios? Que os libere, si puede. Pues los hombres veían sus tormentos desde fuera, no veían las coronas desde dentro. Me han reprochado los que me afligen, mientras me dicen cada día, ¿Dónde está tu Dios? Y yo por estas cosas, porque mi alma está turbada en mí, ¿qué otra cosa le diré, sino aquello, ¿Por qué estás triste, alma mía, y por qué me perturbas? Y como respondiendo, ¿No quieres que te perturbe, estando aquí en tantos males? suspirando por los bienes, sedienta y laboriosa, ¿no quieres que te perturbe? Espera en Dios, porque aún le confesaré. Dice esa misma confesión, repite la confirmación de la esperanza: La salvación de mi rostro y mi Dios.

EN EL SALMO XLII COMENTARIO. SERMON AL PUEBLO. En el día de ayuno, dado por la tarde.

1. Este salmo es breve: satisface así a las mentes de los oyentes, para no ser molesto a los estómagos de los que ayunan. Que se alimente de esto nuestra alma, la cual dice estar triste quien canta en este salmo: triste, creo, por algún ayuno suyo, o más bien por alguna hambre suya. Pues el ayuno es de voluntad, el hambre de necesidad. La Iglesia tiene hambre, el cuerpo de Cristo tiene hambre, y aquel hombre difundido por todas partes, cuya cabeza está arriba, los miembros abajo: su voz en todos los Salmos, ya sea cantando, gimiendo, alegrándose en la esperanza, o suspirando en la realidad, debemos tenerla ya muy conocida y familiar, como nuestra. No es necesario, por tanto, detenernos mucho para insinuaros quién habla: que cada uno esté en el cuerpo de Cristo, y aquí hablará.

2. [vers. 1.] Sabéis, sin embargo, todos los que progresan, y los que gimen por aquella ciudad celestial, que conocen su peregrinación, que mantienen el camino, que en el deseo de aquella tierra firmísima han fijado la esperanza como ancla: sabéis, pues, que este tipo de personas, esta buena semilla, este trigo de Cristo gime entre la cizaña; y esto hasta que llegue el tiempo de la cosecha, es decir, hasta el fin del mundo, como lo expone la verdad que no se equivoca (Mat. XIII, 18). Gimiendo, pues, entre la cizaña, es decir, entre los hombres malos, entre los engañosos y seductores, ya sea turbulentos por ira, ya sea venenosos por insidias; viendo que

está junto con ellos como en un solo campo por todo el mundo, recibiendo la misma lluvia, siendo igualmente azotado por el viento, y siendo nutrido con ellos entre adversidades, teniendo en común estos dones de Dios, concedidos comúnmente a buenos y malos por aquel que hace salir su sol sobre buenos y malos, y llueve sobre justos e injustos (Id. V, 45): viendo, pues, la semilla de Abraham, la semilla santa, cuántas cosas tiene en común con los malos, de los cuales algún día será separado, ahora tiene en común, naciendo igualmente, compartiendo la misma condición del género humano, soportando igualmente cuerpos mortales, usando juntos la luz, las fuentes, los frutos, las prosperidades y adversidades del mundo, ya sea hambre, ya sea abundancia, ya sea paz, ya sea guerra, ya sea salud, ya sea peste; viendo cuántas cosas tiene en común con los malos, con los cuales, sin embargo, no tiene causa común, estalla en esta voz: Júzgame, Dios, y discierne mi causa de la gente no santa. Júzgame, dice, Dios: no temo tu juicio, porque conozco tu misericordia. Júzgame, Dios, y discierne mi causa de la gente no santa. Ahora, mientras tanto, en esta peregrinación aún no disciernes mi lugar, porque vivo junto con la cizaña hasta el tiempo de la cosecha; aún no disciernes mi lluvia, aún no disciernes mi luz: discierne mi causa. Que haya diferencia entre quien cree en ti y quien no cree en ti. La debilidad es igual, pero la conciencia es diferente: el trabajo es igual, pero el deseo es diferente. El deseo de los impíos perecerá: pero del deseo de los justos, si no fuera seguro el prometedor, deberíamos dudar. El fin de nuestro deseo, él mismo es el prometedor. Se dará a sí mismo, porque se dio a sí mismo: se dará a sí mismo inmortal a los inmortales, porque se dio a sí mismo mortal a los mortales. Júzgame, Dios, y discierne mi causa de la gente no santa. Del hombre iniquo y engañoso líbrame: esto es, de la gente no santa. Del hombre, de cierto tipo de hombres, porque un hombre será tomado y otro dejado (Id. XXIV, 40).

3. [vers. 2.] Y puesto que es necesaria la paciencia para soportar hasta la cosecha, una cierta, si se puede decir, indiscreta discreción; pues están juntos, y por eso aún no están separados; sin embargo, la cizaña es cizaña, y el trigo es trigo, y por eso ya están separados; porque, por tanto, se necesita fortaleza, debe ser implorada de aquel que ordenó que seamos fuertes, y si él no nos hace fuertes, no seremos lo que ordenó, de aquel que dijo: El que persevere hasta el fin, éste será salvo (Id. X, 22, y XXIV, 13); para que el alma no se debilite arrogándose la fortaleza a sí misma, añade inmediatamente: Porque tú eres, Dios mío, mi fortaleza; ¿por qué me has rechazado, y por qué ando triste, mientras me aflige el enemigo? Busca la causa de su tristeza. ¿Por qué, dice, ando triste, mientras me aflige el enemigo? Ando triste, el enemigo me aflige con tentaciones diarias, enviando lo que amemos mal o lo que temamos mal: y luchando el alma contra ambos, aunque no capturada, sin embargo en peligro, se contrae en tristeza, y dice a Dios, ¿Por qué? Que busque, pues, de él, y escuche por qué. Pues busca en el Salmo la causa de su tristeza, diciendo: ¿Por qué me has rechazado, y por qué ando triste? Escuche de Isaías, que le ayude la lectura que ahora se ha recitado: El espíritu, dice, saldrá de mí, y yo hice todo aliento: por un poco de pecado lo entristecí, y aparté mi rostro de él; y se entristeció, y se fue triste por sus caminos (Isai. LVII, 16, 17). ¿Qué buscabas, pues, por qué me has rechazado, y por qué ando triste? Has escuchado: por el pecado. La causa de tu tristeza es el pecado, que la causa de tu alegría sea la justicia. Querías pecar, y no querías trabajar; para que no te bastara ser injusto, sino que también quisieras que fuera injusto aquel de quien no querías que se vengara en ti. Mira una mejor voz en otro salmo: Bueno es para mí que me hayas humillado, para que aprenda tus justificaciones (Sal. CXVIII, 71). Aprendí mis iniquidades en la altivez, aprenderé tus justificaciones en la humildad. ¿Por qué ando triste, mientras me aflige el enemigo? Te quejas del enemigo; realmente aflige, pero tú le diste lugar. Y ahora tienes qué hacer: elige consejo, admite al rey, excluye al tirano.

4. [vers. 3.] Pero para que haga esto, atiende a lo que dice, lo que suplica, lo que ora. Ora lo que escuchas, ora mientras escuchas; que esta sea la voz de todos nosotros: Envía tu luz y tu verdad; ellas me guiaron y me condujeron a tu monte santo, y a tus tabernáculos. Porque esa es tu luz y tu verdad: estos dos nombres, una sola cosa. ¿Qué otra cosa es la luz de Dios, sino la verdad de Dios? ¿O qué es la verdad de Dios, sino la luz de Dios? Y ambos son uno, Cristo. Yo soy la luz del mundo: el que cree en mí, no andará en tinieblas (Juan VIII, 12). Yo soy el camino, la verdad y la vida (Id. XIV, 6). Él mismo es la luz, él mismo es la verdad. Que venga, pues, y nos libere, discerniendo ahora nuestra causa de la gente no santa; que nos libre del hombre iniquo y engañoso: que separe el trigo de la cizaña: porque él mismo enviará a sus ángeles en el tiempo de la cosecha, para que recojan de su reino todos los escándalos, y los echen en el fuego ardiente, y su trigo lo recojan en el granero (Mat. XIII, 41-43). Que envíe su luz y su verdad; porque ellas ya nos guiaron y nos condujeron a su monte santo y a sus tabernáculos. Tenemos la prenda, esperamos la recompensa. Su monte santo, su santa Iglesia. Ese monte es, que creció de una pequeña piedra, según la visión de Daniel, rompiendo los reinos de la tierra; y creciendo tanto, que llenó toda la faz de la tierra (Dan. II, 35). En este monte se dice escuchado, quien dice: Con mi voz clamé al Señor, y él me escuchó desde su monte santo (Sal. III, 5). Cualquiera que esté fuera de este monte, no espere ser escuchado para la vida eterna. Muchos son escuchados para muchas cosas. Y no se alaben porque son escuchados: los demonios fueron escuchados, para que fueran enviados a los cerdos (Mat. VIII, 32). Deseemos ser escuchados para la vida eterna, por el deseo con el que decimos: Envía tu luz y tu verdad. Esa luz busca el ojo del corazón: Bienaventurados, dice, los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios (Mat. V, 8). Ahora estamos en su monte, es decir, en su Iglesia, y en su tabernáculo. El tabernáculo es de los peregrinos, la casa de los que habitan juntos: hay también tabernáculo de los peregrinos y de los que militan. Cuando escuchas tabernáculo, entiende guerra, cuídate del enemigo. ¿Y qué será la casa? Bienaventurados los que habitan en tu casa, por los siglos de los siglos te alabarán (Sal. LXXXIII, 5).

5. [vers. 4.] Ya, pues, conducidos al tabernáculo, y puestos en su monte santo, ¿qué esperanza llevamos? Y entraré al altar de Dios. Hay un cierto altar sublime invisible, al cual no se acerca el injusto. A ese altar solo se acerca quien se acerca seguro a este: allí encontrará su vida, quien en este discierne su causa. Y entraré al altar de Dios: desde su monte santo, y desde su tabernáculo, desde su santa Iglesia, entraré al altar sublime de Dios. ¿Qué sacrificio hay allí? El mismo que entra, es asumido en holocausto. Entraré al altar de Dios. ¿Qué es lo que dice, al altar de Dios? Al Dios que alegra mi juventud. Juventud significa novedad: como si dijera, Al Dios que alegra mi novedad. Alegra mi novedad, quien entristeció mi vejez. Pues ahora ando triste en la vejez, pero entonces estaré gozoso en la novedad. Te confesaré con la cítara, Dios, Dios mío. ¿Qué es confesar con la cítara, y confesar con el salterio? No siempre con la cítara, ni siempre con el salterio. Estos dos instrumentos musicales tienen entre sí una razón distinta y discreta, digna de consideración y de ser recordada. Ambos se llevan y se tocan con las manos, y significan algunas de nuestras obras corporales. Ambos son buenos, si alguien sabe tocar el salterio, si alguien sabe tocar la cítara. Pero porque el salterio se llama este instrumento, que tiene la caja de resonancia en la parte superior; ese tambor y madera cóncava a la que se apoyan las cuerdas resuenan: la cítara, en cambio, tiene esa misma madera cóncava y sonora en la parte inferior: deben discernirse nuestras obras, cuándo están en el salterio, cuándo en la cítara, ambas, sin embargo, agradables a Dios y dulces a su oído. Cuando, pues, hacemos algo por los preceptos de Dios, obedeciendo y escuchando sus mandatos para cumplir sus preceptos; donde hacemos y no sufrimos, es salterio. Así hacen también los ángeles: pues no sufren nada. Pero cuando sufrimos algo de tribulaciones, tentaciones, escándalos en esta tierra; porque no sufrimos sino desde la parte inferior, es

decir, desde lo que somos mortales, desde lo que debemos algo de tribulaciones a nuestra primera causa, y porque sufrimos muchas cosas de aquellos que no son de arriba, es cítara. Pues viene un sonido dulce desde la parte inferior: sufrimos y tocamos el salterio, o más bien cantamos y tocamos la cítara. Cuando el Apóstol decía que evangelizaba, y predicaba el Evangelio por todo el mundo por mandato de Dios; porque decía que ese Evangelio no lo había recibido de hombres ni por hombre, sino por Jesucristo (Gal. I, 12), las cuerdas sonaban desde arriba: pero cuando decía, Nos gloriamos en las tribulaciones; sabiendo que la tribulación produce paciencia, la paciencia prueba, la prueba esperanza (Rom. V, 3 y 4); la cítara sonaba desde la parte inferior, pero sin embargo dulcemente. Pues toda paciencia es dulce para Dios. Pero si en esas tribulaciones desfalleces, has roto la cítara. ¿Por qué, pues, ahora dijo: Te confesaré con la cítara? Por aquello que había dicho: ¿Por qué ando triste, mientras me aflige el enemigo? Pues sufría algo de la aflicción inferior, y en eso mismo quería agrandar a Dios, y deseaba dar gracias a Dios, fuerte en las tribulaciones: y porque no podía estar sin tribulación, debía paciencia a Dios, Te confesaré con la cítara, Dios, Dios mío.

6. [vers. 5.] Y de nuevo a su alma, para que desde esa madera sonora inferior tome sonido: ¿Por qué estás triste, dice, alma mía, y por qué me perturbas? Estoy en tribulaciones, en enfermedades, en tristezas, ¿por qué me perturbas, oh alma? ¿Quién dice? ¿a quién dice? Al alma dice, todos lo sabemos; pues es claro, a ella está dirigido el discurso. ¿Por qué estás triste, alma mía, y por qué me perturbas? Se busca la persona que habla. ¿Acaso la carne habla al alma, cuando la carne sin el alma no habla? Pues es más propio que el alma hable a la carne, que la carne hable al alma. Pero porque no dijo, ¿Por qué estás triste, carne mía, sino que dijo, ¿Por qué estás triste, alma mía? (Pues si hablara a la carne, tal vez no diría, ¿Por qué estás triste; sino, ¿Por qué dueles? Pues el dolor del alma se llama tristeza: pero la molestia que ocurre en el cuerpo puede llamarse dolor, no puede llamarse tristeza. Pero del dolor del cuerpo a menudo el alma se entristece. Sin embargo, hay diferencia entre lo que duele, y lo que se entristece. Pues duele la carne, el alma está triste; y esta voz es clara, ¿Por qué estás triste, alma mía?) No, pues, el alma habla a la carne; porque no dijo, ¿Por qué estás triste, carne mía? ni la carne, al alma; porque es absurdo que el inferior hable al superior. Por tanto, entendemos que tenemos algo donde está la imagen de Dios, la mente y la razón. Esa misma mente invocaba la luz de Dios y la verdad de Dios. Esa es con la que captamos lo justo y lo injusto; esa es con la que discernimos lo verdadero de lo falso; esa es la que se llama intelecto, del cual carecen las bestias; ese intelecto que quien lo descuida en sí mismo, y lo pospone a otras cosas, y así lo rechaza como si no lo tuviera, escucha del salmo: No seáis como el caballo y el mulo, que no tienen entendimiento (Sal. XXXI, 9). Nuestro entendimiento, pues, habla a nuestra alma. Esta está marchita en las tribulaciones, cansada en las angustias, contraída en las tentaciones, enferma en los trabajos. La mente la levanta desde arriba captando la verdad, y dice ¿Por qué estás triste, alma mía, y por qué me perturbas?

7. Ved si no es esta la alocución en aquel conflicto del Apóstol, prefigurándose a sí mismo en algunos, y tal vez en nosotros, y diciendo: Me deleito en la ley de Dios según el hombre interior, pero veo otra ley en mis miembros, es decir, ciertos impulsos carnales: y en una cierta lucha y casi desesperación, invoca la gracia de Dios: ¡Miserable de mí! ¿Quién me librá de este cuerpo de muerte? La gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor (Rom. VII, 22, 25). Tales luchadores también el mismo Señor se dignó prefigurar en sí mismo, cuando dijo: Mi alma está triste hasta la muerte (Mat. XXVI, 38). Pues Él sabía a qué había venido. Él temía la pasión, quien había dicho: Tengo poder para poner mi vida, y tengo poder para volver a tomarla; nadie me la quita, sino que yo mismo la pongo de mí, y la vuelvo a tomar (Juan X, 17, 18). Pero, Mi alma está triste hasta la muerte, quien dijo, figuró en sí mismo ciertos miembros suyos. Pues a menudo ya la mente cree bien y sabe bien que el hombre

futuro, según su fe, estará en el seno de Abraham: cree esto, y sin embargo, cuando llega algún momento de muerte, se turba por cierta familiaridad con este siglo; levanta el oído a aquella voz interna de Dios, escucha una canción razonable internamente. Pues así desde lo alto en silencio suena algo, no a los oídos, sino a las mentes; de modo que quienquiera que escuche esa melodía, se sienta fastidiado por el ruido corporal, y toda esta vida humana le sea un tumulto, impidiendo el oído de un cierto sonido supremo sumamente deleitable, incomparable e inefable. Y en verdad, cuando así sucede por alguna perturbación, el hombre sufre violencia, hablando a su alma: ¿Por qué estás triste, alma mía, y por qué me turbas? ¿Acaso porque es difícil encontrar una vida purificada, cuando juzga aquel que sabe juzgar con pureza y claridad? Porque aunque la vida ya sea probable entre los hombres, de modo que los hombres no tengan ya nada que reprochar justamente: el examen procede de los ojos de aquel, procede una regla que iguala sin engaño, y encuentra en el hombre ciertas cosas que Dios reprende, que los hombres no veían que debían ser reprendidas, ni aquel mismo interior que ha de ser juzgado. Temiendo esto, el alma tal vez se turba: la mente le habla, como diciendo, ¿Por qué temes por los pecados, porque no puedes evitar todos? Espera en el Señor, porque le confesaré. Cierta alocución presente sana, la confesión fiel purga lo restante. Claramente teme, si te dices justo; si no tienes aquella voz de otro salmo: No entres en juicio con tu siervo. ¿Por qué, No entres en juicio con tu siervo? Tu misericordia me es necesaria. Pues si exhibes juicio sin misericordia, ¿a dónde iré? Si observas las iniquidades, Señor, Señor, ¿quién podrá sostenerse? (Sal. CXXIX, 3). No entres en juicio con tu siervo, porque no se justificará en tu presencia ningún viviente (Sal. CXLII, 2). Por tanto, si no se justificará en tu presencia ningún viviente, porque cualquiera que viva aquí, por más justamente que viva, ¡ay de él si Dios entra en juicio con él! Pues de otro profeta así reprende a los arrogantes y soberbios: ¿Por qué queréis contender conmigo en juicio? Todos me habéis abandonado, dice el Señor (Jer. II, 29). No quieras, pues, contender en juicio: esfuérzate por ser justo; y por más que lo seas, confiesa que eres pecador; siempre espera la misericordia: y en esta humilde confesión seguro habla a tu alma que te turba y se agita contra ti. ¿Por qué estás triste, alma mía, y por qué me turbas? Tal vez querías esperar en ti: Espera en el Señor, no en ti. ¿Qué eres en ti? ¿Qué eres de ti? Que Él sea la salud en ti, quien recibió las heridas por ti. Espera, dice, en el Señor, porque le confesaré. ¿Qué le confesarás? La salvación de mi rostro, mi Dios. Tú eres la salvación de mi rostro, tú me sanarás. Enfermo te hablo: reconozco al médico, no me jacto de estar sano. ¿Qué es, reconozco al médico, no me jacto de estar sano? Lo que se dice en otro salmo: Yo dije, Señor, ten misericordia de mí, sana mi alma, porque he pecado contra ti (Sal. XL, 5).

8. Esta voz, hermanos, es segura: pero vigilad en las buenas obras. Tocad el salterio, obedeciendo los preceptos: tocad la cítara, soportando las pasiones. Parte tu pan con el hambriento, escuchaste de Isaías: no pienses que el ayuno es suficiente. El ayuno te castiga, no alimenta al otro. Tus angustias serán fructuosas, si proporcionas amplitud a otro. Mira cuántos pobres pueden ser alimentados con nuestro almuerzo de hoy omitido. Ayuna de tal manera que te alegres de haber almorzado mientras otro come, por las oraciones, para que seas escuchado. Pues allí dice: Aún hablando tú, diré, Aquí estoy; si partes de corazón el pan al hambriento (Is. LVIII, 7, 9 y 10): porque a menudo se hace por los tristes y murmuradores, para evitar el fastidio del que intercede, no para alimentar las entrañas del necesitado: Dios ama al dador alegre (II Cor. IX, 7). Si das el pan con tristeza, perdiste tanto el pan como el mérito. Hazlo, pues, de corazón: para que aquel que ve en lo íntimo, aún hablando tú, diga, Aquí estoy. ¡Qué rápidamente son recibidas las oraciones de los que obran bien! Y esta es la justicia del hombre en esta vida, el ayuno, la limosna, la oración. ¿Quieres que tu oración vuele a Dios? Hazle dos alas, el ayuno y la limosna. Que nos encuentre tales, para que nos

encuentre seguros la luz de Dios, y la verdad de Dios, cuando venga a liberarnos de la muerte, quien ya vino a sufrir la muerte por nosotros. Amén.

EN EL SALMO XLIII COMENTARIO. SERMON A LA PLEBE.

1. Este salmo se dice de los hijos de Coré, como su título lo indica. Coré se interpreta como Calvicie o Calvario, y encontramos en el Evangelio que el Señor Jesucristo fue crucificado en el lugar del Calvario (Mat. XXVII, 33). Por lo tanto, está claro que este salmo se canta a los hijos de su pasión. Tenemos de aquí un testimonio clarísimo y firmísimo del apóstol Pablo: porque cuando la Iglesia sufría en las persecuciones de los gentiles, de aquí tomó el verso que interpondría para exhortación y consolación de la paciencia. Aquí se dijo lo que él puso en su Epístola: Por tu causa somos muertos todo el día, somos considerados como ovejas de matadero (Rom. VIII, 36). Escuchemos, pues, la voz de los mártires en el Salmo: y vean qué buena causa tiene la voz de los mártires, cuando dice, Por tu causa. Pues también el Señor añadió, por la justicia, cuando decía: Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia (Mat. V, 10): para que nadie padeciendo persecución, busque gloria de la misma pena, no teniendo buena causa. Y de aquí exhortó a los suyos diciendo, Bienaventurados seréis cuando os hagan y digan esto y aquello los hombres, por mi causa. De aquí, pues, la voz, Por tu causa somos muertos todo el día.

2. [vers. 1.] Es, sin embargo, de gran consideración y de gran profundidad el consejo de Dios, cuál fue la causa para que, habiendo sacado a nuestros padres los Patriarcas, y a todo aquel pueblo de Israel con mano poderosísima de Egipto, y habiendo sumergido en el mar a sus enemigos perseguidores, y habiéndolos conducido por las naciones que se les oponían, y habiéndolos puesto en la tierra de promisión, habiendo vencido a sus enemigos, y habiendo hecho grandes victorias con la escasez de los suyos frente a la gran multitud de enemigos: después le placiera como apartarse de su pueblo, para que sus santos sufrieran la matanza y la muerte, y nadie resistiera, nadie defendiera, nadie prohibiera; como si apartara su rostro de sus gemidos, como si los hubiera olvidado, como si él no fuera Dios, quien con mano fuerte y brazo excelso, con poder evidentísimo, liberó a nuestros padres, es decir, a aquel pueblo, como dije, de Egipto, habiéndolos puesto en el reino, habiendo vencido y expulsado a las naciones de su tierra, admirándose todos de que a menudo muchos fueran vencidos por pocos. Esto, pues, en el gemido de la confesión comienza a cantarse en este salmo. No en vano se hicieron estas cosas, sino para que se entienda por qué se hicieron. Por tanto, porque se hicieron, es manifiesto: por qué se hicieron, debe buscarse más profundamente. Por eso el título no tiene solo, a los hijos de Coré; sino, Para la inteligencia de los hijos de Coré. Esto también está en aquel salmo, cuyo primer verso el mismo Señor dijo desde la cruz: Dios mío, Dios mío, mira en mí, ¿por qué me has desamparado? Transfigurándonos a nosotros en lo que decía, y en su cuerpo (porque también nosotros somos su cuerpo, él nuestra cabeza), la voz desde la cruz no la dijo suya, sino nuestra. Pues nunca lo desamparó Dios, ni él se apartó nunca del Padre; pero por nosotros dijo esto: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? Pues sigue allí: Lejos de mi salvación las palabras de mis delitos. Y muestra de quién dijo esto; pues en él no se pudo encontrar delito. Clamaré a ti, dice en el mismo salmo, de día, y no me oirás; y de noche, se sobreentiende, y no me oirás; pero añadió: y no para mi insensatez (Sal. XXI, 2, 3), es decir, esto mismo que no me oirás, no para mi insensatez, sino para mi inteligencia. ¿Qué es, para mi inteligencia no me oirás? es decir, no me oirás para lo temporal, para que entienda que debo desear de ti lo eterno. Por tanto, Dios no abandona, y cuando parece abandonar, quita lo que mal deseaste, y enseña lo que debes desear bien. Pues si siempre Dios en estas prosperidades nos favoreciera, para que todo nos abundara, y no sufriéramos en este tiempo de nuestra mortalidad tribulación alguna, ninguna presión ni angustia; no diríamos sino que estos son los bienes supremos que Dios concede a sus siervos,

y no deseáramos de él mayores. Por eso, a esta vida mal dulce le mezcla amarguras de tribulaciones, para que se busque otra que es saludablemente dulce; esto es, Para la inteligencia de los hijos de Coré. Por tanto, escuchemos el Salmo, y veamos más bien esto allí.

3. [vers. 2, 3.] Dios, con nuestros oídos hemos oído; nuestros padres nos han contado, la obra que hiciste en sus días, y en los días antiguos. Admirándose de por qué en estos días parece haberlos abandonado a quienes quiso ejercitar en las pasiones, recuerdan lo pasado que oyeron de los padres, como diciendo: No nos contaron nuestros padres lo que sufrimos. Pues también en aquel salmo dijo esto: En ti esperaron nuestros padres, esperaron, y los libraste: pero yo soy gusano, y no hombre, oprobio de los hombres, y desprecio del pueblo (Sal. XXI, 7). Ellos esperaron, y los libraste: ¿acaso yo esperé, y me abandonaste; y en vano creí en ti, y en vano mi nombre está escrito en ti, y tu nombre está escrito en mí? Esto, pues, nos indicaron nuestros padres. Tu mano destruyó a las naciones, y los plantaste; debilitaste a los pueblos, y los expulsaste: es decir, expulsaste a los pueblos de su tierra, para introducir y plantar a estos, y confirmar su reino con tu misericordia. Esto hemos oído de nuestros padres.

4. [vers. 4.] Pero tal vez ellos pudieron esto porque eran fuertes, porque eran guerreros, porque eran invictos, porque eran ejercitados, porque eran belicosos. De ninguna manera. No esto nos indicaron nuestros padres, no esto tiene la Escritura; sino ¿qué tiene, sino lo que sigue? Porque no con su espada poseyeron la tierra en herencia, y su brazo no los salvó; sino tu diestra, y tu brazo, y la iluminación de tu rostro. Tu diestra, tu poder; tu brazo, el mismo Hijo tuyo. Y la iluminación de tu rostro: ¿qué es esto? Porque con tales señales les asististe, que se entendiera que estabas presente. Pues ¿acaso cuando Dios nos asiste con algún milagro, vemos su rostro con nuestros ojos? Pero con el efecto del milagro insinúa su presencia a los hombres. De hecho, todos los que se maravillan ante hechos de este tipo, ¿qué dicen? Vi a Dios presente. Pero tu diestra, y tu brazo, y la iluminación de tu rostro: porque te complaciste en ellos: esto es, así trataste con ellos, que te complaciste bien en ellos, que cualquiera que los atendiera cómo se trataba con ellos, diría que verdaderamente Dios está con ellos, y Dios los trata.

5. [vers. 5.] ¿Qué, pues? ¿Era otro entonces, y es otro ahora? De ninguna manera. ¿Qué sigue? Tú eres el mismo rey mío y Dios mío. Tú eres el mismo, pues no has cambiado. Veo los tiempos cambiados, el creador de los tiempos no cambia. Tú eres el mismo rey mío y Dios mío. Tú me sueles guiar, tú me sueles gobernar, tú me sueles socorrer. Tú que mandas la salvación de Jacob. ¿Qué es, que mandas? Aunque tú por tu misma sustancia y naturaleza por la que eres lo que eres, estás oculto, ni por esto que eres asististe a los padres, para que te vieran cara a cara; sin embargo, por cualquier criatura tú mandas la salvación de Jacob. Pues aquella visión cara a cara, se reserva a los liberados en la resurrección. Y aquellos padres incluso del Nuevo Testamento aunque vieron revelados tus misterios, aunque anunciaron revelados tus secretos; sin embargo, dijeron que se veían en un espejo y en enigma: pero que la visión cara a cara se reserva para el futuro (I Cor. XIII, 12), cuando venga lo que el mismo Apóstol dice: Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios; cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria (Col. III, 3, 4). Entonces, pues, se nos reserva aquella visión cara a cara, de la que también Juan dice: Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que seremos; sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como es (I Juan III, 2). Aunque, pues, entonces nuestros padres no te vieron cara a cara según lo que tú eres, y aunque esta visión se reserva en la resurrección, sin embargo, aunque los ángeles asistieron, tú mandas la salvación de Jacob. No solo estás presente por ti, sino que por cualquier criatura tuya que asistas, tú mandas esto por la salvación de tus siervos lo que tú

mismo haces por ti; pero esto se hace por la salvación de tus siervos lo que hacen a quienes mandas. Pues si tú mismo eres mi rey y mi Dios, y tú mandas la salvación de Jacob, ¿por qué sufrimos esto ahora?

6. [vers. 6.] Pero tal vez solo se nos han narrado cosas pasadas, y no hay algo así que esperar del futuro. Más bien, sí hay que esperarlo. En ti ventilaremos a nuestros enemigos. Por tanto, nuestros padres nos indicaron la obra que hiciste en sus días, y en los días antiguos: porque tu mano destruyó a las naciones, expulsaste a los pueblos y los plantaste. Esto es pasado: pero ¿qué será del futuro? En ti ventilaremos a nuestros enemigos: vendrá el tiempo cuando todos los enemigos de los cristianos, como paja serán ventilados, como polvo serán ventilados, y de la tierra serán arrojados. Por tanto, si tanto lo pasado nos ha sido narrado, como lo futuro tal ha sido anunciado; en medio de lo presente, ¿por qué trabajamos, sino para la inteligencia de los hijos de Coré? En ti ventilaremos a nuestros enemigos: y en tu nombre despreciaremos a los que se levantan contra nosotros. Esto del futuro.

7. [vers. 7.] Porque no en mi arco confiaré: como tampoco los padres en su espada. Y mi espada no me salvará.

8. [vers. 8.] Porque nos salvaste de los que nos afligían. Y esto figura del pasado se dice del futuro: pero por eso se dice como pasado, porque es tan cierto como si ya hubiera sucedido. Presten atención a por qué los profetas dicen muchas cosas como si fueran pasadas, cuando se predicen futuras, no hechas. Pues también de la misma pasión futura del Señor se predijo, y sin embargo, Horadaron, dice, mis manos y mis pies, contaron todos mis huesos: no dijo, Horadarán, y contarán. Ellos mismos me miraron y me observaron: no dijo, Mirarán y observarán. Repartieron entre sí mis vestiduras (Sal. XXI, 17, 19): no dijo, repartirán. Todas estas cosas se dicen como pasadas, cuando son futuras; porque para Dios también las futuras son tan ciertas, como si fueran pasadas. Pues para nosotros las cosas que han pasado, son ciertas; las que son futuras, son inciertas. Sabemos que algo ha sucedido, y no puede ser que no haya sucedido lo que sucedió. Da al profeta a quien el futuro sea tan cierto como a ti el pasado: y como para ti lo que recuerdas que ha sido hecho, no puede ser que no haya sido hecho, así para él lo que sabe que será, no puede ser que no sea. Por eso, de la seguridad se dicen como pasadas, las que aún son futuras. Esto, pues, esperamos. Porque nos salvaste de los que nos afligían, y confundiste a los que nos odiaban.

9. [vers. 9.] En Dios seremos alabados todo el día. Vean cómo mezcla también palabras de tiempo futuro, para que entiendas que también las pasadas que se dijeron son predichas del futuro. En Dios seremos alabados todo el día: y en tu nombre confesaremos por los siglos. ¿Qué, seremos alabados? ¿Qué, confesaremos? Porque de todos los que nos afligían nos libraste, porque nos darás un reino perpetuo, porque se cumplirá en nosotros, Bienaventurados los que habitan en tu casa, Señor, por los siglos de los siglos te alabarán (Sal. LXXXIII, 5).

10. [vers. 10.] Dado que estas cosas futuras son ciertas para nosotros, y aquellas pasadas las hemos oído de nuestros padres, ¿qué ahora? Ahora, sin embargo, nos has rechazado y confundido. Nos has confundido, no en nuestra conciencia, sino ante la faz de los hombres. Hubo un tiempo en que los cristianos eran afligidos, cuando en todas partes huían, cuando en todas partes se decía: "Es cristiano", como si fuera motivo de burla y oprobio. ¿Dónde está entonces nuestro Dios, nuestro rey, que manda la salvación de Jacob? ¿Dónde está aquel que hizo todas las cosas que nuestros padres nos contaron? ¿Dónde está aquel que hará todas las cosas que nos reveló por su Espíritu? ¿Acaso ha cambiado? Pero estas cosas suceden para el

entendimiento de los hijos de Coré. Debemos entender algo, por qué quiso que sufriéramos todas estas cosas en el tiempo intermedio. ¿Cuáles cosas? Ahora, sin embargo, nos has rechazado y confundido: y no saldrás, Dios, con nuestras fuerzas. Salimos contra nuestros enemigos, y tú no sales con nosotros: los vemos, ellos prevalecen, y nosotros somos débiles. ¿Dónde está tu poder? ¿Dónde está tu mano derecha y tu potencia? ¿Dónde está el mar seco? ¿Dónde los egipcios perseguidos cubiertos por las olas (Éxodo XIV, 21, 27)? ¿Dónde Amalec resistiendo, vencido por la señal de la cruz (Éxodo XVII, 11)? Y no saldrás, Dios, con nuestras fuerzas.

11. [vers. 11.] Nos has hecho retroceder ante nuestros enemigos: como si ellos estuvieran delante, y nosotros detrás; ellos victoriosos, nosotros considerados vencidos. Y los que nos odian, se apoderaban de nosotros: ¿de qué, sino de nosotros?

12. [vers. 12.] Nos entregaste como ovejas para el matadero, y nos dispersaste entre las naciones: fuimos devorados por las naciones. Se significan aquellos que sufrieron de tal manera que se convirtieron en parte de los gentiles. La Iglesia los lamenta como miembros suyos devorados.

13. [vers. 13.] Vendiste a tu pueblo sin precio. Vimos a quienes entregaste, no vimos qué recibiste. Y no hubo multitud en sus júbilos. ¿Acaso cuando los cristianos huían de los enemigos idólatras que los perseguían, se formaban congregaciones y júbilos para Dios? ¿Acaso se cantaban himnos en las iglesias de Dios, que suelen cantarse en paz, resonando con dulce armonía en los oídos de Dios? Y no hubo multitud en sus júbilos.

14. [vers. 14, 15.] Nos pusiste en oprobio ante nuestros vecinos, en burla y escarnio de los que nos rodean. Nos pusiste como un proverbio entre las naciones. ¿Qué significa, como un proverbio? Cuando los hombres maldicen, dan un proverbio sobre aquel a quien detestan: "Así mueras, así seas castigado". ¿Cuántas veces se dijeron tales cosas entonces? "Así seas crucificado". Hoy no faltan los enemigos de Cristo, esos mismos judíos, contra quienes cuando defendemos a Cristo, nos dicen: "Así mueras como él". No habrían infligido esa muerte si no la hubieran temido enormemente; o qué misterio tendría, si pudieran entenderlo. El ciego cuando es ungido, no ve el colirio en la mano del médico. Pues la cruz misma fue hecha también para los que lo perseguían. De ahí fueron sanados después, y creyeron en aquel a quien mataron. Nos pusiste como un proverbio entre las naciones, como un movimiento de cabeza entre los pueblos: un movimiento de cabeza para insultar. Y hablaron con los labios, y movieron la cabeza (Salmo XXI, 8). Esto al Señor, esto también a todos sus santos, a quienes pudieron perseguir, capturar, burlarse, traicionar, afligir, matar.

15. [vers. 16, 17.] Todo el día mi vergüenza está ante mí, y la confusión de mi rostro me ha cubierto: por la voz del que reprocha y habla mal: esto es, por la voz de los que insultan y me acusan de crimen, porque te adoro, porque te confieso: y me acusan de crimen por ese nombre, por el cual todos mis crímenes serán borrados. Por la voz del que reprocha y habla mal, es decir, del que habla contra mí. Por la presencia del enemigo y del perseguidor. ¿Y cuál es este entendimiento? Lo que se dijo del pasado, no se hará en nosotros: lo que se espera del futuro, no aparece. Pasado: en tu gran gloria el pueblo fue sacado de Egipto, liberado de los perseguidores, conducido por las naciones, colocado en el reino tras expulsar a las naciones. ¿Qué futuro? El pueblo será sacado de este Egipto del mundo, con Cristo como guía apareciendo en su gloria; los santos serán puestos a la derecha, los inicuos a la izquierda, los inicuos serán condenados con el diablo en el castigo eterno; el reino será recibido de Cristo con los santos para siempre. Estos son los futuros, aquellos los pasados. ¿En medio qué? Tribulaciones. ¿Por qué? Para que se manifieste el alma que adora a Dios,

cuánto adora a Dios; para que se vea si lo adora gratuitamente a aquel de quien recibió la salvación gratuitamente. Pues si Dios te dijera, ¿Qué me diste para que te hiciera? Ciertamente si hecho me mereciste, no me merecías antes de que te hiciera. ¿Qué le diremos a él, que primero nos hizo gratuitamente, porque es bueno, no porque mereciéramos algo? Luego, sobre esa misma reparación, sobre el segundo nacimiento, ¿qué diremos? ¿Nuestros méritos hicieron que esa salvación perpetua nos fuera enviada por el Señor? De ninguna manera. Si nuestros méritos hicieran algo, habría venido para nuestra condenación. No vino él para la inspección de méritos, sino para la remisión de pecados. No existías, y fuiste hecho: ¿qué diste a Dios? Eras malo, y fuiste liberado: ¿qué diste a Dios? ¿Qué no recibiste de él gratuitamente? Con razón se llama gracia, porque se da gratuitamente. Se te exige, por tanto, que también tú lo adores gratuitamente: no porque da cosas temporales, sino porque ofrece cosas eternas.

16. Pero cuida de no pensar de otra manera sobre esas cosas eternas, y pensando en las cosas eternas carnalmente, no adores a Dios gratuitamente. ¿Qué? Si adoras a Dios porque te da una finca, ¿no lo adorarás porque te quita una finca? Pero tal vez dices: Lo adoraré porque me dará una villa, no obstante, no temporal. Aún llevas una mente corrupta: pues no lo adoras con amor casto, todavía buscas una recompensa. Quieres tener en el futuro siglo lo que aquí es necesario dejar: quieres cambiar el placer carnal, no amputarlo. No se alaba en aquel el ayuno, quien guarda su vientre para una cena lujuriosa. Pues a veces los hombres son invitados a una gran cena, y cuando quieren ir ávidamente, ayunan: ¿acaso este ayuno debe considerarse de continencia, y no más bien de lujuria? No esperes, por tanto, que Dios te dé cosas tales, como las que aquí manda despreciar. Esto esperaban los judíos, por eso se turbaban en aquella cuestión. Pues también ellos esperan la resurrección, pero esperan resucitar a tales placeres del cuerpo, como los que aquí aman. Por eso cuando se les proponía aquella cuestión por los saduceos, que no creen en la resurrección, sobre aquella mujer que se casó con siete hermanos sucesivos, de cuál de ellos será esposa en la resurrección, desfallecían, y no podían responder. Pero cuando se le propuso al Señor, porque se nos promete una resurrección tal, no en la que se repitan tales placeres, sino en la que se comparen gozos eternos de Dios mismo, respondió el Señor, y dijo: Erráis, no conociendo las Escrituras, ni el poder de Dios: en la resurrección ni se casarán, ni se darán en matrimonio: no comenzarán a morir. Es decir, no se buscará sucesor donde no habrá predecesor. ¿Y qué será? Pero serán, dijo, iguales a los ángeles de Dios (Mateo XXII, 29, 30, y Lucas XX, 35, 36). A menos que pienses que los ángeles se alegran con banquetes diarios, y con el vino con el que te embriagas, o tal vez piensas que los ángeles tienen esposas. Nada de eso hay entre los ángeles. ¿De qué se alegran los ángeles, sino de lo que el Señor dijo: No sabéis que sus ángeles siempre ven el rostro del Padre (Mateo XVIII, 10)? Si, por tanto, los ángeles se alegran ante el rostro del Padre, prepárate para tal gozo: o si encuentras algo mejor que ver el rostro de Dios. ¡Ay de tu amor, si siquiera sospechas algo más hermoso que aquel de quien procede toda belleza, que te retenga, para que no pienses en él! El Señor estaba en la carne, y aparecía como hombre a los hombres. ¿Cómo aparecía? Ya lo dije, como hombre a los hombres. ¿Qué grande aparecía? Carne a carne. ¿Qué grande aparecía, de quien se dijo: Lo vimos, y no tenía aspecto ni hermosura (Isaías LIII, 2)? ¿Quién no tenía aspecto ni hermosura? De quien también se dice: Hermoso en forma más que los hijos de los hombres (Salmo XLIV, 3). Como hombre, no tenía aspecto ni hermosura; pero hermoso en forma por lo que es más que los hijos de los hombres. Por eso mostrando aquella forma deformada de la carne a los ojos de los que miran, ¿qué dice? El que me ama, guarda mis mandamientos; y el que me ama, será amado por mi Padre, y yo lo amaré y me manifestaré a él (Juan XIV, 21). A quien veían, prometía mostrarse a ellos. Pero ¿qué es esto? Como si dijera, Veis la forma de siervo, está oculta la forma de Dios: con esta os atraigo, aquella os reservo; con esta os nutro

pequeños, con aquella os alimento grandes. Por tanto, para que esta nuestra fe con la que somos purificados, se prepare para las cosas invisibles, esto es, que en el entendimiento de los hijos de Coré se hicieron todas estas cosas, para que se les quitaran a los santos las cosas que tenían, y se les quitara también la misma vida temporal: para que no adoraran al eterno por estas mismas cosas temporales, sino que con amor casto de él soportaran todas estas cosas que por un tiempo padecieran.

17. [vers. 18, 19.] Finalmente, porque los hijos de Coré entendieron esto, ¿qué dicen? Todas estas cosas vinieron sobre nosotros, y no nos hemos olvidado de ti. ¿Qué es, y no nos hemos olvidado de ti? Y no hemos actuado inicualemente en tu pacto: y no se ha apartado nuestro corazón hacia atrás: y has desviado nuestros caminos de tu camino. He aquí el entendimiento, porque no se ha apartado nuestro corazón hacia atrás, porque no nos hemos olvidado de ti, porque no hemos actuado inicualemente en tu pacto, puestos en grandes tribulaciones y persecuciones de las naciones. Has desviado nuestros caminos de tu camino. Pues nuestros caminos estaban en los placeres del mundo; nuestros caminos estaban en las prosperidades de las cosas temporales: quitaste nuestros caminos de tu camino, y nos mostraste cuán estrecho y angosto es el camino que lleva a la vida. Y has desviado nuestros caminos de tu camino. ¿Qué es, has desviado nuestros caminos de tu camino? Como si nos dijera, Estáis puestos en tribulación, sufrís mucho, habéis perdido muchas cosas que amabais en este mundo: pero no os he dejado en el camino, que os enseñó que es angosto. Buscabais caminos anchos: ¿qué os digo? Por aquí se va a la vida eterna: por donde queréis andar, vais a la muerte. ¡Cuán ancho y espacioso es el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que andan por él! ¡Cuán estrecho y angosto es el camino que lleva a la vida, y pocos son los que andan por él (Mateo VII, 13, 14)! ¿Quiénes son pocos? Los que soportan tribulaciones, los que soportan tentaciones, los que en todas estas molestias no desfallecen; los que no se alegran por un momento con la palabra, y en tiempo de tribulación como al salir el sol se marchitan (Mateo XIII, 20, 21, 23), sino que tienen raíz de caridad, como hemos oído que ahora se ha leído en el Evangelio (Marcos IV, 16, 17, 20, y Lucas VIII, 13, 15). Raíz, digo, de caridad ten, para que cuando el sol se levante, no te queme, sino que te nutra. Todas estas cosas vinieron sobre nosotros, y no nos hemos olvidado de ti; y no hemos actuado inicualemente en tu pacto; y no se ha apartado nuestro corazón hacia atrás. Pero porque hacemos todas estas cosas entre tribulaciones, ya caminando por el camino angosto, has desviado nuestros caminos de tu camino.

18. [vers. 20.] Porque nos has humillado en el lugar de la debilidad. Por tanto, nos exaltarás en el lugar de la fortaleza. Y nos ha cubierto la sombra de la muerte. Pues esta mortalidad es la sombra de la muerte. La verdadera muerte es la condenación con el diablo.

19. [vers. 21.] Si nos hemos olvidado del nombre de nuestro Dios. Este es el entendimiento de los hijos de Coré. Y si extendimos nuestras manos a un dios extraño.

20. [vers. 22.] ¿No requerirá Dios estas cosas? Pues él conoce los secretos del corazón. Conoce, y requiere: si conoce los secretos del corazón, ¿qué hace allí? ¿No requerirá Dios estas cosas? Conoce en sí mismo, requiere por nosotros. Pues por eso Dios a veces requiere, y dice que le es conocido, lo que hace que te sea conocido. A veces decimos, Día alegre, cuando está sereno: ¿acaso el día se alegra? Pero decimos alegre, porque nos hace alegres. Y decimos, Cielo triste. No hay tal sentimiento en las nubes: pero porque los hombres viendo tal aspecto del cielo se entristecen, se dice triste, porque hace tristes. Así también se dice que Dios conoce, cuando hace que conozcan. Dios dice a Abraham: Ahora conozco que temes a Dios (Génesis XXII, 12). ¿No lo conocía antes? Pero el mismo Abraham no se conocía a sí mismo: pues en esa tentación se dio a conocer a sí mismo. A veces el hombre piensa que

puede lo que no puede, o piensa que no puede lo que puede; se le presenta una pregunta por disposición divina, y por la pregunta se da a conocer a sí mismo; y se dice que Dios conoció, lo que hizo que él conociera. ¿Acaso Pedro se conocía a sí mismo, cuando dijo al médico: Contigo estoy hasta la muerte (Mateo XXVI, 35)? El médico conocía, viendo la vena, lo que se movía dentro del enfermo; el enfermo no se conocía a sí mismo. Vino la fiebre de la tentación; y el médico probó su sentencia, el enfermo perdió su presunción. Así pues, Dios conoce, y requiere. Conoce. ¿Cómo requiere él? Por ti, para que te encuentres a ti mismo, y des gracias a quien te hizo. ¿No requerirá Dios estas cosas?

21. Pues él conoce los secretos del corazón. ¿Qué es, conoce los secretos? ¿Qué secretos? Porque por ti somos muertos todo el día, considerados como ovejas para el matadero. Pues puedes ver morir a un hombre; no sabes por qué muere: Dios lo sabe; la cosa está en secreto. Pero alguien me dice: He aquí que es detenido por el nombre de Cristo, confiesa el nombre de Cristo. ¿Por qué no también los herejes confiesan el nombre de Cristo, y sin embargo ya no mueren por él? En verdad, en la misma Iglesia, digo, católica, ¿pensáis que han faltado o pueden faltar aquellos que sufren por la gloria humana? Si faltaran tales hombres, no diría el Apóstol: Si entrego mi cuerpo para ser quemado, pero no tengo caridad, de nada me sirve (I Corintios XIII, 3). Sabía, pues, que podía haber algunos que lo hicieran por jactancia, no por amor. Por eso es oscuro; Dios lo ve, nosotros no podemos. Solo él puede juzgar, quien conoce los secretos del corazón. Porque por ti somos muertos todo el día, considerados como ovejas para el matadero. Ya dije, de aquí también el apóstol Pablo tomó testimonio para exhortar a los mártires, para que no desfallecieran en las tribulaciones sufridas por el nombre de Cristo.

22. [vers. 23.] Levántate, ¿por qué duermes, Señor? ¿A quién dice? ¿Y quién dice? ¿No se dirá más bien que duerme, y respira, quien dice tales cosas, Levántate, ¿por qué duermes, Señor? Te responde, Sé lo que digo: sé que no duerme quien guarda a Israel (Salmo CXX, 4): pero sin embargo los mártires claman, Levántate, ¿por qué duermes, Señor? ¡Oh Señor Jesús! fuiste muerto, dormiste en la pasión, ya has resucitado para nosotros. Pues sabemos que has resucitado para nosotros. ¿Por qué resucitaste? Las naciones que nos persiguen, te consideran muerto, no creen que has resucitado. Levántate, pues, también para ellos. ¿Por qué duermes, no para nosotros, sino para ellos? Pues si ya creyeran que has resucitado, ¿acaso podrían perseguir a los que creen en ti? Pero ¿por qué persiguen? Destruye, mata a no sé quiénes, que creyeron en no sé quién mal muerto. Aún duermes para ellos: levántate para que entiendan que has resucitado, y cesen. Finalmente, sucedió que mientras los mártires morían, y decían estas cosas, dormían, y despertaban a Cristo verdaderamente muerto con sus muertes; Cristo resucitó de algún modo en las naciones, es decir, fue creído que había resucitado: así poco a poco también ellos creyendo se convirtieron a Cristo, hicieron un gran número, que los perseguidores temieran, y cesaron las persecuciones. ¿De dónde? Porque Cristo resucitó en las naciones, que antes no creyendo en él, dormía para ellos. Levántate, y no nos rechaces hasta el fin.

23. [vers. 24.] ¿Por qué apartas tu rostro? como si no estuvieras presente, como si te hubieras olvidado de nosotros. Te olvidas de nuestra pobreza, y de nuestra tribulación.

24. [vers. 25.] Porque nuestra alma ha sido humillada en el polvo. ¿Dónde ha sido humillada? En el polvo, es decir, el polvo nos persigue. Nos persiguen aquellos de quienes dijiste: No así los impíos, no así; sino como el polvo que el viento arroja de la faz de la tierra (Salmo I, 4). Nuestra alma ha sido humillada en el polvo; nuestro vientre ha quedado pegado a la tierra. Me parece que ha expresado el castigo de una humillación extrema, en la que cuando alguien se postra, su vientre queda pegado a la tierra. Pues quien se humilla de tal manera que se

arrodilla, aún tiene a dónde humillarse: pero quien se humilla de tal manera que su vientre queda pegado a la tierra, ya no tiene a dónde humillarse más. Si quiere más, ya no será humillarse, sino ser sepultado. Esto, pues, tal vez haya dicho: Hemos sido humillados en exceso en este polvo, ya no tenemos a dónde humillarnos más: ya ha llegado al máximo la humillación, que venga también la misericordia.

25. ¿Acaso, hermanos, la Iglesia llora con esta voz a aquellos a quienes los perseguidores convencieron de la impiedad, para que aquellos que perseveraron digan: "Humillada está en el polvo nuestra alma"? Es decir, entre las manos de este polvo, entre las manos de los impíos y perseguidores, "Humillada está en el polvo nuestra alma", para que te invoquemos, para que des auxilio en la tribulación: "nuestro vientre se pegó a la tierra", es decir, nuestro vientre consintió en la impiedad de este polvo; esto es lo que significa "se pegó". Pues si cuando amas y ardes en caridad, correctamente dices a Dios: "Se ha pegado mi alma a ti" (Salmo 62, 9); y, "Para mí, estar unido a Dios es bueno" (Salmo 72, 28): entonces te unes a Dios cuando consientes en Dios: no sin razón se dice de este vientre que se pegó a la tierra, sino porque se significan aquellos que, no soportando la persecución, consintieron en los inicuos: así se pegaron a la tierra. Pero, ¿por qué se les llama vientre, sino porque son carnales? Para que la boca de la Iglesia esté en los santos, esté en los espirituales; el vientre de la Iglesia esté en los carnales. Así, la boca de la Iglesia sobresale; el vientre está oculto, como más blando e inferior. Esto lo significa en cierto lugar la Escritura, donde alguien dice que recibió un libro; "y el libro era dulce", dice, "en mi boca, y amargo en mi vientre" (Apoc. 10, 10). ¿Qué es esto, sino que los preceptos supremos que comprenden los espirituales, no los comprenden los carnales; y de lo que se alegran los espirituales, se entristecen los carnales? Este libro, hermanos, ¿qué contiene? Vende todo lo que tienes y dalo a los pobres. ¡Qué dulce en la boca de la Iglesia! Por todos los espirituales se ha hecho. Pero si a cualquier carnal le dices: Haz esto; más fácilmente se aleja de ti triste, como aquel rico del Señor (Mat. 19, 21-22), que hace lo que se le ha dicho. ¿Por qué se alejó triste, sino porque ese libro es dulce en la boca, y amargo en el vientre? Has dado no sé qué de oro y plata; se ha llegado a este punto, que si no pierdes, tal vez cometas algún pecado, tal vez inflijas una injuria a la Iglesia, te veas obligado a blasfemar: puesto así en estrecheces, o por la pérdida de dinero, o por la pérdida de justicia, se te dice: Pierde más bien el dinero, para que no pierdas la justicia: pero tú, a quien la justicia no es dulce en la boca, sino que aún eres débil en esos miembros, como los que la Iglesia considera en el vientre, entristecido eliges a veces perder algo de justicia, que una moneda de dinero; y te golpeas con una pérdida más grave, llenando tu bolsa, y vaciando tu corazón. Tal vez, pues, de ellos se dijo: "Se pegó a la tierra nuestro vientre".

26. [vers. 26.] "Levántate, Señor, ayúdanos". Y verdaderamente, carísimos, se levantó y ayudó. Pues cuando se levantó, es decir, cuando resucitó, y se dio a conocer a las naciones, cesando las persecuciones, también aquellos que se habían pegado a la tierra, fueron arrancados de la tierra, y haciendo penitencia, fueron devueltos al cuerpo de Cristo, aunque débiles, aunque imperfectos, para que se cumpliera en ellos: "Mi imperfección vieron tus ojos, y en tu libro todos serán escritos" (Salmo 138, 16). "Levántate, Señor, ayúdanos: y redímenos por tu nombre": esto es, gratuitamente; por tu nombre, no por mi mérito; porque tú te dignaste hacerlo, no porque yo sea digno de que lo hagas. Pues incluso esto mismo, que no te hemos olvidado, y no se ha apartado hacia atrás nuestro corazón, que no hemos extendido nuestras manos a un dios extraño, ¿de dónde podríamos, sino con tu ayuda? ¿De dónde podríamos, sino con tu exhortación interna y no abandonándonos? Por tanto, ya sea pacientes en las tribulaciones, ya sea gozosos en las prosperidades, redímenos; no por nuestro mérito, sino por tu nombre.

EN EL SALMO XLIV. COMENTARIO. SERMON.

1. [vers. 1.] Este salmo, así como lo hemos cantado con júbilo, os pido que lo consideréis con atención. Pues se canta sobre las santas bodas, sobre el esposo y la esposa, sobre el rey y el pueblo, sobre el Salvador y los que han de ser salvados. Quien viene a las bodas con vestidura nupcial, buscando la gloria del esposo, no la suya, no solo escucha con gusto, lo cual suele ser también de los que buscan espectáculos humanos, no de los que los realizan; sino que también lo manda al corazón, para que no esté vacío, sino que germine, brote, crezca, se perfeccione, se asuma. Pues es necesario que seamos, a quienes se canta esto, hijos de Coré, como tiene el título del Salmo. Pues estos eran ciertos hombres: sin embargo, toda inscripción de las Escrituras divinas insinúa algo a los entendidos, y no solo desea un oyente, sino también un conocedor. Pues preguntamos el significado de la palabra hebrea, qué es Coré: y, según tienen las interpretaciones de todas las palabras puestas en la Escritura, se nos informa que hijos de Coré se interpreta como hijos de Calvo. No toméis este nombre como burla, para que no seamos encontrados en un sentido pueril, como aquellos niños que leemos en el libro de los Reyes, insultando al santo profeta Eliseo, y clamando tras él: "Sube, calvo, sube, calvo". Pues tales niños, neciamente charlatanes, y maldiciendo para su propia perdición, fueron devorados por bestias que salieron del bosque (IV Reg. II, 23-24). Esto está escrito, y hemos recordado dónde está escrito: quienes lo recuerdan, que lo reconozcan; quienes no lo recuerdan, que lo lean; quienes no lo han leído, que lo crean. Lo que aquel hecho figuró para el futuro, no debe apoderarse de nosotros. Pues en aquellos niños se significaron hombres necios, teniendo un sentido de ignorancia; tales como el Apóstol no quiere que seamos, donde dice: "No seáis niños en la mente" (I Cor. XIV, 20). Y porque el Señor nos había invitado a la imitación de los niños, cuando puso a un pequeño ante él, y dijo: "Si no os hacéis como este niño, no entraréis en el reino de los cielos" (Mat. XVIII, 2-3); también el Apóstol, cauteloso, donde revoca de la mente infantil, llama de nuevo a la imitación infantil: "No os hagáis niños en la mente, sino sed niños en la malicia, para que seáis perfectos en la mente" (I Cor. XIV, 20). A quien le agrada imitar a un niño, que no le agrade la ignorancia, sino la inocencia. Pero aquellos, por ignorancia, insultaban al santo de Dios calvo, y clamaban tras él: "Calvo, calvo". Sucedió que fueron consumidos por bestias: y figuraron a hombres en la misma mente infantil, neciamente burlándose de un cierto calvo; porque en el lugar del Calvario fue crucificado. Por tanto, tales fueron poseídos como por bestias, esto es, por demonios, por el diablo y sus ángeles, que obra en los hijos de desobediencia. Tales niños eran, que ante el sagrado madero, movían la cabeza, y decían: "Si es el Hijo de Dios, descienda de la cruz" (Mat. XXVII, 33, 39-40). Nosotros somos hijos de este, porque somos hijos del esposo: y a nosotros se nos inscribe este salmo, cuyo título se dice, "A los hijos de Coré, por las cosas que se cambiarán".

2. ¿Qué he de exponer sobre qué significa "por las cosas que se cambiarán"? ¿Qué he de decir? Esto lo reconoce todo aquel que ha sido cambiado. Quien escucha esto, "Por las cosas que se cambiarán", vea qué era y qué es ahora. Y primero vea el mundo mismo cambiado; recientemente adorando ídolos, ahora adorando a Dios; recientemente sirviendo a lo que hizo, ahora a quien lo hizo. "Por las cosas que se cambiarán", ved cuándo se dijo. Ahora ya los paganos restantes temen lo cambiado: y quienes no quieren cambiarse, ven las iglesias llenas, los templos desiertos; aquí la celebración, allí la soledad. Se maravillan de lo cambiado, lean lo predicho: presten oído al que promete, crean al que exhibe. Pero también cada uno de nosotros, hermanos, se cambia del hombre viejo al nuevo; del infiel se hace fiel, del ladrón generoso, casto del adúltero, benéfico del malvado. Por tanto, cántese para nosotros, "Por las cosas que se cambiarán": y así comience a describirse, por quien fueron cambiadas.

3. Pues sigue: "Por las cosas que se cambiarán, a los hijos de Coré, en entendimiento, Cántico por el amado". Pues aquel amado fue visto por sus perseguidores, pero no en entendimiento. Pues si lo hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de la gloria (I Cor. II, 8). A este entendimiento otros ojos buscaba él, cuando decía: "Quien me ve, ve también al Padre" (Juan XIV, 9). Que el Salmo ya lo proclame: regocijémonos en las bodas, y seamos con aquellos que se hacen bodas, que son invitados a las bodas; y los mismos invitados son la esposa. Pues la esposa es la Iglesia, el esposo es Cristo. Suelen decirse por los escolares ciertos cantos a los que se casan y se desposan, que se llaman epitalamios; todo lo que allí se canta, se canta en honor del esposo y la esposa: ¿acaso también en estas bodas, a las que somos invitados, no hay tálamo? ¿Y de dónde dice otro salmo: "En el sol puso su tabernáculo, y él como esposo que sale de su tálamo" (Salmo XVIII, 6)? La unión nupcial, Verbo y carne: el tálamo de esta unión, el útero de la virgen. Pues la misma carne está unida al Verbo: de donde también se dice, "Ya no son dos, sino una sola carne" (Mat. XIX, 6, y Efes. V, 32). La Iglesia fue asumida del género humano, para que la cabeza de la Iglesia fuera la misma carne unida al Verbo, y los demás creyentes fueran miembros de esa cabeza. Pues quieres ver quién vino a las bodas? "En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios" (Juan I, 1). Alégrese la esposa amada por Dios. ¿Cuándo amada? Mientras aún era fea. Pues todos pecaron, dice el Apóstol, y carecen de la gloria de Dios (Rom. III, 23). Y de nuevo: "Pues Cristo murió por los impíos" (Id. V, 6). Fue amada fea, para que no permaneciera fea. Pues no fue verdaderamente fea amada, porque no se amó la fealdad: pues si esto amara, esto conservaría: destruyó la fealdad, formó la belleza. ¿A qué vino, y qué hizo? Que venga ya él en las palabras proféticas; he aquí que el mismo esposo se nos presente: amémoslo; o si encontramos en él algo feo, no lo amemos. He aquí que él encontró muchas cosas feas, y nos amó: si encontramos algo feo en él, no lo amemos. Pues incluso esto mismo que se revistió de carne, para que de él también se dijera: "Lo vimos, y no tenía aspecto ni hermosura" (Isaías LIII, 2); si consideras la misericordia con la que fue hecho, y allí es hermoso. Pero el profeta llevaba la persona de los judíos, cuando decía: "Lo vimos, y no tenía aspecto ni hermosura". ¿Por qué? Porque no en entendimiento. Pero para los que entienden, "y el Verbo se hizo carne" (Juan I, 14), es una gran belleza. "Pero a mí, lejos esté gloriarme", dijo uno de los amigos del esposo, "sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo" (Gál. VI, 14). No basta con no avergonzarse de ello, sino también gloriarse. ¿Por qué, pues, no tenía aspecto ni hermosura? Porque Cristo crucificado, para los judíos escándalo, para los gentiles necedad. ¿Por qué, pues, también en la cruz tenía hermosura? Porque lo que es necio de Dios, es más sabio que los hombres; y lo que es débil de Dios, es más fuerte que los hombres (I Cor. I, 23, 25). Para nosotros, ya creyentes, en todas partes el esposo hermoso se nos presente. Hermoso Dios, Verbo con Dios: hermoso en el vientre de la virgen, donde no perdió la divinidad, y asumió la humanidad: hermoso nacido infante Verbo; porque incluso siendo infante, cuando mamaba, cuando era llevado en brazos, los cielos hablaron, los ángeles cantaron alabanzas, la estrella guió a los magos, fue adorado en el pesebre, alimento de los mansos (Luc. II, 8-14, y Mat. II, 1). Hermoso, pues, en el cielo, hermoso en la tierra; hermoso en el vientre, hermoso en las manos de los padres; hermoso en los milagros, hermoso en los azotes; hermoso invitando a la vida, hermoso no cuidando la muerte; hermoso entregando el alma, hermoso recibéndola; hermoso en el madero, hermoso en el sepulcro, hermoso en el cielo. En entendimiento escuchad el Cántico, y no apartéis vuestros ojos del esplendor de su belleza por la debilidad de la carne. La suma y verdadera belleza es la justicia: allí no lo verás hermoso, donde encuentres injusto: si en todas partes justo, en todas partes hermoso. Que venga, pues, a nosotros para ser contemplado con los ojos de la mente, descrito por un cierto profeta su alabador: he aquí que comienza.

4. [vers. 2.] "Ha brotado de mi corazón una palabra buena". ¿Quién dice esto, el Padre o el Profeta? Pues algunos entendieron que es la persona del Padre quien dice: "Ha brotado de mi corazón una palabra buena", recomendándonos un cierto nacimiento inefable. No sea que pienses que algo fue asumido, de donde Dios generara al Hijo; así como el hombre asume algo para engendrar hijos, es decir, el matrimonio, sin el cual el hombre no puede procrear descendencia: para que no pienses que Dios necesitó de algún matrimonio para engendrar al Hijo, "Ha brotado", dice, "de mi corazón una palabra buena". Hoy tu corazón, oh hombre, genera un consejo, y no busca esposa: por el consejo nacido de tu corazón edificas algo; y esa obra, antes de que esté en el trabajo, está en el consejo; y ya está lo que vas a hacer, en aquello por lo que lo vas a hacer: y alabas la obra aún no existente, aún no en la forma del edificio, sino en la proyección del consejo; ni otro alaba tu consejo, a menos que lo hayas indicado, o haya visto lo que hiciste. Por tanto, si por el Verbo todo, y el Verbo de Dios; contempla la obra hecha por el Verbo, y de este edificio admira el consejo. ¿Qué Verbo es por el cual se hizo el cielo y la tierra, y todo el ornato del cielo, toda la fecundidad de la tierra, la extensión del mar, la distensión del aire, el fulgor de los astros, la claridad del sol y la luna? Estas cosas se ven: trasciende también estas; piensa en los ángeles, Principados, Tronos, Dominaciones, Potestades: todo por él fue hecho. ¿De dónde, pues, fueron hechas estas cosas buenas? Porque fue brotada por lo que fueron hechas, una "Palabra buena". Por tanto, una Palabra buena: y a esa Palabra se le dijo, "Maestro bueno". Y esa misma Palabra respondió, "¿Por qué me preguntas sobre lo bueno? Nadie es bueno, sino solo Dios" (Mat. XIX, 17, y Marc. X, 18). Se dijo, "Maestro bueno"; y dice, "¿Por qué me preguntas sobre lo bueno? Añadió también, "Nadie es bueno, sino solo Dios". ¿Cómo, pues, también él es bueno, sino porque es Dios? No solo Dios, sino con el Padre un solo Dios. Pues al decir, "Nadie es bueno, sino solo Dios", no se separó, sino que se unió. "Ha brotado de mi corazón una palabra buena". ¿Dirá esto Dios Padre de su Verbo bueno y benéfico para nosotros, por el cual solo podemos ser buenos?

5. Sigue, "Yo digo mis obras al rey". ¿Aún habla el Padre? Si aún habla el Padre, busquemos también esto cómo entenderlo según la verdadera y católica fe, "Yo digo mis obras al rey". Pues si el Padre dice sus obras a su Hijo, nuestro rey; ¿qué obras dirá el Padre al Hijo, cuando todas las obras del Padre fueron hechas por el Hijo? ¿O acaso, "Yo digo mis obras al rey", significa la misma generación del Hijo? Temo que esto a veces no pueda ser entendido por los más lentos: sin embargo, lo diré; que lo siga quien pueda, para que no dicho no lo siga también quien pueda. Leemos en otro salmo dicho: "Una vez habló Dios" (Salmo LXI, 12). Tantas veces habló por los Profetas, tantas veces por los Apóstoles, hoy también habla por sus santos, y dice: "Una vez habló Dios". ¿De dónde habló una vez, sino por la Palabra única? Como también "Ha brotado de mi corazón una palabra buena", entendimos allí la generación del Hijo; parece que se hizo una repetición en la sentencia siguiente, para que lo que se dijo, "Ha brotado de mi corazón una palabra buena", se repitiera en lo que dice, "Yo digo". ¿Qué es, pues, "Yo digo"? Profero una palabra. ¿Y de dónde profiere Dios una palabra, sino de su corazón, de su interior? Tú no dices sino lo que profieres de tu corazón; tu palabra que suena y pasa, de otro lugar no se profiere: ¿y te maravillas de que así diga Dios? Pero decir de Dios es eterno. Tú dices algo ahora, porque callabas poco antes: o he aquí que ahora aún no profieres palabra; pero cuando comienzas a proferir, rompes el silencio de algún modo, y generas una palabra que antes no era. No así Dios engendró al Verbo: el decir de Dios es sin principio y sin fin; y sin embargo, una Palabra dice. Diga otra, si lo que dijo pasó. Pero cuando tanto el que dice permanece, como lo que se dice permanece; y una vez se dice y no se termina; y esa una vez se dice sin principio, ni dos veces se dice, porque no pasa lo que una vez se dice. Esto es, pues, "Ha brotado de mi corazón una palabra buena", lo que es, "Yo digo mis obras al rey". ¿Por qué, pues, "Mis obras digo"? Porque en ese Verbo están todas las

obras de Dios. Pues lo que Dios iba a hacer en la creación, ya estaba en el Verbo; ni estaría en las cosas, si no estuviera en el Verbo: como también en ti no estaría en la obra, si no estuviera en el consejo. Como en el Evangelio se dice: "Lo que fue hecho en él era vida" (Juan I, 3-4). Por tanto, era lo que fue hecho, pero en el Verbo era: y todas las obras de Dios allí estaban, y las obras aún no eran: pero el Verbo era, y este Verbo era Dios, y estaba con Dios, y era el Hijo de Dios, y con el Padre era un solo Dios. "Yo digo mis obras al rey". Que escuche al que dice, quien entiende el Verbo; y vea con el Padre el Verbo eterno, en el cual están también las cosas que han de ser, en el cual no han pasado las que pasaron. Estas obras de Dios en el Verbo, como en el Verbo, como en el Unigénito, como en el Verbo de Dios.

6. ¿Qué sigue entonces? Mi lengua es el cálamo de un escriba, que escribe rápidamente. ¿Qué tiene de similar, hermanos míos, la lengua de Dios con el cálamo de un escriba? ¿Qué tiene de similar la roca con Cristo (I Cor. X, 4)? ¿Qué tiene de similar el cordero con el Salvador (Juan I, 29)? ¿Qué tiene de similar el león con la fortaleza del Unigénito (Apoc. V, 5)? Sin embargo, estas cosas han sido dichas: y si no se dijeran, de ninguna manera seríamos instruidos a través de estas cosas visibles hacia lo invisible. Así pues, no comparemos la humilde similitud de este cálamo con aquella excelencia, ni tampoco la rechacemos. Pregunto, ¿por qué llamó a su lengua el cálamo de un escriba que escribe rápidamente? Pero por más rápido que escriba el escriba, no se compara con aquella velocidad de la que otro salmo dice: Su palabra corre velozmente (Sal. CXLVII, 15). Pero me parece, en la medida en que se atreve la inteligencia humana, que esto puede ser entendido como dicho desde la persona del Padre: Mi lengua es el cálamo de un escriba. Porque lo que se dice con la lengua, suena y pasa; lo que se escribe, permanece: por lo tanto, cuando Dios dice la Palabra, y la Palabra que se dice no suena y pasa, sino que se dice y permanece; Dios prefirió compararlo con escritos que con sonidos. Pero lo que añadió, escribiendo rápidamente, impulsó la mente hacia la comprensión: pero no permanezca perezosa, mirando a los escribas antiguos, o mirando a cualquier tipo de notarios rápidos; si se fija en esto, se quedará allí. Piense en rápidamente, rápidamente; y vea por qué se dijo, rápidamente. La rapidez de Dios es tal que nada es más rápido. En las Escrituras se escribe letra tras letra, sílaba tras sílaba, palabra tras palabra; y no se pasa a la segunda sin haber escrito la primera. Pero allí nada es más rápido, donde no hay muchas palabras, y sin embargo nada se omite, ya que en uno están todas las cosas.

7. [vers. 3.] He aquí ya la Palabra así pronunciada, eterna, coeterna desde la eternidad, vendrá el esposo. Hermoso en forma más que los hijos de los hombres. Más que los hijos de los hombres: ¿por qué no también más que los ángeles? ¿Qué quiso decir, Más que los hijos de los hombres, sino porque es hombre? Para que no pienses que Cristo hombre es cualquier hombre, dice, Hermoso en forma más que los hijos de los hombres. También hombre más que los hijos de los hombres; también entre los hijos de los hombres, más que los hijos de los hombres; también de los hijos de los hombres, más que los hijos de los hombres. La gracia se ha derramado en tus labios. La ley fue dada por Moisés; la gracia y la verdad vinieron por Jesucristo (Juan I, 17). La gracia se ha derramado en tus labios. Con razón se me ha ayudado, porque me deleito en la ley de Dios según el hombre interior. Pero otra ley en mis miembros lucha contra la ley de mi mente, y me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros. ¡Miserable de mí! ¿Quién me librerá de este cuerpo de muerte? La gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor (Rom. VII, 22-25). Por tanto, la gracia se ha derramado en tus labios. Vino a nosotros con la palabra de gracia, con el beso de gracia. ¿Qué es más dulce que esta gracia? ¿A qué se refiere esta gracia? Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades son perdonadas, y cuyos pecados son cubiertos (Sal. XXXI, 1). Si viniera un juez severo, y no trajera esta gracia derramada en sus labios, ¿quién esperaría algo de salvación? ¿Quién no

temería para sí mismo lo que se debía al pecador? Él, viniendo con gracia, no exigió lo que se debía, pagó lo que no debía. ¿Acaso el pecador no debía la muerte? ¿O acaso a ti, pecador, se te debía algo más que castigo? Perdona tus deudas, y paga lo que no debía. Gran gracia. ¿Por qué gracia? Porque es gratuita. Por eso puedes dar gracias, pero no puedes devolver; no puedes. Aquel buscaba qué devolver, y dijo: ¿Qué devolveré al Señor por todos sus beneficios para conmigo? Y encontró algo: Tomaré el cáliz de la salvación, e invocaré el nombre del Señor (Sal. CXV, 12, 13). ¿Esto le devuelves, porque tomas el cáliz de la salvación, e invocas el nombre del Señor? ¿Quién te dio el mismo cáliz de salvación? Quedó en la acción de gracias, pues en la devolución falló. Encuentra qué dar a Dios, que no hayas recibido de Él; y habrás devuelto la gracia. Pero ten cuidado de que, mientras buscas qué devolverle, que no hayas recibido de Él, encuentres, pero tu pecado. Esto ciertamente no lo recibiste de Él, pero tampoco debes dárselo. Esto dieron los judíos, devolvieron mal por bien; recibieron de Él lluvia, y no dieron fruto, sino espinas de dolores. Por tanto, cualquier bien que quieras dar a Dios en ti, no encuentras que lo hayas recibido sino de Dios. Esa es la gracia de Dios derramada en los labios. Te hizo, te hizo gratuitamente. No había a quién beneficiar antes de que te hiciera. Te perdiste, te buscó; y encontrado, te llamó de nuevo. No imputó lo pasado, prometió lo futuro. Verdaderamente la gracia se ha derramado en tus labios.

8. Por eso, dice, te ha bendecido Dios para siempre. Se hace difícil entender que esto aún pueda ser dicho por Dios Padre, Por eso te ha bendecido Dios para siempre. Parece más adecuado entender esto desde la persona del Profeta. Y los cambios repentinos de personas, y completamente inesperados, se encuentran en los santos libros de las Escrituras; y si alguien presta atención, las páginas divinas están llenas de ellos. Señor, libra mi alma de labios inícuos y de lengua engañosa; y de inmediato, ¿Qué se te dará, o qué se te añadirá contra la lengua engañosa? Allí había una persona, aquí otra: allí del que pide, aquí del que ayuda. Flechas agudas de poderoso, con carbones devastadores. Es otra persona, ¿Qué se te dará, o qué se te añadirá; y en lo que sigue es otra, ¡Ay de mí! porque mi morada se ha hecho lejana (Sal. CXIX, 2-5). En pocos versículos, un cambio tan frecuente de personas advierte al entendimiento: no expresa el lugar donde se cambia; no se dice, Esto lo dijo el hombre, esto lo dijo Dios; sino que de las mismas palabras se nos hace entender qué pertenece al hombre, qué a Dios. Pero el hombre decía, Mi corazón ha proferido una palabra buena, yo digo mis obras al rey. El hombre decía, él decía quien escribió el Salmo; pero lo decía desde la persona de Dios: comienza a decir también desde la suya, Por eso te ha bendecido Dios para siempre. Pues Dios había dicho, La gracia se ha derramado en tus labios, a aquel que había hecho hermoso más que los hijos de los hombres, también al hombre que Dios había manifestado antes de todas las cosas, eterno coeterno. Por tanto, el Profeta se llenó de un gozo inefable, y atendiendo a lo que Dios Padre había revelado sobre su Hijo hombre, quien pudo decir estas cosas también desde la persona de Dios, Por eso, dice, te ha bendecido Dios para siempre. ¿Por qué? Por la gracia. ¿A qué se refiere esa gracia? Al reino de los cielos. Pues el Primer Testamento prometía la tierra: y otra fue la recompensa o promesa para los que estaban bajo la Ley, otra para los que están bajo la Gracia: la tierra de los cananeos para los judíos bajo la Ley, el reino de los cielos para los cristianos bajo la Gracia. Así que lo que pertenecía a aquellos que estaban bajo la Ley, el reino, esa tierra pasó: el reino de los cielos que pertenece a los que están bajo la Gracia, no pasa. Por eso aquí, te ha bendecido Dios, no por un tiempo, sino para siempre.

9. No faltaron quienes prefirieron entender todas las palabras anteriores también desde la persona del Profeta: y que lo que se dijo, Mi corazón ha proferido una palabra buena, quisieran entenderlo desde el Profeta, como diciendo un himno. (Cualquiera que dice un

himno a Dios, su corazón profiere una palabra buena: así como quien blasfema contra Dios, su corazón profiere una palabra mala.) Para que también lo que se añadió, Yo digo mis obras al rey, quisiera significar que la obra suprema del hombre no es otra que alabar a Dios. A él le corresponde agradarte con su belleza, a ti te corresponde alabarlo en acción de gracias. Si tus obras no son alabanza de Dios, comienzas a amarte a ti mismo; y pertenecerás a aquellos de los que dice el Apóstol: Porque habrá hombres amadores de sí mismos (II Tim. III, 2). Desagrádate a ti mismo, agrádezcate a quien te hizo; porque en lo que te desagradas es en lo que tú mismo hiciste en ti. Por tanto, que tu obra sea la alabanza de Dios, que tu corazón profiera una palabra buena. Di entonces tus obras al rey: porque para que dijeras, el rey lo hizo, y él mismo te dio lo que ofrecieras. Devuélvele de lo suyo, no quieras tomar parte de tu patrimonio e ir lejos y perderlo prodigiosamente en meretrices, y alimentar cerdos. Recordad esto del Evangelio. Pero también se dijo de nosotros: Estaba muerto, y revivió; se había perdido, y fue hallado (Luc. XV, 32).

10. Mi lengua es el cálamo de un escriba, que escribe rápidamente. No faltaron quienes entendieran que el Profeta dijo estas cosas que escribiría, y por eso comparó su lengua con el cálamo de un escriba. Pero quiso decir escribiendo rápidamente, para significar que escribía cosas que vendrían rápidamente, para que escribir rápidamente se entendiera como escribir cosas rápidas, es decir, escribir cosas que no tardarían. Pues Dios no tardó en manifestar a Cristo. ¡Qué rápido se siente lo que se reconoce como cumplido! Recuerda las generaciones antes de ti, encontrarás a Adán como hecho ayer. Así leemos todos los hechos desde el principio: por tanto, fueron hechos rápidamente. También será rápido el día del juicio; anticipa su rapidez: vendrá rápidamente, cambia más rápido. Estará presente el rostro del juez, pero mira lo que dice el Profeta: Anticipemos su rostro con confesión (Sal. XCIV, 2). La gracia se ha derramado en tus labios, por eso te ha bendecido Dios para siempre.

11. [vers. 4.] Ciñe tu espada alrededor de tu muslo, poderoso. Tu espada, ¿qué, sino tu palabra? Con esa espada derribó a los enemigos, con esa espada dividió al hijo del padre, a la hija de la madre, a la nuera de la suegra. Leemos esto en el Evangelio: No he venido a traer paz, sino espada. Y estarán en una casa cinco divididos contra sí, dos contra tres, y tres contra dos estarán divididos: es decir, el hijo contra el padre, la hija contra la madre, la nuera contra su suegra (Mat. X, 34, 35, y Luc. XII, 51-53). ¿Con qué espada se hizo esta división, sino con la que Cristo trajo? Y de verdad, hermanos, también vemos esto en ejemplos cotidianos. A un joven le agrada servir a Dios, al padre le desagrada; están divididos entre sí: él promete herencia terrenal, él ama la celestial; uno promete una cosa, el otro elige otra. Que el padre no piense que se le ha hecho una injuria; solo Dios se le prefiere: y sin embargo, litiga con el hijo que quiere servir a Dios. Pero es más fuerte esa espada espiritual que separa, que la naturaleza carnal que une. Esto sucede también con la hija contra la madre, mucho más con la nuera contra la suegra. Pues a veces en una casa se encuentran nuera y suegra, una herética y otra católica. Y donde se recibe fuertemente esta espada, no tememos la rebautización. Pudo dividirse la hija contra su madre, y no puede la nuera contra su suegra.

12. Esto también sucedió en general en el género humano, el hijo se dividió contra el padre. Fuimos alguna vez hijos del diablo. Aún a los infieles se les dijo: Vosotros sois de vuestro padre el diablo (Juan VIII, 44). Y toda nuestra infidelidad, ¿de dónde, sino del padre diablo? No él creando padre, sino nosotros imitándolo hijos. Ahora veis al hijo dividido contra el padre. Vino aquella espada; renuncia al diablo: encuentra otro padre, encuentra otra madre. Aquel que se ofrecía a la imitación, engendraba para la perdición: los dos padres que encontramos, engendran para la vida eterna. El hijo se dividió contra el padre. La hija se dividió contra su madre: aquel pueblo que de los judíos creyó, se dividió contra la Sinagoga. También la nuera se dividió contra su suegra: el pueblo que vino de los gentiles, se llama

nuera; porque el esposo Cristo es hijo de la Sinagoga. ¿De dónde nació el Hijo de Dios según la carne? De aquella Sinagoga. Aquel que dejó al padre y a la madre, y se unió a su esposa, para que fueran dos en una sola carne (Gen. II, 24): no es nuestra conjetura, sino el testimonio del Apóstol, diciendo: Este misterio es grande, pero yo digo en Cristo y en la Iglesia (Efe. V, 32). Dejó al padre de alguna manera: no lo dejó completamente como para separarse, sino para asumir la carne humana. ¿Cómo lo dejó? Porque siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo (Filip. II, 6). ¿Cómo dejó también a la madre? Al pueblo judío, aquella Sinagoga aferrada a los antiguos sacramentos. A esa figura pertenece lo que dice, ¿Quién es mi madre, o quiénes son mis hermanos? (Mat. XII, 48). Pues él conducía dentro, ellos estaban fuera. Ved si no son así ahora los judíos. Cristo enseña en la Iglesia, ellos están fuera. Por tanto, ¿qué es la suegra? La madre del esposo. La madre del esposo de nuestro Señor Jesucristo, es la Sinagoga. Por tanto, la nuera es la Iglesia, que viniendo de los gentiles no consintió en la circuncisión carnal, se dividió contra su suegra. Ciñe tu espada. Hablábamos de la potencia de esta espada cuando decíamos estas cosas.

13. Ciñe tu espada, tu palabra: alrededor del muslo, poderoso, teniendo la espada alrededor del muslo. ¿Qué es, alrededor del muslo? ¿Qué significa del muslo? La carne. De donde aquello es: No faltará príncipe de Judá, y jefe de sus muslos (Gen. XLIX, 10). ¿No fue también Abraham, a quien se le prometió la descendencia en la que serían bendecidas todas las naciones, cuando envió a su siervo a buscar y traer esposa para su hijo, de donde vendría aquella descendencia santa en la que serían bendecidas todas las naciones; teniendo fe en aquella humildad de la descendencia estar la grandeza del nombre, es decir, el Hijo de Dios que vendría de los hijos de los hombres por la descendencia de Abraham, hizo que su siervo, a quien enviaba, le jurara así? Pon, dijo, tu mano bajo mi muslo, y así jura (Gen. XII, 3, y XXIV, 2, 3, y XXVI, 4). Como si dijera, Pon tu mano en el altar, o en el Evangelio, o en el Profeta, o en algo santo. Bajo mi muslo, dijo, pon tu mano: teniendo confianza, sin reverenciar la torpeza, sino entendiendo la verdad. Por eso, Ciñe tu espada alrededor del muslo, poderoso. Poderoso incluso alrededor del muslo: porque lo que es débil de Dios, es más fuerte que los hombres (I Cor. I, 25). Poderoso.

14. [vers. 5.] Con tu belleza y tu hermosura. Toma la justicia, con la que siempre eres hermoso y bello. Y atiende, y prospera, y reina. ¿Acaso no lo vemos? Ciertamente ya se ha hecho. Observad el mundo; atiende, prospera, y reina; todas las naciones están sometidas. ¿Qué era ver eso en espíritu? Lo que ahora es experimentar en verdad. Cuando se decían estas cosas, Cristo aún no reinaba así, aún no había atendido, aún no había prosperado: se predicaban; se han manifestado, ya las tenemos: en muchas cosas tenemos a Dios como pagador, en pocas como deudor. Atiende, y prospera, y reina.

15. Por la verdad, y la mansedumbre, y la justicia. La verdad fue manifestada, cuando la verdad brotó de la tierra, y la justicia miró desde el cielo (Sal. LXXXIV, 12). Cristo fue presentado a la expectativa del género humano, para que en la descendencia de Abraham fueran bendecidas todas las naciones. Se predicó el Evangelio; es la verdad. ¿Qué mansedumbre? Los mártires sufrieron, y de allí mucho prosperó, y promovió por todas las naciones el reino de Dios: porque los mártires sufrían, y no desfallecían, ni resistían; diciendo todo, no ocultando nada; preparados para todo, no rechazando nada. ¡Gran mansedumbre! El cuerpo de Cristo hizo esto, lo aprendió en su cabeza. Él primero fue llevado como oveja al matadero, y como cordero ante el que lo trasquila no abrió su boca (Is. LIII, 7): tan manso, que colgando en la cruz decía, Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen (Luc. XXIII, 34). ¿Qué por la justicia? También vendrá, para juzgar, y retribuir a cada uno según sus obras (Rom. II, 6). Dijo la verdad, soportó la iniquidad, traerá la equidad. Y te guiará

maravillosamente tu diestra. Nosotros su diestra, él su diestra. Pues él es Dios, nosotros hombres. Fue guiado por su diestra, es decir, por su poder. Pues el poder que tiene el Padre, lo tiene también él, y la inmortalidad del Padre la tiene también él; la divinidad del Padre la tiene, la eternidad del Padre la tiene, la virtud del Padre la tiene. Lo guiará maravillosamente su diestra, haciendo cosas divinas, sufriendo cosas humanas, derribando las maldades de los hombres con su bondad. Aún es guiado y donde aún no está, y su diestra lo guía. Pues lo que lo guía, es lo que él mismo ha dado a sus santos. Lo guiará maravillosamente su diestra.

16. [vers. 6.] Tus flechas son agudas, poderosísimas: palabras que atraviesan el corazón, que despiertan el amor. De ahí se dice en el Cantar de los Cantares: Porque estoy herida de amor (Cant. II, 5, y V, 8). Ella dice que está herida de amor, es decir, dice que ama, que arde, que suspira por el esposo, de donde recibió la flecha de la palabra. Tus flechas son agudas, poderosísimas: y penetrantes, y efectivas: agudas, poderosísimas. Los pueblos caerán bajo ti. ¿Quiénes cayeron? Los que fueron heridos y cayeron. Vemos a los pueblos sometidos a Cristo, no los vemos caer. Explica dónde caen: en el corazón. Allí se levantaban contra Cristo, allí caen ante Cristo. Saulo blasfemaba contra Cristo, estaba erguido: suplica a Cristo, cayó, fue postrado: el enemigo de Cristo fue muerto, para que viva el discípulo de Cristo. Desde el cielo fue enviada la flecha, Saulo fue herido en el corazón, aún no era Pablo, todavía era Saulo, aún erguido, no postrado: recibió la flecha, cayó en el corazón. No porque fue postrado en el rostro, allí cayó en el corazón; sino donde dice: Señor, ¿qué quieres que haga? (Hech. IX, 6). Ibas a atar a los cristianos y llevarlos al castigo; y ahora dices a Cristo: ¿Qué quieres que haga? ¡Oh flecha aguda, poderosísima, que al ser recibida hizo caer a Saulo para que fuera Pablo! Así como él, también los pueblos: naciones, mirad, ved sometidas a Cristo. Por tanto, Los pueblos caerán bajo ti, en el corazón de los enemigos del rey: esto es, en el corazón de tus enemigos. A él lo llama rey, a él lo reconoce como rey. Los pueblos caerán bajo ti, en el corazón de los enemigos del rey. Eran enemigos: recibieron tus flechas, cayeron ante ti. De enemigos se hicieron amigos: los enemigos murieron, los amigos viven. Esto es, Por las cosas que se cambiarán. Buscamos entender cada palabra, cada verso: pero buscamos de tal manera que nadie dude que se dice de Cristo. Los pueblos caerán bajo ti, en el corazón de los enemigos del rey.

17. [vers. 7.] Tu trono, Dios, es por los siglos de los siglos. Porque Dios te ha bendecido eternamente, por la gracia derramada en tus labios. Pero el trono del reino judío era temporal, pertenecía a aquellos que estaban bajo la Ley, no a aquellos que estaban bajo la Gracia: él vino para liberar a los que estaban bajo la Ley, y establecerlos bajo la Gracia. Su trono es por los siglos de los siglos. ¿Por qué? Porque aquel primer trono del reino era temporal. ¿De dónde ahora el trono por los siglos de los siglos? Porque es de Dios. Tu trono, Dios, es por los siglos de los siglos. ¡Oh divinidad de la eternidad! Porque Dios no podría tener un trono temporal. Tu trono, Dios, es por los siglos de los siglos. Vara de rectitud, vara de tu reino. La vara de rectitud es la que dirige a los hombres. Eran torcidos, distorsionados: deseaban reinar por sí mismos, se amaban a sí mismos, amaban sus malas acciones; no sometían su voluntad a Dios, sino que querían doblar la voluntad de Dios a sus concupiscencias. Pues el pecador y el injusto a menudo se enojan con Dios, porque no llueve; y no quieren que Dios se enoje con ellos, porque fluye. Y casi todos los días los hombres se sientan para discutir contra Dios: Esto debió hacer, esto no lo hizo bien. ¿Acaso tú ves lo que haces, y él no sabe? Tú estás torcido, él es recto. ¿Cuándo unirás lo torcido a lo recto? No puede alinearse. Como si pusieras una madera curva en un suelo plano; no se une, no se adhiere, no se ajusta al suelo: el suelo es plano por todas partes; pero aquello es curvo, no se ajusta a lo plano. Por tanto, la voluntad de Dios es igual, la tuya es curva: por eso te parece curva, porque no puedes ajustarte a ella: dirígete hacia ella, no quieras doblarla hacia ti; porque no puedes, en vano lo

intentas: ella siempre está recta. ¿Quieres adherirte a ella? Corrígete. Será la vara de aquel que te gobierna, vara de rectitud. De ahí que el rey se llama así por gobernar. Pero no gobierna quien no corrige. Para esto es nuestro rey, rey de los rectos. Así como el sacerdote nos santifica, así el rey nos gobierna. Pero ¿qué dice en otro lugar? Con el santo serás santo, y con el hombre inocente serás inocente, y con el elegido serás elegido, y con el perverso serás perverso (Sal. XVII, 26, 27): no porque Dios sea perverso, sino porque los perversos lo consideran perverso. Te agrada el bien, Dios es bueno: te desagrada, como si Dios fuera malo. Dios es curvo para ti, tu curvatura hace esto: pues su rectitud siempre permanece. Escucha en otro salmo: ¡Cuán bueno es Dios para Israel, para los rectos de corazón! (Sal. LXXII, 1).

18. [vers. 8.] Vara de rectitud, vara de tu reino. Amaste la justicia y odiaste la iniquidad. Mira la vara de rectitud, Amaste la justicia y odiaste la iniquidad. Acércate a esta vara, que Cristo sea tu rey: que te gobierne esta vara, para que no te rompa. Pues es una vara de hierro, inflexible. ¿Y qué se ha dicho? Los regirás con vara de hierro, y como vasija de alfarero los quebrarás (Sal. II, 9). A unos gobierna, a otros quebranta: gobierna a los espirituales, quebranta a los carnales. Por tanto, acércate a esta vara. ¿Qué temes en ella? Esta es toda la vara: Amaste la justicia y odiaste la iniquidad. ¿Qué temes? Pero tal vez eras iniquo: escuchas a tu rey, que odia la iniquidad, y temes. Hay algo que puedes hacer. ¿Qué odia? La iniquidad: ¿acaso a ti? Pero en ti está la iniquidad. Dios la odia, ódiala tú también: para que ambos odien la misma cosa. Serás amigo de Dios si odias lo que él odia. Así también amarás lo que él ama. Que te desagrade en ti mismo tu iniquidad, y que te agrade su creación. Pues eres un hombre iniquo. Dije dos nombres; dos nombres, hombre e iniquo: en estos dos nombres uno es de naturaleza, el otro de culpa; uno te lo hizo Dios, el otro lo hiciste tú: ama lo que Dios hizo, odia lo que tú hiciste, porque él también lo odia. Mira cómo ya comienzas a unirme a él, cuando odias lo que él odia. Va a castigar el pecado, porque la vara de rectitud es la vara de su reino. ¿Pero no va a castigar el pecado? No puede ser. El pecado debe ser castigado: si no debiera ser castigado, no sería pecado. Anticípate a él: no quieres que él castigue, castígate tú. Por eso él aún perdona, difiere, retiene su mano, tensa el arco, es decir, las amenazas. ¿Clamaría tanto que va a herir, si quisiera herir? Por tanto, él difiere su mano de tus pecados: tú no difieras. Vuélvete a castigar tus pecados, porque no pueden quedar impunes. Por tanto, será castigado, o por ti, o por él: tú reconoce, para que él perdone. Atiende al ejemplo en aquel salmo de penitencia: Aparta tu rostro de mis pecados (Sal. L, 11). ¿Acaso dijo, De mí? Pues en otro lugar dice claramente: No apartes tu rostro de mí (Sal. XXVI, 9). Por tanto, Aparta tu rostro de mis pecados: no quiero que veas mis pecados. Porque ver de Dios es advertir. Por eso también el juez lo que castiga, se dice que lo advierte, es decir, que dirige su ánimo allí; ciertamente para castigar, porque es juez. Así es también Dios juez. Aparta tu rostro de mis pecados. Tú no apartes tu rostro de ellos, si quieres que Dios aparte su rostro de ellos. Mira cómo ofrece esto a Dios en el mismo salmo: Mi delito yo, dice, reconozco, y mi pecado está siempre ante mí (Sal. L, 5). Esto no quiere que esté ante Dios, lo que quiere que esté ante él. Vara de rectitud, vara de tu reino. Nadie se adule demasiado con la misericordia de Dios; es vara de rectitud. ¿Acaso decimos que Dios no es misericordioso? ¿Qué hay más misericordioso que él, que perdona tanto a los pecadores, que en todos los que se convierten a él no se preocupa por lo pasado? Ámalo misericordioso, pero también quiere que sea veraz: pues la misericordia no puede quitarle la justicia, ni la justicia la misericordia. Mientras él difiere, tú no difieras: porque la vara de rectitud es la vara de su reino.

19. Amaste la justicia y odiaste la iniquidad: por eso te ungió, Dios, tu Dios. Por eso te ungió, para que ames la justicia y odies la iniquidad. Y mira cómo dice: Por eso te ungió, Dios, tu Dios. Oh tú Dios, te ungió tu Dios. Dios es ungió por Dios. Pues en latín se considera el

mismo caso del nombre repetido: pero en griego hay una distinción clarísima, porque un nombre es el que se invoca, y otro el que invoca, Te ungió, Dios. Oh tú Dios, te ungió tu Dios: como si dijera, Por eso te ungió, oh tú Dios, tu Dios. Así lo reciban, así lo entiendan, así es clarísimo en griego. Entonces, ¿quién es Dios ungió por Dios? Que nos lo digan los judíos. Estas Escrituras son comunes. Dios es ungió por Dios: escuchas ungió, entiende Cristo. Pues Cristo viene de crisma: este nombre que se llama Cristo, es de unción. Ni en ningún otro lugar se ungió reyes y sacerdotes, sino en aquel reino donde se profetizaba y ungió a Cristo, y de donde vendría el nombre de Cristo: en ningún otro lugar en absoluto, en ninguna nación, en ningún reino. Por tanto, Dios es ungió por Dios: ¿con qué aceite, sino espiritual? Pues el aceite visible es en signo, el aceite invisible es en sacramento, el aceite espiritual está dentro. Dios es ungió para nosotros, y enviado a nosotros: y él mismo Dios, para ser ungió, era hombre: pero era hombre de tal manera que era Dios; era Dios de tal manera que no se desdeñó de ser hombre: verdadero hombre, verdadero Dios; en nada engañoso, en nada falso; porque en todo veraz, en todo verdad. Por tanto, Dios hombre, y por eso Dios ungió, porque hombre Dios, y se hizo Cristo.

20. Esto se figuraba en que Jacob puso una piedra bajo su cabeza, y durmió (Gén. XXVIII, 11). El patriarca Jacob puso una piedra bajo su cabeza; durmiendo con aquella piedra bajo su cabeza, vio los cielos abiertos, y una escalera desde el cielo a la tierra, y ángeles subiendo y bajando: al ver esto, se despertó, ungió la piedra, y se fue. En aquella piedra entendió a Cristo, por eso la ungió. Vean desde cuándo se predica a Cristo. ¿Qué significa aquella unción de la piedra, especialmente entre los Patriarcas, que adoraban a un solo Dios? Pero se hizo en figura, y se fue. Pues no ungió la piedra, y fue allí siempre a adorar, y a hacer sacrificios. Se expresó el misterio, no se inició un sacrilegio. Y vean la piedra: La piedra que desecharon los edificadores, esta ha venido a ser cabeza de ángulo (Sal. CXVII, 22). Y porque la cabeza del hombre es Cristo (I Cor. XI, 3), por eso la piedra bajo la cabeza. Atiendan al gran sacramento: la piedra es Cristo. La piedra viva, dice Pedro, rechazada por los hombres, pero elegida por Dios (I Ped. II, 4). Y la piedra bajo la cabeza, porque la cabeza del hombre es Cristo (I Cor. XI, 3). Y la piedra ungió porque de crisma se llama Cristo. Y se ven las escaleras, revelando Cristo, desde la tierra al cielo, o desde el cielo a la tierra, y ángeles subiendo y bajando (Gén. XXVIII, 12, y Juan I, 51). ¿Qué significa esto? Lo veremos mejor cuando recordemos el testimonio evangélico del mismo Señor. Saben que Jacob es Israel. Pues a él, luchando con el ángel y prevaleciendo, y bendecido por aquel a quien prevaleció, se le cambió el nombre, para que se llamara Israel (Gén. XXXII, 28): así como el pueblo de Israel prevaleció sobre Cristo, para crucificarlo; y sin embargo, en aquellos que creyeron en Cristo, fue bendecido por aquel a quien prevaleció. Pero muchos no creyeron, de ahí la cojera de Jacob. Bendición y cojera. Bendición en aquellos que creyeron: pues después supimos que de aquel pueblo muchos creyeron. Cojera en aquellos que no creyeron. Y porque más no creyeron, y pocos creyeron; por eso para que se hiciera la cojera, tocó la anchura de su muslo. ¿Qué es la anchura de su muslo? La multitud de su descendencia. Vean entonces aquellas escaleras: el Señor cuando vio a Natanael en el Evangelio dijo: He aquí un verdadero israelita, en quien no hay engaño (Juan I, 47). Pues así se dice de Jacob, Y Jacob era sin engaño habitando en casa (Gén. XXV, 27): recordando esto el Señor al ver a Natanael sin engaño de aquella gente y de aquel pueblo, He aquí, dice, un verdadero israelita, en quien no hay engaño. Llamó israelita, en quien no hubiera engaño, por Jacob. Y aquel Natanael, ¿De dónde me conoces? Y el Señor, Cuando estabas bajo la higuera te vi: es decir, cuando estabas en aquel pueblo bajo la Ley, que con sombra carnal protegía a aquel pueblo, allí te vi. ¿Qué significa, allí te vi? Allí me compadecí de ti. Pero él recordando que también había estado bajo la higuera en verdad, admirado, porque pensaba que nadie lo había visto cuando estaba allí, confiesa y dice: Tú eres el Hijo de Dios, tú eres el rey de Israel. ¿Quién dijo esto? Quien

había oído que era un verdadero israelita, y no había engaño en él. Y el Señor: Porque te dije, Te vi bajo la higuera, creíste; cosas mayores que estas verás. Habla con Israel, con Jacob, con aquel que puso una piedra bajo su cabeza. Cosas mayores que estas verás. ¿Cuáles mayores? Porque ya aquella piedra está bajo la cabeza. En verdad os digo, veréis el cielo abierto, y los ángeles de Dios subiendo y bajando sobre el Hijo del Hombre (Juan I, 48-51). Que los ángeles de Dios suban y bajen por aquellas escaleras, que esto se haga en la Iglesia, los ángeles de Dios son anunciadores de la verdad: suban y vean, En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Bajen, y vean, porque El Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros (Juan I, 14). Suban, para elevar a los grandes: bajen, para nutrir a los pequeños. Veán a Pablo subiendo: Si nos hemos excedido en mente, es para Dios. Veán bajando: Si somos sobrios, es para vosotros (II Cor. V, 13). Veán subiendo: Hablamos sabiduría entre los perfectos. Veán bajando: Os di a beber leche, no alimento sólido (I Cor. II, 6, y III, 2). Esto se hace en la Iglesia: suben y bajan los ángeles de Dios sobre el Hijo del Hombre: porque arriba está el Hijo del Hombre, a quien suben con el corazón, es decir, su cabeza; y abajo el Hijo del Hombre, es decir, su cuerpo. Sus miembros están aquí, su cabeza está arriba: se sube a la cabeza, se baja a los miembros. Cristo allí, Cristo aquí. Pues si solo allí, y no aquí; ¿de dónde aquella voz: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? (Hech. IX, 4)? ¿Quién le molestó en el cielo? Nadie, ni los judíos, ni Saulo, ni el diablo tentador; nadie le molestó allí: pero como en la unión del cuerpo humano al pisar el pie, la lengua clama.

21. Amaste la justicia y odiaste la iniquidad: por eso te ungió, Dios, tu Dios. Hablamos del Dios ungido, es decir, de Cristo. No se pudo decir más claramente el nombre de Cristo, que al decirse ungido Dios. Así como hermoso de forma sobre los hijos de los hombres; así ungido, con óleo de alegría sobre tus compañeros. Pues ¿quiénes son sus compañeros? Los hijos de los hombres: porque él mismo se hizo partícipe de la mortalidad de ellos, para hacerlos partícipes de su inmortalidad.

22. [vers. 9, 10.] Mirra y áloe y casia de tus vestiduras. Buenos olores de tus vestiduras. Sus vestiduras son sus santos, sus elegidos, toda su Iglesia, que se presenta a sí misma como una vestidura, sin mancha ni arruga (Efes. V, 27): por la mancha, lavándola en sangre; por la arruga, extendiéndola en la cruz. De ahí el buen olor que se significa con ciertos aromas nombrados. Escucha a Pablo, aquel pequeño, el borde de la vestidura que tocó la mujer con flujo de sangre, y fue sanada (Mat. IX, 20); escúchalo diciendo: Somos buen olor de Cristo en todo lugar, y en los que se salvan, y en los que perecen (II Cor. II, 15). No dijo, Buen olor en los que se salvan, y mal olor en los que perecen; sino, En cuanto a nosotros, somos buen olor, y en los que se salvan, y en los que perecen. Que un hombre se salve por buen olor no es improbable ni increíble: pero que un hombre perezca por buen olor, ¿qué razón hay? Gran fuerza, gran verdad: aunque no se pueda captar, así es. Pues para que sepan que es difícil de captar, inmediatamente añadió: ¿Y para estas cosas quién es suficiente? ¿Quién entiende que los hombres mueren por buen olor? Sin embargo, diré algo, hermanos. He aquí, el mismo Pablo predicaba el Evangelio; muchos lo amaban como predicador del Evangelio, muchos le envidiaban: los que lo amaban, se salvaban por buen olor; los que le envidiaban, perecían por buen olor. Por eso a los que perecen no es mal olor, sino buen olor. Pues más le envidiaban, porque tan buena gracia prevalecía en él: nadie envidia al miserable. Por tanto, era glorioso en la predicación de la palabra de Dios, y viviendo según la regla de aquella vara de rectitud: y lo amaban quienes en él amaban a Cristo, quienes seguían el buen olor; amaba la amiga de su esposo, la misma esposa, que dice en el Cantar de los Cantares, Tras el olor de tus ungüentos correremos (Cant. I, 3). Pero ellos cuanto más lo veían en la gloria de la predicación del Evangelio y en la vida intachable, tanto más se atormentaban de envidia, y morían por buen olor.

23. Mirra, áloe y casia son de tus vestiduras, de los palacios de marfil, de los cuales te deleitaron las hijas de los reyes. Palacios de marfil, grandes palacios, palacios reales, elige cualquiera, de allí deleitaron a Cristo las hijas de los reyes. ¿Quieres aceptar espiritualmente los palacios de marfil? Grandes palacios y grandes tabernáculos de Dios, los corazones de los santos, y los mismos reyes que gobiernan la carne, sometiendo a sí mismos las multitudes de las pasiones humanas, castigando el cuerpo y sometiéndolo a servidumbre, acéptalo: porque de allí lo deleitaron las hijas de los reyes. En efecto, todas las almas que nacieron por la predicación y evangelización de ellos son hijas de reyes: y las hijas de la Iglesia de los Apóstoles son hijas de reyes. Porque Él es el Rey de reyes: y ellos son los reyes de los que se dijo, "Os sentaréis sobre doce tronos, juzgando a las doce tribus de Israel" (Mateo XIX, 28). Predicaron la palabra de la verdad y engendraron Iglesias, no para sí mismos, sino para Él. A este sacramento pertenece lo que está escrito en la Ley: "Si un hermano muere, tome su esposa su hermano, y levante descendencia a su hermano" (Deut. XXV, 5). Tome su esposa su hermano, y levante descendencia, no para sí mismo, sino para su hermano. Cristo dijo, "Dí a mis hermanos" (Mateo XXVIII, 10). Dijo en el salmo, "Contaré tu nombre a mis hermanos" (Salmo XXI, 23). Cristo murió, resucitó, ascendió, se ausentó corporalmente: sus hermanos tomaron a su esposa, para engendrar hijos por la predicación del Evangelio, no por sí mismos, sino por el Evangelio, por el nombre del hermano. Porque en Cristo Jesús, dice, "por el Evangelio, yo os engendré" (I Cor. IV, 15). Así que levantando descendencia a su hermano, a cuantos engendraron, no los llamaron Paulianos o Petrianos, sino Cristianos. Ved si este sentido no está presente en estos versos. Pues cuando dijo, "de los palacios de marfil," habló de los reales, amplios, hermosos, suaves, como son los corazones de los santos: añadió, "De los cuales te deleitaron las hijas de los reyes, en tu honor." Hijas de los reyes, hijas de tus Apóstoles: pero, "en tu honor," porque levantaron descendencia a su hermano. Por eso, aquellos que Pablo había levantado para su hermano, cuando vio que corrían hacia su nombre, exclamó: "¿Acaso fue Pablo crucificado por vosotros?" ¿Qué dice la Ley? "Y el nacido llevará el nombre del difunto." Nacido para el difunto, será llamado por el nombre del difunto. Pablo guarda esta ley: a los que querían ser llamados por su nombre, los reprende: "¿Acaso fue Pablo crucificado por vosotros?" Mirad al difunto, "¿Acaso fue Pablo crucificado por vosotros?" ¿Y entonces qué? Cuando los engendraste, ¿qué si les pusiste tu nombre? No. Pues dice: "¿O fuisteis bautizados en el nombre de Pablo?" (I Cor. I, 13). Te deleitaron las hijas de los reyes en tu honor. Mantened, guardad, "en tu honor." Esto es tener el vestido nupcial, buscar su honor, su gloria. Entended también a las hijas de los reyes, las ciudades que creyeron en Cristo, y fueron fundadas por reyes: y "de los palacios de marfil," ricos, soberbios, altivos. Las hijas de los reyes te deleitaron en tu honor: porque no buscaron el honor de sus padres, sino que buscaron tu honor. Muéstrame en Roma un templo en honor de Rómulo tan grande como allí muestro la memoria de Pedro. ¿Quién es honrado en Pedro, sino aquel que murió por nosotros? Porque somos Cristianos, no Petrianos. Aunque nacidos por el hermano del difunto, sin embargo, llamados por el nombre del difunto. Nacidos por él, pero nacidos para él. He aquí Roma, he aquí Cartago, he aquí otras y otras ciudades son hijas de reyes; y deleitaron a su rey en su honor; y de todas se hace una cierta reina.

24. ¿Qué tipo de canción nupcial? He aquí, entre cánticos llenos de alegría, avanza también la esposa. Pues el esposo venía, él era descrito, en él estaba toda nuestra atención: que también ella avance. La reina está a tu derecha. La que está a la izquierda, no es reina. Pues estará alguna a la izquierda, a quien se le dirá: "Ve al fuego eterno." Pero a la derecha estará, a quien se le dirá: "Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde el principio del mundo" (Mateo XXV, 34, 41). La reina está a tu derecha, vestida de oro, rodeada de variedad. ¿Cuál es el vestido de esta reina? Es precioso y variado: los

sacramentos de la doctrina en todas las lenguas diversas. Una lengua es africana, otra siria, otra griega, otra hebrea, otra esta y aquella: estas lenguas hacen la variedad del vestido de esta reina. Pero así como toda la variedad del vestido concuerda en unidad, así también todas las lenguas en una fe. Que haya variedad en el vestido, que no haya desgarradura. He aquí que entendimos la variedad por la diversidad de lenguas y entendimos el vestido por la unidad: pero en esa misma variedad, ¿qué es el oro? La misma sabiduría. Sea cual sea la variedad de lenguas, se predica un solo oro: no un oro diverso, sino variedad de oro. Porque la misma sabiduría, la misma doctrina y disciplina son predicadas por todas las lenguas. Variedad en las lenguas, oro en las sentencias.

25. [vers. 11.] El Profeta habla a esta reina (pues le canta con gusto), y a cada uno de nosotros; si es que sabemos dónde estamos, y tratamos de pertenecer a ese cuerpo, y pertenecemos unidos en los miembros de Cristo por la fe y la esperanza. Pues nos habla: "Escucha, hija, y mira." Le habla como uno de los padres, porque son hijas de reyes: aunque hable el profeta, aunque hable el apóstol, como a una hija (pues así decimos, Nuestros Padres los Profetas, nuestros Padres los Apóstoles: si nosotros a ellos como padres, ellos a nosotros como hijos), y una sola voz paterna habla a una sola hija. "Escucha, hija, y mira." Primero escucha, luego mira. Pues vino a nosotros con el Evangelio, y se nos predicó lo que aún no vemos, y al escuchar creímos, creyendo veremos; como dice el mismo esposo en el Profeta: "El pueblo que no conocí, me sirvió; al oír con el oído me obedeció" (Salmo XVII, 45). ¿Qué significa, "al oír con el oído"? Porque no vio. Los judíos vieron, y crucificaron: las naciones no vieron, y creyeron. Que venga la reina de las naciones vestida de oro, rodeada de variedad: que venga de las naciones, que venga rodeada de todas las lenguas, en la unidad de la sabiduría; que se le diga, "Escucha, hija, y mira." Si no escuchas, no verás. Escucha para que purifiques el corazón con fe, como dice el Apóstol en los Hechos de los Apóstoles: "Purificando sus corazones por la fe" (Hechos XV, 9). Pues escuchamos para que creamos, antes de que veamos, para que creyendo purifiquemos el corazón, de donde podamos ver. Escucha, para que creas, purifica el corazón con fe. Y cuando haya purificado el corazón, ¿qué veré? "Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios" (Mateo V, 8). "Escucha, hija, y mira; e inclina tu oído." No basta con escuchar, escucha humildemente: "Inclina tu oído." Y olvida a tu pueblo y la casa de tu padre. Había un cierto pueblo, y una cierta casa de tu padre, en la que naciste, el pueblo de Babilonia, teniendo al diablo como rey. De dondequiera que vinieron las naciones, vinieron del padre diablo: pero renunciaron al padre diablo. Olvida a tu pueblo y la casa de tu padre. Te engendró fea, cuando te hizo pecadora: te regenera hermosa quien justifica a la impía. Olvida a tu pueblo y la casa de tu padre.

26. [vers. 12, 15.] Porque el rey deseó tu belleza. ¿Qué belleza, sino la que él mismo hizo? Deseó la belleza. ¿De quién es la belleza? ¿De la pecadora, de la iniqua, de la impía, como era con el padre diablo, y con su pueblo? No, sino de la que se dice: "¿Quién es esta que sube blanqueada?" (Cantar de los Cantares VIII, 5). Antes, pues, no era blanca, después blanqueada. Porque si vuestros pecados fueran como la grana, los blanquearé como la nieve (Isaías I, 18). El rey deseó tu belleza. ¿Qué rey? Porque él es el Señor tu Dios. Mira ya si no debes dejar a tu padre aquel, y a tu pueblo aquel, y venir a este rey, tu Dios: tu Dios es, tu rey es. Tu rey, y él es tu esposo. Te casas con el rey Dios, dotada por él, decorada por él, redimida por él, sanada por él. Todo lo que tienes para agradarle, lo tienes de él.

27. Y las hijas de Tiro lo adorarán con regalos. A ese rey tu Dios lo adorarán las hijas de Tiro con regalos. Hijas de Tiro, hijas de las naciones: de una parte al todo. Tiro, vecina de esta tierra donde estaba la profecía, significaba a las naciones que creerían en Cristo. De allí era aquella cananea, que primero fue llamada perro. Pues para que sepáis que de allí era, el

Evangelio habla así: "Se retiró a las partes de Tiro y Sidón, y he aquí una mujer cananea de aquellos confines salió clamando," y lo demás que se narra allí. Que primero era perro con su padre y en su pueblo, clamando y viniendo a este rey, hecha hermosa creyendo en él, ¿qué mereció oír? "Oh mujer, grande es tu fe" (Mateo XV, 21-28). El rey deseó tu belleza. Y las hijas de Tiro lo adorarán con regalos. ¿Con qué regalos? Así quiere este rey que se venga a él, y quiere que se llenen sus tesoros: y él mismo dio de donde se llenen, y de vosotros se llenen. Vengan, dice, adórenlo con regalos. ¿Qué significa, con regalos? No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín destruyen, y donde los ladrones minan y roban: sino haced tesoros en el cielo, donde ni ladrón ni polilla corrompen. Porque donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón (Mateo VI, 19-21). Venid con regalos: "Dad limosnas, y todo os será limpio" (Lucas XI, 41). Venid con regalos a aquel que dice: "Misericordia quiero más que sacrificio" (Oseas VI, 6, y Mateo IX, 13). Al templo que era antes sombra de lo futuro, se venía con toros y carneros, con machos cabríos, con diversos animales aptos para el sacrificio, para que en esa sangre se hiciera una cosa, y se significara otra. Ahora ya vino la misma sangre, que todas esas cosas figuraban: vino el mismo Rey, y él mismo quiere regalos. ¿Qué regalos? Limosnas. Pues él es quien va a juzgar, y él mismo imputará los regalos a algunos. "Venid," dice, "benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde el principio del mundo. ¿Por qué? Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; estuve desnudo, y me vestisteis; fui huésped, y me acogisteis; enfermo y en la cárcel, y me visitasteis." Estos son los regalos con los que adoran las hijas de Tiro al rey: porque cuando decían, "¿Cuándo te vimos?" él que está arriba y abajo, por los que suben y bajan, "Cuando lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis" (Mateo XXV, 34-40).

28. Lo adorarán las hijas de Tiro con regalos. Y ¿quiénes son las hijas de Tiro, y cómo lo adorarán con regalos? Quiso decirlo más claramente: "Rogarán tu rostro los ricos del pueblo." Estas hijas de Tiro que adoran con regalos, son los ricos del pueblo, a quienes aquel amigo del esposo habla: "Manda a los ricos de este mundo, que no sean altivos, ni pongan su esperanza en la incertidumbre de las riquezas; sino en el Dios vivo, que nos da todas las cosas en abundancia para que las disfrutemos: que sean ricos en buenas obras, que den con facilidad, que compartan. Adoren con regalos; pero no pierden: que los pongan seguros donde siempre los encuentren. Que atesoren para sí un buen fundamento para el futuro, para que alcancen la verdadera vida" (I Tim. VI, 17-19). Adorando con regalos, "rogarán tu rostro." Pues concurren a la Iglesia, y allí hacen limosnas. Que no se hagan fuera, es decir, que no se hagan estando fuera, que las hagan en la Iglesia. Pues el rostro de esta esposa y reina beneficiará a los que las hagan. Por eso aquellos que vendían sus bienes, rogando el rostro de esta reina con regalos venían; y lo que traían, lo ponían a los pies de los Apóstoles (Hechos IV, 34). Ardía el amor en la Iglesia, el rostro era la Iglesia reina, el rostro era el servicio de las hijas de Tiro, es decir, de los ricos que adoraban con regalos. Rogarán tu rostro los ricos del pueblo. Y los que rogarán el rostro, y de quién rogarán el rostro, todos una sola esposa, todos una sola reina, madre e hijos juntos, todo perteneciente a Cristo, perteneciente a la cabeza.

29. Pero porque estas obras y estas limosnas se hacen por la vanagloria de los hombres, de ahí dice el mismo Señor: "Guardaos de hacer vuestra justicia delante de los hombres para ser vistos por ellos" (Mateo VI, 1). Pero cómo también deben hacerse públicamente por el rostro de la esposa, dice: "Brillen vuestras obras delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos" (Mateo V, 16): no para que busquéis vuestra gloria en las buenas obras que hacéis públicamente, sino para que busquéis la gloria de Dios. Y ¿quién sabe, dice, si busco la gloria de Dios, o mi propia gloria? Porque

doy al pobre, se me ve: ¿con qué ánimo doy, quién lo ve? Bástete quien lo ve; él lo ve quien lo retribuirá. Ama dentro quien ve dentro: ama dentro, sea amado dentro quien hace el interior y esa misma belleza. No te deleites como con ojos exteriores, porque se te ve, y porque se te alaba; atiende a lo que sigue aquí: "Toda la gloria de la hija del rey es interior." Exteriormente no solo el vestido es de oro y variado, sino que él la conoce hermosa por dentro, quien amó su belleza. ¿Cuáles son los interiores de la belleza? Las conciencias. Allí ve Cristo, allí ama Cristo, allí habla Cristo, allí castiga Cristo, allí corona Cristo. Sea, pues, tu limosna en secreto; porque "toda la gloria de la hija del rey es interior." En bordados de oro, rodeada de variedad. La belleza es interior: pero en los bordados de oro está la variedad de las lenguas, el adorno de la doctrina. ¿De qué sirven estas cosas, si no hay aquella belleza interior?

30. Serán llevadas al rey vírgenes tras ella. Verdaderamente se ha hecho. Creyó la Iglesia, se hizo la Iglesia por todas las naciones. Ahora, ¿cómo desean las vírgenes agradar a ese rey? ¿De dónde se incitan? Porque la Iglesia precedió. Serán llevadas al rey vírgenes tras ella: sus compañeras serán llevadas a ti. Pues no son extrañas las que son llevadas, sino sus compañeras, pertenecientes a ella. Y porque dijo, "al rey;" vuelto a él dijo, "a ti:" sus compañeras serán llevadas a ti.

31. [vers. 16.] Serán llevadas con alegría y regocijo, serán conducidas al templo del rey. El templo del rey es la misma Iglesia, entra en el templo la misma Iglesia. ¿De qué se construye el templo? De hombres que entran en el templo. ¿Qué son las piedras vivas, sino los fieles de Dios? Serán conducidas al templo del rey. Pues hay vírgenes fuera del templo del rey, santas de las herejías: son vírgenes, pero ¿de qué les servirá si no son conducidas al templo del rey? El templo del rey está en la unidad: el templo del rey no está en ruinas, no está desgarrado, no está dividido. La unión de las piedras vivas es la caridad. Serán conducidas al templo del rey.

32. [vers. 17.] En lugar de tus padres nacieron para ti hijos. Nada más evidente. Atended ya al mismo templo del rey, porque de allí habla por la unidad difundida por todo el orbe: porque aquellas que quisieron ser vírgenes, si no son conducidas al templo del rey, no pueden agradar al esposo. En lugar de tus padres nacieron para ti hijos. Te engendraron los Apóstoles: ellos fueron enviados, ellos predicaron, ellos son los padres. Pero, ¿acaso pudieron estar siempre con nosotros corporalmente? Aunque uno de ellos dijo: "Deseo partir, y estar con Cristo, lo cual es mucho mejor; pero quedarme en la carne es necesario por vosotros" (Filipenses I, 23, 24). Dijo esto, pero ¿cuánto tiempo pudo quedarse aquí? ¿Acaso hasta este tiempo? ¿Acaso hasta el futuro? ¿Entonces, con la partida de ellos, la Iglesia quedó desierta? De ninguna manera. En lugar de tus padres nacieron para ti hijos. ¿Qué significa, "En lugar de tus padres nacieron para ti hijos"? Los Apóstoles fueron enviados como padres, en lugar de los Apóstoles nacieron para ti hijos, fueron constituidos obispos. Pues hoy los obispos, que están por todo el mundo, ¿de dónde nacieron? La misma Iglesia los llama padres, la misma los engendró, y la misma los constituyó en los asientos de los padres. No te creas, pues, desierta, porque no ves a Pedro, porque no ves a Pablo, porque no ves a aquellos por quienes naciste: de tu prole te ha crecido la paternidad. En lugar de tus padres nacieron para ti hijos: los constituirás príncipes sobre toda la tierra. Mira el templo del rey cuán ampliamente está difundido: para que sepan las vírgenes que no son conducidas al templo del rey, que no pertenecen a estas bodas. En lugar de tus padres nacieron para ti hijos: los constituirás príncipes sobre toda la tierra. Esta es la Iglesia católica: sus hijos han sido constituidos príncipes sobre toda la tierra, sus hijos han sido constituidos en lugar de los padres. Reconozcan los que han sido cortados, vengan a la unidad, sean conducidos al templo del rey. Dios ha colocado su templo en todas partes, ha afirmado los fundamentos de los Profetas y

Apóstoles en todas partes. La Iglesia ha engendrado hijos, los ha constituido en lugar de sus padres príncipes sobre toda la tierra.

33. [vers. 18.] Recordarán tu nombre en toda generación y generación. Por eso los pueblos te alabarán. ¿De qué sirve entonces alabar, y alabar fuera del templo? ¿De qué sirve orar, y no orar en el monte? Con mi voz, dice, clamé al Señor, y me escuchó desde su monte santo (Salmo III, 5). ¿De qué monte? Del que se dice: No puede esconderse una ciudad situada sobre un monte (Mateo V, 14). ¿De qué monte? El que Daniel vio crecer de una pequeña piedra, romper todos los reinos de la tierra y llenar toda la faz de la tierra (Daniel II, 35). Allí adore quien quiera recibir, allí pida quien quiera ser escuchado, allí confiese quien quiera ser perdonado. Por eso los pueblos te alabarán por siempre, y por los siglos de los siglos. Porque en aquella vida eterna ya no habrá gemidos de pecadores, pero en las alabanzas divinas de aquella suprema y perpetua ciudad no faltará la eterna confesión de tanta felicidad. A esa misma ciudad, a la que otro salmo canta, Gloriosas cosas se dicen de ti, ciudad de Dios (Salmo LXXXVI, 3); a esa esposa de Cristo, a esa reina hija del rey, y esposa del rey; porque sus príncipes recuerdan su nombre en toda generación y generación, es decir, mientras pase este siglo, que se lleva a cabo en muchas generaciones, llevando por ella el cuidado de la caridad, para que liberada de este siglo reine con Dios eternamente; por esto mismo los pueblos la alabarán por siempre, con corazones allí visibles y manifiestos, iluminados por la perfecta caridad, para que se conozca plenamente a sí misma, la cual aquí en muchas de sus partes se oculta a sí misma. De donde somos advertidos por el Apóstol a no juzgar nada antes de tiempo, hasta que venga el Señor, y ilumine lo oculto de las tinieblas, y manifieste los pensamientos del corazón, y entonces cada uno tendrá alabanza de Dios (I Cor. IV, 5). Pues esa misma santa ciudad de algún modo se confesará a sí misma, cuando sus pueblos, de los que consta, la alabarán por siempre; para que en ninguna parte se oculte a sí misma, no existiendo en ella nadie de quien algo se oculte.

EN EL SALMO XLV EXPLICACIÓN. SERMÓN AL PUEBLO.

1. [vers. 1.] Ya hablamos a vuestra Caridad de algunas cosas como muy conocidas, en las que no debemos detenernos: porque lo que sabéis, debe ser recordado brevemente. Entendamos que somos hijos de Coré. Pues os recuerdo sabiendo que Coré se interpreta como Calvicie; y que nuestro Señor, porque fue crucificado en el lugar del Calvario, atrajo a muchos a sí, como aquel grano, que si no hubiera muerto, habría quedado solo (Juan XII, 24); y a los que fueron atraídos, se les llamó hijos de Coré: esto en el misterio. Sin embargo, hubo no sé qué hijos de Coré en aquel tiempo, cuando se cantaban estas cosas (I Par. XXVI, 1): pero el espíritu debe vivificarnos, no la letra velarnos (II Cor. III, 6). Entendámonos aquí, y ved si lo que sigue, es decir, lo que tiene el contexto del mismo salmo, nos concierne: y nos encontramos aquí, si es que permanecemos adheridos a sus miembros, cuya cabeza del cuerpo está en el cielo, ascendiendo de aquella pasión, para que los que yacían en la humildad, los lleve consigo en la abundancia, llevando fruto en la tolerancia. Se ha dicho: Al final, por los hijos de Coré, por los ocultos, Salmo. Es, por tanto, oculto; pero aquel mismo que fue crucificado en el lugar del Calvario, sabéis que rasgó el velo, para que se revelaran los secretos del templo (Mateo XXVII, 51). Por tanto, porque la cruz de nuestro Señor fue la llave con la que se abrieron las cosas cerradas; creamos que estará presente con nosotros, para que se revelen estas cosas ocultas. Al final, lo que tiene, siempre debemos entender a Cristo. Porque el fin de la Ley es Cristo, para justicia a todo creyente (Rom. X, 4). Se dice fin, no porque consuma, sino porque perfecciona. Pues también decimos comida acabada la que se comía, y túnica acabada la que se tejía: aquello para consumo, esto para perfección. Porque ya no tenemos a dónde dirigirnos, cuando hayamos llegado a Cristo, él mismo se dice fin de nuestro curso. Y no

debemos pensar que cuando hayamos llegado a él, debemos esforzarnos más para llegar también al Padre. Esto pensó Felipe, cuando le dijo: Señor, muéstranos al Padre, y nos basta. Cuando dice, nos basta, busca el fin de la saciedad y la perfección. Y él, tanto tiempo, dice, he estado con vosotros, y no me habéis conocido? Felipe, quien me ha visto a mí, ha visto al Padre (Juan XIV, 8, 9). En él, por tanto, tenemos al Padre, porque él está en el Padre, y el Padre en él, y él y el Padre son uno (Id. X, 30).

2. [vers. 2.] ¿Qué, pues, nos advierte aquí quien canta, donde debemos reconocer nuestra voz, si es que tenemos el afecto de esta voz? Dios es nuestro refugio y fortaleza. Hay ciertos refugios donde no hay fortaleza, a donde uno, cuando huye, se debilita más que se fortalece. Huyes, por ejemplo, a alguien grande en el mundo, para hacerte un amigo poderoso: te parece un refugio. Sin embargo, las incertidumbres de este mundo son tantas, y las caídas de los poderosos tan frecuentes, que cuando llegas a tal refugio, comienzas a temer más allí. Antes temías solo por tus causas; pero cuando huyes a tal, también temerás por él. Muchos, al huir a tales refugios, cuando cayeron aquellos a quienes huyeron, también ellos fueron buscados: a quienes nadie buscaría, si no hubieran huido a tales. Nuestro refugio no es así, sino que nuestro refugio es fortaleza. Cuando huyamos allí, seremos firmes.

3. Auxilio en las tribulaciones que nos han encontrado en exceso. Muchas son las tribulaciones, y en toda tribulación se debe huir a Dios: ya sea tribulación en la propiedad, ya sea en la salud del cuerpo, ya sea por el peligro de los seres queridos, ya sea por alguna cosa necesaria para el sustento de esta vida, en absoluto debe haber otro refugio para el hombre cristiano que su Salvador, que su Dios, a quien cuando huya, sea fuerte. Pues no será fuerte en sí mismo, ni será su propia fortaleza; sino que él será su fortaleza, quien se ha hecho su refugio. Sin embargo, carísimos, entre todas las tribulaciones del alma humana, no hay mayor tribulación que la conciencia de los delitos. Porque si no hay herida allí, y está sano lo que se llama conciencia en el interior del hombre; dondequiera que sufra tribulaciones, huirá allí, y allí encontrará a Dios. Pero si no hay descanso allí por la abundancia de iniquidad, porque allí tampoco está Dios; ¿qué hará el hombre? ¿a dónde huirá, cuando comience a sufrir tribulaciones? Huirá del campo a la ciudad, del público a la casa, de la casa al cuarto, y la tribulación lo seguirá. Desde el cuarto ya no tiene a dónde huir, sino a su aposento interior. Pero si allí hay tumulto, si hay humo de iniquidad, si hay llama de crimen, no puede huir allí: es expulsado de allí; y cuando es expulsado de allí, es expulsado de sí mismo. Y he aquí que encuentra a su enemigo, a donde había huido: ¿a dónde huirá de sí mismo? A dondequiera que huya, se lleva consigo; y a dondequiera que se lleve a sí mismo de esa manera, se atormenta a sí mismo por sí mismo. Estas son las tribulaciones que encuentran al hombre en exceso: porque no son más amargas, cuanto no son más interiores. Ved, carísimos, cuando se derriban maderas y son probadas por los carpinteros; a veces en la superficie parecen como dañadas y podridas: pero el carpintero inspecciona como la médula interior de la madera, y si reconoce que la madera está sana en el interior, promete que durará en el edificio; y no estará muy preocupado por la superficie dañada, cuando lo que está en el interior lo declara sano. Pero en el hombre no se encuentra la conciencia en el interior: ¿qué, pues, aprovecha, si lo que está en el exterior está sano, y la médula de la conciencia está podrida? Estas son tribulaciones estrechas, y muy vehementes, y como dice el mismo salmo, excesivas: sin embargo, también en estas el Señor se ha hecho auxilio perdonando los pecados. Porque las conciencias de los inicuos no se sanan sino con indulgencia. Pues si un deudor del fisco confeso dice que tiene grandes tribulaciones, y mirando las angustias de su propiedad, cuando ve que no puede pagar; por los cobradores que se le imponen cada año, dice que sufre grandes tribulaciones, y no respira en absoluto sino en la esperanza de la indulgencia de las cosas terrenales: cuánto más el deudor de las penas por la abundancia de los delitos, cuando

pagará lo que debe de la mala conciencia, cuando si lo paga él mismo perece. Porque pagar esa deuda es sufrir las penas. Queda, pues, que podamos estar seguros de su indulgencia: si, sin embargo, recibida la indulgencia no volvemos a contraer deudas.

4. Estos, pues, hijos de Coré tal vez se entienden ser aquellos a quienes Pedro habló en los Hechos de los Apóstoles, cuando estaban atentos a las maravillas de la venida del Espíritu Santo, cuando todos en quienes había venido hablaban en todas las lenguas. Pues les anunció a Cristo, a aquel que pudo tanto enviando al Espíritu Santo. Aquel a quien ellos mismos habían crucificado con sus manos, pensando cuán despreciable era, cuando fue muerto por ellos, cuán alto y excelso había sido hecho ante Dios, quien llenaba de Espíritu Santo a los ignorantes, y hacía elocuentes las lenguas de los niños, compungidos de corazón, dijeron: ¿Qué haremos? Estas eran las tribulaciones excesivas, que los encontraron. Pues no encontraron ellos sus pecados, sino que fueron encontrados en ellos por la conmemoración de los Apóstoles. Por eso los encontraron tribulaciones, no ellos encontraron tribulaciones. Pues cuando sin la advertencia de alguien el hombre mismo considera su hecho, y ruega a Dios, ¿qué dice? Tribulación y dolor encontré, e invoqué el nombre del Señor (Salmo CXIV, 3, 4). Es, pues, una tribulación la que tú encuentras, otra la que te encuentra. En ambas, sin embargo, ya sea la que te encuentra, ya sea la que tú encuentras, para que ambas sean alejadas, debe ser rogado aquel que es auxilio en las tribulaciones. Pues también aquel cuando encontraba, dijo esto, E invoqué el nombre del Señor: y estos en las tribulaciones, de las que dijeron que fueron encontrados por ellas, dijeron esto, Dios es nuestro refugio y fortaleza, auxilio en las tribulaciones que nos han encontrado en exceso. Pero porque se ha hecho auxilio, ¿de dónde se ha hecho? Compungidos, dice, de corazón dijeron: ¿Qué haremos? Como en gran desesperación. Aquel es tan grande, a quien nosotros matamos, ¿dónde estaremos nosotros? Y Pedro, Haced penitencia, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, y se os perdonarán vuestros pecados (Hechos II, 4, 37, 38). Pues no pudieron pensar en pecado más grave que este. ¿Qué pecado más grave puede cometer un enfermo, que matar a su médico? ¿Qué más grave puede hacer un enfermo, que si mata a su médico? Cuando esto se perdona, ¿qué no se perdona? De aquel, pues, a quien se le dijo, Refugio y fortaleza, recibieron gran seguridad. Bautícese cada uno de vosotros en el nombre de nuestro Señor Jesucristo: en el nombre de aquel a quien matasteis, bautizaos, y se os perdonarán vuestros pecados. Médico, aunque después lo conocisteis, ya seguros bebed la sangre que derramasteis.

5. [vers. 3.] Finalmente, recibida tanta seguridad, ¿qué dicen? Por eso no temeremos, cuando se turbe la tierra. Poco antes preocupados, de repente seguros, puestos en gran tranquilidad desde tribulaciones excesivas. Pues Cristo dormía en ellos, por eso se turbaban: Cristo fue despertado, como acabamos de escuchar en el Evangelio, mandó a los vientos, y se calmaron (Mateo VIII, 24-26). Pues Cristo en el corazón de cada uno por la fe, se nos significó, porque el corazón de aquel se turba como una nave en la tempestad de este siglo, quien olvida su fe: como si Cristo durmiera, se turba; pero Cristo despertado, se hace tranquilidad. Finalmente, ¿qué dijo el mismo Señor? ¿Dónde está vuestra fe? (Lucas VIII, 25). Cristo despertado despertó la fe: para que lo que se hizo en la nave, se hiciera en sus corazones. Auxilio en las tribulaciones que nos han encontrado en exceso: eso hizo para que allí hubiera gran tranquilidad.

6. Ved la misma tranquilidad: Por eso no temeremos, cuando se turbe la tierra, y se trasladen los montes al corazón del mar. Entonces no temeremos. Busquemos los montes trasladados; y si podemos encontrarlos, es manifiesto que esa es nuestra seguridad. Pues el Señor dijo a los discípulos: Si tuvierais fe como un grano de mostaza, diréis a este monte, Trasládate y échate en el mar, y se hará (Mateo XVII, 19). Tal vez, a este monte, lo dijo de sí mismo; pues se le

llamó monte: Será en los últimos tiempos manifiesto el monte del Señor. Pero este monte está colocado sobre otros montes: porque también los Apóstoles son montes, llevando este monte. Por eso sigue, Será en los últimos tiempos, manifiesto el monte del Señor, preparado en la cima de los montes (Isaías II, 2). Por tanto, trasciende las cimas de todos los montes, y está colocado en la cima de todos los montes; porque los montes son los que anuncian el monte. Pero el mar significa este siglo, en cuya comparación del mar parecía como tierra la nación judía. Pues no estaba cubierta por la amargura de la idolatría, sino que era como árida rodeada por la amargura de las naciones como por el mar. Iba a suceder que se turbaría la tierra, es decir, esa misma nación judía; y se trasladarían los montes al corazón del mar, es decir, primero el mismo gran monte preparado en la cima de los montes. Pues abandonó la nación judía, y fue hecho en las naciones; fue trasladado de la tierra al mar. ¿Por quiénes trasladado? Por los Apóstoles, a quienes dijo, Si tuvierais fe en vosotros como un grano de mostaza, diréis a este monte, Trasládate y échate en el mar, y se hará: es decir, por vuestra predicación fidelísima se hará que este monte, es decir, yo mismo sea predicado en las naciones, glorificado en las naciones, conocido en las naciones, y se haga lo que de mí fue predicho, Pueblo que no conocí, me sirvió (Salmo XVII, 45). Pero, ¿cuándo también aquellos montes fueron trasladados? Y esto nos lo indique la Escritura de Dios. Cuando el Apóstol predicaba a los judíos, rechazaron la palabra; y dijo el apóstol Pablo: A vosotros fuimos enviados, pero porque rechazasteis la palabra de Dios, vamos a los gentiles (Hechos XIII, 46). Fueron trasladados los montes al corazón del mar. Verdaderamente las naciones creyeron a los montes, para que en el corazón del mar estuvieran aquellos montes: no como los judíos, de quienes se dijo, Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí (Isaías XXIX, 13, y Mateo XV, 8). Pues esto también promete el Señor del Nuevo Testamento, por el profeta diciendo: Pondré mis leyes en sus corazones (Jeremías XXXI, 33, y Hebreos VIII, 10). Estas leyes, estos preceptos por los Apóstoles puestos en la fe y credulidad de todas las naciones, se dice que los montes fueron trasladados al corazón del mar. Entonces no temeremos. ¿Quiénes no temeremos? Aquellos que fuimos compungidos de corazón, para no ser del número de los judíos reprobados, como ramas rotas. Pues algunos de ellos creyeron, y se adhirieron a los Apóstoles predicadores. Teman, pues, aquellos a quienes los montes abandonaron: nosotros no nos alejamos de los montes; y cuando fueron trasladados al corazón del mar, los seguimos.

7. [vers. 4.] ¿Qué sigue ya de que los montes fueron trasladados al corazón del mar? Atended y ved la verdad. Pues estas cosas cuando se decían, eran oscuras, porque aún no habían sucedido: pero ahora, ¿quién no reconoce ya lo que ha sucedido? Sea para ti libro la página divina, para que escuches estas cosas: sea para ti libro el orbe de la tierra, para que veas estas cosas. En estos códices no las leen, sino quienes conocen las letras: en todo el mundo lea también el ignorante. ¿Qué, pues, se hizo, mientras los montes fueron trasladados al corazón del mar? Sonaron y se turbaron sus aguas. Cuando se predicaba el Evangelio, ¿Qué es esto? Parece ser este anunciador de demonios extranjeros (Hechos XVII, 18): esto los atenienses. Pero los efesios, ¿con qué tumulto quisieron matar a los Apóstoles, cuando en el teatro hicieron tanto ruido por su Diana, que clamaron: Grande es Diana de los efesios (Id. XIX, 28)? Entre qué olas y sonido del mar no temían, quienes habían huido a aquel refugio. Finalmente, el apóstol Pablo quería entrar en el teatro, y fue llamado por los discípulos, porque era necesario que aún permaneciera en la carne por ellos. Pero, sin embargo, Sonaron y se turbaron sus aguas: se turbaron los montes en su fortaleza. ¿De quién? ¿Acaso del mar, o más bien de Dios, de quien se dijo: Refugio y fortaleza, auxilio en las tribulaciones que nos han encontrado en exceso? Pues los montes se turbaron, es decir, las potestades de este siglo. Otros son, pues, los montes de Dios, otros son los montes del siglo: montes del siglo, cuyo cabeza es el diablo; montes de Dios, cuyo cabeza es Cristo. Pero por estos montes se turbaron

aquellos montes. Entonces dieron voces contra los cristianos, cuando se turbaron los montes sonando las olas: y los montes se turbaron, y se hizo un gran terremoto con el movimiento del agua. Pero, ¿a quiénes estas cosas? A aquella ciudad fundada sobre la roca. Suenan las aguas, se turban los montes, anunciado el Evangelio. ¿Qué tú, ciudad de Dios? Escucha lo que sigue.

8. [vers. 5.] El ímpetu del río alegra la ciudad de Dios. Cuando se turban los montes, cuando el mar se enfurece, Dios no abandona su ciudad por el ímpetu del río. ¿Cuáles son estos ímpetus del río? Esa inundación del Espíritu Santo, de la que el Señor decía: Si alguno tiene sed, venga y beba: el que cree en mí, de su interior correrán ríos de agua viva. Por tanto, estos ríos flúan del interior de Pablo, Pedro, Juan, otros Apóstoles, otros Evangelistas fieles. Estos ríos, al fluir de un solo río, muchos ímpetus del río alegran la ciudad de Dios. Pues para que sepáis que esto se dijo del Espíritu Santo, en el mismo Evangelio el Evangelista dice a continuación: Esto decía del Espíritu, que habían de recibir los que creyeran en él. Pero el Espíritu aún no había sido dado, porque Jesús aún no había sido glorificado (Juan VII, 37-39). Glorificado Jesús después de la resurrección, glorificado después de la ascensión, el día de Pentecostés vino el Espíritu Santo, llenó a los creyentes, hablaron en lenguas (Hechos II, 4), comenzaron a predicar el Evangelio a los Gentiles. De aquí se alegraba la ciudad de Dios, mientras el mar se turbaba con el sonido de sus aguas, mientras los montes se turbaban buscando qué hacer, cómo rechazar la nueva doctrina, cómo erradicar de la tierra la raza de los cristianos. ¿Contra quién? Contra los ímpetus del río que alegran la ciudad de Dios. De aquí también muestra de qué río hablaba, porque significaba el Espíritu Santo, Los ímpetus del río alegran la ciudad de Dios. ¿Y qué sigue? El Altísimo santificó su tabernáculo. Si, por tanto, sigue el nombre de santificación, es manifiesto que esos ímpetus del río deben entenderse del Espíritu Santo, por el cual se santifica toda alma piadosa que cree en Cristo, para que se convierta en ciudadano de la ciudad de Dios.

9. [vers. 6.] Dios está en medio de ella, y no se conmovió. Que se enfurezca el mar, que se turben los montes: Dios está en medio de ella, y no se conmovió. ¿Qué significa, en medio de ella? Como si Dios estuviera en un lugar, y lo rodearan quienes creen en él. ¿Entonces Dios está rodeado por un lugar, y son amplios los que lo rodean, y estrecho el que es rodeado? De ninguna manera. No penséis tal cosa de Dios, que no es capturado por ningún lugar, cuya sede es la conciencia de los piadosos: y así la sede de Dios está en los corazones de los hombres, de modo que si el hombre cae de Dios, Dios permanece en sí mismo, no como si cayera, no encontrando dónde estar. Más bien te levanta para que estés en él, que apoyarse en ti, para que si te retiras, él caiga. Si él se retira, tú caerás: si tú te retiras, él no caerá. ¿Qué significa, Dios en medio de ella? Esto significa que Dios es equitativo para todos, y no hace acepción de personas. Pues así como lo que está en medio tiene iguales distancias a todos los extremos; así se dice que Dios está en medio, consultando igualmente a todos. Dios está en medio de ella, y no se conmovió. ¿Por qué no se conmovió? Porque Dios está en medio de ella. La ayudará Dios con su rostro. Él es, el ayudador en las tribulaciones que nos han encontrado en gran manera. La ayudará Dios con su rostro. ¿Qué significa, con su rostro? Con su manifestación. ¿Cómo se manifiesta Dios, y veremos su rostro? Ya lo recuerdo, aprendisteis que Dios está presente, lo aprendimos por las obras. Cuando recibimos de él alguna ayuda, de tal manera que no dudamos en absoluto que nos ha sido concedida por el Señor, el rostro de Dios está con nosotros. La ayudará Dios con su rostro.

10. [vers. 7.] Se turbaron las naciones. ¿Y cómo se turbaron? ¿Por qué se turbaron? ¿Para derribar la ciudad de Dios, en cuyo medio está Dios? ¿Para destruir el tabernáculo santificado, que Dios ayuda con su rostro? No. Pero ya las naciones se turbaron saludablemente. Pues ¿qué sigue? Y se inclinaron los reinos. Se inclinaron, dice, los reinos:

ya no erguidos, para enfurecerse; sino inclinados, para adorar. ¿Cuándo se inclinaron los reinos? Cuando se cumplió lo que se predijo en otro salmo: Todos los reyes de la tierra lo adorarán, todas las naciones le servirán (Salmo LXXI, 11). ¿Qué hizo que los reinos se inclinaran? ¿Qué cosa, escucha: Dio su voz el Altísimo, y la tierra se movió. Los poseídos de los ídolos resonaban como ranas de los pantanos, tanto más tumultuosamente, cuanto más sucios del lodo y el cieno. ¿Y qué ruido de ranas ante los truenos de las nubes? Pues de allí dio su voz el Altísimo, y la tierra se movió: tronó desde sus nubes. ¿Cuáles son sus nubes? Sus Apóstoles, sus predicadores, de quienes tronaba con preceptos, resplandecía con milagros. Ellos son las nubes que también son montes: montes por su altura y firmeza, nubes por la lluvia y fertilidad. Pues estas nubes regaron la tierra, de las cuales se dijo, Dio su voz el Altísimo, y la tierra se movió. De estas nubes amenaza a cierta viña estéril, de donde fueron trasladados los montes al corazón del mar: Mandaré, dice, a mis nubes que no lluevan sobre ella (Isaías V, 6). Esto se cumplió en lo que recordamos, cuando los montes fueron trasladados al corazón del mar: cuando se dijo, A vosotros fuimos enviados, pero porque rechazasteis la palabra de Dios, vamos a los gentiles (Hechos XIII, 46): se cumplió, Mandaré a mis nubes que no lluevan sobre ella. Finalmente, la misma nación judía ahora ha quedado así, como un vellón seco en la era. Pues también sabéis que esto sucedió en cierto milagro. La era estaba seca, solo el vellón estaba mojado: pero la lluvia no aparecía en el vellón (Jueces VI, 37, 38). Así también el sacramento del Nuevo Testamento no aparecía en la gente de los judíos. Lo que allí era el vellón, aquí es el velo: pues el sacramento estaba velado en el vellón. En la era, en todas las naciones, el Evangelio de Cristo es manifiesto: la lluvia es manifiesta, la gracia de Cristo es desnuda; pues no está cubierta por un velo. Pero para que de allí saliera la lluvia, se exprimió el vellón. Pues por la presión excluyeron a Cristo de sí mismos, y el Señor ya desde sus nubes llovió sobre la era, el vellón quedó seco. De allí, pues, dio su voz el Altísimo, desde estas nubes, por cuya voz los reinos se inclinaron, y adoraron.

11. [vers. 8.] El Señor de los ejércitos está con nosotros, nuestro protector es el Dios de Jacob. No cualquier hombre, no cualquier poder, ni siquiera un ángel, ni ninguna criatura, ya sea terrenal o celestial, sino el Señor de los ejércitos está con nosotros, nuestro protector es el Dios de Jacob. Él envió a los Ángeles, vino después de los Ángeles, vino para que los Ángeles le sirvieran, vino para hacer a los hombres iguales a los Ángeles. Gran gracia. Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros? El Señor de los ejércitos está con nosotros. ¿Quién es el Señor de los ejércitos está con nosotros? Si Dios está por nosotros, digo, ¿quién contra nosotros? El que no escatimó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas? (Romanos VIII, 31, 32). Por tanto, estemos seguros, en la tranquilidad del corazón alimentemos una buena conciencia del pan del Señor. El Señor de los ejércitos está con nosotros, nuestro protector es el Dios de Jacob. Por grande que sea tu debilidad, mira quién te sostiene. Alguien está enfermo, se llama al médico; el médico dice que ha tomado al enfermo bajo su cuidado. ¿Quién lo ha tomado? Él. Gran esperanza de salud, un gran médico lo ha tomado. ¿Qué médico? Todo médico, excepto él, es hombre: todo médico que viene al enfermo, otro día puede enfermar, excepto él. Nuestro protector es el Dios de Jacob. Hazte un niño pequeño, como los que son tomados por sus padres. Pues los que no son tomados, son expuestos: los que son tomados, son nutridos. ¿Crees que Dios te ha tomado así como tu madre te tomó cuando eras un niño? No así, sino para siempre. Pues tu voz está en ese salmo: Porque mi padre y mi madre me abandonaron, pero el Señor me recogió (Salmo XXVI, 10). Nuestro protector es el Dios de Jacob.

12. [vers. 9.] Venid, y ved las obras del Señor. Ya de esta protección, ¿qué hizo el Señor? Observa el orbe de la tierra, ven, y ve. Pues si no vienes, no ves; si no ves, no crees; si no crees, estás lejos: si crees, vienes; si crees, ves. Pues ¿cómo se viene a este monte? ¿Acaso

con los pies? ¿Acaso con barcos? ¿Acaso con alas? ¿Acaso con caballos? En cuanto a las distancias de los lugares, no te preocupes, no te turbes, él viene a ti. Pues de una pequeña piedra creció, y se hizo un gran monte, de modo que llenó toda la faz de la tierra. ¿Por qué quieres, entonces, venir a él por las tierras, quien llenó las tierras? He aquí que ya vino; despierta: creciendo, incluso golpea a los que duermen; si no hay en ellos un sueño tan profundo, que incluso contra el monte que viene se endurezcan, sino que escuchen: Levántate, tú que duermes, y resucita de entre los muertos, y Cristo te iluminará (Efesios V, 14). Pues era mucho para los judíos ver la piedra. Pues esa piedra aún era pequeña: con razón también la despreciaron pequeña, despreciándola tropezaron, y tropezando fueron quebrantados; queda que también sean triturados. Pues esto se dijo de aquella piedra: El que tropiece en esa piedra, lo quebrantará; sobre quien caiga, lo triturará (Lucas XX, 18). Una cosa es ser quebrantado, otra ser triturado: ser quebrantado es menos que ser triturado: pero el excelso que viene no tritura a nadie, sino a quien ha quebrantado el humilde que yace. Pues ahora, antes de que venga nuestro Señor, yacía humildemente ante los judíos, y tropezaron en él, y fueron quebrantados: vendrá después en su juicio claro y alto, grande y poderoso; no débil para ser juzgado, sino fuerte para juzgar, y triturar a los que fueron quebrantados al tropezar en él. Pues él es la piedra de tropiezo y roca de escándalo para los que no creen (I Pedro II, 8). Por tanto, queridos, no es de extrañar si los judíos no reconocieron a quien despreciaron como una pequeña piedra ante sus pies: ellos son de admirar que aún no quieran reconocer un monte tan grande. Los judíos tropezaron en la pequeña piedra al no verla, los herejes tropiezan en el monte. Pues ya creció aquella piedra; ya les decimos, He aquí que se cumplió la profecía de Daniel, Aquella piedra que era pequeña, se hizo un gran monte, y llenó toda la tierra (Daniel II, 35). ¿Por qué tropezáis en él, y no ascendéis en él? ¿Quién es tan ciego que tropieza en un monte? Como si hubiera venido a ti para que tengas en qué tropezar, y no tengas en qué ascender. Venid, y subamos al monte del Señor (Isaías II, 3). Isaías dice esto: Venid, y subamos. ¿Qué significa, Venid, y subamos? Venid, significa creed; subamos, significa progreseemos. Pero estos no quieren ni venir, ni subir, ni creer, ni progresar. Ladran contra el monte. Ya han sido quebrantados tantas veces al tropezar en él, y no quieren subir, siempre eligiendo tropezar. Digámosles, Venid, y ved las obras del Señor, que ha puesto prodigios sobre la tierra. Se llaman prodigios, porque algo anuncian, aquellos signos de los milagros que se hicieron cuando el mundo creyó. ¿Y qué se hizo de eso, y qué anunciaban?

13. [vers. 10.] Quitando las guerras hasta los confines de la tierra. Esto aún no vemos que esté completo: todavía hay guerras, hay entre las naciones por el reino; entre sectas, entre judíos, paganos, cristianos, herejes, hay guerras, las guerras se multiplican; unos luchan por la verdad, otros por la falsedad. Por tanto, aún no está completo, Quitando las guerras hasta los confines de la tierra: pero tal vez se completará. ¿O ya está completo? En algunos está completo: en el trigo está completo, en la cizaña aún no está completo. ¿Qué significa esto, Quitando las guerras hasta los confines de la tierra? ¿Dice guerras, con las que se lucha contra Dios? ¿Quién lucha contra Dios? La impiedad. ¿Y qué puede hacer la impiedad a Dios? Nada. ¿Qué hace un vaso de barro roto contra la roca, por más que se rompa violentamente? Tanto mayor es su mal, cuanto mayor es el ímpetu con que viene. Estas guerras eran grandes, eran frecuentes. La impiedad luchaba contra Dios, y los vasos de barro se rompían: presumiendo de sí mismos los hombres, prevaleciendo mucho de su propia fuerza. De lo cual el escudo también Job dijo de cierto impío: Corrió contra Dios con el grueso cuello de su escudo (Job XV, 26). ¿Qué significa, con el grueso cuello de su escudo? Presumiendo demasiado de su propia protección. ¿Acaso eran tales aquellos que decían: Dios es nuestro refugio y fortaleza, ayudador en las tribulaciones que nos han encontrado en gran manera? o en otro salmo: Pues no confiaré en mi arco, y mi brazo no me salvará (Salmo

XLIII, 7)? Cuando alguien reconoce que en sí mismo no hay nada, y no tiene ninguna ayuda de sí mismo, las armas en él han sido rotas, las guerras han sido apaciguadas. Por tanto, estas guerras las eliminó aquella voz del Altísimo desde las santas nubes, por la cual la tierra se movió, y los reinos se inclinaron: quitó estas guerras hasta los confines de la tierra. Romperá el arco, y quebrará las armas, y quemará los escudos con fuego. Arco, armas, escudos, fuego. El arco es, las insidias; las armas, la oposición pública; el escudo, la vana protección de la presunción. El fuego con el que se queman estas cosas, es del que el Señor dice: Fuego vine a traer a la tierra (Lucas XII, 49). Del cual fuego dice el salmo: Y no hay quien se esconda de su calor (Salmo XVIII, 7). Con este fuego ardiendo, no quedarán en nosotros armas de impiedad, es necesario que todas se rompan, se quiebren, se quemen. Permanece desarmado no teniendo ninguna ayuda tuya: y cuanto más débil eres, no teniendo tus propias armas, tanto más te sostiene, de quien se dijo: Nuestro protector es el Dios de Jacob. Pues querías ser poderoso por tí mismo, Dios te hizo débil, para hacerte fuerte de él, porque te debilitabas de tí.

14. [vers. 11.] ¿Qué sigue entonces? Vacad. ¿Para qué? Y ved que yo soy Dios. Esto es, No vosotros, sino yo soy Dios: yo creé, yo recreo; yo formé, yo reformo; yo hice, yo rehago. Si no pudiste hacerte a tí mismo, ¿cómo puedes rehacerte a tí mismo? Esto no lo ve el tumulto contencioso del ánimo humano: a cuyo tumulto contencioso se le dice, Vacad, es decir, reprimid vuestros ánimos de las contradicciones. No argumentéis y como si os armarais contra Dios: de lo contrario, las armas aún no han sido quemadas por aquel fuego. Pero si han sido quemadas, Vacad; porque no tenéis con qué luchar. Pero si vacáis en vosotros, y de mí pedís todo, quienes antes presumíais de vosotros, Vacad, y veréis que yo soy Dios.

15. [vers. 12.] Seré exaltado entre las naciones, y seré exaltado en la tierra. Poco antes decía que con el nombre de tierra se significaba al pueblo de los judíos, con el nombre de mar a las demás naciones. Fueron trasladados los montes al corazón del mar: se turbaron las naciones, se inclinaron los reinos, dio su voz el Altísimo, y la tierra se movió. El Señor de los ejércitos está con nosotros, nuestro protector es el Dios de Jacob. Se hicieron milagros entre las naciones, se llena la fe de las naciones, arden las armas de la presunción humana: se vaca en la tranquilidad del corazón, para que se reconozca al autor Dios de todos sus dones. Y después de esta clarificación, ¿acaso abandona también al pueblo de los judíos, de quien dice el Apóstol: Pues os digo, para que no seáis sabios en vuestra propia opinión, que la ceguera en parte ha acontecido a Israel, hasta que haya entrado la plenitud de los Gentiles? Es decir, hasta que los montes fueran trasladados aquí, las nubes llovieran aquí, aquí el Señor con su trueno inclinara los reinos, hasta que haya entrado la plenitud de los Gentiles. ¿Y qué después? Y así todo Israel será salvo (Romanos XI, 25, 26). Por eso aquí también guardando el mismo orden, Seré exaltado, dice, entre las naciones, y seré exaltado en la tierra: es decir, tanto en el mar como en la tierra; para que ya todos digan lo que sigue, El Señor de los ejércitos está con nosotros, nuestro protector es el Dios de Jacob.

EN EL SALMO XLVI COMENTARIO. SERMON A LA PLEBE.

1. El Señor nuestro Dios la fe en la que vivimos, y de la que vivimos, por los Libros santos, las Escrituras santas nos la ha difundido de muchas maneras y de diversas formas; variando ciertamente los sacramentos de las palabras, pero recomendando una sola fe. Pues una y la misma cosa se dice de muchas maneras, para que con el mismo modo de decir se varíe por el fastidio, pero por la concordia se mantenga una. Así que en este salmo que hemos oído cantado, al que cantando hemos respondido, vamos a decir lo que sabéis: y sin embargo, tal vez, con la ayuda y el don del Señor, traeremos alguna dulzura a vosotros, cuando lo que en otros lugares y en otros conocíais, también recordados lo rumiáis. Pues con esa misma rumia,

en la que Dios significa a los animales puros, quiso insinuar que todo hombre lo que oye debe ponerlo en el corazón, para que no sea perezoso después de pensar en ello: para que cuando oye, sea semejante al que come; pero cuando recuerda lo oído en la memoria, y lo recoge con el pensamiento más dulce, sea semejante al que rumia. Por tanto, de otro modo se dicen las mismas cosas, y nos hacen pensar dulcemente en lo que sabemos, y escuchar las mismas cosas con gusto; porque el modo de decir se varía, y la cosa antigua se renueva con el mismo modo de decir.

2. [vers. 1.] El título del Salmo es el siguiente: Al final, para los hijos de Coré, Salmo de David. Estos hijos de Coré aparecen en los títulos de varios Salmos, y revelan un dulce misterio, insinúan un gran sacramento: donde también nosotros mismos nos entendemos con gusto, y nos reconocemos en el título, nosotros que escuchamos y leemos, y como si se nos presentara un espejo, nos miramos. ¿Quiénes son los hijos de Coré? Hubo un hombre llamado Coré (Núm. XVI, 1), pues así se llamaba un hombre: sin embargo, cuando se leen las Escrituras y se encuentra que la palabra divina se dirige a ciertos individuos, que no se entienden fácilmente como hijos de aquel hombre llamado Coré, la mente recurre al misterio, para buscar qué significa Coré. Porque es una palabra hebrea, se traduce al griego y al latín. Y ya se ha hecho; muchos nombres hebreos se nos han interpretado: y encontramos que Coré se interpreta como Calvo. Mucho más han prestado atención. Era oscuro cuando se decía hijos de Coré, ¿no es más oscuro cuando se dice hijos del calvo? ¿Quiénes son estos hijos del calvo? ¿Acaso son los hijos del esposo? Porque el esposo fue crucificado en el lugar del Calvario. Recordad el Evangelio, donde crucificaron al Señor, y lo encontraréis crucificado en el lugar del Calvario (Mat. XXVII, 33). Por tanto, quienes se burlan de su cruz, son devorados por demonios como por bestias. Pues también esto lo significó cierta Escritura. Cuando el profeta de Dios Eliseo subía, los niños lo seguían burlándose, diciendo: Sube, calvo, sube, calvo: pero él, no tan cruelmente como mística, hizo que esos niños fueran devorados por osos que salieron (IV Reg. II, 23, 24). Si esos niños no hubieran sido devorados, ¿acaso vivirían hasta ahora? ¿O no podrían, nacidos mortales, ser arrebatados incluso por la fiebre? Sin embargo, no se mostraría el misterio en ellos, donde los posteriores se aterrorizarían. Que nadie se burle de la cruz del Señor: los judíos están poseídos por demonios y devorados. Pues en el lugar del Calvario, crucificando a Cristo y levantándolo en la cruz, como si ellos mismos dijeran con sentido pueril, sin entender lo que decían, Sube, calvo. ¿Qué es, pues, Sube? Crucificalo, crucificalo (Luc. XXIII, 21). Se propone la puerilidad para imitar la humildad, y también se propone la puerilidad para evitar la necedad. La puerilidad propuesta para imitar la humildad es del Señor, cuando llamó a los niños a sí, y cuando se les prohibía, dijo: Dejad que vengan a mí, porque de ellos es el reino de los cielos (Mat. XVIII, 2, y XIX, 14). El ejemplo de la puerilidad propuesto para evitar la necedad es del Apóstol: Hermanos, no seáis niños en el entendimiento. Y nuevamente propone para imitar: Sed niños en la malicia, para que seáis perfectos en la mente (I Cor. XIV, 20). Para los hijos de Coré. Se canta el Salmo: por lo tanto, se canta para los cristianos. Escuchémoslo como hijos de aquel esposo, a quien los niños insensatos crucificaron en el lugar del Calvario. Ellos merecieron ser devorados por bestias, nosotros ser coronados por ángeles. Reconocemos la humildad de nuestro Señor, y no nos avergonzamos de ella. No nos avergonzamos de aquel llamado mística calvo, por el lugar del Calvario. Pues con la misma cruz en la que se le insultó, no permitió que nuestra frente quedara calva, porque la selló con su madera. Finalmente, para que sepáis que esto se nos dice a nosotros, ved lo que se dice.

3. [vers. 2.] Pueblos todos, batid palmas. ¿Acaso el pueblo de los judíos eran todos los pueblos? Pero la ceguera en parte de Israel se hizo, para que los niños insensatos clamaran, Calvo, calvo; y así el Señor fue crucificado en el lugar del Calvario, para que derramando su

sangre redimiera a los pueblos, y se cumpliera lo que dice el Apóstol: La ceguera en parte de Israel se hizo, para que la plenitud de los gentiles entrara (Rom. XI, 25). Que insulten, pues, los vanos y necios, y digan, Calvo, calvo: pero vosotros, redimidos por su sangre, que fue derramada en el lugar del Calvario, Pueblos todos, batid palmas, porque ha llegado a vosotros la gracia de Dios. Batid palmas. ¿Qué es batid? Alegraos. Pero, ¿por qué con las manos? Porque con buenas obras. No os alegréis solo con la boca, y dejéis de hacerlo con las manos. Si os alegráis, batid palmas. Que vea las manos de los pueblos, quien se dignó conceder las alegrías. ¿Qué son las manos de los pueblos? Las obras de los que bien obran. Pueblos todos, batid palmas: aclamad a Dios con voz de júbilo. Y con voz, y con manos. Si solo con voz, no está bien; porque las manos están perezosas: si solo con manos, tampoco está bien; porque la lengua está muda: que concuerden manos y lengua; aquella confiese, estas obren. Aclamad a Dios con voz de júbilo.

4. [vers. 3.] Porque el Señor es excelso y terrible. Aquel excelso, como irrisible descendiendo, ascendiendo al cielo se hizo terrible. Gran rey sobre toda la tierra. No solo sobre los judíos: pues también sobre ellos es rey. De allí también creyeron los Apóstoles, de allí también muchas multitudes vendieron sus bienes, y pusieron los precios a los pies de los Apóstoles (Hech. IV, 34): y se cumplió en ellos lo que estaba escrito en el título de la cruz, Rey de los judíos (Mat. XXVII, 37). Pues es rey también de los judíos. Pero es poco ser rey de los judíos. Pueblos todos, batid palmas: porque rey de toda la tierra es Dios. No le basta tener una sola nación bajo él: por eso dio un precio tan grande de su costado, para comprar el orbe de la tierra. Gran rey sobre toda la tierra.

5. [vers. 4.] Sujetó pueblos a nosotros, y naciones bajo nuestros pies. ¿A quiénes sujetó, y a quiénes? ¿Quiénes son los que hablan? ¿Acaso los judíos? Claro que si son los Apóstoles, claro que si son los santos. A ellos Dios sujetó pueblos y naciones, para que hoy sean honrados entre las naciones, quienes merecieron ser muertos por sus conciudadanos: como su Señor fue muerto por sus conciudadanos, y es honrado por las naciones, crucificado por los suyos, adorado por los extraños, pero con el precio de sus hechos. Pues nos compró, para que no fuéramos extraños a él. ¿Crees, entonces, que son voces de los Apóstoles, Sujetó pueblos a nosotros, y naciones bajo nuestros pies? No sé. Sería extraño que los Apóstoles hablaran tan soberbiamente, que se alegraran de que las naciones estuvieran puestas bajo sus pies, es decir, los cristianos bajo los pies de los Apóstoles. Pues se alegran de que estemos con ellos bajo los pies de aquel que murió por nosotros. Pues corrían bajo los pies de Pablo, quienes querían ser de Pablo; y él les decía: ¿Acaso fue Pablo crucificado por vosotros? (I Cor. I, 13). ¿Qué, entonces, aquí? ¿Qué vamos a recibir? Sujetó pueblos a nosotros, y naciones bajo nuestros pies. Todos los que pertenecen a la herencia de Cristo están en todas las naciones, y todos los que no pertenecen a la herencia de Cristo están en todas las naciones: y veis cómo se exalta en el nombre de Cristo la Iglesia de Cristo, para que todos los que aún no creen en Cristo, yacen bajo los pies de los cristianos. Pues cuántos ahora corren a la Iglesia aún no siendo cristianos, piden ayuda a la Iglesia; quieren ser socorridos temporalmente, aunque aún no quieran reinar con nosotros eternamente. Cuando todos buscan la ayuda de la Iglesia, incluso los que aún no están en la Iglesia, ¿no ha sujetado pueblos y naciones bajo nuestros pies?

6. [vers. 5.] Eligió para nosotros su herencia, la belleza de Jacob que amó. Eligió para nosotros su herencia, la belleza de Jacob. Había dos hermanos, Esaú y Jacob; en el vientre de la madre ambos luchaban, y del conflicto se agitaban las entrañas maternas: y allí, siendo dos, fue elegido el menor, y fue puesto sobre el mayor, y se dijo: Dos pueblos hay en tu vientre, y el mayor servirá al menor (Gén. XXV, 23). A través de todas las naciones el mayor, a través de todas las naciones el menor: pero el menor en los buenos cristianos, elegidos, piadosos, fieles; el mayor en los soberbios, indignos, pecadores, contumaces, defendiendo más sus

pecados que confesándolos; tal como también fue el pueblo de los judíos, ignorando la justicia de Dios, y queriendo establecer la suya (Rom. X, 3). Pero porque se dijo, El mayor servirá al menor, es manifiesto que los impíos se someterán a los piadosos, y los soberbios a los humildes. Esaú nació primero, y Jacob nació después: pero el que nació después, fue preferido al que nació primero, quien por gula perdió su primogenitura. Así lo tienes escrito: Deseó la lenteja, y su hermano le dijo: Si quieres que te la dé, dame tu primogenitura. Él amó más lo que carnalmente deseaba, que lo que espiritualmente había merecido al nacer primero: y dejó su primogenitura, para comer la lenteja (Gén. XXV, 30-34). La lenteja, sin embargo, encontramos que es alimento de los egipcios; pues abunda en Egipto. De donde se magnifica la lenteja alejandrina, y llega hasta nuestras tierras, como si aquí no naciera lenteja. Así también el pueblo de los judíos, del que se dijo, Se volvieron de corazón a Egipto (Hech. VII, 39), deseó de alguna manera la lenteja, y perdió el primado. Eligió para nosotros su herencia, la belleza de Jacob que amó.

7. [vers. 6.] Ascendió Dios con júbilo. Aquel mismo Dios nuestro Señor Cristo ascendió con júbilo. El Señor con voz de trompeta. Ascendió: ¿a dónde, sino a donde sabemos? A donde los judíos no lo siguieron, ni con los ojos. Pues exaltado en la cruz lo ridiculizaron, ascendiendo al cielo no lo vieron. Ascendió Dios con júbilo. ¿Qué es júbilo, sino admiración de alegría, que no puede explicarse con palabras? Como se admiraron los discípulos gozosos, viendo ir al cielo (Hech. I, 9) a quien lloraron muerto: verdaderamente a esta alegría no le bastaban las palabras, quedaba el júbilo que nadie podía explicar. Allí estaba también la voz de la trompeta, aquella voz de los ángeles. Pues se dijo, Como trompeta eleva tu voz (Is. LVIII, 1). Los ángeles proclamaron la ascensión del Señor: vieron a los discípulos, con el Señor ascendiendo, asombrados, admirados, estupefactos, sin decir nada, pero jubilandando en el corazón: y ya la voz de la trompeta en la clara voz de los ángeles, Varones galileos, ¿qué estáis mirando? Este es Jesús. Como si ellos no supieran que él era Jesús. ¿No lo habían visto poco antes ante ellos? ¿No lo habían oído hablar con ellos? ¿No solo vieron la apariencia del presente, sino que también tocaron los miembros? (Luc. XXIV, 39). ¿Acaso no sabían que él era Jesús? Pero por la misma admiración de la alegría del júbilo, como si estuvieran fuera de sí, los ángeles hablan, Él es Jesús. Como si dijeran, Si le creéis, él es aquel por cuya crucifixión vacilaron vuestros pies, por cuya muerte y sepultura pensasteis haber perdido la esperanza; he aquí, él es Jesús. Ascendió ante vosotros; así vendrá como lo veis ir al cielo (Hech. I, 11): ciertamente el cuerpo es quitado de vuestros ojos, pero Dios no se separa de vuestros corazones: ved al que asciende, creed en el ausente, esperad al que viene; pero sin embargo, por misericordia oculta, también sentid al presente. Pues aquel que ascendió al cielo, para ser quitado de vuestros ojos, os prometió diciendo: He aquí, yo estoy con vosotros hasta el fin del mundo (Mat. XXVIII, 20). Con razón también el Apóstol nos hablaba así: El Señor está cerca, no os preocupéis por nada (Filip. IV, 5, 6). Cristo está sentado sobre los cielos, y los cielos están lejos, y él que está sentado allí está cerca. El Señor con voz de trompeta. Así que vosotros, hijos de Coré, ya si os habéis entendido a vosotros mismos, y os veis aquí, y os alegráis, porque os veis aquí.

8. [vers. 7.] Cantad a nuestro Dios, cantad. A quien como hombre ridiculizaron los que están alejados de Dios, cantad a nuestro Dios. Pues no solo es hombre, sino también Dios. Hombre del linaje de David (Rom. I, 3), Dios Señor de David, teniendo carne de los judíos: de quienes son los padres, dice el Apóstol, y de quienes es Cristo según la carne. De los judíos, pues, Cristo, pero según la carne. ¿Quién es este Cristo, que es de los judíos según la carne? Que es sobre todas las cosas Dios bendito por los siglos (Id. IX, 5). Dios antes de la carne, Dios en la carne, Dios con la carne. No solo antes de la carne Dios, sino antes de la tierra Dios, de donde fue hecha la carne; ni solo antes de la tierra Dios, de donde fue hecha la carne, sino también

antes del cielo Dios, que fue hecho primero; antes del día Dios que fue hecho primero; antes de todos los ángeles Dios, él mismo Cristo Dios: porque en el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios: todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada fue hecho (Juan I, 1-3). Él es antes de todas las cosas, por quien fueron hechas todas las cosas. Cantad, pues, a nuestro Dios, cantad.

9. [vers. 8.] Porque rey de toda la tierra es Dios. ¿Qué, pues? ¿Y antes, no era Dios de toda la tierra? ¿Acaso no es Dios del cielo y de la tierra, cuando ciertamente por él fueron hechas todas las cosas? ¿Quién podría decir que no es su Dios? Pero no todos los hombres reconocieron a su Dios; y donde se le reconocía, como si solo allí fuera Dios. Conocido en Judea es Dios (Sal. LXXV, 2): aún no se decía a los hijos de Coré, Pueblos todos, batid palmas. Pues aquel Dios conocido en Judea, es rey de toda la tierra. Ya es reconocido por todos, porque se cumple lo que dice Isaías, Él mismo tu Dios que te libró, será llamado Dios de toda la tierra (Is. LIV, 5). Porque rey de toda la tierra es Dios: cantad con inteligencia. Nos enseña y nos advierte que cantemos con inteligencia: no busquemos el sonido del oído, sino la luz del corazón. Cantad, dice, con inteligencia. Las naciones, de donde fuisteis llamados para ser cristianos, adoraban dioses hechos por manos, y les cantaban; pero no con inteligencia. Si cantaran con inteligencia, no adorarían piedras. Cuando un hombre sensato cantaba a una piedra insensata, ¿acaso cantaba con inteligencia? Ahora, sin embargo, hermanos, no vemos con los ojos a quien adoramos, y sin embargo corregidos adoramos. Mucho más se nos recomienda Dios, porque no lo vemos con los ojos. Si lo viéramos con los ojos, tal vez lo despreciaríamos. Pues también a Cristo los judíos lo despreciaron visto, no visto las naciones lo adoraron. A ellos se les dijo, Cantad con inteligencia. No seáis como el caballo y el mulo, en los cuales no hay entendimiento (Sal. XXXI, 9).

10. [vers. 9.] Reinará el Señor sobre todas las naciones. Quien reinaba sobre una sola nación, reinará, dice, sobre todas las naciones. Cuando se decían estas cosas, Dios reinaba sobre una sola nación: era profecía, aún no se demostraba el hecho. Gracias a Dios, ya vemos cumplido lo que antes se profetizaba. Dios escribió antes del tiempo un documento para nosotros, en el tiempo cumplido nos lo devolvió. Reinará Dios sobre todas las naciones, es promesa. Dios se sienta sobre su trono santo. Lo que entonces se prometía que sucedería, ahora se reconoce y se tiene cumplido. Dios se sienta sobre su trono santo. ¿Cuál es su trono santo? Quizás los cielos; y bien se entiende. Pues Cristo ascendió, como sabemos, con el cuerpo en el que fue crucificado, y está sentado a la derecha del Padre (Hech. I, 2): de allí lo esperamos venir para juzgar a vivos y muertos (II Tim. IV). Se sienta sobre su trono santo. ¿Son los cielos su trono santo? ¿Quieres también tú ser su trono? No pienses que no puedes serlo: prepárale un lugar en tu corazón; viene, y se sienta con gusto. Él ciertamente es la Virtud de Dios y la Sabiduría de Dios (I Cor. I, 24). ¿Y qué dice la Escritura de esa Sabiduría? El alma del justo es el trono de la sabiduría (Sab. VII). Si, pues, el alma del justo es el trono de la sabiduría; que tu alma sea justa, y serás el trono real de la sabiduría. Y en verdad, hermanos, todos los hombres que viven bien, que obran bien, que se comportan según la caridad piadosa, ¿acaso no se sienta Dios en ellos, y él mismo manda? El alma obedece al Dios que se sienta en ella, y ella misma manda a los miembros. Pues tu alma manda a tu miembro, a dónde se mueva el pie, a dónde la mano, a dónde el ojo, a dónde el oído, y ella misma manda a los miembros como a sus siervos: pero ella misma sirve interiormente a su Señor que se sienta en ella. No puede mandar bien a lo inferior, si no se ha dignado servir al superior. Dios se sienta sobre su trono santo.

11. [vers. 10.] Los príncipes de los pueblos se reunieron con el Dios de Abraham. Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob (Éxodo III, 6). Es verdad, Dios dijo esto, y de ahí se

enorgullecieron los judíos, y dijeron: Nosotros somos hijos de Abraham. Se enorgullecían del nombre paterno, llevando su carne, pero no manteniendo su fe; adheridos a la semilla, degenerando en sus costumbres. Finalmente, ¿qué les dijo el Señor a ellos, que así se enorgullecían? Si sois hijos de Abraham, haced las obras de Abraham (Juan VIII, 33, 39). Asimismo, ¿qué les dijo Juan a aquellos de ellos que venían y temblaban, quienes querían corregirse arrepintiéndose? Raza de víboras. Pues eran inicuos, estaban perdidos, eran pecadores, eran impíos: vinieron al bautismo de Juan: ¿y qué les dice? Raza de víboras. Ellos se decían hijos de Abraham, y él los llamaba hijos de víboras. ¿Acaso Abraham era una víbora? Pero como viviendo mal imitaban a los demonios, y se hacían hijos de aquellos a quienes imitando vivían mal: Raza, dice, de víboras, ¿quién os enseñó a huir de la ira verdadera? Haced, pues, fruto digno de arrepentimiento: y no digáis entre vosotros, Tenemos por padre a Abraham, y como si se enorgullecieran de la descendencia de Abraham; porque Dios puede de estas piedras levantar hijos a Abraham (Mateo III, 7-9). Pues Abraham no quedará sin hijos, si Dios os condena: porque puede condenar a los que odia, y devolverle a él los que prometió. ¿Y de dónde le devolverá hijos, si condena a los hebreos nacidos de su carne? De estas piedras. Les mostraba las piedras en el desierto. ¿Qué eran las piedras, sino los gentiles, que adoraban piedras? ¿Por qué piedras? Adorando piedras, se les llamaba piedras: porque el salmo había predicho, Semejantes a ellas sean los que las hacen, y todos los que confían en ellas (Salmo CXIII, 8). Sin embargo, de esas piedras devolvió hijos a Abraham: ahora todos los que adorábamos piedras, convertidos al Señor, hemos sido hechos hijos de Abraham; no llevando su carne, sino imitando su fe. Por tanto, los príncipes de los pueblos se reunieron con el Dios de Abraham. Príncipes de los pueblos: príncipes de las naciones, no príncipes de un solo pueblo, sino príncipes de todos los pueblos, se reunieron con el Dios de Abraham.

12. De esos príncipes era también este Centurión, del cual habéis oído cuando se leía el Evangelio. Era un Centurión que tenía honor y poder entre los hombres, era un príncipe de los príncipes de los pueblos. Al venir Cristo hacia él, envió a sus amigos a su encuentro, o más bien, envió amigos al verdadero Cristo que pasaba; y rogó que curara a su siervo que estaba gravemente enfermo: y cuando el mismo Señor quiso venir, le mandó decir, No soy digno de que entres bajo mi techo, pero di sólo una palabra, y mi siervo sanará. Porque también yo soy hombre puesto bajo autoridad, teniendo soldados bajo mi mando. Ved cómo mantuvo el orden: primero recordó que estaba bajo otro, y luego que otros estaban bajo él. Estoy bajo autoridad, y tengo autoridad; y estoy bajo alguien, y sobre algunos. Y digo a este, Ve, y va; y al otro, Ven, y viene; y a mi siervo, Haz esto, y lo hace. Como diciendo, Si yo, estando bajo autoridad, mando a los que están bajo mí, ¿tú que no estás bajo la autoridad de nadie, no puedes mandar a tu criatura, cuando todo fue hecho por ti, y sin ti nada se hizo? Di, pues, una palabra, dice, y mi siervo sanará. Porque no soy digno de que entres en mi casa. Temió enviar a Cristo dentro de sus paredes, y ya estaba dentro de su corazón: ya su alma era la sede de aquel que buscaba a los humildes. Volviéndose, pues, Cristo, se maravilló, y dijo a los que le seguían: En verdad os digo, no he hallado tanta fe en Israel (Lucas VII, 6-9). Y como otro evangelista narra el mismo hecho, el Señor continúa, y dice: Por eso os digo, que muchos vendrán del Oriente y del Occidente, y se sentarán con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos. Pues este Centurión no era del pueblo de Israel. Porque en el pueblo de Israel los soberbios repelían a Dios: en los príncipes de las naciones se halló un humilde que invitaba a Dios a sí mismo. Admirando Jesús su fe, reprueba la infidelidad de los judíos. Pues se creían sanos, cuando estaban más peligrosamente enfermos, al no reconocer al médico y matarlo. Por tanto, al reprobar y rechazar su soberbia, ¿qué dice? Por eso os digo, que muchos vendrán del Oriente y del Occidente, no pertenecientes a la parentela de Israel: vendrán muchos a quienes dijo, Pueblos todos, batid palmas; y se sentarán con Abraham en el

reino de los cielos. Abraham no los engendró con su carne; y viniendo se sentarán con él en el reino de los cielos, y serán sus hijos. ¿Por qué sus hijos? No nacidos de la carne, sino siguiendo su fe. Pero los hijos del reino, es decir, los judíos, irán a las tinieblas exteriores: allí será el llanto y el crujir de dientes (Mateo VIII, 11, 12). Serán condenados a las tinieblas exteriores los que nacieron de la carne de Abraham, y se sentarán con él en el reino de los cielos los que imitaron la fe de Abraham. Con razón, pues, aquí también, Los príncipes de los pueblos se reunieron con el Dios de Abraham.

13. ¿Y qué de aquellos que pertenecían al Dios de Abraham? Porque los dioses fuertes de la tierra fueron muy elevados. ¿Quiénes eran los dioses, aquel pueblo de Dios, aquella viña de Dios, de la cual se dice, Juzgad entre mí y mi viña (Isaías V, 3), irán a las tinieblas exteriores, no se sentarán con Abraham, Isaac y Jacob, no se reunirán con el Dios de Abraham. ¿Por qué? Porque los dioses fuertes de la tierra. Aquellos que eran dioses fuertes de la tierra, presumiendo de la tierra. ¿De qué tierra? de sí mismos: porque todo hombre es tierra. Pues al hombre se le dijo: Tierra eres, y a la tierra volverás (Génesis III, 19). Pero el hombre debe presumir de Dios, y de allí esperar ayuda, no de sí mismo. Pues la tierra no se llueve a sí misma, ni se ilumina a sí misma: así como la tierra espera la lluvia y la luz del cielo, así el hombre debe esperar la misericordia y la verdad de Dios. Por tanto, los dioses fuertes de la tierra fueron muy elevados, es decir, se enorgullecieron mucho: no consideraron necesario al médico, y por eso permanecieron en su enfermedad, y por esa misma enfermedad fueron llevados a la muerte. Fueron cortadas las ramas naturales, para que el olivo silvestre humilde fuera injertado (Romanos XI, 17). Porque los dioses fuertes de la tierra fueron muy elevados. Mantengamos, pues, hermanos, la humildad, la caridad, la piedad; porque hemos sido llamados, y temamos enorgullecernos por el ejemplo de aquellos reprobados.

EN EL SALMO XLVII EXPLICACIÓN. SERMÓN A LA PLEBE.

1. [vers. 1.] El título del Salmo es, Alabanza del Cántico de los hijos de Coré, segundo del sábado. De lo que el Señor se digna donar, recibid como hijos del firmamento. Pues el segundo del sábado, es decir, después del primer día, que llamamos domingo, que también se llama segundo día, fue hecho el firmamento del cielo, o más bien el firmamento cielo. Pues Dios llamó al firmamento cielo (Génesis I, 3-8). Pero el primer día hizo la luz, y la separó de las tinieblas; y llamó a la luz, día, y a las tinieblas, noche. Pero como indica la contextura de este salmo, Dios también prefiguró algo en su obra, que se completaría en nosotros: y según la condición de esta creación, los siglos han transcurrido. Pues no en vano el Señor dice de Moisés, Porque de mí escribió él (Juan V, 46): porque todo lo que está escrito, incluso cuando Dios creaba la creación, puede interpretarse en significación de lo futuro; para que entiendas que Dios hizo la luz, cuando Cristo resucitó de entre los muertos. Pues entonces realmente aquella luz fue separada de las tinieblas, cuando la inmortalidad fue distinguida de la mortalidad. ¿Qué sigue, pues, sino que también se hiciera un cuerpo para la cabeza, que es la Iglesia? Por tanto, hay también un salmo del primer sábado, en el que se declara abiertamente la resurrección del Señor: pues allí se dice, Alzad, oh puertas, vuestras cabezas, y alzaos, puertas eternas, y entrará el Rey de gloria (Salmo XXIII, 7; 9). ¿Qué más evidente que Cristo es el Rey de gloria? de quien se dijo: Si lo hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de gloria (I Corintios II, 8). Por tanto, no debemos entender el segundo del sábado sino como la Iglesia de Cristo: pero la Iglesia de Cristo en los santos, la Iglesia de Cristo en aquellos que están escritos en el cielo, la Iglesia de Cristo en aquellos que no ceden a las tentaciones de este mundo. Ellos son dignos del nombre de firmamento. Por tanto, la Iglesia de Cristo en aquellos que son firmes, de quienes dice el Apóstol, Pero nosotros los fuertes debemos soportar las flaquezas de los débiles (Romanos XV, 1), ha sido llamada firmamento. De esto se canta en el Salmo: escuchemos, reconozcamos, unámonos,

gloriémonos, reinemos. Pues también escucha y reconoce que ha sido llamada firmamento en las Escrituras apostólicas: La cual es, dice, la Iglesia del Dios vivo, columna y firmamento de la verdad (I Timoteo III, 15). De este firmamento se canta a los hijos de Coré, que sabéis que son los hijos del esposo crucificado en el lugar del Calvario. Pues Coré significa Calvicie. Sigue en este salmo, que se titula, segundo del sábado.

2. [vers. 2.] Grande es el Señor, y digno de ser alabado en gran manera. He aquí grande es el Señor, y digno de ser alabado en gran manera: pero ¿acaso los infieles alaban al Señor? ¿Acaso también los que creen y viven mal alaban al Señor, por quienes el nombre de Dios es blasfemado entre los gentiles? ¿Acaso lo alaban (Romanos II, 24)? ¿O si incluso lo alaban, se acepta su alabanza, cuando está escrito: No es hermosa la alabanza en boca del pecador (Eclesiástico XV, 9)? Dijiste, pues, Grande es el Señor, y digno de ser alabado en gran manera: pero aquí, ¿dónde? En la ciudad de nuestro Dios, en su monte santo. De esto se dice en otro lugar: ¿Quién subirá al monte del Señor? El inocente de manos y puro de corazón (Salmo XXIII, 3, 4). En estos grande es el Señor, y digno de ser alabado en gran manera: esto es, en la ciudad de nuestro Dios, en su monte santo. Esta es la ciudad puesta en un monte, que no puede esconderse: esta es la lámpara que no se oculta bajo el celémín, conocida por todos, difamada por todos (Mateo V, 14, 15). Pero no todos son ciudadanos de ella, sino aquellos en quienes grande es el Señor, y digno de ser alabado en gran manera. ¿Cuál es, pues, esta ciudad, veamos, no sea que porque se dijo, En la ciudad de nuestro Dios, en su monte santo, debemos buscar este monte, donde también podamos ser escuchados. Pues no en vano se dice en otro salmo: Con mi voz clamé al Señor, y me escuchó desde su monte santo (Salmo III, 5). Por tanto, te ayudó este monte para que fueras escuchado. Pues si no subieras a él, podrías clamar desde abajo, pero no podrías ser escuchado. ¿Cuál es, pues, este monte, hermanos? Con gran cuidado debe ser buscado, con gran solicitud investigado; incluso con esfuerzo debe ser ocupado y ascendido. Pero si está en alguna parte de la tierra, ¿qué haremos? ¿Peregrinaremos desde nuestra tierra, para poder llegar a ese monte? Más bien, entonces peregrinamos, si no estamos en él. Pues esa es nuestra ciudad, si somos miembros del rey, que es la cabeza de esa ciudad. ¿Dónde está, pues, este monte? Si ha ocupado alguna región, es necesario esforzarse, como dije, para llegar a él. Pero ¿por qué te preocupas? Ojalá no seas perezoso para ascender al monte, como el monte no fue lento para venir al que dormía. Pues hubo una piedra angular despreciable, en la que tropezaron los judíos (Romanos IX, 32), cortada de un monte sin manos, es decir, viniendo del reino de los judíos sin manos, porque no se acercó obra humana a María, de quien nació Cristo (Mateo I, 16). Pero si esa piedra permaneciera donde tropezaron los judíos, no tendrías a dónde ascender. ¿Qué se hizo, pues? ¿Qué dice la profecía de Daniel? ¿Qué, sino que esa piedra creció, y se hizo un gran monte? ¿Cuán grande? Hasta llenar toda la faz de la tierra (Daniel II, 34, 35). Por tanto, creciendo este monte y llenando toda la faz de la tierra, vino a nosotros. ¿Por qué, pues, buscamos el monte como ausente, y no ascendemos ya al presente, para que en nosotros sea grande el Señor, y digno de ser alabado en gran manera?

3. [vers. 3.] Por tanto, para que no desconocieras este monte y pensaras que debía buscarse en alguna parte de la tierra, mira lo que sigue: cuando dijo, En la ciudad de nuestro Dios, en su monte santo, ¿qué añadió? Dilatando las alegrías de toda la tierra, montes de Sion. Sion es un monte: ¿por qué, pues, montes? ¿Acaso porque a Sion pertenecieron también los que vinieron de diverso, para encontrarse en la piedra angular, y se hicieron esos dos muros como dos montes, uno de la circuncisión, otro del prepucio; uno de los judíos, otro de los gentiles: ya no adversos; aunque diversos, porque de diverso, ya en el ángulo no diversos? Pues él es, dice, nuestra paz, que hizo de ambos uno (Efesios II, 14). Él mismo aquella piedra angular, que desecharon los edificadores, se ha convertido en cabeza de ángulo (Salmo CXVII, 22).

Dos unió en sí monte montes. Una casa, y dos casas: dos por venir de diverso, una por la piedra angular, en la que ambas se unen. Escucha también esto, Montes de Sion; lados del norte la ciudad del gran rey. Pues habías dirigido tu atención a Sion como un solo lugar, donde se fundó Jerusalén, y en ella no te ocurría sino el pueblo de la circuncisión; que ciertamente de los restos fue recogido por Cristo, pero en gran parte como paja fue aventado. Pues está escrito, Las reliquias serán salvas (Romanos IX, 27). Pero atiende también a los gentiles, ve también al olivo silvestre injertado en la gordura del olivo (Id. XI, 17). He aquí los gentiles, Lados del norte: se han unido los lados del norte a la ciudad del gran rey. El aquilón suele ser contrario a Sion: pues Sion está en el mediodía, el aquilón contra el mediodía. ¿Quién es este aquilón, sino el que dijo, Pondré mi trono al norte, y seré semejante al Altísimo (Isaías XIV, 13, 14)? Había tomado el reino el diablo de los impíos, y poseído a los gentiles sirviendo a los ídolos, adorando a los demonios: y todo lo que había de género humano en todo el mundo, adherido a aquel aquilón se había hecho. Pero porque aquel que ata al fuerte, quita sus bienes, y hace sus bienes (Mateo XII, 29), los hombres liberados de la infidelidad y superstición de los demonios, creyendo en Cristo, se unieron a aquella ciudad, se encontraron en el ángulo con aquel muro que venía de la circuncisión, y se hizo la ciudad del gran rey de los lados del norte. Por eso también en otra Escritura se dice: Del norte nubes de color dorado; en ellas está la gran gloria y honor del Omnipotente (Job, XXXVII, 22). Pues gran gloria del médico es, cuando el enfermo se recupera de la desesperación. Del norte nubes, y no nubes negras, no nubes oscuras, no nubes tétricas, sino de color dorado. ¿De dónde sino de la gracia iluminante por Cristo? He aquí, Lados del norte, la ciudad del gran rey. Lados, ciertamente, porque se habían adherido al diablo. Pues cualquiera que se adhiere a alguien, se dice que son sus lados. Pues también de algunos hombres solemos hablar así, Es un buen hombre, pero tiene malos lados: es decir, él mismo sobresale por su probidad, pero son malignos los que están unidos a él. Por tanto, los lados del norte que se adherían al diablo: de donde vino también aquel hijo, del que ahora oíamos, que estaba muerto, y revivió; se había perdido, y fue hallado. Pues al irse a una región lejana, también llegó al norte, y allí, como oísteis, se adhirió a uno de los príncipes de aquella región. Por tanto, se hizo lado del norte, adhiriéndose al príncipe de aquella región: pero porque la ciudad del gran rey también se recoge del lado del norte, volviendo en sí, dijo, Me levantaré, e iré a mi padre. Y le salió al encuentro el padre, que dice de él, Estaba muerto, y revivió; se había perdido, y fue hallado. Aquel becerro cebado, fue la piedra angular. Pues también el hijo mayor que no quería participar del banquete (Lucas XV, 11-32), exhortado por el padre entró: y ya dos muros, como aquellos dos hijos llegando al becerro, hicieron la ciudad del gran rey.

4. [vers. 4.] Por tanto, que continúe este salmo, y diga: Dios en sus casas será conocido. Ya en las casas por los montes, por los dos muros, por los dos hijos. Dios en sus casas será conocido. Pero encomienda la gracia, por eso añadió, Cuando la reciba. Pues ¿qué sería esa ciudad, si él no la recibiera? ¿No caería inmediatamente, si no tuviera tal fundamento? Pues nadie puede poner otro fundamento, que el que está puesto, que es Cristo Jesús (I Corintios III, 11). Por tanto, nadie se gloríe de sus méritos; sino el que se gloria, gloríese en el Señor (Id. I, 31). Porque entonces es aquella gran ciudad, entonces en ella se conoce al Señor, cuando la reciba: como el médico recibe al enfermo para curarlo, no como es para amarlo. Pues el médico odia la fiebre. No ama el médico al enfermo, y ama el médico al enfermo: si amara al enfermo, siempre desearía que estuviera enfermo; de nuevo, si no amara al enfermo, no vendría al enfermo: pero ama al enfermo, para hacerlo sano. Por tanto, el Señor recibió esta ciudad, y fue conocido en ella, es decir, su gracia fue conocida en esa ciudad; porque todo lo que tiene esa ciudad que se gloria en el Señor, no lo tiene de sí misma. Por esto se dice: Pues ¿qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido? (Id. IV, 7). Dios en sus casas será conocido, cuando la reciba.

5. [vers. 5-7.] Porque he aquí que los reyes de la tierra se han reunido. Ya vean cómo vienen esos lados del norte, vean cómo dicen: Venid, subamos al monte del Señor, pues nos ha anunciado su camino para que entremos en él (Isaías II, 3). He aquí que los reyes de la tierra se han reunido y se han congregado en uno. ¿En cuál uno, sino en aquella piedra angular (Efesios II, 20)? Ellos, al ver, se maravillaron. Después de la admiración de los milagros y la gloria de Cristo, ¿qué siguió? Se turbaron, se conmovieron, el temblor los tomó. ¿De dónde los tomó el temblor, sino de la conciencia de sus delitos? Corran, pues, los reyes tras el rey, reconozcan los reyes al rey. De ahí que en otro lugar se dice: Yo, sin embargo, he sido constituido rey por él sobre Sión, su monte santo, proclamando el precepto del Señor: El Señor me dijo: Tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy. Pídeme, y te daré las naciones como herencia tuya, y como posesión tuya los confines de la tierra; los regirás con vara de hierro, y como vasija de alfarero los quebrarás (Salmo II, 6-9). Así que se ha oído que el rey ha sido constituido en Sión, se le ha entregado la posesión hasta los confines de la tierra. Los reyes deben temer perder el reino, que se les quite el reino, como temió el miserable Herodes, y por el niño mató a los niños (Mateo II, 3, 16). Temiendo perder el reino, no mereció reconocer al rey. ¡Ojalá él también hubiera adorado al rey con los Magos! No habría buscado mal el reino, perdiendo a los inocentes, y pereciendo él mismo culpable. Pues en cuanto a él, perdió a los inocentes; pero en cuanto a Cristo, incluso siendo niño, coronó a los niños que murieron por él. Por tanto, debieron temer los reyes cuando se dijo: Yo, sin embargo, he sido constituido rey por él, y quien me constituyó rey me dará la herencia hasta los confines de la tierra. Pero, ¿por qué envidiáis, reyes? Mirad, no envidiéis. Pues este es un rey muy diferente, quien dijo: Mi reino no es de este mundo (Juan XVIII, 36). No temáis, pues, que se os quite el reino de este mundo: se os dará un reino, pero de los cielos, donde él es rey. Por eso, ¿qué sigue allí? Y ahora, reyes, entended. Ya os preparabais para envidiar: entended; se habla de otro rey, cuyo reino no es de este mundo. Con razón, pues, se han reunido los reyes en uno, se turbaron, el temblor los tomó. De ahí que también se les diga: Y ahora, reyes, entended, instruíos todos los que juzgáis la tierra. Servid al Señor con temor, y alegraos con temblor (Salmo II, 10, 11). ¿Y qué hicieron? Allí dolores como de parturienta. ¿Qué son dolores como de parturienta, sino dolores de penitente? Ve la misma concepción del dolor y del parto: Por tu temor, dice Isaías, concebimos y dimos a luz el Espíritu de salvación (Isaías XXVI, 18). Así, pues, concibieron los reyes por el temor de Cristo, para que al dar a luz engendrasen la salvación creyendo en aquel a quien temieron. Allí dolores como de parturienta. Donde oyes parturienta, espera el fruto. El hombre viejo da a luz, pero nace el hombre nuevo. Allí dolores como de parturienta.

6. [vers. 8.] Con un viento violento quebrarás las naves de Tarsis. Brevemente se entiende, destruirás la soberbia de las naciones. Pero, ¿de dónde se dice la destrucción de la soberbia de las naciones en esta historia? Por las naves de Tarsis. Los eruditos han buscado la ciudad de Tarsis, es decir, qué ciudad se significaba con este nombre: y a algunos les pareció que Cilicia se llamaba Tarsis, porque su metrópoli se llama Tarso. De esta ciudad era también el apóstol Pablo, nacido en Tarso de Cilicia (Hechos XXI, 39). Sin embargo, algunos entendieron que era Cartago: tal vez alguna vez se llamó así, o se significó así por alguna expresión. Pues en el profeta Isaías se encuentra así: Aullad, naves de Cartago (Isaías XXIII, 1, según los LXX). En Ezequiel, sin embargo, por diversos intérpretes, por unos se interpretó Cartago, por otros Tarsis (Ezequiel XXXVIII, 13, según los LXX); y con esta diversidad de intérpretes se puede entender que se llama Tarso, lo que se decía Cartago. Sin embargo, es manifiesto que los inicios del reino de Cartago florecieron con naves, y florecieron de tal manera que entre otras naciones sobresalieron en comercio y navegación. Pues cuando Dido, huyendo de su hermano, llegó a las tierras de África, donde fundó Cartago, tomó las naves

que estaban preparadas para el comercio en su región para la fuga, con el consentimiento de los príncipes de su región: y esas mismas naves, incluso con Cartago fundada, no dejaron de comerciar. Y de ahí se hizo muy soberbia esa ciudad, de modo que dignamente por sus naves se entiende la soberbia de las naciones, presumiendo en lo incierto como en los soplos de los vientos. Ya no se presume de la navegación, y como de la prosperidad de este siglo, como del mar: nuestro fundamento esté en Sión; allí debemos ser estabilizados, no ser llevados por todo viento de doctrina (Efesios IV, 14). Por tanto, todos los que se habían hinchado por las incertidumbres de esta vida, sean derribados; y sométase a Cristo toda soberbia de las naciones, quebrantando con un viento violento las naves de Tarsis: no de cualquier ciudad, sino de Tarsis. ¿Cómo con un viento violento? Con un temor muy fuerte. Pues así lo temió toda soberbia que iba a juzgar, para que creyera en el humilde, no temiera al excelso.

7. [vers. 9.] Como hemos oído, así también hemos visto. ¡Oh, bienaventurada Iglesia! En un tiempo oíste, en otro tiempo viste. Oyó en las promesas, ve en las manifestaciones: oyó en la profecía, ve en el Evangelio. Pues todo lo que ahora se cumple, antes fue profetizado. Levanta, pues, los ojos y extiéndete por el mundo; ve ya la herencia hasta los confines de la tierra: ve ya cumplirse lo que se dijo, Todos los reyes de la tierra lo adorarán, todas las naciones le servirán (Salmo LXXI, 11). Ve cumplido lo que se dijo, Exáltate sobre los cielos, Dios, y sobre toda la tierra tu gloria (Salmo CVII, 6). Ve a aquel cuyos pies y manos fueron clavados, cuyos huesos colgando en el madero fueron contados, sobre cuya vestidura se echó suerte (Mateo XXVII, 35): ve reinando a quien ellos vieron colgando: ve sentado en el cielo a quien despreciaron caminando en la tierra. Ve desde allí cumplirse, Se acordarán y se convertirán al Señor todos los confines de la tierra, y adorarán en su presencia todas las familias de las naciones (Salmo XXI, 28). Viendo esto, exclama con gozo, Como hemos oído, así también hemos visto. Con razón así se llama a la misma Iglesia de las naciones: Oye, hija, y ve, y olvida a tu pueblo y la casa de tu padre (Salmo XLIV, 11). Tu padre fue el Aquilón, ven al monte Sión. Oye, y ve: no veas, y oigas; sino oye, y ve: primero oye, después ve. Oye primero lo que no ves, verás después lo que oíste. El pueblo, dice, que no conocí, me sirvió, al oír con el oído me obedeció (Salmo XVII, 45). Si al oír con el oído obedeció, entonces no vio. ¿Y dónde está, A quienes no se les anunció de él, verán; y los que no oyeron, entenderán (Isaías LII, 15)? A quienes no fueron enviados los Profetas, ellos primero oyeron y entendieron a los Profetas: aquellos que primero no oyeron, después al oír se maravillaron. Quedaron aquellos a quienes fueron enviados, llevando los códices, no entendiendo la verdad; teniendo las tablas del Testamento, y no teniendo la herencia. Pero nosotros como hemos oído, así también hemos visto. En la ciudad del Señor de los ejércitos, en la ciudad de nuestro Dios. Allí oímos, allí también vimos. Fuera de ella, quien está, ni oye ni ve; en ella, quien está, ni sordo ni ciego es. Como hemos oído, así también hemos visto. ¿Y dónde oyes? ¿dónde ves? En la ciudad del Señor de los ejércitos, en la ciudad de nuestro Dios. Dios la ha fundado para siempre. No se jacten los herejes divididos en partes: no se enaltezcan los que dicen, He aquí está Cristo, he aquí allí (Mateo XXIV, 23). Quien dice, He aquí está, he aquí allí, induce a las partes. Dios prometió unidad: los reyes se reunieron en uno, no se dispersaron por cismas. Pero tal vez esta ciudad que ha tomado el mundo, alguna vez será destruida. ¡Lejos de ello! Dios la ha fundado para siempre. Si, pues, Dios la ha fundado para siempre, ¿por qué temes que caiga el fundamento?

8. [vers. 10.] Hemos recibido, Dios, tu misericordia en medio de tu pueblo. ¿Quiénes la recibieron, y dónde la recibieron? ¿No es el mismo tu pueblo quien recibió tu misericordia? Si tu pueblo recibió tu misericordia, ¿cómo hemos recibido tu misericordia, y en medio de tu pueblo? como si fueran otros los que la recibieron, otros en medio de quienes la recibieron. Gran sacramento, pero sin embargo conocido: cuando también de aquí, es decir, de estos

versos se haya esculpido y extraído lo que sabéis, no será más rudo, sino más dulce. Pues ahora se consideran pueblo de Dios todos los que llevan sus sacramentos, pero no todos pertenecen a su misericordia. Pues todos los que reciben el sacramento del Bautismo de Cristo, se llaman cristianos; pero no todos viven dignamente de ese sacramento. Pues hay algunos de quienes dice el Apóstol: Teniendo apariencia de piedad, pero negando su eficacia (II Timoteo III, 5). Sin embargo, por esa misma apariencia de piedad se les nombra en el pueblo de Dios: como a la era, mientras se trilla, no solo pertenecen los granos, sino también la paja. ¿Acaso también pertenecerá al granero? Pero en medio de ese pueblo malo está el pueblo bueno, que ha recibido la misericordia de Dios. Vive dignamente de la misericordia de Dios, quien oye y retiene y hace lo que dice el Apóstol: Exhortándoos, pues, rogamos que no recibáis en vano la gracia de Dios (II Corintios VI, 1). Quien, pues, no recibe en vano la gracia de Dios, ese recibe tanto el sacramento como también la misericordia de Dios. ¿Y qué le importa que esté en medio de un pueblo desobediente, hasta que esta era sea aventada, hasta que los buenos sean separados de los malos? ¿qué le importa habitar en medio del pueblo? Sea de aquellos que se llaman fundamento, recibiendo la misericordia de Dios; sea un lirio en medio de espinas. Pues también esas espinas, ya que pertenecen al pueblo de Dios, ¿quieres oír? Así se ha puesto esa similitud: Como el lirio, dice, en medio de espinas, así mi amada en medio de las hijas (Cantar de los Cantares II, 2). ¿Acaso dijo, en medio de las extrañas? No; sino, en medio de las hijas. Hay, pues, hijas malas, y entre ellas está el lirio en medio de espinas. Así que aquellos que tienen los sacramentos, y no tienen buenas costumbres, y se les llama de Dios y no de Dios; y se les llama suyos y ajenos: suyos, por el sacramento de él; ajenos, por su propio vicio. Así también hijas ajenas: hijas, por la apariencia de piedad; ajenas, por la pérdida de la virtud. Que allí esté el lirio, reciba la misericordia de Dios, mantenga la raíz de la buena flor, no sea ingrato a la dulce lluvia que viene del cielo. Sean ingratas las espinas, crezcan de las lluvias; crecen para el fuego, no para el granero. Hemos recibido, Dios, tu misericordia en medio de tu pueblo. En medio de tu pueblo que no recibe tu misericordia, nosotros hemos recibido tu misericordia. Pues vino a los suyos, y los suyos no lo recibieron. Sin embargo, en medio de ellos, a todos los que lo recibieron, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios (Juan I, 11, 12).

9. Ya aquí se le ocurre a cualquiera que piense, ¿Y qué? ¿Este pueblo que en medio del pueblo de Dios recibe la misericordia de Dios, cuánta cantidad tiene? ¡Qué pocos son! Apenas se encuentra alguno: ¿con esos se contentará Dios, y perderá a tanta multitud? Dicen esto quienes se prometen lo que no han oído del Dios que promete. Y de verdad, si vivimos mal, si disfrutamos de las delicias de este mundo, si servimos a nuestras pasiones, ¿nos perderá Dios? Pues, ¿cuántos son aquellos que parecen guardar los preceptos de Dios? Apenas se encuentra uno o dos o poquísimos: ¿a esos solos Dios los liberará, y a los demás los condenará? ¡Lejos de ello!, dicen: cuando venga y vea a tanta multitud a la izquierda, se compadecerá, y dará indulgencia. Esto precisamente también prometió aquella serpiente al primer hombre: pues Dios había amenazado con la muerte, si comía (Génesis II, 17). Pero él dijo, ¡Lejos de ello!, no moriréis. Creyeron a la serpiente, encontraron que era verdad lo que Dios había amenazado, falso lo que el diablo había prometido. Así también ahora, hermanos, poned ante vuestros ojos a la Iglesia a semejanza del paraíso: no cesa la serpiente de sugerir lo que entonces sugirió. Pero la caída del primer hombre debe servirnos de experiencia para evitar, no de imitación para pecar. Por eso cayó él, para que nosotros nos levantemos. Respondamos a tales sugerencias lo que respondió Job. Pues también a él lo tentó a través de la mujer como a través de Eva, y venció en el estiércol (Job II, 8-10), vencido en el paraíso. Por tanto, no escuchemos tales voces, ni pensemos que son tan pocos: son muchos, pero entre muchos se esconden. Pues no podemos negar que hay más malos, y tantos más, que entre ellos los buenos no aparecen en absoluto, como no aparecen los granos en la era. Pues quien

ve la era, puede pensar que solo hay paja. Da a un hombre inexperto, y piensa que es en vano que se envíen bueyes, que allí los hombres sudan bajo el calor para triturar la paja; pero allí está también la masa que debe ser purgada por la ventilación. Entonces saldrá la abundancia de trigo, que estaba oculta en la abundancia de paja. ¿Y ahora quieres encontrar a los buenos? Sé tú, y los encontrarás.

10. [vers. 11.] Contra esta desesperación, ve qué sigue en este salmo. Pues cuando dijo, Hemos recibido, Dios, tu misericordia en medio de tu pueblo, significó que hay un pueblo que no recibe la misericordia de Dios, en medio del cual algunos reciben la misericordia de Dios: y para que no se les ocurriera a los hombres que son tan pocos, que casi no hay ninguno; ¿cómo los consoló con las palabras siguientes? Según tu nombre, Dios, así también tu alabanza hasta los confines de la tierra. ¿Qué es esto? Grande es el Señor y digno de alabanza en gran manera, en la ciudad de nuestro Dios, en su monte santo; y no puede haber alabanza suya, sino en sus santos. Pues quienes viven mal, no lo alaban; pero aunque lo prediquen con la lengua, lo blasfeman con la vida. Porque, pues, su alabanza no está sino en sus santos, no se digan los herejes: En nosotros ha permanecido su alabanza, porque somos pocos, y separados de la multitud; nosotros vivimos justamente, nosotros alabamos a Dios, no solo hablando, sino también viviendo. Se les responde a ellos desde este salmo: ¿Qué decís vosotros que en parte alabáis a Dios, a quien se le dijo, Según tu nombre, Dios, así también tu alabanza hasta los confines de la tierra? Es decir, como eres conocido por todas las tierras, así también eres alabado por todas las tierras; y no faltan quienes te alaban ahora por todas las tierras. Pero ellos alaban, quienes viven bien. Pues según tu nombre, Dios, así también tu alabanza, no en parte, sino hasta los confines de la tierra. Llena de justicia está tu diestra: es decir, muchos son también aquellos que estarán a la derecha. No solo serán muchos aquellos que estarán a la izquierda, sino que allí habrá plenitud de la masa constituida a la derecha: Llena de justicia está tu diestra.

11. [vers. 12.] Alégrese el monte Sión, y exulten las hijas de Judá, por tus juicios, Señor. Oh monte Sión, oh hijas de Judá, trabajáis ahora entre la cizaña, entre la paja, entre las espinas trabajáis; pero exultad por los juicios de Dios. Dios no yerra al juzgar. Vivid discretamente, aunque nacisteis mezclados, no en vano salió la voz de vuestra boca y de vuestro corazón: No destruyas con los impíos mi alma, y con los hombres sanguinarios mi vida (Salmo XXV, 9). Él aventará, tan gran artífice, llevará el aventador en su mano, para que ni un solo grano de trigo caiga en el montón de paja para ser quemado, ni una sola espiga de paja pase a la masa para ser guardada en el granero (Mateo III, 12). Exultad, hijas de Judá, por los juicios de Dios que no yerra; y no juzguéis ahora temerariamente. A vosotros os corresponde recoger, a él le corresponde separar. Alégrese el monte Sión, y exulten las hijas de Judá, por tus juicios, Señor. Pero no penséis que las hijas de Judá son los judíos. Judá es Confesión. Todos los hijos de la confesión son hijos de Judá: porque, La salvación viene de los judíos, no es otra cosa que Cristo de los judíos (Juan IV, 22). Esto dice también el Apóstol: Pues no es judío el que lo es exteriormente, ni es circuncisión la que se hace exteriormente en la carne; sino que es judío el que lo es en lo interior, y la circuncisión es la del corazón, en espíritu, no en letra, cuya alabanza no es de los hombres, sino de Dios (Romanos II, 28, 29). Sé tal judío: gloríate de la circuncisión del corazón, aunque no tengas la circuncisión de la carne. Exulten las hijas de Judá, por tus juicios, Señor.

12. [vers. 13.] Rodead a Sión, y abrazadla. Dígase a quienes viven mal, en medio de quienes está el pueblo que ha recibido la misericordia de Dios: En medio de vosotros está el pueblo que vive bien, Rodead a Sión. Pero, ¿cómo? Abrazadla. No la rodeéis con escándalos, sino rodeadla con caridad; para que quienes viven bien en medio de vosotros, los imitéis, y con su

imitación os incorporéis a Cristo, de quien son miembros. Rodead a Sión, y abrazadla. Narrad en sus torres. En la altura de sus fortalezas proclamad sus alabanzas.

13. [vers. 14.] Pongan sus corazones en su poder. No para tener una apariencia de piedad, negando su poder (II Tim. III, 5); sino pongan sus corazones en su poder. ¿Cuál es el poder de esta ciudad? Quien quiera entender el poder de esta ciudad, entienda la fuerza de la caridad. Ella es el poder que nadie vence. Ninguna ola del mundo, ningún río de tentación apaga su fuego. De ella se ha dicho: "Fuerte es el amor como la muerte" (Cant. VIII, 6). Pues así como la muerte, cuando llega, no se le puede resistir, por más artes o medicinas que se usen; la violencia de la muerte no puede evitarla quien ha nacido mortal: así contra la violencia de la caridad el mundo nada puede. Se ha dado una comparación contraria con la muerte; pues así como la muerte es violentísima para llevarse, así la caridad es violentísima para salvar. Por la caridad muchos han muerto al mundo, para vivir para Dios. Encendidos con esta caridad, los mártires no fueron simulados, no fueron llevados por la vana gloria, no fueron como aquellos de quienes se dijo: "Si entregara mi cuerpo para ser quemado, pero no tengo caridad, de nada me sirve" (I Cor. XIII, 3), sino como aquellos a quienes verdaderamente la caridad de Cristo y de la verdad los llevó al sufrimiento; ¿qué les hicieron las tentaciones de los que los perseguían? Tuvieron más violencia los ojos llorosos de sus seres queridos que las persecuciones de los que los perseguían. ¡Cuántos fueron retenidos por sus hijos para que no sufrieran! ¡Cuántas esposas se arrojaron a los pies de sus maridos para que no las dejaran viudas! ¡Cuántos padres prohibieron a sus hijos morir, como sabemos y leemos en la pasión de la bienaventurada Perpetua! Así sucedió. Pero por muchas y con cuánta fuerza que fluyeran las lágrimas; ¿cuándo extinguirían el ardor de la caridad? Este es el poder de Sion, al que en otro lugar se dice: "Haya paz en tu poder, y abundancia en tus torres" (Sal. CXXI, 7). Anuncien en sus torres, pongan sus corazones en su poder, y distribuyan sus casas.

14. ¿Qué entendemos aquí, pongan sus corazones en su poder; y distribuyan sus casas? Es decir, distinguan una casa de otra, no las confundan. Pues hay una casa que tiene apariencia de piedad, pero no tiene piedad: y hay una casa que tiene tanto la apariencia como la piedad. Distribuyan, no confundan. Pero distribuyen y no confunden; cuando ponen sus corazones en su poder, es decir; cuando se han hecho espirituales por la caridad. Entonces no juzgarán temerariamente; entonces verán que los malos no perjudican a los buenos, mientras estemos en esta era: Distribuyan sus casas. Puede haber también otro entendimiento. A los Apóstoles se les dijo que distribuyeran esas dos casas, una proveniente de la circuncisión, otra del prepucio. Pues cuando Saulo fue llamado y hecho apóstol Pablo, al unirse en unidad con sus coapóstoles, así acordó con ellos, que ellos irían a la circuncisión, él al prepucio (Gal. II, 9). Con esta disposición de su apostolado distribuyeron las casas de la ciudad del gran rey, y concordando en el ángulo, dividieron el Evangelio por disposición divina, lo unieron por caridad. Y en verdad esto es lo que más debe entenderse. Pues sigue, y muestra que esto se dijo a los predicadores, Y distribuyan sus casas: para que lo anuncien a la generación venidera, es decir, para que también a nosotros, que vendríamos después, llegara la disposición de su Evangelio. Pues no trabajaron solo para aquellos con quienes vivieron en esta tierra; ni el Señor se mostró solo a aquellos Apóstoles, a quienes se dignó mostrarse vivo incluso después de la resurrección, sino también a nosotros. Pues les hablaba a ellos, y nos significaba a nosotros, cuando decía: "He aquí, yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo" (Mat. XXVIII, 20). ¿Acaso ellos estarían aquí hasta el fin del mundo? También dice: "No ruego solo por ellos, sino por los que han de creer en mí por la palabra de ellos" (Juan XVII, 20): Por tanto, nos atendió a nosotros, porque sufrió por nosotros. Con razón, pues, se dice, Para que lo anuncien a la generación venidera.

15. [vers. 15.] ¿Qué anunciarán? Que este es Dios, nuestro Dios. Se veía la tierra, no se veía al creador de la tierra: se tocaba la carne, pero no se reconocía a Dios en la carne. La carne era tocada por aquellos de quienes había sido tomada esa carne, pues de la simiente de Abraham era la virgen María: se quedaron en la carne, no entendieron la divinidad. Oh Apóstoles, oh gran ciudad! predica en tus torres, y di, Este es Dios, nuestro Dios. Así, así como fue despreciado, como la piedra que yacía ante los pies de los que tropezaban, para humillar los corazones de los que confesaban; así este es nuestro Dios. Ciertamente fue visto, como se dijo: "Después de esto fue visto en la tierra, y convivió con los hombres" (Baruc III, 38). Este es nuestro Dios. Y es hombre, ¿y quién lo conocerá? Porque este es nuestro Dios. Pero tal vez por un tiempo, como los dioses falsos. Pues pueden ser llamados dioses, pero no pueden ser; por un tiempo son llamados. Pues ¿qué les dice el profeta, o qué les aconseja que se les diga? Esto les dirán: ¿Qué? Los dioses que no hicieron el cielo y la tierra, perezcan de la tierra; y de lo que está bajo el cielo (Jerem. X, 11). Este no es tal Dios, porque nuestro Dios está sobre todos los dioses. ¿Sobre cuáles todos los dioses? Porque todos los dioses de las naciones son demonios, pero el Señor hizo los cielos (Sal. XCV, 5). Él es, pues, nuestro Dios, este es nuestro Dios: ¿Hasta cuándo? Por los siglos de los siglos; él nos regirá por los siglos. Si es nuestro Dios, y es nuestro rey; nos protege, porque es Dios, para que no muramos; nos gobierna, porque es rey, para que no caigamos. Pero al gobernarnos no nos rompe; pues a quienes no gobierna, los rompe. Los regirá, dice, con vara de hierro, y como vasija de alfarero los quebrará (Sal. II, 9). Pero hay quienes no gobierna: a ellos no les perdona, como vasija de alfarero los quebranta. Por tanto, deseemos ser gobernados y liberados por él: porque este es nuestro Dios por los siglos, y por los siglos de los siglos; y él nos regirá por los siglos.

EN EL SALMO XLVIII COMENTARIO.

SERMON I. Sobre la primera parte del Salmo.

1. Todas las palabras divinas son saludables para quienes las entienden bien; pero peligrosas para aquellos que quieren torcerlas a la perversidad de su corazón, en lugar de corregir su corazón a la rectitud de ellas. Esta es en verdad una gran y común perversidad en los hombres; porque cuando deberían vivir según la voluntad de Dios, quieren que Dios viva según su voluntad: y cuando no quieren corregirse, quieren que él se deprave; no considerando recto lo que él quiere, sino lo que ellos quieren. Solemos escuchar a hombres murmurando contra Dios, porque a los malos les va bien en esta vida y los buenos sufren: como si él fuera perverso, y no supiera lo que hace, o hubiera apartado completamente sus ojos de las cosas humanas; o no quisiera perturbar su seguridad, para no atender estas cosas, porque con trabajo Dios las ve o corrige. Murmuran, pues, los hombres, que quieren adorar a Dios para que les vaya bien aquí, cuando ven a aquellos que no adoran a Dios prosperar y florecer en felicidad terrena; mientras ellos, adorando a Dios, sufren en angustias, en necesidades, en aflicción, y en otras dificultades de la mortalidad humana. Contra esa voz y contra esas blasfemias de los murmuradores, el sermón divino siempre canta, curando del mordisco de la serpiente. Pues es veneno de corazón envenenado esa podredumbre, eructando en Dios el hedor de la blasfemia, y lo que es peor, rechazando la mano del que cura, no rechazando el mordisco de la serpiente. Dije esto, el corazón del hombre rechaza la severidad de la palabra de Dios, y admite las blandicias del que mal aconseja, la serpiente. Contra estos, pues, canta el sermón divino, y ya en este salmo nos habla. A este salmo yo haría atenta a vuestra Santidad, si él mismo no nos hiciera a todos atentos; no solo a nosotros, sino a todo el mundo. Escuchen cómo comenzó.

2. [vers. 2.] Escuchen esto, todas las naciones. No solo ustedes que están aquí. Pues ¿cuán grande es nuestra voz, para que clamemos así, para que escuchen todas las naciones? Clamó por los Apóstoles nuestro Señor Jesucristo, clamó en todas las lenguas que envió; y vemos este salmo que antes no se recitaba sino en una nación, en la sinagoga de los judíos, recitarse por todo el mundo, por todas las Iglesias, y cumplirse lo que aquí se dijo, Escuchen esto, todas las naciones. A esto solo quiero hacer atentos sus ánimos, para que no por el trabajo corporal no eleven el ánimo, temiendo la longitud de este salmo. Si es posible, se terminará hoy: si no, nos quedará algo para mañana; sin embargo, estén siempre atentos. Pues escucharán tanto, si el Señor quiere, cuanto no los agobie, sino los alivie. Escuchen esto, todas las naciones: de donde son también ustedes. Perciban con los oídos, todos los que habitan el mundo. Esto parece repetirlo, como si fuera poco lo que dijo, Escuchen. Lo que digo, dice, escuchen, perciban con los oídos, esto es, no escuchen de paso. ¿Qué es, perciban con los oídos? Lo que el Señor decía, "El que tenga oídos para oír, que oiga" (Mat. XI, 25): cuando todos los que estaban en su presencia, ciertamente tenían oídos; ¿qué oídos buscaba él sino los del corazón, cuando decía, "El que tenga oídos para oír, que oiga"? Estos oídos golpea también este salmo. Perciban con los oídos, todos los que habitan el mundo. Tal vez aquí hay alguna distinción. No debemos restringirnos, pero no hay mal en explicar también esta sentencia. Tal vez algo difiere entre lo que dijo, todas las naciones, y lo que dijo, todos los que habitan el mundo. Pues quiso significar más claramente lo que dijo, habitan, para que entendamos a todas las naciones como todos los inicuos, y a los habitantes del mundo como todos los justos. Pues habita quien no está atado: pues quien está atado, es habitado, no habita. Como aquel que posee lo que tiene, quien es dueño de sus cosas; es dueño, quien no está atrapado por la codicia: pero quien está atrapado por la codicia, es poseído, no poseedor. Pues tenemos una palabra marcada por la habitación en la Escritura de Dios, donde dice: "He elegido ser despreciado en la casa del Señor, más que habitar en las tiendas de los pecadores" (Sal. LXXXIII, 11). Pues si eres despreciado en la casa del Señor, ¿no habitas allí? No quiso significar la habitación, sino en aquellos que gobiernan, y poseen, y dominan, y gobiernan: pero quienes son despreciados, no habitan, sino que están sujetos. Así dijo: Quiero ser súbdito en la casa de Dios, más que reinar en las tiendas de los pecadores. Por tanto, si hay alguna distinción entre todas las naciones, y los habitantes del mundo, como hay distinción entre escuchen, y perciban con los oídos, esto parece repetido; pero sin embargo es otra cosa, que ciertamente quiso significar; porque estas palabras serían escuchadas no solo por pecadores e impíos, sino también por justos. Ahora escuchan todos mezclados: pero cuando llegue el momento de rendir cuentas, se separarán los que escucharon en vano, de aquellos que percibieron con los oídos. Escuchen, pues, también los pecadores: Escuchen esto, todas las naciones. Escuchen también los justos, que no escucharon en vano, y gobiernan más bien la tierra, que son gobernados por la tierra: Perciban con los oídos, todos los que habitan el mundo.

3. [vers. 3.] Y de nuevo dice: Todos los nacidos de la tierra y los hijos de los hombres. Lo que dijo, nacidos de la tierra, lo refirió a los pecadores; lo que dijo, hijos de los hombres, a los fieles y justos. Ven, pues, que se mantiene esta distinción. ¿Quiénes son, pues, nacidos de la tierra? Hijos de la tierra. ¿Quiénes son hijos de la tierra? Quienes buscan herencias terrenas. ¿Quiénes son hijos de los hombres? Quienes pertenecen al hijo del hombre. Alguna vez ya distinguimos esto a vuestra Santidad, y encontramos que Adán era hombre, no era hijo del hombre; pero Cristo era hijo del hombre, y era Dios. Pues quienes pertenecen a Adán, nacidos de la tierra: quienes pertenecen a Cristo, hijos de los hombres. Sin embargo, todos escuchen, yo no sustraigo mi palabra a nadie. Es nacido de la tierra, escuche por el juicio; es hijo del hombre, escuche por el reino. Juntos en uno rico y pobre. De nuevo se repiten las mismas cosas. Lo que dijo rico, se refiere a los nacidos de la tierra; lo que dijo pobre, a los

hijos de los hombres. Entiende ricos como soberbios, pobres como humildes. Tenga muchas riquezas de dinero; si no se ensoberbece en ellas, es pobre: no tenga nada, y desee y se infle; Dios lo cuenta entre los ricos y reprobos. Y Dios interroga el corazón del rico y del pobre, no el cofre y la casa. ¿No son pobres quienes reciben el mandato del Apóstol diciendo a Timoteo: "Manda a los ricos de este siglo que no sean altivos"? ¿Cómo hizo pobres a los que eran ricos? Les quitó por qué se buscan las riquezas. Pues nadie quiere ser rico, sino para ensoberbecerse entre aquellos entre quienes vive, y parecer superior a ellos. Pero cuando dijo, que no sean altivos, los hizo iguales a los que no tienen; de modo que tal vez un mendigo con pocos centavos se ensoberbezca más que aquel rico que escucha al Apóstol diciendo: "Manda a los ricos de este siglo que no sean altivos". ¿De dónde no ser altivos? Si hacen lo que sigue, "Ni pongan su esperanza en la incertidumbre de las riquezas, sino en el Dios vivo, que nos da todas las cosas en abundancia para que las disfrutemos" (I Tim. VI, 17). No dijo, que les da a ellos; sino, que nos da a nosotros. ¿Acaso Pablo no tenía riquezas? Claro que sí. ¿Qué riquezas? De las que dice en otro lugar la Escritura: "Para el hombre fiel, todo el mundo es riqueza" (Prov. XVII, 6, según LXX). Escucha también a él confesando: "Como no teniendo nada, y poseyéndolo todo" (II Cor. VI, 10). Quien quiera, pues, ser rico, no se adhiera a la parte, y poseerá todo: adhiera a aquel que creó todo. Juntos en uno rico y pobre. Dice en otro salmo; "Comerán los pobres, y se saciarán". ¿Cómo elogió a los pobres? Comerán los pobres, y se saciarán. ¿Qué comen? Lo que saben los fieles. ¿Cómo se saciarán? Imitando la pasión de su Señor, y no recibiendo en vano su precio. Comerán los pobres, y se saciarán, y alabarán al Señor, quienes lo buscan. ¿Y los ricos qué? También ellos comen. Pero ¿cómo comen? Comieron y adoraron todos los ricos de la tierra (Sal. XXI, 27, 30). No dijo, Comieron, y se saciaron; sino, Comieron, y adoraron. Adoran a Dios, pero no quieren mostrar humanidad fraterna. Comen ellos, y adoran; comen estos, y se sacian: sin embargo, todos comen. Se exige del que come lo que come; no se le prohíba comer por el dispensador, sino que se le advierta temer al cobrador. Escuchen, pues, esto pecadores y justos, naciones y quienes habitan el mundo, nacidos de la tierra y hijos de los hombres, juntos en uno rico y pobre: no divididos, no separados. El tiempo de la cosecha lo hará, la mano del aventador lo podrá (Mat. III, 12). Ahora juntos en uno escuchen rico y pobre, juntos en uno se alimenten cabritos y corderos, hasta que venga quien separe a unos a la derecha, a otros a la izquierda (Id. XXV, 32, 33). Juntos en uno escuchen al que enseña, para que no separados escuchen al que juzga.

4. [vers. 4.] ¿Y qué es lo que ahora van a escuchar? Mi boca hablará sabiduría, y la meditación de mi corazón, inteligencia. Y estas cosas se repiten más bien, no sea que cuando dijo, mi boca, entiendas que te habla quien tiene sabiduría en los labios. Pues muchos tienen en los labios y no tienen en el corazón, de quienes dice la Escritura: "Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí" (Isai. XXIX, 13). ¿Qué dice, pues, aquel que te habla? que cuando dijo, Mi boca hablará sabiduría; para que entiendas que lo que se vierte de la boca, emana de la vena del corazón, añadió, Y la meditación de mi corazón, inteligencia.

5. [vers. 5.] Inclinabo en parábola mi oído, abriré en el salterio mi proposición. ¿Quién es este cuyo meditar del corazón habla con inteligencia, de modo que no esté solo en la superficie de los labios, sino que posea las interioridades del hombre? ¿Quién es este que escucha y así habla? Pues muchos hablan lo que no oyen. ¿Quiénes son los que hablan lo que no oyen? Aquellos que no hacen lo que dicen: como el Señor dice de los fariseos que se sientan en la cátedra de Moisés. Quiso hablarte en la cátedra de Moisés, a través de aquellos que hablan pero no hacen; y el Señor quiso darte seguridad. No temáis, lo que dicen, hacedlo, pero lo que hacen no lo hagáis; porque dicen y no hacen (Mat. XXIII, 2, 3). No oyen lo que dicen. Pero aquellos que hacen y así dicen, oyen lo que dicen: y por eso dicen fructuosamente, porque

oyen. Quien es, por tanto, hablador y no oyente, beneficia a otro, pero no a sí mismo. Este, por tanto, que quería ser oyente y hablador, quien te habla, antes de decir, abriré en el salterio mi proposición, que es ya hablar a través del cuerpo, pues así usa el alma del cuerpo, como el citarista del salterio, dijo, inclinaré en parábola mi oído. Antes de hablarte, dice, a través del cuerpo, antes de que el salterio suene, primero yo inclinaré en parábola mi oído, es decir, escucharé lo que te voy a decir. ¿Y por qué, en parábola? Porque vemos ahora a través de un espejo en enigma (I Cor. XIII, 12), como dice el Apóstol. Mientras estamos en este cuerpo, estamos ausentes del Señor (II Cor. V, 6). Porque aún no es esa nuestra visión cara a cara, donde ya no habrá parábolas, donde ya no habrá enigmas y similitudes. Todo lo que ahora entendemos, lo contemplamos a través de enigmas. Un enigma es una parábola oscura que es difícil de entender. Por mucho que el hombre cultive su corazón y se refugie en el entendimiento interior, mientras veamos a través de la corrupción de esta carne, vemos en parte. Pero asumida la incorruptibilidad en la resurrección de los muertos, cuando aparezca el Hijo del Hombre para juzgar a vivos y muertos, entonces se verá al Hijo del Hombre, quien primero fue juzgado, juzgando, discerniendo a los malos de los buenos, poniendo a los malos a la izquierda, a los buenos a la derecha. Lo verán tanto los buenos como los malos, pero a los malos les dirá: Id al fuego eterno; a los buenos les dirá: Venid, benditos de mi Padre, recibid el reino. Los malos irán a la condenación eterna, pero los justos a la vida eterna (Mat. XXV, 33, 34, 41, 46); y allí será esa visión cara a cara, de la cual ellos no son dignos. Prestad atención a lo que digo. Al Hijo del Hombre, como aquí cuando aún estaba siendo juzgado, lo vieron tanto los malos como los buenos; lo vieron los Apóstoles que lo siguieron, lo vieron los judíos que lo crucificaron; así cuando venga a juzgar, lo verán tanto los buenos como los malos: los buenos, para recibir la recompensa, porque lo siguieron; los malos, para recibir el castigo, porque lo crucificaron. ¿Serán condenados solo aquellos que lo crucificaron? Me atrevo a decir, solo ellos. Entonces nosotros, dicen los pecadores de este tiempo, estamos seguros. Si Dios no interroga el alma, estáis seguros. ¿Qué es lo que dije? Que lo entienda vuestra Caridad, para que no digan esto en el juicio de Dios, porque no entendieron. Los judíos, porque vieron a Cristo, lo crucificaron; tú, porque no ves a Cristo, resistes su palabra. ¿Tú, que resistes su palabra, no crucificarías su carne si la vieras? El judío despreció al que colgaba del madero, tú desprecias al que está sentado en el cielo. Por tanto, ambos tipos lo vieron mientras estaba aquí: ambos tipos lo verán cuando venga. Porque el Hijo del Hombre vendrá a juzgar; porque el Hijo del Hombre vino a ser juzgado. Por eso, porque el Padre no se encarnó, el Padre no sufrió, y juzga a través del Hijo del Hombre, como él mismo dijo en el Evangelio, el Padre no juzga a nadie, sino que todo juicio lo dio al Hijo; seguido poco después dice, y le dio autoridad para ejecutar juicio, porque es el Hijo del Hombre (Juan V, 22, 27). Porque según es el Hijo de Dios, el Verbo siempre está con el Padre; y porque siempre está con el Padre, siempre juzga con el Padre: pero según es el Hijo del Hombre, fue juzgado y juzgará. Así como fue visto por aquellos que creyeron y por aquellos que lo crucificaron cuando fue juzgado; así será visto, cuando comience a ser juez, tanto por aquellos a quienes condenará como por aquellos a quienes coronará. Pero esa visión de la divinidad, que prometió a sus amantes, cuando dijo, el que me ama, será amado por mi Padre: y el que me ama, guarda mis mandamientos, y yo lo amaré, y me manifestaré a él (Id. XIV, 21), ya no la verán los impíos. Esa demostración es de alguna manera familiar, la guarda para los suyos, no la muestra a los impíos. ¿Qué clase de visión es esa? ¿Qué clase de Cristo? Igual al Padre. ¿Qué clase de Cristo? En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios (Id. I, 1). A esta visión suspiramos ahora, y gemimos mientras estamos ausentes; a esta visión seremos devueltos al final, esta visión ahora la vemos en enigma, si por tanto la vemos en enigma, inclinemos en parábola nuestro oído, y así abramos en el salterio nuestra proposición: escuchemos lo que decimos, hagamos lo que predicamos.

6. [vers. 6.] ¿Y qué dijo? ¿Por qué temeré en el día malo? La iniquidad de mi talón me rodeará. Comenzó más oscuramente, ¿Por qué temeré, dice, en el día malo? La iniquidad de mi talón me rodeará. Entonces debería temer más, si la iniquidad de su talón lo rodeará. Pues no tema, dice, el hombre lo que no tiene en su poder evitar. Por ejemplo: quien teme a la muerte, ¿qué hará para no morir? Que me diga cómo evitar lo que debe a Adán, quien nació de Adán. Pero que piense que nació de Adán, y siguió a Cristo, y debe pagar lo que debe a Adán, y conseguir lo que prometió Cristo. Quien teme a la muerte, no hay manera de evitarla: pero quien teme la condenación que oirán los impíos, Id al fuego eterno, hay manera de evitarla. ¿No debe temer entonces? ¿Por qué temer? ¿La iniquidad de su talón lo rodeará? Si por tanto evita la iniquidad de su talón, y camina por los caminos de Dios, no llegará al día malo: el día malo, el último día, no será malo para él. Pues el último día será malo para algunos, será bueno para otros. ¿Acaso será malo para aquellos a quienes se les dirá: Venid, benditos de mi Padre, recibid el reino? Pero será malo para aquellos a quienes se les dirá: Id al fuego eterno (Mat. XXV, 34, 41). Pero si la iniquidad de su talón lo rodeará, ¿por qué entonces teme en el día malo? Ahora, mientras viven, que se provean, quiten la iniquidad de su talón: caminen por ese camino, caminen por el camino del cual él mismo dijo, Yo soy el camino, y la verdad, y la vida (Juan XIV, 6): y no teman en el día malo, porque les da seguridad, quien se hizo camino. ¿Por qué temeré en el día malo? La iniquidad de mi talón me rodeará. Por tanto, eviten la iniquidad de su talón. En el talón cada uno tropieza. Preste atención vuestra Caridad. ¿Qué fue dicho por Dios a la serpiente? Ella observará tu cabeza, y tú observarás su talón (Gen. III, 15). El diablo observa tu talón, cuando tropiezas, para derribarte. Él observa tu talón, tú observa su cabeza. ¿Qué es su cabeza? El inicio de la mala sugerencia. Cuando comienza a sugerir mal, entonces recházalo antes de que surja el deleite, y siga el consentimiento; y entonces evitarás su cabeza, y no atrapará él tu talón. ¿Y por qué se dijo esto a Eva? Porque a través de la carne el hombre tropieza. Eva es para nosotros nuestra carne interior. Quien ama, dice, a su esposa, se ama a sí mismo. ¿Qué es, a sí mismo? Sigue, y dice: Nadie jamás odió su propia carne (Ephes. V, 28, 29). Porque así como aquel hombre Adán fue suplantado por Eva (Gen. III, 6), así el diablo quiere suplantarnos a través de la carne; se le ordenó a Eva que observe la cabeza del diablo, porque el diablo observa su talón. Si por tanto la iniquidad del talón nos rodeará, ¿por qué tememos en el día malo, cuando convertidos a Cristo tenemos en nuestro poder no hacer iniquidad; y no habrá nada que nos rodee, y nos alegraremos en el último día, no lloraremos?

7. [vers. 7.] ¿Pero quiénes son aquellos a quienes la iniquidad del talón rodeará? Aquellos que confían en su propia fuerza, y se glorían en la abundancia de sus riquezas. Por tanto, evitaré estas cosas, y la iniquidad de mi talón no me rodeará. ¿Qué es evitar estas cosas? No confiemos en nuestra propia fuerza, no nos gloriemos en la abundancia de nuestras riquezas; sino gloriémonos en aquel que nos prometió a los humildes la altura, y amenazó a los altivos con la condenación; y la iniquidad de nuestro talón no nos rodeará. Aquellos que confían en su propia fuerza, y se glorían en la abundancia de sus riquezas.

8. [vers. 8.] Hay quienes confían en sus amigos: unos confían en su fuerza, otros en sus riquezas. Esta es la presunción del género humano, que no confía en Dios. Habló de la fuerza, habló de las riquezas, habla de los amigos: El hermano no redime, ¿redimirá el hombre? ¿Esperas que un hombre te redima de la ira venidera? Si el hermano no te redime, ¿te redimirá el hombre? ¿Quién es el hermano, que si no redime, ningún hombre redimirá? Quien después de la resurrección dijo: Ve, di a mis hermanos (Mat. XXVIII, 10). Quiso ser nuestro hermano: y cuando decimos a Dios, Padre nuestro, esto se manifiesta en nosotros. Porque quien dice a Dios, Padre nuestro; dice a Cristo, Hermano. Por tanto, quien tiene a Dios como Padre y a Cristo como hermano, no tema en el día malo. Pues no lo rodeará la iniquidad de su

talón; porque no confía en su propia fuerza, ni se gloria en la abundancia de sus riquezas, ni se jacta de sus amigos poderosos. Por tanto, confíe en aquel que murió por él, para que él no muriera eternamente; quien se humilló por él, para que él fuera exaltado; quien buscó al impío, para que fuera buscado por el fiel. Por tanto, si él no redime, ¿redimirá el hombre? ¿Algún hombre redimirá, si el Hijo del Hombre no redime? Si Cristo no redime, ¿redimirá Adán? El hermano no redime, ¿redimirá el hombre?

9. [vers. 9.] No dará a Dios su propiciación, ni el precio de la redención de su alma. Aquel confía en su propia fuerza, y se gloria en la abundancia de sus riquezas, quien no dará a Dios su propiciación; es decir, la placación con la que doblegar a Dios por los pecados: ni el precio de la redención de su alma, quien confía en su propia fuerza, y en sus amigos, y en sus riquezas. Pero, ¿quiénes son aquellos que dan el precio de la redención de su alma? A quienes el Señor dice: Haced amigos con las riquezas de iniquidad, para que ellos os reciban en las moradas eternas (Luc. XVI, 9). Ellos dan el precio de la redención de su alma, quienes no cesan de hacer limosnas. Tanto es así que aquellos a quienes el Apóstol advierte a través de Timoteo, no quiso que fueran soberbios, para que no se gloríen en la abundancia de sus riquezas: de hecho, lo que poseían, no quiso que se envejeciera con ellos, sino que se hiciera algo de ello, para que fuera el precio de la redención de su alma. Dice: A los ricos de este siglo manda, que no sean altivos, ni pongan su esperanza en la incertidumbre de las riquezas, sino en el Dios vivo, que nos da todas las cosas en abundancia para disfrutar. Y como si dijieran: ¿Qué haremos entonces con nuestras riquezas? Sean ricos, dice, en buenas obras, que den fácilmente, que compartan: y no perderán eso. ¿Cómo lo sabemos? Escucha lo que sigue: Que atesoren para sí un buen fundamento para el futuro, para que alcancen la vida verdadera (I Tim. VI, 17-19). Así darán el precio de la redención de su alma. Y nuestro Señor nos advierte esto: Haced para vosotros bolsas que no envejezcan, un tesoro que no falle en los cielos, donde el ladrón no se acerca, ni la polilla corrompe (Luc. XII, 33). Dios no quiso que perdieras tus riquezas, sino que cambiaras su lugar, te dio un consejo. Que lo entienda vuestra Caridad: ahora si tu amigo entrara en tu casa, y te encontrara poniendo granos en un lugar húmedo, quien tal vez conociera la naturaleza de la corrupción de los granos que tú no conoces, te daría un consejo de este tipo, diciendo: Hermano, estás perdiendo lo que con gran esfuerzo has recogido; lo has puesto en un lugar húmedo, en pocos días se pudrirán. ¿Y qué hago, hermano? Llévalos a lugares más altos. Escucharías a un amigo sugiriéndote que llevaras los granos de los lugares bajos a los altos; y no escuchas a Cristo advirtiéndote que lleves tu tesoro de la tierra al cielo, donde no se te devolverá lo que guardas, sino que guardas la tierra, recibes el cielo, guardas lo mortal, recibes lo eterno. Presta a Cristo; recibe en la tierra poco, para que te devuelva en el cielo mucho. Pero aquellos a quienes la iniquidad de su talón rodeará, porque confían en su propia fuerza, y se glorían en la abundancia de sus riquezas, y presumen de sus amigos hombres que no valen nada, no darán a Dios su propiciación, ni el precio de la redención de su alma.

10. [vers. 10.] ¿Y qué dijo de tal hombre? Y trabajó para siempre, y vivirá hasta el fin. Su trabajo será sin fin, su vida tendrá fin. ¿Por qué dijo esto, vivirá hasta el fin? Pues no consideran vida sino los placeres cotidianos. Tanto es así que muchos de nuestros pobres e indigentes, poco firmes, y no mirando lo que Dios les promete por estos trabajos, cuando ven a los ricos en banquetes diarios, en el esplendor y brillo del oro y la plata, ¿qué dicen? Solo ellos son, ellos verdaderamente viven. Se dice; ya no se diga, y advertimos; y aunque se diga, que lo digan menos, de lo que se diría si no advirtiéramos. Pues no presumimos de decirlo de tal manera que no se diga, sino que lo digan menos; pues se dirá hasta el fin del siglo. Poco es que diga que vive; añade, y dice, trueno: Crees que solo él vive. Viva; su vida terminará: porque no da el precio de la redención de su alma, su vida terminará, su trabajo no terminará.

Trabajó para siempre, y vivirá hasta el fin. ¿Cómo vivirá hasta el fin? Como vivía aquel que se vestía de púrpura y lino fino, y banqueteaba espléndidamente cada día; y al pobre lleno de llagas que yacía ante su puerta, cuyas llagas los perros lamían, y deseaba las migajas que caían de su mesa, lo despreciaba con soberbia y altivez. ¿De qué le sirvieron aquellas riquezas? Cambiaron de lugar ambos: él fue llevado de la puerta del rico al seno de Abraham; él fue enviado de los espléndidos banquetes al fuego: él descansaba, él ardía; él se saciaba, él tenía sed: él trabajó hasta el fin, vivía para siempre; él vivió hasta el fin, trabajaba para siempre. ¿Y de qué le sirvió al rico, que buscó en el infierno, puesto en tormentos, que se le dejara caer una gota de agua en su lengua del dedo de Lázaro, diciendo, Porque ardo aquí en esta llama, y no se le concedió (Id. XVI, 19-26)? Así deseó él una gota del dedo, como él las migajas de la mesa del rico: pero su trabajo terminó, y su vida terminó; el trabajo de este para siempre, la vida de aquel para siempre. No tenemos vida aquí, quienes tal vez trabajamos aquí en la tierra: y no seremos así después; pues nuestra vida será Cristo para siempre: pero aquellos que quieren tener vida aquí, trabajarán para siempre, y vivirán hasta el fin.

11. [vers. 11.] Porque no verá la destrucción, cuando vea a los sabios morir. Aquel que trabajó para siempre, y vivirá hasta el fin, no verá la destrucción, cuando vea a los sabios morir: ¿qué significa esto? No entenderá qué es la destrucción, cuando vea a los sabios morir. Se dice a sí mismo: Este, porque era sabio, y habitaba con sabiduría, y con piedad adoraba a Dios, ¿acaso no ha muerto? Entonces, haré bien para mí mientras viva: pues si aquellos que piensan de otra manera pudieran algo, no morirían. Ve a aquel morir, y no ve qué es la muerte. No verá la destrucción, cuando vea a los sabios morir. Así como los judíos vieron a Cristo colgado en la cruz, y lo despreciaron, diciendo, Si este fuera el Hijo de Dios, descendería de la cruz (Mat. XXVII, 42): no viendo qué es la destrucción. Si vieran qué es la destrucción, ¡si vieran! Aquel moría temporalmente, para resucitar eternamente; ellos vivían temporalmente, para morir eternamente. Pero porque lo veían morir, no veían la destrucción, es decir, no entendían cuál era la verdadera destrucción. ¿Qué dicen también en la Sabiduría? Condenémoslo a una muerte vergonzosa, pues habrá consideración por sus palabras; si en verdad es hijo de Dios, lo librará de las manos de sus adversarios (Sab. II, 20, 18): no permitirá que su hijo muera, si en verdad es su hijo. Pero cuando lo vieron en la cruz insultándose a sí mismos, y él no descendiendo de la cruz, dijeron, Verdaderamente fue un hombre. Se dijo: y ciertamente podía descender de la cruz, quien pudo resucitar del sepulcro; pero nos enseñó a soportar a los que insultan, nos enseñó a ser pacientes contra las lenguas de los hombres, a beber ahora el cáliz de amargura, y luego recibir la salvación eterna. Bebe, enfermo, el cáliz amargo, para que estés sano, tú que no tienes entrañas sanas: no temas, porque para que no temas, primero bebió el médico; es decir, el Señor bebió primero la amargura de la pasión. Bebió quien no tenía pecado, quien no tenía nada que sanar en él. Bebe hasta que pase la amargura de este siglo, y venga el siglo donde no hay escándalo, ni ira, ni corrupción, ni amargura, ni fiebre, ni engaño, ni enemistades, ni vejez, ni muerte, ni contienda. Trabaja aquí, para llegar al fin; trabaja, no sea que al no querer trabajar aquí, llegues al fin de la vida, y nunca llegues al fin de los trabajos. Porque no verá la destrucción, cuando vea a los sabios morir.

12. Tanto el imprudente como el insensato perecerán. ¿Quién es el imprudente? Aquel que no se preocupa por el futuro. ¿Quién es el insensato? Aquel que no entiende en qué mal se encuentra. Pero tú entiendes en qué mal estás ahora, y procura estar en el bien en el futuro. Entendiendo en qué mal estás, no serás insensato: procurando para ti en el futuro, no serás imprudente. ¿Quién es el que se preocupa por sí mismo? Aquel siervo a quien su Señor le dio lo que debía administrar, y luego le dijo: No puedes actuar para mí, rinde cuentas de tu administración. Y él: ¿Qué hago? no puedo cavar, me da vergüenza mendigar. Pero incluso

de los bienes de su señor se hizo amigos, que lo recibieran cuando fuera expulsado de su administración. Y él engañó a su señor, para hacerse amigos que lo recibieran: tú no temas engañar; el mismo Señor te exhorta a hacerlo, él mismo te dice, Hazte amigos con las riquezas de la iniquidad (Luc. XVI, 1-2). Quizás lo que has adquirido, lo has adquirido de la iniquidad; o tal vez esa misma es la iniquidad, porque tú tienes y otro no tiene, tú abundas y otro carece. De esa riqueza de iniquidad, de esas riquezas que los inicuos llaman riquezas, hazte amigos y serás prudente: te haces, no te defraudas. Ahora parece que pierdes. ¿Acaso pierdes al poner en el tesoro? Pues los niños, hermanos, cuando quieren comprar algo juntos encuentran monedas, y las ponen en el tesoro, y no lo abren hasta después: ¿acaso porque no ven lo que recogen, lo han perdido? No temas: los niños ponen en el tesoro, y están seguros; tú pones en la mano de Cristo, ¿y temes? Sé prudente, y procura para ti en el futuro en el cielo. Sé prudente, imita a la hormiga, como dice la Escritura (Prov. VI, 6, y XXX, 25); recoge en verano, para que no tengas hambre en invierno: el invierno es el último día, el día de la tribulación; el invierno es el día de los escándalos y la amargura: recoge para que allí tengas en el futuro; si no lo haces, tanto el imprudente como el insensato perecerán.

13. Pero aquel rico murió, y se le hizo un funeral tal. Mira a lo que se han vuelto los hombres: no atienden a qué mala vida tuvo mientras vivía, sino qué pompa tuvo al morir. ¡Oh feliz aquel a quien tantos lloran! Este vivió de tal manera que pocos lo lloran. Pues todos deberían llorar a quien vivió tan mal. Pero hay pompa en el funeral, es recibido en un sepulcro precioso, envuelto en vestiduras preciosas, sepultado con ungüentos y aromas. Luego, ¿qué memoria tiene? ¡qué marmórea! ¿Se vive en esa memoria? Allí está muerto. Pensando los hombres que estas cosas son buenas, se han desviado de Dios, y no han buscado lo verdadero, y han sido engañados por lo falso: así que mira lo que sigue. Aquel que no dio el precio de la redención de su alma, que no entendió la destrucción, porque vio a los sabios morir, se hizo imprudente e insensato, para perecer juntos. ¿Y cómo perecerán los que dejarán sus riquezas a extraños? Tanto el imprudente como el insensato perecerán.

14. Prestad atención, hermanos: Y dejarán sus riquezas a extraños. Como si los pusiera en maldición, aquellos que cuando mueren, extraños poseerán sus bienes. Entonces, ¿felices aquellos que dejan a sus hijos en su posesión, a quienes suceden los suyos? Tuvo hijos, no ha muerto. ¿Qué de sus hijos? Y ellos guardan lo que les dejaron sus padres: es poco que lo guarden; y lo aumentan. ¿A quiénes también ellos guardan? A sus hijos, y ellos a los suyos, y los terceros a los suyos. ¿Qué a Cristo? ¿qué a su alma? Todo a sus hijos. Entre sus hijos que tienen en la tierra, cuenten a un hermano que tienen en el cielo: a quien debían dar todo, o al menos dividir con él. Pero sin embargo, alguien me dice: Mira a quienes la Escritura llama malditos, a quienes dice que perecen y dejan sus riquezas a extraños; pero aquel es bendito que las deja a los suyos. Yo examino este sentido, porque inclino mi oído a la parábola; y veo que no en vano habla así la Escritura. Pues veo a muchos inicuos morir, a quienes suceden sus hijos; y no pudo hablar así la Escritura, para separarlos de la miseria, cuya vida reprueba: ¿y qué, pensáis, entiendo, hermanos, sino que todos esos tales dejan sus riquezas a extraños? ¿Cómo son extraños los hijos? Los hijos de los inicuos son extraños; pues encontramos a un extraño hecho cercano, porque fue útil. Si alguno de los tuyos no te es útil, es extraño. ¿Dónde encontramos a un extraño hecho cercano, porque fue útil? En el Evangelio. Yacía uno herido por ladrones, y el Señor había dicho a uno: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. Y él respondió: ¿Y quién es mi prójimo? Y el Señor narró: Un hombre descendía de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de ladrones, que lo hirieron, y lo dejaron medio muerto en el camino: pasaron los cercanos; pues era judío, descendía de Jerusalén a Jericó: pasó un sacerdote, y pasó de largo; pasó un levita, y también pasó de largo; pasó un samaritano, un samaritano no sé quién, era extraño; él se acercó a él, vio su miseria, y con misericordia curó

sus heridas, lo levantó en su cabalgadura, y lo llevó a una posada, lo encomendó al posadero. Estas cosas dichas en misterio, y ahora parecen más largas para discutir: sin embargo, por lo que propuse, hermanos, dijo el Señor, ¿Quién de ellos fue prójimo al herido? Respondió él: Creo, el que hizo misericordia con él. Ve, dijo, y haz tú lo mismo (Luc. X, 27-37). A quien haces misericordia, es tu prójimo. Si entonces un extraño samaritano haciendo misericordia y ayudando se hizo prójimo; cualquiera que no pueda ayudarte en la tribulación, se ha hecho extraño a ti. Ya atendamos a esos ricos que vivieron mal, que actuaron con soberbia, murieron, y dejaron, no digo a extraños, a sus hijos dejaron las riquezas, y sus hijos siguen el camino de sus padres: así como aquellos soberbios, así también estos; así como aquellos rapaces, así también estos; como aquellos avaros, así también estos: son extraños a ellos. Pues para que sepáis que son extraños, no ayudaron a aquel rico que ardía en la llama los sucesores de sus riquezas. ¿Pero acaso no tuvo quien le sucediera, y extraños poseyeron sus riquezas? Encontramos en el mismo Evangelio que tuvo: pues dice, Tengo cinco hermanos (Id. XVI, 28). Sus hermanos no pudieron ayudarle ardiendo en la llama. ¿Qué te diría el rico? Tengo cinco hermanos: no hice un hermano amigo mío, que yacía ante la puerta: esos hermanos míos no pueden ayudarme, que poseen mis riquezas; se han hecho extraños a mí. Veis que todos los que viven mal, dejan sus riquezas a extraños.

15. [vers. 12.] Pero ciertamente les benefician esos extraños, que se llaman suyos? Escuchad qué les benefician, ved cómo se burlan de ellos: Tanto el imprudente como el insensato perecerán; y dejarán sus riquezas a extraños. ¿Por qué dijo extraños? Porque nada les pueden beneficiar. Y sin embargo, en lo que se les parece beneficiar: Y sus sepulcros son sus casas para siempre. Ya que estos sepulcros están contruidos, son casas. Pues a menudo oyes a un rico decir: Tengo una casa marmórea que dejaré, y no pienso en una casa eterna para mí donde siempre estaré. Cuando piensa en hacerse una memoria marmórea o esculpida, es como si pensara en una casa eterna; como si allí permaneciera ese rico. Si allí permaneciera, no ardería en el infierno. Donde permanece el espíritu del que actúa mal, no donde se pone el cuerpo mortal, es lo que debe pensarse: pero sus casas son sus sepulcros para siempre. Sus tabernáculos de generación en generación. Tabernáculos, en los que temporalmente permanecieron - casas, en las que como si fueran eternas permanecerán, es decir, sepulcros. Por tanto, dejan sus tabernáculos a los suyos, donde permanecían cuando vivían, pasan como a casas eternas a los sepulcros. ¿De qué les sirven sus tabernáculos de generación en generación? Ya generación y generación, supón, son hijos, serán nietos y bisnietos: ¿qué hacen, de qué sirven sus tabernáculos? ¿Qué? Escucha: Invocarán sus nombres en sus tierras. ¿Qué es esto? Llevarán pan y vino a los sepulcros, e invocarán allí los nombres de los muertos. ¿Crees cuánto se invocó el nombre de ese rico después, cuando los hombres se embriagaban en su memoria, y no descendía una gota sobre su lengua ardiente (Luc. XVI, 24)? Los hombres sirven a su vientre, no a los espíritus de los suyos. A los espíritus de los muertos no llega, sino lo que hicieron con ellos los vivos: pero si los vivos no hicieron con ellos, a los muertos nada llega. Pero ¿qué hacen ellos? Solo invocarán sus nombres en sus tierras.

16. [vers. 13.] Y el hombre, cuando estaba en honor, no entendió: fue comparado a los animales insensatos, y se hizo semejante a ellos. ¿Cómo se insultó a los hombres, que no entendieron qué hacer con las riquezas mientras vivían, y pensaron que serían felices, si tuvieran una memoria marmórea, como una casa eterna, y si los suyos, a quienes dejaron su sustancia, invocaran sus nombres en sus tierras? Sin embargo, debieron preparar para sí una casa eterna en buenas obras, preparar para sí una vida inmortal, enviar por adelantado sus gastos, seguir sus obras, atender al compañero necesitado, darle a él con quien caminaban, no despreciar a Cristo ante la puerta ulceroso, que dijo: Cuando lo hicisteis a uno de estos mis

hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis (Mat. XXV, 40). Porque no entendió el hombre en honor. ¿Qué es, en honor? Hecho a imagen y semejanza de Dios, el hombre fue preferido a los animales (Gen. 1, 26). Pues Dios no hizo al hombre así como hizo al animal; sino que Dios hizo al hombre para que los animales le sirvieran: ¿acaso por sus fuerzas, y no por su entendimiento? Pero él no entendió: y quien fue hecho a imagen de Dios, fue comparado a los animales insensatos, y se hizo semejante a ellos. Donde en otro lugar se dice: No seáis como el caballo y el mulo, que no tienen entendimiento (Sal. XXXI, 9).

17. [vers. 14.] Este camino de ellos es un escándalo para ellos. Sea para ellos un escándalo, no para ti. ¿Cuándo será también para ti? Si piensas que tales son felices. Si entiendes que no son felices, para ellos será un escándalo su camino; no para Cristo, no para su cuerpo, no para sus miembros. Y después en su boca bendecirán. ¿Qué es, después en su boca bendecirán? Cuando se han hecho tales que no buscan sino bienes temporales, se hacen hipócritas; y cuando bendicen a Dios, lo hacen con los labios, no con el corazón. Tales hechos cristianos, cuando se les alaba la vida eterna, y se les dice que deben ser despreciadores de las riquezas en nombre de Cristo, tuercen su boca en su corazón: y si no se atreven en la cara, para no avergonzarse, o para no ser reprendidos por los hombres, lo hacen en el corazón, desprecian; y les queda en la boca la bendición, y en el corazón la maldición. Y después en su boca bendecirán. Es largo para que terminemos el Salmo: sea suficiente para vuestra Caridad lo que habéis escuchado por ahora hoy; mañana, lo que plazca al Señor escucharéis.

SERMON II. De la segunda parte del Salmo.

1. [vers. 14.] Ayer el Salmo comenzado debía ser terminado, como recuerda vuestra Caridad. Habíamos llegado hasta este versículo, donde el Espíritu de Dios describe a los hombres que no atienden sino a las cosas presentes seculares y terrenales, y no piensan en el futuro después de esta vida, ni consideran ninguna felicidad sino las riquezas y honores de este siglo, y la virtud transitoria; después de su muerte no atienden sino a cómo se les procuren funerales pomposos, y sean sepultados en monumentos construidos con obra admirable, e invocan sus nombres en sus tierras desde sus casas; no se preparan para donde estará el espíritu después de esta vida, necios no temblando ante la voz de Cristo, diciendo, Necio, esta noche te será quitada tu alma, y lo que has preparado, ¿de quién será? (Luc. XII, 20)? ni atendiendo después de las comidas diarias espléndidas, y la púrpura y el lino fino, al rico condenado a tormentos en el infierno; y después de los trabajos y las llagas y el hambre, al pobre descansando en el seno de Abraham (Id. XVI, 19): no cuidando estas cosas, sino atendiendo a lo que está presente, y después de esta muerte no previendo sino cómo su nombre que es reprobado en el cielo, sea invocado en la tierra. Describiendo entonces tales cosas el Espíritu Santo dijo: Este camino de ellos es un escándalo para ellos, y después en su boca bendecirán. Como dijo el Señor Jesucristo de algunos, que primero se acercan a la fe purificados por la palabra de Dios y los exorcismos en el nombre de Cristo, para recibir la gracia de Dios, para ser bautizados, y luego regresan a peores males que antes cometieron, Serán para ellos, dijo, los posteriores peores que los primeros (II Ped. II, 20): esto el apóstol Pedro: pero el Señor, Y serán los posteriores de ese hombre peores que los primeros (Luc. XI, 26). ¿Por qué? Porque primero era un pagano abierto, luego se disfraza con el nombre cristiano, bajo el velo de la religión oculto malo. Y será peor, porque está oculto, como dice, Y después en su boca bendecirán: es decir, oyes el nombre de Dios y el nombre de Cristo en los labios, no lo encuentras en el corazón. De quienes se dijo: Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí (Is. XXIX, 13). Hasta aquí el Salmo había sido tratado.

2. [vers. 15.] Luego comienzan los versos que hoy se deben discutir y tratar: Como ovejas puestas en el infierno, la muerte es su pastor. ¿A quiénes? A aquellos cuyo camino es un escándalo para ellos mismos. ¿A quiénes? A aquellos que solo atienden a lo presente, mientras no piensan en el futuro; a aquellos que no consideran vida sino esta, que debe llamarse muerte. No es, por tanto, sin razón que, como ovejas en el infierno, tienen a la muerte como pastor. ¿Qué significa que tienen a la muerte como pastor? ¿Es la muerte acaso una cosa o un poder? La muerte es, en efecto, la separación del alma del cuerpo: y esa es la que temen los hombres, la separación del alma del cuerpo: pero la verdadera muerte que los hombres no temen es la separación del alma de Dios. Y a menudo, cuando los hombres temen a esa que separa el alma del cuerpo, caen en aquella donde el alma se separa de Dios. Esta es, por tanto, la muerte. ¿Cómo es que la muerte es su pastor? Si la vida es Cristo, la muerte es el diablo. Tenemos en muchos lugares de la Escritura que la vida es Cristo. La muerte, sin embargo, es el diablo; no porque él mismo sea la muerte, sino porque a través de él viene la muerte. Pues ya sea aquella en la que cayó Adán, fue ofrecida al hombre por su persuasión, o esta en la que el alma se separa del cuerpo, tienen como autor a aquel que primero, cayendo por soberbia, envidió al que estaba de pie, y con una muerte invisible derribó al que estaba de pie, para que también sufriera la muerte visible (Gén. III, 2). Los que pertenecen a él tienen a la muerte como pastor: pero nosotros, que pensamos en la futura inmortalidad, y no sin razón llevamos en la frente la señal de la cruz de Cristo, no tenemos otro pastor que la vida. El pastor de los infieles es la muerte, el pastor de los fieles es la vida. Si, por tanto, en el infierno están las ovejas cuyo pastor es la muerte, en el cielo están las ovejas cuyo pastor es la vida. ¿Qué, entonces? ¿Ya estamos en el cielo? En el cielo según la fe. Si, por tanto, en el cielo, ¿dónde está el Corazón Elevado? Si no en el cielo, ¿de dónde dice el apóstol Pablo, Nuestra conversación está en los cielos (Filip. III, 20)? Caminamos con el cuerpo en la tierra, habitamos con el corazón en el cielo. Habitamos allí, si enviamos algo que nos retenga allí. Nadie habita con el corazón, sino donde piensa: y piensa donde atesora. Si atesora en la tierra, su corazón no se aparta de la tierra; si atesora en el cielo, su corazón no desciende del cielo: como dice claramente el Señor, Donde está tu tesoro, allí estará también tu corazón (Mat. VI, 21).

3. Aquellos, por tanto, cuyo pastor es la muerte, parecen florecer por un tiempo, y los justos trabajar: pero, ¿por qué? Porque aún es de noche. ¿Qué significa, es de noche? No aparecen los méritos de los justos, y se nombra como felicidad la de los impíos. Por tanto tiempo parece la hierba más alegre que el árbol, mientras es invierno. Pues la hierba prospera durante el invierno, el árbol durante el invierno parece seco: cuando el sol sale más ardiente en el tiempo de verano, el árbol que durante el invierno parecía seco, se llena de hojas, produce frutos; pero la hierba se seca: verás el honor del árbol, la hierba está seca. Así también ahora los justos trabajan, antes de que llegue el verano. Hay vida en la raíz, aún no aparece en las ramas. Nuestra raíz es la caridad. ¿Y qué dice el Apóstol? Que debemos tener la raíz arriba, para que la vida sea nuestro pastor, porque nuestra morada no debe apartarse del cielo, porque en esta tierra debemos caminar como muertos: para que vivamos arriba, y abajo estemos muertos; no para que estemos muertos arriba y vivamos abajo. Porque, por tanto, no debe apartarse nuestra vida y nuestro corazón de arriba, ¿qué dice el Apóstol? Porque habéis muerto: y para que no temas, dice, Vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. He aquí dónde está nuestra raíz. Pero cuando aparezca nuestro honor como en hojas y frutos, sigue diciendo, Cuando Cristo, vuestra vida, aparezca, entonces también vosotros apareceréis con él en gloria (Colos. III, 3, 4). Y será de mañana. Pues ahora no es de mañana. Que ahora se enorgullezcan los soberbios y los ricos de este siglo, que los impíos insulten a los buenos, que los infieles a los fieles, y digan: ¿De qué os sirve haber creído? ¿Qué más tenéis por tener a Cristo? Respondan los fieles, si verdaderamente son fieles: Es de noche, aún no se ve lo que

tenemos. No cesen las manos en las buenas obras. De donde en otro lugar se dice: En el día de mi tribulación busqué a Dios con mis manos de noche ante él, y no fui engañado (Sal. LXXVI, 3). Aparecerá nuestro trabajo de mañana, y será el fruto de mañana: para que aquellos que ahora trabajan, después dominen; y aquellos que ahora se jactan y se enorgullecen, después sean sometidos. ¿Qué sigue entonces? Como ovejas puestas en el infierno, la muerte es su pastor. Y los rectos dominarán sobre ellos de mañana.

4. Creo que ya está claro este verso, porque hemos hablado antes: Los rectos dominarán sobre ellos de mañana. Soporta la noche, desea la mañana. No pienses que la noche tiene vida, y la mañana no tiene vida. Entonces, ¿quién duerme vive, y quién se levanta no vive? ¿No es más semejante a la muerte quien duerme? ¿Y quiénes son los que duermen? A quienes el apóstol Pablo despierta, si quieren despertar. A algunos les dice: Despierta, tú que duermes, y levántate de entre los muertos, y te iluminará Cristo (Efes. V, 14). Los que son iluminados por Cristo, ya están despiertos, pero aún no aparece el fruto de sus vigiliat: aparecerá de mañana, es decir, cuando pasen las incertidumbres de este siglo. Esa es la noche: ¿no te parecen como tinieblas? Hace el mal; vive, florece, aterroriza, es honrado: hace el bien; es reprendido, blasfemado, acusado, trabaja, es aterrorizado: son como tinieblas. En la raíz, sin embargo, hay vigor, fruto, opulencia: la vida aún no está en las ramas, pero la raíz no se ha secado: parece seca; pero viene el tiempo, se viste de su honor, se fecunda con sus frutos. Entonces aquellos de quienes se dijo que no los envidiemos: ¿qué dice el salmo de ellos? Porque como la hierba pronto se secarán, y como la hierba del campo pronto caerán (Sal. XXXVI, 1, 2): caerán, cuando vean a los santos a la derecha, a quienes se les insulta mientras trabajan, y dirán dentro de sí mismos haciendo penitencia, pero una penitencia tardía e infructuosa. Los que no quisieron hacer ahora una fructuosa, harán entonces una infructuosa. ¿Qué dirán entonces en una penitencia infructuosa? Estos son a quienes alguna vez tuvimos en burla, y en semejanza de reproche. Digo las palabras del libro de la Sabiduría: las conocen quienes suelen escucharlas. Son palabras futuras de los malos, cuando vean al juez, y ya todos los fieles a su derecha, y todos sus santos con él juzgando: esto tienen que decir, las palabras de ellos dice la Escritura, Estos son a quienes alguna vez tuvimos en burla, y en semejanza de reproche; nosotros insensatos, estimábamos su vida como locura (Sab. V, 3, 4). Pues cuando alguien comienza a vivir para Dios, a despreciar el mundo, a no querer vengar sus injurias, a no querer aquí riquezas, a no buscar aquí la felicidad terrenal, a despreciar todo, a pensar solo en el Señor, a no abandonar el camino de Cristo, no solo se dice por los paganos, Está loco; sino que lo más doloroso es que también dentro muchos duermen y no quieren despertar, oyen de los suyos, de los cristianos, ¿Qué sufres? Hermanos míos, al hombre que vive según el camino de Cristo, quien dice, ¿Qué sufres? ¿qué creéis que dice? Nos horrorizamos de los judíos, porque dijeron al Señor Jesucristo, Tienes demonio (Juan VIII, 48): y cuando escuchamos el Evangelio recitarse, golpeamos nuestros pechos. Los judíos dijeron una cosa malvada a Cristo. Tienes demonio: ahora tú, cristiano, cuando ves que del corazón del hombre ha sido expulsado el diablo, y habita Cristo, y dices, ¿Qué sufres? ¿te parece que tiene demonio? Se dijo también del mismo Señor, que estaba loco, cuando hablaba palabras que ellos no podían entender; se dijo, Está loco, tiene demonio: y sin embargo algunos despertaban del sueño, y decían, No son estas palabras de quien tiene demonio (Juan X, 20, 21). Así también ahora, hermanos, mientras estas palabras escuchan tanto los gentiles, como los que habitan la tierra, y los terrígenas, y los hijos de los hombres, y el rico y el pobre, es decir, tanto los que pertenecen a Adán, como los que pertenecen a Cristo, unos dicen, Tiene demonio; otros dicen, No son estas palabras de quien tiene demonio. Pues unos siguen el camino del mundo, y escuchan estas cosas por un tiempo - otros no escuchan en vano, sino que hacen lo que se ha dicho, Percibid con los oídos los que habitáis la tierra. Y cuando hacen estas cosas, el fruto es incierto. Pero los que hacen el mal, y

eligen el camino del mundo, la muerte es su pastor: pero los que eligen el camino de Dios, la vida es su pastor. Vendrá esa misma vida a juzgar, y a condenar con su pastor a aquellos a quienes se les dirá: Id al fuego eterno, que está preparado para el diablo y sus ángeles. Pero aquellos a quienes se les insultó, y que fueron burlados porque creían, oirán de esa misma vida que tienen como pastor: Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino que os está preparado desde el principio del mundo (Mat. XXV, 41, 34). Por tanto, los rectos dominarán sobre ellos, no ahora, sino de mañana. Nadie diga, ¿Por qué soy cristiano? no mando a nadie, mando a los inicuos. No te apresures: dominarás, pero de mañana. Y su ayuda se envejecerá en el infierno desde su gloria. Ahora tienen gloria; en el infierno se envejecerán. ¿Qué es su ayuda? Ayuda del dinero, ayuda de los amigos, ayuda de su poder. Pero cuando el hombre muere, en ese día perecerán todos sus pensamientos (Sal. CXLV, 4). Cuánta gloria parecía tener entre los hombres, cuando vivía, tanta vejez y corrupción de castigos tendrá, cuando muera, en el infierno.

5. [vers. 16.] Sin embargo, Dios redimirá mi alma. Ved la voz de quien espera en el futuro: Sin embargo, Dios redimirá mi alma. Tal vez es la voz de quien aún quiere ser liberado de la opresión. No sé quién está en la cárcel, dice, Dios redimirá mi alma: no sé quién está encadenado, Dios redimirá mi alma: no sé quién sufre peligro en el mar, es sacudido por las olas y las tempestades furiosas, ¿qué dice? Dios redimirá mi alma. Quieren ser liberados para esta vida. No es esta la voz de este. Escucha lo que sigue: Dios redimirá mi alma de la mano del infierno, cuando me tome. Esta redención dice, que Cristo ya mostró en sí mismo. Pues descendió a los infiernos, y ascendió al cielo. Lo que vimos en la cabeza, encontramos en el cuerpo. Pues lo que creemos en la cabeza, quienes lo vieron, ellos nos lo anunciaron; y por ellos vimos, porque todos somos un cuerpo (I Cor. XII, 12, y Rom. XII, 5). ¿Pero son mejores aquellos que vieron, nosotros peores a quienes se nos anunció? No lo dice así la misma vida, nuestro mismo pastor. Pues se burla de un discípulo suyo que duda, y desea palpar las cicatrices: y cuando palpó las cicatrices, y exclamó, diciendo, Señor mío y Dios mío; viendo al discípulo dudante, y mirando a todo el mundo que iba a creer, Porque viste, dice, creíste: bienaventurados los que no ven, y creen (Juan XX, 28, 29). Sin embargo, Dios redimirá mi alma de la mano del infierno, cuando me tome. Aquí, por tanto, ¿qué? Trabajo, opresión, tribulación, tentación: no esperes otra cosa. ¿Dónde está el gozo? en la esperanza futura. Pues dice el Apóstol, Siempre gozosos. En tantas tribulaciones, siempre gozosos, siempre tristes: siempre gozosos, porque él mismo dijo, Como tristes, pero siempre gozosos. Nuestra tristeza tiene como; nuestro gozo no tiene como, porque está en una esperanza cierta. ¿Por qué nuestra tristeza tiene como? Porque como el sueño pasará, y los rectos dominarán de mañana. Pues sabe vuestra Caridad, que quien cuenta un sueño, añada como. Como si estuviera sentado, como si hablara, como si comiera, como si cabalgara, como si discutiera. Todo como; porque cuando despierta, no encuentra lo que veía. Como si hubiera encontrado un tesoro, dice el mendigo. Si no fuera como, no sería mendigo: pero porque era como, es mendigo. Así que ahora quienes abren los ojos a las alegrías mundanas, y cierran el corazón, pasa su como, y viene su verdad. Su como es la felicidad del mundo, su verdad es el castigo. Pero nuestro como, es tristeza; el gozo no es como. Pues no dijo el Apóstol, Como gozosos, pero siempre tristes; o, Como tristes, y como gozosos: sino que dijo, Como tristes, pero siempre gozosos. Como pobres: y allí puso como, por como, Muchos enriqueciendo. Y cuando decía esto, el Apóstol no tenía nada: había dejado todas sus cosas, no poseía riquezas. ¿Y qué sigue diciendo? Como no teniendo nada: y ese no tener nada era como del Apóstol. Y poseyendo todo (II Cor. VI, 10): allí no dijo como. Como pobre; pero no como, sino verdaderamente enriquecía a muchos. Como no tenía nada: pero no como, sino verdaderamente poseía todo. ¿De dónde verdaderamente poseía todo? Porque se adhería al

Creador de todo. Sin embargo, dice, Dios redimirá mi alma de la mano del infierno, cuando me tome.

6. [vers. 17.] ¿Qué, entonces, de aquellos que aquí quieren florecer? Tú verás al hombre malo floreciente, y tal vez tus pies titubearán, y dirás en tu alma, Dios, yo conozco las obras de este hombre, qué crímenes ha cometido este hombre, y he aquí que florece, aterroriza, domina, se exalta, no le duele la cabeza, nada falta en su casa: y temerás, porque has creído, y tal vez dice tu corazón, ¡Ay de mí! creo que he creído en vano, Dios no mira las cosas humanas. Nos despierta, por tanto, Dios: y ¿qué dice? No temas, cuando el hombre se haga rico. ¿Por qué temías, porque el hombre se hizo rico? Temías no sea que creyeras en vano, no sea que hubieras perdido el trabajo de tu fe, y la esperanza de tu conversión: porque tal vez te llegó una ganancia con fraude, y pudiste, si hicieras esa ganancia con fraude, ser rico, y no trabajar; y atendiendo a lo que Dios amenazó, te abstuviste del fraude, y despreciaste la ganancia: ves a otro haber hecho ganancia del fraude, y no sufrir nada malo; y temes ser bueno. No temas, dice el Espíritu de Dios, cuando el hombre se haga rico. ¿No quieres tener ojos sino en lo presente? Lo futuro prometió quien resucitó, no prometió paz en esta tierra y descanso en esta vida. Todo hombre busca descanso; busca una buena cosa, pero no la busca en su región. No hay paz en esta vida: en el cielo se nos ha prometido lo que buscamos en la tierra; en el siglo futuro se nos ha prometido lo que buscamos en este siglo.

7. [vers. 18.] No temas cuando un hombre se enriquezca; y cuando se multiplique la gloria de su casa. ¿Por qué no temer? Porque no se llevará nada cuando muera. Ves al vivo, piensa en el muerto. Observas lo que tiene aquí, observa lo que se lleva consigo. ¿Qué se lleva consigo? Tiene mucho oro, mucha plata, muchas propiedades, esclavos: muere; esas cosas quedan, no sabe para quién. Aunque las deje a quienes quiera, no las guarda para quienes quiera. Muchos han adquirido lo que no se les dejó, y muchos han perdido lo que se les dejó. Así que todas esas cosas quedan, y ¿qué se lleva consigo? Quizás alguien diga: Se lleva consigo lo que lo envuelve, y lo que se gasta en su sepulcro precioso y de mármol, para construir su memoria, eso se lleva consigo. Yo digo: Ni eso; pues esas cosas se exhiben a quien no siente. Si adornas a alguien que duerme y no está despierto, lo tiene consigo en la cama: quizás los adornos están en el cuerpo del que yace, y quizás en sueños se ve a sí mismo en harapos. Lo que siente es más para él que lo que no siente. Aunque eso tampoco estará cuando despierte: sin embargo, para el que duerme, era más lo que veía en sueños que lo que no sentía. Entonces, hermanos (que los hombres se digan a sí mismos, Que se gaste en mi muerte; ¿por qué dejo a mis herederos ricos? Tendrán mucho de lo mío, y yo tendré algo de lo mío, en mi cuerpo), ¿qué tendrá el cuerpo muerto? ¿qué tendrá la carne que se pudre? ¿qué tendrá la carne que no siente? Si algo tuvo aquel rico, cuya lengua estaba seca (Luc. XVI, 24), entonces el hombre tiene algo de lo suyo. Hermanos, ¿acaso leemos en el Evangelio que aquel rico aparecía en el fuego con vestiduras de púrpura y lino fino? ¿Acaso como estaba en los banquetes en la mesa, así estaba en el infierno? Cuando tenía sed y deseaba una gota, no estaban allí todas esas cosas. Por tanto, el hombre no se lleva todo consigo, ni lo que se lleva al sepulcro lo lleva consigo el muerto. Pues donde está el sentido, allí está el hombre: donde no hay sentido, no hay hombre. Yace el vaso que contenía al hombre, la casa que tenía al hombre. Llamemos al cuerpo casa, al espíritu llamemos habitante de la casa. El espíritu es atormentado en el infierno: ¿de qué le sirve que el cuerpo yacía en canela y aromas, envuelto en lienzos preciosos? Como si el dueño de la casa fuera enviado al exilio, y tú adornaras sus paredes. Él en el exilio necesita, y desfallece de hambre, apenas encuentra una celda donde dormir, y tú dices: Es feliz, pues su casa está adornada. ¿Quién no pensaría que estás bromeando o que estás loco? Adornas el cuerpo, el espíritu es atormentado. Da algo al espíritu, y habrás dado algo al muerto. Pero ¿qué le darás, cuando deseó una gota y no la

recibe? Pues aquí despreció enviar algo por delante. ¿Por qué lo despreció? Porque este camino es un escándalo para ellos. No pensó en otra vida que la presente, no pensó más que en cómo ser sepultado envuelto en vestiduras preciosas. Le fue quitada su alma, como dice el Señor: Necio, esta noche te será quitada tu alma, y lo que has preparado, ¿de quién será? (Id. XII, 20). Y se cumplió en él lo que dice este salmo: No temas cuando un hombre se enriquezca, y cuando se multiplique la gloria de su casa: porque no se llevará nada cuando muera, ni su gloria descenderá con él.

8. [vers. 19.] Porque su alma será bendecida en su vida. Preste atención vuestra Caridad: Porque su alma será bendecida en su vida. Mientras vivió, se hizo bien a sí mismo. Esto dicen todos, pero lo dicen falsamente. La bendición es del ánimo del que bendice, no de la misma verdad. ¿Qué dices tú? Porque comió y bebió, porque hizo lo que quiso, porque banqueteó espléndidamente, ¿por eso se hizo bien a sí mismo? Yo digo: Se hizo mal a sí mismo. No lo digo yo, sino Cristo: Se hizo mal a sí mismo. Pues aquel rico cuando banqueteaba espléndidamente cada día, se pensaba que se hacía bien a sí mismo: pero cuando comenzó a arder en el infierno, entonces se descubrió que lo que se pensaba que era bien, era mal. Pues lo que había comido en la tierra, eso digería en el infierno. Digo la iniquidad, hermanos, que banqueteaba. Comía manjares preciosos con la boca de la carne, con la boca del corazón comía iniquidad. Lo que comía con la boca del corazón en la tierra, eso digería en aquellos suplicios en el infierno. Y aunque temporalmente había comido, eternamente digería mal. ¿Se come entonces la iniquidad? quizás alguien diga: ¿Qué es lo que dice? ¿Se come la iniquidad? No lo digo yo, escucha la Escritura: Como uva agria es molestia a los dientes, y humo a los ojos, así es la iniquidad para los que la usan (Prov. X, 26). Pues quien come iniquidad, es decir, quien tiene iniquidad con gusto, no podrá comer justicia. Pues el pan es justicia. ¿Quién es el pan? Yo soy el pan vivo que descendió del cielo (Juan VI, 41). Él es el pan de nuestro corazón. Así como quien come uvas agrias con la boca del cuerpo, sus dientes se entumescen y se vuelven menos aptos para comer pan, y le queda alabar lo que ve, y no poder comer: así también quien ha usado la iniquidad, y se ha alimentado de pecados en el corazón, comienza a no poder comer el pan, alaba la palabra de Dios, y no la hace. ¿Por qué no la hace? Porque cuando comienza a hacerla, le cuesta; como sentimos que nos cuesta a los dientes después de las uvas agrias, cuando comenzamos a comer pan. Pero ¿qué hacen aquellos cuyos dientes se han entumecido? Se abstienen un poco de las uvas agrias, y los dientes vuelven a su estabilidad, y se dedican al pan. Así también nosotros alabamos la justicia: pero si queremos comer justicia, abstengámonos de las iniquidades; y nace en el corazón no solo el deleite de alabar la justicia, sino también la facilidad de comerla. Pues si dice el cristiano, Dios sabe que me deleita, pero no puedo hacerlo: tiene los dientes sacudidos, ha comido iniquidad por mucho tiempo. ¿Entonces también se come la justicia? Si no se comiera, no diría el Señor: Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia (Mat. V, 6). Por tanto, porque su alma será bendecida en su vida: en vida será bendecida, en muerte será atormentada.

9. Te confesará cuando le hagas bien. Prestad atención y alimentaos, que se adhiera a vuestros corazones; comed, ved a tales personas, y no seáis como ellos: evitad tales palabras. Te confesará cuando le hagas bien. Cuántos son los cristianos, hermanos, que solo dan gracias a Dios cuando les ocurre una ganancia. Esto es, Te confesará cuando le hagas bien: te alabará, y dirá, Verdaderamente tú eres mi Dios: me libró de la cárcel, le confesaré. Le llega una ganancia, confiesa; le llega una herencia, confiesa: sufre una pérdida, blasfema. ¿Qué clase de hijo eres, que cuando el padre te corrige, entonces te desagrada? ¿Te corregiría si no le desagradaras? o si le desagradaras tanto como para odiarte, ¿querría corregirte? Da gracias, pues, al que te corrige, para que recibas la herencia de Dios que te corrige. Pues eres instruido

cuando eres corregido. Pero te corrige mucho, porque es grande lo que tienes que recibir. Pues si comparas lo que eres corregido con lo que vas a recibir, encontrarás que no es nada lo que eres corregido. El apóstol Pablo dice esto: Pues lo que es presente, la leve tribulación temporal nuestra, produce en nosotros un eterno peso de gloria de manera increíble. Pero ¿cuándo? No mirando, dice, las cosas que se ven, sino las que no se ven; no las temporales, sino las eternas. Pues las cosas que se ven, son temporales; pero las que no se ven, son eternas (II Cor. IV, 17, 18). Y de nuevo: No son comparables las pasiones de este tiempo, con la futura gloria que se revelará en nosotros (Rom. VIII, 18). ¿Qué es, entonces, lo que sufres? Pero siempre sufres. Concedo. Desde que naciste, por todas tus edades hasta tu vejez, hasta que mueras, supón que sufres lo que sufrió Job; lo que él sufrió en algunos días, alguien lo sufre desde la misma infancia: lo que sufres pasa, termina; lo que vas a recibir, no tendrá fin. No quiero que iguale ya el castigo con la recompensa: iguala los tiempos con la eternidad, si puedes.

10. Te confesará cuando le hagas bien. No seáis así, hermanos: ved que por eso decimos estas cosas, por eso cantamos, por eso se trata, por eso se suda: no hagáis estas cosas. Vuestros negocios os prueban: a veces en vuestro negocio escucháis la verdad, y blasfemáis, blasfemáis de la Iglesia. ¿Por qué? Porque sois cristianos. Si es así, me voy a la parte de Donato: quiero ser pagano. ¿Por qué? Porque mordiste el pan, y te duelen los dientes. Cuando veías el mismo pan, lo alababas; comenzaste a comerlo, y te duelen los dientes: es decir, cuando escuchabas la palabra de Dios, la alababas, cuando se te dice, Haz esto, blasfemas. No quieras así: di esto, El pan es bueno, pero yo no puedo comerlo. Ahora bien, si lo ves con los ojos, lo alabas: cuando comienzas a apretar los dientes, dices, Este pan es malo, y ¿cómo es aquel que lo hizo? Así sucede que confiesas a Dios, cuando Dios te hace bien; y mientes, cuando cantas, Bendeciré al Señor en todo tiempo, su alabanza estará siempre en mi boca (Sal. XXXIII, 2). Se exige de tu corazón el canto de tus labios: cantaste en la Iglesia, Bendeciré al Señor en todo tiempo: ¿cómo en todo tiempo? Si todo el tiempo es ganancia, todo el tiempo se bendice: si alguna vez hay pérdida, no se bendice, sino que se blasfema. ¿Acaso bendices en todo tiempo, acaso su alabanza está siempre en tu boca? Serás tal como ahora describe; Te confesará cuando le hagas bien.

11. [vers. 20, 21.] Entrará hasta las generaciones de sus padres: es decir, imitará a sus padres. Porque los inicuos que ahora son, tienen hermanos, tienen padres. Los antiguos inicuos, son padres de los presentes; y los que ahora son inicuos, son padres de los inicuos futuros: así como los padres de los justos antiguos son justos, son padres de los justos que ahora son; y los que ahora son, son padres de los que serán. El Espíritu Santo quiso mostrar que no es mala la equidad, cuando se murmura contra ella: sino que estos tienen un padre desde el origen hasta la generación de sus padres. Adán engendró a dos, y en uno iniquidad, en uno justicia: iniquidad en Caín, justicia en Abel. Pareció que la iniquidad prevaleció sobre la justicia, porque Caín injusto mató a Abel justo en la noche (Gen. IV, 8). ¿Acaso en la mañana? Pero los rectos dominarán sobre ellos en la mañana. Vendrá la mañana, y se verá dónde está Abel, y dónde Caín. Así todos los que son según Caín, y así todos los que son según Abel hasta el fin del mundo. Entrará hasta las generaciones de sus padres: hasta la eternidad no verá la luz. Porque incluso aquí, cuando estaba, estaba en tinieblas, gozándose de falsos bienes, y no amando los verdaderos bienes; y por eso de aquí irá al tártaro: de las tinieblas de los sueños lo recibirán las tinieblas de los tormentos. Por tanto, hasta la eternidad no verá la luz. Pero ¿por qué esto? Lo que puso en medio del Salmo, esto también al final: El hombre cuando estaba en honor, no entendió; fue comparado con los animales insensatos, y se hizo semejante a ellos. Pero vosotros, hermanos, considerad que sois hombres hechos a imagen y semejanza de Dios (Id. I, 26). La imagen de Dios está dentro, no está en el cuerpo:

no está en los oídos que veis, ni en los ojos, ni en las narices, ni en el paladar, ni en las manos, ni en los pies: pero está hecha: donde está el entendimiento, donde está la mente, donde está la razón para investigar la verdad, donde está la fe, donde está vuestra esperanza, donde está vuestra caridad, allí tiene Dios su imagen: o allí entendéis y veis que estas cosas pasan, porque así dijo en otro salmo, Aunque el hombre camine en imagen, sin embargo, se turba en vano: atesora, y no sabe para quién los reunirá (Sal. XXXVIII, 7). No os turbéis, porque cualesquiera que sean estas cosas, son transitorias, si sois hombres puestos en honor, y entendéis. Pues si sois hombres puestos en honor y no entendéis, sois comparados con los animales insensatos, y os hacéis semejantes a ellos.

EN EL SALMO XLIX COMENTARIO. SERMON A LA PLEBE.

1. [vers. 1.] Cuánto nos vale el sermón de Dios para la corrección de nuestra vida, y para esperar sus premios y temer sus castigos, cada uno lo mida en sí mismo; y ponga su conciencia ante sus ojos sin engaño, y no se adule a sí mismo en tanto peligro; pues el mismo Señor nuestro Dios veis que no adula a nadie: y si nos consuela prometiendo sus bienes, y confirmando nuestra esperanza; sin embargo, a los que viven mal y desprecian su palabra no les perdona en absoluto. Que cada uno se interrogue a sí mismo cuando es el momento, y vea dónde está, y o persevere en el bien, o se cambie del mal. Pues como dice en este salmo, no cualquier hombre, ni cualquier ángel, sino Dios de dioses el Señor ha hablado. Y al hablar, ¿qué hizo? Llamó a la tierra desde el nacimiento del sol hasta su ocaso. Quien llamó a la tierra desde el nacimiento del sol hasta su ocaso, es nuestro Señor y Salvador Jesucristo. El Verbo hecho carne, para habitar entre nosotros. Por tanto, nuestro Señor Jesucristo es Dios de dioses; porque por él fueron hechas todas las cosas, y sin él no se hizo nada. El Verbo de Dios, si es Dios, ciertamente es Dios de dioses: pero si es Dios, el Evangelio responde, En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios (Juan I, 14, 1). Y si todas las cosas fueron hechas por él, como dice consecuentemente, y si hay dioses que fueron hechos, por él fueron hechos. Pues uno solo es Dios no hecho, y verdaderamente Dios él solo. Él solo es Dios, Padre e Hijo y Espíritu Santo, un solo Dios.

2. Entonces, ¿quiénes son los dioses hechos justificados, que son llamados hijos de Dios; y los dioses que no son dioses, a quienes ese Dios de dioses es terrible? Pues otro salmo dice: Dios se levantó en la sinagoga de los dioses; en medio de los dioses los discierne. Aún no sabemos si tal vez hay dioses congregados en el cielo, y en su congregación, esto es en la sinagoga, Dios se levantó para discernirlos. Ved en el mismo salmo a quienes dice: Yo dije, Sois dioses, y todos vosotros hijos del Altísimo: pero moriréis como hombres, y caeréis como uno de los príncipes (Sal. LXXXI, 1, 6, 7). Por tanto, es claro que llamó dioses a los hombres, deificados por su gracia, no nacidos de su sustancia. Pues él justifica, quien por sí mismo no es justo de otro; y él deifica, quien por sí mismo no es Dios por participación de otro. Quien justifica, él deifica, porque justificando, hace hijos de Dios. Pues les dio potestad de ser hechos hijos de Dios (Juan I, 12). Si hemos sido hechos hijos de Dios, también hemos sido hechos dioses: pero esto es por la gracia de su adopción, no por la naturaleza de su generación. Pues el único Hijo de Dios, Dios y con el Padre un solo Dios, nuestro Señor y Salvador Jesucristo, en el principio Verbo y Verbo con Dios, Verbo Dios. Los demás que son hechos dioses, son hechos por su gracia, no nacen de su sustancia para ser lo que él es, sino que por su beneficio llegan a él, y son coherederos de Cristo. Pues tanta es la caridad en ese heredero, que quiso tener coherederos. ¿Qué avaro hombre querría esto, tener coherederos? Pero incluso quien se encuentra queriéndolo, dividirá con ellos la herencia, teniendo menos él dividiendo que si la poseyera solo: pero la herencia en la que somos coherederos de Cristo, no se disminuye por la abundancia de poseedores, ni se hace más estrecha por el número de coherederos; sino que es tanta para muchos como para pocos, tanta para cada uno como para

todos. Ved, dice el apóstol, qué clase de amor nos ha dado Dios, para que seamos llamados hijos de Dios y lo seamos. Y en otro lugar: Amadísimos, somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que seremos. Por tanto, somos en esperanza, aún no en realidad. Sabemos, dice, que cuando se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como es (I Juan III, 1, 2). El único semejante por nacimiento, nosotros semejantes por visión. Pues no semejantes como él, que es lo que es aquel de quien nació: nosotros semejantes, no iguales: él porque es igual, por eso semejante. Hemos oído quiénes son los dioses hechos justificados, porque son llamados hijos de Dios; y los dioses que no son dioses, a quienes él Dios de dioses es terrible. Pues otro salmo dice: Terrible es sobre todos los dioses. Y como si preguntaras, ¿Qué dioses? Porque todos los dioses de las naciones son demonios (Sal. XCV, 4, 5). A los dioses de las naciones, demonios, terrible; a los dioses hechos por él, hijos, amable. Por tanto, encuentro a ambos confesando la majestad de Dios, y los demonios confesaron a Cristo, y los fieles confesaron a Cristo. Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo, dijo Pedro (Mat. XVI, 16). Sabemos quién eres: tú eres el Hijo de Dios, dijeron los demonios (Marc. V, 7). Oigo una confesión igual, pero no encuentro un amor igual; más bien aquí amor, allí temor. Por tanto, a quienes es amable, son hijos; a quienes es terrible, no son hijos: a quienes es amable, los hizo dioses; a quienes es terrible, los convence de no ser dioses. Pues estos dioses son hechos, aquellos dioses son considerados: a estos dioses los hace la verdad, a aquellos los estima el error.

5. Dios, por lo tanto, el Señor de los dioses ha hablado. Ha hablado de muchas maneras. A través de los Ángeles Él mismo ha hablado, a través de los Profetas Él mismo ha hablado, con su propia voz Él mismo ha hablado, a través de sus Apóstoles Él mismo ha hablado, a través de sus fieles Él mismo habla, a través de nuestra humildad, cuando decimos algo verdadero, Él mismo habla. Ved, pues, que hablando de múltiples maneras, de muchas formas, a través de muchos vasos, a través de muchos instrumentos, Él mismo resuena en todas partes, tocando, modificando, inspirando: ved lo que ha hecho. Ha hablado, y ha llamado a la tierra. ¿Qué tierra? ¿Acaso África? por aquellos que dicen, la Iglesia de Cristo es parte de Donato, No llamó solo a África, pero tampoco la separó. Porque quien llamó a la tierra desde el nacimiento del sol hasta el ocaso, sin dejar partes que no haya llamado, en su llamado encontró a África. Alégrese, pues, en la unidad, no se enorgullezca en la división. Decimos bien que la voz de Dios de los dioses también llegó a África, no se quedó en África. Porque llamó a la tierra desde el nacimiento del sol hasta el ocaso, No hay donde se oculten las insidias de los herejes, no tienen en qué sombra de falsedad esconderse: porque no hay quien se esconda del calor de Él (Salmo XVIII, 7). Quien llamó a la tierra, y llamó a toda la tierra: quien llamó a la tierra, llamó a tanta como fabricó. ¿Por qué se levantan contra mí los falsos cristos y falsos profetas? ¿Qué es lo que intentan atraparme con palabras engañosas, diciendo, Aquí está Cristo, allí está (Mateo XXIV, 23)? No escucho a los que muestran partes: Dios de los dioses me mostró todo: quien llamó a la tierra desde el nacimiento del sol hasta el ocaso, redimió todo; pero condenó a los que calumnian partes.

4. [vers. 2.] Pero hemos oído, llamada la tierra desde el nacimiento del sol hasta el ocaso: ¿de dónde comenzó a llamar quien llamó? Y esto escuchad: Desde Sion la belleza de su esplendor. Ciertamente el Salmo concuerda con el Evangelio que dice: Por todas las naciones, comenzando desde Jerusalén. Escucha, Por todas las naciones: Llamó a la tierra desde el nacimiento del sol hasta el ocaso. Escucha, Comenzando desde Jerusalén: Desde Sion la belleza de su esplendor. Por lo tanto. Llamó a la tierra desde el nacimiento del sol hasta el ocaso, concuerda con las palabras del Señor que dice: Era necesario que Cristo padeciera, y resucitara de los muertos al tercer día, y se predicara en su nombre el arrepentimiento y la remisión de los pecados por todas las naciones (Lucas XXIV, 46, 47).

Porque todas las naciones son desde el nacimiento del sol hasta el ocaso. Pero que Desde Sion la belleza de su esplendor, que de allí comenzó la belleza de su Evangelio, que de allí comenzó a anunciarse hermoso en forma más que los hijos de los hombres (Salmo XLIV, 3), concuerda con las palabras del Señor que dice, Comenzando desde Jerusalén. Los nuevos concuerdan con los antiguos, los antiguos con los nuevos: dicen entre sí los dos serafines, Santo, santo, santo es el Señor Dios de los ejércitos (Isaías VI, 3). Y concuerdan los dos Testamentos, y tienen una sola voz los dos Testamentos: escúchese la voz de los Testamentos que concuerdan, no de los que calumnian los desheredados. Hizo, pues, esto Dios de los dioses, Llamó a la tierra desde el nacimiento del sol hasta el ocaso, procediendo su esplendor desde Sion. Porque allí estaban los discípulos, que recibieron el Espíritu Santo el quincuagésimo día después de su resurrección enviado del cielo (Hechos II, 4). De allí el Evangelio, de allí la predicación, de allí se llenó el mundo, y esto en la gracia de la fe.

5. Porque cuando el mismo Señor vino, porque vino a padecer, vino oculto: y aunque era fuerte en sí mismo, apareció débil en la carne. Porque era necesario que se le viera, para que no se le entendiera; que se le despreciara, para que se le matara. Había una apariencia de gloria en la divinidad; pero esta estaba oculta en la carne. Porque si lo hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de la gloria (I Cor. II, 8). Así pues, entre los judíos, entre los enemigos caminó oculto, haciendo maravillas, sufriendo males, hasta que fue colgado en el madero; y viendo los judíos al que colgaba, lo despreciaron más y más, y ante la cruz moviendo la cabeza, decían: Si es el Hijo de Dios, descienda de la cruz (Mateo XXVII, 38, 39). Estaba, pues, oculto el Dios de los dioses, y emitía voces más por nuestra compasión, que por su majestad. ¿De dónde, pues, aquellas voces, sino asumidas de nosotros, Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? (Salmo XXI, 2, y Mateo XXVII, 46). ¿Cuándo el Padre abandonó al Hijo, o el Hijo al Padre? ¿No son un solo Dios, el Hijo y el Padre? ¿No es verdaderísimo, Yo y el Padre somos uno? (Juan X, 30). ¿De dónde, pues, Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?, sino porque en la carne de la debilidad se reconocía la voz del pecador? Porque quien asumió la semejanza de la carne del pecado (Rom. VIII, 3), ¿por qué no asumiría la semejanza de la voz del pecado? Estaba, pues, oculto el Dios de los dioses tanto cuando caminó entre los hombres, como cuando tuvo hambre y sed, y cuando cansado se sentó, y cuando con el cuerpo fatigado durmió, y cuando fue apresado, y cuando fue flagelado, y cuando fue puesto ante el juez, y cuando respondió al que se enorgullecía, No tendrías poder sobre mí, si no te hubiera sido dado de arriba (Juan XIX, 11): y que llevado al sacrificio, no abrió su boca ante el que lo trasquilaba (Isaías LIII, 7), y que crucificado, y que sepultado, siempre oculto el Dios de los dioses. ¿Qué después de que resucitó? Los discípulos maravillados y al principio no creyeron, hasta que tocaron y palparon (Lucas XXIV). Pero la carne había resucitado, porque la carne había muerto: la divinidad que no podía morir, aún también en la carne del resucitado estaba oculta. Se podía ver la forma, tocar los miembros, palpar las cicatrices: ¿Quién ve el Verbo por el cual fueron hechas todas las cosas? ¿Quién lo toca? ¿Quién lo palpa? Y sin embargo, el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros (Juan I, 14). Y quien sostenía al hombre Tomás, entendía como podía a Dios. Porque palpando las cicatrices, exclamó: Señor mío y Dios mío (Juan XX, 28). Sin embargo, el Señor mostraba aquella forma, y aquella carne que habían visto en la cruz, que había sido puesta en el sepulcro. Estuvo con ellos cuarenta días. No se mostró a los impíos judíos: se mostró a aquellos que habían creído en Él antes de que fuera crucificado; para que a los que crucificado había dejado vacilantes, resucitado los hiciera fuertes. Luego, al cuadragésimo día, encomendando su Iglesia, es decir, la tierra llamada desde el nacimiento del sol hasta el ocaso, para que no tuvieran excusa los que quieren perecer en el cisma, ascendió al cielo, diciéndoles, Seréis mis testigos en Jerusalén (de donde la belleza de su esplendor), y en toda Judea y Samaria, y hasta en toda la tierra. Porque dichas estas cosas, una nube lo recibió.

Ellos miraban a quien conocían: lo conocían, sin embargo, en la humildad, aún no en la claridad. Y cuando de ellos iba al cielo, fueron advertidos por la voz angélica que decía: ¿Por qué estáis mirando, varones galileos? Este Jesús que veis ir, así vendrá como lo habéis visto ir al cielo. Ascendió, pues: ellos regresaron gozosos, permanecieron en la ciudad, según su mandato, hasta que fueron llenos del Espíritu Santo (Hechos I, 3-12). ¿Y qué se dijo a Tomás que palpaba? Porque has visto, has creído; bienaventurados los que no ven, y creen (Juan XX, 29). Fuimos predichos. Aquella tierra llamada desde el nacimiento del sol hasta el ocaso no ve, y cree. Oculto, pues, el Dios de los dioses, tanto a aquellos entre quienes caminó, como a aquellos por quienes fue crucificado, y a aquellos ante cuyos ojos resucitó, y a nosotros que creemos en Él sentado en el cielo, a quien no vimos caminar en la tierra. Pero aunque lo viéramos, ¿no veríamos lo que los judíos vieron y crucificaron? Es más lo que no viendo a Cristo creemos en Dios, que lo que ellos viendo no pensaron sino que era un hombre. Ellos, en definitiva, pensando mal lo mataron, nosotros creyendo bien somos vivificados.

6. [vers. 3.] ¿Qué, pues, hermanos? Aquel Dios de los dioses, y entonces oculto, y ahora oculto, ¿acaso siempre oculto? No, claramente: escucha lo que sigue: Dios vendrá manifiesto. Quien vino oculto, vendrá manifiesto: vino oculto para ser juzgado, vendrá manifiesto para juzgar; vino oculto para estar ante el juez, vendrá manifiesto para juzgar incluso a los jueces: Vendrá manifiesto y no callará. ¿Qué, pues? ¿ahora calla? ¿Y de dónde son las cosas que decimos? ¿de dónde estos preceptos? ¿de dónde estas advertencias? ¿de dónde esta trompeta de terror? No calla, y calla: no calla al advertir, calla al vengar; no calla al precepto, calla al juicio. Porque sufre a los pecadores que hacen el mal diariamente, no cuidando de Dios, no en su conciencia, no en el cielo, no en la tierra: no le ocultan todas estas cosas, y universalmente a todos advierte, y cuando a algunos castiga en la tierra, es advertencia, aún no condenación. Calla, pues, al juicio, está oculto en el cielo, aún intercede por nosotros: es paciente sobre los pecadores, no ejerciendo ira, sino esperando el arrepentimiento. Dice en otro lugar: Callé, ¿acaso siempre callaré? (Isaías XLII, 14). ¿Cuándo, pues, no callará, Dios vendrá manifiesto. ¿Qué Dios? Nuestro Dios. Y Él mismo Dios, que es nuestro Dios: porque no es Dios, quien no es nuestro Dios. Porque los dioses de las naciones son demonios: el Dios de los cristianos, verdadero Dios. Él mismo vendrá, pero manifiesto, no aún para ser burlado, no aún para ser escupido y flagelado; vendrá, pero manifiesto, no aún para ser golpeado con una caña en la cabeza, no aún para ser crucificado, muerto, sepultado: porque todas estas cosas oculto Dios quiso padecer. Vendrá manifiesto, y no callará.

7. Porque vendrá al juicio, lo que sigue lo enseña. Fuego irá delante de Él (Salmo XCVI, 3). ¿Tememos? Cambiemos, y no temeremos. Que el fuego tema la paja: ¿qué hace al oro? Pero ahora está en tu poder qué hacer, para que aquello que vendrá incluso sin que lo quieras, no lo experimentes sin corregirte. Porque si pudiéramos hacer, hermanos, que el día del juicio no viniera, creo que ni así se debería vivir mal. Si no viniera el fuego del día del juicio, y solo amenazara a los pecadores la separación de la faz de Dios, en cualquier abundancia de delicias que estuvieran, no viendo a quien los creó, y separados de aquella dulzura inefable de su rostro, en cualquier eternidad e impunidad del pecado, deberían lamentarse. Pero ¿qué hablo, o a quiénes hablo? Esto es castigo para los que aman, no para los que desprecian. Quienes han comenzado a sentir de alguna manera la dulzura de la sabiduría y la verdad, saben lo que digo, cuán grande castigo es ser separado solo de la faz de Dios: pero quienes no han probado aquella dulzura, si aún no desean la faz de Dios, teman al menos el fuego; que los castigos aterren a quien no invitan las recompensas. Te parece vil lo que Dios promete, tiembla ante lo que amenaza. Vendrá la dulzura de la presencia; no te cambias, no te excitas, no suspiras, no desees: abrazas tus pecados y las delicias de tu carne, acumulas paja para ti, vendrá el fuego. Fuego arderá en su presencia. No será este fuego como tu hogar; al cual, sin

embargo, si fueras obligado a meter la mano, harías lo que quisiera quien te lo amenaza. Si te dijera, Escribe contra la cabeza de tu padre, escribe contra las cabezas de tus hijos; porque si no lo haces, meteré tu mano en tu hogar: harías para que no ardiera tu mano, para que no ardiera por un tiempo tu miembro, no siempre en dolor futuro. Amenaza, pues, el enemigo un mal tan leve, y haces el mal: amenaza Dios un mal eterno, y no haces el bien. Para hacer el mal ni las amenazas deberían obligarte: para dejar de hacer el bien ni las amenazas deberían disuadirte. Pero las amenazas de Dios, las amenazas del fuego eterno te prohíben el mal, te invitan al bien. ¿De dónde la pereza, sino porque no crees? Examine, pues, cada uno su corazón, y vea qué retiene allí la fe. Si creemos en el juicio futuro, hermanos, vivamos bien. Ahora es tiempo de misericordia, entonces será tiempo de juicio. Nadie dirá. Devuélveme a los años anteriores. Se arrepentirá también entonces, pero en vano se arrepentirá: ahora arrepíentase, cuando hay fruto de arrepentirse; ahora se aplique a las raíces del árbol el cesto de estiércol, el dolor del corazón y las lágrimas, para que no venga y lo arranque (Lucas XIII, 8). Porque cuando lo haya arrancado, ya se espera el fuego. Ahora, aunque las ramas estén rotas, pueden ser injertadas de nuevo: entonces todo árbol que no da buen fruto, será cortado y echado al fuego (Mateo III, 10). Fuego arderá en su presencia.

8. Y alrededor de Él una tempestad poderosa. Poderosa tempestad, que aventará tan gran era. Con esta tempestad será aquella aventación, por la cual se separará de los santos todo lo inmundo, de los fieles toda simulación, de los piadosos y temerosos de la palabra de Dios todo despreciador y soberbio. Porque ahora yace una cierta mezcla desde el nacimiento del sol hasta el ocaso. Veamos, pues, cómo hará quien ha de venir, con aquella tempestad qué hará, que será alrededor de Él una tempestad poderosa. Sin duda esta tempestad hará una cierta separación. Esta es aquella separación, que no esperaron quienes antes de llegar a la orilla, rompieron las redes (Lucas V, 6). En aquella verdadera separación se hace una cierta distinción de malos y buenos. Porque hay algunos que ahora siguen a Cristo, con los hombros libres sin carga de cuidados mundanos, que no en vano escucharon, Si quieres ser perfecto, ve, vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo, y ven, sígueme: a quienes se les dice, Os sentaréis sobre doce tronos, juzgando a las doce tribus de Israel (Mateo XIX, 21, 28). Por lo tanto, habrá algunos que juzguen con el Señor: otros serán juzgados, pero puestos a la derecha. Porque habrá algunos que juzguen con el Señor, tenemos un testimonio clarísimo que ahora he mencionado: Os sentaréis sobre doce tronos, juzgando a las doce tribus de Israel.

9. Pero alguien dice: allí se sentarán doce Apóstoles, no más. ¿Dónde estará entonces el apóstol Pablo? ¿Acaso será separado de allí? Lejos de nosotros decir esto, lejos de nosotros siquiera pensarlo en silencio. ¿Qué si entonces él ocupará el lugar de Judas? Pero la Escritura divina ha manifestado quién ha sido ordenado en el lugar de Judas: Matías es expresamente nombrado en los Hechos de los Apóstoles, para que no pudiéramos dudar de él (Hech. I, 26). Así que, al caer Judas, se completó el número de doce. Entonces, cuando ese número de doce haya ocupado doce tronos, ¿no juzgará el apóstol Pablo? ¿O tal vez juzgará de pie? No es así: no hará esto el retribuidor de la justicia: no juzgará de pie quien trabajó más que todos ellos (I Cor. XV, 10). Ciertamente, este único apóstol Pablo nos obliga a pensar y examinar más diligentemente por qué se han mencionado doce tronos. Encontramos también otros números en las Escrituras que significan multitud. Cinco vírgenes son admitidas, cinco son excluidas (Mat. XXV, 10, 12). En cualquier lugar entiende vírgenes: ya sea en la castidad e integridad del corazón, donde toda la Iglesia debe ser virgen, a quien se dice, Os he desposado con un solo esposo, para presentaros como una virgen casta a Cristo (II Cor. XI, 2); o en aquellas mujeres que también tienen la integridad de la carne dedicada a Dios: ¿acaso en tantos miles solo hay cinco? Pero en el número cinco se entiende la continencia de los cinco sentidos de la

carne. Pues a muchos les llega la corrupción por los ojos, a muchos por el oído, a muchos por el olfato ilícito, a muchos por el gusto nefario, a muchos por el abrazo adulterino: quienes se contienen de todas estas cinco puertas de corrupción, y se contienen de tal manera que tienen gloria en su conciencia, no esperan la alabanza de los hombres, son cinco vírgenes prudentes, que tienen aceite consigo. ¿Qué significa tener aceite consigo? Esta es nuestra gloria, el testimonio de nuestra conciencia (II Cor. I, 12). Nuevamente, aquel que era atormentado en el infierno: Tengo, dice, cinco hermanos (Luc. XVI, 28). Allí se entiende al pueblo judío bajo la ley: porque Moisés, el legislador, escribió cinco libros. Asimismo, el Señor después de la resurrección ordena echar las redes a la derecha, se levantan ciento cincuenta y tres peces. Y aunque eran tan grandes, dice el evangelista, las redes no se rompieron (Juan XXI, 6, 11). Pues antes de la pasión ordenó echar las redes, sin decir a la derecha ni a la izquierda: porque si dijera a la derecha, significaría solo a los buenos; si a la izquierda, solo a los malos: pero donde se calla la derecha y la izquierda, se capturan mezclados buenos y malos. Sin embargo, fueron capturados entonces, como atestigua la verdad del Evangelio, tantos que las redes se rompieron (Luc. V, 6). Esa captura significaba este tiempo: las redes rotas significaban las divisiones y cismas de los herejes y cismáticos. Pero lo que el Señor hizo después de su resurrección, nos significó que sucederá después de nuestra resurrección, en ese número del reino de los cielos, donde no habrá malo alguno. Por eso las redes que se echaron a la derecha expresaron a los de la derecha, apartados los de la izquierda. ¿Acaso en esos de la derecha solo habrá ciento cincuenta y tres justos? La Escritura significa miles de miles (Dan. VII, 10). Lean el Apocalipsis: doce veces doce mil, tal vez, como allí se entiende, serán solo del pueblo judío (Apoc. VII, 4). Consideren la multitud de mártires: solo en la cercana que se llama Masa Cándida, hay más de ciento cincuenta y tres mártires. Finalmente, aquellos siete mil de los que se responde a Elías, Me he reservado siete mil hombres, que no han doblado la rodilla ante Baal (I Reyes XIX, 18), superan con creces ese número de peces. Por lo tanto, ciento cincuenta y tres peces no solo significan el número de los santos; sino que la Escritura significa el número total de santos y justos por una razón cierta con ese número, para que todos se entiendan en esos ciento cincuenta y tres pertenecientes a la resurrección de la vida eterna. Pues la Ley tiene diez mandamientos: pero el Espíritu de gracia, por el cual solo se cumple la Ley, se lee que es séptuplo (Isa. XI, 2, 3). Por lo tanto, debe examinarse el número, qué quieren decir diez y siete: diez en los mandamientos, siete en la gracia del Espíritu Santo; por cuya gracia se cumplen los mandamientos. Diez y siete, entonces, abarcan a todos los que pertenecen a la resurrección, a la derecha, al reino de los cielos, a la vida eterna; es decir, los que cumplen la Ley por la gracia del Espíritu, no como por su obra o por su mérito. Pero diez y siete, si cuentas desde uno hasta diez y siete, sumando todos los números gradualmente, para que a uno sumes dos, sumes tres, sumes cuatro, para que sean diez, sumando cinco para que sean quince, sumando seis para que sean veintiuno, sumando siete para que sean veintiocho, sumando ocho para que sean treinta y seis, sumando nueve para que sean cuarenta y cinco, sumando diez para que sean cincuenta y cinco, sumando once para que sean sesenta y seis, sumando doce para que sean setenta y ocho, sumando trece para que sean noventa y uno, sumando catorce para que sean ciento cinco, sumando quince para que sean ciento veinte, sumando dieciséis para que sean ciento treinta y seis, sumando diez y siete, se hacen ciento cincuenta y tres: encontrarás un gran número de todos los santos pertenecientes a este número de pocos peces. Así como en las cinco vírgenes innumerables vírgenes, así como en los cinco hermanos de aquel que era atormentado en el infierno miles del pueblo judío, así como en el número de ciento cincuenta y tres peces miles de miles de santos: así en los doce tronos no doce hombres, sino un gran número de perfectos.

10. Pero veo qué se requiere consecuentemente de nosotros: ¿Cómo se ha dado razón de las cinco vírgenes, por qué a cinco pertenecen muchas, y por qué a esos cinco muchos judíos, y

por qué a ciento cincuenta y tres muchos perfectos, muestra por qué y cómo a los doce tronos, no doce hombres, sino muchos pertenecen. ¿Qué quieren decir los doce tronos, que significan a todos los que de todas partes pudieron ser tan perfectos, como se ha dicho a los perfectos: Se sentarán sobre doce tronos, juzgando a las doce tribus de Israel? ¿Y por qué todos de todas partes pertenecen al número de doce? Porque ese de todas partes que decimos, lo decimos de todo el mundo: pero el orbe de la tierra está contenido en cuatro partes designadas, oriente, occidente, sur y norte: llamados de todas estas partes en la Trinidad, y perfeccionados en la fe y el precepto de la Trinidad, ya que tres veces cuatro son doce, reconocen por qué pertenecen al mundo entero los santos, que se sentarán sobre doce tronos juzgando a las doce tribus de Israel; porque también las doce tribus de Israel, son las doce tribus de todo Israel. Así como los que juzgarán de todo el mundo, así también los que serán juzgados de todo el mundo. El apóstol Pablo, cuando reprendía a los fieles laicos, porque no llevaban sus juicios a la Iglesia, sino que los llevaban al público con quienes tenían negocios, dijo: ¿No sabéis que juzgaremos a los ángeles? (I Cor. VI, 3). Vean cómo se hizo juez; no solo él, sino también todos los que juzgan rectamente en la Iglesia.

11. Entonces, cuando sea manifiesto que muchos juzgarán con el Señor, otros serán juzgados, no obstante, no por igual, sino según sus méritos; vendrá con todos sus ángeles, cuando ante él se congregarán todas las naciones (Mat. XXV, 31, 32), y entre todos los ángeles serán contados aquellos que fueron tan perfectos que sentados sobre doce tronos juzgarán a las doce tribus de Israel. Pues los hombres han sido llamados ángeles: el apóstol dice de sí mismo, Me recibisteis como a un ángel de Dios (Gal. IV, 14). De Juan el Bautista se dice: He aquí, envío mi ángel delante de tu faz, que preparará tu camino delante de ti (Mal. III, 1, y Mat. XI, 10). Entonces, viniendo con todos los ángeles, también tendrá consigo a los santos. Pues Isaías dice claramente: Vendrá a juicio con los ancianos de su pueblo (Isa. III, 14). Estos, entonces, ancianos del pueblo, estos ya llamados ángeles, estos miles de muchos perfectos venidos de todo el orbe, son llamados cielo. Aquella, sin embargo, tierra, pero fructífera. ¿Qué tierra fructífera? La que será puesta a la derecha, a la que se dirá, Tuve hambre, y me disteis de comer: verdaderamente tierra fructífera, a la que se alegra el apóstol, cuando le enviaron para sus necesidades: No porque busque dádiva, dice, sino que busco fruto. Y da gracias diciendo: Porque al fin habéis vuelto a florecer para mí (Filip. IV, 17, 10). Habéis vuelto a florecer, dice como a árboles, que por cierta esterilidad se habían secado. Viniendo, pues, el Señor al juicio, para que ya escuchemos el Salmo, hermanos, ¿qué hará? Llamará al cielo arriba: cielo, todos los santos perfectos que juzgarán; los llamará arriba, sentados con él juzgarán a las doce tribus de Israel. ¿Cómo llamará al cielo arriba, si el cielo siempre está arriba? Pero a quienes aquí llama cielo, a esos mismos en otro lugar llama cielos. ¿Qué cielos? Los que narran la gloria de Dios: Los cielos narran la gloria de Dios: de quienes se dice, Por toda la tierra salió su sonido, y hasta los confines del mundo sus palabras (Sal. XVIII, 2, 5). Vean al Señor discerniendo en el juicio: Llamará al cielo arriba, y a la tierra para discernir a su pueblo. ¿De quiénes, sino de los malos? De quienes aquí después no se hace mención, ya como juzgados para el castigo. Mira a estos buenos, y distingue. Llamará al cielo arriba, y a la tierra para discernir a su pueblo. Llama también a la tierra, no obstante, no para ser juzgada, sino para ser discernida. Primero llamó a los congregados, cuando Dios de dioses habló, y llamó a la tierra desde el nacimiento del sol hasta su ocaso; aún no había discernido: aquellos siervos fueron enviados a invitar a las bodas, que congregaron buenos y malos (Mat. XXII, 10). Pero cuando Dios de dioses venga manifiesto, y no callará, así llamará al cielo arriba, para que juzgue con él. Pues ¿qué cielo, esos cielos; como qué tierra, esas tierras; como qué Iglesia, esas Iglesias. Llamará al cielo arriba, y a la tierra para discernir a su pueblo. Ya con el cielo discierne la tierra, es decir, el cielo con él discierne la tierra. ¿Cómo discierne la tierra? Para que ponga a unos a la derecha, a otros a la izquierda. A la

tierra discernida, ¿qué dice? Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer, y demás. Pero ellos: ¿Cuándo te vimos, dicen, hambriento? Y él: Cuando lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis (Id. XXV, 34-40). El cielo muestra a la tierra a sus más pequeños ya llamados arriba, y exaltados desde la humildad: Cuando lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis. Llamará, pues, al cielo arriba, y a la tierra para discernir a su pueblo.

12. [vers. 5.] Congregad a él sus justos. Voz divina y profética, viendo el futuro como presente, exhorta a los ángeles congregantes. Pues enviará a sus ángeles, y se congregarán ante él todas las naciones (Mat. XXV, 32). Congregad a él sus justos. ¿Qué justos, sino los que viven por fe, haciendo obras de misericordia? Pues esas obras son obras de justicia. Tienes el Evangelio: Guardaos de hacer vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos por ellos. Y como si se preguntara, ¿Qué justicia? Cuando, pues, hagais limosna, dice (Id. VI, 1, 2). Por lo tanto, significó que las limosnas son obras de justicia. Congregad a esos justos: congregad a aquellos que se compadecieron del necesitado, que entendieron sobre el pobre y el indigente: congregad a ellos, el Señor los conservará, y los vivificará (Sal. XL, 2, 3). Congregad a él sus justos: que disponen su testamento sobre los sacrificios: es decir, que piensan en sus promesas sobre lo que obran. Pues esos son los sacrificios, diciendo Dios, Misericordia quiero más que sacrificio (Oseas VI, 6, y Mat. IX, 13). Que disponen su testamento sobre los sacrificios.

13. [vers. 6.] Y anunciarán los cielos su justicia. Verdaderamente esta justicia de Dios nos la anunciaron los cielos, los evangelistas la predijeron. Por ellos oímos que habrá algunos a la derecha, a quienes dice el padre de familia, Venid, benditos de mi Padre, heredad. ¿Qué heredad? El reino. ¿Por qué razón? Porque tuve hambre, y me disteis de comer. ¿Qué tan vil, qué tan terrenal, como partir el pan al hambriento? Tanto vale el reino de los cielos. Parte tu pan con el hambriento, y al pobre sin techo introduce en tu casa; si ves al desnudo, cúbrelo (Isa. LVIII, 7). Pero no tienes la facultad de partir el pan, no tienes casa donde introducir, no tienes vestido con qué cubrir: da un vaso de agua fría (Mat. X, 42), pon dos monedas en el arca del tesoro (Mar. XII, 42). Tanto compró la viuda con dos monedas, cuanto compró Pedro dejando las redes (Mat. IV, 20), cuanto compró Zaqueo dando la mitad de su patrimonio (Luc. XIX, 8). Tanto vale, cuanto tengas. Anunciarán los cielos su justicia. porque Dios es juez. Verdaderamente juez, no confundiendo, sino discerniendo. Pues el Señor conoce a los que son suyos (II Tim. II, 19). Aunque los granos estén ocultos en la paja, son conocidos por el agricultor. Nadie tema ser grano incluso entre la paja; no se engañan los ojos de nuestro aventador. No temas, no sea que esa tempestad que estará a su alrededor, te confunda con la paja. Ciertamente será fuerte la tempestad; sin embargo, ningún grano será llevado de la parte del trigo a la paja: porque no cualquier rústico con tridente, sino Dios Trinidad es juez. Y anunciarán los cielos su justicia: porque Dios es juez. Vayan los cielos, anuncien los cielos, salga su sonido por toda la tierra, y hasta los confines del mundo sus palabras (Sal. XVIII, 5): y diga ese cuerpo, Desde los confines de la tierra clamé a ti, cuando mi corazón se angustió (Sal. LX, 3). Ahora, pues, el congregado gime, el discernido se alegrará. Clame, pues, y diga: No destruyas con los impíos mi alma, y con los hombres de sangre mi vida (Sal. XXV, 9). No destruye, porque Dios es juez. Clame a él, y diga, Júzgame, Señor, y discierne mi causa de la gente no santa (Sal. XLII, 1): diga, él lo hará: se congregarán a él sus justos. Llamó a la tierra, para discernir a su pueblo.

14. [vers. 7.] Escucha, pueblo mío, y hablaré contigo. Aquel que vendrá y no callará, vean que también ahora, si escuchan, no calla: Escucha, pueblo mío, y hablaré contigo. Pues si no escuchas, no hablaré contigo. Escucha y hablaré contigo. Pues si no escuchas, aunque hable,

no a ti. ¿Cuándo, entonces, hablaré contigo? Si escuchas. ¿Cuándo escuchas? Si eres mi pueblo. Escucha, pues, pueblo mío: no escuchas, si eres pueblo ajeno. Escucha, pueblo mío, y hablaré contigo; Israel, y testificaré contra ti. Israel, escucha; pueblo mío, escucha. Israel es un nombre de elección: No serás llamado, dice, Jacob, sino serás llamado Israel (Gen. XXXII, 28). Entonces escucha como Israel, como viendo a Dios; aunque aún no en apariencia, pero ya en fe. Pues eso significa Israel, Viendo a Dios. Quien tiene oídos para oír, oiga (Mat. XI, 15); y quien tiene ojos para ver, vea. Escucha, Israel, y testificaré contra ti. Lo que arriba dijo, pueblo mío; eso en lo siguiente, Israel: y lo que dijo arriba, hablaré contigo; eso en lo siguiente, testificaré contra ti. ¿Qué hablará el Señor nuestro Dios a su pueblo? ¿A su Israel qué testificará? Escuchemos: Dios, tu Dios soy yo. Dios soy yo, y tu Dios soy yo. ¿Cómo Dios soy yo? Como se dijo a Moisés, Yo soy el que soy (Éxodo III, 14). ¿Cómo tu Dios soy yo? Yo soy el Dios de Abraham, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob. Soy Dios, y tuyo soy Dios: y si no soy tu Dios, soy Dios. Por mi bien soy Dios, por tu mal no soy tu Dios. Pues Dios tuyo, se dice propiamente a quien Dios tiene más familiarmente, como en su propiedad, como en su posesión. Dios, tu Dios soy yo. ¿Qué más quieres? Buscas un premio de Dios, para que Dios te dé algo, para que lo que te dé sea tuyo? He aquí, el mismo Dios que dará, es tuyo. ¿Qué más rico que él? Buscabas dones, tienes al mismo donador. Dios, tu Dios soy yo.

15. [vers. 8.] Veamos qué busca de los hombres. Nuestro Dios, nuestro emperador y rey, ¿qué tributo nos impone, ya que quiso ser nuestro rey y quiso que fuéramos su provincia? Escuchemos sus decretos. Que el pobre no tema bajo el decreto de Dios: lo que Dios manda que se le dé, él mismo lo da primero al que lo manda: solo sean devotos. Dios no exige lo que no ha dado, y a todos ha dado lo que exige. ¿Qué exige entonces? Escuchemos ya: No te reprenderé por tus sacrificios. No te diré: ¿Por qué no me sacrificaste un toro gordo? ¿Por qué no elegiste el mejor macho cabrío de tu rebaño? ¿Por qué ese carnero camina entre tus ovejas y no se pone en mi altar? No diré: Examina tus campos y tu corral, y tus paredes, buscando qué darne. No te reprenderé por tus sacrificios. ¿Entonces qué? ¿No aceptas mis sacrificios? Tus holocaustos están siempre ante mí. Algunos holocaustos, de los que en otro salmo se dice: Si hubieras querido sacrificio, ciertamente lo habría dado; no te deleitarás en holocaustos: y nuevamente se vuelve, Sacrificio a Dios es un espíritu contrito; un corazón contrito y humillado, Dios no lo desprecia. ¿Cuáles son entonces los holocaustos que no desprecia? ¿Cuáles son los holocaustos que están siempre ante él? Benignamente, dice, haz, Señor, en tu buena voluntad a Sion, y se edificarán los muros de Jerusalén: entonces aceptarás el sacrificio de justicia, las ofrendas y los holocaustos (Salmo 50, 18-21). Dice que Dios aceptará ciertos holocaustos. ¿Qué es un holocausto? Todo consumido por el fuego: καῶσις es incineración, ὅλον es todo: el holocausto es todo consumido por el fuego. Hay un fuego de caridad ardiente: que el alma se inflame con caridad, que esa misma caridad tome los miembros para su uso, no permitiéndoles servir a la codicia, para que todo arda en el fuego del amor divino quien desea ofrecer a Dios un holocausto. Tales holocaustos tuyos están siempre ante mí.

16. [vers. 9.] Quizás este Israel aún no entiende qué holocaustos tiene siempre ante él, y todavía piensa en bueyes, ovejas y machos cabríos: que no piense; No tomaré becerros de tu casa. He mencionado holocaustos; ya corrías con la mente y el pensamiento hacia los rebaños terrenales, de allí elegías algo gordo para mí: No tomaré becerros de tu casa. Anuncia el Nuevo Testamento, donde todos esos sacrificios antiguos han cesado. Porque entonces preanunciaban un cierto sacrificio futuro, con cuya sangre seríamos purificados. No tomaré becerros de tu casa, ni machos cabríos de tus rebaños.

17. [vers. 10.] Porque mías son todas las bestias del bosque. ¿Qué te pediré que yo mismo he creado? ¿Es más tuyo esto que te he dado para poseer, que mío que lo hice? Porque mías son todas las bestias del bosque. Pero quizás dice aquel Israel, Las bestias de Dios son, aquellas bestias salvajes que no encierro en mi corral, que no ato a mi pesebre: sin embargo, ese buey y esa oveja y ese macho cabrío, son míos. El ganado en los montes y los bueyes. Míos son aquellos que no posees, míos son estos que posees. Porque si eres mi siervo, todo tu peculio es mío. Porque no es peculio del Señor lo que el siervo adquirió para sí, y no será peculio del Señor lo que el mismo Señor creó para el siervo. Por lo tanto, mías son las bestias del bosque que no capturaste; míos son también el ganado en los montes que son tuyos, y los bueyes que están en tu pesebre: todo es mío, porque yo los creé.

18. [vers. 11.] Conozco todas las aves del cielo. ¿Cómo las conoce? Las ha pesado, contado. ¿Quién de nosotros conoce todas las aves del cielo? Pero incluso si Dios le da a alguien el conocimiento de todas las aves del cielo, no las conoce de la misma manera que le da al hombre conocerlas. El conocimiento de Dios es diferente, el del hombre es diferente: así como la posesión de Dios es diferente, la del hombre es diferente; es decir, es diferente poseer de Dios, diferente poseer del hombre. Porque lo que posees, no lo tienes todo en tu poder, ni está en tu poder cuánto tiempo vivirá tu buey, ni que no perezca, ni que no se alimente. En quien está el poder supremo, también está el conocimiento supremo y secreto. Atribuyamos esto a Dios, alabando a Dios. No nos atrevamos a decir: ¿Cómo sabe Dios? No sea que esperen de mí, hermanos, que les explique cómo conoce Dios; solo digo esto: no conoce como el hombre, no conoce como el ángel; y cómo conoce, no me atrevo a decirlo, porque tampoco puedo saberlo. Sin embargo, sé una cosa, que incluso antes de que existieran todas las aves del cielo, Dios sabía lo que iba a crear. ¿Qué es ese conocimiento? Oh hombre, comenzaste a ver las aves, después de que fuiste formado, después de que recibiste el sentido de la vista. Estas aves nacieron del agua por la palabra de Dios, diciendo: Produzcan las aguas aves (Gén. 1, 20). ¿Dónde conocía Dios lo que ordenaba que el agua produjera? Ya ciertamente conocía lo que había creado, y antes de crear lo conocía. Tan grande es el conocimiento de Dios, que en él existían de alguna manera inefable antes de ser creadas: ¿y espera de ti que le des lo que tenía antes de crear? Conozco todas las aves del cielo, que tú no puedes darme. Las que vas a sacrificarme, yo las conozco todas: no porque las hice las conozco, sino para hacerlas. Y la belleza del campo está conmigo. La belleza del campo, la fertilidad de todo lo que crece en la tierra, está conmigo, dice. ¿Cómo está con él? ¿Acaso también antes de que fueran hechas? Porque con él estaban todas las cosas futuras, y con él están todas las cosas pasadas: futuras de tal manera que no le son quitadas todas las pasadas. Con él están todas las cosas en un cierto conocimiento de la inefable Sabiduría de Dios en el Verbo, y el mismo Verbo es todo. ¿O de alguna manera está con él la belleza del campo, porque él está en todas partes, y él mismo dijo: Yo lleno el cielo y la tierra (Jeremías 23, 24)? ¿Qué no está con él, de quien se dice: Si subo al cielo, allí estás, y si descendo al infierno, allí estás (Salmo 138, 8)? Con él está todo: pero no está con él de tal manera que sufra alguna contaminación de lo que ha creado, o necesidad de ello. Porque contigo está quizás la columna junto a la que estás, y cuando te cansas, te apoyas en ella. Necesitas lo que está contigo, Dios no necesita el campo que está con él. Con él está el campo, con él está la belleza de la tierra, con él está la belleza del cielo, con él están todas las aves, porque él está en todas partes. ¿Y por qué están todas las cosas con él? Porque incluso antes de que existieran todas las cosas, o fueran creadas, todas le eran conocidas.

19. [vers. 12.] ¿Quién explica, quién expone lo que se le dice en otro salmo, Porque de mis bienes no tienes necesidad (Salmo 15, 2)? Ha dicho que no necesita de nosotros algo necesario. Si tuviera hambre, no te lo diría. No tendrá hambre, ni sed, ni se fatigará, ni

dormirá el que guarda a Israel (Salmo 120, 4). Pero he aquí que según tu carnalidad hablo: porque tú, cuando no comes, sufres hambre, quizás piensas que Dios también tiene hambre para comer. Aunque tuviera hambre, no te lo diría: todo está ante él, de donde quiere toma lo que necesita. Estas cosas se han dicho para convencer al entendimiento infantil, no porque Dios haya profesado su hambre. Aunque por nosotros, ese Dios de dioses se dignó tener hambre. Vino a tener hambre y a saciar, vino a tener sed y a dar de beber, vino a vestirse de mortalidad y a vestir de inmortalidad, vino pobre para hacer ricos. Porque no perdió sus riquezas al asumir nuestra pobreza, porque en él están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento (Colosenses 2, 3). Si tuviera hambre, no te lo diría, porque mío es el orbe de la tierra y su plenitud. No te esfuerces, pues, en qué darme, sin esfuerzo tengo lo que quiero.

20. [vers. 13.] ¿Por qué entonces sigues pensando en tus rebaños? ¿Acaso comeré carne de toros, o beberé sangre de machos cabríos? Han oído lo que no busca de nosotros, quien no sé qué quiere imponernos. Si pensaban en tales cosas, ya aparten sus pensamientos de tales cosas: no piensen en ofrecer nada de eso a Dios. Si tienes un toro gordo, mávalo para los pobres: que ellos coman la carne de los toros, aunque no beban la sangre de los machos cabríos. Cuando lo hagas, te lo imputará aquel que dijo, Si tuviera hambre, no te lo diría; y te dirá, Tuve hambre, y me diste de comer (Mateo 25, 35). ¿Acaso comeré carne de toros, o beberé sangre de machos cabríos?

21. [vers. 14.] Dinos entonces, Señor nuestro Dios, ¿qué impones a tu pueblo, a tu Israel? Ofrece a Dios un sacrificio de alabanza. Digámosle también nosotros: En mí están, Dios, tus votos, que te devolveré en alabanza (Salmo 56, 12). Temía que impusieras algo que estuviera fuera de mí, que contaba en mi corral, y que quizás ya había sido robado por un ladrón. ¿Qué me impones? Ofrece a Dios un sacrificio de alabanza. Vuelvo a mí mismo, donde encontraré qué ofrecer: vuelvo a mí mismo, en mí encuentro la inmolación de alabanza: que tu altar sea mi conciencia. Ofrece a Dios un sacrificio de alabanza. Estamos seguros, no vamos a Arabia a buscar incienso, no sacudimos las cargas del comerciante avaro: Dios nos pide un sacrificio de alabanza. Tenía este sacrificio de alabanza Zaqueo en su patrimonio, lo tenía la viuda en su monedero, lo tenía no sé qué pobre huésped en su jarra; otro no tenía nada ni en su patrimonio, ni en su monedero, ni en su jarra, lo tenía todo en su alma: salvación a la casa de Zaqueo (Lucas 19, 8); y esta viuda echó más que aquellos ricos (Marcos 12, 42); este ofreciendo un vaso de agua fría (Mateo 10, 42), no perderá su recompensa; pero también paz en la tierra a los hombres de buena voluntad (Lucas 2, 14). Ofrece a Dios un sacrificio de alabanza. Oh sacrificio gratuito, dado por gracia. No compré esto que ofrezco, pero tú lo diste: porque ni siquiera esto tendría. Ofrece a Dios un sacrificio de alabanza. Y esta inmolación del sacrificio de alabanza, es dar gracias a aquel de quien tienes todo lo bueno que tienes, y por cuya misericordia se te perdona todo lo malo que tienes. Ofrece a Dios un sacrificio de alabanza: y devuelve al Altísimo tus oraciones. Este es el aroma que deleita al Señor. Devuelve al Altísimo tus oraciones.

22. [vers. 15.] E invócame en el día de tu tribulación: y te libraré, y me glorificarás. Porque no debes presumir de tus fuerzas, todas tus ayudas son mentiras. Invócame en el día de la tribulación: te libraré, y me glorificarás. Para esto permití que te llegara el día de la tribulación: porque quizás si no te tribularas, no me invocarías; pero cuando te tribulas, me invocas; cuando me invocas, te libraré; cuando te libraré, me glorificarás, para que ya no te apartes de mí. Alguien había caído en letargo y se había enfriado del fervor de la oración, y dijo: Encontré tribulación y dolor, e invoqué el nombre del Señor (Salmo 114, 3, 4). Encontró la tribulación como algo útil; se había podrido con la corrupción de sus pecados, ya había quedado sin sentido, encontró la tribulación como una quemadura y una incisión. Encontré,

dice, tribulación y dolor, e invoqué el nombre del Señor. Y ciertamente, hermanos, hay tribulaciones conocidas por todos. He aquí estas que abundan en el género humano: uno lamenta la pérdida sufrida, otro llora por haber sido golpeado por la orfandad; otro, exiliado de su patria, se lamenta y desea regresar, considerando insoportable la peregrinación; a otro le ha granizado la viña, mira sus trabajos, y ve todo su esfuerzo consumido en vano. ¿Cuándo puede el hombre no estar triste? Sufre un enemigo de un amigo. ¿Qué mayor miseria en el género humano? Todos lloran estas cosas, y se duelen, y estas son tribulaciones: y en todas ellas invocan al Señor, y hacen bien. Invoquen a Dios, él puede enseñar a soportar o sanar lo soportado. Él sabe no permitir que seamos tentados más allá de lo que podemos soportar (1 Cor. 10, 13). Invoquemos a Dios también en estas tribulaciones: pero estas tribulaciones nos encuentran, como está escrito en otro salmo, Ayuda en las tribulaciones que nos han encontrado en gran manera (Salmo 45, 2): hay una que debemos buscar y encontrar. Que estas tribulaciones nos encuentren: hay una tribulación que debemos buscar y encontrar. ¿Cuál es esta? Esa misma en este mundo es felicidad, abundancia de cosas temporales: no es en sí misma tribulación; son consuelos de nuestra tribulación. ¿De qué tribulación? De nuestra peregrinación. Porque el mismo hecho de que aún no estemos con Dios, el mismo hecho de que estemos entre tentaciones y molestias, que no podamos estar sin temor, es tribulación: porque no es aquella seguridad que se nos ha prometido. Esta tribulación de nuestra peregrinación, quien no la encuentre, no piensa en regresar a la patria. Esa es la tribulación, hermanos. Ciertamente ahora hacemos buenas obras, cuando damos pan al hambriento, un don al peregrino, y demás: también esto es tribulación. Porque encontramos miserables sobre los cuales hacemos misericordia; y la miseria de los miserables nos hace compasivos. Cuánto mejor sería ya estar allí, donde no encuentras hambriento a quien alimentar, donde no encuentras peregrino a quien recibir, no desnudo a quien vestir, no enfermo a quien visitar, no litigante a quien reconciliar. Porque allí todo es supremo, verdadero, santo, eterno. Nuestro pan allí es justicia, nuestra bebida allí es sabiduría, nuestra vestidura allí es inmortalidad, nuestra casa eterna en los cielos, nuestra firmeza es inmortalidad. ¿Acaso se infiltra la enfermedad? ¿Acaso el cansancio nos lleva al sueño? No hay muerte, no hay disputa: allí hay paz, descanso, gozo, justicia. No entra enemigo, no cae amigo. ¡Qué descanso allí! Si pensamos y atendemos dónde estamos, y dónde nos ha prometido estar quien no puede mentir, por su misma promesa encontramos en qué tribulación estamos. Esta tribulación nadie la encuentra, sino quien la busca. Estás sano, mira si eres miserable: porque es fácil que quien está enfermo, sienta que es miserable: cuando estás sano, mira si eres miserable; porque aún no estás con Dios. Encontré tribulación y dolor, e invoqué el nombre del Señor. Ofrece entonces a Dios un sacrificio de alabanza. Alaba al que promete, alaba al que llama, alaba al que exhorta, alaba al que ayuda: y entiende en qué tribulación estás. Invoca, serás librado, glorificarás, permanecerás.

23. [vers. 16.] Pero vean lo que sigue, hermanos míos. Porque ya no sé quién, porque Dios le había dicho, Ofrece a Dios un sacrificio de alabanza, y de alguna manera había impuesto este tributo, meditaba para sí, y decía: Me levantaré cada día, iré a la Iglesia, diré un himno matutino, otro vespertino, un tercero o cuarto en mi casa; cada día sacrifico un sacrificio de alabanza, y ofrezco a mi Dios. Haces bien, si haces esto: pero mira que no estés ya seguro, porque ya haces esto, y quizás tu lengua bendiga a Dios, y tu vida maldiga a Dios. Oh pueblo mío, te dice Dios de dioses el Señor que ha hablado, llamando a la tierra desde el nacimiento del sol hasta su ocaso, aunque aún estés entre cizañas, ofrece sacrificio de alabanza a tu Dios, y devuélvele tus oraciones: pero mira que no vivas mal, y cantes bien. ¿Por qué esto? Porque al pecador le dice Dios: ¿Por qué tú narras mis justicias, y tomas mi Testamento en tu boca? Ven, hermanos, con qué temblor decimos estas cosas. Tomamos el Testamento de Dios en nuestra boca, y les predicamos a ustedes la instrucción y las justicias de Dios. ¿Y qué le dice

Dios al pecador? ¿Por qué tú? ¿Prohíbe entonces a los predicadores pecadores? ¿Y dónde está aquello: Lo que dicen, háganlo, pero lo que hacen, no lo hagan (Mateo 23, 3)? ¿Dónde está aquello: Sea por verdad o por ocasión, Cristo es anunciado (Filipenses 1, 18)? Pero estas cosas se han dicho, para que no teman quienes escuchan de quien sea que escuchen: no para que estén seguros quienes dicen cosas buenas, y hacen cosas malas. Ahora, hermanos, ustedes están seguros: si escuchan cosas buenas, escuchan a Dios, por quien sea que escuchen. Pero Dios no quiso dejar sin corrección a aquellos que dicen; no sea que solo por decir, se duerman seguros en una mala vida, y se digan a sí mismos: Porque Dios no nos perderá, por cuya boca quiso que se dijeran tantas cosas buenas a su pueblo. Más bien escucha lo que dices, quienquiera que seas que dices; y quien quiere ser escuchado, primero escúchate a ti mismo; y di lo que dice en otro salmo alguien: Escucharé lo que el Señor Dios hablará en mí, porque hablará paz a su pueblo (Salmo 84, 9). ¿Qué clase de persona soy yo, que no escucho lo que habla en mí, y quiero que otros escuchen lo que habla por mí? Escucharé primero, escucharé, especialmente escucharé lo que el Señor Dios habla en mí, porque hablará paz a su pueblo. Escucharé, y castigaré mi cuerpo, y lo someteré a servidumbre, no sea que predicando a otros, yo mismo sea hallado reprobado (1 Cor. 9, 27). ¿Por qué tú narras mis justicias? ¿Por qué te dices lo que no te beneficia? Le advierte que escuche: no para que deje la predicación, sino para que asuma la obediencia. ¿Por qué tú tomas mi Testamento en tu boca?

24. [vers. 17.] Tú, sin embargo, odias la instrucción. Odias la disciplina. Cuando perdono, cantas y alabas; cuando castigo, murmuras: como si cuando perdono, soy tu Dios; y cuando castigo, no soy tu Dios. Yo a quienes amo, reprendo y castigo (Apocalipsis 3, 19). Tú, sin embargo, odias la instrucción: y has arrojado mis palabras detrás de ti. Lo que se dice por ti, lo arrojas detrás de ti. Y has arrojado mis palabras detrás de ti: donde no sean vistas por ti, sino que te pesen. Y has arrojado mis palabras detrás de ti.

25. [vers. 18.] Si veías a un ladrón, corrías con él, y con los adúlteros ponías tu parte. No sea que digas: No robé, no cometí adulterio. ¿Qué, si te agradó quien lo hizo? ¿No concurriste con él al agradarte? ¿No pusiste tu parte con él al alabarlo? Esto es, hermanos, concurrir con el ladrón y poner tu parte con el adúltero: porque aunque no lo hagas, si alabas lo que se hace, eres cómplice del hecho; pues el pecador es alabado en los deseos de su alma, y quien comete iniquidades es bendecido (Sal. IX, 3). No haces el mal, pero alabas a los que lo hacen. ¿Es esto un mal menor? Ponías tu parte con los adúlteros.

26. [vers. 19.] Tu boca abundó en malicia, y tu lengua abrazó la falsedad. Habla de la malevolencia y falsedad, hermanos, de ciertas personas que, por adulación, aunque saben que lo que oyen es malo, para no ofender a quienes lo dicen, no solo no lo reprenden, sino que consienten callando. No basta con que no digan: Hiciste mal; sino que dicen: Y bien hiciste: y saben que es malo; pero su boca abunda en malicia, y su lengua abraza la falsedad. La falsedad es un engaño en las palabras, decir una cosa y sentir otra. No dice, Tu lengua admitió falsedad, o, perpetró falsedad; sino que, para mostrarte cierto deleite en el mismo hecho malo, dijo, la abrazó. No basta con que lo hagas; también te deleitas: alabas abiertamente, te burlas en tu interior. Precipitas al hombre que imprudentemente expone sus vicios, y que no sabe que son vicios: tú que sabes que es un vicio, no dices, ¿A dónde te precipitas? Si lo vieras caminar imprudentemente en la oscuridad donde tú sabes que hay un pozo, y callaras, ¿qué serías? ¿No serías considerado enemigo de su alma? Y sin embargo, si cayera en el pozo, no moriría el alma, sino el cuerpo. Se precipita en sus vicios, proclama ante ti sus malas acciones; tú sabes que son malas, y alabas, y te burlas en tu interior. Oh, si alguna vez se convirtiera a Dios aquel de quien te burlas, y a quien no quisiste corregir, y

dijera: Sean confundidos los que me dicen: ¡Bien, bien! (Sal. XXXIX, 16). Y tu lengua abrazó la falsedad.

27. [vers. 20.] Sentado hablabas mal contra tu hermano. Y el mismo estar sentado se refiere a lo que dijo antes, abrazó. Porque quien lo hace de pie o pasando, no lo hace con placer: pero quien se sienta para hacerlo, ¡cuánto tiempo busca para hacerlo! Sentado hablabas mal contra tu hermano: hacías la maledicencia con esmero, sentado la hacías; querías ocuparte en eso, abrazabas tu mal, besabas tu engaño. Sentado hablabas mal contra tu hermano: y contra el hijo de tu madre ponías escándalo. ¿Quién es el hijo de la madre? ¿No es el hermano? Quiso repetir lo que antes dijo, tu hermano. ¿O insinuó alguna distinción que debemos entender? Claramente, hermanos, creo que debe distinguirse. Un hermano habla mal de otro hermano, por ejemplo, como si fuera firme y ya un maestro de cierta importancia y docto, habla mal de su hermano, tal vez enseñando bien y caminando bien: pero hay otro débil; contra él pone escándalo al hablar mal de este. Porque cuando se habla mal de los buenos por aquellos que parecen ser de alguna importancia y doctos, caen en escándalo los débiles que aún no saben juzgar. Por eso aquel débil fue llamado hijo de la madre, aún no del padre, aún necesitado de leche y adherido a los pechos. Aún es llevado en el seno de la madre Iglesia, no puede acceder al alimento sólido de la mesa de su padre, sino que extrae su sustento del pecho de la madre, ignorante de juzgar, porque aún es animal y carnal. El espiritual juzga todas las cosas; pero el hombre animal no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura (I Cor. II, 15, 14). A tales dice el Apóstol: No pude hablaros como a espirituales, sino como a carnales: como a niños en Cristo os di leche para beber, no alimento; porque aún no podíais, ni aún ahora podéis (Id. III, 1, 2). Fui madre para vosotros: como se dice en otro lugar, Me hice pequeño entre vosotros, como una nodriza que cuida a sus hijos (I Tes. II, 7). No una nodriza que alimenta a hijos ajenos, sino una nodriza que cuida a sus propios hijos. Hay madres que, cuando dan a luz, entregan a nodrizas: aquellas que dieron a luz, no cuidan a sus hijos, porque los dieron para ser alimentados; pero aquellas que cuidan, no cuidan a los suyos, sino a los ajenos: pero este mismo los había engendrado, él mismo los cuidaba, no los entregaba a ninguna nodriza a quien había engendrado; pues había dicho, A quienes vuelvo a dar a luz, hasta que Cristo sea formado en vosotros (Gal. IV, 19). Por tanto, cuidaba y alimentaba. Pero había algunos que se creían doctos y espirituales que hablaban mal de Pablo. Las cartas, dicen, son graves y fuertes, pero la presencia corporal es débil, y el discurso despreciable (II Cor. X, 10): él mismo dice en su carta que algunos de sus detractores dijeron esto. Se sentaban, y hablaban mal contra su hermano, y contra aquel hijo de su madre que debía ser alimentado ponían escándalo. Con razón hicieron que la madre volviera a dar a luz. Y contra el hijo de tu madre ponías escándalo.

28. [vers. 21.] Esto hiciste, y callé. Por eso vendrá nuestro Señor Dios, y no callará. Ahora, Esto hiciste, y callé. ¿Qué es, callé? Me abstuve de la venganza, diferí mi severidad, prolongué mi paciencia para ti, esperé mucho tiempo tu arrepentimiento. Esto hiciste, y callé. Pero yo, mientras esperaba que te arrepintieras, según el Apóstol que dice, Pero tú, según la dureza de tu corazón, y corazón impenitente, atesoras para ti ira en el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios (Rom. II, 5). Sospechaste iniquidad, que sería como tú. No basta con que tus malas acciones te agraden, piensas que también me agradan a mí. Porque no sufres a Dios como vengador, quieres tenerlo como cómplice, y como juez corrupto quieres tenerlo como socio del botín. Sospechaste iniquidad, que sería como tú: mientras no quieres ser como yo. Sed, pues, perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre buenos y malos (Mat. V, 48, 45). Este no quisiste imitar, que da bienes a los malos; para que sentado hables mal de los buenos. Sospechaste iniquidad, que sería como tú. Te reprenderé. Cuando Dios venga manifiesto, nuestro Dios, y no callará, Te reprenderé. ¿Y

qué te haré al reprenderte? ¿Qué te haré? Ahora no te ves; haré que te veas. Porque si te vieras, y te desagradaras, me agradarías: pero como no te ves y te agradas, me desagradarás a mí y a ti; a mí cuando seas juzgado; a ti, cuando ardas. ¿Qué te haré, dice? Te pondré ante tu rostro. ¿Por qué quieres ocultarte a ti mismo? Estás a tus espaldas, no te ves: haré que te veas; lo que pusiste detrás de ti, lo pondré ante tu rostro; verás tu fealdad, no para corregirla, sino para avergonzarte. Ahora que dice esto, hermanos, ¿debe desesperarse de aquel a quien se le dice? ¿No fue aquella ciudad de la que se dijo, Tres días, y Nínive será destruida, capaz de convertirse en tres días, orar, llorar, y obtener misericordia de la pena inminente (Jonás III, 4-10)? Escuchen, pues, los que son así, mientras es posible escuchar y callar. Porque vendrá, y no callará, y reprenderá, cuando no habrá lugar para la corrección. Te pondré, dice, ante tu rostro. Ahora, pues, haz tú, quienquiera que seas, lo que Dios te amenaza con hacer. Quítate de tus espaldas, donde no quieres verte, disimulando tus hechos, y ponlo ante ti. Sube al tribunal de tu mente, sé tu propio juez, que te atormente el temor, que brote de ti la confesión, y di a tu Dios: Porque reconozco mi iniquidad, y mi pecado está siempre ante mí (Sal. L, 5). Lo que estaba detrás de ti, que esté ante ti: no sea que tú mismo después, por el juicio de Dios, estés ante ti, y no haya adónde huir de ti.

29. [vers. 22.] Entiendan esto, los que olvidan a Dios. Vean que clama, y no calla, no perdona. Olvidaste al Señor, no pensabas en tu vida mala. Entiende que olvidaste al Señor. No sea que te arrebate como un león, y no haya quien te libre. ¿Qué es, como un león? Como fuerte, como poderoso, como aquel a quien nadie puede resistir. A esto se refiere al decir león. Se pone en alabanza, y se pone en vituperio. Se dijo león al diablo: Vuestro adversario, dice, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar (I Ped. V, 8). ¿Acaso porque se dijo león por su inmensa crueldad, Cristo no se llama león por su gran fortaleza? ¿Y dónde está aquello, Venció el león de la tribu de Judá (Apoc. V, 5)? Presten atención un poco más, Caridad Vuestra, a lo que queda: les ruego que sacudan el cansancio; estará presente aquel que les dio fuerzas hasta esta hora. Poco antes dijo, como imponiéndonos, como escucharon, un tributo de alabanza suya: Ofrece a Dios sacrificio de alabanza, y paga al Altísimo tus votos. Pero después: Al pecador dijo Dios, ¿Por qué narras mis justicias, y tomas mi Testamento en tu boca? Como si le dijera, De nada te sirve que alabes: yo impuse el sacrificio de alabanza a aquellos que viven bien; a ellos les sirve que alaben: pero tú, si alabas, de nada te sirve; ¿por qué me alabas? No es hermosa la alabanza en la boca del pecador (Ecli. XV, 9). Luego concluye como para ambos, y reprendiendo a los malos que olvidan a Dios dice: Entiendan esto, los que olvidan a Dios, no sea que los arrebate como un león, y no haya quien los libre.

30. [vers. 23.] El sacrificio de alabanza me glorificará. ¿Cómo el sacrificio de alabanza me glorificará? Ciertamente de nada sirve a los malos el sacrificio de alabanza, porque toman tu Testamento en su boca, y hacen cosas condenables que desagradan a tus ojos. En verdad, dice, y a ellos les digo esto, El sacrificio de alabanza me glorificará. Ya pensabas que la alabanza no te servía: alaba, te servirá. Porque si vives mal y dices cosas buenas, aún no alabas: pero si cuando comienzas a vivir bien, atribuyes a tus méritos el vivir bien, aún no alabas. No quiero que seas el ladrón insultando la cruz del Señor (Luc. XXIII, 39): pero tampoco quiero que seas aquel en el templo jactándose de sus méritos, y ocultando sus heridas (Id. XVIII, 11). Si eres iniquo y perseveras en esa iniquidad, no te digo, No te servirá la alabanza; sino, No me alabas, no considero eso como alabanza: de nuevo, si eres como justo (pues nadie es justo sino humilde y piadoso), y te enorgulleces de tu justicia, y desprecias a otros en comparación contigo, y te exaltas como gloriándote de tus méritos, no me alabas. Ni aquel me alaba que vive mal; ni aquel me alaba que, aunque ya comenzó a vivir bien, piensa que es de él el vivir bien, no recibido de Dios: ni aquel me alaba que,

aunque sabe que lo que vive bien lo recibió de Dios, sin embargo, quiere que Dios sea rico solo hasta él. Aquel que decía, Te doy gracias, Dios, porque no soy como los demás hombres, injustos, ladrones, adúlteros, como este Publicano; ¿no tenía allí de dónde decir: Da también a este Publicano lo que me diste a mí, suple también en mí lo que aún no me has dado? Pero ya como saciado eructaba: no decía, Yo, en cambio, soy pobre y necesitado (Sal. LXIX, 6); lo que decía aquel Publicano, Señor, sé propicio a mí, pecador. Por eso descendió justificado el Publicano, más que aquel Fariseo (Luc. XVIII, 11-14). Escuchen, pues, los que viven bien, escuchen los que viven mal: El sacrificio de alabanza me glorificará. Nadie me ofrece este sacrificio de alabanza, y es malo. No digo, No me lo ofrezca el malo; sino, Nadie me lo ofrece siendo malo. Porque quien alaba, es bueno: porque si alaba, también vive bien; porque si alaba, no solo alaba con la lengua, sino que su vida concuerda con su lengua.

31. El sacrificio de alabanza me glorificará: y allí está el camino, por el cual le mostraré la salvación de Dios. En el sacrificio de alabanza está el camino, por el cual conocerás a Cristo, la salvación de Dios. ¿Qué es la salvación de Dios? Cristo Jesús. ¿Y cómo en el sacrificio de alabanza se nos muestra Cristo? Porque Cristo vino a nosotros con gracia. Esto dice el Apóstol: Vivo, pero ya no yo, sino que Cristo vive en mí: y lo que vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó a sí mismo por mí (Gal. II, 20). Reconozcan, pues, los pecadores, que no habría necesidad de médico, si fueran sanos (Mat. IX, 12). Porque Cristo murió por los impíos (Rom. V, 6). Cuando, pues, reconocen sus impiedades, e imitan primero a aquel Publicano que decía, Señor, sé propicio a mí, pecador: muestran sus heridas, imploran al médico; y porque no se alaban a sí mismos, sino que se reprenden, para que quien se gloria, no se gloríe en sí mismo, sino en el Señor (I Cor. I, 31), reconocen la causa de la venida de Cristo, porque vino para salvar a los pecadores: Porque Jesucristo vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero (I Tim. I, 15). Por tanto, a aquellos judíos, gloriándose de su obra, así los reprende el mismo Apóstol, para decirles que no pertenecen a la gracia, quienes piensan que la recompensa se debe a sus méritos y obras (Gal. V, 4). Quien, pues, sabe que pertenece a la gracia, que es Cristo, y lo que es de Cristo, sabe que necesita gracia. Si se llama gracia, se da gratis; si se da gratis, no precedieron tus méritos para que se dé. Porque si precedieron tus méritos, la recompensa no se imputa según la gracia, sino según la deuda (Rom. IV, 4). Si, pues, dices que precedieron tus méritos, quieres ser alabado tú, no Dios: por eso no reconoces a Cristo, que vino con la gracia de Dios. Vuélvete, pues, a tus méritos, ve que eran malos, para que no se te deba sino castigo, no premio. Y cuando veas lo que se te debe por mérito, reconoces lo que se te da por gracia; y con el sacrificio de alabanza glorificas a Dios. Porque allí está el camino, en el cual conocerás a Cristo, la salvación de Dios.

EN EL SALMO L EXPLICACIÓN. SERMON.

1. A esta multitud, no se le debe privar de la frecuencia, ni cargar con la debilidad. Pedimos silencio y tranquilidad, para que nuestra voz, después del trabajo de ayer, pueda durar con algunas fuerzas. Se debe creer que vuestra Caridad no ha venido hoy en mayor número por otra razón, sino para orar por aquellos a quienes un afecto ajeno y perverso hace estar ausentes. Porque no hablamos de paganos, ni de judíos, sino de cristianos; ni de aquellos que aún son catecúmenos, sino de muchos ya bautizados, de cuyo lavacro no distan, y sin embargo, son diferentes en corazón. ¡Cuántos hermanos nuestros pensamos y lamentamos hoy que van a vanidades y locuras engañosas, descuidando a lo que fueron llamados! Que si acaso en el mismo circo se asustan por alguna causa, inmediatamente se persignan, y permanecen allí llevando en la frente lo que abandonarían si lo llevaran en el corazón. Debe pedirse la misericordia de Dios, para que conceda entendimiento para condenar estas cosas, y afecto para huir de ellas, y misericordia para perdonarlas. Oportunamente, pues, hoy se ha

cantado el Salmo sobre la penitencia. Hablemos también con los ausentes: será nuestra voz para ellos vuestra memoria. No descuiden a los heridos y enfermos, sino que para sanarlos más fácilmente, deben permanecer sanos. Corrijan reprendiendo, consuelen hablando, den ejemplo viviendo bien, estará con ellos quien estuvo con ustedes. Porque no, ya habiendo pasado ustedes estos peligros, se ha cortado la fuente de la misericordia de Dios. Por donde ustedes vinieron, vendrán; por donde ustedes pasaron, pasarán. Es molesto, y muy peligroso, más bien pernicioso, y ciertamente fatal, que pequen sabiendo. Porque de otra manera corre hacia estas vanidades quien desprecia la voz de Cristo, de otra manera aquel que sabe lo que debe evitar. Pero tampoco de tales debe desesperarse, este salmo lo muestra.

2. [vers. 1, 2.] El título de este salmo es: Salmo de David, cuando vino a él el profeta Natán, después de haber entrado a Bersabé. Bersabé era la esposa de otro hombre. Lo decimos con dolor y temblor, pero Dios no quiso que se callara lo que quiso que se escribiera. Diré, entonces, no lo que quiero, sino lo que me veo obligado a decir; no exhortando a la imitación, sino instruyendo para el temor. El rey y profeta David, de cuya descendencia según la carne vendría el Señor (Rom. I, 3), fue cautivado por la belleza de esta mujer, esposa de otro, y cometió adulterio con ella. Esto no se lee en este salmo, pero aparece en su título; sin embargo, se lee más plenamente en el libro de los Reyes. Ambas Escrituras son canónicas, y a ambas los cristianos deben dar fe sin ninguna duda. Fue cometido y consignado por escrito. También se encargó de que su esposo muriera en la guerra: al adulterio añadió el homicidio. Y después de este hecho, fue enviado a él el profeta Natán, enviado por el Señor, para reprocharle por tan gran pecado (II Reg. XI, y XII, 1-14).

3. Hemos dicho de qué deben cuidarse los hombres; ahora escuchemos qué deben imitar si han caído. Muchos quieren caer como David, pero no quieren levantarse como David. No se ha propuesto, entonces, el ejemplo de caer, sino de levantarse si has caído. Ten cuidado de no caer. No sea que la caída de los grandes sea el deleite de los pequeños, sino que la caída de los grandes sea el temor de los pequeños. Para esto se ha propuesto, para esto se ha escrito, para esto se ha leído y cantado a menudo en la iglesia: que escuchen los que no han caído, para que no caigan; que escuchen los que han caído, para que se levanten. El pecado de un hombre tan grande no se oculta, se proclama en la iglesia. Los que escuchan mal, buscan excusas para pecar; prestan atención a lo que les defiende de lo que han planeado cometer, no a lo que les prevenga de lo que no han cometido, y se dicen: Si David, ¿por qué no yo también? De ahí surge un alma más iniqua, que al hacer porque David lo hizo, lo hace peor que David. Diré esto mismo, si puedo, más claramente. David no se propuso a nadie como ejemplo, como tú: cayó por el deseo, no por el ejemplo de santidad: tú te propones a ti mismo como santo para pecar; no imitas su santidad, sino que imitas su caída. Amas en David lo que David odia en sí mismo: te preparas para pecar, planeas pecar: miras el libro de Dios para pecar; escuchas las Escrituras de Dios para hacer lo que desagrada a Dios: esto no lo hizo David; fue corregido por el profeta, no cayó en el profeta. Otros, en cambio, escuchan saludablemente, miden su debilidad en la caída del fuerte; y deseando evitar lo que Dios condena, apartan sus ojos de la vista segura: no los fijan en la belleza de la carne ajena, ni se hacen seguros por una simplicidad perversa, no dicen: Miré con buen ánimo, miré benignamente, miré por caridad durante mucho tiempo. Se proponen la caída de David, y ven que aquel grande cayó para que los pequeños no quieran ver de dónde pueden caer. Reprimen sus ojos de la petulancia, no se unen fácilmente, no se mezclan con mujeres ajenas, no levantan sus ojos fácilmente a los balcones ajenos, a las azoteas ajenas. David la vio desde lejos, en la que fue capturado. La mujer estaba lejos, el deseo cerca. En otro lugar estaba lo que veía, en él lo que lo haría caer. Por tanto, debe atenderse esta debilidad de la carne, deben recordarse las palabras del Apóstol: No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal

(Rom. VI, 12). No dijo, que no exista; sino, que no reine. El pecado está presente cuando te deleitas; reina si consientes. La delectación carnal, especialmente cuando avanza hacia lo ilícito y ajeno, debe ser frenada, no relajada; debe ser dominada por el imperio, no colocada en el imperio. Mira seguro, si no tienes de qué moverte. Pero respondes: Lo sostengo firmemente. ¿Acaso eres más fuerte que David?

4. También advierte con tal ejemplo, que nadie debe enorgullecerse en tiempos prósperos. Muchos temen las adversidades, no temen las prosperidades. La prosperidad es más peligrosa para el alma que la adversidad para el cuerpo. Primero corrompe la prosperidad, para que la adversidad encuentre qué romper. Hermanos míos, contra la felicidad se debe vigilar más intensamente. Por eso, vean cómo la palabra de Dios en nuestra felicidad nos quita la seguridad: Sirvan, dice, al Señor con temor, y alégrese con temblor (Sal. II, 11). En la alegría, para dar gracias; en el temblor, para no caer. Este pecado no lo cometió David cuando sufría al perseguidor Saúl. Cuando el santo David sufría al enemigo Saúl, cuando era agitado por sus persecuciones, cuando huía por diversos lugares para no caer en sus manos (I Reg. XXIV, 5, y XXVI, 9), no codició a la ajena, no adulteró con la esposa ni mató al marido. En la debilidad de su tribulación estaba tanto más atento a Dios cuanto más miserable parecía. La tribulación es algo útil; es un instrumento útil del médico, más que una tentación del diablo. Se volvió seguro al vencer a los enemigos, careció de presión, el tumor creció. Por tanto, este ejemplo vale para que temamos la felicidad. Encontré tribulación y dolor, e invoqué el nombre del Señor (Sal. CXIV, 3, 4).

5. Pero ha sucedido: diré esto a quienes no han cometido, para que vigilen y guarden su integridad, y cuando vean que un grande ha caído, los pequeños teman. Si alguien ya ha caído y escucha esto, y tiene algo malo en su conciencia; que preste atención a las palabras de este salmo: que considere la magnitud de la herida, pero que no desespere de la majestad del médico. El pecado con desesperación es muerte segura. Que nadie diga, Si ya he hecho algo malo, ya estoy condenado: Dios no perdona a tales malvados, ¿por qué no añadir pecados a los pecados? Disfrutaré de este mundo en el placer, en la lascivia, en la codicia nefaria: ya perdida la esperanza de reparación, al menos tendré lo que veo, si no puedo tener lo que creo. Este salmo, entonces, así como hace cautos a los que no han caído, no quiere que los que han caído se desesperen. Cualquiera que haya pecado y dude en hacer penitencia por su pecado, desesperando de su salvación, escuche a David gimiendo. No se te ha enviado el profeta Natán, el mismo David ha sido enviado a ti. Escúchalo clamando, y clama con él; escúchalo gimiendo, y gime con él; escúchalo llorando, y une tus lágrimas; escúchalo corregido, y alégrate. Si no se te pudo ocultar el pecado, que no se te oculte la esperanza de perdón. Fue enviado a este hombre el profeta Natán: observa la humildad del rey. No rechazó las palabras del que le reprendía, no dijo, ¿Te atreves a hablarme a mí, el rey? El rey sublime escuchó al profeta; su pueblo humilde escuche a Cristo.

6. [vers. 3.] Escucha, entonces, estas palabras, y di con él: Ten piedad de mí, Dios, según tu gran misericordia. Quien suplica gran misericordia, confiesa gran miseria. Que busquen tu pequeña misericordia quienes pecaron sin saberlo: Ten piedad, dice, de mí, según tu gran misericordia. Socorre la grave herida según tu gran medicina. Es grave lo que tengo, pero me refugio en el Omnipotente. De mi herida tan letal desesperaría, si no encontrara un médico tan grande. Ten piedad de mí, Dios, según tu gran misericordia: y según la multitud de tus misericordias, borra mi iniquidad. Lo que dice, borra mi iniquidad, es lo mismo que, ten piedad de mí, Dios. Y lo que dice, según la multitud de tus misericordias, es lo mismo que, según tu gran misericordia. Porque grande es la misericordia, muchas son las misericordias; y de tu gran misericordia, muchas son tus misericordias. Atiendes a los que desprecian para corregirlos, atiendes a los ignorantes para enseñarles, atiendes a los que confiesan para

perdonarles. ¿Lo hizo sin saberlo? Alguien había hecho algunas cosas, y había hecho muchos males; Alcancé misericordia, dice, porque lo hice ignorante en la incredulidad (I Tim. I, 13). Este David no podría decir, Lo hice ignorante. No ignoraba cuán malo era tocar a la esposa ajena, y cuán malo era matar al marido sin saberlo, y ni siquiera enojado. Por tanto, alcanzan la misericordia del Señor quienes lo hicieron ignorantes; y quienes lo hicieron sabiendo, alcanzan no cualquier misericordia, sino gran misericordia.

7. [vers. 4.] Lávame más y más de mi injusticia. ¿Qué significa, Lávame más y más? Muy manchado. Lávame más y más los pecados del que sabe, que lavaste los pecados del que ignora. Ni así se debe desesperar de tu misericordia. Y límpiame de mi delito. ¿Con qué mérito? Es médico, ofrece una recompensa: es Dios, ofrece un sacrificio. ¿Qué darás para ser limpiado? Mira a quién invocas; invocas al justo: odia los pecados, si es justo; castiga los pecados, si es justo; no podrás quitarle al Señor Dios su justicia. Implora misericordia, pero atiende a la justicia: es misericordia que perdone al pecador, es justicia que castigue el pecado. ¿Qué, entonces? Buscas misericordia, ¿quedará el pecado impune? Que David responda, que respondan los caídos, que respondan con David, para que merezcan misericordia como David, y digan, No, Señor, no quedará impune mi pecado: conozco la justicia de aquel cuya misericordia busco: no quedará impune, pero por eso no quiero que tú me castigues, porque yo castigo mi pecado; por eso pido que perdones, porque yo reconozco.

8. [vers. 5.] Porque reconozco mi iniquidad, y mi delito está siempre ante mí. No puse detrás de mí lo que hice, no miro a otros olvidándome de mí, no pretendo sacar la paja del ojo de mi hermano, cuando hay una viga en mi ojo (Mat. VII, 3): mi pecado está ante mí, no detrás de mí. Estaba detrás de mí cuando el profeta fue enviado a mí, y me propuso la similitud de la oveja del pobre. Dijo el profeta Natán a David: Había un hombre rico que tenía muchas ovejas; pero un vecino pobre suyo tenía una sola ovejita, que alimentaba en su seno y con su comida: vino un huésped al rico; no tomó nada de su rebaño, codició la ovejita del vecino pobre, y la mató para su huésped: ¿qué merece? Y él pronunció la sentencia airado: ciertamente entonces el rey no sabía dónde estaba atrapado, dijo que el rico era digno de muerte, y que la oveja debía ser devuelta en cuádruplo (II Reg. XII, 2-6). Muy severamente y justamente. Pero su pecado aún no estaba ante él, estaba detrás de él lo que había hecho: aún no reconocía su iniquidad, y por eso no perdonaba la ajena. Pero el profeta, enviado para esto, quitó el pecado de detrás y lo puso ante sus ojos, para que viera que aquella sentencia tan severa había sido pronunciada contra él. Para cortar y sanar la herida de su corazón, hizo un instrumento de su lengua. Esto hizo el Señor con los judíos, cuando le trajeron a la mujer adúltera, proponiendo una trampa de tentación, y cayendo en lo que habían propuesto. En adulterio, dicen, esta mujer ha sido sorprendida: Moisés mandó apedrear a tales; tú, ¿qué dices de ella? como una trampa de dos cabezas intentando atrapar la Sabiduría de Dios, para que si ordenaba matarla, perdiera la fama de mansedumbre; si ordenaba dejarla, incurriera en la calumnia de ser un detractor de la ley. ¿Qué respondió, entonces? No dijo, Mátenla; no dijo, Déjenla: sino que dijo, Quien se sepa sin pecado, que sea el primero en arrojar una piedra contra ella. Justa ley, que manda matar a la adúltera: pero que esta ley justa tenga ministros inocentes. Presten atención a la que traen, presten atención a quienes son. Ellos, al oír esto, se fueron uno tras otro. Quedó la adúltera y el Señor, quedó la herida y el médico, quedó la gran miseria y la gran misericordia. Dijo el Señor a ella: Mujer, ¿nadie te ha condenado? Y ella: Nadie, Señor. Y él: Ni yo te condeno; vete, y no peques más (Juan VIII, 4-11). ¿Acaso Cristo hizo contra su ley? Pues ni el Padre sin el Hijo dio la ley. Si el cielo y la tierra y todo lo que hay en ellos fueron hechos por él, ¿cómo se escribió la ley sin el Verbo de Dios? Por tanto, Dios no hizo contra su ley, porque ni el emperador actúa contra sus leyes cuando concede indulgencia a los confesos. Moisés, ministro de la Ley, Cristo, promulgador

de la Ley: Moisés lapida como juez, Cristo perdona como rey. Por tanto, Dios tuvo misericordia de ella según su gran misericordia, como aquí se ruega, como aquí se pide, como aquí se clama y se duele: lo que aquellos que ofrecían a la adúltera no quisieron hacer; al mostrar sus heridas al médico las reconocieron, no buscaron la medicina del médico. Así son muchos a quienes no les da vergüenza pecar, pero les da vergüenza hacer penitencia. ¡Oh increíble locura! ¿No te da vergüenza la herida misma, pero te da vergüenza la cura de la herida? ¿No es más feo y más pútrido desnudo? Refúgiate, entonces, en el médico, haz penitencia, di: Reconozco mi iniquidad, y mi pecado está siempre ante mí.

9. [vers. 6.] A ti solo he pecado, y he hecho lo malo ante ti. ¿Qué significa esto? ¿Acaso no fue adulterada la esposa ajena y asesinado el marido ante los hombres? ¿No sabían todos lo que David había hecho? ¿Qué significa, A ti solo he pecado, y he hecho lo malo ante ti? Porque tú solo estás sin pecado. Él es el justo castigador, que no tiene nada que castigar en él: él es el justo reprobador, que no tiene nada que reprender en él. A ti solo, dice, he pecado, y he hecho lo malo ante ti: para que seas justificado en tus palabras, y venzas cuando seas juzgado. ¿A quién dice esto, hermanos, a quién dice esto es difícil de advertir. Habla a Dios, y es evidente cómo Dios Padre no es juzgado. ¿Qué significa, A ti solo he pecado, y he hecho lo malo ante ti: para que seas justificado en tus palabras, y venzas cuando seas juzgado? Ve al futuro juez siendo juzgado, juzgado por pecadores justo, y en él venciendo, porque no había nada en él que fuera juzgado. Pues solo entre los hombres pudo decir verdaderamente el hombre Dios: Si encontráis en mí pecado, decidlo (Juan VIII, 46). Pero tal vez había algo que los hombres no veían, y no encontraban lo que había, pero no era manifiesto? En otro lugar dice, He aquí viene el príncipe del mundo, el agudo inspector de todos los pecados: he aquí, dice, viene el príncipe de este mundo (dijo esto próximo a la pasión), y en mí no encontrará nada, nada de pecado, nada digno de muerte, nada digno de condenación. Y como si se le dijera, ¿Por qué, entonces, mueres? Sigue, y dice: Pero para que todos sepan que hago la voluntad de mi Padre, levantaos, vámonos de aquí (Juan XIV, 30, 31). Padezco, dice, indigno por los dignos, para hacerlos dignos con mi vida, por quienes indignamente padezco su muerte. Por tanto, a este que no tiene pecado le dice en presencia el profeta David: A ti solo he pecado, y he hecho lo malo ante ti: para que seas justificado en tus palabras, y venzas cuando seas juzgado. Superas a todos los hombres, a todos los jueces, y quien se cree justo, ante ti es injusto: tú solo juzgas justamente, injustamente juzgado, que tienes el poder de poner tu vida, y el poder de tomarla de nuevo (Juan X, 18). Por tanto, vences cuando eres juzgado. Superas a todos los hombres, porque eres más que los hombres, y por ti fueron hechos los hombres.

10. [vers. 7.] A ti solo he pecado, y he hecho lo malo ante tus ojos: para que seas justificado en tus palabras, y venzas cuando seas juzgado. He aquí que en iniquidades fui concebido. Como si se dijera, ¿Son vencidos aquellos que hicieron lo mismo que tú, David? Pues no es este un pequeño mal ni un pequeño pecado, adulterio y homicidio: ¿qué hay de aquellos que desde que nacieron del vientre de su madre, no hicieron nada semejante? ¿También a ellos les imputas algunos pecados, para que Él venza a todos cuando comience a juzgar? David asumió la persona del género humano, y atendió a las ataduras de todos, consideró la propagación de la muerte, advirtió el origen de la iniquidad, y dijo: He aquí que en iniquidades fui concebido. ¿Acaso David nació de adulterio, de Jesé, hombre justo, y de su esposa (I Reg. XVI, 18)? ¿Qué significa que se diga concebido en iniquidad, sino que la iniquidad se arrastra desde Adán? Incluso el mismo vínculo de la muerte está concretado con esa iniquidad. Nadie nace sin arrastrar la pena, arrastrando el mérito de la pena. También dice el profeta en otro lugar: Nadie es puro ante tus ojos, ni siquiera el niño cuya vida es de un solo día sobre la tierra (Job XIV, 4, según LXX). Sabemos que los pecados son perdonados

por el Bautismo de Cristo, y que el Bautismo de Cristo es eficaz para la remisión de los pecados. Si los niños son de todo modo inocentes, ¿por qué las madres corren a la Iglesia con los enfermos? ¿Qué se perdona con ese Bautismo, qué se remite con esa remisión? Veo al inocente llorar más que enojarse. ¿Qué lava el Bautismo? ¿Qué disuelve esa gracia? Se disuelve la propagación del pecado. Porque si ese niño pudiera hablarte, diría; y si ya tuviera el entendimiento que tenía David, te respondería: ¿Por qué me miras como un niño? No ves mis crímenes: pero yo fui concebido en iniquidad, Y en pecados me alimentó mi madre en el vientre. Aparte de este vínculo de concupiscencia carnal, Cristo nació sin varón, de una virgen que concibió por el Espíritu Santo. No se puede decir que este fue concebido en iniquidad; no se puede decir, En pecados lo alimentó su madre en el vientre, a quien se le dijo: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra (Luc. I, 35). Por tanto, no es que los hombres sean concebidos en iniquidad, y en pecados sean alimentados en el vientre por sus madres, porque sea pecado unirse a los cónyuges; sino porque lo que se hace, se hace de carne penal. Pues la pena de la carne es la muerte, y ciertamente está presente esa mortalidad. Por eso el Apóstol no dijo cuerpo que va a morir, sino muerto: El cuerpo, en verdad, está muerto, dice, a causa del pecado; pero el espíritu es vida a causa de la justicia (Rom. VIII, 10). ¿Cómo, entonces, nace sin el vínculo del pecado, lo que se concibe y se siembra de un cuerpo muerto a causa del pecado? Esta obra casta en el cónyuge no tiene culpa, pero el origen del pecado arrastra consigo la pena debida. Pues el marido, porque es marido, no es inmortal, ni es mortal por otra cosa que no sea el pecado. Pues también el Señor era mortal, pero no por el pecado: asumió nuestra pena, y por eso disolvió nuestra culpa. Con razón, pues, en Adán todos mueren, en Cristo, sin embargo, todos serán vivificados (I Cor. XV, 22). Porque por un solo hombre, dice el Apóstol, el pecado entró en este mundo, y por el pecado la muerte, y así pasó a todos los hombres, en quien todos pecaron (Rom. V, 12). La sentencia está definida: En Adán, dice, todos pecaron. Solo pudo ser inocente el niño que no nació de la obra de Adán.

11. [vers. 8.] He aquí que amaste la verdad: me manifestaste las cosas inciertas y ocultas de tu sabiduría. Amaste la verdad: es decir, no dejaste impunes los pecados, incluso de aquellos a quienes perdonas. Amaste la verdad: así otorgaste misericordia, para que también guardases la verdad. Perdonas al que confiesa, perdonas, pero al que se castiga a sí mismo: así se guarda la misericordia y la verdad; misericordia, porque el hombre es liberado; verdad, porque el pecado es castigado. He aquí que amaste la verdad: me manifestaste las cosas inciertas y ocultas de tu sabiduría. ¿Cuáles ocultas? ¿Cuáles inciertas? Porque Dios perdona incluso a tales. Nada tan oculto, nada tan incierto. A esta incertidumbre los ninivitas hicieron penitencia. Pues dijeron, aunque después de las amenazas del profeta, aunque después de aquella voz, En tres días, y Nínive será destruida: dijeron entre sí, que debía pedirse misericordia: dijeron así entre sí discutiendo, ¿Quién sabe si Dios cambiará su sentencia para bien, y tendrá misericordia? Era incierto, cuando se dice, ¿Quién sabe? Hicieron penitencia por lo incierto, merecieron misericordia cierta: se postraron en lágrimas, en ayunos, en cilicio y en ceniza se postraron, gemieron, lloraron, Dios perdonó (Jon. III, 4-10). ¿Permaneció Nínive, o fue destruida Nínive? De una manera parece a los hombres, y de otra manera le pareció a Dios. Pero yo creo que se cumplió lo que el profeta había predicho. Mira lo que fue Nínive, y ve que fue destruida, destruida en el mal, edificada en el bien: como Saulo el perseguidor fue destruido, edificado Pablo el predicador (Act. IX, 4). ¿Quién no diría que esta ciudad, en la que ahora estamos, fue felizmente destruida, si todos esos insensatos, abandonando sus locuras, acudieran a la iglesia con el corazón compungido, invocaran la misericordia de Dios por sus hechos pasados? ¿No diríamos: ¿Dónde está esa Cartago? Porque no es lo que era, ha sido destruida: pero si es, lo que no era, ha sido edificada. Así se dice a Jeremías: He aquí que te doy para arrancar, cavar, destruir, dispersar, y de nuevo

edificar, y plantar (Jerem. I, 10). De ahí es aquella voz del Señor: Yo heriré, y yo sanaré (Deut. XXXII, 39). Hiende la podredumbre del crimen, sana el dolor de la herida. Los médicos hacen cuando cortan, hieren y sanan; se arman para golpear, llevan hierro y vienen a curar. Pero porque los pecados de los ninivitas eran grandes, dijeron. ¿Quién sabe? Este incierto lo había revelado Dios a su siervo David. Pues cuando había dicho, estando el profeta y arguyéndole, He pecado: inmediatamente oyó del profeta, es decir, del Espíritu de Dios que estaba en el profeta, Tu pecado ha sido perdonado (II Reg. XII, 13). Le manifestó las cosas inciertas y ocultas de su sabiduría.

12. [vers. 9.] Me rociarás, dice, con hisopo, y seré limpio. Conocemos la hierba del hisopo, humilde, pero medicinal: se dice que se adhiere a las rocas con sus raíces. De ahí se tomó la similitud en el misterio de la purificación del corazón. Toma también tú la raíz del amor a tu roca: sé humilde en tu Dios humilde, para que seas elevado en tu Dios glorificado: Serás rociado con hisopo, la humildad de Cristo te limpiará. No desprecies la hierba, atiende al poder del medicamento. También diré algo que solemos oír de los médicos, o experimentar en los enfermos. Dicen que el hisopo es apto para purificar los pulmones. En el pulmón suele notarse la soberbia: allí está la hinchazón, allí el aliento. Se decía de Saulo el perseguidor, como de Saulo el soberbio, que iba a atar a los cristianos respirando muerte (Act. IX, 1): anhelaba muertes, anhelaba sangre, aún no purificado el pulmón. Escucha aquí también al humillado, porque fue purificado con hisopo: Me rociarás con hisopo, y seré limpio; me lavarás, es decir, me limpiarás: y seré más blanco que la nieve. Aunque vuestros pecados sean como el carmesí, los haré blancos como la nieve (Isai. I, 18). De tales se presenta Cristo una vestidura sin mancha ni arruga (Ephes. V, 27). Por tanto, su vestidura en el monte, que resplandeció blanca como la nieve (Matth. XVII, 2), significó la Iglesia purificada de toda mancha de pecado.

13. [vers. 10.] Pero, ¿dónde está la humildad del hisopo? Escucha lo que sigue: A mi oído darás gozo y alegría, y se regocijarán los huesos humillados. A mi oído, dice, darás gozo y alegría: me alegraré oyéndote, no hablando contra ti. Has pecado, ¿por qué te defiendes? Quieres hablar: permíteme, escucha, cede a las voces divinas, no te perturbes y te hieras más: se cometió, no se defiende; venga a confesión, no a defensa. Te pones como defensor de tu pecado, serás vencido: no has puesto un defensor inocente, tu defensa no te es útil. ¿Quién eres tú para defenderte? Eres idóneo para acusarte. No digas, o, No he hecho nada; o, ¿Qué gran cosa he hecho; o, Lo han hecho otros también. Si al hacer el pecado dices que no has hecho nada, no serás nada, no recibirás nada; Dios está dispuesto a dar indulgencia, cierras contra ti; Él está dispuesto a dar, no pongas el obstáculo de la defensa, sino abre el seno de la confesión. A mi oído darás gozo y alegría. Que Él me conceda decir lo que siento. Son más felices los que oyen, que los que hablan. Pues quien aprende, es humilde: pero quien enseña, se esfuerza por no ser soberbio, para que no se infiltre el deseo de agrandar mal, para que no desagrade a Dios quien quiere agrandar a los hombres. Gran temor hay en el que enseña, hermanos míos, gran temor hay nuestro en estas voces nuestras. Creed a nuestro corazón lo que no podéis ver: Él sabe quién se apiada de nosotros, quién nos sea propicio, con cuánto temblor bajo Él os hablamos. Pero cuando lo escuchamos a Él sugiriendo y enseñando algo dentro, estamos seguros, seguros nos alegramos: pues estamos bajo el maestro, buscamos su gloria, lo alabamos enseñando: nos deleita su verdad dentro, donde nadie hace ni oye ruido: allí dijo este que está su alegría y su gozo. A mi oído, dice, darás gozo y alegría. Y por eso, porque es humilde, escucha. Quien escucha, quien verdaderamente escucha y bien escucha, escucha humildemente: pues la gloria está en aquel de quien escucha lo que escucha. Después de haber dicho, A mi oído darás gozo y alegría; inmediatamente mostró qué hace la audición, Se regocijarán los huesos humillados. Los huesos están humillados, los huesos del que

escucha no tienen soberbia, no tienen hinchazón, que en sí mismo apenas vence quien habla. De ahí también aquel humilde grande, de quien no ha surgido mayor entre los nacidos de mujer (Matth. XI, 11), aquel que se humilló tanto que se dijo indigno de desatar la correa del calzado de su Señor (Marc. I, 7), Juan el Bautista, dando gloria a su maestro y por eso a su amigo, dijo; cuando se pensaba que era Cristo, y de ello podía enorgullecerse, y extenderse: pues no se había dicho a sí mismo que era Cristo; pero podía aceptar el error de los hombres que lo pensaban, queriendo deferirle espontáneamente ese honor (Luc. III, 15): pero rechazó el falso honor para encontrar la verdadera gloria: y ve la humildad del oído: dice, Quien tiene la esposa, es el esposo; pero el amigo del esposo está y lo escucha. Se hizo a sí mismo estando y escuchando, no cayendo y hablando, Está, dice, y lo escucha. Habéis oído el oído; ¿dónde está el gozo y la alegría? Inmediatamente sigue: Está y lo escucha, y se goza con gozo por la voz del esposo (Joan. III, 29). A mi oído darás gozo y alegría, y se regocijarán los huesos humillados.

14. [vers. 11.] Aparta tu rostro de mis pecados, y borra todas mis iniquidades. Ya se regocijan los huesos humillados, ya purificado con hisopo, me he hecho humilde. Aparta tu rostro, no de mí, sino de mis pecados. Pues en otro lugar orando dice: No apartes tu rostro de mí (Psal. XXVI, 9). Quien no quiere que se aparte de él el rostro de Dios, quiere que se aparte el rostro de Dios de sus pecados. Pues el pecado del que Dios no aparta su rostro, lo advierte: si lo advierte, lo castiga. Aparta tu rostro de mis pecados, y borra todas mis iniquidades. Se preocupa por aquel gran pecado: presume más, quiere que se borren todas sus iniquidades; presume de la mano del médico, de aquella gran misericordia que invocó al principio del Salmo: Borra todas mis iniquidades. Dios aparta su rostro, y así borra; apartando su rostro borra los pecados, advirtiéndolo lo escribe. Has oído que apartando borra, escucha advirtiéndolo qué hace. Pero el rostro del Señor está sobre los que hacen el mal, para borrar de la tierra su memoria (Psal. XXXIII, 17): no borrando sus pecados. Aquí, sin embargo, ¿qué ruega? Aparta tu rostro de mis pecados. Ruega bien. Pues él no aparta su rostro de sus pecados, diciendo, Porque mi pecado yo lo reconozco. Con razón ruegas, y bien ruegas que Dios aparte su rostro de tu pecado, si tú no apartas tu rostro de él: pero si tú pones tu pecado en tu espalda, Dios pone allí su rostro. Tú conviertes tu pecado ante tu rostro, si quieres que Dios aparte su rostro de él; y así ruegas seguro, y te escucha.

15. [vers. 12.] Crea en mí, oh Dios, un corazón puro. Crea, no como si quisiera decir instituye algo nuevo: sino porque oraba un penitente, que había cometido algo que antes de cometerlo era más inocente, mostró cómo dijo, Crea. Y renueva un espíritu recto en mis entrañas. Por mi hecho, dice, se había envejecido y torcido la rectitud de mi espíritu. Pues dice en otro salmo: Torcieron mi alma (Psal. LVI, 7). Y cuando el hombre se inclina a las concupiscencias terrenales, de algún modo se encorva; pero cuando se eleva a lo celestial, su corazón se endereza, para que Dios sea bueno para él. Pues cuán bueno es Dios para Israel, para los rectos de corazón (Psal. LXXII, 1)! Por tanto, hermanos, escuchad. A veces Dios, a quien perdona en el siglo futuro, lo corrige del pecado en este siglo. Pues también a David, a quien ya se le había dicho por el Profeta, Tu pecado ha sido perdonado, le sucedieron algunas cosas que Dios había amenazado por ese mismo pecado. Pues su hijo Absalón libró contra él una guerra sangrienta, y en muchas cosas humilló a su padre (II Reg. XV, 10). Caminaba él en dolor, en la tribulación de su humillación, así sometido a Dios, que confesaba que todo lo que sufría era justo, no teniendo ya recto corazón al que no le desagradaba Dios. Escuchaba pacientemente a un cierto injurioso y lanzándole duras maldiciones en su cara, desde la parte opuesta uno de los soldados que estaban con su hijo impío. Y cuando aquel lanzaba maldiciones al rey, uno de los compañeros de David, enojado, quiso ir y golpearlo; pero es detenido por David. Y cómo es detenido? Para que dijera, Dios lo envió, para que me

maldijera (Id. XVI, 5, 10). Reconociendo su culpa, abrazó su pena, buscando no su gloria; alabando al Señor en lo que tenía de bueno, alabando al Señor en lo que sufría, bendiciendo al Señor en todo tiempo, siempre su alabanza en su boca (Psal. XXXIII, 2). Tales son todos los rectos de corazón: no estos perversos, que se creen rectos, y a Dios perverso; que cuando hacen algo malo, se alegran; cuando sufren algo malo, blasfeman; además, puestos en tribulación y castigo, dicen de corazón torcido, Dios, ¿qué te he hecho? En verdad que nada han hecho a Dios; pues todo se lo han hecho a sí mismos. Y renueva un espíritu recto en mis entrañas.

16. [vers. 13.] No me echés de tu presencia. Aparta tu rostro de mis pecados: y no me echés de tu presencia. De quien teme su rostro, invoca su rostro. No me echés de tu presencia: y no quites de mí tu espíritu santo. Pues hay espíritu santo en el que confiesa. Ya pertenece al don del Espíritu Santo, porque te desagrada lo que hiciste. Al espíritu inmundo le agradan los pecados, al santo le desagradan. Aunque, pues, aún pidas perdón, sin embargo, por otra parte, porque te desagrada el mal que cometiste, te unes a Dios: pues te desagrada lo que a Él. Ya sois dos para combatir tu fiebre, tú y el médico. Pues no puede haber confesión de pecado y castigo de pecado en el hombre por sí mismo; cuando uno se enoja consigo mismo y se desagrada a sí mismo, no es sin el don del Espíritu Santo. Ni dice, da me tu espíritu santo, sino, no quites de mí. Y no quites de mí tu espíritu santo.

17. [vers. 14.] Devuélveme el gozo de tu salvación. Devuélveme el que tenía, el que perdí pecando: Devuélveme el gozo de tu salvación: ciertamente de tu Cristo. Pues ¿quién pudo ser sanado sin Él? Pues incluso antes de que naciera de María, en el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios (Joan. I, 1): y así la dispensación de la carne asumida por los santos Padres se creía futura, como por nosotros se cree hecha. Los tiempos han variado, no la fe. Devuélveme el gozo de tu salvación: y con espíritu principal confirmame. Algunos han entendido aquí la Trinidad en Dios mismo, exceptuada la dispensación de la carne: pues está escrito, Dios es espíritu (Id. IV, 24). Pues lo que no es cuerpo, y sin embargo es, parece quedar que es espíritu. Entienden, pues, aquí algunos la Trinidad dicha; en espíritu recto al Hijo, en espíritu santo al Espíritu Santo, en espíritu principal al Padre. Sea, pues, esto así, o haya querido significar el espíritu recto del mismo hombre, diciendo, Renueva un espíritu recto en mis entrañas, que torcí y distorsioné pecando, para que ya el Espíritu Santo mismo sea el espíritu principal, que no quiso que se le quitara, y con el que quiso ser confirmado; no es una sentencia herética cualquiera.

18. [vers. 15.] Pero mirad lo que añade: Espíritu, dice, principal, confirmame. ¿En qué me confirmas? Porque me has perdonado, porque estoy seguro de que no se me imputará lo que has perdonado, al estar seguro de esto, y confirmado por esta gracia, no seré ingrato. ¿Qué haré entonces? Enseñaré a los inicuos tus caminos. Enseñaré a los inicuos siendo yo mismo un iniquo; es decir, quien fui también iniquo, ya no lo soy, no habiéndome sido quitado el Espíritu Santo, y confirmado por el espíritu principal, enseñaré a los inicuos tus caminos. ¿Qué caminos enseñarás a los inicuos? Y los impíos se convertirán a ti. Si el pecado de David se considera impiedad, que no desesperen los impíos de sí mismos, porque Dios perdonó al impío; pero si se convierten a Él, si aprenden sus caminos: pero si el acto de David no se considera impiedad, sino que propiamente se llama impiedad apartarse de Dios, no adorar al único Dios, o haber dejado de adorar al que adoraba, lo que dice, Y los impíos se convertirán a ti, tiene más valor. Estás tan lleno de la grasa de la misericordia, que para los que se convierten a ti, no solo para cualquier pecador, sino incluso para los impíos, no hay que desesperar. Y los impíos se convertirán a ti. ¿Para qué? Para que creyendo en aquel que justifica al impío, su fe se les impute como justicia (Rom. IV, 5).

19. [vers. 16.] Líbrame de las sangres, Dios, Dios de mi salvación. El intérprete latino expresó con una palabra menos latina, pero con propiedad desde el griego. Pues todos sabemos que en latín no se dice sangres, ni sangrinas; sin embargo, porque así lo puso el griego en plural, no sin razón, a menos que lo encontrara en la primera lengua hebrea, el piadoso intérprete prefirió decir algo menos latino que menos propio. ¿Por qué entonces lo dijo en plural: de las sangres? En muchas sangres, como en el origen de la carne del pecado, quiso que se entendieran muchos pecados. Refiriéndose a esos pecados, el Apóstol, que vienen de la corrupción de la carne y la sangre, dice: La carne y la sangre no heredarán el reino de Dios. Pues según la verdadera fe del mismo apóstol, esta carne resucitará, y merecerá la incorrupción, diciendo él mismo: Es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad (I Cor. XV, 50, 53). Porque esta corrupción es del pecado, los pecados se llaman con su nombre: así como se llama lengua tanto al trozo de carne y miembro que se mueve en la boca cuando distinguimos palabras, como a lo que se hace por la lengua, como decimos otra lengua griega, otra latina: no es diferente carne, sino sonido. Así como se dice lengua, la locución que se hace por la lengua: así se dice sangre, la iniquidad que se hace por la sangre. Atendiendo entonces a sus muchas iniquidades, y a lo anterior, Y borra todas mis iniquidades; y atribuyéndolas a la corrupción de la carne y la sangre, Líbrame, dice, de las sangres: esto es, Líbrame de las iniquidades, límpiame de toda corrupción. Desea la incorrupción quien dice, Líbrame de las sangres: porque la carne y la sangre no heredarán el reino de Dios, ni la corrupción la incorrupción. Líbrame de las sangres, Dios, Dios de mi salvación. Muestra que cuando la salvación sea perfecta en este cuerpo, no habrá en él corrupción, que se entiende por el nombre de carne y sangre: esa es la perfecta salud del cuerpo. Pues ahora, ¿cómo es sano lo que se desliza, lo que necesita, lo que tiene una cierta enfermedad perpetua de hambre y sed? Estas cosas no existirán entonces: porque la comida es para el vientre, y el vientre para la comida (Id. VI, 13). Pero Dios destruirá tanto a este como a estas, Será la forma del cuerpo perfecta de Dios, absorbida la muerte en victoria (Id. XV, 54), sin que se infiltre ningún defecto, sin que se cambie por edades, sin que se fatigue por trabajo para que se sostenga con alimento, y se reponga con alguna comida. Pero no estaremos sin comida y bebida: Él mismo será nuestro alimento y nuestra bebida. Solo ese alimento restaura y no se agota. Líbrame de las sangres, Dios, Dios de mi salvación. Pues ahora ya estamos en la misma salvación. Escucha al Apóstol: Porque en esperanza fuimos salvados. Y mira que hablaba de la misma salvación del cuerpo: En nosotros mismos, dice, gemimos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo. Porque en esperanza fuimos salvados. Pero la esperanza que se ve, no es esperanza: porque lo que uno ve, ¿por qué esperarlo? Pero si esperamos lo que no vemos, con paciencia lo aguardamos (Rom. VIII, 23, 25). Quien persevere hasta el fin, esa es la paciencia: ese será salvo (Mat. X, 21, y XXIV, 13), esa es la salvación que aún no tenemos, pero tendremos. Aún no es cosa, pero es esperanza cierta. Y mi lengua exultará en tu justicia.

20. [vers. 17.] Señor, abrirás mis labios, y mi boca anunciará tu alabanza. Tu alabanza, porque fui creado; tu alabanza, porque pecando no fui abandonado; tu alabanza, porque fui advertido para confesar; tu alabanza, porque fui purificado para estar seguro. Abrirás mis labios, y mi boca anunciará tu alabanza.

21. [vers. 18, 19.] Porque si hubieras querido sacrificio, ciertamente lo habría dado. En aquel tiempo estaba David, cuando se ofrecían a Dios sacrificios de víctimas animales, y veía estos tiempos futuros. ¿No nos reconocemos en estas palabras? Aquellos sacrificios eran figurados, anunciando un único sacrificio salvador. Tampoco nosotros estamos sin sacrificio que ofrecer a Dios. Escucha lo que dice, preocupado por su pecado, y queriendo que se le perdone el mal que hizo: Si hubieras querido, dice, sacrificio, ciertamente lo habría dado. No te deleitarás en

holocaustos. ¿Entonces no ofreceremos nada? ¿Así vendremos a Dios? ¿Y con qué lo aplacaremos? Ofrece; ciertamente tienes en ti lo que ofrecer. No busques incienso fuera, sino di: En mí están, Dios, tus votos, que te pagaré de alabanza (Sal. LV, 12). No busques fuera un animal que sacrificar, tienes en ti lo que matar. Sacrificio a Dios es un espíritu contrito: un corazón contrito y humillado, Dios no lo desprecia. Ciertamente desprecia al toro, al macho cabrío, al carnero: ya no es tiempo de ofrecer estas cosas. Fueron ofrecidas cuando indicaban algo, cuando prometían algo; al venir las cosas prometidas, las promesas fueron quitadas. Un corazón contrito y humillado, Dios no lo desprecia. Sabéis que Dios es excelso: si te haces excelso, se alejará de ti; si te humillas, se acercará a ti.

22. [vers. 20.] Ved quién es este: parecía uno solo suplicar, David, ved aquí nuestra imagen y el tipo de la Iglesia. Haz bien, Señor, en tu buena voluntad a Sion. Haz bien a esta Sion. ¿Qué es Sion? La ciudad santa. ¿Qué es la ciudad santa? La que no puede esconderse estando sobre un monte (Mat. V, 14). Sion en la especulación porque espera algo que espera. Pues Sion se interpreta como Especulación, y Jerusalén como Visión de paz. Os reconocéis entonces en Sion y en Jerusalén, si esperáis con certeza la esperanza futura, y si tenéis paz con Dios. Y sean edificados los muros de Jerusalén. Haz bien, Señor, en tu buena voluntad a Sion, y sean edificados los muros de Jerusalén: No se atribuya Sion ningún mérito propio: tú haz bien con ella. Sean edificados los muros de Jerusalén: construyan las defensas de nuestra inmortalidad, en fe, esperanza y caridad.

23. [vers. 21.] Entonces aceptarás sacrificio de justicia: ahora, sin embargo, sacrificio por la iniquidad, espíritu contrito y corazón humillado; entonces sacrificio de justicia solo alabanzas. Bienaventurados los que habitan en tu casa, por los siglos de los siglos te alabarán (Sal. LXXXIII, 5): eso es sacrificio de justicia. Ofrendas y holocaustos. ¿Qué son los holocaustos? Todo consumido por el fuego. Cuando todo el animal se ponía en el altar para ser consumido por el fuego, se llamaba holocausto. Que el fuego divino nos consuma por completo, y ese fervor nos arrebathe por completo. ¿Qué fervor? No hay quien se esconda de su calor (Sal. XVIII, 7). ¿Qué fervor? Del que dice el Apóstol, Fervientes en espíritu (Rom. XII, 11). No solo nuestra alma sea consumida por ese fuego divino de sabiduría, sino también nuestro cuerpo, para que merezca allí la inmortalidad; así se eleve el holocausto, para que la muerte sea absorbida en victoria (I Cor. XV, 54). Ofrendas y holocaustos. Entonces pondrán sobre tu altar becerros. ¿De dónde becerros? ¿Qué elegirá allí? ¿La inocencia de la nueva edad, o los cuellos libres del yugo de la ley?

24. El salmo en nombre de Cristo, aunque tal vez no como quisiéramos, sin embargo, como pudimos, ha sido terminado. Queda hablaros brevemente, hermanos, por los muchos males entre los que vivimos. Pues viviendo en asuntos humanos, no podemos migrar de los asuntos humanos. Con tolerancia debemos vivir entre los malos: porque cuando éramos malos, los buenos vivieron con tolerancia entre nosotros. No olvidando lo que fuimos, no desesperaremos de los que ahora son lo que fuimos. Sin embargo, carísimos, en tanta diversidad de costumbres y tan detestable corrupción, gobernad vuestras casas, gobernad a vuestros hijos, gobernad vuestras familias. Así como nos corresponde hablaros en la Iglesia, así os corresponde a vosotros actuar en vuestras casas, para que deis buena cuenta de los que os están subordinados. Dios ama la disciplina. Pero es una falsa y perversa inocencia aflojar las riendas a los pecados. Muy inútilmente, muy perniciosamente siente el hijo la lenidad del padre, para que después sienta la severidad de Dios: y esto no solo él, sino con su padre disoluto. ¿Qué, pues? Si él mismo no peca, y no hace lo que su hijo, ¿por eso no debe prohibir a su hijo de esa maldad? ¿O tal vez para que su hijo vea que también el padre haría tales cosas, si no hubiera envejecido? El pecado que no te desagrade en tu hijo, te deleita; pero la edad te ha abandonado, no el deseo. Sobre todo, mis hermanos, prestad atención a

vuestros hijos fieles, a quienes habéis prometido que serían bautizados. Pero tal vez el mal hijo descuida tanto las advertencias del padre, como la reprensión o la severidad: tú cumple tu papel; Dios exigirá de él el suyo.

EN EL SALMO LI COMENTARIO. SERMON AL PUEBLO.

1. El salmo es breve, del cual hemos asumido hablar a vuestra Caridad: pero tiene un título algo complicado. Por tanto, soportadnos pacientemente, hasta que lo desatemos, como podamos, tanto como el Señor nos ayude. Pues no deben pasarse por alto estas cosas; ya que ha complacido a los hermanos, no solo escuchar con el oído y el corazón, sino también recibir por escrito lo que decimos: para que no solo debamos pensar en el oyente, sino también en el lector. La ocasión de este salmo surgió de un hecho que también os hicimos leer del libro de los Reyes. Pues Saúl, rey no elegido para permanecer por el Señor, sino dado según el corazón duro y malo del pueblo para su corrección, no para su utilidad (I Reg. VIII, 7), según aquella sentencia de las Sagradas Escrituras, que dice de Dios, Que hace reinar al hombre hipócrita, por la perversidad del pueblo (Job XXXIV, 30): cuando, pues, Saúl era así, perseguía a David (I Reg. XVIII-XXIV), en quien Dios prefiguraba el reino de la salvación eterna, y a quien Dios había elegido para permanecer en su descendencia; ya que nuestro rey futuro, rey de los siglos con quien reinaremos eternamente, sería del linaje del mismo David según la carne (Rom. I, 3). Cuando, pues, Dios había elegido a David, y lo había preelegido, y predestinado para el reino, no quiso que el mismo David tuviera el reino antes de ser liberado de sus perseguidores; para que también en esto mismo nos figurara a nosotros, es decir, su cuerpo, cuyo cuerpo es cabeza Cristo (Coloss. I, 18). Pues si nuestra cabeza misma no quiso reinar en el cielo sin haber pasado primero por el trabajo en la tierra, ni levantar arriba el cuerpo que recibió abajo, sino por el camino de la tribulación; ¿qué se atreven a esperar los miembros, que su cabeza pueda ser más feliz? Si al padre de familia llamaron Beelzebú, ¿cuánto más a sus domésticos (Matth. X, 25)? No esperemos, pues, un camino más suave: por donde precedió, vayamos, por donde condujo, sigamos. Pues si nos desviamos de su huella, perecemos. En este David, pues, ¿qué se prefiguraba, veis: entonces también en Saúl qué se prefiguraba, veis: el reino malo en Saúl, el reino bueno en David: la muerte en Saúl, y la vida en David. Pues no nos persigue sino la muerte, de la cual al final triunfaremos, diciendo: ¿Dónde está, muerte, tu aguijón? ¿Dónde está, muerte, tu victoria (I Cor. XV, 55)? ¿Qué es lo que digo, no nos persigue sino la muerte? Porque si no fuéramos mortales, no habría nada que el enemigo pudiera hacernos. ¿Acaso hace algo a los ángeles? Por tanto, también esa muerte, de la cual tenemos principalmente persecución, cuya contienda se termina al final cuando resucitemos de los muertos, como se terminó en nuestra cabeza, así se terminará también en nosotros, si somos hallados justos. Pues aquel muerto fue el destructor de la muerte, y más bien en él la muerte murió, que él en la muerte.

2. Por lo tanto, incluso si atendemos al mismo nombre, no está sin misterio. Pues Saúl se interpreta como Petición, es decir, apetito. ¿Qué duda tenemos de que nosotros mismos nos hicimos esta muerte? Porque de pecado del hombre nació la muerte. Con razón, pues, el hombre mismo se apeteció la muerte, y por eso petición es el nombre de la muerte. Pues como está escrito, Dios no hizo la muerte, ni se deleita en la perdición de los vivos. Porque Dios creó para que existieran todas las cosas, y sanables hizo las naciones del mundo. ¿Y de dónde la muerte, como si preguntaras: Pero los impíos, dice, con manos y palabras la atrajeron, y estimándola amiga se deslizaron (Sap. I, 13, 14, 16). Por tanto, apeteciéndola se deslizaron, y cayeron en la muerte, estimándola amiga: como el pueblo estimó amigo, y pidió un rey enemigo. Pues el pueblo extorsionó al Señor para tener un rey, y se les dio Saúl, como si se les hubiera dado en sus manos, quienes con manos y palabras atrajeron la muerte, y se figuró en el mismo Saúl la misma muerte. Por eso el salmo diecisiete tiene tal título: En el día

en que el Señor lo libró de la mano de todos sus enemigos, y de la mano de Saúl. Dijo primero, todos sus enemigos; y después, de la mano de Saúl: porque el último enemigo destruido será la muerte (I Cor. XV, 26). ¿Qué es, Y de la mano de Saúl? Porque nos sacó del infierno y nos libró de la mano de la muerte.

3. Cuando, pues, Saúl perseguía al santo varón David, David huyó donde pensó que estaba seguro: pasando por un sacerdote llamado Ahimelec, recibió de él panes. Donde también figuró la persona, no solo del rey, sino también del sacerdote: porque comió los panes de la proposición, que, como dice el Señor en el Evangelio, no era lícito comer sino solo a los sacerdotes (Matth. XII, 4). Después comenzó a buscarlo Saúl, y se enojó con los suyos porque nadie quería traicionarlo. Así se leyó en el libro de los Reyes. Pero había allí un tal Doeg, cuando vino aquel al sacerdote Ahimelec, jefe de los pastores de Saúl, idumeo. Quien estando presente cuando Saúl se enojaba con los suyos porque nadie quería traicionarle a David, lo traicionó donde lo había visto. Inmediatamente Saúl envió, presentó al sacerdote y a todos los suyos, y ordenó matarlos. Nadie de los hombres del rey Saúl se atrevió, ni con el rey ordenando, a poner mano en los sacerdotes del Señor: pero aquel que lo traicionó, como Judas, que no se apartó de su propósito, y perseveró hasta el final dando fruto de esa raíz, (¿cuáles, sino los que da el árbol malo?) mató Doeg con su propia mano, con el rey ordenando, al sacerdote y a todos los suyos: luego fue derrotada también la ciudad de los sacerdotes (I Reg. XXI y XXII). Encontramos, pues, a este Doeg enemigo del rey David y del sacerdote Ahimelec. Doeg es un solo hombre, pero Doeg es un género de hombres: como David y el mismo cuerpo del rey y sacerdote, como un solo hombre y dos personas, pero sin embargo un género de hombres. Por tanto, en este tiempo, y en este siglo veamos estos dos géneros, para que pertenezca a nuestra utilidad, ya sea lo que cantamos, o lo que escuchamos cantar. Ahora veamos a Doeg, ahora veamos el cuerpo del rey y sacerdote, ahora veamos el cuerpo de hombres contra el rey y sacerdote.

4. Primero, presten atención a los nombres mismos, cuán místicos son. Doech se interpreta como Movimiento; Idumeo se interpreta como Terrenal. Ahora vean qué tipo de humanidad representa este movimiento de Doech: no es, por tanto, perseverante en lo eterno, sino que está destinado a emigrar. Terrenal: ¿qué esperan de un hombre terrenal, algunos frutos? El hombre celestial será eterno. Hay, por tanto, un reino terrenal, para decirlo brevemente y sugerirlo rápidamente, hoy en este siglo, donde también está el reino celestial. Ambos reinos tienen sus ciudadanos peregrinos, el reino terrenal y el reino celestial, un reino que será erradicado y un reino que será plantado para siempre. Ahora, en este siglo, los ciudadanos de ambos reinos están mezclados: el cuerpo del reino terrenal y el cuerpo del reino celestial están mezclados. El reino celestial gime entre los ciudadanos del reino terrenal, y a veces (pues esto tampoco debe callarse) de alguna manera el reino terrenal oprime a los ciudadanos del reino de los cielos, y el reino celestial oprime a los ciudadanos del reino terrenal. Les demostraremos ambos casos con la Escritura de Dios. Daniel y los tres jóvenes fueron puestos a cargo de los asuntos del rey en Babilonia (Dan. II, 49); José fue puesto en Egipto como segundo del rey para administrar la república (Gen. XLI, 40), de la cual el pueblo de Dios debía ser liberado: en esa república, José de alguna manera servía, al igual que esos tres jóvenes, al igual que Daniel. Es evidente, por tanto, que el reino terrenal se había apropiado de los ciudadanos del reino de los cielos para sus obras, es decir, para las obras de su reino, no para sus malas acciones. ¿Y cómo el reino de los cielos se apropia en este siglo temporalmente de los ciudadanos del reino terrenal? ¿No dice el Apóstol de ellos que no predicaban el Evangelio con pureza, sino que, deseando cosas terrenales, predicaban el reino de los cielos; buscaban lo suyo, y anunciaban a Cristo? Y para que sepan que también ellos fueron asumidos como mercenarios para la obra del reino de los cielos, el Apóstol,

alegrándose de ellos, dice: "Hay quienes por envidia y contienda anuncian a Cristo no con pureza, pensando añadir tribulación a mis cadenas. ¿Qué importa? Con tal de que, de cualquier manera, sea por pretexto o por verdad, Cristo sea anunciado; y en esto me gozo, y me gozaré" (Filip. I, 17 y 18). De tales también Cristo anuncia, diciendo: "Los fariseos y los escribas se sientan en la cátedra de Moisés. Haced, pues, y observad todo lo que os digan; pero no hagáis conforme a sus obras, porque dicen y no hacen" (Mat. XXIII, 2, 3). Lo que dicen, pertenece a David; lo que hacen, pertenece a Doech. Escúchenme a través de ellos, pero no los imiten. Estos dos tipos de hombres están hoy en la tierra. De estos dos tipos de hombres canta este salmo.

5. [vers. 1, 2.] El título del Salmo es: "Al final, entendimiento de David, cuando vino Doech el Idumeo y anunció a Saúl: David ha venido a la casa de Abimelec"; aunque leemos que vino a la casa de Ajimelec. Y tal vez, lo que no sentimos absurdamente debido a la similitud del nombre y la diferencia de una sílaba, o más bien de una letra, los títulos han variado. Sin embargo, al examinar los códices de los Salmos, encontramos más Abimelec que Ajimelec. Y dado que en otro lugar tienes un salmo muy evidente, no insinuando una disimilitud de nombre, sino un nombre completamente diferente; ya que David cambió su rostro ante el rey Aquis, no ante el rey Abimelec, y lo dejó y se fue: el título del Salmo está escrito así: "Cuando cambió su rostro ante Abimelec" (Sal. XXXIII, 1): este cambio de nombre más bien hace que nos concentremos en el misterio, para que no persigas la historia como un hecho y desprecies los velos sagrados. El nombre discutido en ese salmo, que es Abimelec, se encuentra interpretado como el Reino de mi Padre. ¿Y cómo dejó David el reino de su padre y se fue, sino como Cristo dejó el reino de los judíos y pasó a los gentiles? De aquí tal vez también el espíritu profético al asignar el título a este salmo, quiso que no dijera Ajimelec, sino Abimelec, porque cuando David vino al reino de su padre, entonces fue traicionado; esto es, cuando nuestro Señor Jesucristo vino al reino de los judíos instituido por su Padre, del cual dice: "El reino de Dios será quitado de vosotros, y será dado a una nación que produzca sus frutos y justicia" (Mat. XXI, 43), entonces fue traicionado a la muerte, que significa Saúl. Sin embargo, no fue asesinado, como tampoco Isaac, aunque él también figuraba la pasión del Señor; sin embargo, la figura no se llevó a cabo sin sangre, ya sea allí del carnero (Gen. XXII, 12), o aquí de Ajimelec el sacerdote. Pues no era necesario que murieran aquellos que entonces no debían resucitar: pero al liberar Jesús su vida del peligro de muerte, sin embargo, derramando sangre, significaba más bien la resurrección, que de esta manera se figuraba en ellos, porque se reservaba para el verdadero Señor. Se podrían decir más cosas sobre esto, si hubiéramos asumido en este discurso tratar los misterios de esos hechos.

6. Ahora escuchemos estos dos tipos de hombres, ya que de este título, aunque más laboriosamente y tal vez con más palabras, sin embargo, como el Señor lo concedió, se ha salido. Presten atención a los dos tipos de hombres: uno de los que trabajan, otro de aquellos entre quienes se trabaja; uno pensando en la tierra, otro pensando en el cielo; uno sumergiendo el corazón en lo profundo, otro uniendo el corazón a los ángeles; uno esperando de las cosas terrenales que este mundo posee, otro confiando en las celestiales que Dios, que no miente, ha prometido. Pero estos tipos de hombres están mezclados. Ahora encontramos a un ciudadano de Jerusalén, un ciudadano del reino de los cielos administrando algo en la tierra; por ejemplo, lleva púrpura, es magistrado, edil, procónsul, emperador, lleva la república terrenal: pero tiene el corazón en alto, si es cristiano, si es fiel, si es piadoso, si desprecia en lo que está, y espera en lo que aún no está. De este tipo fue aquella santa mujer Ester, que siendo esposa del rey, se enfrentó al peligro de interceder por sus ciudadanos; y cuando oraba ante Dios, donde no podía mentir, en su oración dijo que esos adornos reales eran para ella como un paño de menstruación (Est. XIV, 16). No desesperemos, por tanto, de

los ciudadanos del reino de los cielos, cuando los vemos llevar a cabo algunos asuntos de Babilonia, algo terrenal en la república terrenal: ni tampoco nos regocijemos inmediatamente con todos los hombres que vemos llevar a cabo asuntos celestiales; porque también los hijos de la pestilencia a veces se sientan en la cátedra de Moisés, de quienes se dice: "Lo que dicen, haced; pero lo que hacen, no lo hagáis: porque dicen y no hacen". Aquellos en las cosas terrenales elevan el corazón al cielo, estos en las palabras celestiales arrastran el corazón a la tierra. Pero vendrá el tiempo del aventador, cuando todo será cuidadosamente discernido, para que ningún grano pase al montón de paja que será quemado, para que ninguna paja pase a la masa que será guardada en el granero (Mat. III, 12). Mientras tanto, ahora que está mezclado, escuchemos de aquí nuestra voz, es decir, la de los ciudadanos del reino de los cielos (pues esto debemos aspirar, tolerar aquí a los malos, más que ser tolerados por los buenos); y unámonos a esta voz, con el oído, la lengua, el corazón y la obra. Si lo hacemos, nosotros aquí hablamos en lo que escuchamos. Digamos, por tanto, primero del cuerpo malo del reino terrenal.

7. [vers. 3.] ¿Por qué se gloria en la maldad quien es poderoso? Presten atención, hermanos míos, a la gloria de la maldad, la gloria de los hombres malos. ¿Cuál es la gloria? ¿Por qué se gloria en la maldad quien es poderoso? es decir, quien es poderoso en la maldad, ¿por qué se gloria? Es necesario ser poderoso, pero en la bondad, no en la maldad. ¿Es algo grande gloriarse en la maldad? Construir una casa es de pocos, destruirla cualquiera puede hacerlo. Sembrar trigo, cultivar el campo, esperar hasta que madure, y alegrarse en su fruto en el que trabajó, es de pocos: una chispa puede incendiar todo el campo cualquiera. Recibir a un niño, nutrirlo, educarlo, llevarlo a la juventud, es un gran oficio: matarlo en un instante cualquiera puede hacerlo. Por lo tanto, las cosas que se hacen para la destrucción, se hacen muy fácilmente. Quien se gloria, gloriarse en el Señor (I Cor. I, 31): quien se gloria, gloriarse en la bondad. Te glorías porque eres poderoso en el mal. ¿Qué vas a hacer, oh poderoso, qué vas a hacer, jactándote mucho? Vas a matar a un hombre: esto también lo hace un escorpión, esto también lo hace una fiebre, esto también lo hace un hongo venenoso. ¿A esto se ha reducido todo tu poder, a ser igualado a un hongo venenoso? Esto, por tanto, hacen los buenos ciudadanos de Jerusalén, que no se glorían en la maldad, sino en la bondad: primero, para que no se gloríen en sí mismos, sino en el Señor; luego, para que lo que hacen para la edificación, lo hagan con esmero, y hagan cosas que puedan perdurar; lo que hacen para la destrucción, lo hagan por la disciplina de los que progresan, no por la opresión de los inocentes. A este poder se compara aquel cuerpo terrenal, ¿por qué no escucha de estas palabras, "¿Por qué se gloria en la maldad quien es poderoso?"

8. [vers. 4.] En la iniquidad todo el día tu lengua ha pensado injusticia. En la iniquidad todo el día, es decir, todo el tiempo, sin cansancio, sin intervalo, sin pausa. Y cuando no haces, piensas; para que cuando algo malo esté ausente de las manos, no esté ausente del corazón: o haces el mal, o cuando no puedes hacerlo, dices el mal, es decir, maldices: o cuando ni siquiera puedes hacer esto, deseas y piensas el mal. Todo el día, por tanto, es decir, sin interrupción. Esperamos el castigo para este hombre. ¿Es poca la pena para él? Le amenazas: ¿a quién le amenazas, a quien quieres enviar al mal? Déjalo en sí mismo. Para que mucho te ensañes, lo someterás a las bestias: en sí mismo es peor que las bestias. Pues la bestia puede desgarrar su cuerpo: él no puede dejar su corazón sano. Interiormente en sí mismo se ensaña, y tú buscas golpes exteriores? Más bien ora a Dios por él, para que sea liberado de sí mismo. Sin embargo, en este salmo, hermanos míos, no hay oración por los malos, ni contra los malos, sino profecía de lo que sucederá a los malos. No piensen, por tanto, que el Salmo dice algo por malevolencia: se dice en el espíritu de profecía.

9. ¿Qué sigue entonces? Toda tu potencia, y todo el pensamiento de iniquidad todo el día, y la meditación de maldad en tu lengua sin interrupción, ¿qué ha hecho? ¿qué ha logrado? Como navaja afilada has hecho engaño. He aquí lo que hacen los malos a los santos; cortan el cabello. ¿Qué es lo que dije? Si hay tales ciudadanos de Jerusalén que escuchan la voz de su Señor, su rey diciendo: "No temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma" (Mat. X, 28); que escuchan la voz que ahora se ha recitado del Evangelio, "¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma?" (Id. XVI, 26), desprecian todos los bienes presentes, incluso la misma vida. ¿Y qué hará esa navaja de Doeck al hombre que en esta tierra medita en el reino celestial; y que estará en el reino celestial, teniendo consigo a Dios, y permaneciendo con Dios? ¿qué hará esa navaja? Cortará el cabello, lo hará calvo. Y esto también pertenece a Cristo, que fue crucificado en el lugar del Calvario. Hace también al hijo de Coré, que se interpreta como Calvicie. Pues estos cabellos significan los superfluos de las cosas temporales. Estos cabellos no fueron hechos superfluamente por Dios en el cuerpo de los hombres, sino como algún adorno: sin embargo, porque se cortan sin sentido, aquellos que se adhieren de corazón al Señor, tienen estas cosas terrenales como cabellos. Pero a veces también se puede hacer algo bueno con los cabellos, cuando partes tu pan con el hambriento, introduces al necesitado sin cama en tu casa, si ves al desnudo, lo vistes (Is. LVIII, 7): finalmente, incluso los mártires imitando al Señor, derramando sangre por la Iglesia, escuchando aquella voz, "Como Cristo puso su vida por nosotros, así también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos" (I Juan III, 16), de alguna manera hicieron bien con sus cabellos, es decir, con estas cosas que puede cortar o rasurar esa navaja. Porque algo bueno se puede hacer con esos cabellos, lo significó también aquella mujer pecadora, que habiendo llorado sobre los pies del Señor, los secó con sus cabellos, que regó con lágrimas (Luc. VII, 38). ¿Qué significa? Que cuando te compadece de alguien, debes también ayudar, si puedes. Pues cuando te compadece, es como si derramaras lágrimas: cuando ayudas, secas con los cabellos. Y si esto a cualquiera, cuánto más a los pies del Señor? ¿Quiénes son los pies del Señor? Los santos evangelistas, de quienes se ha dicho: "¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian la paz, de los que anuncian cosas buenas!" (Is. LII, 7, y Rom. X, 15). Por tanto, afile como navaja su lengua Doeck; afile el engaño cuanto pueda: quitará los superfluos temporales; ¿acaso los necesarios eternos?

10. [vers. 5.] Amó la maldad más que la bondad. Ante ti estaba la bondad, amarla debías. Pues no ibas a erogar algo, ni lo que amabas ibas a traer de un largo viaje. La bondad ante ti, la iniquidad ante ti: compara, y elige. Pero tal vez tienes ojo para ver la maldad, y no tienes ojo para ver la bondad. ¡Ay del corazón iniquo! Lo que es peor, se aparta para no ver lo que puede ver. ¿Qué se ha dicho de tales en otro lugar? No quiso entender para hacer el bien. Pues no se dijo, no pudo; sino que "no quiso", dice, "entender para hacer el bien", cerró los ojos a la luz presente. ¿Y qué sigue? Meditó iniquidad en su lecho (Sal. XXXV, 4, 5), es decir, en el secreto interior de su corazón. Algo así se objeta a este Doeck Idumeo, cuerpo maligno, muerto terrenal, no permanente, no celestial. Amó la maldad más que la bondad. Pues quieres saber cuánto ve el malo ambos, y elige eso, se aparta de esto? ¿Por qué clama cuando sufre algo injusto? ¿Por qué entonces exagera cuanto puede la iniquidad, y alaba la bondad, reprendiendo a quien en él obró la maldad sobre la bondad? Sea, por tanto, regla para sí mismo para vivir: de sí mismo será juzgado. Pero si hace lo que está escrito, "Amarás a tu prójimo como a ti mismo" (Mat. XXII, 39); y, "Lo que queráis que los hombres os hagan, hacedlo vosotros a ellos" (Id. VII, 12); tiene en sí mismo de dónde saber, porque lo que no quiere que se le haga a él, no debe hacerlo a otro (Tob. IV, 16). Amó la maldad más que la bondad. Injustamente, desordenadamente, perversamente quieres levantar el agua sobre el aceite; el agua se hundirá, el aceite sobresaldrá. Quieres poner bajo las tinieblas la luz; las tinieblas serán ahuyentadas, la luz permanecerá. Quieres colocar sobre el cielo la tierra; por

su peso la tierra caerá en su lugar. Tú, por tanto, te hundes amando la maldad sobre la bondad. Pues nunca la bondad será superada por la maldad. Amó la maldad más que la bondad: la iniquidad más que hablar equidad. Ante ti está la equidad, ante ti está la iniquidad: tienes una lengua, a donde quieras la diriges; ¿por qué, entonces, más hacia la iniquidad, y no hacia la equidad? No das a tu vientre alimentos amargos, y das a tu lengua maligna alimentos de iniquidad? Como eliges con qué alimentarte, así elige lo que hablas. Prefieres, por tanto, la iniquidad a la equidad, y prefieres la maldad a la bondad: tú, ciertamente, prefieres, pero ¿qué puede estar sobre lo bueno sino la bondad y la equidad? Pero tú, imponiéndote de alguna manera sobre aquellas cosas que necesariamente deben ir hacia abajo, no harás que lo bueno esté sobre lo malo, sino que tú con ellas te hundirás en lo malo.

11. [vers. 6.] Por esto sigue en el Salmo, "Amó todas las palabras de sumersión". Por tanto, líbrate, si puedes, de la sumersión. Huyes del naufragio, y abrazas el plomo! Si no quieres hundirte, agarra una tabla, deja que la madera te lleve, la cruz te conduzca. Ahora bien, porque eres Doech Idumeo, movido y terrenal, ¿qué haces? Amó todas las palabras de sumersión, lengua engañosa. Esto precedió, las palabras de sumersión siguieron a la lengua engañosa. ¿Qué es lengua engañosa? La lengua engañosa es ministra del engaño, de los que llevan una cosa en el corazón, y otra pronuncian con la boca. Pero en estos está la subversión, en estos está la sumersión.

12. [vers. 7.] Por tanto, Dios te destruirá para siempre: aunque ahora parezcas florecer como la hierba en el campo antes del calor del sol. Porque toda carne es hierba, y la gloria del hombre como la flor de la hierba: la hierba se seca, y la flor cae; pero la palabra del Señor permanece para siempre (Isaías XL, 6, 8). He aquí a qué debes aferrarte, a lo que permanece para siempre. Pues si te aferras a la hierba y a la flor de la hierba, ya que la hierba se secará y la flor caerá, Dios te destruirá para siempre: aunque no ahora, ciertamente al final, cuando venga el aventador y el montón de paja sea separado de la masa. ¿No será la masa llevada al granero y la paja al fuego (Mateo III, y XIII, 40)? ¿No estará todo este Doeg a la izquierda, cuando el Señor diga: Id al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles (Id. XXV, 41)? Por tanto, Dios te destruirá para siempre: te arrancará y te hará emigrar de tu tabernáculo. Ahora, pues, este Doeg edomita está en el tabernáculo: pero el siervo no permanece en la casa para siempre (Juan VIII, 35). Este también hace algo bueno, aunque no con sus obras, al menos con las palabras de Dios, para que en la Iglesia, cuando busca lo suyo (Filipenses II, 21), al menos diga lo que es de Cristo. Pero te hará emigrar de tu tabernáculo. En verdad os digo, ya han recibido su recompensa (Mateo VI, 2). Y tu raíz de la tierra de los vivientes. Por tanto, en la tierra de los vivientes debemos tener nuestra raíz. Que nuestra raíz esté allí. La raíz está oculta: los frutos pueden verse, la raíz no puede verse. Nuestra raíz es nuestra caridad, nuestros frutos son nuestras obras: es necesario que tus obras procedan de la caridad, entonces tu raíz está en la tierra de los vivientes. De allí será arrancado este Doeg, y no podrá permanecer allí en absoluto, porque no ha fijado su raíz más profundamente allí: sino como aquellas semillas en la roca, aunque echen raíz, sin embargo, porque no tienen humedad, al salir el sol se secan de inmediato (Id. XIII, 5). Pero aquellos que fijan su raíz más profundamente, ¿qué oyen del Apóstol? Doblo mis rodillas por vosotros ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, para que estéis arraigados y cimentados en el amor. Y porque allí ya está la raíz, dice: Para que podáis comprender cuál es la anchura, la longitud, la altura y la profundidad; conocer también el amor de Cristo que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios (Efesios III, 14, 16-19). Frutos tan dignos son de una raíz tan grande, tan simple, tan germinante, en brotes tan profundamente cimentados. Pero la raíz de este será arrancada de la tierra de los vivientes.

13. [vers. 8.] Y verán los justos, y temerán, y se reirán de él. ¿Cuándo temerán? ¿Cuándo se reirán? Entendamos y distingamos, pues, estos dos tiempos de temer y reír de manera bastante útil. Porque mientras estamos en este mundo, aún no es tiempo de reír, para que no lloremos después. Leemos lo que se reserva al final para este Doeg; leemos, y porque entendemos y creemos, vemos, pero tememos. Por tanto, se ha dicho: Verán los justos, y temerán. Mientras vemos lo que sucederá al final a los malos, ¿por qué tememos? Porque el Apóstol dijo: Ocupaos de vuestra salvación con temor y temblor (Filipenses II, 12): porque se ha dicho en el salmo: Servid al Señor con temor, y alegraos con temblor (Salmo II, 11). ¿Por qué, con temor? Por tanto, el que piensa estar firme, mire que no caiga (I Corintios X, 12). ¿Por qué, con temblor? Porque dice en otro lugar: Hermanos, si alguno es sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restaurad a tal persona con espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado (Gálatas VI, 1). Por tanto, los justos que son ahora, que viven por fe, ven así a este Doeg lo que le sucederá, pero temen también por sí mismos: porque saben lo que son hoy; no saben lo que serán mañana. Ahora, pues, verán los justos, y temerán. ¿Cuándo se reirán? Cuando la iniquidad haya pasado, cuando haya volado, como ya en gran parte ha volado el tiempo incierto, cuando las tinieblas de este mundo hayan sido disipadas, en las que ahora no caminamos sino a la luz de las Escrituras, y por eso tememos como en la noche. Caminamos, pues, a la profecía, de la cual dice el apóstol Pedro: Tenemos la palabra profética más segura, a la cual hacéis bien en prestar atención, como a una lámpara que alumbraba en lugar oscuro, hasta que el día amanezca, y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones (II Pedro I, 19). Mientras caminamos a la luz de la lámpara, es necesario que vivamos con temor. Pero cuando venga nuestro día, es decir, la manifestación de Cristo, de la cual el mismo Apóstol dice: Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria (Colosenses III, 4); entonces los justos se reirán de este Doeg. Porque ya no habrá lugar para socorrer: no como ahora, cuando ves a un hombre viviendo injustamente, quieres trabajar con él para corregirlo; porque el que es injusto, convertido, puede ser justo, así como el justo, apartado, puede ser injusto. Por tanto, no presumas de ti mismo, ni desesperes de él; y haz todo lo que puedas, si eres benigno, si no amas la maldad más que la benignidad, para corregir al hombre que camina en el mal camino y errante, hacia el buen camino. Pero entonces, cuando venga el tiempo del juicio, no habrá lugar para la corrección, sino solo para la condenación: y habrá allí arrepentimiento, pero infructuoso, porque será tardío. ¿Quieres que sea fructuoso? Que no sea tardío: corrígete hoy. Eres culpable, él es el juez: corrige tu culpa, y te alegrarás ante el juez. Porque hoy te exhorta, para que no te juzgue; y el que será tu juez, hoy es tu abogado. Entonces, hermanos, queda el tiempo de reír. Pues esa misma burla de los inicuos que será para los justos, la significó el libro de la Sabiduría. Porque en los suyos, en cuyas almas se traslada la sabiduría, hará lo que dijo: Reprendía, y no escuchabais; hablaba, y no atendíais a mis palabras; y yo me reiré de vuestra perdición (Proverbios I, 24-26). Esto sucederá entonces a los justos sobre este Doeg. Pero ahora veamos y temamos, no sea que seamos lo que decimos de él: y si lo éramos, dejemos de serlo, para que ahora temiendo, después nos riamos.

14. [vers. 9.] ¿Qué dirán entonces los que se reirán? Y se reirán de él, y dirán: He aquí el hombre que no puso a Dios como su ayudador. Ved el cuerpo terrenal. Cuanto más tengas, tanto más serás. Proverbio de los avaros, rapaces, opresores de inocentes, invasores de bienes ajenos, negadores de lo confiado. ¿Qué clase de proverbio es este? Cuanto más tengas, tanto más serás; es decir, cuanto más dinero tengas, cuanto más adquieras, tanto más podrás. He aquí el hombre que no puso a Dios como su ayudador, sino que confió en la multitud de sus riquezas. No diga el pobre malvado: Yo no soy de este cuerpo. Porque oyó al Profeta diciendo: Confió en la multitud de sus riquezas: de inmediato, si es pobre, mira sus harapos,

ve junto a él tal vez a un rico en el pueblo de Dios más ricamente vestido, y dice en su corazón, De este habla, ¿acaso de mí? No te excluyas de eso, no te separes, a menos que veas y temas, para que después te rías. Pues, ¿de qué te sirve, si careces de bienes y ardes en codicia? Cuando nuestro Señor Jesucristo dijo al rico que se alejaba de él entristecido: Ve, vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo: y ven, sígueme, y había anunciado gran desesperación para los ricos, al decir que es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja, que un rico entre en el reino de los cielos; ¿no se entristecieron de inmediato los discípulos, diciendo entre sí: ¿Quién, pues, podrá salvarse (Mateo XIX, 21, 24, 25)? Entonces, cuando decían, ¿Quién, pues, podrá salvarse? atendían a los pocos ricos; ¿acaso no veían la multitud de pobres? ¿No podían decirse a sí mismos: Si es difícil, más bien imposible que los ricos entren en el reino de los cielos, como es imposible que un camello entre por el ojo de una aguja, todos los pobres entrarán en el reino de los cielos, solo los ricos serán excluidos? ¿Cuántos son los ricos? Pero en verdad, los pobres son innumerables. Pues no vamos a inspeccionar túnicas en el reino de los cielos; sino que el resplandor de la justicia de cada uno será considerado su vestidura: entonces los pobres serán iguales a los ángeles de Dios; vestidos con estolas de inmortalidad, brillarán como el sol en el reino de su Padre (Id. XIII, 43): ¿qué nos importa preocuparnos o trabajar por los pocos ricos? No pensaron así los Apóstoles: sino que cuando el Señor dijo: Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja, que un rico entre en el reino de los cielos: ellos, diciendo entre sí, ¿Quién, pues, podrá salvarse? ¿qué atendieron? No las riquezas, sino las codicias. Pues vieron también a los pobres, aunque no teniendo dinero, sin embargo, tener avaricia. Y para que sepáis que no se condena el dinero en el rico, sino la avaricia, prestad atención a lo que digo: miras a ese rico que está junto a ti; y tal vez en él hay dinero y no hay avaricia, en ti no hay dinero y hay avaricia. El pobre ulceroso, afligido, lamido por los perros, sin ayuda, sin comida, tal vez sin siquiera esa vestidura, fue llevado por los ángeles al seno de Abraham (Lucas XVI, 22). Ahora tú, pobre, te alegras, ¿acaso también debes desear las llagas? ¿No es tu patrimonio la salud? No hay mérito en este Lázaro por la pobreza, sino por la piedad. Pues ves quién fue llevado, no ves a dónde fue llevado. ¿Quién fue llevado por los ángeles? Un pobre, afligido, ulceroso. ¿A dónde fue llevado? Al seno de Abraham. Lee las Escrituras, y encontrarás que Abraham era rico (Génesis XIII, 2). Para que sepas que no se condenan las riquezas: Abraham tenía mucho oro, plata, ganado, familia; era rico, y al seno de él fue llevado el pobre Lázaro. Al seno de un rico un pobre: o más bien ambos ricos en Dios, ambos pobres en codicia.

15. ¿Qué, pues, condena la Escritura en este Doeg? No dijo, He aquí el hombre que fue rico; sino, He aquí el hombre que no puso a Dios como su ayudador, sino que confió en la multitud de sus riquezas. No porque tuviera riquezas, sino porque confió en ellas, y no confió en Dios, por eso es condenado, por eso es castigado, por eso es movido de su tabernáculo, como movido aquel terrenal, como el polvo que el viento arroja de la faz de la tierra (Salmo I, 4); por eso su raíz es arrancada de la tierra de los vivientes. ¿Acaso son semejantes a él los ricos de los que habla el apóstol Pablo: Manda a los ricos de este mundo, que no sean altivos, como Doeg; ni pongan su esperanza en la incertidumbre de las riquezas, como él confió en la multitud de sus riquezas; sino en el Dios vivo, no como este que no puso a Dios como su ayudador? Finalmente, ¿qué les mandó? Que sean ricos en buenas obras; que den con facilidad, que compartan (I Timoteo VI, 17, 18). ¿Y qué, si dan con facilidad, si comparten con el necesitado? ¿Entrarán por el ojo de la aguja? Claro que entrarán: pues ya por ellos el camello mismo ha entrado. Porque él mismo entró primero, a quien como camello nadie cargaría con el peso de la pasión, si no se hubiera postrado en la tierra. Porque él mismo dijo: Lo que es imposible para los hombres, es fácil para Dios (Mateo XIX, 26). Por tanto, que este Doeg sea condenado, que los justos teman por él ahora, que los justos se rían de él después.

Con razón es condenado, quien no puso a Dios como su ayudador, como tú: que tal vez tienes dinero; pero confías en Dios, no en el dinero. Y confió en la multitud de sus riquezas: semejante a aquellos que cuando decían, Bienaventurado el pueblo que tiene estas cosas, es decir, estas terrenales, este que se burla de Doeg respondió de inmediato, Bienaventurado el pueblo cuyo Dios es el Señor. Pues aquellas cosas en las que dijeron bienaventurado al pueblo, las enumera el Salmo. Hablaron como hijos extraños, como este Doeg edomita, es decir, terrenal: Su boca habló vanidad; su diestra, diestra de iniquidad. Sus hijos son como plantas nuevas establecidas en su juventud: sus hijas adornadas, y adornadas como la semejanza de un templo: sus graneros llenos, rebosantes de esto en esto: sus ovejas fecundas, multiplicándose en sus salidas; sus bueyes gordos: no hay ruina de cerca, ni salida, ni clamor en sus calles (Salmo CXLIII, 11-15). Parecen tener una gran felicidad de paz terrenal. Pero aquel que es terrenal, también es movido, es decir, como el polvo que el viento arroja de la faz de la tierra. Finalmente, ¿qué se reprende en ellos? No porque tuvieran estas cosas; pues también los buenos las tienen: sino, ¿qué? Esto prestad atención; no reprendas a los ricos indiscriminadamente, y nuevamente no presumas de la pobreza y la indigencia. Pues si no se debe presumir de las riquezas, cuánto más no se debe presumir de la pobreza, sino del Dios vivo. ¿En qué, pues, se notan estos? Porque dijeron bienaventurado al pueblo que tiene estas cosas. Por eso son hijos extraños, por eso su boca habló vanidad, y su diestra es diestra de iniquidad. Pero tú, ¿qué? Bienaventurado el pueblo cuyo Dios es el Señor.

16. [vers. 10.] Por tanto, condenado este que confió en la multitud de sus riquezas, y prevaleció en su vanidad: pues, ¿qué más vano que aquel que piensa que el dinero vale más que Dios? Por tanto, condenado este que dijo bienaventurado al pueblo que tiene estas cosas: tú que dices, Bienaventurado el pueblo cuyo Dios es el Señor, ¿qué piensas de ti? ¿Qué esperas para ti? Pero yo, ya ahora escucha ese cuerpo; Pero yo como un olivo fructífero en la casa de Dios. No habla un solo hombre, sino ese olivo fructífero, del cual fueron cortadas las ramas soberbias, y fue injertado el acebuche humilde (Romanos XI, 17). Como un olivo fructífero en la casa de Dios, confíe en la misericordia de Dios. ¿Él qué? En la multitud de sus riquezas: por eso su raíz será arrancada de la tierra de los vivientes. Pero yo porque como un olivo fructífero en la casa de Dios, cuya raíz se nutre, no se arranca, confíe en la misericordia de Dios. Pero tal vez ahora? Pues también aquí los hombres a veces se equivocan. Adoran a Dios, y ya no son como este Doeg: pero aunque confían en Dios, lo hacen para obtener cosas temporales; para que se digan a sí mismos, Adoro a mi Dios, que me hará rico en la tierra, que me dará hijos, que me dará esposa. Tales cosas no las da sino Dios, pero no quiere Dios ser amado por tales cosas. Por eso a menudo da estas cosas también a los malos, para que los buenos aprendan a buscar otra cosa de él. ¿Cómo dices, pues, Confíe en la misericordia de Dios? ¿Tal vez para obtener cosas temporales? Más bien en la eternidad, y en el siglo de los siglos. Lo que dijo en la eternidad, quiso repetirlo añadiendo en el siglo de los siglos, para confirmar allí repitiendo, cuán fundado estaba en el amor del reino de los cielos, y en la esperanza de la felicidad eterna.

17. [vers. 11.] Te confesaré en el siglo porque lo has hecho. ¿Qué has hecho? Has condenado a Doeg, has coronado a David. Te confesaré en el siglo porque lo has hecho. Gran confesión, porque lo has hecho. ¿Qué has hecho, sino estas mismas cosas que se han dicho antes, para que como un olivo fructífero en la casa de Dios, confiara en la misericordia de Dios, en la eternidad, y en el siglo de los siglos? Tú lo has hecho: el impío no puede justificarse a sí mismo. Pero, ¿quién es el que justifica? Al que cree, dice, en aquel que justifica al impío (Id. IV, 5). Pues, ¿qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido (I Corintios IV, 7), como si lo tuvieras de ti mismo? Lejos esté de mí gloriarme así, dice este que se opone a Doeg, que soporta a Doeg en la tierra, hasta que

emigre de su tabernáculo, y sea arrancado de la tierra de los vivientes. No me glorío como si no hubiera recibido, sino que me glorío en Dios. Y te confesaré porque lo has hecho, es decir, porque tú lo has hecho, no por mis méritos, sino por tu misericordia. Pues, ¿qué hice yo? Si recuerdas, antes fui blasfemo y perseguidor e injurioso. Pero, ¿qué hiciste tú? Pero alcancé misericordia, porque lo hice ignorando (I Timoteo I, 13). Te confesaré en el siglo porque lo has hecho.

18. Y esperaré tu nombre, porque eres agradable. Amargo es el siglo, pero tu nombre es agradable. Y si hay algunas cosas dulces en el siglo, se digieren con amargura. Se prefiere tu nombre, no solo por su grandeza, sino también por su agrado. Porque los injustos me han contado sus deleites, pero no como tu ley, Señor (Salmo CXVIII, 85). Pues si nada dulce hubiera para los mártires, no soportarían con ánimo sereno las amarguras de tantas tribulaciones. La amargura de ellos era sentida por cualquiera, pero su dulzura no podía ser fácilmente saboreada por nadie. Por tanto, el nombre de Dios es agradable para los que aman a Dios sobre todas las alegrías. Esperaré tu nombre, porque es agradable. ¿Y a quién pruebas que es agradable? Dame un paladar al que le sea agradable. Alaba la miel cuanto puedas, exagera su dulzura con las palabras que puedas: el hombre que no sabe qué es la miel, si no la ha probado, no sabe lo que dices. Por eso, el salmo, invitándote más a la experiencia, ¿qué dice? Gustad y ved que el Señor es bueno (Salmo XXXIII, 9). ¿No quieres gustar y dices que es agradable? ¿Qué es agradable? Si lo has probado, que se encuentre en tu fruto, no solo en tus palabras, como si solo fueran hojas, para que no merezcas secarte por la maldición del Señor como aquella higuera (Mateo XXI, 19). Gustad, dice, y ved que el Señor es bueno. Gustad y ved: entonces veréis, si habéis probado. Pero al hombre que no prueba, ¿cómo lo pruebas? Alabando la dulzura del nombre de Dios, por más que digas, son palabras: otra cosa es el gusto. Los impíos oyen las palabras de su alabanza: pero no saborean cuán agradable es, sino los santos. Por tanto, este, sintiendo la dulzura del nombre de Dios, y queriendo explicarlo, y queriendo mostrarlo, y no encontrando a quién: pues a los santos no es necesario que lo muestre, porque ellos también lo prueban y lo saben; los impíos, sin embargo, no pueden sentir lo que no quieren probar: ¿qué hace entonces con la dulzura del nombre de Dios? Se apartó inmediatamente de las turbas de los impíos: Y esperaré, dice, tu nombre, porque es agradable ante tus santos. Tu nombre es agradable, pero no ante los impíos: yo sé cuán dulce es, pero para aquellos que lo han probado.

EN EL SALMO LII COMENTARIO. SERMON.

1. [vers. 1.] Este salmo lo abordamos con vosotros, tanto como el Señor sugiera. El hermano ordena que queramos, y ora para que podamos. Si por prisa omito algo, lo completará en vosotros quien se digna darnos lo que hemos podido decir. Su título es: Al final, por Maeleth, entendimiento de David. Por Maeleth, como encontramos en las interpretaciones de los nombres hebreos, parece decir, Por la que da a luz o sufre. Pero, ¿quién en este siglo da a luz y sufre? Lo reconocen los fieles, porque de allí son. Cristo aquí da a luz, Cristo aquí sufre; la cabeza está arriba, los miembros abajo. Pues no diría dando a luz y sufriendo: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? (Hechos IX, 4). Al que persiguiendo daba a luz, convertido lo hizo dar a luz. Pues él mismo después fue iluminado, y unido a los miembros que perseguía, decía, embarazado de la misma caridad: Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros (Gálatas IV, 19). Por los miembros de Cristo, por su cuerpo que es la Iglesia (Colosenses I, 24), por ese único hombre, es decir, por esa misma unidad cuya cabeza está arriba, se canta este salmo. Gime, da a luz y sufre este hombre. ¿Por qué, o entre quiénes, sino porque recibió y conoció de su cabeza, diciendo: Abundará la iniquidad, y se enfriará la caridad de muchos? Si, pues, abundará la iniquidad, y se enfriará la

caridad de muchos, ¿quién quedará que dé a luz? Sigue: El que persevere hasta el fin, ese será salvo (Mateo XXIV, 12, 13). ¿De dónde sería grande perseverar, si no fuera necesario perseverar entre molestias, tentaciones, turbaciones y escándalos? Nadie es mandado a tolerar cosas buenas. Pero por esto se dice, y porque por esto se canta, veamos qué es. Por esto se increpan aquí los hombres entre quienes se gime, entre quienes se sufre, y la consolación del que sufre y da a luz se expresa y manifiesta al final del Salmo. ¿Quiénes son, pues, entre quienes damos a luz y gemimos, si estamos en el cuerpo de Cristo; si vivimos bajo esa cabeza, si somos contados entre sus miembros: quiénes son, escucha.

2. Dijo el insensato en su corazón: No hay Dios. Tal es el género de hombres, entre quienes sufre y gime el cuerpo de Cristo. Si tal es este género de hombres, no damos a luz a muchos: según parece ocurrir a nuestros pensamientos, son muy pocos; y es difícil que encontremos a un hombre que diga en su corazón, No hay Dios (Salmo XIII, 1): sin embargo, son tan pocos, que entre muchos, temiendo decirlo, lo dicen en su corazón, porque no se atreven a decirlo con la boca. No es, pues, mucho lo que se nos manda tolerar; apenas se encuentra: es un raro género de hombres que dicen en su corazón, No hay Dios. ¿O acaso, con otro entendimiento, se encuentra discutido que está en muchos, lo que pensábamos que estaba en pocos y raros y casi en ninguno? Salgan a la luz los que viven mal, observemos los hechos de los malvados, criminales y perversos, de los cuales hay una gran multitud; que fomentan diariamente sus pecados, que con hechos convertidos en costumbre incluso han perdido la vergüenza: esta es tanta multitud de hombres, que el cuerpo de Cristo, puesto entre ellos, apenas se atreve a reprender lo que no se ve obligado a cometer, y se considera un gran logro mantener la integridad de la inocencia, para no hacer lo que por costumbre ya no se atreve a culpar, o si se atreve, más fácilmente estalla la reprensión y la protesta de los que viven mal, que la voz libre de los que viven bien. Y estos son tales, que dicen en su corazón: No hay Dios. A estos los convenzo. ¿De dónde los convenzo? Creen que sus hechos malos agradan a Dios. No dijo, pues, Algunos dicen; sino, Dijo el insensato en su corazón: No hay Dios. Los que creen tanto que hay Dios, que piensan que a ese mismo Dios le agradan lo que hacen. Pero si entiendes, prudente, que el insensato dijo en su corazón, No hay Dios, si adviertes, si entiendes, si discutes: el que piensa que a Dios le agradan los hechos malos, no cree que sea Dios. Pues si es Dios, es justo; si es justo, le desagrada la injusticia, le desagrada la iniquidad. Pero tú, cuando piensas que le agrada la iniquidad, niegas a Dios. Pues si es Dios a quien le desagrada la iniquidad, y a ti no te parece Dios a quien le desagrada la iniquidad, y no es Dios sino a quien le desagrada la iniquidad, cuando dices en tu corazón, Dios favorece mis iniquidades, no dices otra cosa que, No hay Dios.

3. [vers. 2.] Volvamos a aquel entendimiento que también se refiere a Cristo nuestro Señor, a nuestra cabeza. Pues cuando apareció en forma de siervo en la tierra, dijeron los que lo crucificaron: No hay Dios. Porque era Hijo de Dios, ciertamente era Dios. Pero aquellos que se corrompieron y se hicieron abominables, ¿qué dijeron? No hay Dios: matémoslo, no hay Dios. Tienes la voz de ellos en el libro de la Sabiduría: pero primero ve a los corruptos, para que puedan decir en su corazón, No hay Dios. Pues habiendo dicho antes, Dijo el insensato en su corazón, No hay Dios, como si se buscaran las causas por las que el insensato puede decir esto, añadió: Se corrompieron y se hicieron abominables en sus iniquidades. Escucha a los corruptos. Pues dijeron entre sí, no pensando rectamente: comenzó la corrupción con la mala fe, de ahí se pasa a las costumbres torpes, de ahí a las iniquidades más agudas, estos son los grados. Pues, ¿qué dijeron entre sí, no pensando rectamente? Nuestra vida es breve y con tedio. De esta mala fe sigue aquello que también dijo el Apóstol: Comamos y bebamos, porque mañana moriremos (1 Corintios XV, 32). Pero allí la misma lujuria se describe más ampliamente: Coronémonos de rosas, antes de que se marchiten; dejemos por todas partes

señales de nuestra alegría. Después de aquella lujuria descrita más ampliamente, ¿qué sigue? Matememos al justo pobre (Sabiduría II, 1-20): esto es, pues, decir, No hay Dios. Parecían hablar ya desde hace tiempo cosas suaves: Coronémonos de rosas, antes de que se marchiten. ¿Qué hay más delicado, qué más suave? ¿Esperarías de esta suavidad cruces, espadas? No te maravilles, son suaves también las raíces de las espinas; si alguien las toca, no se pincha: pero de donde te pinchas, de allí nace. Por tanto, estos se corrompieron y se hicieron abominables en sus iniquidades. Dijo el insensato en su corazón: No hay Dios. Si es Hijo de Dios, descienda de la cruz (Mateo XXVII, 40). He aquí que dicen abiertamente: No hay Dios.

4. Pero, ¿cómo gime el cuerpo de Cristo entre ellos? Gimieron entre ellos los Apóstoles que entonces fueron, y los discípulos de Cristo: ¿a nosotros qué nos importa esto? ¿Cómo damos a luz entre estos? Aún hay quienes dicen: Cristo no es Dios. Esto dicen los paganos que quedaron; esto mismo dicen los mismos judíos, que están difundidos por todas partes como testimonio de su confusión; esto dicen también muchos herejes. Pues también los arrianos dijeron, No es Dios: los eunomianos dijeron, No es Dios. A esto se añade, hermanos, que también aquellos de quienes hablé hace un momento, que viven mal, no dicen otra cosa que, No hay Dios. Pues cuando les decimos que Cristo vendrá como juez al juicio, lo que dicen las Escrituras que no fallan: pero ellos, prestando más oído a la serpiente que sugiere, No morirás (Génesis III, 4), lo que había dicho en el paraíso contra la verdad de Dios que estableció y dijo, Muerte morirás (Génesis II, 17); así hacen el mal, que se dicen a sí mismos: Vendrá Cristo, y dará indulgencia a todos. Así, pues, el que dijo que separará a los inicuos a la izquierda, separará a los justos a la derecha; a los justos dirá, Venid, benditos de mi Padre, recibid el reino preparado para vosotros desde el origen del mundo; a los inicuos dirá, Id al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles (Mateo XXV, 34, 41). ¿Cómo, pues, dará indulgencia a todos? ¿Cómo no condenará a nadie? Entonces miente. Esto es decir: No hay Dios. Mira, pues, no sea que tú mientas. Pues tú eres hombre, él es Dios: Dios es veraz, todo hombre es mentiroso (Salmo CXV, 11). Pero, ¿qué de estos, oh cuerpo de Cristo? Sepárate mientras tanto con el corazón y la vida, no los imites, no te acostumbres, no consientas, no apruebes: más bien, reprende. Pues, ¿qué atiendes a estos que dicen estas cosas? Se corrompieron y se hicieron abominables en sus iniquidades: no hay quien haga el bien.

5. [vers. 3.] El Señor desde el cielo miró sobre los hijos de los hombres, para ver si hay alguien que entienda o busque a Dios. ¿Qué es esto, que se corrompieron y se hicieron abominables todos los que dicen: No hay Dios? ¿Y qué? ¿Esto ocultaba a Dios, que se hicieron tales? ¿O acaso se nos abriría la interior cogitación de ellos, si no se dijera por él? Si, pues, lo sabía, si lo conocía, ¿qué es esto que se dice, que desde el cielo miró sobre los hijos de los hombres, para ver si hay alguien que entienda o busque a Dios? Pues son palabras de quien busca, no de quien sabe: Dios desde el cielo miró sobre los hijos de los hombres, para ver si hay alguien que entienda o busque a Dios. Y como si encontrara lo que buscó mirando, y desde el cielo mirando, dice la sentencia: Todos se desviaron, juntos se hicieron inútiles: no hay quien haga el bien, no hay ni uno solo. Surgen dos cuestiones algo difíciles. Pues si Dios mira desde el cielo, para ver si hay alguien que entienda o busque a Dios; entra en la mente del imprudente, porque no todo lo sabe Dios. Esta es una cuestión: ¿cuál es la otra? Si no hay quien haga el bien, no hay ni uno solo, ¿quién es aquel que da a luz entre los malos? Aquella, pues, se resuelve así, porque a menudo habla la Escritura de tal manera, que lo que la criatura hace por don de Dios, se dice que Dios lo hace: como, por ejemplo, cuando te compadece del pobre, porque lo haces por don de Dios, Dios se compadece: cuando conoces quién eres, porque lo haces con su luz, si eres quien dice, Tú iluminarás mi lámpara, Señor mi Dios, iluminarás mis tinieblas (Salmo XVII, 29); lo que conociste por su don y haciendo, él lo conoce. Pues de dónde es, El Señor vuestro Dios os prueba para saber si lo amáis

(Deuteronomio XIII, 3)? ¿Qué es, para saber? Para que por su don os haga saber. Así, pues, aquí, Dios desde el cielo miró sobre los hijos de los hombres, para ver si hay alguien que entienda o busque a Dios. Que él esté presente, y nos dé para que lo que nuestro corazón concibió, lo haga también parir. El Apóstol dice: Pero nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que es de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha dado. Con este Espíritu, pues, con el que conocemos lo que Dios nos ha dado, discernimos entre nosotros y aquellos a quienes no se les ha dado esto, y de nosotros los conocemos. Pues si entendemos que no podríamos tener algún bien, sino por su don y largueza, de quien son todos los bienes; al mismo tiempo vemos que no pueden tener algo así aquellos a quienes Dios no lo ha dado. Este discernimiento es para nosotros del Espíritu de Dios; y por el cual vemos esto, Dios ve; porque Dios hace que veamos. De aquí se dijo también aquello, Pues el Espíritu todo lo escudriña, aun las profundidades de Dios (1 Corintios II, 12, 10): no porque él escudriñe quien conoce todo, sino porque el Espíritu te ha sido dado, que también te hace escudriñar: y lo que por su don tú haces, él se dice que lo hace; porque sin él tú no lo harías. Por tanto, se dice que Dios lo hace, cuando tú lo haces. De don del Espíritu de los hijos, a quienes se les ha dado el Espíritu de Dios, miran sobre los hijos de los hombres, para ver si hay alguien que entienda o busque a Dios: pero porque lo hacen por don de Dios y del Espíritu de Dios, se dice que Dios lo hace; como mirar y ver. ¿Por qué, pues, desde el cielo, si esto lo hacen los hombres? Porque dice el Apóstol, Pero nuestra conversación está en los cielos (Filipenses III, 20). Pues, ¿de dónde haces esto para ver, de dónde miras para entender? ¿No es acaso con el corazón? Si con el corazón lo haces, cristiano, mira si tienes el corazón arriba. Si tienes el corazón arriba, desde el cielo miras a la tierra. Y porque lo haces por don de Dios, Dios desde el cielo mira sobre los hijos de los hombres. Aquella, pues, cuestión según nuestra medida así se ha resuelto.

6. [vers. 4.] ¿Qué es lo que mirando reconocemos? ¿Qué es lo que mirando Dios reconoce? ¿Qué, porque aquí dona, reconoce? Escucha qué: Porque todos se desviaron, juntos se hicieron inútiles: no hay quien haga el bien, no hay ni uno solo. ¿Cuál es, pues, aquella otra cuestión, sino la que mencioné hace un momento? Si no hay quien haga el bien, no hay ni uno solo, nadie queda que gima entre los malos. Espera, dice el Señor; no te apresures a dictar sentencia: he dado a los hombres hacer el bien, pero de mí, dice, no de sí mismos; pues de sí mismos son malos: son hijos de los hombres, cuando hacen el mal; cuando hacen el bien, son mis hijos. Pues Dios hace esto, de hijos de los hombres hace hijos de Dios: porque de Hijo de Dios hizo hijo de hombre. Ved cuál es aquella participación: se nos ha prometido la participación de la divinidad; miente quien prometió, si no fue primero hecho partícipe de la mortalidad. Pues el Hijo de Dios fue hecho partícipe de la mortalidad, para que el hombre mortal sea hecho partícipe de la divinidad. Quien te prometió compartir contigo su bien, primero compartió contigo tu mal: quien te prometió la divinidad, mostró en ti la caridad. Por tanto, quita que los hombres sean hijos de Dios, queda que son hijos de los hombres: No hay quien haga el bien, no hay ni uno solo.

7. [vers. 5.] ¿No sabrán todos los que obran iniquidad, los que devoran a mi pueblo como si fuera pan? ¿No lo sabrán? ¿No se les mostrará? Habla, amenaza, habla como quien está de parto y sufre. Pues tu pueblo es devorado como si fuera pan. Por lo tanto, este es el pueblo de Dios que es devorado. Ciertamente no hay quien haga el bien, no hay ni uno solo. Se responde según esa regla. Pero este pueblo que es devorado, este pueblo que sufre a los malos, este que gime y está de parto entre los malos, ya se ha convertido de hijos de los hombres en hijos de Dios: por eso es devorado. Porque habéis confundido el consejo del pobre, ya que el Señor es su esperanza (Salmo XIII, 6). Pues muchas veces, para que el pueblo de Dios sea devorado, se desprecia precisamente en él que es el pueblo de Dios.

"Robaré", dice, "y despojaré; si es cristiano, ¿qué me hará?" Habla por él, quien habla por la parturienta, y amenaza a los devoradores, diciendo: "¿No sabrán todos los que obran iniquidad?" Pues también aquel que veía al ladrón y corría con él, y con los adúlteros ponía su parte, sentado hablaba mal contra su hermano, y contra el hijo de su madre ponía escándalo, decía en su corazón: "No hay Dios". Por eso se le dice: "Esto hiciste, y callé: pensaste iniquidad, que sería como tú: esto es, no seré Dios, si soy como tú". Pero ¿qué sigue? "Te reprenderé, y te pondré delante de tu cara" (Salmo XLIX, 18-21). Así también aquí, "Te reprenderé, y te pondré delante de tu cara". No quieres ahora saber para que te desagrades, sabrás para que llores. Pues Dios no dejará de mostrar a los inicuos su iniquidad. Si no va a mostrarlo, ¿quiénes serán los que dirán: "¿De qué nos sirvió la soberbia, y qué nos aportó la jactancia de las riquezas?" (Sabiduría V, 8)? Entonces sabrán los que ahora no quieren saber. ¿No sabrán todos los que obran iniquidad, los que devoran a mi pueblo como si fuera pan? ¿Qué añadió, "como si fuera pan"? Como si comieran a mi pueblo como pan. Pues las demás cosas que comemos, podemos comer unas veces unas, otras veces otras; no siempre esta verdura, no siempre esta carne, no siempre estas frutas: pero siempre pan. ¿Qué es entonces, "devoran a mi pueblo como si fuera pan"? Sin interrupción, sin cesar devoran, los que devoran a mi pueblo como si fuera pan.

8. [vers. 6, 7.] No invocaron a Dios. Consola al que gime, y sobre todo por el recuerdo, para que no imitando a los malos que a menudo prosperan, se deleite en hacerse malo. Se te guarda lo que se te ha prometido: la esperanza de ellos es presente, la tuya es futura; pero la de ellos es efímera, la tuya es cierta; la de ellos es falsa, la tuya es verdadera. Pues ellos no invocaron a Dios. ¿No invocan a Dios tales personas todos los días? No invocan a Dios. Prestad atención, si puedo decir esto con la ayuda del mismo Dios. Dios quiere ser adorado gratuitamente, quiere ser amado gratuitamente, esto es, ser amado castamente; no ser amado porque da algo aparte de sí mismo, sino porque se da a sí mismo. Quien invoca a Dios para hacerse rico, no invoca a Dios; pues invoca aquello que quiere que venga a él. ¿Qué es invocar, sino llamar hacia uno? Llamar hacia uno, esto se dice invocar. Pues cuando dices, "Dios, dame riquezas"; no quieres que Dios mismo venga a ti, sino que quieres que las riquezas vengan a ti. Lo que quieres que venga a ti, eso invocas. Pero si invocaras a Dios, él vendría a ti, él sería tu riqueza. Ahora bien, quieres tener un cofre lleno, y una conciencia vacía: Dios no llena el cofre, sino el pecho. ¿De qué te sirven las riquezas exteriores si te oprime la pobreza interior? Por lo tanto, aquellos que invocan a Dios por comodidades mundanas, por bienes terrenales, por la vida presente y la felicidad terrenal, no invocan a Dios.

9. Por eso, ¿qué sigue de ellos? Allí temieron con miedo, donde no había miedo. ¿Acaso hay miedo si alguien pierde riquezas? No hay miedo allí, y allí se teme. Pero si alguien pierde la sabiduría, verdaderamente hay miedo; y allí no se teme. Escucha, discierne, entiende a tales personas: se encomienda a alguien una bolsa; no quiere devolverla, la cuenta como suya, no cree que pueda ser reclamada, ya la tendrá como suya, se niega a devolverla. Ve qué teme perder, y qué no quiere tener: se ponen en duda el dinero y la fe; donde está el mayor valor, allí se debe temer la mayor pérdida. Pero tú, para retener el oro, pierdes la fe: sufres una pérdida más grave, y te alegras de la ganancia: allí temiste con miedo, donde no había miedo. Devuelve el dinero: poco digo, devuélvelo; pierde el dinero, para no perder la fe. ¡Tú temiste devolver el dinero, y quisiste perder la fe! Los mártires no tomaron lo ajeno; pero incluso su propia fe, para no perderla, la despreciaron: y poco fue perder el dinero, cuando fueron proscritos; perdieron también su vida, cuando sufrieron: perdieron su vida, para encontrarla en la vida eterna (Mateo X, 39). Por lo tanto, allí temieron donde se debe temer. Pero aquellos que dijeron de Cristo, "No hay Dios", allí temieron donde no había miedo. Pues

dijeron: "Si lo dejamos, vendrán los romanos y nos quitarán el lugar y el reino" (Juan XI, 48). ¡Oh necedad e imprudencia, diciendo en su corazón: "No hay Dios"! Temiste perder la tierra, perdiste el cielo: temiste que vinieran los romanos y te quitaran el lugar y el reino; ¿acaso te quitarían a Dios? ¿Qué queda entonces? ¿Qué, sino que confieses que quisiste retener y al retener mal perdiste? Pues perdiste el lugar y la gente al matar a Cristo. Preferisteis matar a Cristo que perder el lugar; y perdisteis el lugar, la gente y a Cristo. Temiendo mataron a Cristo: pero ¿por qué esto? Porque Dios dispersó los huesos de los que agradan a los hombres. Queriendo agradar a los hombres, temieron perder el lugar. Pero Cristo mismo, de quien dijeron, "No hay Dios", prefirió desagradar a tales hombres, como eran ellos; prefirió desagradar a los hijos de los hombres, no a los hijos de Dios. Por eso sus huesos fueron dispersados, nadie quebró sus huesos. Fueron confundidos, porque Dios los despreció. Realmente, hermanos, en cuanto a ellos se refiere, les sobrevino gran confusión. En el lugar donde crucificaron al Señor, a quien crucificaron para no perder el lugar y el reino, no están allí los judíos. Dios, por lo tanto, los despreció: y sin embargo, despreciándolos, los amonestó para que se convirtieran. Ahora reconozcan a Cristo, y digan, "Dios es"; a quien dijeron "No hay Dios". Regresen a la herencia paterna, a la herencia de Abraham, Isaac y Jacob; posean con ellos la vida eterna, aunque hayan perdido la vida temporal. ¿Por qué esto? Porque de hijos de los hombres se han convertido en hijos de Dios. Pues mientras permanecen y no quieren, no hay quien haga el bien, no hay ni uno solo: fueron confundidos, porque Dios los despreció. Y como si se dirigiera a ellos, dice: "¿Quién dará desde Sion la salvación de Israel?" ¡Oh necios! Reprendéis, insultáis, abofeteáis, escupís, coronáis con espinas, levantáis en la cruz: ¿a quién? ¿Quién dará desde Sion la salvación de Israel? ¿No es él a quien dijisteis, "No hay Dios"? Al devolver Dios la cautividad de su pueblo. Pues no devuelve la cautividad de su pueblo, sino quien quiso ser cautivo entre vuestras manos. Pero ¿quiénes lo entenderán? Jacob se regocijará, e Israel se alegrará. Verdaderamente Jacob y verdaderamente Israel, aquel menor al que sirvió el mayor (Génesis XXV, 23), él se regocijará, porque él lo conocerá.

EN EL SALMO LIII EXPLICACIÓN. SERMON AL PUEBLO.

1. [vers. 1, 2.] El título de este salmo tiene el fruto de su extensión, si se entiende: y como el salmo es breve, compensaremos en la demora del título lo que no nos detendremos en el salmo. Pues de ahí depende todo el verso que se canta. Si alguien, por tanto, reconoce lo que está fijado en el frente de la casa, entrará seguro; ni errará cuando haya entrado. Pues en el mismo poste está señalado de antemano, para que no se yerre en el interior. Su título es así: "Al final, en himnos, entendimiento de David, cuando vinieron los zifeos y dijeron a Saúl: ¿No está David escondido entre nosotros?" Que Saúl era perseguidor del santo varón David, lo sabemos bien: que representaba la figura de un reino temporal, no para la vida, sino para la muerte, y esto lo hemos recordado a Vuestra Caridad. Asimismo, que el mismo David representaba la figura de Cristo, o del cuerpo de Cristo, también debéis saberlo y recordarlo quienes ya lo sabéis. ¿Qué, pues, de los zifeos? Era una aldea llamada Zif, cuyos habitantes eran los zifeos, en cuya región se había escondido David, cuando Saúl quería encontrarlo y matarlo. Estos zifeos, al saber esto, lo traicionaron al rey perseguidor, diciendo: "¿No está David escondido entre nosotros?" (1 Samuel XXIII, 14, 15, 19). En verdad, su traición no les sirvió de nada, y tampoco perjudicó a David. Pues su ánimo maligno fue demostrado: Saúl, sin embargo, ni después de su traición pudo capturar a David; sino que más bien, en una cueva de esa región, cuando Saúl fue puesto en sus manos para ser matado, David le perdonó allí, y no hizo lo que tenía en su poder (1 Samuel XXIV, 4-8). Él, sin embargo, quería hacer lo que no tenía en su poder. Que los zifeos vean quiénes fueron: veamos qué nos ofrece el salmo para entenderlos a partir de su ocasión.

2. Si buscamos, pues, qué significan los zifeos, encontramos que son los Florecientes. Florecientes, pues, eran unos enemigos del santo David, florecientes mientras él estaba oculto. Encontrémoslos en el género humano, si queremos entender el salmo. Primero encontremos a David oculto, y encontraremos a sus adversarios florecientes. Observa a David oculto: "Porque habéis muerto", dice el Apóstol a los miembros de Cristo, "y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios". Estos, pues, ocultos, ¿cuándo florecerán? "Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces también vosotros seréis manifestados con él en gloria" (Colosenses III, 3, 4). Cuando estos florezcan, entonces esos zifeos estarán marchitos. ¿A qué flor de ellos se compara la gloria? Prestad atención: "Toda carne es hierba, y toda la gloria de la carne como flor de hierba. ¿Cuál es el fin? La hierba se seca, y la flor se cae. ¿Dónde estará entonces David? Mira lo que sigue: "Pero la palabra del Señor permanece para siempre" (Isaías XL, 6, 8). Por lo tanto, hay dos tipos de hombres, que debéis distinguir, y elegir uno de ellos. Pues, ¿de qué te sirve saber, si eres perezoso para elegir? Y ahora tienes la potestad de elegir: vendrá el tiempo cuando te faltará la potestad de elegir, cuando Dios ya no diferirá la sentencia de juzgar. ¿Quiénes son estos florecientes zifeos, sino aquel cuerpo de Doeg el edomita, del que ya hemos hablado a Vuestra Caridad hace pocos días: de quien se dijo, "He aquí el hombre que no puso a Dios como su ayudador, sino que confió en la multitud de sus riquezas, y prevaleció en su vanidad"? Estos son los florecientes hijos del siglo, que ahora habéis oído del Evangelio que en su generación son más astutos que los hijos de la luz. Pues ellos parecen prever el futuro, al que no saben si llegarán. Habéis oído lo que hizo el mayordomo con su señor, haciendo un bien para sí mismo con los bienes de su señor, y siendo generoso con sus deudores, para que cuando fuera removido de la mayordomía, fuera recibido por ellos. Y aunque hizo fraude a su señor, sin embargo, su corazón fue alabado por su señor, no atendiendo a su daño, sino a su ingenio. Cuánto más nosotros debemos, siendo advertidos por nuestro mismo Señor Jesucristo, hacernos amigos con las riquezas de iniquidad (Lucas XVI, 8, 9). Pues riquezas se interpretan como mamona. Pero nuestras riquezas están allí, donde está nuestra casa eterna en los cielos. Por lo tanto, el dinero temporal lo llaman riquezas aquellos que no pueden florecer sino temporalmente, ni quieren hacerse amigos con estas cosas para la eternidad, porque no conocen las verdaderas riquezas. Estas riquezas solo la iniquidad las considera, floreciendo por un tiempo como la hierba. Estos son los zifeos enemigos de David, florecientes en el mundo.

3. A veces, incluso los hijos de la luz, en su debilidad, observan esto y sus pies vacilan al ver a los malvados florecer en la felicidad; y se dicen a sí mismos: ¿De qué me sirve la inocencia? ¿Qué gano sirviendo a Dios, guardando sus mandamientos, no oprimiendo a nadie, no robando a nadie, no dañando a nadie, haciendo lo que puedo? He aquí, hago todo esto, y ellos florecen mientras yo trabajo. ¿Qué? ¿También tú querías ser un Zipheo? Florecen en el mundo, se marchitarán en el juicio, y después de marchitarse serán arrojados al fuego eterno: ¿es eso lo que tú querías? ¿Ignoras lo que te ha prometido quien vino a ti, lo que mostró aquí en sí mismo? Si la flor de los Zipheos fuera deseable, ¿no habría florecido también tu Señor en este mundo? ¿O acaso le faltaba el poder para florecer aquí? Pero prefirió ocultarse entre los Zipheos y decirle a Poncio Pilato, quien lo interrogaba, como si también él fuera una flor de los Zipheos y sospechara de su reino: Mi reino no es de este mundo (Juan XVIII, 36). Por lo tanto, aquí se ocultaba: y todos los buenos se ocultan aquí, porque su bien está dentro, está escondido, está en el corazón, donde está la fe, donde está la caridad, donde está la esperanza, donde está su tesoro. ¿Acaso estos bienes se manifiestan en el mundo? Estos bienes están ocultos, y la recompensa de estos bienes también está oculta. Pero, ¿cómo es la dignidad del mundo? Brilla por un tiempo: ¿acaso brillará siempre? Es hierba de invierno, verde hasta el verano. No permitas que en tu alma ocurra lo que

encontramos en otro salmo. Pues alguien confiesa que casi cayó vacilante, y sus pasos tambalearon mientras caminaba en el camino de Dios, al observar la flor y la felicidad de los inicuos: y después de conocer lo que Dios reserva al final para los inicuos y lo que promete a los justos que trabajan, quien no puede engañar, dando gracias por este conocimiento, dice: ¡Cuán bueno es Dios con Israel, con los rectos de corazón! ¿Por qué dices esto? Pero yo, dice, casi se movieron mis pies. ¿Por qué? Porque tuve envidia de los pecadores, viendo la paz de los pecadores. Pero sus pasos se afirmaron después de entender el final. Pues lo que dice un poco después en el mismo salmo, Esto es un trabajo para mí: es decir, surgió una gran cuestión en mi corazón, por qué los hombres hacen el mal y florecen en el mundo; mientras que muchos hacen el bien y trabajan en esta tierra. Esta cuestión, por tanto, era grande ante mis ojos y laboriosa de investigar; Es un trabajo, dice, para mí, hasta que entre en el santuario de Dios y entienda el final (Salmo LXXII, 1-17). ¿Cuáles son estos finales? ¿Qué, sino lo que ya sabemos que ha sido anunciado en el Evangelio? Pues cuando venga el Hijo del Hombre, se reunirán ante él todas las naciones; y los separará, como el pastor separa las ovejas de los cabritos: pondrá las ovejas a su derecha, y los cabritos a su izquierda (Mateo XXV, 31-33). He aquí, ya se separarán esos Zipheos: la llama sigue a la separación. ¿Dónde está la flor de aquellos que estarán a la izquierda? ¿No gemirán entonces? ¿No se atormentarán entonces con un arrepentimiento tardío, y dirán: ¿De qué nos sirvió la soberbia, y qué nos aportó la jactancia de las riquezas? Todo aquello pasó como una sombra (Sabiduría V, 8, 9). ¡Oh Zipheos que estáis a la izquierda, tarde os arrepentís de haber florecido en la sombra! ¿Por qué no reconocisteis a David, a quien delatabais oculto entre vosotros? Pues si entonces os hubierais corregido, este dolor no sería infructuoso. Hay un dolor fructífero y un dolor infructuoso; el dolor fructífero es ahora cuando te acusas a ti mismo, cuando reprendes tus malas costumbres, cuando las persigues una vez reprendidas, las excluyes una vez perseguidas, y al excluirlas te transformas, despojándote del hombre viejo y revistiéndote del nuevo, eligiendo más bien el oprobio de Cristo que la flor de los Zipheos. Pero si te ocurre tener en secreto tu bien y estar oculto entre los Zipheos, teniendo también en secreto la promesa de tu recompensa, alguna sublimidad del mundo, no te exaltes: pues si te elevas por ella, caerás en la flor de los Zipheos. Pues así una cierta mujer santa, Esther, en aquel entonces en el pueblo de los judíos, siendo esposa del rey extranjero, cuando llegó el peligro para sus ciudadanos, para suplicar al rey por sus ciudadanos, comenzó a orar, y en la misma oración confesó que todos esos signos reales eran para ella como un paño de menstruación (Esther XIV, 16). Si estas cosas pueden las mujeres, ¿no podrán los hombres? Y si esto pudo una mujer judía, ¿no podrá la Iglesia cristiana? Esto, pues, diré a vuestra Caridad: Si las riquezas abundan, no pongáis el corazón en ellas (Salmo LXI, 11). Aunque abunden, y te siga la prosperidad del mundo, no confíes en el mar, ni en su sonrisa. Si las riquezas abundan, si son muchas, písalas, y cuélgate de tu Dios. Pues cuando las tengas debajo de ti, y de él te cuelgues, cuando sean retiradas, no caerás. No sea que por un mal pensamiento y nada cristiano ocurra en ti lo que se dice en otro salmo, recordando la flor de estos Zipheos: Muy profundas se han hecho tus reflexiones. Digo que se dice, Muy profundas se han hecho tus reflexiones: el hombre imprudente no las conocerá, y el necio no entenderá esto. ¿Qué no entenderá? Cuando los pecadores broten como la hierba, y prosperen todos los que obran iniquidad, para que perezcan para siempre (Salmo XCI, 6-8). Les deleitó la flor de los malvados: dijeron entre sí, He aquí que los malvados florecen, creo que Dios ama a los malvados: y deleitados con la flor temporal de los inicuos, se volvieron a la iniquidad, para que perecieran. No por un tiempo como ellos florecen, sino para siempre. ¿Por qué esto? Porque el hombre imprudente no conocerá, y el necio no entenderá esto, no entrando en el santuario de Dios, para entender el final. Y porque este entendimiento es algo difícil, de ahí comenzó este salmo, para que David se ocultara entre los Zipheos, y no se deleitara en la flor de los Zipheos; sino que eligiera más bien la humildad entre ellos, para tener ante Dios una

claridad oculta. ¿Qué se le concede, pues, en este título? Al final, en himnos: esto es, en alabanzas. ¿Qué alabanzas? El Señor dio, el Señor quitó; como al Señor le agradó, así se hizo: bendito sea el nombre del Señor (Job I, 21). ¿Parecía que se había marchitado, habiendo perdido toda su sustancia? De ninguna manera. Las hojas cayeron, la raíz vivía. Por lo tanto, Al final, en himnos. ¿Qué, Entendimiento para David mismo? Entendimiento contra aquello: El hombre imprudente no conocerá, y el necio no entenderá esto. Entendimiento para David mismo, cuando vinieron los Zipheos, y dijeron a Saúl: ¿No está David escondido entre nosotros? Y que esté escondido entre vosotros, siempre que no florezca como vosotros. Escucha, pues, su voz.

4. [vers. 3.] Dios, sálvame en tu nombre, y júzgame en tu poder. Esto diga la Iglesia oculta entre los Zipheos. Esto diga el cuerpo cristiano que tiene en secreto el bien de sus costumbres, esperando en secreto la recompensa de sus méritos; esto diga: Dios, sálvame en tu nombre, y júzgame en tu poder. Viniste, oh Cristo, apareciste humilde, fuiste despreciado, fuiste azotado, fuiste crucificado, fuiste asesinado: pero al tercer día resucitaste, al cuadragésimo día ascendiste al cielo, te sientas a la derecha del Padre, y nadie lo ve. Desde allí enviaste tu Espíritu, que recibieron los dignos; llenos de tu amor, proclamaron por el mundo y las naciones la alabanza de tu misma humildad: veo tu nombre exaltado en el género humano, pero sin embargo nos fue predicado como débil. Pues tampoco aquel doctor de los gentiles dijo saber algo entre nosotros, sino a Cristo Jesús, y a este crucificado (I Cor. II, 2), para que eligiéramos su oprobio, más que la gloria de los Zipheos florecientes. Sin embargo, ¿qué dice de él? Aunque murió por debilidad, vive por el poder de Dios (II Cor. XIII, 4). Vino, pues, para morir por debilidad, vendrá para juzgar en el poder de Dios: pero por la debilidad de la cruz se glorificó su nombre. Quien no haya creído en el nombre glorificado por la debilidad, temerá al juez cuando venga en poder. Para que aquel que una vez fue débil, cuando venga fuerte, no nos envíe con aquel aventador a la izquierda; sálvanos en su nombre, y júzganos en su poder. Pues, ¿quién sería tan temerario para desear esto, para decirle a Dios, Júzgame? ¿Acaso no se suele decir como maldición a los hombres: Que Dios te juzgue? Así es ciertamente una maldición, si te juzga en su poder; pero si no te ha salvado en su nombre: pero cuando en el nombre precedente te haya salvado, saludablemente en el poder consecuente te juzgará. Esté seguro: ese juicio no será para ti castigo, sino discernimiento. Pues en cierto salmo se dice así: Júzgame, Dios, y defiende mi causa de la gente no santa (Salmo XLII, 1). ¿Qué es, Júzgame? Sepárame de los Zipheos entre los que me oculto: soporté su flor, ya venga también mi flor. Y la flor de ellos fue temporal, y al marchitarse la hierba cayó: pero, ¿cuál será mi flor? Plantados en la casa del Señor, florecerán en los atrios de la casa de nuestro Dios (Salmo XCI, 14). Por lo tanto, también nos queda una flor, pero que no caiga, como la hoja de aquel árbol plantado junto a las aguas, del cual se dijo: Y su hoja no caerá (Salmo I, 3). Dios, pues, sálvame en tu nombre, y júzgame en tu poder.

5. [vers. 4.] Dios, escucha mi oración; atiende a las palabras de mi boca. Que lleguen a tus oídos las palabras de mi boca, porque no deseo de ti la flor de los Zipheos. Atiende a las palabras de mi boca: tú atiende; pues aunque mi oración suene a los Zipheos, no escuchan, porque no entienden. Se alegran de las cosas temporales, no saben desear los bienes eternos. Que mi oración llegue a ti, lanzada y disparada por el deseo de tus beneficios eternos: la envío a tus oídos; ayúdala a llegar, para que no desfallezca en el camino, y como colapsada caiga. Pero aunque no me lleguen ahora los bienes que pido, estoy seguro de que vendrán después. Pues también en los delitos se dice que alguien rogó a Dios, y no fue escuchado para su bien. Los deseos seculares lo incitaron a orar; y puesto en tribulaciones temporales, deseó que pasaran las tribulaciones temporales y volviera la flor de la hierba, y dijo: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? Esa es la voz de Cristo mismo, pero por sus miembros.

Las palabras, dice, de mis delitos: clamé a ti de día, y no me escuchaste; y de noche, y no para mi insensatez (Salmo XXI, 2, 3): es decir, clamé de noche, y no me escuchaste; y sin embargo, esto mismo que no me escuchaste, no fue para mi insensatez que no me escuchaste, sino más bien para mi sabiduría que no me escuchaste, para que entendiera qué debía pedirte. Pues pedía cosas que tal vez recibiría para mi mal. ¡Pides riquezas, oh hombre! ¡Cuántos han sido arruinados por sus riquezas! ¿Cómo sabes si las riquezas te serán útiles? ¿No es cierto que muchos pobres estaban más seguros ocultos; hechos ricos, tan pronto como comenzaron a brillar, fueron presa de los más fuertes? ¡Cuánto mejor sería que se ocultaran, cuánto mejor sería que no fueran conocidos, quienes comenzaron a ser buscados, no por lo que eran, sino por lo que tenían! En estas cosas temporales, hermanos, os amonestamos y exhortamos en el Señor, para que no pidáis algo como fijo, sino lo que Dios sabe que os conviene. Pues lo que os conviene, no lo sabéis en absoluto. A veces lo que pensáis que es beneficioso, perjudica; y lo que pensáis que perjudica, eso beneficia. Pues estáis enfermos, no dictéis al médico qué medicinas debe aplicar. Si el doctor de los gentiles, el apóstol Pablo, dice, Pues no sabemos qué hemos de pedir como conviene (Rom. VIII, 26); ¿cuánto más nosotros? Sin embargo, cuando él mismo se consideraba orando prudentemente, para que se le quitara el aguijón de la carne, el ángel de Satanás que lo abofeteaba, para que no se exaltara en la grandeza de las revelaciones, ¿qué escuchó del Señor? ¿Acaso se hizo lo que quería? No; para que se hiciera lo que convenía. ¿Qué escuchó, pues, del Señor? Tres veces, dice, rogué al Señor, para que lo quitara de mí; y me dijo, Bástate mi gracia: pues mi poder se perfecciona en la debilidad (II Cor. XII, 7-9). Yo puse el medicamento en la herida: sé cuándo lo puse, sé cuándo debe ser retirado. No se aparte el enfermo de las manos del médico, no dé consejo al médico. Así son todas estas cosas temporales. Hay tribulaciones; si sirves bien a Dios, sabe que él sabe lo que conviene a cada uno: hay prosperidades; más bien teme que ellas corrompan tu alma, para que se aparte de aquel que dio estas cosas. Por lo tanto, este entendiendo qué dice: Dios, escucha mi oración; atiende a las palabras de mi boca.

6. [vers. 5.] Porque se han levantado contra mí los extraños. ¿Qué extraños? ¿No era David mismo judío de la tribu de Judá? Pero el lugar de Ziph pertenecía a la tribu de Judá, era de los judíos. ¿Cómo, pues, extraños? No por ciudad, no por tribu, no por parentesco, sino por la flor. Pues, ¿quieres conocer a esos extraños? En otro salmo se les llama hijos extraños, cuya boca ha hablado vanidad, y su diestra es diestra de iniquidad. Y enumera la flor de los Zipheos: cuyos hijos son como plantas nuevas establecidas en su juventud: sus hijas adornadas y compuestas, como la semejanza de un templo; sus graneros llenos, rebosantes de uno a otro: sus ovejas fecundas, multiplicándose en sus salidas; sus bueyes gordos: no hay ruina de seto, ni salida, ni clamor en sus plazas. Pero mira a los Zipheos, mira cómo florecen por un tiempo. Dijeron bienaventurado al pueblo que tiene estas cosas. Con razón hijos extraños. ¿Y tú qué, oculto entre los Zipheos? Bienaventurado el pueblo cuyo Dios es el Señor (Salmo CXLIII, 7-15). Desde este afecto se envía esta oración a los oídos del Señor, cuando se dice: Atiende a las palabras de mi boca; porque se han levantado contra mí los extraños.

7. Y los poderosos han buscado mi alma. Pues de una manera nueva, hermanos míos, quieren destruir el linaje de los santos y de aquellos que se abstienen de la esperanza de este mundo, todos los que tienen su esperanza en este mundo. Ciertamente están unidos, ciertamente viven juntos. Estos dos géneros son muy adversos entre sí: uno de aquellos que no ponen su esperanza sino en las cosas del mundo y en la felicidad temporal, y otro de aquellos que ponen firmemente su esperanza en el Señor su Dios. Y cuando estos Zipheos están de acuerdo, no creas mucho en su concordia; faltan tentaciones: cuando venga alguna tentación, para que alguien sea acusado por la flor del mundo, no te digo que ofenderá al obispo, sino

que ni siquiera quiere acercarse a la misma Iglesia, para que no caiga algo de la hierba. ¿Por qué dije esto, hermanos? Porque ahora todos escucháis con gusto en el nombre de Cristo, y como entendéis, así exclamáis ante la palabra; no aclamaríais, ciertamente, si no entenderíais. Este entendimiento vuestro debe ser fructífero. Pero si es fructífero, la tentación lo pregunta; no sea que de repente, cuando se os llama nuestros, por la tentación seáis encontrados extraños, y se diga, Se han levantado contra mí los extraños, y los poderosos han buscado mi alma; no sea que se diga lo que sigue, No han puesto a Dios delante de sus ojos. Pues, ¿cómo pondrá a Dios delante de sus ojos, aquel ante cuyos ojos no hay sino el mundo? ¿Cómo se acumula moneda sobre moneda, cómo se aumentan los rebaños, cómo se llenan los almacenes, cómo se dice al alma: Tienes muchos bienes; alégrate, banquetea, sacia? ¿Acaso pone delante de sus ojos a aquel que así le dice al que se gloria y brilla en la flor de los Zipheos: Necio, esto es, no entendiendo, hombre imprudente, esta noche se te quitará el alma; todas estas cosas que has preparado, ¿de quién serán? (Lucas XII, 20). No han puesto a Dios delante de sus ojos.

8. [vers. 6.] Pues he aquí que Dios me ayuda. Y ellos no saben entre quienes me oculto. Pero si ellos también pusieran a Dios delante de sus ojos, encontrarían cómo Dios me ayuda. Pues todos los santos son ayudados por Dios, pero en el interior donde nadie ve. Pues así como la gran pena de los impíos es la conciencia, así la gran alegría de los piadosos es la misma conciencia. Pues nuestra gloria es esta, dice el Apóstol, el testimonio de nuestra conciencia (II Cor. I, 12). En esto se gloria este en el interior, no en la flor de los Zipheos en el exterior, quien ahora dice: Pues he aquí que Dios me ayuda. Ciertamente, aunque sean lejanas las cosas que promete, hoy para mí es dulce y presente la ayuda, hoy en el gozo de mi corazón encuentro que en vano dicen algunos: ¿Quién nos mostrará el bien? Pues ha sido sellada sobre nosotros la luz de tu rostro, Señor; has dado alegría en mi corazón (Salmo IV, 6, 7): no en mi viña, no en mi rebaño, no en mi copa, no en mi mesa, sino en mi corazón. Pues he aquí que Dios me ayuda. ¿Cómo te ayuda? Y el Señor es el sustentador de mi alma.

9. [vers. 7.] Aparta el mal de mis enemigos. Así como reverdecen, así como florecen, están reservados para el fuego. En tu poder destrúyelos. Supón que florecen ahora, supón que brotan como la hierba: tú no seas un hombre imprudente y necio, para que al atender a estas cosas perezcas para siempre (Salmo XCI, 7, 8). Pues aparta el mal de mis enemigos. Pues si tú estás en el cuerpo de ese David, en su poder los destruirá. Estos florecen en la felicidad del mundo, perecen en el poder de Dios. No como florecen así perecen: pues florecen por un tiempo, perecen para siempre; florecen con falsos bienes, perecen con verdaderos tormentos. En tu poder destrúyelos: a quienes en tu debilidad soportaste.

10. [vers. 8.] Voluntariamente te sacrificaré. ¿Quién puede elegir este bien del corazón por otro que lo diga, si no lo ha probado en sí mismo? ¿Qué significa, Voluntariamente te sacrificaré? Sin embargo, lo diré; que lo entienda quien pueda, como pueda: que crea quien no pueda, y ore para que pueda. ¿Debemos pasar por alto este versículo sin recomendarlo a ustedes? Les digo, queridos, que el amor mismo me invita a hablar algo de él; y doy gracias a Dios porque escuchan atentamente. Si viera que ustedes se aburren al escuchar, a regañadientes guardaría silencio sobre este versículo; y sin embargo, en mi corazón, tanto como el Señor se dignara concederme, no guardaría silencio. Que llegue a la lengua lo que se ha concebido en el corazón; que se exprese con la voz lo que se guarda en la mente: digamos como podamos, qué significa, Voluntariamente te sacrificaré. ¿Qué sacrificio debo tomar aquí, hermanos? ¿O qué ofreceré dignamente al Señor por su misericordia? ¿Buscaré víctimas del rebaño de ovejas, elegiré un carnero, buscaré un toro entre los rebaños, traeré incienso de la tierra de los sabeos? ¿Qué haré? ¿Qué ofreceré, sino lo que dice, El sacrificio

de alabanza me honrará (Salmo XLIX, 23)? ¿Por qué entonces, voluntariamente? Porque amo gratuitamente lo que alabo. Alabo a Dios, y en esa alabanza me regocijo: me regocijo en su alabanza, de quien al ser alabado no me avergüenzo. No es como cuando los aficionados a las tonterías teatrales alaban a un auriga, a un cazador, o a cualquier actor, y sus alabadores invitan a otros a alabar, exhortándolos a que griten juntos; y cuando todos han gritado, a menudo, si aquel es vencido, todos se avergüenzan: no es así nuestro Dios; sea alabado voluntariamente, sea amado con caridad; sea gratuito lo que se ama y lo que se alaba. ¿Qué es gratuito? Él por sí mismo, no por otra cosa. Si alabas a Dios para que te dé algo más, ya no amas a Dios gratuitamente. Te avergonzarías si tu esposa te amara por tus riquezas; y tal vez si te sobreviniera la pobreza, pensaría en el adulterio. Entonces, si deseas que tu cónyuge te ame gratuitamente, ¿amarás tú a Dios por otra cosa? ¿Qué recompensa recibirás de Dios, oh avaro? No te guarda la tierra, sino a sí mismo, quien hizo el cielo y la tierra. Voluntariamente te sacrificaré: no lo hagas por necesidad. Si alabas a Dios por otra cosa, lo alabas por necesidad. Si tuvieras lo que amas, no alabarías a Dios. Mira lo que digo: alabas a Dios, por ejemplo, para que te dé mucho dinero; si tuvieras mucho dinero de otra fuente, no de Dios, ¿alabarías a Dios? Si entonces alabas a Dios por dinero, no sacrificas a Dios voluntariamente, sino por necesidad: porque amas algo más que a Él. Por eso se dice, Voluntariamente te sacrificaré. Desprecia todo, atiende a Él. Y estas cosas que ha dado, son buenas por el dador. Pues ciertamente da, da estas cosas temporales; y a algunos para su bien, a otros para su mal, según la profundidad y la altura de sus juicios. En el abismo de cuyos juicios se asombró el Apóstol diciendo: ¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y del conocimiento de Dios, cuán inescrutables son sus juicios, e ininvestigables sus caminos! ¿Quién investigará sus caminos, o quién comprenderá sus consejos? (Rom. XI, 33, 34). Él sabe cuándo dar, a quién dar; cuándo quitar, y a quién quitar. Pide en este tiempo lo que te sea útil para el futuro, pide lo que te ayude para la eternidad. Pero ámalo gratuitamente: porque no encontrarás mejor cosa que Él mismo para que te dé; o si encuentras algo mejor, pide eso. Voluntariamente te sacrificaré. ¿Por qué voluntariamente? Porque gratuitamente. ¿Qué significa, gratuitamente? Y confesaré tu nombre, Señor, porque es bueno: por nada más, sino porque es bueno. ¿Acaso dice: Confesaré tu nombre, Señor, porque me das propiedades fructíferas, porque me das oro y plata, porque me das grandes riquezas, mucho dinero, una dignidad excelentísima? No. ¿Sino qué? Porque es bueno. No encuentro nada mejor que tu nombre: por eso confesaré tu nombre, Señor, porque es bueno.

11. [vers. 9.] Porque de toda tribulación me has librado. Por eso entendí que tu nombre es bueno: pues si pudiera reconocer esto antes de las tribulaciones, tal vez no me habrían sido necesarias. Pero se ha añadido la tribulación para la advertencia, la advertencia se ha hecho para tu alabanza. Pues no entendería dónde estaba, si no hubiera sido advertido por mi debilidad. De todas las tribulaciones me has librado. Y sobre mis enemigos ha mirado mi ojo: sobre aquellos zifeos ha mirado mi ojo. Pues he pasado por encima de su flor con la altura del corazón, he llegado a ti, y desde allí he mirado sobre ellos, y he visto que toda carne es hierba, y toda la gloria del hombre como la flor de la hierba (Isaías XL, 6): como se dice en otro lugar, Vi al impío exaltarse y elevarse como los cedros del Líbano: pasé, y he aquí que no estaba. ¿Por qué, no estaba? Porque pasaste. ¿Qué significa, porque pasaste? Porque no en vano escuchaste, Arriba el corazón, porque no permaneciste en la tierra donde te pudrieras, porque levantaste tu alma a Dios, y pasaste por encima de los cedros del Líbano, y desde esa altura miraste: y he aquí que no estaba, y lo buscaste, y no se encontró su lugar (Salmo XXXVI, 35, 36). Ya no hay trabajo ante ti; porque entraste en el santuario de Dios, y entendiste en lo último (Salmo LXXII, 16, 17). Así también aquí concluye: Y sobre mis enemigos ha mirado mi ojo. Hagan esto, hermanos, con sus almas: eleven sus corazones, pulan la agudeza de su mente, aprendan a amar a Dios gratuitamente, aprendan a despreciar

el mundo presente, aprendan a sacrificar voluntariamente la ofrenda de alabanza; para que, trascendiendo la flor de la hierba, miren sobre sus enemigos.

EN EL SALMO LIV COMENTARIO. SERMON A LA GENTE.

1. [vers. 1.] El título de este salmo es: Al final, en himnos, entendimiento para David. Recordamos brevemente qué es el fin, porque lo saben. El fin de la Ley es Cristo, para justicia a todo creyente (Rom. X, 4). Por tanto, la intención debe dirigirse al fin, dirigirse a Cristo. ¿Por qué se dice fin? Porque todo lo que hacemos, lo referimos a Él; y cuando lleguemos a Él, no tendremos más que buscar. Se dice fin el que consume, se dice fin el que perfecciona. Pues entendemos de manera diferente cuando escuchamos, Se acabó la comida que se comía; y de manera diferente cuando escuchamos, Se acabó la vestidura que se tejía: en ambos casos escuchamos, Se acabó; pero la comida para que ya no existiera, la vestidura para que estuviera perfecta. Por tanto, nuestro fin debe ser nuestra perfección; nuestra perfección es Cristo. En Él somos perfeccionados, porque somos miembros de su cabeza. Y se dice fin de la Ley, porque sin Él nadie perfecciona la Ley. Por tanto, cuando escuchan en los Salmos, Al final, pues muchos salmos están así titulados, no piensen en consumación, sino en perfección.

2. En himnos: en alabanzas. Pues ya sea que estemos atribulados y angustiados, ya sea que nos regocijemos y exultemos, Él debe ser alabado, quien en las tribulaciones nos instruye, y en la alegría nos consuela. Pues la alabanza de Dios no debe apartarse del corazón y la boca del cristiano: no para que alabe en los tiempos prósperos, y maldiga en los adversos; sino como prescribe aquel salmo, Bendeciré al Señor en todo tiempo, su alabanza estará siempre en mi boca (Salmo XXXIII, 1). Te alegras, reconoce al padre que halaga; estás atribulado, reconoce al padre que corrige. Ya sea que halague o corrija, instruye a aquel a quien prepara la herencia.

3. ¿Qué significa entonces, Entendimiento para David? David era, como sabemos, un santo profeta, rey de Israel, hijo de Jesé (I Sam. XVI, 18): pero porque de su linaje vino para nuestra salvación según la carne el Señor Jesucristo (Rom. I, 3), a menudo con este nombre se figura a aquel, y David se pone en figura de Cristo, por el origen de su carne. Pues según algo es hijo de David, según algo es Señor de David: hijo de David según la carne, Señor de David según la divinidad. Pues si por Él fueron hechas todas las cosas (Juan I, 3), por Él también fue hecho el mismo David, de cuyo linaje vino a los hombres. Por tanto, cuando el Señor preguntó a los judíos, de quién decían que era hijo Cristo; respondieron: de David. Los vio quedarse en la carne, y perder la divinidad; y los corrige con una pregunta propuesta: ¿Cómo entonces el mismo David en espíritu lo llama Señor, diciendo, Dijo el Señor a mi Señor, Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies? Si entonces él en espíritu lo llama Señor, ¿cómo es su hijo? (Mat. XXII, 42-45). Propuso una pregunta, no negó al hijo. Han escuchado al Señor; digan cómo es hijo: han escuchado al hijo; digan cómo es Señor. Esta pregunta la resuelve la fe católica. ¿Cómo es Señor? Porque en el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. ¿Cómo es hijo? Porque el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros (Juan I, 1, 14). Porque entonces David en figura es Cristo, pero Cristo, como hemos recordado a menudo a su Caridad, es tanto cabeza como cuerpo: no debemos decir que estamos ajenos a Cristo, de quien somos miembros, ni contarnos como otro; porque serán dos en una sola carne. Este es un gran misterio, dice el Apóstol, pero yo lo digo respecto de Cristo y de la Iglesia (Efes. V, 31, 32). Porque entonces todo Cristo es cabeza y cuerpo; cuando escuchamos, Entendimiento para David, entendamos también a nosotros en David. Que los miembros de Cristo entiendan, y en sus miembros entienda Cristo, y los miembros de Cristo entiendan en Cristo: porque cabeza y

miembros son un solo Cristo. La cabeza estaba en el cielo, y decía, ¿Por qué me persigues? (Hechos IX, 4). Nosotros con Él en el cielo por la esperanza, Él con nosotros en la tierra por la caridad. Por tanto, entendimiento para David. Seamos advertidos cuando escuchamos, y que la Iglesia entienda: pues nos concierne con gran cuidado entender en qué mal estamos ahora, y de qué mal deseamos ser liberados, recordando la oración del Señor, donde al final decimos, Líbranos del mal (Mat. VI, 13). Entre muchas tribulaciones de este siglo, el salmo lamenta algo del entendimiento. Aquel que no llora con este, no tiene entendimiento. Sin embargo, queridos, debemos recordar que hemos sido hechos a imagen de Dios, y no en otro lugar que en el mismo entendimiento. Pues en muchas cosas somos superados por las bestias: pero donde el hombre sabe que ha sido hecho a imagen de Dios, allí reconoce en sí algo más que lo que se ha dado a los animales. En verdad, considerando todas las cosas que tiene el hombre, encuentra que se distingue propiamente del animal en que él tiene entendimiento. Por eso, algunos que desprecian en sí lo que han recibido como propio y principal del Creador, el mismo Creador los reprende diciendo: No seáis como el caballo y el mulo, que no tienen entendimiento (Salmo XXXI, 9). Y en otro lugar dice: El hombre en honor. ¿En qué honor, sino porque fue hecho a imagen de Dios? Por tanto, en honor no entendió, dice, fue comparado a las bestias insensatas, y se hizo semejante a ellas (Salmo XLVIII, 21). Reconozcamos entonces nuestro honor, y entendamos. Si entendemos, vemos que esta no es la región de la alegría, sino del llanto; no ya de la exultación, sino aún del lamento. Pero aunque alguna exultación habite en nuestros corazones, aún no está en la realidad, sino en la esperanza. Nos alegramos por la promesa, porque sabemos que no nos engaña quien promete. Sin embargo, en cuanto al tiempo presente, en qué mal, en qué angustias estamos, escuchen; y si siguen este camino, reconozcan en ustedes lo que escuchan. Pues quien aún no sigue el camino de la piedad, se maravilla de que tales cosas lamenten los miembros de David: pues no ve estas cosas en sí mismo. Mientras no vea estas cosas en sí mismo, aún no está allí: no siente lo que siente el cuerpo; porque está fuera del cuerpo: incorpórese, y sentirá. Diga entonces y escuchemos, escuchemos y digamos:

4. [vers. 2-5.] Escucha, Dios, mi súplica, y no desprecies mi oración: atiéndeme, y escúchame. Son palabras de alguien que se afana, que está preocupado, que está en tribulación. Ora sufriendo mucho, deseando ser liberado del mal: queda por escuchar en qué mal está; y cuando comience a hablar, reconozcamos que estamos allí, para que compartiendo la tribulación, unamos la oración. Me he contristado en mi ejercicio, y me he turbado. ¿Dónde me he contristado? ¿Dónde me he turbado? En mi ejercicio, dice. Va a mencionar a los hombres malos que padece, y ha llamado a esa misma pasión de los hombres malos su ejercicio. No piensen que los malos están en este mundo sin razón, y que Dios no hace nada bueno con ellos. Todo malvado vive o para ser corregido, o para que por él se ejercite el bueno. Ojalá entonces que quienes ahora nos ejercitan, se conviertan, y se ejerciten con nosotros: sin embargo, mientras sean tales que ejerciten, no los odiamos; porque en cuanto alguien de ellos es malo, no sabemos si perseverará hasta el fin; y a menudo cuando crees que odias a un enemigo, odias a un hermano, y no lo sabes. El diablo y sus ángeles nos han sido manifestados en las Sagradas Escrituras, que están destinados al fuego eterno. Solo de ellos debe desesperarse la corrección: contra quienes tenemos una lucha oculta, para la cual lucha nos arma el Apóstol, diciendo: No tenemos lucha contra carne y sangre, es decir, contra los hombres que ven, sino contra principados y potestades y rectores del mundo, de estas tinieblas (Efes. VI, 12). No sea que cuando dijo, mundo, entiendas que los demonios son rectores del cielo y la tierra; dijo, mundo, de estas tinieblas; dijo, mundo, de los amantes del mundo; dijo, mundo, de los impíos e inicuos; dijo, mundo, del que dice el Evangelio: Y el mundo no lo conoció (Juan I, 10). Pues si el mundo no conoció la luz, porque la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la comprendieron, y esas mismas tinieblas que no

comprendieron la luz presente, se llaman mundo; de estas tinieblas son aquellos rectores. De esos rectores, por tanto, tenemos la sentencia determinada de las Escrituras, que de ninguno de ellos debe esperarse retorno. Pero de esas mismas tinieblas de las cuales ellos son rectores, no estamos seguros de que tal vez quienes eran tinieblas, se conviertan en luz. Pues a los ya fieles les dice el Apóstol, Fueron alguna vez tinieblas, ahora son luz en el Señor (Efes. V, 8): tinieblas en ustedes, luz en el Señor. Por tanto, hermanos, todos los malos, cuando son malos, ejercitan a los buenos. Miren brevemente, y entiendan. Si eres bueno, no tendrás enemigo sino al malo. Por otro lado, se te ha fijado esta regla de bondad, para que imites la bondad de tu Padre, que hace salir su sol sobre buenos y malos, y hace llover sobre justos e injustos (Mat. V, 45). Pues no tienes enemigo, y Dios no tiene. Tú lo tienes enemigo a quien fue creado contigo; Él lo tiene enemigo a quien creó. Por tanto, leemos a menudo en las Escrituras que Dios tiene enemigos malos e inicuos: y Él les perdona a quienes no tiene nada que imputarles como enemigo, a quien todo enemigo es ingrato; pues de Él tiene todo lo bueno que tiene. De Él tiene misericordia, todo lo que es incluso de lo que se tribula. Para esto se tribula, para que no se enorgullezca; para esto se tribula, para que humilde reconozca al excelso. Tú, por tanto, a tu enemigo, a quien padeces intolerablemente, ¿qué le has dado? Si Él lo tiene enemigo a quien tanto le ha dado, y hace salir su sol sobre buenos y malos, y hace llover sobre justos e injustos; tú que no puedes hacer salir el sol, ni llover sobre la tierra, ¿no puedes guardar algo para tu enemigo, para que haya paz en la tierra al hombre de buena voluntad (Luc. II, 14)? Por tanto, porque se te fija esta regla de amor, para que imitando al Padre ames al enemigo: Amen a sus enemigos (Id. VI, 27, 35): ¿cómo serías ejercitado en este precepto, si no padecieras a ningún enemigo? Ves, por tanto, que te beneficia algo: y que Dios perdona a los malos, te beneficia para tener misericordia; porque tú también, si eres bueno, tal vez fuiste hecho bueno de malo; y si Dios no perdonara a los malos, ni tú que das gracias, aparecerías. Que perdone, por tanto, a otros, quien te perdonó a ti. Pues no cuando hayas pasado, debe cerrarse el camino de la piedad.

5. ¿Dónde, entonces, ora este hombre colocado entre los malos, cuyas enemistades lo atormentaban? ¿Qué dice? Me he entristecido en mi ejercicio, y me he turbado. Al extender su amor para amar a los enemigos, se sintió fatigado, acosado por las enemistades de muchos, por la rabia de muchos, y sucumbió a cierta debilidad humana. Vio que comenzaba a ser penetrado por la mala persuasión diabólica, para inducir el odio contra los enemigos: resistiendo al odio para perfeccionar el mismo amor, en esa lucha y contienda se turbó. Su voz es también en otro salmo: Se turbó mi ojo de ira. ¿Y qué sigue allí? Envejecí entre todos mis enemigos (Salmo VI, 8). Como si en la tempestad y las olas comenzara a hundirse, como Pedro (Mateo XIV, 30). Pues aquel que ama a los enemigos pisa las olas de este mundo. Cristo caminaba intrépido sobre el mar, de cuyo corazón no podía ser arrancado el amor al enemigo: quien colgado en la cruz decía, Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen (Lucas XXIII, 34). Y Pedro quiso caminar. Él como cabeza, Pedro como cuerpo: porque sobre esta piedra, dice, edificaré mi Iglesia. Se le ordenó caminar, y caminaba por la gracia del que ordena, no por sus propias fuerzas. Pero al ver el fuerte viento, tuvo miedo; y ya comenzaba a hundirse, turbado en su ejercicio. ¿Por qué viento fuerte? Por la voz del enemigo, y por la tribulación del pecador. Entonces, ¿cómo clamó él en las olas, Señor, perezco, sálvame (Mateo XIV, 30); así también precedió la voz de este, Escucha, Dios, mi súplica, y no desprecies mi oración: atiéndeme y escúchame. ¿Por qué? ¿Qué sufres? ¿Por qué gimes? Me he entristecido en mi ejercicio. Me has puesto a ejercitarme entre los malos, pero se han levantado demasiado sobre mis fuerzas: perturbado en la tranquilidad, extiende tu mano al que se hunde. Me he entristecido en mi ejercicio, y me he turbado por la voz del enemigo, y por la tribulación del pecador: porque han declinado hacia mí la iniquidad, y en

ira me han oscurecido. Oísteis las olas y los vientos: como si insultaran al humillado, y él oraba; por todas partes le rodeaban con el estruendo de la burla, pero él invocaba interiormente a quien no veían.

6. Cuando un cristiano sufre algo así, no debe fácilmente ir al odio contra quien lo hace sufrir, y querer vencer el viento; sino volverse a la oración, para no perder el amor. Pues no hay que temer que el hombre enemigo haga algo. ¿Qué va a hacer? Dirá muchas cosas malas, lanzará insultos, se enfurecerá en injurias: pero ¿qué te importa? Alegraos, dice, y regocijaos porque vuestra recompensa es grande en los cielos (Mateo V, 12). Él en la tierra multiplica los insultos, tú en el cielo las ganancias. Pero que se enfurezca más, que pueda hacer algo más: ¿qué te hace más seguro, a quien se le ha dicho, No temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma (Mateo X, 28)? ¿Qué hay que temer entonces cuando sufres al enemigo? Que no se turbe en ti el amor con el que amas al enemigo. Pues ese hombre enemigo, carne y sangre, lo que ve en ti lo desea. Pero otro enemigo oculto, el gobernante de estas tinieblas que sufres en carne y sangre, busca tu otro yo oculto, intenta saquear y devastar tus tesoros interiores. Por tanto, pon ante tus ojos dos enemigos; uno abierto, y otro oculto: el abierto, el hombre; el oculto, el diablo. Ese hombre es lo que tú eres según la naturaleza humana, pero según la fe y el amor aún no es lo que tú eres, pero puede llegar a ser lo que tú eres. Entonces, siendo dos, uno ves, otro entiendes; uno amas, otro evitas. Pues también ese enemigo que ves, quiere humillarte en aquello en lo que es vencido. Por ejemplo, si es vencido por tus riquezas, quiere hacerte pobre; si es vencido por tu honor, quiere hacerte humilde; si es vencido por tus fuerzas, quiere hacerte débil: por tanto, atiende en ti a derribar o quitar aquello por lo que es vencido. Y ese enemigo oculto quiere quitarte aquello por lo que es vencido. Pues al hombre vences con la felicidad humana, pero al diablo lo vences con el amor al enemigo. Así como el hombre ambiciona quitarte y truncar o destruir la felicidad por la que es vencido, así también el diablo quiere vencer al hombre quitándole aquello por lo que es vencido. Pero cuida de guardar en tu corazón el amor al enemigo, con el que vences al diablo. Que el hombre se enfurezca cuanto pueda, que quite lo que pueda; si se ama al que abiertamente se enfurece, ha sido vencido el que ocultamente se enfurece.

7. Pero este, turbado y entristecido, oraba, como si su ojo estuviera turbado por la ira. La ira del hermano, si se vuelve vieja, ya es odio. La ira turba el ojo, el odio lo extingue: la ira es una paja, el odio es una viga. A veces odias y corriges al que se enoja; en ti está el odio, en él la ira a quien corriges: con razón se te dice, Saca primero la viga de tu ojo, y así verás para sacar la paja del ojo de tu hermano (Mateo 7, 5). Pues para que sepáis cuánto difiere la ira del odio: diariamente los hombres se enojan con sus hijos; dadme a quien odie a sus hijos. Este turbado oraba y se entristecía, luchando contra todos los insultos de todos los injuriadores; no para vencer a alguno de ellos devolviendo el insulto, sino para no odiar a ninguno de ellos. Por esto ora, por esto pide. Por la voz del enemigo, y por la tribulación del pecador: porque han declinado hacia mí la iniquidad, y en ira me han oscurecido. Mi corazón se ha turbado en mí. Esto es lo que se dice en otro lugar: Se turbó mi ojo de ira (Salmo VI, 8). Y si el ojo está turbado, ¿qué sigue? Y el miedo a la muerte cayó sobre mí. Nuestra vida es el amor: si la vida es el amor, la muerte es el odio. Cuando el hombre comienza a temer que odiará a quien amaba, teme la muerte; y una muerte más aguda, y una muerte interior, con la que se mata el alma, no el cuerpo. Observabas al hombre que se enfurecía contra ti: ¿qué iba a hacer, contra quien tu Señor te había dado seguridad, diciendo, No temáis a los que matan el cuerpo (Mateo X, 28)? Él, enfureciéndose, mata el cuerpo, tú, odiando, matas el alma; y él el cuerpo ajeno, tú tu alma. Por tanto, el miedo a la muerte cayó sobre mí.

8. [vers. 6-8.] El temor y el temblor vinieron sobre mí, y me cubrieron las tinieblas. Y dije. Quien odia a su hermano, está en tinieblas hasta ahora. Si el amor es luz, el odio son tinieblas

(1 Juan II, 9-11). ¿Y qué se dice a sí mismo en esa debilidad, y turbado en ese ejercicio? ¿Quién me dará alas como de paloma, y volaré, y descansaré? O deseaba la muerte, o anhelaba la soledad. Mientras, dice, esto se me impone, se me ordena amar a los enemigos, los insultos de estos que crecen y me oscurecen, conmueven mi ojo, perturban mi luz, atacan mi corazón, matan mi alma. Quisiera irme, pero soy débil, no sea que permaneciendo aumente los pecados a los pecados: o al menos me separara un poco del género humano, para que mi herida no sufra golpes frecuentes, y sanada sea devuelta al ejercicio. Esto sucede, hermanos, y surge a menudo en el ánimo del siervo de Dios el deseo de soledad, no por otra cosa sino por la multitud de tribulaciones y escándalos, y dice: ¿Quién me dará alas? Se ve a sí mismo sin alas, o más bien con las alas atadas. Si faltan, que se den; si están atadas, que se suelten: porque también quien suelta las alas de un ave, o se las da o se las devuelve. Pues no las tenía como propias, con las que no podía volar. Las alas atadas son una carga. ¿Quién, dice, me dará alas como de paloma, y volaré, y descansaré? ¿Dónde descansará? Dije que hay dos sentidos aquí: o como dice el Apóstol, Desearía partir y estar con Cristo, porque es mucho mejor. Pues él mismo, aunque fuerte, aunque grande, aunque de corazón muy robusto, aunque en Cristo un soldado invicto, en su ejercicio, según leemos, se turbó, y dijo: De aquí en adelante nadie me cause molestias (Gálatas VI, 17). Como si dijera de aquel salmo: Me ha tomado el tedio de los pecadores que abandonan tu ley (Salmo CXVIII, 53). Por tanto, el hombre intenta a menudo corregir a los hombres torcidos, perversos, que pertenecen a su cuidado, pero en los que toda industria y vigilancia humana falla: no puede corregir, debe soportar. Y quien no puede ser corregido es tuyo, ya sea por la comunidad del género humano, o a menudo por la comunión eclesiástica; está dentro, ¿qué harás? ¿a dónde irás? ¿a dónde te separarás, para no sufrir esto? Pero permanece, habla, exhorta, persuade, amenaza, corrige. Hice todo, gasté y exprimí todas las fuerzas que tenía, no veo que haya logrado nada; toda la obra se ha consumido, el dolor ha quedado. ¿Cómo, entonces, descansará mi corazón de tales cosas, sino diciendo, ¿Quién me dará alas? como de paloma, no como de cuervo. La paloma busca escapar de las molestias, pero no pierde el amor. Pues la paloma se pone como símbolo del amor, y en ella se ama el gemido. Nada es tan amigo de los gemidos como la paloma: gime día y noche, como si estuviera aquí donde hay que gemir. ¿Qué dice, entonces, este amante? No puedo soportar los insultos de los hombres, chirrían, se llevan por la rabia, se encienden en ira, me oscurecen en ira; no puedo beneficiarlos: ojalá descansara en algún lugar separado de ellos en cuerpo, no en amor; para que en mí no se turbe el mismo amor: con mis palabras y mi conversación no puedo beneficiarlos, orando por ellos tal vez los beneficie. Dicen estas cosas los hombres, pero a menudo están tan atados que no pueden volar. Pues no están atados con liga, sino con deber. Si están atados por el cuidado y el deber, y no pueden abandonarlo, digan: Desearía partir y estar con Cristo, porque es mucho mejor; permanecer en la carne es necesario por vosotros (Filipenses I, 23, 24). La paloma atada por afecto, no por codicia, no podía volar por cumplir con su deber, no por poco mérito. Sin embargo, es necesario que haya deseo en el corazón: y este deseo no lo sufre sino quien ha comenzado a caminar por ese camino angosto (Mateo VII, 14); para que sepa que no faltan persecuciones a la Iglesia, incluso en este tiempo cuando parece haber tranquilidad para la Iglesia de aquellas persecuciones que sufrieron nuestros mártires. Pero no faltan persecuciones, porque es verdad aquello: Todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo, sufrirán persecución (II Timoteo III, 12). No sufres persecución: no quieres vivir piadosamente en Cristo. ¿Quieres probar que es verdad lo que se dice? Comienza a vivir piadosamente en Cristo. ¿Qué es vivir piadosamente en Cristo? Que te afecte lo que dice el Apóstol: ¿Quién se enferma, y yo no me enfermo? ¿quién se escandaliza, y yo no me quemó? (II Corintios XI, 29) Las debilidades de otros, los escándalos de otros, fueron sus persecuciones. ¿Acaso faltan en este tiempo? Abundan más aquellos que las cuidan. Y a menudo se ve a un hombre de lejos, y se dice, Le va bien. Y el que lo dice, o saborea lo suyo,

y no puede lo ajeno; o no tiene en sí mismo qué saborear, y no compadece al que saborea, más bien devora. Comience, entonces, a vivir piadosamente en Cristo, y pruebe lo que se dice: comienza a desear alas, a alejarse, a huir, y a permanecer en el desierto.

9. ¿De dónde pensáis, hermanos, que los desiertos están llenos de siervos de Dios? Si les fuera bien entre los hombres, ¿se apartarían de los hombres? Y sin embargo, ¿qué hacen ellos también? He aquí que se alejan huyendo, permanecen en el desierto: pero ¿acaso individualmente? Los retiene la caridad, para que permanezcan con muchos: y de esos muchos surgen quienes los ejercitan. Porque en toda congregación de multitud es necesario que se encuentren malos. Pues Dios, que sabe que necesitamos ser ejercitados, nos mezcla también con los que no perseverarán, o ciertamente tan simulados, que ni siquiera han comenzado en lo que deberían perseverar. Pues sabe que es necesario para nosotros soportar a los malos, y que progrese lo que somos buenos; amar a los enemigos, corregir, castigar, excomulgar, incluso separarlos de nosotros con amor. Ved lo que dice el Apóstol: Si alguno no obedece a nuestra palabra por carta, a este señaladlo, y no os mezcléis con él. Pero para que no se te infiltre la ira por esto, y turbe tu ojo, No, dice, lo consideraréis como enemigo, sino corregidlo como hermano, para que se avergüence (II Tesalonicenses III, 14). De quien indicó separación, no cortó el amor. Vive ese ojo, vive tu vida. Pues perdida la caridad, tu muerte. Temió perderla aquel que dijo: El miedo a la muerte cayó sobre mí. Por tanto, para no perder la vida del amor, ¿quién me dará alas como de paloma, y volaré, y descansaré? ¿A dónde irás? ¿a dónde volarás? ¿dónde descansarás? He aquí que me alejé huyendo, y permanecí en el desierto. ¿En qué desierto? Dondequiera que estés, se congregarán los demás, buscarán el desierto contigo, desearán tu vida, no puedes rechazar la sociedad de los hermanos: se te mezclan también los malos; aún te debe ejercicio. He aquí que me alejé huyendo, y permanecí en el desierto. ¿En qué desierto? Quizás en la conciencia, donde ningún hombre entra, donde nadie está contigo, donde tú y Dios estáis. Pues si en el desierto, en algún lugar, ¿qué harás con los que se congregan? No podrás estar separado del género humano, mientras vivas entre los hombres. Más bien atiende a ese consolador Señor y rey, nuestro emperador y creador, también creado entre nosotros: atiende porque a sus doce mezcló uno que lo traicionaría.

10. [vers. 9.] Dice, He aquí que me alejé huyendo, y permanecí en el desierto. Quizás este, como dije, huyó a su conciencia, allí encontró algún desierto donde descansar. Pero ese amor lo turba: estaba solo en la conciencia, pero no solo en la caridad; dentro se consolaba la conciencia, pero las tribulaciones externas no lo dejaban. Así que en sí mismo tranquilo, pendiente de los demás, cuando aún se turbaba, ¿qué dice? Esperaba a aquel que me salvaría de la pusilanimidad y la tempestad. Es mar, es tempestad: no te queda más que clamar, Señor, perezco (Mateo XIV, 30). Extienda su mano aquel que pisa las olas intrépido, levante tu temor, afirme en sí tu seguridad, te hable dentro, y te diga: Mírame, lo que he soportado: quizás sufres a un hermano malo, o sufres a un enemigo externo; ¿a quiénes no he sufrido? Rugían externamente los judíos, internamente el discípulo traicionaba. Por tanto, la tempestad se enfurece, pero él salva de la pusilanimidad y la tempestad. Quizás tu nave se turba porque él duerme en ti. El mar se enfurecía, la barca en la que navegaban los discípulos se turbaba, pero Cristo dormía: finalmente se dieron cuenta de que entre ellos dormía el creador y gobernador de los vientos; se acercaron y despertaron a Cristo: ordenó a los vientos, y se hizo gran calma (Mateo VIII, 23-26). Por tanto, quizás tu corazón se turba porque se te ha olvidado en quién creíste: sufres intolerablemente, porque no te viene a la mente lo que Cristo sufrió por ti. Si no te viene a la mente Cristo, duerme: despierta a Cristo, recuerda la fe. Entonces duerme en ti Cristo, si has olvidado las pasiones de Cristo: entonces vigila en ti Cristo, si recuerdas las pasiones de Cristo. Pero cuando con todo tu corazón hayas

contemplado lo que él sufrió, ¿no soportarás también tú con ánimo sereno? y tal vez gozoso, porque has sido hallado en alguna semejanza de las pasiones de tu rey. Cuando, entonces, pensando en esto, comiences a consolarte y alegrarte, él se ha levantado, él ha ordenado a los vientos: por eso se ha hecho la calma. Esperaba a aquel que me salvaría de la pusilanimidad y la tempestad.

11. [vers. 10.] Sumerge, Señor, y divide sus lenguas. Observó a los que lo atormentaban y lo oscurecían, y deseó esto, no por ira, hermanos. A quienes se han levantado mal, les conviene ser sumergidos: a quienes han conspirado mal, les conviene que sus lenguas sean divididas: que consientan en el bien, y concuerden sus lenguas. Pero si en lo mismo murmuraban contra mí, dice, todos mis enemigos (Salmo XL, 8), pierdan lo mismo en el mal; divídanse sus lenguas, no consientan entre sí. Sumerge, Señor, y divide sus lenguas. Sumerge, ¿por qué? Porque se han levantado. Divide, ¿por qué? Porque han conspirado en el mal. Recuerda aquella torre hecha por los soberbios después del diluvio: ¿qué dijeron los soberbios? Para que no perezcamos en el diluvio, hagamos una torre alta (Génesis XI, 4). La soberbia pensaba estar protegida, construyeron una torre alta; y el Señor dividió sus lenguas. Entonces comenzaron a no entenderse: de aquí surgió el origen de muchas lenguas. Pues antes había una lengua; pero una lengua beneficiaba a los concordados, una lengua beneficiaba a los hombres: pero cuando aquella reunión se precipitó en la conspiración de la soberbia, Dios les perdonó al dividir sus lenguas, para que al entenderse no hicieran pernicioso unidad. Por los hombres soberbios se dividieron las lenguas, por los humildes apóstoles se congregaron las lenguas: el espíritu de soberbia dispersó las lenguas, el Espíritu Santo congregó las lenguas. Pues cuando el Espíritu Santo vino sobre los discípulos, hablaron en todas las lenguas, fueron entendidos por todos (Hechos II, 4): las lenguas dispersas, se congregaron en uno. Por tanto, si aún se enfurecen y son gentiles, les conviene tener lenguas divididas. Quieren una lengua, vengan a la Iglesia; porque también en la diversidad de lenguas de la carne, hay una lengua en la fe del corazón. Sumerge, Señor, y divide sus lenguas.

12. Porque he visto la iniquidad y la contradicción en la ciudad. Con razón buscaba este el desierto, porque vio la iniquidad y la contradicción en la ciudad. Hay una cierta ciudad turbulenta: fue ella la que construyó la torre, ella fue confundida y llamada Babilonia, ella dispersa entre innumerables naciones (Gén. XI, 9): de allí se congrega la Iglesia en el desierto de la buena conciencia. Pues vio la contradicción en la ciudad. Cristo vino. ¿Quién es Cristo, contradices? El Hijo de Dios. ¿Y Dios tiene un hijo, contradices? Nació de una virgen, sufrió, resucitó. ¿Y cómo puede ser esto, contradices? Al menos observa la gloria de su cruz. Ya en la frente de los reyes está fijada esa cruz, a la que los enemigos insultaron. El efecto probó la virtud: dominó el mundo, no con hierro, sino con madera. La madera de la cruz fue vista como digna de insultos por los enemigos, y estando delante de esa madera movían la cabeza y decían: Si es el Hijo de Dios, descienda de la cruz (Mat. XXVII, 40). Extendía sus manos hacia el pueblo incrédulo y contradictor. Pues si es justo el que vive por la fe (Rom. I, 17), es injusto el que no tiene fe. Lo que aquí dice, iniquidad, entiendo perfidia. Veía, pues, el Señor en la ciudad iniquidad y contradicción, y extendía sus manos hacia el pueblo incrédulo y contradictor; y sin embargo, esperándolos, decía: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen (Luc. XXIII, 34). Aún ciertamente las reliquias de esa ciudad se enfurecen, aún contradicen. Desde las frentes de todos ahora extiende sus manos hacia las reliquias incrédulas y contradictoras. Porque he visto la iniquidad y la contradicción en la ciudad.

13. [vers. 11] Día y noche la rodeará sobre sus muros la iniquidad y el trabajo. Sobre sus muros, sobre sus defensas, sosteniendo como sus cabezas, sus nobles. Ese noble si fuera cristiano, nadie quedaría pagano. A menudo dicen los hombres: Nadie quedaría pagano, si él

fuera cristiano. A menudo dicen los hombres: Y si él se hiciera cristiano, ¿quién quedaría pagano? Por lo tanto, el que aún no se hacen cristianos, son como los muros de esa ciudad incrédula y contradictora. ¿Hasta cuándo estarán de pie estos muros? No siempre estarán de pie. El arca rodea los muros de Jericó: vendrá el tiempo en el séptimo giro del arca, para que todos los muros de la ciudad incrédula y contradictora caigan (Josué VI, 5). Hasta que eso suceda, este se turba en su ejercicio; y soportando las reliquias de los contradictorios, desea alas para volar, desea el descanso del desierto. Más bien, permanezca entre los contradictorios, soporte las amenazas, beba los oprobios, espere a quien lo salve de la pusilanimidad y la tempestad: mire a la cabeza, el ejemplo de su vida, tranquilícese en la esperanza, aunque se turbe en la realidad. Día y noche la rodeará sobre sus muros la iniquidad, y el trabajo en medio de ella y la injusticia. Y por eso hay trabajo allí, porque hay iniquidad allí: porque hay injusticia allí, por eso también hay trabajo allí. Pero escuchen al que extiende las manos: Vengan a mí todos los que trabajan. Ustedes claman, ustedes contradicen, ustedes insultan: él, en cambio, Vengan a mí todos los que trabajan en su soberbia, y descansarán en mi humildad. Aprendan de mí, dice, porque soy manso y humilde de corazón, y encontrarán descanso para sus almas (Mat. XI, 28, 29). Pues, ¿de qué trabajan ellos, sino porque no son mansos y humildes de corazón? Dios se hizo humilde, que el hombre se avergüence de ser soberbio.

14. [vers. 12.] No ha faltado en sus plazas la usura y el engaño. La usura y el engaño no se ocultan al menos porque son malos, sino que públicamente se ensañan. Pues quien hace algo malo en casa, al menos se avergüenza de su mal: En sus plazas la usura y el engaño. La usura tiene incluso profesión, la usura se llama arte: se dice que es un cuerpo, un cuerpo casi necesario para la ciudad, y de su profesión paga tributo: hasta tal punto está en la plaza lo que al menos debería estar oculto. Hay también otra usura peor, cuando no perdonas lo que se te debe; y se turba el ojo en ese verso de la oración, Perdona nuestras deudas. Pues, ¿qué harás allí, cuando vayas a orar y llegues a ese verso? Escuchaste una palabra insultante: quieres exigir el castigo de la condenación. Al menos exige tanto como diste, usurero de injurias. Fuiste golpeado con un puño, buscas la muerte. Mala usura. ¿A dónde irás en oración? Si abandonas la oración, ¿cómo te acercaras al Señor? He aquí que dirás: Padre nuestro, que estás en los cielos: santificado sea tu nombre. Venga tu reino. Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo. Dirás: Danos hoy nuestro pan de cada día. Llegarás a, Perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores (Mat. VI, 9-12). Que en esa mala ciudad abunden esas usuras, no entren en estos muros donde se golpea el pecho. ¿Qué harás, porque allí tú y ese verso están en medio? Un jurista celestial te compuso las oraciones: quien sabía lo que allí se hacía, te dijo, De otra manera no obtendrás. En verdad les digo, que si perdonan los pecados a los hombres, se les perdonarán a ustedes; pero si no perdonan los pecados a los hombres, tampoco su Padre les perdonará a ustedes (Ibid., 14, 15). ¿Quién dice esto? Quien sabe lo que allí se hace, lo que tú pides estando presente. Mira que quiso ser él mismo tu abogado: él mismo tu jurista, él mismo el asesor del Padre, él mismo tu juez dijo, De otra manera no recibirás. ¿Qué harás? No recibirás, si no dices; no recibirás, si dices falsamente. Por lo tanto, o harás y dirás, o no merecerás lo que pides; porque quienes no hacen esto, están en esas malas usuras. Que estén allí aquellos que aún adoran o buscan ídolos; no tú, pueblo de Dios, no tú, pueblo de Cristo, no tú, cuerpo de esa cabeza. Atiende al vínculo de tu paz, atiende a la promesa de tu vida. Pues, ¿de qué te sirve, porque exiges las injurias que sufriste? ¿La venganza te satisface? ¿Entonces te alegrarás del mal ajeno? Sufriste un mal, perdona; para que no sean dos. Y no ha faltado en sus plazas la usura y el engaño.

15. [vers. 13-15.] Por eso buscabas la soledad y las alas, por eso murmurabas, no puedes soportar esto, la contradicción y la iniquidad de esta ciudad. Descansa en aquellos que están contigo adentro, y no busques la soledad. Escucha también lo que dice de ellos, Porque si un enemigo me hubiera insultado. Y ciertamente antes estaba turbado en su ejercicio por la voz del enemigo y por la tribulación del pecador, tal vez puesto en esa ciudad, levantando con soberbia aquella torre que fue sumergida para que se dividieran sus lenguas (Gén. XI, 4): atiende adentro lo que gime por los peligros de los falsos hermanos. Porque si un enemigo me hubiera insultado, lo habría soportado ciertamente: y si el que me odiaba, hubiera hablado grandes cosas contra mí, es decir, me hubiera insultado con soberbia, se hubiera engrandecido sobre mí, me hubiera amenazado con lo que pudiera: me habría escondido ciertamente de él. ¿De aquel que está afuera, dónde te esconderías? Entre aquellos que están adentro. Ahora bien, mira, si no queda nada más, sino que busques la soledad. Pero tú, dice, hombre unánime, mi guía y mi conocido. Tal vez alguna vez diste un buen consejo, tal vez alguna vez me precediste, y me aconsejaste algo saludable: en la Iglesia de Dios estuvimos juntos. Pero tú, hombre unánime, mi guía y mi conocido: que conmigo tomabas dulces alimentos. ¿Cuáles son los dulces alimentos? No todos los presentes lo saben; pero no amarguen los que lo saben, para que puedan decir a aquellos que aún no lo saben: Gusten y vean que el Señor es dulce (Sal. XXXIII, 9). Que conmigo tomabas dulces alimentos. En la casa de Dios caminamos con acuerdo. ¿De dónde, pues, la disensión? El que estaba adentro, se hizo de afuera. Caminó conmigo en la casa de Dios con acuerdo: levantó otra casa contra la casa de Dios. ¿Por qué fue abandonada aquella, donde caminamos con acuerdo? ¿Por qué fue abandonada aquella, donde juntos tomábamos dulces alimentos?

16. [vers. 16.] Que venga la muerte sobre ellos, y desciendan al infierno vivos. ¿Cómo replicó y nos hizo recordar aquel primer inicio del cisma, cuando en aquel primer pueblo de los judíos algunos soberbios se separaron, y quisieron sacrificar fuera? Una nueva muerte vino sobre ellos: la tierra se abrió y los absorbió vivos (Núm. XVI, 1-33). Que venga, dice, la muerte sobre ellos, y desciendan al infierno vivos. ¿Qué significa, vivos? Sabiendo que perecen, y sin embargo pereciendo. Escucha a los vivos perecer y ser absorbidos por el abismo de la tierra, es decir, ser absorbidos por la devoración de las codicias terrenales. Le dices a un hombre: ¿Qué sufres, hermano? Somos hermanos, invocamos a un solo Dios, creemos en un solo Cristo, escuchamos un solo Evangelio, cantamos un solo Salmo, respondemos un solo Amén, resonamos un solo Aleluya, celebramos una sola Pascua: ¿por qué tú estás afuera, y yo estoy adentro? A menudo angustiado y considerando cuán verdaderas son las cosas que se dicen, Que Dios devuelva a nuestros mayores. Entonces perece vivo. Luego añades y adviertes: Al menos que sea solo el mal de la separación, ¿por qué añades también el de la rebautización? Reconoce en mí lo que tienes; y si tú me odias, perdona a Cristo en mí. Y esto a menudo y especialmente les desagrada: En verdad, dicen, se hace mal; ojalá no pudiera hacerse, pero ¿qué hacemos con los estatutos de nuestros mayores? Desciendan al infierno vivos. Si descendieras muerto, no sabrías qué hacer: pero sabiendo que lo que haces es malo, y sin embargo lo haces; ¿no descienes vivo al infierno? ¿Y por qué principalmente a esos líderes el abismo de la tierra los absorbió vivos, mientras que al pueblo que les consentía el fuego que descendió del cielo los consumió (Ibid., 47)? Por eso, recordando este castigo, este salmo comenzó con el pueblo y concluyó con los líderes. Que venga la muerte sobre ellos, dijo por aquellos sobre quienes vino el fuego del cielo: e inmediatamente añadió, Desciendan al infierno vivos, por los líderes que el abismo de la tierra absorbió. Pues, ¿cómo descenderían al infierno vivos, de quienes dijo, Que venga la muerte sobre ellos? Si ya la muerte había venido sobre ellos, ¿cómo descendían vivos al infierno? Por lo tanto, comenzó con los menores y concluyó con los mayores. Que venga la muerte sobre ellos, que consintieron y siguieron. ¿Qué de esos líderes y príncipes?

Desciendan al infierno vivos: porque ellos manejan las Escrituras, y saben bien leyendo diariamente cómo la Iglesia católica está tan difundida por todo el mundo, que toda contradicción es vana, y no se puede encontrar ningún testimonio para su cisma, lo saben bien; por eso descienden al infierno vivos, porque saben que lo que hacen es malo. Pero el fuego de la ira divina los consumió. Pues, encendidos por el afán de la contienda, no quisieron apartarse de sus malos líderes: vino sobre el fuego fuego, sobre el ardor de la disensión el ardor de la consumación. Que venga la muerte sobre ellos, y desciendan al infierno vivos. Porque la maldad está en sus hospedajes, en medio de ellos. En sus hospedajes, donde peregrinan y pasan. Pues no estarán aquí siempre: y sin embargo, por la animosidad temporal así luchan. En sus hospedajes, pues, la iniquidad, en medio de ellos la iniquidad: no hay nada tan en medio de ellos como su corazón.

17. [vers. 17.] Yo clamé al Señor. El cuerpo de Cristo y la unidad de Cristo en angustia, en tedio, en molestia, en la turbación de su ejercicio; ese único hombre, la unidad puesta en un solo cuerpo, cuando su alma se cansaba clamando desde los confines de la tierra: Desde los confines de la tierra clamé a ti, dice, cuando mi corazón se angustiaba (Sal. LX, 3). Él uno, pero unidad uno: y él uno, no en un solo lugar uno, sino desde los confines de la tierra clama uno. ¿Cómo clamaría uno desde los confines de la tierra, si no estuviera en muchos uno? Yo clamé al Señor. Correcto. Tú clama al Señor, no a Donato; para que no sea para ti un señor en lugar del Señor, quien bajo el Señor no quiso ser un consiervo. Yo clamé al Señor: y el Señor me escuchó.

18. [vers. 18.] Tarde, mañana y mediodía, narraré y anunciaré, y escuchará mi voz. Evangeliza tú, no calles lo que recibiste, tarde, de lo pasado; mañana, de lo futuro; mediodía, de lo eterno. Por eso lo que dice, tarde, se refiere a lo que narra: lo que dice, mañana, se refiere a lo que anuncia: lo que dice, mediodía, se refiere a que su voz es escuchada. Pues el fin es al mediodía, pero de donde no se declina al ocaso. Pues al mediodía la luz es excelsa, el esplendor de la sabiduría, el fervor del amor. Tarde, mañana y mediodía. Tarde el Señor en la cruz, mañana en la resurrección, mediodía en la ascensión: narro tarde la paciencia del que muere, anuncio mañana la vida del que resucita, oraré para que escuche al mediodía sentado a la derecha del Padre; escuchará mi voz quien intercede por nosotros (Rom. VIII, 34). ¡Cuánta seguridad, cuánta consolación, cuánta restauración de la pusilanimidad y la tempestad, contra los malos, contra los inicuos tanto fuera como dentro, y en aquellos que están fuera, cuando estuvieron dentro!

19. [vers. 16.] Por lo tanto, hermanos míos, a quienes ven en esta misma congregación de estos muros turbulentos, soberbios, buscando lo suyo, altivos, no teniendo celo de Dios casto, sano, tranquilo, sino atribuyéndose mucho a sí mismos; preparados para la disensión, pero no encontrando ocasión, esa es la paja del área del Señor (Mat. III, 12). De aquí el viento de la soberbia los sacudió a esos pocos: toda la paja no volará, sino cuando él en el último la ventile. Pero nosotros, ¿qué, sino que cantemos con este, oremos con este, lloremos con este y digamos seguros: Redimirá en paz mi alma? Contra aquellos que no aman la paz, En paz redimirá mi alma: porque con aquellos que odian la paz, yo era pacífico (Sal. CXIX, 7). Redimirá en paz mi alma, de aquellos que se acercan a mí. Pues de aquellos que están lejos de mí, es una causa fácil: no me engaña tan fácilmente quien dice, Ven, adora un ídolo: está muy lejos de mí. ¿Eres cristiano? Cristiano, dice. Se opone de cerca, está cerca. Redimirá en paz mi alma, de aquellos que se acercan a mí: porque en muchos estaban conmigo. ¿Por qué dije, se acercan a mí? Porque en muchos estaban conmigo. En este verso se presentan dos sentencias. En muchos estaban conmigo: teníamos ambos el Bautismo, en eso estaban conmigo; ambos leíamos el Evangelio, estaban en eso conmigo; celebrábamos las fiestas de los mártires, estaban allí conmigo; frecuentábamos la solemnidad de la Pascua, estaban allí

conmigo. Pero no del todo conmigo: en el cisma no conmigo, en la herejía no conmigo. En muchos conmigo, en pocos no conmigo. Pero en esos pocos en los que no conmigo, no les aprovechan los muchos en los que conmigo. Pues, hermanos, vean cuántas cosas enumeró el apóstol Pablo: dijo una; si falta, en vano son aquellas. Si hablo lenguas de hombres y de ángeles, dice, si tengo toda profecía y toda fe, y todo conocimiento, si traslado montes, si distribuyo todos mis bienes a los pobres, si entrego mi cuerpo para que arda. ¡Cuántas cosas enumeró! Si a todas estas muchas les falta una caridad: aquellas son más en número, esta es mayor en peso (I Cor. XIII). Por lo tanto, en todos los Sacramentos conmigo, en una caridad no conmigo: En muchos estaban conmigo. Nuevamente de otro modo, Porque en muchos estaban conmigo, quienes se separaron de mí, estaban conmigo, no en pocos, sino en muchos. Pues en todo el mundo son pocos los granos, muchas las pajas. ¿Qué, pues, dice? En la paja estaban conmigo, en el trigo no estaban conmigo: y la paja se acerca al trigo, sale de una semilla, se arraiga en un campo, se nutre de una lluvia, sufre al mismo segador, soporta la misma trilla, espera la misma ventilación, no entra en un mismo granero. Porque en muchos estaban conmigo.

20. [vers. 20-22.] Me escuchará Dios y los humillará, Él que es desde la eternidad. Ellos confían en un líder que no sé quién es, que comenzó ayer: los humillará Él que es desde la eternidad. Porque aunque Cristo es temporalmente de María virgen, sin embargo, desde la eternidad, en el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios (Juan 1, 1). Los humillará Él que es desde la eternidad. No hay cambio para ellos: hablo de aquellos para quienes no hay cambio. Conocía a algunos que perseverarían y morirían en la perseverancia de su maldad. Los vemos, y no hay cambio para ellos: quienes mueren así en su perversidad, en su cisma, no hay cambio para ellos. Dios los humillará, los humillará en la condenación, porque se han erguido en la disensión. No hay cambio para ellos, porque no se transforman para mejor, sino para peor; ni aquí, ni en la resurrección. Porque todos resucitaremos, pero no todos seremos transformados (1 Cor. 15, 51). ¿Por qué? Porque no hay cambio para ellos, y no temieron a Dios. Hermanos míos, hay un solo remedio: que teman a Dios, que abandonen a Donato. Le dices: Pereces en la herejía, en el cisma; es necesario que Dios retribuya estos males: vendrás a la condenación, no te engañes con tus palabras, no sigas a un líder ciego; pero un ciego guiando a otro ciego, ambos caen en el hoyo (Mat. 15, 14). ¿Qué me importa?, dice. Como viví ayer, así también hoy; mis padres fueron lo que yo soy. No temes a Dios. Da el temor de Dios: piensa que todas estas cosas que se leen son verdaderas, que la fe de Cristo no puede fallar; ¿cómo permanecerá en la herejía ante tanta evidencia de la santa Católica, que Dios ha difundido por todo el mundo; que antes de difundirla, la prometió, la anunció, y así la exhibió como prometió? Por tanto, que se cuiden y observen quienes no temen a Dios. Extiende su mano en la retribución.

21. Han profanado su testamento. Lee el testamento que han profanado: En tu descendencia serán bendecidas todas las naciones (Gén. 12, 3 y 26, 4). Han profanado su testamento. ¿Qué dices tú contra estas palabras del testador? Solo África mereció esta gracia del santo Donato, en él permaneció la Iglesia de Cristo. Di al menos, Iglesia de Donato. ¿Por qué añades, de Cristo, de quien se dijo, En tu descendencia serán bendecidas todas las naciones? ¿Quieres ir después de Donato? Pon a Cristo, y luego retírate. Vean entonces lo que sigue: Han profanado su testamento. ¿Qué testamento? A Abraham se le hicieron las promesas y a su descendencia. El Apóstol dice: Hermanos, un testamento humano confirmado, nadie lo anula ni le añade. A Abraham se le hicieron las promesas y a su descendencia: no dice, Y a las descendencias, como si fueran muchas; sino como en una, Y a tu descendencia, que es Cristo (Gál. 3, 15-16). ¿En qué se prometió este testamento en Cristo? En tu descendencia serán bendecidas todas las naciones. Tú que abandonaste la unidad de todas las naciones, y

permaneciste en una parte, has profanado su testamento. Lo que te sucedió, que fuiste exterminado, que fuiste separado de la herencia, es por la ira de Dios. Presta atención a lo que sigue: Han profanado su testamento; se dividieron por la ira de su rostro. ¿Qué esperan, qué mayor señal para mostrar que son herejes? Se dividieron por la ira de su rostro.

22. Y se acercó su corazón. ¿De quién entendemos, sino de aquel cuya ira los dividió? ¿Cómo se acercó su corazón? Para que entendamos su voluntad. Porque de los herejes se ha afirmado la Católica, y de aquellos que piensan mal, se han probado los que piensan bien. Muchas cosas estaban ocultas en las Escrituras; y cuando los herejes fueron cortados, agitaron a la Iglesia de Dios con preguntas: se revelaron las cosas que estaban ocultas, y se entendió la voluntad de Dios. De ahí se dice en otro salmo, Congregación de toros entre las vacas de los pueblos, para que sean excluidos los que han sido probados con plata (Sal. 67, 31). Excluidos, dijo, que sobresalgan, que aparezcan. De ahí que en el arte de la platería se llaman excluidores, es decir, los que expresan formas de una masa confusa. Por tanto, muchos que podían discernir y tratar las Escrituras de manera excelente, estaban ocultos en el pueblo de Dios; y no afirmaban la solución de cuestiones difíciles mientras ningún calumniador los acosaba. ¿Acaso se trató perfectamente de la Trinidad antes de que ladraran los arrianos? ¿Acaso se trató perfectamente de la penitencia antes de que se opusieran los novacianos? Así, no se trató perfectamente del Bautismo antes de que contradijeran los rebautizadores que estaban fuera; ni se dijeron claramente las cosas sobre la unidad de Cristo que se dijeron, sino después de que esa separación comenzó a urgir a los hermanos débiles, para que aquellos que sabían tratar y resolver estas cosas, para que no perecieran los débiles acosados por las preguntas de los impíos, sacaran a la luz con sus discursos y disputas las cosas oscuras de la Ley. Por tanto, ellos se dividieron por la ira de su rostro, y para nosotros se acercó su corazón para entender. Así que entiendan lo que recordó en otro salmo: Congregación de toros, es decir, de soberbios cornudos, entre las vacas de los pueblos. ¿A quiénes llamó vacas? A las almas seducibles. ¿Para qué esto? Para que sean excluidos, es decir, aparezcan los que estaban ocultos, los que han sido probados con plata. ¿Qué es, con plata? Con el discurso de Dios. Las palabras del Señor son palabras puras, plata refinada en el fuego, probada en la tierra, purificada siete veces (Sal. 11, 7). Este sentido oscuro, vean cómo lo saca a la luz el Apóstol: Es necesario, dice, que haya herejías, para que los aprobados se manifiesten entre ustedes (1 Cor. 11, 19). ¿Qué es, aprobados? Aprobados con plata, aprobados con el discurso. ¿Qué es, se manifiesten? Que sean excluidos. ¿Por qué esto? Por los herejes. ¿Qué es, por los herejes? Por la congregación de toros entre las vacas de los pueblos. Así, por tanto, ellos se dividieron por la ira de su rostro, y se acercó su corazón.

23. Sus palabras fueron más suaves que el aceite, y ellas son dardos. Algunas cosas en las Escrituras parecían duras cuando eran oscuras; expuestas, se suavizaron. Pues la primera herejía en los discípulos de Cristo se hizo como por la dureza de su palabra. Porque cuando decía, Si no coméis la carne del Hijo del Hombre y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros: ellos, no entendiendo, decían entre sí, Dura es esta palabra, ¿quién puede escucharla? Diciendo que esta palabra es dura, se separaron de él: quedó con otros doce. Cuando le sugirieron que ellos se habían escandalizado por su palabra, ¿También vosotros queréis irros?, dijo. Y Pedro: Tienes palabras de vida eterna, ¿a quién iremos? (Juan 6, 54-69). Presten atención, les rogamos, y aprendan, pequeños, la piedad: ¿Acaso Pedro ya entendía el secreto de esa palabra del Señor? Aún no entendía; pero creía piadosamente que las palabras que no entendía eran buenas. Por tanto, si la palabra es dura y aún no se ha entendido, que sea dura para el impío, pero para ti se suavice con piedad: porque alguna vez se resolverá, y se convertirá en aceite para ti, y penetrará hasta los huesos.

24. [vers. 23.] Por tanto, como si el mismo Pedro después de que aquellos se escandalizaron por la dureza, como pensaban, de la palabra del Señor, también aquí dijera, Tienes palabras de vida eterna, ¿a quién iremos? así añadió, Echa sobre el Señor tu carga, y él te sustentará. Eres pequeño, aún no entiendes los secretos de las palabras: tal vez el pan está oculto para ti, y aún debes ser alimentado con leche (1 Cor. 3, 2); no te enojas con los pechos, ellos te harán apto para la mesa, para la cual ahora eres menos apto. He aquí que por la división de los herejes muchas cosas duras se han suavizado: sus palabras duras se han suavizado sobre el aceite, y ellas son dardos. Han armado a los evangelizadores: y esas palabras se dirigen a los corazones de los oyentes por los que insisten oportunamente e importunamente; con esas palabras, con esas palabras como flechas, los corazones de los hombres son heridos al amor de la paz. Eran duros, y se han hecho suaves. Suavizados no han perdido su virtud, sino que se han convertido en dardos. Sus palabras se han suavizado sobre el aceite, y ellas, las palabras suavizadas, ellas son dardos. Pero tal vez aún no eres apto para ser armado con estos dardos, y aún no te ha brillado lo que en la palabra tal vez es oscuro y duro; Echa sobre el Señor tu carga, y él te sustentará. Échate sobre el Señor. He aquí que quieres echarte sobre el Señor, que nadie se interponga por el Señor. Echa sobre el Señor tu carga. Mira cómo aquel gran soldado de Cristo no quiso que la carga de los pequeños se echara sobre él: ¿Acaso fue Pablo crucificado por vosotros, o en el nombre de Pablo fuisteis bautizados? (1 Cor. 1, 13). ¿Qué otra cosa les decía, sino, Echen sobre el Señor su carga, y él los sustentará? Pero ahora el pequeño quiere echar su carga sobre el Señor, y se le presenta no sé quién, y dice: Yo te recibo. Como si a un barco que fluctúa se le presentara, y dijera: Yo te recibo. Responde tú también: Busco un puerto, no una roca. Echa sobre el Señor tu carga, y él te sustentará. Y mira que el puerto te recibe: No dará para siempre fluctuación al justo. Pareces fluctuar en este mar, pero el puerto te recibe. Solo que antes de entrar al puerto, no te rompas del ancla. El barco fluctúa en las anclas, pero no es arrojado lejos de la tierra; ni fluctuarás para siempre, aunque fluctúes por un tiempo. Porque las palabras anteriores pertenecen a la fluctuación: Me he entristecido en mi ejercicio, y me he turbado. Esperaba a aquel que me salvaría de la pusilanimidad y la tempestad. Habla fluctuando, pero no fluctuarás para siempre; pues el ancla está atada, el ancla es su esperanza. No dará para siempre fluctuación al justo.

25. [vers. 24.] ¿Y qué de ellos? Tú, Dios, los llevarás al pozo de la corrupción. El pozo de la corrupción son las tinieblas de la inmersión. Los llevarás, dice, al pozo de la corrupción: porque ciego guiando a ciego, ambos caen en el hoyo (Mat. 15, 14). Dios los lleva al pozo de la corrupción, no porque él sea el autor de su culpa, sino porque él es el juez de sus iniquidades. Porque Dios los entregó a las concupiscencias de sus corazones (Rom. 1, 24): pues amaron las tinieblas, y no la luz; amaron la ceguera, y no la visión. Pues he aquí que el Señor Jesús ha brillado para todo el mundo; canten en unidad con todo el mundo: Porque no hay quien se esconda de su calor (Sal. 18, 7). Pero ellos, trasladándose de todo a una parte, del cuerpo a la herida, de la vida a la separación, ¿qué sufrirán, sino que irán al pozo de la corrupción?

26. Hombres de sangre y de engaño. Llama hombres de sangre por las muertes; y ojalá fueran corporales, y no espirituales. Porque la sangre que sale de la carne, se ve y se teme: ¿quién ve la sangre del corazón en el rebautizado? Esas muertes requieren otros ojos. Aunque de esas muertes visibles no descansan los armados Circunceliones en todas partes. Y si atendemos a esas muertes visibles, son hombres de sangre. Observa al armado, si es un hombre de paz, y no de sangre. Si al menos llevara solo un bastón; pero lleva una honda, lleva un hacha, lleva piedras, lleva lanzas: y llevando estas cosas, vagan por donde pueden, sedientos de la sangre de los inocentes. Por tanto, también de esas muertes visibles son hombres de sangre. Pero

también hablemos de aquellas: Ojalá solo hicieran esas, y no mataran las almas. Estos que son hombres de sangre y de engaño, no piensen que nosotros entendemos mal a los hombres de sangre, que matan las almas; ellos mismos entendieron así a sus maximianistas. Pues cuando los condenaron, en la misma sentencia de su concilio pusieron estas palabras: Sus pies son veloces para derramar sangre de los anunciados. Tribulación y calamidad en sus caminos, y no conocieron el camino de la paz (Sal. 13, 3). Esto dijeron de los maximianistas. Pero yo pregunto a ellos cuándo los maximianistas derramaron sangre corporal, no porque ellos tampoco lo harían, si hubiera tal multitud que lo hiciera, sino que por la timidez de su escasez más bien sufrieron algo de ellos, que ellos hicieron algo así alguna vez. Por tanto, pregunto al donatista, y digo: En tu concilio pusiste de los maximianistas, Sus pies son veloces para derramar sangre. Denme uno que los maximianistas hayan herido con un dedo. ¿Qué otra cosa me responderá, sino lo que yo digo? Los que se separaron de la unidad, y matan las almas seduciéndolas, derraman sangre espiritualmente, no carnalmente. Has expuesto muy bien, pero en tu exposición reconoce tus hechos. Hombres de sangre y de engaño. En el fraude está el engaño, en la simulación, en la seducción. ¿Qué entonces de aquellos mismos que se dividieron por la ira de su rostro? Ellos son hombres de sangre y de engaño.

27. Pero ¿qué dice de ellos? No llegarán a la mitad de sus días. ¿Qué significa, No llegarán a la mitad de sus días? No prosperarán tanto como piensan: dentro del tiempo que esperan, perecerán. Porque él es el perdiz de quien se dijo: En la mitad de sus días lo abandonarán, y al final será insensato (Jer. 17, 11). Prosperan, pero por un tiempo. ¿Qué dice el Apóstol? Los hombres malignos y seductores prosperarán en lo peor, ellos mismos errando, y llevando a otros al error. Pero ciego guiando a ciego, ambos caen en el hoyo (Mat. 15, 14). Con razón caen en el pozo de la corrupción. ¿Qué dice entonces? Prosperarán en lo peor; pero no por mucho tiempo. Pues poco antes dijo, Pero no prosperarán más: esto es, no llegarán a la mitad de sus días. Que el Apóstol continúe, y diga por qué: Porque su demencia será manifiesta a todos, como también lo fue la de aquellos (2 Tim. 3, 9, 13). Hombres de sangre y de engaño no llegarán a la mitad de sus días. Pero yo confiaré en ti, Señor. Con razón ellos no llegarán a la mitad de sus días, porque confiaron en el hombre. Pero yo he pasado de los días temporales al día eterno. ¿Por qué? Porque confíe en ti, Señor.

EN EL SALMO 55 EXPLICACIÓN. SERMON.

1. [vers. 1.] Como si fuéramos a entrar en alguna casa, miramos de quién es y a quién pertenece en el título, para no irrumpir inoportunamente donde no debemos, ni retroceder por temor de donde debemos entrar: como si leyéramos, Estas propiedades son de tal o cual; así en el dintel de este salmo tenemos inscrito, Al final, por el pueblo que se ha alejado de los santos, del mismo David en la inscripción del título, cuando los filisteos lo retuvieron en Gat. Reconozcamos, por tanto, al pueblo que se ha alejado de los santos en la inscripción del título. Esto pertenece al mismo David, a quien ya saben entender espiritualmente: pues no se nos recomienda sino aquel de quien se dijo, Fin de la Ley es Cristo para justicia a todo creyente (Rom. 10, 4). Por tanto, cuando escuchas, Al final, piensa en Cristo, para que no te quedes en el camino y no llegues al final. Porque cualquier cosa que sea, donde te detengas antes de llegar a Cristo, nada más te dice el divino discurso, sino, Acércate, aún no es el lugar donde hay seguridad. Hay un lugar donde se coloca la estación más segura; hay una roca donde la casa segura se levanta, para que no tema la lluvia de la tempestad. Porque los ríos golpearon esa casa, y no cayó; porque estaba fundada sobre la roca (Mat. 7, 25): Pero la roca era Cristo (1 Cor. 10, 4). Bajo el nombre de David se figura a Cristo; porque de él se dijo: que fue hecho del linaje de David según la carne (Rom. 1, 3).

2. ¿Quién es, entonces, el pueblo que se ha alejado de los santos en la inscripción del título? Que el mismo título nos muestre a este pueblo. Pues cierto título fue escrito en la pasión del Señor, cuando el Señor fue crucificado: había allí un título inscrito, en hebreo, griego y latín, "Rey de los Judíos"; título aprobado en tres lenguas como tres testigos, porque en boca de dos o tres testigos se mantendrá toda palabra (Deut. XIX, 15). Cuando los judíos leyeron este título, se indignaron y dijeron a Pilato: "No escribas, Rey de los Judíos; sino que él dijo que era rey de los Judíos". Dijeron que escribiera que él lo dijo, no que lo era. Pero porque es verdad en otro salmo, "En la inscripción del título no corrompas" (Sal. LVI, 1), Pilato respondió: "Lo que he escrito, he escrito", como diciendo, "No corrompo la verdad, aunque vosotros améis la falsedad". Porque, por tanto, en esta maldición se indignaron los judíos, diciendo: "No tenemos rey sino solo a César" (Juan XIX, 15-22), se alejaron de los santos por la ofensa del título. Que se acerquen a los santos y se unan al santo quienes reconocen a Cristo como rey y desean tenerlo: que se alejen de los santos quienes, contradiciendo el título, rechazaron al rey Dios y eligieron al rey hombre. Todo pueblo, por tanto, deleitado con el reino humano, rechazando que el Señor reine en ellos, bajo cuyo reinado cada uno está sujeto, para que también él reine sobre sus deseos, todo pueblo así está lejos de los santos. No penséis, hermanos, que esto se refiere solo a los judíos. Se dieron en ellos ejemplos primitivos, para que en ese pueblo brillara lo que todo hombre debería evitar. Abiertamente rechazaron al rey Cristo y eligieron al rey César. Ciertamente, César es un rey humano para los hombres en lo humano, pero hay otro rey para lo divino; un rey para la vida temporal, otro para la eterna; un rey terrenal, otro celestial: el rey terrenal bajo el rey celestial, el rey celestial sobre todo. No pecaron, por tanto, porque dijeron tener a César como rey, sino porque no quisieron tener al rey Cristo. Y ahora muchos no quieren tener a Cristo como rey sentado en el cielo y reinando en todas partes: y ellos son quienes nos afligen. Contra tales, este salmo nos fortalece. Es necesario, pues, que suframos tales hasta el fin: no los sufriríamos si no nos beneficiara. Toda tentación es una prueba, y todo efecto de la prueba tiene su fruto. Porque el hombre a menudo es desconocido incluso para sí mismo: ignora qué puede soportar y qué no; y a veces presume que puede soportar lo que no puede, y a veces desespera de poder soportar lo que puede: la tentación se acerca como una pregunta, y el hombre se descubre a sí mismo; porque se ocultaba incluso a sí mismo, pero no al artífice. Así, Pedro presumió algo que aún no estaba en él, que perseveraría con el Señor Jesucristo hasta la muerte: Pedro ignoraba sus fuerzas, pero el Señor las conocía. Respondió el menos idóneo quien lo había fabricado, quien también daría fuerzas idóneas al fabricado por él, sabía lo que aún no había dado; él que aún no había recibido, no sabía: llegó la tentación; negó, lloró, recibió (Luc. XXII, 33-62). Por tanto, como no sabemos qué pedir como si no tuviéramos, y de qué dar gracias como si recibiéramos, es necesario ser siempre instruidos por tentaciones y tribulaciones en este mundo; pero no podemos ser afligidos sino por aquellos que se alejan de los santos. Entended, hermanos, que esta lejanía es del corazón, no del cuerpo. A menudo sucede que quien está lejos de ti en cuerpo, está unido a ti, porque ama lo que tú amas: y a menudo sucede que quien está junto a ti, está unido a ti, porque ama lo que tú amas: y a menudo sucede que quien está junto a ti, porque ama el mundo, mientras tú amas a Dios, está lejos de ti.

3. ¿Qué significa, entonces, que aún se refiere al título, porque lo retuvieron los Filisteos en Gat? Gat era una ciudad de los Filisteos, es decir, de extranjeros, ciertamente un pueblo lejos de los santos. Pues por ser extranjeros, no se acercan a los santos, sino que están lejos de los santos. Todos los que rechazan a Cristo como rey se convierten en extranjeros. ¿Por qué se convierten en extranjeros? Porque aquella vid, aunque plantada por él, al hacerse amarga, ¿qué escuchó? "¿Por qué te has convertido en amargura, vid extraña?" (Jer. II, 21). No se

dijo, "Mi vid": porque si es mía, es dulce; si es amarga, no es mía; si no es mía, ciertamente es extraña. Por tanto, lo retuvieron los Filisteos en Gat. Encontramos, hermanos, que el mismo David, hijo de Jesé, rey de Israel, peregrinó entre los Filisteos, cuando fue buscado por Saúl (I Sam. XXI, 10); y estuvo en esta ciudad y con el rey de esta ciudad: pero no leemos que fuera retenido allí. Por tanto, nuestro David, el Señor Jesucristo, nacido del linaje de aquel David, no solo fue retenido, sino que aún lo retienen los Filisteos en Gat. Dijimos que Gat es una ciudad. Sin embargo, al preguntar la interpretación de este nombre, indica "Lagar". Cristo, según lo que es cabeza, Salvador del cuerpo, aquel nacido de la virgen crucificado, quien ya nos mostró el ejemplo de nuestra resurrección en la resurrección de su carne, quien se sienta a la derecha del Padre e intercede por nosotros, está también aquí, pero en su cuerpo que es la Iglesia. El cuerpo está unido a su cabeza, la cabeza clama por el cuerpo: "Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?" (Hech. IX, 4). Y el cuerpo está en su cabeza según el Apóstol que dice: "Y juntamente nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales" (Efes. II, 6). Y nosotros allí nos sentamos, y él aquí trabaja: nosotros allí nos sentamos según la esperanza, y él aquí está con nosotros según la caridad. Esta unión como de un solo hombre hace dos en una sola carne, el esposo y la esposa. Por eso el mismo Señor dice: "Por tanto, ya no son dos, sino una sola carne" (Mat. XIX, 6). ¿Cómo, entonces, es retenido aquí en Gat? Su cuerpo es retenido en el lagar, es decir, su Iglesia (Efes. I, 22, 23). ¿Qué es, en el lagar? En presiones. Pero en el lagar la presión es fructífera. La uva en la vid no siente presión, parece íntegra, pero nada mana de ella: se pone en el lagar, se pisa, se presiona; parece que se le hace daño a la uva, pero este daño no es estéril; más bien, si no se le hiciera daño, permanecería estéril.

4. [vers. 2.] Por tanto, todos los santos que sufren presión de aquellos que se han alejado de los santos, atiendan este salmo, reconozcan aquí a sí mismos, digan lo que aquí se dice, quienes sufren lo que aquí se dice. Ciertamente, quien no sufre, no lo diga: no obligo a levantar la voz a quien veo fuera de la pasión. Pero que vea, no sea que, al querer estar lejos de la pasión, se aleje de los santos. Que cada uno piense, entonces, en su enemigo; si es cristiano, el mundo es su enemigo. Por tanto, que nadie piense en enemistades privadas al escuchar las palabras de este salmo: sepamos que no tenemos lucha contra carne y sangre, sino contra principados y potestades, y contra las huestes espirituales de maldad (Efes. VI, 12), es decir, contra el diablo y sus ángeles; porque incluso cuando sufrimos a hombres importunos, él incita, él inflama, él mueve como sus vasijas. Atendamos, entonces, a dos enemigos; al que vemos, y al que no vemos: vemos al hombre, no vemos al diablo; amemos al hombre, cuidémonos del diablo; oremos por el hombre, oremos contra el diablo, y digamos a Dios: "Ten misericordia de mí, Señor, porque me ha pisoteado el hombre". No temas, porque el hombre te ha pisoteado; ten vino, has sido hecho uva para ser pisoteado. "Ten misericordia de mí, Señor, porque me ha pisoteado el hombre: todo el día luchando me ha afligido" todo aquel que se ha alejado de los santos. Pero, ¿por qué no se entendería aquí también al diablo? ¿Acaso porque no se le llama hombre? Entonces, ¿se equivoca el Evangelio, porque dijo: "Un enemigo hombre hizo esto" (Mat. XIII, 28)? Pero bajo cierta figura puede también llamarse hombre, aunque no sea hombre. Por tanto, ya sea que mirara a él quien decía estas cosas, o al pueblo y a cada uno que se ha alejado de los santos, por quienes el diablo aflige al pueblo de Dios adherido a los santos, adherido al santo, adherido al rey, al título de cuyo rey aquellos se indignaron como heridos, se han alejado; diga, "Ten misericordia de mí, Señor, porque me ha pisoteado el hombre": y no desfallezca en esta pisoteada, sabiendo a quién invoca, y por qué ejemplo se ha hecho fuerte. El primer racimo en el lagar fue Cristo. Cuando aquel racimo fue exprimido por la pasión, manó aquello de lo que "el cáliz embriagador, ¡cuán glorioso es!" (Sal. XXII, 5). Diga, entonces, también su cuerpo, mirando a su cabeza: "Ten misericordia de mí, Señor, porque me ha pisoteado el

hombre: todo el día luchando me ha afligido". Todo el día, todo el tiempo. Que nadie se diga: Hubo tribulaciones en tiempos de nuestros padres, en nuestros tiempos no las hay. Si piensas que no tienes tribulaciones, aún no has comenzado a ser cristiano. ¿Y dónde está la voz del Apóstol: "Pero todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo sufrirán persecuciones" (II Tim. III, 12)? Si, por tanto, no sufres ninguna persecución por Cristo, mira no sea que aún no hayas comenzado a vivir piadosamente en Cristo. Pero cuando comiences a vivir piadosamente en Cristo, has entrado en el lagar; prepárate para las presiones; pero no seas árido, no sea que de la presión no salga nada.

5. [vers. 3, 4.] Me han pisoteado mis enemigos todo el día. Aquellos que se han alejado de los santos, ellos son mis enemigos. Todo el día: ya se ha dicho. Desde la altura del día. ¿Qué significa esto, "Desde la altura del día"? Tal vez es alto para el entendimiento. No es de extrañar, porque es la altura del día. Pues tal vez ellos se han alejado de los santos porque no pudieron penetrar la altura del día, cuyos Apóstoles son las doce horas resplandecientes. Por tanto, quienes crucificaron como a un hombre, erraron en el día. ¿Por qué, entonces, sufrieron tinieblas, para alejarse de los santos? Porque en lo alto brillaba el día, no reconocieron al que estaba oculto en lo alto: porque si lo hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de la gloria (I Cor. II, 8). Por esta altura del día, heridos y alejados de los santos, se han hecho enemigos que afligen y pisotean como uva en el lagar. Hay también otro entendimiento: "Desde la altura del día me han pisoteado mis enemigos todo el día", es decir, todo el tiempo: "Desde la altura del día", es decir, desde la soberbia temporal. Pues cuando pisotean, son altos: son humildes quienes son pisoteados, son altos quienes pisotean. Pero no temas la altura de los que pisotean; es la altura del día, es temporal, no eterna.

6. Porque muchos que me combaten, temerán. ¿Cuándo temerán? Cuando pase el día en que son altos. Y es que por un tiempo son altos, terminado el tiempo de su altura temerán. Pero yo en ti confiaré, Señor. No dijo, "Pero yo no temeré"; sino, "Muchos que me combaten, temerán". Cuando venga aquel día del juicio, entonces se lamentarán todas las tribus de la tierra (Mat. XXV, 31). Cuando aparezca la señal del Hijo del Hombre en el cielo, entonces todos los santos estarán seguros. Pues vendrá aquello que esperaban, que deseaban, que oraban para que viniera: pero para ellos no quedará lugar de arrepentimiento, porque en el tiempo en que el arrepentimiento podría ser fructífero, endurecieron su corazón contra el Señor que los advertía. ¿Acaso levantarán un muro contra Dios que juzga? Reconoce, ciertamente, su piedad, y si estás en ese cuerpo, imítalo. Cuando dijo, "Muchos que me combaten, temerán"; no añadió, "Pero yo no temeré"; para no atribuir a sus propias fuerzas el no temer, estaría también él en las alturas temporales, y por la soberbia temporal no merecería llegar al descanso eterno: más bien te hizo entender de dónde no temerá; "Pero yo", dice, "en ti confiaré, Señor": no dijo su presunción, sino la causa de su presunción. Pues si no temeré, puedo también por dureza de corazón no temer; muchos, en efecto, por soberbia extrema no temen nada. Que vuestra Caridad atienda: una cosa es la salud del cuerpo, otra el estupor del cuerpo, otra la inmortalidad del cuerpo. La salud perfecta, ciertamente, es inmortalidad; pero también se llama salud, en cierto modo, la que tenemos en esta vida. Cuando no se enferma, cada uno es llamado sano; y cuando el médico lo examina, lo declara sano; y cuando alguien comienza a enfermar, esa salud se perturba; y cuando se cura, se vuelve a esa salud. Observad, entonces, tres afectos del cuerpo y considerad: salud, estupor, inmortalidad. La salud no tiene enfermedad; pero cuando se toca y se molesta, duele. El estupor, sin embargo, no duele; ha perdido el sentido del dolor, tanto más insensible cuanto peor. Nuevamente, la inmortalidad no duele; toda corrupción ha sido consumida, y esto corruptible se ha vestido de incorrupción, y esto mortal se ha vestido de inmortalidad (I Cor. XV, 53, 54). Por tanto, no hay dolor en el cuerpo inmortal, no hay dolor en el cuerpo

estúpido. No se crea el estúpido ya inmortal: más cercana está a la inmortalidad la salud del que duele, que el estupor del que no siente. Encuentras, entonces, a un hombre soberbio con arrogancia extrema, que se ha persuadido a sí mismo de no temer nada: ¿lo crees más fuerte que aquel que dijo, "Por fuera, luchas; por dentro, temores" (II Cor. VII, 5)? ¿Más fuerte que nuestro mismo cabeza, nuestro Señor Dios, que dijo, "Mi alma está triste hasta la muerte" (Mat. XXVI, 38)? No es este más fuerte: no te deleite su estupor; no está vestido de inmortalidad, sino despojado de sentido. Tú, sin embargo, ten un alma no sin afecto, pues han sido reprendidos quienes son sin afecto, y di desde el sentido de la salud: "¿Quién se enferma, y yo no me enfermo? ¿Quién se escandaliza, y yo no me quemo?" (II Cor. XI, 29). Si no le afectara el escándalo, la pérdida de cualquiera que se enferme, ¿parecería mejor ser rígido y sin dolor? De ninguna manera: sería estupor, no tranquilidad. Claro está, hermanos, que cuando lleguemos a ese lugar, a esa sede, a esa bienaventuranza, a la patria celestial, donde nuestra alma se llene de seguridad, se llene de quietud y felicidad sempiterna, no habrá allí dolor alguno: porque no habrá de qué dolerse. "Muchos", dice, "que me combaten, temerán". Y también esos estúpidos que ahora no temen nada, temerán alguna vez: Porque vendrá tal terror que romperá y triturará toda dureza. "Muchos que me combaten, temerán. Pero yo en ti confiaré, Señor".

7. [vers. 5.] En Dios alabaré mis palabras, en Dios he confiado: no temeré lo que me haga la carne. ¿Por qué? Porque en Dios confiaré. ¿Por qué? Porque en Dios alabaré mis palabras. Si en ti alabas tus palabras, no digo que no temas; es imposible que no temas. Pues tus palabras serán o mentirosas, y por tanto tuyas porque son mentirosas: o si son verdaderas palabras, y no crees que las tienes de Dios, sino que las dices de ti mismo; serán verdaderas, pero tú serás mentiroso: pero si reconoces que no puedes decir nada verdadero en la sabiduría de Dios, en la fe de la verdad, sino lo que has recibido de él, de quien se dice, "¿Qué tienes que no hayas recibido?" (I Cor. IV, 7), en Dios alabas tus palabras, para que en Dios seas alabado por las palabras de Dios. Pues si lo que en ti es de Dios, lo honras como tuyo; y tú hecho por Dios, serás honrado en Dios: pero si lo que en ti es de Dios, lo honras como si fuera tuyo, no de Dios; como aquel pueblo se alejó de los santos, así tú lejos del santo. Por tanto, "En Dios alabaré mis palabras": si en Dios, ¿por qué mías? Y en Dios, y mías. En Dios, porque de él: mías, porque las recibí. Él quiso que fueran mías quien las dio, amando a aquel de quien son: porque de él las tengo, se han hecho mías. ¿De dónde, "Danos hoy nuestro pan de cada día" (Mat. VI, 11)? ¿Cómo, nuestro? ¿Cómo, da? Pidiéndolo de él no estarás vacío, confesándolo tuyo no serás ingrato. Pues si no dices tuyo, no lo has recibido: nuevamente, si dices tuyo así, como si fuera de ti lo que dices tuyo, pierdes lo que habías recibido, porque eres ingrato a aquel de quien habías recibido. En Dios, por tanto, alabaré mis palabras, porque allí está la fuente de las palabras verdaderas: mías, porque sediento me acerqué y bebí. En Dios alabaré mis palabras, en Dios he confiado: no temeré lo que me haga la carne. ¿No eras tú quien poco antes decías: "Ten misericordia de mí, Señor, porque me ha pisoteado el hombre: todo el día luchando me ha afligido"? ¿Cómo, entonces, aquí, "no temeré lo que me haga la carne"? ¿Qué te hará? Tú mismo poco antes dijiste, "Me ha pisoteado, me ha afligido": ¿Nada hará cuando haga esto? Miró al vino que mana de la pisoteada, y respondió: Ciertamente me ha pisoteado, ciertamente me ha afligido; pero ¿qué me hará? Era uva, seré vino: "En Dios he confiado, no temeré lo que me haga la carne".

8. [vers. 6.] Todo el día mis palabras abominaban. Así son, lo sabéis. Decid la verdad, predicad la verdad, anunciad a Cristo a los paganos, anunciad la Iglesia a los herejes, anunciad la salvación a todos: contradicen, abominan mis palabras. Pero cuando abominan mis palabras, ¿a quién creemos que abominan, sino a aquel en quien alabaré mis discursos? Todo el día mis palabras abominaban. Que baste al menos, que abominen las palabras, que no

avancen más, que reprendan, que rechacen. Lejos de eso. ¿Por qué diría esto? Cuando rechazan las palabras, cuando abominan las palabras, que emanan de la fuente de la verdad, ¿qué hacen aquellos por quienes se dicen estas palabras? ¿Qué, sino lo que sigue, Contra mí todos sus planes son para mal? Si abominan el mismo pan, ¿cómo no abominarán el vaso en el que se sirve? Contra mí todos sus planes son para mal. Si así fue también con el mismo Señor, no se deshonre entonces el cuerpo que precedió en la cabeza, para que el cuerpo se adhiriera a la cabeza. Tu Señor fue despreciado, ¿y tú quieres ser honrado por aquellos que se han alejado de los santos? No te arroges querer lo que no precedió en él. No es el discípulo mayor que su maestro, no es el siervo mayor que su señor (Mat. X, 24, 25). Si al padre de familia llamaron Beelzebú, ¿cuánto más a sus domésticos? Contra mí todos sus planes son para mal.

9. [vers. 7.] Habitarán, y se esconderán. Habitar es peregrinar. Se llaman habitantes aquellos que viven en una patria que no es la suya. Todo hombre en esta vida es un peregrino: en esta vida veis que estamos cubiertos de carne, por la cual el corazón no puede ser visto. Por eso el Apóstol dice: No juzguéis nada antes de tiempo, hasta que venga el Señor, y ilumine lo oculto de las tinieblas, y manifieste los pensamientos del corazón, y entonces cada uno recibirá su alabanza de Dios (I Cor. IV, 5). Antes de que esto suceda, en esta peregrinación de la vida carnal cada uno lleva su corazón, y todo corazón está cerrado a todo corazón. Por tanto, aquellos cuyos planes son contra este para mal, habitarán, y se esconderán; porque en esta peregrinación están y llevan carne, ocultan el engaño en el corazón, esconden cualquier mal que piensan. ¿Por qué? Porque esta vida aún es peregrina. Que se escondan; aparecerá lo que esconden, y ellos mismos no se esconderán. Hay también en este escondite otro entendimiento, que tal vez sea más agradable. En efecto, de aquellos que se han alejado de los santos, algunos entran fingiendo, y causan tribulaciones peores al cuerpo de Cristo, porque no son evitados como completamente ajenos. De ellos, recordando peligros más graves, el Apóstol, al enumerar muchas de sus pasiones, decía, Peligros de ríos, peligros de ladrones, peligros de mi nación, peligros de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en el desierto, peligros en el mar: Peligros, dice, en falsos hermanos (II Cor. XI, 26). Estos son muy peligrosos, de quienes se dice en otro salmo: Y entraban para ver (Sal. XL, 7). Entraban para ver, y nadie dice: No entres para ver. Entra como si fuera tuyo, no se le evita como ajeno. Por tanto, estos habitarán, y se esconderán. Porque así entran en la gran casa, no para perseverar allí; por eso habitarán. Tales pecadores quiere el Señor que se entiendan como siervos, según aquel entendimiento evangélico, por el cual todo el que hace pecado es siervo del pecado, dice: El siervo no permanece en la casa para siempre, pero el hijo permanece para siempre (Juan VIII, 34, 35). Quien entra como hijo, no habitará, porque perseverará hasta el fin (Mat. X, 22, y XXIV, 13): quien entra como siervo, engañoso, pecador, atendiendo al ojo; buscando qué robar, buscando qué acusar o qué vituperar, entra para habitar, no para residir y perseverar. Sin embargo, no temamos a estos, hermanos: En Dios he confiado, no temeré lo que me haga la carne. Aunque habiten, aunque entren, aunque finjan, aunque se escondan, son carne: tú confía en el Señor, nada te hará la carne. Pero trae tribulación, trae opresión. Se acerca el vino, porque la uva es prensada. Tu tribulación no será infructuosa: otro te ve, te imita; porque tú, para aprender a soportar tal cosa, contemplaste a tu cabeza, aquel primer racimo, al que entró el hombre para ver, habitó, y se escondió el traidor Judas. Por tanto, no temas a todos los que entran con ánimo fingido, habitando y escondiéndose. El padre de ellos, Judas, estuvo con tu Señor, y él ciertamente lo conocía: aunque Judas el traidor habitaba y se escondía, sin embargo, su corazón estaba abierto al Señor de las cosas; sabiéndolo, eligió a uno, para que te sirviera de consuelo a ti que no sabes a quiénes debes evitar. Pues él podía no elegir a Judas, porque conocía a Judas; dijo a los discípulos: ¿No os elegí yo a los doce, y uno de vosotros es diablo? (Juan VI, 71) ¿Entonces también el diablo fue elegido? O si no fue

elegido, ¿cómo eligió a doce, y no más bien a once? También él fue elegido, pero para otra cosa. Once fueron elegidos para la obra de la prueba, uno fue elegido para la obra de la tentación. ¿De dónde podría darte ejemplo a ti que no sabes a quiénes debes evitar, a los malos, a los falsos y fingidos, habitando y escondiéndose, sino para decirte: He aquí que yo tuve conmigo a uno de ellos? precedió el ejemplo, toleré, quise soportar lo que sabía, para ofrecerte consuelo a ti que no sabes. Lo que me hizo, también te lo hará a ti: para que pueda mucho, para que mucho se ensañe, te acusará, dirá falsos crímenes. Para que prevalezcan las falsedades, ¿acaso prevalecerán en ti, y en mí no prevalecieron? En mí ciertamente prevalecieron, pero no me quitaron el cielo. Su carne ya sepultada, soportó falsos testigos: poco fue soportarlos en el juicio, los soportó en el sepulcro. Recibieron dinero para mentir, dijeron: Mientras dormíamos, vinieron sus discípulos, y lo robaron (Mat. XXVIII, 13). Sin embargo, los judíos eran tan ciegos, que creyeron en un dicho completamente increíble: ¡creyeron a testigos dormidos! O era falso que dormían, y no debieron creer a los mentirosos: o era verdad que dormían, y no sabían lo que había sucedido. Habitarán, y se esconderán. Que habiten, y se escondan: ¿qué harán? En Dios he confiado, no temeré lo que me haga la carne.

10. Ellos observarán mi talón. En efecto, así habitarán y se esconderán, para observar dónde el hombre tropieza. Están atentos al talón, cuando se produce un desliz, para agarrar el pie hacia la caída, o poner el pie para la ofensa, ciertamente para encontrar qué acusar. ¿Y quién camina de tal manera que nunca tropieza? Ciertamente lo que rápidamente sucede incluso en la lengua. En efecto, está escrito: Si alguno no ofende en palabra, este es varón perfecto (Santiago III, 2). ¿Quién se atrevería a decirse o considerarse perfecto? Por lo tanto, es necesario que alguien tropiece en la lengua. Pero aquellos que habitan y se esconden, acechan todas las palabras, buscando en algún lugar hacer trampas y calumnias enredadas, en las cuales primero se enredan ellos mismos antes que a quienes intentan enredar; para que primero sean atrapados y perezcan, antes de atrapar a otros para perderlos. En efecto, el hombre recurre a su corazón, y de allí recurre a Dios, y sabe decir: En Dios alabaré mis palabras. Todo lo bueno que dije, todo lo verdadero que dije, lo dije de Dios, y sobre Dios lo dije: cualquier otra cosa que tal vez dije que no debí decir, lo dije como hombre, pero lo dije bajo Dios. Quien confirma al que camina, amenaza al que yerra, perdona al que reconoce, revoca la lengua, revoca el desliz. Porque el justo caerá siete veces y se levantará, pero los impíos se debilitarán en el mal (Prov. XXIV, 16). Por lo tanto, no tema cada uno de nosotros a los astutos perseguidores, cazadores de palabras, contadores de casi sílabas, y transgresores de preceptos. Lo que en ti acusa, atiende; para que crea en ti a Cristo, no atiende. Atiende a sus palabras a quien reprendes, no sea que te enseñe algo saludable. ¿Y qué me podrá enseñar saludablemente, quien así ha tropezado en palabra? Esto mismo tal vez te enseña saludablemente, que no seas cazador de palabras, sino recolector de preceptos. Ellos observarán mi talón.

11. Como ha soportado mi alma. Esto digo que he soportado. Hablaba el experimentado: Como ha soportado mi alma. Habitarán y se esconderán. Que mi alma los soporte a todos; a los que ladran afuera, a los que se ocultan adentro, que los soporte. Viniendo de afuera, como un río viene la tentación: que te encuentre en la roca, que choque, no te derribe; la casa está fundada sobre la roca (Mat. VII, 25). Está adentro, habitará y se esconderá: que la paja se te acerque, que entre la trilla de los bueyes, que entren las tribulaciones de las tentaciones; tú te purificas, ella se desmenuza.

12. [vers. 8.] Como ha soportado mi alma, por nada los salvarás. Enseñó también a orar por ellos. Sin duda habitarán y se esconderán, sin duda son engañosos, sin duda son simuladores y emboscadores: tú ora por ellos, y no digas, ¿Acaso Dios corregirá también a tal hombre, tan

malo, tan perverso? No desesperes: observa a quién ruegas, no por quién ruegas. ¿Ves la magnitud de la enfermedad, no ves el poder del médico? Habitarán y se esconderán: como ha soportado mi alma. Soporta, ora: ¿y qué sucede? Por nada los salvarás. Así los salvarás, que no te cueste nada, es decir, que no te sea ningún trabajo. Para los hombres están desesperados, pero tú los curas con la palabra: no trabajarás en curarlos, aunque nosotros nos asombremos al observar. Hay otro sentido en este verso, Por nada los salvarás: sin que sus méritos precedan, los salvarás. Quien antes fui blasfemo, dice, y perseguidor e injurioso (I Tim. I, 13). Recibía cartas de los sacerdotes, para que dondequiera que encontrara cristianos, los atara y los llevara (Hechos IX, 2). Sin duda para atar y llevar, primero habitaba, y se escondía. Por lo tanto, no precedieron en él méritos buenos, sino que precedieron tales cosas por las que sería condenado; no trajo nada bueno, y fue salvado. Por nada los salvarás. No te traerán cabras, carneros, toros, no traerán dones y aromas a tu templo, no vierten nada de libaciones de buena conciencia; todo en ellos es áspero, todo es tétrico, todo es detestable: y cuando no te traen nada para ser salvados, Por nada los salvarás, es decir, por la gracia dada gratuitamente. ¿Qué trajo aquel ladrón a la cruz? De la horca al juicio, del juicio al madero, del madero al paraíso (Luc. XXIII, 43). Creyó, por lo cual habló (Sal. CXV, 10). Pero ¿quién dio incluso esa fe, sino quien colgaba al lado? Por nada los salvarás.

13. En ira guiarás a los pueblos. Te enojas y guías, castigas y salvas, asustas y llamas. ¿Qué significa, En ira guiarás a los pueblos? Llenas de tribulaciones todo, para que puestos en tribulaciones los hombres recurran a ti, no sea que seducidos por los placeres y la seguridad perversa se desvíen. De ti parece ira, pero es paterna. Un padre se enoja con su hijo que desprecia sus preceptos: enojado con él lo abofetea, lo golpea, le tira de la oreja, lo lleva de la mano, lo lleva a la escuela. En ira guiarás a los pueblos. ¡Cuántos han entrado, cuántos han llenado la casa del Señor, guiados en su ira, es decir, aterrados por las tribulaciones, y llenos de fe! Porque la tribulación agita para vaciar el vaso que está lleno de maldad, para que se llene de gracia. En ira guiarás a los pueblos.

14. [vers. 9.] Dios, mi vida te he declarado. Porque vivir me hiciste, y para esto declaro mi vida a ti. ¿Acaso Dios ignoraba lo que había dado? ¿Qué significa, que le declaras? ¿Quieres enseñar a Dios? Lejos de eso. Entonces, ¿qué dice, Te he declarado? ¿O tal vez, Porque te beneficia que te haya declarado mi vida? ¿Y qué le beneficia a Dios? Le beneficia a sus ganancias. He declarado a Dios mi vida, porque Dios me hizo vivir. ¿Cómo declaró su vida el apóstol Pablo, diciendo, Quien antes fui blasfemo y perseguidor e injurioso? Declare su vida: Pero alcancé misericordia (I Tim. I, 13). Declaró su vida, no a sí mismo, sino a él: porque así la declaró para que se le creyera; no para sus ganancias, sino para las ganancias de él. ¿Qué dice el mismo Pablo? Por eso Cristo murió y resucitó, para que el que vive ya no viva para sí, sino para aquel que por todos murió (II Cor. V, 15). Si entonces vives, y no vives de ti, porque él te concedió vivir, declara tu vida, no a ti, sino a él; no buscando lo tuyo, no viviendo para ti, sino para aquel que por todos murió. En efecto, ¿qué dice el mismo Pablo de algunos reprobos? Porque todos buscan lo suyo, no lo que es de Jesucristo (Filip. II, 21). Si declaras tu vida para que te beneficie a ti, y no beneficie a otros, te declaras a ti mismo, no a Dios: pero si declaras tu vida de tal manera, que también invites a otros a recibir la vida que tú también recibiste, declaras tu vida a aquel de quien la recibiste, y tendrás una recompensa mayor, porque no fuiste ingrato por lo que recibiste. Dios, mi vida te he declarado. Has puesto mis lágrimas en tu presencia. Me has escuchado suplicándote. Como también en tu promesa. Porque así prometiste, así hiciste. Dijiste que escucharías al que llora: creí, lloré, fui escuchado; te encontré misericordioso en prometer, veraz en cumplir. Como también en tu promesa.

15. [vers. 10.] Que se vuelvan mis enemigos atrás. Esto les beneficia a ellos, no les desea mal: en efecto, quieren preceder, por eso no quieren corregirse. Amonestas a tu enemigo para que viva bien, para que se corrija: él desprecia, él rechaza tu palabra: ¡Mira quién me amonesta, mira de quién escucharé los preceptos por los que viviré! Quiere precederte, y precediendo no se corrige. No atiende a que tus palabras no son tuyas; no atiende a que declares tu vida a Dios, no a ti. Por tanto, precediendo no se corrige: le conviene volverse atrás, y seguir a quien quería preceder. El Señor hablaba a sus discípulos sobre su futura pasión, Pedro se horrorizó, y dijo, ¡Lejos de ti, Señor, no sucederá esto!: quien poco antes había dicho, Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo, confesando a Dios, temió que muriera como hombre. Pero el Señor que había venido así para sufrir, pues de otro modo no podríamos ser salvos, si no fuéramos redimidos por su sangre, poco antes había alabado la confesión de Pedro, y había dicho: Porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Por eso tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella; y te daré las llaves del reino de los cielos. Ved cómo prosiguió la verdadera confesión, piadosa, llena de confianza, porque dijo, Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo. Sin embargo, inmediatamente cuando el Señor comenzó a hablar de su pasión, temió que pereciera muriendo, cuando nosotros pereceríamos si él no muriera; y dijo, ¡Lejos de ti, Señor, no sucederá esto! Y el Señor a él, a quien poco antes había dicho, Bienaventurado eres, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, Vuelve, le dice, atrás Satanás, eres escándalo para mí: ¿Por qué entonces Satanás, quien poco antes era bienaventurado y piedra? Porque no piensas en las cosas que son de Dios, dice, sino en las que son de los hombres (Mat. XVI, 16-23). Poco antes en las cosas de Dios: porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Cuando alababa el discurso en Dios, no era Satanás, sino Pedro de la piedra: pero cuando de sí mismo, y de la debilidad humana, con amor carnal del hombre, lo que sería un obstáculo para su salvación y la de los demás, fue llamado Satanás. ¿Por qué? Porque quería preceder al Señor, y dar consejo terrenal al guía celestial. ¡Lejos de ti, Señor, no sucederá esto! Dices, ¡Lejos de ti!; y dices, Señor: ciertamente si es Señor, lo hace con poder; si es maestro, sabe lo que hace, sabe lo que enseña. Pero tú quieres guiar al guía, enseñar al maestro, mandar al Señor, desear a Dios: mucho precedes, vuelve atrás. ¿Acaso no era esto también beneficioso para estos enemigos? Que se vuelvan mis enemigos atrás: pero no permanezcan atrás. Por eso que se vuelvan atrás, para que no precedan; sino para que sigan, no para que permanezcan. Que se vuelvan mis enemigos atrás.

16. En cualquier día que te invoque, he aquí que supe que tú eres mi Dios. ¡Gran conocimiento! No dijo, Supe que eres Dios; sino, que tú eres mi Dios. Pues es tuyo cuando te socorre; es tuyo cuando no estás alejado de Él. De ahí se dice: Bienaventurado el pueblo cuyo Dios es el Señor. ¿Por qué, de quién es? ¿Acaso no es de todos? En verdad, Dios es de todos: pero se dice que es propiamente de aquellos que lo aman, que lo retienen, que lo poseen, que lo adoran; como de su casa, grande es su familia, redimidos con la gran sangre de su único Hijo. ¡Cuánto nos ha dado Dios para que seamos suyos y Él sea nuestro! Pero los extranjeros, alejados de los santos, son hijos ajenos. Veán lo que se dice de ellos en otro salmo: Señor, líbrame, dice, de la mano de los hijos ajenos, cuya boca ha hablado vanidad, y su diestra es diestra de iniquidad. Y observa su altitud, pero la altitud del día, es decir, la soberbia temporal. Sus hijos, dice, son como plantas jóvenes bien establecidas, sus hijas adornadas como la semejanza de un templo. Describe la felicidad de este siglo presente, en la cual los hombres errantes, teniéndola por grande, no buscan la verdadera y eterna felicidad. De ahí, pues, estos hijos ajenos, no hijos de Dios: Sus hijos, dice, son como plantas jóvenes bien establecidas, sus hijas adornadas como la semejanza de un templo: sus bodegas llenas,

rebotantes de esto en esto: sus bueyes gordos, sus ovejas fecundas, multiplicándose en sus salidas: no hay ruina de muro ni paso, ni clamor en sus calles. ¿Y qué sigue? Dijeron bienaventurado al pueblo que tiene estas cosas. Pero, ¿quiénes lo dijeron? Los hijos ajenos, cuya boca ha hablado vanidad. ¿Y tú qué dices? Bienaventurado el pueblo cuyo Dios es el Señor (Salmo 143, 11-15). Quitó de en medio todas las demás cosas que da Dios, y dio al mismo Dios. Todas esas cosas, hermanos, que mencionaron los hijos ajenos, Dios las da; pero también las da a los ajenos, también a los malos, también a los blasfemos, que hace salir su sol sobre buenos y malos, y llueve sobre justos e injustos (Mateo 5, 45). A veces da estas cosas a los buenos, a veces no las da; y a los malos a veces las da, a veces no las da: pero a los buenos se reserva a sí mismo, y a los malos el fuego eterno. Hay, pues, un mal que no da a los buenos, y hay un bien que no da a los malos: hay ciertas cosas intermedias, tanto buenas como malas, que da tanto a buenos como a malos.

17. Amemos, pues, a Dios, hermanos, pura y castamente. No es casto el corazón si adora a Dios por recompensa. ¿Qué, entonces? ¿No tendremos recompensa por el culto a Dios? La tendremos, claro está, pero al mismo Dios a quien adoramos. Él será nuestra recompensa, porque lo veremos tal como es (1 Juan 3, 2). Presta atención porque recibirás recompensa. ¿Qué dice nuestro Señor Jesucristo a sus amantes? Quien me ama, guarda mis mandamientos; y quien me ama, será amado por mi Padre, y yo lo amaré. ¿Qué le darás entonces? Y me manifestaré a él (Juan 14, 23). Si no amas, es poco: si amas, si suspiras, si lo adoras gratuitamente a quien fuiste comprado gratuitamente, pues no lo merecías para que te redimiera, si consideras sus beneficios en ti y suspiras, y tienes el corazón inquieto por su deseo; no busques fuera de Él algo de Él, Él te basta. Por más avaro que seas, Dios te basta. Pues la avaricia buscaba poseer toda la tierra, añade también el cielo: más es quien hizo el cielo y la tierra. Diré, hermanos: en estos matrimonios humanos consideren qué corazón casto debe tenerse hacia Dios. Ciertamente son matrimonios humanos: no ama a su esposa quien la ama por su dote; no ama castamente a su marido quien lo ama porque le dio algo, o porque le dio mucho. Y el marido rico, y el marido hecho pobre. ¡Cuántos proscritos han sido más amados por esposas castas! Muchos matrimonios castos han sido probados por las calamidades de los maridos: para que no se pensara que amaban otra cosa que al marido, no solo no los abandonaron, sino que les sirvieron más. Si, pues, el marido carnal es amado gratuitamente, si es amado castamente; y la esposa carnal es amada gratuitamente, si es amada castamente: ¿cómo debe ser amado Dios, verdadero y veraz esposo del alma, fecundando para la prole de la vida eterna, y no permitiéndonos ser estériles? Amémoslo, pues, de tal manera que no se ame otra cosa fuera de Él; y se hará en nosotros lo que dijimos, lo que cantamos, porque también aquí es nuestra voz: En cualquier día que te invoque, he aquí que supe que tú eres mi Dios. Esto es invocar a Dios, invocarlo gratuitamente. Por tanto, ¿qué se dijo de algunos? No invocaron al Señor. Como si parecieran invocar al Señor; y le pedían herencias, aumentar el dinero, prolongar esta vida, y otras cosas temporales: ¿y qué dice de ellos la Escritura? No invocaron al Señor. Por eso, ¿qué sigue? Allí temieron con temor donde no había temor (Salmo 13, 5). ¿Qué es, donde no había temor? Que no les faltara dinero, que no disminuyera algo en su casa; finalmente, que no tuvieran menos años en esta vida de los que esperaban: pero allí temblaron con temor donde no había temor. Como aquellos judíos: Si lo dejamos vivir, vendrán los romanos y nos quitarán el lugar y la nación (Juan 11, 48). Allí temieron con temor donde no había temor. He aquí que supe que tú eres mi Dios. ¡Grandes riquezas del corazón, gran luz del ojo interior, gran confianza de seguridad! He aquí que supe que tú eres mi Dios.

18. [vers. 11.] En Dios alabaré la palabra, en el Señor alabaré el discurso: en Dios he confiado, no temeré lo que me haga el hombre. Ya es el mismo sentido que se repitió antes.

19. [vers. 12.] En mí están, Dios, tus votos, que devolveré en alabanzas a ti. Hagan votos y devuélvanlos al Señor su Dios (Salmo 75, 12). ¿Qué votarán, qué devolverán? ¿Acaso aquellos animales que se ofrecían en los altares alguna vez? No ofrezcas nada de eso: en ti está lo que votarás y devolverás. De la arca del corazón saca el incienso de alabanza, de la bodega de la buena conciencia saca el sacrificio de la fe. Todo lo que ofrezcas, enciéndelo con caridad. En ti estén los votos, que devolverás en alabanzas a Dios. ¿De qué alabanza? ¿Qué te ha concedido? Porque has librado mi alma de la muerte. Esa es la vida que le declara: Dios, mi vida te he declarado. ¿Qué era yo? Muerto. Por mí mismo estaba muerto: por ti, ¿qué soy? Vivo. Por eso en mí están, Dios, tus votos, que devolveré en alabanzas a ti. He aquí que amo a mi Dios; nadie me lo arrebató: lo que le doy nadie me lo arrebató, porque está encerrado en el corazón. Con razón se dice en aquella confianza superior, ¿Qué me hará el hombre? Que el hombre sea cruel, que se le permita ser cruel, que se le permita hacer lo que intenta: ¿qué va a quitarme? Oro, plata, ganado, siervos, siervas, tierras, casas; que quite todo: ¿acaso quitará los votos que están en mí, que devolveré en alabanzas a Dios? Se permitió al tentador tentar al santo varón Job: en un instante le quitó todo, le arrebató todo lo que tenía de bienes, le quitó la herencia, mató a los herederos; y no poco a poco, sino en masa, de un golpe, de un ímpetu, para que todo se anunciara de repente. Quitado todo, Job quedó solo; pero en él estaban los votos de alabanza que devolvería a Dios, en él ciertamente estaban: el arca de su santo pecho el ladrón diablo no la había invadido, estaba lleno de donde ofrecer sacrificio. Escucha lo que tenía, escucha lo que sacó: El Señor dio, el Señor quitó; como al Señor le plació, así se hizo: sea bendito el nombre del Señor (Job 1, 12-21). ¡Oh riquezas interiores, donde el ladrón no llega! Él mismo había dado Dios de donde tomaba; Él mismo había enriquecido, de donde le ofrecía lo que amaba. Dios busca de ti alabanza, busca de ti confesión. ¿Pero darás algo de tu campo? Él mismo llovió para que tuvieras. ¿Darás algo de tu arca? Él mismo instituyó lo que darías. ¿Qué darás que no hayas recibido de Él? ¿Qué tienes que no hayas recibido? (1 Cor. 4, 7). ¿Darás del corazón? Él dio la fe, la esperanza y la caridad: esto vas a sacar, esto vas a sacrificar. Pero ciertamente todas esas otras cosas puede quitártelas el enemigo contra tu voluntad, esto no puede quitártelo sino con tu consentimiento. Aquellas perderás incluso sin querer; y queriendo tener oro, perderás el oro, y queriendo tener casa, perderás la casa: la fe nadie la pierde sino quien la desprecia.

20. [vers. 13.] En mí están, Dios, tus votos, que devolveré en alabanzas a ti: porque has librado mi alma de la muerte, mis ojos de las lágrimas, y mis pies de la caída; para que agradezca ante Dios en la luz de los vivientes. Con razón no agrada a los hijos ajenos alejados de los santos, porque no tienen la luz de los vivientes, de donde vean lo que agrada a Dios. La luz de los vivientes es la luz de los inmortales, la luz de los santos. Quien no está en tinieblas, agrada en la luz de los vivientes. Se observa al hombre y lo que es suyo, nadie sabe cómo es: Dios ve cómo es. A veces incluso al mismo diablo le pasa desapercibido; si no tiente, no descubre, como de este hombre que acabo de mencionar. Dios lo conocía, y daba testimonio de él: el diablo no lo conocía, y por eso había dicho, ¿Acaso Job adora a Dios gratuitamente? (Job 1, 9). Veán a qué provoca el enemigo: ahí está la perfección. Veán lo que objeta el enemigo. Veía al hombre sirviendo a Dios, obedeciendo en todo, haciendo todo bien; y porque era rico y su casa muy feliz, objeta que por eso adora a Dios, porque le dio todas estas cosas: ¿Acaso Job adora a Dios gratuitamente? Pues esa era la verdadera luz, esa luz de los vivientes, para que adorara a Dios gratuitamente. Dios veía en el corazón de su siervo su culto gratuito. Pues ese corazón agradaba ante el Señor, en la luz de los vivientes: el diablo lo ignoraba, porque estaba en tinieblas. Dios permitió al tentador, no para que Él mismo conociera lo que ya sabía, sino para que nos lo mostrara a nosotros para conocerlo e imitarlo. ¿Acaso si no se hubiera permitido al tentador, veríamos nosotros mismos en Job lo que deberíamos y querríamos imitar? Se permitió al tentador, le quitó todo, quedó solo de bienes,

solo de familia, solo de hijos, lleno de Dios. Ciertamente la esposa había quedado. ¿Creen que el diablo fue misericordioso al dejarle la esposa? Sabía por quién había engañado a Adán. Había dejado a su ayudante, no a la consoladora del marido. Él, pues, lleno de Dios, en quien estaban los votos que devolvería en alabanza, para mostrar que adoraba a Dios gratuitamente, no porque había recibido tanto; y habiéndolo perdido todo, es tal, porque no perdió a quien le había dado todo: El Señor dio, dice, el Señor quitó; como al Señor le plació, así se hizo: sea bendito el nombre del Señor. Incluso herido desde la cabeza hasta los pies, íntegro sin embargo por dentro, respondió a la tentadora, desde la luz de los vivientes, desde la luz de su corazón: Hablaste como una de las mujeres insensatas (Job 2, 10), es decir, como aquella que no tiene la luz de los vivientes. Pues la luz de los vivientes es la sabiduría, y las tinieblas de los insensatos es la necedad. Hablaste como una de las mujeres insensatas: ves mi carne, no ves la luz de mi corazón. Pues ella podría haber amado más al marido entonces, si conociera la belleza interior, y observara donde él era hermoso ante los ojos de Dios: porque en él estaban los votos que devolvería en alabanza a Dios. ¡Cómo no había invadido el enemigo ese patrimonio! ¡Qué íntegro estaba lo que poseía, y por lo que esperaba poseer más, yendo de virtudes en virtudes! Por tanto, hermanos, que todo esto nos sirva para que amemos a Dios gratuitamente, en Él esperemos siempre, y no temamos ni al hombre ni al diablo. Ni aquel ni este hacen nada, sino cuando se les permite: permitirse no puede ser para nada, sino lo que nos beneficia. Soportemos a los malos, seamos buenos, porque también nosotros fuimos malos. Por nada salvará Dios a todos, de quienes nos atrevemos a desesperar. Por tanto, no desesperemos de nadie, oremos por todos los que sufrimos, nunca nos apartemos de Dios. Que Él sea nuestra herencia, nuestra esperanza, nuestra salvación. Él aquí consolador, allí remunerador, en todas partes vivificador y dador de vida; no de otra vida, sino de aquella de la que se dijo, Yo soy el camino, la verdad y la vida (Juan 14, 6): para que aquí en la luz de la fe, y allí en la luz de la visión, como en la luz de los vivientes, agradeamos ante el Señor.

EN EL SALMO 56 EXPLICACIÓN. SERMON A LA GENTE.

1. Hemos escuchado en el Evangelio ahora, hermanos, cuánto nos ama el Señor y Salvador nuestro Jesucristo, Dios con el Padre, hombre con nosotros, de nosotros mismos, ya junto a la diestra del Padre, han escuchado cuánto nos ama. Pues la medida de su caridad, Él mismo la dijo, y nos la indicó, diciendo que su mandamiento es que nos amemos unos a otros (Juan 13, 34). Y para que no dudáramos y vaciláramos sobre cuánto debemos amarnos unos a otros, y cuán grande es esa medida perfecta de caridad que agrada a Dios, pues es perfecta, ya que no puede haber mayor, Él mismo la expresó, la enseñó, y dijo: Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos (Juan 15, 12). Él mismo hizo lo que enseñó, los Apóstoles hicieron lo que aprendieron de Él, y nos predicaron que lo hiciéramos. Hagámoslo también nosotros; porque aunque no somos lo que Él según lo que nos creó, sin embargo, somos lo que Él se hizo por nosotros. Y si solo Él lo hubiera hecho, tal vez ninguno de nosotros debería atreverse a imitarlo; pues Él era hombre de tal manera que también era Dios: pero en lo que era hombre, los siervos imitaron al Señor, y los discípulos al Maestro, y lo hicieron quienes nos precedieron en su familia, ciertamente nuestros padres, pero sin embargo nuestros consiervos; ni Dios mandaría que hiciéramos esto, si juzgara imposible que lo hiciera un hombre. Pero considerando tu debilidad, ¿te desanimas bajo el precepto? Fortalécete en el ejemplo. Pero, ¿también el ejemplo es mucho para ti? Está presente quien ofreció el ejemplo, para ofrecer también la ayuda. Escuchemos, pues, en este salmo: pues ha sucedido oportunamente, y con su providencia, que el Evangelio le concordara, recomendándonos el amor de Cristo, quien puso su vida por nosotros, para que también nosotros pongamos nuestra vida por los hermanos (1 Juan 4, 16). Concordó y consonó con este salmo, para que veamos cómo el mismo Señor nuestro puso su vida por nosotros: pues

este salmo canta su pasión. Y puesto que todo Cristo es cabeza y cuerpo, lo cual no dudo que ustedes conocen bien: la cabeza es nuestro Salvador, que sufrió bajo Poncio Pilato, quien ahora después de haber resucitado de entre los muertos, está sentado a la diestra del Padre: pero su cuerpo es la Iglesia; no esta, o aquella, sino difundida por todo el mundo; ni la que ahora está en los hombres que viven la vida presente, sino perteneciendo a ella también aquellos que fueron antes de nosotros, y aquellos que serán después de nosotros hasta el fin del mundo. Pues toda la Iglesia, compuesta de todos los fieles, porque todos los fieles son miembros de Cristo, tiene esa cabeza puesta en los cielos que gobierna su cuerpo; y aunque separado en visión, está unido en caridad. Porque, pues, todo Cristo es cabeza y cuerpo; por eso en todos los Salmos escuchemos las voces de la cabeza, para que escuchemos también las voces del cuerpo. Pues no quiso hablar separadamente, porque no quiso estar separado, diciendo: He aquí que yo estoy con ustedes hasta el fin del mundo (Mateo 28, 20). Si está con nosotros, habla en nosotros, habla de nosotros, habla por nosotros; porque también nosotros hablamos en Él: y por eso hablamos verdad porque hablamos en Él. Pues cuando queramos hablar en nosotros y de nosotros, permaneceremos en la mentira.

2. [vers. 1.] Porque, pues, este salmo canta la pasión del Señor, ve qué título tiene: Al fin. El fin es Cristo (Romanos 10, 4). ¿Por qué se le llama fin? No porque consuma, sino porque consume. Consumir, en efecto, es perder: consumir, es perfeccionar. Pues decimos finito cualquier cosa, lo decimos por el fin. Pero de diferente manera decimos, El pan está finito; de diferente manera decimos, La túnica está finita: el pan está finito para ser consumido, la túnica está finita para ser tejida: el pan, pues, está finito para ser consumido, la túnica está finita para ser perfeccionada. El fin, pues, de nuestro propósito es Cristo; porque por más que nos esforcemos, en Él somos perfeccionados, y por Él somos perfeccionados; y esta es nuestra perfección, llegar a Él: pero cuando llegues a Él, no buscarás más; es tu fin. Pues así como el fin de tu camino es el lugar al que te diriges; al que cuando llegues, ya permanecerás: así el fin de tu estudio, de tu propósito, de tu esfuerzo, de tu intención, es aquel al que te diriges; al que cuando llegues, no desearás más, porque no tendrás nada mejor. Él mismo, pues, nos propuso el ejemplo de vivir en esta vida, y dará la recompensa de vivir en la vida futura.

3. Al final, no destruyas, de David, para la inscripción del título, cuando huía de Saúl en la cueva. Refiriéndonos a la Sagrada Escritura, encontramos que el santo David, aquel rey de Israel, de quien también el Salterio Davídico toma su nombre, sufrió la persecución del rey Saúl de su pueblo (I Sam. 24, 1-4), como muchos de ustedes saben, quienes han tocado o escuchado las Escrituras. Así, el rey David tuvo a Saúl como perseguidor: y mientras él era el más manso, Saúl era el más feroz; él era suave, Saúl era envidioso; él era paciente, Saúl era cruel; él era benévolo, Saúl era ingrato; lo soportó con tanta mansedumbre que, cuando lo tuvo en sus manos, no lo tocó ni lo hirió. Pues recibió del Señor Dios el poder de matar a Saúl si lo deseaba, pero eligió perdonar en lugar de matar. Sin embargo, Saúl no fue vencido ni por tal beneficio, y no dejó de perseguirlo. Encontramos, por tanto, que en aquel tiempo, cuando Saúl perseguía a David, el futuro y predestinado rey, ya rey reprobado, David huyó de Saúl a una cueva. ¿Qué tiene esto que ver con Cristo? Si todo lo que sucedía entonces era figura de lo que vendría, encontramos allí a Cristo, y mucho más. Pues aquello de "No destruyas en la inscripción del título" no veo cómo se refiere a David. No había ningún título inscrito para David que Saúl quisiera destruir. Sin embargo, vemos que en la pasión del Señor se escribió un título, "Rey de los Judíos", para que ese título reprochara a sus frentes que no se abstuvieron de las manos de su rey. En ellos estaba Saúl, en Cristo estaba David. Porque Cristo, como dice el evangelio apostólico, es, como sabemos y confesamos, "del linaje de David según la carne" (Rom. 1, 3, y Mat. 1, 1): pues según la divinidad está por encima de

David, por encima de todos los hombres, por encima del cielo y la tierra, por encima de los ángeles, por encima de todo lo visible e invisible; porque todo fue hecho por él, y sin él nada fue hecho (Juan 1, 3): sin embargo, se dignó hacerse hombre del linaje de David y vino a nosotros; porque nació de la tribu de David, de donde la virgen María que dio a luz a Cristo (Luc. 1, 27, y 2, 4). Así, aquel título fue inscrito, "Rey de los Judíos". Saúl, como dijimos, era el pueblo de los judíos; David era Cristo: el título allí, "Rey de los Judíos". Los judíos se indignaron porque el título estaba inscrito, "Rey de los Judíos": les avergonzaba tener un rey al que pudieron crucificar. No vieron que esa misma cruz, en la que lo fijaron, sería en el futuro en las frentes de los reyes. Así que, al indignarse por ese título, acudieron a Pilato, el juez al que habían entregado a Cristo para ser muerto, y le dijeron: "No escribas así, Rey de los Judíos; sino escribe que él dijo ser rey de los judíos". Y porque ya había sido cantado por el Espíritu Santo, "Al final; no destruyas en la inscripción del título", Pilato les respondió: "Lo que he escrito, he escrito" (Juan 19, 19-22): ¿qué me sugieren falsedad? Yo no destruyo la verdad.

4. Hemos escuchado, por tanto, qué significa "No destruyas en la inscripción del título". ¿Qué significa entonces "Cuando huía de Saúl a la cueva"? Lo cual también hizo aquel David: pero como en él no encontramos la inscripción del título, en esto encontramos la huida a la cueva. Pues aquella cueva simbolizaba algo, en la que se ocultó David. ¿Por qué se ocultó? Para esconderse y no ser encontrado. ¿Qué significa cubrirse con una cueva? Cubrirse con tierra. Porque quien huye a una cueva, se cubre con tierra para no ser visto. Jesús llevaba tierra, la carne que había tomado de la tierra; y en ella se ocultaba para no ser encontrado por los judíos. Porque si lo hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de la gloria (1 Cor. 2, 8). ¿Por qué entonces no encontraron al Señor de la gloria? Porque se cubrió con una cueva, es decir, presentaba la debilidad de la carne a los ojos, pero ocultaba la majestad de la divinidad en el revestimiento del cuerpo, como escondido en la tierra. Así que, no conociendo a Dios, crucificaron al hombre. Ni pudo morir sino en el hombre, ni pudo ser crucificado sino en el hombre; porque ni siquiera pudo ser capturado sino en el hombre. Oponía la tierra a los que lo buscaban mal, guardaba la vida para los que lo buscaban bien. Huyó, por tanto, según la carne a la cueva de Saúl. Y si quieres aceptar también esto, que el Señor huyó a la cueva de Saúl porque sufrió; se ocultó tanto a los judíos que incluso murió. Por mucho que los judíos se ensañaran contra él, hasta que murió, aún pensaban que podía ser liberado y mostrar con algún milagro que era el Hijo de Dios. Esto estaba predicho en el libro de la Sabiduría: "Condenémoslo a una muerte vergonzosa; pues será protegido según sus palabras. Si verdaderamente es hijo de Dios, lo tomará y lo libraré de las manos de sus adversarios" (Sab. 2, 20, 18). Porque era crucificado y no liberado, creyeron que no era el Hijo de Dios. Por eso, insultándolo mientras colgaba del madero, y moviendo la cabeza, le decían: "Si eres el Hijo de Dios, desciende de la cruz. A otros salvó, a sí mismo no puede salvarse" (Mat. 27, 40, 42). Diciendo estas cosas, como está en el mismo libro de la Sabiduría, "pensaron y erraron; pues su malicia los cegó" (Sab. 2, 21). ¿Qué gran cosa era descender de la cruz, para quien fue fácil resucitar del sepulcro? Pero, ¿por qué quiso ser paciente hasta la muerte? Para huir de Saúl a la cueva. Pues la cueva puede ser entendida como la parte inferior de la tierra. Y ciertamente lo que es manifiesto y cierto para todos, su cuerpo fue puesto en un sepulcro, que estaba excavado en la roca. Ese sepulcro era, por tanto, una cueva: allí huyó de Saúl. Pues los judíos lo persiguieron hasta que fue puesto en la cueva. ¿Cómo probamos que lo persiguieron hasta que fue puesto allí? Incluso muerto, colgando en la cruz, lo hirieron con una lanza (Juan 19, 34). Pero cuando fue envuelto y colocado en la cueva tras el cuidado funerario, ya no tuvieron nada que hacerle a su carne. Así que el Señor resucitó de esa cueva ileso, incorrupto, donde había huido de Saúl; ocultándose de los impíos, que Saúl prefiguraba, pero mostrándose a sus miembros. Pues los miembros del resucitado fueron palpados por sus

miembros: porque sus apóstoles tocaron al resucitado y creyeron (Luc. 24, 39); y he aquí que la persecución de Saúl no sirvió de nada. Escuchemos, por tanto, ya el Salmo, porque hemos hablado bastante del título, tanto como el Señor se ha dignado conceder.

5. [vers. 2.] Ten piedad de mí, Dios, ten piedad de mí, porque en ti confía mi alma. Cristo en su pasión dice, "Ten piedad de mí, Dios". Dios dice a Dios, "Ten piedad de mí". Quien con el Padre tiene piedad de ti, clama en ti, "Ten piedad de mí". Pues lo que clama de él, "Ten piedad de mí", es tuyo: lo recibió de ti, se revistió de carne para liberarte. La misma carne clama, "Ten piedad de mí, Dios, ten piedad de mí": el mismo hombre, alma y carne. Pues el Verbo asumió todo el hombre, y todo el hombre se hizo Verbo. No se piense, por tanto, que no había alma allí, porque el evangelista dice: "El Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros" (Juan 1, 14). Pues se dice carne por hombre, como en otro lugar dice la Escritura, "Y verá toda carne la salvación de Dios" (Isa. 40, 5; Luc. 3, 6). ¿Acaso solo la carne verá, y no estará allí el alma? De nuevo, el mismo Señor dice de los hombres: "Como le diste potestad sobre toda carne" (Juan 17, 2). ¿Acaso recibió potestad solo sobre la carne, y no principalmente sobre las almas, que primero liberaba? Por tanto, allí estaba el alma, allí estaba la carne, allí todo el hombre; y todo el hombre con el Verbo, y el Verbo con el hombre, y el hombre y el Verbo un solo hombre, y el Verbo y el hombre un solo Dios. Diga, por tanto, "Ten piedad de mí, Dios, ten piedad de mí". No temamos las voces de quien pide misericordia y la otorga. Pues pide porque otorga: para esto hombre, porque misericordioso; no para que naciera por necesidad de condición, sino para liberarnos de la condición de necesidad. Ten piedad de mí, Dios, ten piedad de mí, porque en ti confía mi alma. Escucha al maestro orando, aprende a orar. Pues oró para enseñarnos a orar: porque sufrió para enseñarnos a sufrir; resucitó para enseñarnos a esperar la resurrección.

6. Y en la sombra de tus alas esperaré, hasta que pase la iniquidad. Esto ciertamente ya lo dijo todo Cristo: aquí está también nuestra voz. Pues aún no ha pasado la iniquidad, aún arde la iniquidad. Y al final, el mismo Señor dijo que habría abundancia de iniquidad: "Y porque abundará la iniquidad, se enfriará el amor de muchos; pero el que persevere hasta el fin, este será salvo" (Mat. 24, 12). ¿Quién perseverará hasta el fin, hasta que pase la iniquidad? Quien esté en el cuerpo de Cristo, quien esté en los miembros de Cristo, y haya aprendido del cabeza la paciencia de perseverar. Tú pasas, y he aquí que pasaron tus tentaciones; y vas a otra vida a la que fueron los santos, si eres santo. A otra fueron los mártires: si eres mártir, vas tú también a otra vida. ¿Acaso porque tú pasaste de aquí, ya pasó la iniquidad? Nacen otros inicuos, como mueren otros inicuos. Así como mueren unos inicuos, y nacen otros; así unos justos se van, y otros nacen. Hasta el fin del mundo no faltará la iniquidad que oprime, ni la justicia que padece. Y en la sombra de tus alas esperaré, hasta que pase la iniquidad: es decir, tú me protegerás, y para que no me seque por el calor de la iniquidad, tú me proporcionarás sombra.

7. [vers. 3.] Clamaré al Dios altísimo. Si es altísimo, ¿cómo te escucha clamando? La confianza nació de la experiencia: "Dios", dice, "que me hizo bien". Si antes de buscarlo me hizo bien, ¿no me escuchará clamando? Pues el Señor Dios nos hizo bien enviándonos a nuestro Salvador Jesucristo, para que muriera por nuestros pecados, y resucitara por nuestra justificación (Rom. 4, 25). ¿Por quiénes quiso morir su Hijo? Por los impíos. Los impíos no buscaban a Dios, y fueron buscados por Dios. Así es, por tanto, que él es altísimo, que no está lejos de nuestra miseria y nuestro gemido; porque el Señor está cerca de los que tienen el corazón contrito (Sal. 34, 19). Clamaré al Dios altísimo, Dios que me hizo bien.

8. [vers. 4, 5.] Envió desde el cielo, y me salvó. Ya el mismo hombre, ya la misma carne, ya el Hijo de Dios, según nuestra participación es manifiesto, porque fue salvado, y el Padre

envió desde el cielo, y lo salvó; envió desde el cielo y lo resucitó: pero para que sepan que el mismo Señor se resucitó; ambas cosas están puestas en la Escritura, que el Padre lo resucitó, y que él mismo se resucitó. Escuchen que el Padre lo resucitó: el Apóstol dice, "Se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz: por lo cual Dios lo exaltó, y le dio un nombre que es sobre todo nombre" (Fil. 2, 8, 9). Han escuchado al Padre resucitando y exaltando al Hijo; escuchen que él mismo resucitó su carne: en figura del templo dice a los judíos, "Destruyan este templo, y en tres días lo levantaré". Pero el evangelista nos explicó qué decía: "Esto decía del templo de su cuerpo" (Juan 2, 19, 21). Ahora, por tanto, desde la persona del que ora, desde la persona del hombre, desde la persona de la carne dice, "Envió desde el cielo, y me salvó".

9. Dio en oprobio a los que me pisotean. Quienes lo pisotearon, quienes insultaron al muerto, quienes crucificaron al hombre porque no entendieron a Dios, los dio en oprobio. Vean si no se ha hecho: no creemos que será, sino que reconocemos que se ha cumplido. Los judíos se ensañaron contra Cristo, se enorgullecieron contra Cristo: ¿dónde? En la ciudad de Jerusalén. Pues donde reinaban, allí se enorgullecían, allí levantaron sus cuellos. Después de la pasión del Señor fueron arrancados de allí; y perdieron el reino, en el que no quisieron reconocer a Cristo como rey. ¿Cómo fueron dados en oprobio? Vean: fueron dispersados por todas las naciones, sin tener estabilidad en ningún lugar, sin una sede cierta en ningún lugar. Sin embargo, aún son judíos, para que lleven nuestros Libros para su confusión. Pues cuando queremos mostrar que Cristo fue profetizado, presentamos estas Escrituras a los paganos. Y no sea que digan, duros de fe, que nosotros los cristianos las compusimos, que junto con el Evangelio que predicamos fingimos a los profetas, por quienes parecería que se predijo lo que predicamos; los convencemos de esto porque todas esas Escrituras en las que Cristo fue profetizado, están en poder de los judíos, todas esas Escrituras las tienen los judíos. Presentamos los Códices de los enemigos, para confundir a otros enemigos. ¿En qué oprobio están, por tanto, los judíos? El judío lleva el código, para que el cristiano crea. Se han convertido en nuestros librereros, como suelen los siervos llevar los códigos tras los amos, para que ellos se cansen llevándolos, y ellos progresen leyéndolos. En tal oprobio han sido dados los judíos; y se ha cumplido lo que fue predicho tanto tiempo antes: "Dio en oprobio a los que me pisotean". ¿Qué oprobio es, hermanos, que lean este verso, y ellos mismos ciegos miren su espejo? Pues así aparecen los judíos en la Sagrada Escritura que llevan, como aparece el rostro del ciego en el espejo: visto por otros, no visto por él mismo. Dio en oprobio a los que me pisotean.

10. Quizás te preguntabas cuando decía, "Envió desde el cielo, y me salvó": ¿Qué envió desde el cielo? ¿a quién envió desde el cielo? ¿Envió un ángel para salvar a Cristo, y por un siervo es salvado el Señor? Pues todos los ángeles son una criatura que sirve a Cristo. Pueden ser enviados para el servicio, no para la ayuda: como está escrito, que los ángeles le servían (Mat. 4, 11), no como misericordiosos al necesitado, sino como sujetos al omnipotente. ¿Qué envió desde el cielo, y me salvó? Ahora escuchamos en otro verso qué envió desde el cielo: "Envió desde el cielo su misericordia y su verdad". ¿Para qué? "Y libró mi alma de en medio de los cachorros de leones". Envío, dice, "desde el cielo su misericordia y su verdad": y el mismo Cristo dice, "Yo soy la verdad" (Juan 14, 6). Fue enviada, por tanto, la verdad, para librar mi alma de en medio de los cachorros de leones; fue enviada la misericordia. Encontramos en el mismo Cristo tanto la misericordia como la verdad; misericordia compadeciéndose de nosotros, y verdad retribuyéndonos. Esto es, por tanto, lo que dije poco antes, que él mismo se resucitó. Pues si la verdad resucitó a Cristo, y si la verdad libró el alma de Cristo de en medio de los cachorros de leones; así como fue misericordioso al morir por nosotros, así fue veraz al resucitar para justificarnos. Pues había dicho que resucitaría, y

la verdad no pudo mentir; y porque era verdad y veraz, por eso mostró cicatrices verdaderas, porque sufrió verdaderas heridas. Estas cicatrices fueron tocadas por los discípulos, palpadas, se manifestaron a sí mismos; exclamó quien metió los dedos en el costado perforado, y dijo, "Señor mío y Dios mío" (Juan 20, 28). Por misericordia había muerto por él, y por verdad había resucitado para él. Envió desde el cielo su misericordia y su verdad: y libró mi alma de en medio de los cachorros de leones. ¿Quiénes son los cachorros de leones? Aquel pueblo pequeño, mal engañado, mal seducido por los príncipes de los judíos: así que aquellos leones, aquellos cachorros de leones. Todos rugieron, todos mataron. Pues escucharemos aquí también su matanza, ahora en los versos siguientes de este salmo.

11. Y sacó, dice, mi alma de en medio de los cachorros de leones. ¿Por qué dices, Y sacó mi alma? ¿Qué sufriste para que tu alma fuera rescatada? Dormí turbado. Cristo expresó su muerte. Ciertamente leemos de David que huyó a una cueva, pero no que durmiera en la cueva. Hay un David en la cueva, otro David es quien dice, Dormí turbado. Vemos su perturbación; no porque él estuviera turbado, sino por los que lo turbaban. Él se dijo turbado, según la opinión de los que rugían, no según la conciencia del que cede. Ellos pensaron que lo habían turbado, pensaron que habían vencido: pero él durmió turbado. Tan apacible estaba este turbado, que cuando quería, dormía. Nadie duerme turbado: todos los que están perturbados, o son despertados del sueño, o no se les permite caer en el sueño. Pero él estaba turbado, y durmió. Gran humildad del perturbado, gran poder del que duerme. ¿De qué poder venía que durmiera? De aquel del que él mismo dice: Tengo poder para poner mi vida, y tengo poder para volver a tomarla: nadie me la quita; sino que yo la pongo, y de nuevo la tomo (Juan 10, 18). Ellos lo turbaron, y él durmió. Adán llevaba su figura, cuando Dios le hizo caer en un sueño profundo para hacerle una esposa de su costado (Gén. 2, 21). ¿Acaso no podía hacerle una esposa al primer hombre también del costado mientras estaba despierto? ¿O por eso quiso que durmiera, para que no sintiera cuando le sacaran la costilla? Finalmente, ¿quién duerme de tal manera que no se despierta cuando le arrancan un hueso? Quien pudo quitarle la costilla sin dolor al que dormía, pudo hacerlo también al que estaba despierto. Pero, ¿por qué quiso hacerlo mientras dormía? Porque a Cristo dormido en la cruz se le hizo una esposa de su costado. Pues fue herido el costado del que colgaba de la lanza (Juan 19, 34), y fluyeron los Sacramentos de la Iglesia. Dormí, dice, turbado. Y en otro salmo manifiesta esto, donde dice: Yo dormí, y tomé sueño. Allí expresó su poder. Podía haber dicho también allí, Dormí, como dijo aquí. Pero, ¿qué significa, Yo dormí? Es decir, porque quise, dormí. No me forzaron a dormir en contra de mi voluntad; sino que por mi voluntad yo dormí, según aquello: Tengo poder para poner mi vida, y tengo poder para volver a tomarla. Por eso allí sigue y dice: Yo dormí, y tomé sueño; y desperté, porque el Señor me sostendrá (Salmo 3, 6).

12. Dormí turbado. ¿De dónde turbado? ¿por quiénes turbado? Veamos cómo acusa la mala conciencia de los judíos, que querían excusarse de la muerte del Señor. Pues por eso, como dice el Evangelio, lo entregaron al juez, para que no pareciera que ellos mismos lo mataron. Porque cuando el juez Pilato les dijo: Tomadlo vosotros, y juzgadlo según vuestra ley; respondieron: A nosotros no nos es lícito matar a nadie (Juan 18, 31). ¿No es lícito matar, pero sí entregar para que sea matado? ¿Quién mató entonces? ¿El que cedió al clamor, o el que clamando forzó a que fuera matado? Que el mismo Señor dé testimonio de quiénes lo mataron, si fue Pilato, que no quería matarlo: por eso también lo azotó, y lo vistió con una vestidura ignominiosa, y azotado lo presentó ante sus ojos, para que al menos, saciados con el castigo de los azotes, no forzaran a que fuera matado. Por eso, cuando vio que perseveraban, como leemos, se lavó las manos y dijo: Inocente soy de la sangre de este justo (Mateo 27, 24). Verás si él era inocente, que al menos cedió a los que clamaban: mucho más culpables

eran aquellos que clamando querían matarlo. Pero preguntemos y escuchemos al Señor, a quiénes atribuye su muerte, porque dijo, Dormí turbado. Preguntémosle, y digamos: Ya que dormiste turbado, ¿quiénes te persiguieron? ¿quiénes te mataron? ¿Acaso Pilato, que dio a los soldados para que fuera colgado en el madero, traspasado con clavos? Escuchad quiénes: Hijos de los hombres. Sin duda se refiere a aquellos que sufrió como perseguidores. Pero, ¿cómo lo mataron ellos, que no llevaban armas? ¿Que no blandieron la espada, que no hicieron un ataque contra él para matarlo, cómo lo mataron? Sus dientes son armas y flechas, y su lengua espada afilada. No mires las manos desarmadas, sino la boca armada: de allí salió la espada con la que Cristo fue matado; así como de la boca de Cristo, de donde también los judíos serían matados. Pues él tiene una espada de dos filos (Apoc. 1, 16): y resucitando los hirió, y separó de ellos a los que haría sus fieles. Ellos una mala espada, él una buena: ellos malas flechas, él buenas. Pues él también tiene buenas flechas, buenas palabras, con las que hiere el corazón fiel, para que sea amado. Así que otras son las flechas de ellos, y otra es la espada de ellos. Hijos de los hombres, sus dientes son armas y flechas, y su lengua espada afilada. ¿Cuándo entonces hirieron, sino cuando clamaron: Crucificalo, crucificalo (Mateo 27, 4, y Juan 19, 6).

13. [vers. 6.] ¿Y qué te hicieron, oh Señor? Que se regocije aquí el Profeta. Pues anteriormente todos esos versos los hablaba el Señor: el Profeta ciertamente, pero en la persona del Señor, porque en el Profeta está el Señor. Y cuando el Profeta habla en su propia persona, el mismo Señor habla por él, quien le dicta la verdad que ha de hablar. Ahora pues, escuchad en la persona del Profeta, hermanos míos. Este profeta vio al Señor en el Espíritu humillado, golpeado, azotado, abofeteado, escupido, coronado de espinas, colgado en el madero; ellos enfurecidos, él tolerante; ellos exultantes, él como vencido lo vio en el Espíritu: y después de toda aquella humillación, y del furor de ellos, lo vio resucitado, y todas aquellas cosas que hicieron los judíos enfurecidos se volvieron vanas; y elevado en gozo, como si lo viera suceder, dice: Exáltate sobre los cielos, Dios. Hombre en la cruz, y sobre los cielos Dios. Que queden en la tierra los que enfurecen, tú en el cielo juzgando. ¿Dónde están los que enfurecían? ¿dónde están sus dientes armas y flechas? ¿No se han convertido en flechas de niños sus heridas? Pues en otro lugar el salmo dice esto, queriendo mostrar que enfurecieron en vano, y en vano se precipitaron en furias: porque nada pudieron hacerle a Cristo al ser crucificado por un momento, y después resucitando, y sentado en el cielo, las flechas de niños se convirtieron en sus heridas (Salmo 63, 8). ¿Cómo hacen los niños flechas? De cañas. Pero, ¿qué flechas? ¿o qué fuerzas? ¿o qué arco? ¿o qué golpe? ¿o qué herida? Exáltate sobre los cielos, Dios, y sobre toda la tierra tu gloria. ¿Por qué te exaltas sobre los cielos, Dios? Hermanos, no vemos a Dios exaltado sobre los cielos, pero lo creemos: pero sobre toda la tierra su gloria no solo la creemos, sino que también la vemos. Qué verdadera locura padecen los herejes, os ruego que lo consideréis. Ellos, separados de la unión de la Iglesia de Cristo, y teniendo una parte, pierden el todo, no quieren comunicarse con el mundo, donde se ha difundido la gloria de Cristo. Pero nosotros, los católicos, estamos en toda la tierra, porque nos comunicamos con toda la tierra dondequiera que se ha difundido la gloria de Cristo. Pues vemos lo que entonces se cantó, ahora cumplido. Nuestro Dios ha sido exaltado sobre los cielos, y sobre toda la tierra su gloria. ¡Oh locura herética! Lo que no ves lo crees conmigo, lo que ves lo niegas: crees conmigo que Cristo ha sido exaltado sobre los cielos, lo que no vemos; y niegas su gloria sobre toda la tierra, lo que vemos. Exáltate sobre los cielos, Dios, y sobre toda la tierra tu gloria.

14. [vers. 7.] Vuelve a las palabras del Señor: y el mismo Señor comienza a narrarnos, como hablándonos, también el Profeta exultante y diciendo, Exáltate sobre los cielos, Dios, y sobre toda la tierra tu gloria. Nos confirma también él, como diciéndonos: ¿Qué pudieron hacerme

aquellos que me persiguieron? ¿Por qué nos habla? Porque también nos lo hacen a nosotros. Pero nada hacen los que nos persiguen de manera similar. Pues vea vuestra Caridad al Señor hablándonos, y exhortándonos con su ejemplo. Prepararon una trampa para mis pies, y encorvaron mi alma. Quisieron como bajarla del cielo, y deprimirla hacia lo inferior: Curvaron mi alma. Cavaron una fosa ante mi rostro, y ellos mismos cayeron en ella. ¿Me hicieron daño a mí, o a ellos mismos? He aquí que él ha sido exaltado sobre los cielos Dios, y he aquí que sobre toda la tierra su gloria: vemos el reino de Cristo, ¿dónde está el reino de los judíos? Pues hicieron lo que no debieron hacer, se hizo en ellos lo que debieron padecer: ellos cavaron la fosa, y ellos mismos cayeron en ella. Porque perseguir a Cristo no le hizo daño a Cristo, sino a ellos mismos. Y no penséis, hermanos, que solo a ellos les sucedió esto. Todo el que prepara una fosa para su hermano, necesariamente caerá en ella. Atended, hermanos míos, tened ojos cristianos, no os dejéis engañar por lo visible. Pues tal vez a alguno de vosotros, porque dije esto, se le ocurre ahora alguien que quiso hacerle fraude a su hermano, y quiso tenderle alguna trampa, y la tendió, y la cumplió, y el hermano cayó en sus trampas, y fue despojado, o presionado, ya sea por cárcel, o por falso testimonio, o por alguna nefaria acusación: pero parece que este fue oprimido, aquel oprimió; este vencido, aquel venció; y se cree falso lo que dijimos, que cualquiera que prepare una fosa para su hermano, él mismo caerá en ella. Os pregunto como cristianos, para que toméis ejemplo de lo que ya conocemos. Los paganos persiguieron a los mártires, y los mártires fueron capturados, atados, enviados a prisión, expuestos a las bestias, otros golpeados con hierro, otros quemados con fuego: ¿vencieron los perseguidores, y fueron vencidos los mártires? De ninguna manera. Busca la gloria de los mártires ante Dios, busca la fosa de los paganos en la conciencia herida: pues allí está la fosa donde cae el impío, en la mala conciencia. ¿Piensas que no cayó en la fosa, quien perdió la luz de Cristo y fue golpeado con ceguera? Si no cayera en la fosa, vería ante sí: no sabe por dónde va; como quien camina en el camino y cae en la fosa, perdió el camino. Veis pues que todos los malhechores han perdido el camino, implicados en el crimen. Pero ya te ha entregado en manos tal vez de un ladrón, o en manos de algún juez injusto o engañado por él: y tú estás en la presión, él se alegra, él exulta. No, ya dije, no tengas ojos de pagano: ten ojos cristianos. Ves a aquel que exulta: esa misma exultación es su fosa. Pues mejor es la tristeza del que sufre injustamente, que la alegría del que hace injusticia. Esa misma alegría del que hace injusticia, esa es la fosa: allí quien cae, pierde los ojos. Te duele, porque perdiste la vestidura; y no te duele él, porque perdió la fe. ¿Quién de vosotros ha sido golpeado con un daño más grave? He aquí que él mató, tú fuiste matado: ¿vive él, tú estás muerto? De ninguna manera. ¿Dónde está la fe de los cristianos? ¿dónde está aquel que muere por un tiempo? Escuche a su Señor: El que cree en mí, aunque muera, vivirá (Juan 11, 25). Así que el que no cree, aunque viva, está muerto. Cavaron una fosa ante mi rostro, y ellos mismos cayeron en ella. A todos los malos necesariamente les sucede esto.

15. [vers. 8.] Pero la paciencia de los buenos recibe con preparación del corazón la voluntad de Dios, y se gloria en las tribulaciones, diciendo lo que sigue: Mi corazón está preparado, Dios, mi corazón está preparado; cantaré y salmodiaré. ¿Qué me hizo? Preparó una fosa, mi corazón está preparado. Él preparó una fosa para engañar, ¿no prepararé yo mi corazón para soportar? Él preparó una fosa para oprimir, ¿no prepararé yo mi corazón para tolerar? Por eso él caerá en ella, pero yo cantaré y salmodiaré. Escucha el corazón preparado en el Apóstol, porque imitó a su Señor: Nos gloriamos, dice, en las tribulaciones; porque la tribulación produce paciencia, la paciencia prueba, la prueba esperanza, y la esperanza no confunde: porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado (Rom. 5, 3-5). Estaba en presiones, en cadenas, en cárceles, en azotes, en hambre y sed, en frío y desnudez, en toda devastación de trabajos y dolores (2 Cor. 11, 27), y decía: Nos gloriamos en las tribulaciones. ¿De dónde, sino porque su corazón estaba

preparado? Por eso cantaba y salmodiaba: Mi corazón está preparado, Dios, mi corazón está preparado; cantaré y salmodiaré.

16. [vers. 9.] Levántate, mi gloria. Aquel que huyó de Saúl a la cueva, Levántate, mi gloria, sea glorificado Jesús después de la pasión. Levántate, salterio y cítara. ¿Qué llama a levantarse? Veo dos instrumentos, pero veo un solo cuerpo de Cristo: una carne resucitó, y dos instrumentos se levantaron. Así que un instrumento es el salterio, otro la cítara. Se llaman instrumentos todos los instrumentos musicales. No solo se llama instrumento a aquel que es grande y se infla con fuelles; sino que cualquier cosa que se adapta para la melodía, y es corpórea, que usa el que canta, se llama instrumento. Pero estos instrumentos están diferenciados entre sí; y quiero, en cuanto el Señor lo permite, indicaros, y cómo están diferenciados, y por qué diferenciados, y por qué a ambos se les dice, Levántate. Ya dijimos, una carne del Señor resucitó; y se dice, Levántate, salterio y cítara. El salterio es un instrumento que se lleva en las manos del que lo toca, y tiene cuerdas tensas; pero el lugar de donde las cuerdas reciben el sonido, esa madera cóncava que cuelga y resuena al ser tocada, el salterio lo tiene en la parte superior. La cítara, en cambio, tiene este tipo de madera cóncava y resonante en la parte inferior. Así que en el salterio las cuerdas reciben el sonido desde arriba; en la cítara, las cuerdas reciben el sonido desde la parte inferior: esta es la diferencia entre el salterio y la cítara. ¿Qué nos figuran entonces estos dos instrumentos? Pues Cristo nuestro Señor despierta su salterio y su cítara, y dice, Me levantaré al amanecer. Creo que aquí ya reconocéis al Señor resucitando. Leemos en el Evangelio: ved la hora de la resurrección. ¿Cuánto tiempo fue buscado Cristo entre sombras? Amaneció, sea reconocido; resucitó al amanecer (Marcos 16, 2). Pero, ¿qué es el salterio? ¿qué es la cítara? Por su carne el Señor realizó dos tipos de obras, milagros y pasiones: los milagros fueron desde arriba, las pasiones desde abajo. Pues lo que hizo milagros, eran divinos; pero lo hizo por el cuerpo, por la carne. La carne, pues, obrando divinamente, es el salterio: la carne humana sufriendo, es la cítara. Que suene el salterio; que los ciegos sean iluminados, los sordos oigan, los paralíticos sean fortalecidos, los cojos caminen, los enfermos se levanten, los muertos resuciten: este es el sonido del salterio. Que suene también la cítara; que tenga hambre, sed, duerma, sea apresado, azotado, burlado, crucificado, sepultado. Cuando ves en esa carne que algunas cosas sonaron desde arriba, otras desde abajo, una carne resucitó, y en una carne reconocemos tanto el salterio como la cítara. Y estos dos tipos de obras llenaron el Evangelio, y se predica entre las naciones; pues tanto los milagros como las pasiones del Señor se predicán.

17. [vers. 10-12.] Por lo tanto, el salterio y la cítara se levantan al amanecer, y confiesan al Señor: ¿y qué dicen? Te confesaré entre los pueblos, Señor, y te cantaré salmos entre las naciones: porque tu misericordia se ha engrandecido hasta los cielos, y tu verdad hasta las nubes. Los cielos están por encima de las nubes, y las nubes debajo de los cielos: y sin embargo, las nubes pertenecen a este cielo cercano. Pero a veces las nubes descansan en las montañas, hasta el punto de conglomerarse en el aire cercano. El cielo, sin embargo, está arriba, las moradas de los Ángeles, de los Tronos, de las Dominaciones, de los Principados, de las Potestades. Por lo tanto, podría parecer que se debería haber dicho: Tu verdad se ha engrandecido hasta los cielos, y tu misericordia hasta las nubes. Pues en el cielo los Ángeles alaban a Dios, viendo la misma esencia de la verdad, sin ninguna oscuridad de visión, sin ninguna interpolación de falsedad: ven, aman, alaban, no se cansan. Allí está la verdad: aquí, en nuestra miseria, ciertamente la misericordia. Pues al miserable se le debe ofrecer misericordia. No hay necesidad de misericordia arriba, donde no hay miseria. Dije esto porque parece que podría haberse dicho más congruentemente: Tu verdad se ha engrandecido hasta los cielos, y tu misericordia hasta las nubes. Pues entendemos que las nubes son los

predicadores de la verdad, hombres que llevan esta carne oscura de alguna manera, de donde Dios resplandece con milagros y truena con preceptos: y ellos son aquellas nubes de las que Isaías dice en persona del Señor, reprendiendo a cierta viña mala, estéril, espinosa: Mandaré a mis nubes que no lluevan sobre ella (Isaías V, 6): es decir, mandaré a mis Apóstoles que abandonen a los judíos y no les evangelicen, sino que evangelicen en la buena tierra de los gentiles, de donde no salgan espinas, sino uvas. Sabemos, por lo tanto, que las nubes de Dios son los predicadores de la verdad, los Profetas, los Apóstoles, todos los que proclaman correctamente la palabra de la verdad y tienen en sí una luz oculta, como las nubes tienen de donde resplandecen: los hombres, por lo tanto, son nubes. ¿Qué significa entonces, Señor, que tu misericordia se ha engrandecido hasta los cielos, y tu verdad hasta las nubes? La verdad prevalece en los Ángeles: pero la diste también a los hombres, y la llevaste hasta las nubes. Arriba parece que los Ángeles no necesitan misericordia; pero porque te compadece de los hombres miserables, y al ofrecerles misericordia los haces Ángeles mediante la comunicación de la resurrección, tu misericordia es hasta los cielos. Gloria a nuestro Señor, y a su misericordia, y a su verdad, porque no nos ha abandonado en su misericordia para hacernos bienaventurados por su gracia, ni nos ha defraudado con la verdad: porque primero la verdad vino a nosotros cubierta de carne, y sanó con su carne el ojo interior de nuestro corazón, para que después pudiéramos verla cara a cara (I Cor. XIII, 12). Dándole gracias, digamos con el mismo Salmo los últimos versos, que ya antes también dijo: Exáltate sobre los cielos, Dios, y sobre toda la tierra tu gloria. Esto le dijo el Profeta hace tantos años: ahora lo vemos nosotros; por lo tanto, digámoslo también nosotros. EN EL SALMO LVII
COMENTARIO. SERMÓN AL PUEBLO.

1. [vers. 1, 2.] La voz que hemos cantado, más nos conviene escucharla que clamarla. Pues a todos, como en una asamblea del género humano, la verdad clama: Si verdaderamente habláis justicia, juzgad rectamente, hijos de los hombres. ¿A qué iniquo no le es fácil hablar de justicia? ¿O quién, interrogado sobre la justicia, cuando no tiene causa, no responde fácilmente qué es justo? Pues el formador de nuestras manos escribió la verdad en nuestros corazones: Lo que no quieres que te hagan, no lo hagas a otro (Tob. IV, 16, y Mat. VII, 12). Esto, incluso antes de que se diera la Ley, nadie fue permitido ignorarlo, para que hubiera de qué ser juzgados incluso aquellos a quienes no se les dio la Ley. Pero para que los hombres no se excusaran diciendo que les faltaba algo, se escribió también en tablas lo que no leían en sus corazones. Pues no es que no tuvieran escrito, sino que no querían leer. Se les opuso ante sus ojos lo que se veían obligados a ver en su conciencia; y como si la voz de Dios se acercara desde fuera, el hombre fue impulsado a su interior, diciendo la Escritura: En los pensamientos del impío habrá interrogatorio (Sab. I, 9). Donde hay interrogatorio, hay ley. Pero porque los hombres, deseando lo que está fuera, también se hicieron exiliados de sí mismos, se dio también la ley escrita: no porque no estuviera escrita en sus corazones; sino porque tú, fugitivo de tu corazón, eres atrapado por aquel que está en todas partes, y eres llamado a volver a ti mismo. Por eso la ley escrita clama a aquellos que han abandonado la ley escrita en sus corazones (Rom. II, 15): Volved, transgresores, al corazón (Isaías XLVI, 8). ¿Quién te enseñó a no querer que otro se acerque a tu esposa? ¿Quién te enseñó a no querer que te roben? ¿Quién te enseñó a no querer sufrir injuria, y cualquier otra cosa que pueda decirse universal o particularmente? Pues son muchas las cosas sobre las que, interrogados los hombres, responden con clara voz que no quieren sufrir. Vamos, si no quieres sufrir estas cosas, ¿acaso eres el único hombre? ¿No vives en la sociedad del género humano? Quien fue hecho contigo, es tu compañero; y todos hechos a imagen de Dios, a menos que las codicias terrenales destruyan lo que Él formó. Por lo tanto, lo que no quieres que te hagan, no lo hagas a otro. Pues juzgas que es malo lo que no quieres sufrir: y esto te obliga a conocer la ley íntima, escrita en tu propio corazón. Lo hacías, y se clamaba entre tus manos: ¿cómo te ves

obligado a volver a tu corazón, cuando lo sufres entre manos ajenas? ¿Es bueno el robo? No. Pregunto: ¿Es bueno el adulterio? Todos claman: No. ¿Es bueno el homicidio? Todos claman que lo detestan. ¿Es bueno codiciar la propiedad del prójimo? No, es la voz de todos. O si aún no lo confiesas, viene quien codicia tu propiedad: que te agrada, y responde lo que quieras. Por lo tanto, todos interrogados sobre estas cosas, claman que no son buenas. Nuevamente sobre los beneficios, no solo sobre no dañar, sino también sobre prestar y dar. Se interroga a toda alma hambrienta: Sufres hambre; otro tiene pan, y le sobra más allá de lo suficiente, sabe que necesitas, no te da: te desagrada a ti hambriento; desagrada también al saciado, cuando sepas que otro pasa hambre. Un extranjero necesitado de techo llega a tu patria, no es recibido: entonces clama que esa ciudad es inhumana, que fácilmente podría haber encontrado refugio entre bárbaros. Siente la iniquidad, porque la sufre: tú tal vez no la sientes; pero debes pensar en ti mismo como extranjero, y ver cómo te podría desagradar que no te presten lo que tú no quieres prestar al extranjero en tu patria. Pregunto a todos: ¿Es esto verdad? Es verdad. ¿Es esto justo? Es justo.

2. Pero escuchad el Salmo: Si verdaderamente habláis justicia, juzgad rectamente, hijos de los hombres. No sea justicia de labios, sino también de hechos. Pues si actúas de manera diferente a como hablas, hablas bien, y juzgas mal. Pues si actúas, ¿cómo juzgas? Preguntado qué es mejor, el oro o la fe, no estás tan pervertido y desviado de toda verdad como para responder que el oro es mejor: por lo tanto, preguntado, prefieres la fe al oro; has hablado justicia. ¿Has escuchado el Salmo? Si verdaderamente habláis justicia, juzgad rectamente, hijos de los hombres. ¿Y dónde probaré que no juzgas como has hablado? Ya tengo tu respuesta prefiriendo la fe al oro. He aquí que no sé de dónde viene un amigo, y sin testigos te confía oro; solo él lo sabe, y tú, en cuanto a los hombres se refiere. Hay otro testigo que no se ve y ve: y él te confió el oro en secreto y en tu habitación, tal vez con todos los testigos apartados; el testigo que está presente, no está en la habitación de las paredes, sino en las habitaciones de vuestras conciencias. Te lo confió y se fue, no lo hizo saber a ninguno de los suyos, espera volver, y recibir de un amigo lo que dio: como son las cosas humanas, murió, tiene un heredero, dejó un hijo; el hijo ignora qué tenía su padre, qué te confió. Vamos, vuelve, transgresor, al corazón, allí está escrita la ley: Lo que no quieres que te hagan, no lo hagas a otro. Piensa en ti mismo confiando, no diciendo a ninguno de los tuyos, muerto, dejando un hijo: ¿qué querrías que le hiciera tu amigo? Responde, juzga la causa: el tribunal del juez está en tu mente; Dios se sienta allí, está presente la conciencia acusadora, el temor torturador. Estás en las cosas humanas, estás detenido en la sociedad humana: piensa qué querrías que se le hiciera a tu hijo por parte de tu amigo. Sé lo que te responde tu pensamiento: juzga como escuchas. Juzga, será voz. La voz de la verdad no calla; no clama con labios, sino que vocifera desde el corazón: presta oído; allí está con el hijo de tu amigo. Tal vez ves también al necesitado vagar, sin saber qué tenía su padre, dónde lo puso, a quién se lo confió: piensa también en tu hijo, haz vivir a aquel a quien desprecias muerto, piensa en ti mismo muerto para que vivas. Pero otra cosa ordena la avaricia, ordena contra Dios; Dios otra cosa, otra cosa la avaricia; otra cosa en el paraíso nuestro creador, otra cosa el seductor serpiente. Venga a la mente tu caída anterior: por eso mortal, por eso trabajando, por eso comiendo pan con el sudor de tu rostro, por eso la tierra te produce espinas y cardos (Gén. III, 17, 18): aprende por experiencia lo que no quisiste por precepto. Pero vence la codicia: ¿por qué no más bien la verdad? ¿Y dónde está lo que decías? He aquí que piensas negar el oro, he aquí que piensas ocultar completamente al heredero de tu amigo. Te pregunté poco antes qué es más valioso, y qué es mejor, el oro o la fe. ¿Por qué dices una cosa, y haces otra? ¿No temes esta voz, Si verdaderamente habláis justicia, juzgad rectamente, hijos de los hombres? He aquí que me dijiste que la fe es mejor, y en tu juicio consideraste mejor el oro. No juzgaste como hablaste: hablaste verdad, y juzgaste falsedad. Por lo tanto, incluso cuando

hablabas justicia, no hablabas verdaderamente: Si verdaderamente habláis justicia, juzgad rectamente, hijos de los hombres. Cuando me respondías sobre la justicia, hablando por vergüenza, no por confesión, hablabas.

3. Pero vayamos ya a la causa presente, si os place. Pues aquella voz dulce y conocida a los oídos de la Iglesia, es la voz de nuestro Señor Jesucristo, y la voz de su cuerpo, la voz de la Iglesia que trabaja, peregrina en la tierra, viviendo entre los peligros de los que maldicen y adulan. No temerás al que amenaza, si no amas al que adula. Por lo tanto, aquel cuya voz es esta, mira y ve a todos hablar justicia. Pues ¿quién se atreve a no hablarla, para no ser llamado injusto? Por lo tanto, como si escuchara las voces de todos, y atendiera a los labios de todos, clamaba a ellos: Si verdaderamente habláis justicia, si no habláis justicia falsamente, si no otra cosa resuena en los labios, otra cosa se oculta en los corazones, juzgad rectamente, hijos de los hombres. Escucha del Evangelio la propia voz, la misma que está en este salmo. Hipócritas, dice el Señor a los fariseos, ¿cómo podéis hablar cosas buenas, siendo malos? O haced el árbol bueno, y su fruto bueno; o haced el árbol malo, y su fruto malo (Mat. XII, 34, 33). ¿Por qué quieres blanquearte, pared de barro? Conozco tus interiores, no me engaño con tu revestimiento: conozco lo que pretendes, conozco lo que ocultas. Pues no necesitaba, dice el evangelista, que nadie le diera testimonio del hombre: porque él sabía lo que había en el hombre (Juan II, 25). Sabía lo que había en el hombre, quien hizo al hombre, y se hizo hombre para buscar al hombre. Ved, por lo tanto, si no se siguen estas voces: Hipócritas, ¿cómo podéis hablar cosas buenas, siendo malos? Si verdaderamente habláis justicia, juzgad rectamente, hijos de los hombres. ¿No hablasteis justicia, cuando dijisteis: Maestro, sabemos que eres justo, y no haces acepción de personas (Mat. XXII, 16)? ¿Por qué ocultabais el engaño en el corazón? ¿Por qué mostrasteis la imagen de César a vuestro Creador, y borrabais su imagen en vuestros corazones? ¿No se escuchó lo que hablasteis, y se experimentó cómo juzgasteis? ¿No crucificasteis a aquel que dijisteis que era justo? Si verdaderamente habláis justicia, juzgad rectamente, hijos de los hombres. ¿Qué hicisteis, pues, al ensañaros contra Dios que era hombre, y al matar a vuestro rey? Pues no por eso no iba a ser rey, porque fue muerto por vosotros para resucitar. En el título donde estaba escrito, Rey de los judíos, puesto sobre la cruz del Señor, en tres lenguas, hebrea, griega, latina (Luc. XXIII, 38), sabía decir el juez hombre, Lo que he escrito, he escrito: ¿y Dios no sabía decir, Lo que he escrito, he escrito? Sin duda, es vuestro rey: vivo, es vuestro rey; muerto, es vuestro rey. He aquí que resucitó, y en el cielo es vuestro rey: he aquí que vendrá; ay de vosotros, porque es vuestro rey. Id ahora, y hablad justicia, y no queráis juzgar rectamente, hijos de los hombres. No queréis juzgar rectamente, seréis juzgados rectamente. Pues vive aquel vuestro rey, y ya no muere, y la muerte no tendrá más dominio sobre él (Rom. VI, 9). He aquí que viene; volved, transgresores, al corazón (Isaías XLVI, 8). He aquí que vendrá, corregíos antes de que venga, prevenid su rostro con confesión (Sal. XCIV, 2). He aquí que vendrá; es vuestro rey. Recordad el título sobre la cruz. Si no lo veis escrito, permanece sin embargo: en la tierra no se lee, pero en el cielo se guarda. ¿Pensáis que aquella inscripción fue corrompida? ¿Y qué dice el título de este salmo? Al final, no corrompas a David en la inscripción del título. Por lo tanto, no se corrompe aquella inscripción del título. Cristo es vuestro rey, porque Cristo es el rey de todos: porque suyo es el reino, y él dominará sobre las naciones (Sal. XXI, 29). Si, por lo tanto, es rey, he aquí, antes de que venga, os dice: Aún hablo, dice, aún no juzgo; quien así clama amenazando, no quiero herir juzgando. Si verdaderamente habláis justicia, juzgad rectamente, hijos de los hombres.

4. [vers. 3.] Ahora bien, ¿qué hacéis? ¿Por qué os digo estas cosas? Pues en el corazón operáis iniquidades en la tierra. ¿Iniquidades tal vez solo en el corazón? Escucha lo que sigue: y su corazón sigue sus manos, y sus manos sirven a su corazón, se piensa y se hace; o

no se hace, no porque no queramos, sino porque no podemos. Todo lo que quieres, y no puedes, Dios lo cuenta como hecho. Pues en el corazón operáis iniquidades en la tierra. ¿Qué después? Vuestras manos conectan iniquidades. ¿Qué significa, conectan? De pecado en pecado, y por pecado en pecado, a causa del pecado. ¿Qué significa esto? Cometió un robo, es pecado: fue visto, busca matar a quien lo vio; se conectó el pecado al pecado. Permitió Dios en su juicio oculto matar a quien quiso matar; siente que se sabe, busca matar a otro; conectó el tercero. Mientras lo hace, tal vez para no ser descubierto, o porque lo hizo para no ser convencido, consulta al astrólogo; se añadió el cuarto. Responde tal vez algo duro y malo el astrólogo; se corre al arúspice para expiarse: responde el arúspice que no puede expiar; se busca al hechicero. ¿Y quién puede enumerar todo lo que se conecta, pecados a pecados? Vuestras manos conectan iniquidades. Mientras conectas, atas pecado a pecado: libérate de los pecados. Pero no puedo, dices. Clama a él: Infeliz de mí, ¿quién me libraré de este cuerpo de muerte? (Rom. VII, 24). Pues vendrá la gracia de Dios, para que te deleite la justicia, como te deleitaba la iniquidad; y el hombre que ha sido liberado de las cadenas, clamará a Dios: Rompiste mis cadenas (Sal. CXV, 16). ¿Qué significa, rompiste mis cadenas, sino, perdonaste mis pecados? Escucha que son cadenas: responde la Escritura, Cada uno es atado con las cuerdas de sus pecados (Prov. V, 22). No solo son cadenas, sino también cuerdas. Son cuerdas, que se hacen torciendo: esto es lo que conectabas pecados a pecados. Ay de aquellos que arrastran pecados como una larga cuerda, clama Isaías. Ay de aquellos que arrastran pecados como una larga vestidura (Isaías V, 18): ¿qué es otra cosa, sino ay de aquellos cuyas manos conectan iniquidad? Y porque cada uno es atado por sus pecados, así como es golpeado por sus pecados, el Señor expulsó a los que actuaban mal en el templo con un látigo hecho de cuerdas (Juan II, 15). Pero no quieres ahora romper tus cadenas, porque no sientes tus cadenas; incluso te deleitan, y son un placer: las sentirás al final, cuando se diga, Atadle las manos y los pies, y echadle a las tinieblas exteriores; allí será el llanto y el crujir de dientes (Mat. XXII, 13). Te horrorizas, temes, golpeas tu pecho; dices que los pecados son malos, que la justicia es buena. Si verdaderamente habláis justicia, juzgad rectamente, hijos de los hombres. En vuestra vida se encuentren vuestras palabras; en vuestros hechos se reconozcan vuestros labios. No conectéis, por lo tanto, iniquidad; porque se os aplicará como atadura todo lo que conectéis. No escuchan; no todos, sin embargo: y los que no escuchan están preconocidos.

5. [vers. 4.] Alienati sunt peccadores desde el vientre, se desviaron desde el útero, hablaron falsedades. Y cuando hablan iniquidad, hablan falsedades; porque la iniquidad es engañosa: y cuando hablan justicia, hablan falsedades; porque dicen una cosa con la boca y ocultan otra en el corazón. Alienati sunt peccadores desde el vientre: ¿Qué significa esto? Indaguemos con más detalle: tal vez dice que Dios conoció de antemano a los hombres pecadores incluso en los vientres de sus madres. Pues, ¿de dónde, cuando Rebeca estaba aún embarazada y llevaba gemelos en su vientre, se dijo: "A Jacob amé, pero a Esaú aborrecí" (Gén. XXV, 23, Malach. I, 2, 3, y Rom. IX, 13)? Se dijo: "El mayor servirá al menor". Allí está el juicio oculto de Dios; pero, sin embargo, desde el vientre, es decir, desde el mismo origen, los pecadores están alienados. ¿De dónde están alienados? De la verdad. ¿De dónde están alienados? De la patria bienaventurada, de la vida bienaventurada. ¿O tal vez están alienados del mismo vientre? ¿Y quiénes son los pecadores alienados desde el vientre? ¿Quién nacería si no estuvieran allí retenidos? ¿O quién viviría hoy para escuchar esto sin razón, si no nacieran? Tal vez, entonces, los pecadores están alienados de un cierto vientre, en el cual la caridad sufría dolores, diciendo a través del Apóstol: "A quienes de nuevo sufro dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros" (Gal. IV, 19). Espera, entonces; forma. No te atribuyas un juicio que tal vez no conoces. Aún eres carnal, has sido concebido: por el

mismo hecho de haber recibido el nombre de Cristo, has nacido de alguna manera en las entrañas de la madre. Pues no solo se nace del vientre, sino también en el vientre. Primero se nace en el vientre, para poder nacer del vientre. Por eso se dijo de María: "Lo que en ella ha sido engendrado, del Espíritu Santo es" (Mat. I, 20). Aún no había nacido de ella, pero ya había nacido en ella. Así, algunos pequeños nacen dentro de las entrañas de la Iglesia; y es bueno que salgan formados, para que no caigan en aborto. Que te engendre la madre, no que te aborte. Si eres paciente, hasta que seas formado, hasta que en ti esté segura la doctrina de la verdad, deben contenerte las entrañas maternas. Pero si con tu impaciencia sacudes los costados de la madre, con dolor te expulsa afuera, pero más para tu mal que para el suyo.

6. Alienati sunt peccadores desde el vientre, se desviaron desde el útero, hablaron falsedades. ¿Por eso se desviaron desde el útero, porque hablaron falsedades? ¿O más bien hablaron falsedades porque se desviaron desde el útero? En el útero de la Iglesia, permanece la verdad. Cualquiera que se separe de este útero de la Iglesia, necesariamente hablará falsedades: necesariamente, digo, hablará falsedades, quien o no quiso ser concebido, o a quien la madre expulsó después de ser concebido. De ahí que los herejes clamen contra el Evangelio: para hablar de aquellos que lamentamos que hayan sido expulsados. Les recitamos: He aquí que Cristo dijo: "Era necesario que Cristo padeciera y resucitara de entre los muertos al tercer día". Reconozco allí a nuestra cabeza, reconozco allí a nuestro esposo: reconoce tú también conmigo a la esposa, ve lo que sigue: "Que se predique en su nombre el arrepentimiento y el perdón de los pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén" (Luc. XXIV, 46, 47). Ven aquí, ven aquí. He aquí la Iglesia en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén: no digo, ven aquí; ella viene a ti. Pero ellos, ensordeciendo contra el Evangelio, y no permitiéndonos leer las palabras de Dios, que se jactan de haber guardado del fuego y quieren borrar con la lengua, hablan lo suyo, hablan vanidades: Aquel entregó, y aquel entregó. Yo también digo, Y aquel entregó, y aquel entregó: y digo la verdad. Pero, ¿qué me importa? Ni tú me lees de los Evangelios a quienes nombras, ni yo leo de los Evangelios a quienes nombro. Que se quiten de en medio nuestros papeles, que salga al medio el Códice de Dios. Escucha a Cristo diciendo, escucha a la verdad hablando: "Que se predique en su nombre", dice, "el arrepentimiento y el perdón de los pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén". No, dicen; sino que escuchen lo que nosotros decimos: lo que dice el Evangelio no queremos escuchar. Alienati sunt peccadores desde el vientre, se desviaron desde el útero, hablaron falsedades. Nosotros hablemos la verdad, porque hemos escuchado la verdad; lo que dice el Señor, no lo que dice el hombre. Puede ser que el hombre mienta: no puede ser que la verdad mienta. De la boca de la verdad reconozco a Cristo, la misma verdad: de la boca de la verdad reconozco a la Iglesia, partícipe de la verdad. Que nadie me hable falsedades, quien se desvió desde el útero en las entrañas de la Iglesia: primero vería qué quiere enseñarme. Veo alienado desde el vientre, veo que se ha desviado desde el útero, y ¿qué voy a escuchar de él, sino falsedades? Se desviaron desde el útero, hablaron falsedades.

7. [vers. 5, 6.] Indignación para ellos según la semejanza de la serpiente. Vais a escuchar algo grande. Indignación para ellos según la semejanza de la serpiente. Como si dijéramos, ¿qué es lo que has dicho? sigue, "Como de la áspid sorda". ¿Por qué sorda? Y que tapa sus oídos. Por eso sorda, porque tapa sus oídos. Y que tapa sus oídos, que no escuchará la voz de los encantadores, y del medicamento preparado por el sabio. Como hemos escuchado, lo que también dicen los hombres, que lo han aprendido con el conocimiento que pudieron, pero que el Espíritu de Dios conoce mucho mejor que todos los hombres. No en vano dijo esto, sino porque puede ser que también sea verdad lo que hemos escuchado sobre la áspid. La áspid, cuando comienza a sufrir al encantador Marsus, que la llama con ciertos cánticos propios,

como hay muchos también mágicos, escuchad lo que hace. Pero mientras tanto, en esto prestad atención, hermanos: pues esto debe decirse antes, para que nadie escuche como dudando: no, de dondequiera que se tome la semejanza, se alaba la cosa misma en las Escrituras, sino que solo se toma la semejanza de allí. No alabó al juez injusto que no quería escuchar a aquella viuda, y que no temía a Dios, ni respetaba a los hombres; y sin embargo, de allí el Señor tomó la semejanza (Luc. XVIII, 2): ni alabó a aquel perezoso que no dio tres panes al que pedía por amistad, sino vencido por el tedio; y sin embargo, de allí dio la semejanza (Luc. XI, 8). Y de cosas, por tanto, no dignas de alabanza se toman algunas semejanzas de cierta manera. O si por eso pensáis que hay que ir a los Marsos, porque lo habéis escuchado en la Escritura de Dios; hay que ir también a los espectáculos del teatro, porque dice el Apóstol: "No así luchó, como quien golpea el aire"; pues luchar es hacer pancracio. ¿Ya porque de aquí se dio la semejanza, estos espectáculos deben deleitarnos? ¿O porque dijo, "El que lucha en la competición, se abstiene de todo" (I Cor. IX, 26, 28); por eso debe un cristiano desear estas cosas vanas y lúdicas? Atiende a lo que se te dice como semejanza, a lo que se te advierte como prohibición. Así, pues, aquí se dio una cierta semejanza del Marsus, que encanta para sacar a la áspid de la caverna oscura: ciertamente quiere sacarla a la luz; pero ella, amando sus tinieblas con las que se oculta envolviéndose, se dice que cuando no quiere salir, rechazando escuchar aquellas voces con las que siente que se le obliga, presiona una oreja contra la tierra, y con la cola tapa la otra, y así evitando aquellas voces cuanto puede, no sale al encantador. A estos semejantes dijo el Espíritu de Dios que son algunos que no escuchan la palabra de Dios, y no solo no la hacen, sino que no quieren escucharla para no hacerla.

8. Esto sucedió también en los primeros tiempos de la fe. El mártir Esteban predicaba la verdad, y como a mentes tenebrosas, para sacarlas a la luz, encantaba: cuando llegó a la mención de Cristo, a quien ellos no querían escuchar en absoluto, ¿qué dice la Escritura de ellos? ¿qué narra de ellos? Cerraron, dice, sus oídos. ¿Y qué hicieron después? La pasión de Esteban lo narra. No eran sordos, pero se hicieron sordos. Porque no tenían oídos abiertos en el corazón, sin embargo, la violencia de la palabra irrumpiendo a través de los oídos de la carne, también hacía fuerza en los oídos del corazón: cerraron también los oídos del cuerpo, y fueron a las piedras (Act. VII, 56, 57). He aquí las áspides sordas, más duras que las piedras con las que lapidaron a su encantador: no escucharon la voz del encantador, y del medicamento preparado por el sabio. ¿Qué es el medicamento preparado por el sabio? Tal vez el medicamento preparado, se diga medicamento preparado. ¿O buscamos allí algo, cómo ya si es medicamento, también sea preparado? Los medicamentos estaban en los Profetas, los medicamentos estaban en la Ley, todos los preceptos mismos eran medicamentos; y este medicamento aún no estaba preparado: con la venida del Señor, el medicamento fue preparado; esto no pudieron soportar. Porque no se curaban con el medicamento, el medicamento fue preparado con la venida del Señor. Ya Esteban encantaba el medicamento preparado; esto no quisieron escuchar: de donde el medicamento fue preparado, contra esto cerraron los oídos. Pues allí hicieron esto, donde fue nombrado Cristo. Su indignación, como la indignación de la serpiente. ¿Por qué cerráis los oídos? Esperad, escuchad; y si podéis, enfureceos. Porque no querían sino enfurecerse, no quisieron escuchar. Si escucharan, tal vez dejarían de enfurecerse. Su indignación, como la indignación de la serpiente.

9. También sufrimos a estos. Primero parecían tener la verdad para sí: Dios no cesó, no descansó. En su Iglesia se predicó la verdad, en las entrañas de la madre se revelaron sus mentiras: se mostró lo que brilla; se demostró la ciudad puesta sobre el monte, que no puede ocultarse, y la lámpara puesta sobre el candelero, que alumbraba a todos los que están en la casa (Mat. V, 14, 15). ¿Dónde se oculta la Iglesia de Cristo? ¿Dónde se oculta la verdad de Cristo?

¿No es él el monte que creció de una pequeña piedra, y llenó toda la faz de la tierra (Dan. II, 35)? Se les convence de esto, no tienen qué decir contra la Iglesia. ¿Y qué les queda? ¿Qué nos buscáis? ¿qué queréis de nosotros?, dicen. Retiraos de nosotros. Y dicen también a los suyos: Nadie hable con ellos, nadie se una a ellos, nadie los escuche. Su indignación, la indignación de las serpientes: como de la áspid sorda y que tapa sus oídos, que no escuchará la voz de los encantadores, y del medicamento, es decir, la voz del medicamento, preparado por el sabio. ¿No se entiende ya de aquí qué tipo de medicamento, cuando dice voz? ¿Acaso el medicamento tiene voz? Hay un cierto medicamento que tiene voz. Llevamos el medicamento; escuchad su voz, no como las áspides sordas. Si verdaderamente habláis justicia, juzgad rectamente, hijos de los hombres. Es la voz del medicamento, y este preparado por el sabio. Ya vino Cristo que cumpliera la Ley y los Profetas (Mat. V, 17), que afirmara la misma verdad: en estos dos preceptos pende toda la Ley y los Profetas (Id. XXII, 40).

10. ¿O tal vez buscamos algo también en lo que se dice que la áspid tapa sus oídos, de modo que presiona una de ellas contra la tierra, y con la cola tapa la otra? ¿Qué significa esto? En la cola, ciertamente se entienden las cosas posteriores; por lo tanto, las pasadas, a las que ya se debe dar la espalda, para que nos enfoquemos en las que se nos prometen: por lo tanto, no debemos deleitarnos ni en nuestra vida pasada, ni en la presente. Esto es lo que el Apóstol advierte diciendo: "¿Qué fruto teníais entonces en aquellas cosas de las cuales ahora os avergonzáis?" (Rom. VI, 21). Nos aparta de recordar con deleite las cosas pasadas, y con cierta concupiscencia de disfrutar, para que no volvamos con el corazón a Egipto. ¿Qué de las presentes? ¿Cómo manda también despreciarlas? No mirando, dice, las cosas que se ven, sino las que no se ven. Porque las cosas que se ven son temporales; pero las que no se ven son eternas (II Cor. IV, 18). También de la vida presente dice: "Si en esta vida solamente esperamos en Cristo, somos los más miserables de todos los hombres" (I Cor. XV, 19). Olvida, por lo tanto, las cosas pasadas, en las que viviste mal; desprecia las presentes, en las que vives temporalmente, para que no te aten, las presentes no te permitan llegar a las futuras. Pues si la vida presente te deleita, has puesto la oreja en la tierra: si te deleitas en tus cosas pasadas, incluso retrocediendo, has tapado la oreja con la cola. Debes, por lo tanto, ir a la luz, salir de las tinieblas, escuchando la voz del medicamento preparado por el sabio; para que ya caminando en la luz, y exultando digas: "Olvidando lo que queda atrás, extendiéndome a lo que está delante" (Filip. III, 13). No dijo: "Olvidando lo que queda atrás, y deleitándome en las presentes". Cuando dice, "Olvidando lo que queda atrás", no tapó la oreja con la cola; cuando dice, "Extendiéndome a lo que está delante", no ensordeció a las presentes: con razón escuchando, con razón predicando, con razón exulta su lengua, predicando la verdad en la nueva luz, despojada la vieja túnica. Y para esto también vale la astucia de la serpiente, a la que el Señor nos exhorta a imitar. Dice: "Sed astutos como serpientes" (Mat. X, 16). ¿Qué es, astutos como serpientes? Ofrece todos tus miembros al que golpea, con tal de que conserves íntegra la cabeza. La cabeza del hombre, Cristo (I Cor. XI, 3). Pero pesa como el peso de una cierta piel y como la vejez del hombre viejo. Escucha al Apóstol diciendo: "Despojándoos del hombre viejo, y vistiéndoos del nuevo" (Col. III, 9, 10). ¿Y cómo me despojo, dices, del hombre viejo? Imita la astucia de la serpiente. ¿Qué hace la serpiente para despojarse de la vieja túnica? Se estrecha a través de un agujero estrecho. ¿Y dónde, dices, encuentro este agujero estrecho? Escucha: "Estrecha y angosta es la vía que lleva a la vida, y pocos son los que la encuentran" (Mat. VII, 14). ¿La temes, y no quieres caminar por ella, porque son pocos? Allí debe dejarse la vieja túnica, y en ningún otro lugar puede dejarse. O si quieres ser impedido por la vejez, ser pesado, oprimido, no vayas por el camino angosto. Si, sin embargo, te pesa una cierta vejez de tu pecado y de tu vida pasada, no puedes pasar. Porque el cuerpo que se corrompe, pesa sobre el alma (Sab. IX, 15); o no te opriman las

concupiscencias corporales, o se despojen las concupiscencias de la carne. ¿De dónde se despojan, sino yendo por el camino angosto, si fueres astuto como la serpiente?

11. [vers. 7.] Dios quebró sus dientes en su boca. ¿De quiénes? De aquellos cuya indignación es como la semejanza de la serpiente, y de la áspid que tapa sus oídos, para no escuchar la voz de los encantadores, y del medicamento preparado por el sabio. ¿Qué les hizo el Señor? Quebró sus dientes en su boca. Sucedió; esto primero sucedió, y ahora sucede. Pero bastaría, hermanos míos, que se dijera, Dios quebró sus dientes. ¿Por qué, en su boca? No querían escuchar la ley, no querían escuchar los preceptos de la verdad de Cristo los fariseos, semejantes a aquella serpiente y áspid. Pues se deleitaban en sus pecados pasados, y no querían perder la vida presente, es decir, los gozos terrenales por los gozos eternos. Cerraban una oreja por el deleite de los pasados, la otra por el deleite de los presentes: por eso no querían escuchar. Pues, ¿de dónde es aquello: "Si lo dejamos, vendrán los romanos, y nos quitarán el lugar y la nación" (Juan XI, 48)? Ciertamente no querían perder el lugar, habían presionado su oreja contra la tierra; y por eso no quisieron escuchar aquellas palabras medicadas por el sabio. Se dijo de ellos también que eran avaros y amantes del dinero: y toda su vida, incluso pasada, fue descrita por el Señor en el Evangelio. Quien lee diligentemente el Evangelio, encuentra de dónde ellos tapaban ambas orejas. Prestad atención: ¿qué hizo el Señor? Quebró sus dientes en su boca. ¿Qué es, en su boca? Para que con su boca pronunciaran contra sí mismos: los obligó a pronunciar con su boca una sentencia contra ellos mismos. Querían calumniarle por el tributo: no dijo él, Es lícito pagar el tributo, o, no es lícito pagar. Y quería quebrar sus dientes, con los que abrían la boca para morder, pero quería hacerlo en su boca. Si dijera, Págase el tributo al César; le calumniarían que había maldecido a la nación de los judíos, haciéndola tributaria. Pues pagaban el tributo humillados por el pecado, como se les había predicho en la Ley. Lo tenemos, dicen, maldiciendo a nuestra nación, si nos manda pagar el tributo: pero si dice, No paguéis, lo tenemos porque nos contradijo ser devotos del César. Tal lazo bicéfalo pusieron como para atrapar al Señor. Pero, ¿a quién habían venido? A quien sabía quebrar sus dientes en su boca. Mostradme la moneda, dice. ¿Por qué me tentáis, hipócritas? ¿Pensáis en pagar el tributo? ¿Queréis hacer justicia? ¿Buscáis el consejo de la justicia? Si verdaderamente habláis justicia, juzgad rectamente, hijos de los hombres. Ahora, porque decís una cosa, juzgáis otra, sois hipócritas: ¿por qué me tentáis? Ahora quebraré vuestros dientes en vuestra boca: mostradme la moneda. Y se la mostraron. Y él no dice, Es del César; sino que pregunta, ¿De quién es? para que sus dientes se quebraran en su boca. Pues preguntando él de quién tenía la imagen y la inscripción, ellos dijeron del César. Ahora el Señor quebrará sus dientes en su boca. Ya habéis respondido, ya vuestros dientes están quebrados en vuestra boca. Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios (Mat. XXII, 17-21). El César busca su imagen; dadla: Dios busca su imagen; dadla. Que el César no pierda de vosotros su moneda: que Dios no pierda en vosotros su moneda. Y ellos no encontraron qué responder. Pues habían sido enviados para calumniarle: y regresaron diciendo que nadie podía responderle. ¿Por qué? Porque sus dientes estaban quebrados en su boca.

12. También está aquello: ¿Con qué autoridad haces estas cosas? Y yo os haré una pregunta; respondedme. Y preguntó sobre Juan, de dónde era el bautismo de Juan, si del cielo o de los hombres; para que cualquier respuesta que dieran, fuera en su contra. No quisieron decir, De los hombres, temiendo a la gente que los apedreará, porque tenían a Juan por profeta; temían más decir, Del cielo, para no admitir que él era el Cristo, ya que Juan había predicado a Cristo. Atrapados por ambos lados, quienes preparaban una acusación respondieron con ignorancia; dijeron: No sabemos (Marcos XI, 28-33). Preparaban una calumnia cuando dijeron, ¿Con qué autoridad haces estas cosas? para que si decía, Soy Cristo, lo atacaran

como arrogante, soberbio, sacrílego. No quiso decir, Soy Cristo; sino que preguntó sobre Juan, quien había dicho que él era Cristo. No se atrevieron a reprochar a Juan, temiendo ser asesinados por el pueblo; no se atrevieron a decir, Juan dijo la verdad, para que no se les dijera, Creedle. Callaron, dijeron que no sabían: ya no podían morder. ¿Por qué no podían? Ya se os ocurre; sus dientes estaban rotos en su propia boca.

13. Al fariseo que lo había invitado a comer le desagradó que una mujer pecadora se acercara a sus pies; y murmuró contra él diciendo: Si este fuera profeta, sabría qué clase de mujer se le ha acercado a los pies. Oh tú, que no eres profeta, ¿cómo sabes que él no sabía qué mujer se le acercó a los pies? Porque no guardaba la pureza de los judíos, que se mantenía externamente en la carne y estaba ausente del corazón, sospechó esto del Señor. Pero el Señor, que conocía los pecados de la mujer, también escuchaba los pensamientos del anfitrión, y respondió lo que sabéis. Y para no hablar mucho de esto, quiso romper sus dientes en su boca. Propuso: Dos deudores había con un prestamista: uno debía quinientos denarios, el otro cincuenta. Ninguno de los dos tenía con qué pagar; perdonó a ambos. ¿Quién lo amó más? Pregunta para que él responda: responde para que sus dientes se rompan en su boca. Respondió confundido, fue excluido: fue admitida ella para recibir misericordia, quien había irrumpido en una casa ajena, pero no se había acercado a un Dios ajeno (Lucas VII, 39-50): El Señor rompió sus dientes en su boca.

14. El Señor rompió las muelas de los leones. No solo las de las víboras. ¿Qué de las víboras? Las víboras insidiosas quieren inyectar veneno, esparcirlo y silbar. Las naciones se enfurecieron abiertamente y rugieron como leones. ¿Por qué se enfurecieron las naciones y los pueblos meditaron cosas vanas? (Salmo II, 1). Cuando acechaban al Señor, ¿Es lícito dar tributo al César, o no? eran víboras, eran serpientes: sus dientes fueron rotos en su boca. Después clamaron, Crucificalo, crucificalo (Mateo XXVII, 23, y Juan XIX, 6): ya no es lengua de víbora, sino rugido de león. Pero también el Señor rompió las muelas de los leones. Tal vez aquí no es casual que no añadiera, en su boca. Porque los que acechaban con preguntas capciosas, eran vencidos por su propia respuesta: pero estos que abiertamente se enfurecían, ¿acaso podían ser vencidos con preguntas? Sin embargo, también sus muelas fueron rotas: crucificado, resucitó, ascendió al cielo, Cristo fue glorificado, es adorado por todas las naciones, es adorado por todos los reyes. Que los judíos se enfurezcan ahora, si pueden. No se enfurecen. El Señor rompió las muelas de los leones.

15. Tenemos también en los herejes este documento y experiencia, porque también a ellos los encontramos siendo serpientes ensordecidas por la indignación, no queriendo escuchar el remedio preparado por el sabio: y en su boca el Señor rompió sus dientes. ¿Cómo se enfurecían contra nosotros, reprochando que éramos como perseguidores, excluyéndolos de las basílicas? Pregúntales ahora: ¿Deben ser excluidos los herejes de las basílicas, o no deben? Que respondan ahora. Digan que no deben: los maximianistas reclaman las basílicas. Para que no reclamen los maximianistas las basílicas, dicen que deben. ¿Qué es entonces lo que decíais contra nosotros? ¿Acaso están rotos vuestros dientes en vuestra boca? ¿Qué tenemos que ver nosotros con los reyes, dicen? ¿Qué tenemos que ver nosotros con los emperadores? Vosotros os apoyáis en los emperadores. Pregunto yo también: ¿Qué tenéis que ver con los procónsules, que los emperadores enviaron? ¿Qué tenéis que ver con las leyes que los emperadores dictaron contra vosotros? Los emperadores de nuestra comunión dictaron leyes contra todos los herejes: ciertamente llaman herejes a quienes no son de su comunión, entre los cuales estáis vosotros. Si las leyes son verdaderas, que valgan también contra vosotros, herejes; si las leyes son falsas, ¿por qué valen contra vuestros herejes? Hermanos, prestad un poco de atención y entended lo que hemos dicho: cuando llevaron sus causas contra los maximianistas, para que, condenados por ellos como cismáticos, los expulsaran de

los lugares que aquellos ocupaban desde antiguo, sucediendo a sus obispos predecesores; queriendo excluirlos de allí, actuaron con leyes públicas, acudieron a los jueces, dijeron ser católicos, para poder excluir a los herejes. ¿Por qué te dices católico, para que se excluya al hereje, y no más bien eres católico, para no ser tú el excluido como hereje? Ahora eres católico, para poder excluir al hereje. El juez no podría juzgar sino con sus leyes. Dijeron ser católicos; fueron admitidos a actuar: dijeron que aquellos eran herejes; se preguntó cómo se probaría: se leyó el concilio de Bagaia, donde fueron condenados los maximianistas; se insertó en los Actos procónsulares, se probó que los condenados no debían tener las basílicas, y el procónsul pronunció según la ley. ¿Según qué ley? La que fue dictada contra los herejes. Si contra los herejes, también contra ti. ¿Por qué, dice, contra mí? pues yo no soy hereje. Si tú no eres hereje, esas leyes son falsas: fueron dictadas por emperadores que no son de tu comunión; todos los que no son de su comunión, con sus leyes llaman herejes. No pregunto si son verdaderas o falsas; que esa cuestión quede aparte, si aún es cuestión: por ahora, según tú, pregunto, ¿Son verdaderas las leyes, o son falsas? Si son verdaderas, que se les crea: si son falsas, ¿por qué las usas? Dijiste al procónsul: Soy católico, excluye al hereje. Él preguntó cómo se probaría que era hereje: presentaste tu concilio, mostraste que lo habías condenado. Él, ya sea por connivencia o por no entender, usó la ley como juez: e hiciste con el juez lo que no quieres hacer contigo. Si el juez usó la ley del emperador a tu sugerencia, ¿por qué no la usas tú para tu corrección? He aquí que expulsó a tu hereje según la ley de su emperador: ¿por qué no quieres que te expulse a ti según la misma ley? Repetimos lo que hicisteis: he aquí que las basílicas eran ocupadas por los maximianistas, ahora las ocupáis vosotros; fueron expulsados de ellas los maximianistas: existen las órdenes de los procónsules, existen las memorias de los Actos; se toman los alguaciles, se movilizan las ciudades, se expulsa a las personas de sus lugares. ¿Por qué? Porque son herejes. ¿Según qué ley son expulsados? Responde: veamos si aún no están rotos vuestros dientes en vuestra boca. ¿Es falsa la ley? No valga contra tu hereje. ¿Es verdadera la ley? Valga también contra ti. No tienen qué responder; Dios rompió sus dientes en su boca. Por eso, donde no pueden deslizarse con engaños resbaladizos como serpientes, rugen con violencia abierta como leones. Se lanzan y se enfurecen las turbas armadas de los Circunceliones; causan la destrucción que pueden, la que sea posible. Pero también el Señor rompió las muelas de los leones.

16. [vers. 8.] Serán despreciados como agua que corre. No os asusten, hermanos, ciertos ríos que se llaman torrentes; se llenan con las aguas invernales: no temáis; en poco tiempo pasa, el agua corre, por un tiempo hace ruido, pronto cesará; no pueden durar mucho. Muchas herejías ya han muerto: corrieron en sus cauces cuanto pudieron, se secaron, apenas se encuentra memoria de ellas, o de que existieron. Serán despreciados como agua que corre. Pero no solo ellos: todo este siglo hace ruido por un tiempo, y busca a quién arrastrar. Todos los impíos, todos los soberbios, resonando contra las rocas de su soberbia como aguas que irrumpen y confluyen, no os asusten; son aguas invernales, no pueden fluir siempre: es necesario que corran a su lugar, a su fin. Y sin embargo, de este torrente del siglo bebió el Señor. Pues sufrió aquí, bebió de ese torrente; pero bebió en el camino, pero en el tránsito, porque en el camino de los pecadores no se detuvo (Salmo I, 1). Pero ¿qué dice de él la Escritura? Del torrente en el camino beberá, por eso levantará la cabeza (Salmo CIX, 7): es decir, por eso fue glorificado, porque murió; por eso resucitó, porque sufrió. Si no hubiera querido beber en el camino del torrente, no habría muerto; si no hubiera muerto, no habría resucitado; si no hubiera resucitado, no habría sido glorificado. Por lo tanto, del torrente en el camino beberá, por eso levantará la cabeza. Ya ha sido levantada nuestra cabeza: que lo sigan sus miembros. Serán despreciados como agua que corre. Tensa su arco, hasta que se debiliten. Las amenazas de Dios no cesan: el arco de Dios, las amenazas de Dios. Se tensa el

arco, aún no golpea. Tensa su arco, hasta que se debiliten. Y muchos se han debilitado por la tensión de su arco. Pues de aquí se debilitó aquel que dijo: ¿Qué me mandas hacer? Yo soy, dijo, Jesús de Nazaret, a quien tú persigues (Hechos IX, 6, 5). Quien clamaba desde el cielo, tensaba el arco. Muchos, por tanto, que fueron enemigos, se debilitaron, y convertidos no quisieron erguir por mucho tiempo sus cuellos contra la perseverancia del arco tenso. Pues así se debilitó también aquel que dijo, para que no temamos debilitarnos: Cuando soy débil, entonces soy fuerte. Y cuando oraba para que se le quitara el aguijón de la carne, ¿qué le fue respondido? La virtud se perfecciona en la debilidad (II Cor. XII, 10, 9). Tensa su arco, hasta que se debiliten.

17. [vers 9.] Como cera derretida serán llevados. Pues dirías: No todos se debilitan así, como yo, para creer; muchos perseveran en su mal y en su malicia. Y de ellos no temas nada: Como cera derretida serán llevados. No se mantendrán contra ti, no perdurarán: perecerán por un fuego de sus propias concupiscencias. Pues hay aquí un cierto castigo oculto: de él hablará ahora el Salmo hasta el final. Son pocos los versos: estad atentos. Hay un cierto castigo futuro, el fuego del infierno, el fuego eterno. El castigo futuro tiene dos formas. O es de los infiernos, donde ardía aquel rico, que quería que se le dejara caer una gota de agua en la lengua del dedo del pobre, a quien había despreciado ante su puerta, cuando dijo: Porque estoy atormentado en esta llama (Lucas XVI, 24). Y el otro es aquel al final, del que oirán: los que serán puestos a la izquierda: Id al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles (Mateo XXV, 41). Esos castigos serán manifiestos en ese tiempo, cuando se salga de esta vida, o al llegar al fin del siglo en la resurrección de los muertos. ¿Entonces ahora no hay castigo, y Dios deja los pecados impunes hasta ese día? Hay también aquí un cierto castigo oculto; de él se trata ahora. Este quiere el Espíritu de Dios recomendar: entendamos este, evitemos este, y no caeremos en aquellos mucho más terribles. Tal vez alguien me dirá: Hay también aquí castigos, cárceles, exilios, tormentos, muertes, diversos tipos de dolores y tribulaciones. Ciertamente hay también estos, y son dispensados por el juicio de Dios; pero a muchos para prueba, a muchos para condenación. Sin embargo, vemos a veces a los justos afligidos por estos castigos, y a los injustos ajenos a ellos: de donde vacilaron aquellos pies, que después se alegraron diciendo, ¡Cuán bueno es Dios para Israel, para los rectos de corazón! Pero mis pies casi se movieron, porque tuve envidia de los pecadores, viendo la paz de los pecadores. Pues había visto la felicidad de los malos, y se había deleitado en ser malo, viendo a los malos reinar, estar bien, abundar en toda clase de bienes temporales, como los que él aún deseaba del Señor: y vacilaron sus pies, hasta que vio qué se debe esperar o temer al final. Pues dijo en el mismo salmo: Esto es trabajo para mí, hasta que entre en el santuario de Dios, y entienda el fin (Salmo LXXII, 1, 2, 3, 16, 17). No, por tanto, los castigos de los infiernos, no los castigos de aquel fuego eterno después de la resurrección, no estos castigos que aún en este siglo son comunes a justos e injustos, y a menudo más graves para los justos que para los injustos: sino un cierto castigo de la vida presente quiere recomendar el Espíritu de Dios. Prestad atención, escuchad esto que voy a decir que ya conocíais: pero es más dulce cuando se muestra en el Salmo, que antes de ser mostrado, se pensaba oscuro. Pues ahora expongo lo que ya conocíais: pero porque se expone de donde aún no lo veíais, hace que incluso lo conocido deleite como nuevo. Escuchad el castigo de los impíos: Como cera, dice, derretida serán llevados. Dije que esto les sucede por sus concupiscencias. La mala concupiscencia es como un ardor y fuego. El fuego consume la ropa, ¿no consume la lujuria del adulterio el alma? Cuando la Escritura hablaba del adulterio pensado, dijo: ¿Alguien llevará fuego en su seno, y no quemará sus vestiduras? ¿Llevas brasas en el seno, y se perfora la túnica: llevas en la mente adulterio, y el alma está intacta? (Proverbios VI, 27-29).

18. Pero pocos ven estos castigos: por eso el Espíritu de Dios los recomienda especialmente. Escucha al Apóstol diciendo: Dios los entregó a las concupiscencias de sus corazones. He aquí el fuego, de cuya presencia se derriten como cera: pues se disuelven de una cierta constancia de castidad; por eso también ellos, yendo a sus lujurias, se dicen disueltos y fluidos. ¿De dónde fluidos? ¿De dónde disueltos? Del fuego de las concupiscencias. Dios los entregó a las concupiscencias de sus corazones, para que hagan lo que no conviene, llenos de toda iniquidad. Y enumera muchas cosas que son pecados, y dice que son castigos de los pecados. Pues dice que el primer castigo es la soberbia: más bien no castigo, sino el primer pecado es la soberbia. El primer pecado es la soberbia: el último castigo es el fuego eterno, o el fuego del infierno; ya de los condenados. Entre aquel primer pecado y este último castigo, los intermedios son tanto pecados como castigos. Pues tantas cosas dice el Apóstol que se hacen por ellos, que son pecados detestables; y sin embargo, dice que son castigos. Por esto, dice, Dios los entregó a las concupiscencias de sus corazones, en inmundicia, para que hagan lo que no conviene. Y para que nadie piense que solo se afligen con esos castigos con los que ahora se deleitan, y no teman lo que vendrá al final, recordó el último castigo: Quienes conociendo la justicia de Dios, no entendieron, dice, que quienes hacen tales cosas son dignos de muerte; no solo quienes las hacen, sino también quienes consienten a los que las hacen. Quienes hacen tales cosas son dignos de muerte: ¿cuáles? Las que enumeró antes como castigos: pues Dios los entregó, dijo, a las concupiscencias de sus corazones, para que hagan lo que no conviene. Que sea adúltero, ya es castigo; que sea mentiroso, que sea avaro, que sea fraudulento, que sea homicida, ya son castigos. ¿De qué pecado son castigos? De la apostasía anterior, de aquella soberbia: El principio del pecado del hombre es apartarse de Dios; y el principio de todo pecado es la soberbia (Eclesiástico X, 14, 15). Por eso dijo primero el pecado: Quienes conociendo a Dios, no lo glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias; sino que se desvanecieron en sus pensamientos, y su insensato corazón fue oscurecido. Ya este es un castigo, el oscurecimiento del corazón. Pero ¿de dónde sucedió? Pues diciendo que eran sabios, se hicieron necios. Ya este es un castigo, el oscurecimiento del corazón. Pero ¿de dónde sucedió? Pues diciendo que eran sabios, se hicieron necios. ¿Es pequeño este castigo? Para que hablemos solo de este, ¿es pequeño castigo el oscurecimiento del corazón, la ceguera de la mente? Si alguien robando, perdiera inmediatamente un ojo, todos dirían que Dios presente lo ha castigado. ¡Perdió el ojo del corazón, y se piensa que Dios le ha perdonado! Como cera derretida serán llevados.

19. Supercecidit ignis, et non viderunt solem. Ved cómo se menciona un cierto castigo de oscuridad. Cayó fuego: fuego de soberbia, fuego humeante, fuego de concupiscencia, fuego de ira. ¿Cuánto fuego es? Sobre quien caiga, no verá el sol. Por eso se dijo: No se ponga el sol sobre vuestra ira (Efesios IV, 26). Por lo tanto, hermanos, teman el fuego de la mala concupiscencia, si no quieren derretirse como cera y perecer ante la faz de Dios. Pues este fuego cae, y no verán el sol. ¿Qué sol? No este que ven contigo los animales, las moscas, los buenos y los malos; porque hace salir su sol sobre buenos y malos (Mateo V, 45). Pero hay otro sol, del cual dirán aquellos: Y el sol no salió para nosotros; todo pasó como una sombra. Por lo tanto, nos equivocamos del camino de la verdad, y la luz de la justicia no brilló para nosotros, y el sol no salió para nosotros (Sabiduría V, 6, 9). ¿Por qué, sino porque cayó el fuego, y no vieron el sol? Los venció la concupiscencia de la carne. ¿Y de dónde viene esta concupiscencia? Presten atención. Naciste con aquello que debes vencer: no te añadas enemigos, vence con lo que naciste. A la carrera de esta vida viniste con él, enfréntate con quien salió contigo. Si no lo vences, ¿por qué provocas multitudes de concupiscencias? Porque el deleite carnal, hermanos, nace con el hombre. Pero quien es bien educado, pronto ve a su enemigo, lo enfrenta y lucha, y pronto vence: pues es apto antes de que crezcan los

enemigos. Pero quien desprecia vencer esa concupiscencia con la que nació de la propagación del pecado, y aún excita y exhibe muchas lujurias, difícilmente las supera, y dividido contra sí mismo, se quema con su propio fuego. No esperes, por tanto, que solo esas penas vendrán; ve las presentes. Cayó el fuego, y no vieron el sol.

20. [vers. 10] Antes de que el espino produzca sus espinas, como vivos, como en ira, los absorberá. ¿Qué es el espino? Es un tipo de espina, se dice que son espinas muy densas. Primero es hierba; y cuando es hierba, es suave y hermosa: sin embargo, allí están las espinas que después surgirán. Ahora, por tanto, los pecados deleitan, y como si no punzaran. El espino es hierba, y sin embargo ahora es espina. Antes de que el espino produzca espinas: antes de que las manifiestas torturas de los deleites y placeres miserables procedan. Pregúntense quienes aman algo y no pueden alcanzarlo; vean si no son atormentados por el deseo: y cuando alcanzan lo que ilícitamente desean, consideren si no son atormentados por el miedo. Veán, por tanto, aquí sus penas, antes de que venga aquella resurrección, cuando resucitando en la carne no serán transformados. Porque todos resucitaremos, pero no todos seremos transformados (I Corintios XV, 51). Pues tendrán la corrupción de la carne en la que dolerán, no en la que morirán; de lo contrario, también esos dolores terminarían. Entonces se producirán las espinas de ese espino, es decir, todos los dolores y punzadas de los tormentos. ¿Qué espinas sufrirán aquellos que dirán: Estos son los que alguna vez tuvimos en burla (Sabiduría V, 3)? Espinas de la compunción del arrepentimiento, pero tardías e infructuosas, como la esterilidad de las espinas. El arrepentimiento de este tiempo es dolor medicinal: el arrepentimiento de aquel tiempo es dolor penal. ¿No quieres sufrir esas espinas? Aquí pínchate con las espinas del arrepentimiento, para que hagas lo que se ha dicho: Me convertí en aflicción, cuando fui herido por la espina. Reconocí mi pecado, y no cubrí mi iniquidad. Dije: Confesaré mi transgresión al Señor; y tú perdonaste la impiedad de mi corazón (Salmo XXXI, 4-6). Hazlo ahora, pínchate ahora; no sea que te suceda lo que se ha dicho de algunos detestables, Se desgarraron, pero no se compungieron (Salmo XXXIV, 16). Presten atención a quienes se desgarraron, pero no se compungieron. Ven a los desgarrados, y no ven a los compungidos. He aquí que están fuera de la Iglesia, y no se arrepienten, para que se rían de lo que se desgarraron. Después el espino producirá sus espinas. No quieren tener ahora compunción medicinal; después tendrán penal. Pero incluso ahora, antes de que el espino produzca espinas, cayó el fuego que no les permite ver el sol, que aún vivos los absorbe en la ira de Dios: el fuego de las malas concupiscencias, de los honores vanos, de la soberbia, de su avaricia; y todo lo que los oprime para que no conozcan la verdad, para que no parezcan vencidos, para que no los someta ni siquiera la verdad misma. Porque, ¿qué es más glorioso, hermanos, que ser sometido y vencido por la verdad? Que la verdad te supere queriendo; pues incluso sin querer, ella te superará. Por lo tanto, ese fuego de malas concupiscencias, que cayó para que no vean el sol, absorbe el espino, antes de que produzca sus espinas: es decir, oculta su mala vida, antes de que esa misma vida produzca al final tormentos manifiestos; pero en la ira de Dios oculta este espino. Pues no es un pequeño castigo que ahora no vean el sol, ni crean que las espinas de los castigos surgirán para ellos después de esta mala vida. Porque vosotros, dice, sois el espino; a quien el espino, es decir, a vosotros mismos, vivos, es decir, aún en esta vida, antes de que en el juicio futuro produzca las espinas manifiestas de vuestros castigos, ahora en la ira os absorbe, es decir, como absorbiendo no permite que aparezcan. Este es, por tanto, el orden de las palabras, según creo, más claramente así se conecta: Cayó el fuego, y no vieron el sol: ese fuego como en ira, como vivos os absorbe el espino, antes de que produzca vuestras espinas: es decir, a vosotros mismos que encontró como espino, os absorbe antes de la muerte, antes de que ese mismo espino produzca vuestras espinas después de la muerte en aquella resurrección penal. ¿Y por qué no dijo, vivos, sino, como vivos, sino porque esta vida de los impíos es falsa? Pues no viven, sino que les parece

que viven. ¿Y por qué no, en ira, sino, como en ira, sino porque Dios lo hace con tranquilidad? Pues también está escrito: Pero tú, Señor de las virtudes, juzgas con tranquilidad (Sabiduría XII, 18). Él, por tanto, incluso cuando amenaza, no se enoja. Pues no se perturba, sino que parece enojarse, porque castiga y se venga. Y quienes no quieren corregirse, parecen vivir, pero no viven. Pues la venganza del primer pecado, y de los que añadieron, permanece sobre ellos: y eso se llama la ira de Dios, porque viene del juicio de Dios. De donde el Señor dice del que no cree: Pero la ira de Dios permanece sobre él (Juan III, 36). Pues nacemos mortales con la ira de Dios. De donde dice el Apóstol: Fuimos también nosotros en otro tiempo por naturaleza hijos de ira, como los demás (Efesios II, 3). ¿Qué significa, por naturaleza hijos de ira, sino que llevamos con nosotros el castigo del primer pecado? Pero si nos convertimos, se quita la ira, se concede la gracia. No quieres convertirte, añades también sobre lo que naciste: como en ira serás absorbido en el tiempo presente.

21. [vers. 11.] Reconozcan, por tanto, este castigo, y alégrese de no estar en este castigo todos los que progresan, todos los que entienden y aman la verdad, todos los que quieren más en ustedes la victoria de la verdad que la suya, los que no cierran sus oídos contra la verdad, por el deleite de lo presente y el recuerdo de lo pasado, para que no sean como el perro que vuelve a su vómito (II Pedro II, 22). Todos los que son así, vean los castigos de aquellos que no son así, y alégrese. Aún no han llegado los castigos del infierno, aún no ha llegado el fuego eterno: compare quien progresa en Dios ahora consigo mismo con el impío, el corazón ciego con el corazón iluminado; comparen a dos, al que ve y al que no ve en la carne. ¿Y qué grande es la visión de la carne? ¿Acaso Tobías tenía ojos carnales? Su hijo los tenía, y él no los tenía; y el ciego mostraba al que veía el camino de la vida (Tobías IV, 1). Por tanto, cuando vean este castigo, alégrese de no estar en él. Por eso dice la Escritura: Se alegrará el justo cuando vea la venganza. No aquella futura; pues vean lo que sigue: Lavará sus manos en la sangre del pecador. ¿Qué significa esto? Que vuestra Caridad preste atención. ¿Acaso cuando son heridos los homicidas, deben ir allí los inocentes y lavar sus manos? Pero, ¿qué significa, lavará sus manos en la sangre del pecador? El justo cuando ve el castigo del pecador, progresa él mismo: y la muerte del otro vale para la vida del otro. Pues si espiritualmente corre sangre de aquellos que mueren interiormente, tú viendo tal venganza, lava allí tus manos; vive de aquí en adelante más puro. ¿Y cómo lavará sus manos, si es justo? ¿Qué tiene en las manos que deba lavarse, si es justo? Pero el justo vive por la fe (Romanos I, 17). Por tanto, llamó justos a los fieles: y desde que ya creíste, ya comienzas a ser llamado justo. Pues se ha hecho la remisión de los pecados. Aunque de esta vida residual hay algunos pecados tuyos, que no pueden sino entrar como agua del mar en la sentina: sin embargo, porque creíste; cuando veas a aquel que se ha apartado completamente de Dios morir en esa ceguera, con ese fuego que cae no ver el sol, tú que ya ves a Cristo por la fe, para que lo veas por la visión, porque el justo vive por la fe, observa al impío morir, y purifícate de los pecados. Así lavarás de algún modo tus manos en la sangre del pecador. Por tanto, lavará sus manos en la sangre del pecador.

22. [vers. 12.] Y dirá el hombre: Si, por tanto, hay fruto para el justo. He aquí, antes de que venga lo que se promete, antes de que se dé la vida eterna, antes de que los impíos sean arrojados al fuego eterno, aquí en esta vida hay fruto para el justo. ¿Qué fruto? Gozosos en la esperanza, pacientes en la tribulación (Romanos XII, 12). ¿Qué fruto para el justo? Nos gloriamos en las tribulaciones: sabiendo que la tribulación produce paciencia, la paciencia prueba, la prueba esperanza, y la esperanza no defrauda; porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado (Romanos V, 3-5). ¿Se alegra el borracho, y no se alegra el justo? En el amor está el fruto para el justo. Aquel

es miserable, incluso cuando se embriaga: este es bienaventurado, incluso cuando tiene hambre y sed. Aquel lo embriaga la embriaguez; a este lo alimenta la esperanza. Por tanto, vea el castigo de aquel, su propio gozo, y piense en Dios. Quien ahora dio tal gozo de la fe, de la esperanza, del amor, de la verdad de sus Escrituras, ¡cuánto prepara al final! En el camino así alimenta, ¡en la patria cómo engordará! Y dirá el hombre: Si, por tanto, hay fruto para el justo. Crean los que ven, y vean y entiendan. Se alegrará el justo cuando vea la venganza. Pero si no tiene ojos para ver la venganza, se entristecerá, ni se corregirá de ella. Pero si la ve, ve qué diferencia hay entre el ojo del corazón oscurecido y el ojo del corazón iluminado; entre el refrigerio de la castidad y la llama de la lujuria; entre la seguridad de la esperanza y el ojo del corazón iluminado; entre el refrigerio de la castidad y la llama de la lujuria; entre la seguridad de la esperanza y el temor del crimen. Cuando vea esto, distíngase a sí mismo, y lave sus manos en su sangre. Progrese por comparación, y diga, Por tanto, hay fruto para el justo: por tanto, hay Dios juzgando a ellos en la tierra: aún no en aquella vida, aún no en el fuego eterno, aún no en el infierno, sino aquí en la tierra. He aquí que aquel rico aún se viste de púrpura y lino fino, y aún banquetea espléndidamente cada día. Aún no ha producido espinas el espino; aún no dice, Estoy atormentado en esta llama (Lucas XVI, 19, 24): pero ya hay ceguera de mente, ya el ojo de la mente está extinguido. Si un ciego de los ojos de la carne se sentara a su mesa, por opulenta que fuera, lo llamarías miserable: ciego interiormente, no ve el pan de Cristo, ¿y es bienaventurado? Esto no lo dice sino un ciego igualmente. Por tanto, hay fruto para el justo: por tanto, hay Dios juzgando a ellos en la tierra.

23. Si hemos sido algo prolijos, perdonen. Les exhortamos en el nombre de Cristo, para que lo que han escuchado, lo mediten para el fruto. Porque predicar la verdad no es nada, si el corazón disiente de la lengua; y escuchar la verdad, no aprovecha nada, si el hombre no edifica sobre la roca. Quien edifica sobre la roca, es quien oye y hace: pero quien oye y no hace, edifica sobre la arena (Mateo VII, 24, 26): quien ni oye ni hace, no edifica nada. Pero así como quien edifica sobre la arena, edifica para su ruina; así aquel que no edifica sobre la roca, al venir el río, es arrastrado sin casa. No hay qué hacer, sino edificar y edificar sobre la roca; es decir, oír y hacer. Ni que otro diga: ¿Para qué voy a la iglesia? he aquí que quienes van a la iglesia cada día, no hacen lo que oyen. Sin embargo, hacen para oír; así pueden hacer para oír y hacer: pero tú, ¿cuán lejos estás de hacer, que tanto huyes de oír? Pero yo, dice, no edifico sobre la arena. El río te encontrará desnudo: ¿acaso por eso no te arrastrará? ¿acaso por eso la lluvia no te matará? ¿acaso por eso los vientos no te arrebatarán? Por tanto, vendré y oiré. Pero cuando hayas oído, haz. Pues si oyes, y no haces, has edificado, pero sobre la arena. Porque, por tanto, estando sin edificio, estamos desnudos, pero en el edificio puesto sobre la arena estamos bajo ruina; queda que edifiquemos sobre la roca, y hagamos lo que hemos oído.

EN EL SALMO LVIII COMENTARIO.

SERMON I. De la primera parte del Salmo.

1. [vers. 1.] Como suele la Escritura de los Salmos poner misterios en los títulos, y adornar el frente del Salmo con la sublimidad del sacramento, para que sepamos quienes vamos a entrar, cuando como sobre el dintel leamos qué se hace dentro, o de quién es la casa, o quién es el dueño de esa propiedad: así también en este salmo está escrito un título sobre el título. Pues tiene, Al final, no destruyas, de David, en la inscripción del título. Esto es lo que dije, un título sobre el título. ¿Cuál es, pues, la inscripción de este título que prohíbe corromper, el Evangelio nos lo indica. Pues cuando el Señor fue crucificado, un título fue inscrito por Pilato y puesto, Rey de los Judíos, en tres lenguas, hebrea, griega y latina (Lucas XXIII, 38): lenguas que principalmente sobresalen en todo el mundo. Por tanto, si el rey de los Judíos fue

crucificado, y los judíos crucificaron a su rey; crucificándolo también lo hicieron rey de los Gentiles, más que lo mataron. Y ciertamente en cuanto a ellos, perdieron a Cristo, pero para ellos, no para nosotros; y murió por nosotros, y con su sangre nos redimió. Y ahora no está corrompido el título: porque él es rey, no solo de los Gentiles, sino también de los mismos Judíos. ¿Qué, pues? ¿Porque se opusieron, pudieron por eso destruir el dominio de su rey? Es rey también sobre ellos. Pues ese rey lleva una vara de hierro, con la que gobierna y rompe. Yo, dice, he sido constituido rey por él sobre Sion, su monte santo, proclamando el precepto del Señor. El Señor me dijo: Tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy. Pídemelo, y te daré las naciones como herencia, y como posesión los confines de la tierra. Los regirás con vara de hierro, y como vasija de alfarero los quebrarás (Salmo II, 6-9). ¿A quiénes regirá? ¿A quiénes quebrará? Regirá a los obedientes, quebrará a los resistentes. Por tanto, No destruyas, muy bien y proféticamente: puesto que también aquellos judíos sugirieron entonces a Pilato, y dijeron, No escribas rey de los Judíos, sino escribe, que él mismo se dijo rey de los Judíos; pues este título, dicen, lo confirmó como rey para nosotros. Y Pilato: Lo que he escrito, he escrito (Juan XIX, 21). Y se cumplió, No destruyas.

2. No solo este salmo tiene una inscripción de este tipo, para que el título no se corrompa. Algunos salmos están así prenotados (Sal. LVI-LVIII), pero en todos se preanuncia la pasión del Señor. Por lo tanto, entendamos aquí también la pasión del Señor, y que Cristo, cabeza y cuerpo, nos hable. Así siempre, o casi siempre, escuchemos las voces de Cristo en el Salmo, para que no solo contemplemos a aquella única cabeza, el mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús (I Tim. II, 5); quien también según la divinidad, en el principio era el Verbo, Dios con Dios, y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros (Juan I, 1, 14), carne del linaje de Abraham, del linaje de David de María virgen (Mat. I, 1): no pensemos, por tanto, solo en aquel que es nuestra cabeza cuando escuchamos a Cristo hablar; sino pensemos en Cristo, cabeza y cuerpo, un hombre completo. Pues a nosotros se nos dice, Vosotros sois el cuerpo de Cristo y miembros (I Cor. XII, 27), por el apóstol Pablo. Y de él se dice por el mismo Apóstol que es la cabeza de la Iglesia (Efes. I, 22, y Col. I, 18). Si él es la cabeza, nosotros el cuerpo; todo Cristo es cabeza y cuerpo. A veces encuentras palabras que no concuerdan con la cabeza, y a menos que las adaptes al cuerpo, tu entendimiento vacilará: nuevamente encuentras palabras que no son aptas para el cuerpo, y sin embargo Cristo habla. Allí no hay que temer que alguien se equivoque; pues rápidamente se avanza para adaptar a la cabeza lo que se ve que no conviene al cuerpo. Él mismo, colgando en la cruz, habló desde la persona del cuerpo: Dios mío, Dios mío, mira en mí, ¿por qué me has abandonado? (Sal. XXI, 2, y Mat. XXVII, 46). Pues no había abandonado a Cristo, de quien no fue abandonado. ¿O acaso vino a nosotros para que lo dejara; o lo envió para que se apartara de él? Pero porque el hombre fue abandonado por Dios, aquel Adán pecador, que solía alegrarse ante el rostro de Dios, aterrorizado por la conciencia del pecado huyó de su gozo (Gén. III, 8); y verdaderamente Dios lo abandonó, porque él abandonó a Dios: de aquel Adán, cuando Cristo tomó carne, dijo esto desde la persona de esa carne, porque entonces nuestro viejo hombre fue crucificado con él (Rom. VI, 6).

3. Escuchemos, pues, lo que sigue: Cuando Saúl envió, y vigiló su casa, para matarlo. Esto no se refiere a la cruz del Señor, pero sí a la pasión del Señor. Cristo fue crucificado, y muerto, y sepultado. Por lo tanto, aquella sepultura era como una casa: para custodiarla, el reino de los judíos envió guardias, cuando se pusieron vigilantes en el sepulcro de Cristo (Mat. XXVII, 66). Hay una historia en el Libro de los Reyes, cuando Saúl envió a custodiar la casa para matar a David (I Sam. XIX, 11): pero cuanto de allí tomó quien escribió el Salmo, tanto debemos discutir cuando tratamos el título del Salmo. ¿Quiso significarnos solo esto, que se envió a la casa para que se custodiara, y él fuera asesinado? ¿Cómo, entonces, se custodiaba

la casa para esto, si David figuraba a Cristo, para que Cristo fuera asesinado; cuando Cristo no fue puesto en la sepultura, sino asesinado en la cruz? Refiera esto, pues, al cuerpo de Cristo; porque matar a Cristo era quitar el nombre de Cristo para que no se creyera en Cristo, mientras prevaleciera la mentira de los guardias, que fueron sobornados para decir que mientras dormían, vinieron sus discípulos y lo robaron (Mat. XXVIII, 13). Esto es verdaderamente querer matar a Cristo, extinguir el nombre de su resurrección, para que la mentira se prefiriera al Evangelio. Pero así como Saúl no logró matar a David, tampoco pudo el reino de los judíos lograr que el testimonio de los guardias dormidos prevaleciera sobre el de los apóstoles vigilantes. ¿Qué se les enseñó a los guardias para que dijeran? Les damos, dicen, cuanto quieran de dinero; y digan que mientras dormían, vinieron sus discípulos y lo robaron. He aquí qué clase de testigos de la mentira contra la verdad y la resurrección de Cristo produjeron sus enemigos figurados por Saúl. Pregunta, incredulidad, a los testigos dormidos; que te respondan qué ocurrió en el sepulcro. Si dormían, ¿cómo lo supieron? Si vigilaban, ¿por qué no atraparon a los ladrones? Diga, pues, lo que sigue.

4. [vers. 2.] Líbrame de mis enemigos, Dios mío, y de los que se levantan contra mí, redímeme. Esto se cumplió en la carne de Cristo, y se cumple en nosotros. Pues nuestros enemigos, el diablo y sus ángeles, no cesan de levantarse contra nosotros diariamente, y de querer burlarse de nuestra debilidad y fragilidad, con engaños, sugerencias, tentaciones, y con cualquier lazo para atraparnos, mientras aún vivimos en la tierra. Pero nuestra voz vigile hacia Dios, y clame en los miembros de Cristo, bajo la cabeza establecida en el cielo: Líbrame de mis enemigos, Dios mío, y de los que se levantan contra mí, redímeme.

5. [vers. 3.] Líbrame de los que obran iniquidad, y de los hombres sanguinarios, sálvame. Eran ciertamente hombres sanguinarios, quienes mataron al justo, en quien no encontraron culpa alguna: eran hombres sanguinarios, porque cuando el extranjero, con las manos lavadas, quiso liberar a Cristo, clamaron, Crucifícalo, crucifícalo: eran hombres sanguinarios, a quienes ya se les imputaba el crimen de la sangre de Cristo, respondieron, comprometiendo a sus descendientes, Su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos (Mat. XXVII, 23, 25). Pero los hombres sanguinarios no cesaron de levantarse contra su cuerpo, pues incluso después de la resurrección y ascensión de Cristo, la Iglesia sufrió persecuciones; y primero aquella que floreció de la gente de los judíos, de la cual también fueron nuestros apóstoles. Allí primero Esteban fue apedreado (Hech. VII, 58), y recibió lo que se llamaba. Esteban significa Corona. Humildemente apedreado, pero sublimemente coronado. Luego, entre los gentiles se levantaron los reinos de los gentiles, antes de que en ellos se cumpliera lo que estaba predicho, Todos los reyes de la tierra lo adorarán; todas las naciones le servirán (Sal. LXXI, 11); y el ímpetu de aquel reino se enfureció contra los testigos de Cristo; se derramó mucha y abundante sangre de mártires: al derramarse, como una semilla sembrada, la cosecha de la Iglesia brotó más fértilmente, y ocupó todo el mundo, como ahora vemos. De estos hombres sanguinarios es librado Cristo, no solo la cabeza, sino también el cuerpo. De los hombres sanguinarios es librado Cristo, y de los que fueron, y de los que son, y de los que serán, es librado Cristo, y el que precedió, y el que es, y el que vendrá. Pues Cristo es todo el cuerpo de Cristo: y cualquiera que ahora sea buen cristiano, y los que fueron antes de nosotros, y los que serán después de nosotros, todo Cristo es librado de los hombres sanguinarios; y no es en vano esta voz, Y de los hombres sanguinarios, sálvame.

6. [vers. 4.] Porque he aquí han cazado mi alma. Pudieron capturar, pudieron matar, han cazado mi alma. Pero ¿dónde está, Rompiste mis cadenas (Sal. CXV, 16)? ¿Dónde está, La trampa se rompió, y nosotros fuimos liberados? ¿Dónde está que bendecimos a Dios, que no nos entregó como presa a sus dientes (Sal. CXXIII, 7, 6)? Ellos ciertamente cazaron, pero no deja en manos de los cazadores quien guarda a Israel. Porque he aquí han cazado mi alma: se

lanzaron sobre mí los fuertes. No debemos pasar por alto a estos fuertes: es necesario explicar cuidadosamente quiénes son los fuertes que se levantan. Fuertes, ¿sobre quiénes, sino sobre los débiles, sobre los inválidos, sobre los no fuertes? Y sin embargo, los débiles son alabados, y los fuertes condenados. Si se entiende quiénes son los fuertes, primero el mismo diablo fue llamado fuerte por el Señor: Nadie, dice, puede entrar en la casa del fuerte, y saquear sus bienes, a menos que primero ate al fuerte (Mat. XII, 29). Ató, pues, al fuerte con las cadenas de su dominio; y arrebató sus bienes, y los hizo sus bienes. Pues todos los inicuos eran bienes del diablo, quienes al creer se convirtieron en bienes de Cristo: a quienes el Apóstol dice, Porque fuisteis en otro tiempo tinieblas, ahora sois luz en el Señor (Efes. V, 8), quien hace conocer sus riquezas en los bienes de misericordia (Rom. IX, 23). Por lo tanto, estos fuertes pueden ser entendidos. Pero hay en los hombres algunos fuertes con una fortaleza reprochable y condenable, que presumen, sí, pero de la felicidad temporal. ¿No os parece que era fuerte aquel rico, que ahora ha sido recitado del Evangelio, porque le sucedió una región en la opulencia de frutos? Perturbado, encontró el consejo de la recolección, para que, destruyendo los antiguos graneros, construyera otros nuevos más amplios, y llenándolos, dijera a su alma: Tienes muchos bienes, alma; banquetea, alégrate, sacia (Luc. XII, 16-19). ¿Qué tipo de fuerte ves? He aquí un hombre que no puso a Dios como su ayudador, sino que confió en la multitud de sus riquezas. Mira cuán fuerte es: Y prevaleció, dice, en su vanidad (Sal. LI, 9).

7. Hay también otros fuertes, no de riquezas, no de fuerzas corporales, no de alguna potencia de dignidad sobresaliente en el tiempo, sino que presumen de su justicia. Este tipo de fuertes debe ser evitado, temido, rechazado, no imitado: presumiendo, digo, no del cuerpo, no de las riquezas, no del linaje, no del honor; pues ¿quién no ve que todas estas cosas son temporales, fugaces, caducas, volátiles? sino presumiendo de su justicia. Tal fortaleza impidió a los judíos entrar por el ojo de la aguja (Mat. XIX, 24). Pues al presumir de sí mismos que eran justos, y viéndose a sí mismos como sanos, rechazaron la medicina, y mataron al mismo médico. Por lo tanto, estos fuertes, no los débiles, no vino a llamar quien dijo: No necesitan médico los sanos, sino los enfermos. No he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento. Estos eran los fuertes que insultaban a los discípulos de Cristo, porque su maestro entraba a los enfermos, y comía con los enfermos. ¿Por qué, dicen, vuestro maestro come con publicanos y pecadores (Mat. IX, 11-13)? ¡Oh fuertes a quienes no necesita el médico! Esa fortaleza no es de salud, sino de locura. Pues nada es más fuerte que los frenéticos, son más poderosos que los sanos: pero cuanto mayores son las fuerzas, tanto más cercana está la muerte. Por lo tanto, Dios aleje de nuestra imitación a estos fuertes. Pues es de temer que alguien quiera imitarlos. Pero el maestro de la humildad, participe de nuestra debilidad, otorgando la participación de su divinidad, descendiendo para enseñar el camino y hacerse camino (Juan XIV, 6), se dignó especialmente a recomendarnos su humildad; y por eso no se avergonzó de ser bautizado por un siervo (Mat. III, 13), para enseñarnos a confesar nuestros pecados, y a debilitarnos para ser fuertes, teniendo más bien la voz del Apóstol que dice, Cuando soy débil, entonces soy fuerte (II Cor. XII, 10). ¿Cómo, pues, no quiso ser fuerte? Pero estos que quisieron ser fuertes, es decir, que quisieron presumir de su virtud como justos, tropezaron en la piedra de tropiezo (Rom. IX, 32): y el Cordero les pareció un cabrito, y porque lo mataron como un cabrito, no merecieron ser redimidos por el Cordero. Ellos son, pues, los fuertes, que se lanzaron sobre Cristo, presumiendo de su justicia. Escuchad a estos fuertes: Cuando algunos de Jerusalén decían, enviados por ellos para aprehender a Cristo, y no atreviéndose a aprehenderlo (porque cuando quiso, entonces fue aprehendido, quien verdaderamente era fuerte): ¿Por qué, dicen, no pudisteis aprehenderlo? Y respondieron: Nunca hombre alguno ha hablado así como él. Y aquellos fuertes: ¿Acaso alguno de los fariseos ha creído en él, o alguno de los escribas, sino este pueblo que no conoce la Ley (Juan

VII, 45-49)? Se prefirieron a la turba débil que corría al médico: ¿de dónde, sino porque ellos eran fuertes? y con su fortaleza, lo que es más grave, arrastraron a toda la turba hacia ellos, y mataron al médico de todos. Pero él, al ser asesinado, hizo de su sangre un medicamento para los enfermos. Se lanzaron sobre mí los fuertes. Observad especialmente a estos fuertes; y ved si se debe presumir de algo por parte del hombre, cuando ni siquiera de la justicia se debe presumir. Ya ved dónde yacen los que presumen de riquezas, de fuerzas corporales, de nobleza de linaje, de dignidad del siglo, si alguno presume de su justicia como si fuera suya, cae. Se lanzaron sobre mí los fuertes. De esos fuertes fue aquel que alardeaba de sus fuerzas: Te doy gracias, dice, porque no soy como los demás hombres, injustos, ladrones, adúlteros, como este publicano: ayuno dos veces a la semana, doy diezmos de todo lo que poseo. Mira al fuerte alardeando de sus fuerzas: por el contrario, observa al débil que está lejos, y que se acerca con humildad. Pero el publicano, dice, estaba de lejos, y ni siquiera se atrevía a levantar sus ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho; diciendo: Dios, sé propicio a mí, pecador. En verdad os digo, descendió justificado aquel publicano más que aquel fariseo. Y mira la justicia: Porque todo el que se exalta, será humillado; y el que se humilla, será exaltado (Luc. XVIII, 11-14). Se lanzaron estos fuertes, es decir, los soberbios, que ignorando la justicia de Dios, y queriendo establecer su propia justicia, no se sometieron a la justicia de Dios (Rom. X, 3).

8. [vers. 5.] ¿Qué sigue? Ni mi iniquidad, ni mi pecado, Señor. Ciertamente se lanzaron los fuertes presumiendo de su justicia, se lanzaron, pero no encontraron pecado en mí. Pues ciertamente aquellos fuertes, es decir, como justos, ¿por qué podrían perseguir a Cristo, sino como pecador? Pero sin embargo, ellos verán cuán fuertes son en la inmensidad de la fiebre, no en la firmeza de la salud: verán ellos cuán fuertes son, y como justos se ensañaron contra el iniquo. Pero sin embargo, ni mi iniquidad, ni mi pecado, Señor. Sin iniquidad corrí, y fui dirigido. Por lo tanto, aquellos fuertes no pudieron seguirme mientras corría: por eso pensaron que era pecador, porque no vieron mis huellas.

9. [vers. 6.] Sin iniquidad corrí, y fui dirigido: levántate a mi encuentro, y mira. Se dice a Dios, Sin iniquidad corrí, y fui dirigido: levántate a mi encuentro, y mira. ¿Qué, pues? Si no se encuentra, ¿no puede ver? Como si caminaras por un camino, y no pudieras ser reconocido de lejos por alguien, clamaras a él, y dijeras: Encuéntrame, y mira cómo camino; pues cuando me miras de lejos, no puedes ver mi paso. ¿Es que Dios, si no se encuentra, no vería cómo este corría sin iniquidad, y cómo corría sin pecado? Podemos, en efecto, entender también esto, Levántate a mi encuentro, ayúdame. Pero lo que añadió, y mira, debe entenderse, haz que se vea que corro, haz que se vea que soy dirigido; de aquella figura en la que también se dijo a Abraham: Ahora conozco que temes a Dios (Gén. XXII, 12). Dios dice, Ahora conozco: ¿de dónde, sino porque ahora te hice conocer? Pues cada uno es desconocido para sí mismo antes de la prueba de la tentación, como Pedro, al presumir, se desconocía a sí mismo, y al negar, aprendió qué fuerzas tenía; en su propio tambaleo entendió que se había presumido falsamente: lloró (Mat. XXVI, 35, 69, 75); y llorando mereció conocer fructuosamente lo que fue, y ser lo que no fue. Por lo tanto, probado Abraham, se hizo conocido a sí mismo; y se dijo por Dios, Ahora conozco, es decir, ahora te hice conocer. Así como el día alegre, que hace alegres; y la amarga tristeza, que entristece al que la prueba: así viendo Dios, haciendo ver. Levántate, pues, dice, a mi encuentro, y mira. ¿Qué es, y mira? Y ayúdame, es decir, en aquellos, para que vean mi carrera, me sigan, no les parezca torcido lo que es recto, no les parezca distorsionado lo que sigue la regla de la verdad: Porque sin iniquidad corrí, y fui dirigido: levántate a mi encuentro, y mira.

10. Algo también me advierte decir en este lugar la sublimidad de nuestra propia cabeza; porque se debilitó hasta la muerte, y asumió la carne de la debilidad, para reunir a los hijos de Jerusalén bajo sus alas como una gallina debilitada con sus polluelos. Pues no hemos visto esto en ningún ave, ni siquiera en aquellas que anidan ante nuestros ojos, como los gorriones de los muros, como las golondrinas que son nuestras huéspedes anuales, como las cigüeñas, como otras y otras aves que anidan ante nuestros ojos, y se sientan sobre los huevos, alimentan a los polluelos, como las mismas palomas que vemos a diario; no hemos conocido, no hemos visto, no hemos observado a ningún ave enfermarse con sus polluelos. ¿Cómo es que la gallina tiene esto? Ciertamente digo algo conocido, que se mueve ante nuestros ojos a diario: ¿cómo se vuelve ronca la voz, cómo se eriza todo el cuerpo? Se bajan las alas, se aflojan las plumas, y ves alrededor de los polluelos algo enfermo, y eso es el amor maternal que se encuentra en la debilidad. ¿Por qué entonces el Señor quiso ser una gallina en la Sagrada Escritura diciendo: Jerusalén, Jerusalén, cuántas veces quise reunir a tus hijos, como la gallina a sus polluelos bajo sus alas, y no quisiste (Mt. XXIII, 37)! Sin embargo, reunió a todas las naciones, como la gallina a sus polluelos, quien se debilitó por nosotros, tomando carne de nosotros, es decir, de la raza humana; crucificado, despreciado, golpeado con bofetadas, azotado, colgado en el madero, herido con una lanza. Por lo tanto, esto es de la debilidad materna, no de la majestad perdida. Así que, cuando Cristo era tal, y por eso despreciado, y por eso piedra de tropiezo y roca de escándalo, y por eso muchos tropezaron en él (Rom. IX, 32, y I Pe. II, 8): cuando era tal, y sin embargo asumió carne sin pecado, se hizo partícipe de nuestra debilidad, no de nuestra iniquidad; para que, al compartir con nosotros la debilidad, resolviera nuestra iniquidad. Por eso, Corrí sin iniquidad, y fui dirigido. ¿Qué entonces, según lo que es Dios no debe ser reconocido, y solo debe considerarse en él lo que fue hecho por nosotros, no aquello por lo que nos hizo? Claramente también eso debe considerarse; porque es un gran indicio de piedad saber quién soportó qué por ti. No cualquiera pequeño, no por ti grande, sino por ti débil aquel supremo. ¿Qué? Se hizo pequeño: Se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte. ¿Quién? Escucha arriba: Quien siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse. Por lo tanto, igual a Dios se vació a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho a semejanza de los hombres, y hallado en forma como hombre (Filip. II, 6-8): y así se vació, para asumir lo que no era, no para perder lo que era. ¿Cómo entonces se vació? Porque te apareció así; porque no te mostró la dignidad que tiene ante el Padre; porque te ofreció ahora la debilidad, reservó la claridad para después de purificado. Aquel, por lo tanto, igual al Padre, se hizo tal: y sin embargo, en esa debilidad debe ser reconocido, no por visión, sino por fe; para que lo que aún no podemos ver, al menos lo creamos, y creyendo lo que no vemos, también merezcamos verlo. Con razón, después de resucitar, dijo a María Magdalena, a quien se dignó aparecer primero: No me toques, porque aún no he subido al Padre (Jn. XX, 17). ¿Qué es esto? Poco después, las mujeres lo tocaron. Pues volviendo del sepulcro, lo encontraron y lo adoraron, y tomaron sus pies (Mt. XXVIII, 9): los discípulos también tocaron las cicatrices (Lc. XXIV, 39). ¿Qué es entonces, No me toques, porque aún no he subido al Padre; sino, no creas que esto que ves es lo único que soy, para que tu vista no permanezca aquí como tu tacto? Porque te parezco humilde, aún no he subido al Padre, de donde también descendí a vosotros, y de allí no me he ido, aún no he subido allí, cuando no os he abandonado. Vino sin irse, ascendió sin abandonar. Pero, ¿qué es que ascendió al Padre? Cuando se nos da a conocer igual al Padre. Porque nosotros ascendemos progresando, para poder ver esto, para poder entender esto, para poder de alguna manera captar esto. Por eso, entonces, pospuso el toque, no lo quitó, no lo rechazó, no lo negó. Porque aún no, dice, he subido al Padre. Desde el extremo del cielo es su salida, dice otro Salmo, y su curso hasta el extremo del cielo (Sal. XVIII, 7). El extremo del cielo, es decir, el extremo en todas las cosas espirituales es el Padre: de allí su salida, y su curso hasta el extremo del cielo. Su curso hasta el extremo, no se

dice sino de un igual. Finalmente, cuando comparamos algunas cosas desiguales, y aplicamos algo breve a algo grande, para ver cuánto es a cuánto, si encontramos que es desigual, solemos decir, No alcanza: pero si es igual, Alcanza. Por lo tanto, su curso hasta el extremo del cielo, porque es igual al Padre. Así quería darse a conocer a sus fieles, quien había dicho: No me toques. Esto quería que el Padre otorgara a sus fieles, quien decía: Levántate en mi encuentro, y ve; hazte conocer que soy igual a ti. Y ve: ¿qué es, Y ve? Haz que se vea que soy igual a ti. ¿Hasta cuándo me dirá Felipe: Muéstranos al Padre, y nos basta? ¿Hasta cuándo diré yo, Tanto tiempo he estado con vosotros, y no conocéis al Padre? Felipe, quien me ve, ve también al Padre: ¿no crees que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí? (Jn. XIV, 8-11) y aún tal vez no cree que soy igual. Levántate en mi encuentro, y ve. Haz que me vean, haz que te vean, haz que nuestra igualdad sea conocida por los hombres. No piensen los judíos que crucificaron a un hombre. Aunque en él no fue crucificado, sino en cuanto era hombre: sin embargo, no conocieron a quien crucificaron. Porque si lo hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de la gloria (I Cor. II, 8). A este Señor de la gloria para que lo conozcan mis fieles, Levántate en mi encuentro, y ve.

11. Y tú, Señor Dios de los ejércitos, Dios de Israel. Tú, Dios de Israel, que no se pensaba que eras sino el Dios de Israel solamente, que no se pensaba que eras sino el Dios de una sola nación que te adora, mientras todas las naciones adoran ídolos, tú, Dios de Israel, atiende a visitar a todas las naciones. Que se cumpla esta profecía, en la cual Isaías, en tu persona, habla a tu Iglesia, tu santa ciudad, aquella estéril cuyos muchos hijos de la desolada, más que de la que tiene marido. A ella se le dijo: Alégrate, estéril que no das a luz, rompe y clama, tú que no estás de parto; porque muchos son los hijos de la desolada, más que de la que tiene marido: más que de la nación judía que tiene marido, que recibió la Ley; más que de esa nación que tuvo un rey evidente. Pues tu rey está oculto, y tienes más hijos de un esposo oculto. Por lo tanto, se le dice: Muchos son los hijos de la desolada, más que de la que tiene marido. Luego el Profeta añade: Ensancha el lugar de tu tienda, y extiende tus cortinas; no escatimes: alarga tus cuerdas, y refuerza tus estacas, una y otra vez a la derecha y a la izquierda. A la derecha ten a los buenos, a la izquierda ten a los malos (Mt. XXV, 33), hasta que venga el aventador (Mt. III, 12): sin embargo, posee todas las naciones. Inviten a las bodas a buenos y malos, llénense las bodas de comensales (Mt. XXII, 9, 10): es tarea de los siervos invitar, del Señor separar. Una y otra vez extiende a la derecha y a la izquierda. Porque tu descendencia heredará las naciones, y habitarás las ciudades que estaban desoladas: desoladas de Dios, desoladas de los Profetas, desoladas de los Apóstoles, desoladas del Evangelio, llenas de demonios. Habitarás las ciudades que estaban desoladas. No temas; prevalecerás: ni te avergüences de haber sido detestable. Por lo tanto, porque se levantaron contra mí los fuertes, no te avergüences; cuando se promulgaban leyes contra el nombre cristiano, cuando era ignominia e infamia ser cristiano. No te avergüences de haber sido detestable: porque olvidarás la confusión para siempre; no recordarás la ignominia de tu viudez. Porque yo soy el Señor que te hace: el Señor es su nombre; y quien te redime, él mismo será llamado el Señor Dios de Israel de toda la tierra (Is. LIV, 1-5). Y tú, Señor Dios de los ejércitos, Dios de Israel, atiende a visitar a todas las naciones: atiende, digo, a visitar a todas las naciones.

12. No tengas misericordia de todos los que obran iniquidad. Aquí ciertamente asusta. ¿A quién no asusta? ¿Quién al volver a su conciencia no tiembla? Que aunque sea consciente de piedad, es raro que no sea consciente también de alguna iniquidad. Porque cualquiera que comete pecado, también comete iniquidad (I Jn. III, 4). Porque si observas las iniquidades, Señor, Señor, ¿quién podrá sostenerse? (Sal. CXXIX, 3). Y sin embargo, es verdad, ni dicho en vano, ni puede estar vacío en absoluto, No tengas misericordia de todos los que obran

iniquidad. Pero he aquí que tuvo misericordia de Pablo, quien primero como Saulo obraba iniquidad: ¿qué bien hizo, para merecer a Dios? ¿No arrastraba a sus santos a la muerte? ¿No llevaba cartas de los príncipes de los sacerdotes, para que dondequiera que encontrara cristianos, los llevara al castigo? ¿No haciendo eso, yendo hacia eso, respirando y anhelando matanza, como atestigua la Escritura sobre él, fue llamado desde el cielo con una voz sublime, derribado, levantado, cegado, iluminado, muerto, vivificado, perdido, devuelto (Hech. IX)? ¿Por qué mérito? No digamos nada nosotros; escuchemos más bien a él: Quien antes fui, dice, blasfemo, perseguidor e injurioso; pero alcancé misericordia (I Tim. I, 13). Ciertamente, No tengas misericordia de todos los que obran iniquidad, esto puede entenderse de dos maneras: ya sea porque Dios no deja impune ningún pecado en absoluto; o que hay cierta iniquidad, que quienes la obran, Dios no tiene misericordia de ellos en absoluto. Según estos dos modos, brevemente, en la medida que el tiempo lo permita, hablemos algo a vuestra Caridad.

13. Toda iniquidad, sea pequeña o grande, debe ser castigada, ya sea por el mismo hombre que se arrepiente, o por Dios que castiga. Porque incluso quien se arrepiente, se castiga a sí mismo. Por lo tanto, hermanos, castigemos nuestros pecados, si buscamos la misericordia de Dios. Dios no puede tener misericordia de todos los que obran iniquidad como si halagara los pecados, o no erradicara los pecados. En verdad, o castigas, o te castiga. ¿Quieres que no te castigue? Castígate tú. Porque también hiciste aquello que no puede quedar impune: pero que sea castigado por ti más bien, para que hagas lo que está escrito en ese salmo, Anticipemos su rostro con confesión (Sal. XCIV, 2). ¿Qué es, Anticipemos su rostro? Antes de que él atienda para castigar, anticipáte confesando y castiga. Que no encuentre él lo que castigar. Porque cuando castigas la iniquidad, haces equidad. Y por eso Dios tendrá misericordia de ti, porque ya te encuentra obrando equidad. ¿Qué es, obrando equidad? Porque odias en ti lo que él odia; para que comiences a agradar a Dios, mientras castigas en ti lo que desagrada a Dios. Porque no puede quedar impune el pecado: porque es verdad, No tengas misericordia de todos los que obran iniquidad.

14. Pero veamos ya otro modo, en el que esta sentencia puede entenderse. Hay cierta iniquidad, que quien la obra, no puede ser que Dios tenga misericordia de él. ¿Quizás preguntas cuál es esa? Esa misma defensa de los pecados. Cuando alguien defiende sus pecados, obra una gran iniquidad: defiende lo que Dios odia. Y mira cuán perverso, cuán injusto. Si hace algo bueno, quiere que se le impute a él: si hace algo malo, a Dios. Pues así defienden los hombres los pecados desde la persona de Dios, lo cual es peor. ¿Qué es esto? Nadie se atreve a decir, El adulterio es bueno, el homicidio es bueno, el fraude es bueno, el perjurio es bueno: absolutamente nadie; porque incluso quienes los cometen, claman cuando los sufren. Por lo tanto, no encuentras en absoluto un alma tan perversa, tan ajena a la sociedad del género humano y a la participación de la sangre común de Adán, a quien le parezca bueno el adulterio, como dije, el fraude, el robo, el perjurio. Pero, ¿cómo los defienden? Si Dios no hubiera querido, no lo habría hecho. ¿Qué quieres que haga con mi destino? Ya buscas qué es el destino: corres a las estrellas. Buscas quién hizo y ordenó las estrellas: es Dios. Por lo tanto, defiendes tu pecado para acusar a Dios. Por eso se excusa al reo, para culpar al juez. En verdad, de tal iniquidad de los que obran, Dios no tiene misericordia. No tengas misericordia de todos los que obran iniquidad. Persigue, dice, sus pecados, castiga, hiere, conviértelos ante sí, quienes se ponen detrás de sí; y que se avergüencen de sí mismos, para que se alegren de ti. No tengas misericordia de todos los que obran iniquidad.

15. [vers. 7.] Conviértanse al atardecer. No sé a quiénes llama antiguos obradores de iniquidad, y antiguas tinieblas, convertirse al atardecer. ¿Qué es, al atardecer? Después. ¿Qué

es, al atardecer? Tarde. Pues debieron antes, antes de crucificar a Cristo, reconocer al médico. ¿Por qué ya crucificado él, resucitado, ascendido al cielo, después de que envió su Espíritu Santo, con el cual fueron llenos aquellos que estaban en una casa, y comenzaron a hablar en las lenguas de todas las naciones, se asustaron los crucificadores de Cristo: fueron compungidos en su conciencia, pidieron consejo de salvación a los Apóstoles; escucharon, Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, y se os perdonarán vuestros pecados (Hech. II, 38). Después de muerto Cristo, después de derramada la sangre de Cristo, se os perdonarán vuestros pecados. Él quiso morir así, para que con su sangre también redimiera a los derramadores de esa misma sangre. Derramasteis enfurecidos, bebed confesando. Con razón conviértanse al atardecer; y sufran hambre como perros. Los judíos llamaron perros a los gentiles, como inmundos. Pues de ahí también el mismo Señor, cuando una mujer cananea, no judía, clamaba tras él, queriendo convertir su misericordia hacia su hija para que fuera curada; él, previendo todo, sabiendo todo, pero queriendo mostrar su fe, retrasó el beneficio, y la suspendió. ¿Y cómo lo retrasó? No soy, dice, enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel. Israel, ovejas: ¿qué de los gentiles? No es bueno tomar el pan de los hijos y echarlo a los perros. Por lo tanto, llamó perros a los gentiles, por su inmundicia. Pero, ¿qué dijo aquella mujer hambrienta? Esto no lo rechazó: aceptó humildemente el insulto, y mereció el beneficio. Ni siquiera debía llamarse insulto lo que fue dicho por el Señor. Siervo si algo así dice al señor, es insulto: pero si el señor dice algo así al siervo, más bien puede llamarse dignación. Sí, dice, Señor. ¿Qué es, sí? Dices la verdad, dices la verdad; soy un perro. Pero también los perros, dice, comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos. Y enseguida el Señor: Oh mujer, grande es tu fe (Mt. XV, 24-28)! Ya no perro, ahora mujer. ¿Cómo ya mujer quien poco antes era perro? Confesando humildemente, no rechazando lo que fue dicho por el Señor. Por lo tanto, los gentiles perros, y por eso hambrientos. Es bueno también para los judíos, que se reconozcan pecadores; y aunque sea al atardecer, conviértanse; y sufran hambre como perros. Pues estaba mal saciado aquel que decía: Ayuno dos veces a la semana. Pero aquel publicano era perro, sufriendo hambre; y de ahí deseaba el beneficio del Señor, quien decía: Sé propicio a mí, pecador (Lc. XVIII, 12, 13), Conviértanse entonces también ellos al atardecer: y sufran hambre como perros. Deséen la gracia de Dios, entiendan que son pecadores: aquellos fuertes se hagan débiles, aquellos ricos se hagan pobres, aquellos justos reconozcan que son pecadores, aquellos leones se hagan perros. Conviértanse al atardecer; y sufran hambre como perros, y rodearán la ciudad, ¿Qué ciudad? Este mundo, que en algunos lugares la Escritura llama ciudad de la circunferencia (Sal. XXX, 22, LIX, 11, y CVII, 11, según LXX): es decir, porque en todas las naciones alrededor el mundo había rodeado a una nación de judíos, donde se decían tales cosas, y se llamaba ciudad de la circunferencia. Esa ciudad la rodearán aquellos ya hechos perros hambrientos. ¿Cómo la rodearán? Evangelizando. Saulo de lobo se hizo perro al atardecer, es decir, convertido tarde, de las migajas de su señor en su gracia corrió, y rodeó la ciudad.

16. [vers. 8.] He aquí ellos hablarán con su boca, y espada en sus labios. Ya esa espada de doble filo, de la que el Apóstol dice: Y la espada del espíritu, que es la palabra de Dios (Ef. VI, 17). ¿Por qué de doble filo? ¿Por qué, sino porque hiere de ambos Testamentos? Con esta espada eran sacrificados, de quienes se decía a Pedro: Mata y come (Hech. X, 13). Y espada en sus labios: porque ¿quién ha oído? Hablarán con su boca: ¿Quién ha oído? es decir, se indignarán contra los perezosos para la fe. Quienes poco antes tampoco querían creer, sufren fastidio por los que no creen. Y en verdad, hermanos, sucede. Ves a un hombre perezoso antes de ser cristiano; le llamas a diario, apenas se convierte: se convierte, y ya quiere que todos sean cristianos, y se maravilla de que aún no lo sean. Se le olvida que se convirtió al atardecer: pero porque se ha hecho hambriento como un perro, también tiene en sus labios

una espada; dice, ¿Quién ha oído? ¿Qué es, ¿Quién ha oído? ¿Quién ha creído a nuestro anuncio, y a quién se ha revelado el brazo del Señor (Is. LIII, 1)? Porque ¿quién ha oído? No creen los judíos: se convirtieron a los gentiles y anunciaron. Los judíos no creían: y sin embargo, por los judíos creyentes el Evangelio rodeaba la ciudad, y decían, Porque ¿quién ha oído?

17. [vers. 9.] Y tú, Señor, te burlarás de ellos. ¿Quién ha oído? Todas las naciones serán cristianas, y vosotros decís, ¿Quién ha oído? ¿Qué es, te burlarás de ellos? Considerarás a todas las naciones como nada: nada será ante ti; porque será muy fácil que todas las naciones crean en ti.

18. [vers. 10.] Custodiaré mi fortaleza en ti. Porque aquellos fuertes cayeron precisamente porque no guardaron su fortaleza en ti: es decir, aquellos que se levantaron desde lo alto y arremetieron, confiaron en sí mismos. Pero yo guardaré mi fortaleza en ti: porque si me alejo, caigo; si me acerco, me fortalezco. Veán, hermanos, lo que es en el alma humana. No tiene luz por sí misma, no tiene fuerzas por sí misma: todo lo que es hermoso en el alma es virtud y sabiduría; pero ni se saborea a sí misma, ni se vale por sí misma, ni es luz para sí misma, ni es virtud para sí misma. Hay un cierto origen y fuente de virtud, hay una cierta raíz de sabiduría, hay una cierta, por así decirlo, si es que esto se puede decir, región de la verdad inmutable: al alejarse de esta, el alma se oscurece, al acercarse, se ilumina. Acérquense a él, y serán iluminados (Salmo XXXIII, 6); porque al alejarse, se oscurecen. Por tanto, guardaré mi fortaleza en ti: no me alejaré de ti, no confiaré en mí mismo. Guardaré mi fortaleza en ti, porque Dios es mi protector. ¿Dónde estaba y dónde estoy? ¿De dónde me recogiste? ¿Qué iniquidades más perdonaste? ¿Dónde yacía? ¿A dónde he sido levantado? Por tanto, debo recordar esto; lo que se dice en otro salmo. Porque mi padre y mi madre me abandonaron; pero el Señor me recogió (Salmo XXVI, 10). Guardaré mi fortaleza en ti, porque Dios es mi protector.

19. [vers. 11.] Mi Dios, su misericordia me precederá. He aquí lo que significa, Guardaré mi fortaleza en ti: no confiaré en absoluto en mí mismo. ¿Qué bien traje yo para que te apiadaras de mí y me justificaras? ¿Qué encontraste en mí, sino solo pecados? Nada tuyo, salvo la naturaleza que creaste: lo demás, mis males que borraste. No fui yo quien primero se levantó hacia ti, sino tú quien vino a despertarme; pues su misericordia me precederá. Antes de que yo haga algo bueno, su misericordia me precederá. ¿Qué responderá aquí el infeliz Pelagio?

20. [vers. 12-14.] Mi Dios me lo mostró en mis enemigos. ¿Qué dice? Cuánta misericordia mostró hacia mí, me lo demostró en mis enemigos. Dejados, se compara el reunido, y rechazados, el elegido: se compara el vaso de ira con el vaso de misericordia; y ve que de una misma masa Dios hizo un vaso para honra, otro para deshonor. ¿Qué significa, me lo mostró en mis enemigos? Si Dios, queriendo mostrar su ira y demostrar su poder, soportó con mucha paciencia los vasos de ira, preparados para destrucción, ¿y por qué esto? Para dar a conocer las riquezas de su gloria en los vasos de misericordia (Rom. IX, 21-23): sí, por tanto, soportó los vasos de ira, en los cuales daría a conocer las riquezas de su gloria en los vasos de misericordia, se dijo muy acertadamente, Su misericordia me precederá. Mi Dios me lo mostró en mis enemigos: es decir, cuánta misericordia tuvo hacia mí, me lo demostró en aquellos hacia quienes no la tuvo. Porque si no se colgara al deudor, menos agradece aquel a quien se le perdona la deuda. Mi Dios me lo mostró en mis enemigos.

21. ¿Y qué de esos enemigos? No los mates, para que no olviden tu ley. Ruega por sus enemigos, cumple el precepto. ¿Qué significa, No tengas misericordia de todos los que obran

iniquidad; y, No los mates, para que no olviden tu ley? ¿Cómo no tiene misericordia de todos los que obran iniquidad, y cómo no los mata para que no olviden tu ley? Pero aquí habló de sus enemigos. ¿Qué entonces? ¿Sus enemigos obran justicia? Si quienes le son enemigos obran justicia; entonces él obra iniquidad. Pero como él obra justicia, y quien obra justicia, ciertamente sufre iniquidad de sus enemigos; queda que quienes son enemigos del justo, obran iniquidad. Entonces, ¿por qué un poco más arriba, No tengas misericordia de todos los que obran iniquidad; y ahora de sus enemigos, No los mates, para que no olviden tu ley? No tengas misericordia de ellos, para que mates sus pecados: no los mates a ellos, cuyos pecados matas. ¿Qué significa ser matado? Olvidar la ley del Señor. Esa es la verdadera muerte, ir al abismo del pecado: esto también puede entenderse de los judíos. ¿Qué de los judíos, No los mates, para que no olviden tu ley? A estos enemigos míos, a los mismos que me mataron, no los mates tú. Que la nación judía permanezca: ciertamente fue vencida por los romanos, ciertamente su ciudad fue destruida; los judíos no son admitidos en su ciudad, y sin embargo, siguen siendo judíos. Pues todas estas provincias fueron subyugadas por los romanos. ¿Quién ahora reconoce a las naciones en el imperio romano que qué eran, cuando todos se hicieron romanos, y todos se llaman romanos? Sin embargo, los judíos permanecen con una señal; no fueron vencidos de tal manera que fueran absorbidos por los vencedores. No sin razón es Caín aquel a quien, después de haber matado a su hermano, Dios puso una señal en él, para que nadie lo matara (Gén. IV, 15). Esta es la señal que tienen los judíos: mantienen completamente las reliquias de su ley; se circuncidan, observan los sábados, sacrifican la pascua, comen ázimos. Son, por tanto, judíos, no están muertos, son necesarios para los gentiles creyentes. ¿Por qué esto? Para que nos muestre en nuestros enemigos su misericordia. Mi Dios me lo mostró en mis enemigos. En las ramas cortadas por soberbia, injertando el acebuche, muestra su misericordia. He aquí dónde yacen los que eran soberbios, he aquí dónde fuiste injertado tú que yacías: y tú no te ensoberbecas, para que no merezcas ser cortado. Mi Dios, no los mates, para que no olviden tu ley.

22. Dispérsalos con tu poder. Ya se ha hecho: los judíos están dispersos por todas las naciones, testigos de su iniquidad y de nuestra verdad. Ellos tienen los códigos, en los que se profetizó de Cristo, y nosotros tenemos a Cristo. Y si alguna vez algún pagano duda, cuando le decimos las profecías sobre Cristo, cuya evidencia le asombra, y admirado piensa que fueron escritas por nosotros; probamos con los códigos de los judíos que esto fue predicho mucho antes. Vean cómo con nuestros enemigos confundimos a otros enemigos. Dispérsalos con tu poder: quítales su poder, quítales su fortaleza. Y guíalos, mi protector Señor. Los delitos de su boca, el discurso de sus labios: y sean atrapados en su soberbia. Y de la maldición y la mentira se anunciarán los finales, en la ira de la consumación, y no serán. Son oscuras, y temo que no se expliquen bien. Ya están cansados de escuchar: así que si a su Caridad le place, lo que queda lo dejaremos para mañana. El Señor ayudará, para que les paguemos la deuda; porque prometemos más de él que de nosotros.

SERMON II. De la segunda parte del mismo Salmo.

1. El sermón de ayer se prolongó, dejándome deudor para hoy: porque así lo quiso el Señor, ha llegado el momento de pagar. Así como nosotros somos devotos pagadores, así deben ustedes ser ávidos cobradores: esto es, que lo que él da, y nosotros devolvemos (pues él es el Señor, nosotros somos siervos), lo reciban de tal manera que haya fruto en su escucha de su vida. Porque el campo cultivado que no da fruto, y es ingrato al agricultor al traer espinas en lugar de frutos, no busca el granero, sino el fuego. Pero nuestro Señor Dios, así como lo ven visitar esta tierra con lluvias solemnes, así se digna visitar nuestro corazón con su palabra como su campo; y busca fruto de nuestro corazón, porque sabe tanto lo que siembra allí como cuánto llueve. Y porque realmente no somos nada sin él, porque incluso antes de que

fuéramos, no éramos nada, y quien ya es hombre y quiere ser sin él, no será otra cosa que un hombre pecador; y es verdad lo que aquí se ha dicho, Guardaré mi fortaleza en ti, porque lo que sea que podamos, a menos que lo guardemos en él y para él, al alejarnos lo perdemos: nuestra mente debe siempre vigilar para no alejarse de él, sino que si estaba lejos, acercarse más y más; no con el paso de los pies, no con el transporte de vehículos, no con la velocidad de los animales, no con la elevación de las alas, sino con la pureza de los afectos y la probidad de las santas costumbres.

2. [vers. 12-14.] Veamos, pues, qué queda de este salmo. En esto lo dejamos, cuando comenzó a hablar de sus enemigos diciendo a Dios: No los mates, para que no olviden tu ley. Aunque dijo que eran sus enemigos, sin embargo, rogó a Dios que no fueran muertos y olvidaran su ley. No obstante, mantener la ley, es decir, no olvidar la ley, ya es perfección, y casi seguridad del premio, y ninguna preocupación por el castigo. Porque hay quienes mantienen la ley en la memoria, y no la cumplen en la vida: pero quienes la cumplen en la vida, no pueden no mantenerla en la memoria. Por tanto, quien con sus costumbres hace los preceptos de Dios, y de alguna manera viviendo, siempre en su corazón para que no se borre, actúa lo que mantiene, y viviendo se recuerda a sí mismo lo que está escrito en su corazón sobre la ley de Dios, él mismo mantiene fructuosamente la ley de Dios; él mismo no será considerado enemigo. Pues he aquí los enemigos judíos, que parece significar este salmo, mantienen la ley de Dios, y por eso se dijo de ellos, No los mates, para que no olviden tu ley; para que la nación judía permaneciera, y al permanecer, creciera la multitud de cristianos. Ciertamente permanecen por todas las naciones, y son judíos, ni han dejado de ser lo que eran: es decir, esta nación no cedió de tal manera a las leyes de los romanos, que perdiera la forma de los judíos; sino que fue sometida a los romanos de tal manera que también mantiene sus leyes, que son las leyes de Dios. Pero, ¿qué se ha hecho en ellos? Diezman la menta y el comino, y han dejado lo más grave de la Ley, la misericordia y el juicio; colando el mosquito, pero tragando el camello (Mat. XXIII, 23 y 24). Esto les dice el Señor. Y realmente así son; mantienen la Ley, mantienen los Profetas; leen todo, cantan todo: no ven la luz de los Profetas allí, que es Cristo Jesús. No solo no lo ven ahora, cuando está sentado en el cielo: sino que tampoco lo vieron entonces, cuando caminaba humilde entre ellos, y se hicieron culpables derramando su sangre; pero no todos. Esto también lo recomendamos hoy a su Caridad. No todos: porque muchos de ellos se convirtieron a aquel a quien mataron, y creyendo en él, merecieron el perdón incluso de la sangre que derramaron; y dieron ejemplo a los hombres de que no deben desesperar de que se les perdone cualquier pecado, cuando incluso la muerte de Cristo fue perdonada a los confesores. De ahí, pues, se dijo, Porque Dios es mi protector; mi Dios, su misericordia me precederá: esto es, antes de todas mis buenas obras, su misericordia me precederá; y aunque no encuentre nada bueno en mí, él mismo me hace bueno, y él mismo justifica al convertido, y él mismo advierte para que se convierta el que está alejado. Mi Dios, dijo de nuevo, me lo mostró en mis enemigos: es decir, cuánto me ama, y cuánto me concede de su bondad, me lo mostró por comparación con mis enemigos; porque siendo de una misma masa vasos de ira y vasos de misericordia (Rom. IX, 21), por los vasos de ira aprenden los vasos de misericordia cuánto bien les concede Dios. Y luego, No los mates, para que no olviden tu ley: esto se dijo de los judíos. Pero, ¿qué les harás? Dispérsalos con tu poder. Muéstrales que tú eres fuerte, no ellos que confiando en su propia fuerza, no reconocieron tu verdad: no como ellos son fuertes, de quienes se dijo, Irrumpieron sobre mí los fuertes; sino como tú eres fuerte para dispersarlos. Y guíalos, mi protector Señor: es decir, dispérsalos así, para que no los abandones, para que no olviden tu ley; y en eso mismo protégeme, para que de su dispersión tenga testimonio de tu misericordia.

3. Y sigue: Los delitos de su boca, el discurso de sus labios. ¿A qué se une, a qué se conecta esta sentencia? Los delitos, dice, de su boca, el discurso de sus labios. Las siguientes no se conectan de tal manera que nos enseñen a qué se une esta sentencia. Los delitos, dice, de su boca, el discurso de sus labios: y sean atrapados en su soberbia. Y de la maldición y la mentira se anunciarán los finales, en la ira de la consumación, y no serán. Esto es oscuro, y también lo dijimos ayer, y por eso lo pospusimos para sus mentes más frescas. Ahora, pues, ya que aún no están cansados de escuchar, levanten sus corazones para que me ayuden con su atención; no sea que en la oscuridad y la complejidad nuestro discurso no sea suficiente para su atención: y deben aportar algo de ustedes mismos, para que lo que no completamos diciendo, lo completen entendiendo. Así, pues, se ha puesto esta sentencia en medio, que no vemos fácilmente a qué se une: Los delitos de su boca, el discurso de sus labios. Volvamos, pues, a lo anterior. Porque había dicho, No los mates, para que no olviden tu ley, a quienes sin embargo había llamado enemigos; añadió dos versículos, Dispérsalos con tu poder, y guíalos, mi protector Señor: e inmediatamente introdujo, Los delitos de su boca, el discurso de sus labios, es decir, mata eso, no a ellos. No los mates, para que no olviden tu ley: pero hay algo que matar en ellos, para cumplir lo que se dijo arriba, No tengas misericordia de todos los que obran iniquidad. Dispérgelos, pues, y guíalos: es decir, no los abandones, cuando los dispersas; porque no abandonándolos tienes algo que hacer en ellos, cuando no los matas. ¿Qué, pues, matarás? Los delitos de su boca, el discurso de sus labios. ¿Qué matarás en ellos? Crucifícalo, crucifícalo (Juan XIX, 6); lo que clamaron, no quienes clamaron. Porque ellos quisieron borrar, destruir, perder a Cristo: pero tú, resucitando a Cristo a quien quisieron perder, matas los delitos de su boca, el discurso de sus labios. Pues a quien clamaron perder, viven aterrados; y a quien despreciaron en la tierra, lo ven adorado en el cielo por todas las naciones: así se matan los delitos de su boca, y el discurso de sus labios.

4. Y sean atrapados en su soberbia. ¿Qué significa, sean atrapados en su soberbia? Porque en vano irrumpieron los fuertes, y como si les cediera para que pareciera que hicieron algo, y prevalecieron sobre el Señor. Pudieron crucificar al hombre, pudo prevalecer la debilidad, y la virtud ser matada; y se vieron a sí mismos como algo, como fuertes, como poderosos, como prevalecientes, como león preparado para la presa, como toros gordos, como los menciona en otro lugar: Toros gordos me rodearon (Salmo XXI, 13). Pero, ¿qué hicieron en Cristo? No mataron la vida, sino la muerte. Pues extinguida la muerte en el moribundo, y resurgiendo la vida de la muerte en el viviente, pues él mismo se resucitó, porque había en él también lo que no podía morir, ¿qué hicieron? Escuchen lo que hicieron: destruyeron el templo. ¿Qué hizo él? En tres días lo resucitó (Juan II, 19). Por esto, pues, se mataron los delitos de su boca, y el discurso de sus labios. ¿Y qué se ha hecho ya en aquellos que se convirtieron? Y sean atrapados en su soberbia. Porque se les dijo que aquel a quien mataron, resucitó. Creyeron que resucitó, porque lo vieron puesto en el cielo, y envió el Espíritu Santo desde allí, y llenó a aquellos que creyeron en él (Hechos I, 9, y II, 4); y encontraron que no condenaron nada, y no hicieron nada. Su hecho se volvió en vano; el pecado permaneció. Porque, pues, el hecho fue anulado, pero el pecado permaneció sobre los que lo hicieron; fueron atrapados en su soberbia, vieron que estaban bajo su iniquidad. Quedaba, pues, que confesaran el pecado, y él perdonara a los pecadores que le cedieron, y donara su muerte a los muertos, y vivificara a los muertos. Fueron atrapados, pues, en su soberbia.

5. Y de la maldición y la mentira se anunciarán las perfecciones, en la ira de la consumación, y no serán. Y esto es difícil de entender, a qué se refiere con "y no serán". ¿Qué no serán? Veamos entonces el texto anterior: cuando sean atrapados en su soberbia, se anunciarán las perfecciones de la maldición y la mentira. ¿Cuáles son las perfecciones? Las perfecciones: consumarse es perfeccionarse. Es diferente consumarse que consumirse. Se consume lo que

se termina de manera que se perfecciona; se consume lo que se termina de manera que ya no existe. La soberbia no permitía al hombre perfeccionarse; nada impide tanto la perfección. Preste atención, pues, vuestra Caridad un poco a lo que digo; y vean el mal tan molesto, tan de temer. ¿Qué tipo de mal creen que es? ¿Cuánto tiempo debo insistir en lo malo que es la soberbia? El diablo solo por eso será castigado. Ciertamente es el príncipe de todos los pecados, ciertamente es el seductor para pecar: no se le imputa adulterio, ni embriaguez, ni fornicación, ni robo de cosas ajenas; solo por soberbia cayó. Y como la envidia acompaña a la soberbia, no puede ser que el soberbio no envidie: por este vicio, que necesariamente sigue a la soberbia, el caído también envidió al que estaba en pie, y se esforzó por seducir al hombre, para que no se elevara a donde él fue arrojado. Y por eso se esfuerza en persuadir verdaderos pecados, porque tenemos un juez al que no puede presentar falsedades. Pues si nuestra causa se tratara ante un juez humano, al que podría engañar con falsas acusaciones; no se esforzaría mucho en hacernos pecar; porque engañando al juez, podría oprimir a los inocentes, atraer a los engañados hacia él, y hacer que sean condenados con él: pero ahora, porque sabe que tenemos un juez que no puede ser engañado, y porque sabe que siendo justo no puede aceptar personas; quiere llevarle tales culpables que necesariamente deba condenar, porque es justo. Por lo tanto, se esfuerza en que pequemos solo por envidia, que necesariamente acompaña a la soberbia. Este, pues, es el mal de la soberbia, que impide la perfección. Que se jacte, pues, cualquiera de sus riquezas, que se jacte de la belleza y de las fuerzas del cuerpo: todas estas cosas son ciertamente mortales; son de reír aquellos que se jactan de cosas mortales, de las cuales a menudo o son abandonados en vida, o es necesario que las abandonen al morir. Ese es el vicio capital, que cuando alguien ha progresado bien, es tentado por la soberbia, para que pierda todo lo que ha progresado. En definitiva, todos los vicios deben temerse en las malas acciones; la soberbia debe temerse más en las buenas acciones. No es de extrañar, pues, que el Apóstol sea tan humilde, que diga: Cuando soy débil, entonces soy fuerte. Pues para que él mismo no fuera tentado por este vicio, ¿qué remedio dice que le fue puesto contra la hinchazón, por el médico que sabía lo que curaba? Para que no me enaltezca por la grandeza de las revelaciones, me fue dado un aguijón en mi carne, un ángel de Satanás, que me abofetee. Por lo cual tres veces rogué al Señor, que se apartara de mí; y me dijo: Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad (II Cor. XII, 7-10). Veán cuáles son las perfecciones. El Apóstol, doctor de los gentiles, padre de los fieles por el Evangelio, recibió un aguijón en la carne para ser abofeteado. ¿Quién de nosotros se atrevería a decir esto, si él no se avergonzara de confesarlo? Pues si dijéramos que Pablo no sufrió esto; al rendirle honor, lo hacemos mentiroso. Pero como es veraz, y dijo la verdad; es necesario que creamos que le fue dado un ángel de Satanás, para que no se enalteciera por la grandeza de las revelaciones. ¡Miren cuán temible es la serpiente de la soberbia! ¿Qué, pues, les sucedió a estos? Fueron atrapados en su pecado, porque mataron a Cristo, y por la misma magnitud del pecado fueron más humillados, y merecieron ser elevados con mayor humildad: esto es, que sean atrapados en su soberbia. Y de la maldición y la mentira se anunciarán las perfecciones: es decir, serán más perfeccionados, porque fueron atrapados en la maldición y la mentira. La soberbia ciertamente no les permitía perfeccionarse: el crimen quitó la soberbia por su confesión; la indulgencia borró el crimen por la misericordia de Dios, y de la maldición y la mentira se anunciaron las perfecciones: es decir, se le dijo al hombre, Viste lo que eres, sentiste lo que eres, erraste, fuiste cegado, pecaste y caíste, reconociste tu debilidad; suplica al médico, no te creas sano. ¿Dónde está tu frenesí? He aquí que mataste al médico, al que matando no pudiste perder: sin embargo, en cuanto a ti concierne, lo mataste. De la maldición y la mentira se anunciarán las perfecciones. Hiciste lo que correspondía a la maldición, oh judíos: Maldito es todo el que cuelga de un madero (Deut. XXI, 23, y Gal. III, 13). Crucificaste a Cristo; lo consideraste como maldito. Añade a la maldición la mentira: pusiste guardias en el sepulcro; para que mintieran, les diste

dinero (Mat. XXVIII, 12). He aquí que Cristo resucitó: ¿dónde está la maldición de la cruz que hiciste? ¿dónde está la mentira de los guardias que corrompiste?

6. De la maldición y la mentira se anunciarán las perfecciones, en la ira de la consumación, y no serán. ¿Qué significa, en la ira de la consumación se anunciarán las perfecciones? Hay ira de consumación, y hay ira de consumo. Pues toda venganza de Dios se llama ira: pero a veces Dios castiga para perfeccionar; a veces castiga para condenar. ¿Cómo castiga para perfeccionar? Azota a todo hijo que recibe (Hebr. XII, 6). ¿Cómo castiga para condenar? Cuando ponga a los impíos a la izquierda, y les diga: Id al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles (Mat. XXV, 41). Esa es la ira de consumo, no de consumación. Sin embargo, se anunciarán las perfecciones en la ira de la consumación; es decir, se predicará por los Apóstoles que donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia (Rom. V, 20), y la debilidad del hombre contribuyó al remedio de la humillación. Pensando en esto, y encontrando y confesando sus iniquidades, no serán. ¿Qué no serán? En su soberbia. Pues antes había dicho, Que sean atrapados en su soberbia. Y de la maldición y la mentira se anunciarán las perfecciones en la ira de la consumación, y no serán, ciertamente en la soberbia, en la que fueron atrapados.

7. Y sabrán que Dios dominará a Jacob, y a los confines de la tierra. Pues antes se consideraban justos, porque la nación judía había recibido la Ley, porque había guardado los preceptos de Dios: se les demuestra que no los guardaron, ya que en los mismos preceptos de Dios no entendieron a Cristo, porque la ceguera en parte ocurrió en Israel (Id. IX, 25). Y los mismos judíos ven que no deben despreciar a los Gentiles, a quienes consideraban como perros y pecadores: pues así como fueron hallados juntos en la iniquidad; así juntos llegarán a la salvación. No solo de los judíos, dice el Apóstol, sino también de los gentiles (Rom. IX, 24). Pues la piedra que desecharon los edificadores, esta ha venido a ser la cabeza del ángulo (Sal. CXVII, 22), para unir en sí a dos: pues el ángulo une dos paredes. Los judíos se consideraban altos y grandes: los gentiles como débiles, como pecadores, como siervos de los demonios, como adoradores de ídolos; y sin embargo, en ambos había iniquidad. Se demostró que también los judíos eran pecadores; porque no hay quien haga el bien, no hay ni siquiera uno (Rom. III, 12): dejaron la soberbia y no envidiaron la salvación de los gentiles, porque reconocieron su debilidad y la de ellos; y unidos en la piedra angular adoraron juntos al Señor. Y sabrán que Dios dominará a Jacob, y a los confines de la tierra. No solo dominará a los judíos, sino también a los confines de la tierra: lo que no sabrían, si aún estuvieran en su soberbia; pero estarían en su soberbia, si aún se consideraran justos: para que no se consideraran justos, se les anunciaron las perfecciones de la maldición y la mentira en la ira de la consumación; porque fueron atrapados en su soberbia, por la maldición que hicieron, cuando mataron a Cristo. He aquí lo que hizo nuestro Señor Jesucristo. Murió en manos de los judíos, y redimió a la multitud de los gentiles: así fue derramada su sangre, así fue útil; pero fue útil a todos los convertidos; porque también aquellos que lo mataron lo reconocieron, y de él merecieron el perdón de su gran crimen y delito.

8. [vers. 15.] ¿Qué, pues, de ellos? Lo que antes: Se convertirán al atardecer: es decir, aunque tarde, es decir, después de la muerte de nuestro Señor Jesucristo. Se convertirán al atardecer; y tendrán hambre como perros. Pero como perros, no como ovejas, o terneros: como perros, como gentiles, como pecadores; porque también ellos reconocieron su pecado quienes se consideraban justos. De quienes se dijo en otro salmo, Después se apresuraron: esto se dijo aquí, Al atardecer. Pues allí es así: Se multiplicaron sus enfermedades; después se apresuraron (Sal. XV, 4). ¿Por qué se apresuraron después? Porque se multiplicaron sus enfermedades: pues si aún se consideraran sanos, nunca se apresurarían. Lo que allí se dijo, Se multiplicaron sus enfermedades; esto se dijo aquí, Que sean atrapados en su soberbia, y de

la maldición y la mentira se anunciarán las perfecciones en la ira de la consumación. Y lo que allí se dijo, Después se apresuraron; esto se dijo aquí, Y no serán, en su soberbia. Y sabrán que Dios dominará a Jacob, y a los confines de la tierra: y se convertirán al atardecer. Es bueno, pues, que el pecador sea humillado; y nadie es más incurable que aquel que se considera sano. Y rodearán la ciudad. Ya ayer expusimos la ciudad, es decir, la ciudad de las circunstancias, todas las naciones.

9. [vers. 16.] Se dispersarán para comer: es decir, para ganar a otros, para transformar a los creyentes en su cuerpo. Pero si no se sacian, murmurarán. Porque también antes había mencionado su murmullo, diciendo: ¿Quién lo ha oído? Y tú, Señor, dice, te burlarás de ellos, diciendo: ¿Quién lo ha oído? ¿Por qué? Porque tendrás en nada a todas las naciones. Así también aquí: Pero si no se sacian, murmurarán.

10. [vers. 17, 18.] Concluyamos el Salmo. Veán el ángulo exultante, ya gozando de ambos muros (Ephes. II). Los judíos se enorgullecían; fueron humillados: los gentiles desesperaban; fueron levantados. Vengan al ángulo; allí se encuentren, allí concurren, allí encuentren el beso de la paz: vengan de diferentes lugares, pero no vengan en oposición; aquellos de la circuncisión, estos de la incircuncisión. Los muros estaban lejos, pero antes de llegar al ángulo: en el ángulo, sin embargo, manténganse, y toda la Iglesia ya de ambos muros, ¿qué dice? Pero yo cantaré tu poder, y exultaré por la mañana en tu misericordia. Por la mañana, después de pasadas las tentaciones, por la mañana cuando la noche de este siglo haya pasado, por la mañana cuando ya no temamos las emboscadas de los ladrones y del diablo y sus ángeles, por la mañana cuando ya no caminemos a la luz de la lámpara de la profecía, sino que contemplemos la misma Palabra de Dios como el sol. Y exultaré por la mañana en tu misericordia. Con razón en otro salmo se dice: Por la mañana estaré ante ti, y contemplaré (Sal. V, 5). Con razón también la resurrección del Señor fue al amanecer, para que se cumpliera lo que se dijo en otro salmo: Por la tarde permanecerá el llanto, y en la mañana la exultación (Sal. XXIX, 6). Pues al atardecer los discípulos lloraron al Señor nuestro Jesucristo muerto; al amanecer exultaron al resucitado. Exultaré por la mañana en tu misericordia.

11. Porque has sido mi protector, y mi refugio en el día de mi tribulación. Mi ayudador, a ti cantaré, porque tú, Dios, eres mi protector. ¿Qué era yo, si no me socorrieras? ¿Cuán desesperado estaba, si no me curaras? ¿Dónde yacía, si no vinieras? Ciertamente estaba en peligro por una gran herida, pero esa herida mía requería un médico omnipotente. Para el médico omnipotente nada es incurable; no renuncia a nadie: es necesario que tú quieras ser curado, es necesario que no rechaces su mano. Pero incluso si no quieres ser curado, tu herida te advierte que debes ser curado: y al que está alejado lo llama de nuevo, y al que huye lo obliga de alguna manera a regresar, y lo atrae. En todo cumple lo que se dijo: Su misericordia me precederá. Consideren lo que se dijo, me precederá. Si trajiste algo tuyo primero, y por algún bien tuyo primero mereciste la misericordia de Dios, no te precedió. Pero cuando entiendes que fuiste precedido, entiendes lo que dice el Apóstol: ¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido? (I Cor. IV, 7). Esto es, Su misericordia me precederá. Finalmente, considerando todos los bienes que podemos tener, ya sea en la naturaleza, ya sea en la institución, ya sea en la misma conversación, en la fe, en la esperanza, en la caridad, en las buenas costumbres, en la justicia, en el temor de Dios, todo no es sino de sus dones, así concluyó: Mi Dios, mi misericordia. No encontré, lleno de los bienes de Dios, cómo llamar a su Dios, sino su misericordia. Oh nombre, bajo el cual nadie debe desesperar. Mi Dios, dice, mi misericordia. ¿Qué es, mi misericordia? Si dices, Mi salvación, entiendo que da salvación; si dices, Mi refugio, entiendo que te refugias en él; si dices, Mi fortaleza, entiendo que te da fortaleza: Mi

misericordia, ¿qué es? Todo lo que soy, es por tu misericordia. Pero te merecí, invocándote. ¿Qué hice para ser, para ser quien te invocara, qué hice? Pues si hice algo para ser, ya era antes de ser. Pero si en absoluto no era antes de ser, nada te merecí para ser. Hiciste que fuera, y ¿no hiciste tú que fuera bueno? Me diste que fuera, y ¿pudo otro darme que fuera bueno? Si tú me diste que fuera, y otro me dio que fuera bueno; es mejor aquel que me dio que fuera bueno, que aquel que me dio que fuera. Pero porque nadie es mejor que tú, nadie más poderoso que tú, nadie más generoso que tú en misericordia; de quien recibí que fuera, de él recibí que fuera bueno. Mi Dios, mi misericordia.

EN EL SALMO LIX COMENTARIO. SERMON AL PUEBLO.

1. [vers. 1, 2.] El título de este salmo es algo extenso; pero no nos asuste, porque el Salmo es breve. Así que escuchemos como si hubiéramos oído un Salmo algo más extenso: ya que hablamos en la Iglesia de Dios, alimentando y alimentados en el nombre de Cristo, y no ajenos al sabor de estas Escrituras de las que el mundo está alejado, no deben ser siempre como nuevas para ustedes. Pues si lo que han oído muchas veces lo han rumiado con deleite en la boca de la mente, y no lo han sepultado en el olvido como en el vientre; esa misma memoria y recuerdo puede ayudarnos mucho, para que no hablemos mucho para aclarar como a novatos lo que ya sabemos que conocen. Ciertamente recordamos que han oído a menudo lo que decimos: es difícil encontrar en los Salmos voces que no sean de Cristo y de la Iglesia, o solo de Cristo, o solo de la Iglesia, de la cual ciertamente somos parte. Por lo tanto, cuando reconocemos nuestras voces, no podemos reconocerlas sin afecto: y tanto más nos deleitamos, cuando sentimos que somos de allí. David fue un solo hombre rey, pero no figuró a un solo hombre: cuando figuró a la Iglesia compuesta de muchos, extendida hasta los confines de la tierra; cuando figuró a un solo hombre, figuró a aquel que es mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús (I Tim. II, 5). En este salmo, o más bien en el título de este salmo, se dicen algunas cosas victoriosas de David, que hizo valientemente derrotando a ciertos enemigos, y haciéndolos tributarios; cuando después de la muerte de Saúl, su perseguidor, recibió su reino manifiesto en Israel. Pues incluso antes de sufrir persecución, era rey, pero solo conocido por Dios. Después, pues, ya con el reino manifiesto, y recibido evidentemente y eminentemente, derrotó a aquellos que se mencionan en este título; y el título del Salmo está marcado así: Al final, por aquellos que serán transformados en la inscripción del título a David mismo en doctrina, cuando incendió Mesopotamia de Siria, y Siria Sobal, y convirtió a Joab, y golpeó a Edom, en el valle de las Salinas doce mil. Leemos esto en los libros de los Reyes, que todos estos que mencionamos, fueron derrotados por David, es decir, Mesopotamia de Siria, y Siria Sobal, Joab, Edom (II Reg. VIII). Estas cosas sucedieron, y como sucedieron así están escritas allí, así se leen: que lea quien quiera. Sin embargo, como el espíritu profético suele alejarse un poco en los títulos de los Salmos de la expresión de los hechos, y decir algo que no se encuentra en la historia, y de aquí más bien advertirnos, no para conocer los hechos, sino para prefigurar lo futuro; como se dijo que cambió su rostro ante Abimelec, y lo dejó, y se fue (Sal. XXXIII, 1), cuando la escritura de los Reyes indica que no lo hizo ante Abimelec, sino ante Aquis rey (I Reg. XXI, 13): así también en este título encontramos algo, que nos advierte de algo. Pues en esa narración de guerras y hechos valientes del rey David, donde todos estos que mencionamos fueron derrotados, no leemos que incendiara algo. Aquí, sin embargo, se ha puesto principalmente esto, que no está escrito allí, porque incendió Mesopotamia de Siria, y Siria Sobal. Comencemos, pues, a discutir estas cosas según las significaciones de los futuros, y a traer la opacidad de las sombras a la luz de la palabra.

2. Al final, sabéis qué es: Porque el fin de la Ley es Cristo (Rom. X, 4). Sabéis quiénes son los que se transforman. ¿Quiénes, sino aquellos que pasan de la vida antigua a la nueva? No se entienda aquí una transformación que deba ser censurada. No como Adán, que fue transformado de la justicia a la iniquidad, y de las delicias al trabajo; sino como aquellos a quienes se les dijo: Porque en otro tiempo erais tinieblas, pero ahora sois luz en el Señor (Efes. V, 8). Estos se transforman en la inscripción del título. Conocéis la inscripción del título. El título fue fijado sobre la cruz del Señor, escrito: Este es el rey de los judíos (Mat. XXVII, 37): se transforman en la inscripción de este título quienes pasan al reino de Cristo desde el reino del diablo. Bien se transforman en la inscripción de este título. Se transforman, como sigue, en doctrina. Pues cuando dijo, Por aquellos que se transformarán en la inscripción del título; añadió, ellos de David en doctrina: es decir, se transforman no para sí mismos, sino para David, y se transforman en doctrina. Porque Cristo no es rey como si fuera a reinar en este mundo; ya que dijo claramente: Mi reino no es de este mundo (Juan XVIII, 36). Por tanto, pasemos a su doctrina, si queremos ser transformados en la inscripción del título, no para nosotros, sino para David; para que los que viven, ya no vivan para sí mismos, sino para aquel que murió y resucitó por ellos (II Cor. V, 15). ¿Cuándo, pues, nos transformaría Cristo, si no hubiera hecho lo que dijo: Fuego vine a traer a la tierra (Luc. XII, 49)? Si, pues, Cristo vino a traer fuego al mundo, ciertamente de manera saludable y útil; no como quien va a enviar el mundo al fuego. ¿Pero cómo fuego al mundo? Porque vino a traer fuego al mundo, busquemos ya qué es Mesopotamia que fue incendiada, qué es Siria Sobal. Preguntemos, pues, las interpretaciones de los nombres según el lenguaje hebreo, en el que primero habló esta Escritura. Dicen que Mesopotamia se interpreta como Llamada elevada. Ya todo el mundo ha sido elevado por la llamada. Siria se interpreta como Sublime. Pero aquella que era sublime, fue incendiada y humillada: y así como fue humillada la que había sido exaltada, así sea exaltada la que había sido humillada. Sobal se interpreta como Vanidad antigua. Gracias a Cristo que la incendió. Cuando se incendian los viejos matorrales, brotan los verdes; y nacen más alegremente, más abundantemente y más verde, cuando el fuego ha precedido en la quema de lo antiguo. No se tema, pues, el fuego de Cristo; consume la hierba. Porque toda carne es hierba, y toda la gloria del hombre como flor de hierba (Isai. XL, 6). Así que incendió estas cosas con aquel fuego. Y Joab se convirtió. Joab se interpreta como Enemigo. El enemigo se convirtió: entiende lo que quieras. Si se convirtió en fuga, es el diablo; si se convirtió a la fe, es cristiano. ¿Cómo en fuga? Del corazón del cristiano: El príncipe de este mundo, dice, ahora ha sido echado fuera (Juan XII, 31). Pero convertido al Señor, el cristiano, ¿por qué el enemigo convertido? Porque se hizo fiel, quien había sido enemigo. Golpeó a Edom. Edom se interpreta como Terrenal. Debía ser golpeado este terrenal. ¿Por qué habría de vivir el terrenal, quien debe vivir celestialmente? Así que fue muerta la vida terrenal; viva la celestial. Porque así como llevamos la imagen del terrenal, llevemos también la imagen de aquel que es del cielo (I Cor. XV, 49). Mira cómo es muerto: Mortificad, pues, vuestros miembros que están sobre la tierra (Colos. III, 5). Y cuando golpeó a Edom, golpeó a doce mil en el valle de la Sal. Doce mil es un número perfecto, al cual también se asigna el número de los doce Apóstoles: no en vano, sino porque la palabra debía ser enviada por todo el mundo. La palabra de Dios, que es Cristo, en las nubes, es decir, en los predicadores de la verdad. El mundo, sin embargo, consta de cuatro partes. Sus cuatro partes son conocidas por todos, y a menudo mencionadas en las Escrituras: que también se llaman los cuatro vientos (Ezequiel XXXVII, 9), oriente, occidente, aquilón y mediodía. A todas estas cuatro partes fue enviada la palabra, para que en la Trinidad todos fueran llamados. El número doce veces cuatro hace cuarenta y ocho. Con razón, pues, fueron golpeados doce mil terrenales; todo el mundo fue golpeado: porque de todo el mundo fue elegida la Iglesia, mortificada de la vida terrenal. ¿Por qué, en el valle de la Sal? El valle es humildad: las salinas significan sabor. Porque muchos se humillan, pero vanamente y

neciamente: se humillan en la vanidad antigua. Alguien sufre tribulación por dinero, sufre tribulación por honor temporal, sufre tribulación por las comodidades de esta vida; sufrirá tribulación, y será humillado: ¿por qué no por Dios? ¿por qué no por Cristo? ¿por qué no por el sabor de la sal? ¿O no sabes que se te ha dicho, Vosotros sois la sal de la tierra; y, Si la sal se desvaneciere, para nada más vale, sino para ser echada fuera (Mat. V, 13)? Es bueno, pues, humillarse sabiamente. Mira ahora, ¿no se humillan los herejes? ¿No se han dado leyes contra ellos incluso por los hombres, contra quienes reinan las divinas, que ya antes los habían condenado? Mira, se humillan, mira, son perseguidos, mira, sufren persecución, pero sin sabor; por necesidad, por vanidad. Ya la sal se ha desvanecido: por eso ha sido echada fuera, para ser pisoteada por los hombres. Hemos escuchado el título del Salmo; escuchemos también las palabras del Salmo.

3. [vers. 3.] Dios nos has rechazado, y nos has destruido. ¿Acaso habla aquel David, que golpeó, que incendió, que venció; y no aquellos a quienes hizo estas cosas, para que fueran golpeados y rechazados los que eran malos, y nuevamente vivificados y regresaran para ser buenos? Esta destrucción la hizo aquel David, nuestro Cristo fuerte en mano, de quien aquel hombre era figura; hizo estas cosas, dio esta destrucción con su espada y su fuego: pues trajo ambos a este mundo. Y, Fuego vine a traer al mundo (Luc. XII, 49), tienes en el Evangelio y, Espada vine a traer a la tierra (Mat. X, 34), tienes en el Evangelio. Trajo fuego para que Mesopotamia de Siria fuera incendiada, y Siria Sobal; trajo espada para que Edom fuera golpeado. Ya, pues, esta destrucción se ha hecho por aquellos que se transforman en la inscripción del título de David. Escuchemos, pues, su voz: han sido saludablemente golpeados, que hablen erguido. Digan, pues, transformados en mejor, transformados en la inscripción del título, transformados en doctrina de David; digan: Dios nos has rechazado, y nos has destruido: te has enojado, y te has compadecido de nosotros. Nos has destruido, para edificarnos; nos has destruido mal edificadas, has destruido la vanidad antigua, para que haya edificación en el hombre nuevo, edificación que permanecerá eternamente. Con razón te has enojado, y te has compadecido de nosotros. No te compadecerías, si no te enojaras. Nos has destruido en tu ira; pero tu ira fue contra nuestra antigüedad, para que la antigüedad fuera destruida. Pero te has compadecido de nosotros por la novedad, por aquellos que se transforman en la inscripción del título: porque aunque nuestro hombre exterior se corrompe, el interior se renueva de día en día (II Cor. IV, 16).

4. [vers. 4.] Has sacudido la tierra, y la has turbado. ¿Cómo fue turbada la tierra? La conciencia de los pecados. ¿A dónde vamos? ¿a dónde huimos, cuando fue blandida aquella espada: Haced penitencia; porque el reino de los cielos se ha acercado (Mat. III, 2)? Has sacudido la tierra, y la has turbado. Sana sus fracturas, porque se ha movido. No es digna de ser sanada, si no se ha movido: pero hablas, predicas, amenazas de parte de Dios, no callas el juicio venidero, adviertes el precepto de Dios, no cesas de estas cosas; y quien escucha, si no teme, si no se mueve, no es digno de ser sanado. Otro escucha; se mueve, se estimula, golpea su pecho, derrama lágrimas: Sana sus fracturas, porque se ha movido.

5. [vers. 5.] Después de esto, golpeado lo terrenal, incendiada la antigüedad, transformado el hombre en mejor, hecha la luz para aquellos que fueron tinieblas, sigue lo que está escrito en otro lugar: Hijo, al acercarte al servicio de Dios, mantente en justicia y temor, y prepara tu alma para la tentación (Ecli. II, 1). El primer trabajo es que te desagrades a ti mismo, que combates los pecados, que te transformes en mejor: el segundo trabajo, por haberte transformado, es soportar las tribulaciones y tentaciones de este siglo, y perseverar entre ellas hasta el fin. De estas cosas, pues, cuando hablaba, significándolas, ¿qué añade? Mostraste a tu pueblo cosas duras: ya a tu pueblo, hecho tributario después de la victoria de David. Mostraste a tu pueblo cosas duras. ¿En qué? En las persecuciones que sufrió la Iglesia de

Cristo, cuando tanta sangre de mártires fue derramada. Mostraste a tu pueblo cosas duras: nos diste a beber vino de aturdimiento. ¿Qué es, de aturdimiento? No de perdición. No era una perdición que destruyera, sino una medicina que quemaba. Nos diste a beber vino de aturdimiento.

6. [vers. 6.] ¿Por qué esto? Distes a los que te temen una señal, para que huyan de la cara del arco. Por las tribulaciones temporales, significaste a los tuyos huir de la ira del fuego eterno. Dice el apóstol Pedro: Es tiempo de que el juicio comience por la casa de Dios. Y exhortando a los mártires a la tolerancia, cuando el mundo se ensañaba, cuando los perseguidores hacían destrucción, cuando por todas partes se derramaba la sangre de los fieles, cuando en cadenas, en cárceles, en tormentos, los cristianos sufrían muchas cosas duras; para que no desfallecieran en estas cosas duras, Pedro los alienta: Es tiempo de que el juicio comience por la casa de Dios; y si el comienzo es por nosotros, ¿cuál será el fin de aquellos que no creen en el Evangelio de Dios? y si el justo con dificultad se salva, el pecador y el impío, ¿dónde aparecerán? (I Pedro IV, 17, 18). ¿Qué, pues, sucederá en el juicio? El arco está extendido; aún está en amenaza, no en presentación. Y vean qué es en el arco. ¿No es cierto que la flecha debe ser lanzada hacia adelante? Sin embargo, la cuerda se tensa hacia atrás en dirección contraria a donde debe ser lanzada; y cuanto más se extiende hacia atrás, con mayor ímpetu corre hacia adelante. ¿Qué es lo que dije? Cuanto más se difiere el juicio, con mayor ímpetu vendrá. Por tanto, también de las tribulaciones temporales demos gracias a Dios, porque dio a su pueblo una señal, para que huyan de la cara del arco: para que sus fieles ejercitados en tribulaciones temporales, sean dignos de escapar de la condenación del fuego eterno, que encontrará a todos los que no creen estas cosas. Distes a los que te temen una señal, para que huyan de la cara del arco.

7. [vers. 7.] Para que sean liberados tus amados. Sálvame con tu diestra, y escúchame. Con tu diestra, Señor, sálvame: sálvame de tal manera que esté a la derecha. Sálvame con tu diestra: no pido salvación temporal; de esta hágase tu voluntad. No sabemos en absoluto qué nos conviene en este tiempo; porque no sabemos qué hemos de pedir como conviene (Rom. VIII, 26): pero sálvame con tu diestra, para que aunque en este tiempo sufra algunas tribulaciones, después de la noche de todas las tribulaciones me encuentre a la derecha entre las ovejas, no a la izquierda entre los cabritos. Sálvame con tu diestra, y escúchame. Porque ya pido lo que quieres dar; no clamo con las palabras de mis delitos durante el día, para que no me escuches, y de noche, para que no me escuches, y no para mi insensatez (Sal. XXI, 2, 3); sino ciertamente para la advertencia, añadiendo sabor del valle de las salinas, para que en la tribulación sepa qué pedir: pido, pues, la vida eterna, por tanto escúchame, porque pido tu diestra. Entienda, pues, vuestra Caridad que todo fiel que tiene en su corazón la palabra de Dios, temiendo con temor el juicio futuro, viviendo de manera que no se blasfeme el santo nombre de su Señor, pide muchas cosas según el siglo, y no es escuchado; pero para la vida eterna siempre es escuchado. ¿Quién no pide salud cuando está enfermo? Y sin embargo, tal vez aún le conviene estar enfermo. Puede ser que aquí no seas escuchado: no obstante, no eres escuchado para tu voluntad, para que seas escuchado para tu utilidad. Pero cuando pides aquello, que Dios te dé la vida eterna, que Dios te dé el reino de los cielos, que Dios te dé estar a la derecha de su Hijo, cuando venga a juzgar la tierra; ten seguridad; recibirás, si ahora no recibes: porque aún no ha llegado el tiempo de recibir. Eres escuchado, y no lo sabes: lo que pides se está haciendo, aunque no sabes en qué se está haciendo. La cosa está en la raíz, aún no en el fruto. Sálvame con tu diestra, y escúchame.

8. [vers. 8.] Dios ha hablado en su santo. ¿Qué temes que no se haga lo que Dios ha hablado? Si tuvieras algún amigo grave y sabio, ¿cómo dirías? Él ha hablado estas cosas, es necesario que se haga lo que ha hablado: es un hombre grave, no usa la ligereza, no se mueve

fácilmente de su sentencia, lo que prometió es firme. Pero sin embargo, es un hombre, que a veces quiere hacer lo que prometió, y no puede. De Dios no hay por qué temer: porque es veraz, es constante; porque es omnipotente, es constante; no puede engañarte, tiene de dónde hacer. ¿Qué, pues, temes que te engañes? Es necesario que tú no te engañes, y perseveres hasta el fin, cuando dará lo que prometió. Dios ha hablado en su santo. ¿En qué santo suyo? Dios estaba en Cristo, reconciliando al mundo consigo (II Cor. V, 19). En aquel santo, de quien habéis oído en otro lugar: Dios en el santo es tu camino (Sal. LXXVI, 14). Dios ha hablado en su santo. Me alegraré, y dividiré Siquem. Porque Dios ha hablado esto, se hará: es la voz de la Iglesia, Dios ha hablado en su santo. No dice las palabras que Dios ha hablado; pero porque Dios ha hablado en su santo, y no puede hacerse nada, sino como Dios ha hablado, consecuentemente estas cosas suceden: Me alegraré, y dividiré Siquem, y mediré el valle de las tiendas. Siquem se interpreta como Hombros. Según la historia, Jacob regresando de Labán su suegro con todos los suyos, escondió los ídolos en Siquem que tenía de Siria, donde había peregrinado mucho tiempo, finalmente venía de allí (Gen. XXXV, 4). Y allí hizo tiendas para sus ovejas y ganados, y llamó a aquel lugar Tiendas (Gen. XXXIII, 17). Y esto dividiré, dice la Iglesia. ¿Qué es esto, dividiré Siquem? Si se refiere a la historia donde se escondieron los ídolos, significa las Naciones. Divido las Naciones. ¿Qué es, divido? No es de todos la fe (II Tes. III, 2). ¿Qué es divido? Unos creerán, otros no creerán: pero no teman los que creen, entre aquellos que no creen. Ya están divididos en fe; después serán divididos en el juicio, ovejas a la derecha, cabritos a la izquierda (Mat. XXV, 33). Aquí encontramos cómo la Iglesia divide Siquem. ¿Cómo divide los hombros, según la interpretación del nombre? Se dividen los hombros, para que a unos los agobien sus pecados, otros lleven la carga de Cristo. Buscaba hombros piadosos, cuando decía: Porque mi yugo es fácil, y mi carga ligera (Mat. XI, 30). Otra carga oprime y te agobia; pero la carga de Cristo te eleva: otra carga tiene peso; la carga de Cristo tiene alas. Pues si a un ave le quitas las alas, como si le quitas un peso; y cuanto más le quitas el peso, tanto más permanecerá en la tierra. La que quisiste aliviar, yace: no vuela, porque le quitaste el peso; que vuelva el peso, y volará. Tal es la carga de Cristo. Llévela los hombres; no sean perezosos: no se fijen en aquellos que no quieren llevarla; llévela los que quieren, y encontrarán cuán ligera es, cuán suave, cuán agradable, cuán arrebatadora hacia el cielo y liberadora de la tierra. Dividiré Siquem, y mediré el valle de las tiendas. Tal vez por las ovejas de Jacob, el valle de las tiendas se entiende como la gente de los judíos, y también esta se divide: pues pasaron de allí los que creyeron; los demás quedaron fuera.

9. [vers. 9.] Mi Galaad es. Estos son nombres leídos en las Escrituras de Dios. Galaad tiene una voz de interpretación y de gran sacramento: pues se interpreta como Montón de testimonio. ¿Cuán grande es el montón de testimonio en los mártires? Mi Galaad es: mi montón de testimonio es, míos son los verdaderos Mártires. Que otros mueran por su antigua vanidad sin sal; ¿acaso pertenecen al montón de testimonio? Porque si entregara mi cuerpo para ser quemado, pero no tengo caridad, de nada me sirve (I Cor. XIII, 3). Cuando en cierto lugar el Señor advertía sobre mantener la paz, precedió con la sal: Tened, dijo, sal en vosotros, y tened paz entre vosotros (Marcos IX, 49). Por tanto, Mi Galaad es: pero Galaad, es decir, el montón de testimonio, se hizo evidente en gran tribulación. Entonces la Iglesia era ignominiosa entre los hombres, entonces se le reprochaba a esa viuda porque era de Cristo, porque llevaba la señal de la cruz en la frente: aún no era honor; entonces era un crimen. Cuando, por tanto, no era honor, sino crimen, entonces se hizo el montón de testimonio; y por el montón de testimonio se extendió la caridad de Cristo; y por la extensión de la caridad de Cristo las naciones fueron ocupadas. Sigue, Y mío es Manasés: que se interpreta como Olvidado. A este se le había dicho: Olvidarás la confusión para siempre, y no recordarás la

ignominia de tu viudez (Isaías LIV, 4). Por tanto, hubo alguna vez confusión de la Iglesia, que ahora ha olvidado: ya no recuerda la confusión y la ignominia de su viudez. Pues cuando había cierta confusión entre los hombres, se hizo el montón de testimonio. Ahora ya nadie recuerda esa confusión, cuando era ignominia ser cristiano; ya nadie recuerda, ya todos han olvidado, ya mío es Manasés. Y Efraín es la fortaleza de mi cabeza. Efraín se interpreta como Fructificación. Mía, dice, es la fructificación, y esta fructificación es la fortaleza de mi cabeza. Pues mi cabeza es Cristo. ¿Y cómo es la fructificación su fortaleza? Porque si el grano no cae en tierra, no se multiplica, permanece solo. Cristo cayó, pues, en tierra en la pasión, y siguió la fructificación en la resurrección. Y Efraín es la fortaleza de mi cabeza. Colgaba y era despreciado: el grano estaba dentro, tenía fuerzas para atraer tras de sí todo (Juan XII, 24, 32). Así como en el grano los números de las semillas están ocultos; algo despreciable aparece a los ojos, pero la fuerza que convierte en sí la materia y produce fruto está oculta: así en la cruz de Cristo estaba oculta la virtud; aparecía la debilidad. ¡Oh gran grano! Ciertamente es débil el que cuelga, ciertamente ante él la multitud agitaba la cabeza, ciertamente decían: Si es Hijo de Dios, descienda de la cruz (Mateo XXVII, 40). Escucha su fortaleza: Lo que es débil de Dios, es más fuerte que los hombres (I Cor. I, 25). Con razón siguió tan gran fructificación: esta es mía, dice la Iglesia.

10. [vers. 10.] Judá es mi rey: Moab es la olla de mi esperanza. Judá es mi rey: ¿quién es Judá? El que es de la tribu de Judá. ¿Quién es Judá, sino aquel a quien Jacob mismo dijo: Judá, te alabarán tus hermanos (Gén. XLIX, 8)? Judá es mi rey. ¿Qué temeré, entonces, cuando Judá mi rey dice: No temáis a los que matan el cuerpo (Mateo X, 28)? Judá es mi rey: Moab es la olla de mi esperanza. ¿Por qué, olla? Porque es tribulación. ¿Por qué, de mi esperanza? Porque Judá mi rey ha precedido. ¿Por dónde ha precedido, qué temes seguir? ¿Por dónde ha precedido? Por tribulaciones, por angustias, por oprobios. El camino estaba cerrado, pero antes de que pasara: después de que pasó, síguelo; ya el camino está abierto por su paso. Soy singular, dice, pero hasta que pase (Sal. CXL, 10): grano singular, pero hasta que pase; cuando haya pasado, seguirá la fructificación. Judá es mi rey. Por tanto, porque Judá es mi rey: Moab es la olla de mi esperanza. Moab se entiende entre las naciones. Pues esta nación nació del pecado, nació de las hijas de Lot que se acostaron con su padre embriagado, usando mal al padre (Gén. XIX, 31-38). Era mejor que permanecieran estériles, que convertirse en madres de esa manera. Pero era una figura de aquellos que usan mal la ley. No os fijéis en que la ley en latín es de género femenino; en griego es de género masculino: pero ya sea de género femenino al hablar, o masculino, el lenguaje no prescribe la verdad. Pues la ley tiene más bien una fuerza masculina, porque gobierna, no es gobernada. Además, ¿qué dice el apóstol Pablo? La ley es buena, si uno la usa legítimamente (I Tim. I, 8). Pero las hijas de Lot no usaron legítimamente al padre. Así como nacen buenas obras cuando uno usa bien la ley: así nacen malas obras cuando uno usa mal la ley. Por tanto, usando mal al padre, es decir, usando mal la ley, generaron a los moabitas; por los cuales se significan las malas obras. De ahí la tribulación de la Iglesia, de ahí la olla hirviente. De esta olla se dice en un lugar de la profecía: Olla encendida desde el norte (Jer. I, 13). ¿De dónde sino de las partes del diablo que dijo: Pondré mi trono en el norte (Isaías XIV, 13)? Por tanto, las mayores tribulaciones no surgen contra la Iglesia, sino de aquellos que usan mal la ley. ¿Qué, entonces? ¿La Iglesia va a fallar por esto, y debido a la olla, es decir, la abundancia de escándalos, no perseverará hasta el fin? ¿No le predijo esto Judá su rey? ¿No le dijo: Porque abundará la iniquidad, se enfriará la caridad de muchos (Mateo XXIV, 12)? Con la olla hirviendo, la caridad se enfría. ¿Por qué no más bien, oh caridad, y tú hierve contra la olla? ¿O ignoras que se te ha dicho, cuando tu rey hablaba de esa abundancia de escándalos: El que persevere hasta el fin, este será salvo? Persevera, pues, hasta el fin contra la olla de escándalos. Arde la olla de iniquidad, pero mayor es la llama de la caridad. No te dejes

vencer; persevera hasta el fin. ¿Qué temes a los moabitas, las malas obras de aquellos que usan mal la ley? ¿Qué, acaso tu rey Judá que precedió, no soportó tales cosas? ¿No sabes que los judíos, usando mal la ley, mataron a Cristo? Por tanto, espera, y sigue por donde precedió tu rey. Di, Judá es mi rey. Y por eso, porque Judá es mi rey, ¿qué se ha hecho Moab? La olla de mi esperanza, no de mi consumición. Ve en las tribulaciones la olla de esperanza; escucha al Apóstol: Pero también nos gloriamos, dice, en las tribulaciones. Ya es olla; pero ve a este, si explica la olla de esperanza. Sabiendo que la tribulación produce paciencia, la paciencia prueba, la prueba esperanza. Si la tribulación produce paciencia, la paciencia prueba, la prueba esperanza, la tribulación es la olla que produce esperanza; con razón Moab es la olla de mi esperanza. Y la esperanza no confunde. ¿Y qué? ¿Hierves contra la olla? Sí, ciertamente, porque la caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones, por el Espíritu Santo que nos ha sido dado (Rom. V, 3-5).

11. Extenderé mi calzado sobre Idumea. Habla la Iglesia: Llegaré hasta Idumea. Que las tribulaciones se enfurezcan, que el mundo hierva con escándalos, extenderé mi calzado hasta Idumea; hasta aquellos mismos que llevan una vida terrenal (pues Idumea se interpreta como Terrena); hasta ellos, extenderé mi calzado hasta Idumea. ¿De qué calzado, sino del Evangelio? ¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian la paz, de los que anuncian cosas buenas (Rom. X, 15)! y, Calzados los pies con la preparación del Evangelio de la paz (Efes. VI, 15). Ciertamente, porque la tribulación produce paciencia, la paciencia prueba, la prueba esperanza, la olla no me consumirá: Porque la caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones, por el Espíritu Santo que nos ha sido dado. No dejemos de predicar el Evangelio, no dejemos de anunciar al Señor. Extenderé mi calzado hasta Idumea. ¿No sirven también los terrenales? Aunque estén atados por deseos terrenales, sin embargo, adoran a Cristo. Hoy vemos, hermanos, cuántos terrenales cometen fraudes por lucro, perjuros por fraudes; por temores, consultan a sortilegos, a matemáticos: todos estos son idumeos, terrenales; y sin embargo, todos estos adoran a Cristo, están bajo su calzado; ya ha extendido su calzado hasta Idumea. A mí me están sujetos los alógenos. ¿Quiénes son los alógenos? Extranjeros, que no pertenecen a mi linaje. Están sujetos, porque muchos adoran a Cristo, y no van a reinar con Cristo. A mí me están sujetos los alógenos.

12. [vers. 11.] ¿Quién me llevará a la ciudad de la circunferencia? ¿Cuál es la ciudad de la circunferencia? Si recordáis, ya la mencioné en otro salmo, donde se dijo: Y rodearán la ciudad. Pues la ciudad de la circunferencia es la multitud de las naciones; esa multitud de las naciones tenía en medio a una sola nación de judíos, que adoraba a un solo Dios: el resto de la multitud de las naciones adoraba ídolos, servía a demonios. Y mística fue llamada ciudad de la circunferencia; porque las naciones se habían derramado por todas partes, y rodeaban a aquella que adoraba a un solo Dios. ¿Quién me llevará a la ciudad de la circunferencia? ¿Quién, sino Dios? Esto quiere decir, cómo me llevará por esas nubes, de las que se dijo: La voz de tu trueno en la rueda (Sal. LXXVI, 19). Esa rueda es la ciudad de la circunferencia, que se llamó rueda, es decir, el orbe de la tierra. ¿Quién me llevará a la ciudad de la circunferencia? ¿Quién me llevará hasta Idumea? es decir, para que reine incluso sobre los terrenales, para que me veneren incluso los que no son de mí, los que no quieren progresar de mí.

13. [vers. 12.] ¿Quién me llevará hasta Idumea? ¿No eres tú, Dios, que nos rechazaste? y no saldrás, Dios, con nuestras fuerzas. ¿No eres tú quien nos llevará, que nos rechazaste? Pero, ¿por qué nos rechazaste? Porque nos destruiste. ¿Por qué nos destruiste? Porque te enojaste, y te compadeciste de nosotros. Tú, pues, nos llevarás, que nos rechazaste, que no saldrás, Dios, con nuestras fuerzas, tú nos llevarás. ¿Qué significa, no saldrás con nuestras fuerzas? El mundo se enfurecerá, nos pisoteará el mundo, habrá un montón de testimonio con la sangre

derramada de los mártires, y los paganos furiosos dirán: ¿Dónde está su Dios? (Sal. LXXVIII, 10). Entonces no saldrás, Dios, con nuestras fuerzas: no aparecerás contra ellos; no mostrarás tu poder, como lo mostraste en David, en Moisés, en Josué, cuando las naciones cedieron a su fortaleza, y con gran matanza, y gran devastación, introdujiste a tu pueblo en la tierra que prometiste. Esto entonces no lo harás; no saldrás, Dios, con nuestras fuerzas, sino que obrarás dentro. ¿Qué significa, no saldrás? No aparecerás. Pues ciertamente cuando los mártires encadenados eran llevados, cuando eran encerrados en la cárcel, cuando eran llevados para ser objeto de burla, cuando eran expuestos a las bestias, cuando eran golpeados con hierro, cuando eran quemados con fuego, ¿acaso no eran despreciados como abandonados, como sin ayuda? ¿Cómo obraba Dios dentro? ¿Cómo los consolaba dentro? ¿Cómo les hacía dulce la esperanza de la vida eterna? ¿Cómo no abandonaba sus corazones, donde el hombre habitaba en silencio, bien si era bueno, mal si era malo? ¿Acaso porque no salía con sus fuerzas, los abandonaba? ¿No más bien, al no salir con sus fuerzas, llevó a la Iglesia hasta Idumea, llevó a la Iglesia hasta la ciudad de la circunferencia? Pues si la Iglesia quisiera luchar y usar la espada, parecería que lucha por la vida presente: porque despreciaba la vida presente, por eso se hizo el montón de testimonio de la vida futura.

14. [vers. 13.] Tú, pues, Dios, que no saldrás con nuestras fuerzas, Danos ayuda en la tribulación; y vana es la salvación del hombre. Vayan ahora los que no tienen sal, y deseen la salvación temporal para los suyos, que es vana vejez. Danos ayuda: da de donde parecía que abandonabas, socorre desde allí. Danos ayuda en la tribulación; y vana es la salvación del hombre.

15. [vers. 14.] En Dios haremos proezas, y él reducirá a nada a nuestros enemigos. No haremos proezas con la espada, no con caballos, no con corazas, no con escudos, no con el poder del ejército; no fuera. Pero, ¿dónde? Dentro, donde nos ocultamos. ¿Dónde dentro? En Dios haremos proezas: y como despreciados, y como pisoteados, como hombres de ningún valor seremos, pero él reducirá a nada a nuestros enemigos. De hecho, esto se ha hecho con nuestros enemigos. Los mártires fueron pisoteados: sufriendo, soportando, perseverando hasta el fin, en Dios hicieron proezas. Y él hizo lo que sigue: redujo a nada a sus enemigos. ¿Dónde están ahora los enemigos de los mártires, a menos que tal vez porque ahora los borrachos con copas los persiguen, a quienes entonces los furiosos con piedras perseguían?

EN EL SALMO LX COMENTARIO. SERMON A LA PLEBE.

1. [vers. 1.] Hemos asumido con vuestra caridad considerar este salmo. Es breve; el Señor estará presente para que hablemos de él suficientemente, y brevemente. Según nos ayude él mismo que nos manda hablar, así seré servicial a los que quieren, para no ser molesto a los tardos, ni extenso a los pocos, ni oneroso a los ocupados. Su título no nos retiene. Pues es, Al final, en himnos, al mismo David. En himnos, ciertamente en alabanzas. Al final, ciertamente en Cristo. Pues el fin de la Ley es Cristo, para justicia a todo creyente (Rom. X, 4). Y al mismo David, no debemos entender a otro que a él mismo, que vino de la descendencia de David, para ser hombre entre los hombres, y hacer a los hombres iguales a los ángeles. Pero la voz en este salmo, si estamos en sus miembros y en su cuerpo, como con su exhortación nos atrevemos a presumir, debemos reconocerla como nuestra, no de algún extraño. Pero no dije nuestra, como si solo de los que estamos presentes ahora; sino nuestra que somos por todo el mundo, que somos desde el oriente hasta el occidente. Y para que sepáis que es nuestra voz, habla aquí como un solo hombre: pero no es un solo hombre, sino que como uno la unidad habla. En Cristo, sin embargo, todos nosotros somos un solo hombre; porque la cabeza de este único hombre está en el cielo, y los miembros aún laboran en la tierra: y porque laboran, ved lo que dice.

2. [vers. 2-4.] Escucha, Dios, mi súplica, atiende a mi oración. ¿Quién dice esto? Como uno solo. Ve si es uno: Desde los confines de la tierra clamé a ti, cuando mi corazón se angustiaba. Ya, pues, no uno; pero por eso uno, porque Cristo es uno, de quien todos somos miembros. Pues, ¿qué hombre solo clama desde los confines de la tierra? No clama desde los confines de la tierra, sino esa herencia, de la cual se dijo al mismo Hijo: Pídeme, y te daré las naciones por herencia, y los confines de la tierra por posesión (Sal. II, 8). Esta, pues, es la posesión de Cristo, esta es la herencia de Cristo, este es el cuerpo de Cristo, esta es la única Iglesia de Cristo, esta unidad que somos nosotros, clama desde los confines de la tierra. ¿Qué clama, sin embargo? Lo que dije antes, Escucha, Dios, mi súplica, atiende a mi oración: desde los confines de la tierra clamé a ti. Es decir, esto clamé a ti: desde los confines de la tierra: es decir, por todas partes.

3. Pero, ¿por qué clamé esto? Cuando mi corazón se angustiaba. Muestra que está por todas las naciones en todo el orbe de la tierra en gran gloria, pero en gran tentación. Pues nuestra vida en esta peregrinación no puede estar sin tentación: porque nuestro progreso se hace por nuestra tentación, ni uno mismo se conoce sino es tentado, ni puede ser coronado sino vence, ni puede vencer sino lucha, ni puede luchar sino tiene enemigo y tentaciones. Por tanto, este clama desde los confines de la tierra angustiado, pero no es abandonado. Pues él mismo quiso prefigurar en su cuerpo, en el cual ya murió, y resucitó, y ascendió al cielo, para que donde la cabeza precedió, allí los miembros confíen en seguir. Por tanto, nos transfiguró en sí mismo, cuando quiso ser tentado por Satanás (Mateo IV, 1). Hoy se leía en el Evangelio que el Señor Jesucristo era tentado por el diablo en el desierto. Verdaderamente Cristo era tentado por el diablo. En Cristo, pues, tú eras tentado, porque Cristo tenía de ti carne para sí, de sí para ti salvación; de ti para sí muerte, de sí para ti vida; de ti para sí afrentas, de sí para ti honores; por tanto, de ti para sí tentación, de sí para ti victoria. Si en él fuimos tentados, en él vencemos al diablo. Consideras que Cristo fue tentado, y no consideras que venció. Reconócete a ti mismo en él tentado, y a ti mismo en él reconócete vencedor. Podía prohibir al diablo: pero si no fuera tentado, no te daría enseñanzas de vencer tentado. Por tanto, no es de extrañar, si este puesto entre tentaciones clama desde los confines de la tierra. Pero, ¿por qué no es vencido? En la roca me exaltaste. Ya, pues, aquí reconocemos quién clama desde los confines de la tierra. Recordemos el Evangelio: Sobre esta roca edificaré mi Iglesia (Mateo XVI, 18). Por tanto, aquella clama desde los confines de la tierra, que quiso ser edificada sobre la roca. Pero, ¿quién fue hecho roca para edificar la Iglesia? Escucha a Pablo diciendo: La roca era Cristo (I Cor. X, 4). En él, pues, fuimos edificados. Por eso, aquella roca en la que fuimos edificados, primero fue golpeada por los vientos, la lluvia, el torrente (Mateo VII, 24, 25), cuando Cristo era tentado por el diablo. He aquí en qué firmeza quiso establecerte. Con razón nuestra voz no es vana, sino que es escuchada: pues estamos en gran esperanza; En la roca me exaltaste.

4. Me has guiado, porque te has convertido en mi esperanza. Si Él no se hubiera convertido en nuestra esperanza, no nos habría guiado. Nos guía como líder, y nos conduce en sí mismo como camino, y nos lleva a sí mismo como patria. Por lo tanto, nos guía. ¿Por qué? Porque se ha convertido en nuestra esperanza. ¿Cómo se ha convertido en nuestra esperanza? Así como habéis oído que fue tentado, que sufrió, que resucitó, se ha convertido en nuestra esperanza. ¿Qué decimos cuando leemos esto? Dios no nos perderá, por quienes envió a su Hijo a ser tentado, crucificado, morir, resucitar: Dios no nos desprecia realmente, por quienes no escatimó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros (Rom. VIII, 32). Así, pues, se ha convertido en nuestra esperanza. En Él ves tanto tu trabajo como tu recompensa; el trabajo en la pasión, la recompensa en la resurrección. Así, pues, se ha convertido en nuestra

esperanza. Tenemos dos vidas; pero una en la que estamos, otra que esperamos. En la que estamos, nos es conocida; la que esperamos, nos es desconocida. Soporta en la que estás, y tendrás la que aún no tienes. ¿Cómo soportas? Para no ser vencido por el tentador. Con sus trabajos, tentaciones, pasiones, su muerte, Cristo te mostró la vida en la que estás; con su resurrección te mostró la vida en la que estarás. Porque no conocíamos sino nacer como hombre y morir; no conocíamos resucitar como hombre y vivir eternamente: asumió lo que conocías, y te mostró lo que no conocías. Por eso se ha convertido en nuestra esperanza en las tribulaciones, en las tentaciones. Mira al Apóstol diciendo: No solo eso, sino que también nos gloriamos, dice, en las tribulaciones: sabiendo que la tribulación produce paciencia, la paciencia prueba, la prueba esperanza; y la esperanza no defrauda: porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado (Id. V, 3-5). Por lo tanto, Él mismo se ha convertido en nuestra esperanza, quien nos dio el Espíritu Santo: y ahora caminamos hacia la esperanza; porque no caminaríamos, si no esperáramos. ¿Qué dice el mismo Apóstol? Porque lo que uno ve, ¿qué espera? Pero si esperamos lo que no vemos, con paciencia lo aguardamos. Y también: Porque en esperanza fuimos salvados (Id. VIII, 24, 25).

5. Me has guiado, porque te has convertido en mi esperanza: torre de fortaleza ante el enemigo. Mi corazón se angustia, dice esta unidad desde los confines de la tierra, y trabajo entre tentaciones y escándalos: los paganos envidian, porque han sido vencidos; los herejes acechan, cubiertos con el manto del nombre cristiano; dentro de la misma Iglesia, el trigo sufre violencia de la paja: entre todo esto, cuando mi corazón se angustia, clamaré desde los confines de la tierra. Pero no me abandona aquel que me ha exaltado sobre la roca, para que me guíe hasta Él: porque aunque trabajo, con el diablo acechando contra mí en tantos lugares, tiempos y ocasiones, Él es para mí torre de fortaleza; a donde, cuando huya, no solo evitaré las flechas del enemigo, sino que también, seguro, lanzaré contra él lo que quiera. Porque Cristo mismo es la torre; Él mismo se ha convertido en nuestra torre ante el enemigo, quien es también la roca sobre la cual está edificada la Iglesia. ¿Te cuidas de no ser herido por el diablo? Huye a la torre: nunca te seguirán hasta esa torre los dardos diabólicos; allí estarás protegido y firme. Pero, ¿cómo huirás a la torre? No sea que alguien, puesto en tentación, busque corporalmente esta torre; y cuando no la encuentre, se fatigue o desfallezca en la tentación. La torre está ante ti: recuerda a Cristo, y entra en la torre. ¿Cómo recuerdas a Cristo, para entrar en la torre? Cualquiera cosa que sufras, piensa que Él la sufrió antes, y piensa en el fin por el cual sufrió, para morir y resucitar. Espera un fin como el que precedió en Él, y habrás entrado en la torre no consintiendo al enemigo. Porque si consientes al enemigo, entonces te alcanzará el dardo del atacante. Tú más bien lánzale dardos a él, para herirlo, para vencerlo. ¿Cuáles son esos dardos? Las palabras de Dios, tu fe, tu misma esperanza, tus buenas obras. No digo: Así estés en esa torre, que te quedes allí ocioso, y te baste con que no te alcancen los dardos del enemigo. Haz algo allí; que no cesen tus manos: tus buenas obras son espadas que matan al enemigo.

6. [vers. 5.] Seré huésped en tu tabernáculo por los siglos. Veis que es él, de quien hemos hablado, quien clama. ¿Quién de nosotros es huésped por los siglos? Vivimos aquí pocos días, y pasamos: porque aquí somos huéspedes, seremos habitantes en el cielo. Allí eres huésped, de donde oirás la voz del Señor tu Dios: Migra. Pues de aquella casa eterna en los cielos nadie te mandará migrar. Aquí, pues, huésped. De donde también se dice en otro salmo: Soy huésped ante ti, y peregrino, como todos mis padres (Sal. XXXVIII, 13). Aquí, pues, somos huéspedes; allí el Señor nos dará moradas eternas: Muchas, dice, son las moradas en la casa de mi Padre (Juan XIV, 2). Esas moradas no las dará como a huéspedes, sino como a ciudadanos que permanecerán eternamente. Aquí, sin embargo, hermanos,

porque la Iglesia no estaría por poco tiempo en esta tierra, sino que estará aquí hasta el fin del mundo: por eso aquí dijo, Seré huésped en tu tabernáculo por los siglos. Que el enemigo se ensañe cuanto quiera, que me ataque, que me prepare emboscadas, que los escándalos se multipliquen, y haga que mi corazón se angustie: seré huésped en tu tabernáculo por los siglos. La Iglesia no será vencida, no será arrancada, ni cederá a cualquier tentación, hasta que venga el fin de este mundo, y nos reciba aquella morada eterna, a la cual nos guiará quien se ha convertido en nuestra esperanza. Seré huésped en tu tabernáculo por los siglos. Si serás huésped por mucho tiempo, como si le dijéramos esto, entonces trabajarás en la tierra entre tantas tentaciones: porque si la Iglesia estuviera aquí por pocos días, pronto terminarían las emboscadas del tentador. Bien; querrías que las tentaciones fueran de pocos días: pero, ¿cómo recogería a todos los nacidos, si no estuviera aquí mucho tiempo, si no se extendiera hasta el fin? No envidies a los que vendrán después; no quieras, porque ya has pasado, cortar el puente de la misericordia: que esté aquí por los siglos. ¿Y qué de las tentaciones, que es necesario que abunden cuanto más vengan los escándalos? Porque Él mismo dijo: Porque abundará la iniquidad, se enfriará la caridad de muchos. Pero aquella Iglesia que clama desde los confines de la tierra, está entre aquellos de quienes sigue diciendo: Pero el que perseverare hasta el fin, este será salvo (Mat. XXIV, 12, 13). Pero, ¿de dónde perseverarás? ¿Cuáles son tus fuerzas entre tantos escándalos, entre tantas tentaciones, entre tantas luchas? ¿Con qué fuerzas vences al enemigo que no ves? ¿Acaso con las tuyas? Entonces, porque este huésped estará aquí por los siglos, ¿cuál es su esperanza para durar? Me cubriré con el velo de tus alas. He aquí por qué estamos seguros entre tantas tentaciones, hasta que venga el fin del mundo, y nos reciban los siglos eternos: porque nos cubrimos con el velo de sus alas. Hay calor en el mundo, pero hay una gran sombra bajo las alas de Dios: Me cubriré con el velo de tus alas.

7. [vers. 6.] Porque tú, Dios, has escuchado mi oración. ¿Cuál? Desde la que comenzó: Escucha, Dios, mi súplica, atiende a mi oración: desde los confines de la tierra clamé a ti. Esto clamé a ti desde los confines de la tierra. Por eso me cubriré con el velo de tus alas, porque has escuchado mi súplica. Por lo tanto, hermanos, se nos exhorta a no cesar de orar, mientras haya tiempo de tentaciones. Has dado herencia a los que temen tu nombre. Perseveremos, pues, en el temor del nombre de Dios: el Padre eterno no nos engaña. Los hijos trabajan para recibir la herencia de sus padres, a quienes sucederán cuando mueran; ¿no trabajaremos nosotros para recibir la herencia de aquel Padre, a quien no sucederemos al morir, sino que viviremos con Él en esa misma herencia eternamente? Has dado herencia a los que temen tu nombre.

8. [vers. 7.] Añadirás días sobre días al rey sus años. Este es, pues, el rey de cuyos miembros somos. Cristo es el rey, nuestra cabeza, nuestro rey. Le has dado días sobre días; no solo estos días en este tiempo con fin, sino días sobre estos días sin fin. Habitaré, dice, en la casa del Señor, en la longitud de los días (Sal. XXII, 6). ¿Por qué, en la longitud de los días, sino porque ahora hay brevedad de días? Porque toda cosa que tiene fin, es breve: pero los días de este rey son sobre días, para que no solo en estos días pasajeros reine Cristo en su Iglesia, sino que los santos reinen con Él en aquellos días que no tienen fin. Allí hay un solo día, y muchos días. Porque son muchos días, ya dije, En la longitud de los días: porque es un solo día, así se entiende, Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy (Sal. II, 7). Dijo un día hoy: pero este día no se pone en medio entre ayer y mañana, ni su inicio es el fin de ayer, ni su fin es el inicio de mañana. Porque también se han dicho años de Dios: Pero tú eres el mismo, y tus años no fallarán (Sal. CI, 28). Como años, así días, así un solo día. Lo que quieras dices de la eternidad. Por eso lo que quieras dices, porque lo que digas, dices menos. Pero por eso es necesario que digas algo, para que haya de qué pensar lo que no se puede decir. Añadirás

días sobre días al rey sus años, hasta el día de generación y generación. De esta generación y de la generación futura: de esta generación que se compara con la luna, porque la luna nace, crece, se perfecciona, envejece y se pone; así son estas generaciones mortales: y de la generación en la que somos regenerados resucitando, y permaneceremos eternamente con Dios, cuando ya no como la luna, sino lo que dice el Señor, Entonces los justos brillarán como el sol en el reino de su Padre (Mat. XIII, 43). Porque la luna se pone figuradamente en las Escrituras por la mutabilidad de esta mortalidad. Por eso aquel que descendía de Jerusalén a Jericó cayó en manos de ladrones: porque Jericó es una palabra hebrea, y se interpreta en latín como Luna. Descendía, pues, como de la inmortalidad a la mortalidad: y con razón en el camino fue herido por los ladrones y dejado medio muerto aquel Adán, de quien es toda la raza humana. Por lo tanto, añadirás días sobre días al rey sus años, hasta el día de generación, entiendo generación mortal. ¿De qué otra generación hiciste mención? ¿De cuál? escucha:

9. [vers. 8.] Permanecerá para siempre en la presencia de Dios: ¿Según qué, o por qué? ¿Quién buscará para él su misericordia y su verdad? Dice en otro lugar: Todos los caminos del Señor son misericordia y verdad, para los que buscan su pacto y sus testimonios (Sal. XXIV, 10). Gran discurso sobre la verdad y la misericordia, pero prometimos brevedad. Brevemente, recibid qué es la verdad y la misericordia; porque no es pequeño lo que se ha dicho, Todos los caminos del Señor son misericordia y verdad. Se dice misericordia, porque Dios no atiende a nuestros méritos, sino a su bondad, para perdonarnos todos los pecados, y prometernos la vida eterna: pero verdad, porque no falla en cumplir lo que prometió. Reconozcamos aquí eso, y hagámoslo nosotros: para que así como Dios nos mostró su misericordia y su verdad; misericordia perdonando nuestros pecados, verdad cumpliendo sus promesas: así también hagamos nosotros aquí misericordia y verdad; misericordia hacia los débiles, hacia los necesitados, incluso hacia nuestros enemigos; verdad no pecando, ni añadiendo pecado sobre pecado. Porque quien mucho se promete de la misericordia de Dios, se insinúa en su ánimo que hace a Dios injusto, y piensa que si permanece pecador, y no quiere apartarse de sus iniquidades, vendrá aquel, y lo pondrá donde pone a sus siervos que le obedecen. ¿Y será justo esto, que te ponga perseverando en los pecados, donde pondrá a aquellos que se apartaron de los pecados? ¿Así quieres ser injusto, que también hagas a Dios injusto? ¿Qué quieres entonces, convertir a Dios a tu voluntad? Tú conviértete a la voluntad de Dios. ¿Quién es entonces el que hace esto, sino de aquellos pocos, de quienes se dice: El que persevera hasta el fin, este será salvo (Mat. XXIV, 13). Con razón aquí su misericordia y su verdad, ¿quién buscará para él? ¿Qué es, para él? Bastaría, ¿quién buscará: por qué añadió, para él, sino porque muchos buscan su misericordia y su verdad para aprender en sus libros; y cuando la han aprendido, viven para sí mismos, no para él; buscan lo suyo, no lo de Jesucristo (Filip. II, 21); predicán su misericordia y su verdad, y no hacen misericordia y verdad? Pero predicándola, la conocen: porque no la predicarían, si no la conocieran. Pero quien ama a Dios y a Cristo, al predicar su misericordia y su verdad, él la buscará para él, no para sí mismo: es decir, no para que él tenga de esta predicación beneficios temporales, sino para que beneficie a sus miembros, es decir, a sus fieles, ministrando con verdad lo que sabe; para que quien vive ya no viva para sí mismo, sino para aquel que murió por todos (II Cor. V, 15). ¿Quién buscará para él su misericordia y su verdad?

10. [vers. 9.] Así cantaré a tu nombre, Dios, por los siglos de los siglos, para que cumpla mis votos de día en día. Si cantas al nombre de Dios, no cantes por un tiempo. ¿Quieres cantar por los siglos de los siglos? ¿quieres cantar eternamente? Cumple tus votos de día en día. ¿Qué es, cumple tus votos de día en día? De este día a aquel día. Persevera cumpliendo votos en este día, hasta que llegues a aquel día: esto es, El que persevera hasta el fin, este será salvo.

EN EL SALMO LXI EXPLICACIÓN. SERMON A LA PLEBE.

1. [vers. 1.] El deleite de los divinos discursos, y la dulzura de entender la palabra de Dios, con la ayuda de aquel que da suavidad, para que nuestra tierra dé su fruto (Sal. LXXXIV, 13), nos exhorta tanto a nosotros a hablar, como a vosotros a escuchar. Veo que escucháis sin fastidio, y me alegro del paladar de vuestro corazón, que no rechaza lo que es saludable, sino que lo recibe con avidez, y lo retiene útilmente. Hablemos, pues, a vosotros también hoy, cuanto el Señor nos conceda, de este salmo que acabamos de cantar. Su título es, Al final, por Idithun, Salmo de David. Recuerdo que ya se os ha insinuado qué es Idithun. Porque según la interpretación de la lengua hebrea que nos ha llegado, en latín se dice Idithun Transiliente sobre ellos. Por lo tanto, este que canta trasciende a algunos, a quienes desde arriba desprecia. Veamos hasta dónde ha trascendido, y a quienes ha trascendido, y dónde, aunque ha trascendido a algunos, está situado: desde donde, en un lugar espiritual y seguro, contempla lo bajo; no mirando para caer, sino para mover a los perezosos que ha trascendido a seguir, y alabar el lugar al que ha llegado trascendiendo. Porque así está este trascendiendo sobre algo, como bajo algo: de donde primero quiso insinuarnos bajo quién está seguro, para que lo que ha trascendido no sea de soberbia, sino de progreso.

2. [vers. 2-4.] En un lugar, pues, seguro, dice, ¿No se someterá mi alma a Dios? Porque había oído, El que se exalta, será humillado; y el que se humilla, será exaltado (Mat. XXIII, 12); y temeroso de que trascendiendo se enorgulleciera, no elevado por lo que está abajo, sino humilde por lo que está arriba; como si le amenazaran con ruina los envidiosos que lamentaban que los hubiera trascendido, respondió, ¿No se someterá mi alma a Dios? ¿Qué es lo que me buscáis lazos como si trascendiera? Queréis derribarme con insultos, o engañarme con seducción. ¿Acaso recuerdo tanto lo que está arriba, que me olvido de bajo quién estoy? ¿No se someterá mi alma a Dios? Por mucho que me acerque, por mucho que ascienda, por mucho que trascienda, estaré bajo Dios, no contra Dios. Seguro, pues, trasciendo lo demás, cuando Él me sostiene bajo sí, que está sobre todo. ¿No se someterá mi alma a Dios? Porque de Él es mi salvación. Porque Él es mi Dios y mi salvador, mi protector, no seré movido más. Sé quién está sobre mí, sé quién extiende su misericordia a los que le conocen, sé bajo la sombra de cuyas alas espero: no seré movido más. Vosotros, dice a algunos, trascendiéndolos a ellos mismos a quienes dice: vosotros actuáis para que me mueva, pero no venga a mí el pie de la soberbia. Porque de esto se hace lo que también sigue en el mismo salmo, Ni la mano de los pecadores me mueva (Sal. XXXV, 12): a lo que responde aquí, No seré movido más. Porque a lo que allí se dijo, Ni la mano de los pecadores me mueva, responde aquí, No seré movido más: a lo que allí se dijo, No venga a mí el pie de la soberbia, responde aquí, ¿No se someterá mi alma a Dios?

3. Desde un lugar elevado, protegido y seguro, donde el Señor se ha convertido en refugio, donde Dios mismo es una fortaleza, mira a aquellos a quienes ha superado, y desdeña hablarles, como desde una torre alta; pues también se ha dicho de él: "Torre de fortaleza ante el enemigo" (Salmo 60, 4). Así, observa a ellos y dice: "¿Hasta cuándo cargaréis sobre el hombre?" Insultando, lanzando reproches, tramando, persiguiendo, cargáis sobre el hombre; cargáis sobre el hombre tanto como puede soportar un hombre: pero para que el hombre lo soporte, está debajo de él quien hizo al hombre. "¿Hasta cuándo cargaréis sobre el hombre?" Si miráis al hombre, "Matad a todos". He aquí, cargad, enfureced, matad a todos. Como un muro inclinado y una pared empujada: insistid, empujad, como si fuerais a derribarla. ¿Y dónde está "No seré movido más"? Pero, ¿por qué "No seré movido más"? Porque "Él es mi Dios salvador, mi protector". Así que los hombres pueden cargar pesos sobre el hombre: ¿acaso sobre Dios que protege al hombre?

4. Matad a todos. ¿Qué espacio del cuerpo en un solo hombre puede ser asesinado por todos? Pero debemos entender nuestra persona, la persona de nuestra Iglesia, la persona del cuerpo de Cristo. Un solo hombre con su cabeza y su cuerpo, Jesucristo, salvador del cuerpo y miembros del cuerpo, dos en una sola carne (Génesis 2, 24, y Efesios 5, 31), y en una sola voz, y en una sola pasión; y cuando la iniquidad haya pasado, en un solo descanso. Las pasiones de Cristo no están solo en Cristo; más bien, las pasiones de Cristo no están sino en Cristo. Si entiendes a Cristo como cabeza y cuerpo, las pasiones de Cristo no están sino en Cristo: pero si entiendes a Cristo solo como cabeza, las pasiones de Cristo no están solo en Cristo. Pues si las pasiones de Cristo están solo en Cristo, más bien solo en la cabeza; ¿de dónde dice un miembro suyo, el apóstol Pablo, "Para completar lo que falta de las tribulaciones de Cristo en mi carne" (Colosenses 1, 24)? Si, por tanto, estás en los miembros de Cristo, cualquier hombre, quienquiera que escuche esto, quienquiera que no lo escuche ahora (pero lo escuchas, si estás en los miembros de Cristo); cualquier cosa que sufras de aquellos que no están en los miembros de Cristo, faltaba a las pasiones de Cristo. Por eso se añade, porque faltaba; llenas la medida, no la desbordas: sufres tanto como debía añadirse a tus pasiones a la pasión universal de Cristo, quien sufrió en nuestra cabeza, y sufre en sus miembros, es decir, en nosotros mismos. A esta comunidad, como si fuera nuestra república, cada uno de nosotros paga lo que debe según nuestra medida, y según la posesión de nuestras fuerzas, como un canon de pasiones. La expiación plena de todas las pasiones no será sino cuando el mundo haya terminado. "¿Hasta cuándo cargaréis sobre el hombre?" Todo lo que sufrieron los profetas desde la sangre de Abel el justo hasta la sangre de Zacarías (Mateo 23, 35), se cargó sobre el hombre, porque ciertos miembros de Cristo precedieron la venida de la encarnación de Cristo: como en un nacimiento, aunque la cabeza aún no haya salido, la mano salió (Génesis 38, 27), pero aún así estaba conectada a la cabeza y la mano. No penséis, hermanos, que todos los justos que sufrieron persecución de los inicuos, incluso aquellos que vinieron enviados antes de la venida del Señor para anunciar la venida del Señor, no pertenecían a los miembros de Cristo. Lejos esté que no pertenezca a los miembros de Cristo, quien pertenece a la ciudad que tiene a Cristo como rey. Esa es la única Jerusalén celestial, la ciudad santa: esta única ciudad tiene un solo rey. El rey de esta ciudad es Cristo: pues él le dice, "Madre Sión, dirá el hombre". Le dice, "Madre"; pero "hombre". Porque "Madre Sión, dirá el hombre"; y el hombre fue hecho en ella, y él mismo la fundó el Altísimo (Salmo 86, 5). Él, por tanto, su rey, quien la fundó el Altísimo; él en ella fue hecho hombre el más humilde. Él, por tanto, antes de la venida de su encarnación, envió ciertos miembros suyos, después de los cuales, anunciando su venida, vino él mismo, conectado a ellos. Refiera a la similitud de aquel nacimiento; porque la mano que sale antes de la cabeza, está con la cabeza, y bajo la cabeza. De Cristo se dijo, cuando se alababa la excelencia del primer pueblo, y se lamentaba la ruptura de las ramas naturales (Romanos 11, 21): "De quienes es la adopción", dice, "y los testamentos y la constitución de la Ley; de quienes son los padres, y de quienes es Cristo según la carne, quien es sobre todo Dios bendito por los siglos" (Id. 9, 4, 5). De quienes es Cristo según la carne, como de Sión, porque el hombre fue hecho en ella: porque Cristo es sobre todo Dios bendito por los siglos, porque él mismo la fundó el Altísimo. De quienes es Cristo según la carne, hijo de David: quien es sobre todo Dios bendito por los siglos, Señor de David. Toda esa ciudad, por tanto, habla, desde la sangre de Abel el justo hasta la sangre de Zacarías. Desde allí y en adelante, desde la sangre de Juan, por la sangre de los Apóstoles, por la sangre de los mártires, por la sangre de los fieles de Cristo, una ciudad habla, un hombre dice: "¿Hasta cuándo cargaréis sobre el hombre? Matad a todos". Veamos si borráis, veamos si extinguis, veamos si quitáis de la tierra su nombre, veamos si no meditáis en vano los pueblos (Salmo 2, 1), diciendo: "¿Cuándo morirá, y perecerá su nombre?" (Salmo 41, 6). Como un muro inclinado, y una pared empujada, insistid, empujad.

Escuchad arriba: "Mi protector, no seré movido más"; porque como un montón de arena fui empujado para caer, y el Señor me sostuvo (Salmo 117, 13).

5. [vers. 5.] Sin embargo, pensaron en rechazar mi honor: vencidos mientras matan cediendo, multiplicando a los fieles con la sangre de los asesinados, cediendo a estos y ya no pudiendo matar. Sin embargo, pensaron en rechazar mi honor. Ahora, porque no se puede matar al cristiano, se actúa para deshonorar al cristiano. Pues ahora los corazones de los impíos se retuercen con el honor de los cristianos: ya aquel José espiritual después de la venta por sus hermanos, después de la traslación de su patria a las naciones como en Egipto, después de la humillación de la cárcel, después de la acción del falso testigo, después de que se hizo lo que se dijo de él, "El hierro atravesó su alma" (Salmo 105, 18); ya ha sido honrado, ya no está sujeto a los hermanos que lo vendieron, sino que distribuye grano a los hambrientos (Génesis 37, 39, 41). Vencidos por su humildad y castidad, incorruptibilidad, tentaciones, pasiones, ya lo ven honrado, y piensan en rechazar su honor. En sus pensamientos está aquello, "El pecador verá": pues no dejará de ver, cuando no puede ocultarse la ciudad puesta sobre un monte (Mateo 5, 14). El pecador, por tanto, verá, y se enojará; rechinará sus dientes, y se consumirá (Salmo 111, 10). Se oculta en el corazón, y se cubre en el rostro el veneno en los que se enfurecen e indignan. Por eso aquí también dice sus pensamientos, "Mi honor", dice, "pensaron en rechazar". Pues no se atreven a expresar con palabras lo que piensan. Deseemos para ellos el bien, aunque deseen el mal. Júzgalos, Dios; caigan de sus pensamientos (Salmo 5, 11). ¿Qué mejor para ellos, qué más útil, que caigan de donde mal están? para que ellos mismos corregidos puedan decir, "Pusiste mis pies sobre la roca" (Salmo 39, 3).

6. Sin embargo, pensaron en rechazar mi honor. ¿Todos contra uno, o uno contra todos; o todos contra todos, o uno contra uno? Mientras tanto, cuando dice, "Cargáis sobre el hombre"; como sobre uno: y cuando dice, "Matad a todos"; como todos contra uno: pero sin embargo, todos contra todos, porque también todos los cristianos, pero en uno. ¿Qué son esos diversos errores enemigos de Cristo, todos solo deben ser llamados? ¿no es también uno? Claramente me atrevo a decir también uno: porque una ciudad y una ciudad, un pueblo y un pueblo, rey y rey. ¿Qué es, una ciudad y una ciudad? Babilonia una; Jerusalén una. Cualquiera que sea el nombre místico que se le dé, una ciudad y una ciudad: aquella con el diablo como rey; esta con Cristo como rey. Pues atiendo al Evangelio en cierto lugar, y me conmueve, creo que también a vosotros. Después de que muchos fueron invitados a las bodas, buenos y malos, y se llenaron las bodas de comensales; pues los siervos enviados, como se les ordenó, invitaron tanto a buenos como a malos; y entró el rey para ver a los comensales, y encontró a un hombre que no tenía vestido de boda, y le dijo lo que sabéis: "Amigo, ¿cómo entraste aquí, no teniendo vestido de boda?" Y él enmudeció. Y ordenó que le ataran las manos y los pies, y lo echaran a las tinieblas exteriores. Fue levantado del banquete, y enviado a penas no sé qué hombre en tan gran multitud de comensales. Pero sin embargo, el Señor queriendo mostrar que aquel hombre solo, es un solo cuerpo que consta de muchos, donde ordenó que lo echaran fuera, y lo envía a las penas debidas, añadió inmediatamente: "Porque muchos son llamados, pero pocos elegidos" (Mateo 22, 10-14). ¿Qué es esto? Convocaste multitudes, vino una gran multitud; anunciaste, hablaste, se multiplicaron sobre número (Salmo 39, 6), se llenaron las bodas de comensales; fue echado de allí solo uno, y dices, "Porque muchos son llamados, pero pocos elegidos". ¿Por qué no más bien: Todos llamados, muchos elegidos, uno echado? Si dijera, "Porque muchos son llamados, y más elegidos, pero pocos reprobados"; en pocos tal vez más verosímelmente entenderíamos aquel uno. Ahora bien, dice que uno fue echado de allí, y añade: "Porque muchos son llamados, pero pocos elegidos". ¿Quiénes son los elegidos, sino los que permanecieron? Echado uno, los elegidos permanecieron. ¿Cómo, echado uno de muchos,

pocos elegidos, sino porque en aquel uno muchos? Todos los que piensan en lo terrenal, todos los que prefieren la felicidad terrenal a Dios, todos los que buscan lo suyo, no lo de Jesucristo (Filipenses 2, 21), pertenecen a aquella única ciudad, que se llama Babilonia mística, y tiene al diablo como rey. Pero todos los que piensan en lo que está arriba, que meditan en lo celestial, que viven con preocupación en el mundo para no ofender a Dios, que evitan pecar, a quienes no les avergüenza confesar cuando pecan, humildes, mansos, santos, justos, piadosos, buenos; todos pertenecen a una ciudad, que tiene a Cristo como rey. Pues aquella en la tierra es como mayor en tiempo; no en altura, no en honor. Aquella ciudad nació primero; esta ciudad nació después. Pues aquella comenzó con Caín; esta con Abel. Estos dos cuerpos actuando bajo dos reyes, pertenecientes a cada ciudad, se oponen entre sí hasta el fin del mundo, hasta que se haga la separación de la mezcla, y unos sean puestos a la derecha, otros a la izquierda, y se les diga: "Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde el principio del mundo"; y a aquellos: "Id al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles" (Mateo 25, 34, 41). Pues Cristo dice esto: "Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde el principio del mundo". Rey de su ciudad, vencedor sobre todo. Pero a aquellos puestos a la izquierda como a la ciudad de los inicuos: "Id", dice, "al fuego eterno". ¿Acaso separa de ellos al rey? No: pues añadió, "preparado para el diablo y sus ángeles".

7. Atended, hermanos, os ruego que atendáis. Pues me deleita hablaros aún un poco de esta dulce ciudad. Gloriosísimas cosas se han dicho de ti, ciudad de Dios (Salmo 86, 3). Y si me olvido de ti, Jerusalén, olvide mi diestra (Salmo 136, 5). Pues dulce es una patria, y verdaderamente una patria, la única patria: fuera de ella, cualquier cosa que tengamos, es peregrinación. Diré, por tanto, lo que reconozcáis, lo que aprobéis: recordaré lo que sabéis; no enseñaré lo que ignoráis. No primero, dice el Apóstol, lo que es espiritual, sino lo que es animal; después lo que es espiritual (1 Corintios 15, 46). Por eso aquella ciudad es mayor en edad, porque Caín nació primero, y después Abel (Génesis 4, 1, 2): pero en estos "el mayor servirá al menor" (Id. 25, 23). Aquella mayor en edad; esta mayor en dignidad. ¿Por qué aquella mayor en edad? Porque "no primero lo que es espiritual, sino lo que es animal". ¿Por qué esta mayor en dignidad? Porque "el mayor servirá al menor". Pero Caín edificó una ciudad, como leemos (Id. 4, 17): antes de que hubiera alguna ciudad, en los comienzos de las cosas humanas, Caín edificó una ciudad. Sin duda entiendes que ya habían nacido muchos hombres de aquellos dos, y de los que habían engendrado, para que pudiera haber un número apto y congruente al que se le impusiera el nombre de ciudad. Por tanto, Caín edificó una ciudad, donde no había ciudad. Y después fue edificada Jerusalén, el reino de Dios, la ciudad santa, la ciudad de Dios; y puesta en una especie de sombra significativa de lo futuro. Entended, por tanto, un gran misterio, y retened lo que he dicho antes, "No primero lo que es espiritual, sino lo que es animal, después lo espiritual": por eso, pues, Caín edificó una ciudad donde no había ciudad. Pues cada uno nacido de Adán, aún no pertenece a Jerusalén: pues lleva consigo la herencia de la iniquidad, y la pena del pecado, destinado a la muerte; y pertenece de algún modo a una cierta ciudad vieja. Pero si ha de ser en el pueblo de Dios, se destruirá lo viejo, y se edificará lo nuevo. Por eso, pues, Caín edificó una ciudad donde no había ciudad. Pues de la mortalidad y de la maldad comienza cada uno, para hacerse bueno después. Pues como por la desobediencia de un hombre, muchos fueron constituidos pecadores; así por la obediencia de un hombre, muchos serán constituidos justos (Romanos 5, 19). Y todos en Adán morimos (1 Corintios 15, 22); y cada uno de nosotros ha nacido de Adán. Pase a Jerusalén; se destruirá lo viejo, y se edificará lo nuevo. Como si los jebuseos fueran vencidos, para que se edifique Jerusalén, se dice: "Despojaos del hombre viejo, y vestíos del nuevo" (Colosenses 3, 9, 10). Y ya edificados en Jerusalén, y brillando con la luz de la gracia, se dice: "Fuisteis en otro tiempo tinieblas; ahora sois luz en el Señor" (Efesios 5,

8). Por tanto, la mala ciudad corre desde el principio hasta el fin; y la buena ciudad se edifica con la transformación de los malos.

8. Y estas dos ciudades están mezcladas por ahora; al final serán separadas: luchando una contra la otra; una por la iniquidad, la otra por la justicia; una por la vanidad, la otra por la verdad. Y a veces esta mezcla temporal hace que algunos pertenecientes a la ciudad de Babilonia administren asuntos pertenecientes a Jerusalén; y a su vez, algunos pertenecientes a Jerusalén administren asuntos pertenecientes a Babilonia. Parece que he prometido algo difícil. Sean pacientes, hasta que se demuestre con ejemplos. Porque todo en el pueblo antiguo, como escribe el Apóstol, les sucedía en figura: y está escrito para nuestra corrección, sobre quienes ha llegado el fin de los siglos (I Cor. X, 11). Miren, pues, a aquel primer pueblo, puesto también para significar al pueblo posterior; y vean allí lo que digo. Hubo grandes reyes en Jerusalén; es conocido; se enumeran, se nombran. Todos ellos eran ciudadanos inicuos de Babilonia, y administraban los asuntos de Jerusalén: todos al final serán separados de allí, no pertenecen sino al diablo. Nuevamente encontramos ciudadanos de Jerusalén que administraron algunos asuntos pertenecientes a Babilonia. Pues aquellos tres jóvenes, por un milagro de sustento, Nabucodonosor los hizo administradores de su reino, y los puso sobre sus sátrapas; y los ciudadanos de Jerusalén administraban los asuntos de Babilonia (Dan. III, 97). Miren ahora cómo esto se cumple y se lleva a cabo en la Iglesia, y en estos tiempos. Todos aquellos de quienes se ha dicho, Hagan lo que dicen; pero no hagan lo que hacen, son ciudadanos de Babilonia, administrando la república de la ciudad de Jerusalén. Porque si no administraran nada de la ciudad de Jerusalén, ¿de dónde, Hagan lo que dicen? ¿de dónde, se sientan en la cátedra de Moisés? Nuevamente, si son ciudadanos de la misma Jerusalén quienes reinarán eternamente con Cristo, ¿de dónde, No hagan lo que hacen (Mat. XXIII, 2, 3), sino porque también oirán, Apártense de mí, todos los que obran iniquidad (Luc. XIII, 27)? Es conocido, pues, por ustedes, que los ciudadanos de la mala ciudad administran algunos actos de la buena ciudad. Veamos si también ahora los ciudadanos de la buena ciudad administran algunos actos de la mala ciudad. Toda república terrenal, en algún momento ciertamente precederá; cuyo reino pasará, cuando venga aquel reino por el que oramos, Venga tu reino (Mat. VI, 10), y del cual se ha predicho, Y su reino no tendrá fin (Luc. I, 33): la república terrenal tiene a nuestros ciudadanos administrando sus asuntos. Pues cuántos fieles, cuántos buenos son magistrados en sus ciudades, y son jueces, y son líderes, y son condes, y son reyes. Todos justos y buenos, no teniendo en el corazón sino lo más glorioso que se ha dicho de ti, ciudad de Dios (Sal. LXXXVI, 3). Y casi hacen un servicio forzado en la ciudad que pasará, y allí son ordenados por los doctores de la ciudad santa a guardar fidelidad a sus superiores, ya sea al rey como preeminente, o a los líderes como enviados por él para venganza de los malos, y alabanza de los buenos; o los siervos, para que estén sujetos a sus amos (I Ped. II, 13, 18), y los cristianos a los paganos; y el mejor guarda fidelidad al peor, sirviendo por un tiempo, dominando para siempre. Porque estas cosas suceden hasta que pase la iniquidad (Sal. LVI, 2). Se ordena a los siervos soportar a los amos inicuos y difíciles: se ordena a los ciudadanos de Babilonia ser tolerados por los ciudadanos de Jerusalén, y más aún ofreciendo servicios, que si fueran ciudadanos de la misma Babilonia; como cumpliendo, Si alguien te obliga a ir mil pasos, ve con él otros dos (Mat. V, 41). A toda esta ciudad dispersa, difundida, mezclada, se le habla con estas palabras y se dice: ¿Hasta cuándo pondrán sobre el hombre? Maten a todos: y los que están afuera son como espinas en los setos, o como leña infructuosa en los bosques; y los que están adentro son como cizaña, o como paja; todos cuantos sean, separados, mezclados, tolerados, separados, maten a todos: como un muro inclinado y una cerca empujada. Sin embargo,

pensaron en rechazar mi honor. No lo dijeron, pero lo pensaron. Pensaron en rechazar mi honor.

9. Corrí en la sed. Porque retribuían mal por bien (Sal. XXXIV, 12). Ellos mataban, ellos rechazaban; yo los deseaba: ellos pensaron en rechazar mi honor; yo los deseaba en mi cuerpo. Porque al beber, ¿qué hacemos, sino enviar la humedad que está afuera a los miembros, y llevarla a nuestro cuerpo? Esto hizo Moisés con aquella cabeza de becerro. La cabeza del becerro, un gran sacramento. La cabeza del becerro era el cuerpo de los impíos, en la semejanza del becerro que come heno (Sal. CV, 20), buscando cosas terrenales: porque toda carne es heno (Is. XL, 6). Era, pues, como dije, el cuerpo de los impíos. Moisés, enojado, lo arrojó al fuego, lo trituró, lo esparció en el agua, y lo dio al pueblo para beber (Éx. XXXII, 20); y la ira del Profeta se convirtió en la administración de la profecía. Porque aquel cuerpo es arrojado al fuego de las tribulaciones, y es triturado por la palabra de Dios. Poco a poco dejan de ser parte de la unidad de su cuerpo. Porque así como una vestidura, así se consume con el tiempo. Y cada uno que se convierte en cristiano, se separa de aquel pueblo, y es como si se triturara de la masa. Los conspiradores odian; los triturados creen. Y ¿qué más evidente, que en aquel cuerpo de la ciudad de Jerusalén, cuya imagen era el pueblo de Israel, por el Bautismo los hombres debían ser transferidos? Por eso fue esparcido en el agua, para que se diera en bebida. Esto es lo que este desea hasta el fin; corre, y desea. Ha bebido a muchos; pero nunca estará sin deseo. De ahí es, Mujer, dame de beber (Juan IV, 7). Aquella samaritana sintió al Señor sediento junto al pozo, y fue saciada por el sediento: ella primero sintió al sediento, para que él bebiera al creyente. Y en la cruz, dijo, Tengo sed (Juan XIX, 28); aunque no le dieron lo que deseaba. Porque él los deseaba a ellos: pero ellos le dieron vinagre; no vino nuevo con el que se llenan los odres nuevos (Mat. IX, 17), sino vino viejo, pero mal viejo. Porque también se dice vinagre viejo, hombres viejos de quienes se ha dicho, No hay cambio en ellos (Sal. LIV, 20), para que, al ser destruidos los jebuseos, se edificara Jerusalén (II Sam. V, 6).

10. Así también el cuerpo de esta cabeza corre en deseo desde el principio hasta el fin. Y como si se le dijera, ¿Qué en deseo? ¿qué te falta, oh cuerpo de Cristo, oh Iglesia de Cristo? en tanto honor, en tanta sublimidad, en tanta altura incluso en este siglo, ¿qué te falta? Se cumple en ti lo que se ha predicho, Todos los reyes de la tierra lo adorarán; todas las naciones le servirán (Sal. LXXI, 11). ¿Qué, entonces, deseas? ¿qué deseas? ¿no te sacias con tantos pueblos? ¿Qué pueblos dices? Con su boca bendecían, y con su corazón maldecían. Muchos son llamados, pero pocos elegidos (Mat. XXII, 14). Una mujer que sufría flujo de sangre tocó el borde de su manto, y fue sanada: y cuando el Señor se maravilló de quien lo había tocado, porque había sentido que de él había salido virtud, para sanar a la mujer, dijo, ¿Quién me tocó? Y los discípulos se maravillaron: Las multitudes te aprietan, y dices, ¿Quién me tocó? Y él: Alguien me tocó (Mar. V, 25-31). Como si dijera: Una me tocó; las multitudes me aprietan. Los que llenan las iglesias en las solemnidades de Jerusalén, llenan los teatros en las solemnidades de Babilonia: y sin embargo sirven, honran, obedecen, no solo aquellos que llevan los sacramentos de Cristo, y odian los preceptos de Cristo, sino también aquellos que ni siquiera llevan los sacramentos, aunque sean paganos, aunque sean judíos; honran, alaban, proclaman, pero con su boca bendecían. No atiende a la boca; él que me instruyó sabe, con su corazón maldecían. Allí maldecían, donde pensaron en rechazar mi honor.

11. [vers. 6.] ¿Qué tú, oh Idithun, cuerpo de Cristo, saltando sobre ellos? ¿Qué tú entre todas estas cosas? ¿te desvanecerás? ¿no perseverarás hasta el fin? ¿no escucharás, El que persevera hasta el fin, este será salvo, aunque porque abunda la iniquidad, el amor de muchos se enfriará (Mat. XXIV, 13, 12)? ¿Y dónde está que los saltaste? ¿dónde está que tu conversación está en los cielos (Filip. III, 20)? Pero ellos se adhieren a las cosas terrenales;

como terrígenas piensan en la tierra, y son tierra, alimento de la serpiente. ¿Qué tú entre estas cosas? Sin embargo, aunque hagan estas cosas, aunque piensen estas cosas, aunque empujen, aunque insistan como si estuvieran inclinados, aunque ya sientan que están erguidos, y piensen en rechazar mi honor; aunque con su boca bendigan y con su corazón maldigan; aunque acechen donde puedan, calumnien donde puedan: Sin embargo, mi alma se someterá a Dios. ¿Y quién soportará tanto, ya sea guerras abiertas o insidias ocultas? ¿quién soportará tanto entre enemigos abiertos, entre falsos hermanos? ¿quién soportará tanto? ¿Acaso un hombre? y si un hombre, ¿acaso un hombre por sí mismo? No salté así para enorgullecerme y caer: Mi alma se someterá a Dios: porque de él es mi paciencia. ¿Qué paciencia entre tantos escándalos, sino porque si esperamos lo que no vemos, con paciencia lo aguardamos (Rom. VIII, 25)? Viene mi dolor; vendrá también mi descanso: viene mi tribulación; vendrá también mi purificación. ¿Acaso brilla el oro en el horno del orfebre? Brillará en el adorno, brillará en la joya: pero que soporte el horno, para que purificado de las impurezas venga a la luz. Este es el horno; allí la paja, allí el oro, allí el fuego, a esto sopla el orfebre: en el horno arde la paja, y se purifica el oro; aquella se convierte en ceniza, de las impurezas este se despoja. El horno es el mundo, la paja los inicuos, el oro los justos, el fuego la tribulación, el orfebre Dios: lo que el orfebre quiere, hago; donde el artífice me pone, soporto: se me ordena soportar, él sabe purificar. Aunque arda la paja para encenderme, y como si fuera a consumirme: aquella se convierte en ceniza, yo estoy libre de impurezas. ¿Por qué? Porque Mi alma se someterá a Dios: porque de él es mi paciencia.

12. [vers. 7.] ¿Quién es para ti este, de quien es tu paciencia? Porque él es mi Dios y mi salvador, mi protector, no emigraré. Porque él es mi Dios; por lo tanto, me llama: y mi salvador; por lo tanto, me justifica: y mi protector; por lo tanto, me glorifica. Aquí soy llamado y justificado, pero allí soy glorificado; y de allí donde soy glorificado, no emigraré. Porque no permaneceré en mi peregrinación: aquí hay de donde emigrar; pero vendré de donde no emigraré. Pues soy huésped contigo en la tierra, como todos mis padres (Sal. XXXVIII, 13). Por lo tanto, emigraré del inquilinato; de la casa celestial no emigraré.

13. [vers. 8.] En Dios mi salvación, y mi gloria. Seré salvo en Dios; seré glorioso en Dios: porque no solo salvo, sino también glorioso; salvo, porque justo de impío, justificado por él (Rom. IV, 5); glorioso, porque no solo justificado, sino también honrado. Porque a quienes predestinó, a esos también llamó. ¿Qué hizo aquí llamándolos? A quienes llamó, a esos también justificó; y a quienes justificó, a esos también glorificó (Id. VIII, 30). La justificación, pues, pertenece a la salvación, la glorificación al honor. Porque la glorificación pertenece al honor, no es necesario discutir. Porque la justificación pertenece a la salvación, busquemos algún documento. Aquí se presenta del Evangelio: había quienes se consideraban justos, y reprendían al Señor, porque admitía a los pecadores a la mesa, y comía con publicanos y pecadores: a tales, pues, soberbios, muy elevados en la tierra, gloriándose mucho de su salud, que pensaban tener, no que tenían, ¿qué respondió el Señor? No necesitan médico los sanos, sino los que están mal. ¿A quiénes llama sanos? ¿a quiénes llama mal? Sigue, y dice: No he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento (Mat. IX, 12, 13). Llamó, pues, sanos a los justos; no porque los fariseos lo fueran, sino porque pensaban serlo; y por eso se enorgullecían, y envidiaban al médico a los enfermos, y más enfermos mataban al médico. Sin embargo, llamó sanos a los justos, enfermos a los pecadores. Para que, pues, fuera justificado, dice este que salta, de él es para mí; y para que sea glorificado, de él es para mí: En Dios mi salvación y mi gloria. Mi salvación, para que sea salvo; mi gloria, para que sea honrado. Eso entonces: ¿ahora qué? Dios de mi ayuda, y mi esperanza en Dios: hasta que llegue a la perfecta justificación y salvación. Porque en esperanza fuimos salvados: pero la esperanza que se ve, no es esperanza (Rom. VIII, 24).

Hasta que llegue a aquella glorificación, donde los justos brillarán en el reino de su Padre como el sol (Mat. XIII, 43). Mientras tanto, ahora entre tentaciones, entre iniquidades, entre escándalos, entre abiertas oposiciones y solapadas locuciones, entre aquellos que con su boca bendicen, y con su corazón maldicen, entre aquellos que piensan en rechazar mi honor, ¿qué aquí? Dios de mi ayuda: porque da ayuda a los que luchan. ¿Contra quiénes luchan? No tenemos lucha contra carne y sangre; sino contra principados y potestades (Efes. VI, 12). Dios, pues, de mi ayuda, y mi esperanza en Dios. Esperanza, mientras aún no está lo prometido, y se cree lo que aún no se ve; pero cuando venga, será salvación y glorificación: no obstante, mientras aquello se difiere, no somos abandonados; porque Dios de mi ayuda, y mi esperanza en Dios.

14. [vers. 9.] Esperen en él, todo el consejo del pueblo. Imiten a Idithun; salten sobre sus enemigos: a los que se oponen a ustedes, a los que resisten su camino, a los que los odian, salten sobre ellos. Esperen en él, todo el consejo del pueblo; derramen ante él sus corazones. No cedan a aquellos que les dicen: ¿Dónde está su Dios? Se han hecho, dice, mis lágrimas mi pan de día y de noche, mientras se me dice cada día: ¿Dónde está tu Dios? Pero ¿qué dice allí? Estas cosas medité, y derramé sobre mí mi alma (Sal. XLI, 4, 5). Recordé lo que escucho, ¿Dónde está tu Dios? recordé estas cosas, y derramé sobre mí mi alma. Buscando a mi Dios, derramé sobre mí mi alma, para alcanzarlo; no permanecí en mí. Por lo tanto, Esperen en él, todo el consejo del pueblo. Derramen ante él sus corazones: orando, confesando, esperando. No retengan sus corazones dentro de sus corazones: Derramen ante él sus corazones. No se pierde lo que derraman. Porque él es mi protector. Si él recibe, ¿qué temen derramar? Echen sobre el Señor su cuidado (Sal. LIV, 23), y esperen en él. Derramen ante él sus corazones: Dios nuestro ayudador. ¿Qué temen entre murmuradores, detractores odiosos a Dios (Rom. I, 29, 30); donde pueden abiertamente oponerse, donde no pueden ocultamente acechar; falsamente alabando, verdaderamente enemistando? entre ellos, ¿qué temen? Dios nuestro ayudador. ¿Acaso envidian a Dios? ¿Acaso son más fuertes que él? Dios nuestro ayudador; estén seguros. Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros (Id. VIII, 31)? Derramen ante él sus corazones, saltando hacia él, levantando sus almas: Dios nuestro ayudador.

15. [vers. 10.] Y ya establecidos en un lugar seguro, en una torre de fortaleza ante el enemigo, compadézcanse de aquellos a quienes temían: porque deben correr en deseo. Desprecien, pues, a aquellos ya establecidos en ese lugar, y digan: Sin embargo, vanos son los hijos de los hombres, mentirosos los hijos de los hombres. Hijos de los hombres, ¿hasta cuándo pesados de corazón? Hijos de los hombres vanos, hijos de los hombres mentirosos; hijos de los hombres, ¿por qué aman la vanidad, y buscan la mentira (Sal. IV, 3)? Digan esto con compasión, y sean sabios. Si han saltado, si aman a sus enemigos, si desean destruir para edificar, si aman a aquel que juzga entre las naciones, y llena las ruinas (Sal. CIX, 6); así díganles estas cosas, no odiando, no devolviendo mal por mal (Rom. XII, 17). Mentirosos hijos de los hombres en las balanzas, para que engañen ellos mismos de la vanidad en uno. Ciertamente son muchos: he aquí está aquel uno, aquel uno que fue echado de la multitud de los que conviven (Mat. XXII, 13). Conspiran, todos buscan lo temporal, y en el futuro esperan quienesquiera que esperan: y aunque de la variedad de opiniones en lo diverso, de la vanidad sin embargo en uno están. Diversos ciertamente errores y multiformes, y el reino dividido contra sí mismo no permanecerá (Id. XII, 25): pero similar a todos voluntad vana y mentirosa, perteneciente a un rey, con quien en el fuego eterno será precipitada (Id. XXV, 41): Ellos de la vanidad en uno.

16. [vers. 11.] Y mirad a aquellos porque tienen sed; mirad porque corren en su sed. Se vuelve entonces hacia ellos, sediento de ellos: No esperéis en la iniquidad. Pues mi esperanza está en Dios. No esperéis en la iniquidad. Vosotros que no queréis acercaros y saltar, no esperéis en la iniquidad. Porque yo que he saltado, mi esperanza está en Dios: ¿y acaso hay iniquidad en Dios (Rom. IX, 14)? No esperéis en la iniquidad. Hagamos esto, hagamos aquello, pensemos aquello, así tramemos insidias; de la vanidad en uno. Tú tienes sed: los que piensan estas cosas contra ti, son traicionados por aquellos de quienes bebes. No esperéis en la iniquidad. La iniquidad es vana, la iniquidad no es nada; no es poderosa sino la justicia. La verdad puede ocultarse por un tiempo; no puede ser vencida. La iniquidad puede florecer por un tiempo, no puede permanecer. No esperéis en la iniquidad: y no codiciéis el robo. No eres rico, ¿y quieres robar? ¿Qué encuentras? ¿Qué pierdes? ¡Oh ganancias dañinas! Encuentras dinero; pierdes justicia. No codiciéis el robo. Soy pobre, no tengo. ¿Por eso quieres robar? ¿Qué robas, ves: de quién eres robado, no ves? ¿No sabes que el enemigo ronda como león rugiente, buscando a quién devorar (I Pedro V, 8)? Esa presa que quieres robar, está en una trampa: agarras, y eres agarrado. Por tanto, no codicies el robo, ¡oh pobre! sino codicia a Dios que nos provee de todo abundantemente para disfrutar (I Tim. VI, 17). Te alimentará quien te hizo. ¿Quién alimenta al ladrón, no alimentará al inocente? Te alimentará quien hace salir su sol sobre buenos y malos, y llueve sobre justos e injustos (Mat. V, 45). Si alimenta a los condenados, ¿no alimentará a los liberados? Por tanto, no codicies el robo. Esto se ha dicho al pobre, tal vez a punto de robar por necesidad. Que el rico proceda: No tengo, dice, necesidad de robar: no me falta nada; todo abunda. Y tú escucha: Si las riquezas fluyen, no pongáis el corazón en ellas. Aquel no tiene; este tiene: aquel no busque robar lo que no tiene; este no ponga el corazón en lo que tiene. Si las riquezas fluyen, es decir, si brotan, como de una fuente. No pongáis el corazón: no presumas de ti mismo, no te fijes allí: al menos teme esto, Si las riquezas fluyen. ¿No ves que si pones allí el corazón, también tú fluirás? Eres rico, y he aquí que ya no codicias tener más, porque tienes mucho: escucha, Manda a los ricos de este mundo que no sean altivos. ¿Y qué es, No pongáis el corazón? Ni esperéis en la incertidumbre de las riquezas (I Tim. VI, 17). Por tanto, Si las riquezas fluyen, no pongáis el corazón, no confiéis en las riquezas, no presumáis, no esperéis; para que no se diga: He aquí el hombre que no puso a Dios como su ayudador; sino que confió en la multitud de sus riquezas, y prevaleció en su vanidad (Sal. LI, 9). Por tanto, hijos de los hombres vanos, hijos de los hombres mentirosos, ni robéis, ni si las riquezas fluyen, pongáis el corazón; no améis ya la vanidad, ni busquéis la mentira. Bienaventurado aquel cuyo Señor es Dios su esperanza, y no miró a vanidades y locuras mentirosas (Sal. XXXIX, 5). Queréis engañar, queréis hacer fraude; ¿qué traéis para engañar? Balanzas engañosas. Porque mentirosos, dice, hijos de los hombres en las balanzas, para engañar presentando balanzas engañosas. Con un falso examen engañosáis a los que miran: ¿no sabéis que hay otro que pesa, otro que juzga el peso? No ve a quién pesas; pero ve quien te pesa a ti y a él. Por tanto, no codiciéis el fraude, ni el robo; no pongáis la esperanza en lo que tenéis: os he advertido, os he predicho, dice este Idithun.

17. [vers. 12, 13.] ¿Qué sigue? Una vez habló Dios, dos cosas he oído; porque el poder es de Dios, y tuya, Señor, es la misericordia: porque tú recompensarás a cada uno según sus obras. Dijo Idithun, resonó desde lo alto, a donde saltó; oyó allí algo, y nos lo dijo: pero estoy algo perturbado por lo que nos dijo, hermanos; y hasta que comparta con vosotros, ya sea mi perturbación, ya sea algún alivio mío, quiero que estéis atentos. Pues hemos llevado el Salmo hasta el final con la ayuda del Señor: después de lo que vamos a decir, no queda nada que exponer más allá de esto. Así que esforzaos conmigo, a ver si podemos entender esto: y si no puedo, y alguno de vosotros entiende lo que yo no puedo; me alegraré más que envidiaré. Es completamente difícil investigar cómo está puesto primero, Una vez habló Dios; luego,

cuando él habló una vez, yo oí dos cosas. Pues si dijera, Una vez habló Dios, esto uno oí; parecería haber cortado parte de esta cuestión, para que solo buscáramos qué es, Una vez habló Dios. Ahora bien, buscaremos tanto qué es, Una vez habló Dios; como qué es, dos cosas he oído, cuando él habló una vez.

18. Una vez habló Dios. ¿Qué dices, Idithun? Si tú hablas que saltaste sobre ellos: ¿Una vez habló? Yo consulto otra Escritura, y me dice: En muchas ocasiones, y de muchas maneras habló Dios en otro tiempo a los padres por los profetas (Hebr. I, 1). ¿Qué es, Una vez habló Dios? ¿No es él Dios, quien en el principio del género humano habló a Adán? ¿No es el mismo quien habló a Caín, a Noé, a Abraham, a Isaac, a Jacob, a todos los profetas, y a Moisés? Era uno Moisés; y cuántas veces habló Dios a él? He aquí que incluso a uno no una vez, sino muchas veces habló Dios. Luego habló al Hijo aquí presente: Tú eres mi Hijo amado (Mat. III, 17). Habló Dios a los apóstoles, habló a todos los santos, aunque no con voz resonante a través de la nube, sin embargo en el corazón donde él mismo es maestro. De donde aquel dice: Escucharé lo que hablará en mí el Señor Dios, porque hablará paz a su pueblo (Sal. LXXXIV, 9). ¿Qué es entonces, Una vez habló Dios? Mucho había saltado este, para llegar allí, donde una vez habló Dios. He aquí que brevemente he dicho a vuestra Caridad. Aquí entre los hombres, a los hombres muchas veces, de muchas maneras, en muchas ocasiones, a través de la multiforme creación habló Dios: en sí mismo una vez habló Dios, porque engendró un Verbo único. Este Idithun, por tanto, saltando sobre ellos, había saltado con la agudeza de una mente fuerte, y valiente, y confiada, había saltado sobre la tierra, y todo lo que hay en la tierra; el aire, todas las nubes de las que Dios habló mucho, y muchas veces, y a muchos: había saltado incluso sobre todos los ángeles con la agudeza de la fe. Pues este saltador no estaba contento con las cosas terrenales, sino que como un águila volando había pasado por encima de toda nube que cubre toda la tierra. Dice la Sabiduría: Y la nube cubrió toda la tierra (Ecli. XXIV, 6). Llegó a algo líquido, saltando sobre toda la creación, y buscando a Dios, y derramando su alma sobre sí mismo; llegó al principio, y al Verbo Dios con Dios; y encontró el único Verbo del único Padre; y vio que una vez habló Dios; vio el Verbo por el cual fueron hechas todas las cosas (Juan I, 3), y en el cual todas las cosas están juntas, no diversas, no separadas, no desiguales. Pues Dios no ignoraba lo que hacía a través del Verbo; si conocía lo que hacía, estaba en él antes de que se hiciera lo que se hacía. Pues si no estaba en él lo que se hacía antes de que se hiciera, ¿dónde conocía lo que hacía? Pues no puedes decir que Dios hizo cosas ignoradas. Sabía, por tanto, Dios lo que hizo. ¿Y dónde lo sabía antes de hacerlo, si no pueden conocerse sino hechas? Pero por las cosas hechas no pueden conocerse sino antes de hechas; por ti, claro está, por el hombre hecho en lo bajo, y puesto en lo bajo: pero antes de que todas estas cosas fueran hechas, eran conocidas por aquel por quien fueron hechas, y lo que sabía hizo. Por tanto, en aquel Verbo por el cual hizo todas las cosas, antes de que fueran hechas estaban todas las cosas; y cuando fueron hechas, allí están todas las cosas: pero de una manera aquí, de otra manera allí; de una manera en la propia naturaleza en la que fueron hechas, de otra manera en el arte por el cual fueron hechas. ¿Quién puede explicar esto? Podemos intentarlo: id con Idithun, y ved.

19. Ya, por tanto, como hemos podido, hemos dicho cómo una vez habló Dios: veamos cómo oyó dos cosas, Dos cosas he oído. Tal vez no es consecuente, que solo oyó estas dos cosas: sino que, dos cosas, dice, he oído; algunas dos cosas que necesitamos que se digan, oyó. Oyó tal vez muchas otras; pero no es necesario decir las a nosotros. Pues también dice el Señor: Muchas cosas tengo que decir; pero no podéis llevarlas ahora (Juan XVI, 12). ¿Qué es entonces, Dos cosas he oído? Estas dos cosas que os voy a decir, no os las digo de mí, sino que las que he oído os digo. Una vez habló Dios: tiene un Verbo unigénito Dios. En aquel Verbo están todas las cosas, porque por el Verbo fueron hechas todas las cosas. Tiene un

Verbo, donde están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento (Col. II, 3). Tiene un Verbo; una vez habló Dios. Dos cosas, que os voy a decir, allí las he oído; no hablo de mí, no digo de mí: a esto pertenece he oído. Pero el amigo del esposo está y lo oye (Juan III, 29), para que hable la verdad. Pues lo oye, para que no hablando mentira hable de lo suyo (Juan VIII, 44): para que no digas, ¿Quién eres tú que me dices esto? ¿de dónde me dices esto? He oído estas dos cosas, y te hablo estas dos cosas que he oído, quien también conocí que una vez habló Dios. No desprecies al oyente que te dice algunas dos cosas necesarias para ti, a quien saltando sobre toda la creación llegó al Verbo unigénito de Dios, donde supiera que una vez habló Dios.

20. Diga, por tanto, ya algunas dos cosas. Mucho nos conciernen estas dos cosas. Porque el poder es de Dios, y tuya, Señor, es la misericordia. ¿Son estas dos cosas; poder, y misericordia? Estas ciertamente: entended el poder de Dios; entended la misericordia de Dios. En estos dos se contienen casi todas las Escrituras. Por estas dos cosas, los Profetas; por estas dos cosas, los Patriarcas; por estas, la Ley; por estas, nuestro mismo Señor Jesucristo; por estas, los Apóstoles; por estas, toda la proclamación, y celebración de la palabra de Dios en la Iglesia: por estas dos cosas; por el poder de Dios y la misericordia. Temed su poder; amad su misericordia. No presumáis tanto de su misericordia, que despreciéis su poder: ni temáis tanto su poder, que desesperéis de su misericordia. En él está el poder; en él está la misericordia. A este humilla; y a este exalta (Sal. LXXIV, 8): a este humilla con poder; a aquel exalta con misericordia. Pues si Dios queriendo mostrar su ira, y demostrar su poder, soportó con mucha paciencia los vasos de ira, que fueron preparados para destrucción. Has oído el poder: busca la misericordia. Para que hiciera conocer, dice, sus riquezas en los vasos de misericordia. Por tanto, pertenece a su poder condenar a los inicuos. ¿Y quién le dirá: ¿Qué has hecho? Pues tú, oh hombre, ¿quién eres, que respondes a Dios (Rom. IX, 22, 23, 20)? Teme, por tanto, y tiembla su poder; pero espera su misericordia. El diablo es un poder; sin embargo, muchas veces quiere hacer daño, y no puede, porque este poder está bajo poder. Pues si el diablo pudiera hacer tanto daño como quiere, no quedaría ninguno de los justos, ni habría alguno de los fieles en la tierra. Él a través de sus vasos empuja, como una pared inclinada; pero empuja tanto como recibe poder. Para que no caiga la pared, el Señor la sostendrá; porque quien da poder al tentador, él mismo al tentado le ofrece misericordia. Pues al diablo se le permite tentar con medida: Y nos darás a beber, dice, en lágrimas en medida (Sal. LXXIX, 6). No temas, por tanto, que el tentador haga algo permitido; pues tienes un Salvador muy misericordioso. Se le permite tentar tanto como te conviene, para que seas ejercitado, para que seas probado; para que quien no te conocías, seas encontrado por ti mismo. Pues ¿dónde, o de dónde, sino de este poder de Dios, y misericordia debemos estar seguros, según aquella sentencia apostólica: Fiel es Dios, que no permitirá que seáis tentados más allá de lo que podéis (I Cor. X, 13)?

21. Por tanto, El poder es de Dios: No hay poder sino de Dios (Rom. XIII, 1). No digas, ¿Y por qué le da tanto poder? ¿Y no le dé poder? Quien da poder, ¿tiene equidad? Tú puedes murmurar inicualmente, él no puede perder la equidad. ¿Acaso hay iniquidad en Dios? ¡De ninguna manera (Rom. IX, 14)! Esto fija en tu corazón; esto no lo quite de tu pensamiento el enemigo. Dios puede hacer algo, que tú no sepas por qué lo hace: sin embargo, no puede hacer inicualmente, en quien no hay iniquidad. Pues he aquí que reprendes a Dios como de iniquidad (hablo contigo algo, atiende un poco): no reprenderías la iniquidad, si no vieras la justicia. No puede ser reprobador de la iniquidad quien no discierne la justicia, a la cual comparada reprende la iniquidad. ¿De dónde sabes que esto es injusto, si no sabes qué es justo? Pues si esto es justo, que dices injusto. ¡De ninguna manera, dices, es injusto: y clamas como con ojos viendo, viendo esto injusto ser ciertamente de alguna regla de justicia, a la

cual comparando esto que ves torcido, y discerniendo no convenir a la rectitud de tu regla, reprendes; como un artesano discerniendo lo justo de lo injusto. Por tanto, te pregunto: ¿De dónde ves esto ser justo? ¿Dónde, digo, ves esto justo, visto lo cual, reprendes lo injusto? ¿De dónde ese no sé qué, con lo que se rocía tu alma, desde muchas partes en la oscuridad constituida, no sé qué esto que resplandece a tu mente? ¿De dónde esto justo? ¿Acaso no tiene su fuente? ¿De ti es para ti lo que es justo, y tú puedes darte justicia? Nadie se da a sí mismo lo que no tiene. Por tanto, siendo injusto, no puedes ser justo, sino convirtiéndote a cierta justicia permanente; de la cual si te alejas, eres injusto; a la cual si te acercas, eres justo. Alejándote no disminuye; acercándote no crece. ¿Dónde está, por tanto, esta justicia? ¿Buscarás en la tierra? ¡De ninguna manera! Pues no buscas oro ni piedras preciosas, buscando justicia. Busca en el mar, busca en las nubes, busca en las estrellas: busca en los ángeles; la encuentras en ellos, pero también ellos beben de la fuente. Pues la justicia de los ángeles está en todos, pero de uno se toma. Mira, por tanto, trasciende, ve allí donde una vez habló Dios; y allí encontrarás la fuente de la justicia, donde está la fuente de la vida: Porque contigo está la fuente de la vida (Sal. XXXV, 10). Pues si tú de un rocío exiguo quieres juzgar lo que es justo, y lo que es injusto; ¿acaso hay iniquidad en Dios, de donde a ti mana como de una fuente la justicia, en cuanto justo sabes, cuando de muchas partes inicualemente desvarías? Tiene, por tanto, Dios la fuente de la justicia. No busques allí iniquidad, donde la luz es sin sombra. Pero claramente puede ocultarse a ti la causa. Si la causa te oculta, mira tu ignorancia, ve quién eres; atiende estas dos cosas: Porque el poder es de Dios, y tuya, Señor, es la misericordia. No busques cosas más fuertes que tú, ni investigues cosas más altas que tú; sino que lo que el Señor te ha mandado, eso piensa siempre (Ecli. III, 22). Porque a estas cosas que Dios te ha mandado pertenecen estas dos: Porque el poder es de Dios, y tuya, Señor, es la misericordia. No temas al enemigo: tanto hace cuanto ha recibido poder. Teme a aquel que tiene el poder supremo; teme a aquel que cuanto quiere, tanto hace, y que injustamente nada hace, y todo lo que hace, es justo. Pensábamos que no sé qué era injusto: de esto porque lo hizo Dios, cree que es justo.

22. Entonces, preguntas, si alguien mata a un hombre inocente, ¿actúa justamente o injustamente? Injustamente, por supuesto. ¿Por qué permite Dios esto? Primero, observa si debes hacer lo siguiente: "Parte tu pan con el hambriento, y a los pobres sin techo llévalos a tu casa; si ves a alguien desnudo, cúbrelo" (Isaías 58, 7). Esta es tu justicia; esto es lo que el Señor te ha mandado: "Lavaos, sed limpios, quitad las maldades de vuestros corazones y de delante de mis ojos; aprended a hacer el bien, juzgad al huérfano y a la viuda: y venid, y discutamos, dice el Señor" (Isaías 1, 16-18). Quieres discutir antes de hacer lo que te haría digno de discutir por qué Dios permitió esto. No puedo decirte el consejo de Dios, oh hombre; sin embargo, te digo que el hombre que mató al inocente actuó injustamente, y no habría sucedido si Dios no lo hubiera permitido; y aunque él actuó injustamente, Dios no lo permitió injustamente. Puede que la causa esté oculta en ese no sé quién, cuya inocencia te conmueve. Podría responderte rápidamente: No habría sido asesinado si no fuera culpable; pero tú lo consideras inocente. Podría decirte esto rápidamente. No has escudriñado su corazón, ni examinado sus hechos, ni investigado sus pensamientos, para poder decirme: Fue asesinado injustamente. Podría responder fácilmente; pero se me opone un justo, sin controversia justo, sin duda justo, que no tenía pecado, asesinado por pecadores, entregado por un pecador; el mismo Cristo el Señor, de quien no podemos decir que tuvo alguna iniquidad, porque pagaba lo que no había robado (Salmo 68, 5), se me objeta. ¿Y qué diré de Cristo? Dices que discuto contigo. Y yo contigo. Planteas la cuestión sobre él; resuelvo la cuestión sobre él. Porque conocemos el consejo de Dios en él, que no conoceríamos si él mismo no lo revelara: para que cuando encuentres el consejo de Dios por el cual permitió que

su Hijo inocente fuera asesinado por injustos, y tal consejo que te agrade, y que, si eres justo, no pueda desagradarte, creas que también en otros casos Dios actúa con consejo, aunque te sea oculto. Vamos, hermanos, era necesario el derramamiento de sangre del justo para borrar el documento de los pecados; era necesario un ejemplo de paciencia, un ejemplo de humildad; era necesario el signo de la cruz para derrotar al diablo y sus ángeles (Colosenses 2, 14-15); necesitábamos la pasión de nuestro Señor: porque por la pasión del Señor el mundo fue redimido. ¡Cuántos bienes realizó la pasión del Señor! Y sin embargo, la pasión de este justo no habría sido, si los injustos no hubieran matado al Señor. ¿Entonces, este bien que nos fue otorgado por la pasión del Señor, se debe a los asesinos injustos de Cristo? De ninguna manera. Ellos quisieron; Dios permitió. Ellos serían culpables, incluso si solo hubieran querido; pero Dios no lo habría permitido si no fuera justo. Quisieron matar: supongamos que no pudieron: serían injustos, serían homicidas; ¿quién lo dudaría? Porque el Señor interroga al justo y al impío (Salmo 10, 6); y, "En los pensamientos del impío habrá interrogatorio" (Sabiduría 1, 9). Dios examina lo que cada uno quiso, no lo que pudo. Por lo tanto, si hubieran querido, y no hubieran podido, y no hubieran matado, seguirían siendo injustos; la pasión de Cristo no te habría sido otorgada. El impío quiso hacer para ser condenado; fue permitido para que te fuera otorgado: lo que quiso, se imputa a la iniquidad del impío; lo que fue permitido, se imputa al poder de Dios. Por lo tanto, él quiso injustamente; Dios permitió justamente. Así que, hermanos míos, tanto Judas, el malvado traidor de Cristo, como los perseguidores de Cristo, todos malvados, todos impíos, todos injustos, todos condenables: y sin embargo, el Padre no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros (Romanos 8, 32). Dispón, si puedes; distingue, si puedes: paga a Dios tus votos, que tus labios han pronunciado (Salmo 65, 13): ve lo que hizo el injusto, lo que hizo el justo. Él quiso; este permitió: él quiso injustamente; este permitió justamente. Que la voluntad injusta sea condenada; que la permisión justa sea glorificada. ¿Qué mal le ocurrió a Cristo, porque Cristo murió? Y ellos son malos, que quisieron hacer el mal; y no sufrió ningún mal, a quien hicieron. Fue asesinada la carne mortal, matando a la muerte con la muerte, proporcionando un ejemplo de paciencia, anticipando un ejemplo de resurrección. ¡Cuántos bienes se hicieron del mal del injusto al justo! Esto es lo grande de Dios, porque el bien que haces, él mismo te lo dio, y del mal que haces, él mismo hace bien. No te maravilles, entonces; Dios permite, y permite con juicio: permite, y permite con medida, número, peso. En él no hay iniquidad. Solo permanece en él, pon tu esperanza en él; que él sea tu ayudador, tu salvación; que en él esté el lugar fortificado, la torre de fortaleza; que él sea tu refugio, y no te dejará ser tentado más allá de lo que puedes soportar, sino que hará con la tentación también la salida, para que puedas soportar (1 Corintios 10, 13): para que lo que te permite sufrir la tentación, sea su poder; lo que no permite que te suceda más allá de lo que puedes soportar, sea su misericordia: "Porque el poder es de Dios, y a ti, Señor, la misericordia, porque tú recompensarás a cada uno según sus obras". Y después del tratado sobre el Salmo, cuando se mostró un astrólogo entre el pueblo, el mismo añadió sobre él.

23. La sed de la Iglesia también quiere que este, a quien veis, beba. Al mismo tiempo, para que sepáis cuántos en la mezcla de los cristianos bendicen con su boca, y en su corazón maldicen, este regresa penitente de cristiano y fiel, y aterrorizado por el poder del Señor, se convierte a la misericordia del Señor. Pues seducido por el enemigo cuando era fiel, fue astrólogo durante mucho tiempo; seducido seduciendo, engañado engañando, atraído, engañó, habló muchas mentiras contra Dios, quien dio a los hombres el poder de hacer lo que es bueno, y no hacer lo que es malo. Este decía que el adulterio no lo hacía la propia voluntad, sino Venus; y el homicidio no lo hacía la propia voluntad, sino Marte; y el justo no lo hacía Dios, sino Júpiter: y muchas otras cosas sacrílegas no pequeñas. ¿Cuántos cristianos creéis que les quitó dinero? ¿Cuántos compraron de él la mentira, a quienes decíamos: "Hijos de los

hombres, ¿hasta cuándo seréis duros de corazón? ¿Por qué amáis la vanidad y buscáis la mentira?" (Salmo 4, 3). Ahora, como se debe creer de él, ha aborrecido la mentira, y el seductor de muchos hombres se ha sentido alguna vez seducido por el diablo; se convierte a Dios penitente. Creemos, hermanos, que ha sucedido por un gran temor del corazón. ¿Qué diremos? Pues si se convirtiera un astrólogo de pagano, sería una gran alegría; pero aún podría parecer que si se convirtiera, buscaría el clero en la Iglesia. Es penitente; no busca sino solo misericordia. Por lo tanto, debe ser recomendado a vuestros ojos y corazones. Amadlo con vuestros corazones, guardadlo con vuestros ojos. Vedlo, conocedlo, y dondequiera que pase, mostradlo a los demás hermanos que ahora no están aquí: y esta diligencia es misericordia, para que el seductor no retraiga el corazón, y ataque. Guardaos; no os pase desapercibida su conversación, su camino; para que con vuestro testimonio se nos confirme que verdaderamente se ha convertido al Señor. Pues la fama de su vida no callará, cuando así se os ofrece para ser visto y compadecido. Sabéis que en los Hechos de los Apóstoles está escrito que muchos perdidos, es decir, hombres de tales artes, y seguidores de doctrinas nefastas, trajeron todos sus libros a los Apóstoles; y se quemaron tantos libros, que fue necesario que el escriba hiciera una estimación de ellos, y escribiera la suma del precio (Hechos 19, 19). Esto, sin duda, para la gloria de Dios, para que tales perdidos no fueran desesperados por aquel que sabe buscar lo que se había perdido (Lucas 15, 32). Por lo tanto, este se había perdido; ahora ha sido buscado, encontrado, traído: lleva consigo libros para ser quemados, por los cuales iba a ser quemado, para que, al ser arrojados al fuego, él pase al refrigerio. Sabed, sin embargo, hermanos, que hace tiempo que llama a la Iglesia antes de Pascua: pues antes de Pascua comenzó a pedir la medicina de la Iglesia de Cristo. Pero como es un arte en el que estaba ejercitado, que sería sospechoso de mentira y engaño, fue diferido para no ser tentado; y sin embargo, fue admitido alguna vez, para no ser tentado más peligrosamente. Orad por él a través de Cristo. En verdad, ofreced hoy vuestra oración por él al Señor nuestro Dios. Pues sabemos y estamos seguros de que vuestra oración borra todas sus impiedades. El Señor esté con vosotros.

EXPOSICIÓN SOBRE EL SALMO 62. SERMON A LA GENTE.

1. Para aquellos que quizás son aún nuevos en el nombre de Cristo, porque él recoge de todas partes a quien por todos dio su sangre, se debe decir brevemente lo que aquellos que ya saben escuchen con gusto, y aprendan los que no saben. Estos Salmos que cantamos, antes de que nuestro Señor Jesucristo naciera de la Virgen María, fueron dichos y escritos por el dictado del Espíritu de Dios. Pues David fue rey en la nación de los judíos; una nación que adoraba a un solo Dios, quien hizo el cielo y la tierra, el mar y todo lo que hay en ellos, ya sea visible o invisible. Pero las demás naciones, o adoraban ídolos que habían hecho con sus manos, o la creación de Dios, no al mismo Creador, es decir, o el sol, o la luna, o las estrellas, o el mar, o las montañas, o los árboles. Pues todas estas cosas las hizo Dios; y quiere ser alabado en ellas, no que ellas sean adoradas en su lugar. Así que en la misma nación de los judíos, David fue rey, de cuya descendencia nació nuestro Señor Jesucristo (Romanos 1, 3) de la Virgen María; porque de él descendía la virgen María que dio a luz a Cristo (Lucas 2, 7): y estos Salmos fueron dichos, y en ellos se profetizaba que Cristo vendría después de muchos años: y se decía por aquellos Profetas, que fueron antes de que nuestro Señor Jesucristo naciera de la Virgen María, todo lo que iba a suceder en nuestros tiempos; lo que ahora leemos, y vemos: y nos alegramos mucho porque nuestra esperanza fue predicha por los santos, que no veían aquello cumplido, pero en espíritu veían lo que iba a suceder: y ahora leemos y escuchamos de los lectores; discutimos sobre ello; y como está en las Escrituras, así lo vemos cumplirse por todo el mundo. ¿Quién no se alegra de esto? ¿Quién no espera que también vengan las cosas que aún no han llegado, debido a aquellas que ya se han cumplido tanto? Pues ahora,

hermanos, veis que todo el mundo, toda la tierra, todas las naciones, todas las regiones corren al nombre de Cristo, y creen en Cristo. Ciertamente veis esto, cómo en todas partes se derriban las vanidades de los paganos; veis esto, os es manifiesto. ¿Acaso también esto os lo leemos de un libro, y no sucede ante vuestros ojos? Por lo tanto, todo esto que veis suceder ante vuestros ojos, fue escrito hace inmensos volúmenes de años por aquellos que ahora leemos, cuando ya vemos que esto se cumple. Pero como también están escritas aquellas cosas que aún no han llegado, es decir, que nuestro Señor Jesucristo vendrá para juzgar, quien primero vino para ser juzgado; pues vino primero humilde, después vendrá exaltado; vino para mostrar un ejemplo de paciencia, después vendrá para juzgar a todos según sus méritos, ya sean buenos o malos: porque aún no ha venido esto que esperamos, que Cristo venga como juez de vivos y muertos, debemos creerlo. Creer que lo poco que resta vendrá, cuando ya vemos que tantas cosas que entonces iban a suceder, ahora se han cumplido. Pues es necio quien no quiere creer lo poco que resta, cuando ve que tantas cosas se han cumplido, que entonces no eran cuando se predecían.

2. Este Salmo, por lo tanto, se dice en la persona de nuestro Señor Jesucristo, y de la cabeza y los miembros. Pues aquel único que nació de María, y sufrió, y fue sepultado, y resucitó, y ascendió al cielo, y ahora está sentado a la derecha del Padre e intercede por nosotros, es nuestra cabeza. Si él es la cabeza, nosotros somos los miembros: toda su Iglesia que está difundida por todas partes, es su cuerpo, del cual él es la cabeza. No solo los fieles que ahora son, sino también los que fueron antes de nosotros, y los que después de nosotros serán hasta el fin del mundo, todos pertenecen a su cuerpo; del cual él es la cabeza, quien ascendió al cielo (Colosenses 1, 18). Pues ya que conocemos la cabeza y el cuerpo, él es la cabeza, nosotros el cuerpo. Cuando escuchamos su voz, debemos escuchar tanto de la cabeza como del cuerpo; porque lo que él sufrió, en él también nosotros sufrimos; porque también lo que nosotros sufrimos, en nosotros también él sufre. Así como si algo sufre la cabeza, ¿puede decir la mano que no sufre? o si algo sufre la mano, ¿puede la cabeza decir que no sufre? o si algo sufre el pie, ¿puede la cabeza decir que no sufre? Cuando algo sufre uno de nuestros miembros, todos los miembros corren, para socorrer al miembro que sufre. Si, por lo tanto, cuando él sufrió, nosotros sufrimos en él, y él ya ascendió al cielo, y está sentado a la derecha del Padre; todo lo que su Iglesia sufre en las tribulaciones de este mundo, en las tentaciones, en las necesidades, en las angustias (porque así debe ser educada, para ser purificada como oro por el fuego), él lo sufre. Probamos esto, porque nosotros sufrimos en él, como dice el Apóstol: "Si habéis muerto con Cristo; ¿por qué, como si vivierais en el mundo, os sometéis a preceptos?" (Colosenses 2, 20). También dice: "Porque nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido" (Romanos 6, 6). Si, por lo tanto, hemos muerto en él, también hemos resucitado en él. Pues el mismo Apóstol dice: "Si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la derecha de Dios" (Colosenses 3, 1). Si, por lo tanto, hemos muerto en él, y hemos resucitado en él; también él muere en nosotros, y resucita en nosotros (pues él es la unidad de la cabeza y el cuerpo); no sin razón su voz es también nuestra, y nuestra voz es también suya. Escuchemos, por lo tanto, el Salmo, y entendamos a Cristo hablando en él.

3. [vers. 1.] Este Salmo tiene el título, "De David, cuando estaba en el desierto de Idumea". Por el nombre de Idumea se entiende este mundo. Idumea era una nación de hombres errantes, donde se adoraban ídolos. No se pone en buen sentido esta Idumea. Si no se pone en buen sentido, se debe entender que esta vida, donde sufrimos tantos trabajos y donde estamos sujetos a tantas necesidades, se significa con el nombre de Idumea. Y aquí está el desierto donde se tiene mucha sed, y escucharéis ahora la voz de quien tiene sed en el desierto. Si nos reconocemos a nosotros mismos como sedientos, también nos reconoceremos como

bebiendo. Porque quien tiene sed en este mundo, en el mundo futuro será saciado, como dice el Señor: "Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados" (Mateo 5, 6). Por lo tanto, en este mundo no debemos amar la saciedad. Aquí se debe tener sed; en otro lugar seremos saciados. Pero ahora, para que no desfallezcamos en este desierto, nos rocía con el rocío de su palabra, y no nos deja secarnos por completo, para que no se repita de nosotros, sino que tengamos sed de manera que bebamos. Y para que bebamos, alguna gracia suya nos rocía; sin embargo, tenemos sed. ¿Y qué dice nuestra alma a Dios?

4. [vers. 2.] Dios, Dios mío, a ti de madrugada vigilo. ¿Qué significa vigilar? Sin duda, no dormir. ¿Qué es dormir? Hay un sueño del alma, hay un sueño del cuerpo. Todos debemos tener el sueño del cuerpo; porque si no se tiene el sueño del cuerpo, el hombre se debilita, el mismo cuerpo se debilita. Pues nuestro frágil cuerpo no puede sostener por mucho tiempo un alma vigilante e intensa en sus acciones: si el alma está mucho tiempo atenta en sus acciones, el cuerpo frágil y terrenal no la soporta, no la sostiene actuando perpetuamente; y se debilita, y sucumbe. Por eso Dios ha dado el sueño al cuerpo, para que se reparen los miembros del cuerpo, de modo que puedan sostener al alma vigilante. Sin embargo, debemos evitar que nuestra alma misma duerma; pues el sueño del alma es malo. El sueño del cuerpo es bueno, ya que repara la salud del cuerpo. Pero el sueño del alma es olvidar a su Dios. Cualquier alma que haya olvidado a su Dios, duerme. Por eso el Apóstol dice a algunos que han olvidado a su Dios, y que actúan como en un sueño, delirando en la adoración de ídolos. Así son los que adoran ídolos, como los que ven vanidades en sueños: pero si su alma despierta, entiende de quién fue hecha, y no adora lo que ella misma hizo. Por eso el Apóstol dice a algunos: Despierta, tú que duermes, y levántate de entre los muertos; y te iluminará Cristo (Efesios V, 14). ¿Acaso el Apóstol despertaba a alguien que dormía corporalmente? Sino que despertaba al alma dormida, cuando la despertaba para que fuera iluminada por Cristo. Así que según estas vigiliias dice este: Dios, Dios mío, a ti de madrugada vigilo. Pues no vigilarías en ti, si no surgiera tu luz, que te despertara del sueño. Cristo ilumina las almas, y las hace vigilar: pero si retira su luz, se duermen. Por eso se le dice a él en otro salmo: Ilumina mis ojos, para que nunca duerma en la muerte (Salmo XII, 4). O si se apartan de él, se duermen, la luz está presente para ellos, y no pueden ver, porque duermen. Así como el que duerme corporalmente durante el día; ya ha salido el sol, ya calienta el día, y él está como en la noche, porque no vigila para ver el día ya amanecido: así para algunos, ya presente Cristo, ya predicada la verdad, aún está el sueño del alma. A ellos, pues, si vigiláis, les diréis cada día: Despierta, tú que duermes, y levántate de entre los muertos; y te iluminará Cristo. Pues vuestra vida, y vuestras costumbres deben vigilar en Cristo, para que otros, los paganos dormidos, sientan y se despierten al sonido de vuestras vigiliias, y ellos mismos sacudan el sueño, y comiencen en Cristo con vosotros a decir: Dios, Dios mío, a ti de madrugada vigilo.

5. Mi alma tiene sed de ti. He aquí ese desierto de Idumea. Ved cómo aquí tiene sed: pero ved qué bueno es aquí, Mi alma tiene sed de ti. Pues hay quienes tienen sed, pero no de Dios. Todo el que desea que se le conceda algo, está en el ardor del deseo: el mismo deseo es la sed del alma. Y ved cuántos deseos hay en los corazones de los hombres: uno desea oro, otro desea plata, otro desea posesiones, otro herencias, otro mucho dinero, otro muchos ganados, otro una gran casa, otro una esposa, otro honores, otro hijos. Veis estos deseos, cómo están en los corazones de los hombres. Todos los hombres arden en deseo; y apenas se encuentra quien diga: Mi alma tiene sed de ti. Pues los hombres tienen sed del mundo; y no se dan cuenta de que están en el desierto de Idumea, donde su alma debe tener sed de Dios. Digamos, pues, nosotros, Mi alma tiene sed de ti; digámoslo todos, porque en la concordia de Cristo todos somos una sola alma: esa misma alma tenga sed en Idumea.

6. Mi alma tiene sed de ti, dice, cuán multiplicadamente de ti también mi carne. Poco es que mi alma tenga sed, también mi carne tiene sed. Ahora bien, si el alma tiene sed de Dios, ¿cómo también la carne tiene sed de Dios? Pues cuando la carne tiene sed, tiene sed de agua; cuando el alma tiene sed, tiene sed de la fuente de sabiduría. De esa misma fuente se embriagarán nuestras almas, como dice otro salmo: Se embriagarán de la abundancia de tu casa, y del torrente de tus delicias les harás beber (Salmo XXXV, 9). Por tanto, debe tenerse sed de sabiduría, debe tenerse sed de justicia. No nos saciaremos de ella, no nos llenaremos de ella, sino cuando esta vida haya terminado, y lleguemos a lo que Dios ha prometido. Pues Dios ha prometido la igualdad con los ángeles (Lucas XX, 36): y ahora los ángeles no tienen sed como nosotros, no tienen hambre como nosotros; sino que tienen la plenitud de la verdad, de la luz, de la sabiduría inmortal. Por eso son bienaventurados; y de tanta bienaventuranza, porque están en esa ciudad celestial de Jerusalén, de donde ahora somos peregrinos, nos miran peregrinos, y se compadecen de nosotros, y por mandato del Señor nos ayudan, para que alguna vez regresemos a esa patria común, y allí con ellos nos saciamos alguna vez de la fuente del Señor de la verdad y de la eternidad. Ahora, pues, tenga sed nuestra alma: ¿de dónde también nuestra carne tiene sed, y esto multiplicadamente? Multiplicadamente de ti, dice, también mi carne. Porque también a nuestra carne se le promete la resurrección. Así como a nuestra alma se le promete la bienaventuranza, así también a nuestra carne se le promete la resurrección. Se nos promete una resurrección de la carne tal: escuchad, y aprended, y retened cuál es la esperanza de los cristianos, por qué somos cristianos. Pues no somos cristianos para pedirnos una felicidad terrenal, que a menudo tienen también los ladrones y los malvados. Somos cristianos para otra felicidad, que recibiremos cuando toda esta vida de este mundo haya pasado. Por tanto, se nos promete también la resurrección de la carne; y se nos promete una resurrección de la carne tal, que esta misma carne que ahora llevamos, resucitará al final. No os parezca increíble. Pues si Dios nos hizo cuando no éramos, ¿es mucho para él reparar lo que éramos? Por tanto, no os parezca increíble, porque veis que los muertos se pudren, y se convierten en cenizas y polvo. O si un muerto es quemado, o si los perros lo despedazan, ¿pensáis que de allí no resucitará? Todo lo que se descompone y se convierte en ciertas cenizas, está íntegro para Dios. Pues van a esos elementos del mundo, de donde primero vinieron, cuando fuimos hechos: no los vemos; pero sin embargo, Dios sabe de dónde los producirá, porque antes de que existiéramos, sabía de dónde nos produjo. Por tanto, se nos promete una resurrección de la carne tal, que aunque sea la misma carne que ahora llevamos, la que resucitará, sin embargo, no tendrá la corrupción que ahora tiene. Pues ahora, por la corrupción de la fragilidad, si no comemos, nos debilitamos y tenemos hambre; si no bebemos, nos debilitamos y tenemos sed; si vigilamos mucho tiempo, nos debilitamos y dormimos: si dormimos mucho tiempo, nos debilitamos; por eso vigilamos: si comemos y bebemos mucho tiempo; aunque comamos y bebamos para la restauración, esa misma restauración prolongada es debilitamiento: si estamos de pie mucho tiempo, nos fatigamos: por eso nos sentamos: y si nos sentamos mucho tiempo, también allí nos fatigamos, y por eso nos levantamos. Luego ved que no hay estado de nuestra carne: porque la infancia vuela hacia la niñez; y buscas la infancia, y no hay infancia, porque ya en lugar de la infancia está la niñez: de nuevo, esta misma migra a la adolescencia; buscas la niñez, y no la encuentras: el adolescente se convierte en joven; buscas al adolescente, y no está: el joven se convierte en anciano; buscas al joven, y no lo encuentras: el anciano muere; buscas al anciano, y no lo encuentras. Por tanto, nuestra edad no se detiene: en todas partes hay fatiga, en todas partes hay cansancio, en todas partes hay corrupción. Atendiendo a qué esperanza de resurrección nos promete Dios, en todas estas nuestras múltiples deficiencias tenemos sed de esa incorruptibilidad; y así nuestra carne multiplicadamente tiene sed de Dios. En esta Idumea, en este desierto, cuanto más

multiplicadamente trabaja, tanto más multiplicadamente tiene sed; cuanto más multiplicadamente se fatiga, tanto más multiplicadamente tiene sed de esa incorruptibilidad infatigable.

7. [vers. 3.] Sin embargo, hermanos míos, el buen cristiano y fiel también en este mundo tiene sed de Dios con su carne: porque si la carne necesita pan, si necesita agua, si necesita vino, si necesita dinero, si necesita una bestia de carga, esta carne debe pedirlo a Dios, no a los demonios, y a los ídolos, y a no sé qué potestades de este mundo. Pues hay quienes, cuando sufren hambre en este mundo, abandonan a Dios, y ruegan a Mercurio, o ruegan a Júpiter para que les dé, o a la que llaman Celeste, o a algunos demonios similares: no tienen sed de Dios con su carne. Pero los que tienen sed de Dios, deben tener sed de él en todo, tanto con el alma como con la carne: porque Dios da a la alma su pan, es decir, la palabra de la verdad; y Dios da a la carne lo que necesita, porque Dios hizo tanto el alma como la carne. Por tu carne ruegas a los demonios: ¿acaso Dios hizo el alma, y los demonios hicieron tu carne? El que hizo el alma, él mismo hizo también la carne: el que hizo ambas cosas, él mismo alimenta ambas cosas. Que todo nuestro ser tenga sed de Dios, y de su múltiple trabajo se sacie simplemente.

8. Pero, ¿dónde tiene sed nuestra alma, y multiplicadamente nuestra carne, no de cualquiera, sino de ti, Señor, es decir, de nuestro Dios; dónde tiene sed? En tierra desierta, y sin camino, y sin agua. Este mundo hemos dicho; esa misma es Idumea, este es el desierto de Idumea, de donde el Salmo tomó su título. En tierra desierta. Poco es, desierta, donde no habita ningún hombre; además, y sin camino, y sin agua. ¡Ojalá tuviera al menos camino ese desierto! ¡Ojalá el hombre que allí se encuentra, al menos supiera por dónde salir de allí! No ve a un hombre como consuelo, no ve un camino por el cual salir del desierto. Por tanto, allí se desvía. ¡Ojalá hubiera al menos agua, de donde se refrescara, quien no puede salir de allí! Mal desierto, horrible y temible! y sin embargo, Dios se compadeció de nosotros, y nos hizo un camino en el desierto, el mismo Señor nuestro Jesucristo (Juan XIV, 6); y nos hizo consuelo en el desierto, enviándonos predicadores de su palabra; y nos dio agua en el desierto, llenando con el Espíritu Santo a sus predicadores, para que en ellos se hiciera una fuente de agua que salta para vida eterna (Juan IV, 14). Y he aquí que tenemos aquí todo; pero no son del desierto. Por tanto, el Salmo primero recomendó la propiedad del desierto, para que tú, al escuchar en qué mal estabas, si aquí pudieras tener algunas consolaciones, ya sea de compañeros, o de camino, o de agua, no las atribuyeras al desierto, sino a aquel que se dignó visitarte en el desierto.

9. Así en el santuario me aparecí a ti, para ver tu poder y tu gloria. Primero mi alma tuvo sed, y mi carne multiplicadamente de ti en el desierto, y en tierra sin camino, y sin agua; y así en el santuario me aparecí a ti, para ver tu poder y tu gloria. A menos que alguien primero tenga sed en este desierto, es decir, en el mal en el que está, nunca llegará al bien que es Dios. Sin embargo, me aparecí a ti, dice, en el santuario. Ya en el santuario hay gran consuelo. Me aparecí a ti, ¿qué significa? Para que me vieras: y por eso me viste para que yo te viera. Me aparecí a ti, para ver. No dijo. Me aparecí a ti, para que vieras; sino, Me aparecí a ti, para ver tu poder y tu gloria. De donde también el Apóstol: Ahora, sin embargo, dice, conociendo a Dios, más bien siendo conocidos por Dios (Gálatas IV, 9). Pues primero os aparecisteis a Dios, para que Dios pudiera apareceros. Para ver tu poder y tu gloria. En verdad, en este desierto, es decir, en esta soledad, si el hombre exige del desierto lo que le es saludable, nunca verá el poder del Señor, y la gloria del Señor; sino que permanecerá muriendo de sed; no encontrará camino, ni consuelo, ni agua por la cual dure en la soledad. Pero cuando se levante hacia Dios, para decirle con todas sus entrañas, Mi alma tiene sed de ti: cuán multiplicadamente de ti también mi carne; no sea que tal vez pida las necesidades de la carne

a otros y no a Dios, o no desee esa resurrección de la carne que Dios nos promete: cuando, pues, se levante, tendrá no pequeñas consolaciones.

10. He aquí, hermanos, cómo nuestra carne mientras es mortal, mientras es frágil, antes de esa resurrección tiene estos consuelos con los que vivimos, pan, agua, frutos, vino, aceite (todos estos consuelos y ayudas si nos faltan, ciertamente no podemos durar) aunque aún no haya recibido esta carne esa salud perfecta, donde no sufrirá ninguna angustia, ninguna necesidad: así también nuestra alma cuando está aquí en esta carne, entre las tentaciones y peligros de este mundo, todavía es débil; también tiene consuelos de la palabra, consuelos de la oración, consuelos de la discusión: así son estos para nuestra alma, como aquellos para nuestra carne. Pero cuando nuestra carne resucite, para que ya no necesitemos de estos, tendrá un lugar y estado de su incorruptibilidad: así también nuestra alma tendrá su alimento, el mismo Verbo de Dios, por el cual fueron hechas todas las cosas (Juan I, 3). Sin embargo, gracias a Dios, que ahora en esta soledad no nos abandona; ya sea dándonos lo que es necesario para la carne, ya sea dándonos lo que es necesario para el alma: y cuando nos educa con algunas necesidades, quiere que lo amemos más; no sea que por la abundancia nos corrompamos, y lo olvidemos. A veces nos quita lo que es necesario, y nos aflige; para que sepamos que es Padre y Señor, no solo acariciando, sino también castigando. Pues nos prepara para una herencia incorruptible y grande. Si piensas dejar una copa, o una bodega, o lo que tengas en tu casa, a tu hijo, y para que no lo pierda, lo educas, y lo corriges con castigos para que no pierda nada tuyo, que también tú dejarás aquí, como tú; ¿no quieres que nuestro Padre nos eduque con castigos incluso de necesidades o tribulaciones, quien nos dará una herencia tal, que no puede pasar? Pues nos dará Dios como herencia a sí mismo, para que lo poseamos, y seamos poseídos por él eternamente.

11. Por tanto, en el santuario aparezcamos a Dios, para que él nos aparezca; aparezcamos a él en santo deseo, para que él nos aparezca en el poder y la gloria del Hijo de Dios. Pues a muchos no les apareció; estén en el santuario, para que también les aparezca. Pues muchos piensan que él fue solo un hombre, porque se predica que nació de un hombre, fue crucificado y muerto, caminó en la tierra, comió y bebió, y realizó otras cosas que son humanas: y piensan que él fue tal como los demás hombres. Pero habéis oído ahora cuando se leía el Evangelio, cómo recomendó su majestad: Yo y el Padre somos uno (Juan X, 30). He aquí cuánta majestad, y cuánta igualdad con el Padre descendió a la carne por nuestra debilidad! He aquí cuánto fuimos amados, antes de amar a Dios! Si antes de amar a Dios, fuimos tan amados por él, que hizo a su Hijo igual a él hombre por nosotros; ¿qué nos guarda ya amándolo? Por tanto, muchos no sé qué mínimo piensan que apareció en la tierra el Hijo de Dios; porque no están en el santuario, no les aparece su poder, y su gloria: es decir, porque aún no tienen santificado el corazón, de donde entiendan la eminencia de su virtud, y den gracias a Dios porque por ellos tanto vino, a qué nacimiento, a qué pasión; no pueden ver su gloria y su poder.

12. [vers. 4.] Porque mejor es tu misericordia que las vidas. Muchas son las vidas humanas; pero Dios promete una vida; y no nos la da como por nuestros méritos, sino por su misericordia. Pues, ¿qué bien hicimos, para merecer eso? o ¿qué buenas obras nuestras precedieron, para que Dios nos diera su gracia? ¿Acaso encontró justicias que coronar, y no delitos que perdonar? Pues ciertamente los delitos que perdonó si quisiera castigar, no sería injusto. Pues, ¿qué tan justo es, que se castigue al pecador? Siendo justo que se castigue al pecador, perteneció a su misericordia no castigar al pecador, sino justificarlo, y hacer del pecador justo, y del impío piadoso. Por tanto, su misericordia es mejor que las vidas. ¿Qué vidas? Las que los hombres eligieron para sí. Uno eligió para sí la vida de negociar, otro la vida de labrar, otro la vida de prestar, otro la vida de militar; uno aquella, otro aquella. Son

diversas las vidas, pero mejor es tu misericordia que nuestras vidas. Mejor es lo que das a los corregidos, que lo que eligen los perversos. Das una vida, que se anteponga a todas nuestras vidas, cualesquiera que en el mundo hayamos podido elegir. Porque mejor es tu misericordia que las vidas, mis labios te alabarán. No te alabarían mis labios, si no me precediera tu misericordia. Con tu don te alabo, por tu misericordia te alabo. Pues no podría yo alabar a Dios, si no me diera poder alabarlo. Porque mejor es tu misericordia que las vidas, mis labios te alabarán.

13. [vers. 5.] Así te bendeciré en mi vida, y en tu nombre levantaré mis manos. Así te bendeciré en mi vida: ya en la vida que me has dado; no en aquella que elegí según el mundo con los demás, entre muchas vidas, sino la que me diste por tu misericordia, para alabarte. Así te bendeciré en mi vida. ¿Qué significa, así? Que atribuyo mi vida a tu misericordia en la cual te alabo; no a mis méritos. Y en tu nombre levantaré mis manos. Levanta, pues, las manos en oración. Nuestro Señor levantó sus manos en la cruz por nosotros, y sus manos fueron extendidas por nosotros. Por eso sus manos fueron extendidas en la cruz, para que nuestras manos se extiendan en buenas obras; porque su cruz nos ofreció misericordia. He aquí que Él levantó sus manos y se ofreció a Dios como sacrificio por nosotros, y por ese sacrificio fueron borrados todos nuestros pecados. Levantemos también nosotros nuestras manos a Dios en oración; y no se avergonzarán nuestras manos levantadas a Dios, si se ejercitan en buenas obras. ¿Qué hace quien levanta las manos? ¿Por qué se nos manda que oremos a Dios con las manos levantadas? Pues el Apóstol dice: Levantando manos puras, sin ira ni contienda (I Tim. II, 8). Para que cuando levantes tus manos a Dios, vengan a tu mente tus obras. Porque estas manos se levantan para obtener lo que deseas, piensas en ejercitarlas en buenas obras, para que no se avergüencen de levantarse a Dios. En tu nombre levantaré mis manos. Estas son nuestras oraciones en esta Idumea, en este desierto, en tierra sin agua, y sin camino, donde Cristo es nuestro camino (Juan XIV, 6); pero no un camino de esta tierra. En tu nombre levantaré mis manos.

14. [vers. 6.] ¿Y qué diré cuando levante mis manos en tu nombre? ¿Qué pediré? Vamos, hermanos, cuando levantéis las manos, buscad qué pedir; pues pedís al Omnipotente. Pedid algo grande; no como piden quienes aún no han creído. Veis lo que se da también a los impíos. ¿Vas a pedirle dinero a tu Dios? ¿Acaso no lo da también a los malvados que no creen en Él? ¿Qué cosa grande vas a pedir que también se da a los malos? Pero no te desagrade, porque lo que se da también a los malos es tan frívolo, que es digno de ser dado a los malos: no te parezcan grandes cosas que pueden ser dadas también a los malos. Ciertamente, todos los dones terrenales son de Dios; pero ved que lo que se da también a los malos no debe considerarse grande. Hay algo más que nos reserva. Pensemos, pues, en lo que se da también a los malos, y de ahí entendamos lo que reserva a los buenos. Ved lo que da a los malos: les da esta luz; ved que la ven tanto los buenos como los malos: la lluvia que desciende sobre la tierra; ¡y cuántos bienes nacen de ella! Y se concede tanto a los malos como a los buenos, como dice el Evangelio: Que hace salir su sol sobre buenos y malos; y llueve sobre justos e injustos (Mat. V, 45). Por tanto, estos dones que nacen, ya sea de la lluvia o del sol, debemos pedirlos a nuestro Señor, ya que son necesarios; pero no solo estos, porque se dan tanto a buenos como a malos. ¿Qué, entonces, debemos pedir cuando levantamos las manos? Porque el Salmo lo dijo como pudo. ¿Qué es lo que dije, como pudo? Como pudo la boca humana a los oídos humanos. Porque estas cosas se dijeron por bocas humanas, y se dijeron por ciertas similitudes, como todos los débiles, todos los pequeños, pudieran entender. ¿Qué dijo? ¿Qué pidió? En tu nombre, dijo, levantaré mis manos. ¿Qué recibiré? Como de sebo y grosura se saciará mi alma. ¿Pensáis que esta alma deseó alguna grosura de carne, hermanos míos? Pues no deseó esto como algo grande, que seamos

sacrificados como carneros gordos, como cerdos gordos; o que viniera a alguna taberna, donde encontrara manjares grasos, de los cuales se saciara. Si creemos esto, somos dignos de escuchar tales cosas. Por tanto, debemos entender algo espiritual. Nuestra alma tiene una cierta grosura. Hay una cierta saciedad de la sabiduría. Pues las almas que carecen de esta sabiduría se marchitan; y se vuelven tan exiguas que en todas las buenas obras pronto desfallecen. ¿Por qué pronto desfallecen en todas las buenas obras? Porque no tienen la grosura de su saciedad. Escucha al Apóstol hablando de un alma gorda, ordenando que cada uno obre bien. ¿Qué dice? Dios ama al dador alegre (II Cor. IX, 7). ¿De dónde sería gorda el alma si no fuera saciada por el Señor? Y sin embargo, por muy gorda que sea aquí, ¿qué será en aquel futuro siglo, donde Dios nos alimentará? Mientras tanto, en esta peregrinación, lo que seremos entonces ni siquiera se puede decir. Y tal vez deseamos esa misma saciedad aquí, cuando levantamos nuestras manos, donde seremos saciados con grosura, de modo que toda nuestra indigencia desaparecerá, y no desearémos nada: porque todo lo que aquí deseamos, todo lo que aquí amamos como grande, estará presente para nosotros. Ya nuestros padres han muerto; pero Dios vive: aquí no pudimos tener siempre a nuestros padres; pero allí siempre tendremos a un Padre vivo, teniendo nuestra patria: cualquiera que sea terrenal, no podemos estar allí siempre; y es necesario que otros nazcan, y que los hijos de esos ciudadanos nazcan para excluir a sus padres de allí. Pues el niño nace para decirle al mayor: ¿Qué haces aquí? Es necesario que quienes suceden, y quienes nacen, excluyan a quienes los precedieron. Allí todos viviremos juntos; no habrá sucesor porque no habrá predecesor. ¿Qué tipo de patria es esa? Pero, ¿amas las riquezas aquí? Dios mismo será tus riquezas. Pero, ¿amas una buena fuente? ¿Qué más brillante que esa sabiduría? ¿Qué más luminoso? Todo lo que aquí puede ser amado, por todo te será quien hizo todas las cosas. Como de sebo y grosura se saciará mi alma; y mis labios de júbilo alabarán tu nombre. En este desierto, en tu nombre levantaré mis manos: que mi alma se sacie como de sebo y grosura; y mis labios de júbilo alabarán tu nombre. Pues ahora la oración, mientras haya sed; cuando la sed haya pasado, la oración pasa, y sucede la alabanza: Y mis labios de júbilo alabarán tu nombre.

15. [vers. 7, 8.] Si me acordé de ti en mi lecho, en las vigiliass meditaba en ti; porque has sido mi ayuda. Llama lecho a su descanso. Cuando alguien está en reposo, que se acuerde de Dios; cuando alguien está en reposo, que no se disuelva en el descanso y olvide a Dios; si se acuerda de Dios cuando está en reposo, en sus acciones medita en Dios. Pues llamó vigiliass a las acciones, porque todo hombre al amanecer comienza a hacer algo. ¿Qué dijo entonces? Si me acordé de ti en mi lecho, y en las vigiliass meditaba en ti. Si, pues, no me acordé en mi lecho, y en la vigilia no meditaba en ti. ¿Puede quien no piensa en Dios cuando está ocioso, pensar en Dios en sus acciones? Pero quien se acuerda de Él cuando está en reposo, en Él medita cuando actúa, para no desfallecer en la acción. Por eso, ¿qué añadió? Y en las vigiliass meditaba en ti; porque has sido mi ayuda. Pues si Dios no ayuda nuestras buenas obras, no pueden ser cumplidas por nosotros. Y debemos obrar dignamente; es decir, como en la luz, cuando obramos con Cristo mostrando. Quien obra mal, obra en la noche, no en la vigilia, como dice el Apóstol: Los que se embriagan, de noche se embriagan; y los que duermen, de noche duermen: nosotros que somos del día, seamos sobrios. Nos exhorta a que andemos honestamente como de día: Como de día, dice, andemos honestamente (Rom. XIII, 13). Y de nuevo: Vosotros, dice, sois hijos de la luz, e hijos del día; no somos de la noche ni de las tinieblas (I Tes. V, 5-8). ¿Quiénes son hijos de la noche, y de las tinieblas? Quienes obran todo mal. Tanto son hijos de la noche, que temen que se vean sus obras: y lo que públicamente obran mal, lo obran públicamente porque muchos lo hacen; lo que pocos hacen, lo hacen en secreto. Quienes obran tales cosas públicamente, están ciertamente en la luz del sol, pero en las tinieblas del corazón. Nadie, pues, obra en la vigilia, sino quien obra en Cristo. Pero quien ocioso se acuerda de Cristo, en Él medita en todas sus acciones; y es su

ayuda en la buena obra, para no desfallecer por su debilidad. Si me acordé de ti en mi lecho, en las vigiliass meditaba en ti; porque has sido mi ayuda.

16. Y en el velo de tus alas me regocijaré. Me alegro en las buenas obras, porque sobre mí está el velo de tus alas. Si no me proteges porque soy un polluelo, el milano me arrebatará. Pues nuestro mismo Señor dice en cierto lugar a Jerusalén, aquella ciudad donde fue crucificado: Jerusalén, Jerusalén, cuántas veces quise reunir a tus hijos, como la gallina a sus polluelos, y no quisiste (Mat. XXIII, 37)! Somos pequeños: por tanto, que Dios nos proteja bajo la sombra de sus alas. ¿Qué cuando seamos mayores? Es bueno para nosotros que también entonces nos proteja, para que bajo ese mayor siempre seamos polluelos. Pues Él siempre es mayor, por mucho que crezcamos. Que nadie diga, Protégeme, cuando soy pequeño: como si alguna vez pudiera llegar a tal grandeza que le baste. Sin la protección de Dios no eres nada. Siempre queramos ser protegidos por Él: entonces siempre podremos ser grandes en Él, si siempre somos pequeños bajo Él. Y en el velo de tus alas me regocijaré.

17. [vers. 9.] Se ha pegado mi alma a ti. Ved al que desea, ved al que tiene sed, ved cómo se adhiere a Dios. Názcase en vosotros este afecto. Si ya germina, que sea regado, y crezca: que llegue a tal fortaleza que también vosotros digáis de todo corazón, Se ha pegado mi alma a ti. ¿Dónde está esa unión? Esa unión es la caridad. Ten caridad, con la cual se una tu alma a Dios. No con Dios, sino tras Dios; para que Él preceda, tú sigas. Pues quien quiera preceder a Dios, quiere vivir según su propio consejo, y no quiere seguir los preceptos de Dios. Por eso también Pedro fue reprendido, cuando quiso dar consejo a Cristo que iba a sufrir por nosotros. Pues Pedro aún era débil, y no sabía cuánta utilidad había para el género humano en la sangre de Cristo: pero el Señor, que había venido a redimirnos, y a dar su sangre como precio por nosotros, comenzó a predicar su pasión. Pedro temió como si el Señor fuera a morir, a quien quería ver siempre vivir aquí como lo veía, porque estaba entregado a los ojos carnales, y afecto carnalmente al Señor; y le dijo: Lejos de ti, Señor; ten compasión de ti. Y el Señor: Vuelve tras de mí, Satanás; porque no entiendes lo que es de Dios, sino lo que es de los hombres (Mat. XVI, 22, 23). ¿Por qué, lo que es de los hombres? Porque quieres precederme, vuelve tras de mí, para que me sigas: para que ya siguiendo a Cristo dijera, Se ha pegado mi alma a ti. Con razón añade: Me ha sostenido tu diestra. Se ha pegado mi alma a ti; me ha sostenido tu diestra. Esto lo dijo Cristo en nosotros: es decir, en el hombre que llevaba por nosotros, que ofrecía por nosotros, lo dijo. Lo dice también la Iglesia en Cristo, lo dice en su cabeza; porque también ella ha sufrido aquí grandes persecuciones, y también ahora sufre individualmente. Pues, ¿quién perteneciente a Cristo no es agitado por diversas tentaciones, y diariamente el diablo y sus ángeles tratan con él, para que sea pervertido por cualquier codicia, cualquier sugerencia, o promesa de ganancia, o terror de pérdida, o promesa de vida, o terror de muerte, o enemistades de algún poderoso, o amistades de algún poderoso? De todas las maneras el diablo insiste, cómo derribar; y vivimos en persecuciones, y tenemos enemigos perpetuos, el diablo y sus ángeles: pero no temamos. Así son el diablo y sus ángeles, como milanos: estamos bajo las alas de esa gallina, y no nos puede tocar; pues la gallina que nos protege es fuerte. Es débil por nosotros; pero fuerte en sí mismo es nuestro Señor Jesucristo, la misma sabiduría de Dios. Por tanto, también lo dice la Iglesia: Se ha pegado mi alma a ti; me ha sostenido tu diestra.

18. [vers. 10.] Pero ellos en vano buscaron mi alma. ¿Qué me hicieron quienes buscaron perder mi alma? ¡Ojalá buscaran mi alma, para creer conmigo! Pero buscaron mi alma para perderme. ¿Qué iban a hacer? Pues no iban a arrebatarse la unión, con la cual se adhirió mi alma a ti. Pues, ¿quién nos separará del amor de Cristo? ¿tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o espada (Rom. VII, 35)? Tu diestra me ha sostenido. Por tanto, por esa unión y por tu potentísima diestra, en vano buscaron mi alma. Todos los que

persiguieron, o desean perseguir a la Iglesia, de ellos se puede entender esto: pero principalmente tomemos esto de los judíos, que buscaron perder el alma de Cristo, tanto en nuestra cabeza que crucificaron, como en sus discípulos que después persiguieron. Buscaron mi alma. Entrarán en las profundidades de la tierra. No quisieron perder la tierra, para crucificar a Cristo: entraron en las profundidades de la tierra. ¿Cuáles son las profundidades de la tierra? Las codicias terrenales. Es mejor caminar con la carne sobre la tierra, que ir con la codicia bajo la tierra. Pues todo el que desea cosas terrenales contra su salvación, está bajo la tierra: porque ha puesto la tierra sobre sí, ha puesto la tierra sobre sí, y se ha hecho inferior. Por tanto, ellos temiendo perder la tierra, ¿qué dijeron del Señor Jesucristo, cuando vieron a muchas multitudes ir tras Él, porque hacía maravillas? Si lo dejamos vivir, vendrán los romanos, y nos quitarán el lugar y la nación (Juan XI, 48). Temieron perder la tierra, y fueron bajo la tierra: les sucedió también lo que temieron. Pues por eso quisieron matar a Cristo, para no perder la tierra; y por eso perdieron la tierra, porque mataron a Cristo. Pues habiendo dicho el mismo Señor a ellos, Se os quitará el reino, y se dará a una nación que haga justicia (Mat. XXI, 43), les siguieron grandes calamidades de persecuciones. Los vencieron los emperadores romanos, y los reyes de las naciones: fueron excluidos del mismo lugar donde crucificaron a Cristo; y ahora ese lugar está lleno de alabadores cristianos, no tiene ningún judío; se ha librado de los enemigos de Cristo, se ha llenado de alabadores de Cristo. He aquí que perdieron el lugar a manos de los romanos, porque mataron a Cristo, a quien mataron para no perder el lugar a manos de los romanos. Por tanto, entrarán en las profundidades de la tierra.

19. [vers. 11.] Serán entregados a la espada. Realmente así les sucedió visiblemente; fueron derrotados por los enemigos que irrumpieron. Serán parte de los zorros. Llama zorros a los reyes del mundo, que entonces fueron cuando Judea fue derrotada. Escuchad, para que sepáis y entendáis que los llama zorros. El mismo Señor llamó zorro al rey Herodes: Id, dijo, y decid a aquel zorro (Luc. XIII, 32). Ved, y prestad atención, hermanos míos: no quisieron tener a Cristo como rey, y se hicieron parte de los zorros. Pues cuando Pilato, el gobernador, en Judea, mató a Cristo por las voces de los judíos, dijo a esos judíos: ¿Crucificaré a vuestro rey? Porque se decía que era rey de los judíos, y Él era el verdadero rey. Y ellos rechazando a Cristo, dijeron: No tenemos rey sino a César (Juan XIX, 15). Rechazaron al cordero; eligieron al zorro; con razón se hicieron parte de los zorros.

20. [vers. 12.] Pero el rey: por eso está puesto así porque eligieron al zorro, y no quisieron al rey. Pero el rey: es decir, el verdadero rey, a quien se inscribió el título cuando sufrió. Pues Pilato puso este título sobre su cabeza, Rey de los judíos, en hebreo, griego y latín: para que todos los que pasaran leyeran la gloria del rey, y la ignominia de los mismos judíos, que rechazando al verdadero rey, eligieron al zorro César. Pero el rey se alegrará en Dios. Ellos se hicieron parte de los zorros: Pero el rey se alegrará en Dios. A quien se creyeron haber vencido cuando lo crucificaron, entonces crucificado derramó el precio con el que compró el mundo. Pero el rey se alegrará en Dios: será alabado todo el que jura en Él. ¿Por qué, será alabado todo el que jura en Él? Porque eligió a Cristo, no al zorro; porque cuando esos judíos insultaron, entonces Él dio de donde fuimos redimidos. Por tanto, pertenecemos a Él que nos redimió, que venció al mundo por nosotros, no con un ejército armado, sino con una cruz burlada. Pero el rey se alegrará en Dios: será alabado todo el que jura en Él. ¿Quién jura en Él? Quien le promete su vida, quien le hace voto y lo cumple, quien se hace cristiano: esto es lo que dice, Será alabado todo el que jura en Él. Porque se ha cerrado la boca de los que hablan iniquidades. ¿Cuántas iniquidades hablaron los judíos? ¿Cuántas maldades dijeron, no solo los judíos, sino todos los que persiguieron a los cristianos por los ídolos? Cuando se ensañaban contra los cristianos, pensaban que podían acabar con los cristianos: cuando

pensaban que podían acabar, los cristianos crecieron, y ellos fueron acabados. Se ha cerrado la boca de los que hablan iniquidades. Nadie se atreve ahora a hablar públicamente contra Cristo: ya todos temen a Cristo: Porque se ha cerrado la boca de los que hablan iniquidades. Cuando el Cordero estaba en debilidad, incluso los zorros se atrevían contra el Cordero. Venció el León de la tribu de Judá (Apoc. V, 5), y callaron los zorros: Porque se ha cerrado la boca de los que hablan iniquidades.

EN EL SALMO LXIII COMENTARIO. SERMON A LA PLEBE.

1. Celebrando hoy la fiesta de la pasión de los santos mártires, regocijémonos en su memoria, recordando lo que sufrían y comprendiendo lo que contemplaban. Nunca habrían soportado tales tribulaciones en la carne si no concibieran una gran paz en la mente. Recitemos, pues, este salmo en honor de esta solemnidad. Ayer vuestra Caridad escuchó mucho, y hoy no pudimos negar nuestro servicio a esta festividad. Así, ya que en este salmo se encomienda especialmente la pasión del Señor, y los mártires no podrían haber sido fuertes si no hubieran contemplado a aquel que primero sufrió; ni habrían soportado tales sufrimientos en la pasión como él, si no esperaran en la resurrección lo que él mismo demostró: vuestra Santidad sabe que nuestra cabeza es nuestro Señor Jesucristo, y todos los que se adhieren a él son miembros de esa cabeza; y ya conocéis bien su voz, pues no habla solo desde la cabeza, sino también desde el cuerpo; y sus voces no solo significan o proclaman al mismo Señor Jesucristo, que ya ascendió al cielo, sino también a sus miembros que seguirán a su propia cabeza: reconozcamos aquí no solo su voz, sino también la nuestra. Y que nadie diga que hoy no estamos en la tribulación de las pasiones. Siempre habéis escuchado esto, porque en aquellos tiempos la Iglesia era empujada casi toda junta, pero ahora es tentada individualmente. El diablo está atado, para que no haga tanto como puede, ni tanto como quiere; sin embargo, se le permite tentar tanto como conviene a los que progresan. No nos conviene estar sin tentaciones: no pidamos a Dios que no seamos tentados, sino que no seamos inducidos a la tentación.

2. [vers. 2.] Digamos también nosotros: Escucha, Dios, mi oración, cuando estoy angustiado: líbrame del temor del enemigo. Los enemigos se ensañaron con los mártires; ¿qué oraba esta voz del cuerpo de Cristo? Oraba para ser librados de los enemigos, y que no pudieran matarlos. ¿Entonces no fueron escuchados, porque fueron asesinados; y Dios abandonó a sus siervos de corazón contrito, y despreció a los que esperaban en él? De ninguna manera. ¿Quién invocó al Señor y fue abandonado? ¿Quién esperó en él y fue desamparado por él (Ecli. II, 11, 12)? Eran escuchados, y eran asesinados; y sin embargo, eran librados de los enemigos. Otros, temiendo, consentían y vivían; y sin embargo, ellos eran absorbidos por los enemigos. Los asesinados eran librados, los vivos eran absorbidos. De ahí también aquella voz de gratitud: Quizás nos habrían tragado vivos (Sal. CXXIII, 3). Muchos fueron tragados, y vivos tragados; muchos muertos tragados. Los que pensaron que la fe cristiana era vana, fueron tragados muertos: pero los que sabían que la predicación del Evangelio era verdad, sabiendo que Cristo era el Hijo de Dios, y creyendo esto, y manteniéndolo dentro, sin embargo cedieron al dolor y sacrificaron a los ídolos, fueron tragados vivos. Aquellos fueron tragados porque estaban muertos; pero aquellos porque fueron tragados, estaban muertos. No pudieron vivir tragados, aunque fueran tragados vivos. Por lo tanto, esta es la oración de la voz de los mártires, Líbrame del temor del enemigo: no para que el enemigo no me mate, sino para que no tema al enemigo que mata. Esto ora el siervo en el Salmo para que se cumpla lo que el Señor ordenaba en el Evangelio. ¿Qué ordenaba el Señor? No temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma; sino temed más bien a aquel que tiene poder para matar el alma y el cuerpo en el infierno de fuego (Mat. X, 28). Y repitió: Así os

digo; temedle (Luc. XII, 5). ¿Quiénes son los que matan el cuerpo? Los enemigos. ¿Qué ordenaba el Señor? Que no fueran temidos. Por tanto, oremos para que conceda lo que ordena. Líbrame del temor del enemigo. Líbrame del temor del enemigo, y sométeme a tu temor. No tema a aquel que mata el cuerpo; sino tema a aquel que tiene poder para matar el cuerpo y el alma en el infierno de fuego. No quiero estar libre de temor; sino libre del temor del enemigo, siervo bajo el temor del Señor.

3. [vers. 3.] Me has protegido del consejo de los malignos, de la multitud de los que obran iniquidad. Miremos ya a nuestra misma cabeza. Muchos mártires sufrieron tales cosas: pero nada brilla tanto como la cabeza de los mártires; allí vemos mejor lo que ellos experimentaron. Fue protegido de la multitud de los malignos, siendo protegido por Dios, protegiendo su carne el mismo Hijo y hombre que llevaba: porque es Hijo del hombre, y es Hijo de Dios; Hijo de Dios por la forma de Dios. Hijo del hombre por la forma de siervo (Filip. II, 6 y 7): teniendo en su poder poner su vida y recuperarla (Juan X, 18). ¿Qué pudieron hacerle los enemigos? Mataron el cuerpo; no mataron el alma. Prestad atención. No era suficiente para el Señor exhortar a los mártires con palabras, si no los fortalecía con el ejemplo. Sabéis qué consejo era el de los malignos judíos, y qué multitud era la de los que obraban iniquidad. ¿Qué iniquidad? La de querer matar al Señor Jesucristo. Muchas obras buenas, dice, os he mostrado: ¿por cuál de ellas queréis matarme (Juan X, 32)? Soportó a todos sus enfermos, curó a todos sus débiles, predicó el reino de los cielos, no calló sus vicios, para que estos más bien les desagradasen, no el médico por quien eran sanados: ingratos por todas estas curaciones suyas, como frenéticos de mucha fiebre, enloqueciendo contra el médico que había venido a curarlos, idearon un plan para perderlo; como queriendo probar allí si realmente era hombre que pudiera morir, o algo sobre los hombres, y no permitiera que lo mataran. Reconocemos su palabra en la Sabiduría de Salomón: Condenémoslo a muerte vergonzosa, dicen, interroguémoslo; habrá respeto en sus palabras: si realmente es Hijo de Dios, que lo libre (Sab. II, 18-20). Veamos, pues, qué sucedió.

4. [vers. 4, 5.] Porque afilaron como espada sus lenguas. Hijos de los hombres, sus dientes son armas y flechas, y su lengua espada afilada (Sal. LVI, 5), como dice otro salmo: así también aquí, Afilaron como espada sus lenguas. Que no digan los judíos: No matamos a Cristo. Pues por eso lo entregaron al juez Pilato, para que ellos parecieran inmunes a su muerte. Porque cuando Pilato les dijo, Vosotros matadlo, respondieron: No nos es lícito matar a nadie (Juan XVIII, 31). Querían trasladar la iniquidad de su crimen al juez humano: pero, ¿acaso engañaban al juez Dios? Lo que hizo Pilato, en lo que hizo, fue en parte cómplice; pero en comparación con ellos, mucho más inocente. Insistió cuanto pudo para liberarlo de sus manos. Pues por eso lo presentó flagelado ante ellos. No lo flageló persiguiendo al Señor, sino queriendo satisfacer su furia, para que al verlo flagelado se calmaran y dejaran de querer matarlo (Juan XIX, 1-5): hizo también esto. Pero cuando perseveraron, sabéis que se lavó las manos y dijo que él no lo había hecho, que era inocente de su muerte (Mat. XXVII, 24): sin embargo, lo hizo. Pero si es culpable por hacerlo aunque fuera a la fuerza; ¿son inocentes aquellos que lo obligaron a hacerlo? De ninguna manera. Pero él dictó sentencia contra él, y ordenó crucificarlo, y como si él mismo lo hubiera matado; y vosotros, oh judíos, lo matasteis. ¿Cómo lo matasteis? Con la espada de la lengua: pues afilasteis vuestras lenguas. ¿Y cuándo golpeasteis, sino cuando gritasteis, Crucifícalo, crucifícalo (Luc. XXIII, 21)?

5. Por eso no debe omitirse, porque viene a la mente, para que no perturbe a alguien la lectura de los Libros divinos: un evangelista dice que el Señor fue crucificado a la hora sexta (Juan XIX, 14), y otro a la hora tercera (Marcos XV, 25): si no entendemos, nos perturbamos. Y ya comenzando la hora sexta se dice que Pilato se sentó en el tribunal; y realmente cuando el Señor fue levantado en el madero, era la hora sexta. Pero otro evangelista, mirando el ánimo

de los judíos, porque querían parecer inmunes a la muerte del Señor, narrando los mostró culpables, diciendo que el Señor fue crucificado a la hora tercera. Considerando toda la circunstancia de la lectura, cuántas cosas pudieron hacerse cuando el Señor fue acusado ante Pilato para ser crucificado; encontramos que pudo haber sido la hora tercera cuando ellos gritaron, Crucificalo, crucificalo. Por tanto, más verdaderamente lo mataron entonces, cuando gritaron. Los ejecutores del poder lo crucificaron a la hora sexta; los transgresores de la Ley gritaron a la hora tercera: lo que aquellos hicieron con las manos a la hora sexta, estos lo hicieron con la lengua a la hora tercera. Más culpables estos que clamaban con saña, que aquellos que obedeciendo administraban. Este es todo el ingenio de los judíos; esto es lo que buscaron con gran empeño: Matememos, y no matememos; matememos de tal manera que no se nos juzgue como los que mataron. Afilaron como espada sus lenguas.

6. Apuntaron el arco, cosa amarga. El arco significa insidias. Porque quien lucha con espada, lucha abiertamente: quien lanza una flecha, engaña para herir. Pues primero la flecha golpea, antes de que se prevea que viene al herir. Pero, ¿a quién podrían ocultar las insidias del corazón humano? ¿Acaso también a nuestro Señor Jesucristo, que no necesitaba que nadie le diera testimonio del hombre? Pues él mismo sabía lo que había en el hombre, como testifica el evangelista (Juan II, 25). Sin embargo, escuchemos a ellos, y miremos como si el Señor no supiera lo que tramaban. Apuntaron el arco, cosa amarga, para disparar en secreto al inmaculado. Lo que dijo, Apuntaron el arco; esto es, en secreto; como engañando con insidias. Sabéis con qué artimañas lo hicieron; cómo corrompieron con dinero al discípulo que estaba con él, para que se les entregara (Mat. XXVI, 14, 15); cómo procuraron falsos testigos; con qué insidias y artimañas actuaron, para disparar en secreto al inmaculado. ¡Gran iniquidad! He aquí que de lo oculto viene la flecha que hiere al inmaculado, que no tenía ni siquiera tanta mancha como para ser herido por una flecha. Pues el Cordero inmaculado, todo inmaculado, siempre inmaculado; no al que se le quitaron manchas, sino al que no contrajo manchas. Pues hizo a muchos inmaculados perdonando pecados; él mismo inmaculado por no tener pecados. Para disparar en secreto al inmaculado.

7. [vers. 6.] De repente lo dispararán, y no temerán. ¡Oh corazón duro, querer matar al hombre que resucitaba a los muertos! De repente, es decir, insidiosamente, como inesperadamente, como no previsto. Pues el Señor era como ignorante entre ellos, ignorantes de lo que no sabía, y de lo que sabía; más bien ignorantes de que él no ignoraba nada, y sabía todo, y había venido para que ellos hicieran lo que pensaban que podían hacer con poder. De repente lo dispararán, y no temerán.

8. Afirmaron para sí una palabra maligna. Afirmaron: se hicieron tantos milagros; no se conmovieron, persistieron en el consejo de la palabra maligna. El Señor fue entregado al juez: el juez tiembla, y no tiemblan los que lo entregaron al juez; la potestad tiembla, y no tiembla la crueldad; él quiere lavarse las manos, y ellos manchan sus lenguas. Pero, ¿por qué esto? Afirmaron para sí una palabra maligna. Crucificalo, crucificalo. La repetición es la confirmación de la palabra maligna. Veamos cómo afirmaron para sí una palabra maligna. ¿Crucificaré a vuestro rey? Dijeron: No tenemos rey sino solo a César (Juan XIX, 15). Afirmaron una palabra maligna. Ofrecía él al rey Hijo de Dios; ellos recurrían al hombre: dignos de tenerlo a él, y no tenerlo a él. Aún escucha cómo afirmaron una palabra maligna. No encuentro nada en este hombre, dice el juez, que sea digno de muerte (Luc. XXIII, 14, 22). Y ellos que afirmaron una palabra maligna, dijeron: ¡Su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos (Mat. XXVII, 25)! Afirmaron para sí una palabra maligna. Afirmaron una palabra maligna, no al Señor, sino a sí mismos. Pues, ¿cómo no a sí mismos, cuando dicen: Sobre nosotros y sobre nuestros hijos? Lo que afirmaron, lo afirmaron para sí mismos: porque esa voz está en otro lugar, Cavaron una fosa ante mí, y cayeron en ella. La muerte no

mató al Señor, sino que él mató a la muerte: pero la iniquidad los mató a ellos, porque no quisieron matar la iniquidad.

9. En verdad, hermanos, es cierto; o matas la iniquidad, o serás matado por la iniquidad. No busques matar la iniquidad como si fuera algo fuera de ti. Mírate a ti mismo, ve qué lucha contigo en ti; y cuida de que no te conquiste tu iniquidad, tu enemiga, si no es destruida: pues es de ti, y tu alma se rebela contra ti, no otra cosa. Por una parte te adhieres a Dios; por otra parte te deleitas en el mundo: eso en lo que te deleitas en el mundo, lucha contra la mente que se adhiere a Dios. Que se adhiera, que se adhiera, que no desfallezca, que no se suelte, tiene gran ayuda. Vence lo que en ella se rebela, si persevera en la lucha. Hay pecado en tu cuerpo, pero no reine. No reine, dice, el pecado en vuestro cuerpo mortal, para obedecer a sus deseos (Rom. VI, 12). Si no obedeces; aunque haya lo que sugiera, lo que deleite al mal; no obedeciendo haces que no reine lo que es, y así sucederá después que no sea lo que era. ¿Cuándo? Cuando la muerte sea absorbida en victoria, cuando esto corruptible se vista de incorrupción (I Cor. XV, 54): allí no habrá lo que te resista, no habrá lo que te deleite más que Dios. Por tanto, también estos judíos envidiaron al Señor; les deleitaba el principado. Algunos veían que el principado les era quitado por él, y por su deleite rebelaron contra el Señor: quienes si hubieran rebelado contra su deleite malo, habrían vencido esa envidia, y no habrían sido vencidos por ella, y el Señor habría sido su salvador, que había venido a sanar. Pero ahora favorecieron la fiebre, se rebelaron contra el médico: hacían lo que la fiebre sugería, lo que el médico ordenaba en contra, lo descuidaban. Por tanto, ellos más bien fueron muertos, no el Señor: pues en el Señor la muerte fue muerta, en ellos la iniquidad vivió; pero viviendo en ellos la iniquidad, ellos murieron.

10. Narraron para esconder trampas; dijeron: ¿Quién las verá? Creían ocultar al que mataban, ocultar a Dios. He aquí, supón que Cristo era hombre, como los demás hombres; no sabía lo que se tramaba contra él: ¿acaso Dios no lo sabe? Oh corazón humano, ¿por qué te dijiste, ¿Quién me ve, cuando él ve quien te hizo? Dijeron: ¿Quién las verá? Dios veía, y Cristo veía; porque Cristo también es Dios. Pero, ¿por qué les parecía que no veía? Escucha lo que sigue.

11. [vers. 7.] Escudriñaron la iniquidad; desfallecieron escudriñando escudriñaciones: es decir, consejos amargos y agudos. No sea entregado por nosotros, sino por su discípulo: no sea matado por nosotros, sino por el juez: hagamos todo nosotros, y parezca que no hemos hecho nada. ¿Y dónde está el clamor de la lengua: Crucificalo, crucificalo? ¿Así de ciegos sois, que también sois sordos? La inocencia simulada no es inocencia: la equidad simulada no es equidad, sino doble iniquidad; porque es iniquidad, y simulación. Allí, pues, estos desfallecieron escudriñando escudriñaciones. Cuanto más agudamente parecían excogitarse, tanto más desfallecían; porque de la luz de la verdad y la equidad se sumergían en las profundidades de los consejos malignos. La justicia tiene una cierta luz propia; ilumina y alumbra el alma que se adhiere a ella: pero el alma que se aparta de la luz de la justicia, cuanto más busca encontrar contra la justicia, tanto más es repelida de la luz, y se sumerge en las tinieblas. Por tanto, también estos escudriñando lo que tramaban contra el justo, se apartaban de la justicia; y cuanto más se apartaban de la justicia, tanto más desfallecían, escudriñando escudriñaciones. Gran consejo de la inocencia: cuando el mismo Judas se arrepintió de haber entregado a Cristo, y arrojó el dinero que le habían dado, ellos no quisieron ponerlo en el tesoro, y dijeron: Es dinero de sangre; no lo pongamos en el tesoro (Mat. XXVII, 6). ¿Qué es el tesoro? El arca de Dios, donde se recogían las cosas que se enviaban para la necesidad de los siervos de Dios. Oh hombre, que tu corazón sea más bien el arca de Dios, donde habiten las riquezas de Dios, donde esté la moneda de Dios, tu mente teniendo la imagen de tu Emperador. Pues siendo así, ¿qué clase de simulación de inocencia fue esa, no poner el dinero de sangre en el arca, y poner la misma sangre en la conciencia?

12. Pero, ¿qué les sucedió? Desfallecieron escudriñando escudriñaciones. ¿Por qué? Porque dicen, ¿Quién los verá? es decir, porque nadie los veía. Esto decían, esto pensaban que nadie los veía. Mira lo que le sucede al alma mala; se aparta de la luz de la verdad, y porque ella misma no ve a Dios, piensa que no es vista por Dios. Así también estos apartándose fueron a las tinieblas, para que ellos no vieran a Dios; y dijeron: ¿Quién nos ve? Veía también aquel a quien crucificaban; ellos desfalleciendo, no veían ni al Hijo, ni al Padre. Si, pues, él también veía, ¿por qué se dejaba apresarse por ellos, ser matado por ellos? ¿Por qué si veía, quiso que sus consejos prevalecieran sobre él? ¿Por qué? Porque era hombre por el hombre, y Dios oculto en el hombre, que había venido a dar ejemplo de fortaleza a los ignorantes; por eso él, sabiendo todo, lo soportaba.

13. [vers. 8.] ¿Qué sigue entonces? Se acercará el hombre, y un corazón profundo; y Dios será exaltado. Ellos dijeron: ¿Quién nos verá? Se agotaron escudriñando escrutinios, malos consejos. El hombre se acercó a esos consejos, se dejó apresarse como hombre. Pues no sería apresado, si no fuera hombre; ni sería visto, si no fuera hombre; ni sería golpeado, si no fuera hombre; ni sería crucificado o moriría si no fuera hombre. Así que el hombre se acercó a todas esas pasiones, que en él no tendrían efecto, si no fuera hombre. Pero si él no fuera hombre, el hombre no sería liberado. Se acercó el hombre, y un corazón profundo, es decir, un corazón secreto: mostrando a los ojos humanos al hombre, guardando dentro a Dios; ocultando la forma de Dios, en la cual es igual al Padre, y ofreciendo la forma de siervo, en la cual es menor que el Padre. Pues él mismo dijo ambas cosas: pero una es de la forma de Dios, otra de la forma de siervo. Dijo desde la forma de Dios: Yo y el Padre somos uno (Juan 10, 30). Dijo desde la forma de siervo: Porque el Padre es mayor que yo (Juan 14, 28). ¿De dónde, desde la forma de Dios, Yo y el Padre somos uno? Porque estando en la forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse. ¿De dónde, desde la forma de siervo, Porque el Padre es mayor que yo? Porque se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo (Filipenses 2, 6-7). Así que se acercó el hombre, y un corazón profundo; y Dios fue exaltado. El hombre es asesinado, y Dios es exaltado. Pues lo que fue asesinado, fue por la debilidad humana: lo que resucitó y ascendió, fue por el poder divino (2 Corintios 13, 4). Se acercará el hombre, y un corazón profundo, un corazón secreto, un corazón oculto; no mostrando lo que sabía, no mostrando lo que era. Ellos, pensando que todo era lo que se veía, matan al hombre en un corazón profundo, y Dios es exaltado en un corazón divino: pues por el poder de su majestad fue exaltado. ¿Y a dónde fue exaltado? De donde no se apartó humillado.

14. Se acercará el hombre, y un corazón profundo; y Dios será exaltado. Por eso, ya presten atención, hermanos míos, al corazón profundo del hombre. ¿De qué hombre? Madre Sión, dirá el hombre; y el hombre fue hecho en ella, y él mismo la fundó el Altísimo (Salmo 86, 5). En esa ciudad fue hecho hombre, la cual el mismo Altísimo fundó, quien en ella fue hecho hombre. Así que se acercó el hombre, y un corazón profundo. Contempla al hombre en un corazón profundo: ve cuanto puedas, si puedes, y a Dios en un corazón profundo. Se acercó el hombre: y porque era Dios, y porque iba a sufrir voluntariamente, y porque iba a ofrecer un ejemplo a los débiles, y porque nada le harían quienes se ensañaban, como si fuera a sufrir Dios, pero en el hombre, pero en la carne; ¿qué sigue? Las flechas de los niños se convirtieron en sus heridas. ¿Dónde está esa crueldad? ¿Dónde está ese rugido del león, del pueblo rugiente y diciendo, Crucificalo, crucificalo? ¿Dónde están las emboscadas de los que tensan el arco? ¿No se convirtieron las flechas de los niños en sus heridas? Sabéis cómo los niños hacen flechas de cañas. ¿Qué golpean, o desde dónde golpean? ¿Qué manos, o qué arma? ¿Qué armas, o qué miembros? Las flechas de los niños se convirtieron en sus heridas.

15. [vers. 9.] Y se debilitaron sobre ellos sus lenguas. Afilen ahora sus lenguas como espada, afiancen para sí un discurso maligno. Con razón lo afianzaron para sí; porque se debilitaron sobre ellos sus lenguas. ¿Acaso podría ser esto firme contra Dios? La iniquidad, dice, se mintió a sí misma (Salmo 26, 12): Se debilitaron sobre ellos sus lenguas. He aquí que resucitó el Señor que fue asesinado. Pasaban ante la cruz, o estaban de pie, y lo miraban, como mucho antes el salmo había predicho: Horadaron mis manos y mis pies; contaron todos mis huesos. Ellos mismos me miraron y contemplaron (Salmo 21, 17-18). Entonces movían la cabeza diciendo: Si es el Hijo de Dios, descienda de la cruz. Intentaron de alguna manera si era el Hijo de Dios, y como que encontraron que no lo era, porque mientras ellos insultaban, no descendía de la cruz: si descendiera de la cruz, sería el Hijo de Dios (Mateo 27, 40-43). ¿Qué te parece a ti que no descendió de la cruz, y resucitó del sepulcro? ¿Qué lograron entonces? Que aunque el Señor no hubiera resucitado, ¿qué habrían logrado, sino lo que lograron también los perseguidores de los mártires? Pues los mártires aún no han resucitado, y sin embargo ellos no lograron nada: ya celebramos los natalicios de los que aún no han resucitado. ¿Dónde está la furia de los que se ensañan? Las flechas de los niños se convirtieron en sus heridas, y se debilitaron sobre ellos sus lenguas. ¿A dónde llevaron esas investigaciones tuyas, que al escudriñarlas se agotaron, que incluso con el Señor muerto y sepultado, pusieron guardias en el sepulcro? Pues dijeron a Pilato, Aquel seductor; así era llamado el Señor Jesucristo, para consuelo de sus siervos cuando son llamados seductores: así que ellos a Pilato, Aquel seductor, dicen, dijo aún en vida: Después de tres días resucitaré. Manda, pues, que se custodie el sepulcro hasta el tercer día; no sea que vengan sus discípulos, y lo roben, y digan al pueblo, Ha resucitado de entre los muertos; y el último error será peor que el primero. Pilato les dijo: Tenéis una guardia; id, custodiad como sabéis. Ellos, yendo, aseguraron el sepulcro, sellando la piedra con los guardias (Mateo 27, 63-66). Pusieron guardias soldados en el sepulcro. La tierra tembló y el Señor resucitó: se hicieron tales milagros alrededor del sepulcro, que incluso los mismos soldados que vinieron como guardias, se convirtieron en testigos, si quisieran anunciar la verdad; pero aquella avaricia que capturó al discípulo compañero de Cristo, capturó también al soldado guardián del sepulcro. Damos, dicen, dinero; y decid que mientras dormíais vinieron sus discípulos, y lo robaron (Mateo 28, 12-13). Verdaderamente se agotaron escudriñando escrutinios. ¿Qué es lo que dijiste, oh infeliz astucia? ¿Tanto abandonas la luz del consejo de piedad, y te sumerges en las profundidades de la astucia, para decir esto: Decid que mientras dormíais vinieron sus discípulos, y lo robaron? Presentas testigos dormidos: verdaderamente tú mismo te dormiste, que al escudriñar tales cosas te agotaste. Si dormían, ¿qué pudieron ver? Si no vieron nada, ¿cómo son testigos? Pero se agotaron escudriñando escrutinios: se agotaron de la luz de Dios, se agotaron en el mismo efecto de sus consejos: cuando lo que quisieron, nada pudieron lograr, ciertamente se agotaron: ¿Por qué esto? Porque se acercó el hombre, y un corazón profundo; y Dios fue exaltado. Por eso después, cuando se conoció la resurrección de Cristo, y viniendo el Espíritu Santo llenó de confianza a algunos discípulos temerosos, para que se atrevieran ya sin temer a la muerte a predicar lo que habían visto, exaltado Dios en su majestad, quien por nuestra debilidad fue juzgado humilde; y cuando comenzaron a sonar las trompetas celestiales anunciando al juez venidero, a quien primero habían visto juzgado, se turbaron todos los que los veían. Exaltado Dios, como dije, predicado Cristo, fueron vistos los judíos por algunos judíos, fueron vistos agotándose en sus escrutinios. Pues veían en el nombre del crucificado, y asesinado por sus manos, hacerse tantos milagros: se apartaron de corazón de aquellos que permanecieron en la impiedad; les disgustó su dureza; buscaron consejo para su salvación, y dijeron a los Apóstoles: ¿Qué haremos? Se turbaron, pues, todos los que los veían (Hechos 2, 1-37): es decir, los que entendían que sus lenguas se debilitaron

sobre ellos, los que entendían que en todas sus malas investigaciones de consejos en todas partes se agotaron. Se turbaron estos.

16. [vers. 10.] Y temió todo hombre. Los que no temieron, ni hombres fueron. Temió todo hombre: es decir, todo el que usa la razón para entender lo que había sucedido. Por eso aquellos que no temieron, más bien deben ser llamados bestias, bestias más bien feroces y crueles. León que arrebatara y ruge, ese aún es el pueblo. Pero en verdad todo hombre temió: es decir, los que quisieron creer, los que temieron el juicio venidero. Y temió todo hombre: y anunciaron las obras de Dios. Aquel que decía, Librame del temor del enemigo, temió todo hombre. Del temor del enemigo era librado, pero al temor de Dios se sometía. No temía a aquellos que matan el cuerpo, sino a aquel que tiene poder, y el cuerpo y el alma arrojar en el infierno (Mateo 10, 28). Predicaron al Señor: pues primero Pedro temió, y temió al enemigo; aún no era su alma librada del enemigo. Preguntado por una criada si estaba entre sus discípulos, negó al Señor tres veces (Mateo 26, 69). Resucitó el Señor, fortaleció la columna: ya Pedro predica sin temor, y con temor; sin temor de aquellos que matan el cuerpo, con temor de aquel que tiene poder de matar el cuerpo y el alma en el infierno de fuego. Temió todo hombre: y anunciaron las obras de Dios. Pues anunciando estos Apóstoles las obras de Dios, los presentaron los príncipes de los sacerdotes, y les amenazaron diciendo que no predicaran en el nombre de Jesús. Y ellos dijeron: Decidnos a quién es más necesario obedecer, ¿a Dios, o a los hombres? (Hechos 5, 27-29). ¿Qué dirían ellos? ¿A los hombres más bien que a Dios? Sin duda no responderían, sino, a Dios más bien. Pero ellos sabían lo que Dios mandaba, y despreciaron a los sacerdotes amenazantes. Porque, pues, temió todo hombre, no aterrorizó el hombre: y anunciaron las obras de Dios. Si el hombre teme, no aterrorice el hombre: pues debe temer el hombre a aquel por quien fue hecho hombre. Lo que está por encima de los hombres teme, y los hombres no te aterrorizarán. Teme la muerte eterna, y no te preocuparás por la presente. Desea aquel placer incorrupto, y la paz sin mancha; y al que promete esos dones temporales, y todo el mundo lo despreciarás. Ama, pues, y teme: ama lo que promete Dios, teme lo que amenaza Dios; ni te corromperás por lo que promete, ni te aterrorizarás por lo que amenaza el hombre. Y temió todo hombre: y anunciaron las obras de Dios, y entendieron sus hechos. ¿Qué es, entendieron sus hechos? ¿Era esto, oh Señor Jesucristo, lo que callabas, y como oveja eras llevado al sacrificio, y no abrías tu boca ante el que te trasquilaba, y nosotros te creíamos estar en plaga y dolor, y sabiendo llevar la debilidad? ¿Era esto lo que ocultabas tu apariencia, hermoso en forma más que los hijos de los hombres (Salmo 44, 3)? ¿Era esto lo que parecías no tener apariencia ni hermosura (Isaías 53, 2-7)? ¿Llevabas en la cruz a los que insultaban y decían: Si es el Hijo de Dios, descienda de la cruz (Mateo 27, 40)? ¿Quién, sabiendo quizás tu poder, tu siervo, y tu amado, no exclamó en su corazón, y dijo: Oh, si ahora descendiera, y todos estos que insultan se confundieran? Pero no era así: era necesario morir por los que iban a morir, y resucitar por los que siempre vivirían. Esto no lo entendían aquellos que querían que descendiera de la cruz; pero cuando resucitó, y glorificado ascendió al cielo, entendieron las obras del Señor. Anunciaron las obras de Dios, y entendieron sus hechos.

17. [vers. 11.] Se alegrará el justo en el Señor. Ya no está triste el justo. Pues tristes estaban los discípulos con el Señor crucificado; contristados, se fueron apenados; pensaron que habían perdido la esperanza. Resucitó; incluso apareciendo los encontró tristes. Mantuvo los ojos de dos caminando por el camino, para que no fuera reconocido por ellos, y los encontró gimiendo y suspirando; y los mantuvo hasta que expuso las Escrituras, y por esas Escrituras mostró que así debía ser como fue hecho. Pues mostró en las Escrituras, que al tercer día debía resucitar el Señor. ¿Y cómo resucitaría al tercer día, si descendiera de la cruz? Ahora vosotros que estáis tristes en el camino, si vierais al Señor descender de la cruz ante los judíos

insultantes, ¿cuánto os exaltaríais? Os alegraríais de que así hubiera cerrado la boca de los judíos. Esperad el consejo del médico: que no descendió, que quiso ser asesinado, está preparando el antídoto. He aquí que ya resucitó, he aquí que ya habla: aún no es reconocido, para que sea reconocido con más alegría. Después abrió sus ojos en la fracción del pan: lo reconocen (Lucas 24, 16-46), se alegran, exclaman. Se alegrará el justo en el Señor. Entonces se alegraron los justos en el Señor, que vieron, tocaron, y creyeron: ¿qué de los justos que ahora son, porque no ven, porque no tocan, no se alegran en el Señor? ¿Y dónde está aquella voz del Señor a Tomás mismo: Porque me has visto, has creído: bienaventurados los que no vieron, y creyeron (Juan 20, 25-29)? Así que todos nos alegremos en el Señor; todos según la fe seamos un justo, y todos en un cuerpo tengamos una cabeza, y nos alegremos en el Señor, no en nosotros; porque nuestro bien no nos lo damos nosotros, sino aquel que nos hizo. Él es nuestro bien para alegrarnos. Y nadie se alegre en sí mismo, nadie presuma, nadie desespere de sí mismo, nadie de ningún hombre, a quien debe llevar para que sea compañero de su esperanza, no dador de esperanza.

18. Se alegrará el justo en el Señor, y esperará en él; y serán alabados todos los que son rectos de corazón. Ya que el Señor resucitó, ya que ascendió al cielo, ya que mostró que hay otra vida, ya que se ha manifestado que sus consejos en los que ocultó con un corazón profundo no fueron vanos, porque por eso se derramó aquella sangre para que fuera el precio de los redimidos; ya que todo está manifiesto, ya que todo está predicado, ya que todo está creído, bajo todo el cielo se alegrará el justo en el Señor, y esperará en él; y serán alabados todos los que son rectos de corazón. ¿Quiénes son rectos de corazón? Vamos, hermanos míos, siempre lo decimos, y es bueno que lo sepáis. ¿Quiénes son rectos de corazón? Los que todo lo que sufren en esta vida, no lo atribuyen a la insensatez, sino al consejo de Dios para su medicina; ni presumen de su justicia, para pensar que sufren injustamente lo que sufren, o que por eso es Dios injusto, porque no sufre más quien más peca. Mirad, hermanos; esto lo decimos a menudo. Sientes algo, ya sea según el cuerpo, ya sea según la pérdida de bienes, ya sea por la pérdida de algunos de tus seres queridos: no mires a aquellos que conoces más inicuos que tú (pues quizás no te atreves a decir que eres justo, pero conoces peores que tú), y florecen en estas cosas, y no son castigados; para que te desagrade el consejo de Dios y digas: He aquí que soy pecador, y por eso soy castigado; ¿por qué aquel no es castigado, de quien conozco tantas maldades? Por mucho mal que haya hecho yo, ¿acaso he hecho tanto como él? Tu corazón está torcido. ¡Cuán bueno es Dios para Israel; pero para los rectos de corazón! Pero tus pies resbalan, porque tienes celos de los pecadores, mirando la paz de los pecadores (Salmo 72, 1-3). Deja que se cuide; sabe qué hace, quien conoce la herida. No se corta a otro. ¿Qué, si se desespera? ¿Qué si por eso tú eres cortado, porque no se desespera de ti? Sufre, pues, lo que sufres con un corazón recto: Dios sabe qué darte, qué quitarte. Lo que te da, que sirva para consuelo, no para corrupción; y lo que te quita, que sirva para tolerancia, no para blasfemia. Pero si blasfemas, y te desagrada Dios, y te agradas a ti mismo; tienes un corazón perverso y torcido: y esto es peor, porque quieres corregir el corazón de Dios a tu corazón, para que él haga lo que tú quieres; cuando tú debes hacer lo que él quiere. ¿Qué, entonces? ¿Quieres torcer el corazón de Dios, que siempre es recto, a la perversidad de tu corazón? ¿Cuán mejor corriges tu corazón a la rectitud de Dios? ¿No te enseñó esto tu Señor, de cuya pasión hablábamos ahora? ¿No llevaba tu debilidad, cuando dijo: Mi alma está triste hasta la muerte? ¿No te figuraba a ti mismo en él, cuando decía: Padre, si es posible, pase de mí este cáliz? Pues no hay dos corazones y diferentes, del Padre, y del Hijo; sino que en la forma de siervo llevó tu corazón, para enseñarlo con su ejemplo. Ahora he aquí que como otro corazón tuyo encuentra la tribulación, queriendo pasar lo que se avecina: pero Dios no quiso. Dios no consiente a tu corazón; consiente tú al corazón de Dios. Escucha su voz: Pero no lo que yo quiero, sino lo que tú quieres, Padre (Mateo 26, 38-39).

19. Por tanto, serán alabados todos los rectos de corazón. ¿Qué sigue? Si serán alabados todos los rectos de corazón, serán condenados los perversos de corazón. Se te han propuesto dos caminos; elige mientras hay tiempo. Si eres recto de corazón, estarás a la derecha y serás alabado. ¿Cómo? Venid, benditos de mi Padre; heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo. Pero si eres perverso de corazón; si te burlas de Dios, si te ríes de su providencia, si dices en tu corazón: "Verdaderamente Dios no se preocupa por los asuntos humanos: si se preocupara, ¿por qué tendría tanto el ladrón y yo, siendo inocente, estaría necesitado?" te has vuelto perverso de corazón. Vendrá aquel juicio; se manifestarán todas las razones por las cuales Dios hace todas estas cosas; y tú, que no quisiste en esta vida corregir tu corazón hacia la rectitud de Dios, y prepararte para estar a la derecha, donde serán alabados todos los rectos de corazón, estarás a la izquierda, donde entonces escucharás: Id al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles (Mt. XXV, 34, 41). ¿Y acaso habrá entonces tiempo para corregir el corazón? Corrijan ahora, hermanos; corrijan ahora. ¿Quién lo impide? Se canta el Salmo, se lee el Evangelio, resuena el lector, resuena el predicador: el Señor es paciente; pecas, y perdona; aún pecas, aún perdona, y aún añades. ¿Hasta cuándo será paciente Dios? Sentirás también a Dios justo. Tememos, porque tememos; enséñenos a no temer, y no temeremos. Pero mejor nos enseña Dios a temer, que cualquier hombre a no temer. Temió todo hombre: y anunciaron las obras de Dios. Que Dios nos cuente entre aquellos que temieron y anunciaron. Porque tememos, les anunciamos, hermanos. Vemos su entusiasmo por escuchar la palabra, y vemos sus votos, vemos sus afectos. Bien se riega la tierra; que produzca trigo, no espinas: para el trigo se prepara el granero; para las espinas, el fuego. Sabes qué hacer con tu campo; ¿y no sabe Dios qué hacer con su siervo? Lo que llueve sobre el campo fértil es dulce; y lo que llueve sobre el campo espinoso, también es dulce. ¿Acaso acusa la lluvia al que ha producido espinas? ¿No será esa lluvia testigo en el juicio de Dios; y dirá: Yo vine dulce sobre todos? Tú, pues, mira qué produces, para que atiendas a lo que se te prepara. Produces trigo; espera el granero: produces espinas; espera el fuego. Pero aún no ha llegado el tiempo del granero, ni el tiempo del fuego: ahora, pues, prepárate, y no temerás. En el nombre de Cristo, tanto los que hablamos vivimos, como aquellos a quienes hablamos viven: ¿acaso no hay lugar, no hay tiempo para el consejo de corregir y cambiar la vida mala por la buena? ¿No es cierto que si quieres, hoy se hace? ¿No es cierto que si quieres, ahora se hace? ¿Qué vas a comprar para hacerlo? ¿Qué simiente vas a buscar? ¿A qué Indias vas a navegar? ¿Qué barco vas a preparar? He aquí que mientras hablo, cambia el corazón; y se ha hecho lo que tantas veces y durante tanto tiempo se clama que se haga, y lo que engendra pena eterna si no se hace.

EN LA EXPLICACIÓN DEL SALMO LXIV. SERMÓN AL PUEBLO.

1. [vers. 1.] Debe reconocerse la voz de la santa profecía desde el mismo título de este salmo. Se titula: Al final, Salmo de David, Cántico de Jeremías y Ezequiel del pueblo de la deportación, cuando comenzaban a salir. No todos conocen cómo se llevó a cabo el asunto en tiempos de nuestros padres durante la deportación a Babilonia, sino aquellos que prestan atención diligente a las Escrituras sagradas, ya sea escuchando o leyendo. Pues el pueblo de Israel fue llevado cautivo de la ciudad de Jerusalén a la servidumbre de Babilonia (IV Reyes XXIV, 25). Pero el santo Jeremías profetizó que después de setenta años el pueblo regresaría del cautiverio y restauraría la misma ciudad de Jerusalén, que había llorado al ser conquistada por los enemigos (Jeremías XXV, 11, y XXIX, 10). En ese tiempo hubo profetas, en esa cautividad del pueblo en Babilonia; entre ellos estaba el profeta Ezequiel. Aquel pueblo esperaba hasta que se cumplieran los setenta años, según la profecía de Jeremías. Al cumplirse los setenta años, se restauró el templo que había sido derribado; y una gran parte de

ese pueblo regresó del cautiverio. Pero como dice el Apóstol, Estas cosas les sucedieron en figura; y están escritas para nosotros, a quienes ha alcanzado el fin de los siglos (I Cor. X, 11); también nosotros debemos conocer primero nuestro cautiverio, luego nuestra liberación; debemos conocer Babilonia, en la que estamos cautivos, y Jerusalén, a cuyo regreso suspiramos. Estas dos ciudades, según la letra, son realmente dos ciudades. Y aquella Jerusalén ahora no es habitada por los judíos. Pues después de la crucifixión del Señor, se vengó en ellos con un gran castigo; y arrancados de aquel lugar, donde con impía libertad se enfurecieron contra el médico, fueron dispersados por todas las naciones, y esa tierra fue dada a los cristianos: y se cumplió lo que el Señor les había dicho: Por eso se os quitará el reino, y se dará a una nación que produzca frutos (Mateo XXI, 43). Pero cuando veían entonces a muchas multitudes seguir al Señor, que predicaba el reino de los cielos y hacía maravillas, los príncipes de aquella ciudad dijeron: Si lo dejamos, todos irán tras él; y vendrán los romanos, y nos quitarán el lugar y la nación (Juan XI, 48). Para no perder el lugar, mataron al Señor; y por eso lo perdieron, porque lo mataron. Aquella ciudad terrena representaba la sombra de una ciudad eterna en los cielos; pero cuando comenzó a predicarse más claramente aquella que se significaba, la sombra que la significaba fue derribada: por eso ahora allí no hay templo, que fue construido a imagen del futuro cuerpo del Señor. Tenemos la luz; la sombra ha pasado: sin embargo, aún estamos en cierta cautividad: Mientras estamos en el cuerpo, peregrinamos lejos del Señor (II Cor. V, 6).

2. Y vean los nombres de estas dos ciudades, Babilonia y Jerusalén. Babilonia se interpreta como Confusión, Jerusalén como visión de paz. Atiendan ahora a la ciudad de la confusión, para que comprendan la visión de la paz: soporten esta, suspiren por aquella. ¿Cómo pueden distinguirse estas dos ciudades? ¿Acaso podemos separarlas ahora una de otra? Están mezcladas, y desde el mismo comienzo de la humanidad corren mezcladas hasta el fin del mundo. Jerusalén comenzó con Abel; Babilonia con Caín: pues las edificaciones de las ciudades se hicieron después. Aquella Jerusalén en la tierra de los jebuseos; pues primero se llamaba Jebús (II Reyes V, 6, y Josué XVIII, 28): de allí fue expulsada la gente de los jebuseos, cuando el pueblo de Dios fue liberado de Egipto e introducido en la tierra prometida. Babilonia, en cambio, fue fundada en las regiones internas de Persia, que durante mucho tiempo se elevó sobre las demás naciones. Estas dos ciudades, por tanto, fueron fundadas en tiempos determinados, para manifestar la figura de dos ciudades comenzadas hace tiempo, y que permanecerán en este mundo hasta el fin, pero que al final serán separadas. ¿Cómo, entonces, podemos mostrarlas ahora, estando mezcladas? El Señor las mostrará entonces, cuando ponga a unos a la derecha y a otros a la izquierda. Jerusalén estará a la derecha; Babilonia a la izquierda. Jerusalén escuchará: Venid, benditos de mi Padre; heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo. Babilonia escuchará: Id al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles (Mateo XXV, 34, 41). Sin embargo, podemos también aportar algo, en la medida en que el Señor lo concede, para distinguir a los piadosos fieles, incluso en este tiempo, los ciudadanos de Jerusalén de los ciudadanos de Babilonia. Dos amores hacen estas dos ciudades: el amor de Dios hace Jerusalén; el amor del mundo hace Babilonia. Pregúntese, pues, cada uno qué ama, y encontrará de dónde es ciudadano: y si se encuentra ciudadano de Babilonia, arranque la codicia, plante la caridad; pero si se encuentra ciudadano de Jerusalén, soporte la cautividad, espere la libertad. Pues muchos ciudadanos de la santa madre Jerusalén, corrompidos por las codicias de Babilonia, eran retenidos, y por esa misma corrupción de codicias se habían hecho como ciudadanos de allí; y muchos aún lo son, y muchos después de nosotros en esta tierra lo serán: pero el Señor, el fundador de Jerusalén, conoce a quienes ha predestinado como sus ciudadanos, a quienes ve aún bajo el dominio del diablo, redimidos por la sangre de Cristo, los conoce él antes de que ellos mismos se conozcan. Bajo esta figura se canta este salmo. En cuyo título se han

puesto también dos profetas, que en aquel tiempo estuvieron en la cautividad, Jeremías y Ezequiel, y cantaban ciertas cosas, cuando comenzaban a salir. Comienza a salir quien comienza a amar. Pues muchos salen en secreto, y los pies de los que salen son los afectos del corazón: pero salen de Babilonia. ¿Qué es salir de Babilonia? De la confusión. ¿Cómo se sale de Babilonia, es decir, de la confusión? Los que primero estaban confundidos por codicias similares, comienzan a distinguirse por la caridad; ya distinguidos, no están confundidos. Aunque aún están corporalmente mezclados, sin embargo, por el deseo santo se distinguen; y por la mezcla corporal aún no han salido: por el afecto del corazón han comenzado a salir. Escuchemos, pues, hermanos; escuchemos, y cantemos, y deseemos de dónde somos ciudadanos. ¿Y qué alegrías se nos cantan? ¿Cómo se reforma en nosotros el amor de nuestra ciudad, que por la larga peregrinación habíamos olvidado? Pero el Padre nuestro nos envió cartas de allí, Dios nos ministró las Escrituras, por las cuales se despertara en nosotros el deseo de regresar; porque amando nuestra peregrinación, habíamos puesto el rostro hacia los enemigos, y la espalda hacia la patria. ¿Qué, pues, se canta aquí?

3. [vers. 2] A ti te conviene el himno, Dios, en Sion. Esa patria es Sion: es Jerusalén que es Sion; y deben conocer la interpretación de este nombre. Así como Jerusalén se interpreta como Visión de paz, así Sion se interpreta como Especulación, es decir, visión y contemplación. Se nos promete un espectáculo grande; y este es el mismo Dios que fundó la ciudad. Hermosa y decorosa ciudad, ¡cuánto más hermoso es su fundador! A ti te conviene el himno, Dios, dice. Pero ¿dónde? En Sion: en Babilonia no conviene. Pues cualquiera que comienza a renovarse, ya canta de corazón en Jerusalén, como dice el Apóstol: Nuestra conversación está en los cielos (Filip. III, 20). Pues caminando en la carne, dice, no militamos según la carne (II Cor. X, 3). Ya por el deseo estamos allí, ya hemos enviado la esperanza a esa tierra, como un ancla, para que no naufraguemos en este mar. Así como decimos correctamente de un barco que está anclado, que ya está en tierra; pues aún fluctúa, pero de algún modo está en tierra contra los vientos y las tempestades: así contra las tentaciones de esta peregrinación nuestra, nuestra esperanza fundada en esa ciudad de Jerusalén nos hace no ser arrastrados a las rocas. Quien canta, pues, según esta esperanza, canta allí: por tanto, diga, A ti te conviene el himno, Dios, en Sion. En Sion, no en Babilonia. Quienes cantan en Babilonia, ciudadanos de Babilonia, incluso el himno de Dios no lo cantan decentemente. Escucha la voz de la Escritura: No es hermosa la alabanza en boca del pecador (Ecli. XV, 9). A ti te conviene el himno, Dios, en Sion.

4. Y a ti se te pagará el voto en Jerusalén. Aquí hacemos votos, y es bueno que allí los paguemos. ¿Y quiénes son los que aquí hacen votos y no los pagan? Los que no perseveran hasta el fin en lo que han prometido. Por eso dice otro salmo: Haced votos, y pagad al Señor vuestro Dios (Salmo LXXV, 12). Y a ti se te pagará el voto en Jerusalén. Pues allí seremos completos, es decir, íntegros en la resurrección de los justos: allí se pagará nuestro voto completo; no solo el alma, sino también el mismo cuerpo ya no corruptible, porque ya no en Babilonia, sino ya cuerpo celestial transformado. ¿Qué transformación se promete? Pues todos resucitaremos, dice el Apóstol, pero no todos seremos transformados. Pero aquellos que serán transformados él mismo lo dijo: En un abrir y cerrar de ojos, en la última trompeta: porque se tocará la trompeta, y los muertos resucitarán incorruptibles, es decir, íntegros, y nosotros seremos transformados. ¿Y qué clase de transformación será esa, sigue y dice: Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción y esto mortal se vista de inmortalidad: y cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte en victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? (I Cor. XV, 51-55). Pues ahora, comenzando en nosotros las primicias de la mente, de donde deseamos Jerusalén, muchas

cosas de la carne corruptible contienden contra nosotros, las cuales no contenderán, cuando la muerte sea sorbida en victoria. Vencerá la paz, y se acabará la guerra. ¿Cuándo vencerá la paz? Vencerá aquella ciudad que se llama Visión de paz. Por tanto, no habrá contienda con la muerte. ¡Cuánto contendemos ahora con la muerte! De ahí son las delecciones carnales, que también nos sugieren muchas cosas ilícitas: a las cuales no consentimos, pero sin embargo, no consintiendo, contendemos. Primero, pues, la concupiscencia de la carne nos llevó siguiéndola, después nos arrastró resistiéndola; luego, recibida la gracia, comenzó a no llevarnos ni arrastrarnos, pero aún a contender con nosotros: después de la contienda habrá también victoria. Ahora, aunque te ataque, no te venza: después, cuando la muerte sea sorbida en victoria, cesará también de luchar. ¿Qué se ha dicho? La última enemiga que será destruida es la muerte (I Cor. 26). Pagaré mi voto. ¿Qué voto? Como un holocausto. Pues el holocausto se dice cuando el fuego consume todo: el holocausto es un sacrificio donde todo se consume; pues ὅλον significa todo, καῶσις, incensio. El holocausto es todo incensado. Que nos tome, pues, el fuego, el fuego divino en Jerusalén: comencemos a arder en caridad, hasta que todo lo mortal se consuma, y lo que ha sido contra nosotros, vaya en sacrificio al Señor. Por eso en otro lugar se dice: Haz bien, Señor, en tu buena voluntad a Sion, para que se edifiquen los muros de Jerusalén: entonces aceptarás sacrificio de justicia, oblaciones y holocaustos (Salmo L, 20, 21). A ti te conviene el himno, Dios, en Sion; y a ti se te pagará el voto en Jerusalén. Buscamos aquí, no sea que se nos recomiende el Rey de esa ciudad, nuestro Señor y Salvador Jesucristo: cantemos, pues, hasta que lleguemos a cosas más evidentes. Pues podría ya decir que él es a quien se dice: A ti te conviene el himno, Dios, en Sion; y a ti se te pagará el voto en Jerusalén. Pero si lo dijera, se me creería a mí más que a la Escritura; y por eso tal vez no se me creería. Escuchemos lo que sigue.

5. [vers. 3.] Escucha, dice, mi oración: a ti vendrá toda carne. Y tenemos al Señor diciendo, que se le ha dado potestad sobre toda carne (Juan XVII, 2). Comenzó, pues, a aparecer ya aquel Rey, cuando se decía, a ti vendrá toda carne. ¿A quién vendrá toda carne? Porque asumió carne. ¿A dónde vendrá toda carne? Tomó de allí las primicias del seno virginal: asumidas las primicias, las demás seguirán, para que se complete el holocausto. ¿De dónde, pues, toda carne? Todo hombre. ¿Y de dónde, todo hombre? ¿Acaso todos los que creerán han sido anunciados en Cristo? ¿No son muchos los impíos que también serán condenados? ¿No mueren cada día muchos sin creer, en su infidelidad? ¿En qué sentido, pues, entendemos, a ti vendrá toda carne? Dijo toda carne, de todo género de carne: de todo género de carne se vendrá a ti. ¿Qué es, de todo género de carne? ¿Acaso vinieron los pobres, y no vinieron los ricos? ¿Acaso vinieron los humildes, y no vinieron los elevados? ¿Acaso vinieron los indoctos, y no vinieron los doctos? ¿Acaso vinieron los hombres, y no vinieron las mujeres? ¿Acaso vinieron los señores, y no vinieron los siervos? ¿Acaso vinieron los ancianos, y no vinieron los jóvenes? ¿O vinieron los jóvenes, y no vinieron los adolescentes? ¿O vinieron los adolescentes, y no vinieron los niños? ¿O vinieron los niños, y no fueron traídos los infantes? Finalmente, ¿acaso vinieron los judíos (pues de allí eran los Apóstoles, de allí muchas millares primero entregando, después creyendo); y no vinieron los griegos? ¿O vinieron los griegos, y no vinieron los romanos? ¿O vinieron los romanos, y no vinieron los bárbaros? ¿Y quién enumerará todas las naciones que vienen a aquel a quien se le dijo: A ti vendrá toda carne? Escucha mi oración: a ti vendrá toda carne.

6. [vers. 4.] Los discursos de los inicuos prevalecieron sobre nosotros; y nuestras impiedades tú las propiciarás. ¿Qué significa "Los discursos de los inicuos prevalecieron sobre nosotros; y nuestras impiedades tú las propiciarás"? Que nacimos en esta tierra, encontramos a los inicuos cuyos discursos escuchamos. Si puedo explicar lo que siento, que me ayude la intención de vuestra Caridad. Todo hombre, dondequiera que nazca, aprende el idioma de su

tierra, región o ciudad; se impregna de sus costumbres y vida. ¿Qué haría un niño nacido entre paganos, para no adorar una piedra, cuando sus padres le inculcaron ese culto? De allí escuchó sus primeras palabras; absorbió ese error con la leche: y como aquellos que hablaban eran mayores, y el niño que aprendía a hablar era un infante, ¿de dónde podía el pequeño sino seguir la autoridad de los mayores, y considerar bueno lo que ellos alababan? Así, las naciones convertidas a Cristo después, recordando las impiedades de sus padres, y diciendo ya lo que dijo el mismo profeta Jeremías, "Verdaderamente mentira heredaron nuestros padres; vanidad que no les aprovechó" (Jeremías XVI, 19): cuando ya dicen esto, renuncian a las opiniones y sacrilegios de sus padres inicuos. Pero como para ser insertados en tales opiniones y sacrilegios, fueron persuadidos por aquellos que, cuanto más avanzaban en edad, tanto más se pensaba que debían preceder en autoridad; confiesa ya queriendo regresar a Jerusalén desde Babilonia, y dice: "Los discursos de los inicuos prevalecieron contra nosotros". Nos llevaron enseñándonos el mal; nos hicieron ciudadanos de Babilonia: dejamos al Creador, adoramos a la criatura; dejamos a aquel por quien fuimos hechos, adoramos lo que nosotros mismos hicimos. Los discursos de los inicuos prevalecieron sobre nosotros: pero sin embargo no nos oprimieron. ¿Por qué? Nuestras impiedades tú las propiciarás. Que vuestra Caridad preste atención. Propiciarás nuestras impiedades: no se dice sino a un sacerdote que ofrece algo, para que la impiedad sea expiada y propiciada. La impiedad se dice que es propiciada, cuando Dios se hace propicio a la impiedad. ¿Qué significa que Dios se haga propicio a la impiedad? Es decir, perdonando y otorgando el perdón. Pero para que se obtenga el perdón de Dios, se hace propiciación mediante algún sacrificio. Por lo tanto, fue enviado por el Señor Dios un cierto sacerdote nuestro; asumió de nosotros lo que ofrecería al Señor, esas santas primicias de la carne del vientre de la virgen. Este holocausto lo ofreció a Dios: extendió las manos en la cruz, para decir, "Diríjase mi oración como incienso ante ti; la elevación de mis manos como sacrificio vespertino" (Salmo CXL, 2). Como sabéis, el Señor colgó en la cruz hacia la tarde (Mateo XXVII, 46): y nuestras impiedades fueron propiciadas; de lo contrario, nos habrían absorbido: los discursos de los inicuos prevalecieron sobre nosotros; nos llevaron los predicadores de Júpiter, Saturno y Mercurio: "Los discursos de los inicuos prevalecieron sobre nosotros". Pero, ¿qué harás? Nuestras impiedades, tú las propiciarás. Tú sacerdote, tú víctima; tú oferente, tú ofrenda. Él mismo es el sacerdote, que ahora ha entrado en el interior del velo, solo allí de entre aquellos que llevaron carne, intercede por nosotros (Hebreos VI, 19 y 20). En figura de esto, en aquel primer pueblo, y en aquel primer templo, un sacerdote entraba en el Santo de los Santos; todo el pueblo permanecía afuera: y aquel que solo entraba en el interior del velo, ofrecía sacrificio por el pueblo que estaba afuera (Hebreos IX, 7). Si se entiende bien, el espíritu vivifica: si no se entiende, la letra mata. Ahora, cuando se leía el Apóstol, escuchasteis: "La letra mata; pero el espíritu vivifica". Porque lo que se hacía en aquel pueblo, los judíos no lo supieron; pero ni ahora lo saben. De ellos se ha dicho: "Mientras se lee a Moisés, el velo está puesto sobre su corazón". Allí el velo es figura: pero se quitará la figura, y aparecerá la verdad en ellos mismos. Pero, ¿cuándo se quitará el velo? Escucha al Apóstol: "Cuando te conviertas al Señor, el velo será quitado". Mientras no se convierten al Señor, mientras leen a Moisés, tienen el velo sobre el corazón. A este sacramento resplandecía entonces el rostro de Moisés, de modo que los hijos de Israel no podían fijarse en su rostro (lo habéis escuchado ahora cuando se leía); y había un velo entre el rostro de Moisés que hablaba, y el pueblo que escuchaba las palabras. A través del velo escuchaban las palabras; no veían el rostro. ¿Y qué dice el Apóstol? "De modo que los hijos de Israel no podían fijarse en el rostro de Moisés". No fijaban la vista, dice, hasta el fin (II Corintios III, 6-16). ¿Qué significa, hasta el fin? Hasta que entendieran a Cristo. Porque el Apóstol dice: "El fin de la Ley es Cristo, para justicia a todo creyente" (Romanos X, 4). Hay ciertamente esplendor en el rostro de Moisés, como en un rostro carnal y mortal: ¿podría ser duradero o eterno? Con la muerte sucediendo,

ciertamente sería quitado. Pero el esplendor de la gloria de nuestro bendito Señor Jesucristo es eterno. Pero aquello era figura temporal, mientras que esto que aquella figura significaba, es la verdad. Leen, por tanto, y no entienden a Cristo: no llevan la intención hasta el fin, porque el velo opuesto les niega la visión del esplendor interior. Y ve allí bajo el velo a Cristo. Dice nuestro mismo Señor Jesucristo: "Si creyeráis a Moisés, me creeríais a mí; porque de mí escribió él" (Juan V, 46). Pero con nuestros pecados e impiedades propiciados por aquel sacrificio vespertino, pasamos al Señor, y el velo es quitado: por eso, al ser crucificado el Señor, el velo del templo se rasgó (Mateo XXVII, 51). Escucha mi oración: a ti vendrá toda carne. Los discursos de los inicuos prevalecieron sobre nosotros; y nuestras impiedades tú las propiciarás.

7. [vers. 5, 6.] Bienaventurado aquel a quien elegiste y tomaste. ¿Quién es elegido por él, y tomado? ¿Alguno elegido por nuestro Salvador Jesucristo? ¿O él mismo según la carne, que es hombre, fue elegido y tomado? Para que al Verbo de Dios se le diga lo que era en el principio, como dice el evangelista, "En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios"; porque él mismo es el Hijo de Dios, el Verbo de Dios, de quien también dice, "Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho" (Juan I, 1-3): para que a él, el Hijo de Dios, porque él es nuestro sacerdote, después de haber asumido carne, se le diga, "Bienaventurado aquel a quien elegiste y tomaste": es decir, aquel hombre con el que te vestiste, que comenzó en el tiempo, nacido de mujer, de alguna manera el templo de aquel que siempre es eterno, y siempre fue. ¿O más bien Cristo mismo asumió a un bienaventurado, y no se dice que él mismo asumió como en plural, sino en singular? Porque asume uno, porque asume la unidad. No asume cismas, no asume herejías: hicieron multitud de sí mismos; no es uno quien es asumido. Pero los que permanecen en la estructura de Cristo, y son sus miembros, hacen de alguna manera un solo hombre, del cual dice el Apóstol: "Hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo" (Efesios IV, 13). Así que un solo hombre es asumido, cuyo cabeza es Cristo; porque "la cabeza del hombre es Cristo" (I Corintios XI, 3). Él es aquel bienaventurado varón que no anduvo en consejo de impíos, y las demás cosas que allí se dicen (Salmo I, 1): él es quien es asumido. No está fuera de nosotros; en sus miembros estamos, bajo una cabeza somos gobernados, por un solo espíritu todos vivimos, una patria todos deseamos. Veamos, por tanto, lo que se dice a Cristo, si nos concierne, y se dice de nosotros: interroguemos nuestras conciencias, exploremos ese amor; y si aún es pequeño, y ahora ha nacido ese amor (quizás ahora ha germinado en alguno), diligentemente arranque las espinas que germinan junto a él, es decir, las preocupaciones mundanas, para que al crecer no ahoguen el santo brote. Bienaventurado aquel a quien elegiste y tomaste. En él estemos, y seremos asumidos; en él estemos, y seremos elegidos.

8. ¿Y qué nos dará? Habitará, dice, en tus atrios. Esa es Jerusalén, a la que cantan los que comienzan a salir de Babilonia: "Habitará en tus atrios". Nos saciaremos de los bienes de tu casa. ¿Cuáles son los bienes de la casa de Dios? Hermanos, imaginemos una casa rica; cuántos bienes contiene, cuán copiosa es, cuántos vasos de oro, pero también de plata; cuánta familia, cuántos animales y bestias; finalmente, cuán deleitosa es la casa con sus pinturas, mármoles, techos, columnas, espacios, habitaciones; y se desean tales cosas, pero aún desde la confusión de Babilonia. Corta todos esos deseos, oh ciudadano de Jerusalén; ¡córtalos! si deseas regresar, que no te deleite la cautividad. Pero ya has comenzado a salir: no mires atrás, no te quedes en el camino. No faltan aún enemigos que te persuadan de la cautividad y el exilio: ya no prevalezcan sobre ti los discursos de los inicuos. Desea la casa de Dios, y desea los bienes de esa casa; pero no tales como sueles desear en tu casa, o en la casa de tu vecino,

o en la casa de tu patrón. Algo diferente es el bien de esa casa. ¿Qué necesidad hay de que digamos cuáles son los bienes de esa casa? Que lo indique él mismo que canta saliendo de Babilonia: "Nos saciaremos", dice, "de los bienes de tu casa". ¿Cuáles son esos bienes? Quizás elevamos el corazón al oro, a la plata, y a otras cosas preciosas: no busques tales cosas; esas pesan, no elevan. Aquí, pues, meditemos ya sobre los bienes de esa Jerusalén, los bienes de esa casa del Señor, los bienes de ese templo del Señor: porque lo que es la casa del Señor, eso mismo es el templo del Señor. Nos saciaremos de los bienes de tu casa: tu santo templo, admirable en justicia. Esos son los bienes de esa casa. No dijo, "Tu santo templo, admirable en columnas, admirable en mármoles, admirable en techos dorados"; sino "admirable en justicia". Tienes ojos de carne para ver mármoles y oro: dentro está el ojo para ver la belleza de la justicia. Dentro, digo, está el ojo para ver la belleza de la justicia. Si no hay belleza en la justicia, ¿por qué se ama al justo anciano? ¿Qué aporta en el cuerpo que deleite los ojos? Miembros encorvados, frente arrugada, cabeza encanecida, debilidad llena de quejas por todas partes. Pero quizás porque no deleita tus ojos ese anciano decrepito, deleita tus oídos: ¿con qué voces? ¿con qué canto? y si quizás de joven cantó bien, todo con la edad ha decaído. ¿O quizás el sonido de sus palabras deleita tus oídos, que apenas pronuncia palabras completas con los dientes caídos? Sin embargo, si es justo, si no codicia lo ajeno, si de lo suyo que tiene da a los necesitados, si aconseja bien, y piensa rectamente, si cree íntegramente, si está dispuesto a ofrecer incluso sus miembros quebrantados por la fe de la verdad, muchos mártires incluso ancianos; ¿de dónde lo amamos? ¿qué bien vemos en él con los ojos de la carne? Nada. Por tanto, hay una cierta belleza en la justicia, que vemos con el ojo del corazón, y amamos, y ardemos; que mucho amaron los hombres en los mismos mártires, cuando sus miembros eran desgarrados por las bestias. ¿No es cierto que cuando la sangre manchaba todo, cuando con mordiscos de bestias se derramaban las entrañas, no tenían los ojos sino lo que horrorizaba? ¿Qué había allí que se amara, sino qué había en esa fealdad de miembros desgarrados la íntegra belleza de la justicia? Esos son los bienes de la casa de Dios; prepárate para saciarte de ellos. Pero para que te sacies de ellos, cuando llegues; esto debes desearlo y tener hambre, cuando peregrinas: esto desea, esto ten hambre; porque esos serán los bienes de Dios. Escucha a aquel rey a quien se le dicen estas cosas, que vino para llevarte de regreso, y se hizo camino para ti (Juan XIV, 6). ¿Qué dice? "Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados" (Mateo V, 6). Tu santo templo, admirable en justicia. Y ese mismo templo, hermanos, no lo penséis fuera de vosotros. Amad la justicia, y vosotros sois el templo de Dios.

9. Escúchanos, Dios, nuestro salvador. Ahora ha revelado a qué Dios se refiere. El Salvador es propiamente el Señor Jesucristo. Ahora ha aparecido más claramente de quién decía: "A ti vendrá toda carne". Escúchanos, Dios, nuestro salvador. Ese único hombre que es asumido en el templo de Dios, y son muchos, y es uno. Desde la persona de uno dijo, "Escucha, Dios, mi oración": y porque él mismo uno consiste de muchos, ahora dice, "Escúchanos, Dios, nuestro salvador". Escúchalo ya predicado más claramente: "Escúchanos, Dios, nuestro salvador; esperanza de todos los confines de la tierra, y en el mar lejano". He aquí de dónde se dijo: "A ti vendrá toda carne". De todas partes se viene. Esperanza de todos los confines de la tierra: no esperanza de un solo rincón, no esperanza solo de Judea, no esperanza solo de África, no esperanza de Panonia, no esperanza de Oriente, o de Occidente; sino esperanza de todos los confines de la tierra, y en el mar lejano; de esos mismos confines de la tierra. Y en el mar lejano: y porque en el mar, por eso lejano. El mar se dice en figura de este mundo, amargo por su salinidad, turbulento por sus tempestades; donde los hombres con deseos perversos y torcidos se han hecho como peces devorándose unos a otros. Observad el mar malo, el mar amargo, furioso con sus olas; observad con qué hombres está lleno. ¿Quién desea una herencia, sino con la muerte de otro? ¿quién desea ganancia, sino con la pérdida de otro?

¡Cuántos desean elevarse con la caída de otros! ¡Cuántos para comprar desean vender a otros sus cosas! cómo se oprimen unos a otros, y quienes pueden devoran; y cuando un pez mayor devora a uno menor, él mismo es devorado por uno mayor. Oh pez malo, deseas presa del pequeño; serás presa del grande. Todos los días suceden estas cosas, están ante nosotros; las vemos, temámoslas. No las hagamos, hermanos, porque él es la esperanza de los confines de la tierra. Si él no fuera la esperanza, y en el mar lejano, no diría a sus discípulos: "Os haré pescadores de hombres" (Mateo IV, 19). Ya capturados en el mar por las redes de la fe, alegrémonos de nadar aún dentro de las redes; porque aún este mar se enfurece con tempestades, pero las redes que nos capturaron, serán llevadas a la orilla. La orilla es el fin del mar: por tanto, la llegada al fin del mundo. Mientras tanto, dentro de esas mismas redes, hermanos, vivamos bien: no rompiendo las redes salgamos fuera. Muchos han roto las redes, y han hecho cismas, y han salido fuera, porque dijeron que no podían tolerar a los peces malos capturados dentro de las redes; ellos mismos se hicieron malos más bien que aquellos que dijeron no poder tolerar. Porque esas redes capturaron peces buenos y malos. El Señor dice: "El reino de los cielos es semejante a una red echada en el mar, que recoge de toda clase; la cual, cuando está llena, la sacan a la orilla, y sentados, recogen los buenos en cestas, y los malos echan fuera: así será, dice, en el fin del mundo". Mostró la orilla, mostró el fin del mar. "Saldrán los ángeles, y separarán a los malos de entre los justos, y los echarán en el horno de fuego: allí será el llanto y el crujir de dientes" (Mateo XIII, 47-50). Vamos, ciudadanos de Jerusalén, que estáis dentro de las redes, y sois peces buenos, tolerad a los malos; no rompáis las redes: con ellos estáis en el mar; no con ellos estaréis en las cestas. Porque él es la esperanza de los confines de la tierra, él es la esperanza, y en el mar lejano. Lejano, porque también en el mar.

10. [vers. 7.] Preparando montes en su fortaleza: no en la fortaleza de ellos. Preparó grandes predicadores, y a ellos los llamó montes; humildes en sí mismos, elevados en él. Preparando montes en su fortaleza. ¿Qué dice uno de esos montes? "Nosotros mismos tuvimos en nosotros mismos sentencia de muerte, para que no confiemos en nosotros mismos, sino en Dios que resucita a los muertos" (II Corintios I, 9). Quien confía en sí mismo, y no confía en Cristo, no es de esos montes que él prepara en su fortaleza. Preparando montes en su fortaleza, ceñido de poder. Entiendo poder: ceñido, ¿qué significa? A Cristo que ponen en medio, lo hacen ceñido, es decir, rodeado por todas partes. Lo tenemos todos en común; por eso está en medio: lo rodeamos todos los que creemos en él; y porque nuestra fe no es de nuestras fuerzas, sino de su poder, por eso ceñido de poder suyo, no de nuestra fortaleza.

11. [vers. 8, 9.] Que turbas el fondo del mar. Hizo esto: se ve lo que hizo. Preparó montes en su fortaleza; los envió a predicar: ceñido está por los creyentes en su poder; y el mar se agitó; el mundo se agitó, y comenzó a perseguir a sus santos. Ceñido de poder: que turbas el fondo del mar. No dijo, Que turbas el mar; sino, el fondo del mar. El fondo del mar es el corazón de los impíos. Porque así como desde el fondo todo se mueve más vehementemente, y el fondo contiene todo; así todo lo que procede por la lengua, por las manos, por diversos poderes a la persecución de la Iglesia, procede del fondo. Porque si no hubiera raíz de iniquidad en el corazón, no procederían todas esas cosas contra Cristo. Turbó el fondo, quizás para también vaciar el fondo; pues en algunos malos vació el mar del fondo, y puso el mar desierto. Lo dice otro salmo: "Que convierte el mar en tierra seca" (Salmo LXV, 6). Todos los impíos y paganos que creyeron, eran mar; se hicieron tierra: primero estériles con olas saladas; después fecundos con el fruto de la justicia. Que turbas el fondo del mar: ¿quién soportará el sonido de sus olas? ¿Qué significa, quién soportará? ¿Qué hombre soportará el sonido de las olas del mar, las órdenes de las alturas del mundo? Pero, ¿de dónde se soportan? Porque prepara montes en su fortaleza. Lo que dijo, ¿quién soportará? esto dice, Nosotros mismos por

nosotros mismos no podríamos soportar esas persecuciones, si él no diera fortaleza. Que turbas el fondo del mar: ¿quién soportará el sonido de sus olas?

12. Se turbarán las naciones. Primero se turbarán: pero aquellos montes preparados en la fortaleza de Cristo, ¿acaso se turbaron? El mar se agitó; se estrelló contra los montes: el mar se rompió; los montes permanecieron incommovibles. Se turbarán las naciones: y todos temerán. He aquí que ya todos temen: antes, quienes se turbaron, ahora todos temen. Los cristianos no temieron, y ahora los cristianos son temidos. Todos los que perseguían, ahora temen. Pues ha vencido aquel que está ceñido de poder; así toda carne viene a él, de modo que los demás ya temen por su escasez. Y temerán todos los que habitan los confines de la tierra, por tus señales. Pues los Apóstoles hicieron milagros; y por eso todos los confines de la tierra temieron y creyeron.

13. Deleitarás las salidas de la mañana y de la tarde: es decir, las haces deleitables. ¿Qué se nos promete ya en esta vida? Deleitarás las salidas de la mañana y de la tarde. Hay salidas de la mañana; hay salidas de la tarde. La mañana significa la prosperidad del mundo; la tarde significa la tribulación del mundo. Preste atención Vuestra Caridad (pues en ambos casos se prueba el alma humana); que no se corrompa con la prosperidad, ni se quiebre con la adversidad. La mañana significa prosperidad porque la mañana es alegre, como si la tristeza de la noche hubiera pasado. Pero las tinieblas son tristes, al llegar la tarde: por eso, al llegar como la tarde del mundo, se ofreció el sacrificio vespertino. Que nadie tema, pues, la tarde, ni se corrompa con la mañana. He aquí que alguien, para que hagas algo malo, te prometió ganancia; es de mañana, te sonríe una gran cantidad de dinero; es de mañana para ti. No te corrompas, y tendrás salida de mañana. Pues si tienes salida, no serás atrapado. Así es la promesa de ganancia, como un cebo en una trampa: te aprietan, y no hay por dónde salir; caes en la trampa. Pero el Señor tu Dios te dio salida, para que no seas atrapado por la ganancia, cuando te dice en el corazón: Yo soy tu riqueza. No atiendas a lo que el mundo promete, sino a lo que promete el Creador del mundo: atiende a lo que Dios te prometió al hacer justicia, y desprecia lo que el hombre te promete para apartarte de la justicia y llevarte a la injusticia. No atiendas, pues, a lo que el mundo promete, sino a lo que el Creador del mundo; y tendrás salida de mañana por la palabra del Señor que dice: ¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero, si pierde su alma? (Mat. XVI, 26). Pero aquel que no pudo corromperte con la promesa de ganancia y llevarte a la iniquidad, te amenazará con castigos, y se volverá enemigo, y comenzará a decirte: Si no haces esto, yo lo mostraré, yo lo haré; me tendrás como enemigo. Primero, cuando prometía ganancia, era de mañana para ti: ahora ya anochece; te has entristecido. Pero quien te dio salida de mañana, también te la dará de tarde. Así como despreciaste la mañana del mundo por la luz del Señor, desprecia también la tarde por las pasiones del Señor, para que digas a tu alma: ¿Qué más me hará este que lo que sufrió por mí mi Señor? Mantendré la justicia, no consentiré en la iniquidad. Que se ensañe en la carne: se romperá la trampa, y volaré a mi Señor que me dice: No temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma (Mat. X, 28). Y de ese cuerpo dio seguridad diciendo: Ni un cabello de vuestra cabeza perecerá (Luc. XXI, 18). Magníficamente aquí puso: Deleitarás las salidas de la mañana y de la tarde. Pues si no te deleita esa salida, no te esforzarás por salir de allí. Metes la cabeza en la ganancia prometida, si no te deleita la promesa del Salvador. Y de nuevo, cedes al tentador y al que amenaza, si no te deleita aquel que primero sufrió para darte salida. Deleitarás las salidas de la mañana y de la tarde.

14. [vers. 10.] Visitaste la tierra, y la embriagaste. ¿De dónde embriagó la tierra? ¡Tu cáliz embriagador, cuán glorioso es! (Sal. XXII, 5). Visitaste la tierra, y la embriagaste: enviaste tus nubes, llovieron la predicación de la verdad, la tierra se embriagó. Multiplicaste

enriquecerla. ¿De dónde la multiplicaste para enriquecerla? El río de Dios está lleno de agua. ¿Quién es el río de Dios? El pueblo de Dios. El primer pueblo se llenó, de donde se regara la demás tierra. Escucha a aquel que promete agua: Si alguno tiene sed, venga y beba. El que cree en mí, de su interior correrán ríos de agua viva (Juan VII, 37 y 38). Si ríos, y un solo río; porque por la unidad, muchos son uno. Muchas Iglesias, y una Iglesia; muchos fieles, y una esposa de Cristo: así muchos ríos, y un solo río. Muchos israelitas creyeron, y fueron llenos del Espíritu Santo: de allí se difundieron entre las naciones; comenzaron a predicar la verdad, y del río de Dios que se llenó de agua, se regó toda la tierra. Preparaste su alimento; porque así es tu preparación. No porque te lo merecieron, a quienes perdonaste los pecados: sus méritos eran malos; pero tú por tu misericordia, porque así es tu preparación, así preparaste su alimento.

15. [vers. 11.] Embriaga sus surcos. Que primero se hagan surcos que se embriaguen: que la dureza de nuestro pecho se abra con el arado de la palabra de Dios, embriaga sus surcos; multiplica sus generaciones. Vemos: creen, y de los creyentes otros creen, y de ellos otros creen; y no basta a un solo hombre que hecho él mismo fiel, gane a uno. Así se multiplica también la semilla: se siembran pocos granos, y surgen las cosechas. Embriaga sus surcos; multiplica sus generaciones: en sus goteras se alegrará, cuando brote. Es decir, antes de que sea tal vez capaz de la capacidad del río, cuando brote, en sus goteras, es decir, en lo que le es propio, se alegrará. Pues a los pequeños y aún débiles se les destilan algunas cosas de los sacramentos, porque no pueden captar la plenitud de la verdad. Escucha cómo destila a los pequeños mientras brotan, es decir, en su reciente nacimiento menos capaces. El Apóstol dice: No pude hablarlos como a espirituales, sino como a carnales, como a pequeños en Cristo (I Cor. III, 1). Cuando dice, pequeños en Cristo, ya dice que han brotado, pero aún no son capaces de captar aquella abundante sabiduría, de la que dice: Hablamos sabiduría entre los perfectos (Id. II, 6). Alégrese en sus goteras, cuando brota y crece; fortalecido captará también la sabiduría: como el niño es alimentado con leche, y se hace capaz de alimento; sin embargo, primero de ese mismo alimento para el que era menos capaz, se le hizo leche. En sus goteras se alegrará, cuando brote.

16. [vers. 12.] Bendecirás la corona del año de tu bondad. Ahora se siembra, crece lo que se siembra, y habrá cosecha. Y ahora el enemigo ha sobresembrado cizaña sobre la semilla; y han brotado los malos entre los buenos, pseudo-cristianos, con hierba similar, pero no igual fruto. Pues cizaña se llama propiamente a lo que nace en similitud de los trigos; como es el lolium, como es la avena, y otras cosas semejantes que tienen la primera hierba completamente similar. Por eso, de la siembra de cizañas, el Señor dice esto: Vino el enemigo, y sobresembró cizaña; pero cuando creció la hierba, y dio fruto, entonces aparecieron las cizañas. Así que vino el enemigo, y sobresembró cizaña: pero ¿qué hizo al trigo? No es oprimido el trigo por las cizañas; más bien, por la tolerancia de las cizañas, crece el fruto de los trigos. Pues el mismo Señor dijo a algunos obreros que querían arrancar las cizañas: Dejad que ambos crezcan juntos hasta la cosecha, no sea que al querer arrancar las cizañas, arranquéis también el trigo; pero en el tiempo de la cosecha diré a los segadores: Recoged primero las cizañas, y atadlas en manojos para quemarlas; pero el trigo guardadlo en mi granero (Mat. XIII, 25-30). Ese es el fin del año, la cosecha del mundo. Bendecirás la corona del año de tu bondad. Donde oyes corona, se significa la gloria de la victoria. Vence al Diablo, y tendrás la corona. Bendecirás la corona del año de tu bondad. De nuevo encomienda la bondad de Dios, para que nadie se gloríe de sus méritos.

17. [vers. 13.] Y tus campos se llenarán de abundancia. Engordarán los confines del desierto, y los montes se ceñirán de júbilo. Campos, montes, confines del desierto, son los mismos hombres. Campos por la igualdad: por la igualdad, se llaman campos, pueblos justos. Montes

por la elevación; porque Dios eleva en sí a los que se humillan. Confines del desierto, todas las naciones. ¿Por qué confines del desierto? Eran desierto; ningún profeta fue enviado a ellos: así eran como un desierto, por donde no pasa el hombre. Ninguna palabra de Dios fue enviada a las naciones: solo al pueblo de Israel predicaron los profetas. Se llegó al Señor; creyeron los trigos en el mismo pueblo de los judíos. Pues dijo entonces a sus discípulos: Decís que la cosecha está lejos; mirad, y ved que los campos están blancos para la cosecha. Así que fue la primera cosecha; habrá una segunda al final del mundo. La primera cosecha de los judíos; porque a ellos se enviaban los profetas anunciando la venida del Salvador. Por eso dijo el Señor a sus discípulos: Ved que los campos están blancos para la cosecha: ciertamente, campos de Judea. Otros, dice, trabajaron, y vosotros habéis entrado en sus labores (Juan IV, 35, 38). Trabajaron los profetas para sembrar, y vosotros con la hoz habéis entrado en sus labores. Así que se hizo la primera cosecha; y de allí, del mismo trigo que entonces fue purificado, se sembró el mundo, para que surja otra cosecha que al final será recogida. En la segunda cosecha se sobresembraron cizañas; ahora aquí se trabaja. Así como en la primera trabajaron los profetas, hasta que vino el Señor; así en la segunda trabajaron los apóstoles, y todos los predicadores de la verdad trabajan, hasta que al final el Señor envíe a sus ángeles a la cosecha. Antes, pues, era desierto; pero engordarán los confines del desierto. He aquí donde no sonaron los profetas, el Señor de los profetas fue aceptado. Engordarán los confines del desierto, y los montes se ceñirán de júbilo.

18. [vers. 14.] Se han vestido los carneros de las ovejas: se debe entender, de júbilo. Pues con el júbilo con que se ceñirán los montes, con ese se visten los carneros de las ovejas. Los mismos carneros, que son los montes. Montes, por la gracia más eminente; carneros, porque son los líderes de los rebaños. Así que los carneros, los apóstoles, se han vestido de júbilo, se alegran de sus frutos; no trabajaron en vano, no predicaron en vano. Se han vestido los carneros de las ovejas; y los valles abundarán en trigo: y los pueblos humildes traerán mucho fruto. Clamarán: de ahí abundarán en trigo, porque clamarán. ¿Qué clamarán? Pues dirán himno. Pues es una cosa clamar contra Dios, y otra cosa decir himno; una cosa clamar sacrilegios, otra cosa clamar alabanzas a Dios. Si clamas en blasfemia, has producido espinas; si clamas en himno, abundas en trigo.

EN EL SALMO LXV EXPLICACIÓN. SERMON A LA PLEBE.

1. [vers. 1.] Se inscribe en el título de este salmo, Al final, cántico del Salmo de la resurrección. Al final cuando escucháis, cuando se pronuncian los Salmos, entendid en Cristo; dice el Apóstol: Pues el fin de la Ley es Cristo, para justicia a todo creyente (Rom. X, 4). ¿Cómo, pues, aquí se canta la resurrección, y de quién es la resurrección, cuanto él mismo se digne dar y abrir, escucharéis. Pues conocemos la resurrección del cristiano ya hecha en nuestra cabeza, y futura en los miembros. La cabeza de la Iglesia es Cristo, los miembros de Cristo la Iglesia (Col. I, 18). Lo que precedió en la cabeza, seguirá en el cuerpo. Esta es nuestra esperanza: para esto creemos, para esto soportamos, y perseveramos en tanta maldad de este mundo, consolándonos con la esperanza, antes de que la esperanza se haga realidad. Pues será realidad cuando también nosotros resucitemos, y transformados en un hábito celestial, hechos iguales a los ángeles. ¿Quién se atrevería a esperar esto, si la verdad no lo prometiera? Esta esperanza prometida a sí mismos los judíos la tenían; y de las buenas y como justas obras se gloriaban mucho, porque habían recibido la Ley según la cual viviendo, tanto aquí tendrían bienes carnales, como en la resurrección de los muertos esperaban tales cosas de las que aquí se alegraban. Por eso, a los saduceos, que negaban la futura resurrección, los judíos no podían responderles cuando proponían la cuestión, que al Señor le propusieron los mismos saduceos. De aquí entendemos que no podían resolver esta cuestión, porque al resolverla el Señor se maravillaron. Proponían, pues, los saduceos una cuestión

sobre cierta mujer, que tuvo siete maridos; no al mismo tiempo, sino sucediéndose. Pues era esto de la ley para propagar al pueblo, que si alguno moría sin hijos, su hermano, si tenía, tomara a su esposa, para suscitar descendencia a su hermano (Deut. XXV, 5). Propuesta, pues, aquella mujer, que tuvo siete maridos todos muertos sin hijos, y para cumplir este deber llevando a la esposa del hermano, dijeron preguntando: En la resurrección, ¿de cuál de ellos será esposa? Sin duda los judíos no se fatigarían, no desfallecerían en esta cuestión, si no esperaran para sí en la resurrección tales cosas como las que hacían en esta vida. Pero el Señor prometiendo igualdad con los ángeles, no corrupción humana de la carne, les dijo: Erráis, no conociendo las Escrituras, ni el poder de Dios. Pues en la resurrección ni se casarán, ni se darán en matrimonio: pues no comenzarán a morir, sino que serán iguales a los ángeles de Dios (Mat. XXII, 23-30, y Luc. XX, 27-36). Demostró que allí es necesaria la sucesión, donde se lamenta la partida: allí porque no habrá decesores, tampoco se buscarán sucesores. Pues para esto añadió: Pues no comenzarán a morir. Sin embargo, porque los judíos mantenían, aunque carnalmente, la esperanza de la resurrección de los muertos, se alegraron de que se respondiera a los saduceos, con quienes tenían esta cuestión ambigua y oscura. Mantenían, pues, los judíos la esperanza de la resurrección de los muertos; y solo ellos esperaban resucitar a la vida bienaventurada por la obra de la Ley, y por las justificaciones de las Escrituras, que solo los judíos tenían, y las naciones no tenían. Cristo fue crucificado; la ceguera en parte de Israel se hizo, para que la plenitud de las naciones entrara (Rom. XI, 25): esto dice el Apóstol. También comenzó a prometerse a las naciones la resurrección de los muertos, creyendo en Jesucristo que resucitó. De ahí es este salmo contra la presunción y soberbia de los judíos, por la fe de las naciones llamadas a la misma esperanza de resurrección.

2. De algún modo, hermanos míos, habéis escuchado el ánimo del Salmo. En esto que dije, en esto que propuse, toda vuestra atención se suspenda; que ninguna otra consideración os aparte de aquí: se dice contra la presunción de los judíos, que esperaban para sí la resurrección por las justificaciones de la Ley, y crucificaron a Cristo que primero resucitó, no teniendo como miembros resucitados solo a los judíos, sino a todos los que creyeran en él, es decir, a todas las naciones. De ahí comenzó: Aclamad a Dios. ¿Quién? Toda la tierra. No solo Judea. Ved, hermanos, cómo se encomienda la universalidad de la Iglesia difundida por todo el orbe; y no solo doleros por los judíos que envidiaban esta gracia a las naciones, sino que llorad más por los herejes. Pues si deben ser lamentados los que no fueron recogidos, ¿cuánto más los que recogidos fueron divididos? Si aclamad a Dios, toda la tierra. ¿Qué es, Aclamad? Estallad en voz de gozo, si no podéis con palabras. Pues no se aclama con palabras; sino que solo se devuelve el sonido de los que se alegran, como el parto y el alumbramiento del corazón de la alegría en voz de la cosa concebida, que no puede explicarse con palabras. Aclamad a Dios, toda la tierra: que nadie aclamé en parte. Nadie, digo, aclamé en parte: toda la tierra aclamé, la Católica aclamé. La Católica lo abarca todo: quienquiera que tenga parte, y esté cortado del todo, quiere aullar, no aclamar. Aclamad a Dios, toda la tierra.

3. [vers. 2.] Cantad salmos al nombre de él. ¿Qué dijo? Que al cantar salmos vosotros, sea bendecido su nombre. Pero qué es cantar salmos, lo dije ayer, y creo que Vuestra Caridad lo recuerda. Cantar salmos es también tomar el instrumento que se llama salterio, y con el toque y la obra de las manos concordar con las voces. Si, pues, aclamáis lo que Dios escucha, cantad salmos también lo que los hombres vean y escuchen; pero no a vuestro nombre. Pues guardaos de hacer vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos por ellos (Mat. VI, 1). Y por el nombre de quién, dirás, cantaré salmos, para que no sean vistos por los hombres mis obras? Atended en otro lugar: Brillen vuestras obras delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos (Id. V, 16).

Veán vuestras buenas obras, y glorifiquen, no a vosotros, sino a Dios. Pues si hacéis buenas obras para ser glorificados, se responde lo que él mismo dijo de algunos tales: En verdad os digo; ya tienen su recompensa. Y de nuevo: De lo contrario, no tendréis recompensa con vuestro Padre que está en los cielos (Id. VI, 2, 1). Entonces, dirás, ¿debo esconder mis obras, para no hacerlas delante de los hombres? No. Pero ¿qué dice? Brillen vuestras obras delante de los hombres. Así que quedará en duda: aquí me dices, Guardaos de hacer vuestra justicia delante de los hombres; aquí me dices, Brillen vuestras buenas obras delante de los hombres; ¿qué observaré? ¿qué haré? ¿qué dejaré? Así como el hombre no puede servir a dos señores que mandan cosas diferentes, tampoco a uno que manda cosas diferentes. No, dice el Señor, mando cosas diferentes. Atiende al fin, canta al fin; mira con qué fin haces. Si lo haces para ser glorificado, eso prohibí; pero si lo haces para que Dios sea glorificado, eso mandé. Cantad salmos, pues, no a vuestro nombre, sino al nombre del Señor vuestro Dios. Vosotros cantad salmos; él sea alabado: vosotros vivid bien; él sea glorificado. Pues ¿de dónde tenéis el mismo vivir bien? Si lo tuvierais eternamente, nunca habríais vivido mal; si lo tuvierais de vosotros, nunca no habríais vivido bien: Cantad salmos al nombre de él.

4. Dad gloria a su alabanza. Toda nuestra intención se dirige a la alabanza de Dios; no nos deja nada de lo que podamos gloriarnos. Gloriémonos más en ello y alegrémonos; adherámonos a Él, en Él seamos alabados. Habéis escuchado cuando se leía al Apóstol: "Considerad vuestra vocación, hermanos; que no muchos sabios según la carne, no muchos poderosos, no muchos nobles, sino que Dios eligió lo necio del mundo para confundir a los sabios; y lo débil del mundo eligió Dios para confundir a lo fuerte; y lo vil del mundo eligió Dios, y lo que no es, como si fuera, para que lo que es sea anulado" (I Cor. I, 26-28). ¿Qué quiso decir? ¿Qué quiso mostrar? Descendió nuestro Señor Dios Jesucristo para reparar el género humano y dar su gracia a todos los que entienden que es su gracia, no sus méritos; y para que ninguna persona se gloríe en la carne, eligió a los débiles. Pues de ahí no fue elegido tampoco aquel Natanael. ¿Qué te parece, que eligiera a Mateo, un publicano sentado en el telonio (Matth. IX, 9), y no eligiera a Natanael, de quien el mismo Señor dio testimonio, diciendo: "He aquí un verdadero israelita, en quien no hay engaño"? Se entiende, pues, que este Natanael era instruido en la Ley. No porque no fuera a elegir a los doctos: pero si los hubiera elegido primero, pensarían que fueron elegidos por el mérito de su doctrina; así se alabaría su ciencia, y se disminuiría la alabanza de la gracia de Cristo. Dio testimonio como a un buen fiel, en quien no había engaño; pero sin embargo, no lo asumió entre aquellos discípulos, a quienes primero eligió como ignorantes. ¿Y de dónde entendemos que él era experto en la Ley? Cuando oyó de uno de los que seguían al Señor, diciendo: "Hemos encontrado al Mesías, que se interpreta Cristo", preguntó de dónde; y se le dijo: "De Nazaret"; y él, "¿De Nazaret puede salir algo bueno?" Sin duda, quien entendió que de Nazaret puede salir algo bueno, era experto en la Ley, y había examinado bien a los Profetas. Sé que en esas palabras hay otra pronunciación; pero no ha sido aprobada por los más prudentes: como si pareciera que él desesperaba, cuando al oír dijo: "¿De Nazaret puede salir algo bueno?", es decir, ¿puede acaso? Pronunciando así, como si desesperara. Sin embargo, sigue allí: "Ven y ve" (Juan I, 41-47). Estas palabras, es decir, "Ven y ve", pueden seguir ambas pronunciaciones. Si dices, como no creyendo, "¿De Nazaret puede salir algo bueno?", se responde, "Ven y ve" lo que no crees. Nuevamente, si dices afirmando, "De Nazaret puede salir algo bueno", se responde, "Ven y ve" cuán verdadero es el bien que anuncio de Nazaret; y cuán rectamente crees, ven y experimenta. Sin embargo, se considera que él era docto en la Ley, porque no fue elegido entre los discípulos por aquel que primero eligió lo necio del mundo; aunque el Señor le dio tanto testimonio diciendo: "He aquí un verdadero israelita, en quien no hay engaño". El Señor eligió después también a oradores; pero ellos se habrían

enorgullecido, si no hubiera elegido primero a pescadores: eligió a ricos; pero habrían dicho que fueron elegidos por el mérito de sus riquezas, si no hubiera elegido primero a pobres: eligió emperadores después; pero es mejor que cuando el emperador llegue a Roma, deposite su diadema y llore ante la memoria del pescador, que el pescador llore ante la memoria del emperador. Porque Dios eligió lo débil del mundo para confundir a lo fuerte; y eligió lo vil del mundo, y lo que no es, como si fuera, para que lo que es sea anulado. ¿Y qué sigue? Concluyó el Apóstol: "Para que no se gloríe ante Dios ninguna carne". Ved cómo nos quitó la gloria, para dar gloria: quitó la nuestra, para dar la suya; quitó la vana, para dar la plena; quitó la vacilante, para dar la sólida. ¡Cuánto más fuerte y firme es nuestra gloria, porque está en Dios! No debes, pues, gloriarte en ti mismo; la verdad lo prohibió: pero lo que dijo el Apóstol, eso ordenó la verdad, "El que se gloria, gloriéese en el Señor" (I Cor. I, 29, 31). Dad, pues, gloria a su alabanza. No imitéis a los judíos, que querían atribuir sus justificaciones a sus méritos, y envidiaban a los gentiles que se acercaban a la gracia evangélica, para que todos sus pecados les fueran perdonados; como si ellos no tuvieran nada que se les perdonara; ya, como buenos obreros, esperando la recompensa. Y aunque aún estaban enfermos, se creían sanos, y por eso enfermaban más peligrosamente. Pues si hubieran estado enfermos más levemente, no habrían matado al médico como frenéticos. Dad gloria a su alabanza.

5. [vers. 3.] Decid a Dios: ¡Cuán temibles son tus obras! ¿Por qué temibles, y no amables? Escucha otra voz del salmo: "Servid al Señor con temor, y alegraos con temblor" (Sal. II, 11). ¿Qué significa esto? Escucha la voz del Apóstol: "Con temor", dice, "y temblor trabajad en vuestra propia salvación. ¿Por qué, con temor y temblor? Dio la razón: "Porque Dios es quien obra en vosotros, tanto el querer como el hacer, por su buena voluntad" (Filip. II, 12, 13). Si, pues, Dios obra en ti, por la gracia de Dios obras bien, no por tus propias fuerzas. Por tanto, si te alegras, también teme; no sea que lo que se dio al humilde, se quite al soberbio. Pues, para que sepáis que esto sucedió por la misma soberbia de los judíos, como si se justificaran por las obras de la Ley, y por eso cayeran, dice otro salmo: "Estos en carros, y aquellos en caballos", como en sus propios pasos e instrumentos para su elevación; "pero nosotros", dice, "en el nombre del Señor nuestro Dios nos magnificaremos: Estos en carros, y aquellos en caballos; pero nosotros en el nombre del Señor nuestro Dios nos magnificaremos". Mira cómo ellos se exaltaban en sí mismos; mira cómo estos se gloriaban en Dios. Por eso, ¿qué siguió? A ellos se les ataron los pies, y cayeron; pero nosotros nos levantamos y estamos erguidos (Sal. XIX, 8, 9). Escucha al mismo Señor nuestro diciendo lo mismo: "Yo", dice, "he venido; para que los que no ven, vean; y los que ven, se vuelvan ciegos". Mira en una parte la bondad; en la otra, como malicia. Pero, ¿qué hay mejor que Él? ¿qué más misericordioso? ¿qué más justo? ¿Por qué, entonces, "los que no ven, vean"? Por la bondad. ¿Por qué, "y los que ven, se vuelvan ciegos"? Por la altivez. ¿Y realmente veían, y se volvieron ciegos? No veían, pero pensaban que veían. Pues mirad, hermanos: cuando los mismos judíos decían, "¿Acaso somos ciegos?", el Señor les dijo; "Si fuerais ciegos, no tendríais pecado: pero ahora que decís, Vemos, vuestro pecado permanece en vosotros" (Juan IX, 39-41). Has venido al médico; ¿dices que ves? Cederán los colirios; siempre permanecerás ciego: confiesa que eres ciego, para que merezcas ser iluminado. Observa a los judíos; observa a los gentiles. "Para que los que no ven, vean", dice: por eso he venido, para que los que ven, se vuelvan ciegos. Al mismo Señor nuestro Jesucristo en la carne lo veían los judíos; los gentiles no lo veían: he aquí que los que vieron, lo crucificaron; los que no vieron, creyeron. Entonces, ¿qué hiciste, oh Cristo, contra los soberbios? ¿qué hiciste? Vemos, porque te dignaste, y somos tus miembros; vemos: escondiste a Dios; presentaste al hombre. ¿Por qué esto? Para que la ceguera en parte de Israel ocurriera, y la plenitud de los gentiles entrara. Para esto escondiste a Dios, y presentaste al hombre a la vista. Veían, y no veían: veían lo que habías tomado, y no veían lo que eras: veían la forma de siervo, no veían

la forma de Dios (Filip. II, 6, 7); la forma de siervo, por la cual el Padre es mayor (Juan XIV, 28); no la forma de Dios, por la cual acabáis de escuchar, "Yo y el Padre somos uno" (Juan X, 30). Tomaron lo que veían, crucificaron lo que veían; insultaron a quien veían, no reconocieron a quien se ocultaba. Escucha al Apóstol diciendo: "Si lo hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de la gloria" (I Cor. II, 8). Por tanto, vosotros, gentiles que habéis sido llamados, observad las ramas cortadas por la severidad; vosotros, insertados por la bondad, y hechos partícipes de la gordura del olivo, no seáis altivos; es decir, no os enorgullezcáis. No llevas tú la raíz, dice; sino la raíz a ti. Temed más, porque veis ramas naturales cortadas. Los judíos vinieron por los patriarcas; nacieron de la carne de Abraham. ¿Y qué dice el Apóstol? Pero dices: Fueron cortadas las ramas, para que yo fuera injertado. Bien; por la incredulidad fueron cortadas. Tú, sin embargo, dice, estás en pie por la fe; no seas altivo, sino teme: porque si Dios no perdonó a las ramas naturales, tampoco te perdonará a ti. Observa, pues, las ramas cortadas, y a ti injertado: no te exaltes sobre las ramas cortadas; sino más bien di a Dios, "¡Cuán temibles son tus obras!" Hermanos, si no debemos exaltarnos contra los judíos que fueron cortados de la raíz de los patriarcas, sino más bien temer, y decir a Dios, "¡Cuán temibles son tus obras!", cuánto menos debemos exaltarnos contra las recientes heridas de las divisiones. Fueron cortados antes los judíos, fueron injertados los gentiles; de ese mismo injerto fueron cortados los herejes; pero tampoco debemos exaltarnos contra ellos, no sea que merezca ser cortado quien se deleita en insultar a los cortados. Hermanos míos, cualquiera que sea la voz del obispo que os ha sonado, os rogamos que tengáis cuidado: cualquiera que estéis en la Iglesia, no insultéis a los que no están dentro; sino más bien orad para que también ellos estén dentro. Porque Dios es poderoso para injertarlos de nuevo. De los mismos judíos dijo esto el Apóstol; y se cumplió en ellos. Resucitó el Señor, y muchos creyeron: no entendieron cuando lo crucificaron; sin embargo, después creyeron en Él, y se les perdonó tan gran delito. La sangre del Señor derramada fue perdonada a los homicidas, para no decir deicidas; porque si lo hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de la gloria. Ahora la sangre derramada del inocente fue perdonada a los homicidas; y la misma sangre que derramaron por locura, la bebieron por gracia. Decid, pues, a Dios: ¡Cuán temibles son tus obras! ¿Por qué temibles? Porque la ceguera en parte de Israel ocurrió, para que la plenitud de los gentiles entrara (Rom. XI, 17-25). Oh plenitud de los gentiles, di a Dios, "¡Cuán temibles son tus obras!" y así alégrate mientras tiembles; no te exaltes sobre las ramas cortadas. Decid a Dios: ¡Cuán temibles son tus obras!

6. En la multitud de tu poder te mentirán tus enemigos. Para esto, dice, te mentirán tus enemigos, para que sea grande tu poder. ¿Qué significa esto? Escuchad con atención. El poder de nuestro Señor Jesucristo se manifestó principalmente en la resurrección, de donde este salmo tomó su título. Y resucitado, se apareció a sus discípulos. No se apareció a sus enemigos, sino a sus discípulos (Hechos X, 41). Crucificado se apareció a todos; resucitado a los fieles: para que también después quien quisiera creyera, y al creyente se le prometiera la resurrección. Muchos santos hicieron muchos milagros; ninguno de ellos resucitó muerto: porque incluso los que fueron resucitados por ellos, fueron resucitados para morir. Prestad atención, caridad vuestra. El Señor, al recomendar sus obras, dijo: "Creed en las obras, si no queréis creer en mí" (Juan X, 38). Y se recomiendan también las obras pasadas de los profetas; y si no las mismas, sin embargo, muchas iguales, muchas de la misma potencia. El Señor caminó sobre el mar, y ordenó también a Pedro (Matth. XIV, 25, 29). ¿Acaso no estaba allí el mismo Señor, cuando el mar se dividió para que Moisés pasara con el pueblo de Israel (Éxodo XIV, 21)? El mismo Señor hacía esas cosas. Quien hizo estas cosas por su carne, Él mismo hacía aquellas por la carne de sus siervos. Sin embargo, eso no lo hizo por sus siervos (pues Él mismo hacía todo), que alguno de ellos muriera y resucitara a la vida eterna. Porque,

pues, los judíos podían decir, cuando el Señor hacía milagros, "Esto lo hizo también Moisés, lo hizo Elías, lo hizo Eliseo": podían decirse esto, porque también ellos resucitaron muertos, e hicieron muchos milagros: por eso, cuando se le pedía una señal, recomendando su propia señal que solo en Él iba a suceder, dijo: "Esta generación perversa y adúltera busca una señal; y no se le dará señal, sino la señal del profeta Jonás. Porque como estuvo Jonás en el vientre del cetáceo tres días y tres noches; así estará el Hijo del Hombre en el corazón de la tierra tres días y tres noches" (Matth. XII, 39, 40). ¿Cómo estuvo Jonás en el vientre del cetáceo? ¿No fue para que después fuera vomitado vivo? Esto fue el infierno para el Señor, lo que el cetáceo para Jonás. Esta señal propia recomendó; esta es la más poderosa. Es más poderoso resucitar muerto, que no haber muerto. La grandeza del poder del Señor según se hizo hombre, se manifiesta en la virtud de la resurrección. Esto recomienda el Apóstol, cuando dice: "No teniendo mi propia justicia que es de la Ley; sino la que es por la fe de Cristo, que es de Dios la justicia en la fe, para conocerle a Él, y el poder de su resurrección" (Filip. III, 9, 10). Así se recomienda también en otro lugar: "Y si fue crucificado por debilidad, pero vive por el poder de Dios" (II Cor. XIII, 4). Cuando, pues, este gran poder del Señor se entiende en la resurrección, de donde este salmo tomó su título; ¿qué significa, "En la multitud de tu poder te mentirán tus enemigos", sino que así entiendas: Por eso te mentirán tus enemigos para que seas crucificado; por eso serás crucificado para que resucites? Por tanto, la mentira de ellos servirá para recomendar tu gran poder. ¿Por qué suelen mentir los enemigos? Para disminuir el poder de aquel de quien mienten. A ti, dice, te sucede lo contrario. Pues menos aparecería tu poder, si no te mintieran.

7. Observad también la misma mentira de los falsos testigos en el Evangelio, y ved que es sobre la resurrección. Pues cuando al Señor se le dijo, "¿Qué señal nos muestras, ya que haces estas cosas?", excepto lo que había dicho de Jonás, por otra similitud dijo lo mismo, para que sepáis que esta señal propia fue especialmente recomendada: "Destruid este templo", dice, "y en tres días lo levantaré". Y ellos dijeron: "Cuarenta y seis años se ha edificado este templo; ¿y tú en tres días lo levantarás?" Y el evangelista, exponiendo qué era aquello: "Pero esto", dice, "decía Jesús del templo de su cuerpo" (Juan II, 18-21). He aquí que de este modo decía que iba a mostrar a los hombres su poder, de donde dio la similitud del templo, por su carne que era el templo de la divinidad oculta dentro. De donde los judíos veían el templo por fuera; no veían la deidad habitante dentro. De estas palabras del Señor fabricaron los falsos testigos la mentira que dirían contra Él, de estas mismas donde recomendó su futura resurrección, hablando del templo. Pues dijeron los falsos testigos contra Él, cuando se les preguntó qué le habían oído decir: "Le oímos decir, Destruiré este templo, y en tres días lo levantaré" (Matth. XXVI, 61). "En tres días lo levantaré", habían oído: "Destruiré", no habían oído; sino que habían oído, "Destruid". Cambiaron una palabra, y pocas letras, para fabricar un falso testimonio. Pero, ¿a quién cambias la palabra, oh vanidad humana, oh debilidad humana? ¡Al Verbo inmutable cambias la palabra! Cambias tú tu palabra; ¿acaso cambias el Verbo de Dios? De donde en otro lugar se dice: "Y la iniquidad se mintió a sí misma" (Sal. XXVI, 12). ¿Por qué, pues, te mintieron tus enemigos, oh Señor, a quien toda la tierra aclama? "En la multitud de tu poder te mentirán tus enemigos". Dirán, "Destruiré"; cuando tú dijiste, "Destruid". ¿Por qué dijeron que tú dijiste, "Destruiré"; y no dijeron lo que tú dijiste, "Destruid"? Para que como si ellos se defendieran del crimen de destruir el templo sin causa. Cristo, pues, porque quiso, murió; y sin embargo, vosotros lo matasteis. He aquí que os concedemos, oh mentirosos; Él mismo destruyó el templo. Pues se dijo por el Apóstol: "Quien me amó y se entregó a sí mismo por mí" (Gál. II, 20). Se dijo del Padre: "Quien no escatimó a su propio Hijo; sino que lo entregó por todos nosotros" (Rom. VIII, 32). Si, pues, el Padre entregó al Hijo, y el Hijo se entregó a sí mismo; ¿qué hizo Judas? El Padre entregando al Hijo a la muerte por nosotros, hizo bien: Cristo entregándose a sí mismo por

nosotros, hizo bien: Judas entregando al maestro por su avaricia, hizo mal. Pues lo que se nos ha concedido de la pasión de Cristo, no se imputará a la malicia de Judas: él tendrá la recompensa de su malicia; Cristo la alabanza de su gracia. Sin duda Él mismo destruyó el templo; Él mismo lo destruyó quien dijo: "Tengo poder para poner mi vida; y tengo poder para volver a tomarla: nadie me la quita; sino que yo mismo la pongo de mí, y la vuelvo a tomar" (Juan X, 18). Él mismo destruyó el templo por su gracia, por vuestra malicia. "En la multitud de tu poder te mentirán tus enemigos". He aquí que mienten, he aquí que se les cree, he aquí que eres oprimido, he aquí que eres crucificado, he aquí que se te insulta, he aquí que se agita la cabeza: "Si es Hijo de Dios, descienda de la cruz" (Matth. XXVII, 40). He aquí que cuando quieres pones tu vida, y eres herido en el costado con una lanza (Juan XIX, 34), y los sacramentos fluyen de tu costado; eres bajado del madero, envuelto en lienzos, puesto en el sepulcro, se añaden guardias para que no te lleven tus discípulos; viene la hora de tu resurrección, la tierra se estremece, los sepulcros se abren, resucitas oculto, te manifiestas visible. ¿Dónde están, pues, aquellos mentirosos? ¿Dónde está el falso testimonio de la malevolencia? ¿No es cierto que en la multitud de tu poder te mentieron tus enemigos?

8. También a esos guardianes del sepulcro; que relaten lo que han visto: que reciban dinero, y ellos mismos mientan; que digan también, advertidos por los perversos, que han sido corrompidos por los judíos, quienes no quisieron ser íntegros en Cristo; que digan, que mientan también ellos. ¿Qué van a decir? Decidlo; veamos: mentiréis también vosotros en la multitud del poder del Señor. ¿Qué vais a decir? Mientras dormíamos, vinieron sus discípulos y lo robaron del sepulcro (Mat. XXVIII, 13). ¡Oh, verdadera necedad durmiente! O estabas despierto; y debiste impedirlo: o estabas dormido; y no sabes lo que ocurrió. Se unieron también ellos a la mentira de los enemigos: se incrementó el número de los mentirosos, para que aumentara la recompensa de los creyentes; porque en la multitud de tu poder mentirán tus enemigos. Por lo tanto, mintieron; en la multitud de tu poder mintieron: te manifestaste contra los mentirosos con los veraces y te manifestaste a esos veraces que tú hiciste veraces.

9. [vers. 4.] Que los judíos permanezcan en sus mentiras: a ti, porque en la multitud de tu poder mintieron, que se cumpla lo que sigue: Toda la tierra te adore, y te cante; cante a tu nombre, Altísimo. Poco antes humildemente; ahora Altísimo: humildemente entre las manos de los enemigos mentirosos; Altísimo sobre la cabeza de los ángeles que alaban. Toda la tierra te adore, y te cante; cante a tu nombre, Altísimo.

10. [vers. 5.] Venid, y ved las obras del Señor. Oh, naciones, oh, últimas naciones, dejad a los judíos mentirosos, venid confesando. Venid, y ved las obras del Señor: terrible en sus consejos sobre los hijos de los hombres. El Hijo del Hombre también fue llamado así, y verdaderamente se hizo hijo del hombre: verdadero Hijo de Dios en forma de Dios; verdadero hijo del hombre en forma de siervo (Filip. II, 6): pero no juzguéis esta forma de siervo por la condición de otros semejantes; es terrible en sus consejos sobre los hijos de los hombres. Los hijos de los hombres tramaron un consejo para crucificar a Cristo; crucificado, cegó a los que lo crucificaron. ¿Qué hicisteis, hijos de los hombres, tramando agudos consejos contra vuestro Señor, en quien se ocultaba la majestad y se manifestaba la debilidad? Vosotros tramasteis consejos de perdición, él de ceguera y salvación; cegando a los soberbios, salvando a los humildes: y a estos soberbios cegándolos, para que cegados se humillaran, humillados confesaran, confesando fueran iluminados. Terrible en sus consejos sobre los hijos de los hombres. ¡Verdaderamente terrible! He aquí que la ceguera en parte de Israel ha ocurrido: he aquí que los judíos de los cuales nació Cristo, están fuera: he aquí que las naciones que estaban contra Judea, están dentro en Cristo (Rom. XI, 25). Terrible en sus consejos sobre los hijos de los hombres.

11. [vers. 6.] Por eso, ¿qué hizo con el terror de su consejo? Convirtió el mar en tierra seca. Pues esto sigue: El que convirtió el mar en tierra seca. El mundo era un mar; amargo por su salinidad, turbulento por la tempestad, furioso por las olas de las persecuciones, era un mar: ciertamente el mar se convirtió en tierra seca; ahora el mundo, que estaba lleno de sal, tiene sed de agua dulce. ¿Quién hizo esto? El que convirtió el mar en tierra seca. Ahora, ¿qué dice el alma de todas las naciones? Mi alma es como tierra sin agua para ti (Sal. CXLII, 6). El que convirtió el mar en tierra seca. En el río pasarán a pie. Aquellos mismos que se convirtieron en tierra seca, cuando antes eran mar, en el río pasarán a pie. ¿Qué es el río? El río es toda la mortalidad del siglo. Ved el río: unas cosas vienen y pasan, otras que han de pasar suceden. ¿No ocurre así en el agua del río, que nace de la tierra y fluye? Todo el que nace, debe ceder al que ha de nacer: y todo este orden de cosas pasajeras, es un cierto río. En este río no se arroje el alma codiciosa, no se arroje; permanezca. ¿Y cómo pasará las delicias de las cosas percederas? Crea en Cristo, y pasará a pie: pasa con ese guía, pasa a pie. ¿Qué es pasar a pie? Pasar fácilmente. No busca un caballo para pasar; no se eleva con soberbia para cruzar el río: pasa humildemente, y pasa más seguro. En el río pasarán a pie.

12. Allí nos regocijaremos en él. Oh judíos, gloriaros de vuestras obras: dejad la soberbia de gloriaros en vosotros; tomad la gracia de regocijaros en Cristo. Allí nos regocijaremos: pero no en nosotros: allí nos regocijaremos en él. ¿Cuándo nos regocijaremos? Cuando hayamos pasado el río a pie, se promete la vida eterna, se promete la resurrección; allí nuestra carne ya no será un río: ahora es un río, cuando es mortalidad. Ved si alguna edad se detiene. Los niños quieren crecer; y no saben que el espacio de su vida se reduce con los años que pasan. Pues no se añaden años, sino que se restan a los que crecen: como el agua del río que avanza, pero se aleja de la fuente. Y los niños quieren crecer, para librarse del dominio de los mayores; he aquí que crecen, rápidamente, llegan a la juventud: los que han pasado la niñez, si pueden, retengan la juventud; también esta pasa. Sucede la vejez; ojalá la vejez fuera eterna: la muerte la quita. Por lo tanto, es un río de carne naciente. Este río de mortalidad, para que la concupiscencia de las cosas mortales no lo subvierta y arrastre, lo pasa fácilmente quien pasa humildemente, es decir, a pie, con ese guía que pasó primero, que bebió del torrente en el camino hasta la muerte, por eso levantó su cabeza (Sal. CIX, 7). Pasando, pues, a pie este río, es decir, pasando fácilmente esta mortalidad fluente, allí nos regocijaremos en él. Pero ahora, ¿en qué, sino en él, o en la esperanza de él? Pues aunque ahora nos regocijamos, nos regocijamos en esperanza; pero entonces nos regocijaremos en él. Y ahora en él, pero por esperanza; entonces cara a cara (I Cor. XIII, 12).

13. [vers. 7.] Allí nos regocijaremos en él. ¿En quién? En el que domina con su poder eternamente. Pues, ¿qué poder tenemos nosotros? ¿Y acaso eterno? Si nuestro poder fuera eterno, no habríamos caído, no habríamos caído en pecado, no habríamos merecido la mortalidad penal. Él lo asumió voluntariamente, donde nuestro mérito nos derribó, el que domina con su poder eternamente. Seamos partícipes de él, en cuyo poder seremos fuertes; él, sin embargo, en el suyo. Nosotros iluminados; él, la luz que ilumina: nosotros apartados de él, nos oscurecemos; él no puede apartarse de sí mismo. Con su calor nos encendemos; de donde nos habíamos enfriado al alejarnos, al acercarnos de nuevo nos encendemos. Por lo tanto, pidámosle que nos guarde en su poder, porque en él nos regocijaremos, el que domina con su poder eternamente.

14. Pero no solo a los judíos creyentes les concede esto, porque los judíos se exaltaron mucho presumiendo de su poder, después reconocieron en el poder de quién fueron saludablemente fuertes, y algunos de ellos creyeron: pero no es suficiente para Cristo; es mucho lo que dio, pagó un gran precio, no debía valer solo para los judíos lo que dio. Sus ojos miran a las

naciones. Por lo tanto, sus ojos miran a las naciones. ¿Y qué hacemos? Murmurarán los judíos; dirán los judíos: Lo que a nosotros, también a ellos; a nosotros el Evangelio, a ellos el Evangelio; a nosotros la gracia de la resurrección, y a ellos la gracia de la resurrección: nada nos aprovecha que recibimos la Ley, y vivimos en las justificaciones de la Ley, y guardamos los preceptos de los padres: nada valdrá esto; a ellos lo que a nosotros. No litiguen, no contienda. Los que amargan, no se exalten en sí mismos. Oh carne miserable y consumida, ¿no eres pecadora? ¿Qué clama tu lengua? Que se atienda a la conciencia. Pues todos pecaron, y necesitan la gloria de Dios (Rom. III, 23). Reconócete, debilidad humana. Recibiste la Ley, para que también fueras transgresora de la Ley; pues no guardaste ni cumpliste lo que recibiste. Se te añadió por la Ley, no la justificación que la Ley ordena, sino la transgresión que tú cometiste. Si, pues, abundó el pecado, ¿por qué envidias la gracia sobreabundante (Id. V, 20)? No te amargues, porque los que amargan, no se exalten. Como si hubiera maldecido, los que amargan, no se exalten: más bien, exáltense, pero no en sí mismos. Humíllense en sí mismos; exáltense en Cristo. Porque el que se humilla, será exaltado; y el que se exalta, será humillado (Mat. XXIII, 12). Los que amargan, no se exalten en sí mismos.

15. [vers. 8, 9.] Bendecid, naciones, a nuestro Dios. He aquí que han sido rechazados los que amargan; se les ha dado razón: algunos se han convertido, algunos soberbios han permanecido. No os asusten los que envidian la gracia evangélica a las naciones; ya ha venido la semilla de Abraham, en la cual serán bendecidas todas las naciones (Gen. XII, 3). Bendecid a aquel en quien sois bendecidos; Bendecid, naciones, a nuestro Dios: y escuchad la voz de su alabanza. No os alabéis a vosotros mismos; sino alabadlo a él. ¿Cuál es la voz de su alabanza? Que por su gracia somos, lo que sea bueno en nosotros. El que puso mi alma en la vida. He aquí la voz de su alabanza: El que puso mi alma en la vida. Por lo tanto, estaba en la muerte; estaba en la muerte en ti. De ahí que no debisteis exaltaros en vosotros mismos. He aquí que estaba en la muerte en ti: ¿dónde estará en la vida, sino en aquel que dijo, Yo soy el camino, la verdad, y la vida (Juan XIV, 6)? Como a algunos creyentes les dijo el Apóstol: Fuisteis en otro tiempo tinieblas; ahora sois luz en el Señor (Efes. V, 8). Tinieblas, pues, en vosotros; luz en el Señor: así la muerte en vosotros; vida en el Señor. El que puso mi alma en la vida. He aquí que puso nuestra alma en la vida, porque creemos en él; en la vida puso nuestra alma: pero ¿qué más se necesita, sino que perseveremos hasta el fin? ¿Y quién lo dará, sino de quien se dijo a continuación, Y no dio en movimiento mis pies? Él puso el alma en la vida, él guía los pies, para que no vacilen, no se muevan, y no se den en movimiento; él nos hace vivir, él perseverar hasta el fin, para que vivamos eternamente. Y no dio en movimiento mis pies.

16. [vers. 10-12.] ¿Por qué dijiste esto, Y no dio en movimiento mis pies? ¿Qué sufriste, o qué pudiste sufrir, para que se movieran tus pies? ¿Qué? escucha lo que sigue. ¿Por qué dije, no dio en movimiento mis pies? Porque sufrimos muchas cosas, de las cuales se moverían de la vía nuestros pies, si él no los guiara, y no los diera en movimiento. ¿Cuáles son estas cosas? Porque nos probaste, Dios; nos purificaste, como se purifica la plata. No nos purificaste como el heno, sino como la plata: aplicándonos fuego, no nos convertiste en ceniza, sino que lavaste las impurezas. Nos purificaste, como se purifica la plata. Y mira cómo actúa Dios con aquellos cuya alma puso en la vida. Nos introdujiste en la trampa: no para que muriéramos capturados, sino para que, liberados, experimentáramos. Pusiste tribulaciones en nuestra espalda. Pues mal erguido, éramos soberbios: mal erguido, fuimos curvados, para que curvados bien nos erigiéramos. Pusiste tribulaciones en nuestra espalda: impusiste hombres sobre nuestras cabezas. Todo esto lo sufrió la Iglesia en varias y diversas persecuciones; lo sufrió individualmente, incluso ahora lo sufre. Pues no hay nadie que pueda

decir que está libre de estas tentaciones en esta vida. Por lo tanto, se nos imponen también hombres sobre nuestras cabezas: toleramos a quienes no queremos, sufrimos superiores a veces que sabemos peores. Pero si faltan los pecados, el hombre es bien superior; cuanto más abundan, tanto es inferior. Y es bueno que consideremos que somos pecadores, y así toleremos a los que se nos imponen sobre nuestras cabezas; para que también nosotros confesemos a Dios que sufrimos dignamente. Pues, ¿qué sufres indignamente que hace quien es justo? Pusiste tribulaciones en nuestra espalda: impusiste hombres sobre nuestras cabezas. Parece que Dios actúa con severidad cuando hace esto: no temas; porque es Padre, nunca actúa con severidad para perder. Cuando vives mal, si te perdona, se enoja más. Sin duda, estas tribulaciones son azotes de corrección, para que no sea sentencia de castigo. Pusiste tribulaciones en nuestra espalda: impusiste hombres sobre nuestras cabezas.

17. Pasamos por el fuego y el agua. Fuego y agua, ambos son peligrosos en esta vida. Ciertamente parece que el agua apaga el fuego, y el fuego parece secar el agua. Así son también las tentaciones, de las cuales abunda esta vida. El fuego quema, el agua corrompe: ambos son de temer; tanto la quemadura de la tribulación, como el agua de la corrupción. Cuando las cosas son angostas, y lo que se llama infelicidad en este mundo, es como fuego: cuando las cosas son prósperas, y la abundancia del siglo nos rodea, es como agua. Cuida que el fuego no te queme, ni el agua te corrompa. Sé firme contra el fuego; debes ser cocido: como un vaso de barro eres puesto en el horno de fuego, para que se fortalezca lo que ha sido formado. Un vaso ya fortalecido por el fuego no teme al agua; pero si el vaso no ha sido solidificado por el fuego, como barro será disuelto por el agua. No te apresures al agua; pasa por el fuego al agua, para que también pases el agua. Por eso, en los Sacramentos, y en la catequesis, y en el exorcismo, primero se aplica el fuego. Pues, ¿de dónde a menudo los espíritus inmundos claman, Ardo, si no es ese fuego? Después del fuego del exorcismo se llega al Bautismo; para pasar del fuego al agua, del agua al refrigerio. Lo que en los Sacramentos, eso en las tentaciones de este siglo: primero llega la angustia del temor, en lugar del fuego; después, quitado el temor, se debe temer que la felicidad mundana corrompa. Pero cuando el fuego no te hace estallar, y no te sumerges en el agua, sino que nadas; por la disciplina pasas al descanso, y pasando por el fuego y el agua eres llevado al refrigerio. Pues las cosas de las cuales son signos en el Sacramento, son las mismas cosas en aquella perfección de la vida eterna. Ya cuando hayamos pasado a ese refrigerio, queridos hermanos, no temeremos allí a ningún enemigo, ningún tentador, ningún envidioso, ningún fuego, ninguna agua; allí será un refrigerio perpetuo. Refrigerio se dice por la quietud. Pues si dices, Es calor, es verdad: si dices, Refrigerio, es verdad. Si tomas mal el refrigerio, como si allí nos entorpeciéramos. Pero no nos entorpecemos allí, sino que descansamos: ni porque se dice calor, allí nos sofocaremos, sino que herviremos en espíritu. Atiende a ese mismo calor en otro salmo: Ni hay quien se esconda de su calor (Sal. XVIII, 7). ¿Qué dice también el Apóstol? Fervientes en espíritu (Rom. XII, 11). Por lo tanto, Pasamos por el fuego y el agua: Y nos sacaste al refrigerio.

18. [vers. 13.] Atiende porque no solo del refrigerio, sino tampoco del mismo fuego deseable ha callado: Entraré en tu casa con holocaustos. ¿Qué es holocausto? Todo quemado, pero con fuego divino. Pues se dice holocausto al sacrificio, cuando todo se enciende. Hay otras partes de los sacrificios; otro es el holocausto: cuando todo arde, y todo se consume con fuego divino, se dice holocausto; cuando es parte, sacrificio. Todo holocausto es sacrificio; pero no todo sacrificio es holocausto. Por lo tanto, promete holocaustos; habla el cuerpo de Cristo, habla la unidad de Cristo: Entraré en tu casa con holocaustos. Que todo lo mío lo consuma tu fuego; que nada de mí quede para mí, que todo sea para ti. Pero esto será en la resurrección de los justos, cuando también esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista

de inmortalidad; entonces se cumplirá lo que está escrito: Absorbida es la muerte en victoria (I Cor. XV, 54). La victoria es como un fuego divino: cuando absorbe también nuestra muerte, es un holocausto. No queda nada mortal en la carne, no queda nada culpable en el espíritu; todo se consumirá de la vida mortal, para que se consuma en la vida eterna: entonces serán esos holocaustos.

19. [vers. 14.] ¿Y qué será en los holocaustos? Pagaré mis votos, que distinguieron mis labios. ¿Cuál es la distinción en los votos? Esta es la distinción, que te acuses a ti mismo, lo alabes a él; te entiendas a ti como criatura, a él como creador; te entiendas a ti como tinieblas, a él como iluminador, a quien le digas: Tú iluminarás mi lámpara, Señor; mi Dios, iluminarás mis tinieblas (Sal. XVII, 29). Pues cuando digas, oh alma, que de ti misma te iluminas, no distingues. Si no distingues, no pagas los votos distinguidos. Paga los votos distinguidos; confiesa que eres mutable, él inmutable: confiesa que sin él no eres nada, pero él sin ti es perfecto; que necesitas de él, pero él no necesita de ti. Clama a él: Dije al Señor, Tú eres mi Dios, porque de mis bienes no tienes necesidad (Sal. XV, 2). Ya que Dios te asume en holocausto, él no crece, no se enriquece, no se hace más instruido: es mejor para ti todo lo que de ti hace por ti; no para él que lo hace. Si distingues estas cosas, pagas los votos a tu Dios, que distinguieron tus labios. Pagaré mis votos, que distinguieron mis labios.

20. [vers. 15.] Y habló mi boca en mi tribulación. ¡Cuán dulce es a menudo la tribulación! ¡Cuán necesaria! ¿Qué habló su boca en su tribulación? Te ofreceré holocaustos con médula. ¿Qué significa, con médula? Guardaré tu amor en mi interior; no estará en la superficie, en mis entrañas estará el amor que te tengo. Pues nada hay más interior que nuestras entrañas: los huesos son más internos que la carne, y la médula es más interna que los mismos huesos. Quienquiera que adore a Dios en la superficie, desea más agradar a los hombres; pero si siente otra cosa en su interior, no ofrece holocaustos de médula: pero aquel cuya médula se examina, se entrega por completo. Te ofreceré holocaustos con médula, con incienso y carneros. Los carneros son los líderes de la Iglesia: todo el cuerpo de Cristo habla; esto es lo que ofrece a Dios. ¿Qué es el incienso? La oración. ¿Con incienso y carneros? Porque principalmente los carneros oran por los rebaños. Te ofreceré bueyes con machos cabríos. Encontramos bueyes trillando, y ellos mismos son ofrecidos a Dios. El Apóstol dijo que se debe entender lo que está escrito sobre los anunciadores del Evangelio: No pondrás bozal al buey que trilla. ¿Acaso se refiere a los bueyes? (I Cor. IX, 9). Por tanto, aquellos grandes carneros, grandes bueyes. ¿Qué hay de los demás, que tal vez son conscientes de algunos pecados; que tal vez han caído en el camino y son sanados por la penitencia? ¿Acaso ellos quedarán fuera y no pertenecerán a los holocaustos? Para que no teman, añadió también los machos cabríos: Holocaustos, dice, con médula te ofreceré, con incienso y carneros: te ofreceré bueyes con machos cabríos. Con esta adición se salvan los machos cabríos: por sí solos no pueden; unidos a los bueyes son aceptados. Pues hicieron amigos con el mamón de la iniquidad, para que ellos los reciban en las moradas eternas (Luc. XVI, 9). Por tanto, estos machos cabríos no estarán a la izquierda, porque hicieron amigos con el mamón de la iniquidad. ¿Y qué machos cabríos estarán a la izquierda? A quienes se les dirá: Tuve hambre, y no me disteis de comer (Matth. XV, 42): no quienes redimieron sus pecados con limosnas.

21. [vers. 16, 17.] Venid, escuchad, y os contaré, todos los que teméis a Dios. Vengamos, escuchemos qué va a contar. Venid, escuchad, y os contaré. Pero, ¿quiénes, Venid y escuchad? Todos los que teméis a Dios. Si no teméis a Dios, no os contaré. No hay a quién contar donde no hay temor de Dios. Que el temor de Dios abra los oídos, para que haya por dónde entre lo que voy a contar. Pero, ¿qué va a contar? Cuánto ha hecho por mi alma. He aquí que quiere contar; pero, ¿qué va a contar? ¿Acaso cuánto se extiende la tierra, cuánto se

expande el cielo, cuántas son las estrellas, y cuáles son los ciclos del sol y la luna? Esta creación sigue su orden: quienes la han investigado con curiosidad, han ignorado a su creador (Sap. XIII, 9). Escuchad esto, recibid esto, oh vosotros que teméis a Dios, cuánto ha hecho por mi alma: si queréis, también por la vuestra. Cuánto ha hecho por mi alma. A Él clamé con mi boca. Y esto mismo dice que se ha hecho en su alma: que clamó a Él con su boca, dice que se ha hecho en su alma. He aquí, hermanos, éramos gentiles, aunque no en nosotros, en nuestros padres. ¿Y qué dice el Apóstol? Sabéis que cuando erais gentiles, erais llevados a los ídolos mudos (I Cor. XII, 2). Diga ahora la Iglesia, Cuánto ha hecho por mi alma. A Él clamé con mi boca. Clamaba al hombre de piedra, clamaba al madero sordo, hablaba a ídolos sordos y mudos: ya la imagen de Dios se ha vuelto a su Creador. Yo que decía al madero, Tú eres mi padre; y a la piedra, Tú me engendraste (Jerem. II, 27); ahora digo, Padre nuestro, que estás en los cielos (Matth. VI, 9). A Él clamé con mi boca. Con mi boca ya, no con boca ajena. Cuando clamaba a las piedras en la vana conversación de la tradición paterna (I Petr. I, 18), clamaba con boca ajena: cuando clamé al Señor, lo que Él mismo dio, lo que Él mismo inspiró, a Él clamé con mi boca, y lo exalté bajo mi lengua. ¿Qué significa, clamé con mi boca, y lo exalté bajo mi lengua? Lo proclamé públicamente, lo confesé en secreto. Es poco exaltar a Dios con la lengua; sino también bajo la lengua, para que lo que hablas con certeza, lo pienses en silencio. A Él clamé con mi boca, y lo exalté bajo mi lengua. Mira cómo en secreto quiere ser íntegro quien ofrece holocaustos con médula. Haced esto, hermanos, imitad esto, para que digáis, Venid, escuchad cuánto ha hecho por mi alma. Pues todo lo que narra, se hace por su gracia en nuestra alma. Ved otras cosas que dice.

22. [vers. 18.] Si he mirado la iniquidad en mi corazón, no me escuche el Señor. Considerad ahora, hermanos, cuán fácil, cuán diariamente los hombres, avergonzándose ante otros hombres, acusan las iniquidades: Ha hecho mal, ha hecho perdidamente, es un hombre malvado: esto tal vez lo dice por los hombres. Mira si no ves la iniquidad en tu corazón; no sea que lo que repruebas en otro, pienses hacerlo, y por eso clames contra él, no porque lo hizo, sino porque fue descubierto. Vuelve a ti mismo; sé juez de ti mismo en tu interior. He aquí en tu habitación oculta, en la misma vena íntima del corazón, donde solo estás tú y aquel que ve, allí te desagrade la iniquidad, para que agrades a Dios. No la mires, es decir, no la ames; sino más bien desdénala, es decir, despreciala, y apártate de ella. Cualquier cosa alegre que prometa, para seducir al pecado; cualquier cosa triste que amenace, para empujar al mal, todo es nada, todo pasa; es digno de desprecio, para ser pisoteado; no para ser mirado, para ser aceptado. [Sugiere a veces a través de pensamientos, o a través de las palabras de los malos interlocutores. Porque las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres: tú no las mires (I Cor. XV, 33). Pero es poco en el rostro, poco en la lengua: en el corazón no las mires, es decir, no las ames, no las aceptes. Pues el mirar se pone por el amor cotidianamente: primero porque de Dios decimos, Me miró. ¿Qué significa Me miró? ¿Acaso antes no te veía? ¿O miraba hacia arriba, y fue advertido por tus oraciones para que pusiera sus ojos en ti? Te veía también antes; pero dices, Me miró, es decir, Me amó. Y al hombre que te ve, y le ruegas, le dices que tenga misericordia de ti, Mírame. Te ve; y le dices, Mírame. ¿Qué significa, Mírame? Ama, atiende, ten misericordia de mí. Por tanto, no dijo, Si he mirado la iniquidad en mi corazón, porque absolutamente ninguna iniquidad se sugiere al corazón humano. Allí se sugiere, la sugerencia no cesa; pero no se haga mirada. Pues si miras la iniquidad, miras hacia atrás, y caes en la sentencia del Señor en el Evangelio: Nadie que pone su mano en el arado y mira hacia atrás, es apto para el reino de Dios (Luc. IX, 62). ¿Qué debo hacer entonces? Lo que dice el Apóstol: Olvidando lo que queda atrás, extendiéndome a lo que está delante (Philipp. III, 13). Pues todo lo nuestro que ha pasado, es iniquo. Nadie viene a Cristo desde el bien: todos pecaron: se justifican creyendo (Rom. III, 22). La justicia perfecta no será sino en aquella vida; sin embargo, el progreso y las buenas costumbres son

inspirados por Él, son donados por Él. No cuentes, pues, tus méritos, no lo hagas. Y si la iniquidad sugiere, no consientas. ¿Qué dice entonces?] Si he mirado la iniquidad en mi corazón, no me escuche el Señor.

23. [vers. 19.] Por eso me escuchó Dios. Porque no miré la iniquidad en mi corazón. Y atendió a la voz de mi oración.

24. [vers. 20.] Bendito sea mi Dios, que no apartó mi súplica, ni su misericordia de mí. Mantiene el sentido desde el lugar donde dijo, Venid, escuchad, y os contaré, todos los que teméis a Dios, cuánto ha hecho por mi alma; y dijo lo que habéis escuchado, y al final concluyó así: Bendito sea mi Dios, que no apartó mi súplica, ni su misericordia de mí. Pues así llegó a la resurrección aquel que habla, donde ya estamos también nosotros con esperanza: más aún, ya estamos; y esta es nuestra voz. Mientras estemos aquí, pidamos esto a Dios, que no aparte de nosotros nuestra súplica, ni su misericordia; es decir, que oremos perseverantemente, y que tenga misericordia perseverantemente. Pues muchos desfallecen en la oración, y en la novedad de su conversión oran fervientemente, luego languidecen, luego se enfrían, luego se vuelven negligentes: se vuelven casi seguros. El enemigo vigila: tú duermes. El mismo Señor lo mandó en el Evangelio; que es necesario orar siempre, y no desfallecer. Y da el ejemplo de aquel juez iniquo, que ni temía a Dios, ni respetaba a los hombres; a quien aquella viuda interpelaba diariamente para que la escuchara: y cedió al tedio quien no se conmovía por misericordia; y dijo el juez malvado: «Si ni temo a Dios, ni respeto a los hombres; al menos por el tedio que me causa esta viuda diariamente, escucharé su causa, y la vindicaré. Y dijo el Señor: Si el juez malvado hizo esto, ¿no vindicará vuestro Padre a sus elegidos que claman a Él día y noche? Os digo; hará su juicio pronto» (Luc. XVIII, 1-8). Por tanto, no desfallezcamos en la oración. Lo que Él va a conceder, aunque lo difiera, no lo quita: seguros de su promesa, no desfallezcamos orando; y esto es por su beneficio. Por eso dijo: Bendito sea mi Dios, que no apartó mi súplica, ni su misericordia de mí. Cuando veas que no se ha apartado de ti tu súplica, estate seguro, porque no se ha apartado de ti su misericordia.

EN EL SALMO LXVI EXPLICACIÓN. SERMON A LA PLEBE.

1. [vers. 2.] Recordad, Caridad Vuestra, que en los dos salmos que ya han sido tratados, exhortamos a nuestra alma a bendecir al Señor, y con piadoso canto dijimos: Bendice, alma mía, al Señor (Sal CII, 1, y CIII, 1). Si, pues, exhortamos en esos salmos a nuestra alma a bendecir al Señor; en este salmo se dice correctamente: Dios tenga misericordia de nosotros, y nos bendiga. Bendiga nuestra alma al Señor, y Dios nos bendiga. Cuando Dios nos bendice, crecemos; y cuando nosotros bendecimos al Señor, crecemos: ambas cosas nos benefician. Él no se aumenta con nuestra bendición, ni se disminuye con nuestra maldición. Quien maldice al Señor, él mismo se disminuye; quien bendice al Señor, él mismo se aumenta. La bendición de Dios es primero en nosotros, y lo consecuente es que también nosotros bendigamos al Señor. Esa es la lluvia, este es el fruto. Por tanto, se devuelve como fruto al agricultor Dios, que nos riega y cultiva. Cantemos esto con devoción no estéril, no con voz vana, sino con verdadero corazón. Pues Dios Padre ha sido llamado claramente agricultor. El Apóstol dice: Sois labranza de Dios, edificio de Dios. En las cosas visibles de este mundo, la vid no es edificio, y el edificio no es viña: pero nosotros somos la viña del Señor, porque nos cultiva para el fruto; somos edificio de Dios, porque quien nos cultiva habita en nosotros. ¿Y qué dice el mismo Apóstol? Yo planté, Apolo regó; pero Dios dio el crecimiento. Por tanto, ni el que planta es algo, ni el que riega; sino Dios, que da el crecimiento (I Cor. III, 6-9). Él, pues, da el crecimiento. ¿Acaso son estos agricultores? Pues se llama agricultor al que planta, al que riega: pero dijo el Apóstol, Yo planté, Apolo regó. ¿De dónde hizo él esto? Responde el

Apóstol: No yo, sino la gracia de Dios conmigo (Ibid., XV, 10). Por tanto, dondequiera que te vuelvas; ya sea por los ángeles, encontrarás a Dios como tu agricultor; ya sea por los profetas, Él es tu agricultor; ya sea por los apóstoles, reconoce al mismo como tu agricultor. ¿Qué somos, pues, nosotros? Tal vez somos obreros de aquel agricultor, y esto mismo con fuerzas impartidas por Él, y con gracia donada por Él. Él, pues, cultiva y da el crecimiento. Pero el agricultor humano cultiva la viña hasta cierto punto, para arar, podar, aplicar lo que pertenece a la diligencia de los agricultores: no puede hacer llover sobre su viña. Y si acaso puede regar, ¿de quién es? Él lleva al canal, pero Dios llena la fuente. Finalmente, en su viña no puede dar crecimiento a los sarmientos, no puede formar los frutos, no puede modificar las semillas, no puede regular los tiempos de engendrar. Pero Dios, que todo lo puede, es nuestro agricultor: estamos seguros. Tal vez alguien diga, Tú dices que Dios es nuestro agricultor: pero yo digo que los apóstoles son agricultores, quienes dijeron, Yo planté, Apolo regó. Si yo lo digo, nadie crea: si Cristo lo dice, ¡ay de quien no crea! ¿Qué dice, pues, el Señor Cristo? Yo soy la vid, vosotros los sarmientos, mi Padre es el agricultor (Juan XV, 5, 1). Por tanto, tenga sed la tierra, y emita voces de su sed; pues está escrito: Mi alma como tierra sin agua para ti (Sal. CXLII, 6). Diga, pues, nuestra tierra, nosotros mismos, deseando la lluvia de Dios: Dios tenga misericordia de nosotros, y nos bendiga.

2. Ilumine su rostro sobre nosotros. Tal vez buscabas qué significa, nos bendiga. De muchas maneras desean los hombres ser bendecidos por Dios: uno desea ser bendecido, para tener su casa llena de lo necesario para esta vida; otro desea ser bendecido, para obtener la salud del cuerpo sin mancha; otro desea ser bendecido, si acaso está enfermo, para recuperar la salud; otro deseando hijos, y tal vez entristecido porque no nacen, desea ser bendecido para tener posteridad. ¿Y quién enumerará los diversos deseos de los hombres que desean ser bendecidos por el Señor Dios? ¿Quién de nosotros dirá que no es bendición de Dios, si la agricultura le da fruto, o si la casa de alguien abunda en bienes temporales, o si la misma salud del cuerpo, o se mantiene para no perderse, o se recupera si se ha perdido? La fecundidad también de las mujeres, y los castos deseos de quienes desean hijos, ¿a quién pertenecen sino al Señor Dios? Pues quien creó cuando no había, Él mismo con la sucesión de la prole hace permanecer lo que creó. Dios hace estas cosas, Dios dona estas cosas. Es poco decir, Dios hace estas cosas, Dios dona estas cosas; sino que solo Él las hace, solo Él las dona. ¿Qué si Dios hace estas cosas, pero también las hace alguien que no es Dios? Él las hace, y solo Él las hace. Y en vano se piden estas cosas a los hombres, o a los demonios: y cualquier bien que reciban los enemigos de Dios, lo reciben de Él; y cuando lo piden a otros, cuando lo reciben, sin saberlo lo reciben de Él. Así como cuando son castigados, y piensan que son castigados por otros, sin saberlo son castigados por Él: así también cuando son vivificados, llenados, salvados, liberados; y aunque no lo sepan, o lo atribuyan a los hombres, o a los demonios, o a los ángeles, no tienen sino de Él, en quien está el poder de todas las cosas. Hemos dicho esto, hermanos, para que cualquiera que desee estas cosas terrenales, ya sea por suplemento de necesidad, o por alguna debilidad, no las desee sino de Él, que es la fuente de todos los bienes, y creador y recreador de todos.

3. Pero hay dones que Dios da a sus enemigos y otros que reserva solo para sus amigos. ¿Cuáles son los dones que da a sus enemigos? Los que he enumerado. No solo los buenos tienen casas llenas de cosas necesarias; ni solo los buenos están a salvo, o se recuperan de enfermedades; ni solo los buenos tienen hijos, dinero, y otras cosas adecuadas para esta vida temporal y pasajera. Los malos también tienen estas cosas, y a veces les faltan a los buenos; pero también les faltan a los malos, y a menudo más a ellos que a los buenos; a veces los buenos tienen más abundancia que los malos. Dios quiso que estas cosas temporales estuvieran mezcladas; porque si solo se las diera a los buenos, los malos pensarían que deben

adorar a Dios por estas cosas; y si solo se las diera a los malos, los buenos temerían convertirse, no sea que les falten estas cosas. El alma aún es débil y menos capaz del reino de Dios; nuestro agricultor, Dios, debe nutrirla. Así como un árbol que ya soporta tempestades con su fortaleza, cuando brotó de la tierra, era una hierba. Por lo tanto, ese agricultor sabe no solo podar y purificar los árboles robustos, sino también proteger a los tiernos en su reciente nacimiento. Por eso, amadísimos, como comencé a decir, si estas cosas se dieran solo a los buenos, todos querrían convertirse a Dios para recibirlas; y si se dieran solo a los malos, los débiles temerían convertirse. Las cosas se dan mezcladas a buenos y malos. Si se quitaran solo a los buenos, los débiles temerían convertirse a Dios; y si se quitaran solo a los malos, se pensaría que es el único castigo para los malos. Lo que Dios da a los buenos, consuela a los viajeros; lo que da también a los malos, advierte a los buenos para que deseen otras cosas que no tienen en común con los malos. Dios quita estas cosas a los buenos cuando quiere, para que se interroguen sobre sus fuerzas; y se encuentren a sí mismos, quienes quizás se ocultaban a sí mismos, si ya pueden decir: "El Señor dio, el Señor quitó; como al Señor le agradó, así se hizo: bendito sea el nombre del Señor" (Job I, 21). Pues esa alma bendijo al Señor y dio frutos regados con la bendición. El Señor dio, el Señor quitó: retiró lo dado; pero no retiró al dador. Toda alma bendita es simple, no aferrada a las cosas terrenales, ni atrapada en el lazo de las alas, sino con el brillo de las virtudes, exulta en las libres auras con las dos alas del doble amor; y ve que le fue quitado lo que pisaba, no donde se apoyaba; y dice segura: "El Señor dio, el Señor quitó; como al Señor le agradó, así se hizo: bendito sea el nombre del Señor". Dio y quitó; permanece quien dio, y quitó lo que dio: bendito sea su nombre. Por eso se quitan estas cosas a los buenos. Pero no sea que algún débil diga: ¿Cuándo podré ser de tanta virtud como el santo Job? Admiras la fortaleza del árbol, porque ahora naciste: este grande que admiras, bajo cuyos ramas y sombra te refrescas, fue una vara. Pero temes que te quiten estas cosas, ¿cuando seas así? Observa que también se quitan a los malos. ¿Por qué entonces te demoras en la conversión? Lo que temes perder como bueno, quizás lo perderás como malo. Si como bueno las pierdes, está presente el consolador que las quitó: el arca está vacía de oro, el corazón está lleno de fe; afuera eres pobre, pero dentro eres rico: llevas contigo riquezas que no perderías, incluso si salieras desnudo de un naufragio. Lo que quizás perderías como malo, ¿por qué no te encuentra como bueno la pérdida, cuando ves que también los malos sufren pérdida? Pero ellos son heridos con una pérdida mayor: la casa está vacía, la conciencia está más vacía. Cualquiera que pierda estas cosas como malo, no tiene afuera lo que sostener, no tiene dentro donde descansar. Huye aquí donde sufrió la pérdida, donde se jactaba ante los ojos de los hombres de la ostentación de sus riquezas; ya no puede jactarse ante los ojos de los hombres: no regresa a sí mismo, porque no tiene nada. No imitó a la hormiga; no recogió granos para sí cuando era verano (Prov. VI, 6, y XXX, 25). ¿Qué dije, cuando era verano? Cuando había tranquilidad en su vida, cuando había prosperidad de este mundo hacia él, cuando tenía tiempo, cuando todos lo llamaban feliz, era su verano. Habría imitado a la hormiga si hubiera escuchado la palabra de Dios; habría recogido granos y los habría guardado dentro. Llegó la tentación de la tribulación, llegó el invierno del letargo, la tormenta del miedo, el frío de la tristeza, ya sea una pérdida, o algún peligro para la salud, o alguna orfandad de los suyos, o alguna deshonra y humillación; era invierno: la hormiga regresa a lo que recogió en verano; y dentro de su secreto, donde nadie ve, se recrea con los trabajos veraniegos. Cuando recogía estas cosas en verano, todos lo veían: cuando se alimenta de ellas en invierno, nadie lo ve. ¿Qué es esto? Mira a la hormiga de Dios: se levanta cada día, corre a la iglesia de Dios, ora, escucha la lectura, canta un himno, rumia lo que escuchó, lo medita, guarda dentro los granos recogidos del campo. Los que escuchan prudentemente lo que ahora se dice, hacen esto, y todos los ven ir a la iglesia, regresar de la iglesia, escuchar el sermón, escuchar la lectura, encontrar un libro, abrirlo y leer: todo esto se ve cuando se hace. Esa hormiga es la que recorre el camino, lleva y guarda

a la vista de los que miran. Algún día llegará el invierno; ¿a quién no le llega? Ocurre una pérdida, ocurre una orfandad: otros quizás lo compadecen como a un desdichado, quienes no saben qué tiene dentro la hormiga para comer, y dicen: "Pobre de él a quien le ocurrió esto, o a aquel a quien le ocurrió esto: ¿qué crees que tiene en su ánimo? ¡Cómo está abatido!" Mide desde sí mismo, compadece desde sus propias fuerzas, y por eso se equivoca; porque la medida con la que se mide a sí mismo, quiere aplicarla a aquel a quien no conoce. Ves que sufrió una pérdida, o fue humillado, o golpeado por la orfandad: ¿qué crees? Este hizo algo malo para que le ocurriera esto. Que tengan tal corazón, tal ánimo mis enemigos. Ignoras, oh hombre; en verdad eres tu propio enemigo, que no recoges para ti en verano lo que este recogió. Ahora la hormiga come dentro los trabajos del verano: pero podías verla recogiendo; no puedes verla comiendo. Esto, hermanos, tanto como el Señor nos ha dado, tanto como ha sugerido e instruido nuestra debilidad y humildad, tanto como podemos comprender según nuestra medida, hemos dicho, por qué Dios da todas estas cosas mezcladas a buenos y malos, y por qué las quita a buenos y malos. Te lo dio; no te ensalces: te lo quitó; no te quebrantes. Temes que te lo quite; puede quitárselo al bueno y al malo: es mejor que como bueno pierdas lo que es de Dios, pero retengas a Dios. Así también el malo; lo exhortamos: Sufrirás una pérdida; (¿quién no sufrirá orfandad?) algún accidente sobrevendrá, alguna calamidad de repente, de donde sea que el mundo esté lleno, los ejemplos no cesan: te hablo en verano, no faltan los granos que recojas: atiende a la hormiga, oh perezoso (Prov. VI, 6, y XXX, 25); recoge en verano cuando puedas; el invierno no te permitirá recoger, sino comer lo que hayas recogido. Pues muchos sufren la tribulación de tal manera que no tienen tiempo, ni para leer algo, ni para escuchar algo; ni quizás son admitidos aquellos que los consuelen. La hormiga ha quedado en la caverna; vea si recogió algo en verano, con lo que se distraiga en invierno.

4. Pero ahora que Dios nos bendecirá, ¿por qué nos bendecirá? ¿Qué bendición pide esta voz, que Dios nos bendiga? La bendición que reserva para sus amigos, que solo da a los buenos. No desees como algo grande lo que también reciben los malos: porque Dios es bueno, hace esas cosas, quien hace que su sol salga sobre buenos y malos, y llueve sobre justos e injustos (Mat. V, 45). ¿Qué, entonces, especialmente para los buenos? ¿Qué especialmente para los justos? Ilumine su rostro sobre nosotros. Iluminas el rostro de este sol sobre buenos y malos; ilumina tu rostro sobre nosotros. Ven esta luz con los animales tanto los buenos como los malos; pero bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios (Ibid. V, 8). Ilumine su rostro sobre nosotros. Hay un doble entendimiento; ambos deben ser mencionados. Ilumina, dice, tu rostro sobre nosotros; muéstranos tu rostro. No es que alguna vez Dios ilumine su rostro, como si alguna vez estuviera sin luz: sino ilumina sobre nosotros, para que lo que nos ocultaba se nos revele, y lo que era, pero estaba escondido para nosotros, se nos revele, es decir, se ilumine. O ciertamente, ilumina tu imagen sobre nosotros: para que haya dicho, Ilumina tu rostro sobre nosotros; Has impreso tu rostro en nosotros, nos has hecho a tu imagen y semejanza (Gen. I, 26), nos has hecho tu moneda; pero tu imagen no debe permanecer en tinieblas; envía un rayo de tu sabiduría, expulsa nuestras tinieblas, y brille en nosotros tu imagen; reconozcamos en nosotros tu imagen, escuchemos lo que se dice en el Cantar de los Cantares: "Si no te conoces a ti misma, oh hermosa entre las mujeres" (Cant. I, 7). Se dice a la Iglesia: "Si no te conoces a ti misma". ¿Qué es esto? Si no te conoces hecha a imagen de Dios. Oh alma preciosa de la Iglesia, redimida con la sangre del Cordero inmaculado, atiende cuánto vales; piensa en lo que se ha dado por ti. Digamos, entonces, y deseemos, Ilumine su rostro sobre nosotros. Llevamos su rostro: así como se dice que los rostros de los emperadores son sagrados, verdaderamente el rostro de Dios es sagrado en su imagen; pero los inicuos no reconocen en sí mismos la imagen de Dios. Para que el rostro de Dios se ilumine sobre ellos, ¿qué deben decir? Tú iluminarás mi lámpara, Señor; mi Dios, iluminarás mis tinieblas (Sal. XVII, 29). Estoy en las tinieblas de los pecados; pero con el

rayo de tu sabiduría, que se disipen mis tinieblas: que aparezca tu rostro, y si quizás aparece por mí algo deformado, que sea reformado por ti lo que fue formado por ti. Ilumine, entonces, su rostro sobre nosotros.

5. [vers 3.] Para que conozcamos en la tierra tu camino. En la tierra, aquí, en esta vida, conozcamos tu camino. ¿Qué es, tu camino? El que lleva a ti. Reconozcamos a dónde vamos, reconozcamos por dónde vamos; no podemos hacer ambas cosas en la oscuridad. Estás lejos de los peregrinos; nos has extendido un camino por el cual regresar a ti: Reconozcamos en la tierra tu camino. ¿Cuál es su camino, porque hemos deseado esto, para que conozcamos en la tierra tu camino? Lo buscaremos nosotros, no lo aprenderemos por nosotros mismos. Podemos aprenderlo del Evangelio: Yo soy el camino, dice el Señor. Cristo dijo: Yo soy el camino. Pero temes errar? Añadió: Y la verdad. ¿Quién yerra en la verdad? Yerran quienes se apartan de la verdad. La verdad es Cristo, el camino es Cristo: camina. ¿Temes morir antes de llegar? Yo soy la vida: Yo soy, dice, el camino, y la verdad, y la vida (Juan XIV, 6). Como si dijera, ¿Qué temes? Por mí caminas, en mí caminas, en mí descansas. ¿Qué, entonces, dice, Conozcamos en la tierra tu camino, sino, conozcamos en la tierra a tu Cristo? Pero el mismo salmo responde: no piensen que es necesario traer un testimonio de otras Escrituras que quizás falte aquí, repitiendo muestra lo que dijo, Para que conozcamos en la tierra tu camino; y como si preguntaras, ¿En qué tierra, qué camino? En todas las naciones tu salvación. ¿En qué tierra preguntas? Escucha: En todas las naciones. ¿Qué camino preguntas? Escucha: Tu salvación. ¿O acaso no es Cristo su salvación? ¿Y qué es lo que dijo aquel anciano Simeón; aquel anciano, digo, en el Evangelio, conservado anciano hasta la infancia del Verbo? Pues aquel anciano recibió en sus manos al infante Verbo de Dios. ¿Quién, que se dignó estar en el vientre, se desdeñaría de estar en las manos del anciano? Aquel en el vientre de la virgen, quien en las manos del anciano; infante débil, y dentro del vientre, y en las manos del anciano, para darnos firmeza, por quien fueron hechas todas las cosas; y si todas, también la madre misma; vino humilde, vino débil, pero vestido de debilidad para ser cambiada: porque aunque fue crucificado por debilidad; pero vive por el poder de Dios (II Cor. XIII, 4). Dice el Apóstol. Estaba, entonces, en las manos del anciano. ¿Y qué dice aquel anciano? ¿Qué dice, regocijándose de que ya sería liberado de aquí, viendo que sus manos contenían a aquel en quien y por quien se contenía su salvación? "Ahora despides," dice, "Señor, a tu siervo en paz; porque han visto mis ojos tu salvación" (Luc. II, 29, 30). Por lo tanto, "Bendíganos Dios, y tenga misericordia de nosotros: ilumine su rostro sobre nosotros, para que conozcamos en la tierra tu camino." ¿En qué tierra? "En todas las naciones." ¿Qué camino? "Tu salvación."

6. [vers. 4.] ¿Qué sigue; porque se conoce en la tierra el camino de Dios, porque se conoce en todas las naciones la salvación de Dios? Confiesen a ti los pueblos, Dios; confiesen a ti, dice, todos los pueblos. Surge un hereje, y dice, Yo tengo pueblos en África: y otro de otra parte, Y yo tengo pueblos en Galacia. Tú en África, él en Galacia: yo busco a aquel que tiene en todas partes. Ciertamente os habéis atrevido a regocijaros con esta voz, porque habéis escuchado, Confiesen a ti los pueblos, Dios. Escuchen el siguiente verso, porque no habla de una parte: Confiesen a ti todos los pueblos. Caminen en el camino con todas las naciones, caminen en el camino con todos los pueblos, oh hijos de la paz, hijos de la única Católica; caminen en el camino, canten caminando. Esto hacen los viajeros para consolarse del trabajo. Canten en este camino; os ruego por el mismo camino, canten en este camino: canten un cántico nuevo; nadie cante allí lo viejo: canten amores de vuestra patria; nadie lo viejo. Camino nuevo, viajero nuevo, cántico nuevo. Escucha al Apóstol exhortándote a un cántico nuevo: Si alguna nueva criatura en Cristo, las cosas viejas pasaron; he aquí, todas son hechas nuevas (II Cor. V, 17). Canten un cántico nuevo en el camino que conocieron en la tierra. ¿En qué tierra? En todas las naciones. Vean que el mismo cántico nuevo no lo canta contigo quien quiso estar en

parte. Canten, dice, al Señor un cántico nuevo; y sigue, Canten al Señor, toda la tierra (Sal. XCV, 1). Confiesen a ti los pueblos, Dios. Han encontrado tu camino; confiesen. Esa misma canción es confesión; confesión de tus pecados, y de la virtud de Dios. Confiesa tu iniquidad, confiesa la gracia de Dios; acúsate a ti mismo, glorifica a Él; repréndete a ti mismo, alábalo a Él: para que Él viniendo te encuentre como tu propio castigador, y se muestre a ti como tu salvador. ¿Por qué temen confesar, quienes han encontrado este camino en todas las naciones? ¿Por qué temen confesar, y en su confesión cantar un cántico nuevo con toda la tierra, en toda la tierra, en la paz católica? ¿Temes confesar a Dios, para que no te condene confesado? Si no confesado no te ocultas, confesado serás condenado. Temes confesar, quien no confesando no puedes ser oculto: serás condenado en silencio, quien podrías ser liberado confesado. Confiesen a ti los pueblos, Dios; confiesen a ti todos los pueblos.

7. [vers. 8.] Y porque esta confesión no lleva al suplicio, sigue y dice: Alégrese y exulten las naciones. Si los ladrones confesos lloran ante el hombre, alégrese los fieles confesos ante Dios. Si el hombre juzga, el torturador y el miedo exigen la confesión del ladrón; más aún, a veces el miedo oprime la confesión, el dolor la exige: y aquel que llora en los tormentos, teme ser asesinado confesando, soporta los tormentos cuanto puede; y si es vencido por el dolor, pronuncia su voz hacia la muerte. En ninguna parte, pues, está alegre, en ninguna parte exultante: antes de confesar, la garra lo desgarró; cuando ha confesado, el verdugo lo lleva condenado: miserable en todas partes. Pero alégrese y exulten las naciones. ¿De dónde? Por la misma confesión. ¿Por qué? Porque bueno es aquel a quien confiesan: exige la confesión para liberar al humilde; condena al que no confiesa para castigar al soberbio. Por tanto, sé triste antes de confesar; una vez confesado, exulta, ya serás sanado. Tu conciencia había acumulado pus, el absceso había hinchado, te torturaba, no te dejaba descansar: el médico aplica fomentos de palabras, y a veces corta; aplica el hierro medicinal en la corrección de la tribulación: reconoce la mano del médico; confiesa, salga en la confesión y fluya todo el pus: ya exulta, ya alégrate; lo que queda se sanará fácilmente. Confiesen a ti los pueblos, Dios; confiesen a ti todos los pueblos. Y porque confiesan, alégrese y exulten las naciones; porque juzgas a los pueblos con equidad. Nadie te engaña: alégrese el que va a ser juzgado, que temió al que juzgará. Pues se adelantó y previno su rostro en la confesión (Sal. XCIV, 2): pero él cuando venga, juzgará a los pueblos con equidad. ¿Qué valdrá allí la astucia del acusador, donde la conciencia es testigo, donde tú serás y tu causa, donde el juez no busca testigo? Te envió un abogado: por él y a través de él confiesa; lleva tu causa, y es defensor del penitente, y solicitante de perdón del confesor, y juez del inocente. ¿Podrás temer verdaderamente tu causa, donde tu abogado será tu juez? Alégrese, pues, y exulten las naciones; porque juzgas a los pueblos con equidad. Pero podrán temer ser mal juzgados: déjense corregir, déjense dirigir por aquel que ve a los que serán juzgados. Corríjanse aquí, y no teman cuando sean juzgados. Mira lo que dice en otro salmo: Dios, sálvame en tu nombre, y en tu poder júzgame (Sal. LIII, 3). ¿Qué dice? Si no me salvas primero en tu nombre, debo temer cuando me juzgues en tu poder: pero si me salvas primero en tu nombre, ¿qué temeré al que juzga en poder, cuya salvación precedió en nombre? Así también en este lugar, Confiesen a ti todos los pueblos. Y para que no piensen que hay algo que temer en la confesión, Alégrese, dice, y exulten las naciones. ¿Por qué, alégrese y exulten? Porque juzgas a los pueblos con equidad. Nadie da premio contra nosotros, nadie te corrompe, nadie te engaña. Por tanto, sé seguro. Pero, ¿qué de tu causa? Nadie corrompe a Dios; es manifiesto: no sea que por eso deba ser más temido, porque de ninguna manera puede ser corrompido. ¿Cómo, pues, estás seguro? Según lo que ya se ha dicho: Dios, sálvame en tu nombre, y en tu poder júzgame. Así también aquí: Alégrese y exulten las naciones, porque juzgas a los pueblos con equidad. Y para que no teman los inicuos, añadió: Y diriges a las naciones en la tierra. Las

naciones eran torcidas, y eran tortuosas, eran perversas; por el mérito de su torcedura y distorsión y perversidad temían al juez que venía: vino su mano, se extendió misericordiosamente sobre los pueblos; se dirigen para que caminen por el camino recto: ¿qué temerán al juez que vendrá, quienes primero reconocieron al corrector? Entréguense a sus manos; él dirige a las naciones en la tierra. Las naciones dirigidas, caminando en la fe, exultando en él, haciendo buenas obras; y si acaso, porque navegan por el mar, entra agua por las más pequeñas grietas, por las rendijas hacia la sentina, agotándola con buenas obras, para que al entrar más no haga un cúmulo, y hunda la nave; agotándola diariamente, ayunando, orando, haciendo limosnas, diciendo con corazón puro, Perdona nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores (Mat. VI, 12): diciendo esto, camina seguro, y exulta en el camino, canta en el camino. No temas al juez; antes de que fueras fiel, encontraste al salvador. Te buscó impío para redimirte; ¿te abandonará redimido para perderte? Y diriges a las naciones en la tierra.

8. [vers. 6, 7.] Exulta, se alegra, exhorta, repite los mismos versos en exhortación. Confiesen a ti los pueblos, Dios; confiesen a ti todos los pueblos: la tierra ha dado su fruto. ¿Qué fruto? Confiesen a ti todos los pueblos. Era tierra; estaba llena de espinas: se acercó la mano del que arranca, se acercó la llamada de su majestad y misericordia; comenzó la tierra a confesar, ya la tierra da su fruto. ¿Daría su fruto, si antes no fuera regada? ¿Daría la tierra su fruto, si antes no viniera la misericordia de Dios desde lo alto? Léeme, dices, que la tierra regada dio su fruto. Escucha al Señor que riega: Hagan penitencia; porque el reino de los cielos se ha acercado (Id. III, 2). Llueve, y esa misma lluvia es trueno; aterra: teme al que truena, y recibe al que llueve. He aquí después de aquella voz del Dios que truena y llueve; después de aquella voz veamos algo del mismo Evangelio. He aquí aquella meretriz, de mala fama en la ciudad, irrumpió en una casa ajena donde no fue invitada por el anfitrión, sino llamada por el invitado; no con la lengua, sino con la gracia. Sabía la enferma que tenía allí su lugar, donde sabía que su médico estaba reclinado. Entró la que era pecadora; no se atreve a acercarse sino a los pies: llora a los pies, los riega con lágrimas, los seca con sus cabellos, los unge con unguento (Luc. VII, 37, 38). ¿Qué te maravillas? La tierra dio su fruto. Por tanto, esto sucedió, allí lloviendo el Señor por su boca; sucedieron las cosas que leemos en el Evangelio: cuando llovía por sus nubes, enviados los Apóstoles, y predicando la verdad, la tierra dio más su fruto; y esta cosecha ya ha llenado el orbe de la tierra.

9. [vers. 8.] Mira lo que se dice después: Bendíganos Dios, nuestro Dios; bendíganos Dios. Bendiga, como ya dije; bendiga una y otra vez, multiplique bendiciendo. Atienda vuestra Caridad porque ya precedió el fruto de la tierra en Jerusalén. Pues allí comenzó la Iglesia: vino allí el Espíritu Santo, y llenó a los santos congregados en uno; se hicieron milagros, hablaron en todas las lenguas (Act. II, 1-4). Llenos del Espíritu de Dios, se convirtieron los que estaban allí; temiendo, y recibiendo la lluvia divina, dieron en confesión tanto fruto, que pusieron todas sus cosas en común, distribuyendo a los pobres; para que nadie dijera algo propio, sino que tuvieran todas las cosas en común, y tuvieran un alma y un corazón en Dios (Act. IV, 32). Les fue dado el sangre del Señor que derramaron; les fue dado por el Señor que perdona, para que ya lo que derramaron también aprendieran a beber. Gran fruto allí: la tierra dio su fruto, y gran fruto, y óptimo fruto. ¿Acaso solo aquella tierra debía dar su fruto? Bendíganos Dios, nuestro Dios; bendíganos Dios. Aún bendiga; pues la bendición en la multiplicación suele entenderse principalmente y propiamente. Probemos esto en el Génesis: mira las obras de Dios. Hizo Dios la luz; y dividió Dios entre la luz y las tinieblas: llamó a la luz día, y a las tinieblas llamó noche. No se dijo, Bendijo la luz. Pues la misma luz regresa y alterna en días y noches. Llamó al cielo firmamento entre las aguas y las aguas: no se dijo, Bendijo el cielo. Separó el mar de la tierra seca, y nombró a ambos; a la tierra seca, tierra, y a

la congregación de las aguas, mar: tampoco aquí se dijo, Bendijo Dios. Se llegó a las cosas que tendrían semilla de fecundidad, y que existen de las aguas. Pues estas tienen la mayor abundancia de multiplicación; y el Señor las bendijo diciendo: Creced y multiplicaos, y llenad las aguas del mar; y multiplíquense las aves sobre la tierra. Así también cuando sometió todo al hombre, a quien hizo a su imagen, está escrito: Y los bendijo Dios diciendo: Creced y multiplicaos, y llenad la faz de la tierra (Gen. I). Por tanto, la bendición propiamente vale para la multiplicación, y para llenar la faz de la tierra. Escucha también en este salmo: Bendíganos Dios, nuestro Dios; bendíganos Dios. ¿Y para qué vale esta bendición? Y teman a él todos los confines de la tierra. Por tanto, hermanos míos, así abundantemente en el nombre de Cristo nos ha bendecido Dios, para que llene con sus hijos toda la faz de la tierra, adoptados en su reino como coherederos de su Unigénito. Engendró uno solo, y no quiso que fuera uno solo: engendró uno solo, digo, y no quiso que permaneciera uno solo. Le hizo hermanos; aunque no engendrando, sin embargo adoptando le hizo coherederos. Le hizo partícipe primero de nuestra mortalidad, para que creyéramos que podemos ser partícipes de su divinidad.

10. Atendamos nuestro precio. Todo ha sido predicho, todo se exhibe, el Evangelio va por todo el orbe: todo el trabajo del género humano en este tiempo da testimonio, se cumplen todas las cosas que en las Escrituras han sido predichas. Así como hasta el día de hoy todo ha sucedido, así también lo que resta sucederá. Temamos el día del juicio; vendrá el Señor. El que vino humilde, vendrá excelso; el que vino para ser juzgado, vendrá para juzgar. Reconozcamos al humilde, para que no temamos al excelso; abracemos al humilde, para que deseemos al excelso. Pues a los que lo desean, vendrá propicio. Aquellos lo desean que han mantenido su fe, y han hecho sus mandamientos. Pues aunque no queramos, vendrá. Queramos, pues, que venga, quien vendrá aunque no queramos. ¿Cómo queramos que venga? Viviendo bien, actuando bien. No nos deleiten las cosas pasadas, no nos retengan las presentes; no cerremos el oído como con la cola, no presionemos el oído en la tierra; no nos retrasemos por las cosas pasadas de escuchar, no nos impliquemos en las presentes de meditar en las futuras; extendámonos hacia lo que está delante, olvidemos lo pasado (Filip. III, 13). Y lo que ahora trabajamos, lo que ahora gemimos, lo que ahora suspiramos, lo que ahora hablamos, lo que sentimos en parte tan pequeña, y no podemos captar, lo captaremos, lo disfrutaremos en la resurrección de los justos. Se renovará nuestra juventud como la del águila (Sal. CII, 5); solo que nuestra vejez la rompamos contra la roca que es Cristo (Sal. CXXXVI, 9, y I Cor. X, 4). Ya sea que sean verdaderas, hermanos, las cosas que se dicen del águila, o que se digan del águila, ya sea que sea más bien fama de los hombres que verdad; sin embargo, es verdad en las Escrituras, y no sin causa las Escrituras dijeron esto: hagamos lo que sea que signifique, y no nos preocupemos por cuán verdadero sea. Sé tal, para que tu juventud pueda renovarse como la del águila. Y sepas que no puede renovarse, a menos que tu vejez sea rota en la roca: es decir, a menos que con la ayuda de la roca, a menos que con la ayuda de Cristo, no podrás renovarte. No te ensordezcas con la dulzura de la vida pasada contra la palabra de Dios: no te dejes retener e impedir por las cosas presentes, para que digas, No tengo tiempo para leer, no tengo tiempo para escuchar. Esto es presionar el oído en la tierra. No seas, pues, tal: sino sé tal como encuentras lo contrario, es decir, que olvides lo pasado, te extiendas hacia lo que está delante; que rompas tu vejez en la roca. Y si te han sido dadas similitudes; si encuentras en las Escrituras, cree: si no encuentras que se diga sino por fama, no creas mucho. Quizás la cosa sea así, quizás no sea así. Tú progresa; que esta similitud te valga para la salvación. ¿No quieres por esta similitud? Hazlo por otra, mientras lo hagas; y espera seguro el reino de Dios, para que tu oración no riña contigo. Pues tú, cristiano, cuando dices, Venga tu reino, ¿cómo dices, Venga tu reino (Mat. VI, 10)? Examina tu corazón: mira; he aquí, Venga tu reino. Te clama, Vengo: ¿no temes? A menudo hemos

dicho a vuestra Caridad: y predicar la verdad no es nada, si el corazón disiente de la lengua; y escuchar la verdad no es nada, si no sigue fruto a la audición. Desde este lugar como más elevado hablamos a vosotros: pero cuán somos en temor bajo vuestros pies, Dios lo sabe, quien se hace propicio a los humildes; porque no nos deleitan tanto las voces de los que alaban, como la devoción de los que confiesan y los hechos de los rectos. Y cuán no nos deleitamos sino en vuestros progresos, pero en estas alabanzas cuán nos ponemos en peligro, lo sabe aquel que nos libre de todos los peligros, y nos dignifique a nosotros con vosotros salvados de toda tentación en su reino conocer y coronar.

EN EL SALMO LXVII COMENTARIO.

1. [vers. 1.] El título de este salmo no parece ser de complicada discusión: pues aparece simple y fácil. Pues así se tiene: Al final, al mismo David Salmo de cántico. En muchos salmos ya hemos advertido qué significa, Al final: porque el fin de la Ley es Cristo, para justicia a todo creyente (Rom. X, 4); fin que perfecciona, no que consume o pierde. Sin embargo, si alguien intenta investigar qué significa, Salmo de cántico; por qué no solo Salmo, o Cántico, sino ambos; o qué diferencia hay entre Salmo de cántico, y Cántico de salmo, porque también así están inscritos los títulos de algunos salmos; encontrará quizás algo, que dejamos a los más agudos y ociosos. Algunos antes de nosotros han distinguido entre Cántico y Salmo; para que, ya que el Cántico se profiere con la boca, el Salmo se canta con un órgano visible, es decir, con el salterio, parezca que el Cántico significa la inteligencia de la mente, y el Salmo las obras del cuerpo. Como en este mismo sexagésimo séptimo, que ahora hemos asumido para tratar, aquello que se ha dicho, Cantad a Dios, salmodiad a su nombre: así algunos han distinguido, para que, Cantad a Dios, parezca dicho, porque las cosas que en sí misma la mente hace, son conocidas por Dios, no son vistas por los hombres; las obras buenas, sin embargo, porque deben ser vistas por los hombres, para que glorifiquen a nuestro Padre que está en los cielos (Mat. V, 16), con razón se ha dicho, Salmodiad a su nombre, es decir, a su fama, para que sea nombrado laudablemente. Esta diferencia en algún lugar, según recuerdo, también yo la he seguido. Sin embargo, recuerdo haber leído también, Salmodiad a Dios (Sal. XLVI, 7, 8); porque tales cosas que visiblemente bien obramos, no solo agradan a los hombres, sino también a Dios. Pero no todas las que agradan a Dios, también a los hombres pueden, porque no pueden ver. Por lo cual es extraño si así como se lee ambos, Cantad a Dios, y Salmodiad a Dios; así en algún lugar puede leerse, Cantad a su nombre. Que si también esto se encuentra dicho en las Escrituras santas, esta diferencia ha sido elaborada en vano. También me mueve que con el nombre general más bien se llaman Salmos que Cánticos, de modo que el Señor dijera: Las cosas escritas en la Ley, y en los Profetas, y en los Salmos sobre mí (Luc. XXIV, 44); y el mismo libro se llama de los Salmos, no de los Cánticos: Como está escrito, dice, en el libro de los Salmos (Act. I, 20); cuando más bien según esta diferencia, debieron llamarse Cánticos; porque el Cántico también puede ser sin Salmo, el Salmo sin Cántico no puede ser. Pues pueden ser pensamientos de la mente, de los cuales no haya obras corporales: no hay obra buena alguna, de la cual no haya en la mente pensamiento. Por lo cual en todas partes Cánticos; no en todas partes Salmos: y sin embargo, como dije, generalmente se llaman Salmos, no Cánticos; y el libro de los Salmos, no de los Cánticos. Y si se entienden y discuten los sentidos de las palabras, donde el título es solamente de Salmo, y donde solamente de Cántico, y donde no Salmo de Cántico, como en este, sino Cántico de Salmo está inscrito; no sé si esta diferencia puede demostrarse. Por tanto, como habíamos comenzado, dejando estas cosas a quienes pueden, y a quienes tienen tiempo para discernir tales cosas, y definir con cierta razón de diferencias; nosotros cuanto el Señor nos ayude, consideremos y tratemos el texto de este salmo.

2. [vers. 2.] Levántese Dios, y dispérsense sus enemigos. Ya ha sucedido: se levantó Cristo que es sobre todo Dios bendito por los siglos (Rom. IX, 5), y fueron dispersados sus enemigos por todas las naciones, los judíos; en el mismo lugar donde ejercieron enemistades, derrotados, y de allí dispersos por todas partes: y ahora odian, pero temen; y en ese mismo temor hacen lo que sigue, Y huyan los que lo odian, de su rostro. Pues la huida del ánimo, es el temor. Porque con huida carnal, ¿a dónde huyen de su rostro quien en todas partes demuestra el efecto de su presencia? ¿A dónde irá, dice aquel, de tu espíritu, y de tu rostro a dónde huiré (Sal. CXXXVIII, 7)? Por tanto, huyen con el ánimo, no con el cuerpo; temiendo, no ocultándose; ni de ese rostro que no ven, sino de aquel que se ven obligados a ver. Pues su rostro ha sido llamado su presencia a través de su Iglesia. Por lo cual a aquellos que le son enemigos dijo: Desde ahora veréis al Hijo del hombre viniendo en las nubes (Mat. XXVI, 64). Como vino en su Iglesia, difundiéndola por todo el orbe de la tierra, en el cual fueron dispersados sus enemigos. Vino, pues, en tales nubes, de las cuales dice: Mandaré a mis nubes que no lluevan sobre ella lluvia (Isai. V, 6). Huyan, pues, los que lo odian, de su rostro: teman de la presencia de sus santos y fieles, de quienes dice, Cuando a uno de mis más pequeños hicisteis, a mí me hicisteis (Mat. XXV, 40).

3. [vers. 3.] Así como se desvanece el humo, desvanézcan. Pues se elevaron desde los fuegos de sus odios hacia la hinchazón de la soberbia; y poniendo su boca en el cielo (Sal. LXXII, 9), y clamando, ¡Crucifícalo, crucifícalo! (Juan XIX, 6), se burlaron del capturado, se mofaron del colgado: y de aquello de lo que se enorgullecieron como vencedores, pronto se desvanecieron como vencidos. Así como se derrite la cera ante el fuego, así perezcan los pecadores ante la faz de Dios. Aunque tal vez aquí se refiera a aquellos cuya dureza se disuelve en lágrimas de penitencia: sin embargo, también puede entenderse que amenaza con el juicio futuro; porque cuando en este mundo se desvanecieron como humo al elevarse, es decir, al enorgullecerse, les vendrá al final la condenación extrema, para que perezcan eternamente ante su faz, cuando en su claridad se presente, como fuego, para el castigo de los impíos y la luz de los justos.

4. [vers. 4.] Finalmente sigue: Y los justos se alegrarán, y exultarán en la presencia de Dios, y se deleitarán en la alegría. Entonces oirán: Venid, benditos de mi Padre; recibid el reino (Mat. XXV, 34). Alégrese, pues, los que trabajaron, y exulten en la presencia de Dios. No será esta exultación, como ante los hombres, una vana jactancia; sino en la presencia de aquel que sin error observa lo que ha dado. Deleitarse en la alegría: ya no exultando con temblor (Sal. II, 11), como en este mundo, mientras la vida humana es una tentación sobre la tierra (Job VII, 1).

5. [vers. 5, 6.] Luego se dirige a ellos mismos, a quienes ha dado tanta esperanza, y aquí los que viven los exhorta: Cantad a Dios, salmodiad a su nombre. Ya en la exposición del título, lo que parecía hemos anticipado. Canta a Dios, quien vive para Dios; salmodia a su nombre, quien obra para su gloria. Así cantando, así salmodiando, es decir, así viviendo, así obrando, Haced camino para él, dice, que asciende sobre el ocaso. Haced camino para Cristo; para que por los hermosos pies de los que evangelizan (Is. LII, 7), sean accesibles para él los corazones de los creyentes. Él es quien asciende sobre el ocaso: ya sea porque no lo recibe una nueva vida al convertirse a él, a menos que la vieja muera renunciando a este mundo; ya sea porque asciende sobre el ocaso, al vencer con su resurrección la caída del cuerpo. Señor es su nombre. Que si lo hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de la gloria (I Cor. II, 8).

6. Exultad en su presencia. Oh vosotros a quienes se ha dicho, Cantad a Dios, salmodiad a su nombre, haced camino para él que asciende sobre el ocaso, también exultad en su presencia: como tristes, pero siempre gozosos (II Cor. VI, 10). Pues mientras hacéis camino para él, mientras preparáis por donde venga y posea las naciones, sufriréis muchas cosas en presencia de los hombres con tristeza: pero vosotros no solo no desfallezcáis, sino también exultad; no en presencia de los hombres sino en presencia de Dios. Gozosos en la esperanza, pacientes en la tribulación (Rom. XII, 12). Exultad en su presencia. Pues aquellos que os turban en presencia de los hombres, Se turbarán ante su faz, del padre de los huérfanos y juez de las viudas. Pues os consideran desolados, de quienes a menudo por la espada de la palabra de Dios, se separan padres de hijos, y maridos de esposas (Mat. X, 34, 35): pero tienen consuelo los desamparados y viudos del padre de los huérfanos y juez de las viudas; tienen su consuelo quienes le dicen, Porque mi padre y mi madre me abandonaron; pero el Señor me recogió (Sal. XXVI, 10): y quienes esperaron en el Señor, perseverando en oraciones noche y día (I Tim. V, 5); ante cuya faz ellos se turbarán, cuando vean que no logran nada, porque todo el mundo se fue tras él (Juan XII, 19).

7. [vers. 7.] Pues de estos huérfanos y viudas, es decir, despojados de la sociedad de la esperanza secular, el Señor se construye un templo: del cual consecuentemente dice, El Señor, en su lugar santo. Pues ¿cuál es su lugar lo ha revelado, cuando dice, Dios que hace habitar de un mismo modo en la casa: unánimes, de un mismo sentir: este es el lugar santo del Señor. Pues cuando dijo, El Señor en su lugar santo: como si preguntáramos en qué lugar, cuando él está en todas partes entero, y ningún lugar de espacios corporales lo contiene, inmediatamente añadió; para que no lo busquemos fuera de nosotros; sino más bien habitando de un mismo modo en la casa, merezcamos que él mismo se digne habitar en nosotros. Este es el lugar santo del Señor, que muchos hombres buscan, para tener donde orando sean escuchados. Sean ellos mismos, pues, lo que buscan; y lo que dicen en sus corazones, es decir, en tales lechos suyos, se conmuevan (Sal. IV, 5), habitando de un mismo modo en la casa, para que sean habitados por el Señor de la gran casa, y en sí mismos sean escuchados. Pues es una gran casa, en la que no solo hay vasos de oro y de plata, sino también de madera y de barro; y unos son para honra, otros para deshonor: pero si alguno se purifica de los vasos de deshonor (II Tim. II, 20), serán de un mismo modo en la casa, y lugar santo del Señor. Pues así como en la gran casa de un hombre, no en cualquier lugar de ella descansa su señor, sino en algún lugar más secreto y honorable: así Dios no habita en todos los que están en su casa (pues no habita en los vasos de deshonor); sino que su lugar santo son aquellos que hace habitar de un mismo modo, o de un mismo sentir en la casa. Pues los que en griego se llaman τρόποι, pueden interpretarse en latín como modos y costumbres. Ni tiene el griego, Que hace habitar; sino simplemente, hace habitar. El Señor, pues, en su lugar santo. ¿Cuál es este lugar? Él mismo se lo hace. Pues Dios hace habitar de un mismo sentir en la casa: este es su lugar santo.

8. Pero que con su gracia se edifique este lugar, no por los méritos precedentes de aquellos de quienes lo edifica, mira lo que sigue: Que saca a los encadenados con fortaleza. Pues rompe las pesadas cadenas de los pecados, con las que estaban impedidos de caminar en el camino de los mandamientos: los saca con fortaleza, que antes de su gracia no tenían. De igual modo los amargados que habitan en los sepulcros: es decir, de todo modo muertos, ocupados en obras muertas. Pues estos amargan resistiendo a la justicia: porque aquellos encadenados tal vez desean caminar, pero no pueden; y ruegan a Dios para que puedan, y le dicen: De mis necesidades sácame (Sal. XXIV, 17). Al ser escuchados por él, dan gracias diciendo: Rompiste mis cadenas (Sal. CXV, 17). Pero estos amargados que habitan en los sepulcros, están en ese género que en otro lugar la Escritura significa, diciendo: Del muerto, como si no

existiera, perece la confesión (Ecli. XVII, 26). De donde es aquello: El pecador cuando llega al fondo de los males, desprecia (Prov. XVIII, 3). Pues es una cosa desear, otra cosa oponerse a la justicia; una cosa querer ser liberado del mal, otra cosa defender sus males en lugar de confesarlos: sin embargo, la gracia de Cristo saca a ambos géneros con fortaleza. ¿Con qué fortaleza, sino para que luchen contra el pecado hasta la sangre? Pues de ambos géneros se hacen idóneos para que se construya su lugar santo; aquellos liberados, aquellos resucitados. Porque también a la mujer, que Satanás había atado por dieciocho años, mandando le desató las cadenas (Luc. XIII, 16); y a Lázaro superó la muerte clamando (Juan XI, 43, 44). Quien hizo estas cosas en los cuerpos, puede hacer cosas más maravillosas en las costumbres, y hacer habitar de un mismo modo en la casa: sacando a los encadenados con fortaleza; de igual modo a los amargados que habitan en los sepulcros.

9. [vers. 8-10.] Dios cuando salías delante de tu pueblo. Se entiende su salida, cuando aparece en sus obras. Pero no aparece a todos, sino a aquellos que saben contemplar sus obras. Pues no digo ahora esas obras, que son visibles a todos, el cielo, y la tierra, y el mar, y todas las cosas que en ellos hay; sino las obras con las que saca a los encadenados con fortaleza, de igual modo a los amargados que habitan en los sepulcros, y los hace habitar de un mismo sentir en la casa. Así sale delante de su pueblo, es decir, delante de aquellos que entienden esta gracia suya. Finalmente sigue: Cuando pasabas por el desierto, la tierra se movió. Desierto eran las naciones, que no conocían a Dios: desierto era, donde no había ley dada por el mismo Dios; donde no habitaban profetas, ni habían predicho que el Señor vendría. Cuando, pues, pasabas por el desierto, cuando eras predicado entre las naciones, la tierra se movió, los hombres terrenales fueron excitados a la fe. Pero ¿de dónde se movió? Pues los cielos destilaron ante la faz de Dios. Tal vez aquí alguien recuerde aquel tiempo, cuando en el desierto Dios pasaba delante de su pueblo, delante de los hijos de Israel, de día en columna de nube, de noche en resplandor de fuego (Éxodo XIII, 21); y sienta que esto es lo que los cielos destilaron ante la faz de Dios, porque llovió maná a su pueblo (Éxodo XVI, 13); esto también es lo que sigue, El monte Sinaí ante la faz del Dios de Israel, lluvia voluntaria segregando, Dios, a tu heredad, porque en el monte Sinaí habló Dios a Moisés, cuando dio la Ley (Éxodo XIX, 18, etc.): que el maná sea la lluvia voluntaria que segregó Dios a su heredad, es decir, a su pueblo: porque solo a ellos así los alimentó, no también a las otras naciones: que lo que luego dice, Y se debilitó, se entienda que la misma heredad se debilitó; porque murmurando, fastidiosos rechazaron el maná, deseando las carnes, y aquellas cosas con las que estaban acostumbrados a alimentarse en Egipto (Núm. XI, 5, 6). Pero en estas palabras si solo se debe buscar la propiedad de la letra, no el sentido espiritual, es necesario que se muestre según la propiedad corporal, quiénes entonces fueron sacados encadenados, y quiénes también habitando en los sepulcros fueron sacados con fortaleza. Luego si aquel pueblo, es decir, aquella heredad de Dios, rechazando con fastidio el maná se debilitó, no debió seguir, Tú, sin embargo, la perfeccionaste; sino, Tú, sin embargo, la golpeaste. Pues ofendido Dios por aquellas murmuraciones y fastidios, siguió una gran plaga (Núm. XI, 33). Finalmente todos ellos fueron derribados en el desierto, y ninguno de ellos, excepto dos, mereció entrar en la tierra de la promesa (Núm. XIV, 29, 30). Aunque incluso si se dice que en sus hijos aquella heredad fue perfeccionada, nosotros debemos mantener más libremente el sentido espiritual. Pues todas aquellas cosas les sucedían en figura (I Cor. X, 11); hasta que amaneciera el día, y se apartaran las sombras (Cant. II, 17).

10. Ábranos, pues, el Señor a nosotros que llamamos; y se revelen los secretos de sus misterios, cuanto él mismo se digna. Pues para que la tierra se moviera a la fe, cuando el Evangelio pasaba al desierto de las naciones, los cielos destilaron ante la faz de Dios. Estos son los cielos, de los que en otro salmo se canta: Los cielos cuentan la gloria de Dios. Pues de

estos poco después allí se dice: No hay lenguaje ni palabras, de los cuales no se oigan sus voces: por toda la tierra salió su sonido, y hasta los confines del mundo sus palabras (Sal. XVIII, 2-5). Sin embargo, a estos cielos no se les debe atribuir tanta gloria, como si de los hombres viniera aquella gracia al desierto de las naciones, para que la tierra se moviera a la fe. Pues no destilaron los cielos por sí mismos; sino ante la faz de Dios, ciertamente habitándolos, y haciéndolos habitar de un mismo sentir en la casa. Ellos son también los montes, de los que se dice: Levanté mis ojos a los montes, ¿de dónde vendrá mi ayuda? Y sin embargo, para que no pareciera que puso su esperanza en los hombres, inmediatamente añadió: Mi ayuda viene del Señor, que hizo el cielo y la tierra (Sal. CXX, 1, 2). A él ciertamente en otro lugar se le dice, Iluminando tú admirablemente, desde los montes eternos (Sal. LXXV, 5): aunque desde los montes eternos, sin embargo iluminando tú. Así también aquí, los cielos destilaron; pero, ante la faz de Dios. Pues ellos mismos también fueron salvados por la fe, y esto no de sí mismos; sino don de Dios es: no por obras, para que nadie se gloríe. Pues somos hechura suya (Efes. II, 8-10), que hace habitar de un mismo modo en la casa.

11. Pero ¿qué es lo que sigue, El monte Sinaí ante la faz del Dios de Israel? ¿Acaso se debe entender, destiló: para que lo que llamó con el nombre de cielos, quisiera entenderlo también con el nombre del monte Sinaí; como dijimos que se les llama montes, a los que se les llamó cielos? Ni en este sentido debe mover que dijo, monte; no, montes; cuando allí se dijo, cielos; no, cielo: porque también en otro salmo cuando se dijo, Los cielos cuentan la gloria de Dios; al modo de la Escritura repitiendo el mismo sentido con otras palabras se dijo posteriormente, Y el firmamento anuncia la obra de sus manos. Primero dijo, cielos; no, cielo; y sin embargo después no, firmamentos; sino, firmamento. Pues Dios llamó al firmamento, cielo (Gén. I, 8), como está escrito en el Génesis. Así pues, cielos y cielo, montes y monte, no otra cosa, sino esto mismo: como muchas Iglesias y una Iglesia, no otra cosa, sino esto mismo. ¿Por qué entonces, el monte Sinaí que engendra para servidumbre (Gál. IV, 24), como dice el Apóstol? ¿O tal vez debe entenderse la misma Ley en el monte Sinaí, que destilaron los cielos ante la faz de Dios, para que la tierra se moviera? y este es el movimiento de la tierra, cuando los hombres se turban, porque no pueden cumplir la Ley. Que si es así, esta es también la lluvia voluntaria, de la que consecuentemente dice, Lluvia voluntaria segregando, Dios, a tu heredad; porque no hizo así con ninguna nación, y sus juicios no los manifestó a ellos (Sal. CXLVII, 20). Segregó, pues, esta lluvia voluntaria Dios a su heredad, porque dio la Ley. Y se debilitó: ya sea la misma Ley, ya sea la misma heredad. La Ley debilitada puede entenderse así, porque no se cumplía: no porque ella misma sea débil, sino porque hace débiles amenazando con el castigo, y no ayudando por la gracia. Pues también el Apóstol usó el mismo verbo, donde dice, Porque lo que era imposible para la Ley, en lo que se debilitaba por la carne; queriendo significar que por el espíritu se cumple: sin embargo, dijo que ella misma se debilitaba, cuando por los débiles no puede cumplirse. Pero la misma heredad debilitada, es decir, el mismo pueblo debilitado dada la Ley, se entiende sin ninguna ambigüedad. Pues la Ley se introdujo, para que abundara el delito. Pero lo que sigue, Tú, sin embargo, la perfeccionaste, se refiere a la Ley así, porque según aquello fue perfeccionada, es decir, cumplida; lo que el Señor en el Evangelio dice: No vine a abolir la Ley, sino a cumplirla (Mat. V, 17). De donde también el Apóstol que había dicho que la Ley se debilitaba por la carne, porque la carne no cumple lo que por el espíritu se cumple, es decir, por la gracia espiritual; él mismo también dice: Para que la justicia de la Ley se cumpliera en nosotros, que no andamos según la carne, sino según el espíritu (Rom. VIII, 3, 4). Esto es, pues, Tú, sin embargo, la perfeccionaste; porque la plenitud de la Ley es el amor (Rom. XIII, 10); y el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones, no por nosotros mismos, sino por el Espíritu Santo que nos ha sido dado: esto es, Tú, sin embargo, la perfeccionaste, si se

entiende que perfeccionó la Ley; si, sin embargo, la heredad, el entendimiento es más fácil. Pues si por esto se dijo que la heredad de Dios se debilitó, es decir, el pueblo de Dios se debilitó dada la Ley, porque la Ley se introdujo, para que abundara el delito: entonces también lo que sigue, Tú, sin embargo, la perfeccionaste, se entiende por aquello que también en el Apóstol sigue, Pero donde abundó el delito, sobreabundó la gracia (Rom. V, 5, 20). Pues al abundar el delito, se multiplicaron sus enfermedades; y después se apresuraron (Sal. XV, 4): porque gemían, e invocaban, para que con su ayuda se cumpliera lo que con su mandato no se cumplía.

12. En estas palabras hay también otro sentido, que me parece más probable. Pues se entiende mucho más congruentemente que la gracia misma es la lluvia voluntaria, porque se da gratuitamente sin méritos precedentes de obras. Porque si es gracia; ya no es por obras: de lo contrario la gracia ya no es gracia (Rom. XI, 6). No soy digno, dice, de ser llamado apóstol, porque perseguí a la Iglesia de Dios: pero por la gracia de Dios soy lo que soy (I Cor. XV, 9 y 10). Esta es la lluvia voluntaria. Voluntariamente nos engendró con la palabra de verdad (Santiago I, 18). Esta es la lluvia voluntaria. De ahí que en otro lugar se dice: Con el escudo de tu buena voluntad nos coronaste (Salmo V, 13). Esta lluvia, cuando Dios pasaba por el desierto, es decir, cuando se predicaba entre los gentiles, los cielos destilaron: no obstante, no por sí mismos, sino por la presencia de Dios, porque ellos también son por la gracia de Dios lo que son. Y por eso el monte Sinaí, porque incluso él, que trabajó más que todos ellos, no él mismo, sino la gracia de Dios con él (I Cor. XV, 10), para que destilara más abundantemente entre los gentiles, es decir, en el desierto, donde Cristo no había sido anunciado, para no edificar sobre fundamento ajeno (Rom. XV, 20); él mismo, digo, era israelita del linaje de Israel, de la tribu de Benjamín (Filip. III, 5): y él mismo, por tanto, había nacido en servidumbre, de la Jerusalén terrenal que sirve con sus hijos, y por eso perseguía a la Iglesia. Pues, como él mismo recordó, como entonces el que había nacido según la carne perseguía al que había nacido según el espíritu; así también ahora (Gál. IV, 25, 29). Pero alcanzó misericordia porque lo hizo por ignorancia en incredulidad (I Tim. I, 13). Nos maravillamos, pues, de que los cielos destilaron por la presencia de Dios: más nos maravillamos de que el monte Sinaí, es decir, el que antes perseguía, hebreo de hebreos, según la Ley fariseo (Filip. III, 5). Pero, ¿de qué nos maravillamos? No de sí mismo, sino de lo que sigue, de la presencia del Dios de Israel; de quien él mismo dice, Y sobre el Israel de Dios (Gál. VI, 16) de quien el Señor dice, He aquí un verdadero israelita, en quien no hay engaño (Juan I, 47). Esta lluvia voluntaria, sin méritos precedentes de buenas obras, Dios la separó para su heredad. Y se debilitó. Pues reconoció que no era nada por sí mismo; que no debía atribuirse a sus propias fuerzas, sino a la gracia de Dios lo que es. Reconoció lo que se dijo: Me gloriaré en mis debilidades (II Cor. XII, 9). Reconoció lo que se dijo: No te ensoberbecas, sino teme (Rom. XI, 20). Reconoció lo que se dijo: Pero da gracia a los humildes (Santiago IV, 6). Y se debilitó; pero tú la perfeccionaste: porque la virtud se perfecciona en la debilidad (II Cor. XII, 9). Algunos códices, tanto latinos como griegos, no tienen, monte Sinaí; sino de la presencia de Dios Sinaí, de la presencia de Dios Israel. Es decir, los cielos destilaron de la presencia de Dios: y como si se preguntara de qué Dios; de la presencia de Dios, dice, Sinaí, de la presencia de Dios Israel; es decir, de la presencia de Dios que dio la Ley al pueblo de Israel. ¿Por qué, pues, los cielos destilaron de la presencia de Dios, de la presencia de este Dios, sino porque así se cumplió lo que se predijo: Dará bendición el que dio la Ley (Salmo LXXXIII, 8)? La Ley, que aterra al que presume de las fuerzas humanas, la bendición, que libera al que espera en Dios. Tú, pues, perfeccionaste, Dios, tu heredad; porque se debilitó en sí misma, para que fuera perfeccionada por ti.

13. [vers. 11.] Tus animales habitarán en ella. Tuyos, no suyos; sometidos a ti, no libres para sí; necesitados de ti, no autosuficientes. De ahí que sigue: Preparaste en tu suavidad para el necesitado, Dios. En tu suavidad, no en la capacidad de él. Pues es necesitado, porque se debilitó, para ser perfeccionado: reconoció su necesidad, para ser llenado. Esta es aquella suavidad de la que en otro lugar se dice, El Señor dará suavidad, y nuestra tierra dará su fruto (Salmo LXXXIV, 13): para que la buena obra se haga no por temor, sino por amor; no por miedo al castigo, sino por deleite en la justicia. Esta es la verdadera y sana libertad. Pero el Señor preparó esto para el necesitado, no para el abundante, para quien esta pobreza es un oprobio; de los cuales en otro lugar se dice: Oprobio para los que abundan, y desprecio para los soberbios (Salmo CXXII, 4). A estos llamó soberbios, a los que llamó los que abundan.

14. [vers. 12.] El Señor dará la palabra: alimento, por supuesto, a sus animales que habitarán en ella. Pero, ¿qué harán estos animales, a quienes dará la palabra? ¿Qué sino lo que sigue? Evangelizando con gran poder. ¿Con qué poder, sino con aquella fortaleza en la que saca a los cautivos? Quizás también aquí llame poder a aquel con el que los evangelizadores hicieron señales maravillosas.

15. [vers. 13.] ¿Quién, pues, dará la palabra a los que evangelizan con gran poder? El Rey, dice, de las virtudes del Amado. El Padre, pues, es el rey de las virtudes del Hijo. Porque el Amado, cuando no se especifica quién es el amado, por antonomasia se entiende que es el Hijo único. ¿O es el mismo Hijo el rey de sus virtudes; de las virtudes que le sirven? Porque con gran poder dará la palabra a los que evangelizan el rey de las virtudes, de quien se dice, El Señor de las virtudes, él es el rey de la gloria (Salmo XXIII, 10). Pero el hecho de que no dijo, Rey de sus virtudes, sino, Rey de las virtudes del Amado, es una locución muy común en las Escrituras, si alguien presta atención: lo cual se hace más evidente donde también se expresa el nombre propio, de modo que no pueda haber duda de que se trata del mismo. Tal como aquella que se encuentra en muchos lugares del Pentateuco: Y Moisés hizo esto y aquello, como el Señor le ordenó a Moisés (Num. XVII, 11, etc., según la LXX). No dijo lo que es común en nuestras locuciones, Y Moisés hizo como el Señor le ordenó; sino, Moisés hizo como el Señor le ordenó a Moisés; como si fuera otro Moisés al que se le ordenó, y otro Moisés el que lo hizo, siendo el mismo. Tales locuciones son muy difíciles de encontrar en el Nuevo Testamento. Sin embargo, de ahí es que el Apóstol dice: Acerca de su Hijo, que fue hecho para él del linaje de David según la carne, que fue predestinado Hijo de Dios en poder según el Espíritu de santificación por la resurrección de los muertos de Jesucristo nuestro Señor (Rom. I, 3, 4): como si fuera otro el Hijo de Dios que fue hecho del linaje de David según la carne, y otro Jesucristo nuestro Señor, siendo uno y el mismo. Pero en los libros antiguos esta locución es frecuente: y por eso, cuando se hace de manera oscura, debe entenderse por ejemplos claros de su género; como en este lugar del salmo que estamos tratando, se ha hecho de manera oscura. Pues si se dijera Jesucristo, rey de las virtudes de Jesucristo, sería tan clara como aquella, Moisés hizo como el Señor le ordenó a Moisés: pero como se dijo, Rey de las virtudes del Amado, no es fácil que se entienda que él mismo es el rey de las virtudes, que es también el Amado. Rey, pues, de las virtudes del Amado, puede entenderse así, como si se dijera, rey de sus virtudes, porque Cristo es tanto rey de las virtudes como el Amado es el mismo Cristo. Aunque este sentido no tiene tanta necesidad, que no pueda entenderse de otra manera: porque también el Padre puede entenderse como rey de las virtudes de su Hijo amado, a quien el mismo Amado dice, Todo lo mío es tuyo, y lo tuyo mío (Juan XVII, 10). Y si acaso se pregunta si el Dios del Señor Jesucristo, el Padre, también puede llamarse rey; no sé si alguien se atrevería a quitarle este nombre, donde el Apóstol dice: Al Rey de los siglos, inmortal, invisible, al único Dios (I Tim. I, 17). Porque aunque esto se diga de la misma Trinidad, allí está también Dios Padre. Pero si no lo

entendemos carnalmente, Dios, da tu juicio al rey, y tu justicia al hijo del rey (Salmo LXXI, 2); no sé si se ha dicho otra cosa que, a tu Hijo. Por tanto, el Padre también es rey. De donde este versículo de este salmo, Rey de las virtudes del Amado, puede entenderse de ambas maneras. Así que cuando dijo, El Señor dará la palabra a los que evangelizan con gran poder; porque ese mismo poder es gobernado por él, y le sirve a quien se le da, él mismo, dice, el Señor que dará la palabra a los que evangelizan con gran poder, es el rey de las virtudes del Amado.

16. Luego sigue: Del Amado, y de la belleza de la casa dividir los despojos. La repetición pertenece a la recomendación: aunque no todos los códices tienen esta repetición, y los más diligentes la marcan con una estrella, que se llaman signos asteriscos; con los cuales quieren que se reconozca que no están en la interpretación de los Setenta, sino que están en hebreo, las que se señalan con tales signos. Pero ya sea que se repita, o se tome como dicho una sola vez lo que se ha puesto, Del Amado; así creo que debe entenderse lo que sigue, y de la belleza de la casa dividir los despojos, como si se dijera, Del Amado también de la belleza de la casa dividir los despojos, es decir, Del Amado también para dividir los despojos. Pues Cristo hizo hermosa la casa, es decir, la Iglesia, dividiendo para ella los despojos; como el cuerpo es hermoso por la distribución de los miembros. Los despojos, por cierto, se llaman así porque se quitan a los enemigos vencidos. ¿Qué es esto que el Evangelio nos advierte, donde leemos: Nadie entra en la casa del fuerte, para saquear sus bienes, si no ata primero al fuerte (Mat. XII, 29)? Cristo, pues, ató al diablo con vínculos espirituales; venciendo a la muerte, y ascendiendo sobre los cielos desde los infiernos: lo ató con el sacramento de su encarnación, que no encontrando en él nada digno de muerte, sin embargo, se le permitió matarlo; y así, atado, le quitó como despojos sus bienes. Pues operaba en los hijos de desobediencia (Efes. II, 2), cuya infidelidad usaba para su voluntad. Estos bienes el Señor los purificó con el perdón de los pecados, estos despojos los santificó arrebatados al enemigo postrado y atado, los dividió para la belleza de su casa; constituyendo a unos apóstoles, a otros profetas, a otros pastores y doctores para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo (Efes. IV, 11, 12). Pues así como hay un solo cuerpo, y muchos miembros tiene; todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un solo cuerpo: así también Cristo. ¿Acaso todos son apóstoles? ¿Acaso todos son profetas? ¿Acaso todos son poderes? ¿Acaso todos tienen dones de curaciones? ¿Acaso todos hablan en lenguas? ¿Acaso todos interpretan? Pero todas estas cosas las obra uno y el mismo Espíritu, distribuyendo a cada uno en particular como quiere (I Cor. XII, 12, 29, 30, 11). Y esta es la belleza de la casa, a la que se dividen los despojos; para que su amante, encendido por esta hermosura, exclame: Señor, he amado la belleza de tu casa (Salmo XXV, 8).

17. [vers. 14.] Ya en lo que sigue, se dirige a los mismos miembros, de los cuales se hace la belleza de la casa, diciendo: Si dormís entre los cleros, las alas de la paloma plateadas, y entre sus espaldas en el verdor del oro. Primero aquí debe buscarse el orden de las palabras para ver cómo se completa la sentencia; que ciertamente está pendiente, cuando se dice, Si dormís: luego lo que dice, las alas de la paloma plateadas, si se debe entender en singular, de estas alas; o en plural, estas alas. Pero el singular lo excluye el griego, donde se lee esto puesto en plural. Pero aún es incierto si, estas alas; o, oh vosotras alas, como si pareciera hablar a las mismas alas. ¿Se completa, pues, esta sentencia con las palabras que preceden, para que el orden sea, El Señor dará la palabra a los que evangelizan con gran poder, si dormís entre los cleros, oh vosotras alas de la paloma plateadas: o con las que siguen, para que el orden sea, Si dormís entre los cleros, las alas de la paloma plateadas se blanquearán como la nieve en Selmón: es decir, esas mismas alas se blanquearán, si dormís entre los cleros: para que se entienda que esto se dice a aquellos que se dividen como despojos para la belleza de la casa;

es decir, Si dormís entre los cleros, oh vosotros que sois divididos para la belleza de la casa, por la manifestación del Espíritu para provecho, para que a uno se le dé por el Espíritu palabra de sabiduría, a otro palabra de ciencia según el mismo Espíritu, a otro fe, a otro dones de curaciones en el mismo Espíritu, y demás (I Cor. XII, 7, 9): si, pues, vosotros dormís entre los cleros, entonces las alas de la paloma plateadas se blanquearán como la nieve en Selmón. También puede ser así: Si vosotros, alas de la paloma plateadas, dormís entre los cleros, se blanquearán como la nieve en Selmón, para que se entiendan los hombres, que por la gracia reciben el perdón de los pecados. De donde también se dice de la misma Iglesia en el Cantar de los Cantares: ¿Quién es esta que sube blanqueada (Cant. III, 6, según la LXX)? Pues se mantiene la promesa de Dios, diciendo por el Profeta: Si vuestros pecados fueran como el carmesí, como la nieve los blanquearé (Isa. I, 18). También puede entenderse así, que en lo que se dijo, las alas de la paloma plateadas, se subentienda, seréis; para que este sea el sentido: Oh vosotros que sois divididos como despojos para la belleza de la casa, si dormís entre los cleros, seréis las alas de la paloma plateadas; es decir, seréis elevados a lo alto, pero adheridos a la estructura de la Iglesia. Pues no creo que pueda entenderse mejor aquí otra paloma plateada que aquella de la que se dijo: Una es mi paloma (Cant. VI, 8). Está plateada, porque está instruida con las palabras divinas: pues las palabras del Señor en otro lugar se llaman plata refinada en el fuego de la tierra, purificada siete veces (Salmo XI, 7). Así que es un gran bien, dormir entre los cleros: que algunos han querido que sean los dos Testamentos; para que dormir sea entre los cleros, descansar en la autoridad de esos Testamentos; es decir, aquiescer a los testimonios de ambos Testamentos, para que cuando algo se proponga y se pruebe de ellos, toda contienda se termine en pacífica quietud. Si es así, ¿qué otra cosa se les advierte a los que evangelizan con gran poder, sino que entonces el Señor les dará la palabra para que puedan evangelizar, si duermen entre los cleros? Pues entonces se les da la palabra de verdad, si no abandonan la autoridad de los dos Testamentos: para que ellos mismos sean también las alas de la paloma plateadas, por cuya predicación se lleva al cielo la gloria de la Iglesia.

18. Entre las espaldas: es ciertamente una parte del cuerpo; una parte cerca de la región del corazón, pero desde atrás, es decir, desde la espalda: que dice que esa parte de la paloma plateada está en el verdor del oro, es decir, en el vigor de la sabiduría; que no creo que pueda entenderse mejor que como caridad. Pero, ¿por qué desde la espalda, y no desde el pecho? Aunque me maravillo de cómo se ha puesto esta palabra en otro salmo, donde se dice, Entre sus espaldas te cubrirá, y bajo sus alas esperarás (Salmo XC, 4), cuando no puede cubrirse bajo las alas, sino lo que está desde el pecho. Y en latín ciertamente entre las espaldas tal vez de alguna manera pueda entenderse de ambas partes, tanto delante como detrás; para que entendamos las espaldas que tienen en medio la cabeza: y en hebreo tal vez sea ambiguo, que pueda entenderse también de esta manera; pero lo que está en griego *μετάφρενα*, no significa sino desde atrás, que es entre las espaldas. ¿Es por eso que allí está el verdor del oro, es decir, la sabiduría y la caridad, porque allí están de alguna manera las raíces de las alas; o porque allí se lleva esa carga ligera? Pues, ¿qué son incluso esas alas, sino dos preceptos de caridad, en los que toda la Ley y los Profetas dependen (Mat. XXII, 40)? ¿Qué es esa carga ligera, sino la misma caridad que se cumple en estos dos preceptos? Pues todo lo que es difícil en el precepto, es ligero para el que ama. Ni por otra razón se entiende correctamente dicho, Mi carga es ligera (Id. XI, 30); sino porque da el Espíritu Santo, por el cual se difunde la caridad en nuestros corazones (Rom. V, 5), para que amando hagamos libremente, lo que temiendo quien lo hace, lo hace servilmente: ni es amigo de lo recto, cuando preferiría, si fuera posible, que lo recto no se ordenara.

19. También se puede preguntar, ya que no se ha dicho "Si dormiatis in cleris", sino "inter medios cleros", qué significa esto, "inter medios cleros". Si se tradujera más expresamente del griego, se diría "inter medium clerorum"; lo cual no he leído en ninguno de los intérpretes: por eso creo que lo que se ha dicho, "inter medios cleros", tiene el mismo valor. Así que expondré lo que me parece. A menudo, esta expresión se suele usar para conectar y pacificar algunas cosas, para que no discrepen entre sí: como cuando Dios establece un pacto entre Él y el pueblo, la Escritura usa esta expresión; pues en latín se dice "inter me et vos", mientras que en griego se dice "inter medium meum et vestrum". Así también, cuando Dios habla a Abraham sobre la señal de la circuncisión, dice: "Será un pacto entre mí y ti, y toda tu descendencia" (Gén. XVII, 2, 7); lo que en griego se dice "inter medium meum et tuum, et inter medium seminis tui". Igualmente, cuando hablaba a Noé sobre el arco en las nubes como señal (Gén. IX, 12), repite esta expresión muchas veces: y lo que los códices latinos tienen como "inter me et vos" o "inter me et omnem animam vivam", y si se dicen allí cosas similares; en griego se encuentra "inter medium meum et vestrum", que es "ἀνὰ μέσον". David y Jonatán también establecen una señal entre ellos, para no discrepar por malentendidos (I Reg. XX, 20-23): y lo que en latín se dice "inter ambos", en griego se dice "inter medium amborum", con la misma palabra, que es "ἀνὰ μέσον". Es muy apropiado que en este lugar del salmo nuestros intérpretes no dijeran "inter cleris", que es lo usual en la locución latina; sino "inter medios cleros", como "inter medium clerorum", que es lo que más bien se lee en griego, y que se suele decir en aquellas cosas, como he dicho, que deben tener consenso entre sí. Por lo tanto, la Escritura ordena que duerman entre los cleros, que son las alas de la paloma plateadas, o que se les concede serlo. Además, si estos cleros significan los dos Testamentos, ¿qué otra cosa se nos advierte, sino que no debemos oponernos a los Testamentos que consienten entre sí; sino que debemos descansar en la comprensión, y ser nosotros mismos un signo y testimonio de su concordia, cuando sentimos que uno no ha dicho nada contra el otro, y con una admiración pacífica, como en un éxtasis de sueño, lo mostramos? Pero, ¿por qué se entienden los Testamentos en los cleros, cuando este nombre es griego, pero el Testamento no se dice así; esta es la razón, porque la herencia se da por testamento, que en griego se llama "κληρονομία", y el heredero, "κληρονόμος". "Κληρῶς" se dice suerte en griego, y las suertes por la promesa de Dios se llaman partes de la herencia, que se distribuyeron al pueblo. Por eso se ordenó a la tribu de Leví no tener suerte entre sus hermanos, porque se sustentaría de sus diezmos (Num. XVIII, 20). Pues creo que de aquí se llaman Cleros y Clérigos, que están ordenados en los grados del ministerio eclesiástico, porque Matías fue elegido por suerte, a quien leemos que fue ordenado primero por los Apóstoles (Hech. I, 26). Por lo tanto, debido a la herencia que se hace por testamento, como por lo que se efectúa lo que efectúa, los Testamentos mismos se significan con el nombre de cleros.

20. Aunque también se me ocurre aquí otro sentido, que, si no me equivoco, debe anteponerse, para que entendamos mucho más probablemente que los cleros son las mismas herencias: de modo que, puesto que la herencia del Antiguo Testamento es, aunque en una sombra significativa del futuro, la felicidad terrena; y la herencia del Nuevo Testamento es la inmortalidad eterna; dormir entre los cleros significa no buscar ya ardientemente aquella, y aún esperar pacientemente esta. Pues quienes sirven a Dios por eso, o más bien no quieren servir por eso, mientras buscan en esta vida y en esta tierra la felicidad, se les ha quitado el sueño, y no duermen. Porque, agitados por deseos inflamantes, son impulsados a delitos y crímenes, y no descansan en absoluto; deseando adquirir, temiendo perder. Pero quien me escucha, dice la Sabiduría, habitará en esperanza, y descansará sin temor de toda maldad (Prov. [.....], 33). Esto es, según me parece, dormir entre los cleros, es decir, entre las herencias; aún no en la realidad, pero sin embargo habitar en la esperanza de la herencia

celestial, y ya descansar del deseo de la felicidad terrena. Pero cuando venga lo que esperamos, ya no descansaremos entre dos herencias; sino que reinaremos en la nueva y verdadera, de la cual la antigua era sombra. Por lo tanto, incluso si entendemos lo que se ha dicho, "Si dormiatis inter medios cleros", como si se dijera, "Si moriamini inter medios cleros", para que esta muerte de la carne, como suele la Escritura, se llame dormición; esta es la mejor muerte, para que en la represión de los deseos terrenales, en la esperanza de la herencia celestial, el hombre perseverando hasta el fin, cierre el último día de esta vida. Pues así durmiendo entre los cleros, serán las alas de la paloma plateadas; para que en el tiempo en que resuciten, sean arrebatados en las nubes al encuentro de Cristo en el aire, y vivan ya siempre con el Señor (I Tes. IV, 16): o ciertamente, porque por aquellos que así mueren, cuanto más seguros, tanto más sublimemente se difunde la Iglesia, y se eleva como con ciertas alas de excelsa alabanza. Pues no en vano se ha dicho: "Antes de la muerte no alabes a ningún hombre" (Eclí. XI, 30). Todos, pues, los santos de Dios desde el principio del género humano, hasta el tiempo de los Apóstoles (porque ellos también sabían decir, "No he deseado el día del hombre, tú lo sabes" [Jerem. XVII, 16]; y, "Una cosa he pedido al Señor, esta buscaré" [Sal. XXVI, 4]), y desde el tiempo de los Apóstoles, desde que la diferencia de los dos Testamentos se reveló más claramente, los mismos Apóstoles y los bienaventurados mártires y los demás justos, como carneros y hijos de carneros hasta este tiempo, durmieron entre los cleros; ya despreciando la felicidad del reino terrenal, y esperando la eternidad del reino de los cielos, y aún no teniéndola. Y porque durmieron tan bien, por ellos como con alas ahora vuela, y con alabanzas se exalta la Iglesia, la paloma ciertamente plateada; para que con esta fama de ellos, invitando a la imitación a los posteriores, mientras así también los demás duermen, se añadan alas con las que hasta el fin del siglo se predique sublimemente.

21. [vers. 15.] Mientras el celestial distingue a los reyes sobre ella, serán blanqueados como nieve en Selmon: aquel celestial, aquel que ascendió sobre todos los cielos, para llenar todas las cosas, mientras distingue a los reyes sobre ella, es decir, sobre la misma paloma plateada. Pues el Apóstol sigue, y dice: "Y él mismo dio a unos apóstoles, a otros profetas, a otros evangelistas, a otros pastores y doctores. Pues, ¿qué es otra cosa que distinguir reyes sobre ella, sino para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo" (Efes. IV, 10-12); puesto que ella misma es el cuerpo de Cristo? Sin embargo, se les llama reyes, ciertamente por gobernar: y ¿qué más que las concupiscencias de la carne, para que el pecado no reine en su cuerpo mortal para obedecer a sus deseos, para que no presenten sus miembros como armas de iniquidad al pecado, sino que se presenten a Dios, como de muertos vivientes, y sus miembros como armas de justicia a Dios (Rom. VI, 12 y 13)? Así serán reyes primeramente separados de los extranjeros, porque no llevan yugo con los infieles; luego separados concordemente entre sí por sus propios dones. Pues no todos son apóstoles, ni todos profetas, ni todos doctores, ni todos tienen dones de curaciones, ni todos hablan en lenguas, ni todos interpretan. Pero todas estas cosas las obra uno y el mismo Espíritu, distribuyendo a cada uno en particular como quiere (I Cor. XII, 29, 30, 11): al darles aquel celestial, distingue a los reyes sobre la paloma plateada. Del Espíritu Santo, cuando el ángel fue enviado a su madre llena de gracia, hablando con ella, preguntando cómo se haría lo que se le anunciaba que daría a luz, puesto que no conocía varón: "El Espíritu Santo", dice, "vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra. ¿Qué es, te cubrirá con su sombra, sino que hará sombra? Por eso también estos reyes, mientras son distinguidos por la gracia del Espíritu del Señor Cristo sobre la paloma plateada, serán blanqueados como nieve en Selmon. Selmon, en efecto, se interpreta como Sombra. Pues no son distinguidos por sus méritos o virtud propia. ¿Quién, en efecto, te distingue?, dice. ¿Qué tienes que no hayas recibido? (I Cor. IV, 7). Para que sean distinguidos de los impíos, reciben la remisión de los pecados de aquel que dice: "Si vuestros pecados fueran como el carmesí, los blanquearé

como la nieve" (Isa. I, 18). He aquí cómo serán blanqueados como nieve en Selmon; en la gracia del Espíritu de Cristo, por la cual también se les han dado sus propios dones: de lo cual se ha dicho lo que recordé antes, "El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra", esto es, hará sombra para ti: "por eso lo que nacerá de ti santo, será llamado Hijo de Dios" (Luc. I, 35). La sombra, por cierto, se entiende como protección del calor de las concupiscencias carnales: de donde aquella virgen concibió a Cristo no carnalmente deseando, sino espiritualmente creyendo. Sin embargo, la sombra se compone de luz y cuerpo: por lo tanto, aquello que en el principio era el Verbo, aquella luz verdadera, para que se hiciera para nosotros sombra meridiana, el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros (Juan I, 1, 14). Dios, ciertamente, hombre, como luz al cuerpo, se acercó, y a los que creen en él, la sombra de protección los cubrió. Pues no es de la clase de sombra de la que se dice, "Pasaron todas aquellas cosas como sombra" (Sab. V, 9); ni de la clase de sombra de la que dice el Apóstol, "Nadie os juzgue en comida, o en bebida, o en parte de día de fiesta, o de luna nueva, o de sábados, que es sombra de lo futuro" (Col. II, 16, 17); sino de la clase de la que está escrito, "Bajo la sombra de tus alas protégeme" (Sal. XVI, 8). Mientras, pues, aquel celestial distingue a los reyes sobre la paloma plateada, no exalten sus méritos, no confíen en su propia virtud: pues serán blanqueados como nieve en Selmon; serán blanqueados por la gracia en la protección del cuerpo de Cristo.

22. [vers. 16.] A este monte, consecuentemente, lo llama monte de Dios, monte fértil, monte cuajado, o monte pingüe. ¿Qué otra cosa aquí llamaría pingüe, sino fértil? Hay, en efecto, un monte llamado con este nombre, es decir, Selmon. Pero, ¿qué monte debemos entender como monte de Dios, monte fértil, monte cuajado, sino al mismo Señor Cristo, de quien otro profeta dice: "En los últimos tiempos será manifiesto el monte del Señor, preparado en la cima de los montes" (Isa. II, 2)? Él es el monte cuajado, por los pequeños que deben ser alimentados con gracia como con leche; monte fértil, para fortalecer y enriquecer con la excelencia de los dones: pues la misma leche, de la cual se hace el queso, de manera maravillosa significa la gracia; mana, en efecto, de la abundancia de las entrañas maternas, y se infunde gratuitamente con misericordia deleitable a los pequeños. Sin embargo, el caso en griego es ambiguo, si es nominativo o acusativo; ya que en esa lengua el monte es de género neutro, no masculino: por eso algunos latinos no han interpretado "montem Dei", sino "mons Dei". Sin embargo, creo que es mejor, "in Selmon montem Dei", esto es, en el monte de Dios que se llama Selmon: según el entendimiento que arriba, como pudimos, expusimos.

23. [vers. 17.] Luego de haber dicho, "montem Dei, montem incaseatum, montem uberem", para que nadie se atreviera a comparar al Señor Jesucristo con otros santos, que también son llamados montes de Dios: pues se lee, "Tu justicia como montes de Dios" (Sal. XXXV, 7); de donde el Apóstol dice, "Para que seamos justicia de Dios en él" (II Cor. V, 21). De estos montes también se dice en otro lugar, "Iluminando tú admirablemente desde los montes eternos" (Sal. LXXV, 5); porque se les ha dado vida eterna, y por ellos se ha constituido la autoridad eminentísima de las Escrituras sagradas, pero iluminando desde ellos aquel a quien se dice, "Iluminando tú". Levanté mis ojos a los montes, ¿de dónde vendrá mi ayuda?: sin embargo, mi ayuda no es propiamente de los mismos montes; sino "mi ayuda es del Señor que hizo el cielo y la tierra" (Sal. CXX, 1, 2). Pues uno de esos montes, muy excelso, cuando dijo que trabajó más que todos ellos: "No obstante, no yo", dice, "sino la gracia de Dios conmigo" (I Cor. XV, 10). Para que nadie, pues, se atreviera a comparar incluso al monte hermoso en forma más que los hijos de los hombres (Sal. XLIV, 3) con los montes hijos de los hombres; ya que no faltaron quienes lo llamaran, unos Juan el Bautista, otros Elías, otros Jeremías, o uno de los Profetas (Mat. XVI, 14); se volvió hacia ellos, y dijo: "¿Por qué sospecháis montes cuajados, el monte, dice, en el que agradó a Dios habitar en él? ¿Por qué

sospecháis? Pues como luz a ellos, porque también a ellos se les dijo, "Vosotros sois la luz del mundo" (Mat. V, 14); pero otra cosa se dijo, "La luz verdadera, que ilumina a todo hombre" (Juan I, 9): así, aquellos montes; pero muy otro monte preparado en la cima de los montes. Por lo tanto, estos montes son gloriosos llevando aquel monte: de los cuales uno dice, "Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado, y yo al mundo" (Gal. VI, 14): para que quien se gloríe, no se gloríe en sí mismo, sino en el Señor (I Cor. I, 31). ¿Por qué, pues, sospecháis montes cuajados, aquel monte en el que agradó a Dios habitar en él? No porque en otros no habite, sino porque en ellos por él. En él, en efecto, habita toda la plenitud de la divinidad (Col. II, 9); no umbralmente, como en el templo hecho por el rey Salomón, sino corporalmente, es decir, sólidamente y verdaderamente. Porque Dios estaba en Cristo, reconciliando al mundo consigo (II Cor. V, 10). Lo cual, ya sea que lo entendamos dicho del Padre, porque él mismo dice, "El Padre que permanece en mí, él hace sus obras; yo en el Padre, y el Padre en mí" (Juan XIV, 10); o se entienda así, "Dios estaba en Cristo", el Verbo estaba en el hombre: así estaba ciertamente el Verbo en la carne, que el Verbo hecho carne solo propiamente se dijera, es decir, el hombre unido al Verbo en una persona de Cristo. ¿Por qué, pues, sospecháis montes cuajados, aquel monte en el que agradó a Dios habitar en él? Muy diferente, en efecto, que en aquellos montes, de los cuales alguno también sospecháis este. Pues no porque también ellos son hijos de Dios por la gracia de adopción, por eso alguno de ellos es el Unigénito a quien diría: "Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies" (Sal. CIX, 1). Porque el Señor habitará hasta el fin: es decir, aquellos montes no comparables a este monte, el mismo Señor habitará, que es monte preparado en la cima de los montes; para llevarlos al fin, es decir, a sí mismo como Dios es contemplado. Pues el fin de la Ley es Cristo, para justicia a todo creyente (Rom. X, 4). A Dios, pues, le agradó habitar en este monte, que está preparado en la cima de los montes; a quien dice: "Tú eres mi Hijo amado, en quien me he complacido" (Mat. III, 17). Él mismo, sin embargo, es el monte del Señor, que habitará otros montes hasta el fin, en cuya cima está preparado. Porque uno es Dios, y uno es mediador de Dios y de los hombres, el hombre Cristo Jesús (I Tim. II, 5), monte de montes, como santo de santos. De donde dice: "Yo en ellos, y tú en mí" (Juan XVII, 23). ¿Por qué, pues, sospecháis montes cuajados, el monte en el que agradó a Dios habitar en él? Porque, en efecto, aquellos montes cuajados el Señor este, monte cuajado, habitará hasta el fin, para que sean algo a quienes dice: "Porque sin mí nada podéis hacer" (Juan XV, 5).

24. [vers. 18.] Así también se cumple lo que sigue: Los carros de Dios son diez mil veces multiplicados; o, diez mil veces multiplicados; o, diez veces mil veces multiplicados. Un solo término griego ha sido traducido por los intérpretes latinos como pudieron, lo que allí se dijo, *μυριοπλάσιον*. Sin embargo, en latín no se pudo expresar adecuadamente: ya que mil en griego se dice *χίλια*, mientras que *μυριάδες* son muchos diez mil; una *μυριάς*, de hecho, son diez mil. Así, con este término se significó una inmensa multitud de santos y fieles, que al portar a Dios se convierten de alguna manera en los carros de Dios. A esta multitud, permaneciendo y guiándola, la lleva a su fin como su carro hacia un lugar destinado. Cristo es el principio; luego los que son de Cristo en su presencia; luego el fin (I Cor. XV, 23, 24). Esta es la santa Iglesia, que es lo que sigue, Miles de los que se alegran. Pues están gozosos en esperanza, hasta que sean llevados al fin que ahora esperan con paciencia (Rom. VIII, 25). Maravillosamente, después de haber dicho, Miles de los que se alegran, inmediatamente añadió, El Señor en ellos. No nos asombremos de que se alegran; el Señor en ellos. Pues es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios (Hech. XIV, 21): pero, el Señor en ellos. Por eso, aunque estén como tristes, siempre están gozosos (II Cor. VI, 10); y no ya en el mismo fin al que aún no han llegado, sino que están gozosos en esperanza,

y pacientes en la tribulación (Rom. XII, 12), porque el Señor en ellos, en Sinaí, en el santo. En las interpretaciones de los nombres hebreos encontramos que Sinaí se interpreta como Mandamiento: y se interpreta de otras maneras; pero creo que esto se adapta mejor al presente lugar. Pues dando la razón por la cual se alegran esos miles, de los cuales consta el carro de Dios, dice, El Señor en ellos, en Sinaí, en el santo: es decir, el Señor en ellos, en el mandamiento; que el mandamiento es santo, como dice el Apóstol: Así que la Ley es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno (Rom. VII, 12). Pero, ¿de qué serviría el mandamiento, si no estuviera allí el Señor, de quien se dice: Porque Dios es el que obra en vosotros tanto el querer como el hacer, por su buena voluntad (Filip. II, 13)? Pues el mandamiento sin la ayuda del Señor es letra que mata (II Cor. III, 6). Porque la Ley se introdujo para que abundara el pecado (Rom. V, 20). Pero porque la plenitud de la Ley es el amor (Rom. XIII, 10), por eso la Ley se cumple por el amor, no por el temor. Porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado (Rom. V, 5). Por eso se alegran estos miles. Pues hacen la justicia de la Ley tanto como son ayudados por el Espíritu de gracia; porque el Señor en ellos, en Sinaí, en el santo.

25. [vers. 19.] Luego, dirigiéndose al mismo Señor: Ascendiste, dice, a lo alto, llevaste cautiva la cautividad, recibiste dones en los hombres. Esto lo recuerda el Apóstol, lo expone así hablando del Señor Cristo: A cada uno de nosotros, dice, se le da la gracia según la medida del don de Cristo: por lo cual dice, Subió a lo alto, llevó cautiva la cautividad, dio dones a los hombres. Pero eso de que subió, ¿qué es, sino que también descendió a las partes inferiores de la tierra? El que descendió, es el mismo que subió por encima de todos los cielos, para llenarlo todo (Efes. IV, 7-10). Por lo tanto, sin duda se dijo de Cristo: Ascendiste a lo alto, llevaste cautiva la cautividad, recibiste dones en los hombres. No nos perturbe que el Apóstol, al recordar el mismo testimonio, no diga, Recibiste dones en los hombres; sino, Dio dones a los hombres. Pues él habló con autoridad apostólica según esto, que Dios con el Padre es el Hijo. Según esto, pues, dio dones a los hombres, enviándoles el Espíritu Santo, que es el Espíritu del Padre y del Hijo. Pero según aquello en lo que el mismo Cristo se entiende en su cuerpo, que es la Iglesia, por lo cual también sus miembros son sus santos y fieles; de donde se les dice, Vosotros sois el cuerpo de Cristo y miembros (I Cor. XII, 27): sin duda también él recibió dones en los hombres. Cristo, de hecho, ascendió a lo alto y se sienta a la derecha del Padre (Mar. XVI, 19); pero si no estuviera también aquí en la tierra, no habría clamado desde allí: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? (Hech. IX, 4). Por lo tanto, cuando él mismo dice, Cuando lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis (Mat. XXV, 40); ¿qué duda hay de que él reciba en sus miembros, los dones que sus miembros reciben?

26. Pero, ¿qué significa, Llevaste cautiva la cautividad? ¿Acaso porque venció a la muerte, que tenía cautivos a aquellos en los que reinaba? ¿O llamó cautividad a los mismos hombres, que estaban cautivos bajo el diablo? El misterio de esto también contiene el título de aquel salmo, Cuando se edificaba la casa después de la cautividad (Sal. XCV, 1): es decir, la Iglesia después de la gentilidad. Llamando así cautividad a los mismos hombres que estaban cautivos, como cuando se dice milicia y se entienden los que militan, dice que esa misma cautividad fue llevada cautiva por Cristo. ¿Por qué no sería feliz la cautividad, si también los hombres pueden ser capturados para el bien? Por eso se le dijo a Pedro: Desde ahora serás pescador de hombres (Luc. V, 10). Capturados, pues, porque fueron tomados, y tomados porque fueron sometidos; enviados bajo aquel yugo suave (Mat. XI, 30), liberados del pecado del cual eran esclavos, y hechos siervos de la justicia de la cual eran libres (Rom. VI, 18). Por eso también él está en ellos, quien dio dones a los hombres, y recibió dones en los hombres. Y por eso en esta cautividad, en esta servidumbre, en este carro, bajo este yugo no hay miles

de llorosos, sino miles de los que se alegran. Porque el Señor en ellos, en Sinaí, en el santo. A este sentido se adapta también otra interpretación, en la que Sinaí se interpreta como Medida. Pues de estos dones de alegría espiritual, hablando el Apóstol de lo que mencioné antes: A cada uno de nosotros, dice, se le da la gracia según la medida del don de Cristo. Y luego sigue lo que también aquí sigue: Por lo cual dice, Subió a lo alto, llevó cautiva la cautividad, dio dones a los hombres: lo que aquí es, recibiste dones en los hombres. ¿Qué hay más concordante que esta y aquella verdad? ¿Qué más manifiesto?

27. Pero, ¿qué añade después? Porque los que no creen habitarán; o lo que algunos códices tienen, Porque los no creyentes habitarán. Pues, ¿qué son sino los no creyentes, los que no creen? No es fácil entender de quiénes se dice esto. Pues como si se diera una razón de las palabras anteriores, cuando se dijo, Llevaste cautiva la cautividad, recibiste dones en los hombres; así se añadió, Porque los que no creen habitarán, es decir, no creyentes para que habitaran. ¿Qué es esto? ¿De quiénes dice esto? ¿Acaso muestra de dónde era mala la cautividad antes de pasar a ser buena cautividad? Pues no creyendo eran poseídos por el enemigo, que obra en los hijos de desobediencia; en los cuales también vosotros, dice, estuvisteis alguna vez, cuando vivíais en ellos (Efes. II, 2, 3). Con los dones de su gracia, quien recibió dones en los hombres llevó cautiva esa cautividad. Porque no creyentes eran para que habitaran. Pues la fe los liberó de allí, para que ya creyentes habiten en la casa de Dios, hechos también ellos casa de Dios, y carro de Dios de miles de los que se alegran.

28. [vers. 20, 21.] Por eso quien cantaba estas cosas, previéndolas en el Espíritu, lleno también él de alegría, eructó un himno, diciendo: Bendito sea el Señor Dios, bendito sea el Señor Dios de día en día. Lo que algunos códices tienen, día a día. Pues así lo tienen los griegos, ἡμέραν καθ' ἡμέραν; lo que se expresaría más verdaderamente, día a día. Creo que esta expresión significa lo que se dijo, de día en día. Pues diariamente hace esto hasta el fin; lleva cautiva la cautividad, recibiendo dones en los hombres.

29. Y porque lleva ese carro al fin, sigue y dice: Dios hará próspero nuestro camino de nuestras salvaciones, nuestro Dios, Dios de salvar. Se recomienda mucho la gracia. Pues, ¿quién sería salvo, si él no sanara? Pero para que no surja el pensamiento, ¿Por qué entonces morimos, si por su gracia hemos sido salvados? inmediatamente añadió, y del Señor es la salida de la muerte: como si dijera, ¿Por qué te indignas, condición humana, de tener salida de la muerte? Y la salida de tu Señor no fue otra que la de la muerte. Más bien consuélate que indignarte; pues también del Señor es la salida de la muerte. Porque en esperanza fuimos salvados: pero si lo que no vemos esperamos, con paciencia lo aguardamos (Rom. VIII, 24). Por lo tanto, soportemos pacientemente también esa misma muerte, con el ejemplo de aquel que, aunque no era deudor de muerte por ningún pecado, y era el Señor de quien nadie tomaría su vida, sino que él mismo la pondría de sí mismo, también fue su salida de la muerte.

30. [vers. 22.] Sin embargo, Dios aplastará las cabezas de sus enemigos; la cima del cabello de los que caminan en sus delitos: es decir, de los que se exaltan demasiado, de los que se enorgullecen demasiado en sus delitos; en los cuales al menos deberían ser humildes, diciendo, Señor, ten piedad de mí, pecador. Pero aplastará sus cabezas; porque el que se exalta será humillado (Luc. XVIII, 13, 14). Y por lo tanto, aunque también del Señor sea la salida de la muerte; sin embargo, el mismo Señor, porque es Dios, y por voluntad, no por necesidad, según la carne murió, aplastará las cabezas de sus enemigos; no solo de aquellos que, burlándose del crucificado y moviendo sus cabezas, decían, Si es el Hijo de Dios, descienda de la cruz; sino también de todos los que se exaltan contra su doctrina, y como si se burlaran de la muerte de un hombre. Pues el mismo de quien se dijo, A otros salvó, a sí

mismo no puede salvarse (Mat. XXVII, 40, 42), es Dios de nuestras salvaciones, y Dios de salvar: pero para dar ejemplo de humildad y paciencia, y para borrar con su sangre el documento de nuestros pecados, también quiso que fuera su salida de la muerte, para que no temiéramos esta muerte, sino aquella de la que nos liberó por esta. Sin embargo, burlado y muerto aplastará las cabezas de sus enemigos, de los cuales dice, Resucítame, y les devolveré (Sal. XL, 11): ya sea bien por mal, sometiendo a sí mismo las cabezas de los creyentes; o justo por injusto, castigando las cabezas de los soberbios. Pues de ambas maneras se aplastan y se rompen las cabezas de los enemigos, cuando son derribados de la soberbia, ya sea corregidos por la humildad, o arrastrados a las profundidades del infierno.

31. [vers. 23, 24.] Dijo el Señor: Me volveré de Basán; o como tienen algunos códices, Volveré de Basán. Pues él es quien convierte para que seamos salvos, de quien se dijo antes: Dios de nuestras salvaciones, y Dios de salvar. A él también se le dice en otro lugar: Dios de los ejércitos, conviértenos; y muestra tu rostro y seremos salvos (Sal. LXXIX, 20). También en otro lugar: Conviértenos, Dios de nuestras salvaciones (Sal. LXXXIV, 5). Pero él dijo: Volveré de Basán. Basán se interpreta como Confusión. ¿Qué es entonces, volveré de la confusión, sino que se confunde por sus pecados quien ruega a Dios por su misericordia para que se los perdone? De ahí que aquel Publicano ni siquiera se atrevía a levantar los ojos al cielo: así se consideraba a sí mismo y se confundía; pero descendió justificado, porque dijo el Señor, de Basán volveré. Basán también se interpreta como Sequedad; y se entiende correctamente que el Señor vuelve de la sequedad, es decir, de la indignancia. Pues los que se creen abundantes, cuando están hambrientos, y llenos, cuando están vacíos, no se convierten. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados (Mat. V, 6). De esta sequedad el Señor convierte: pues de un alma seca se le dice, Extendí mis manos hacia ti; mi alma como tierra sin agua para ti (Sal. CXLII, 6). También se entiende sin dificultad lo que tienen otros códices, Me volveré de Basán. Pues el mismo que dice, Volveos a mí, y yo me volveré a vosotros (Zac. I, 3): y no, si fuera fuera de la confusión, cuando nuestro pecado está siempre ante nosotros (Sal. L, 5); y fuera de la sequedad, en la que deseamos su lluvia, que segregó la lluvia voluntaria para su heredad. Pues con sequedad se debilitó; pero él vuelto la perfeccionó, a quien se le dice, Y vuelto me vivificaste (Sal. LXX, 20). Dijo, pues, el Señor: Volveré de Basán, volveré al fondo del mar. Si volveré, ¿por qué al fondo del mar? Pues el Señor no se convierte en sí mismo; pero allí convierte a aquellos que yacen en el fondo de este mundo sumergidos por el peso de sus pecados, donde aquel convertido dice: Desde lo profundo clamé a ti, Señor (Sal. CXXIX, 1). Pero si no es, volveré, sino, me volveré al fondo del mar, esto se entiende que dijo nuestro Señor, que su misericordia se volvería también al fondo del mar, para liberar también a aquellos que fueran pecadores incluso desesperados. Aunque en algún griego encontré, no, al fondo, sino, en los fondos, es decir, ἐν βυθοῖς; lo que confirma el primer sentido, que también allí Dios convierte a los que claman desde los fondos. Y si se entiende que allí mismo se convierte para liberar incluso a tales, no es incongruente: y así los convierte, o se convierte a ellos para liberarlos, para que su pie se tiña en sangre. Lo que el Profeta dice al mismo Señor: Para que tu pie se tiña en sangre: es decir, para que aquellos que se convierten a ti, o a quienes te vuelves para liberarlos, aunque hayan estado sumergidos en el fondo del mar por el peso de la iniquidad, progresen tanto por tu gracia, porque donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia (Rom. V, 20). Para que se conviertan en tu pie entre tus miembros, para anunciar tu Evangelio, y por tu nombre, llevando el martirio durante mucho tiempo, luchan hasta la sangre. Pues así, creo, se entiende más convenientemente que su pie está teñido en sangre.

32. De hecho, añade, La lengua de tus perros de entre los enemigos por él mismo: llamando también perros a los mismos que habrían de luchar hasta la sangre por la fe evangélica, como

ladrando por su Señor. No aquellos perros, de los que dice el Apóstol, Guardaos de los perros (Filip. III, 2): sino aquellos que comen de las migajas que caen de la mesa de sus señores. Pues confesando esto la cananea mereció oír: ¡Oh mujer, grande es tu fe! hágase contigo como quieres (Mat. XV, 28). Perros loables, no detestables; guardando la fe a su señor, y ladrando contra los enemigos por su casa. Pues no solo dijo perros, sino tus perros; y no se alabó sus dientes, sino su lengua: porque no en vano, ni sin gran sacramento Gedeón fue mandado a llevar solo a aquellos que lamían el agua del río como perros; y tales no se encontraron más de trescientos en tanta multitud (Juec. VII, 5, 6). En cuyo número está el signo de la cruz por la letra τ, que en las notas griegas de los números significa trescientos. De tales perros también se dice en otro salmo: Se volverán al atardecer, y tendrán hambre como perros (Sal. LVIII, 15). Pues también algunos perros fueron reprendidos por el profeta Isaías, no porque fueran perros, sino porque no sabían ladrar, y amaban dormitar (Is. LVI, 10). Donde ciertamente mostró que si vigilaran y ladraran por su señor, serían perros loables: como se alaban estos de los que se dice, La lengua de tus perros. Sin embargo, el Profeta predijo que serían de entre los enemigos, por aquella conversión de la que hablaba antes. Por eso también aquel salmo: Se volverán, dice, al atardecer, y tendrán hambre como perros. Luego, como si preguntaran de dónde les viene tanto bien, para que sean sus perros, de quien fueron enemigos; se respondió, por él mismo. Pues así se lee: La lengua de tus perros de entre los enemigos por él mismo. Por su amor, por su misericordia, por su gracia. Pues, ¿cuándo podrían hacerlo por sí mismos? Porque cuando éramos enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo (Rom. V, 10): para esto también fue la salida de la muerte del Señor.

33. [vers. 25.] Se han visto tus pasos, Dios. Los pasos con los que viniste por el mundo, como en aquel carro recorrerías el orbe de la tierra; que también las nubes en el Evangelio significan a sus santos y fieles, donde dice: Desde ahora veréis al Hijo del Hombre viniendo en las nubes (Mat. XXVI, 64, y Mar. XIII, 26). Excepto en aquel advenimiento en el que será juez de vivos y muertos (II Tim. IV, 1); Desde ahora, dice, veréis al Hijo del Hombre viniendo en las nubes. Estos pasos tuyos se han visto, es decir, se han manifestado, revelada la gracia del Nuevo Testamento: de donde se dijo, ¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian la paz, de los que anuncian el bien! (Rom. X, 15). Pues esta gracia y estos pasos estaban ocultos en el Antiguo Testamento: pero cuando vino la plenitud del tiempo, y agradó a Dios revelar a su Hijo, para que se anunciara entre las naciones (Gál. IV, 4), se han visto tus pasos, Dios; los pasos de mi Dios, rey que está en el santo. ¿En qué santo, sino en su templo? Pues el templo de Dios es santo, dice, que sois vosotros (I Cor. III, 17).

34. [vers. 26.] Para que estos pasos se vieran, Los príncipes precedieron unidos a los que cantan, en medio de las jóvenes tamborileras. Los príncipes son los Apóstoles: pues ellos precedieron, para que los pueblos siguieran. Precedieron, anunciando el Nuevo Testamento; unidos a los que cantan, de cuyas buenas obras también visibles, como órganos de alabanza, se glorificara Dios. Pero estos príncipes en medio de las jóvenes tamborileras, en un ministerio honorable: pues así están en medio los ministros encargados de las nuevas Iglesias; esto es, de las jóvenes: alabando a Dios con la carne domada; esto es, de las tamborileras, porque los tambores se hacen de cuero seco y extendido.

35. [vers. 27.] Por lo tanto, para que nadie interprete estas palabras de manera carnal y algunos no se dejen llevar por pensamientos lujuriosos al escuchar a las jóvenes tocadoras de tambor, continúa diciendo: En las Iglesias bendecid al Señor. Como si dijera: ¿Por qué, al escuchar a las jóvenes tamborileras, pensáis en placeres lascivos? En las Iglesias bendecid al Señor. Las Iglesias se os muestran con este significado místico: las Iglesias son las jóvenes,

adornadas con nueva gracia; las Iglesias son las tamborileras, espiritualmente sonoras con la carne castigada. En las Iglesias, pues, bendecid al Señor Dios de las fuentes de Israel. De allí eligió primero a quienes convertiría en fuentes. Pues de allí fueron elegidos los Apóstoles; y ellos fueron los primeros en escuchar: Quien beba del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que yo le daré se convertirá en él en una fuente de agua que brota para vida eterna (Juan IV, 13, 14).

36. [vers. 28.] Allí Benjamín, el más joven, en éxtasis. Allí Pablo, el último de los Apóstoles, quien dice: Porque yo también soy israelita, de la descendencia de Abraham, de la tribu de Benjamín (Filip. III, 5). Pero claramente en éxtasis; todos asombrados por tan gran milagro en su vocación. Éxtasis es el exceso de la mente: lo que a veces ocurre por temor; pero a veces también por alguna revelación, con la mente alejada de los sentidos del cuerpo, para que se muestre al espíritu lo que debe ser mostrado. Por lo tanto, también se puede entender lo que aquí se dice, en éxtasis; porque cuando se le dijo al perseguidor desde el cielo: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?, privado de la luz de los ojos carnales, respondía al Señor a quien veía en espíritu; y los que estaban con él oían la voz del que respondía, pero no veían a nadie a quien hablara (Hechos IX, 4-7). Este éxtasis también puede entenderse como aquel del que él mismo habla, diciendo que conoce a un hombre arrebatado hasta el tercer cielo; ya sea en el cuerpo o fuera del cuerpo, no lo sabe; pero arrebatado al paraíso, oyó palabras inefables que no es lícito a un hombre hablar (II Cor. XII, 2-4). Príncipes de Judá, sus líderes; príncipes de Zabulón, príncipes de Neftalí. Cuando se refiere a los Apóstoles como príncipes, donde está también Benjamín, el más joven, en éxtasis; con estas palabras nadie duda que se refiere a Pablo; o que con el nombre de príncipes se refiera a todos los que son excelentes y dignos de imitación en las Iglesias: ¿qué significan estos nombres de las tribus de Israel? Pues si solo se mencionara a Judá, ya que de esta tribu fueron los reyes, de la cual también el Señor Cristo según la carne (Rom. IX, 5); por eso pensaríamos que también los príncipes del Nuevo Testamento están figurados de esta tribu: pero cuando añade, príncipes de Zabulón, príncipes de Neftalí; alguien podría decir que de estas tribus fueron los Apóstoles, y no de otras. Aunque no veo de dónde podría probarse esto; sin embargo, como tampoco encuentro de dónde refutarlo, y en este lugar veo que se encomiendan los príncipes de las Iglesias y sus líderes que bendicen al Señor en las Iglesias, no desapruuebo este sentido; pero me deleita más lo que se aclara a partir de la interpretación de estos nombres. Son nombres hebreos: de los cuales Judá se dice que se interpreta como Confesión; Zabulón, Morada de fortaleza; Neftalí, Mi expansión. Todo esto nos insinúa a los verdaderos príncipes de las Iglesias, dignos de liderazgo, dignos de imitación, dignos de honores. Pues los mártires ocupan el lugar más alto en las Iglesias, y sobresalen en el ápice de la santa dignidad. Ahora bien, en el martirio la primera es la confesión, y por ella se asume la fortaleza para soportar lo que suceda; luego, después de haber soportado todo, terminadas las angustias, sigue la amplitud en la recompensa. También puede entenderse así, que ya que el Apóstol recomienda principalmente estas tres cosas, la fe, la esperanza, la caridad (II Cor. XIII, 13), la confesión está en la fe, la fortaleza en la esperanza, la amplitud en la caridad. Pues es asunto de la fe que se crea con el corazón para justicia, y con la boca se haga confesión para salvación (Rom. X, 10). En las pasiones de las tribulaciones es cosa triste, pero la esperanza es fuerte: Pues si esperamos lo que no vemos, con paciencia lo aguardamos (Id. VIII, 25). La amplitud la proporciona la difusión de la caridad en el corazón: porque la caridad perfecta echa fuera el temor (I Juan IV, 18); el cual tiene tormento por las angustias del alma. Príncipes, pues, de Judá, sus líderes que en las Iglesias bendicen al Señor. Príncipes de Zabulón, príncipes de Neftalí: príncipes de confesión, fortaleza, amplitud; príncipes de fe, esperanza, caridad.

37. [vers. 29.] Manda, Dios, tu poder. Porque uno es nuestro Señor Jesucristo, por quien son todas las cosas, y nosotros en él (I Cor. VIII, 6), a quien leemos como el Poder de Dios y la Sabiduría de Dios (Id. I, 24). ¿Cómo manda Dios a su Cristo, sino cuando lo encomienda? Porque Dios encomienda su caridad en nosotros, ya que cuando aún éramos pecadores, Cristo murió por nosotros (Rom. V, 8). ¿Cómo no nos dio con él todas las cosas? (Id. VIII, 32). Manda, Dios, tu poder: confirma, Dios, lo que has obrado en nosotros. Manda enseñando, confirma ayudando.

38. [vers. 30, 31.] Desde tu templo en Jerusalén, te ofrecerán los reyes dones. Desde tu templo en Jerusalén, que es nuestra madre libre (Gal. IV, 26), porque ella misma es tu santo templo: desde ese templo te ofrecerán los reyes dones. Cualesquiera que sean los reyes que se entiendan; ya sean reyes de la tierra, ya sean reyes que se distinguen sobre la paloma plateada celestial; te ofrecerán los reyes dones. ¿Y qué dones más gratos, qué sacrificios de alabanza? Pero a esta alabanza se oponen, teniendo el nombre de cristianos, y pensando de manera diversa. Que se haga, pues, lo que sigue: Reprende a las fieras del cañaveral. Porque son fieras, ya que dañan al no entender; y son fieras del cañaveral, porque pervierten el sentido de las Escrituras para su propio error. Pues por el cañaveral se significan tan convenientemente las Escrituras, como el discurso por la lengua; según se dice lengua hebrea, o griega, o latina, o cualquier otra, por el que hace lo que se hace. Es usual en el lenguaje latino que la escritura se llame estilo, porque se hace con el estilo; así también el cañaveral, porque se hace con el cañaveral. El apóstol Pedro dice que los indoctos e inestables pervierten las Escrituras para su propia perdición (II Pedro III, 16): estas son las fieras del cañaveral, de las que aquí se dice, Reprende a las fieras del cañaveral.

39. De estos también es lo que añade: Congregación de toros entre las vacas de los pueblos, para que sean excluidos los que han sido probados con plata. Llamando toros, por la soberbia de su cerviz dura e indomable; significa a los herejes. Las vacas de los pueblos, creo que deben entenderse como las almas seducibles, porque fácilmente siguen a estos toros. Pues no seducen a todos los pueblos, en los que hay graves y estables; de donde está escrito, En el pueblo grave te alabaré (Sal. XXXIV, 18); sino en aquellos pueblos que encuentran como vacas. De estos son los que penetran en las casas, y llevan cautivas a las mujercillas cargadas de pecados, que son llevadas por diversos deseos; siempre aprendiendo, y nunca llegando al conocimiento de la verdad (II Tim. III, 6, 7). Pero lo que dice el mismo apóstol, Es necesario que haya herejías, para que los aprobados se manifiesten entre vosotros (I Cor. XI, 19); esto también sigue aquí, Para que sean excluidos los que han sido probados con plata, es decir, los que han sido probados con los dichos del Señor. Porque los dichos del Señor, dichos puros, plata probada en el fuego de la tierra (Sal. XI, 7). Pues sean excluidos se ha dicho, aparezcan, resalten; lo que aquel dice, se manifiesten. Por lo cual también en el arte de la platería se llaman excluidores, quienes saben expresar la forma del vaso de la confusión de la masa. Pues muchos sentidos de las santas Escrituras están ocultos, y son conocidos por pocos más inteligentes; ni se afirman más convenientemente y aceptablemente, sino cuando la preocupación por responder a los herejes lo exige. Entonces incluso los que descuidan los estudios de la doctrina, sacudido el sueño, se despiertan a la diligencia de escuchar, para que los adversarios sean refutados. Por ejemplo, cuántos sentidos de las santas Escrituras sobre Cristo Dios han sido afirmados contra Fotino; cuántos sobre el hombre Cristo contra Maniqueo; cuántos sobre la Trinidad contra Sabelio; cuántos sobre la unidad de la Trinidad contra los arrianos, eunomianos, macedonianos; cuántos sobre la Iglesia católica extendida por todo el mundo, y sobre la mezcla de los malos hasta el fin del siglo, que no perjudican a los buenos en la sociedad de sus sacramentos, contra los donatistas y luciferianos y otros, si los hay, que disienten de la verdad con un error similar; cuántos contra los demás herejes, que

enumerar o recordar sería demasiado largo, y no necesario para la presente obra. Sin embargo, los defensores aprobados de estos sentidos, o estarían completamente ocultos, o no resaltarían tanto como los hicieron resaltar las contradicciones de los soberbios, a quienes como toros, es decir, no sometidos al yugo de la disciplina pacífica y suave, menciona el Apóstol, donde dice que debe elegirse a alguien para el episcopado, que sea capaz de exhortar en la sana doctrina, y de refutar a los que contradicen (Tit. I, 9). Pues hay muchos no sometidos; estos son toros, impacientes del arado y del yugo por la altivez de su cerviz: vaniloquentes, y seductores de mentes; estas mentes las significó este salmo con la apelación de vacas. Para esta utilidad, la Providencia divina permite que se congreguen toros entre las vacas de los pueblos, para que sean excluidos, es decir, para que resalten los que han sido probados con plata. Porque para esto se permiten las herejías, para que los aprobados se manifiesten. Aunque también se puede entender así: Congregación de toros entre las vacas de los pueblos, para que sean excluidos de ellas los que han sido probados con plata. Pues esta es la intención de los doctores herejes, excluir de los oídos de las almas, que intentan seducir, a aquellos, es decir, separar a aquellos que han sido probados con plata, es decir, que son idóneos para enseñar los dichos del Señor. Pero ya sea este el sentido de esta palabra, o aquel; sigue: Dispersa a las naciones que quieren guerras. Pues no buscan la corrección, sino la contienda. Esto, pues, profetiza, que ellos mismos sean dispersados, los que no quieren corregirse, los que desean dispersar el rebaño de Cristo. Llamó naciones, no por las generaciones de las familias, sino por los géneros de las sectas, donde la serie de sucesión confirma el error.

40. [vers. 32-34.] Vendrán embajadores de Egipto; Etiopía adelantará sus manos. Con el nombre de Egipto, o de Etiopía, significó la fe de todas las naciones, por una parte el todo; llamando embajadores a los predicadores de la reconciliación. Por Cristo, dice, ejercemos el oficio de embajadores, como si Dios exhortara por nosotros: os rogamos por Cristo que os reconciliéis con Dios (II Cor. V, 20). No, pues, solo de los israelitas, de donde fueron elegidos los Apóstoles, sino también de las demás naciones habrá predicadores de la paz cristiana, de este modo místico se profetizó. Lo que dice, Adelantaré sus manos, dice, adelantará su venganza; con su conversión a él, para que se perdonen los pecados, no para que los pecadores permanezcan siendo castigados. Lo que también se dice en otro salmo: Adelantémonos a su rostro con confesión (Sal. XCIV, 2). Así como por manos significa venganza, así por rostro significa revelación y presencia, que será en el juicio. Porque, pues, por Egipto y Etiopía significó a las naciones de todo el mundo, inmediatamente añadió: A Dios los reinos de la tierra. No a Sabelio, no a Arrio, no a Donato, no a los demás toros de cerviz alta; sino, A Dios los reinos de la tierra.

41. Sin embargo, muchos códices latinos, y especialmente griegos, tienen los versos así divididos, que no hay en ellos un solo versículo, A Dios los reinos de la tierra; sino, A Dios, al final del verso anterior, y así se dice, Etiopía adelantará sus manos a Dios, y luego sigue en otro verso, Reinos de la tierra, cantad a Dios, salmodiad al Señor. Con esta división, la consonancia de muchos códices y de mayor autoridad, sin duda preferible, parece que se encomienda la fe, que precede a las obras: porque sin los méritos de las buenas obras el impío es justificado por la fe, como dice el Apóstol, Al que cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia (Rom. IV, 5); para que luego esa misma fe comience a obrar por el amor. Pues solo deben llamarse buenas obras las que se hacen por el amor de Dios. Esta debe necesariamente preceder a la fe, para que de ella, no de estas, comience aquella; porque nadie obra por el amor de Dios, si primero no cree en Dios. Esta es la fe, de la que se dice: En Cristo Jesús ni la circuncisión vale algo, ni la incircuncisión; sino la fe que obra por el amor (Gal. V, 6). Esta es la fe, de la que se dice a la misma Iglesia en el Cantar de los Cantares:

Vendrás, y pasarás desde el principio de la fe (Cant. IV, 8, según LXX). Pues vino como carro de Dios en miles de regocijantes, teniendo un próspero viaje, y pasó de este mundo al Padre (Juan XIII, 1): para que se haga en ella lo que el mismo esposo dice, que pasó de este mundo al Padre, Quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo (Id. XVII, 24); pero desde el principio de la fe. Porque, pues, para que sigan las buenas obras, precede la fe, y no hay buenas obras, sino las que siguen a la fe precedente: nada más parece haberse dicho, Etiopía adelantará sus manos a Dios, sino, Etiopía creará en Dios. Pues así adelantará sus manos, es decir, sus obras. ¿De quién, sino de la misma Etiopía? Porque esto en griego no es ambiguo: pues allí el pronombre femenino está puesto clarísimamente. Por lo tanto, nada más se ha dicho, que Etiopía adelantará sus manos a Dios, es decir, creyendo en Dios adelantará sus obras. Pues creo, dice el Apóstol, que el hombre es justificado por la fe sin las obras de la Ley. ¿Es Dios solo de los judíos? ¿No también de los gentiles? (Rom. III, 28 y 29). Así, pues, Etiopía, que parece el extremo de los gentiles, es justificada por la fe sin las obras de la Ley. Pues no se gloria de las obras de la Ley para ser justificada; ni antepone sus méritos a la fe, sino que por la fe adelanta sus obras. Muchos códices no tienen, manos, sino, mano; lo cual vale lo mismo, ya que se ha puesto por obras. Sin embargo, preferiría que los intérpretes latinos hubieran traducido así: Etiopía adelantará sus manos, o su mano a Dios; porque esto sería más claro que lo que ahora se ha dicho, suya: y podría hacerse con verdad, porque en la lengua griega ese pronombre αὐτῆς, no solo puede entenderse como suya, sino también como suya o suyas: suya, pues, si es mano; suyas, si es manos. Pues lo que está en griego, χεῖρα αὐτῆς, que muchos códices tienen, puede entenderse tanto como mano suya, como mano suya: lo que es raro en los códices griegos, χεῖράς αὐτῆς, puede decirse tanto como manos suyas, como manos suyas en latín.

42. Desde aquí ya, como si se hubieran recorrido todas las cosas por la profecía, que ya vemos cumplidas, exhorta a la alabanza de Cristo, y luego anuncia su futuro advenimiento. Reinos de la tierra, cantad a Dios, salmodiad al Señor; salmodiad a Dios que asciende sobre el cielo de los cielos al oriente: o como algunos códices tienen, Que asciende sobre el cielo del cielo al oriente. En estas palabras no entiende a Cristo, quien no cree en su resurrección y ascensión. Pero lo que añadió, al oriente, ¿no expresó incluso el lugar mismo, ya que está en las partes del oriente donde resucitó y de donde ascendió? Por lo tanto, sobre el cielo del cielo se sienta a la derecha del Padre. Esto es lo que dice el Apóstol: Él es quien ascendió sobre todos los cielos (Efe. IV, 10). Pues ¿qué cielos quedan después del cielo del cielo? Que también podemos llamar cielos de los cielos, como llamó al firmamento cielo; lo cual, sin embargo, cielo, también leemos como cielos, donde está escrito: Y las aguas que están sobre los cielos, alaben el nombre del Señor (Sal. CXLVIII, 4). Y porque de allí vendrá a juzgar a vivos y muertos, atiende lo que sigue: He aquí dará su voz, voz de poder. Aquel que como cordero ante el que lo trasquila fue sin voz (Is. LIII, 7), he aquí dará su voz: ni voz de debilidad, como si fuera a ser juzgado; sino voz de poder, como quien va a juzgar. Pues no Dios oculto, como antes, y en el juicio de los hombres no abriendo su boca; sino Dios manifiesto vendrá; nuestro Dios, y no callará (Sal. XLIX, 3). ¿Por qué desesperáis, infieles? ¿Por qué os burláis? ¿Qué dice el siervo malo: Tarda mi Señor en venir (Luc. XII, 45)? He aquí dará su voz, voz de poder.

43. [vers. 35.] Dad gloria a Dios: sobre Israel su magnificencia. De quien dice el Apóstol: Sobre el Israel de Dios (Gal. VI, 16). Pues no todos los que son de Israel, son israelitas (Rom. IX, 6); porque hay también Israel según la carne. De donde dice: Mirad a Israel según la carne (I Cor. X, 18). Pero no los hijos de la carne, estos son hijos de Dios; sino que los hijos de la promesa son contados en la descendencia (Rom. IX, 8). Entonces, pues, cuando su pueblo sea sin ninguna mezcla de malos, como masa purificada con el aventador (Mat. III,

12), como Israel en quien no hay engaño (Juan I, 47), entonces será eminentísima sobre Israel su magnificencia y su poder en las nubes. Pues no vendrá solo al juicio, sino con los ancianos de su pueblo (Is. III, 14); a quienes prometió que se sentarían sobre tronos juzgando (Mat. XIX, 28), quienes también juzgarán a los ángeles (I Cor. VI, 3). Estas son las nubes.

44. [vers. 36.] Finalmente, para que no se entendieran otras nubes, añadió: Dios es admirable en sus santos, el Dios de Israel. Entonces el nombre mismo de Israel se cumplirá verdaderamente y en plenitud, que significa Viendo a Dios; porque lo veremos tal como es (I Juan III, 2). Él dará poder y fortaleza a su pueblo, bendito sea Dios: ahora frágil y débil. Porque tenemos este tesoro en vasos de barro (II Cor. IV, 8). Pero entonces, también con la gloriosísima transformación de los cuerpos, Él dará poder y fortaleza a su pueblo. Porque este cuerpo se siembra en debilidad; resucitará en poder (I Cor. XV, 43). Él, por tanto, dará el poder que anticipó en su carne, de la cual dice el Apóstol: El poder de su resurrección (Filip. III, 10). Y la fortaleza con la que se destruirá el enemigo, la muerte (I Cor. XV, 26). Así pues, hemos terminado, con su ayuda, este largo y difícil Salmo de entender. Bendito sea Dios. Amén.

EXPOSICIÓN DEL SALMO LXVIII.

SERMON I. Sobre la primera parte del Salmo.

1. En este tiempo hemos surgido en este siglo y nos hemos agregado al pueblo de Dios, cuando ya esa hortaliza del grano de mostaza ha extendido sus ramas; cuando ya esa levadura, que al principio fue despreciable, ha fermentado las tres medidas (Mat. XIII, 31-33), es decir, todo el orbe terráqueo restaurado a partir de los tres hijos de Noé (Gén. IX, 19): porque vendrán del oriente y del occidente, del norte y del sur, quienes se sentarán con los Patriarcas, expulsados aquellos que nacieron de su carne y no imitaron su fe (Mat. VIII, 11). A esta gloria de la Iglesia de Cristo hemos abierto los ojos; y aquella estéril, a la que se le anunció y predijo el gozo de que tendría más hijos que la que tenía marido (Is. LIV, 1, y Gal. IV, 27), ya la encontramos tal que había olvidado los oprobios y la ignominia de su viudez: y por eso podemos quizás maravillarnos cuando leemos en alguna profecía las voces de la humildad de Cristo, o de la nuestra. Y puede suceder que nos afecten menos, porque no llegamos en el tiempo en que se leían con sabor, abundando la presión. Pero si consideramos de nuevo la abundancia de tribulaciones, y reconocemos en qué camino andamos (si es que andamos en él), cuán estrecho es (Mat. VII, 14), y nos conduce a través de presiones y tribulaciones al descanso eterno; y cuán más temible es la felicidad que la miseria en las cosas humanas; ya que la miseria a menudo trae fruto bueno de la tribulación, mientras que la felicidad corrompe el alma con una seguridad perversa, y da lugar al diablo tentador: cuando hayamos pensado prudentemente y correctamente, como víctima sazónada, que la vida humana es una tentación sobre la tierra (Job VII, 1), y que nadie está seguro, ni debe estarlo, hasta que lleguemos a aquella patria de la que nadie sale amigo, y a la que nadie es admitido enemigo, incluso ahora en la misma gloria de la Iglesia reconocemos las voces de nuestra tribulación; y como miembros de Cristo, unidos por el vínculo de la caridad a nuestra cabeza, y sosteniéndonos mutuamente, diremos de los Salmos lo que aquí encontramos que dijeron los mártires que fueron antes que nosotros, porque la tribulación es común a todos, desde el principio hasta el fin. Sin embargo, este salmo que hemos asumido para tratar, y del cual hemos propuesto hablar a vuestra Caridad en el nombre del Señor, lo reconocemos en el grano de mostaza: apartemos un poco el pensamiento de la altura de la hortaliza y de la difusión de las ramas, y de aquella gloria donde descansan las aves del cielo, y escuchemos de qué pequeñez surgió esta grandeza que nos deleita en la hortaliza. Porque aquí habla

Cristo (pero ya lo decimos a quienes lo saben); Cristo no solo como cabeza, sino también como cuerpo. Lo reconocemos por las mismas palabras. Pues no se nos permite dudar de que aquí habla Cristo. Aquí están, en efecto, las palabras expresas que se cumplieron en su pasión: Me dieron hiel por comida, y en mi sed me dieron a beber vinagre: cuando estas cosas se cumplieron literalmente, y tal como fueron predichas, así se realizaron. Y cuando el mismo Cristo dijo, Tengo sed, colgando en la cruz, y a esta palabra se le dio vinagre en una esponja, al recibirlo dijo, Todo está cumplido, e inclinando la cabeza entregó el espíritu (Juan XIX, 28-30), mostrando que todas estas cosas que fueron predichas se cumplieron entonces en él; no se nos permite entender aquí otra cosa. Los Apóstoles también, hablando de Cristo, dieron testimonios de este salmo. ¿Quién se desviará de sus sentencias? ¿O qué cordero no seguirá a los carneros? Por tanto, aquí habla Cristo: y más bien debemos demostrar dónde hablan sus miembros, para mostrar que aquí habla todo él, que dudar de que hable Cristo.

2. [vers. 1.] El título del Salmo es: Al final, por aquellos que serán transformados, de David mismo. Ahora escucha la transformación para mejor: porque la transformación puede ser para peor o para mejor. Adán y Eva para peor; quienes de Adán y Eva se adhirieron a Cristo, fueron transformados para mejor. Porque así como por un hombre vino la muerte, también por un hombre la resurrección de los muertos: y así como en Adán todos mueren, así también en Cristo todos serán vivificados (I Cor. XV, 21 y 22). Adán fue cambiado de lo que Dios formó; pero para peor por su iniquidad: de lo que la iniquidad obró, los fieles son transformados; pero para mejor por la gracia de Dios. Que fuéramos transformados para peor, fue nuestra iniquidad: que seamos transformados para mejor, no es nuestra justicia, sino que lo concede la gracia de Dios. Por tanto, que fuimos transformados para peor, lo imputemos a nosotros mismos: que seamos transformados para mejor, alabemos a Dios. Por estos, pues, es este salmo, por aquellos que serán transformados. ¿De dónde se hizo esta transformación, sino de la pasión de Cristo? La misma Pascua se interpreta en latín como Tránsito. Porque no es Pascua un nombre griego, sino hebreo. Resuena en la lengua griega la pasión, porque *πάσχειν*, se dice sufrir; pero el término hebreo indica otra cosa. La Pascua recomienda el tránsito. Lo que también recordó el evangelista Juan, quien, con la pasión inminente, cuando el Señor venía a la cena en la que encomendó el sacramento de su cuerpo y sangre, así habla: Cuando llegó la hora de que Jesús pasara de este mundo al Padre (Juan XIII, 1). Expresó, pues, el tránsito de la Pascua. Pero si él mismo no pasara de aquí al Padre, quien vino por nosotros, ¿cómo podríamos nosotros pasar de aquí, quienes no descendimos para ser levantados, sino que caímos? Él, sin embargo, no cayó; sino que descendió, para levantar al que había caído. El tránsito, pues, es tanto de él como nuestro, de aquí al Padre; de este mundo al reino de los cielos, de la vida mortal a la vida eterna, de la vida terrena a la vida celestial, de la vida corruptible a la incorruptible, de la conversación de tribulaciones a la seguridad perpetua. Por eso, el título del Salmo es, Por aquellos que serán transformados. Advirtamos, pues, en el texto del Salmo la causa de nuestra transformación, es decir, la misma pasión del Señor, y nuestra voz en las tribulaciones, reconozcamos, gemamos: y escuchando, reconociendo, gimiendo, seamos transformados, para que se cumpla en nosotros el título del Salmo, Por aquellos que serán transformados.

3. [vers. 2.] Sálvame, Dios, porque han entrado las aguas hasta mi alma. Es el grano despreciado ahora, que parece dar voces humildes. En el huerto se entierra, para asombro del mundo por la grandeza de la hortaliza, cuya semilla fue despreciada por los judíos. En verdad, considerad la semilla de mostaza pequeña, oscura, totalmente despreciable; para que se cumpla lo que se dijo: Lo vimos, y no tenía apariencia ni hermosura (Is. LIII, 2). Pero dice que las aguas han entrado hasta su alma; porque esas multitudes, que significó con el nombre de aguas, pudieron prevalecer hasta matar a Cristo. Prevalecieron para despreciarlo, para

apresarlo, para atarlo, para insultarlo, para golpearlo, para escupirlo. ¿Hasta dónde? Hasta la muerte. Por tanto, han entrado las aguas hasta mi alma. Esta vida llamó su alma, hasta donde pudieron llegar con su furia. Pero, ¿acaso podrían hacer esto si no se les permitiera? ¿Por qué, entonces, clama como si sufriera algo contra su voluntad, sino porque la cabeza prefigura a sus miembros? Porque él sufrió porque quiso; pero los mártires, aunque no quisieron. A Pedro, en efecto, le predijo su pasión de esta manera: Cuando seas viejo, dijo, otro te ceñirá y te llevará adonde no quieras (Juan XXI, 18). Aunque deseamos adherirnos a Cristo, no queremos morir; y por eso sufrimos con gusto, o más bien con paciencia, porque no se nos da otro tránsito por el cual adherirnos a Cristo. Pues si pudiéramos llegar a Cristo de otra manera, es decir, a la vida eterna, ¿quién querría morir? Porque nuestra naturaleza, es decir, cierta unión del alma y el cuerpo, y cierta familiaridad de esta conjunción y unión, exponiendo en un lugar el Apóstol, dice que tenemos una casa no hecha por manos, eterna en los cielos; es decir, la inmortalidad preparada para nosotros, con la que seremos revestidos al final, cuando resucitemos de los muertos; y dice: En la cual no queremos ser desnudados, sino revestidos, para que lo mortal sea absorbido por la vida (II Cor. V, 1, 4). Si fuera posible, querríamos, dice, ser hechos inmortales de tal manera que ya viniera esa inmortalidad, y ahora como estamos nos transformara, para que lo mortal nuestro fuera absorbido por la vida, sin que el cuerpo fuera puesto por la muerte, para ser recuperado al final. Aunque, pues, pasamos de los males a los bienes; sin embargo, ese tránsito es algo amargo, y tiene hiel, que dieron al Señor en su pasión los judíos, tiene algo acre que soportar, que muestran quienes le dieron a beber vinagre (Mat. XXVII, 34). Prefigurando, pues, y transformándonos en él mismo, dice esto: Sálvame, Dios, porque han entrado las aguas hasta mi alma. Pudieron quienes lo persiguieron incluso matarlo; pero no tendrán más que hacer. Porque él mismo anticipó la exhortación diciendo: No temáis a los que matan el cuerpo, y no tienen más que hacer; sino temed a aquel que tiene poder para matar el cuerpo y el alma en el infierno de fuego (Mat. X, 28). Con mayor temor despreciamos las cosas menores, y con mayor deseo de eternidad despreciamos todas las cosas temporales. Porque aquí las delicias temporales son dulces, y las tribulaciones temporales son amargas: pero ¿quién no beberá el cáliz de la tribulación temporal, temiendo el fuego del infierno; y quién no despreciará la dulzura del mundo, ansiando la dulzura de la vida eterna? Por tanto, clamemos para ser liberados, no sea que en las presiones consintamos en la iniquidad, y verdaderamente seamos irremediamente absorbidos: Sálvame, Dios, porque han entrado las aguas hasta mi alma.

4. [vers. 3.] Estoy hundido en el lodo profundo, y no hay sustancia. ¿Qué dice del lodo? ¿Acaso se refiere a aquellos que lo persiguieron? Porque el hombre fue hecho del lodo (Gén. II, 7). Pero estos, al caer de la justicia, se convirtieron en lodo profundo; a quienes, persiguiendo y queriendo arrastrar a la iniquidad, quien no consintiere, de su lodo hará oro. Porque merecerá que su lodo se convierta en una forma celestial, y se haga compañero de aquellos de quienes dice el título del Salmo: Por aquellos que serán transformados. Pero estos, siendo lodo profundo, me retuvieron; es decir, me apresaron, prevalecieron sobre mí, me mataron. Por tanto, estoy hundido en el lodo profundo, y no hay sustancia. ¿Qué significa esto, no hay sustancia? ¿Acaso el mismo lodo no es sustancia? ¿O, al adherirme, me he convertido en no ser sustancia? ¿Qué significa, entonces, Estoy hundido? ¿Acaso Cristo quedó atrapado así? ¿O más bien quedó atrapado, y no, como se dijo en el libro de Job, La tierra fue entregada en manos del impío (Job IX, 24). ¿O según el cuerpo quedó atrapado, porque pudo ser apresado, y tenía la misma crucifixión? Porque si no hubiera sido clavado, no habría sido crucificado. ¿De dónde, entonces, no hay sustancia? ¿Acaso ese lodo no es sustancia? Entenderemos, pues, si podemos, qué significa, y no hay sustancia, si primero entendemos qué es sustancia. Porque sustancia se dice también de las riquezas: según lo cual decimos, Tiene sustancia, y, Perdió la sustancia. Pero, ¿acaso pensaremos que aquí se dijo, y

no hay sustancia, es decir, no hay riquezas, como si ahora se tratara de algo de riquezas, o se tuviera alguna cuestión sobre riquezas? ¿O tal vez porque ese mismo lodo era pobreza, y no habrá riquezas, sino cuando seamos partícipes de la eternidad? Porque entonces son verdaderas riquezas, cuando no nos faltará nada. También puede tomarse según el entendimiento de esta palabra, que se dijera, Estoy hundido en el lodo profundo, y no hay sustancia, es decir, he llegado a la pobreza. Porque aquí dice: Yo soy pobre y doliente; dice también el Apóstol: Porque por vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que con su pobreza os enriquecierais (II Cor. VIII, 9). Por tanto, queriendo el Señor recomendarnos su pobreza, tal vez dijo, no hay sustancia. Porque llegó a la suma pobreza, cuando asumió la forma de siervo. ¿Cuáles son sus riquezas? Que siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse. Estas son grandes e incomparables riquezas. ¿De dónde, entonces, esta pobreza? Porque se despojó a sí mismo tomando forma de siervo, hecho a semejanza de los hombres, y hallado en forma como hombre; se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte: para que dijera, Han entrado las aguas hasta mi alma. Añade sobre la muerte: ¿qué más añadirás? La ignominia de la muerte. Por eso sigue: Y muerte de cruz (Filip. II, 6-8). ¡Gran pobreza! Pero de aquí vendrán grandes riquezas; porque así como se cumplió su pobreza, así se cumplirán nuestras riquezas de su pobreza. ¡Cuántas riquezas tiene, para hacernos ricos de su pobreza! ¡Qué clase de personas nos hará de sus riquezas, a quienes hizo ricos de su pobreza!

5. Estoy hundido en el lodo profundo, y no hay sustancia. Se entiende de otro modo la sustancia, aquello que somos, lo que sea que seamos. Pero esto es algo más difícil de entender, aunque las cosas sean comunes: pero como la palabra es inusual, necesita cierta recomendación y explicación; sin embargo, si prestan atención, tal vez no nos esforzaremos en ello. Se dice hombre, se dice animal, se dice tierra, se dice cielo, se dice sol, luna, piedra, mar, aire: todas estas son sustancias, por el mero hecho de ser. Las mismas naturalezas se llaman sustancias. Dios es una cierta sustancia; pues lo que no es ninguna sustancia, no es nada en absoluto. Por lo tanto, sustancia es ser algo. De ahí que también en la Fe católica, contra los venenos de ciertos herejes, estamos edificados para decir que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son de una sola sustancia. ¿Qué significa, de una sola sustancia? Por ejemplo: si el Padre es oro, el Hijo es oro, el Espíritu Santo es oro. Lo que sea que el Padre es como Dios, eso es el Hijo, eso es el Espíritu Santo. Sin embargo, cuando se dice Padre, no es lo que es. Pues Padre no se dice en relación a sí mismo, sino en relación al Hijo: en relación a sí mismo se dice Dios. Así que, en cuanto a lo que es Dios, por eso mismo es sustancia. Y porque el Hijo es de la misma sustancia, sin duda también el Hijo es Dios. Pero lo que es Padre; porque no es un nombre de sustancia, sino que se refiere al Hijo, no decimos que el Hijo es Padre, como decimos que el Hijo es Dios. Preguntas qué es el Padre: se responde, Dios. Preguntas qué es el Hijo: se responde, Dios. Preguntas qué son el Padre y el Hijo: se responde, Dios. Preguntado solo por el Padre, responde Dios: preguntado solo por el Hijo, responde Dios: preguntado por ambos, no respondas dioses, sino Dios. No como en los hombres. Preguntas qué es el padre Abraham: se responde, Hombre; se responde su sustancia. Preguntas qué es su hijo Isaac: se responde, Hombre; de la misma sustancia Abraham e Isaac. Preguntas qué son Abraham e Isaac: no se responde, Hombre; sino Hombres. No así en lo divino. Pues allí hay tal comunidad de sustancia, que admite igualdad, no pluralidad. Si, por lo tanto, se te dijera, Cuando me dices que el Hijo es lo que el Padre es, ciertamente también el Hijo es Padre; responde: Según la sustancia te dije que el Hijo es lo que el Padre es, no según lo que se dice en relación a otro. Pues en relación a sí mismo se dice Dios, en relación al Padre se dice Hijo. Y nuevamente el Padre en relación a sí mismo se dice Dios, en relación al Hijo se dice Padre. Lo que se dice en relación al Hijo, Padre, no es el Hijo: lo que se dice

Hijo en relación al Padre, no es el Padre: lo que se dice en relación a sí mismo, Padre, y el Hijo en relación a sí mismo, eso es Padre e Hijo, es decir, Dios. ¿Qué significa, no hay sustancia? Según este entendimiento de sustancia, ¿cómo podremos entender esta sentencia del Salmo: Estoy hundido en el lodo profundo, y no hay sustancia? Dios hizo al hombre; hizo la sustancia: y ojalá permaneciera en lo que Dios hizo. Si el hombre permaneciera en lo que Dios hizo, no estaría hundido en aquello que Dios engendró. Pero porque por la iniquidad el hombre cayó de la sustancia en la que fue hecho (pues la iniquidad misma no es sustancia; no es la naturaleza que Dios formó, sino la perversidad que el hombre hizo): vino el Hijo de Dios al lodo profundo, y fue hundido; y no había sustancia en la que fue hundido; porque fue hundido en la iniquidad de ellos. Estoy hundido en el lodo profundo, y no hay sustancia. Todas las cosas fueron hechas por él, y sin él no se hizo nada (Juan I, 3). Todas las naturalezas fueron hechas por él: la iniquidad no fue hecha por él, porque la iniquidad no fue hecha. Aquellas sustancias fueron hechas por él que lo alaban. Toda la creación que alaba a Dios, es recordada por los tres jóvenes en el horno; y desde lo terrenal a lo celestial, o desde lo celestial a lo terrenal, el himno de los que alaban a Dios llega (Dan. III, 24-90). No porque todas estas cosas tengan sentido de alabanza; sino porque todas bien pensadas producen alabanza, y el corazón se llena con la consideración de la creación para exhalar un himno al Creador. Todas las cosas alaban a Dios, pero las que Dios hizo. ¿Acaso en ese himno notaron que la avaricia alaba a Dios? Allí alaba a Dios incluso la serpiente; la avaricia no alaba. Todas las cosas que se arrastran fueron nombradas allí en la alabanza de Dios: todas las cosas que se arrastran fueron nombradas; pero no se nombraron allí vicios. Pues los vicios los tenemos de nosotros y de nuestra voluntad; y los vicios no son sustancia. En estos fue hundido el Señor, cuando sufrió persecución; en el vicio de los judíos, no en la sustancia de los hombres que por él fue hecha. Estoy hundido, dice, en el lodo profundo, y no hay sustancia. Estoy hundido, y no encontré lo que hice.

6. Vine a la profundidad del mar, y la tempestad me sumergió. Gracias a su misericordia que vino a la profundidad del mar, y se dignó ser tragado por el cetáceo marino: pero fue vomitado al tercer día (Mat. XII, 40). Vino a la profundidad del mar, en cuya profundidad estábamos hundidos, en cuya profundidad habíamos naufragado: él mismo vino allí, y la tempestad lo sumergió; porque allí sufrió las olas, a los mismos hombres; las tempestades, las voces que decían, Crucificalo, crucificalo. Cuando Pilato decía, No encuentro causa alguna en este hombre para que sea condenado a muerte, prevalecían las voces que decían, Crucificalo, crucificalo (Juan XIX, 6). La tempestad aumentaba, hasta que fue sumergido quien había venido a la profundidad del mar. Y el Señor sufrió entre las manos de los judíos, lo que no sufrió cuando caminaba sobre las aguas (Mat. XIV, 25); lo que no solo él no sufrió, sino que tampoco permitió que Pedro sufriera. Vine a la profundidad del mar, y la tempestad me sumergió.

7. [vers. 4.] Me cansé de clamar; se han vuelto roncas mis fauces. ¿Dónde? ¿Cuándo? Preguntemos al Evangelio. Pues en este salmo reconocemos la pasión de nuestro Señor. Y ciertamente sabemos que sufrió; leemos, creemos que las aguas llegaron hasta su alma, porque los pueblos prevalecieron hasta su muerte; reconocemos que fue sumergido por la tempestad, porque prevaleció la sedición para matarlo: pero que también se cansó clamando, y que sus fauces se volvieron roncas, no solo no lo leemos, sino que incluso leemos lo contrario, porque no les respondía palabra, para que se cumpliera lo que se dijo en otro salmo, Me he vuelto como un hombre que no oye, y que no tiene en su boca reprensiones (Sal. XXXVII, 15); y lo que fue profetizado en Isaías, Como oveja fue llevado al matadero, y como cordero ante el que lo trasquila, así no abrió su boca (Is. LIII, 7). Si se hizo como un hombre que no oye, y que no tiene en su boca reprensiones, ¿cómo se cansó clamando, y se

volvieron roncadas sus fauces? ¿O acaso ya entonces callaba, porque estaba ronco, quien sin razón tanto había clamado? Y ciertamente conocemos aquella voz suya de un salmo en la cruz: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? (Sal. XXI, 2). Pero ¿cuán grande fue aquella voz, o cuán prolongada, para que en ella se volvieran roncadas sus fauces? Clamó largamente, ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos! (Mat. XXIII, 13, 14): clamó largamente, ¡Ay del mundo por los escándalos! (Id. XVIII, 7). Y en verdad, ¿cómo clamaba ronco, y por eso no se le entendía, cuando decían los judíos: ¿Qué es lo que dice? Dura es esta palabra; ¿quién puede oírla? No sabemos qué dice (Juan VI, 61, y XVI, 18). Él decía todas las palabras; pero para ellos sus fauces estaban roncadas, quienes no entendían sus voces. Me cansé de clamar; se han vuelto roncadas mis fauces.

8. Mis ojos desfallecieron esperando a mi Dios. Lejos esté que esto se entienda de la persona de la cabeza: lejos esté que sus ojos desfallecieran esperando a su Dios, en quien más bien estaba Dios reconciliando al mundo consigo (II Cor. V, 19), y quien el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros (Juan I, 14), para que no solo Dios estuviera en él, sino que también él mismo fuera Dios. No, entonces; no desfallecieron los ojos de nuestra cabeza esperando a su Dios; sino que desfallecieron sus ojos en su cuerpo, es decir, en sus miembros. Esta es la voz de los miembros, esta es la voz del cuerpo, no de la cabeza. ¿Cómo, entonces, la encontramos en su cuerpo y miembros? ¿Qué más diré? ¿Qué más recordaré? Cuando sufrió, cuando murió, todos los discípulos desesperaron de que él fuera el Cristo. Un ladrón venció a los Apóstoles, quien entonces creyó, cuando ellos desfallecieron (Luc. XXIII, 42). Ve sus miembros desesperando; atiende a aquellos dos que después de la resurrección encontró en el camino conversando con él, uno de los cuales era Cleofás, cuando sus ojos estaban detenidos para que no lo reconocieran. Pues ¿cómo habrían de reconocerlo con los ojos, de quien dudaban con la mente? Algo similar a su mente había ocurrido en sus ojos. Hablaban entre sí, y cuando él les preguntó de qué hablaban, respondieron: ¿Eres tú el único forastero en Jerusalén? ¿No sabes lo que ha sucedido, cómo Jesús Nazareno, poderoso en hechos y palabras, fue muerto por los ancianos y los principales sacerdotes? Y nosotros esperábamos que él fuera el que redimiría a Israel (Id. XXIV, 13-21). Habían esperado, y no esperaban. Desfallecieron sus ojos esperando a su Dios. Por lo tanto, él los transformó en sí mismo diciendo: Mis ojos desfallecieron esperando a mi Dios. Esta esperanza la devolvió, cuando ofreció las cicatrices para ser palpadas; que cuando Tomás las tocó, volvió a la esperanza que había perdido, y exclamó: ¡Señor mío, y Dios mío! Tus ojos desfallecieron esperando a tu Dios: tocaste las cicatrices, y encontraste a tu Dios; tocaste la forma de siervo, y reconociste a tu Señor. A quien, sin embargo, el mismo Señor dijo: Porque has visto, has creído. Y anunciándonos a nosotros con la voz de su misericordia: Bienaventurados, dijo, los que no ven y creen (Juan XX, 28, 29). Mis ojos desfallecieron esperando a mi Dios.

9. [vers. 5.] Se multiplicaron más que los cabellos de mi cabeza, los que me odian sin causa. ¿Cuánto se multiplicaron? Para añadirse a sí mismos incluso uno de los doce (Mat. XXVI, 14). Se multiplicaron más que los cabellos de mi cabeza, los que me odian sin causa. Comparó a sus enemigos con los cabellos de su cabeza. Con razón fueron rapados, cuando fue crucificado en el lugar del Calvario. Que los miembros tomen esta voz; aprendan a ser odiados sin causa. Pues si es necesario, cristiano, que el mundo te odie, ¿por qué no haces que te odie sin causa, para que en el cuerpo de tu Señor, y en este salmo que se anticipó sobre él, reconozcas tu voz? ¿Cómo se hará para que el mundo te odie sin causa? Si no haces daño a nadie, y así eres odiado: esto es sin causa, sin razón. Que no solo te odien sin razón, sino que además, haz que te devuelvan mal por bien. Se fortalecieron mis enemigos, que me persiguen injustamente. Lo que dijo, Se multiplicaron más que los cabellos de mi cabeza; esto después, Se fortalecieron mis enemigos: y lo que primero, los que me odian sin causa; esto

después, los que me persiguen injustamente. Lo que, por tanto, sin causa, esto es injustamente. Esta es la voz de los mártires, no en el castigo, sino en la causa. No es alabanza sufrir persecución, ser apresado, ser azotado, ser encarcelado, ser proscrito, ser muerto; sino teniendo una buena causa, sufrir estas cosas, esta es la alabanza. Pues la alabanza está en la bondad de la causa, no en la severidad del castigo. Pues por grandes que sean los suplicios de los mártires, ¿acaso se igualan a los suplicios de todos los ladrones, de todos los sacrílegos, de todos los malhechores? ¿Qué, entonces, también a estos los odia el mundo? Claro que los odia. Pues exceden la mitad del mundo en la magnitud de su maldad, y de alguna manera están alienados de la misma sociedad de los hombres mundanos, perturbando incluso la paz terrenal; y sufren muchos males, pero no sin causa. De hecho, ve la voz de aquel ladrón con el Señor colgando en la cruz, cuando uno de los dos ladrones insultaba al Señor crucificado, y decía, Si eres el Hijo de Dios, sálvate: el otro lo reprendió, y dijo, ¿No temes a Dios, aunque estás en la misma condena? Y nosotros, en verdad, justamente por nuestros hechos (Luc. XXIII, 39-41). He aquí, no sin causa: pero con confesión derramó de sí mismo la pus, y se hizo apto para el alimento del Señor. Expulsó su iniquidad, la acusó, y se libró de ella. He aquí, allí dos ladrones, allí también el Señor; y ellos crucificados, y él crucificado: y el mundo los odió, pero no sin causa; y lo odió a él, pero sin causa. Lo que no robé, entonces lo pagaba. Esto es sin causa. No robé, y lo pagaba; no pequé, y sufría las penas. Pues solo él tal, él verdaderamente no robó nada. No solo no robó nada, sino que incluso lo que no tenía de robo, se vació de ello para venir a nosotros. Pues no consideró el ser igual a Dios como algo a lo que aferrarse; y sin embargo, se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo (Filip. II, 6, 7). En absoluto no robó. Pero ¿quién robó? Adán. ¿Quién robó primero? Aquel mismo que sedujo a Adán. ¿Cómo robó el diablo? Pondré mi trono al norte, y seré semejante al Altísimo (Isai. XIV, 13). Usurpó para sí lo que no había recibido: he aquí el robo. El diablo usurpó para sí lo que no había recibido, perdió lo que había recibido; y de la misma copa de su soberbia, se la ofreció a aquel a quien quería engañar: Probad, dijo, y seréis como dioses (Gen. III, 5). Quisieron robar la divinidad, perdieron la felicidad. Él, por tanto, robó, y por eso pagó. Pero yo, dice, lo que no robé, entonces lo pagaba. El mismo Señor acercándose a la pasión, en el Evangelio habla así: He aquí viene el príncipe de este mundo, es decir, el diablo, y en mí no encontrará nada, es decir, no encontrará razón para matarme; pero para que todos sepan que hago la voluntad de mi Padre, levantaos, vamos (Juan XIV, 30): y fue a la pasión, a pagar lo que no robó. Pues ¿qué significa, en mí no encontrará nada? Ninguna culpa. ¿Acaso el diablo perdió algo de su casa? Que él examine a los ladrones; no encontrará nada en mí. Sin embargo, dice que no robó nada, atendiendo al pecado, no usurpó lo que no era suyo; esto es robo, esto es iniquidad: pues de hecho extorsionó a aquellos que él mismo había robado. Nadie, dice, entra en la casa del fuerte, y saquea sus bienes, a menos que primero ate al fuerte (Mat. XII, 29). Ató al fuerte, y saqueó sus bienes, ciertamente no robó; pero te responde: Estos bienes se habían perdido de mi gran casa; no cometí robo, sino que recuperé el robo.

10. [vers 6.] Dios, tú conociste mi imprudencia. Nuevamente desde la boca del cuerpo. Pues ¿qué imprudencia en Cristo? ¿No es él la Virtud de Dios y la Sabiduría de Dios? ¿O dice aquella imprudencia suya, de la que dice el Apóstol: La necedad de Dios es más sabia que los hombres (I Cor. I, 25)? Mi imprudencia: esto mismo que en mí ridiculizaron quienes se creen sabios. Tú sabías por qué se hacía: tú conociste mi imprudencia. Pues ¿qué es tan parecido a la imprudencia, como cuando tenía en su poder, con una sola voz derribar a sus perseguidores, que se dejara apresado, azotar, escupir, golpear, coronar de espinas, clavar en la cruz? Parece imprudencia; parece necedad: pero esta necedad supera a todos los sabios. Ciertamente es necedad: pero también el grano cuando cae en la tierra, si nadie conoce la costumbre de los agricultores, parece necedad. Con gran trabajo se cosecha, se lleva a la era, se trilla, se aventaja: después de tantos peligros del cielo y de las tempestades, y de los trabajos

de los campesinos y el cuidado de los dueños, el grano limpio se guarda en el granero. Llega el invierno; y lo que estaba limpio, se saca y se arroja: parece imprudencia; pero para que no sea imprudencia, la esperanza lo hace. Por lo tanto, él no se perdonó a sí mismo; porque también el Padre no lo perdonó, sino que lo entregó por todos nosotros (Rom. VIII, 32). Y de él, quien me amó, dice el Apóstol, y se entregó por mí (Gal. II, 20): porque el grano, a menos que caiga en la tierra y muera, no dará fruto (Juan XII, 24, 25). Esta es la imprudencia; pero tú la conoces: sin embargo, si la hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de la gloria (I Cor. II, 8). Dios, tú conociste mi imprudencia; y mis delitos no están ocultos para ti. Esto ciertamente, claramente, abiertamente, porque debe entenderse desde la boca del cuerpo. Cristo no tuvo delitos; fue receptor de delitos, pero no comisor. Y mis delitos no están ocultos para ti: es decir, te confesé todos mis delitos; y antes de mi boca los viste en mi pensamiento, viste las heridas que sanarías. Pero ¿dónde? Ciertamente en el cuerpo, en los miembros; en aquellos fieles, de donde ya le adhería aquel miembro que confesaba sus pecados. Y mis delitos, dice, no están ocultos para ti.

11. [vers. 7.] No se avergüencen de mí, los que te esperan, Señor, Señor de los ejércitos. Nuevamente la voz de la cabeza, No se avergüencen de mí: que no se les diga, ¿Dónde está aquel en quien confiaban? que no se les diga, ¿Dónde está el que les decía, Crean en Dios, y crean también en mí (Juan XIV, 1)? No se avergüencen de mí, los que te esperan, Señor, Señor de los ejércitos. No se confundan por mí, los que te buscan, Dios de Israel. Esto también puede entenderse del cuerpo; pero si no consideras su cuerpo como un solo hombre: porque en verdad su cuerpo no es un solo hombre, sino un pequeño miembro; el cuerpo, sin embargo, se compone de miembros. Por lo tanto, su cuerpo completo es toda la Iglesia. Con razón, entonces, dice la Iglesia: No se avergüencen de mí, los que te esperan, Señor, Señor de los ejércitos. Que no sea tan afligida por los perseguidores que se levantan, que no sea tan pisoteada por mis enemigos envidiosos, por los herejes que ladran y que salieron de mí, porque no eran de mí; pues si hubieran sido de mí, quizás habrían permanecido conmigo (I Juan II, 19). Que no sea tan oprimida por sus escándalos, para que no se avergüencen de mí los que te esperan, Señor, Señor de los ejércitos. No se confundan por mí, los que te buscan, Dios de Israel.

12. [vers. 8.] Porque por ti soporté el reproche, la irreverencia cubrió mi rostro. No es gran cosa lo que se dice, soporté; pero lo que se dice, por ti soporté. Pues si soportas porque pecaste; soportas por ti, no por Dios. Porque, ¿qué gloria hay para vosotros, dice Pedro, si pecando sois castigados y lo soportáis (I Pedro II, 20)? Pero si soportas porque guardaste el mandamiento de Dios, verdaderamente soportas por Dios; y tu recompensa permanece para siempre, porque soportaste los reproches por Dios. Por eso el primero soportó, para que aprendiéramos a soportar. Y si él, que no tenía lo que se le imputaba; cuánto más nosotros que, aunque no tenemos el pecado que nos imputa el enemigo, tenemos sin embargo otro que merece ser castigado en nosotros. Alguien te llama ladrón, y no eres ladrón: escuchas el reproche; sin embargo, no eres tan ladrón, como para no ser algo que desagrade a Dios. Además, si aquel que no había robado nada en absoluto, que verdaderamente había dicho, He aquí que viene el príncipe de este mundo, y en mí no encontrará nada, fue llamado pecador (Juan IX, 24), fue llamado injusto, fue llamado Beelzebub (Mateo X, 25), fue llamado loco; ¿te indignas tú, siervo, de escuchar por tus méritos, lo que el Señor escuchó sin ningún mérito suyo? Él vino para darte ejemplo. Como si lo hubiera hecho gratuitamente, así tú no progresas. ¿Por qué lo escuchó él, sino para que tú, cuando lo escuches, no desfallezcas? He aquí que tú escuchas, y desfalleces: en vano entonces lo escuchó él; pues no lo escuchó por sí mismo, sino por ti. Porque por ti soporté el reproche, la irreverencia cubrió mi rostro. Irreverencia, dice, cubrió mi rostro. ¿Qué es irreverencia? No avergonzarse. De hecho, parece

un vicio, cuando se dice: Es un hombre irreverente. Gran irreverencia del hombre, no avergonzarse. Por lo tanto, la irreverencia es como la impudencia. Es necesario que el cristiano tenga esta irreverencia, cuando venga entre hombres a quienes desagradó Cristo. Si se avergüenza de Cristo, será borrado del libro de los vivientes. Por lo tanto, es necesario que tengas irreverencia, cuando se te insulta por Cristo; cuando se dice, Adorador del crucificado, venerador del que murió mal, adorador del asesinado: si te avergüenzas aquí, estás muerto. Mira la sentencia de él mismo, que no engaña a nadie: Quien se avergüence de mí ante los hombres, yo me avergonzaré de él ante los ángeles de Dios (Lucas IX, 26). Por lo tanto, observa tú; que haya en ti irreverencia, sé audaz cuando escuches el reproche de Cristo; sé completamente audaz. ¿Qué temes por tu frente, que armaste con la señal de la cruz? Esto es, Porque por ti soporté el reproche, la irreverencia cubrió mi rostro. Porque por ti soporté el reproche: y porque no me avergoncé de ti, cuando se me insultaba por ti, la irreverencia cubrió mi rostro.

13. [vers. 9, 10.] Me he convertido en un extraño para mis hermanos, y un huésped para los hijos de mi madre. Se convirtió en huésped para los hijos de la Sinagoga. En su propia patria se decía: ¿No sabemos que es el hijo de María y José (Lucas IV, 22)? Y de donde en otro lugar: Pero a este no sabemos de dónde es (Juan IX, 29). Me he convertido, por tanto, en huésped para los hijos de mi madre. No sabían de dónde soy, de quienes era mi carne: no me conocían nacido del linaje de Abraham; de donde mi carne estaba oculta, cuando bajo el mismo linaje el siervo poniendo su mano, juró por el Dios del cielo (Génesis XXIV, 9). Me he convertido en huésped para los hijos de mi madre. ¿Por qué esto? ¿por qué no reconocieron? ¿por qué dijeron que era un extraño? ¿por qué se atrevieron a decir: No sabemos de dónde es? Porque el celo de tu casa me ha consumido: es decir, porque perseguí en ellos sus iniquidades, porque no soporté pacientemente a los que corregí, porque busqué tu gloria en tu casa, porque azoté en el templo a los que actuaban mal (Juan II, 15); donde también se dice, El celo de tu casa me ha consumido. De aquí el ser extraño, de aquí el ser huésped; de aquí, No sabemos de dónde es. Reconocerían de dónde soy, si reconocieran lo que mandaste. Pues si los encontrara guardando tus mandamientos, el celo de tu casa no me consumiría. Y los reproches de los que te reprochan cayeron sobre mí. Este testimonio también lo usó el apóstol Pablo (se leyó ahora la misma lectura), y dijo: Todo lo que fue escrito antes, fue escrito para nuestra enseñanza; para que por la consolación de las Escrituras tengamos esperanza (Romanos XV, 4). Dijo, por tanto, que esta era la voz de Cristo: Los reproches de los que te reprochan cayeron sobre mí. ¿Por qué, a ti? ¿Acaso se reprocha al Padre, y no al mismo Cristo? ¿Por qué, los reproches de los que te reprochan cayeron sobre mí? Porque quien me ha conocido, ha conocido también al Padre (Juan XIV, 9): porque nadie reprochó a Cristo, sino reprochando a Dios: porque nadie honra al Padre, sino quien honra también al Hijo (Id. V, 23). Los reproches de los que te reprochan cayeron sobre mí, porque me encontraron.

14. [vers. 11.] Y cubrí mi alma con ayuno; y se convirtió en reproche para mí. El ayuno de Cristo ya lo hemos recomendado espiritualmente en otro salmo a vuestra Caridad. Su ayuno era cuando todos los que creían en él desfallecían; porque también su hambre era que se creyera en él: porque también su sed era, cuando dijo a la mujer, Tengo sed, dame de beber (Id. IV, 7); pues tenía sed de su fe. Y cuando desde la cruz dijo, Tengo sed (Id. XIX, 28), buscaba la fe de aquellos por quienes había dicho: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen (Lucas XXIII, 34). Pero, ¿qué le ofrecieron los hombres sedientos? Vinagre. También se dice vinagre viejo. Con razón ofrecieron del hombre viejo, porque no quisieron ser nuevos. ¿Por qué no quisieron ser nuevos? Porque no pertenecían al título de este salmo donde está escrito, Por aquellos que serán cambiados. Por tanto, cubrí mi alma con ayuno. De hecho,

rechazó incluso la hiel que le ofrecieron: eligió ayunar, antes que aceptar la amargura. Pues no entran en su cuerpo los amargados, de quienes en otro lugar el salmo dice: Que los que amargan, no se exalten en sí mismos (Salmo LXV, 7). Por tanto, cubrí mi alma con ayuno; y se convirtió en reproche para mí. Esto mismo se convirtió en reproche para mí, porque no consentí con ellos, es decir, ayuné de ellos. Pues quien no consiente con los que aconsejan mal, ayuna de ellos; y por este ayuno merece el reproche, para que se le insulte por no consentir en el mal.

15. [vers. 12.] Y puse mi vestidura de saco. Ya hemos dicho algo sobre el saco, de donde viene aquello, Pero yo, cuando me molestaban, me vestía de cilicio, y humillaba mi alma con ayuno. Puse mi vestidura de saco: es decir, les opuse, para que se ensañaran, mi carne; oculté mi divinidad. Saco, porque era carne mortal, para condenar el pecado en la carne (Romanos VIII, 3). Y puse mi vestidura de saco; y me convertí en parábola para ellos; es decir, en burla. Se dice parábola, cuando se da una similitud de algo, cuando se dice mal de él. Así, por ejemplo, que perezca como aquel, es una parábola; es decir, una comparación y similitud de maldición. Por tanto, me convertí en parábola para ellos.

16. [vers. 13.] Contra mí insultaban los que se sentaban en la puerta. En la puerta, nada más que en público. Y sobre mí cantaban los que bebían vino. ¿Pensáis que esto solo le ocurrió a Cristo? Le ocurre a diario en sus miembros: cuando quizás sea necesario que el siervo de Dios prohíba las borracheras y lujurias en algún lugar o pueblo donde no se haya escuchado la palabra de Dios, no solo cantan, sino que incluso comienzan a cantar contra aquel que les prohíbe cantar. Comparad ahora su ayuno, y el vino de ellos. Y sobre mí cantaban los que bebían vino: vino del error, vino de la impiedad, vino de la soberbia.

17. [vers. 14.] Pero yo, con mi oración a ti, Señor. Pero yo estaba contigo. ¿Pero cómo? Contigo orando. Pues cuando eres maldecido, y no tienes qué hacer; cuando se te lanzan reproches, y no encuentras cómo corregir a quien los lanza, no te queda más que orar. Pero recuerda también orar por él. Pero yo, con mi oración a ti, Señor. Tiempo de beneplácito, Dios. He aquí que el grano es sepultado; surgirá el fruto. Tiempo de beneplácito, Dios. De este tiempo también hablaron los Profetas que recuerda el Apóstol: He aquí ahora el tiempo aceptable, he aquí ahora el día de salvación (II Cor. VI, 2). Tiempo de beneplácito, Dios. En la multitud de tu misericordia. Este es el tiempo de beneplácito, En la multitud de tu misericordia. Pues si no fuera por la multitud de tu misericordia, ¿qué haríamos con la multitud de nuestra iniquidad? En la multitud de tu misericordia. Escúchame en la verdad de tu salvación. Porque dijo, tu misericordia, añadió también la verdad; porque misericordia y verdad son todos los caminos del Señor (Salmo XXIV, 10). ¿Por qué misericordia? Perdonando los pecados. ¿Por qué verdad? Cumpliendo las promesas. Escúchame en la verdad de tu salvación.

18. [vers. 15.] Sálvame del lodo, para que no me quede pegado. De aquel de quien antes había dicho: me he hundido en el lodo profundo, y no hay sustancia. Por lo tanto, porque aceptaste bien lo que se explicó, no es necesario que lo escuches más expresamente aquí. De esto dice que debe ser liberado, donde antes dijo que estaba hundido: Sálvame del lodo, para que no me quede pegado. Y él mismo lo explica: Sálvame de los que me odian. Ellos son, por tanto, el lodo donde estaba pegado. Pero esto quizás se sugiere. Poco antes había dicho, Me he hundido; ahora dice, Sálvame del lodo, para que no me quede pegado; cuando según la sentencia anterior debería decir: Sálvame del lodo donde estaba pegado, liberándome, no haciendo que no me quede pegado. Por lo tanto, estaba pegado en la carne, pero no estaba pegado en el espíritu. Dice esto por la debilidad de sus miembros. Cuando quizás eres capturado por quien te presiona hacia la iniquidad, ciertamente tu cuerpo es retenido; según el

cuerpo estás hundido en el lodo profundo: pero mientras no consientas, no estás pegado; si consientes, estás pegado. Por lo tanto, tu oración debe ser que, así como ya está retenido tu cuerpo, no sea retenida también tu alma, que seas libre en las cadenas. Sálvame de los que me odian, y del profundo de las aguas.

19. [vers. 16.] No me sumerja la tempestad de agua. Pero ya estaba sumergido. Vine a la profundidad del mar, tú dijiste; y la tempestad me sumergió, tú dijiste. Sumergido según la carne, no me sumerja según el espíritu. A quienes se les dijo, Si os persiguen en una ciudad, huid a otra (Mateo X, 23); esto se les dijo, para que no quedaran pegados ni en la carne ni en el espíritu. Pues no se debe buscar quedar pegado ni siquiera en la carne; sino que, en la medida de lo posible, debemos evitarlo. Pero si quedamos pegados, y caemos en manos de los pecadores, ya estamos pegados en el cuerpo; estamos hundidos en el lodo profundo: queda orar por el alma para que no quedemos pegados, es decir, no consintamos; no nos sumerja la tempestad de agua, para que no vayamos al fondo del lodo. No me absorba el abismo, ni cierre sobre mí el pozo su boca. ¿Qué es esto, hermanos? ¿Qué ha pedido? Grande es el pozo de la profundidad de la iniquidad humana: allí, si alguien cae, caerá en lo profundo. Pero, sin embargo, estando allí, si confiesa sus pecados a su Dios, el pozo no cerrará sobre él su boca: como está escrito en otro salmo, Desde lo profundo clamé a ti, Señor; Señor, escucha mi voz (Salmo CXXIX, 1, 2). Pero si en él se cumple lo que otra sentencia de la Escritura dice, El pecador, cuando llega al fondo de los males, desprecia (Proverbios XVIII, 3); cerró sobre él el pozo su boca. ¿Por qué cerró su boca? Porque cerró su boca. Pues ha perdido la confesión; verdaderamente está muerto, y se ha cumplido en él lo que en otro lugar se dice: Del muerto, como si no existiera, parece la confesión (Eclesiástico XVII, 26). Esto es algo muy temible, hermanos. Si ves a un hombre que ha cometido iniquidad, está hundido en el pozo: pero cuando le dices su iniquidad, y dice, Verdaderamente he pecado, lo confieso; el pozo no ha cerrado sobre él su boca: pero cuando lo ves decir, ¿Qué mal he hecho? se ha convertido en defensor de su pecado; el pozo ha cerrado sobre él su boca, no tiene por dónde ser liberado. Perdida la confesión, no habrá lugar para la misericordia. Tú te has convertido en defensor de tu pecado; ¿cómo será Dios tu liberador? Para que él sea el liberador, tú sé el acusador.

SERMON II. De la parte posterior del mismo Salmo.

1. [vers. 16, 17.] La parte posterior del salmo sobre el cual hablamos ayer a vuestra Caridad, hoy nos queda por explicar. Y veo que es tiempo de pagar la deuda, si es que su extensión no nos deja también hoy como deudores. Por lo tanto, preámbulo esto, y pido que no esperéis un largo discurso en lo que es manifiesto. Así podemos detenernos por necesidad en lo más oscuro, y quizás cumplir con lo que debemos, para que en otros días debamos otras cosas, y otras paguemos. Veamos, por tanto, lo que sigue. Después de haber dicho, Ni cierre sobre mí el pozo su boca; lo que ayer recomendamos a vuestra Caridad, para que con toda la intención del alma y la fe de la piedad evitemos que esta maldición nos sobrevenga. Entonces, clamando entre las pasiones nuestro Señor Jesucristo, cabeza y cuerpo; como hemos recomendado, para que en ciertos lugares, reconozcáis las palabras de la cabeza; y lo que se diga de tal manera que no pueda convenir a la cabeza, lo refiráis al cuerpo. Pues así habla Cristo como uno; porque verdaderamente es uno de quien se dijo: Serán dos en una sola carne (Efesios V, 31). Pues si en una sola carne, ¿qué te sorprende que también en una sola voz? Sigue, por tanto, Escúchame, Señor, porque dulce es tu misericordia. Esta causa ha afirmado por qué debe ser escuchado, porque dulce es la misericordia de Dios. ¿No era más consecuente decir, Escúchame, Señor, para que dulce me sea tu misericordia? ¿Por qué, entonces, Escúchame, Señor, porque dulce es tu misericordia? La dulzura de la misericordia del Señor la ha recomendado a otros de alguna manera con sus palabras, cuando dijo:

Escúchame, Señor, porque estoy atribulado. Pues verdaderamente quien dice, Escúchame, Señor, porque estoy atribulado, da la causa por la cual pide ser escuchado: pero al hombre puesto en tribulación, es necesario que le sea dulce la misericordia de Dios. De esta dulzura de la misericordia de Dios, ved lo que en otro lugar dice la Escritura: Como la lluvia en la sequía, así es hermosa la misericordia de Dios en la tribulación (Eclesiástico XXXV, 26). Lo que allí dice, hermosa; aquí dice, dulce. Ni el pan sería dulce, si no precediera el hambre. Por lo tanto, también cuando el Señor permite o hace que estemos en alguna tribulación, incluso entonces es misericordioso; pues no sustrae el alimento, sino que mueve el deseo. Por lo tanto, ¿qué dice ahora: Escúchame, Señor, porque dulce es tu misericordia? Ya no difieras la escucha; estoy en tanta tribulación, que dulce me es tu misericordia. Por lo tanto, para esto difieras el socorro, para que me fuera dulce que socorrieras: ya, por tanto, no hay más que difieras; mi tribulación ha llegado a la medida cierta de calamidad, que venga tu misericordia a hacer la obra de bondad. Escúchame, Señor, porque dulce es tu misericordia. Según la multitud de tus misericordias, mírame: no según la multitud de mis pecados.

2. [vers. 18.] No apartes tu rostro de tu siervo. Y esta es una recomendación de humildad, de tu siervo, es decir, de pequeño; porque ya carezco de soberbia por la disciplina de la tribulación: No apartes tu rostro de tu siervo. Esta es aquella hermosa misericordia de Dios que antes dijo. Pues en el siguiente verso explica lo que dijo: Porque estoy atribulado, escúchame rápidamente. ¿Qué es, rápidamente? Ya no hay más que difieras: estoy atribulado; mi aflicción ha precedido, que siga tu misericordia.

3. [vers. 19.] Atiende a mi alma y redímela. No necesita explicación: veamos entonces lo que sigue. Por mis enemigos líbrame. Esta es ciertamente una petición admirable, que no debe ser tratada brevemente ni pasada por alto rápidamente; es absolutamente admirable: Por mis enemigos líbrame. ¿Qué significa, Por mis enemigos líbrame? Para que se confundan, para que se atormenten con mi liberación. ¿Qué, entonces, si no existieran aquellos que serían atormentados por mi liberación, no debería ser socorrido? ¿Y entonces tu liberación es aceptable cuando es la condenación de otro? He aquí que no hay enemigos que se confundan o se atormenten por tu liberación: ¿así permanecerás? ¿no serás liberado? ¿O es para que tus enemigos puedan, con tu liberación, convertirse también ellos? Pero esto también es sorprendente, si tiene alguna causa de petición. ¿Acaso el siervo de Dios es liberado por su Señor Dios para que otros progresen? ¿Qué, si no hubiera quienes progresaran, no debería ser liberado ese siervo de Dios? Por tanto, a donde quiera que me vuelva, ya sea hacia el castigo o hacia la liberación de los enemigos, no veo la causa de esta petición, Por mis enemigos líbrame: a menos que entendamos algo, que cuando lo diga con la ayuda del Señor, juzgará en vosotros quien habita en vosotros. Hay una cierta liberación de los santos que es oculta: esta se hace por ellos mismos. Hay una cierta liberación pública y manifiesta: esta se hace por sus enemigos; ya sea para castigarlos o para liberarlos. Pues ciertamente Dios no liberó del fuego del perseguidor a los hermanos Macabeos, a quienes Antíoco, en su furia, incluso trajo a su madre, para que con sus halagos se convirtieran al amor de la vida, y amando vivir para los hombres, murieran para Dios. Pero esa madre, ya no semejante a Eva, sino a la madre de la Iglesia, a quienes había dado a luz con dolor para reconocerlos vivos, los vio morir con gozo; y los exhortó a elegir más bien morir por las leyes paternas de su Señor Dios, que vivir contra ellas. ¿Qué creemos aquí, hermanos, sino que fueron liberados? Pero su liberación fue oculta: de hecho, el mismo Antíoco, por quien fueron asesinados, se creyó haber hecho algo que su crueldad dictaba, o más bien incitaba (II Mac. VII). Pero en verdad, los tres jóvenes fueron liberados abiertamente del horno de fuego (Dan. III, 49); porque también su cuerpo fue rescatado, su salvación fue pública. Aquellos, por tanto, fueron coronados en secreto, estos liberados abiertamente; todos, sin embargo, salvados. ¿Pero cuál es el fruto de

la liberación de los tres jóvenes? ¿Por qué se retrasó su corona? El mismo Nabucodonosor se convirtió a su Dios, y lo proclamó, porque liberó a sus siervos; a quien había despreciado cuando los envió al horno. Hay, por tanto, una liberación oculta; hay una liberación manifiesta. La liberación oculta se refiere al alma, la liberación manifiesta también concierne al cuerpo. Pues en lo oculto el alma es liberada, en lo manifiesto el cuerpo. Ahora bien, si es así, en este salmo reconocemos la voz del Señor: a la liberación oculta se refiere lo que dijo antes, Atiende a mi alma y redímela. Queda la liberación del cuerpo: porque al resucitar, y ascender a los cielos, y enviar el Espíritu Santo desde lo alto (Hech. I, 9, y II, 4), se convirtieron a su fe quienes habían sido feroces en su muerte; y de enemigos se hicieron amigos por su gracia, no por su justicia. Por eso siguió: Por mis enemigos líbrame. Atiende a mi alma; pero esto en lo oculto: pero por mis enemigos líbrame también mi cuerpo. Pues nada aprovechará a mis enemigos si solo liberas mi alma: creerán que han hecho algo, que han cumplido algo. ¿Qué utilidad hay en mi sangre, mientras descendo a la corrupción? (Sal. XXIX, 10). Por tanto, atiende a mi alma y redímela; lo que solo tú sabes: luego también por mis enemigos líbrame, para que mi carne no vea corrupción.

4. [vers. 20.] Pues tú conoces mi oprobio, y mi confusión, y mi vergüenza. ¿Qué es el oprobio? ¿Qué es la confusión? ¿Qué es la vergüenza? El oprobio es lo que el enemigo lanza. La confusión es lo que muerde la conciencia. La vergüenza es lo que hace que un rostro noble se sonroje incluso por la acusación de un crimen falso. No es un crimen; o incluso si es un crimen, no es de aquel a quien se le imputa: pero sin embargo, la debilidad del ánimo humano a menudo se avergüenza, incluso cuando se le imputa algo falso; no porque se le haya imputado, sino porque se ha creído. Todo esto está en el cuerpo del Señor. Pues la confusión no podía estar en él, en quien no se encontraba culpa. Se imputaba un crimen a los cristianos, precisamente por ser cristianos. Eso en verdad era gloria: los valientes lo aceptaban con gusto, y lo aceptaban de tal manera que no se avergonzaban en absoluto del nombre de su Señor. Pues la irreverencia había cubierto su rostro, teniendo el rostro de Pablo que decía: No me avergüenzo del Evangelio; porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree (Rom. I, 16). Oh Pablo, ¿no eres tú adorador del Crucificado? Es poco, dice, que no me avergüenze de eso; más bien, solo me glorío en eso de lo que el enemigo piensa que me avergüenzo. Porque a mí, lejos esté gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado, y yo al mundo (Gál. VI, 14). Por tanto, a tal rostro solo se le podía imputar oprobio. Pues ni confusión podía haber en una conciencia ya sanada, ni vergüenza en un rostro tan libre. Pero cuando se imputaba a algunos que habían matado a Cristo; con razón fueron compungidos por una mala conciencia, y salubrementemente confundidos y convertidos, para que pudieran decir: Tú conociste mi confusión. Tú, por tanto, Señor, conoces, no solo mi oprobio, sino también mi confusión; en algunos también la vergüenza, que aunque crean en mí, sin embargo, se avergüenzan de confesarme públicamente ante los impíos, prevaleciendo más en ellos la lengua humana que la promesa divina. Vedlos, pues: y tales son encomendados a Dios, no para que los deje así, sino para que los perfeccione ayudándolos. Pues también dijo uno creyente, y vacilante: Creo, Señor; ayuda mi incredulidad (Mar. IX, 23). Ante ti están todos los que me afligen. Tú sabes por qué me es oprobio; tú sabes por qué confusión; tú sabes por qué vergüenza: por tanto, líbrame por mis enemigos, porque tú conoces estas cosas más, ellos no las conocen; y por tanto, porque ellos están ante ti, ignorando estas cosas, no podrán ni confundirse ni corregirse, a menos que manifiestamente me liberes por mis enemigos.

5. [vers. 21.] Mi corazón esperó oprobio y miseria. ¿Qué significa, esperó? Previó estas cosas futuras, predijo estas cosas futuras. Pues no vino para otra cosa. Si no quisiera morir, tampoco querría nacer: la causa de la resurrección hizo ambas cosas. Pues dos cosas nos eran

conocidas en el género humano, pero una era desconocida. Sabíamos que los hombres nacen y mueren; no sabíamos que resucitan y viven eternamente. Para mostrarnos lo que no conocíamos, asumió dos cosas que conocíamos. Por tanto, vino para esto. Mi corazón esperó oprobio y miseria. Pero ¿miseria de quién? Pues esperó miseria, pero más bien de los que lo crucificaban, más bien de los que lo perseguían; para que en ellos hubiera miseria, en él misericordia. Pues compadeciéndose de su miseria, incluso colgado en la cruz: Padre, dijo, perdónalos, porque no saben lo que hacen (Luc. XXIII, 34). Mi corazón esperó oprobio y miseria: y esperé quien se contristara conmigo, y no hubo. ¿Qué, entonces, aprovechó que esperé? esto es, ¿qué aprovechó que predije? ¿qué aprovechó que dije que por eso vine? Se llegó a que se cumpliera lo que dije: esperé quien se contristara conmigo, y no hubo; y consoladores, y no encontré; esto es, no hubo. Pues lo que dijo en el verso anterior, Esperé quien se contristara conmigo; lo dijo en el verso siguiente, y consoladores. Pero lo que en el verso anterior, y no hubo; lo dijo en el verso siguiente, y no encontré. Por tanto, no es una sentencia diferente, sino la misma repetida. Si reconsideramos esta sentencia, puede surgir alguna cuestión. ¿Acaso no se contristaron sus discípulos, cuando fue llevado a la pasión, cuando fue colgado en el madero, cuando murió? Tanto se contristaron, que aquella María Magdalena, que primero lo vio, se alegró al anunciar a los que lloraban lo que había visto (Juan XX, 18, y Marc. XVI, 9). El Evangelio dice estas cosas; no es nuestra presunción, no es nuestra sospecha: consta que se dolieron, consta que lloraron los discípulos. Mujeres extrañas lloraban, cuando era llevado a la pasión; a quienes volviéndose dijo: Llorad; pero vosotras, no lloréis por mí (Luc. XXIII, 28). ¿Cómo, entonces, esperó quien se contristara conmigo, y no hubo? Observamos, y encontramos tristes, y llorando, y lamentándose; por lo que nos parece maravillosa esta sentencia: Esperé quien se contristara conmigo, y no hubo; y consoladores, y no encontré. Prestemos más atención, y veremos que esperó quien se contristara con él, y no hubo. Pues se contristaban carnalmente por la vida mortal, que debía ser cambiada por la muerte, y restaurada por la resurrección: de ahí era aquella tristeza. Pues debía ser de aquellos que, ciegos, mataron al médico, que como febriles perniciosos frenéticos, hacían injuria a aquel de quien les había venido la salud. Él quería curar, ellos sañear: de ahí la tristeza del médico. Busca si encontró compañero de esta tristeza. Pues no dijo, esperé quien se contristara, y no hubo; sino, quien se contristara conmigo, esto es, por la misma causa que yo, se contristara, y no encontré. Ciertamente Pedro amó mucho, y se lanzó sin dudar a caminar sobre las olas, y a la voz del Señor fue liberado (Mat. XIV, 29, 31): y siguiéndolo llevado a la pasión, por audacia de amor, sin embargo turbado, lo negó tres veces. ¿De dónde, sino porque le parecía mal morir? Pues evitaba lo que consideraba malo. Por tanto, también en el Señor se dolía de lo que él mismo evitaba. Por eso había dicho antes, Lejos de ti, Señor; ten piedad de ti, no sucederá esto: cuando mereció oír, Satanás; después de haber oído, Bienaventurado eres, Simón Bar Jona (Id. XVI, 17, 22, 23). Por tanto, en la tristeza que tenía el Señor por aquellos por quienes oró, Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen, no encontró compañero. Y esperé quien se contristara conmigo, y no hubo. En verdad no hubo. Y consoladores, y no encontré. ¿Quiénes son los consoladores? Los que progresan. Pues ellos nos consuelan, ellos son consuelo para todos los predicadores de la verdad.

6. [vers. 22.] Y dieron en mi comida hiel, y en mi sed me dieron a beber vinagre. Se hizo literalmente, y el Evangelio nos lo indica. Pero debe entenderse, hermanos, que esto mismo de no encontrar consoladores, esto mismo de no encontrar quien se contristara conmigo, esto fue mi hiel, esto fue amargo para mí, esto fue vinagre: amargo por el dolor, vinagre por su vejez. Pues leemos que le ofrecieron hiel, como dice el Evangelio (Id. XXVII, 34); pero en bebida, no en comida. Sin embargo, así debe entenderse y cumplirse lo que aquí se había predicho, Dieron en mi comida hiel: y en este mismo hecho, no solo en esta palabra, debemos buscar el misterio, golpear los secretos, entrar en el velo del templo rasgado, ver allí el

sacramento, ya sea que se haya dicho así, o que se haya hecho así. Dieron, dice, en mi comida hiel. No lo que dieron era comida; pues era bebida: pero en la comida lo dieron; porque ya el Señor había tomado comida, y en ella se echó la hiel. Pero él había tomado comida suave, cuando comió la pascua con sus discípulos: allí mostró el sacramento de su cuerpo (Luc. XXII, 19). En esta comida tan suave, tan dulce de la unidad de Cristo, que el Apóstol recomienda, diciendo, Porque un pan, un cuerpo somos muchos (I Cor. X, 17); en esta comida suave, ¿quién es el que da hiel, sino los contradictores del Evangelio, como aquellos perseguidores de Cristo? Pues menos pecaron los judíos crucificando al que andaba en la tierra, que los que desprecian al que está sentado en el cielo. Por tanto, lo que hicieron los judíos, al dar a beber aquel amargo potaje sobre la comida que ya había tomado, lo hacen los que viviendo mal escandalizan a la Iglesia: lo hacen los herejes amargando; pero no se exalten en sí mismos (Sal. LXV, 7). Dan hiel sobre tan agradable comida. Pero ¿qué hace el Señor? No los admite en su cuerpo. En este sacramento el mismo Señor, cuando le ofrecieron hiel, la probó, y no quiso beber (Mat. XXVII, 34). Si no los soportáramos, ni siquiera los probaríamos: pero como es necesario soportarlos, es necesario probarlos. Pero como no pueden estar en los miembros de Cristo, pueden ser probados, no pueden ser recibidos en el cuerpo. Y dieron en mi comida hiel, y en mi sed me dieron a beber vinagre. Tenía sed, y recibí vinagre; esto es, deseaba su fe, y encontré su vejez.

7. [vers. 23, 24.] Sea su mesa delante de ellos en trampa. ¿Qué trampa me exhibieron, dándome tal bebida, tal trampa sea para ellos. ¿Por qué, entonces, delante de ellos? Bastaría, Sea su mesa en trampa. Hay tales que conocen su iniquidad, y en ella perseveran con gran obstinación: delante de ellos es su trampa. Son muy perniciosos aquellos que descienden al infierno vivos (Sal. LIV, 16). De hecho, ¿qué se dijo de los perseguidores? ¿No que si el Señor no hubiera estado con nosotros, tal vez nos habrían tragado vivos? (Sal. CXXIII, 2, 3). ¿Qué significa, vivos? Consintiendo con ellos, y sabiendo que no debíamos consentir con ellos. Por tanto, delante de ellos es su trampa, y no se corrigen. O porque delante de ellos está la trampa, ¿no caen? He aquí que conocen la trampa, y meten el pie, y someten el cuello para ser atrapados. Cuánto mejor sería apartarse de la trampa; reconocer el pecado, condenar el error, evitar la amargura, entrar en el cuerpo de Cristo, buscar la gloria del Señor. Pero tanto vale la presunción del ánimo, que aun delante de ellos es la trampa, y caen en ella. Sean oscurecidos sus ojos, para que no vean, sigue aquí; para que ya que vieron sin razón, les sea hecho también no ver. Sea, por tanto, su mesa delante de ellos en trampa. Delante de ellos sea en trampa, no es de quien lo desea, sino de quien lo profetiza; no para que sea, sino porque será. Esto lo hemos comentado a menudo, y debéis recordarlo, para que lo que la mente presagiosa dice en el Espíritu de Dios, no parezca maliciosamente imprecado. Sea, por tanto, para ellos, y en retribución, y en escándalo. ¿Y acaso esto es injusto? Es justo. ¿Por qué? Porque en retribución: pues no les sucedería algo que no se les debiera. En retribución es, y en escándalo, porque ellos mismos son su escándalo.

8. Sean oscurecidos sus ojos, para que no vean; y encorva siempre su espalda. Esto es consecuente. Pues aquellos cuyos ojos han sido oscurecidos, para que no vean, sigue que su espalda se encorve. ¿De dónde esto? Porque cuando cesan de conocer lo superior, es necesario que piensen en lo inferior. Quien bien oye, Arriba el corazón, no tiene la espalda encorvada. Pues erguido espera la esperanza reservada para él en el cielo; especialmente si envía su tesoro adelante, para que lo siga su corazón (Mat. VI, 21). Pero en verdad, quienes no entienden la esperanza de la vida futura ya cegados, piensan en lo inferior: y esto es tener la espalda encorvada; de esta enfermedad el Señor liberó a aquella mujer. Pues Satanás la había atado por dieciocho años; y la erguida, y porque lo hacía en sábado, los judíos se

escandalizaron: bien se escandalizaron de aquella erguida, ellos encorvados (Luc. XIII, 16). Y encorva siempre su espalda.

9. [vers. 25.] Derrama sobre ellos tu ira, y la indignación de tu ira los alcance. Son claras: pero sin embargo, los alcance, reconocemos como huyendo. ¿A dónde, sin embargo, huirán? ¿Al cielo? Tú estás allí. ¿Al infierno? Estás presente (Sal. CXXXVIII, 8). No quieren recibir sus alas, para volar en línea recta: Los alcance la indignación de tu ira; no les permita escapar.

10. [vers. 26.] Que su morada quede desierta. Esto ya es evidente. Así como su liberación no solo la recomendó de manera oculta diciendo, Atiende a mi alma y redímela; sino también de manera manifiesta según el cuerpo, añadiendo, Por mis enemigos líbrame: así también predice ciertas calamidades futuras ocultas, de las cuales hablaba poco antes. Pues, ¿quién entiende la infelicidad del hombre cuyo corazón ya está ciego? Si se le quitan los ojos del cuerpo, todos los hombres lo llaman desdichado; pero si pierde los ojos de la mente, aunque esté rodeado de toda abundancia de bienes, lo llaman feliz, pero quienes han perdido igualmente los ojos de la mente. Entonces, ¿qué es lo que ya está claro, para que todos vean que se ha hecho justicia en ellos? Pues la ceguera de los judíos es una venganza oculta: ¿y cuál es la manifiesta? Que su morada quede desierta, y en sus tiendas no haya quien habite. Esto ocurrió en la misma ciudad de Jerusalén, donde se creyeron poderosos al clamar contra el Hijo de Dios, ¡Crucifícalo, crucifícalo! (Juan XIX, 6); y prevalecieron, porque pudieron matar a quien resucitaba a los muertos. ¡Cuán poderosos, cuán grandes se creyeron! Después siguió la venganza del Señor; la ciudad fue conquistada, los judíos derrotados, y no sé cuántos miles de personas fueron asesinadas. Ahora ningún judío tiene permitido acercarse allí; donde pudieron clamar contra el Señor, allí no se les permite habitar por el Señor. Perdieron el lugar de su furia: ¡y ojalá al menos ahora reconozcan el lugar de su descanso! ¿De qué les sirvió a Caifás decir: Si dejamos a este así, vendrán los romanos y nos quitarán el lugar y la nación? (Juan XI, 48). He aquí que no lo dejaron vivo, y él vive; y vinieron los romanos y les quitaron el lugar y la nación. Acabamos de escuchar, cuando se leía el Evangelio: Jerusalén, Jerusalén, cuántas veces quise reunir a tus hijos, como la gallina a sus polluelos bajo sus alas; ¡y no quisiste! He aquí que vuestra casa os será dejada desierta (Mateo XXIII, 37 y 38). Esto también se dice aquí: Que su morada quede desierta, y en sus tiendas no haya quien habite. No haya quien habite, pero de entre ellos. Pues todos esos lugares están llenos de gente, pero vacíos de judíos.

11. [vers. 27.] ¿Por qué esto? Porque a quien tú heriste, ellos persiguieron, y sobre el dolor de mis heridas añadieron. ¿Qué, entonces, pecaron si persiguieron a quien Dios hirió? ¿Qué se les imputa a su ánimo? Maldad. Pues en Cristo se hizo lo que debía hacerse. Vino ciertamente a padecer, y castigó a quien lo hizo sufrir. Pues Judas el traidor fue castigado, y Cristo crucificado; pero nos redimió con su sangre, y castigó a aquel con su precio. Pues arrojó el precio de la plata por el cual el Señor fue vendido por él, y no reconoció el precio por el cual él mismo fue redimido por el Señor (Mateo XXVII, 5). Esto ocurrió en Judas. Pero cuando vemos que hay una cierta medida de retribución en todo, y que nadie puede ser permitido para enseñarse más allá de lo que ha recibido en poder; ¿cómo añadieron ellos, o cuál es esa herida del Señor? Sin duda habló desde la persona de aquel de quien tomó el cuerpo, de quien asumió la carne, es decir, del género humano, del mismo Adán que fue herido primero con la muerte por su pecado (Génesis III, 19). Los hombres mortales, pues, nacen aquí con pena: a esta pena añaden, quienesquiera que sean los hombres que persiguen. Pues ya el hombre aquí no moriría, si Dios no lo hubiera herido: ¿por qué, entonces, tú, hombre, te ensañas más? ¿No es suficiente para el hombre que alguna vez morirá? Cada uno de nosotros lleva su pena: a

esta pena quieren añadir quienes nos persiguen. Esta pena es la herida del Señor. Pues el Señor hirió al hombre con sentencia: El día que comáis de él, dijo, moriréis (Génesis II, 17). De esta muerte tomó carne, y nuestro viejo hombre fue crucificado con él (Romanos VI, 6). Desde su voz dijo esto: A quien tú heriste, ellos persiguieron, y sobre el dolor de mis heridas añadieron. ¿Sobre qué dolor de heridas? Sobre el dolor de los pecados ellos añadieron: pues llamó a sus pecados sus heridas. Pero no mires a la cabeza; atiende al cuerpo, según cuya voz se dijo en aquel salmo, en el cual mostró su voz, porque clamó su primer verso desde la cruz: Dios mío, Dios mío, mira en mí; ¿por qué me has abandonado? Allí siguió diciendo: Lejos de mi salvación las palabras de mis delitos (Salmo XXI, 2). Estas son las heridas infligidas por los ladrones en el camino, a aquel que levantó en su jumento: a quien el sacerdote y el levita, al pasar, encontraron y despreciaron, a quien no pudieron curar; pero el samaritano, al pasar, se compadeció de él; se acercó y lo levantó en su propio jumento (Lucas X, 30-34). Samaritano se interpreta en latín como Custodio: ¿quién es el custodio, sino nuestro Salvador Jesucristo? Quien, habiendo resucitado de entre los muertos, ya no muere (Romanos VI, 9), no duerme ni dormita el que guarda a Israel (Salmo CXX, 4). Y sobre el dolor de mis heridas añadieron.

12. [vers. 28.] Añade iniquidad sobre su iniquidad. ¿Qué es esto? ¿Quién no se espanta? Se dice a Dios: Añade iniquidad sobre su iniquidad. ¿De dónde añadirá Dios iniquidad? ¿Acaso tiene iniquidad que añadir? Pues sabemos que es verdad lo que se dijo por el apóstol Pablo: ¿Qué diremos, pues? ¿Hay injusticia en Dios? ¿De ninguna manera! (Romanos IX, 14). ¿De dónde, entonces, Añade iniquidad sobre su iniquidad? ¿Cómo lo entenderemos? Que el Señor esté presente para que lo digamos, y que por vuestra fatiga podamos decirlo brevemente. Su iniquidad era que mataron a un hombre justo: se añadió otra, porque crucificaron al Hijo de Dios. Su saña fue como contra un hombre: pero si hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de la gloria (I Corintios II, 8). Ellos, con su iniquidad, quisieron matar como a un hombre: se añadió iniquidad sobre su iniquidad, para que crucificaran al Hijo de Dios. ¿Quién añadió esta iniquidad? Aquel que dijo: Quizás reverenciarán a mi Hijo; lo enviaré (Mateo XXI, 37). Pues solían matar a los siervos enviados a ellos, cobradores del alquiler y del salario. Envió a su propio Hijo, para que también a él lo mataran. Añadió iniquidad sobre su iniquidad. ¿Y esto lo hizo Dios ensañándose, o más bien retribuyendo justamente? Que sea para ellos, dice, en retribución, y en escándalo. Merecían ser cegados así, para que no reconocieran al Hijo de Dios. Y esto lo hizo Dios, añadiendo iniquidad sobre su iniquidad; no hiriendo, sino no sanando. Pues, ¿cómo aumentas la fiebre, aumentas la enfermedad, no aplicando la enfermedad, sino no socorriendo? Así, porque fueron tales que no merecieron ser curados, en la misma maldad de algún modo progresaron, como se dijo, Pero los malos y los engañadores irán de mal en peor (II Timoteo III, 13); y se añadió iniquidad sobre su iniquidad. Y no entren en tu justicia. Esto es claro.

13. [vers. 29.] Sean borrados del libro de los vivientes. ¿Acaso alguna vez estuvieron escritos allí? Hermanos, no debemos entenderlo así, como si Dios escribiera a alguien en el libro de la vida y luego lo borrara. Si un hombre dijo, Lo que he escrito, he escrito, sobre el título donde estaba escrito, Rey de los judíos (Juan XIX, 22); ¿Dios escribe a alguien y lo borra? Ha sido cortado; predestinó a todos antes de la fundación del mundo para reinar con su Hijo en la vida eterna (Romanos VIII, 29). A estos los inscribió; ellos son los que contiene el libro de la vida. De hecho, en el Apocalipsis, ¿qué dice el Espíritu de Dios, cuando la misma Escritura hablaba de las tribulaciones futuras por el Anticristo? Consentirán a él, dice, todos los que no están escritos en el libro de la vida (Apocalipsis XIII, 8). Por tanto, sin duda no consentirán quienes están escritos. Entonces, ¿cómo son borrados de allí, donde nunca estuvieron escritos? Esto se dijo según su esperanza, porque ellos se creían escritos. ¿Qué significa, Sean

borrados del libro de la vida? Que les conste a ellos mismos que no están allí. De esta manera de hablar se dijo en otro salmo, Caerán a tu lado mil, y diez mil a tu diestra (Salmo XC, 7); es decir, muchos se escandalizarán, y de ese número que se creían sentarse contigo, y de ese número que se creían estar a tu derecha, separados de los cabritos a la izquierda (Mateo XXV, 33): no porque cuando alguien esté allí, después caerá, o cuando alguien se siente con él, será rechazado; sino porque muchos caerán en escándalo, quienes ya se creían estar allí; es decir, muchos que se creían sentarse contigo, muchos que se creían estar a tu derecha, ellos mismos caerán. Así, pues, también aquí aquellos que se creían, como por mérito de su justicia, escritos en el libro de Dios, a quienes se les dice, Escudriñad las Escrituras, en las que pensáis que tenéis vida eterna (Juan V, 39): cuando su condenación sea llevada incluso a su conocimiento, serán borrados del libro de los vivientes, es decir, reconocerán que no están allí. Pues el verso que sigue, explica lo que se dijo: Y con los justos no sean inscritos. Dije, pues, Sean borrados, según su esperanza; pero según tu equidad, ¿qué digo? No sean inscritos.

14. [vers. 30.] Pobre y doliente soy yo. ¿Por qué esto? ¿Acaso para que reconozcamos que por la amargura del alma maldice este pobre? Pues ha dicho muchas cosas que les sucedan a ellos. Y como si le dijéramos, ¿Por qué tales cosas? no digas tanto; responde: Pobre y doliente soy yo. Me llevaron a la indignancia, me llevaron a este dolor; por eso digo estas cosas. Sin embargo, no es el enojo de quien maldice, sino la predicción de quien profetiza. Pues de su pobreza y su dolor, algunas cosas que dice después, nos las recomendará, para que aprendamos a ser pobres y dolientes. Bienaventurados los pobres, porque de ellos es el reino de los cielos; y, Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados (Mateo V, 3, 5). Esto, pues, él mismo ya nos lo mostró; y por eso, Pobre y doliente soy yo. Todo su cuerpo lo dice. El cuerpo de Cristo en esta tierra es pobre y doliente. Pero que sean ricos los cristianos. Si son cristianos, son pobres; en comparación con las riquezas celestiales que esperan, todo su oro lo consideran arena. Pobre y doliente soy yo.

15. [vers. 31.] Y la salvación de tu rostro, Dios, me ha acogido. ¿Acaso este pobre ha sido abandonado? ¿Cuándo te dignas a acercar a tu mesa a un pobre harapiento? Sin embargo, a este pobre la salvación del rostro de Dios lo ha acogido; en su rostro ha escondido su indignancia. Pues de él se dijo: Los esconderás en el secreto de tu rostro (Salmo XXX, 21). Y en ese rostro, ¿qué riquezas hay, queréis saber? Estas riquezas te conceden esto, que lo que quieras, cuando quieras, comas; pero aquellas, que nunca tengas hambre. Pobre y doliente soy yo; y la salvación de tu rostro, Dios, me ha acogido. ¿Para qué? Para que ya no sea pobre, no sea doliente. Alabaré el nombre de Dios con cántico, lo magnificaré con alabanza. Ya se ha dicho; este pobre alaba el nombre de Dios con cántico, lo magnifica con alabanza. ¿Cuándo se atrevería a cantar, si no hubiera sido recreado del hambre? Alabaré el nombre de Dios con cántico, lo magnificaré con alabanza. ¡Grandes riquezas! ¡Qué gemas de la alabanza de Dios ha sacado de su tesoro interior! Lo magnificaré con alabanza. Estas son mis riquezas. El Señor dio, el Señor quitó. ¿Entonces quedó miserable? De ninguna manera. Mira las riquezas: Como al Señor le agradó, así se hizo; sea el nombre del Señor bendito (Job I, 21). Alabaré el nombre de Dios con cántico, lo magnificaré con alabanza.

16. [vers. 32.] Y agradará a Dios, esto que lo alabaré, agradará, más que un novillo joven, que produce cuernos y pezuñas. Más le agradará el sacrificio de alabanza, que el sacrificio de un novillo. El sacrificio de alabanza me glorificará; y allí está el camino en el que le mostraré la salvación de Dios. Ofrece a Dios sacrificio de alabanza, y paga al Altísimo tus votos (Salmo XLIX, 23, 14). Por tanto, alabaré a Dios; y le agradará más que un novillo joven, que produce cuernos y pezuñas. ¿Acaso algo de los cuernos y pezuñas de este novillo debe decirse? Quien está bien instruido, y opulento en la alabanza de Dios, también debe tener cuernos con los que

aventar al adversario, y pezuñas con las que excitar la tierra. Sabéis que esto hacen los novillos jóvenes, y creciendo en audacia taurina. Pues por eso es joven, por la vida nueva. Entonces, algún hereje tal vez contradice; que sea aventado con los cuernos. Otro no contradice, pero sin embargo piensa terrenalmente de manera abyecta; que sea excitado con las pezuñas. Por tanto, sobre este novillo te agradará mi alabanza; ya después de la pobreza y el dolor en la eterna sociedad de los ángeles, donde no habrá adversario que aventar en combate, ni perezoso que excitar de la tierra.

17. [vers. 33.] Vean los pobres, y se alegren. Crean, y se regocijen en esperanza. Sean más pobres, para que merezcan ser saciados; no sea que, al eructar la gordura de la soberbia, se niegue el pan con el que vivan saludablemente. Buscad al Señor, pobres; tened hambre y sed (Mateo V, 6): pues él es el pan vivo que descendió del cielo (Juan VI, 51). Buscad al Señor, y vivirá vuestra alma. Buscáis pan, para que viva vuestra carne; buscad al Señor, para que viva vuestra alma.

18. [vers. 34.] Porque el Señor ha escuchado a los pobres. Ha escuchado a los pobres; y no escucharía a los pobres, si no fueran pobres. ¿Quieres ser escuchado? Sé pobre: que el dolor clame de ti, no el fastidio. Porque el Señor ha escuchado a los pobres; y no ha despreciado a sus cautivos. Ofendido por los siervos, los hizo cautivos; pero clamando desde las cadenas no los despreció. ¿Cuáles son estas cadenas? La mortalidad, la corruptibilidad de la carne, son cadenas con las que estamos atados. ¿Y queréis conocer la gravedad de estas cadenas? De allí se dice: El cuerpo que se corrompe, agrava el alma (Sabiduría IX, 15). Cuando los hombres en el mundo quieren ser ricos, buscan harapos para estas cadenas. Pero que sean suficientes los harapos de las cadenas: busca solo lo suficiente para satisfacer la necesidad. Pero cuando buscas lo superfluo, deseas cargar tus cadenas. En tal custodia, al menos que solo queden las cadenas. Sea suficiente para el día su propio mal (Mateo VI, 34). De este mal clamamos a Dios: Porque el Señor ha escuchado a los pobres; y no ha despreciado a sus cautivos.

19. [vers. 35.] Alábenlo los cielos y la tierra, el mar y todo lo que se mueve en ellos. Las verdaderas riquezas de este pobre son estas, considerar la creación y alabar al Creador. Alábenlo los cielos y la tierra, el mar y todo lo que se mueve en ellos. Y solo esta creación alaba a Dios, cuando al ser considerada, se alaba a Dios.

20. [vers. 36, 37.] Escucha también otra cosa: Porque Dios salvará a Sion. Restaura su Iglesia: incorpora a las naciones fieles a su Unigénito; no defrauda a los creyentes en él del premio de su promesa. Porque Dios salvará a Sion: y se edificarán las ciudades de Judá. Estas son las Iglesias. Que nadie diga: ¿Cuándo será esto de que se edifiquen las ciudades de Judá? Oh, si quisieras reconocer la estructura, y ser una piedra viva, para que entres en ella. Y ahora se edifican las ciudades de Judá. Pues Judá se interpreta como Confesión. De la confesión de humildad se edifican las ciudades de Judá; para que queden fuera de ellas los soberbios, quienes se avergüenzan de confesar. Porque Dios salvará a Sion. ¿Qué Sion? Escucha en lo que sigue: Y la descendencia de sus siervos la poseerá; y los que aman su nombre habitarán en ella.

21. El salmo ha terminado; pero no dejemos estos dos versos: pues nos advierten algo, para que no desesperemos de entrar en esa estructura. La descendencia, dice, de sus siervos la poseerá. Entonces, ¿quiénes son ya la descendencia de sus siervos? Tal vez dices, los judíos nacidos de Abraham: pero nosotros que no somos nacidos de Abraham, ¿cómo tendremos esta ciudad? Pero no son la descendencia de Abraham aquellos judíos a quienes se les dijo: Si sois hijos de Abraham, haced las obras de Abraham (Juan VIII, 39). La descendencia, pues, de sus siervos, los imitadores de la fe de sus siervos la poseerán. De hecho, el último verso

explica el anterior. Como si turbado, no pienses que esto se dice de los judíos, Y la descendencia de sus siervos la poseerá, diciendo, Nosotros somos la descendencia de las naciones, que adoraron ídolos, y sirvieron a los demonios; ¿qué, entonces, debemos esperar en esta ciudad? inmediatamente añadió, para que presumas y esperes: Y los que aman su nombre, habitarán en ella. Esto es, pues, la descendencia de sus siervos, quienes aman su nombre. Pues porque sus siervos amaron su nombre; cualquiera que no ama su nombre, no se diga descendencia de sus siervos; y quienes aman su nombre, no se nieguen a sí mismos ser descendencia de sus siervos.

EN EL SALMO LXIX EXPLICACIÓN. SERMON.

1. [vers. 2.] Demos gracias al grano de trigo, porque quiso morir y multiplicarse (Juan XII, 25): demos gracias al único Hijo de Dios, nuestro Señor y Salvador Jesucristo, quien no despreció someterse a nuestra muerte, para hacernos dignos de su vida. He aquí quien era singular, hasta que pasara, como dijo en el salmo, Soy singular, hasta que pase (Salmo CXL, 10): porque así era un grano singular, que en sí tenía gran fecundidad de multitud; ¡en cuántos granos que imitan su pasión nos regocijamos, cuando celebramos los natalicios de los Mártires! Muchos, por tanto, son sus miembros, unidos bajo una sola cabeza, nuestro mismo Salvador, por el vínculo de la caridad y la paz, como dignamente saben, porque lo han escuchado muchas veces, son un solo hombre: y la voz de ellos, como de un solo hombre, se escucha a menudo en los Salmos; y así clama uno como si fueran todos, porque todos en uno son uno. Escuchemos, pues, que los mártires trabajaron, y entre grandes tempestades de odios en este mundo estuvieron en peligro; no tanto en el cuerpo, que alguna vez habrían de dejar, sino en la misma fe, para que no desfallecieran, y cediendo tal vez a los amargos dolores de las persecuciones, o al amor de esta vida, perdieran lo que Dios había prometido: quien no solo con palabra, sino también con ejemplo, había quitado todo temor; con palabra, diciendo, No temáis a los que matan el cuerpo; pero no pueden matar el alma (Mateo X, 28); con ejemplo, haciendo lo que con palabra mandó, para que no quisiera evitar las manos de los que lo golpeaban, ni las bofetadas de los que lo abofeteaban, ni las salivas de los que lo escupían, ni la corona de espinas que le imponían, ni la cruz de los que lo mataban: no quiso evitar nada de esto, a quien nada le era necesario, por aquellos a quienes esto era necesario; haciendo de sí mismo un medicamento para los enfermos. Trabajaron, pues, los mártires; y si no hubiera estado siempre presente aquel que dijo, He aquí yo estoy con vosotros hasta la consumación del siglo (Id. XXVIII, 20), ciertamente habrían desfallecido.

2. Es, por tanto, en este salmo la voz de los atribulados; y por ello ciertamente de los mártires en medio de las pasiones en peligro, pero confiando en su cabeza. Escuchémoslos, y hablemos con ellos desde el afecto del corazón, aunque no por la semejanza de la pasión. Ellos ya están coronados; nosotros aún estamos en peligro: no porque nos apremien tales persecuciones como a ellos los apremiaron; sino tal vez peores en todo tipo de tantos escándalos. Nuestros tiempos abundan más en aquel ¡Ay! que clamó el Señor: ¡Ay del mundo por los escándalos! (Id. XVIII, 7). Y porque abundó la iniquidad, se enfriará la caridad de muchos (Id. XXIV, 12). Pues tampoco aquel santo Lot, en Sodoma, sufría alguna persecución corporal de alguien, ni se le había dicho que no habitara allí; su persecución eran las malas acciones de los sodomitas (Gén. XIX). Ahora, pues, ya Cristo sentado en el cielo, ya glorificado, ya con los cuellos de los reyes sometidos a su yugo, y sus frentes puestas bajo su signo; ya no queda nadie que se atreva a insultar abiertamente a los cristianos, sin embargo, entre los instrumentos y los músicos gemimos; aún aquellos enemigos de los Mártires, porque no pueden con voces y hierro, los persiguen con su lujuria. Y ojalá solo lamentáramos a los paganos; sería algún consuelo esperar que aquellos que aún no están marcados con la cruz de

Cristo, cuando sean marcados, y cuando atados por su autoridad dejen de enfurecerse. Vemos incluso a quienes llevan en la frente su signo, llevar también en la misma frente la impudicia de sus lujurias, y en los días y solemnidades de los mártires no regocijarse, sino insultar. Y entre estas cosas gemimos, y esta es nuestra persecución, si hay en nosotros caridad que diga: ¿Quién se debilita, y yo no me debilito? ¿Quién se escandaliza, y yo no me quemó? (II Cor. XI, 29). Ningún siervo de Dios, por tanto, está sin persecución; y es verdad lo que dijo el Apóstol: Pero también todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo, sufrirán persecución (II Tim. III, 12). Verás de dónde, verás cómo; ese diablo es bifronte. Es león en el ímpetu, dragón en las insidias. Si el león amenaza, es enemigo; si el dragón acecha, es enemigo. ¿Cuándo estamos seguros? He aquí que todos sean cristianos, ¿acaso también el diablo será cristiano? Por tanto, no cesa de tentar; no cesa de acechar. Está frenado y atado en los corazones de los impíos, para que no se ensañe contra la Iglesia, y haga tanto como quiera. Rechinan los dientes de los impíos contra la dignidad de la Iglesia y la paz de los cristianos, y porque no tienen qué hacer con su furia; saltando, blasfemando, lujurando, no empujan los cuerpos de los cristianos, sino que desgarran las almas de los cristianos. Clamemos, pues, todos con una sola voz estas palabras: Dios, acude en mi ayuda. Porque necesitamos ayuda eterna en este mundo. ¿Cuándo no? Ahora, sin embargo, en la tribulación especialmente digamos: Dios, acude en mi ayuda.

3. [vers. 3.] Sean confundidos y avergonzados los que buscan mi alma. Cristo lo dice: ya sea que lo diga la cabeza, ya sea que lo diga el cuerpo; lo dice aquel que dijo: ¿Por qué me persigues? (Hechos IX, 4); lo dice aquel que dijo: Cuando lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis (Mateo XXV, 40). Es, por tanto, conocida la voz de este hombre, de todo el hombre, de la cabeza y del cuerpo: no necesita ser recomendada a menudo, porque es conocida. Sean confundidos, dice, y avergonzados los que buscan mi alma. En otro salmo dice: Miraba a la derecha, y veía, y no había quien me conociera: se perdió de mí la huida, y no hay quien busque mi alma (Salmo CXLI, 5). Allí dice de los perseguidores que no había quien buscara su alma; aquí, sin embargo: Sean confundidos, y avergonzados los que buscan mi alma. Se dolía de no ser buscado para ser imitado; gemía de ser buscado para ser oprimido. Buscas el alma del justo, cuando piensas en imitarlo; buscas el alma del justo, cuando piensas en matarlo. Porque de dos maneras se busca el alma del hombre justo, cada una expresada en un salmo. Allí se duele, porque no hay quien busque su alma para imitar sus pasiones; aquí, sin embargo: Sean confundidos y avergonzados los que buscan mi alma. Buscan su alma, no para tener dos. Pues no buscaban su alma, como el ladrón busca la túnica del viajero: para esto mata, para despojar, para tener. Pero quien persigue para matar, excluye el alma, no se viste a sí mismo. Buscan ellos mi alma; quieren matarme. ¿Qué deseas tú para ellos? Sean confundidos, y avergonzados. ¿Y dónde está lo que escuchaste de tu Señor: Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odian, y orad por los que os persiguen? (Mateo V, 44). He aquí que sufres persecución, y maldices a aquellos de quienes sufres: ¿cómo imitas las pasiones precedentes de tu Señor, colgado en la cruz, y diciendo: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen? (Lucas XXIII, 34). Responde el mártir a quienes dicen tales cosas, y dice: Me has propuesto al Señor diciendo, Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen; reconoce también mi voz, para que sea también la tuya. Pues, ¿qué he dicho de mis enemigos? Sean confundidos, y avergonzados. Ya se ha hecho tal venganza de los enemigos de los mártires. Aquel Saulo que persiguió a Esteban, fue confundido y avergonzado. Anhelaba matanzas, buscaba a quienes arrastrar y matar: escuchada la voz desde lo alto, Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? fue confundido y postrado, y erguido para obedecer quien estaba inflamado para perseguir (Hechos VII, 57, y IX, 1, 4, 6). Esto, pues, desean los mártires para sus enemigos: Sean confundidos, y avergonzados. Pues mientras no se confunden y avergüenzan, es necesario

que defiendan sus hechos; se ven gloriosos a sí mismos, porque detienen, porque atan, porque golpean, porque matan, porque saltan, porque insultan: de todos estos hechos alguna vez se confundan, y se avergüencen. Pues si se confunden, se convertirán; porque no pueden convertirse, si no se han confundido y avergonzado. Deseemos, pues, esto para nuestros enemigos; deseémoslo con seguridad. He aquí que he dicho, y lo diré con vosotros: todos los que aún saltan y cantan e insultan a los Mártires, sean confundidos, y avergonzados; alguna vez en estos muros golpeen confundidos sus pechos.

4. [vers. 4.] Vuélvanse atrás, y avergüencense los que piensan mal de mí. Primero fue el ímpetu de los perseguidores; ahora queda la malevolencia de los que piensan mal. Verdaderamente son tiempos de persecución en la Iglesia que se suceden. Hubo ímpetu en la Iglesia, cuando los reyes perseguían: y porque se había predicho que los reyes perseguirían y creerían, cumplido uno, ciertamente el otro seguiría. Se hizo también lo que era consecuente; los reyes creyeron, se dio paz a la Iglesia, comenzó a estar en la cumbre de la dignidad la Iglesia, incluso en esta tierra, incluso en esta vida: pero no falta el murmullo de los perseguidores; sus ímpetus se han convertido en pensamientos. En esos pensamientos, como en un abismo, está atado el diablo; murmura, y no estalla. Pues se dijo de estos tiempos de la Iglesia: El pecador verá, y se enojará. ¿Y qué hará? ¿Acaso lo que antes? Atrapa, ata, golpea. No hace esto. ¿Qué, pues? Rechinará sus dientes, y se consumirá (Salmo CXI, 10). Y a estos, como si se enojara el mártir; y sin embargo, por estos ora el mártir. Pues así como deseó bien a aquellos de quienes dijo, Sean confundidos, y avergonzados los que buscan mi alma; así también ahora, Vuélvanse atrás, y avergüencense los que piensan mal de mí. ¿Por qué? Para que no precedan, sino que sigan. Pues quien reprueba la religión cristiana, y quiere vivir según su propio consejo, como si quisiera preceder a Cristo; para que él, por así decirlo, haya errado, y haya sido débil e impotente, quien haya querido sufrir entre las manos de los judíos, o haya podido: él, sin embargo, se considera a sí mismo prudente, evitando todas estas cosas, declinando la muerte, mintiendo incluso inicuaamente para no morir, matando su alma para vivir en el cuerpo, se considera a sí mismo de gran consejo y prudente. Precede reprendiéndolo a Cristo; como si antecediera a Cristo: crea en Cristo, y siga a Cristo. Pues lo que se deseó ahora a los perseguidores que piensan mal, esto mismo dijo el Señor a Pedro. Pues en cierto lugar Pedro quiso preceder al Señor. Hablaba el Salvador de su pasión, que si no la hubiera asumido, no seríamos salvos; y Pedro, que poco antes lo había confesado como Hijo de Dios, y en esa confesión había sido llamado Piedra, sobre la cual se edificaría la Iglesia, poco después, cuando el Señor hablaba de su futura pasión, dijo: ¡Lejos de ti, Señor; ten piedad de ti, no sucederá esto! Poco antes, Bienaventurado eres, Simón Bar Jona, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos: ahora de repente, ¡Vete detrás de mí, Satanás! ¿Qué es, Vete detrás de mí? Sígueme. Quieres precederme, quieres darme consejo; es mejor que sigas mi consejo: esto es, Vete atrás, vete detrás de mí. Reprime al que precede, para que vuelva atrás; y lo llama Satanás, porque quiere preceder al Señor. Poco antes, Bienaventurado: ahora, Satanás. ¿Por qué poco antes, Bienaventurado? Porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos. ¿Por qué ahora, Satanás? Porque no piensas en las cosas de Dios, sino en las de los hombres (Mateo XVI, 16-23). Quienes, pues, queremos celebrar rectamente los natalicios de los mártires, deseemos la imitación de los mártires; no queramos preceder a los mártires, y parecernos de mejor consejo, porque evitamos las pasiones por la justicia y por la fe, que ellos no evitaron. Por tanto, aquellos que piensan mal, y en la lujuria nutren sus corazones, vuélvanse atrás, y avergüencense. Escuchen después al Apóstol diciendo: ¿Qué fruto teníais entonces en aquellas cosas de las cuales ahora os avergonzáis? (Rom. VI, 21).

5. ¿Qué sigue? Vuélvase de inmediato avergonzados los que me dicen: ¡Bien, bien! Hay dos tipos de perseguidores; los que vituperan, y los que adulan. Más persigue la lengua del adulator, que la mano del asesino; pues incluso a esta la Escritura llama horno. Ciertamente cuando la Escritura hablaba de persecución, decía: Como oro en el horno los probó, de los mártires muertos, y como holocausto los aceptó (Sab. III, 6). Escucha que también la lengua de los aduladores es tal: La prueba, dice, del oro y de la plata es el fuego; pero el hombre es probado por la boca de los que lo alaban (Prov. XXVII, 21). Aquel fuego, y este fuego; de ambos debes salir salvo. Te rompió el detractor, fuiste quebrado en el horno como vasija de barro. Te formó la palabra, y vino la tentación de la tribulación: aquello que fue formado, debe ser cocido; si fue bien formado, se acerca el fuego para fortalecerlo. Por eso decía aquel en la pasión: Se secó como un tiesto mi fuerza (Salmo XXI, 16). La pasión y el horno de la tribulación lo habían hecho más fuerte. Nuevamente, si eres alabado por los aduladores y los que asienten, y les das tu aprobación, como comprando aceite, no llevándolo contigo, como las cinco vírgenes insensatas (Mateo XXV, 3); será horno de tu fractura también la boca de los que te alaban. Pero sin estos no podemos; es necesario que entremos en estas cosas, y salgamos de ellas: entremos en alguna vituperación de los malos e impíos, entremos también en alguna adulación de los aduladores; pero es necesario salir de allí. Roguemos a aquel de quien se dijo, El Señor guardará tu entrada y tu salida (Salmo CXX, 8); para que entrando íntegro, así salgas íntegro. Pues también dice el Apóstol: Fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más allá de lo que podéis. He aquí tienes la entrada. No dijo, No seréis tentados: pues quien no es tentado no es probado; y quien no es probado, no progresa. ¿Qué, pues, deseó? Fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más allá de lo que podéis. Has escuchado la entrada; escucha también la salida: Sino que hará con la tentación también la salida, para que podáis soportar (I Cor. X, 13). Por tanto, también aquellos vuélvase de inmediato avergonzados los que me dicen: ¡Bien, bien! ¿Por qué me alaban? Alaben a Dios. Pues, ¿quién soy yo, para ser alabado en mí? ¿O qué he hecho yo? ¿Qué tengo que no haya recibido? Si recibiste, dice, ¿por qué te glorías como si no hubieras recibido? (Id. IV, 7). Vuélvase, pues, de inmediato avergonzados los que me dicen: ¡Bien, bien! Con tal aceite se hizo gordo el rostro de los herejes (Salmo CXL, 5), cuando dicen, Yo soy, yo soy, y se les dice: Tú, Señor. Recibieron ¡Bien, bien!; siguieron ¡Bien, bien!: se hicieron guías ciegos de ciegos que los seguían (Mateo XV, 14). Con voces clarísimas se cantan estas cosas a Donato: ¡Bien, bien, buen guía, guía ilustre! Y no dijo él, Vuélvase de inmediato, y avergüencense los que me dicen: ¡Bien, bien!; ni quiso corregirlos, para que dijeran a Cristo: Buen guía, guía ilustre. Pero el Apóstol, temiendo el ¡Bien! de los hombres, para ser verdaderamente alabado en Cristo, no quiso ser alabado por Cristo; y a algunos que decían, Yo soy de Pablo, respondió en la libertad del Señor, ¿Acaso fue Pablo crucificado por vosotros? ¿O en el nombre de Pablo fuisteis bautizados? (I Cor. I, 12, 13). Por tanto, digan los mártires en la persecución incluso de los aduladores, Vuélvase de inmediato avergonzados los que me dicen: ¡Bien, bien!

6. [vers. 5.] ¿Y qué sucede cuando ellos se apartan y se avergüenzan todos; ya sea quienes buscan mi alma, ya sea quienes piensan mal de mí, ya sea quienes con benevolencia perversa y simulada, con la lengua quieren suavizar lo que hieren; cuando ellos también se apartan y se confunden, ¿qué sucederá? Alégrense y regocíjense en ti: no en mí, no en aquel, o en aquel; sino en quien fueron hechos luz quienes fueron tinieblas. Alégrense y regocíjense en ti, todos los que te buscan. Es una cosa buscar a Dios, otra cosa buscar al hombre. Alégrense quienes te buscan. No se alegrarán, por tanto, quienes se buscan a sí mismos, a quienes tú buscaste primero antes de que te buscaran. Aún no buscaba aquella oveja al pastor; se había extraviado del rebaño: y él descendió hacia ella; la buscó, la llevó de regreso en sus hombros

(Luc. XV, 4, 5). ¿Te despreciará a ti, oh oveja, quien te busca, quien primero te buscó cuando lo despreciabas y no lo buscabas? Comienza, pues, a buscarlo a él, quien primero te buscó y te llevó de regreso en sus hombros. Haz lo que dice: Mis ovejas oyen mi voz y me siguen (Juan X, 3). Si, por tanto, lo buscas a él, quien primero te buscó, y te has hecho su oveja, y escuchas la voz de tu pastor, y lo sigues; mira lo que te muestra de sí mismo, lo que de su cuerpo, para que no te equivoques en él, para que no te equivoques en la Iglesia, para que nadie te diga: Cristo es, quien no es Cristo; o Iglesia es, la que no es Iglesia. Muchos han dicho que Cristo no tuvo carne, y que Cristo no resucitó en su cuerpo: no sigas sus voces. Escucha la voz del mismo pastor, quien se revistió de carne, para buscar la carne perdida. Resucitó, y dijo: Palpad y ved, porque un espíritu no tiene carne y huesos, como veis que yo tengo. Se te mostró; sigue su voz. También mostró la Iglesia; para que nadie te engañe con el nombre de Iglesia: Era necesario, dice, que Cristo padeciera, y resucitara de entre los muertos al tercer día, y se predicara en su nombre el arrepentimiento y la remisión de los pecados a todas las naciones, comenzando desde Jerusalén (Luc. XXIV, 39, 46, 47). Tienes la voz de tu pastor; no sigas la voz de extraños (Juan X, 5): y no temerás al ladrón, si has seguido la voz del pastor. ¿De dónde lo seguirás? Si no dices a ningún hombre, como si fuera por su mérito, ¡Bien, bien!; ni escuchas con gratitud, para que no se engrase tu cabeza con el aceite del pecador (Sal. CXL, 5). Alégrese y regocíjense en ti, todos los que te buscan; y digan. ¿Qué digan quienes se alegran? Sea siempre engrandecido el Señor. Digan esto todos los que se alegran y te buscan. ¿Qué? Sea siempre engrandecido el Señor, quienes aman tu salvación. No solo engrandecido el Señor, sino también siempre. He aquí que errabas, y estabas apartado de él: te llamó; sea engrandecido el Señor. He aquí que te inspiró la confesión de los pecados: confesaste, te perdonó; sea engrandecido el Señor. Ya comenzaste a vivir justamente; ya creo que es justo que también tú seas engrandecido. Pues cuando te llamaba errante, debía ser engrandecido el Señor; cuando te perdonó los pecados al confesarte, debía ser engrandecido el Señor: ahora ya escuchando sus palabras comenzaste a progresar, fuiste justificado, llegaste a cierta excelencia de virtud; es digno que también tú alguna vez seas engrandecido. Digan: Sea siempre engrandecido el Señor. Eres pecador; sea engrandecido para que te llame: confiesas; sea engrandecido para que perdone: ya vives justamente; sea engrandecido para que te guíe: perseveras hasta el fin; sea engrandecido para que te glorifique. Siempre, por tanto, sea engrandecido el Señor. Esto digan los justos; esto digan quienes lo buscan. Quien no dice esto, no lo busca. He aquí, sea engrandecido el Señor. Alégrese y regocíjense todos los que lo buscan; y digan, Sea siempre engrandecido el Señor, quienes aman su salvación. Porque de él es para ellos la salvación, no de sí mismos. La salvación del Señor nuestro Dios, nuestro Salvador el Señor Jesucristo: quien ama al Salvador, confiesa que ha sido sanado; quien confiesa que ha sido sanado, confiesa que fue enfermo. Digan, por tanto, Sea siempre engrandecido el Señor, quienes aman tu salvación: no su salvación, como si se salvaran a sí mismos; no como si fuera la salvación de un hombre, como si fueran salvados por él. No confíen, dice, en príncipes, ni en hijos de hombres, en quienes no hay salvación (Sal. CXLV, 2, 3). ¿Por qué esto? Del Señor es la salvación, y sobre tu pueblo tu bendición (Sal. III, 9). Por tanto, Sea siempre engrandecido el Señor. ¿Quiénes dicen esto? Quienes aman tu salvación.

7. [vers. 6.] He aquí, sea engrandecido el Señor; ¿nunca tú, en ninguna parte tú? En él algo, en mí nada: si en él todo lo que soy; él, no yo. ¿Tú, entonces, qué? Yo, en verdad, soy necesitado y pobre. Él rico, él abundante, él sin necesidad de nada. He aquí mi luz, he aquí de dónde soy iluminado; porque clamo: Tú iluminarás mi lámpara, Señor; mi Dios, iluminarás mis tinieblas (Sal. XVII, 29). El Señor libera a los encadenados; el Señor levanta a los caídos; el Señor hace ciegos a los sabios; el Señor guarda a los prosélitos (Sal. CXLV, 7). ¿Qué, entonces, tú? Yo, en verdad, soy necesitado y pobre. Yo como un huérfano; mi alma como

una viuda desamparada y desolada: busco ayuda; siempre confieso mi debilidad. Yo, en verdad, soy necesitado y pobre. Me han sido perdonados los pecados; ya comencé a seguir los mandamientos de Dios: sin embargo, aún necesitado y pobre. ¿Por qué aún necesitado y pobre? Porque veo otra ley en mis miembros que lucha contra la ley de mi mente (Rom. VII, 23). ¿Por qué necesitado y pobre? Porque, Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia (Mat. V, 6). Aún tengo hambre, aún tengo sed: mi saciedad ha sido diferida; no eliminada. Yo, en verdad, soy necesitado y pobre; Dios, ayúdame. ¿De dónde comenzó, Dios, acude en mi ayuda; Dios, ayúdame. Muy acertadamente se dice que Lázaro significa Ayudado; aquel necesitado y pobre, que fue llevado al seno de Abraham (Luc. XVI, 22): y lleva el tipo de la Iglesia de Dios, que siempre debe confesar que necesita ayuda. Esto es verdadero, esto es piadoso. Dije al Señor: Tú eres mi Dios. ¿Por qué? Porque no necesitas de mis bienes (Sal. XV, 2). Él no necesita de nosotros; nosotros necesitamos de él: por eso es verdadero Señor. Pues tú no eres muy verdadero señor de tu siervo; ambos hombres, ambos necesitados de Dios. Si piensas que necesitas de tu siervo, para darle pan; también necesitas de tu siervo, para que ayude en tus labores: cada uno de ustedes necesita del otro. Por tanto, ninguno de ustedes es verdaderamente señor, y ninguno de ustedes es verdaderamente siervo. Escucha al verdadero Señor, de quien eres verdadero siervo: Dije al Señor: Tú eres mi Dios. ¿Por qué tú Señor? Porque no necesitas de mis bienes. ¿Y tú qué? Yo, en verdad, soy necesitado y pobre. He aquí necesitado y pobre; que Dios alimente, que Dios levante, que Dios ayude: Dios, dice, ayúdame.

8. Tú eres mi ayuda y mi libertador, Señor; no tardes. Tú ayuda y libertador: necesito ayuda, ayúdame; estoy atrapado, libérame. Pues nadie me liberará de las ataduras, sino tú. Nos rodean los lazos de diversas preocupaciones; de aquí y de allá somos desgarrados como por espinas y zarzas, caminamos por el camino angosto; tal vez nos hemos quedado atrapados en las zarzas: digamos a Dios, Tú eres mi libertador. Quien mostró el camino angosto (Mat. VII, 14), hizo que lo siguiéramos. Esta voz permanezca en nosotros, hermanos. Por mucho que vivamos aquí, por mucho que progreseemos aquí, nadie diga: Me basta; soy justo. Quien diga esto, se ha quedado en el camino, no sabe llegar. Donde diga, Me basta; allí se ha quedado. Atiende al Apóstol, a quien no le basta; mira cómo quiere ser ayudado, hasta que llegue: Hermanos, dice, yo no me considero haberlo alcanzado; para que no les pareciera a ellos que lo habían alcanzado, a quienes nuevamente dice, Quien se cree saber algo, aún no sabe como debe saber (I Cor. VIII, 2). ¿Qué dice entonces? Hermanos, yo no me considero haberlo alcanzado. Antes había dicho, No que ya lo haya recibido, o que ya sea perfecto; y allí sigue, Hermanos, yo no me considero haberlo alcanzado. Si aún no lo ha recibido, es necesitado y pobre; si aún no es perfecto, es necesitado y pobre. Bien dice: Dios, ayúdame. Pero entiende algo, y entiende algo más elevado. Mira, sin embargo, lo que dice: A aquel que puede hacer sobre todas las cosas abundantemente más de lo que pedimos y entendemos (Efes. III, 20). Mira, por tanto, que aún no ha llegado, aún no ha alcanzado. ¿Qué dice entonces? Hermanos, yo no me considero haberlo alcanzado: pero una cosa hago, olvidando lo que queda atrás, extendiéndome hacia lo que está adelante, según la intención sigo hacia la meta del supremo llamamiento (Filip. III, 12-14). Él, por tanto, corre, tú te has quedado. Él dice que aún no es perfecto; y tú ya te glorías de la perfección. Que se confundan quienes te dicen: ¡Bien, bien! Confúndete entre ellos también tú, porque tú te dices: ¡Bien, bien! Pues quien se alaba a sí mismo, se dice: ¡Bien, bien!; quien es alabado por otros y consiente, no lleva aceite consigo; se apagan las lámparas, cerrará él la puerta (Mat. XXV, 3, 10).

9. Esto, por tanto, nos enseñó brevemente este salmo, amadísimos, a partir de la advertencia de la solemnidad de los mártires, para que entendamos que los mártires sufrieron aquí tribulación corporal: nosotros, en cualquier paz que estemos, es necesario que suframos

tribulación espiritual; y es necesario que entre escándalos, y cizañas, y paja, gima la Iglesia y esa masa, hasta que llegue la cosecha, hasta que llegue el aventador, hasta que llegue la última ventilación, para que se separe la paja del trigo, hasta que se recoja en el granero (Id. XIII, 30, y III, 12). Hasta que esto suceda, clamemos: Yo, en verdad, soy necesitado y pobre; Dios, ayúdame: tú eres mi ayuda, Señor; no tardes. ¿Qué significa, No tardes? Porque muchos dicen: Es largo que venga Cristo. ¿Qué, entonces, porque decimos, No tardes? ¿Vendrá antes de lo que ha decidido venir? ¿Qué significa este deseo, No tardes? Que no me parezca tardío lo que has de venir. Pues a ti te parece largo; no a Dios le parece largo, para quien mil años son un día, o tres horas de vigilia (Sal. LXXXIX, 4). Pero si no tienes tolerancia, te parecerá tardío: y cuando te parezca tardío, te apartarás de él, y serás semejante a aquellos que en el desierto se fatigaron, y se apresuraron a pedir a Dios delicias, que les reservaba en la patria; y cuando no se les dieron delicias en el camino, con las que tal vez se corromperían, murmuraron contra Dios, y regresaron de corazón a Egipto (Éxodo XVI, 2, y Hechos VII, 39); de donde habían sido separados corporalmente, regresaron de corazón. No hagas tú así; no hagas así: teme la palabra del Señor que dice, Recordad a la mujer de Lot (Luc. XVII, 32). Y ella en el camino, ya liberada de Sodoma, miró hacia atrás; donde miró, allí se quedó: se convirtió en estatua de sal (Gén. XIX, 29), para que te condimente. Pues te fue dada como ejemplo, para que tengas corazón, no permanezcas necio en el camino. Atiende a quien se queda, y pasa; atiende a quien mira hacia atrás, y tú extiéndete hacia adelante, como Pablo. ¿Qué significa no mirar hacia atrás? Olvidando lo que queda atrás, dice. Por eso sigues llamado a la suprema meta de la que después te gloriarás. Porque el mismo Apóstol dice: Me queda la corona de justicia, que me dará el Señor en aquel día, justo juez (II Tim. IV, 8).

EN EL SALMO LXX COMENTARIO.

SERMON I. Sobre la primera parte del Salmo.

1. En todas las Escrituras sagradas, la gracia de Dios que nos libera se nos recomienda, para que nos tenga recomendados. Esto se canta en este salmo, del cual hemos asumido hablar con Vuestra Caridad. El Señor estará presente, para que así la conciba en el corazón, como es digno; y así la exprese, como os conviene. Pues mucho mueve el amor y el temor de Dios: el temor de Dios, porque es justo; el amor, porque es misericordioso. ¿Quién le diría, Qué has hecho (Sab. XII, 12), si condenara al injusto? ¿Cuánta, por tanto, es su misericordia, para justificar al injusto? De esto se nos ha leído y hemos escuchado al Apóstol recomendando principalmente esa misma gracia: por cuya recomendación tenía enemigos judíos, como presumiendo de la letra de la Ley, y como amando y jactándose de su propia justicia; de quienes dice: Doy testimonio de ellos, que tienen celo de Dios, pero no según conocimiento. Y como si se le dijera, ¿Qué es tener celo de Dios no según conocimiento? añadió inmediatamente, Ignorando la justicia de Dios, y queriendo establecer la suya propia, no se han sometido a la justicia de Dios (Rom. X, 2, 3). Gloriándose, dice, como de obras, excluyen de sí la gracia; y como presumiendo de su falsa salud, rechazan la medicina. Pues contra tales también el Señor había dicho: No he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento; no necesitan médico los sanos, sino los enfermos (Mat. IX, 13, 12). Esta es, por tanto, toda la gran ciencia, que el hombre sepa que él por sí mismo no es nada; y que lo que sea, es de Dios, y para Dios es. Pues ¿qué tienes, dice, que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido? (I Cor. IV, 7). Esta gracia recomienda el Apóstol; de aquí mereció tener enemigos judíos, gloriándose de la letra de la Ley y de su justicia. Esta, por tanto, recomienda Dios en este salmo; miremos a él, y veamos si es así, o tal vez yo sospecho de otra manera. Pues creo que tiene este afecto, y que resuena con casi todas sus sílabas: es decir, que nos recomienda la gracia gratuita de Dios, que nos

libera indignos, no por nosotros, sino por él; para que incluso si no dijera esto, ni lo hubiera preanunciado, cualquier hombre de corazón mediano, escuchando atentamente las palabras de este mismo salmo, sabría esto; y tal vez por las mismas palabras, si tenía otra cosa en el corazón, se cambiaría, y se haría lo que aquí suena. ¿Qué es esto? Que toda nuestra esperanza esté en Dios, y no presumamos de nosotros mismos como de nuestras propias fuerzas; para que haciendo nuestro lo que es de él, y lo que hemos recibido, no lo perdamos.

2. [vers. 1.] El título de este salmo, como suele ser, indica en el umbral lo que se tratará en la casa: A David, de los hijos de Jonadab, y de aquellos que fueron llevados cautivos primero. Jonadab fue un hombre mencionado en la profecía de Jeremías, quien había ordenado a sus hijos que no bebieran vino y que vivieran en tiendas, no en casas. Los hijos obedecieron y guardaron el mandato de su padre, y por ello merecieron ser bendecidos por el Señor (Jeremías 35, 6-10). Sin embargo, el Señor no había dado este mandato, sino su padre. Ellos lo aceptaron como si fuera un mandato del Señor su Dios, porque aunque el Señor no había ordenado que no bebieran vino ni vivieran en tiendas, sí había ordenado que los hijos obedecieran a su padre. En esa única cosa el hijo no debe obedecer a su padre, si el padre le ordena algo contra el Señor su Dios. Pues el padre no debe enojarse cuando Dios es puesto por encima de él. Pero cuando el padre ordena algo que no es contra Dios, debe ser escuchado como si fuera Dios, porque Dios ha mandado obedecer al padre. Dios bendijo a los hijos de Jonadab por su obediencia, y los puso como ejemplo al pueblo desobediente, reprochándoles que mientras los hijos de Jonadab obedecían a su padre, ellos no obedecían a su Dios. Cuando Jeremías hacía estas cosas, lo hacía con el pueblo de Israel, para que se prepararan para ser llevados cautivos a Babilonia y no resistieran la voluntad de Dios, ni esperaran otra cosa que ser cautivos. Por eso parece que el título de este salmo está relacionado, al decir "de los hijos de Jonadab", y añadir "y de aquellos que fueron llevados cautivos primero": no porque los hijos de Jonadab fueran llevados cautivos, sino porque fueron puestos como ejemplo a aquellos que serían llevados cautivos, ya que obedecían a su padre; para que entendieran que serían hechos cautivos porque no obedecieron a Dios. Además, Jonadab se interpreta como "Voluntario del Señor". ¿Qué significa esto, "Voluntario del Señor"? Servir a Dios con voluntad libre. ¿Qué significa "Voluntario del Señor"? "En mí están, Dios, tus votos, que pagaré en alabanzas a ti" (Salmo 55, 12). ¿Qué significa "Voluntario del Señor"? "Voluntariamente te sacrificaré" (Salmo 54, 8). Pues si la disciplina apostólica aconseja al siervo que sirva a su amo humano no por obligación, sino por voluntad, y sirviendo de buena gana se haga libre en su corazón, cuánto más se debe servir a Dios con toda, plena y libre voluntad, quien ve tu misma voluntad. Pues si el siervo no te sirve de corazón, puedes ver sus manos, su rostro, su presencia; pero no puedes ver su corazón: y sin embargo, el Apóstol les dice, "No sirviendo al ojo". ¿Y qué significa "No sirviendo al ojo"? ¿Qué, entonces, mi señor verá cómo le sirvo, para que me digas: "No sirviendo al ojo"? Añadió: "Sino como siervos de Cristo". El señor humano no ve; pero el Señor Cristo ve. "De corazón, con buena voluntad" (Efesios 6, 6-7). Así fue Jonadab; es decir, este es el significado de su nombre. ¿Quiénes son, entonces, los que fueron llevados cautivos primero? Los hijos de Israel fueron llevados cautivos primero, segundo y tercero; pero el Salmo no suena así por ellos, o sobre ellos, que fueron llevados primero: el mismo salmo, examinado, investigado, interrogado en todos sus versos, te dice otra cosa, no habla de aquellos que, no sé quiénes, no sé cuándo, fueron llevados cautivos a Babilonia desde Jerusalén por enemigos invasores. Pero el Salmo dice, ¿qué, sino lo que escuchaste del Apóstol? Nos encomienda la gracia de Dios; nos encomienda que por nosotros mismos no somos nada: nos encomienda que lo que sea que somos, somos por su misericordia; pero lo que somos por nosotros mismos, somos malos. ¿Por qué, entonces, cautivos? ¿Y por qué se

encomienda la gracia del libertador con el nombre de cautividad? Lo revela, el mismo Apóstol dice: "Me deleito en la ley de Dios según el hombre interior; pero veo otra ley en mis miembros que lucha contra la ley de mi mente, y me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros". Ahí tienes a alguien llevado cautivo. ¿Qué, entonces, encomienda este salmo? Lo que sigue allí el Apóstol: "¡Miserable de mí! ¿Quién me libraré de este cuerpo de muerte? La gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor" (Romanos 7, 22-25). ¿Por qué, entonces, primero? Pues se ha dicho por qué cautivos. Creo que esto también es claro. Porque en comparación con los hijos de Jonadab, toda desobediencia es culpada. Por la desobediencia fuimos hechos cautivos, porque el mismo Adán pecó al no obedecer. Y se ha dicho por el mismo Apóstol, lo cual es verdad, que "todos mueren en Adán, en quien todos pecaron" (Romanos 5, 12). Con razón "fueron llevados cautivos primero": porque "el primer hombre es de la tierra, terrenal; el segundo hombre es del cielo, celestial; como el terrenal, tales también los terrenales; como el celestial, tales también los celestiales. Así como llevamos la imagen del terrenal, llevemos también la imagen de aquel que es del cielo". El primer hombre nos hizo cautivos; el segundo hombre nos liberó de la cautividad. Pues así como en Adán todos mueren, así también en Cristo todos serán vivificados (1 Corintios 15, 47-49, 22). Pero en Adán mueren por el nacimiento de la carne; en Cristo son liberados por la fe del corazón. No estaba en tu poder no nacer de Adán; está en tu poder creer en Cristo. Por tanto, cuanto más quieras pertenecer al primer hombre, pertenecerás a la cautividad. ¿Y qué significa, querer pertenecer? ¿O qué significa, pertenecerás? Ya perteneces: exclama, "¿Quién me libraré de este cuerpo de muerte?" (Romanos 7, 24). Escuchemos, entonces, a este que clama esto.

3. Dios, en ti he confiado; Señor, no seré confundido eternamente. Ya estoy confundido; ¡o al menos no eternamente! Pues, ¿cómo no está confundido aquel a quien se le dice: "¿Qué fruto teníais en aquellas cosas de las cuales ahora os avergonzáis?" (Romanos 6, 21). ¿Qué se hará, entonces, para que no seamos confundidos eternamente? "Acercaos a él, y seréis iluminados, y vuestros rostros no se avergonzarán" (Salmo 34, 6). Fuisteis confundidos en Adán: apartaos de Adán, acercaos a Cristo, y ya no seréis confundidos. En ti he confiado, Señor; no seré confundido eternamente. Si en mí me confundo, en ti no seré confundido eternamente.

4. [vers. 2.] En tu justicia líbrame, y rescátame. No en la mía, sino en la tuya; pues si en la mía, seré de aquellos de quienes él dice: "Ignorando la justicia de Dios, y procurando establecer la suya propia, no se han sujetado a la justicia de Dios" (Romanos 10, 3). Por tanto, en tu justicia, no en la mía. Porque, ¿qué es la mía? La iniquidad la precedió. Y cuando sea justo, será por tu justicia: porque seré justo por la justicia dada por ti; y así será mía, como será tuya, es decir, dada por ti a mí. Pues creo en aquel que justifica al impío, para que mi fe sea contada por justicia (Romanos 4, 5). Así será mi justicia; pero no como propia mía, no como dada por mí mismo: como pensaban aquellos que se gloriaban en la letra y rechazaban la gracia. Pues se ha dicho en otro lugar: "Júzgame, Señor, según mi justicia" (Salmo 7, 9). Ciertamente no se gloriaba en su justicia. Pero recuerda al Apóstol: "¿Qué tienes que no hayas recibido?" (1 Corintios 4, 7); y así di tu justicia, recordando que la has recibido, y no la envidies a quienes la reciben. Pues aquel fariseo, como si lo hubiera recibido de Dios, decía: "Te doy gracias porque no soy como los demás hombres. Te doy gracias": bien. "Porque no soy como los demás hombres": ¿por qué? ¿Te agrada ser bueno porque otro es malo? Finalmente, ¿qué añadió? "Injustos, ladrones, adúlteros, como este publicano". Esto ya no es exultar, sino insultar. Pero aquel cautivo ni siquiera se atrevía a levantar los ojos al cielo; sino que se golpeaba el pecho, diciendo: "Dios, sé propicio a mí, pecador" (Lucas 18, 11, 13). Por tanto, no basta con reconocer que lo bueno que hay en ti es de Dios, sino que tampoco te exaltes sobre aquel que aún no lo tiene; quien tal vez, cuando lo reciba, te superará. Pues

cuando Saulo era lapidador de Esteban (Hechos 7, 59), ¡cuántos cristianos había de quienes él era perseguidor! Sin embargo, cuando se convirtió, superó a todos los que le precedieron. Por tanto, di a Dios lo que escuchas en el Salmo: "En ti he confiado, Señor; no seré confundido eternamente: en tu justicia, no en la mía, líbrame, y rescátame. Inclina a mí tu oído". Y esta es una confesión de humildad. Quien dice, "Inclina a mí", confiesa que yace como enfermo postrado ante el médico de pie. Finalmente, ve que habla un enfermo: "Inclina a mí tu oído, y sálvame".

5. [vers. 3.] Sé para mí un Dios protector. Que no lleguen a mí los dardos del enemigo, pues yo no puedo protegerme. Y no basta con ser un protector; añadió, "y un lugar fortificado, para que me salves". Sé para mí un lugar fortificado; tú sé mi lugar fortificado. ¿Dónde está aquello de que huías de él, Adán, y te escondías entre los árboles del paraíso? ¿Dónde está aquello de que temías su rostro, a quien solías alegrarte de ver? (Génesis 3, 8). Te fuiste, y te perdiste: fuiste cautivado, y he aquí que eres visitado, y he aquí que no eres abandonado; y he aquí que se dejan noventa y nueve ovejas en los montes, y se busca la oveja perdida; y he aquí que se dice de la oveja encontrada: "Estaba muerto, y ha revivido; estaba perdido, y ha sido hallado" (Lucas 15, 4, 24). He aquí que el mismo Dios se ha hecho tu lugar de refugio, quien primero era el temor de tu huida. "Sé para mí un lugar fortificado", dice, "para que me salves". No seré salvo sino en ti: a menos que tú seas mi descanso, no podrá ser sanada mi enfermedad. Levántame de la tierra; en ti yaceré, para que me levante en un lugar fortificado. ¿Qué más fortificado? Cuando te refugies en ese lugar, dime, ¿qué adversarios temerás? ¿Quién te acechará y llegará a ti? Se dice que alguien desde la cima de una montaña gritó cuando pasaba el emperador, "No hablo de ti": se dice que él miró y dijo, "Ni yo de ti". Despreció al emperador con insignias de armas y un poderoso ejército. ¿Desde dónde? Desde un lugar fortificado. Si aquel estaba seguro en tierra alta; ¿cómo tú en aquel por quien fueron hechos el cielo y la tierra? Sé, entonces, para mí un Dios protector, y un lugar fortificado, para que me salves. Si elijo otro lugar para mí, no podré ser salvo. Elige, ciertamente, hombre, si encuentras, uno más fortificado. No hay, entonces, adónde huir de él, sino a él. Si quieres escapar de su ira, huye a su favor. Porque mi fortaleza y mi refugio eres tú. Mi fortaleza, ¿qué es? Por ti soy fuerte, y de ti soy fuerte. Porque mi fortaleza y mi refugio eres tú: para que sea fuerte por ti, si en algún lugar he sido debilitado en mí, me refugiaré en ti. Pues tú me haces fuerte por la gracia de Cristo, e inmóvil contra todas las tentaciones del enemigo. Pero allí está también la fragilidad humana, allí está aún la primera cautividad, allí está también la ley en los miembros que lucha contra la ley de la mente, y quiere llevar cautivo a la ley del pecado (Romanos 7, 23): aún el cuerpo que se corrompe, pesa sobre el alma (Sabiduría 9, 15). Por mucho que seas fuerte por la gracia de Dios; mientras aún lleses el vaso terrenal, en el cual está el tesoro de Dios, hay algo que temer incluso del mismo vaso de barro (2 Corintios 4, 7). Por tanto, mi fortaleza eres tú, para que sea fuerte en este mundo contra todas las tentaciones. Pero si son muchas, y me turban, mi refugio eres tú. Para esto confesaré mi debilidad, para ser temeroso como una liebre, porque lleno de espinas como un erizo. Y, como se dice en otro salmo, "La roca es refugio para los erizos y las liebres" (Salmo 104, 18): pero la roca era Cristo (1 Corintios 10, 4).

6. [vers. 4.] Dios mío, líbrame de la mano del pecador. Generalmente, los pecadores, entre los cuales trabaja este que ya está por ser liberado de la cautividad; este que ya clama: "¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? La gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor" (Romanos 7, 24, 25)? El enemigo está dentro, esa ley en los miembros; y hay enemigos fuera: ¿a quién clamas? A aquel a quien se clamó: "Líbrame de mis ocultos, Señor; y de los ajenos perdona a tu siervo" (Salmo 19, 13, 14). Por tanto, cuando se dice "Sálvame", se dice por tu enfermedad interior, es decir, por tu iniquidad; por aquella

por la cual eres cautivo, por aquella por la cual perteneces al primer hombre, para que clames entre los primeros cautivos. Pero una vez salvado de tu iniquidad, mira ya también por las iniquidades ajenas, entre las cuales es necesario que vivas hasta que esta vida termine. ¿Y hasta cuándo? He aquí que termina para ti: ¿acaso termina para la Iglesia, sino al final del mundo? Pero este hombre, uno, la unidad de Cristo, clama estas voces. Por tanto, es necesario que muchos fieles salgan de este cuerpo, ya estén en aquel descanso que Dios otorga a los espíritus de los fieles: pero aquí están aún los miembros de Cristo; en aquellos que viven en esta vida, en aquellos que nacerán después. Por tanto, hasta el fin del mundo estará aquí este hombre, que clama ser liberado de sus pecados, y de la ley de los miembros que lucha contra la ley de la mente. Luego, entre los pecados de otros, entre los cuales es necesario que viva hasta el fin. Pero estos pecadores tienen dos tipos: unos son los que recibieron la Ley, otros son los que no la recibieron; todos los paganos no recibieron la Ley, todos los judíos y cristianos recibieron la Ley. Por tanto, el nombre general es pecador; o transgresor de la Ley, si recibió la Ley; o simplemente iniquo sin Ley, si no recibió la Ley. De ambos tipos habla el Apóstol, y dice: "Porque todos los que sin ley han pecado, sin ley también perecerán; y todos los que bajo la ley han pecado, por la ley serán juzgados" (Romanos 2, 12). Pero tú que gimes entre ambos tipos, di a Dios lo que escuchas en el Salmo: "Dios mío, líbrame de la mano del pecador". ¿De qué pecador? De la mano del que transgrede la Ley y del iniquo. Pues también es iniquo el que transgrede la Ley, porque no es iniquo quien no transgrede la Ley: pero no todo iniquo transgrede la Ley. Pues donde no hay Ley, dice el Apóstol, tampoco hay transgresión (Romanos 4, 15). Por tanto, los que no recibieron la Ley, pueden ser llamados iníquos, pero no transgresores. Ambos son juzgados según sus méritos. Pero yo que quiero ser liberado de la cautividad por tu gracia, clamo a ti: "Líbrame de la mano del pecador". ¿Qué significa, de su mano? De su poder; para que cuando se enfurezca, no me lleve a la consensión; para que cuando aceche, no me persuada a la iniquidad. De la mano del que transgrede la Ley y del iniquo. Respóndele: ¿Por qué buscas ser liberado de la mano del que transgrede la Ley y del iniquo? No consientas; pero si se enfurece, sé paciente, soporta. Pero, ¿quién soporta, si no lo hace aquel que se convierte en lugar fortificado? ¿Por qué, entonces, digo: "Líbrame de la mano del que transgrede la Ley y del iniquo"? Porque no está en mí ser paciente, sino en ti que das la paciencia.

7. [vers. 5, 6.] Por tanto, sigue diciendo por qué digo esto: "Porque tú eres mi paciencia". Ya si paciencia, correctamente también lo que sigue: "Señor, mi esperanza desde mi juventud". Por eso mi paciencia, porque mi esperanza: o más bien, por eso mi esperanza, porque mi paciencia. "La tribulación", dice el Apóstol, "produce paciencia; la paciencia, prueba; la prueba, esperanza; y la esperanza no avergüenza" (Romanos 5, 3, 5). Con razón "en ti he confiado, Señor; no seré confundido eternamente. Señor, mi esperanza desde mi juventud". ¿Desde tu juventud, Dios es tu esperanza? ¿No también desde tu infancia, y desde tu niñez? Claro, dice. Pues ve lo que sigue, para que no pienses que dije así, "Mi esperanza desde mi juventud", como si Dios no hubiera sido útil a mi infancia o niñez; escucha lo que sigue: "En ti he sido confirmado desde el vientre". Escucha aún: "Desde el vientre de mi madre tú eres mi protector". ¿Por qué, entonces, "desde mi juventud", sino desde que comencé a esperar en ti? Pues antes no esperaba en ti; aunque tú fueras mi protector, quien me llevó a salvo hasta el tiempo en que aprendí a esperar en ti. Pero desde mi juventud comencé a esperar en ti; desde que me armaste contra el diablo, para que en la formación de tu ejército, armado con tu fe, caridad, esperanza, y otros dones tuyos, luchara contra tus enemigos invisibles, y escuchara del Apóstol: "No tenemos lucha contra carne y sangre; sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este mundo, contra malicias espirituales" (Efesios 6, 12). Por tanto, es joven quien lucha contra esto; pero aunque sea

joven, caerá, a menos que él sea su esperanza a quien clama: "Señor, mi esperanza desde mi juventud".

8. En ti está siempre mi canto. ¿Acaso desde que comencé a esperar en ti hasta ahora? Pero, siempre. ¿Qué significa, siempre? No solo en el tiempo de la fe, sino también en el tiempo de la visión. Pues ahora, mientras estamos en el cuerpo, peregrinamos lejos del Señor; caminamos por fe, no por visión (II Cor. V, 6): vendrá el tiempo en que veremos lo que creemos sin haber visto; al ver lo que creemos, nos alegraremos: al ver lo que los impíos no creyeron, se avergonzarán. Entonces vendrá la realidad de la que ahora solo hay esperanza. Porque la esperanza que se ve, no es esperanza. Pero si esperamos lo que no vemos, lo aguardamos con paciencia (Rom. VIII, 24). Ahora, pues, gimes, ahora corres al lugar de refugio para ser salvado; ahora, en la debilidad, pides al médico: ¿qué harás cuando recibas la salud perfecta? ¿Qué harás cuando seas igual a los ángeles de Dios (Mat. XXII, 30)? ¿Acaso olvidarás esta gracia por la que fuiste liberado? De ninguna manera. En ti está siempre mi canto.

9. [vers. 7.] Me he convertido en un prodigio para muchos. Aquí, en el tiempo de la esperanza, en el tiempo del gemido, en el tiempo de la humildad, en el tiempo del dolor, en el tiempo de la debilidad, en el tiempo de la voz liberada de las cadenas, ¿qué sucede aquí? Me he convertido en un prodigio para muchos. ¿Por qué, como un prodigio? ¿Por qué me insultan quienes me consideran un prodigio? Porque creo lo que no veo. Ellos, felices en lo que ven, se regocijan en la bebida, en la lujuria, en la fornicación, en la avaricia, en las riquezas, en los robos, en las dignidades mundanas, en el blanqueo de la pared de barro; en estas cosas se regocijan: pero yo camino por un camino diferente, despreciando las cosas presentes, y temiendo incluso las prosperidades del mundo, sin estar seguro en ningún lugar salvo en las promesas de Dios. Y ellos dicen: Comamos y bebamos, porque mañana moriremos (I Cor. XV, 32). ¿Qué dices? Repite. Comamos, dice, y bebamos. Vamos; ¿qué dijiste después? Porque mañana moriremos. Me asustaste; no me sedujiste. Claramente, con lo que dijiste después, me infundiste temor de consentir contigo. Porque mañana moriremos, dijiste; y precedió, Comamos y bebamos. Pues cuando dijiste, Comamos y bebamos; añadiste, Porque mañana moriremos. Escucha de mí lo contrario: Más bien ayunemos y oremos; porque mañana moriremos. Siguiendo este camino estrecho y angosto, me he convertido en un prodigio para muchos; pero tú eres un fuerte ayudador. Asiste, oh Señor Jesús, quien me dices: No desfallezcas en el camino angosto; yo pasé primero, yo soy el mismo camino (Juan XIV, 6), yo guío, en mí conduzco, a mí te llevo. Por tanto, aunque me he convertido en un prodigio para muchos; sin embargo, no temeré, porque tú eres un fuerte ayudador.

10. [vers. 8.] Llénese mi boca de alabanza, para que cante tu gloria con himnos; todo el día tu magnificencia. ¿Qué significa, todo el día? Sin interrupción. En las prosperidades, porque consuelas; en las adversidades, porque corriges; antes de que existiera, porque me hiciste; cuando existía, porque me diste salvación: cuando pequé, porque perdonaste; cuando me convertí, porque ayudaste; cuando perseveraré, porque coronaste. Así, ciertamente, llénese mi boca de alabanza, para que cante tu gloria con himnos; todo el día tu magnificencia.

11. [vers. 9.] No me rechaces en el tiempo de la vejez. Mi esperanza desde mi juventud, no me rechaces en el tiempo de la vejez. ¿Qué es este tiempo de la vejez? Cuando mi fuerza falle, no me abandones. Aquí te responde Dios: Más bien, que falle tu fuerza, para que permanezca la mía en ti; para que digas con el Apóstol: Cuando soy débil, entonces soy fuerte (II Cor. XII, 10). No temas ser rechazado en la debilidad, en esta vejez. ¿Acaso tu

Señor no fue débil en la cruz? ¿No movieron la cabeza ante él, como ante un hombre sin valor, capturado y oprimido, los poderosos y los toros gordos, y dijeron: Si es el Hijo de Dios, que baje de la cruz (Mat. XXVII, 39, 40)? ¿Acaso él, porque era débil, fue abandonado; quien prefirió no bajar de la cruz, para no parecer que cedía a los insultos en lugar de mostrar su poder? ¿Qué te enseñó colgado, quien no quiso descender, sino paciencia entre los que insultan, sino ser fuerte en tu Dios? Quizás también se dijo de su persona: Me he convertido en un prodigio para muchos, y tú eres un fuerte ayudador: de su persona según la debilidad, no según el poder; según lo que nos había transfigurado en sí mismo, no según lo que él había descendido. Se convirtió en un prodigio para muchos. Y quizás esa era su vejez; porque por la antigüedad no incongruentemente se llama vejez, y dice el Apóstol: Nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él (Rom. VI, 6). Si allí estaba nuestro viejo hombre, allí estaba la vejez; porque viejo, vejez. Sin embargo, porque es verdad, Se renovará como el águila tu juventud (Sal. CII, 5), él resucitó al tercer día, prometió la resurrección al final del mundo. Ya ha precedido la cabeza; los miembros seguirán. ¿Por qué temes que te abandone, que te rechace en el tiempo de la vejez, cuando tu fuerza falle? Más bien, entonces estará su fuerza en ti, cuando tu fuerza falle.

12. [vers. 10, 11.] ¿Por qué digo esto? «Porque mis enemigos dijeron de mí, y los que vigilaban mi alma, hicieron consejo juntos, diciendo: Dios lo ha abandonado; persegúidlo y atrapadlo, porque no hay quien lo libre.» Esto se dijo de Cristo: pues él, que con el gran poder de la divinidad, con la que es igual al Padre, había resucitado a los muertos, de repente se hizo débil entre las manos de los enemigos, y como si no tuviera valor, fue capturado. ¿Cuándo sería capturado, si primero no dijeran en su corazón: Dios lo ha abandonado? De ahí aquella voz en la cruz: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? (Sal. XXI, 2). ¿Entonces Dios abandonó a Cristo, cuando Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo (II Cor. V, 19), cuando Cristo era Dios, de los judíos según la carne, quien es sobre todas las cosas Dios bendito por los siglos (Rom. IX, 5)? ¿Dios lo abandonó? De ninguna manera. Pero en nuestro viejo hombre estaba nuestra voz, porque nuestro viejo hombre fue crucificado con él; y de ese mismo viejo nuestro tomó cuerpo, porque María era de Adán. Por tanto, lo que ellos pensaron, eso dijo desde la cruz: ¿Por qué me has abandonado? (Mat. XXVII, 46). ¿Por qué creen que estoy abandonado para su mal? ¿Qué significa, creen que estoy abandonado para su mal? Porque si lo hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de la gloria (I Cor. II, 8). Persegúidlo y atrapadlo. Sin embargo, hermanos, tomemos esto más familiarmente de los miembros de Cristo, y reconozcamos nuestra voz en estas palabras: porque él también tuvo tales voces de nuestra persona, no de su poder y majestad; sino de lo que se hizo por nosotros, no según lo que era quien nos hizo.

13. [vers. 12.] Señor Dios mío, no te alejes de mí. Así sucede, y no se aleja en absoluto. Porque el Señor está cerca de los que tienen el corazón quebrantado (Sal. XXXIII, 19). Dios mío, mira en mi ayuda.

14. [vers. 13.] Sean confundidos y desfallezcan los que atentan contra mi alma. ¿Qué deseó? Sean confundidos y desfallezcan. ¿Por qué lo deseó? Porque atentan contra mi alma. ¿Qué significa, atentan contra mi alma? Atentan como en una riña. Se dice que se enfrentan aquellos que son provocados a pelear. Si es así, evitemos a los que atentan contra nuestra alma. ¿Qué significa, atentan contra nuestra alma? Primero nos provocan a resistir a Dios, para que en nuestros males Dios nos desagrade. ¿Cuándo eres recto, para que Dios sea bueno contigo, bueno con los rectos de corazón (Sal. LXXII, 2)? ¿Cuándo eres recto? ¿Quieres escuchar? Cuando en el bien que haces, Dios te agrada; y en el mal que sufres, Dios no te desagrade. Vean lo que he dicho, hermanos, y estén atentos contra los que atentan contra sus almas. Porque todos los que actúan con ustedes para que se fatiguen en las penas y

tribulaciones, buscan que en lo que sufren Dios les desagrade, y salga de su boca: ¿Qué es esto? ¿Qué he hecho? ¿Acaso no has hecho nada malo, y tú eres justo, él injusto? Soy pecador, dices, lo admito; no me digo justo. Pero, ¿qué, pecador? ¿Acaso tanto como aquel a quien le va bien? ¿Como Cayo Seio? Yo sé sus males, yo sé sus iniquidades, de las cuales yo, aunque pecador, estoy lejos; y sin embargo lo veo florecer en todos los bienes, y yo sufro tanto. No digo entonces: Dios, ¿qué te he hecho?, porque no he hecho nada malo en absoluto; sino porque no he hecho tanto como para merecer sufrir esto. ¿De nuevo tú eres justo, él injusto? Despierta, miserable; tu alma ha sido comprometida. No, dices, no he dicho que soy justo. ¿Qué dices entonces? Soy pecador, pero no he cometido tanto como para merecer sufrir esto. Entonces no dices a Dios, Soy justo, y tú eres injusto; sino que dices, Soy injusto, pero tú eres más injusto. He aquí que tu alma ha sido comprometida, he aquí que ya tu alma está en guerra. ¿Cuál? ¿Contra quién? Tu alma, contra Dios; la que fue hecha, contra aquel por quien fue hecha. O porque eres quien clama contra él, eres ingrato. Vuelve entonces a la confesión de tu debilidad; implora la mano del médico. No te parezcan felices los que florecen por un tiempo. Tú eres castigado; a ellos se les perdona: quizás a ti, castigado y corregido hijo, se te reserva la herencia. Vuelve entonces, vuelve, transgresor, al corazón (Is. XLVI, 8); no se comprometa tu alma. Es mucho más poderoso aquel a quien le has declarado la guerra. Cuanto más grandes piedras lances al cielo, tanto más fuerte será la ruina que te aplastará. Vuelve más bien; reconócete. Es Dios quien te desagrade: avergüenzate; tú te desagradas a ti mismo. No harías nada bueno, si él no fuera bueno; y no sufrirías nada, si él no fuera justo. Despierta entonces a esta voz: El Señor dio, el Señor quitó; como al Señor le agradó, así se hizo: sea el nombre del Señor bendito (Job I, 21). Eran injustos los que junto a Job, podrido, se sentaban sanos (Id. II, 13); y sin embargo, él, que iba a ser recibido, era azotado, a ellos, que iban a ser castigados, se les perdonaba. Por tanto, cualquier tribulación que te suceda, cualquier insulto, no se comprometa tu alma; no se comprometa, no solo contra Dios, sino tampoco contra aquellos mismos que te hacen esto. Porque si incluso a ellos los odias; también contra ellos se ha comprometido tu alma. Agradece a ellos; ora por ellos. Quizás incluso esta oración por ellos es la que has escuchado: Sean confundidos y desfallezcan los que atentan contra mi alma. Sean confundidos y desfallezcan: porque presumen mucho de su justicia; por tanto, sean confundidos. Esto les conviene para que reconozcan sus pecados, de los cuales se confundan y desfallezcan, pues presumían mal de sus fuerzas; y ellos, desfallecidos, digan, Cuando soy débil, entonces soy fuerte (II Cor. XII, 10); y ellos, desfallecidos, digan, No me rechaces en el tiempo de la vejez. Por tanto, les deseó el bien, para que se confundan de sus males, y desfallezcan de sus perversas fuerzas; y entonces, ya desfallecidos y confundidos, busquen al iluminador de la confusión, y al restaurador del desfallecimiento. Finalmente, ve lo que sigue: Vístanse de confusión y vergüenza, los que piensan mal de mí. Confusión y vergüenza: confusión por la mala conciencia; vergüenza por la modestia. Que esto suceda en ellos, y serán buenos. No te parezca que está siendo severo: ojalá sea escuchado por ellos. Pues parecía severo también Esteban, cuando con boca ardiente lanzaba aquellas palabras: De dura cerviz, e incircuncisos de corazón y oídos, siempre resistís al Espíritu Santo. ¡Qué encendida ira, qué vehemente contra los enemigos! Te parece que su alma está comprometida. De ninguna manera. Buscaba su salvación; a los frenéticos que malamente se enfurecían, los ataba con palabras. Pues ve que su alma no estaba comprometida, no solo contra Dios, sino tampoco contra ellos: Señor, dijo, Jesús, recibe mi espíritu. No le desagradó Jesús, porque sufrió la lapidación por su palabra; por tanto, su alma no estaba comprometida contra Dios. También dijo, Señor, no les tomes en cuenta este pecado (Act. VII, 51, 58, 59): por tanto, su alma no estaba comprometida, ni siquiera contra sus enemigos. Vístanse de confusión y vergüenza, los que piensan mal de mí. Esto es lo que buscan todos los que me tribulan; buscan mi mal. ¿Qué mal buscaba también aquella mujer, cuando sugirió: Di algo contra Dios, y muere (Job II, 9)? Y

aquella esposa de Tobías, que dijo a su marido: ¿Dónde están tus justicias? (Tob. II, 22). Lo decía para que le desagradara Dios, quien lo había hecho ciego; y cuando le desagradara, su alma se comprometiera.

15. [vers. 14.] Si, por tanto, nadie te persuade con tribulaciones, nadie te arranca que te desagrade Dios en lo que sufres, o que odies a los hombres por quienes sufres, no se compromete tu alma; sino que seguro dices lo que sigue: Pero yo siempre esperaré en ti, y añadiré sobre toda tu alabanza. ¿Qué significa esto? Debe movernos, añadiré sobre toda tu alabanza. ¿Vas a hacer más perfecta la alabanza de Dios? ¿Hay algo que añadir? Si ya toda esa es la alabanza, ¿qué vas a añadir tú? Dios ha sido alabado en todas sus buenas obras, en toda su creación, en toda la institución de todas las cosas, en el gobierno y dirección de los siglos, en el orden de los tiempos, en la eminencia del cielo, en la fecundidad de las tierras, en la extensión del mar, en toda la preeminencia de la criatura naciente en todas partes, en los mismos hijos de los hombres, en dar la ley, en liberar a los suyos de la cautividad de los egipcios, y en todas sus demás maravillas: aún no había sido alabado en que resucitó la carne a la vida eterna. Sea, pues, esta alabanza añadida por la resurrección de nuestro Señor Jesucristo; para que entendamos aquí su voz sobre toda alabanza pasada: así lo entendemos correctamente. ¿Qué, tú quizás pecador, que temías que tu alma se comprometiera, que solo esperabas en él, para ser liberado de aquella primera cautividad, que no presumías de tu justicia, sino de la gracia de él que este salmo recomienda; qué, tú añadirás algo sobre toda la alabanza de Dios? Añadiré, dice. Veamos qué añade. Podría ser toda tu alabanza, y nada en absoluto parecería faltar a tu alabanza, porque nada faltaría, si condenaras a todos los inicuos. Pues no sería una gran alabanza de Dios la misma justicia por la que los inicuos son condenados: sería una gran alabanza. Hiciste al hombre, le diste libre albedrío, lo colocaste en el paraíso, le impusiste un precepto, le anunciaste la muerte, si violaba el precepto, justísima; no hiciste nada que no debieras, nadie es quien te exija más. Pecó; se hizo el género humano como una masa de pecados, fluyendo de pecadores (Gen. II, y III); ¿qué, entonces, si condenas esta masa de iniquidad, alguien te dirá: Injustamente lo hiciste? Serías ciertamente justo incluso así, y toda esa sería tu alabanza; pero porque liberaste incluso al pecador justificando al impío, añadiré sobre toda tu alabanza.

16. [vers. 15.] Mi boca proclamará tu justicia: no la mía. Por eso añadiré sobre toda tu alabanza, porque incluso si soy justo, si soy justo, es tu justicia en mí, no la mía; pues tú justificas al impío (Rom. IV, 5). Mi boca proclamará tu justicia; todo el día tu salvación. ¿Qué significa, tu salvación? La salvación es del Señor (Sal. III, 9). Que nadie se atribuya a sí mismo el hacerse salvo: la salvación es del Señor. Nadie se hace salvo por sí mismo: la salvación es del Señor, vana es la salvación del hombre (Sal. LIX, 13). Todo el día tu salvación: todo el tiempo. Hay algo adverso; predica la salvación del Señor: hay algo próspero; predica la salvación del Señor. No prediques en los tiempos prósperos y calles en los adversos; de lo contrario, no será lo que se ha dicho, todo el día. Pues todo el día incluye su noche. ¿Acaso cuando decimos, por ejemplo, han pasado treinta días, no decimos también noches? ¿No incluimos también las noches en el mismo nombre de días? ¿Qué se decía en el Génesis? Fue la tarde y fue la mañana, un día (Gen. I, 5). Por lo tanto, todo el día incluye su noche; pues la noche sirve al día, no el día a la noche. Todo lo que hagas en la carne mortal debe servir a la justicia; todo lo que hagas por mandato de Dios, no lo hagas por beneficios de la carne, para que el día no sirva a la noche. Por lo tanto, todo el día alaba a Dios; es decir, en lo próspero y en lo adverso: en lo próspero, como en tiempo diurno; en lo adverso, como en tiempo nocturno: sin embargo, todo el día alaba a Dios, para que no cantes en vano, Bendeciré al Señor en todo tiempo; su alabanza estará siempre en mi boca (Sal. XXXIII, 2). Con los hijos, el ganado, la familia, todas sus cosas a salvo, Job alababa a Dios; esto como en

tiempo diurno: vinieron las pérdidas, cayó la orfandad, pereció lo que se guardaba, murieron aquellos para quienes se guardaba; esto como en tiempo nocturno. Sin embargo, mira cómo alaba todo el día. ¿Acaso después de ese tiempo diurno donde se alegraba, porque fue hecho el ocaso de esa luz, es decir, de la prosperidad, dejó de alabar a Dios? ¿No había un día en su corazón, de donde brillaba, El Señor dio, el Señor quitó; como al Señor le agradó, así se hizo: bendito sea el nombre del Señor (Job I, 21)? Y esto era como un tiempo vespertino: vino una noche más oscura, tinieblas más profundas, dolor corporal, podredumbre de gusanos; y ni siquiera en esa podredumbre dejó de alabar a Dios externamente en la noche, quien internamente se regocijaba en el día. Pues a su esposa que le persuadía a blasfemar, y que comprometía su alma, mal aconsejando como una sombra nocturna, le dijo: Has hablado como una de las mujeres insensatas. ¡Verdaderamente hija de la noche! Si recibimos el bien de la mano del Señor, ¿no soportaremos el mal (Id. II, 10)? ¿Alabamos en el día, y desfalleceremos en la noche? Todo el día, es decir, con su noche, tu salvación.

17. Porque no conocí negociaciones. Por eso, dice, todo el día tu salvación, porque no conocí negociaciones. ¿Cuáles son estas negociaciones? Que los negociantes escuchen y cambien de vida; y si lo fueron, que no lo sean; que no conozcan lo que fueron, que lo olviden: en última instancia, que no lo aprueben, que no lo alaben; que lo desapruében, que lo condenen, que cambien, si el pecado es la negociación. Pues de aquí, por una avidez no sé de qué tipo de adquirir, oh negociante, cuando sufres una pérdida, blasfemas; y no habrá en ti lo que se ha dicho: Todo el día tu alabanza. Pero cuando por los precios de las cosas que vendes, no solo mientes, sino que también juras en falso; ¿cómo está en tu boca todo el día la alabanza de Dios? cuando si eres cristiano, incluso por tu boca se blasfema el nombre de Dios (Rom. II, 24), para que se diga: ¡Mira cómo son los cristianos! Por lo tanto, si por eso este dice todo el día la alabanza de Dios, porque no conoció negociaciones, que los cristianos se corrijan; que no negocien. Pero me dice el negociante: Mira, yo traigo mercancías de lejos a lugares donde no hay lo que traigo, de donde vivo, pido como recompensa de mi trabajo, vender más caro de lo que compré. ¿De dónde viviré, cuando está escrito: Digno es el obrero de su salario (Luc. X, 7)? Pero se trata de la mentira, del perjurio. Este es mi vicio, no de la negociación: pues si quisiera, podría hacerlo sin este vicio. No transfiero mi culpa al negocio: pero si miento, yo miento, no el negocio. Pues podría decir: Compré a tanto, pero venderé a tanto; si te parece, compra. Pues al escuchar esta verdad, el comprador no se alejaría, y más bien todos acudirían; porque preferirían la confianza a la mercancía. Por lo tanto, me dices, no mienta, no jure en falso; no que abandone el negocio del que me mantengo. ¿A dónde me llamas, cuando me apartas de aquí? ¿Quizás a algún oficio? Seré zapatero; haré calzado para las personas. ¿Acaso no son también mentirosos? ¿No son también perjuros? ¿No es cierto que cuando han alquilado calzado a otro, al recibir el pago de otro, dejan lo que estaban haciendo, y aceptan hacer para otro, y engañan a quien prometieron hacerlo pronto? ¿No dicen a menudo: Hoy lo hago, hoy lo termino? ¿No cometen tantas fraudes en la misma costura? Hacen estas cosas, y dicen estas cosas; pero ellos son malos, no el oficio que profesan. Todos los artesanos malos que no temen a Dios, ya sea por lucro, o por temor a la pérdida o la pobreza, mienten, perjuran; no hay alabanza continua de Dios en ellos. ¿Cómo entonces apartas de la negociación? ¿O para que sea agricultor, y murmure contra Dios que truena, para que temiendo el granizo consulte a un hechicero, para que busque qué hacer contra el cielo; para que desee hambre para los pobres, para poder vender lo que guardé? ¿A esto me llevas? Pero no hacen eso, dices, los buenos agricultores. Tampoco los buenos negociantes. ¿Qué, acaso también es malo tener hijos, porque cuando les duele la cabeza, las madres malas e infieles buscan amuletos sacrílegos e invocaciones? Estos son pecados de las personas, no de las cosas. Esto puede decirme el negociante. Busca entonces, Obispo, cómo entender las negociaciones que leíste en el Salterio; no sea que no entiendas, y me prohíbas la

negociación. Aconséjame entonces cómo vivir: si bien, me irá bien; sin embargo, sé una cosa, que si soy malo, no es la negociación la que me hace, sino mi iniquidad. Cuando se dice la verdad, no hay nada que contradecir.

18. Busquemos entonces qué negociaciones mencionó, que verdaderamente quien no las conoció, alaba a Dios todo el día. Negociación en griego se dice por el acto, y en latín por el ocio negado: pero ya sea por el acto, o por el ocio negado, discutamos qué es. Pues los negociantes activos, como si presumieran de lo que hacen, alaban sus obras, no llegan a la gracia de Dios. Por lo tanto, los negociantes están en contra de esa gracia, que este salmo recomienda. Pues recomienda esa gracia, para que nadie se gloríe de sus obras. ¿Cómo se dice en cierto lugar, Los médicos no resucitarán (Sal. LXXXVII, 11); deben los hombres abandonar la medicina? Pero ¿qué es esto? Bajo este nombre se entienden los soberbios, prometiendo salud a los hombres, cuando la salvación es del Señor. ¿Cómo entonces contra los médicos, es decir, los soberbios prometedores de salud, vigila lo que se ha dicho, Todo el día tu salvación: así contra los negociantes, es decir, los que se complacen en su acto y obras, vigila lo que se ha dicho, Mi boca proclamará tu justicia, es decir, no la mía. ¿Quiénes son los negociantes, es decir, como si se complacieran en su acto? Los que ignorando la justicia de Dios, y queriendo establecer la suya, no se someten a la justicia de Dios (Rom. X, 3). Con razón se dice negocio, porque niega el ocio. ¿Cuánto mal hay en lo que niega el ocio? Con razón el Señor expulsó del templo a aquellos a quienes dijo, Está escrito, Mi casa será llamada casa de oración; pero vosotros la habéis hecho cueva de ladrones (Mat. XXI, 13); es decir, gloriándose de sus obras, no buscando el ocio, ni escuchando contra su inquietud y negociación la Escritura que dice: Estad quietos, y conoced que yo soy Dios (Sal. XLV, 11). ¿Qué significa, Estad quietos, y conoced que yo soy Dios; sino, para que sepáis que Dios es quien obra en vosotros, y no os exaltéis por vuestras obras? ¿No escuchas la voz que dice: Venid a mí, todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas (Mat. XI, 28, 29)? Este descanso se predica contra los negociantes, este descanso se predica contra aquellos que odian el ocio, actuando y jactándose de sus obras, para que no descansen en Dios; y tanto más se alejan de la gracia, cuanto más se exaltan por sus obras.

19. Pero en algunos ejemplares está, Porque no conocí la literatura. Donde otros códices tienen, negociación; allí otros, literatura: cómo concuerdan, es difícil de encontrar; y sin embargo, la diversidad de los intérpretes tal vez muestra el sentido, no induce al error. Busquemos entonces cómo entender la literatura, para no ofender a los gramáticos, como antes a los negociantes: porque también un gramático puede vivir honestamente en su arte; no perjurarse, no mentir. Busquemos entonces la literatura que este no conoció, en cuya boca está todo el día la alabanza de Dios. Hay una cierta literatura de los judíos: refirámoslo también a ellos; allí encontraremos lo que se ha dicho. Así como cuando buscábamos sobre los negociantes, por los actos y obras, encontramos que se llama negociación detestable, que el Apóstol señala diciendo: Ignorando la justicia de Dios, y queriendo establecer la suya, no se someten a la justicia de Dios (Rom. X, 3). Contra la cual dice el mismo Apóstol: No por obras, para que nadie se gloríe. ¿Cómo entonces? ¿Acaso no haremos el bien? Lo haremos; pero con él obrando en nosotros: Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras (Efe. II, 9, 10). Así como encontramos esto contra los negociantes, es decir, gloriándose de su acto, de la negociación que niega el ocio exaltándose, inquietos más que buenos obradores; porque los buenos obradores son aquellos en quienes Dios obra: así también encontramos una cierta literatura entre los judíos. Que el Señor me ayude a explicar con palabras lo que se dignó darme para que lo contemple con el corazón. La soberbia de los

judíos presumiendo como de sus fuerzas y de la justicia de sus obras, se gloriaba de la Ley, que ellos recibieron la Ley, otras naciones no la recibieron; en la cual Ley, no se gloriaban de la gracia, sino de la letra. Pues la Ley sin gracia, es solo letra: permanece para convencer la iniquidad, no para dar la salvación. ¿Qué dice el Apóstol? Si se hubiera dado una ley que pudiera vivificar, ciertamente la justicia sería por la ley: pero la Escritura encerró todo bajo pecado, para que la promesa por la fe de Jesucristo fuera dada a los creyentes (Gal. III, 21, 22). De esta letra dice en otro lugar: La letra mata; pero el espíritu vivifica (II Cor. III, 6). Tienes la letra, si eres transgresor de la ley: Quien por la letra, dice, y la circuncisión eres transgresor de la ley. ¿No se canta y se dice bien: Librame de la mano del que transgrede la ley y del iniquo? Tienes la letra; pero no cumples la letra. ¿Por qué no cumples la letra? Porque presumes de ti mismo. ¿Por qué no cumples la letra? Porque eres negociante; exaltas tus obras: no sabes que es necesaria la gracia del que ayuda, para que se cumpla el mandato del que ordena. He aquí que Dios ordenó; haz lo que ordenó. Comienzas a actuar como si fuera por tus fuerzas, y caes; y permanece sobre ti la letra que castiga, no que salva. Con razón la Ley fue dada por Moisés; la Gracia y la Verdad fueron hechas por Jesucristo (Juan I, 17). Moisés escribió cinco libros: pero en los cinco pórticos que rodeaban la piscina yacían los enfermos; pero no podían ser curados (Id. V, 2). Mira cómo permanece la letra, convenciendo al reo, no salvando al iniquo. Pues en esos cinco pórticos, en figura de los cinco libros, se manifestaban más bien que se sanaban los enfermos. ¿Qué entonces sanaba al enfermo allí? El movimiento del agua. Cuando el agua de la piscina se movía, descendía el enfermo, y se sanaba uno, porque unidad: cualquiera otro que descendiera en ese movimiento no se sanaba. ¿Cómo se recomendaba la unidad del cuerpo clamando desde los confines de la tierra? Otro no se sanaba, a menos que la piscina se moviera de nuevo. Por lo tanto, el movimiento de la piscina significaba la perturbación del pueblo judío, cuando vino el Señor Jesucristo. Pues con la venida del ángel se entendía que el agua en la piscina se movía. Por lo tanto, el agua rodeada de cinco pórticos, era el pueblo judío rodeado de la Ley. Y en los pórticos yacían los enfermos, y solo en el agua turbada y movida se sanaban. Vino el Señor, se turbó el agua, fue crucificado; descienda para que el enfermo sea sanado. ¿Qué significa, descienda? Humíllese. Por lo tanto, todos los que aman la letra sin gracia, permanecerán en los pórticos; estarán enfermos, yaciendo, no convaleciendo: pues presumen de la letra. Si se hubiera dado una ley que pudiera vivificar, ciertamente la justicia sería por la ley. Pero se dio la ley, para haceros reos, hechos reos temeríais, temiendo pediríais indulgencia, ya no presumiríais de vuestras fuerzas, no os exaltaríais por la letra. Pues esa es también la figura, que Eliseo primero envió el bastón por el siervo para resucitar al muerto. El hijo de la viuda que le hospedaba estaba muerto; se le anunció, dio su bastón a su siervo: Ve, dijo, ponlo sobre el muerto (IV Reg. IV, 29). ¿No sabía el Profeta qué hacer? El siervo se adelantó, puso el bastón sobre el muerto, el muerto no resucitó. Si se hubiera dado una ley que pudiera vivificar, verdaderamente la justicia sería por la ley. La ley enviada por el siervo no vivificó; y sin embargo, él envió su bastón por el siervo, quien después siguió y vivificó. Pues cuando ese niño no resucitó, vino el mismo Eliseo, ya portando la figura del Señor, quien había enviado a su siervo con el bastón, como con la Ley; vino al muerto yacente, puso sus miembros sobre él. El niño era; él era joven: contrajo y acertó de alguna manera la magnitud de su juventud, haciéndose pequeño para que se ajustara al muerto. Por lo tanto, el muerto resucitó, cuando el vivo se ajustó al muerto: y el Señor hizo lo que no hizo el bastón; la gracia hizo lo que no hizo la letra. Por lo tanto, aquellos que permanecen en el bastón, se glorían en la letra, y por eso no son vivificados. Pero yo quiero gloriarme en tu gracia. Pero a mí, dice el Apóstol, no me sea gloriar sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo (Gal. VI, 14), sino en aquel que se ajustó a mí vivo muerto, para que resucitara; para que ya no viva yo, sino que Cristo viva en mí (Id. II, 20). Gloriándome en esa gracia, no conocí la literatura: es decir, reprobé de todo corazón a los hombres que presumen de la letra, y se apartan de la gracia.

20. [vers. 16.] Con razón sigue, Entraré en el poder del Señor: no el mío, sino el del Señor. Pues ellos en su poder se glorificaron en la letra; por eso no conocieron la gracia añadida a la letra. Pues la Ley fue dada por Moisés; la gracia y la verdad fueron hechas por Jesucristo. Pues él vino para cumplir la Ley, cuando dio la caridad, por la cual la Ley podía ser cumplida. Pues la plenitud de la Ley es la caridad (Rom. XIII, 10). Ellos no teniendo caridad, es decir, no teniendo el Espíritu de gracia, porque la caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones, por el Espíritu Santo que nos fue dado (Id. V, 5), permanecieron gloriándose en la letra. Pero porque la letra mata; pero el espíritu vivifica; no conocí la literatura, y entraré en el poder del Señor. Por eso este verso siguiente confirma y perfecciona la sentencia, de tal manera que la fija en los corazones de los hombres, y no permite que entre otro entendimiento de ninguna manera. Señor, recordaré solo tu justicia. ¡Oh solo! ¿Qué añadió, solo? os ruego. Bastaría, recordaré tu justicia. Solo, dice, absolutamente: no pienso en la mía: Pues ¿qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido (I Cor. IV, 7)? Solo tu justicia me libera; solo mía no son sino pecados. No me gloriaré entonces de mis fuerzas; no permaneceré en la letra: reprobaré la literatura, es decir, a los hombres que se glorían en la letra, y de sus fuerzas perversamente, como frenéticos, presumen; reprobaré a tales, entraré en el poder del Señor, para que cuando soy débil, entonces sea fuerte; para que tú en mí seas poderoso, porque recordaré solo tu justicia.

SERMO II. De la segunda parte del Salmo.

1. La gracia de Dios, por la cual hemos sido salvados gratuitamente, sin méritos previos de nuestra parte, salvo aquellos que merecían castigo, es lo que insinuamos a vuestra Caridad con este salmo el día de ayer: y como no pudimos concluir su explicación, hemos pospuesto su última parte para el día de hoy, prometiendo en el nombre del Señor que saldaríamos nuestra deuda. Ya que ha llegado el momento de cumplir, estén atentos, como un campo fértil, donde puedan multiplicar la semilla y no ser ingratos con la lluvia. Ayer comentamos el título del salmo; pero para renovar su atención, y para aquellos que estuvieron ausentes, recordamos brevemente lo que deben recordar quienes lo escucharon, y oír quienes no lo sabían. Es el Salmo de los hijos de Jonadab, cuyo nombre se interpreta como Espontáneo del Señor: porque con voluntad espontánea, es decir, buena, pura, sincera y perfecta, se debe servir al Señor, lo cual también indica donde se dice: "Voluntariamente te sacrificaré" (Salmo 53, 8). El salmo se canta a los hijos de este, es decir, a los hijos de la obediencia y a aquellos que fueron llevados cautivos primero, para que se reconozca nuestro gemido aquí, y que el mal de cada día sea suficiente (Mateo 6, 34). Pues ya, si por soberbia nos alejamos, al menos fatigados regresemos. Y no se puede regresar sino por la gracia. La gracia es dada gratuitamente: pues si no fuera gratuita, no sería gracia. Además, si es gracia porque es gratuita, nada tuyo la precedió para que la recibieras. Pues si alguna buena obra tuya la precedió, recibiste un pago, no gratuitamente: pero el pago que se nos debía era el castigo. Por lo tanto, el que seamos liberados no es por nuestros méritos, sino por su gracia. Alabémosle, pues; a él debemos todo lo que somos y que seamos salvados. A esto concluyó, después de haber dicho muchas cosas, diciendo: "Señor, recordaré solo tu justicia". En este verso concluyó la explicación de ayer. Los primeros cautivos, es decir, los pertenecientes al primer hombre: por esto cautivos, por el primer hombre en quien todos morimos; porque "no fue primero lo espiritual, sino lo animal, después lo espiritual" (1 Corintios 15, 46). Por el primer hombre, los primeros cautivos: por el segundo hombre, los segundos redimidos. Pues la misma redención clama nuestra cautividad. ¿De dónde redimidos, si no antes cautivos? Y esa cautividad más expresamente insinuada por el Apóstol en su Epístola, recordamos

algunas palabras, e insistimos: "Veo otra ley en mis miembros, que lucha contra la ley de mi mente, y me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros" (Romanos 7, 23). Esta es nuestra primera cautividad, en la que la carne codicia contra el espíritu (Gálatas 5, 17). Pero esto viene del castigo del pecado, para que el hombre se dividiera contra sí mismo, quien no quiso estar sujeto a uno. Pues nada es tan conveniente para el alma como obedecer. Y si es conveniente para el alma obedecer en el siervo para que obedezca al amo, en el hijo para que obedezca al padre, en la esposa para que obedezca al marido; cuánto más en el hombre para que obedezca a Dios. Experimentó, pues, el mal Adán: y todo hombre es Adán; así como en aquellos que creyeron todo hombre es Cristo, porque son miembros de Cristo: experimentó, pues, el mal que no debió experimentar, si hubiera creído al que decía: "No toques" (Génesis 2, 17); experimentó, pues, el mal, al menos después obedezca las prescripciones del médico para levantarse, quien no quiso creer al médico para no enfermar. Pues también al sano el buen y fiel médico da prescripción, para que no le sea necesario. No es necesario el médico para los sanos, sino para los enfermos (Mateo 9, 12). Pero los buenos amigos médicos, que no quieren vender su arte, y se alegran más por los sanos que por los enfermos, dan ciertas prescripciones a los sanos, que observándolas no caigan en enfermedad. Pero si desprecian las prescripciones y caen en enfermedad, suplican al médico: al que despreciaron sanos, ruegan enfermos. ¡Ojalá al menos rueguen! para que no, por la fiebre con la mente perdida, golpeen al médico. Han escuchado ahora, cuando se leía el Evangelio, cómo se les dijo la parábola. ¿Estaban en su sano juicio quienes dijeron: "Este es el heredero; venid, matémoslo, y será nuestra la herencia" (Mateo 21, 38)? Ciertamente no: supongamos que mataron al hijo, y estaban por matar al padre; esto es no tener la mente sana. Finalmente, he aquí que mataron al hijo: resucitó el hijo, y la piedra que desecharon los edificadores ha venido a ser cabeza del ángulo (Salmo 117, 22). Tropezaron en él, y fueron quebrantados: vendrá sobre ellos, y los triturará. Pero no así este que canta en el Salmo, y dice: "Entraré en el poder del Señor; no el mío, sino del Señor. Señor, recordaré solo tu justicia. No reconozco ninguna mía; recordaré solo tu justicia. De ti tengo todo lo bueno que tengo; pero todo lo malo que tengo, lo tengo de mí. No devolviste el castigo por mis méritos; sino que impartiste gracia gratuitamente: por tanto, recordaré solo tu justicia.

2. [vers. 17.] Dios, me enseñaste desde mi juventud. ¿Qué me enseñaste? Que debo recordar solo tu justicia. Considerando mi vida pasada, veo lo que me era debido, y lo que recibí en lugar de lo que me era debido. Se me debía castigo; se me dio gracia: se me debía el infierno; se me dio la vida eterna. Dios, me enseñaste desde mi juventud. Desde el mismo inicio de mi fe, con la cual me renovaste, me enseñaste que nada en mí precedió, por lo cual pudiera decir que se me debía lo que me diste. ¿Quién se convierte a Dios, sino desde la iniquidad? ¿quién es redimido, sino de la cautividad? ¿y quién puede decir que su cautividad fue injusta, cuando abandonó al emperador y desertó al desertor? Pues el emperador es Dios, el desertor es el diablo: el emperador dio el mandato, el desertor sugirió el engaño (Génesis 2, 17, y 3, 1). ¿Dónde estaban tus oídos entre el mandato y el engaño? ¿Es mejor el diablo que Dios? ¿mejor el que desertó que el que te hizo? Creíste lo que prometió el diablo, y encontraste lo que Dios amenazó. Ya pues, liberado de la cautividad, aunque aún en esperanza, no en realidad, caminando por la fe, no por la vista, Dios, dice, me enseñaste desde mi juventud. Desde que me convertí a ti, renovado por ti que fui hecho por ti, recreado que fui creado, reformado que fui formado: desde que me convertí, aprendí que ningún mérito mío precedió; sino que tu gracia vino a mí gratuitamente, para que recordara solo tu justicia.

3. ¿Qué después de la juventud? ya que me enseñaste, dice, desde mi juventud; ¿qué después de la juventud? Pues en esa primera conversión tuya aprendiste que antes de la conversión no fuiste justo, sino que precedió la iniquidad, para que expulsada la iniquidad sucediera la

caridad; y renovado en el nuevo hombre solo en esperanza, aún no en realidad, aprendiste que nada bueno tuyo precedió, y por la gracia de Dios te convertiste a Dios. ¿Acaso ya desde que te convertiste, tendrás algo tuyo, y debes presumir de tus fuerzas? Como suelen decir los hombres: Ya basta; era necesario que me mostraras el camino, es suficiente, caminaré el camino. Y aquel que te mostró el camino: ¿Acaso quieres que te guíe? Pero si te enorgullecies: No, basta, caminaré el camino. Se te deja, y por la debilidad volverás a errar. Era bueno para ti que te guiara quien primero te colocó en el camino. Sin embargo, si él no te guía, volverás a errar: dile entonces, Guíame, Señor, en tu camino, y caminaré en tu verdad (Salmo 85, 11). Pero el hecho de que hayas entrado en el camino, es juventud, esa renovación, y el inicio de la fe. Pues antes caminabas por tus caminos errante; vagando por lugares boscosos, por terrenos ásperos, lacerado en todos tus miembros: buscabas la patria, esto es, una cierta estabilidad de tu espíritu, donde dijeras, Está bien; y dijeras seguro, tranquilo de toda molestia, de toda tentación, de toda cautividad; y no la encontrabas. ¿Qué diré? ¿Vino a ti quien te mostrara el camino? Vino a ti el mismo camino, y fuiste colocado en él sin méritos tuyos previos, pues ciertamente errabas. ¿Qué, desde que entraste, ya te gobiernas? ¿ya aquel que te enseñó el camino, te deja? No, dice: Me enseñaste desde mi juventud; y hasta ahora anunciaré tus maravillas. Pues es maravilloso lo que aún haces, que me guíes, quien me pusiste en el camino; y estas son tus maravillas. ¿Cuáles son, crees, las maravillas de Dios? ¿Qué más maravilloso entre las maravillas de Dios, que resucitar a los muertos? ¿Acaso yo estoy muerto, dices? Si no estuvieras muerto, no se te diría: Levántate, tú que duermes, y resucita de los muertos; y te iluminará Cristo (Efesios 5, 14). Todos los infieles son muertos, todos los inicuos; viven en el cuerpo, pero están muertos en el corazón. Pero quien resucita al muerto según el cuerpo, lo devuelve a esta luz para ser vista, y a este aire para ser respirado: pero no es el resucitador mismo su luz y aire; comienza a ver, como veía antes. El alma no se resucita así. Pues el alma es resucitada por Dios; aunque también el cuerpo es resucitado por Dios: pero Dios cuando resucita el cuerpo, lo devuelve al mundo; cuando resucita el alma, se la devuelve a sí mismo. Si se aparta el aire de este mundo, muere el cuerpo; si se aparta Dios, muere el alma. Cuando pues Dios resucita el alma, si no está presente quien la resucitó, resucitada no vive. Pues no resucita, y la deja para que viva por sí misma: como Lázaro cuando fue resucitado muerto de cuatro días, fue resucitado corporalmente por la presencia corporal del Señor. Pues se acercó corporalmente al sepulcro; clamó, Lázaro, ven fuera: y Lázaro se levantó, salió del sepulcro atado; luego desatado se fue (Juan 11, 41-44). Fue resucitado con el Señor presente, pero vivió también con el Señor ausente. Aunque el Señor lo resucitó corporalmente, en cuanto a lo visible se refiere: sin embargo, la presencia de su majestad lo resucitó; de cuya presencia nunca se aparta. Sin embargo, el Señor resucitó a Lázaro con su presencia visible; se fue de esa ciudad, o de ese lugar: ¿acaso Lázaro no vivió? No así se resucita el alma: Dios la resucita; muere si Dios se aparta. Pues diré audazmente, hermanos, pero sin embargo es verdad. Hay dos vidas, una del cuerpo, otra del alma: así como la vida del cuerpo es el alma, así la vida del alma es Dios; como si el alma se aparta, muere el cuerpo; así el alma muere, si Dios se aparta. Por tanto, la gracia de él es que resucite, y esté con nosotros. Por lo que nos resucita de nuestra muerte pasada, y renueva de algún modo nuestra vida, le decimos: Dios, me enseñaste desde mi juventud. Y porque no se aparta de aquellos que resucita, para que cuando se aparte no mueran, le decimos: Y hasta ahora anunciaré tus maravillas; porque cuando estás conmigo vivo, y tú eres la vida de mi alma, que morirá si se deja a sí misma. Por tanto, mientras está presente mi vida, esto es, mi Dios, hasta ahora: ¿qué después?

4. [vers. 18.] Y hasta en la vejez y la ancianidad. Estos dos nombres son de la vejez, y se distinguen en griego. Pues la gravedad después de la juventud tiene otro nombre en griego, y la última edad que viene después de esa gravedad tiene otro nombre: pues πρεσβύτης se dice

el grave, y γέρων el anciano. Pero como en la lengua latina falta la distinción de estos dos nombres, se han puesto ambos de la vejez, senectud y ancianidad: pero saben que hay dos edades. Me enseñaste tu gracia desde mi juventud; y hasta ahora, después de mi juventud, anunciaré tus maravillas, porque estás conmigo para que no muera, quien viniste para que me levante; y hasta en la vejez y la ancianidad, es decir, hasta mi último momento, si no estás conmigo, no habrá mérito mío: que tu gracia siempre permanezca conmigo. Esto lo diría también un hombre, tú, él, yo: pero como esta voz es de un cierto gran hombre, esto es de la misma unidad; es la voz de la Iglesia; busquemos la juventud de la Iglesia. Cuando vino Cristo, fue crucificado, murió, resucitó, llamó a las naciones; comenzaron a convertirse, se hicieron mártires fuertes en Cristo, se derramó sangre fiel, se levantó la cosecha de la Iglesia: esta es la juventud. Pero con el paso del tiempo, confiese la Iglesia; diga: Hasta ahora anunciaré tus maravillas. No solo en la juventud, cuando Pablo, cuando Pedro, cuando los primeros Apóstoles anunciaron; también con el paso del tiempo, yo mismo, esto es, tu unidad, tus miembros, tu cuerpo, anunciaré tus maravillas. ¿Qué después? Y hasta en la vejez y la ancianidad anunciaré tus maravillas: hasta el fin del mundo estará aquí la Iglesia. Pues si no va a estar aquí hasta el fin del mundo; ¿a quiénes dijo el Señor: He aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo (Mateo 28, 20)? ¿Por qué era necesario que se dijeran estas cosas en las Escrituras? Porque iban a haber enemigos de la fe cristiana que dirían: Por un tiempo serán los cristianos, después perecerán, y volverán los ídolos, volverá lo que era antes. ¿Hasta cuándo serán los cristianos? Hasta la vejez y la ancianidad; es decir, hasta el fin del mundo. Tú que esperas, miserable infiel, que pasen los cristianos, pasas tú sin los cristianos: y los cristianos permanecerán hasta el fin del mundo; y tú por tu infidelidad, cuando termines tu breve vida, ¿con qué cara saldrás al juez a quien blasfemaste mientras vivías? Por tanto, desde mi juventud, y hasta ahora, y hasta la vejez y la ancianidad, Señor, no me abandones. No, como dicen mis enemigos, será hasta un tiempo. No me abandones, hasta que anuncie tu brazo a toda generación venidera. ¿Y el brazo del Señor a quién fue revelado (Isaías 53, 1)? El brazo del Señor, Cristo. No me abandones, pues; no se alegren los que dicen: Hasta cierto tiempo serán los cristianos. Que haya quienes anuncien tu brazo. ¿A quién? A toda generación venidera. Si pues a toda generación venidera; hasta el fin del mundo: pues terminado el mundo, ya no vendrá ninguna generación.

5. [vers. 19.] Tu poder, y tu justicia: esto es, que anuncie a toda generación venidera tu brazo. ¿Y qué logró tu brazo? Nuestra liberación gratuita. Esto pues anuncie, esa misma gracia a toda generación venidera; diga a todo hombre que nazca: Nada eres por ti mismo, invoca a Dios; tus pecados son tuyos, los méritos de Dios son; se te debe castigo, y cuando venga la recompensa, coronará sus dones, no tus méritos. Diga a toda generación venidera: De la cautividad viniste; pertenecías a Adán. Diga esto a toda generación venidera, ninguna de mis fuerzas, ninguna de mi justicia; sino tu poder y tu justicia, Dios, hasta en lo más alto que hiciste maravillas. Tu poder y tu justicia, ¿hasta dónde? ¿hasta la carne y la sangre? Más bien, hasta en lo más alto que hiciste maravillas. En lo alto están los cielos; en lo alto están los ángeles, Tronos, Dominaciones, Principados, Potestades: a ti deben lo que son, a ti deben lo que viven, a ti deben lo que viven justamente, a ti deben lo que viven bienaventuradamente. Tu poder y tu justicia, ¿hasta dónde? Hasta en lo más alto que hiciste maravillas. No pienses que solo el hombre pertenece a la gracia de Dios. ¿Qué era el ángel antes de ser hecho? ¿qué es el ángel, si lo abandona quien lo creó? Por tanto, tu poder y tu justicia, hasta en lo más alto que hiciste maravillas.

6. ¡Y el hombre se ensoberbece! Y para pertenecer a la primera cautividad, escucha al serpiente que sugiere: ¡Probad, y seréis como dioses! (Gén. III, 5). ¡Hombres como dioses! Dios, ¿quién es semejante a ti? No en el abismo, no en el infierno, no en la tierra, no en el

cielo; pues tú hiciste todas las cosas. ¿Qué disputa la obra con el artífice? Dios, ¿quién es semejante a ti? Pero yo, dice el miserable Adán, y en Adán todo hombre, cuando quiero ser perversamente semejante a ti, he aquí en qué me he convertido, para clamar a ti desde la cautividad: a quien le iba bien bajo un buen rey, he sido hecho cautivo bajo mi seductor; y clamo a ti, porque caí de ti. ¿Y de dónde caí de ti? Cuando busco ser perversamente semejante a ti. ¿Qué es esto? ¿Acaso Dios no nos llama a su semejanza? ¿No es él quien dice: Amad a vuestros enemigos; orad por los que os persiguen; haced el bien a los que os odian? Diciendo esto, nos exhorta a la semejanza de Dios. Finalmente, ¿qué añade? Para que seáis, dice, hijos de vuestro Padre que está en los cielos. ¿Qué hace él? Ciertamente esto: Hace salir su sol sobre buenos y malos, y hace llover sobre justos e injustos (Mat. V, 44, 45). Quien, por tanto, desea el bien a su enemigo, es semejante a Dios: y esto no es soberbia, sino obediencia. ¿Por qué? Porque fuimos hechos a imagen de Dios: Hagamos, dice, al hombre a nuestra imagen y semejanza (Gén. I, 26). No es, por tanto, algo ajeno si mantenemos en nosotros la imagen de Dios: ¡ojalá no la perdamos por soberbia! Pero, ¿qué es querer ser semejante a Dios por soberbia? ¿Qué creemos que exclamaría el cautivo: Señor, ¿quién es semejante a ti? ¿Qué es esta perversa semejanza? Escuchad y entended, si podéis: creemos, sin embargo, que él mismo, quien nos puso a decirnos estas cosas, os dará también poder y entendimiento. Dios no necesita de ningún bien, y él es el sumo bien, y de él proviene todo bien. Para que seamos buenos, necesitamos de Dios: para que Dios sea bueno, no nos necesita, ni a nosotros solamente, sino hasta las más altas maravillas que ha hecho, ni a los celestiales, ni a los supercelestiales, ni al cielo de los cielos que se dice, necesita Dios, para ser mejor, o más poderoso, o más bienaventurado. ¿Qué sería cualquier otra cosa, si él no la hubiera hecho? ¿Qué necesita de ti quien era antes de ti, y era tan poderoso que, cuando tú no existías, te hizo? ¿Acaso como los padres hacen a los hijos? Engendran por una cierta concupiscencia carnal, más que crear; pues a estos que engendran, Dios crea. Porque si tú creas así, di qué dará a luz tu mujer. ¿Qué diré, tú di? Que lo diga ella, que ignora lo que lleva. Sin embargo, los hombres engendran hijos, tanto para su consuelo como para el sustento de su vejez. ¿Acaso Dios creó todas estas cosas para que un anciano fuera ayudado por ellas? Dios sabe, por tanto, lo que crea, y cómo será por su bondad, y cómo será por su propia voluntad; Dios lo sabe y ha ordenado todo. Pero para que el hombre sea algo, se vuelve hacia aquel por quien fue creado. Al alejarse, se enfría; al acercarse, se calienta: al alejarse, se oscurece; al acercarse, se ilumina. De quien tiene el ser, con él tiene el bien. Finalmente, el hijo menor, que quiso tener su sustancia bajo su poder, la cual estaba bien guardada con el padre, hecho de su potestad, partió a una región lejana, se unió a un mal príncipe, cuidó cerdos; fue corregido por el hambre quien, lleno de soberbia, se había alejado (Luc. XV, 12-16). Por tanto, quienquiera que desee ser semejante a Dios, para estar con él, y guarde su fortaleza, como está escrito, con él (Sal. LVIII, 10), no se aleje de él: adhiriéndose a él, sea sellado como cera por un anillo, tenga su imagen adherida, haciendo lo que se ha dicho, Para mí, adherirme a Dios es bueno (Sal. LXXII, 28); verdaderamente guarda la semejanza e imagen a la que fue hecho. Pero si perversamente quiere imitar a Dios, de modo que como Dios no tiene de quien ser formado, no tiene de quien ser gobernado, así él quiera usar su poder, de modo que como Dios, sin ser formado, sin ser gobernado, viva; ¿qué queda, hermanos, sino que al alejarse de su calor se enfríe, al alejarse de la verdad se desvanezca, al alejarse de lo que es sumamente e inmutablemente, cambiado a peor, decaiga?

7. Esto hizo el diablo: quiso imitar a Dios, pero perversamente; no estar bajo su poder, sino tener poder contra él. El hombre, sin embargo, puesto bajo el precepto, escuchó del Señor Dios, No toques. ¿Qué? Este árbol (Gén. II, 17). ¿Qué es ese árbol? Si es bueno, ¿por qué no lo toco? Si es malo, ¿qué hace en el paraíso? Ciertamente está en el paraíso porque es bueno; pero no quiero que lo toques. ¿Por qué no lo toco? Porque quiero que seas obediente, no

contradictor. Sirve para esto, siervo; pero no sirvas mal, siervo. Siervo, escucha primero el mandato del Señor, y luego aprende el consejo del que manda. El árbol es bueno: no quiero que lo toques. ¿Por qué? Porque soy el Señor, y tú eres el siervo. Esta es toda la causa. Si es pequeña, ¿te desdénas de ser siervo? ¿Qué te conviene, sino estar bajo el Señor? ¿Cómo estarás bajo el Señor, si no estás bajo el precepto? Pero si te conviene estar bajo el Señor, y bajo el precepto, ¿qué te iba a mandar Dios? ¿Acaso busca algo de ti? ¿Te dirá: Ofréceme sacrificio? ¿No hizo él todas las cosas, en las cuales te hizo a ti? ¿Te dirá: Sírveme; ya sea en la cama, cuando descanso; ya sea en la mesa, cuando me alimento; ya sea en los baños, cuando me lavo? Porque Dios no necesita nada de ti, ¿no debía mandarte nada? Si debía mandarte algo, para que sintieras que te conviene estar bajo el Señor, debías ser prohibido de alguna cosa; no por la maldad de ese árbol, sino por tu obediencia. Dios no pudo demostrar más perfectamente cuán bueno es la obediencia, sino cuando prohibió de aquello que no era malo. Solo allí la obediencia tiene la palma; solo allí la desobediencia encuentra el castigo. Es bueno; no quiero que lo toques. Pues no morirás por no tocarlo. ¿Acaso quien prohibió esto, quitó otras cosas? ¿No está el paraíso lleno de árboles fructíferos? ¿Qué te falta? Esto no quiero que toques; de esto no quiero que pruebes. Es bueno, pero la obediencia es mejor. Por tanto, cuando lo toques, ¿acaso ese árbol será malo, para que mueras? Pero la desobediencia te sometió a la muerte, porque tocaste lo prohibido. Por eso ese árbol fue llamado de la ciencia del bien y del mal (Gén. II, 17), no porque de él colgaran tales frutos como manzanas; sino que, cualquiera que fuera ese árbol, de cualquier fruto, de cualquier fruto que fuera, fue llamado así porque el hombre que no quiso discernir el bien del mal por el precepto, lo discerniría por la experiencia; para que al tocar lo prohibido, encontrara el castigo. ¿Por qué lo tocó, hermanos míos? ¿Qué le faltaba? Díganme qué le faltaba al hombre puesto en el paraíso, en medio de la opulencia, en medio de los deleites; para quien grandes deleites eran la misma visión de Dios, cuyo rostro temió como enemigo después del pecado. ¿Qué le faltaba para tocar, sino que quiso usar su poder, le agradó romper el precepto; para que sin que nadie le dominara, se hiciera como Dios, porque a Dios nadie le domina? Mal vagabundo, mal presuntuoso, futuro muerto, alejándose del camino de la justicia. ¡He aquí que rompió el precepto, sacudió de su cerviz el yugo de la disciplina, rompió las riendas del gobierno con altanería; dónde está ahora? Ciertamente el cautivo clama: Señor, ¿quién es semejante a ti? Quise ser perversamente semejante a ti, y me hice semejante a una bestia. Bajo tu dominio, bajo tu precepto, verdaderamente era semejante: pero el hombre en honor no entendió; fue comparado a las bestias insensatas, y se hizo semejante a ellas (Sal. XLVIII, 13). Ya desde la semejanza de las bestias clama tarde, y di: Dios, ¿quién es semejante a ti?

8. [vers. 20, 21.] ¡Cuántas tribulaciones muchas y malas me has mostrado! Con razón, siervo soberbio: pues quisiste perversamente ser semejante a tu Señor, quien fuiste hecho a imagen de tu Señor. ¿Querías que te fuera bien alejándote de aquel bien? Ciertamente Dios te dice: Si te alejas de mí, y te va bien, yo no soy tu bien. Por tanto, si él es bueno, y sumamente bueno, y bueno por sí mismo, y bueno sin ningún bien ajeno, y él es nuestro sumo bien; al alejarte de allí, ¿qué serás, sino malo? Asimismo, si él es nuestra bienaventuranza, ¿qué será para el que se aleja, sino miseria? Vuelve, pues, después de la miseria, y di: Señor, ¿quién es semejante a ti? ¡Cuántas tribulaciones muchas y malas me has mostrado!

9. Pero fue disciplina; advertencia, no abandono. Finalmente, dando gracias, ¿qué dice? Y vuelto, me vivificaste, y de los abismos de la tierra me trajiste de nuevo. ¿Cuándo antes? ¿Qué es esto, de nuevo? ¡Caíste de la altura, oh hombre, siervo desobediente, soberbio contra el Señor, caíste! Se cumplió en ti, Todo el que se ensalza, será humillado: cúmplase en ti, Todo el que se humilla, será ensalzado (Luc. XIV, 11). Vuelve del abismo. Vuelvo, dice; vuelvo, reconozco: Dios, ¿quién es semejante a ti? ¡Cuántas tribulaciones muchas y malas me

has mostrado! Y vuelto, me vivificaste, y de los abismos de la tierra me trajiste de nuevo. Entendemos, escucho. Pues me trajiste de los abismos de la tierra; me trajiste de la profundidad y sumersión del pecado. Pero, ¿por qué, de nuevo? ¿Cuándo ya había sucedido? Sigamos, no sea que las partes posteriores del salmo nos expliquen, lo que aquí aún no entendemos, qué quiso decir de nuevo. Escuchemos, pues: ¡Cuántas tribulaciones muchas y malas me has mostrado! y vuelto, me vivificaste, y de los abismos de la tierra me trajiste de nuevo. ¿Qué después? Multiplicaste tu justicia; y vuelto, me consolaste, y de los abismos de la tierra me trajiste de nuevo. He aquí otro de nuevo. Si nos esforzamos por resolver este de nuevo puesto una vez, ¿quién podrá resolver el duplicado? Ya el mismo de nuevo es una duplicación, y de nuevo se ha puesto de nuevo. Que esté presente aquel por cuya gracia: que esté presente también el brazo que anunciamos a toda generación venidera: que esté presente él, y como con la llave de su cruz abra el sacramento cerrado. Pues no en vano, cuando él fue crucificado, el velo del templo se rasgó por la mitad (Mat. XXVII, 51), sino porque por su pasión se revelaron los secretos de todos los misterios. Que esté presente, pues, él a los que pasan a él; quítese el velo (II Cor. III, 16): díganos nuestro Señor y Salvador Jesucristo, por qué tal voz del Profeta fue anticipada: ¡Me has mostrado tribulaciones muchas y malas; y vuelto, me vivificaste, y de los abismos de la tierra me trajiste de nuevo! He aquí que esto primero se puso de nuevo: veamos qué es esto, y encontraremos por qué el otro de nuevo.

10. ¿Qué es Cristo? En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios: este estaba en el principio con Dios. Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada fue hecho. ¡Grande esto! ¡Grande esto! ¿Tú qué, cautivo? ¿Dónde yaces? En la carne, bajo la muerte. ¿Quién, pues, es él? ¿Quién eres tú? ¿Y qué él después? ¿Por quién? ¿Quién es él, sino lo que se ha dicho, Verbo? ¿Qué Verbo? ¿No sea que suene y pase? Verbo Dios con Dios; Verbo por el cual todas las cosas fueron hechas. ¿Qué por ti? Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros (Juan I, 1, 2, 3, 14). Quien no escatimó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros; ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas? (Rom. VIII, 32). He aquí qué, quién, por quién. ¡Hijo de Dios carne por el pecador, por el iniquo, por el desertor, por el soberbio, por el perverso imitador de su Dios! Hecho él lo que tú, hijo del hombre, para que nosotros fuéramos hechos hijos de Dios. ¡Carne hecha: de dónde carne? De María virgen (Luc. II, 7). ¿De dónde María virgen? De Adán. Por tanto, de aquel primer cautivo; y carne en Cristo de la masa de la cautividad. ¿Para qué esto? Para ejemplo. Tomó de ti en qué morir por ti; tomó de ti qué ofrecer por ti, con qué ejemplo enseñarte. ¿Qué enseñarte? Que resucitarás. ¿De dónde creerías, si no precediera el ejemplo de la carne asumida de la masa de tu muerte? Por tanto, en aquel primero resucitamos; porque también Cristo cuando resucitó, nosotros resucitamos. No murió el Verbo, y resucitó; sino que en el Verbo la carne murió, y resucitó. Allí murió Cristo, donde tú vas a morir; y allí resucitó Cristo, donde tú vas a resucitar. Con su ejemplo te enseñó qué no temer, qué esperar. Temías la muerte; murió: desesperabas de la resurrección; resucitó. Pero me dices: Él resucitó; ¿acaso yo? Pero resucitó en lo que tomó por ti de ti. Por tanto, tu naturaleza en él te precedió; y lo que fue tomado de ti, ascendió antes que tú: allí, pues, también tú ascendiste. Ascendió, pues, él primero, y en él nosotros; porque aquella carne de la humanidad. Por tanto, con él resucitando, fuimos traídos de los abismos de la tierra. Así que cuando Cristo resucitó, de los abismos de la tierra me trajiste. Pero cuando creemos en Cristo, de los abismos de la tierra me trajiste de nuevo. He aquí un de nuevo. Escucha que se cumple por el Apóstol: Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la diestra de Dios; saboread las cosas de arriba, no las de la tierra (Col. III, 1, 2). Por tanto, él precedió; ya hemos resucitado también nosotros, pero aún en esperanza. Escucha esto mismo al apóstol Pablo diciendo: Y nosotros mismos gemimos en nosotros mismos esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo. Aún gimes, aún esperas. ¿Qué, pues, te ha concedido Cristo?

Escucha lo que sigue: Porque en esperanza fuimos salvados; pero la esperanza que se ve no es esperanza. Pues lo que uno ve, ¿por qué esperarlo? Pero si esperamos lo que no vemos, con paciencia lo aguardamos (Rom. VIII, 23-25). Por tanto, fuimos traídos de nuevo de los abismos en esperanza. ¿Por qué de nuevo? Porque ya Cristo había precedido. Pero porque resucitaremos en realidad: ahora vivimos en esperanza, ahora caminamos según la fe: fuimos traídos de los abismos de la tierra, creyendo en aquel que antes de nosotros resucitó de los abismos de la tierra; nuestra alma fue resucitada de la iniquidad de la infidelidad, y se hizo en nosotros como una primera resurrección por la fe. Pero si solo será, ¿dónde está lo que el Apóstol dice: «Esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo?» ¿Dónde está lo que en aquel lugar dijo: «El cuerpo está muerto a causa del pecado; el espíritu es vida a causa de la justicia. Pero si el que resucitó a Cristo de los muertos habita en vosotros, el que resucitó a Jesús Cristo de los muertos vivificará también vuestros cuerpos mortales, por su Espíritu que habita en vosotros» (Rom. VIII, 10, 11)? Por tanto, ya hemos resucitado en mente, en fe, en esperanza, en caridad; pero resta que resucitemos en cuerpo. Has oído un de nuevo; has oído otro de nuevo: un de nuevo, por Cristo precediendo; y otro, pero aún en esperanza, lo que resta en realidad. Multiplicaste tu justicia: ya en los creyentes, ya en aquellos que primero resucitaron en esperanza. Multiplicaste tu justicia. A esa justicia pertenece también el castigo; porque es tiempo de que el juicio comience por la casa de Dios (I Pedro IV, 17), dice Pedro; es decir, por sus santos. Pero azota a todo hijo que recibe (Prov. III, 12, y Hebr. XII, 6). Multiplicaste tu justicia: porque ya ni a los hijos perdonaste; sino que a quienes guardabas la herencia eterna, no los abandonaste en la disciplina. Multiplicaste tu justicia; y vuelto, me consolaste: y por el cuerpo que al final resucitará, y de los abismos de la tierra me trajiste de nuevo.

11. [vers. 22.] Pues yo te confesaré en los instrumentos del salmo tu verdad. Instrumentos del salmo, salterio. Pero, ¿qué es el salterio? Un instrumento de madera con cuerdas. ¿Qué significa? Hay algo que diferencia entre él y la cítara: dicen que hay diferencia quienes lo saben, porque el hueco de madera sobre el cual se tienden las cuerdas para que resuenen, el salterio lo tiene en la parte superior, la cítara en la inferior. Y porque el espíritu es de arriba, la carne de la tierra, parece significarse por el salterio el espíritu, por la cítara la carne. Y porque dijo dos reducciones nuestras de los abismos de la tierra; una según el espíritu en esperanza, otra según el cuerpo en realidad; escucha esas dos: Pues yo te confesaré en los instrumentos del salmo tu verdad. Esto según el espíritu: ¿qué del cuerpo? Te cantaré con la cítara, santo de Israel.

12. [vers. 23, 24.] Escucha esto de nuevo, por él mismo una y otra vez. Mis labios se regocijarán cuando te cante. Dado que los labios suelen referirse tanto al hombre interior como al exterior, es incierto cómo se colocan los labios: sigue entonces, Y mi alma que redimiste. Por lo tanto, de los labios interiores salvados en esperanza, rescatados de los abismos de la tierra en fe y caridad, esperando aún la redención de nuestro cuerpo, ¿qué decimos? Ya ha dicho: Y mi alma que redimiste. Pero para que no pienses que solo el alma ha sido redimida, en la que ahora has escuchado una vez más, dice: Aún más, y mi lengua: por lo tanto, ya la lengua del cuerpo meditará tu justicia todo el día: es decir, en la eternidad sin fin. Pero ¿cuándo será esto? Ya al final del mundo con la resurrección del cuerpo y el cambio a un estado angelical. ¿De dónde se prueba esto, que se dice del final, Aún más, y mi lengua meditará tu justicia todo el día? Cuando sean confundidos y avergonzados los que buscan el mal para mí. ¿Cuándo se confundirán, cuándo se avergonzarán, sino al final del mundo? Porque serán confundidos de dos maneras; o cuando crean en Cristo, o cuando Cristo venga. Pues mientras la Iglesia esté aquí; mientras el trigo gime entre la paja, mientras las espigas gimen entre la cizaña (Mat. III, 12, y XIII, 30), mientras los vasos de misericordia

gimen entre los vasos de ira hechos para deshonra (II Tim. II, 20), mientras el lirio gime entre las espinas, no faltarán enemigos que digan, ¿Cuándo morirá, y perecerá su nombre? (Sal. XL, 6); es decir, He aquí que vendrá el tiempo en que se acabarán, y no habrá cristianos: así como comenzaron en algún momento, así hasta un tiempo determinado estarán. Pero cuando dicen estas cosas; y mueren sin fin, y la Iglesia permanece, proclamando el brazo del Señor a toda generación venidera. Y vendrá él mismo al final en su gloria; resucitarán todos los muertos, cada uno con su causa: los buenos serán separados a la derecha, y los malos a la izquierda (Mat. XXV, 33); y se confundirán los que insultaban, se avergonzarán los que murmuraban: y así mi lengua después de la resurrección meditará tu justicia, todo el día tu alabanza, cuando sean confundidos y avergonzados los que buscan el mal para mí.

EN EL SALMO LXXI COMENTARIO.

1. [vers. 1.] En cuanto a Salomón, el título de este salmo está preanotado; pero se dicen en él cosas que no pueden convenir a aquel Salomón, rey de Israel según la carne, conforme a lo que de él habla la Sagrada Escritura: pero pueden convenir perfectamente al Señor Cristo. De donde se entiende que también el mismo nombre de Salomón se ha usado con un significado figurado, para que en él se entienda a Cristo. Salomón, en efecto, se interpreta como Pacífico; y por tanto, tal nombre le conviene verdaderamente y de la mejor manera a aquel por quien, como mediador, de enemigos, al recibir el perdón de los pecados, somos reconciliados con Dios. Porque cuando éramos enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo (Rom. V, 10). Él mismo es aquel pacífico, que hizo de ambos uno, y derribando el muro intermedio de separación, las enemistades en su carne; aboliendo la ley de los mandamientos en decretos, para crear en sí mismo de los dos un solo hombre nuevo, haciendo la paz: y vino y anunció la paz a los que estaban lejos, y la paz a los que estaban cerca (Efes. II, 14-17). Él mismo dice en el Evangelio: La paz os dejo, mi paz os doy (Juan XIV, 27). Y en muchos otros testimonios se muestra que el Señor Cristo es pacífico: no según la paz que conoce y busca este mundo; sino aquella paz de la que se dice en el profeta, Les daré verdadero consuelo, paz sobre paz (Isaías LVII, 19, según la LXX); cuando a la paz de la reconciliación se añade la paz de la inmortalidad. Pues después de haber recibido todo lo que Dios prometió, debemos esperar la última paz, en la que vivamos con Dios eternamente, como muestra el mismo profeta, donde dice: Señor, Dios nuestro, danos paz; porque todo nos lo has dado (Isaías XXVI, 12, según la LXX). Esa paz será ciertamente perfecta, cuando el último enemigo, la muerte, sea destruido. ¿Y en quién será esto, sino en aquel pacífico nuestro reconciliador? Porque así como en Adán todos mueren; así también en Cristo todos serán vivificados (I Cor. XV, 26, 22). Por lo tanto, habiendo encontrado al verdadero Salomón, es decir, al verdadero pacífico; veamos qué enseña luego el mismo salmo sobre él.

2. [vers. 2.] Dios, da tu juicio al rey, y tu justicia al hijo del rey. El mismo Señor dice en el Evangelio, El Padre no juzga a nadie; sino que todo juicio lo ha dado al Hijo (Juan V, 22): esto es, entonces, Dios, da tu juicio al rey. Este rey también es hijo del rey, porque Dios Padre ciertamente es rey. Así está escrito, que el rey hizo bodas para su hijo (Mat. XXII, 2). Según el modo de la Escritura, se repite lo mismo. Pues lo que dijo, tu juicio; lo dijo de otra manera: tu justicia: y lo que dijo, al rey; lo dijo de otra manera: al hijo del rey; como es aquello. El que habita en los cielos se reirá de ellos, y el Señor se burlará de ellos (Sal. II, 4). Lo que es, el que habita en los cielos; esto es, y el Señor: y lo que es, se reirá de ellos; esto es, se burlará de ellos. Y, Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos (Sal. XVIII, 2). Los cielos se repiten con el nombre de firmamento: y lo que se dijo, la gloria de Dios; se repitió, la obra de sus manos: y lo que se dijo, cuentan; se repitió, anuncia. Estas repeticiones en gran medida recomiendan los divinos oráculos; ya sea que se repitan las mismas palabras, o con otras palabras se repita el mismo sentido: y se encuentran

principalmente en los Salmos; y en ese tipo de discurso donde se debe mover el afecto del alma.

3. Luego sigue: Juzgar al pueblo en justicia, y a tus pobres en juicio. Se muestra suficientemente para qué fin el Rey Padre dio al Rey Hijo su juicio y su justicia, cuando dice, Juzgar al pueblo en justicia, es decir, para juzgar a tu pueblo. Tal locución está en Salomón: Proverbios de Salomón, hijo de David, para conocer sabiduría y disciplina (Prov. I, 1); esto es, Proverbios de Salomón, para conocer sabiduría y disciplina. Así, da tu juicio, para juzgar a tu pueblo; es decir, da tu juicio, para juzgar a tu pueblo. Pero lo que dijo primero, tu pueblo; lo dijo después, tus pobres: y lo que dijo primero, en justicia; lo dijo después, en juicio; según aquel modo de repetición. Donde ciertamente muestra que el pueblo de Dios debe ser pobre, es decir, no soberbio, sino humilde. Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos (Mat. V, 3). Con esta pobreza también fue pobre el bienaventurado Job, incluso antes de perder aquellas grandes riquezas terrenales. Lo cual creí necesario recordar, porque hay algunos que más fácilmente distribuyen todas sus cosas a los pobres, que ellos mismos se hacen pobres de Dios. Pues están inflados de jactancia, creyendo que se les debe atribuir a ellos mismos, no a la gracia de Dios, el hecho de vivir bien; y por eso ya no viven bien, por más buenas obras que parezcan hacer. Pues creen tener de lo suyo, y se glorían como si no hubieran recibido (I Cor. IV, 7): ricos de sí mismos, no pobres de Dios; abundantes para sí, no necesitados de Dios. Pero dice el Apóstol: Si distribuyera todos mis bienes a los pobres, y entregara mi cuerpo para ser quemado, pero no tengo caridad, de nada me sirve. Como si dijera: Si distribuyera todos mis bienes a los pobres, y no fuera pobre de Dios, de nada me sirve. Porque la caridad no se envanece (I Cor. XIII, 3, 4); ni es verdadera caridad de Dios en aquel que es ingrato al Espíritu Santo, por quien se difunde en nuestros corazones la caridad de él (Rom. V, 5). Y por eso tales no pertenecen al pueblo de Dios, porque no son pobres de Dios. Pues los pobres de Dios dicen: Nosotros no hemos recibido el espíritu de este mundo, sino el Espíritu que es de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha dado (I Cor. II, 12). Pues aunque en este salmo, por el sacramento del hombre asumido por el cual el Verbo se hizo carne (Juan I, 14), se dice al Rey Dios Padre, Da tu justicia al hijo del rey; estos no quieren que se les dé justicia, sino que confían en tenerla de sí mismos. Porque ignorando la justicia de Dios, y queriendo establecer la suya propia, no se han sometido a la justicia de Dios (Rom. X, 3). No son, por tanto, como dije, pobres de Dios, sino ricos de sí mismos; porque no son humildes, sino soberbios. Pero vendrá él a juzgar al pueblo de Dios en justicia, y a los pobres de Dios en juicio: y con ese juicio separará a sus pobres de sus ricos; pero a quienes con su pobreza hizo ricos suyos. Pues el pueblo pobre clama a él: Júzgame, Dios, y defiende mi causa contra la gente impía (Sal. XLII, 1).

4. Pero al cambiar el orden de las palabras, cuando primero dijo, Dios, da tu juicio al rey, y tu justicia al hijo del rey, poniendo primero juicio, luego justicia; primero puso justicia, luego juicio, diciendo, Juzgar al pueblo en justicia, y a tus pobres en juicio; muestra más que llamó juicio a la justicia, demostrando que no importa en qué orden se ponga, cuando significa lo mismo. Pues se suele decir juicio torcido lo que es injusto; pero no solemos decir justicia iniqua o injusta. Pues si es torcida e injusta; ya no debe llamarse justicia. Por tanto, al poner juicio, y repetirlo con el nombre de justicia; o al poner justicia, y repetirla con el nombre de juicio, enseña suficientemente que llama propiamente juicio a lo que se suele poner por justicia, es decir, lo que no puede entenderse en mal juicio. Pues donde el Señor dice, No juzguéis según las apariencias, sino juzgad con justo juicio (Juan VII, 24), muestra que puede haber juicio torcido, cuando dice, Juzgad con justo juicio: pues prohíbe aquel; este lo manda. Pero cuando dice juicio sin ninguna adición, quiere que se entienda justo; como es aquello que dice, Dejáis lo más importante de la Ley, la misericordia y el juicio (Mat. XXIII, 23). Y

aquello que dice Jeremías: Haciendo sus riquezas no con juicio (Jer. XVII, 11). No dice, Haciendo sus riquezas con juicio torcido o injusto, o no con juicio recto o justo; sino, no con juicio: no llamando juicio, sino a lo que es recto y justo.

5. [vers. 3.] Reciban los montes paz para el pueblo, y los collados justicia. Los montes son mayores, los collados menores. Sin duda, estos son los que otro salmo tiene: Pequeños con grandes. Estos montes saltaron como carneros, y estos collados como corderos de ovejas, en la salida de Israel de Egipto (Sal. CXIII, 13, 4, 1), es decir, en la liberación del pueblo de Dios de la servidumbre de este mundo. Los que sobresalen en santidad en la Iglesia, son montes; que son idóneos para enseñar a otros (II Tim. II, 2), hablando de tal manera que se instruyan fielmente, viviendo de tal manera que se imiten saludablemente: los collados son los que siguen su excelencia con obediencia. ¿Por qué entonces los montes paz, y los collados justicia? ¿O acaso no importaría si se dijera así: Reciban los montes justicia para el pueblo, y los collados paz? Pues a ambos les es necesaria la justicia, y a ambos la paz: y puede ser que con otro nombre se llame paz a la misma justicia; pues esta es la verdadera paz, no como la que los injustos hacen entre sí. ¿O más bien debe entenderse con una distinción no despreciable lo que dice, Reciban los montes paz, y los collados justicia? Pues los que sobresalen en la Iglesia, deben velar con atención vigilante por la paz; para que no hagan cismas por sus honores, rompiendo el vínculo de la unidad. Los collados, sin embargo, deben seguirlos imitando y obedeciendo, de tal manera que antepongan a Cristo; para que no, seducidos por la vana autoridad de los malos montes, porque parecen sobresalir, se separen de la unidad de Cristo. Por eso se dijo: Reciban los montes paz para el pueblo. Digan ciertamente: Sed imitadores de mí, como yo de Cristo (I Cor. XI, 1). Pero digan también: Aunque nosotros, o un ángel del cielo os anuncie otro evangelio diferente del que habéis recibido, sea anatema (Gál. I, 8). Digan también: ¿Acaso fue crucificado Pablo por vosotros, o en el nombre de Pablo fuisteis bautizados? (I Cor. I, 13). Así reciban paz para el pueblo de Dios, es decir, para los pobres de Dios; no queriendo reinar sobre ellos, sino con ellos. Ellos también no digan, Yo soy de Pablo, yo soy de Apolo, yo soy de Cefas; sino que todos digan: Yo soy de Cristo (I Cor. I, 12). Esta es la justicia: no anteponer a los siervos al Señor, ni igualarlos; así levantar los ojos a los montes de donde viene su ayuda, pero no esperar su ayuda de los montes, sino del Señor que hizo el cielo y la tierra (Sal. CXX, 1, 2).

6. También puede entenderse muy convenientemente así, Reciban los montes paz para el pueblo, para que entendamos paz en la reconciliación por la cual somos reconciliados con Dios: pues los montes la reciben para su pueblo. Esto lo testifica el Apóstol así: Las cosas viejas pasaron; he aquí, todas son hechas nuevas: y todo esto es de Dios, que nos reconcilió consigo mismo por Cristo, y nos dio el ministerio de la reconciliación. He aquí cómo reciben los montes paz para su pueblo. Porque Dios estaba en Cristo, reconciliando al mundo consigo mismo; no imputándoles sus pecados, y poniendo en nosotros la palabra de reconciliación. ¿En quiénes, sino en los montes que reciben paz para su pueblo? Por lo tanto, los legados de paz añaden subsecuentemente, y dicen: Por Cristo, pues, somos embajadores, como si Dios rogara por medio de nosotros; os rogamos por Cristo, reconciliaos con Dios (II Cor. V, 17-20). Esta paz la reciben los montes para su pueblo, es decir, la predicación y el ministerio de su paz: los collados, sin embargo, justicia; esto es, obediencia, que es en los hombres y en toda criatura racional el origen y la perfección de toda justicia; de tal manera que de dos hombres, es decir, Adán que fue cabeza de nuestra muerte, y Cristo que es cabeza de nuestra salvación, se recomienda esta gran distinción: porque así como por la desobediencia de un hombre, muchos fueron constituidos pecadores; así también por la obediencia de un hombre, muchos serán constituidos justos (Rom. V, 19). Reciban, pues, los montes paz para el pueblo, y los collados justicia; para que de este modo, concordando ambos, se cumpla lo que está

escrito, La justicia y la paz se besaron (Sal. LXXXIV, 11). Pero lo que otros códices tienen, Reciban los montes paz para el pueblo, y los collados: creo que deben entenderse ambos como predicadores de la paz evangélica; ya sean los que preceden, ya sean los que siguen. En estos códices sigue aquello: En justicia juzgará a los pobres del pueblo. Pero aquellos códices son más aprobados, que tienen lo que expusimos arriba, Reciban los montes paz para el pueblo, y los collados justicia. Algunos, sin embargo, tienen, para tu pueblo; otros no tienen tuyo, sino solamente para el pueblo.

7. [vers. 4.] Juzgará a los pobres del pueblo, y salvará a los hijos de los pobres. Los pobres y los hijos de los pobres me parecen ser los mismos; como la misma ciudad es Sion y la hija de Sion. Si, sin embargo, debe entenderse más distintamente; entendemos por pobres, los montes; y por hijos de los pobres, los collados: como los Profetas y los Apóstoles, pobres; y los hijos de ellos, es decir, los que bajo su autoridad progresan, hijos de los pobres. Pero lo que se dijo antes, Juzgará, y después, salvará, es una especie de exposición de cómo juzgará. Pues juzgará para salvar, es decir, para discernir de los que deben ser perdidos y condenados, a quienes dona la salvación preparada para ser revelada en el tiempo postrero (I Pedro I, 5). Pues a tales se les dice, No destruyas con los impíos mi alma (Sal. XXV, 9); y, Júzgame, Dios, y defiende mi causa contra la gente impía (Sal. XLII, 1). También se debe considerar que no dijo, Juzgará al pueblo pobre; sino, a los pobres del pueblo. Pues arriba donde dijo, Juzgar a tu pueblo en justicia, y a tus pobres en juicio, llamó al mismo pueblo de Dios a quienes sus pobres; es decir, solamente a los buenos y pertenecientes a la parte derecha. Pero porque en este mundo se alimentan juntos los de la derecha y los de la izquierda, que como corderos y cabritos deben ser separados al final (Mat. XXV, 32); llamó a todo como está mezclado, con el nombre de pueblo. Y porque también aquí pone el juicio en el buen sentido, es decir, para salvar; por eso dice, Juzgará a los pobres del pueblo: es decir, a los que son pobres en el pueblo los discernirá para la salvación. Ya hemos expuesto quiénes son los pobres: entendamos a estos también como necesitados. Y humillará al calumniador. Nadie mejor que el diablo se reconoce aquí como calumniador. Su calumnia es: ¿Acaso teme Job a Dios de balde? (Job I, 9). Pero el Señor Jesús lo humilla, ayudando a los suyos con su gracia, para que teman a Dios de balde, es decir, se deleiten en el Señor (Sal. XXXVI, 4). También lo humilló así: porque cuando en él el diablo, es decir, el príncipe de este mundo no encontró nada (Juan XIV, 30), lo mató por las calumnias de los judíos; de quienes se valió el calumniador como de sus vasos, operando en los hijos de desobediencia (Efes. II, 2). Pues fue humillado, porque aquel a quien mataron resucitó, y le quitó el reino de la muerte; cuyo poder él ejercía de tal manera, que de un solo hombre a quien había engañado, arrastraba a todos a la condenación por la muerte. Pero fue humillado: porque si por la ofensa de uno reinó la muerte por uno, mucho más los que reciben la abundancia de la gracia y de la justicia, reinarán en vida por uno, Jesucristo (Rom. V, 17), quien humilló al calumniador, enviando falsas acusaciones, jueces inicuos, falsos testigos, para perderlo.

8. [vers. 5.] Y permanecerá solo, o permanecerá con el sol. Así es como algunos de los nuestros han considerado que es mejor interpretar lo que en griego es *συμπαραμενεῖ*. Si pudiera decirse en latín con una sola palabra, debería decirse compermanecerá: pero como en latín no se puede expresar con un verbo, al menos se ha expresado la idea diciendo, permanecerá con el sol. Porque no es otra cosa compermanecerá solo, que permanecerá con el sol. ¿Y qué grandeza hay en permanecer con el sol para aquel por quien fueron hechas todas las cosas, y sin el cual nada fue hecho (Juan I, 3); sino porque esta profecía se ha dado para aquellos que piensan que la religión del nombre cristiano vivirá en este mundo hasta un cierto tiempo, y después no existirá? Permanecerá, por tanto, con el sol, mientras el sol salga y se ponga: esto es, mientras estos tiempos se sucedan, no faltará la Iglesia de Dios, es decir,

el cuerpo de Cristo en la tierra. Lo que añade, Y antes de la luna, generaciones de generaciones: pudo haber dicho, Y antes del sol, es decir, y con el sol, y antes del sol; lo que se entendería como, Y con los tiempos, y antes de los tiempos. Lo que precede al tiempo, es eterno: y esto debe considerarse verdaderamente eterno, lo que no varía con el tiempo, como en el principio era el Verbo. Pero prefirió significar por la luna los aumentos y disminuciones de los mortales. Finalmente, cuando dijo, antes de la luna; queriendo de alguna manera explicar por qué puso la luna, dijo, generaciones de generaciones: como si dijera, Antes de la luna, es decir, antes de las generaciones de generaciones, que pasan con la desaparición y sucesión de los mortales, como los decrecimientos y aumentos lunares. Y por tanto, ¿qué mejor se entiende por permanecer antes de la luna, sino preceder a todas las cosas mortales con la inmortalidad? Esto también puede entenderse sin inconvenientes, que lo que ya está sentado a la derecha del Padre con el calumniador humillado, es permanecer con el sol. Porque el Hijo es entendido como el resplandor de la gloria eterna (Hebr. I, 3); como si el Padre fuera el sol, y su resplandor su Hijo; pero así pueden decirse estas cosas de la sustancia invisible del Creador: no como de esta criatura visible, en la que están los cuerpos celestiales, de los cuales el sol resplandece más, de donde se ha tomado esta similitud; como también se toma de las cosas terrenales, la roca, el león, el cordero, el hombre que tiene dos hijos, y otras. Por tanto, con el calumniador humillado permanece con el sol; porque vencido el diablo por la resurrección, está sentado a la derecha del Padre (Marcos XVI, 19), donde ya no muere, y la muerte no tendrá más dominio sobre él (Rom. VI, 9). Y esto antes de la luna, como el primogénito de los muertos precediendo a la Iglesia, que pasa con la desaparición y sucesión de los mortales. Estas son las generaciones de generaciones. O tal vez porque son generaciones en las que nacemos mortalmente; pero generaciones de generaciones, en las que renacemos inmortalmente. Y esta es la Iglesia que él precedió, para que permaneciera antes de la luna, como primogénito de los muertos. Ciertamente, lo que está en griego γενεας γενεων, algunos han interpretado no como generaciones, sino como generación de generaciones: porque γενεας es un caso ambiguo en griego, y si es genitivo singular της γενεας, es decir, de esta generación, o acusativo plural τας γενεας, es decir, estas generaciones, no aparece claramente; sino que con razón se ha preferido ese sentido, como si explicando lo que dijo luna, añadió, generaciones de generaciones.

9. [vers. 6.] Y descenderá como la lluvia sobre el vellón, y como gotas que destilan sobre la tierra. Recordó y advirtió que lo que se hizo por el juez Gedeón, tiene su fin en Cristo. Pues él pidió una señal al Señor, que solo el vellón puesto en la era se empapara, y la era estuviera seca; y de nuevo que solo el vellón estuviera seco, y la era se empapara; y así fue hecho (Jueces VI, 36-40). Lo que significó, como en la era en todo el mundo, el vellón seco fue el pueblo anterior de Israel. Así pues, el mismo Cristo descendió como la lluvia sobre el vellón, mientras la era aún estaba seca; de donde también dijo: No he sido enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel (Mateo XV, 24). Allí eligió a la madre de la que tomaría la forma de siervo, en la que aparecería a los hombres; allí a los discípulos a quienes les ordenó lo mismo, diciendo: No vayáis por el camino de los gentiles, ni entréis en las ciudades de los samaritanos: id primero a las ovejas perdidas de la casa de Israel (Id. X, 5, 6). Cuando dice, Id primero a ellas, muestra que después, cuando ya la era debía ser empapada, irían también a otras ovejas que no eran del antiguo pueblo de Israel, de las cuales dice: Tengo otras ovejas que no son de este redil; también a ellas debo traer, para que haya un solo rebaño y un solo pastor (Juan X, 16). De aquí también el Apóstol: Porque digo, dice, que Cristo fue ministro de la circuncisión por la verdad de Dios, para confirmar las promesas de los padres. Así la lluvia descendió sobre el vellón, mientras la era aún estaba seca. Pero como sigue, Y las naciones glorificarán a Dios por su misericordia (Rom. XV, 8, 9); para que con el tiempo se cumpliera lo que dice el Profeta, El pueblo que no conocí me sirvió: al oírme, me obedeció

(Sal. XVII, 45): vemos ya por la gracia de Cristo que la nación de los judíos ha permanecido seca, y todo el mundo en todas las naciones ha sido empapado con las nubes llenas de la gracia cristiana. Pues con otra palabra significó la misma lluvia, diciendo, Gotas que destilan; ya no sobre el vellón, sino sobre la tierra. ¿Qué es otra cosa la lluvia que gotas que destilan? Por eso creo que aquella nación fue significada con el nombre de vellón, o porque debía ser despojada de la autoridad de la doctrina, como la oveja es despojada de su vellón; o porque en secreto retenía la misma lluvia, que no quería que se predicara a los incircuncisos, es decir, que se revelara a las naciones.

10. [vers. 7.] Surgirá en sus días justicia y abundancia de paz, hasta que se quite la luna. Lo que se ha dicho, se quite, algunos lo han interpretado como, se quite; otros, se exalte; traduciendo cada uno como le pareció, la palabra griega que está allí, ἀνταναιρεθῆ. Pero los que dijeron, se quite, y los que dijeron, se quite, no difieren tanto. Porque se quite tiene más la costumbre de decirse así, para que se quite y no esté, que para que se eleve más alto; pero se quite no puede entenderse de otra manera, sino para que se pierda, es decir, para que no esté: se exalte, sin embargo, no significa otra cosa que para que se eleve más alto. Lo cual, cuando se pone en el mal, suele significar soberbia; como está escrito: En tu sabiduría no te exaltes (Ecli. XXXII, 6). Pero en el bien se refiere a un honor más amplio, como cuando algo se eleva; como está escrito: En las noches levantad vuestras manos en el santuario, y bendecid al Señor (Sal. CXXXIII, 2). Aquí, por tanto, si entendemos que se ha dicho se quite, ¿qué será hasta que se quite la luna, sino que se haga para que no esté? Pues tal vez quiso que se entendiera esto, para que no haya más mortalidad, cuando el último enemigo, la muerte, sea destruido (I Cor. XV, 26): para que la abundancia de paz se lleve hasta esto, para que nada resista a la felicidad de los bienaventurados por la debilidad de la mortalidad; lo cual será en aquel siglo, del cual tenemos la fiel promesa de Dios por Jesucristo nuestro Señor, de quien se dice, Surgirá en sus días justicia y abundancia de paz: hasta que la muerte sea completamente vencida y destruida, toda mortalidad sea consumida. Pero si con el término luna, no se significó la mortalidad de la carne por la cual ahora transita la Iglesia, sino la misma Iglesia que permanecerá eternamente, liberada de esta mortalidad; así debe entenderse lo dicho, Surgirá en sus días justicia y abundancia de paz, hasta que se exalte la luna, como si se dijera: Surgirá en sus días justicia, que vencerá la contradicción y rebelión de la carne, y habrá una paz que crecerá y abundará, hasta que se exalte la luna, es decir, se eleve la Iglesia, para reinar con él en la gloria de la resurrección, quien la precedió en esta gloria como primogénito de los muertos, para sentarse a la derecha del Padre (Marcos XVI, 19); así permaneciendo con el sol antes de la luna, para que después se exalte también la luna.

11. [vers. 8.] Y dominará de mar a mar, y desde el río hasta los confines de la tierra. De quien ciertamente había dicho: Surgirá en sus días justicia y abundancia de paz, hasta que se exalte la luna. Si aquí se significa correctamente a la Iglesia con el término luna, consecuentemente mostró cuán ampliamente iba a difundir la misma Iglesia, cuando añadió: Y dominará de mar a mar. Pues la tierra está rodeada por un gran mar, que se llama Océano; del cual fluye algo pequeño en medio de las tierras, y forma estos mares conocidos por nosotros, que son frecuentados por las naves. Por tanto, de mar a mar, dijo que dominaría desde cualquier fin de la tierra, hasta cualquier fin, cuyo nombre y poder serían predicados en todo el mundo, y tendrían gran influencia. Para que no pudiera entenderse de otra manera, de mar a mar; inmediatamente añadió, y desde el río hasta los confines de la tierra. Lo que, por tanto, dijo, hasta los confines de la tierra; esto había dicho antes, de mar a mar. Pero lo que ahora dice, desde el río; claramente expresó que quiso comenzar a encomendar su poder desde allí, donde también comenzó a elegir a los discípulos; desde el río Jordán, donde sobre el Señor bautizado, cuando descendió el Espíritu Santo, sonó una voz del cielo: Este es mi Hijo amado

(Mateo III, 17). Desde allí, por tanto, comenzando su doctrina y la autoridad de su magisterio celestial, se extiende hasta los confines de la tierra, cuando se predica el Evangelio del reino en todo el mundo, en testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin.

12. [vers. 9.] Ante él caerán los etíopes, y sus enemigos lamerán la tierra. Por los etíopes, en parte, significó a todas las naciones; eligiendo nombrar a esa nación, que está en los confines de la tierra. Ante él caerán, se dijo, lo adorarán. Y porque habrían de surgir cismas en diversos lugares de la tierra, que envidiarían a la Iglesia católica difundida por todo el mundo; y estos mismos cismas se dividirían por nombres de hombres, y amando a los hombres por quienes fueron divididos, envidiarían la gloria de Cristo, que está sobre toda la tierra, a quien se dijo: Exáltate sobre los cielos, Dios, y sobre toda la tierra tu gloria (Sal. CVII, 6). Pues el hombre mereció oír: Tierra eres, y a la tierra volverás (Gén. III, 19). Lamiendo esta tierra, es decir, deleitándose con la autoridad vana de tales hombres, amándolos, y teniéndolos en gran estima, contradicen las palabras divinas, por las cuales la Iglesia católica fue predicha, no en alguna parte de la tierra, como cualquier cisma; sino en todo el mundo fructificando y creciendo, hasta llegar a los mismos etíopes, es decir, a los hombres más extremos y oscuros.

13. [vers. 10, 11.] Los reyes de Tarsis y de las islas ofrecerán presentes; los reyes de Arabia y de Saba traerán dones. Y lo adorarán todos los reyes de la tierra; todas las naciones le servirán. Esto ya no requiere un expositor, sino un contemplador; más bien se presenta a la vista no solo de los fieles que se alegran, sino también de los infieles que gimen: a menos que tal vez se deba preguntar qué se ha dicho, traerán dones. Pues suelen traerse aquellas cosas que pueden caminar. ¿Acaso podría decirse de las víctimas que se inmolan? Lejos esté que tal justicia surja en sus días. Pero estos dones que se han predicho que se traerán, me parece que significan a los hombres, que la autoridad de los reyes lleva a la sociedad de la Iglesia de Cristo; aunque también los reyes que persiguen han traído dones, sin saber lo que hacían al inmolar a los santos mártires.

14. [vers. 12.] Pero cuando expuso las razones por las cuales se le rendiría tanto honor por parte de los reyes, y se le serviría por todas las naciones: Porque libró, dice, al necesitado del poderoso, y al pobre que no tenía ayudador. Este necesitado y pobre, es el pueblo de los creyentes en él. En este pueblo están también los reyes que lo adoran. Pues no desdeñan ser necesitados y pobres, es decir, confesando humildemente sus pecados, y necesitando la gloria y la gracia de Dios, para que ese rey, hijo del Rey, los libere del poderoso. Pues el mismo es el poderoso, aquel que antes fue llamado calumniador: a quien no lo hizo poderoso para someter a los hombres y retenerlos en cautiverio su virtud, sino los pecados humanos. El mismo también ha sido llamado fuerte; por eso aquí poderoso. Pero quien humilló al calumniador, y entró en la casa del fuerte, para que, atado él, saquease sus bienes (Mateo XII, 29), este liberó al necesitado del poderoso, y al pobre que no tenía ayudador. Pues esto no lo pudo lograr ni la virtud de nadie, ni ningún hombre justo, ni ningún ángel. Por tanto, cuando no había ayudador, él mismo viniendo los salvó.

15. [vers. 13.] Sin embargo, surgía la pregunta, Si por los pecados el hombre estaba retenido por el diablo, ¿acaso a Cristo, que libró al necesitado del poderoso, le agradaron los pecados? Lejos esté: sino que, Perdonará al pobre y al necesitado; es decir, perdonará los pecados al humilde, y no al que confía en sus propios méritos, o espera la salvación de su propia virtud, sino al que necesita la gracia de su Salvador. Pero cuando añadió, Y salvará las almas de los pobres, recomendó ambos auxilios de la gracia; tanto el que es para la remisión de los pecados, cuando dice, Perdonará al pobre y al necesitado; como el que es para la participación de la justicia, cuando añadió, Y salvará las almas de los pobres. Pues nadie es idóneo para la salvación, que es la justicia perfecta, a menos que la gracia de Dios lo ayude;

porque la plenitud de la Ley no es sino la caridad, que no existe en nosotros por nosotros mismos, sino que se difunde en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado (Rom. V. 5).

16. [vers. 14.] De las usuras y de la iniquidad redimirá sus almas. ¿Cuáles son estas usuras, sino los pecados, que también se llaman deudas (Mateo VI, 12)? Creo que se llaman usuras, porque se encuentra más mal en los castigos, que lo que se cometió en los pecados. Pues, por ejemplo, cuando un homicida solo mata el cuerpo de un hombre, y no puede dañar en nada al alma; tanto su alma como su cuerpo se pierden en el infierno. Por causa de tales despreciadores del precepto presente, y burladores del castigo futuro, se ha dicho: Yo viniendo, exigiría con usura (Id. XXV, 27). De estas usuras son redimidas las almas de los pobres, con aquella sangre que fue derramada para la remisión de los pecados. Por tanto, redimirá de las usuras, perdonando los pecados, que debían mayores castigos: pero redimirá de la iniquidad, ayudando con su gracia también para hacer justicia. Así, pues, se repiten las dos cosas que se dijeron antes. Porque lo que está arriba, Perdonará al pobre y al necesitado, esto se entiende, De las usuras: lo que dice allí, Y salvará las almas de los pobres; esto parece dicho, De la iniquidad: para que redimirá se entienda en ambos casos. Pues perdonando redimirá de las usuras; pero salvando redimirá de la iniquidad. Así, cuando perdonará al pobre y al necesitado, y salvará las almas de los pobres; así de las usuras y de la iniquidad redimirá sus almas. Y su nombre será honorable ante ellos. Pues dan honor a su nombre por tantos beneficios, quienes responden que es digno y justo dar gracias al Señor su Dios. O lo que tienen algunos códices, Y su nombre será honorable ante él: porque aunque los cristianos parezcan despreciables a este mundo, su nombre es honorable ante él, quien se lo dio, ya no recordando aquellos nombres por sus labios (Sal. XV, 4), con los que antes eran llamados, cuando estaban sujetos a las supersticiones de los gentiles, o marcados con los nombres de sus propios méritos malos, antes de ser cristianos: lo cual es un nombre honorable ante él, aunque parezca despreciable a los enemigos.

17. [vers. 15.] Y vivirá, y se le dará del oro de Arabia. No se diría, Y vivirá, (¿de quién no podría decirse esto viviendo en esta tierra por un breve espacio de tiempo?) si no se recomendara aquella vida, en la que ya no muere, y la muerte no tendrá más dominio sobre él (Rom. VI, 9). Y por eso vivirá quien fue despreciado muriendo: porque como dice otro profeta, Su vida será quitada de la tierra (Isaías LIII, 8. Véase Hechos VIII, 33). Pero, ¿qué es, y se le dará del oro de Arabia? Pues lo que aquel Salomón también recibió de allí, en este salmo se ha figurado trasladado a otro verdadero Salomón, es decir, al verdadero pacífico: pues aquel no dominó desde el río hasta los confines de la tierra. Así, pues, se profetizó que también los sabios de este mundo creerían en Cristo. Por Arabia entendemos las naciones: por el oro la sabiduría, que así sobresale entre todas las doctrinas, como el oro entre los metales; de donde está escrito, Recibid la prudencia como plata, y la sabiduría como oro probado (Prov. VIII, 10, 11). Y orarán por él siempre. Lo que tiene el griego, *περὶ αὐτοῦ*, algunos lo han interpretado como, por él; otros, por él, o por él. Pero, ¿qué es, por él, sino tal vez lo que oramos diciendo: Venga tu reino (Mateo VI, 10)? Pues la venida de Cristo presentará a los fieles el reino de Dios. Pero, ¿cómo se entiende por él, es difícil; a menos que cuando se ora por la Iglesia, se ora por él, porque es su cuerpo. Pues de Cristo y la Iglesia se ha dicho el gran sacramento: Serán dos en una sola carne (Efes. V, 32, 31). Ahora bien, lo que sigue, Todo el día, es decir, todo el tiempo, lo bendecirán, es bastante claro.

18. [vers. 16.] Y habrá un firmamento en la tierra, en las cumbres de los montes. Porque todas las promesas de Dios están en él Sí (II Cor. I, 20), es decir, en él están firmadas; porque en él se ha cumplido todo lo que fue profetizado para nuestra salvación. Pues se debe entender que

las cumbres de los montes son los autores de las Escrituras divinas, es decir, aquellos por quienes fueron ministradas; en los cuales ciertamente él es el firmamento, ya que todo lo que está escrito divinamente se refiere a él. Sin embargo, quiso que esto estuviera en la tierra, porque fue escrito para aquellos que están en la tierra: por eso él mismo vino a la tierra, para afirmar todo eso, es decir, para mostrar que se cumple en él. "Porque era necesario," dice, "que se cumpliera todo lo que está escrito en la Ley, los Profetas y los Salmos acerca de mí" (Luc. XXIV, 44); es decir, "en las cumbres de los montes." Así vino "en los últimos tiempos el monte del Señor, preparado en la cima de los montes" (Isai. II, 2); lo que aquí dice, "en las cumbres de los montes. Su fruto se elevará sobre el Líbano." Solemos entender el Líbano como la dignidad de este siglo; porque el monte Líbano tiene árboles altos, y el mismo nombre se interpreta como Blanqueamiento. ¿Qué maravilla hay, pues, si el fruto de Cristo se eleva sobre toda la eminencia ilustre de este siglo, cuyo fruto los amantes despreciaron todas las cumbres seculares? Pero si tomamos el Líbano en un buen sentido, por los cedros del Líbano que plantó (Sal. CIII, 16); ¿qué otro fruto se debe entender que se eleva sobre este Líbano, sino del que el Apóstol dice al hablar de su caridad: Aún os muestro un camino más excelente (I Cor. XII, 31)? Porque esta es la primera de las dádivas divinas, donde dice. El fruto del espíritu es la caridad; y de ahí se entrelazan las demás consecuentes (Gal. V, 22). Y florecerán de la ciudad como la hierba de la tierra. Porque la ciudad está puesta ambiguamente, y no se le ha añadido suya, o de Dios; pues no se ha dicho, de su ciudad, o de la ciudad de Dios, sino solamente de la ciudad; se entiende en buen sentido, que de la ciudad de Dios, es decir, de la Iglesia florezcan como la hierba; pero hierba fructífera, como es la del trigo: pues también esta se llama hierba en la Sagrada Escritura; como en el Génesis se ordenó que la tierra produjera todo árbol y toda hierba (Gen. I, 11), y no se añadió, todo trigo; lo cual sin duda no se pasaría por alto si no se entendiera también esto bajo el nombre de hierba; y en muchos otros lugares de las Escrituras se encuentra esto. Pero si se debe entender así, Y florecerán como la hierba de la tierra, como se ha dicho, Toda carne es hierba, y la gloria del hombre como la flor de la hierba; ciertamente también se debe entender aquella ciudad que significa la sociedad de este siglo: pues no en vano Caín fue el primero en fundar una ciudad (Id. IV, 17). Elevado, pues, el fruto de Cristo sobre el Líbano, es decir, sobre los árboles duraderos y maderas incorruptibles, porque ese fruto es eterno; toda la gloria del hombre según la altura temporal del siglo se compara con la hierba, porque por los creyentes y los que ya esperan la vida eterna se desprecia la felicidad temporal, para que se cumpla lo que está escrito. Toda carne es hierba, y toda la gloria de la carne como la flor de la hierba: la hierba se secó, la flor cayó. Pero la palabra del Señor permanece para siempre (Isai. XL, 6-8). Allí está su fruto exaltado sobre el Líbano. Porque siempre la carne fue hierba, y la gloria de la carne como la flor de la hierba: pero porque no se mostraba qué felicidad debía ser elegida y preferida, la flor de la hierba se tenía por grande; y no solo no se despreciaba, sino que también se deseaba en gran medida. Como si entonces hubiera comenzado a ser así, cuando se apartó y se despreció todo lo que florecía en el siglo, así se ha dicho, Su fruto se elevará sobre el Líbano, y florecerán de la ciudad como la hierba de la tierra: es decir, se difundirá sobre todo lo que se promete para siempre, y se comparará con la hierba de la tierra todo lo que se tiene por grande en el siglo.

19. [vers. 17.] Sea, pues, su nombre bendito por los siglos: antes del sol permanece su nombre. Por el sol se significan los tiempos: por tanto, su nombre permanece para siempre; pues lo eterno precede a los tiempos, y no se encierra en el tiempo. Y en él serán benditas todas las tribus de la tierra. En él se cumple lo que fue prometido a Abraham. "No dice, En las semillas, como en muchas; sino como en una, Y a tu semilla, que es Cristo" (Gal. III, 16). A Abraham se le dice: "En tu semilla serán benditas todas las tribus de la tierra" (Gen. XXII, 18). "Ni los hijos de la carne, sino los hijos de la promesa se cuentan como semilla" (Rom.

IX, 8). "Todas las naciones lo magnificarán." Como explicando se repite lo que se dijo antes. Porque en él serán bendecidos, lo magnificarán: no haciendo ellos que sea grande, quien por sí mismo es grande; sino alabándolo y confesando su grandeza. Así magnificamos a Dios; así también decimos: Santificado sea tu nombre (Mat. VI, 9): que siempre es santo.

20. [vers. 18.] Bendito sea el Señor, Dios de Israel, que hace maravillas solo. Considerando todo lo dicho anteriormente, se exhala un himno, y se bendice al Señor Dios de Israel. Se cumple lo que se dijo a aquella estéril, Y el que te redime, él mismo el Señor, Dios de Israel, será llamado de toda la tierra (Isai. LIV, 5). Él hace maravillas solo: porque cualquiera que haga, él obra en ellos, quien hace maravillas solo.

21. [vers. 19] Y bendito sea su nombre glorioso por siempre, y por los siglos de los siglos. ¿Qué más dirían los intérpretes latinos, que no podrían decir, por siempre, y por siempre eterno? Pues como si se dijera algo diferente, por siempre, y por siempre, así suena: pero el griego tiene, εἰς τὸν αἰῶνα, καὶ εἰς τὸν αἰῶνα τοῦ αἰῶνος, que tal vez se diría más convenientemente, por el siglo, y por el siglo del siglo; para que por el siglo se entienda, mientras dure este siglo; pero por el siglo del siglo, lo que se promete que será después del fin de este. Y toda la tierra se llenará de su gloria: sea, sea. Lo ordenaste, Señor, así es; así es, hasta que lo que comenzó desde el río, llegue completamente hasta los confines de la tierra.

EN EL SALMO LXXII COMENTARIO. SERMON.

1. [vers. 1.] Escuchad, escuchad, amadísimas entrañas del cuerpo de Cristo, cuya esperanza es el Señor vuestro Dios, y no miráis a vanidades y locuras engañosas (Sal. XXXIX, 5); y los que aún miráis, escuchad para que no miréis. Este salmo tiene una inscripción, es decir, un título, Han cesado los himnos de David, hijo de Jesé: Salmo de Asaf. Tenemos tantos salmos en cuyos títulos está escrito el nombre de David, en ninguno se añade hijo de Jesé, sino solo en este. Lo cual se debe creer que no se hizo en vano, ni sin razón: pues en todas partes Dios nos insinúa, y llama a la comprensión el piadoso estudio de la caridad. ¿Qué significa, Han cesado los himnos de David, hijo de Jesé? Los himnos son alabanzas de Dios con cántico: los himnos son cantos que contienen la alabanza de Dios. Si hay alabanza, y no es de Dios, no es himno: si hay alabanza, y es alabanza de Dios, y no se canta, no es himno. Por tanto, para que sea himno, debe tener estas tres cosas: alabanza, de Dios, y cántico. ¿Qué significa entonces, Han cesado los himnos? Han cesado las alabanzas que se cantan a Dios. Parece anunciar algo molesto y casi lamentable. Pues quien canta alabanza, no solo alaba, sino que también alaba alegremente: quien canta alabanza, no solo canta, sino que también ama a aquel a quien canta. En la alabanza del que confiesa está la proclamación: en el cántico del que ama está el afecto. Han cesado, pues, los himnos de David, dice: y añadió, hijo de Jesé. Pues David era rey de Israel, hijo de Jesé (I Reg. XVI, 18), en un tiempo del Antiguo Testamento; en cuyo tiempo el Nuevo Testamento estaba oculto allí, como el fruto en la raíz. Pues si buscas el fruto en la raíz, no lo encontrarás; sin embargo, no encontrarás el fruto en las ramas, sino el que ha salido de la raíz. En aquel tiempo, pues, al primer pueblo que venía de la semilla de Abraham carnalmente; pues también el segundo pueblo perteneciente al Nuevo Testamento, pertenece a la semilla de Abraham, pero ya espiritualmente: a aquel primer pueblo aún carnal, donde pocos profetas entendían y qué se deseaba de Dios, y cuándo debía ser públicamente predicado, anunciaron estos tiempos futuros, y la venida de nuestro Señor Jesucristo. Y así como el mismo Cristo según la carne iba a nacer, estaba oculto en la raíz en la semilla de los Patriarcas, y en un tiempo iba a ser revelado como fruto visible, como está escrito, Floreció la vara de la raíz de Jesé (Isai. XI, 1): así también el mismo Nuevo Testamento, que está en Cristo, estaba oculto en aquellos tiempos anteriores, conocido solo por los Profetas, y por poquísimos piadosos, no por la manifestación de las cosas presentes, sino por la revelación de

las futuras. Pues, hermanos, ¿qué significa, para mencionar solo una cosa, que Abraham enviando a su fiel siervo a desposar esposa para su único hijo, le hace jurar, y en el juramento le dice: Pon tu mano bajo mi muslo, y jura (Gen. XXIV, 2)? ¿Qué había en el muslo de Abraham, donde aquel puso la mano jurando? ¿Qué había allí, sino lo que entonces le fue prometido: En tu semilla serán benditas todas las naciones (Id. XXII, 18). Por el nombre de muslo se significa la carne. De la carne de Abraham, por Isaac y Jacob, y para no mencionar muchas cosas, por María nuestro Señor Jesucristo.

2. Pero, ¿cómo mostraremos que era la raíz en los Patriarcas? Preguntemos a Pablo. Las naciones ya creyendo en Cristo, y como queriendo enorgullecerse contra los judíos que crucificaron a Cristo; cuando también de ese mismo pueblo vino otra pared, encontrándose en el ángulo, es decir, en el mismo Cristo, con la pared venida de la circuncisión, es decir, de las naciones: cuando, pues, las naciones se levantaban, así las reprime: Pues si tú, dice, fuiste cortado del olivo silvestre natural, y fuiste injertado en ellos, no te gloríes contra las ramas. Pues si te glorías: no llevas tú la raíz, sino la raíz a ti. Así que habla de la raíz de los Patriarcas, de la que dice que algunas ramas fueron quebradas por la incredulidad, y el olivo silvestre fue injertado allí, para que fuera partícipe de la gordura del olivo, es decir, la Iglesia venida de las naciones. ¿Y quién injerta el olivo silvestre en el olivo? El olivo suele injertarse en el olivo silvestre; el olivo silvestre en el olivo nunca lo hemos visto. Pues quien lo haga, no encontrará bayas sino del olivo silvestre. Pues lo que se injerta, eso crece, y se encuentra el fruto de esa cosa: no se encuentra el fruto de la raíz, sino del brote. Mostrando esto el Apóstol que Dios lo hizo por su omnipotencia, para que el olivo silvestre fuera injertado en la raíz del olivo, y no diera bayas silvestres, sino olivo; refiriendo esto a la omnipotencia de Dios, el Apóstol dice: Si tú fuiste cortado del olivo silvestre natural, y contra la naturaleza fuiste injertado en el buen olivo, no te gloríes, dice, contra las ramas. Pero dices, dice: Fueron quebradas las ramas, para que yo fuera injertado. Bien; por la incredulidad fueron quebradas: tú, sin embargo, permanece en la fe; no te ensoberbezcas, sino teme. ¿Qué significa, No te ensoberbezcas? No te enorgullezcas, porque fuiste injertado; sino teme no sea que seas quebrado por la incredulidad, como ellos fueron quebrados. Por la incredulidad, dice, fueron quebrados: tú, sin embargo, permanece en la fe; no te ensoberbezcas, sino teme. Pues si Dios no perdonó a las ramas naturales, tampoco a ti te perdonará. Y sigue un buen lugar, y necesario, y todo debe ser escuchado: Ves, pues, dice, la bondad y la severidad de Dios: en aquellos que fueron quebrados, severidad; en ti que fuiste injertado, bondad, si permaneces en la bondad; de lo contrario, es decir, si no permaneces en la bondad, también tú serás cortado: y ellos si no permanecen en la incredulidad, serán injertados (Rom. XI, 17-24).

3. En el tiempo del Antiguo Testamento, hermanos, las promesas de nuestro Dios a aquel pueblo carnal eran terrenales y temporales. Se prometió un reino terrenal; se prometió aquella tierra, en la que también fueron introducidos liberados de Egipto: por Josué fueron introducidos en la tierra de promisión, donde también se edificó la Jerusalén terrenal, donde reinó David. Recibieron la tierra, liberados de Egipto, pasando por el Mar Rojo; terminados los rodeos y errores de las soledades, recibieron la tierra, recibieron el reino: luego, después de recibir el reino, porque recibieron cosas terrenales, comenzaron por sus pecados a ser atacados, conquistados, capturados; finalmente, también fue destruida esa ciudad. Tales eran también aquellas promesas que no iban a perdurar, por las cuales, sin embargo, se figuraban las futuras promesas que iban a perdurar; para que todo aquel curso de promesas temporales fuera una figura, y una cierta profecía de las futuras. Así que cuando aquel reino fallara, donde reinó David, hijo de Jesé, es decir, un hombre, aunque profeta, aunque santo, porque veía y preveía a Cristo venidero, de cuya semilla también según la carne iba a nacer; sin embargo, hombre, sin embargo, aún no Cristo, sin embargo, aún no nuestro rey, Hijo de Dios,

sino rey David, hijo de Jesé: porque, pues, aquel reino iba a fallar, por el cual reino recibido se alababa entonces a Dios por el pueblo carnal; pues solo esto tenían por grande, porque habían sido liberados temporalmente de aquellos que los oprimían, y habían escapado de los enemigos que los perseguían por el Mar Rojo, y habían sido conducidos por el desierto, y habían encontrado patria y reino; solo por esto alababan a Dios, aún no entendiendo qué en aquellas figuras Dios prefiguraba y prometía: fallando, pues, aquellas cosas por las cuales el pueblo carnal alababa a Dios, al cual reinó aquel David, fallaron los himnos de David; no del Hijo de Dios, sino del hijo de Jesé. Hemos pasado por un lugar peligroso del título del presente salmo, como el Señor quiso: habéis recibido por qué se dijo, Han cesado los himnos de David, hijo de Jesé.

4. ¿De quién es la voz del Salmo? De Asaf. ¿Qué significa, Asaf? Como encontramos en las interpretaciones de la lengua hebrea al griego, y del griego a nosotros en latín traducidas, Asaf se interpreta Sinagoga. Es, pues, la voz de la Sinagoga. Pero tú cuando oigas Sinagoga, no la detestes inmediatamente como la asesina del Señor. Ciertamente aquella Sinagoga fue asesina del Señor; nadie lo duda: pero recuerda que de la Sinagoga fueron los carneros, cuyos hijos somos. De donde se dice en el salmo: Ofreced al Señor hijos de carneros (Sal. XXVIII, 1). ¿Quiénes son esos carneros? Pedro, Juan, Santiago, Andrés, Bartolomé, y los demás Apóstoles. De aquí también el mismo primero Saulo, después Pablo: es decir, primero soberbio, después humilde. Saúl, de donde se dijo el nombre de Saulo, sabéis que fue un rey soberbio e indomable. No como una jactancia alguna cambió su nombre el Apóstol; sino que de Saulo se hizo Pablo, de soberbio modesto. Pablo significa Modesto. ¿Quieres saber qué significa Saulo? Escucha al mismo ya Pablo recordando qué fue por su malicia, y qué ya es por la gracia de Dios; escucha cómo fue Saulo, y cómo es Pablo: Que fui, dice, antes blasfemo, y perseguidor, e injurioso (I Tim. I, 13). Has oído a Saulo; escucha también a Pablo: Porque yo soy, dice, el menor de los Apóstoles. ¿Qué significa menor, sino yo soy Pablo? Y sigue: Que no soy digno de ser llamado apóstol. ¿Por qué? Porque fui Saulo. ¿Qué significa, fui Saulo? Él mismo lo dice: Porque perseguí, dice, la Iglesia de Dios; pero por la gracia de Dios, dice, soy lo que soy (I Cor. XV, 9, 10). Se quitó toda su grandeza; ya menor en sí mismo, grande en Cristo. ¿Y qué dice este Pablo? No ha rechazado Dios a su pueblo, del pueblo venido de los judíos, a su pueblo, dice, que conoció de antemano: porque también yo soy israelita de la semilla de Abraham, de la tribu de Benjamín (Rom. XI, 2, 1). Así que también Pablo es para nosotros de la Sinagoga; y Pedro y los otros Apóstoles de la Sinagoga. Así que cuando oigas la voz de la Sinagoga, no atiendas al mérito, sino al parto. Habla, pues, en este salmo la Sinagoga, cesando los himnos de David, hijo de Jesé; es decir, cesando las cosas temporales, por las cuales solía ser alabado Dios por el pueblo carnal. ¿Por qué, pues, cesaron aquellas, sino para que se buscaran otras? ¿Para que se buscaran cuáles? ¿Las que no estaban allí? No; sino las que allí se ocultaban bajo figuras: no las que ya no estaban allí; sino las que allí como en la raíz se ocultaban en ciertos secretos de los misterios, que, dice el mismo Apóstol, fueron figuras nuestras (I Cor. X, 6).

5. Y considerad brevemente nuestra propia figura. El pueblo de Israel bajo la dominación de Faraón y los egipcios (Éxodo 1, 10); el pueblo cristiano, predestinado ya a Dios antes de la fe, y aún sirviendo a los demonios y al diablo, su príncipe: he aquí un pueblo subyugado por los egipcios, sirviendo a sus pecados; pues el diablo no puede dominar sino a través de nuestros pecados. El pueblo es liberado de los egipcios por Moisés; el pueblo es liberado de la vida pasada de pecados por nuestro Señor Jesucristo. Aquel pueblo pasa por el Mar Rojo; este por el Bautismo. Mueren en el Mar Rojo todos los enemigos de aquel pueblo (Éxodo 14, 22, 23); mueren en el Bautismo todos nuestros pecados. Prestad atención, hermanos. Después de aquel Mar Rojo no se concede inmediatamente la patria, ni se triunfa con seguridad como si

ya no hubiera enemigos; sino que queda la soledad del desierto, quedan los enemigos acechando en el camino: así también después del Bautismo queda la vida cristiana en tentaciones. En aquel desierto se suspiraba por la patria prometida; ¿qué otra cosa suspiran los cristianos ya lavados por el Bautismo? ¿Acaso ya reinan con Cristo? Aún no se ha llegado a nuestra tierra de promisión; pero no faltará, pues allí no faltarán los himnos de David. De esta manera, que todos los fieles escuchen; sepan dónde están: están en el desierto; suspiran por la patria. Los enemigos murieron en el Bautismo; pero persiguen desde atrás. ¿Qué significa, persiguen desde atrás? Tenemos el futuro ante nosotros; detrás, el pasado: todos los pecados pasados fueron borrados en el Bautismo; por los que ahora somos tentados, no nos persiguen desde atrás, sino que acechan en el camino. De ahí que el Apóstol, aún en el camino de este desierto, dice: Olvidando lo que queda atrás, extendiéndome hacia lo que está delante, sigo según la intención hacia la meta de la vocación celestial de Dios (Filipenses 3, 13-14); como si dijera, Hacia la patria de la promesa celestial de Dios. Y allí ya, hermanos, en el desierto, todo lo que aquel pueblo sufrió, y todo lo que Dios les concedió; cualesquiera que fueran esos castigos, cualesquiera que fueran esos dones, son significaciones de las cosas que en esta soledad de esta vida, caminando en Cristo, buscando la patria, recibimos para consuelo, y sufrimos para prueba. No es de extrañar, pues, que aquello que figuraba lo futuro haya fallado. Porque el pueblo fue llevado a la patria de la promesa; ¿acaso permanecería siempre? Si así fuera, no sería figura, sino realidad. Pero como era figura, aquel pueblo fue llevado a algo temporal. Si fue llevado a algo temporal, era necesario que fallara, y con su fallo se viera obligado a buscar lo que nunca fallaría.

6. La Sinagoga, por tanto, es decir, aquellos que allí adoraban a Dios piadosamente, pero sin embargo por cosas terrenales, por estas cosas presentes: pues hay impíos que buscan los bienes de las cosas presentes de los demonios; pero este pueblo era mejor que los gentiles, porque aunque buscaba los bienes presentes y temporales, sin embargo los buscaba del único Dios, que es el creador de todas las cosas, tanto espirituales como corporales: cuando, por tanto, aquellos piadosos atendían según la carne, es decir, aquella Sinagoga que estaba en los bienes, por el tiempo buenos, no espirituales, como eran allí los Profetas, como eran pocos los que entendían el reino celestial, eterno; por tanto, aquella Sinagoga advirtió lo que había recibido de Dios, y lo que Dios había prometido a aquel pueblo, abundancia de cosas terrenales, patria, paz, felicidad terrenal: pero en todas estas cosas había figuras; y no entendiendo lo que allí se ocultaba en las cosas figuradas, pensó que esto era lo grande que Dios podía dar, y que no tenía algo mejor que dar a los que lo amaban y le servían. Observó, y vio a algunos pecadores, impíos, blasfemos, siervos de los demonios, hijos del diablo, viviendo en gran maldad y soberbia, abundando en tales cosas terrenales, temporales, por las cuales cosas ella servía a Dios: y nació un pensamiento pésimo en el corazón, que haría tambalear los pies, y casi caer del camino de Dios. Y he aquí que este pensamiento estaba en el pueblo del Antiguo Testamento: ojalá no esté en nuestros hermanos carnales, cuando ya se predica abiertamente la felicidad del Nuevo Testamento. ¿Qué dijo entonces aquella Sinagoga? ¿Qué dijo aquel pueblo? Servimos a Dios, y somos corregidos, azotados; se nos quitan las cosas que amamos, y que habíamos recibido de Dios como grandes; pero aquellos hombres malvados, malísimos, soberbios, blasfemos, inquietos, abundan en todas las cosas, por las cuales nosotros servimos a Dios: creo que en vano se sirve a Dios. Este es el sentido del Salmo, del pueblo que desfallece y vacila: mientras considera los bienes terrenales por los cuales servía a Dios, abundar en ellos quienes no servían a Dios, vacila, y casi cae: y con aquellos himnos desfallece, porque en tales corazones los himnos desfallecían. ¿Qué significa, en tales corazones los himnos desfallecían? Porque ya pensaban tales cosas, no alababan a Dios. Pues ¿cómo alabarían a Dios, a quien les parecía casi perverso, dando tanta felicidad a los impíos, y quitándola a los que le servían? No les parecía bueno Dios: y a

quienes Dios no les parecía bueno, ciertamente no era alabado por ellos; y por quienes Dios no era alabado, en ellos desfallecieron los himnos. Pero después este pueblo entendió qué le advertía Dios que buscara, cuando quitaba estas cosas temporales a sus siervos, y las daba a sus enemigos, blasfemos, impíos: advertido entendió que por encima de todas las cosas que Dios da, tanto a los buenos como a los malos, y a veces quita, tanto a los buenos como a los malos, por encima de todas guarda algo para los buenos. ¿Qué significa, guarda algo para los buenos? ¿Qué les guarda? A sí mismo. Ya creo que se avanza en el Salmo; se ha entendido en el nombre del Señor. Escucha al que recuerda y se arrepiente de haber errado, pensando que Dios no era bueno porque daba bienes terrenales a los malos, y los quitaba a sus siervos. Pues entendió qué guardaba Dios para sus siervos; y recordando, y castigándose a sí mismo, estalló de este modo.

7. ¡Cuán bueno es Dios para con Israel! Pero ¿para quiénes? Para los rectos de corazón. ¿Para los perversos qué? Perverso parece. Así también en otro salmo dice: Con el santo serás santo, y con el hombre inocente serás inocente, y con el perverso serás perverso (Salmo 18, 26-27). ¿Qué significa, serás perverso con el perverso? El perverso te considerará perverso. No porque de ningún modo se pervierta Dios. Dios no lo quiera: lo que es, es. Pero así como el sol, a quien tiene ojos puros, sanos, vigorosos y fuertes, le parece tranquilo, pero a los ojos legañosos les lanza como dardos ásperos; al que lo contempla lo vigoriza, a este lo tortura, no porque haya cambiado, sino porque ha cambiado el que lo mira: así cuando comiences a ser perverso, Dios te parecerá perverso; tú has cambiado, no él. Será, por tanto, para ti castigo, lo que es gozo para los buenos. Esto recordando, ¡Cuán bueno, dice, es Dios para con Israel, para los rectos de corazón!

8. [vers. 2.] Pero ¿qué hay de ti? En cuanto a mí, casi se movieron mis pies. ¿Cuándo se movieron los pies, sino cuando el corazón no era recto? ¿Por qué no era recto el corazón? Escucha: Casi se derramaron mis pasos. Lo que dije, casi; eso dije, poco menos: y lo que dije, casi se movieron mis pies; eso dije, se derramaron mis pasos. Casi se movieron los pies, casi se derramaron los pasos. Se movieron los pies: pero ¿de dónde, se movieron los pies, y se derramaron los pasos? Se movieron los pies, para errar; se derramaron los pasos, para caer; no del todo, sino casi. ¿Qué significa? Ya iba al error, no había ido: ya caía, no había caído.

9. [vers. 3.] Pero ¿por qué también esto? Porque tuve envidia, dice, de los pecadores, viendo la paz de los pecadores. Observé a los pecadores; los vi tener paz. ¿Qué paz? Temporal, efímera, caduca y terrenal; pero sin embargo tal como yo también deseaba de Dios. Los vi tener lo que yo deseaba para servir a Dios; y se movieron mis pies, y casi se derramaron mis pasos.

10. [vers. 4, 5.] Pero ¿por qué tienen esto los pecadores?, dice brevemente: Porque no hay declinación en su muerte; y firmeza en su castigo. No están en los trabajos de los hombres, y no serán azotados con los hombres. Ya entendí, dice, por qué tienen paz, y florecen en la tierra; porque no hay declinación en su muerte, es decir, porque les espera una muerte cierta y eterna, que ni se aparta de ellos, ni ellos pueden apartarse de ella. Porque no hay declinación en su muerte; y firmeza en su castigo. Y hay firmeza en su castigo: pues su castigo no es temporal, sino firme para siempre. Por estos males que les serán eternos, ¿ahora qué? No están en los trabajos de los hombres, y no serán azotados con los hombres. ¿Acaso tampoco el diablo es azotado con los hombres, para quien sin embargo se prepara un castigo eterno?

11. [vers. 6.] Por eso, ¿qué de estos, mientras no son azotados, mientras no trabajan con los hombres? Por eso, dice, los ha dominado la soberbia. Observa a esos soberbios, indisciplinados; observa al toro destinado al sacrificio, permitido errar libremente, y devastar

lo que puede, hasta el día de la matanza. Ya es bueno, hermanos, en las mismas palabras del Profeta escuchemos a este como toro del que hablé. Pues así también lo menciona la Escritura en otro lugar: dice que están preparados como para el sacrificio, y se les perdona para una mala libertad (Proverbios 7, 22). Por eso, dijo, los ha dominado la soberbia. ¿Qué significa, los ha dominado la soberbia? Están revestidos de iniquidad e impiedad. No dijo, cubiertos; sino, revestidos, cubiertos por todas partes con su impiedad. Con razón los miserables ni ven, ni son vistos, porque están revestidos, ni se ven sus interiores. Pues quienquiera que de los hombres malos, casi felices según el tiempo, viera sus interiores; quienquiera que viera sus conciencias crueles, quienquiera que pudiera ver sus almas desgarradas por tantas perturbaciones de deseos y temores, los vería miserables, incluso cuando son llamados felices. Pero porque están revestidos de iniquidad e impiedad, no ven; pero tampoco son vistos. El Espíritu que dice estas cosas de ellos los conocía; y con ese ojo debemos mirar a tales, con el que sabemos ver, si se nos quita de los ojos el velo de la impiedad. Veamos a estos; y cuando son felices, huyamos; y cuando son felices, no los imitemos: ni pidamos a nuestro Señor Dios tales cosas como grandes para nosotros, como las que merecieron recibir quienes no le sirven. Guarda algo diferente; algo diferente debe ser deseado: pero ¿qué es?, escuchad.

12. [vers. 7.] Primero describamos a estos. Saldrá como de la grasa su iniquidad. Ve si no se ha reconocido a ese toro. Escuchad, hermanos: no debe pasarse de cualquier manera lo que dijo, Saldrá como de la grasa su iniquidad. Pues hay malos, pero malos por flaqueza; por eso malos, porque flacos, es decir, exiguos, pequeños, afectados por una especie de necesidad: y también ellos malos, y condenados; pues es más soportable toda necesidad, que perpetrar alguna iniquidad. Sin embargo, es diferente pecar por necesidad; que en abundancia. Un pobre mendigo comete un robo; de la flaqueza salió la iniquidad: un rico abundante en tantas cosas, ¿por qué roba bienes ajenos? La iniquidad de aquel salió de la flaqueza: la de este salió de la grasa. Por eso al flaco cuando le dices: ¿Por qué hiciste esto? Humildemente afligido y abatido responde: La necesidad me obligó. ¿Por qué no temiste a Dios? La escasez me empujó. Dile al rico: ¿Por qué haces esto, y no temes a Dios? si es que eres tan grande que puedes decirlo. Ve si siquiera se digna escucharte; ve si no también en ti mismo saldrá la iniquidad de su grasa. Pues ya declaran enemistad a sus maestros y correctores; y se vuelven enemigos de quienes dicen la verdad, ya acostumbrados a ser halagados con palabras aduladoras, con oído blando, corazón no sano. ¿Quién le dirá al rico: Hiciste mal en robar bienes ajenos? O tal vez si alguien se atreve a decirlo, y es tal que no puede resistirle, ¿qué responde? Todo lo dice en desprecio de Dios. ¿Por qué? Porque es soberbio. ¿Por qué? Porque es gordo. ¿Por qué? Porque está destinado al sacrificio. Saldrá como de la grasa su iniquidad.

13. Pasaron a la disposición del corazón. Allí dentro pasaron. ¿Qué significa pasaron? Se desviaron del camino. ¿Qué significa pasaron? Excedieron los límites del género humano; no se consideran iguales a los demás hombres. Pasaron, digo, los límites del género humano. Cuando le dices a tal hombre: Ese pobre es tu hermano; tuvieron los mismos padres, Adán y Eva: no atiendas a tu hinchazón, no atiendas al orgullo en el que te has elevado; aunque te rodee la familia, aunque el oro y la plata sean numerosos, aunque la casa de mármol te contenga, aunque los techos artesonados te cubran, el techo del mundo, el cielo, te cubre a ti y al pobre; pero eres diferente del pobre en cosas que no son tuyas, añadidas externamente: mírate a ti mismo en ellas, no a ellas en ti. Atiende a ti mismo, quién eres respecto al pobre; a ti mismo, no a lo que tienes. Pues ¿por qué desprecias al hermano? En los vientres de vuestras madres ambos estuvisteis desnudos. Ciertamente también cuando salgáis de esta vida, y estas carnes, exhalada el alma, se hayan podrido, ¡que se distingan los huesos del rico

y del pobre! Hablo de la condición igual, de la misma suerte del género humano en la que todos nacen: y el rico aunque esté aquí, y el pobre, no siempre estará aquí; y así como el rico no vino rico, así tampoco se va rico: es el mismo el ingreso de ambos, y igual la salida. Añadiré que tal vez cambiaréis de papeles. Ya en todas partes se predica el Evangelio: atiende a cierto pobre ulceroso que yacía ante la puerta del rico, y deseaba saciarse de las migajas que caían de la mesa del rico; atiende también a aquel igual a ti que se vestía de púrpura y lino fino, y banqueteaba espléndidamente cada día. Sucedió que murió aquel indigente, y fue llevado por los ángeles al seno de Abraham: pero aquel murió, y fue sepultado; pues tal vez nadie se preocupó por el entierro de aquel: y cuando en el infierno aquel rico estaba en tormentos, ¿no alzó sus ojos, y vio en infinito gozo a aquel a quien había despreciado ante su puerta, y deseó una gota de agua del dedo de él, quien había deseado las migajas que caían de su mesa? Hermanos, ¿cuánto fue el trabajo de aquel pobre? ¿Cuánto tiempo fueron las delicias de aquel rico? Pero lo que cambiaron, es perpetuo. Pues de aquel porque no había declinación en su muerte, y había firmeza en su castigo; no estaba en los trabajos de los hombres, y no fue azotado entre los hombres: pero aquel azotado aquí, descansó allí; porque azota a todo hijo que recibe (Hebreos 12, 6). Pero ¿a quién le dices esto? Al que banquetea espléndidamente, y se viste cada día de púrpura y lino fino. ¿A quién le dices? Al que pasó a la disposición del corazón. Con razón tarde dirá, Envía a Lázaro; que diga al menos a mis hermanos (Lucas 16, 19-31); cuando no se le concede el fruto del arrepentimiento. Pues no se le da el arrepentimiento, pero será eterno el arrepentimiento y no habrá salvación después del arrepentimiento. Por tanto, estos pasaron a la disposición del corazón.

14. [vers. 8.] Pensaron y hablaron maldad. Pero los hombres hablan maldad también con temor, ¿pero estos cómo? Hablaron iniquidad en alto. No solo hablaron iniquidad; sino también claramente, ante todos, con soberbia: Yo hago, yo muestro; sentirás con quién te has metido, no te dejaré vivir. O al menos pensaras esas cosas, no también las derramaras: o al menos dentro de los límites de la cogitación se contuviera el mal deseo, o lo refrenara dentro de su cogitación. ¿Por qué? ¿Acaso es flaco? Saldrá como de la grasa su iniquidad. Hablaron iniquidad en alto.

15. [vers. 9.] Pusieron en el cielo su boca, y su lengua pasó sobre la tierra. ¿Qué significa esto, pasó sobre la tierra? Lo que se dijo, Pusieron en el cielo su boca. Esto es, pasó sobre la tierra, pasan todas las cosas terrenales. ¿Qué significa, pasar todas las cosas terrenales? No se piensa que el hombre puede morir de repente, cuando habla: como si siempre fuera a vivir amenaza: su pensamiento trasciende la fragilidad terrenal; no sabe con qué vaso está cubierto, no sabe lo que está escrito en otro lugar sobre tales: Saldrá su espíritu, y volverá a su tierra; en ese día perecerán todos sus pensamientos (Salmo 145, 4). Pero estos no pensando en su último día, hablan con soberbia; y ponen en el cielo su boca, y trascienden la tierra. Si no pensara en su último día, es decir, en su último día de juicio, el ladrón enviado a la cárcel, nada sería más cruel que él; y sin embargo podría escapar. ¿A dónde huyes para no morir? Ese día será cierto. ¿Qué significa mucho tiempo que vas a vivir? ¿Cuánto es mucho tiempo que tiene fin, aunque fuera mucho tiempo? A esto se añade que no es: y no es mucho tiempo, y es incierto eso que se dice mucho tiempo. ¿Por qué no piensa esto? Porque puso en el cielo su boca, y su lengua pasó sobre la tierra.

16. [vers. 10.] Por eso volverá aquí mi pueblo. Ya el mismo Asaf vuelve aquí. Pues vio estas cosas abundar en los inicuos, vio a los soberbios: regresa a Dios, y comienza a buscar y discutir. Pero ¿cuándo? Cuando se encuentren días plenos en ellos. ¿Qué significa, días plenos? Pero cuando vino la plenitud del tiempo, Dios envió a su Hijo (Gálatas 4, 4). Esa es la plenitud del tiempo, cuando vino aquel a enseñar a despreciar las cosas temporales, a no

tener en gran estima lo que los hombres malos desean; a sufrir lo que los hombres malos temen. Se hizo camino, llamó a la reflexión íntima, advirtió qué debía buscarse de Dios. Y ve de qué reflexión reverberada en sí mismo, y como si el ímpetu de sus olas retrocediera, se pasa a elegir lo verdadero. Por eso volverá mi pueblo aquí; y se encontrarán días plenos en ellos.

17. [vers. 11.] Y dijeron: ¿Cómo supo Dios, y hay conocimiento en el Altísimo? Observa por qué pensamiento pasan. He aquí, los inicuos son felices, Dios no se preocupa de las cosas humanas. ¿Realmente sabe lo que hacemos? Vean lo que se dice. Rogamos, hermanos; ya los cristianos no digan: ¿Cómo supo Dios, y hay conocimiento en el Altísimo?

18. [vers. 12.] ¿Por qué te parece que Dios no sabe, y que no hay conocimiento en el Altísimo? Responde: He aquí los pecadores, y abundantes en el mundo han obtenido riquezas. Y son pecadores, y han obtenido abundantes riquezas en el mundo. Confesó que no quería ser pecador para tener riquezas. Un alma carnal había vendido su justicia por cosas visibles y terrenales. ¿Qué clase de justicia es la que se tiene por oro; como si el oro fuera más precioso que la misma justicia, o cuando alguien niega cosas ajenas, sufre mayor pérdida quien niega, que aquel a quien se le niega? Aquel pierde la vestimenta, este la fe. He aquí los pecadores, y abundantes en el mundo han obtenido riquezas. Por eso, Dios no sabe, y no hay conocimiento en el Altísimo.

19. [vers. 13.] Y dije: Entonces en vano he justificado mi corazón. Cuando sirvo a Dios, y no tengo estas cosas; no le sirven a Él, y abundan en ellas: Entonces en vano he justificado mi corazón, y he lavado mis manos en inocencia. Esto lo hice en vano. ¿Dónde está la recompensa de mi buena vida? ¿Dónde está el premio de mi servicio? Vivo bien, y carezco; y el iniquo abunda. Y he lavado mis manos en inocencia.

20. [vers. 14.] Y fui azotado todo el día. De mí no se apartan los azotes de Dios. Sirvo bien; y soy azotado, no sirve, y es adornado. Se ha planteado una gran cuestión. El alma se agita, el alma pasa a despreciar lo terrenal y desear lo eterno. Es un tránsito del alma en este pensamiento: donde fluctúa en una cierta tempestad, llegará al puerto. Y como suelen los enfermos, que enferman más lentamente cuando la salud está lejos, con la salud cercana se agitan más: los médicos llaman acceso crítico, por el cual se pasa a la salud; hay mayor agitación, pero conduce a la salvación; hay mayor ardor, pero cercana recuperación: así también aquí se agita. Pues son palabras peligrosas, hermanos, molestas, y casi blasfemas, ¿Cómo supo Dios? Esto es casi: no dijo, Dios no supo; no dijo, No hay conocimiento en el Altísimo: sino como quien pregunta, duda, vacila. Esto es lo que dijo poco antes: Casi se derramaron mis pasos. ¿Cómo supo Dios, y hay conocimiento en el Altísimo? No lo afirma; pero la misma duda es peligrosa. A través del peligro se pasa a la salud. Escucha ya la salud: Entonces en vano he justificado mi corazón, y he lavado entre los inocentes mis manos: y fui azotado todo el día, y mi corrección en la mañana. Corrección es reprensión: quien es reprendido, es corregido. ¿Qué es, en la mañana? No se difiere. Se difiere la de los impíos; la mía no se difiere: aquella es tardía, o no existe; la mía en la mañana. Y fui azotado todo el día, y mi corrección en la mañana.

21. [vers. 15.] Si decía, Contaré así: es decir, enseñaré así. ¿Cómo vas a enseñar? ¿Que no hay conocimiento en el Altísimo? ¿que Dios no sabe? ¿Quieres expresar esta sentencia, que en vano viven justamente quienes viven justamente, que el hombre justo ha perdido su servicio, que Dios favorece más a los malos, o no se preocupa de nadie? ¿quieres decir esto, contar esto? Se reprime, por la autoridad que lo contiene. ¿Qué autoridad? El hombre a veces

quiere estallar en esta sentencia; pero es revocado por las Escrituras que dicen que siempre se viva bien, que dicen que Dios se preocupa de las cosas humanas, que distingue entre el piadoso y el impío. Entonces, este también queriendo ya expresar esta sentencia, se revoca. ¿Y qué dice? Si decía, Contaré así: he aquí que he reprobado la generación de tus hijos. He reprobado la generación de tus hijos, si cuento así: reprobé la generación de los justos. Como también algunos ejemplares tienen: He aquí a la generación de tus hijos a quien he cantado en armonía. es decir, ¿a quién de tus hijos he cantado en armonía? es decir, ¿a quién he concordado, a quién me he acomodado? Disoné de todos, si enseñe así. Pues concuerda quien armoniza; pero quien no armoniza, no concuerda. ¿Voy a decir algo diferente de lo que dijo Abraham, de lo que dijo Isaac, de lo que dijo Jacob, de lo que dijeron los Profetas? Pues todos ellos dijeron que Dios se preocupa de las cosas humanas: ¿voy a decir yo que no se preocupa? ¿Es mayor la prudencia en mí que en ellos? ¿es mayor el entendimiento en mí que en ellos? Una autoridad muy saludable revocó el pensamiento de la impiedad.

22. [vers. 16.] ¿Y qué sigue? Si decía, contaré así: he aquí que he reprobado la generación de tus hijos. Entonces, para no reprobar, ¿qué hizo? Y asumí conocer. Asumió conocer: Dios le asista, para que conozca. Mientras tanto, hermanos, se revoca de una gran caída, cuando ya no se presume sabio, sino que asumió conocer lo que no sabía. Pues ya quería parecer como sabio, y predicar que Dios no tiene cuidado de las cosas humanas. Pues se ha hecho esta doctrina malísima e impía de los inicuos. Sepan, hermanos, que muchos disputan, y dicen que Dios no se preocupa de las cosas humanas, que todo se rige por el azar, o que nuestras voluntades están sujetas a las estrellas, que cada uno no es guiado por sus méritos, sino por la necesidad de sus estrellas: doctrina mala, doctrina impía. En esto iba él, cuyos pies casi se movieron, y cuyos pasos casi se derramaron; en este error iba: pero como no concordaba con la generación de los hijos de Dios, asumió conocer; y condenó el conocimiento en el que no concordaba con los justos de Dios. Y escuchemos qué dice; porque asumió conocer, y fue ayudado, y aprendió algo, y nos lo indicó. Y asumí, dice, conocer. Esto es trabajo ante mí. Verdaderamente gran trabajo, conocer cómo Dios se preocupa de las cosas humanas, y es bueno con los malos, y los buenos sufren. ¡Gran fuerza de la cuestión! por eso, Esto es trabajo ante mí. Casi se me presenta un muro: pero tienes la voz del salmo, En mi Dios pasaré el muro (Sal. XVII, 30). Esto es trabajo ante mí.

23. [vers. 17.] Dices la verdad: es trabajo ante ti; pero ante Dios no es trabajo: hazte ante Dios donde no hay trabajo, y tampoco para ti habrá trabajo. Y lo hizo; pues dice cuánto tiempo es trabajo ante él: Hasta que entre en el santuario de Dios, y entienda en los últimos. Gran cosa, hermanos. Ya hace tiempo que trabajo, dice, y ante mi rostro veo un trabajo casi inextricable, para conocer cómo Dios es justo, y se preocupa de las cosas humanas, y no es injusto, que los pecadores y los que cometen crímenes tienen felicidad en esta tierra; los piadosos y los que sirven a Dios a menudo se fatigan en tentaciones y trabajos: es gran dificultad saber esto; pero hasta que entre en el santuario de Dios. Pues en el santuario de Dios, ¿qué se te concede, para que resuelvas esta cuestión? Y entenderé, dice, en los últimos; no en el presente. Yo, dice, desde el santuario de Dios dirijo mi mirada al fin; paso por alto lo presente. Todo esto que se llama género humano, toda esta masa de mortalidad vendrá al juicio, vendrá a la balanza; allí se pesarán las obras de los hombres. Ahora todo lo envuelve una nube; pero para Dios son conocidos los méritos de cada uno. Y entenderé, dice, en los últimos: pero no por mí; pues ante mí es trabajo. ¿De dónde entenderé en los últimos? Entraré en el santuario de Dios. Allí, pues, entendió, y de dónde ahora estos son felices.

24. [vers. 18.] Sin embargo, por la dolosidad pusiste para ellos. Porque son dolosos, es decir, fraudulentos; porque son dolosos, sufren engaño. ¿Qué es esto, que son fraudulentos, sufren engaño? Quieren hacer fraude al género humano en todas sus iniquidades; y ellos mismos

sufren engaño, eligiendo los bienes terrenales y dejando los eternos. Entonces, hermanos, en lo que hacen fraude, sufren engaño. Lo que ya dije antes, hermanos; ¿qué corazón tiene quien para ganar una vestimenta, pierde la fe? ¿Aquel a quien le quitó la vestimenta sufrió el engaño, o este que es golpeado con tanto daño? Si la vestimenta es más preciosa que la fe, aquel es afectado por mayor daño: pero si la fe excede incomparablemente a todo el mundo, aquel parecerá sufrir el daño de la vestimenta; pero a este se le dice, ¿Qué aprovecha al hombre, si gana todo el mundo; pero sufre daño en su alma? (Mat. XVI, 26). Entonces, ¿qué les sucedió? Por la dolosidad pusiste para ellos: los derribaste mientras se exaltaban. No dijo, Los derribaste, porque se exaltaron: no como si después de exaltarse, los derribaste; sino en el mismo hecho de exaltarse, fueron derribados. Pues así elevarse, ya es caer: Los derribaste mientras se exaltaban.

25. [vers. 19.] ¡Cómo se hicieron en desolación de repente! Se admira sobre ellos, entendiendo en los últimos. Se desvanecieron: verdaderamente como el humo, que mientras se eleva, se desvanece, se desvanecieron. ¿Cómo dice, se desvanecieron? Como quien entiende en los últimos. Se desvanecieron: perecieron por su iniquidad.

26. [vers. 20.] Como un sueño al despertar. ¿Cómo se desvanecieron? Como se desvanece el sueño al despertar. Haz que un hombre en sueños vea que ha encontrado tesoros: es rico, pero hasta que despierte. Como un sueño al despertar: así se desvanecieron, como el sueño del que despierta. Se busca, y no está: nada en las manos, nada en la cama. Pobre se había dormido, rico en sueños se había hecho; si no hubiera despertado, sería rico: despertó, encontró la miseria que había dejado al dormir. Y estos encontrarán la miseria que se habían procurado: cuando despierten de esta vida, pasa lo que se tenía como en un sueño, como un sueño al despertar. Y para que no se diga: ¿Qué entonces? ¿te parece pequeña su claridad, te parece pequeña su pompa, te parecen pequeños sus títulos, imágenes, estatuas, alabanzas, séquitos de clientes? Señor, dice, en tu ciudad reducirás su imagen a nada. Así que, hermanos míos, hablando libremente de este lugar, o de donde se permite; porque cuando nos mezclamos con ustedes, más los llevamos que los enseñamos: en el nombre de Cristo y en su temor los exhorto, que quienes no tienen estas cosas, no las deseen; quienes las tienen, no presuman de ellas. He aquí les he dicho: no digo, Sean condenados, porque las tienen; sino, sean condenados, si presumen de tales cosas, si se inflan por tales cosas, si por tales cosas se consideran grandes, si por tales cosas no reconocen a los pobres, si por la vana excelencia olvidan la condición común del género humano. Entonces es necesario que Dios retribuya en los últimos, y en su ciudad reduzca la imagen de tales a nada. Pero quien es rico, sea de este modo como lo mandó el Apóstol: "Manda," dice, "a los ricos de este mundo que no sean altivos; ni pongan su esperanza en la incertidumbre de sus riquezas, sino en el Dios vivo, que nos da todas las cosas abundantemente para disfrutarlas." Quitó la soberbia de los ricos; da consejo. Como si dijeran: Somos ricos; nos prohíbes ser altivos, nos vetas jactarnos de las pompas de nuestras riquezas; ¿qué haremos entonces con estas riquezas? ¿Hasta tal punto no hay nada que hacer con ellas? Sean ricos, dice, en buenas obras; den con facilidad, compartan. ¿Y qué aprovecha esto? Acumulen para sí un buen fundamento para el futuro, para que alcancen la verdadera vida (I Tim. VI, 17, 18, 19). ¿Dónde deben acumular para sí? Donde este dirigió su mirada, entrando en el santuario de Dios. Que todos nuestros hermanos ricos, abundantes en dinero, oro, plata, familia, honores, se horroricen; se horroricen de lo que se ha dicho ahora: Señor, en tu ciudad reducirás su imagen a nada. ¿No son dignos de sufrir esto, que Dios en su ciudad reduzca su imagen a nada; porque ellos también en su ciudad terrena redujeron la imagen de Dios a nada? En tu ciudad reducirás su imagen a nada.

27. [vers. 21.] Porque se deleitó mi corazón. Dice con qué cosas es tentado: Porque se deleitó, dice, mi corazón; y mis riñones fueron cambiados. Cuando me deleitaron estas cosas

temporales, mis riñones fueron cambiados. También puede entenderse así: Porque se deleitó mi corazón, en Dios; y mis riñones fueron cambiados, es decir, mis deseos fueron cambiados, y todo me hice casto. Mis riñones fueron cambiados. Y escucha cómo.

28. [vers. 22.] Y yo fui reducido a nada, y no conocí. Yo aquel, que ahora digo estas cosas de los ricos, alguna vez deseé tales cosas: por eso también yo fui reducido a nada, cuando casi se derramaron mis pasos. Y yo fui reducido a nada, y no conocí: por lo tanto, no se debe desesperar también de aquellos, de quienes decía tales cosas.

29. [vers. 23.] ¿Qué es, no conocí? Como un animal fui ante ti; y yo siempre contigo. Hay mucha diferencia entre este y otros. Este fue como un animal deseando cosas terrenales, cuando fue reducido a nada no conoció las eternas: pero no se apartó de su Dios, porque no deseó aquellas cosas de los demonios, del diablo. Esto ya se los he comentado: es la voz de la Sinagoga, es decir, de aquel pueblo que no sirvió a los ídolos. Fui como un animal, deseando cosas terrenales de mi Dios; pero nunca me aparté de mi mismo Dios.

30. [vers. 24.] Porque entonces, aunque hecho un animal, no me aparté de mi Dios, sigue: Sostuviste la mano de mi derecha. No dijo, mi mano derecha; sino, la mano de mi derecha. Si es la mano derecha, la mano tiene mano: Sostuviste la mano de mi derecha, para guiarme. ¿Qué puso, mano? Poder. Pues decimos que alguien tiene en su mano lo que tiene en su poder; como dijo el diablo a Dios sobre Job: Extiende tu mano, y quita lo que tiene (Job I, 11). ¿Qué es, extiende tu mano? Da poder. La mano de Dios, dijo el poder de Dios; como está escrito en otro lugar: La muerte y la vida están en las manos de la lengua (Prov. XVIII, 21). ¿Acaso la lengua tiene manos? Pero ¿qué es, en las manos de la lengua? En el poder de la lengua. ¿Qué es, en el poder de la lengua? De tu boca serás justificado, y de tu boca serás condenado (Mat. XII, 37). Sostuviste, pues, la mano de mi derecha, el poder de mi derecha. ¿Cuál era mi derecha? Porque yo siempre estaba contigo. En la izquierda tenía, porque fui como un animal; es decir, porque en mí había concupiscencia terrenal: pero mi derecha era, porque siempre estaba contigo. De esta mi derecha sostuviste la mano, es decir, guiaste el poder. ¿Qué poder? Les dio poder de ser hechos hijos de Dios (Juan I, 12): comenzó a ser ya entre los hijos de Dios, perteneciente al Nuevo Testamento. Mira cómo se retuvo la mano de su derecha. En tu voluntad me guiaste. ¿Qué es, en tu voluntad? No en mis méritos. ¿Qué es, en tu voluntad? Escucha al Apóstol, que fue primero un animal deseando cosas terrenales, y viviendo según el Antiguo Testamento; ¿qué dice? Que primero fui blasfemo, y perseguidor, e injurioso; pero alcancé misericordia (I Tim. I, 13). ¿Qué es, en tu voluntad? Por la gracia de Dios soy lo que soy (I Cor. XV, 10). Y con gloria me tomaste. Ya a dónde fue tomado, y en qué gloria, ¿quién lo explica? ¿quién lo dice? Esperemos esto, porque será en la resurrección; será en los últimos: Con gloria me tomaste.

31. [vers. 25.] Y comenzó a pensar en la misma felicidad celestial, y a reprocharse a sí mismo, porque fue un animal, y deseó cosas terrenales. Pues ¿qué tengo yo en el cielo, y de ti qué quise sobre la tierra? Por su voz veo que han entendido. Comparó a su voluntad terrenal la recompensa celestial que va a recibir; vio qué se le guardaba allí, y pensando, y agitado en el pensamiento de una cosa inefable, que ni ojo vio, ni oído oyó, ni subió al corazón del hombre (I Cor. II, 9), no dijo, Aquello, o aquello tengo en el cielo; sino, ¿Qué tengo yo en el cielo? ¿Qué es aquello que tengo en el cielo? ¿qué es? ¿cuánto es? ¿cómo es? Y, cuando no pasa lo que tengo en el cielo, de ti ¿qué quise sobre la tierra? Me guardas tú: así lo diré como puedo, pero denme perdón; acepten mi esfuerzo, mi devoción de intentar; pues no hay facultad de explicarlo: me guardas, dice, en el cielo riquezas inmortales, a ti mismo; y yo quise de ti en la tierra lo que tienen también los impíos, lo que tienen también los malos, lo que tienen también los criminales; dinero, oro, plata, gemas, familias; lo que tienen también

muchos malvados, lo que tienen muchas mujeres impuras, muchos hombres impuros: estas cosas por grande las deseé de mi Dios sobre la tierra, cuando mi Dios se guarda para mí en el cielo. Pues ¿qué tengo yo en el cielo? Tiene que mostrar él mismo qué. Y de ti ¿qué quise sobre la tierra?

32. [vers. 26.] Defecit cor meum et caro mea, Dios de mi corazón. Esto, por tanto, es lo que tengo reservado en el cielo, Dios de mi corazón, y mi parte es mi Dios. ¿Qué significa esto, hermanos? Descubramos nuestras riquezas; que la humanidad elija sus partes. Veamos a los hombres desgarrados por la diversidad de sus deseos: que unos elijan la milicia, otros la abogacía, otros diversas y variadas doctrinas, otros el comercio, otros la agricultura; que hagan de estas cosas humanas sus partes: que el pueblo de Dios clame, Mi parte es mi Dios. No es mi parte temporal; sino mi parte es Dios por los siglos. Aunque siempre tenga oro, ¿qué tengo? Aunque no siempre tuviera a Dios, ¡qué gran bien tendría! A esto se añade que Él mismo se me promete, y me promete que lo tendré por la eternidad. ¡Tanto tengo, y nunca no lo tengo! ¡Gran felicidad! Mi parte es Dios. ¿Por cuánto tiempo? Por los siglos. Porque mira cómo lo amó; hizo un corazón casto: Dios de mi corazón, y mi parte es Dios por los siglos. Se ha hecho un corazón casto; ya se ama a Dios gratuitamente, no se le pide otro premio. Quien pide otro premio a Dios, y por eso quiere servir a Dios, valora más lo que quiere recibir que a aquel de quien quiere recibirlo. ¿Entonces qué? ¿Ningún premio de Dios? Ninguno, excepto Él mismo. El premio de Dios es Dios mismo. Esto ama, esto desea; si ama otra cosa, no será un amor casto. Te alejas del fuego inmortal; te enfriarás, te corromperás. No te alejes; tu corrupción será, tu fornicación será. Ya este regresa, ya este se arrepiente, ya este elige el arrepentimiento, ya dice, Mi parte es Dios. Y cómo se deleita en Él, a quien eligió como su parte.

33. [vers. 27.] He aquí que los que se alejan de ti perecerán. Este, por tanto, se alejó de Dios, pero no lejos: porque me he hecho como una bestia, dice, y yo siempre contigo. Pero aquellos se alejaron mucho, porque no solo desearon cosas terrenales, sino que las pidieron a los demonios y al diablo. Los que se alejan de ti perecerán. ¿Y qué es alejarse de Dios? Has perdido a todos los que fornican lejos de ti. A este amor casto se opone la fornicación. ¿Qué es el amor casto? El alma ya ama a su esposo: ¿qué busca de él, de su esposo a quien ama? Tal vez como los hombres eligen y las mujeres eligen esposos; tal vez elige riquezas, y ama su oro, y sus tierras, y su plata, y su dinero, y sus caballos, y su familia, y demás. ¡Lejos de eso! Este ama solo a Él, lo ama gratuitamente; porque en Él tiene todo, porque por Él fueron hechas todas las cosas (Juan I, 3). Has perdido, dice, a todos los que fornican lejos de ti.

34. [vers. 28.] ¿Y tú qué haces? Pero para mí, adherirme a Dios es bueno. Esto es todo el bien. ¿Queréis más? Me duele que queráis más. Hermanos, ¿qué queréis más? Adherirse a Dios no hay nada mejor, cuando lo veamos cara a cara (I Cor. XIII, 12). ¿Y ahora qué? Porque aún hablo como peregrino: Adherirse, dice, a Dios es bueno; pero ahora en peregrinación, porque aún no ha llegado la realidad, Poner mi esperanza en Dios. Mientras tanto, aún no te has adherido, pon allí tu esperanza. Fluctúas; lanza el ancla a tierra. Aún no te adhieres por presencia; adhiérete por esperanza. Poner mi esperanza en Dios. ¿Y qué harás aquí, poniendo tu esperanza en Dios? ¿Cuál será tu negocio, sino alabar a quien amas, y hacer que otros lo amen contigo? Mira, si amaras a un auriga, ¿no atraerías a otros para que lo amaran contigo? El amante del auriga habla de él dondequiera que pase, para que otros lo amen con él. Se aman gratuitamente a hombres infames; ¡y de Dios se busca un premio para ser amado! Ama a Dios gratuitamente; no envidies a nadie a Dios. Atráelo a cuantos puedas, a cuantos lo poseerán: no se hace estrecho; no haréis límites en Él; cada uno lo poseerá todo, y todos lo tendrán todo. Así que haz esto mientras estás aquí, es decir, cuando pones tu

esperanza en Dios. ¿Qué sigue? Para anunciar todas tus alabanzas en los atrios de la hija de Sion. Para anunciar todas tus alabanzas: ¿pero dónde? En los atrios de la hija de Sion; porque la predicación de Dios fuera de la Iglesia es vana. No basta con alabar a Dios, y anunciar todas sus alabanzas: Anúncialas en los atrios de la hija de Sion. Tiende a la unidad, no divididas al pueblo; sino atráelo a uno, y haz uno. He olvidado cuánto tiempo he hablado. Ya terminado el Salmo, y por este aroma deduzco que he tenido un largo discurso: pero no satisfago vuestros deseos; sois demasiado vehementes: ¡ojalá con esta vehemencia arrebatéis el reino de los cielos!

EN EL SALMO LXXIII EXPLICACIÓN SERMÓN AL PUEBLO.

1. [vers. 1.] El título de este salmo es: Entendimiento de Asaf. Asaf en latín se dice Congregación, en griego Sinagoga. Veamos qué entendió esta sinagoga. Pero primero entendamos la sinagoga; luego entenderemos qué entendió la sinagoga. Toda congregación se llama sinagoga en términos generales: y puede decirse congregación tanto de animales como de hombres; pero aquí no es congregación de animales, cuando hemos oído entendimiento. Pues cuando el hombre en su honor descuida el entendimiento, ¿qué se ha dicho de él? Escucha: El hombre en su honor no entendió; fue comparado con los animales insensatos, y se hizo semejante a ellos (Sal. XLVIII, 13). Porque no es congregación de animales, no es necesario discutir mucho, ni recomendarlo con más diligencia; sino porque es de hombres, debemos entender de qué hombres es. No es ciertamente de aquellos hombres que en su honor no entienden, y fueron comparados con los animales insensatos, y se hicieron semejantes a ellos; sino de aquellos que entienden. Pues el título del Salmo lo prescribe, diciendo: Entendimiento de Asaf. Por tanto, es una congregación entendida, cuya voz vamos a escuchar. Pero como propiamente se llama Sinagoga a la congregación del pueblo de Israel, de modo que dondequiera que oigamos Sinagoga, ya no solemos entender sino al pueblo judío; veamos si tal vez es su voz en este salmo. Pero, ¿de qué judíos, y de qué pueblo de Israel? No de la paja, sino tal vez del trigo (Mat. III, 12); no de las ramas rotas (Rom. XI, 17), sino tal vez de las confirmadas. Pues no todos los que son de Israel, son israelitas; sino que en Isaac, dice, se te llamará descendencia: esto es, no los hijos de la carne, estos son hijos de Dios; sino que los hijos de la promesa se cuentan como descendencia (Id. IX, 6-8). Por tanto, hay algunos israelitas, de los cuales era aquel de quien se dijo: He aquí un verdadero israelita, en quien no hay engaño (Juan I, 47). No lo digo en el sentido de que también nosotros somos israelitas, porque también nosotros somos descendencia de Abraham; pues el Apóstol hablaba a los gentiles cuando decía: Por tanto, sois descendencia de Abraham, herederos según la promesa (Gal. III, 29). Así que todos somos israelitas, siguiendo las huellas de la fe de nuestro padre Abraham. Pero entendamos aquí la voz de los israelitas, como dijo el Apóstol: Pues también yo soy israelita, de la descendencia de Abraham, de la tribu de Benjamín (Rom. XI, 1). Entendamos aquí lo que dijeron los Profetas: Las reliquias serán salvas (Id. IX, 27). Escuchemos aquí la voz de las reliquias salvadas; para que hable la Sinagoga, que había recibido el Antiguo Testamento, y estaba atenta a las promesas carnales; y de esto resultó que sus pies vacilaran. Pues también en otro salmo, donde el título también tiene Asaf, ¿qué se dice? ¡Cuán bueno es Dios para Israel, para los rectos de corazón! Pero mis pies casi se movieron. Y como si dijéramos: ¿Por qué se movieron tus pies? Casi, dice, se derramaron mis pasos, porque tuve envidia de los pecadores, viendo la paz de los pecadores. Pues esperando según las promesas de Dios referentes al Antiguo Testamento la felicidad terrenal, notó que abundaba entre los impíos; en estas cosas que esperaba de Dios, prosperaban aquellos que no adoraban a Dios; y como si hubiera servido a Dios en vano, vacilaron sus pies. Pues allí dice: He aquí, ellos son pecadores, y abundantes en el mundo han obtenido riquezas. ¿Acaso en vano he justificado mi corazón (Sal. LXXII, 1, 2, 3, 12, 13)? Ved cómo

casi se derramaron sus pasos, para que ya el alma se diga a sí misma: ¿Qué utilidad hay en que sirva a Dios? He aquí, aquel no sirve, y es feliz; yo sirvo, y sufro. Finalmente, supón que yo soy feliz; cuando también aquel es feliz que no sirve, ¿por qué he de pensar que soy feliz porque sirvo? Pero aquel salmo del que he traído testimonio, precede a este que ahora tenemos en manos.

2. Oportunamente, no por nuestra disposición, sino por la de Dios, ha sucedido que ahora escucháramos del Evangelio, Porque la ley fue dada por Moisés; la gracia y la verdad por Jesucristo fueron hechas (Juan I, 17). Pues si distinguimos los dos Testamentos, el Antiguo y el Nuevo, no son los mismos Sacramentos, ni las mismas promesas: sin embargo, muchos de los preceptos son los mismos. Pues, No matarás, No cometerás adulterio, No robarás, Honra a tu padre y a tu madre, No dirás falso testimonio, No codiciarás la propiedad de tu prójimo, No codiciarás la esposa de tu prójimo (Éxodo XX, 12-17), también nos ha sido mandado; y quien no los observe, se desvía, y no es en absoluto digno de merecer recibir el monte santo de Dios, del que se ha dicho: ¿Quién habitará en tu tabernáculo; o quién descansará en tu monte santo (Sal. XIV, 1)? Inocente de manos, y puro de corazón (Sal. XXIII, 4). Por tanto, examinados los preceptos, o todos se encuentran iguales, o apenas algunos en el Evangelio que no hayan sido dichos por los Profetas. Los preceptos son los mismos; los Sacramentos no son los mismos, las promesas no son las mismas. Veamos por qué los preceptos son los mismos; porque según ellos debemos servir a Dios. Los Sacramentos no son los mismos, porque unos son Sacramentos que dan salvación, otros prometen al Salvador. Los Sacramentos del Nuevo Testamento dan salvación; los Sacramentos del Antiguo Testamento prometieron al Salvador. Así que ya tienes las promesas, ¿qué buscas las que prometen, teniendo ya al Salvador? Esto digo, tienes las promesas, no porque ya hayamos recibido la vida eterna; sino porque ya ha venido Cristo, quien fue anunciado por los Profetas. Los Sacramentos han cambiado; se han hecho más fáciles, más pocos, más saludables, más felices. ¿Por qué no son las promesas las mismas? Porque se prometió la tierra de Canaán, tierra abundante, fructífera, que fluye leche y miel; se prometió un reino temporal, se prometió la felicidad del siglo, se prometió la fecundidad de los hijos, se prometió la sujeción de los enemigos (Éxodo III, 8): todas estas cosas pertenecen a la felicidad terrenal. Pero, ¿por qué era necesario prometer primero estas cosas? Porque «no primero lo que es espiritual, sino lo que es animal; después,» dice, «lo espiritual. El primer hombre de la tierra es terrenal; el segundo hombre es celestial: como es el terrenal, tales son los terrenales; y como es el celestial, tales son los celestiales. Así como llevamos la imagen del terrenal, llevemos también la imagen de aquel que es del cielo» (I Cor. XV, 46-49). A la imagen del terrenal pertenece el Antiguo Testamento; a la imagen del celestial el Nuevo Testamento. Pero no porque el hombre terrenal haya sido hecho por otro, y el celestial por otro; por eso Dios, mostrando que es el creador de ambos, también quiso ser el autor de ambos Testamentos; para que prometiera cosas terrenales en el Antiguo Testamento, y cosas celestiales en el Nuevo Testamento. Pero, ¿hasta cuándo serás primero hombre terrenal? ¿hasta cuándo pensarás en cosas terrenales? ¿Acaso porque a un niño se le dan ciertas cosas pueriles, lúdicas para distraer su mente infantil, por eso al crecer no se le quitan de las manos, para que trate algo ya más útil, que conviene a un adulto? Sin embargo, tú mismo diste a tu hijo, tanto nueces al pequeño, como un libro al grande. No porque Dios haya quitado de las manos de sus hijos esas cosas lúdicas de los niños por el Nuevo Testamento, para dar algo más útil a los que han crecido, por eso no se debe pensar que Él mismo dio las primeras: Él dio ambas. Pero la Ley misma fue dada por Moisés; la Gracia y la verdad por Jesucristo fueron hechas (Juan I, 17): gracia, porque se cumple por la caridad lo que por la letra se ordenaba; verdad, porque se entrega lo que se prometía. Esto, por tanto, entendió este Asaf. De hecho, todas las cosas que fueron prometidas a los judíos, les fueron quitadas. ¿Dónde está su reino? ¿dónde el templo?

¿dónde la unción? ¿dónde el sacerdote? ¿dónde ya entre ellos los Profetas? Desde que vino aquel que fue predicado por los Profetas, ya no hay nada de esto en esa gente; ya han perdido las cosas terrenales, y aún no buscan las celestiales.

3. Adherirse, por tanto, a las cosas terrenales, aunque Dios las conceda, no debes. Sin embargo, no porque no debamos adherirnos a ellas, debemos creer que otro las da, sino Dios; Él las da; pero no esperes de Él como un gran bien lo que da también al que no es bueno. Pues si las diera como un gran bien, no las daría a los malos. Por eso quiso darlas también a los malos, para que los buenos aprendan a buscar de Él algo más, que no da también a los malos. Pero aquellos adheridos a las cosas terrenales, miserables, y no confiando en aquel que hizo el cielo y la tierra, quien también les dio esas cosas terrenales, quien también los liberó temporalmente de la cautividad de Egipto, quien los condujo por el mar dividido, quien hundió en las olas a sus enemigos que los perseguían (Éxodo XIV, 22, 28); no confiando en aquel que daría ciertamente cosas celestiales a los grandes, como dio cosas terrenales a los pequeños, temiendo perder lo que habían recibido, mataron al que lo había dado. Decimos estas cosas, hermanos, para que los hombres del Nuevo Testamento aprendáis a no adherirse a las cosas terrenales. Pues si ellos inexcusablemente se adhirieron a las cosas terrenales, a quienes aún no se les había revelado el Nuevo Testamento; ¡cuánto más inexcusablemente se adhieren a las cosas terrenales, a quienes ya se les han revelado las promesas celestiales en el Nuevo Testamento! Pues recordad, hermanos míos, lo que dijeron los que perseguían a Cristo. Si lo dejamos, vendrán los romanos, y nos quitarán, y el lugar, y la nación (Juan XI, 48). Ved que temiendo perder las cosas terrenales, mataron al rey del cielo. ¿Y qué les sucedió? Perdieron también esas cosas terrenales; y donde mataron a Cristo, allí fueron muertos: y temiendo perder la tierra, mataron al dador de la vida, y perdieron esa misma tierra siendo muertos; y en el tiempo en que lo mataron, para que desde ese mismo tiempo fueran advertidos por qué sufrieron estas cosas. Pues cuando la ciudad de los judíos fue destruida, celebraban la Pascua, y en muchos miles de hombres toda esa gente se había reunido para la celebración de esa festividad. Allí Dios, por medio de los malos, pero sin embargo Él bueno; por medio de los injustos, pero justo y justamente, así se vengó de ellos, que muchos miles de hombres fueron asesinados, y la misma ciudad fue destruida. Esto lo lamenta en este salmo el entendimiento de Asaf; y en ese lamento, como entendimiento, distingue las cosas terrenales de las celestiales, distingue el Antiguo Testamento del Nuevo Testamento; para que veas por dónde pasar, qué esperar, qué dejar, a qué adherirte. Así, pues, comenzó.

4. ¿Por qué nos has rechazado, Dios, para siempre? Nos has rechazado para siempre: desde la perspectiva del pueblo judío, y desde la perspectiva de la congregación que propiamente se llama Sinagoga. ¿Por qué nos has rechazado, Dios, para siempre? No reprende, sino que pregunta, ¿Por qué, por qué razón, por qué has hecho esto? ¿Qué has hecho? Nos has rechazado para siempre. ¿Qué significa, para siempre? Tal vez hasta el fin del mundo. ¿O nos has rechazado en Cristo, que es el fin para todo creyente (Rom. X, 4)? Pues, ¿por qué nos has rechazado, Dios, para siempre? Se ha airado tu ánimo contra las ovejas de tu rebaño. ¿Por qué te has airado contra las ovejas de tu rebaño; sino porque nos adheríamos a las cosas terrenales, y no reconocíamos al pastor?

5. [vers. 2.] Recuerda tu congregación, que poseíste desde el principio. ¿Acaso esta puede ser la voz de los Gentiles? ¿Acaso los Gentiles fueron poseídos desde el principio? Pero poseíste la descendencia de Abraham, el pueblo de Israel nacido también según la carne de los Patriarcas, nuestros padres; de quienes nosotros nos hemos hecho hijos, no viniendo de la carne, sino imitando la fe. Pero aquellos poseídos por Dios desde el principio, ¿qué les

sucedió? Recuerda tu congregación, que poseíste desde el principio. Redimiste la vara de tu heredad. A esa misma congregación tuya, la vara de tu heredad redimiste. A esa misma congregación llamó la vara de su heredad. Recordemos el primer hecho, cuando quiso poseer a esa congregación, liberándola de Egipto, qué señal dio a Moisés, cuando Moisés le dijo: ¿Qué señal daré, para que crean en mí que tú me enviaste? Y Dios le dijo: ¿Qué llevas en tu mano? Una vara. Arrójala a la tierra. Y dejó caer la vara en la tierra, y se convirtió en serpiente; y Moisés se asustó, y huyó de ella. Y el Señor le dijo: Toma su cola. Y la tomó; y volvió a su estado original, hecha vara, como antes era vara (Éxodo IV, 1-4). ¿Qué significa? Pues no fue hecho en vano. Preguntemos a las Escrituras de Dios. ¿Qué persuadió la serpiente al hombre? La muerte (Génesis III, 4, 5). Por tanto, la muerte viene de la serpiente. Si la muerte viene de la serpiente, la vara en la serpiente, Cristo en la muerte. Por eso también cuando eran mordidos y muertos por serpientes en el desierto, el Señor ordenó a Moisés que levantara una serpiente de bronce en el desierto, y advirtiera al pueblo, que cualquiera que fuera mordido por la serpiente, la mirara, y se sanara (Números XXI, 8, y Juan III, 14). Así sucedía; así los hombres mordidos por las serpientes se sanaban mirando a la serpiente. ¡Sanarse de la serpiente, gran sacramento! ¿Qué es, sanarse de la serpiente mirando a la serpiente? Creyendo en el muerto, salvarse de la muerte. Y sin embargo, Moisés se asustó y huyó. ¿Qué es, que Moisés huyera de esa serpiente? ¿Qué, hermanos, sino lo que sabemos que sucedió en el Evangelio? Cristo murió, y los discípulos se asustaron, y se apartaron de la esperanza en la que habían estado (Lucas XXIV, 21). Pero, ¿qué se dijo? Toma su cola. ¿Qué es, la cola? Comprende lo posterior. Esto también significó aquello: Verás mis espaldas (Éxodo XXXIII, 23). Primero se hizo serpiente, pero retenida la cola se hizo vara; primero fue muerto, después resucitó. También en la cola de la serpiente está el fin del mundo; porque así ahora camina la mortalidad de la Iglesia: unos van, otros vienen por la muerte como por la serpiente, porque la muerte fue sembrada por la serpiente; pero al final del mundo, como la cola, regresamos a la mano de Dios, y nos convertimos en el reino establecido de Dios, para que se cumpla en nosotros, Redimiste la vara de tu heredad. Pero como es la voz de la Sinagoga; sin embargo, la vara redimida de la heredad de Dios aparece más claramente en los Gentiles, pero la esperanza oculta de los judíos, o de aquellos que serán para creer, o de aquellos que creyeron en ese tiempo, cuando enviado el Espíritu Santo, los discípulos hablaron en las lenguas de todas las naciones (Hechos II, 4). Entonces, de hecho, algunos miles de esos mismos judíos que crucificaron a Cristo creyeron; y porque fueron encontrados cerca, creyeron de tal manera que vendieron todo lo que tenían, y pusieron el precio de sus bienes a los pies de los Apóstoles (Hechos IV, 34). Porque esto era oculto, y más claramente la redención de la vara de Dios iba a ser en los Gentiles; explica de dónde dice lo que dijo: Redimiste la vara de tu heredad. Esto no lo dijo de los Gentiles, en quienes es manifiesto. ¿Pero de dónde? Del monte Sion. Aún el monte Sion puede entenderse de otra manera. Aquel que habitaste en él: donde estaba el pueblo antes, donde se instituyó el templo, donde se celebraron los sacrificios, donde todo en ese tiempo era necesario, prometiendo a Cristo. La promesa, cuando se devuelve la cosa, ya se vuelve superflua. Pues antes de que se devuelva lo prometido, es necesaria la misma promesa, para que no se olvide de lo prometido a quien se le promete, y no muera sin esperar. Por tanto, es necesario que espere, para que cuando venga lo reciba: por eso no debe abandonar la promesa. Por esto no se abandonaban las figuras, para que al venir el día, las sombras fueran quitadas: El monte Sion aquel que habitaste en él.

6. [vers. 3.] Eleva tu mano contra su soberbia hasta el fin. Así como nos rechazabas hasta el fin, así eleva tu mano contra su soberbia hasta el fin. ¿De quién es la soberbia? ¿De aquellos por quienes fue destruida Jerusalén? ¿Pero de quién, sino de los reyes de las naciones? Bien elevada está su mano contra su soberbia hasta el fin; pues ellos ya conocen a Cristo. Porque el

fin de la Ley es Cristo, para justicia a todo creyente (Romanos X, 4). ¿Cuán bien les desea? Habla como enojado, y parece maldecir: ¡y ojalá suceda lo que maldice! más bien ya en el nombre de Cristo nos alegramos de que suceda. Ya sosteniendo el cetro, se someten al madero de la cruz; ya se cumple lo que fue predicho: Lo adorarán todos los reyes de la tierra; todas las naciones le servirán (Salmo LXXI, 11). Ya en las frentes de los reyes es más precioso el signo de la cruz, que la gema del diadema. Eleva tu mano contra su soberbia hasta el fin. ¡Cuántas cosas malignas ha hecho el enemigo en tus santos! En aquellas cosas que eran tus santas; es decir, en el templo, en el sacerdocio, en todos aquellos Sacramentos, que en ese tiempo fueron, ¡cuántas cosas malignas ha hecho el enemigo! Verdaderamente el enemigo entonces actuó. Pues las naciones entonces, que hicieron esto, adoraban dioses falsos, adoraban ídolos, servían a demonios; sin embargo, hicieron muchos males en los santos de Dios. ¿Cuándo podrían, si no se les permitiera? ¿Y cuándo se les permitiría, si ya aquellas cosas santas, primero prometedoras, no fueran necesarias, cuando el mismo que prometió estaba presente? ¡Cuántas cosas malignas ha hecho el enemigo en tus santos!

7. [vers. 4]. Y se gloriaron todos los que te odiaron. Observa a los siervos de los demonios, siervos de los ídolos; cómo eran entonces las naciones, cuando destruyeron el templo y la ciudad de Dios, y se gloriaron. En medio de tu solemnidad. Recuerden lo que dije, que Jerusalén fue destruida cuando se celebraba esa solemnidad; en la cual solemnidad crucificaron al Señor: reunidos se enfurecieron; reunidos perecieron.

8. [vers. 5.] Pusieron sus señales, señales; y no conocieron. Tenían señales que poner allí, sus estandartes, sus águilas, sus dragones, señales romanas; o incluso sus estatuas, que primero pusieron en el templo; o tal vez sus señales, que habían oído de los vaticinios de sus demonios. Y no conocieron. ¿Qué no conocieron? Que no tendrías poder sobre mí, si no te fuera dado de arriba (Juan XIX, 11). No conocieron que no se les dio honor a ellos, para afligir, para capturar, o para destruir la ciudad; sino que su impiedad se convirtió en el hacha de Dios: se convirtieron en el instrumento del iracundo, no en el reino del complacido. Pues Dios hace esto que a menudo hace también el hombre. A veces un hombre enojado toma una vara que yace en medio, tal vez alguna rama cualquiera, y con ella golpea a su hijo; y luego arroja la rama al fuego, y guarda la herencia para su hijo: así a veces Dios a través de los malos educa a los buenos, y a través del poder temporal de los condenados ejerce la disciplina de los liberados. ¿Qué, pues? ¿Creen, hermanos, que realmente se dio disciplina a esa gente para que pereciera por completo? ¡Cuántos de ellos después creyeron! ¡Cuántos aún creerán! Una cosa es la paja, otra el grano; pero sobre ambos pasa la trilla: pero bajo una trilla una cosa se tritura, otra se purifica. ¡Cuánto bien nos ha concedido Dios del mal de Judas el traidor! ¡Cuánto bien se ha concedido a los fieles gentiles de la misma crueldad de los judíos! Cristo fue muerto, para que hubiera en la cruz a quien mirara el que fuera mordido por la serpiente (Números XXI, 8). Así, pues, tal vez ellos habían oído de sus adivinos que debían ir a Jerusalén, y capturarla; y cuando la capturaron y la destruyeron, se dijeron a sí mismos que fue hecho por sus demonios: Pusieron sus señales, señales; y no conocieron. ¿Qué no conocieron? Como en la salida de arriba. Porque si no hubiera salido la orden de arriba, nunca se les habría permitido a las naciones furiosas hacer tales cosas al pueblo de los judíos. Pero salió de arriba, como dice Daniel: Desde el principio de tu oración salió la palabra (Daniel IX, 23). Esto también el Señor mismo a Pilato, inflándose, y poniendo sus señales, señales, y no conociendo, y diciendo a Cristo, ¿No me respondes? ¿No sabes que tengo poder para matarte, y poder para liberarte? Y el Señor al inflado, como una vejiga que se desinfla al pincharla: No tendrías, le dice, poder sobre mí, si no te fuera dado de arriba (Juan XIX, 10, 11). Así también aquí, Pusieron sus señales, señales: y no conocieron. ¿Cómo no conocieron?

Como en la salida de arriba. ¿Cómo se hizo la salida de arriba, para que esto se cumpliera, acaso ellos pudieron conocerlo así?

9. [vers. 6.] Ya recorramos estos versos, con Jerusalén destruida, porque son manifiestos, y no es agradable detenerse en el castigo de los enemigos. Como en un bosque de árboles con hachas cortaron sus puertas en lo mismo; con hacha y martillo la derribaron: es decir, conspirando, constantemente, con hacha y martillo la derribaron.

10. Incendiaron con fuego tu santuario; profanaron en la tierra el tabernáculo de tu nombre.

11. [vers. 8, 9.] Dijeron en su corazón, su parentela en uno. ¿Qué dijeron? Venid, destruyamos todas las solemnidades del Señor de la tierra. Del Señor, interpuesto desde la persona de este, desde la persona de Asaf: pues no llamarían Señor a aquel cuyo templo destruían. Venid, destruyamos todas las solemnidades del Señor de la tierra. ¿Qué Asaf? ¿Qué entendimiento de Asaf en esto? ¿Qué? ¿No aprovecha, o la disciplina dada? ¿No se corrige la perversidad de la mente? Todo lo que era antes ha sido destruido: en ninguna parte hay sacerdote, en ninguna parte altar de los judíos, en ninguna parte víctima, en ninguna parte templo. ¿Entonces no hay nada más que reconocer que sucedió a esto que se va? ¿O acaso esta señal prometida se quitaría, si no hubiera venido lo que se prometía? Veamos, pues, aquí ahora el entendimiento de Asaf; veamos si aprovecha de la tribulación. Atiende lo que dice: No vimos nuestras señales, ya no hay profeta, y no nos conocerá aún. He aquí estos judíos que dicen que no se les reconoce aún, es decir, que aún están en cautiverio, que aún no son liberados, esperan aún a Cristo. Cristo vendrá; pero vendrá como juez: primero como convocador, después como separador. Vendrá, porque vino, y es manifiesto que vendrá; pero ya vendrá de arriba. Estaba ante ti, oh Israel! fuiste sacudido, porque tropezaste en el que yacía; para que no seas destruido, observa al que viene de arriba. Pues así fue predicho por el profeta: Quien tropiece en esa piedra, será quebrantado; y sobre quien venga, lo triturrará (Isaías VIII, 14, 15. Véase Lucas XX, 18). El pequeño quebranta; el grande triturará. Ya no ves tus señales, ya no hay profeta; y dices, Y no nos conocerá aún: porque ustedes no conocen aún. Ya no hay profeta, y no nos conocerá aún.

12. [vers. 10.] ¿Hasta cuándo, Dios, el enemigo reprochará? Clama como abandonado, como desamparado; clama como enfermo que prefirió golpear al médico que ser curado: no te reconoce aún. Mira lo que ha hecho, quien no te reconoce aún. Pues a quienes no se les anunció de él, verán; y quienes no oyeron, entenderán (Isaías LII, 15, y Romanos XV, 21): y tú aún clamas, Ya no hay profeta y no nos conocerá aún. ¿Dónde está tu entendimiento? Irrita el adversario tu nombre hasta el fin. Para esto irrita el adversario tu nombre hasta el fin, para que enojado corrijas, corrigiendo reconozcas hasta el fin; o ciertamente hasta el fin, hasta el fin. ¿Hasta qué fin? Hasta que reconozcas, hasta que clames, hasta que tomada la cola se regrese al reino.

13. [vers. 11.] ¿Por qué apartas tu mano y tu diestra de en medio de tu seno hasta el fin? De nuevo otra señal que se dio a Moisés. Pues así como arriba la señal de la vara, así también de la diestra. Pues cuando se hizo aquello de la vara, Dios dio otra señal: Mete, le dice, tu mano en tu seno, y la metió: Sácala, y la sacó; y se encontró blanca, es decir, inmunda. Pues la heredad de Dios, es decir, su pueblo enviado fuera de él, se hizo inmundo. Pero ¿qué le dice? Revócala en tu seno: la revocó, y volvió a su color (Éxodo IV, 6, 7). ¿Cuándo haces esto, dice este Asaf? ¿Hasta cuándo apartas tu diestra de tu seno, para que fuera permanezca inmunda? Revócala; regrese a su color, reconozca al salvador. ¿Por qué apartas tu mano y tu diestra de en medio de tu seno hasta el fin? Esto clama el ciego, no entendiendo; y esto hace Dios lo que hace. Pues ¿por qué vino Cristo? La ceguera en parte de Israel se hizo, para que la plenitud de

los Gentiles entrara, y así todo Israel fuera salvo (Romanos XI, 25). Por tanto, ya Asaf reconoce lo que precedió, para que al menos sigas, si no pudiste preceder. Pues no en vano vino Cristo, ni en vano fue muerto Cristo; ni en vano cayó el grano en la tierra, si no para que resurgiera multiplicado (Juan XII, 23). Se levantó la serpiente en el desierto, para que sanara al herido por el veneno (Números XXI, 9). Atiende lo que se hizo: no pienses que es en vano que vino; para que no te encuentre mal, cuando venga de nuevo.

14. [vers. 12.] Entendió Asaf, porque en el título del Salmo, Entendimiento de Asaf. ¿Y qué dice? Pero Dios nuestro rey desde la antigüedad, ha obrado salvación en medio de la tierra. Esto clamamos, Ya no hay profeta; y no nos conocerá aún: pero Dios nuestro, nuestro rey, que es desde la antigüedad, porque él es en el principio el Verbo, por el cual fueron hechos los siglos; ha obrado salvación en medio de la tierra. Por tanto, Dios nuestro rey desde la antigüedad, ¿qué hizo? Ha obrado salvación en medio de la tierra; y yo aún clamo como desamparado. Él obra salvación en medio de la tierra; y yo quedé como tierra. Entendió Asaf bien, porque Entendimiento de Asaf. Pues ¿por qué esto, o qué salvación obró Cristo; sino para que los hombres aprendieran a desear lo eterno, no siempre adherirse a lo temporal? Pero Dios nuestro rey desde la antigüedad, ha obrado salvación en medio de la tierra. Mientras clamamos, ¿Hasta cuándo, Señor, el enemigo reprochará hasta el fin? ¿hasta cuándo irrita el adversario? ¿hasta cuándo apartas tu mano de tu seno? Mientras decimos esto, Pero Dios nuestro rey desde la antigüedad, ha obrado salvación en medio de la tierra; y nosotros dormimos. Ya las naciones están despiertas; y nosotros roncamos, y como si Dios nos hubiera abandonado, deliramos en sueños. Ha obrado salvación en medio de la tierra.

15. [vers. 13.] Ya pues Asaf corrígete al entendimiento; dinos qué salvación obró Dios en medio de la tierra. Cuando esa salvación terrenal vuestra fue destruida, ¿qué hizo? ¿qué prometió? Tú afirmaste con tu poder el mar. Como si la gente de los judíos, como tierra seca, fuera separada de las olas, el mar en su amargura eran las naciones, y rodeaban esa tierra por todas partes: he aquí afirmaste con tu poder el mar, y quedó la tierra sedienta de tu lluvia. Tú afirmaste con tu poder el mar: quebrantaste las cabezas de los dragones en el agua. Las cabezas de los dragones, las soberbias de los demonios, por quienes las naciones eran poseídas, quebrantaste sobre el agua; porque a aquellos que poseían, tú los liberaste por el Bautismo.

16. [vers. 14.] ¿Qué más sobre las cabezas de los dragones? Pues esos dragones tienen su príncipe, y él es el primer gran dragón. ¿Y qué hizo aquel que obró la salvación en medio de la tierra? Escucha: Tú quebrantaste la cabeza del dragón. ¿De qué dragón? Entendemos que los dragones son todos los demonios que militan bajo el diablo: ¿a qué dragón singular cuya cabeza fue quebrantada debemos entender, sino al mismo diablo? ¿Qué hizo con él? Tú quebrantaste la cabeza del dragón. Eso es el inicio del pecado. Esa cabeza es la que recibió la maldición, para que la simiente de Eva observe la cabeza de la serpiente (Gén. III, 15). La Iglesia fue advertida de evitar el inicio del pecado. ¿Qué es el inicio del pecado, como la cabeza de la serpiente? El inicio de todo pecado es la soberbia (Ecli. X, 15). Por tanto, la cabeza del dragón fue quebrantada; la soberbia diabólica fue quebrantada. ¿Y qué hizo con él, quien obró la salvación en medio de la tierra? Lo diste como alimento a los pueblos etíopes. ¿Qué significa esto? ¿Cómo entiendo a los pueblos etíopes? ¿Cómo, sino por estos, todas las naciones? Y bien por los negros; pues los etíopes son negros. Ellos son llamados a la fe, quienes fueron negros; ellos precisamente, para que se les diga: Porque en otro tiempo fuisteis tinieblas; ahora sois luz en el Señor (Efes. V, 8). Ellos precisamente son llamados negros; pero para que no permanezcan negros: de ellos se hace la Iglesia, a la cual se le dice, ¿Quién es esta que sube blanqueada? (Cant. VIII, 5, según LXX). ¿Qué se ha hecho de la

negra, sino lo que se dijo: Soy negra, pero hermosa (Cant. I, 4)? ¿Y cómo recibieron estos al dragón como alimento? Creo que más bien recibieron a Cristo como alimento: pero a Cristo para consumirse; al diablo para consumirlo. Pues de ahí también aquel becerro que adoró el pueblo infiel, apóstata, buscando a los dioses de los egipcios, abandonando a aquel que los liberó de la servidumbre de los egipcios; de donde se agitó aquel gran sacramento. Pues cuando Moisés se enojó tanto con los que adoraban el ídolo, y encendido con el celo de Dios vengó temporalmente, para que temieran evitar la muerte eterna; sin embargo, la cabeza misma del becerro la arrojó al fuego y la exterminó, la trituro, la esparció en el agua, y la dio al pueblo para beber (Éxod. XXXII, 1-20): así se hizo el gran sacramento. ¡Oh ira profética, y ánimo no turbado, sino iluminado! ¿Qué hizo? Arroja al fuego, para que primero se confunda la forma misma; tritúralo poco a poco, para que se consuma gradualmente; arroja al agua, da al pueblo para beber. ¿Qué es esto, sino que los adoradores del diablo se habían convertido en su cuerpo? ¿Cómo, reconociendo a Cristo, se convierten en el cuerpo de Cristo, para que se les diga: Vosotros sois el cuerpo de Cristo y miembros (I Cor. XII, 27). El cuerpo del diablo debía ser consumido, y esto por los israelitas. Pues de ese pueblo son los apóstoles; de él es la primera Iglesia. Y se le dijo a Pedro sobre los gentiles: Mata y come (Hech. X, 13). ¿Qué significa, Mata y come? Mata lo que son, y haz lo que eres. Así, Mata y come; así, Tritura y bebe: ambos en el mismo sacramento; porque era necesario, y sin duda era necesario, que el cuerpo que era del diablo, al creer, pasara al cuerpo de Cristo. Así el diablo es consumido al perder sus miembros. Esto también se figuró en la serpiente de Moisés. Pues los magos hicieron lo mismo, y al arrojar sus varas mostraron dragones; pero el dragón de Moisés devoró todas las varas de aquellos magos (Éxod. VII, 12). Entiéndase, por tanto, ahora el cuerpo del diablo: esto sucede; es devorado por los gentiles que creyeron, se convirtió en alimento para los pueblos etíopes. También puede entenderse aquello, lo diste como alimento a los pueblos etíopes: porque ahora todos lo muerden. ¿Qué significa que lo muerden? Reprendiéndolo, culpándolo, acusándolo. Como se dijo, en prohibición ciertamente, pero sin embargo expresado: Pero si os mordéis y os coméis unos a otros; mirad que no os consumáis unos a otros (Gál. V, 15). ¿Qué significa, os mordéis y os coméis unos a otros? Discutís entre vosotros, os calumniáis unos a otros, os lanzáis reproches unos a otros. Observad, por tanto, ahora que el diablo es consumido por estas mordeduras. ¿Quién no, enojado con su siervo, incluso un pagano, le dice: ¡Satanás? Mira al diablo dado como alimento. Esto lo dice el cristiano, esto lo dice el judío, esto lo dice el pagano; lo adora, y de él maldice.

17. [vers. 15.] Veamos, por tanto, lo que sigue. Hermanos, os ruego, prestad atención: se escuchan con gran placer, porque lo que se escucha también se conoce en todo el mundo. Estas cosas cuando se decían, no existían; porque entonces se prometían, no se cumplían: pero ahora, ¡con qué placer nos afecta, cuando vemos que lo que leemos predicho en el libro se cumple en el mundo! Veamos qué hizo, a quien ya Asaf entiende, que obró la salvación en medio de la tierra. Tú rompiste las fuentes y los torrentes: para que manaran el licor de la sabiduría, para que manaran las riquezas de la fe, para que regaran la salinidad de las naciones, para que todos los infieles en la fe convirtieran su dulzura con su riego. Rompiste las fuentes y los torrentes. Quizás está diferenciado; quizás es uno, porque las fuentes fueron tan abundantes que hicieron ríos. Tú rompiste las fuentes y los torrentes. Pero si es para diferenciación: en unos se hace la palabra de Dios fuente de agua que salta para vida eterna (Juan IV, 14); pero otros, al escuchar la palabra, y no teniéndola así para vivir bien, sin embargo, no callando con la lengua, se convierten en torrentes. Pues los torrentes se llaman propiamente, que no son perennes: pues a veces también se dice torrente en sentido figurado por río; como se dijo: Se embriagarán de la abundancia de tu casa, y con el torrente de tus delicias los harás beber (Sal. XXXV, 9): pues ese torrente no se secará nunca. Pero los torrentes propiamente se llaman ríos que en verano se agotan, pero con las aguas invernales

se inundan y corren. Ves, por tanto, al hombre bien fiel, perseverando hasta el fin, no abandonando a Dios en toda tentación; por la verdad, no por la falsedad y el error, soportando todas las molestias: ¿de dónde vigila así, sino porque la palabra se ha hecho en él fuente de agua que salta para vida eterna? Pero otro recibe la palabra; predica, no calla, corre: pero el verano prueba la fuente o el torrente. Sin embargo, de ambos se riega la tierra, por aquel que obró la salvación en medio de la tierra; broten las fuentes, corran los torrentes: Tú rompiste las fuentes y los torrentes.

18. Tú secaste los ríos de Etham. Aquí rompe fuentes y torrentes, aquí seca ríos, para que de allí corran las aguas, y de aquí las aguas se sequen. Ríos, dice, de Etham. ¿Qué es Etham? Pues es una palabra hebrea. ¿Qué significa Etham? Fuerte, robusto. ¿Quién es este fuerte y robusto, cuyos ríos seca Dios? ¿Quién, sino ese mismo dragón? Pues nadie entra en la casa del fuerte, para saquear sus bienes, si primero no ata al fuerte (Mat. XII, 29). Él es fuerte, presumiendo de su virtud, y abandonando a Dios; él es fuerte, que dijo: Pondré mi trono al norte, y seré semejante al Altísimo (Isa. XIV, 13). De esa copa de fortaleza perversa hizo beber al hombre. Quisieron ser fuertes, quienes creyeron que serían dioses por el alimento prohibido. Adán se hizo fuerte para que se le insultara: He aquí que Adán se ha hecho como uno de nosotros (Gén. III, 5, 6, 22). Fuertes también los judíos presumiendo de su justicia: Ignorando la justicia de Dios, y buscando establecer su propia justicia, como fuertes, no se han sometido a la justicia de Dios (Rom. X, 3). Ved al hombre haber digerido su fortaleza, y haber quedado débil, pobre, estando lejos, ni atreviéndose a levantar los ojos al cielo; sino golpeándose el pecho, y diciendo: Señor, ten piedad de mí, pecador (Luc. XVIII, 13). Ya es débil, ya confiesa su debilidad; no es fuerte: es tierra seca; sea regada por fuentes y torrentes. Aún son fuertes aquellos que presumen de su virtud. Séquense sus ríos: no prosperen las doctrinas de las naciones, de los arúspices, de los matemáticos, las artes mágicas; porque se han secado los ríos del Fuerte: Tú secaste los ríos de Etham. Seque esa doctrina; inunden las mentes con el Evangelio de la verdad.

19. [vers. 16.] Tuyo es el día, y tuya es la noche. ¿Quién ignora esto, cuando él mismo hizo todas estas cosas; porque por el Verbo fueron hechas todas las cosas (Juan I, 3)? A aquel mismo que obró la salvación en medio de la tierra, a él se le dice: Tuyo es el día, y tuya es la noche. Debemos entender algo aquí, que pertenece a la misma salvación que obró en medio de la tierra. Tuyo es el día. ¿Quiénes son estos? Espirituales. Y tuya es la noche. ¿Quiénes son estos? Carnales, Tuyo es el día; y tuya es la noche. Hablen los espirituales cosas espirituales a los espirituales; pues se ha dicho: Comparando cosas espirituales con espirituales, hablamos sabiduría entre los perfectos (I Cor. II, 13, 6). Aún no captan esta sabiduría los carnales: No pude hablarlos como a espirituales, sino como a carnales (Id., III, 1). Por tanto, cuando los espirituales hablan a los espirituales, El día al día emite palabra: pero cuando también los carnales no callan la fe del Cristo crucificado, que pueden captar los pequeños, La noche a la noche declara sabiduría (Sal. XVIII, 3). Tuyo es el día, y tuya es la noche. A ti pertenecen los espirituales, a ti pertenecen los carnales: a aquellos los iluminas con sabiduría inmutable y verdad; a estos los consuelas con la manifestación de la carne, como la luna consolando la noche. Tuyo es el día, y tuya es la noche. ¿Quieres escuchar el día? Mira si lo captas; eleva cuanto puedas tu mente. Veamos si perteneces al día; ya veamos, si no palpita tu vista. ¿Puedes ver lo que escuchaste ahora del Evangelio: En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios? Pues no sabes tú pensar palabras, sino las que suenan y pasan. ¿Puedes ya captar el Verbo, no el sonido, sino Dios? ¿No escuchaste allí: Y el Verbo era Dios? Pero tú piensas estas palabras, Todas las cosas por él fueron hechas: y por él fueron hechos también los que hacen palabras. ¿Qué clase de Verbo es, entonces? ¿Lo captas, oh carnal? responde; ¿lo captas? No lo captas, aún perteneces a la

noche; la luna te es necesaria, para que no mueras en las tinieblas. Pues algunos pecadores tensaron el arco, para disparar en la oscura luna a los rectos de corazón (Sal. X, 3). Pues se oscureció la carne de Cristo bajada de la cruz, y puesta en el sepulcro: y aquellos que lo mataron se burlaron; y aún no había resucitado, y fueron heridos los discípulos rectos de corazón, pero en la oscura luna. Por tanto, para que no solo el día al día emita palabra, sino también la noche a la noche declare sabiduría; porque tuyo es el día, y tuya es la noche; digna descender, permanecer con aquel de quien descienes, pero venir a quienes descienes. Digna descender quien en este mundo eras, y el mundo por ti fue hecho, y el mundo no te conoció. Tenga también la noche su consuelo; tenga, dice, El Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros (Juan I, 1-14): Tuyo es el día, y tuya es la noche. Tú perfeccionaste el sol y la luna: el sol, los espirituales; la luna, los carnales. Aún es carnal, no sea abandonado, y él mismo sea perfeccionado. Tú perfeccionaste el sol y la luna: el sol, como sabio; la luna, como insensato; sin embargo, no lo abandonaste. Pues así está escrito: El sabio permanece como el sol; pero el necio como la luna cambia (Ecli. XXVII, 12). ¿Qué, entonces, porque el sol permanece, es decir, porque el sabio permanece como el sol, el necio como la luna cambia, aún carnal, aún insensato debe ser abandonado? ¿Y dónde está lo que dijo el Apóstol: A sabios e insensatos soy deudor (Rom. I, 14)? Tú perfeccionaste el sol y la luna.

20. [vers. 17.] Tú hiciste todos los confines de la tierra. ¿Acaso no antes, cuando fundó la tierra? Pero, ¿cómo hizo los confines de la tierra, quien obró la salvación en medio de la tierra? ¿Cómo, sino como dice el Apóstol: Por gracia sois salvos, y esto no de vosotros, sino que es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe? ¿Entonces no había buenas obras? Había; pero ¿cómo? Por la gracia de Dios. Sigue; veamos. Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras (Efes. II, 8-10). He aquí cómo hizo los confines de la tierra, quien obró la salvación en medio de la tierra: Tú hiciste todos los confines de la tierra. El verano y la primavera tú los hiciste. Fervientes en espíritu es el verano. Tú, digo, hiciste a los fervientes en espíritu: tú hiciste también a los nuevos en la fe; la primavera es. El verano y la primavera tú los hiciste. No se gloríen como si no hubieran recibido: tú los hiciste.

21. [vers. 18.] Acuérdate de esta criatura tuya. ¿De qué criatura tuya? El enemigo ha reprochado al Señor. Oh Asaf, duele en el entendimiento tu antigua ceguera. El enemigo ha reprochado al Señor. Se dijo a Cristo en su pueblo, Este es un pecador; no sabemos de dónde es: nosotros conocemos a Moisés, a él le habló Dios; este es samaritano (Juan IX, 24, 29, y VIII, 48). El enemigo ha reprochado al Señor; y el pueblo imprudente ha exacerbado tu nombre. El pueblo imprudente entonces Asaf; pero no el Asaf entendido entonces. ¿Qué se dice en el salmo anterior? Como un animal fui ante ti; y yo siempre contigo: porque no fue a los dioses e ídolos de las naciones. Aunque no conoció como un animal, sin embargo reconoció como hombre, pues dijo, Siempre contigo, como un animal: y ¿qué después allí en el mismo salmo, donde Asaf? Sostuviste la mano de mi derecha; en tu voluntad me guiaste, y con gloria me recibiste (Sal. LXXII, 23, 24). En tu voluntad, no en mi justicia; por tu don, no por mi obra. Por tanto, también aquí, El enemigo ha reprochado al Señor; y el pueblo imprudente ha exacerbado tu nombre. ¿Todos, entonces, perecieron? De ninguna manera. Aunque algunos de las ramas fueron quebradas, permanecen algunas donde se injertó el acebuche (Rom. XI, 17); y la raíz permanece, y de esas mismas ramas quebradas por la incredulidad algunos fueron llamados de nuevo por la fe: pues el mismo apóstol Pablo fue quebrado por la incredulidad, y por la fe fue restituído a la raíz. Así ciertamente el pueblo imprudente ha exacerbado tu nombre, cuando se dijo: Si es el Hijo de Dios, descienda de la cruz (Mat. XXVII, 40).

22. [vers. 19.] Pero ¿qué tú, Asaf, ya en el entendimiento? No entregues a las bestias el alma que te confiesa. Reconozco, dice Asaf; porque, como se dice en otro salmo, Conocí mi pecado, y no cubrí mi iniquidad (Sal. XXXI, 5). ¿Por qué? Porque Pedro habló a los israelitas que se maravillaban de las lenguas, que ellos mataron a Cristo, cuando por ellos fue enviado Cristo. Al escuchar esto, se compungieron de corazón, y dijeron a los Apóstoles, ¿Qué, entonces, haremos? decidnos. Y los Apóstoles: Haced penitencia, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre del Señor Jesucristo; y se os perdonarán vuestros pecados (Hech. II, 37, 38). Porque, por tanto, por la penitencia se hizo confesión, No entregues a las bestias el alma que te confiesa. ¿Por qué, te confiesa? Porque me convertí en aflicción, mientras se clavaba la espina (Sal. XXXI, 4). Se compungieron de corazón; y se hicieron afligidos por la penitencia, quienes habían sido gloriosos por la violencia. No entregues a las bestias el alma que te confiesa. ¿A qué bestias, sino cuyas cabezas fueron quebrantadas sobre el agua? Pues se dijo bestia, león, y dragón, al mismo diablo. No, dice, des al diablo y a sus ángeles el alma que te confiesa. Devore la serpiente, si aún pienso en cosas terrenales, si deseo cosas terrenales, si aún en las promesas del Antiguo Testamento, revelado el Nuevo, permanezco. Pero cuando ya he depuesto la soberbia, y no reconozco mi justicia, sino tu gracia; no tengan en mí las bestias soberbias poder. No entregues a las bestias el alma que te confiesa. No olvides las almas de tus pobres para siempre. Éramos ricos, éramos fuertes; pero secaste los ríos de Efram: ya no establecemos nuestra justicia, sino que reconocemos tu gracia; somos pobres, escucha a tus mendigos. Ya no nos atrevemos a levantar los ojos al cielo, sino golpeándonos el pecho decimos: Señor, ten piedad de mí, pecador (Luc. XVIII, 13); No olvides las almas de tus pobres para siempre.

23. [vers. 20.] Mira tu testamento. Devuelve lo que prometiste: tenemos las tablas, esperamos la herencia. Mira tu testamento; no aquel antiguo: no pido por la tierra de Canaán; no por la sujeción temporal de los enemigos, no por la fecundidad carnal de los hijos, no por las riquezas terrenales, no por la salvación temporal; Mira tu testamento, en el cual prometiste el reino de los cielos. Ya reconozco tu testamento; ya Asaf ha entendido, no es un bruto Asaf, ya ve lo que se dijo: «He aquí vienen días, dice el Señor; y haré un nuevo pacto con la casa de Israel y con la casa de Judá, no como el pacto que hice con sus padres. (Jeremías XXXI, 31, 32). Mira tu testamento; porque se han llenado los que se oscurecieron en la tierra de las casas de los inicuos:» porque tenían corazones inicuos. Nuestras casas, nuestros corazones: allí habitan con gusto los bienaventurados de corazón puro (Mateo V, 8). Mira, pues, tu testamento; y que el resto sea salvo (Romanos IX, 27): porque muchos que atienden a la tierra, se han oscurecido, y se han llenado de tierra. Entró polvo en sus ojos, y los cegó, y se convirtieron en polvo que el viento arroja de la faz de la tierra (Salmo I, 4). Se han llenado los que se oscurecieron en la tierra de las casas de los inicuos. Pues al atender a la tierra se oscurecieron, de los cuales se dijo en otro salmo: Que se oscurezcan sus ojos para que no vean y su espalda siempre se encorve (Salmo LXVIII, 24). Por tanto, se han llenado de tierra los que se oscurecieron en la tierra de las casas de los inicuos, porque tenían corazones inicuos. Nuestras casas, como dijimos antes, son nuestros corazones: allí habitamos con gusto, si los limpiamos de iniquidad. Allí está la mala conciencia, que expulsa al hombre de donde se le ordena ir llevando su camilla, a quien se le han perdonado los pecados, diciendo el Señor, Toma tu camilla, y vete a tu casa (Juan V, 8): lleva tu carne, y entra a tu conciencia sana. Porque se han llenado los que se oscurecieron en la tierra de las casas de los inicuos: se oscurecieron, se llenaron de tierra. ¿Quiénes son esos oscurecidos? Los que tienen corazones inicuos: el Señor les devuelve según su corazón.

24. [vers. 21.] Que no se aparte el humilde avergonzado. Pues la soberbia confundió a aquellos. El pobre y el necesitado alabarán tu nombre. Veis, hermanos, cuán dulce debe ser la

pobreza: veis que los pobres y necesitados pertenecen a Dios; pero pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos (Mateo V, 3). ¿Quiénes son los pobres de espíritu? Los humildes, los que tiemblan ante las palabras de Dios, los que confiesan sus pecados; no presumiendo de sus méritos, ni de su justicia. ¿Quiénes son los pobres de espíritu? Los que cuando hacen algo bueno, alaban a Dios; cuando hacen algo malo, se acusan a sí mismos. ¿Sobre quién reposará mi Espíritu, dice el profeta, sino sobre el humilde, y el tranquilo, y el que tiembla ante mis palabras? (Isaías LXVI, 2). Ya pues Asaf ha entendido; ya no se aferra a la tierra, ya no busca las promesas terrenales del Antiguo Testamento: se ha hecho tu mendigo, se ha hecho tu pobre; anhela tus ríos, porque los suyos se han secado. Porque así se ha hecho, no se le defraude la esperanza: buscó con sus manos de noche ante ti; no sea engañado (Salmo LXXVI, 3). Que no se aparte el humilde avergonzado: el pobre y el necesitado alabarán tu nombre. Confesando sus pecados, alabarán tu nombre; deseando tus promesas eternas, alabarán tu nombre: no hinchados por las cosas temporales, no elevados y envanecidos por su propia justicia, no ellos; sino ¿quiénes? El pobre y el necesitado alabarán tu nombre.

25. [vers. 22.] Levántate, Señor; defiende mi causa. Pues parezco abandonado, porque aún no he recibido lo que prometiste: y mis lágrimas se han convertido en mi pan de día y de noche, mientras me dicen cada día, ¿Dónde está tu Dios? (Salmo XLI, 4). Y porque no puedo mostrar a mi Dios; como si siguiera algo vano, se me insulta. Ni solo el pagano, o el judío, o el hereje; sino a veces el mismo hermano católico tuerce el rostro, cuando se predicán las promesas de Dios, cuando se anuncia la futura resurrección. Y aún él mismo, aunque ya bautizado con el agua de la salvación eterna, llevando el sacramento de Cristo, tal vez dice, ¿Y quién ha resucitado aquí? y, No he oído a mi padre hablar desde la tumba, desde que lo enterré. Dios dio la ley a sus siervos por un tiempo, para que se aparten: pues ¿quién regresa de los muertos? ¿Y qué haré con tales personas? ¿Mostraré lo que no ven? No puedo: pues Dios no debe hacerse visible por ellos. Que lo intenten, si les place; que así lo hagan, que así lo intenten: porque ellos no quieren convertirse en mejores, que conviertan a Dios en peor. Que vea quien pueda, que crea quien no pueda, que Dios existe. Aunque vea quien pueda, ¿acaso lo ve con los ojos? Lo ve con el entendimiento, lo ve con el corazón. Pues no quería mostrar el sol y la luna, quien decía: Bienaventurados los de corazón puro, porque ellos verán a Dios (Mateo V, 8). Pero el corazón impuro no es apto ni para la fe, para que lo que no puede ver al menos lo crea. No veo, dice: ¿qué voy a creer? ¿Acaso se ve tu alma, según creo? ¡Necio! Se ve tu cuerpo; ¿quién ve tu alma? Entonces, si solo se ve tu cuerpo, ¿por qué no te entierran? Se asombra porque dije, Si solo se ve el cuerpo, ¿por qué no te entierran? Y responde (pues tiene sentido para esto). Porque vivo. ¿Cómo sé que vives, si no veo tu alma? ¿Cómo lo sé? Responderás: Porque hablo, porque camino, porque actúo. ¡Necio! Por las obras del cuerpo reconozco al viviente; por las obras de la creación no puedes reconocer al Creador. Y tal vez quien dice, Cuando muera, después no seré nada: y ha aprendido letras, y lo aprendió de Epicuro, no sé qué filósofo delirante, o más bien amante de la vanidad, no de la sabiduría; a quien incluso los mismos filósofos llamaron cerdo: quien dijo que el placer del cuerpo es el sumo bien, a este filósofo lo llamaron cerdo, sumergiéndose en el lodo carnal. De él tal vez aprendió este letrado a decir, No seré después de haber muerto. Que se sequen los ríos de Etam; que perezcan estas doctrinas de los gentiles, que florezcan los vergeles de Jerusalén: que vean lo que puedan; que crean con el corazón lo que no pueden ver. Ciertamente todas estas cosas que ahora se ven en el mundo, cuando Dios obraba la salvación en medio de la tierra, cuando se decían estas cosas, aún no existían: y he aquí que entonces fueron predichas; ahora se muestran cumplidas, y aún dice el necio en su corazón, No hay Dios (Salmo XIII, 1). ¡Ay de los corazones perversos! porque así vendrán las cosas que restan, como vinieron estas que entonces no existían, y se anunciaban como futuras. ¿Acaso

nos ha mostrado Dios todo lo que prometió, y solo nos ha engañado con el día del juicio? Cristo no estaba en la tierra; lo prometió, lo mostró: la virgen no había dado a luz: lo prometió, lo mostró: no se había derramado la sangre preciosa, con la que se borraría el documento de nuestra muerte; lo prometió, lo mostró: aún no había resucitado la carne a la vida eterna; lo prometió, lo mostró: aún no habían creído los gentiles; lo prometió, lo mostró: aún no estaban los herejes armados en nombre de Cristo, militando contra Cristo; lo predijo, lo mostró: aún no se habían borrado los ídolos de los gentiles de la tierra; lo predijo, lo mostró: todas estas cosas, cuando las predijo y las mostró, ¿solo del día del juicio mintió? Vendrá sin duda, como vinieron estas cosas; porque también estas, antes de venir, eran futuras, y primero fueron anunciadas como futuras, y después vinieron; vendrá, hermanos míos. Que nadie diga, No vendrá; o, Vendrá, pero está lejos lo que vendrá: pero para ti está cerca que te vayas de aquí. Basta con el primer engaño: si no pudimos permanecer al principio en el precepto, al menos corrijámonos con el ejemplo. Aún no había ejemplo de la caída humana, cuando se dijo a Adán: Morirás, si tocas; y vino la serpiente de improviso, y dijo: No morirás. Se creyó a la serpiente, se despreció a Dios; se creyó a la serpiente, se tocó lo prohibido, murió el hombre (Génesis II, 17, y III, 4, 6, 19). ¿No se cumplió más bien lo que Dios amenazó, que lo que prometió el enemigo? Así es ciertamente: reconocemos esto; de ahí todos en la muerte: ya al menos seamos cautos por experiencia. Pues aún ahora la serpiente no cesa de susurrar, y decir: ¿Acaso Dios condenará a tantas multitudes, y salvará a pocos? ¿Qué es esto sino, Haced contra el precepto; no moriréis? pero como entonces, así ahora. Si haces lo que sugiere el diablo, y desprecias lo que Dios ordena; vendrá el día del juicio, y encontrarás verdadero lo que Dios amenazó, y falso lo que el diablo prometió. Levántate, Señor, defiende mi causa. Moriste, y fuiste despreciado; se me dice, ¿Dónde está tu Dios? (Salmo XLI, 11). Levántate, defiende mi causa. Pues no vendrá al juicio, sino quien resucitó de entre los muertos. Se anunciaba que vendría; vino, y fue despreciado por los judíos caminando en la tierra; es despreciado por los falsos cristianos sentado en el cielo. Levántate, Señor; defiende mi causa. Porque en ti he creído, no perezca; porque creí lo que no vi, que mi esperanza no me engañe, reciba lo que prometiste; Defiende mi causa. Recuerda tus afrentas; las que son de los imprudentes todo el día. Pues aún se insulta a Cristo; ni faltarán todo el día, es decir, hasta el fin del siglo, los vasos de ira. Aún se dice: Vanas son las predicaciones de los cristianos; aún se dice: Inútil es la resurrección de los muertos. Defiende mi causa: recuerda tus afrentas. Pero ¿de quiénes sino de los imprudentes todo el día? ¿Acaso lo dice el prudente? Pues el prudente es llamado, El que ve de lejos: si el prudente ve de lejos, se ve de lejos con fe; pues con los ojos apenas se ve ante los pies todo el día.

26. [vers. 23.] No olvides la voz de los que te suplican. De los que gimen, y esperan ya lo que prometiste del Nuevo Testamento, y caminan hacia esa fe, no olvides la voz de los que te suplican. Pero ellos aún dicen: ¿Dónde está tu Dios? Que la soberbia de los que te odian, suba siempre ante ti: No olvides tampoco su soberbia. Ni la olvida: ciertamente o castiga, o corrige.

EN EL SALMO LXXIV EXPLICACIÓN. SERMON A LA PLEBE.

1. [vers. 1.] Este salmo trae el remedio de la humildad al tumor de la soberbia, y consuela a los humildes en la esperanza: haciendo esto, para que nadie presuma de sí mismo con soberbia, ni ningún humilde desespere del Señor. Pues la promesa de Dios es firme, cierta, fija e incommovible, fiel y sin ninguna duda, que consuela a los afligidos. Pues toda la vida humana sobre la tierra, como está escrito, es tentación (Job VII, 1). Ni se debe elegir como si solo lo próspero, y evitar solo lo adverso: sino que ambos deben ser evitados; aquello para que no corrompa, esto para que no rompa; para que a cada hombre, en cualquier estado de

cosas que viva en esta vida, no le quede refugio sino Dios, ni ninguna alegría sino en sus promesas. Pues esta vida, por más que abunde en felicidad, engaña a muchos; Dios a ninguno. Porque, por tanto, a todo hombre convertido a Dios se le cambia la delectación, se le cambian las delicias (pues no se le quitan, sino que se le cambian): pero todas nuestras delicias en esta vida, aún no están en la realidad; pero la misma esperanza es tan cierta, que debe ser preferida a todas las delicias de este siglo, como está escrito, Deleítate en el Señor. Y para que no pienses que ya tienes lo que promete, añadió enseguida, Y te dará las peticiones de tu corazón (Salmo XXXVI, 4). Si, pues, aún no tienes las peticiones de tu corazón, ¿de qué te deleitas en el Señor, sino porque tienes un prometedor cierto, que al prometer se hizo deudor? Por tanto, de esta súplica para que permanezca con nosotros nuestra esperanza, y seamos introducidos en lo que Dios prometió, habla el título de este salmo: Al final, no corrompas. ¿Qué es, no corrompas? Lo que prometiste, exhibe. Pero ¿cuándo? Al final. Allí, pues, diríjase el ojo de la mente; al final: todas las cosas que se encuentren en el camino, pásense, para que se llegue al final. Que los soberbios se regocijen en la felicidad presente; que se hinchen de honores, que brillen con oro, que abunden en familias, que se rodeen de los servicios de los clientes: estas cosas pasan; pasan como sombra. Cuando venga aquel fin, donde todos los que ahora esperan en el Señor se alegren, entonces les vendrá a ellos una tristeza sin fin. Cuando los humildes reciban lo que los soberbios ridiculizan, entonces la hinchazón de los soberbios se convertirá en luto. Entonces será aquella voz que conocemos en el libro de la Sabiduría: pues entonces dirán viendo la gloria de los santos, que cuando aquí se humillaban, soportaban; que cuando aquí se elevaban, no consentían; entonces dirán: Estos son los que alguna vez tuvimos en burla. Donde también dicen: ¿De qué nos sirvió la soberbia? y la jactancia de las riquezas, ¿qué nos aportó? Pasaron todas como sombra (Sabiduría V, 3, 8, 9). Porque presumieron de cosas corruptibles, su esperanza se corromperá; pero nuestra esperanza entonces será realidad. Pues la promesa de Dios para que permanezca íntegra y firme y cierta hacia nosotros, dijimos desde el corazón de la fe, Al final, no corrompas. No temas, pues, que las promesas de Dios sean corrompidas por alguno de los poderosos. Él no corrompe, porque es veraz; no tiene a alguien más poderoso por quien su promesa sea corrompida: estemos, pues, seguros de las promesas de Dios; y cantemos ya, de donde comienza el Salmo.

2. [vers. 2.] Te confesaremos, Dios, te confesaremos, e invocaremos tu nombre. No invoques antes de confesar; confiesa, e invoca. Aquel a quien invocas, lo llamas en ti. ¿Qué es invocar, sino llamar en ti? Si es invocado por ti, es decir, si es llamado en ti, ¿a quién se acerca? No se acerca al soberbio. Ciertamente es alto; no lo alcanza el altivo. Todas las cosas sublimes para alcanzarlas, nos elevamos; y si no podemos alcanzarlas, buscamos alguna maquinaria o escaleras, para que elevados alcancemos las cosas sublimes: al contrario Dios; y es alto, y es alcanzado por los humildes. Está escrito, Cercano está el Señor a los que tienen el corazón quebrantado (Salmo XXXIII, 19): el quebrantamiento del corazón, la piedad, la humildad. Quien se quebranta, se enoja consigo mismo: que se tenga a sí mismo como iracundo, para que lo tenga a Él como propicio; que se tenga a sí mismo como juez, para que lo tenga a Él como defensor. Por tanto, invocado Dios viene. ¿A quién viene? No viene al soberbio. Escucha otro testimonio: El Señor es excelso, y mira a los humildes; pero a los altivos los conoce de lejos (Salmo CXXXVII, 6). El Señor es excelso, y mira a los humildes, no de lejos; pero a los altivos los conoce de lejos. Y para que tal vez cuando se dijo que mira a los humildes, los soberbios se alegren de la impunidad, como si no los conociera quien habita en las alturas; se les ha dicho: Os ve, y os conoce, pero de lejos. A estos hace bienaventurados a quienes se acerca: pero a vosotros, dice, oh soberbios, oh altivos, no quedaréis impunes, porque os conoce; no seréis bienaventurados, porque os conoce de lejos. Ved, pues, qué hacéis; porque si os conoce, no os perdona. Mejor, pues, os perdona, que os conoce. Pues

¿qué es perdonar, sino no conocer? ¿Qué es no conocer? No advertir: pues también se suele decir advertencia del que castiga. Escucha al que ora para que perdone: Aparta tu rostro de mis pecados (Salmo L, 11). ¿Qué harás, pues, si aparta su rostro de ti? Es molesto, y temible que te abandone. De nuevo si no aparta su rostro, advierte. Dios sabe esto, Dios puede esto, y apartar su rostro del pecador, y no apartarlo del que confiesa. Por tanto, en otro lugar se le dice: Aparta tu rostro de mis pecados; y en otro lugar se le dice: No apartes tu rostro de mí (Salmo XXVI, 9). Allí, Aparta de mis pecados; aquí, No apartes de mí. Confiesa, pues, e invoca: confesando limpias el templo al que viene invocado. Confiesa, e invoca. Que aparte su rostro de tus pecados; no lo aparte de ti: que aparte su rostro de lo que tú hiciste; no lo aparte de lo que Él hizo. Pues Él te hizo hombre; tus pecados los hiciste tú. Confiesa, pues, e invoca; di: Te confesaremos, Dios: te confesaremos.

3. La repetición en sí misma es una confirmación, para que no te arrepientas de haberte confesado. No te has confesado ante alguien cruel; no ante un vengador, no ante un insultador: confiésate con seguridad. Escucha otra voz del salmo que te exhorta: Confesad al Señor, porque Él es bueno (Sal. 105, 1 y 106, 1). ¿Qué significa "porque Él es bueno"? ¿Por qué teméis confesaros? Él es bueno; perdona al que se confiesa. Teme confesar a un juez humano, no sea que te castigue por confesar; no temas a Dios: hazlo propicio confesándote, a quien no haces ignorante negándolo. Te confesaremos, Dios; te confesaremos, y seguros invocaremos tu nombre. Hemos vaciado nuestros corazones con la confesión; nos has aterrorizado, nos has purificado. La confesión nos hace humildes, cercana a los humildes, que te alejas de los altivos. Aprendemos en muchos lugares de las Escrituras que la repetición es un fundamento de la sentencia. De ahí que el Señor diga, Amén amén (Juan 1, 51). De ahí en algunos salmos, Sea, sea (Sal. 71, 19 y 88, 53): para significar la cosa bastaría con un solo "sea"; para significar la firmeza se añade otro "sea". Sabéis que el rey de Egipto, Faraón, cuando José ya estaba allí encerrado en prisión por amor a la castidad, tuvo un sueño que todos conocemos: siete vacas gordas fueron consumidas por siete vacas flacas; y nuevamente, siete espigas fecundas fueron consumidas por siete espigas delgadas. ¿Y qué interpretó José? Si recordáis, no son dos sueños, sino una sola visión. "Una es," dijo, "la interpretación de ellos: pero lo que viste nuevamente," dijo, "sirve para la confirmación" (Gén. 41, 1-32). Dije esto para que no penséis que la repetición en las palabras de la lengua sagrada es un deseo de locuacidad. A menudo allí la repetición tiene la fuerza de un fundamento. "Mi corazón está preparado, Dios," dice; "mi corazón está preparado" (Sal. 56, 8). En otro lugar dice: "Espera al Señor, actúa con valentía; y se fortalecerá tu corazón, y espera al Señor" (Sal. 26, 14). Hay innumerables ejemplos de esto en todas las Escrituras. Basta con que os hayamos recomendado este modo de hablar, que observéis en todos los casos similares: ahora prestad atención al asunto. Te confesaremos, dice, e invocaremos. Dije por qué la confesión precede a la invocación: porque a quien invocas, invitas. Sin embargo, el invocado no quiere venir si tú has sido altivo: si has sido altivo, no podrás confesarte; ni niegas a Dios lo que no sabe. Por lo tanto, tu confesión no le enseña a Él, sino que te purifica a ti.

4. Y ya se ha confesado, ha invocado: más bien se han confesado, han invocado; y se dice en persona de uno, Contaré todas tus maravillas. Confesado, se vació de males, invocando se llenó de bienes, narrando eructó con lo que se llenó. Y ved, hermanos; cuando se confesaban eran muchos: Te confesaremos, Dios; te confesaremos, e invocaremos tu nombre. Pues muchos son los corazones de los que se confiesan, uno de los que creen. ¿Por qué muchos son los corazones de los que se confiesan, uno de los que creen? Porque los hombres confiesan diversos pecados; creen en una sola fe. Ya entonces, cuando Cristo comience a habitar en el hombre interior por la fe (Efes. 3, 17), y comience el invocado a poseer al confesado; se hace todo Cristo, cabeza y cuerpo, y de muchos uno. Escuchad ya las palabras

de Cristo. Pues como si no fueran sus palabras, Te confesaremos, Dios; te confesaremos, e invocaremos tu nombre. Ya comienza el discurso en persona de la cabeza. Pero ya sea que hable la cabeza, ya sea que hablen los miembros, Cristo habla: habla en persona de la cabeza, habla en persona del cuerpo. Pero ¿qué se ha dicho? Serán dos en una sola carne. Este es un gran sacramento; yo, dice, lo digo en Cristo y en la Iglesia (Gén. 2, 24 y Efes. 5, 31-32). Y Él mismo en el Evangelio: Por tanto, ya no son dos, sino una sola carne (Mat. 19, 6). Pues para que sepáis que estas dos son de algún modo personas, y nuevamente una por la unión del matrimonio, como uno habla en Isaías, y dice: Como a un esposo me ha ceñido con una diadema, y como a una esposa me ha adornado con ornamento (Isa. 61, 10). Se llamó a sí mismo esposo desde la cabeza, esposa desde el cuerpo. Habla, pues, uno; escuchemos a él, y en él también hablemos nosotros: seamos sus miembros, para que esta voz también pueda ser nuestra. Contaré, dice, todas tus maravillas. Cristo se evangeliza a sí mismo, se evangeliza también en sus miembros ya existentes, para que también atraiga a otros, y se acerquen los que no eran, y se unan a sus miembros, por los cuales se ha predicado el Evangelio; y se haga un solo cuerpo bajo una sola cabeza, en un solo espíritu, en una sola vida.

5. [vers. 3.] ¿Y qué dice? Cuando tome el tiempo, dice, yo juzgaré las justicias. ¿Cuándo juzgará las justicias? Cuando tome el tiempo. Aún no es ese tiempo. Gracias a su misericordia: primero predica las justicias, y así juzga las justicias. Pues si quisiera juzgar antes de predicar, ¿quién se encontraría para ser liberado? ¿quién se presentaría para ser absuelto? Ahora, pues, es tiempo de predicación: Contaré, dice, todas tus maravillas. Escucha al que narra, escucha al que predica; pues si desprecias, Cuando tome el tiempo, dice, yo juzgaré las justicias. Ahora perdono los pecados al que se confiesa; no perdonaré después al que desprecia. Misericordia y juicio cantaré para ti, Señor (Sal. 100, 1), se dice en el salmo. Misericordia y juicio: ahora misericordia, después juicio; en la cual misericordia se perdonan los pecados, en el cual juicio se castigan los pecados. ¿Quieres no temer al castigador de los pecados? Ama al que perdona; no rechaces, no te ensalces, no digas, No tengo nada que me perdone; escucha lo que sigue: Cuando tome el tiempo, yo juzgaré las justicias. ¿Tomó el tiempo Cristo? ¿tomó el tiempo el Hijo de Dios? El Hijo de Dios no tomó el tiempo; pero el Hijo del hombre tomó el tiempo. Él mismo es tanto el Hijo de Dios por quien fuimos hechos, como el Hijo del hombre por quien fuimos restaurados. Asumiendo al hombre, él no fue asumido; cambiando al hombre para mejor, de ninguna manera él fue cambiado para peor, no dejó de ser lo que era, sino que tomó lo que no era. ¿Qué era? Siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse: son palabras del Apóstol. ¿Y qué tomó? Sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo (Filip. 2, 6-7). Así como tomó la forma de siervo, así también tomó el tiempo. ¿Fue entonces cambiado? ¿fue disminuido? ¿fue hecho más pequeño? ¿cayó en defecto? De ninguna manera. ¿Qué significa entonces que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo? Se dice que se despojó a sí mismo tomando lo inferior, no degenerando de lo igual. Entonces, hermanos, ¿qué significa esto, Cuando tome el tiempo, yo juzgaré las justicias? Tomó el tiempo como Hijo del hombre; gobierna los tiempos como Hijo de Dios. Escucha que como Hijo del hombre tomó el tiempo de juzgar. Dice en el Evangelio: Le dio autoridad para ejecutar juicio, porque es el Hijo del hombre (Juan 5, 27). Según lo que es Hijo de Dios, nunca tomó la autoridad de juzgar; porque nunca careció de la autoridad de juzgar: según lo que es Hijo del hombre, tomó el tiempo como de nacer y padecer, como de morir y resucitar y ascender, así de venir y juzgar. Dice en él estas cosas también su cuerpo; pues no juzgará sin ellos: dice en el Evangelio, Os sentaréis sobre doce tronos, juzgando a las doce tribus de Israel (Mat. 19, 28). Por tanto, todo Cristo dice, es decir, la cabeza y el cuerpo en los santos, Cuando tome el tiempo, yo juzgaré las justicias.

6. [vers. 4.] ¿Y ahora qué? La tierra se ha desvanecido. Si la tierra se ha desvanecido, ¿de dónde se ha desvanecido sino de los pecados? Por eso también se llaman delitos. Delinquir es, como si de un líquido se desvaneciera de la estabilidad del fundamento de la virtud y la justicia. Pues por la codicia de las cosas inferiores cada uno peca: así como se fortalece por el amor de las cosas superiores, así decae, y como que se licua por la codicia de las cosas inferiores. Observando este flujo de las cosas en los pecados de los hombres, el misericordioso donador, el donador de pecados, aún no el exactor de castigos, observó y dijo: La tierra se ha desvanecido, y todos los habitantes en ella. La misma tierra ciertamente se ha desvanecido en sus habitantes. La exposición es consecuente, no una adición. Como si dijeras: ¿Cómo se ha desvanecido la tierra? ¿se han retirado los fundamentos, y algo en ella se ha sumergido en una grieta? Lo que digo tierra, todos los habitantes en ella. Encontré, dice, una tierra pecadora; ¿y qué hice? Yo confirmé sus columnas. ¿Qué columnas confirmó? Llama columnas a los Apóstoles: así el apóstol Pablo de sus coapóstoles, Que parecían ser columnas (Gál. 2, 9). ¿Y qué serían esas columnas, si no fueran confirmadas por él? porque por cierto movimiento de la tierra también esas columnas vacilaron; en la pasión del Señor todos los Apóstoles desesperaron. Por tanto, esas columnas que vacilaron en la pasión del Señor, fueron confirmadas por la resurrección. Clamó el principio del edificio por sus columnas, y en todas esas columnas clamó el mismo arquitecto. Pues una columna de ellas era el apóstol Pablo, cuando decía: ¿O queréis recibir prueba de aquel que habla en mí, Cristo? (2 Cor. 13, 3). Por tanto, Yo, dice, confirmé sus columnas: resucité; mostré que la muerte no debe ser temida, mostré a los temerosos que ni siquiera el cuerpo perece en los que mueren. Les aterrorizaron las heridas; las cicatrices los confirmaron. El Señor Jesucristo pudo resucitar sin ninguna cicatriz: ¿qué era grande para ese poder, restaurar la estructura del cuerpo a tal integridad que no apareciera en absoluto vestigio de la herida pasada? Tenía el poder de sanar eso incluso sin cicatriz; pero quiso tener con qué confirmar las columnas vacilantes.

7. [vers. 5.] Ya hemos escuchado, hermanos, lo que no se calla diariamente; escuchemos qué clamó por estas columnas. Es tiempo de escuchar por ese terror: Yo juzgaré las justicias, cuando tome el tiempo. Él tomará el tiempo de juzgar las justicias; vosotros ya tenéis el tiempo de hacer las justicias. Si callara, no tendríais qué hacer; pero con las columnas confirmadas clama. ¿Qué clama? Dije a los inicuos: No hagáis iniquidad. Clama, hermanos míos; ciertamente clamáis, os deleita, escuchad al que clama. Por él os ruego, que os aterre esta voz: Dije a los inicuos: No hagáis iniquidad. Pero ya lo hicieron, y son culpables; ya la tierra se ha desvanecido, y todos los habitantes en ella. Fueron compungidos de corazón los que crucificaron a Cristo; reconocieron su pecado, aprendieron algo de los Apóstoles, para que no desesperaran de la indulgencia del predicador. Pues el médico había venido, y por eso no había venido a los sanos: No necesitan médico los sanos, sino los que están mal; no he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento (Mat. 9, 12-13). Por tanto, Dije a los inicuos: No hagáis iniquidad. No escucharon. Ya se nos había dicho; no escuchamos, caímos, nos hicimos mortales, nacimos mortales: la tierra se ha desvanecido. Escuchen al menos ahora, para que se levanten, al médico que vino al enfermo: a quien no quisieron escuchar sanos, para no caer; escuchen caídos, para que se levanten. Dije a los inicuos: No hagáis iniquidad. ¿Qué hacemos? Ya lo hicimos. Y a los que delinquen: No levantéis vuestro cuerno. ¿Qué es esto? Si hicisteis iniquidad por codicia, no la defendáis por altivez: confesaos, si lo hicisteis. Pues quien no se confiesa, y es inicuo, levanta su cuerno. Dije a los inicuos: No hagáis iniquidad; y a los que delinquen: No levantéis vuestro cuerno. Se levantará en vosotros el cuerno de Cristo, si no se levanta vuestro cuerno. Vuestro cuerno es de iniquidad; el cuerno de Cristo es de majestad.

8. [vers. 6-8.] No os ensalcéis, pues: no habléis iniquidad contra Dios. Escuchad ya las voces de muchos; escuche cada uno, y sea punzado. ¿Qué suelen decir los hombres? ¿Realmente juzga Dios sobre los asuntos humanos? ¿y es ese el juicio de Dios? ¿o realmente se preocupa de lo que se hace en la tierra? ¡Tantos inicuos abundan en felicidades; los inocentes son oprimidos con trabajos! Pero a aquel le sucede no sé qué mal, castigando Dios y advirtiendo, y conoce su conciencia; sabe que por el mérito de sus pecados puede sufrir algo: ¿de dónde argumenta contra Dios? Porque no puede decir, Soy justo; ¿qué creéis que dice? Hay inicuos peores, y sin embargo no sufren esto. Esta es la iniquidad que los hombres hablan contra Dios. Pero ved cuán iniquo es: mientras quiere parecer justo, hace a Él injusto. Pues quien dice, Injustamente sufro lo que sufro; hace injusto a aquel por cuyo juicio sufre, y a sí mismo justo que sufre injustamente. Os ruego, hermanos míos, ¿es esto justo, que Dios sea creído injusto, tú justo? Pero cuando dices estas cosas, hablas iniquidad contra Dios.

9. ¿Qué dice en otro salmo? Esto hiciste: enumerando ciertos pecados. Esto, dice, hiciste, y callé. ¿Qué significa, callé? Nunca calla con el precepto, pero por ahora calla con el castigo; se abstiene de la venganza, no pronuncia sentencia en el condenado. Pero esto dice él: Hice esto y aquello, y Dios no ha vengado; he aquí estoy sano, nada malo me ha sucedido. Esto hiciste, y callé: sospechaste iniquidad, que seré como tú. ¿Qué significa, que seré como tú? Porque tú eres iniquo, y me pensaste iniquo; como aprobador de tus crímenes, no adversario, no vengador. ¿Y qué te dice después? Te reprenderé, y te pondré ante tu rostro (Sal. 49, 21). ¿Qué significa esto? Porque ahora pecando te pones detrás, no te ves, no te miras; yo te pondré ante ti, y haré de ti tu castigo. Así también aquí. No habléis iniquidad contra Dios. Atended. Pero muchos hablan esta iniquidad; pero no se atreven abiertamente, para no ser aborrecidos como blasfemos por los hombres piadosos: en su corazón murmuran estas cosas, dentro se alimentan con tal nefario alimento; les deleita hablar iniquidad contra Dios, y si no estallan con la lengua, en el corazón no callan. De donde en otro salmo se dice: Dijo el necio en su corazón, No hay Dios (Sal. 13, 1). Dijo el necio; pero temió a los hombres: no quiso decir donde los hombres oyeran; y lo dijo donde oyera él de quien lo dijo. Por eso también aquí en este salmo, carísimos, prestad atención, porque lo que dijo, No habléis iniquidad contra Dios, vio que muchos lo hacen en el corazón, y añadió: Porque ni del oriente, ni del occidente, ni de los desiertos de los montes; porque Dios es juez. Dios es juez de tus iniquidades. Si Dios es, está presente en todas partes. ¿A dónde te apartarás de los ojos de Dios, para hablar en alguna parte lo que Él no oiga? Si Dios juzga desde el oriente, retírate al occidente, y di lo que quieras contra Dios; si desde el occidente, ve al oriente, y allí habla; si desde los desiertos de los montes juzga, ve al medio de los pueblos, donde murmures para ti. No juzga desde ningún lugar, quien está en todas partes secreto, en todas partes público; a quien nadie puede conocer como es, y a quien nadie puede ignorar. Mira lo que haces. Hablas iniquidad contra Dios. El Espíritu del Señor llenó el orbe de la tierra (dice otra Escritura); y esto que contiene todo tiene conocimiento de la voz: por eso quien habla iniquidades, no puede ocultarse (Sab. 1, 7-8). No pienses, pues, en Dios en lugares; Él está contigo tal como seas. ¿Qué significa tal como seas? Bueno, si fueres bueno; y malo te parecerá, si fueres malo: pero ayudador si fueres bueno; vengador si fueres malo. Allí tienes al juez en tu secreto. Queriendo hacer algo malo, te retiras del público a tu casa, donde nadie de los enemigos vea; de los lugares de tu casa expuestos y en la cara, te retiras al dormitorio; temes también en el dormitorio a otro consciente, te retiras a tu corazón, allí meditas: Él es más interior que tu corazón. ¿A dónde, pues, huirás de Él? ¿No es cierto que a dondequiera que huyas, te sigues a ti mismo? Pero cuando Él es más interior que tú mismo, no hay a dónde huyas del Dios airado, sino al Dios aplacado: de ninguna manera hay a dónde huyas. ¿Quieres huir de Él? Huye hacia Él. Por tanto, no habléis iniquidad contra Dios, ni allí donde habláis. Iniquidad, dice, meditó en su lecho (Sal. 35, 5). ¿Qué meditó en su lecho? Su lecho

es su corazón, diciendo: Ofreced sacrificio de justicia, y esperad en el Señor. Pero arriba dijo. Decid en vuestros corazones, y en vuestros lechos compungíos (Sal. 4, 6, 5). Cuantas punzadas de crímenes tienes allí, tantas ten allí compunciones de confesiones. Donde, pues, hablas iniquidad contra Dios, allí te juzga: no difiere el juicio, sino el castigo. Ya juzga, ya sabe, ya ve: el castigo resta; cuando sea presentado, tendrás también el castigo, cuando aparezca el rostro de aquel hombre que aquí fue burlado, que fue juzgado, que fue crucificado, que estuvo bajo juicio; cuando aparezca juzgando en su presencia, entonces tendrás el castigo, si no te corriges. ¿Qué haremos entonces ahora? Anticipemos su rostro, en confesión (Sal. 94, 2). Anticipa en confesión: vendrá manso a quien habías hecho airado. Ni de los desiertos de los montes; porque Dios es juez: no del oriente, no del occidente, no de los desiertos de los montes. ¿Por qué? Porque Dios es juez. Si estuviera en algún lugar, no sería Dios: porque en verdad Dios es juez, no hombre, no lo esperes de lugares. Su lugar serás tú, si bueno, si confesado lo invocaste.

10. A este humilla, y a aquel exalta. ¿A quién humilla, a quién exalta ese juez? Observad a esos dos en el templo, y veréis a quién humilla y a quién exalta. «Subieron al templo a orar,» dice; «uno era fariseo, y el otro publicano.» El fariseo decía: «Te doy gracias porque no soy como los demás hombres, injustos, ladrones, adúlteros, como este publicano: ayuno dos veces a la semana; doy el diezmo de todo lo que poseo.» Había subido al médico, y mostraba sus miembros sanos; ocultaba sus heridas. ¿Qué hizo entonces aquel que mejor sabía de dónde debía ser sanado? El publicano, en cambio, se mantenía a distancia y se golpeaba el pecho. Lo veis de pie a lo lejos: se acercaba a aquel a quien invocaba. «Y se golpeaba el pecho, diciendo: Dios, sé propicio a mí, pecador. En verdad os digo; descendió justificado aquel publicano, más que aquel fariseo: porque todo el que se exalta, será humillado; y el que se humilla, será exaltado» (Luc. XVIII, 10-14). Se ha expuesto el verso de este salmo. ¿Qué hace Dios juez? A este humilla, y a aquel exalta; humilla al soberbio, exalta al humilde.

11. [vers. 9.] Porque el cáliz en la mano del Señor está lleno de vino puro mezclado. Con razón. Y ha inclinado de esto en aquel; sin embargo, su sedimento no ha sido vaciado: beberán todos los pecadores de la tierra. Renovad un poco; hay algo oscuro: pero, como hemos oído la reciente lectura del Evangelio, Pedid, y se os dará; buscad y hallaréis, llamad, y se os abrirá (Mat. VII, 7). Pero dices: ¿Dónde llamo, para que se me abra? Ni del oriente, ni del occidente, ni de los desiertos de los montes; porque Dios es juez. Si está presente aquí y allá, y ausente en ninguna parte, donde estés, allí llama; allí solo permanece, porque permaneciendo se llama. ¿Qué es esto entonces? Esta primera cuestión surge, Lleno está de vino puro mezclado: ¿cómo puro, si mezclado? Sin embargo, Cáliz en la mano del Señor, cuando dice, hablo a los instruidos en la Iglesia de Cristo, no debéis pintar en vuestro corazón a Dios como circunscrito en forma humana, para que no fabriquéis ídolos en vuestros corazones con los templos cerrados. Este cáliz, por tanto, significa algo. Lo encontraremos. En la mano del Señor, está en el poder del Señor: porque la mano de Dios es el poder de Dios. Pues también de los hombres a menudo se dice, Lo tiene en su mano; es decir, lo tiene en su poder, lo hace cuando quiere. Lleno está de vino puro mezclado. Consecuentemente, él mismo lo expuso: Incliné, dice, de esto en aquel; sin embargo, su sedimento no ha sido vaciado. He aquí de dónde estaba lleno de vino mezclado. No os asuste, pues, que sea puro y mezclado: puro por la sinceridad, mezclado por el sedimento. ¿Qué es entonces el vino allí, y qué el sedimento? ¿Y qué es, Incliné de esto en aquel, de modo que su sedimento no fue vaciado?

12. Recordad de dónde vino esto: A este humilla, y a aquel exalta. Lo que se nos figuró en el Evangelio por dos hombres, el fariseo y el publicano, tomándolo más ampliamente,

entendamos dos pueblos, el de los judíos y el de los gentiles: el pueblo judío, aquel fariseo; el pueblo gentil, aquel publicano. El pueblo judío se jactaba de sus méritos; el de los gentiles confesaba sus pecados. Quien conoce en las Sagradas Escrituras tanto las Epístolas apostólicas como los Hechos de los Apóstoles, ve allí lo que digo: para no alargarme en cómo los Apóstoles exhortaban a los gentiles a no desesperar, por haber yacido en grandes pecados; y reprimían a los judíos, para que no se ensalzaran como si fueran justos por las justificaciones de la Ley, y por eso pensaran que eran justos, mientras que los gentiles eran pecadores, porque los judíos tenían la Ley, el templo y el sacerdocio (Rom. III, IV). Pero aquellos todos adoradores de ídolos, veneradores de demonios, estaban ciertamente lejos; como aquel publicano que estaba de pie a lo lejos. Así como aquellos se alejaron por su soberbia, así estos se acercaron confesando. El cáliz, pues, de vino puro lleno en la mano del Señor, tanto como el Señor me concede entender (pues otro puede mejor, porque así es la oscuridad de las Escrituras: es difícil que produzcan un solo entendimiento. Cualquiera que sea el entendimiento que surja, es necesario que concuerde con la regla de la fe: ni envidiamos a los mayores, ni los pequeños desesperamos. Lo que nos parece digo a vuestra Caridad, no para cerrar vuestros oídos contra otros que tal vez digan algo mejor). El cáliz de vino puro lleno de mezcla me parece ser la Ley dada a los judíos, y toda esa Escritura del Antiguo Testamento, allí están los pesos de todas las sentencias. Pues allí el Nuevo Testamento está oculto, como en el sedimento de los sacramentos corporales. La circuncisión de la carne es cosa de gran sacramento, y de allí se entiende la circuncisión del corazón. Aquel templo de Jerusalén es cosa de gran sacramento, y de él se entiende el cuerpo del Señor. La tierra de la promesa se entiende como el reino de los cielos. El sacrificio de víctimas y de animales tiene un gran sacramento; pero en todos esos géneros de sacrificios se entiende aquel único sacrificio y única víctima en la cruz el Señor: por todos esos sacrificios tenemos uno, porque aquellos figuraban estos, es decir, en aquellos estos eran figurados. Aquel pueblo recibió la Ley; recibió mandamientos justos y buenos. ¿Qué tan justo como, No matarás, No cometerás adulterio, No robarás, No dirás falso testimonio. Honra a tu padre y a tu madre, No codiciarás la propiedad de tu prójimo, No codiciarás la esposa de tu prójimo, Adorarás a un solo Dios, y a él solo servirás (Éxodo XX, 7-17, y Deut. V, 6-21)? Todo esto pertenece al vino. Pero aquellas cosas carnales como que se asentaron, para que permanecieran con ellos, y de allí se derramara todo entendimiento espiritual. El cáliz, pues, en la mano del Señor, es decir, en el poder del Señor; de vino puro, es decir, de la Ley sincera; está lleno de mezcla, es decir, con el sedimento de los sacramentos corporales. Y porque a este humilla, al judío soberbio, y a aquel exalta, al gentil confesante, inclinó de esto en aquel, es decir, del pueblo judío al pueblo gentil. ¿Qué inclinó? La Ley: de allí se extrajo el entendimiento espiritual; Sin embargo, su sedimento no ha sido vaciado, porque todos los sacramentos carnales permanecieron con los judíos. Beberán todos los pecadores de la tierra. ¿Quiénes beberán? Todos los pecadores de la tierra. ¿Quiénes son los pecadores de la tierra? Los judíos eran ciertamente pecadores, pero soberbios; los gentiles eran pecadores, pero humildes: Todos los pecadores beberán; pero mira quién el sedimento, quién el vino. Pues aquellos bebiendo el sedimento, se desvanecieron; estos bebiendo el vino, fueron justificados: me atreveré a decir que también embriagados, y no temeré; y ojalá todos os embriaguéis así. Recordad: Tu cáliz embriagador, ¡cuán glorioso! (Salmo XXII, 5). ¿Qué pensáis, hermanos míos, que todos aquellos que confesando a Cristo incluso quisieron morir, estaban sobrios? Tan ebrios estaban, que no reconocían a los suyos. Todos sus parientes, que intentaron apartarlos de la esperanza de las recompensas celestiales con halagos terrenales, no fueron reconocidos, no fueron escuchados por los ebrios. ¿No estaban ebrios, aquellos cuyo corazón había cambiado? ¿No estaban ebrios, aquellos cuya mente estaba alienada de este mundo? Beberán, dice, todos los pecadores de la tierra. Pero, ¿quiénes beberán el vino? Los pecadores

beberán, pero para que no permanezcan pecadores; para que sean justificados, no para que sean castigados.

13. [vers. 10.] Pero yo: pues todos beben; pero aparte yo, es decir, Cristo con su cuerpo; en el siglo me alegraré; cantaré a Dios de Jacob: con aquella promesa futura al final, de la que se dice, No destruyas. Pero yo en el siglo me alegraré.

14. [vers. 11.] Y todos los cuernos de los pecadores quebraré; y se exaltarán los cuernos del justo. Esto es, A este humilla, y a aquel exalta. No quieren que se les quiebren los cuernos los pecadores, que sin duda se quebrarán al final. ¿No quieres que él los quiebre entonces? Quiebralos tú hoy. Pues has oído antes; no desprecies: Dije a los inicuos, No obréis inicuamente; y a los delincuentes, No levantéis el cuerno. Cuando oíste, No levantéis el cuerno, despreciaste, y levantaste el cuerno; vendrás al final, donde se hará, Todos los cuernos de los pecadores quebraré, y se exaltarán los cuernos del justo. Los cuernos de los pecadores, las dignidades de los soberbios; los cuernos del justo, los dones de Cristo: pues por los cuernos se entienden las alturas. Odia en la tierra la sublimidad terrena, para que puedas tener la celestial. Amas la terrena; no te admite a la celestial: y a la confusión pertenecerá que se te quiebre el cuerno; como a la gloria pertenecerá, si se te exalta el cuerno. Ahora, pues, es tiempo de elegir; entonces no lo será. No dirás, Déjame y elegiré: pues ya han precedido las voces, Dije a los inicuos. Si no dije, prepara excusa, prepara defensa: pero si dije, anticipa la confesión, para que no vengas a la condenación; porque entonces la confesión será tardía, y no habrá defensa.

EN EL SALMO LXXV COMENTARIO. SERMON A LA PLEBE.

1. [vers. 2.] Suelen los enemigos del Señor Jesucristo, conocidos por todos, los judíos, gloriarse en este salmo que hemos cantado, diciendo, Conocido en Judea es Dios; en Israel grande es su nombre, y burlarse de las gentes a quienes no es conocido Dios, y decir que solo a ellos les es conocido Dios; cuando el Profeta dice, Conocido en Judea es Dios: por tanto, en otro lugar desconocido. Sin embargo, en verdad es conocido Dios en Judea, si entienden qué es Judea. Pues verdaderamente no es conocido Dios sino en Judea. He aquí que también nosotros decimos esto, porque a menos que alguien esté en Judea, no puede serle conocido Dios. Pero, ¿qué dice el Apóstol? El que es judío en lo oculto; el que es de la circuncisión del corazón, no de la letra, sino del espíritu (Rom. II, 29): por tanto, hay judíos en la circuncisión de la carne, y hay judíos en la circuncisión del corazón. Nuestros padres muchos santos, tenían la circuncisión de la carne por el signo de la fe, y la circuncisión del corazón por la misma fe. De estos padres degeneraron aquellos que ahora se glorían en el nombre y han perdido las obras; de estos padres degeneraron, y permanecieron en la carne judíos, en el corazón paganos. Pues los mismos judíos, que son de Abraham, de quien nació Isaac, y de él Jacob, y de Jacob los doce Patriarcas, y de los doce Patriarcas todo el pueblo de los judíos. Pero fueron llamados judíos principalmente porque Judá era uno de los doce hijos de Jacob, patriarca entre los doce, y de su linaje venía el reino a los judíos. Pues todo aquel pueblo según el número de los doce hijos de Jacob tenía doce tribus. Se llaman tribus como curias y congregaciones distintas de pueblos. Aquel pueblo, pues, tenía doce tribus; de las cuales doce tribus una tribu era Judá de donde eran los reyes, y había otra tribu Leví de donde eran los sacerdotes. Pero porque a los sacerdotes que servían al templo no se les dividió la tierra (Num. XVIII, 20), y era necesario que toda la región de la promesa se dividiera entre las doce tribus: exceptuada, pues, una tribu de mayor dignidad, la tribu de Leví, que estaba en los sacerdotes, quedarían once, a menos que por la adopción de los dos hijos de José se completaran las doce. ¿Qué es esto? Prestad atención. Uno de los doce hijos de Jacob era José. Este es José a quien sus hermanos vendieron a Egipto, y allí por mérito de castidad fue

llevado a una alta dignidad, y Dios estuvo con él en toda su obra; y recibió a sus hermanos que lo habían vendido, y a su padre, que sufrían hambre, y descendieron a Egipto por pan. Este José tuvo dos hijos, Efraín y Manasés. Al morir Jacob, como en testamento, adoptó a esos nietos suyos en el número de sus hijos, y dijo a su hijo José: Los demás que nazcan, serán tuyos; pero estos serán míos, y dividirán la tierra con sus hermanos (Gen. XLVIII, 5, 6). Aún no se había dado, ni dividido la tierra de la promesa; pero él hablaba en el Espíritu profetizando. Al añadirse, pues, los dos hijos de José, se hicieron no obstante doce tribus, porque ya son trece: pues por una tribu de José, se añadieron dos, y se hicieron trece. Exceptuada, pues, la tribu de Leví, aquella tribu de sacerdotes que servía al templo, y vivía de los diezmos de todas las demás a las que se les dividió la tierra, quedan doce. En estas doce estaba la tribu de Judá, de donde eran los reyes. Pues primero de otra tribu fue dado el rey Saúl (I Sam. IX, 1), y fue reprobado como mal rey; después fue dado de la tribu de Judá el rey David, y de él de la tribu de Judá fueron los reyes (Id. XVI, 12). Pero Jacob había dicho esto, cuando bendijo a sus hijos: No faltará príncipe de Judá, ni jefe de sus lomos, hasta que venga aquel a quien está prometido (Gen. XLIX, 10). Pero de la tribu de Judá vino nuestro Señor Jesucristo. Pues es, como dice la Escritura y habéis oído ahora, del linaje de David, nacido de María. Sin embargo, en cuanto a la divinidad de nuestro Señor Jesucristo, en la que es igual al Padre; no solo antes de los judíos, sino también antes del mismo Abraham (Juan VIII, 58); ni solo antes de Abraham, sino también antes de Adán; ni solo antes de Adán, sino también antes del cielo y la tierra, y antes de los siglos: porque todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada fue hecho (Id. I, 3). Porque, pues, en la profecía se dijo, No faltará príncipe de Judá, ni jefe de sus lomos, hasta que venga aquel a quien está prometido: se consideran los tiempos anteriores, y se encuentra que los judíos siempre tuvieron reyes de la tribu de Judá, de donde fueron llamados judíos; y no tuvieron rey extranjero antes, sino a Herodes aquel que fue cuando el Señor nació (Luc. III, 1). Desde Herodes comenzaron los reyes extranjeros. Antes de Herodes todos de la tribu de Judá, pero hasta que viniera aquel a quien está prometido. Así que ya viniendo el Señor, el reino de los judíos fue destruido, y fue quitado de los judíos. Ahora no tienen reino, porque no quieren reconocer al verdadero rey. Ved ya si deben ser llamados judíos. Ya veis que no deben ser llamados judíos. Ellos mismos con su voz se abdicaron de este nombre, para no ser dignos de ser llamados judíos, sino solo en la carne. ¿Dónde, pues, se separaron de este nombre? Decían, se ensañaban contra Cristo, es decir, el linaje de Judá, se ensañaban contra la descendencia de David. Y les dijo Pilato: ¿A vuestro rey crucificaré? Y ellos: No tenemos rey, sino a César (Juan XIX, 15). Oh judíos que sois llamados, y no sois; si no tenéis rey, sino a César, ya ha faltado el príncipe de Judá: ha venido, pues, aquel a quien está prometido. Por tanto, aquellos más verdaderamente judíos, que se hicieron cristianos de entre los judíos: los demás judíos que no creyeron en Cristo, también fueron dignos de perder el mismo nombre. Por tanto, la verdadera Judea, la Iglesia de Cristo es, creyendo en aquel rey que vino de la tribu de Judá por la virgen María; creyendo en aquel de quien ahora decía el Apóstol, escribiendo a Timoteo: Recuerda que Jesucristo resucitó de entre los muertos del linaje de David, según mi Evangelio (II Tim. II, 8). Pues de Judá David, y de David el Señor Jesucristo. Nosotros creyendo en Cristo pertenecemos a Judá; y nosotros hemos conocido a Cristo que no hemos visto con los ojos, lo retenemos con la fe. No se burlen, pues, los judíos, que ya no son judíos: ellos dijeron, No tenemos rey, sino a César. Pues mejor les hubiera sido, que su rey fuera Cristo, del linaje de David de la tribu de Judá. Sin embargo, porque el mismo Cristo del linaje de David según la carne, Dios sobre todo bendito por los siglos, él es nuestro rey y nuestro Dios: nuestro rey, según que nació de la tribu de Judá según la carne, Cristo el Señor Salvador; pero nuestro Dios, que es antes de Judá, y antes del cielo y la tierra, por quien fueron hechas todas las cosas, tanto espirituales como corporales. Pues si todas las cosas por él fueron hechas; también María misma de quien nació, por él fue hecha. ¿Cómo, pues, nacería él como los

demás hombres, quien se hizo a sí mismo madre de quien nacería? Por tanto, él mismo el Señor: diciendo el Apóstol, cuando hablaba de los judíos, De quienes son los padres; y de quienes es Cristo según la carne, que es sobre todo Dios bendito por los siglos (Rom. IX, 5). Porque, pues, los judíos vieron a Cristo, y lo crucificaron, no vieron a Dios: pero las gentes porque no lo vieron, y creyeron, entendieron a Dios. Por tanto, si se les hizo conocido Dios en Cristo reconciliando al mundo consigo (II Cor. V, 19), y por eso ellos lo crucificaron, porque no entendieron a Dios oculto en la carne, que se retire aquella que se llama Judea, y no es; que se acerque la verdadera Judea, a quien se dice: Acercaos a él, y seréis iluminados, y vuestros rostros no se avergonzarán (Salmo XXXIII, 6). Los rostros de la verdadera Judea no se confundirán. Pues oyeron, y creyeron; y se hizo la Iglesia la verdadera Judea, donde es conocido Cristo, que es hombre del linaje de David, Dios sobre David.

2. Notus en Judea Deus; en Israel grande es su nombre. Y de Israel debemos entenderlo de la misma manera que de Judea: así como no todos son verdaderos judíos, tampoco todos son el verdadero Israel. ¿Quién es llamado Israel? El que ve a Dios. ¿Y cómo vieron a Dios aquellos entre quienes caminó en la carne, y cuando pensaron que era un hombre, lo mataron? Resucitado, se mostró como Dios a todos aquellos a quienes quiso revelarse. Por lo tanto, son dignos de ser llamados Israel aquellos que merecieron entender a Cristo como Dios en la carne, para que no despreciaran lo que veían, sino que adoraran lo que no veían. Las naciones, con humildad de mente, percibieron a aquel que no veían y lo sostuvieron con fe. Por lo tanto, aquellos que lo sostuvieron con las manos, lo mataron; aquellos que lo sostuvieron con fe, lo adoraron. En Israel grande es su nombre. ¿Quieres ser Israel? Atiende a aquel de quien el Señor dijo: He aquí un verdadero israelita, en quien no hay engaño (Juan 1, 47). Si es un verdadero israelita, en quien no hay engaño, los engañosos y mentirosos no son verdaderos israelitas. Por lo tanto, no digan que Dios está entre ellos, y que su nombre es grande en Israel: que prueben ser israelitas, y concedo que en Israel grande es su nombre.

3. [vers. 3.] Y en paz se hizo su lugar, y su morada en Sion. Nuevamente, Sion es como la patria de los judíos: la verdadera Sion es la Iglesia de los cristianos. La interpretación de los nombres hebreos nos es dada así: Judea se interpreta como Confesión; Israel como Viendo a Dios. Después de Judea, Israel: así está puesto aquí, Notus en Judea Deus; en Israel grande es su nombre. ¿Quieres ver a Dios? Primero confiesa, y así en ti mismo se hace el lugar de Dios; porque en paz se hizo su lugar. Mientras no confieses tus pecados, de alguna manera estás en disputa con Dios: ¿cómo no estás en litigio con Él, si alabas lo que le desagrada? Él castiga al ladrón; tú alabas el robo: Él castiga al borracho; tú alabas la embriaguez. Estás en litigio con Dios; no has hecho lugar para Él en tu corazón: porque en paz es su lugar. ¿Y cómo comienzas a tener paz con Dios? Comienzas con la confesión. Es la voz del salmo que dice, Comienza al Señor con confesión (Salmo 146, 7). ¿Qué significa, Comienza al Señor con confesión? Comienza a unirte a Dios. ¿Cómo? Que te desagrada lo que le desagrada a Él. Le desagrada tu mala vida: si te agrada a ti, te separas de Él; si te desagrada, por la confesión te unes a Él. Mira cuán diferente eres, cuando ciertamente por esa misma diferencia te desagradas. Porque fuiste hecho, oh hombre, a imagen de Dios; pero por una vida perversa y mala perturbaste en ti, y exterminaste en ti la imagen de tu Creador. Hecho diferente, te miras a ti mismo, y te desagradas: ya por eso comenzaste a hacerte semejante, porque te desagrada lo que también le desagrada a Dios.

4. Pero, ¿cómo soy semejante, preguntas, cuando aún me desagrado a mí mismo? Por eso se dijo, Comienza. Comienza al Señor con confesión; serás perfeccionado en paz. Porque aún tienes guerra contra ti mismo. Se te declara guerra, no solo contra las sugerencias del diablo, contra el príncipe de la potestad del aire, que opera en los hijos de desobediencia, contra el

diablo y sus ángeles, las maldades espirituales (Efesios 6, 12); no solo se te declara guerra contra ellos, sino contra ti mismo. ¿Cómo contra ti mismo? Contra tu mala costumbre, contra la antigüedad de tu mala vida, que te arrastra a lo acostumbrado, y te frena de lo nuevo. Porque se te propone una nueva vida, y tú eres viejo: te suspendes con el gozo de la novedad, te agobias con el peso de la antigüedad; comienza a haber guerra contra ti mismo. Pero en la medida en que te desagradas, te unes a Dios; y en la medida en que ya te unes a Dios, serás capaz de vencerte a ti mismo, porque Él está contigo, quien supera todo. Atiende a lo que dice el Apóstol: Con la mente sirvo a la ley de Dios; pero con la carne a la ley del pecado. ¿De dónde con la mente? Porque te desagradas tu mala vida. ¿De dónde con la carne? Porque no faltan las sugerencias y deleites malos; pero por el hecho de que con la mente te unes a Dios, vences lo que en ti no quiere seguir. Has avanzado en parte, y en parte te retrasas: arrástrate a ti mismo hacia aquel que te eleva. Te deprimes con un cierto peso de antigüedad; clama y di: ¡Infeliz de mí, quién me libraré de este cuerpo de muerte? ¿quién me libraré de aquello que me agobia? porque el cuerpo que se corrompe, agobia el alma (Sabiduría 9, 15). ¿Quién, entonces, me libraré? La gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor (Romanos 7, 25, 24). ¿Por qué, entonces, permite que disputes contigo mismo por tanto tiempo, hasta que sean absorbidos todos los malos deseos? Para que entiendas en ti tu castigo: en ti, de ti mismo, está tu flagelo; que tu disputa sea contigo mismo. Así se castiga al rebelde contra Dios, para que él mismo sea su guerra, quien no quiso tener paz con Dios. Pero mantén tus miembros contra tus malas concupiscencias. Se levantó la ira; mantén tu mano unida a Dios. Pudo levantarse, pero no encontró armas. En tu ira hay ímpetu; en ti están las armas: que el ímpetu sea desarmado, y aprende ya a no levantarse quien se levantó en vano.

5. Esto lo digo, queridos míos, no sea que porque dijimos, Pero con la carne a la ley del pecado, piensen que se debe consentir a sus deseos carnales. Aunque ahora no pueden sino existir deseos carnales, no se debe consentirles. Por eso no dijo el Apóstol: No haya pecado en vuestro cuerpo mortal; porque sabe que mientras sea mortal, hay pecado allí: pero ¿qué dijo? No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal. ¿Qué significa, no reine? Él mismo lo explicó: Para obedecer, dijo, a sus deseos (Romanos 6, 12). Hay deseos, existen; no obedeces a tus deseos, no sigues esos deseos, no les consientes: tienes pecado, pero has perdido el reino, cuando ya en ti no reina el pecado; después el último enemigo, la muerte, será destruido (1 Corintios 15, 26). ¿Qué se nos promete, pues, ya que se dijo: Con la mente sirvo a la ley de Dios; pero con la carne a la ley del pecado (Romanos 7, 25)? Escucha la promesa: porque no siempre habrá deseos ilícitos en la carne. Porque resucitará, y será transformada; y cuando esta carne mortal sea transformada en cuerpo espiritual, ya no tentará al alma con concupiscencias seculares, ya no la apartará de la contemplación de Dios. Entonces se cumplirá en ella lo que dice el Apóstol, «El cuerpo, en verdad, está muerto a causa del pecado; pero el espíritu es vida a causa de la justicia. Y si el que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros; el que resucitó a Cristo Jesús de entre los muertos vivificará también vuestros cuerpos mortales, por su Espíritu que habita en vosotros» (Romanos 8, 10, 11). Vivificados, pues, nuestros cuerpos, habrá verdadera paz donde está el lugar de Dios: pero preceda la confesión. Notus in Judea Deus: confiesa, pues, primero. En Israel grande es su nombre: aún no ves en apariencia; ve por la fe, y se hará en ti lo que sigue Y en paz se hizo su lugar, y su morada en Sion. Sion se interpreta como Contemplación. ¿Qué es contemplación? Contemplaremos a Dios cara a cara (1 Corintios 13, 12). Aquí se nos promete, en quien ahora creemos sin ver. ¿Cómo nos regocijaremos cuando lo veamos? Hermanos, si ahora la promesa nos causa tanto gozo, ¿cuánto más lo hará la entrega? Porque se nos devolverá lo que prometió. ¿Y qué prometió? A sí mismo, para que en su rostro, y en su contemplación, nos regocijemos; y no nos deleitará nada más, porque nada es mejor que

aquel que hizo todas las cosas que deleitan. En paz se hizo su lugar, y su morada en Sion: es decir, en una cierta contemplación y especulación se hizo su morada en Sion.

6. [vers. 4.] Allí quebró las fuerzas de los arcos y el escudo, y la espada, y la guerra. ¿Dónde quebró? En aquella paz eterna, en aquella paz perfecta. Y ahora, hermanos míos, quienes han creído bien, ven que no deben presumir de sí mismos; y toda la potencia de sus amenazas, y todo lo que en ellos es agudo para dañar, lo quiebran: y todo lo que tienen como grande para protegerse temporalmente, y la guerra que llevaban contra Dios defendiendo sus pecados, todo esto allí lo quebró.

7. [vers. 5.] Iluminando tú maravillosamente desde los montes eternos. ¿Quiénes son los montes eternos? Aquellos que Él hizo eternos; que son grandes montes, predicadores de la verdad. Tú iluminas; pero desde los montes eternos: los primeros grandes montes reciben tu luz, y de la luz que reciben los montes, se viste también la tierra. Pero esos grandes montes recibieron los Apóstoles; como los primeros rayos de la luz naciente recibieron los Apóstoles. ¿Acaso lo que recibieron, lo retuvieron para sí? No; para que no se les dijera: Siervo malo y perezoso, debías haber dado mi dinero a los banqueros (Mateo 25, 26, 27). Si, pues, lo que recibieron no lo retuvieron para sí, sino que lo predicaron a todo el orbe, Iluminando tú maravillosamente desde los montes eternos. A quienes hiciste eternos, por ellos prometiste la vida eterna a los demás: Iluminando tú maravillosamente desde los montes eternos. Magníficamente con peso se dijo, Tú; para que nadie piense que los montes iluminan. Muchos, pensando que eran iluminados por los mismos montes, se hicieron partes de los montes; y esos mismos montes fueron cortados, y ellos mismos fueron quebrados. Algunos se hicieron de Donato, otros de Maximiano, otros de este y aquel. ¿Por qué piensan que su salvación está en los hombres, no en Dios? Oh hombre, la luz vino a ti por los montes; pero Dios te ilumina, no los montes. Iluminando tú, dice: tú, no los montes. Tú iluminando: desde los montes eternos; pero, tú iluminando. ¿De dónde y en otro lugar qué dice el salmo? Levanté mis ojos a los montes, de donde vendrá mi ayuda. ¿Qué, entonces, está tu esperanza en los montes, y de allí te vendrá la ayuda? ¿te quedaste en los montes? Mira lo que haces. Hay algo sobre los montes: sobre los montes está aquel a quien temen los montes. Levanté, dice, mis ojos a los montes, de donde vendrá mi ayuda. Pero ¿qué sigue? Mi ayuda, dice, es del Señor, que hizo el cielo y la tierra (Salmo 120, 1, 2). A los montes levanté mis ojos, porque por los montes me fueron mostradas las Escrituras; pero tengo mi corazón en aquel que ilumina todos los montes.

8. Por lo tanto, hermanos, esto se dijo para que ninguno de vosotros quiera poner su esperanza en el hombre. El hombre es algo solo mientras se adhiere a aquel de quien fue hecho hombre. Porque al apartarse de Él, el hombre no es nada, y cuando se adhiere a ellos. Así recibe consejo por medio del hombre, que consideres a aquel que ilumina al hombre. Porque tú también puedes acercarte a aquel que te habla por medio del hombre; porque no hizo que él se acercara a sí mismo, y te rechaza a ti. Y quien verdaderamente se acercó a Dios de tal manera que Dios habita en él, le desagradan todos aquellos que no ponen su esperanza en él. Por eso se dio un ejemplo, cuando se dividieron entre sí los mismos Apóstoles, y fueron a cismas quienes decían: Yo soy de Pablo, yo de Apolo, yo de Cefas, es decir, de Pedro. A estos los lamenta el Apóstol, y les dice: ¿Acaso está dividido Cristo? y se eligió a sí mismo a quien despreciar entre ellos: ¿Acaso fue Pablo crucificado por vosotros? ¿o en el nombre de Pablo fuisteis bautizados? (1 Corintios 1, 12, 13). Mira al buen monte buscando gloria, no para sí, sino de aquel por quien los montes son iluminados: no quería que se presumiera de él, sino de aquel de quien él mismo había presumido. Por lo tanto, quien quiera así recomendarse a los pueblos, que si acaso le ocurre algún tumulto, rompa tras de sí a los pueblos, y divida la Iglesia católica por sí mismo, no es de esos montes que el Altísimo ilumina. Pero, ¿quién es

este? Oscurecido por sí mismo, no iluminado por el Señor. ¿De dónde se prueban estos montes? Si acaso le ocurre algún tumulto contra los montes en la Iglesia; o por sediciones populares de los carnales, o por algunas falsas sospechas de los hombres; el buen monte rechaza de sí a todos los que por él quieren apartarse de la unidad. Porque así él permanecerá en la unidad, si por él no se divide esa misma unidad. Pero ellos fueron divididos: cuando el pueblo se apartó del orbe, y siguió el nombre de ellos, se alegraron; se enaltecieron, y fueron derribados. Se humillaron, y fueron exaltados, como se humilló el Apóstol, diciendo: ¿Acaso fue Pablo crucificado por vosotros? y en otro lugar: Yo planté, Apolo regó; pero Dios dio el crecimiento. Así que ni el que planta es algo, ni el que riega; sino Dios, que da el crecimiento (1 Corintios 3, 6 y 7). Tales montes son humildes en sí mismos, son altos en Dios; pero quienes son altos en sí mismos, son humillados por Dios: Porque el que se exalta, será humillado; y el que se humilla, será exaltado (Lucas 14, 11). Por eso tales que atienden a sus soberbias, amargan a los pacíficos en la Iglesia. Ellos quieren coagular la paz; estos mezclan disensión entre ellos. ¿Y qué dice de ellos otro salmo? Que los que amargan, no se exalten en sí mismos (Salmo 65, 7). Iluminando tú, atiende aquí, tú maravillosamente desde los montes eternos.

9. [vers. 6.] Se turbaron todos los insensatos de corazón. Se predicó la verdad, se dijo la vida eterna; se dijo que hay otra vida que no es de esta tierra: los hombres despreciaron la vida presente, y amaron la vida futura, iluminados por los montes iluminados. Pero los insensatos de corazón se turbaron. ¿Cómo se turbaron? Cuando se predica el Evangelio. ¿Y qué es la vida eterna? ¿y quién es el que resucitó de los muertos? Se maravillaron los atenienses, cuando Pablo apóstol hablaba de la resurrección de los muertos, y pensaron que decía no sé qué fábulas (Hechos 17, 18, 32). Pero porque decía que había otra vida, que ni ojo vio, ni oído oyó, ni subió al corazón del hombre (1 Corintios 2, 9), por eso los insensatos de corazón se turbaron. Pero, ¿qué les ocurrió? Durmieron su sueño, y no encontraron nada todos los hombres de riquezas en sus manos. Amaron las cosas presentes, y durmieron en esas mismas cosas presentes; y así les fueron hechas esas cosas presentes deliciosas: como quien ve en sueños que ha encontrado tesoros, es rico mientras no despierte. El sueño lo hizo rico; el despertar lo hace pobre. Tal es también el caso de estos: vinieron a esta vida, y por las codicias temporales como que se durmieron aquí; y las riquezas y las vanas pompas volátiles los recibieron, y pasaron: no entendieron cuánto bien podría hacerse de ello. Porque si conocieran otra vida, allí se atesorarían lo que aquí iba a perecer: como Zaqueo vio aquel bien mayor de los publicanos, cuando recibió al Señor Jesús en su casa, y dijo, La mitad de mis bienes doy a los pobres, y si a alguien he defraudado, le devuelvo el cuádruplo. Este no estaba en la vanidad de los que sueñan, sino en la fe de los que vigilan. Por eso el Señor, porque el médico había entrado al enfermo, pronunció su salvación, y dijo, Hoy ha venido la salvación a esta casa, porque también él es hijo de Abraham (Lucas 19, 8, 9): para que sepáis que nosotros, imitando la fe, somos hijos de Abraham; pero los judíos que se enorgullecen de la carne, han degenerado de la fe. Por lo tanto, durmieron su sueño los hombres de riquezas, y no encontraron nada en sus manos. Durmieron en sus codicias; les deleita, pasa este sueño, pasa esta vida, y no encuentran nada en sus manos, porque no pusieron nada en la mano de Cristo. ¿Quieres encontrar algo en tus manos después? No desprecies ahora la mano del pobre; y mira las manos vacías, si quieres tener manos llenas. Porque el Señor dijo: Tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui huésped, y me acogisteis, y demás. Y ellos: ¿Cuándo te vimos hambriento, sediento, o huésped? Y Él les dice: Cuando lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis (Mateo 25, 35-40). Quiso tener hambre en los pobres, quien es rico en el cielo; y tú, hombre, dudas en dar al hombre, sabiendo que das a Cristo lo que das, de quien recibiste lo que das. Pero ellos durmieron su sueño, y no encontraron nada todos los hombres de riquezas en sus manos.

10. [vers. 7.] Por tu reprensión, Dios de Jacob, se adormecieron todos los que montaron caballos. ¿Quiénes son los que montaron caballos? Aquellos que no quisieron ser humildes. No es pecado montar caballos, sino levantar el cuello del poder contra Dios y pensar que se está en algún honor. Porque eres rico, has ascendido; Dios reprende, y duermes. ¡Gran ira del que reprende, gran ira! Que vuestra Caridad preste atención a este asunto tremendo. La reprensión tiene ruido; el ruido suele despertar a los hombres. Tal es el peso del Dios que reprende, que dice: Por tu reprensión, Dios de Jacob, se adormecieron todos los que montaron caballos. He aquí con qué sueño se adormeció aquel Faraón que montaba caballos (Éxodo XIV, 8): pues no despertó en su corazón, porque tenía un corazón endurecido por la reprensión. La dureza del corazón es un adormecimiento. Os ruego, hermanos míos, ved cómo duermen aquellos que, mientras suena el Evangelio, y el Amén, y el Aleluya por todo el mundo, aún no quieren condenar la vida antigua y despertar a la nueva. La Escritura de Dios estaba en Judea; ahora se canta por todo el mundo: en aquella única nación se decía que un solo Dios, que hizo todas las cosas, debía ser adorado y venerado; ahora, ¿dónde se calla? ¿Cristo ha resucitado? Burlado en la cruz, ya ha fijado su misma cruz, en la que fue burlado, en las frentes de los reyes; ¡y aún se duerme! ¡Gran ira de Dios, hermanos! Mejor hemos escuchado a aquel que dice: Despierta, tú que duermes, y levántate de entre los muertos; y Cristo te iluminará (Efesios V, 14). Pero, ¿quiénes lo escuchan? Aquellos que no montan caballos. ¿Quiénes son los que no montan caballos? Aquellos que no se jactan ni se exaltan, como si estuvieran en honores y poderes. Por tu reprensión, Dios de Jacob, se adormecieron los que montaron caballos.

11. [vers. 8.] Tú eres terrible; ¿y quién resistirá entonces a tu ira? Ahora duermen, y no sienten que estás airado; pero para que durmieran, te airaste. Ahora lo que los durmientes no sienten, al final lo sentirán: pues aparecerá el juez de vivos y muertos; ¿y quién resistirá entonces a tu ira? Ahora hablan lo que quieren, y disputan contra Dios, y dicen: ¿Quiénes son los cristianos? ¿O quién es Cristo? ¿O qué clase de necios son los que creen lo que no ven, y dejan los placeres que ven, y siguen la fe de cosas que no se les muestran a sus ojos? Dormís, y baláis; hablad contra Dios cuanto podáis. ¿Hasta cuándo, pecadores, Señor, hasta cuándo se gloriarán los pecadores? responden, y hablan iniquidad (Salmo XCIII, 3). Pero, ¿cuándo nadie responde, y nadie habla, sino cuando se convierte en sí mismo? ¿Cuándo se convertirán en sí mismos los dientes con los que ahora nos muerden, con los que nos desgarran burlándose de los cristianos y reprendiendo la vida de los santos? Entonces se convertirán en sí mismos, cuando les suceda lo que se dice en el libro de la Sabiduría: Dirán entre sí, arrepintiéndose, y gimiendo por la angustia del espíritu: cuando vean la gloria de los santos, entonces dirán: Estos son aquellos a quienes alguna vez tuvimos en burla. ¡Oh, vosotros que habéis dormido mucho! ciertamente ya despertáis, y no encontráis nada en vuestras manos. Veis cómo tienen llenas las manos de la gloria de Dios aquellos a quienes burlasteis como pobres. Decid entonces a vosotros mismos, cuando no resistáis la ira de Dios; no con la mano, ni con la lengua, ni con la palabra, ni con el pensamiento: pues se os aparecerá manifiesto aquel a quien pensasteis que se debía burlar, cuando se os anunciaba que vendría. ¿Y qué dirán? Erramos del camino de la verdad, y la luz de la justicia no nos iluminó, y el sol no salió para nosotros. ¿Cómo habría de salir el sol de la justicia para los que duermen? Pero por su ira y reprensión duermen. Quizás dirá: Y no montaría un caballo: y entonces ellos mismos acusarán a sus caballos. Escuchadlos acusando a sus caballos en los que durmieron: Erramos, dice la Escritura, del camino de la verdad, y la luz de la justicia no nos iluminó, y el sol no salió para nosotros. ¿Qué nos aprovechó la soberbia? ¿Y qué nos aportó la jactancia de las riquezas? Pasaron todas como sombra (Sabiduría V, 3, 6, 8, 9). Entonces alguna vez despertaste. Pero mejor no hubieras montado el caballo, para que entonces no te

adormecieras, cuando debías estar despierto; y escucharas la voz de Cristo, y Cristo te iluminara. Tú eres terrible; ¿y quién resistirá entonces a tu ira? ¿Qué será entonces?

12. [vers. 9.] Desde el cielo lanzaste juicio: la tierra tembló, y se aquietó. La que ahora se turba, la que ahora habla, tendrá que temer al final y aquietarse. Mejor se aquietaría ahora, para que al final se regocijara.

13. [vers. 10.] La tierra tembló, y se aquietó. ¿Cuándo? Cuando Dios se levantó para juzgar, para salvar a todos los mansos de corazón. ¿Quiénes son los mansos de corazón? Aquellos que no montaron caballos furiosos, sino que en su humildad confesaron sus pecados. Para salvar a todos los mansos de corazón.

14. [vers. 11.] Porque el pensamiento del hombre te confesará, y los restos del pensamiento celebrarán solemnidades para ti. Primero, el pensamiento; después, los restos del pensamiento. ¿Cuál es el primer pensamiento? De donde comenzamos: ese buen pensamiento, de donde comienzas a confesar. La confesión nos une a Cristo. Ahora bien, esa misma confesión, es decir, el primer pensamiento, hace en nosotros los restos del pensamiento; y esos restos del pensamiento celebrarán solemnidades para ti. El pensamiento del hombre te confesará, y los restos del pensamiento celebrarán solemnidades para ti. ¿Cuál es el pensamiento que confesará? El que condena la vida anterior, al que le desagrada lo que era, para ser lo que no era, ese es el primer pensamiento. Pero porque así debes apartarte de los pecados, confesando a Dios con el primer pensamiento, para que no se aparte de tu memoria que fuiste pecador, por el hecho de que fuiste pecador, celebras solemnidades a Dios. Aún debe entenderse. El primer pensamiento tiene confesión, y alejamiento de la vida antigua: pero si olvidas de qué pecados fuiste liberado, no das gracias al libertador, y no celebras solemnidades a tu Dios. He aquí el primer pensamiento confesante de Saulo el apóstol, ya Pablo, que primero fue Saulo: cuando escuchó la voz del cielo, mientras perseguía a Cristo, y se enfurecía contra los cristianos, y quería llevar a los encontrados para ser asesinados, escuchó la voz del cielo: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? y rodeado de luz, hecho ciego en los ojos, para que viera interiormente, emitió el primer pensamiento de obediencia; cuando escuchó: Yo soy Jesús Nazareno, a quien tú persigues, Señor, dijo, ¿qué me mandas hacer? (Hechos IX, 4, 5). Este es el pensamiento confesante; ya llama Señor a quien perseguía. Cómo los restos del pensamiento celebrarán solemnidades, lo escuchaste en Pablo, cuando se leía al mismo Apóstol: Recuerda a Cristo Jesús resucitado de entre los muertos, del linaje de David, según mi Evangelio (II Timoteo II, 8). ¿Qué es recuerda? No se borre de tu memoria el pensamiento con el que primero confesaste; sean los restos del pensamiento en la memoria. Y mira cómo repite lo que le fue dado, el mismo apóstol Pablo en otro lugar: Que antes fui blasfemo, y perseguidor, e injurioso (I Timoteo I, 13). El que dice, Antes fui blasfemo, ¿acaso aún es blasfemo? Para que no fuera blasfemo, fue el primer pensamiento confesante; pero para que recordara lo que le fue dado, eran los restos del pensamiento, por esos restos del pensamiento celebraba solemnidades.

15. En efecto, hermanos míos, he aquí que Cristo nos ha renovado; nos ha perdonado todos los pecados, y nos hemos convertido: si olvidamos lo que nos fue dado, y por quién nos fue dado, olvidamos el don del Salvador; pero cuando no olvidamos el don del Salvador, ¿no es Cristo inmolado por nosotros cada día? Y una vez Cristo fue inmolado por nosotros, cuando creímos; entonces fue el pensamiento: ahora, sin embargo, son los restos del pensamiento, cuando recordamos quién vino a nosotros, y qué nos dio; de esos mismos restos del pensamiento, es decir, de esa misma memoria, se nos inmola cada día, como si cada día nos renovara quien con su primera gracia nos renovó. Ya nos renovó el Señor en el Bautismo, y nos hicimos nuevos hombres; en la esperanza, ciertamente gozosos, para que en la tribulación

seamos pacientes (Romanos XII, 12): sin embargo, no debe salir de nuestra memoria lo que se nos ha concedido. Y si ahora no es tu pensamiento el que fue: (pues el primer pensamiento fue apartarse del pecado; ahora, sin embargo, no te apartas, sino que entonces te apartaste): sean los restos del pensamiento, para que no se borre de la memoria quien sanó. Si olvidas que tuviste una herida, no tendrás restos del pensamiento. ¿Qué pensáis que dijo David? He aquí que habla en nombre de todos. David, el santo, pecó gravemente; fue enviado a él el profeta Natán, y lo reprendió: y confesó, y dijo: He pecado (II Samuel XII, 13). Este fue el primer pensamiento confesante: El pensamiento del hombre te confesará. ¿Cuáles eran los restos del pensamiento? Cuando dijo: Y mi pecado está siempre ante mí (Salmo L, 5). ¿Cuál fue entonces el primer pensamiento? Apartarse del pecado. Y si ya se apartó del pecado, ¿cómo es que su pecado está siempre ante él, sino porque ese pensamiento pasó, pero los restos del pensamiento celebran solemnidades? Recordemos, pues, hermanos amadísimos; os rogamos: cualquiera que haya sido liberado del pecado, recuerde lo que fue; sean en él los restos del pensamiento. Entonces llevará a otro para ser sanado, si recuerda que él mismo fue sanado. Por tanto, cada uno recuerde lo que fue, y si ya no lo es; y entonces ayudará a quien aún es lo que él ya no es. Pero si se jacta como de sus méritos, y rechaza a los pecadores como indignos, y sin misericordia se ensaña; ha montado un caballo, vea que no duerma: pues se adormecieron los que montaron caballos. Ya entonces dejó el caballo; se humilló: no vuelva a montar el caballo, es decir, no se levante de nuevo en soberbia. ¿De dónde le sucede esto? Si los restos del pensamiento celebran solemnidades a Dios.

16. [vers. 12.] Haced votos, y cumplidlos al Señor nuestro Dios. Cada uno lo que pueda, haga voto, y cúmplalo. No hagáis votos y no los cumpláis; sino que cada uno lo que pueda, haga voto, y cúmplalo. No seáis perezosos para hacer votos; pues no lo cumpliréis con vuestras fuerzas. Os cansaréis, si confiáis en vosotros mismos; pero si en aquel a quien hacéis el voto, haced votos, seguros los cumpliréis. Haced votos, y cumplidlos al Señor nuestro Dios. Todos en común, ¿qué debemos hacer voto? Creer en él, esperar de él la vida eterna, vivir bien según el modo común. Pues hay un modo común para todos. No robar, no se le manda solo al casto, ni se le manda a la casada: no cometer adulterio, se le manda a todos: no amar la embriaguez, que embriaga el alma, y corrompe en sí el templo de Dios, se le manda a todos por igual: no ser soberbio, se le manda a todos por igual: no matar a un hombre, no odiar a su hermano, no guardar rencor contra nadie, se le manda a todos en común. Todo esto debemos hacer voto todos. También hay votos propios de cada uno: uno hace voto a Dios de castidad conyugal, para no conocer a otra mujer fuera de su esposa; así también la mujer, para no conocer a otro hombre fuera de su esposo. Otros también hacen voto, aunque hayan experimentado tal matrimonio, de no sufrir más tal cosa, de no desear ni soportar tal cosa: y ellos han hecho un voto mayor que aquellos. Otros hacen voto de la misma virginidad desde la juventud, para no experimentar tal cosa como aquellos que experimentaron y dejaron: y estos han hecho un voto grandísimo. Otros hacen voto de que su casa sea hospitalaria para todos los santos que lleguen: hacen un gran voto. Otro hace voto de dejar todas sus posesiones para distribuir las a los pobres, y de ir a la vida común, a la sociedad de los santos: hace un gran voto. Haced votos, y cumplidlos al Señor nuestro Dios. Cada uno lo que quiera hacer voto, que lo haga: que preste atención a cumplir lo que ha hecho voto. Cada uno a Dios lo que hace voto, si mira hacia atrás, es malo. No sé qué casto quiso casarse: ¿qué quiso? Lo que cualquier virgen. ¿Qué quiso? Lo que su madre. ¿Quiso algo malo? Claro que malo. ¿Por qué? Porque ya había hecho voto al Señor su Dios. Pues, ¿qué dijo el apóstol Pablo de tales? Cuando dice que las viudas jóvenes pueden casarse si quieren (I Timoteo V, 14), pero sin embargo dice en un lugar: Será más feliz si permanece así según mi consejo (I Corintios VII, 40). Muestra que es más feliz si permanece así; sin embargo, no será condenada si quiere casarse. Pero, ¿qué dice de algunas que hicieron voto, y no lo cumplieron? Tienen, dice,

condenación, porque hicieron nula la primera fe (I Timoteo V, 12). ¿Qué es, hicieron nula la primera fe? Hicieron voto, y no lo cumplieron. Por tanto, ningún hermano en el monasterio diga: Me voy del monasterio, pues no solo los que están en el monasterio llegarán al reino de los cielos, y aquellos que no están allí no pertenecen a Dios. Se le responde: Pero ellos no hicieron voto; tú hiciste voto, tú miraste hacia atrás. Cuando el Señor amenazaba con el día del juicio, ¿qué dijo? Recordad a la esposa de Lot (Lucas XVII, 32). Lo dijo a todos. Pues, ¿qué hizo la esposa de Lot? Fue liberada de Sodoma, y puesta en el camino miró hacia atrás: donde miró, allí se quedó. Pero se convirtió en una estatua de sal (Génesis XIX, 26), para que con su contemplación se condimente a los hombres; tengan corazón, no sean necios, no miren hacia atrás, no den mal ejemplo, y ellos mismos se queden, y condimente a otros. Pues ahora decimos eso a algunos de nuestros hermanos, a quienes quizás veamos como debilitándose en el buen propósito: ¿Y quieres ser como aquel? Les objetamos a algunos que miraron hacia atrás. Ellos son necios en sí mismos, pero condimentan a otros, cuando se les recuerda, para que temiendo su ejemplo, estos no miren hacia atrás. Haced votos, y cumplidlos al Señor nuestro Dios, porque esa esposa de Lot pertenece a todos. Una mujer casada quiso cometer adulterio; de su lugar al que había llegado miró hacia atrás. Una viuda que ya había hecho voto de permanecer así, quiso casarse, quiso lo que le estaba permitido a la que se casó; pero a ella no le estaba permitido, porque había adelantado, y se convierte en la esposa de Lot mirando hacia atrás. No seáis perezosos los que podéis, a quienes Dios inspira para alcanzar grados mejores, porque no decimos esto para que no hagáis votos, sino para que hagáis votos, y los cumpláis: Haced votos, y cumplidlos al Señor nuestro Dios. Ya que hemos tratado esto, quizás querías hacer voto, y ahora no quieres hacer voto. Pero, ¿qué te dijo el Salmo, atiende. No dijo, No hagáis votos; sino, Haced votos, y cumplidlos. Porque escuchaste, cumplidlos, ¿no quieres hacer voto? Entonces, ¿querías hacer voto, y no cumplirlo? Más bien haz ambos. Uno será de tu profesión; el otro se perfeccionará con la ayuda de Dios. Mira a quien te guía, y no mirarás hacia atrás, de donde te saca. Quien te guía, camina delante de ti; de donde te saca, está detrás de ti. Ama al que te guía, y no te condenará por mirar hacia atrás. Haced votos, y cumplidlos al Señor nuestro Dios.

17. Todos los que están a su alrededor ofrecerán dones. ¿Quiénes están a su alrededor? Pues, ¿dónde está Él, para que se diga: "Todos los que están a su alrededor"? Si piensas en Dios Padre, ¿dónde no está Él, que está presente en todas partes? Si piensas en el Hijo según la forma de la divinidad, Él también está en todas partes con el Padre; porque Él es la Sabiduría de Dios, de la cual se ha dicho: "Alcanza de un extremo al otro con fuerza y gobierna con suavidad" (Sab. VII, 24). Pero si entiendes al Hijo en cuanto asumió carne, fue visto entre los hombres, fue crucificado y resucitó, sabemos que ascendió al cielo. ¿Quiénes están a su alrededor? Los ángeles. Entonces, ¿no ofrecemos nosotros dones, porque dijo: "Todos los que están a su alrededor ofrecerán dones"? Si nuestro Señor estuviera sepultado aquí en la tierra, y su cuerpo yaciera como el de algún mártir o apóstol, atenderíamos a aquellos que estuvieran a su alrededor, ya fueran pueblos alrededor de ese lugar o que acudieran a esa sepultura con dones; pero ahora ha ascendido, está arriba. ¿Qué significa esto, "Todos los que están a su alrededor ofrecerán dones"? Esto, por ahora, lo que Dios me advierte, os diré, lo que de estas palabras ha tenido a bien inspirarme: si después se ve algo mejor, también es vuestro, porque la verdad es común a todos. No es ni mía, ni tuya; no es de este, ni de aquel: es común a todos. Y tal vez por eso está en medio, para que todos los que aman la verdad estén a su alrededor. Porque todo lo que es común a todos, está en medio. ¿Por qué se dice que está en medio? Para que esté tan distante de todos, y tan cercano a todos. Lo que no está en medio, se convierte en algo privado. Lo que es público, se coloca en medio, para que todos los que vienen lo perciban, se iluminen. Que nadie diga, "Es mío"; no quiera hacer en su parte lo que

está en medio para todos. ¿Qué significa entonces, "Todos los que están a su alrededor ofrecerán dones"? Todos los que entienden que la verdad es común a todos, y no la hacen suya por orgullo, ellos ofrecerán dones; porque tienen humildad: pero aquellos que hacen suyo lo que es común a todos, como si estuviera puesto en medio, y tratan de seducirlo a su parte, no ofrecerán dones; porque "Todos los que están a su alrededor ofrecerán dones al temible". Se ofrecerán dones al temible: teman, pues, todos los que están a su alrededor. Por eso temerán, y con temblor lo alabarán, porque están a su alrededor para que todos lo alcancen, y fluya públicamente para todos, y los ilumine públicamente: esto es, temblar. Tú, cuando lo haces tuyo como propio, y ya no común, te elevas en orgullo; cuando está escrito: "Servid al Señor con temor, y alegraos con temblor" (Sal. II, 11). Por tanto, ofrecerán dones los que están a su alrededor: porque ellos son humildes, que saben que la verdad es común a todos.

18. [vers. 13.] ¿A quién ofrecerán dones? Al temible, y a aquel que quita el espíritu de los príncipes. Porque el espíritu de los príncipes, son espíritus soberbios. Por tanto, no son sus espíritus; porque aunque sepan algo, quieren que sea suyo, no público: pero aquel que se presenta como igual a todos, que se pone en medio, para que todos tomen cuanto puedan, lo que puedan; no de ningún hombre, sino de Dios, y por eso de lo suyo, porque ellos se han hecho suyos. Por tanto, todos ellos deben ser humildes: han perdido su espíritu, y tienen el Espíritu de Dios. ¿De quién han perdido su espíritu? De aquel que quita el espíritu de los príncipes; pues se le dice en otro lugar: "Quitarás su espíritu, y perecerán, y volverán a su polvo. Enviarás tu Espíritu, y serán creados, y renovarás la faz de la tierra" (Sal. CIII, 29, 30). Alguien ha entendido algo; quiere que sea suyo, aún tiene su espíritu: es bueno para él perder su espíritu, y tener el Espíritu de Dios: aún entre los príncipes se enorgullece; es bueno que vuelva a su polvo, y diga, "Acuérdate, Señor, que somos polvo" (Sal. CII, 14). Porque si te confiesas polvo, Dios hace al hombre del polvo. Todos los que están a su alrededor ofrecen dones: todos los humildes le confiesan, y le adoran. Ofrecen dones al temible. ¿Por qué al temible? "Alegraos con temblor" (Sal. II, 11), y a aquel que quita el espíritu de los príncipes: es decir, quita la audacia de los soberbios. Temible ante los reyes de la tierra. Los reyes de la tierra son temibles; pero Él es sobre todos, que aterra a los reyes de la tierra. Sé rey de la tierra, y Dios será temible para ti. ¿Cómo, dices, seré rey de la tierra? Gobierna la tierra, y serás rey de la tierra. No pongas, pues, ante tus ojos, por avidez de mandar, provincias vastísimas, para que extiendas tus reinos; gobierna la tierra que llevas. Escucha al Apóstol gobernando la tierra: "Así peleo, no como quien golpea el aire; sino que castigo mi cuerpo, y lo reduzco a servidumbre, no sea que habiendo predicado a otros, yo mismo sea descalificado" (I Cor. IX, 26, 27). Por tanto, hermanos míos, estad a su alrededor, para que por quienquiera que os suene la verdad, no se la atribuyáis a aquel por quien suena; sino que esté en medio para todos, porque está igualmente presente para todos. Y sed humildes, no os apropiéis de vosotros mismos, si acaso habéis entendido algo bueno de Él: porque lo que mejor entendamos nosotros, es vuestro, y lo que mejor entendáis vosotros, es nuestro, para que estemos a su alrededor, y seamos humildes. Y así, perdiendo nuestro espíritu, ofreceremos dones al temible sobre todos los reyes de la tierra, es decir, sobre todos los que gobiernan su carne, pero sujetos a su Creador.

EXPOSICIÓN DEL SALMO LXXVI. SERMÓN AL PUEBLO.

1. [vers. 1.] El título de este salmo está inscrito así: "Al final, para Idithun, Salmo de Asaf". Sabéis qué significa "Al final": "Porque el fin de la Ley es Cristo, para justicia a todo el que cree" (Rom. X, 4). Idithun se interpreta como "El que salta sobre ellos"; Asaf se interpreta como "Congregación". Habla aquí, por tanto, la congregación que salta para llegar al fin que es Cristo Jesús. ¿Qué cosas deben ser saltadas para que podamos llegar a ese fin, donde ya no

tendremos nada que saltar? El texto del Salmo mismo lo demuestra. Pues debemos saltar todo lo que nos impide, todo lo que nos enreda, todo lo que nos ata con alguna liga y carga nuestro vuelo, hasta que llegemos a lo que basta, más allá de lo cual no hay nada, debajo de lo cual están todas las cosas, y de lo cual son todas las cosas. Felipe, en efecto, quería contemplar al mismo Padre, y decía al Señor Jesucristo: "Muéstranos al Padre, y nos basta"; como si tuviera que saltar todo lo que fuera otra cosa, hasta llegar al Padre, donde ya estaría seguro, y no tendría nada más que buscar: esto es, "Nos basta". Pero aquel que dijo con toda verdad: "Yo y el Padre somos uno" (Juan X, 30), advirtió a Felipe, y enseñó a todo hombre que entendiera a Cristo, que también en Él tiene el fin, porque Él y el Padre son uno: "¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has visto? Felipe, el que me ha visto a mí, ha visto al Padre" (Juan XIV, 8, 9). Por tanto, quien quiera sentir, imitar, mantener el ánimo de este salmo, salte todos los deseos carnales, pise la pompa y el atractivo de este siglo, y no se proponga otra cosa donde detenerse, sino de donde son todas las cosas: en todas las cuales también él trabaja hasta llegar al fin. ¿Qué nos indica, pues, este que salta?

2. [vers. 2.] "Con mi voz clamé al Señor". Pero muchos claman al Señor para adquirir riquezas y evitar pérdidas, por la salud de los suyos, por la estabilidad de su casa, por la felicidad temporal, por la dignidad secular; finalmente, por la misma salud del cuerpo, que es el patrimonio del pobre. Por estas y otras cosas semejantes muchos claman al Señor; apenas alguien por el mismo Señor. Pues es fácil para el hombre desear cualquier cosa del Señor, y no desear al mismo Señor; como si pudiera ser más dulce lo que da, que Él mismo que da. Por tanto, quien clama al Señor por cualquier otra cosa, aún no es el que salta. Pero este que salta, ¿qué dice? "Con mi voz clamé al Señor". Y para que no pienses que su voz, con la que clamó al Señor, fue emitida por otra cosa que por el mismo Señor, añade: "Y mi voz a Dios". Pues se emite una voz para clamar a Dios, y esa voz es para otra cosa, no para Dios. Porque para eso es la voz, para lo que se emite la voz. Pero este que amaba a Dios gratuitamente, que sacrificaba voluntariamente a Dios (Sal. LIII, 8), que había saltado todo lo que está abajo, y no veía otra cosa sobre sí donde derramar su alma, sino de donde, y por quien, y en quien fue creado, a quien clamó con su voz, había hecho que su misma voz fuera para Él: "Mi voz", dice, "a Dios". ¿Y acaso sin motivo? Mira lo que sigue: "Y Él me atendió". Verdaderamente entonces te atiende, cuando lo buscas a Él, no cuando por Él buscas otra cosa. Se ha dicho de algunos: "Clamaron, y no había quien los salvara, al Señor, y no los escuchó" (Sal. XVII, 42). ¿Por qué? Porque su voz no era al Señor. Esto lo expresa en otro lugar la Escritura, donde dice de tales: "No invocaron al Señor". No cesaron de clamar a Él; y sin embargo, "no invocaron al Señor". ¿Qué significa, "No invocaron al Señor"? No invitaron al Señor a su corazón; no quisieron ser habitados por el Señor. ¿Y qué les sucedió? "Allí temblaron de miedo, donde no había miedo" (Sal. XIII, 5). Por eso temieron por la pérdida de las cosas presentes, porque no estaban llenos de aquel a quien no invocaron. No amaron gratuitamente, para que, al perder las cosas temporales, pudieran decir: "Como al Señor le plació, así se hizo; sea bendito el nombre del Señor" (Job I, 21). Por tanto, este, "Mi voz", dice, "al Señor, y Él me atendió". Enséñanos cómo se hace esto.

3. [vers. 3.] "En el día de mi tribulación busqué a Dios". ¿Quién eres tú, que haces esto? En el día de tu tribulación, mira qué buscas. Si la cárcel causa tribulación, buscas salir de la cárcel: si la fiebre causa tribulación, buscas la salud: si el hambre causa tribulación, buscas la saciedad: si las pérdidas causan tribulación, buscas la ganancia: si la peregrinación causa tribulación, buscas la ciudad de tu carne. ¿Y por qué mencionar todo, o cuándo mencionar todo? ¿Quieres ser el que salta? En el día de tu tribulación busca a Dios: no por Dios otra cosa, sino de la tribulación a Dios; para que Dios quite la tribulación, para que seguro te adhieras a Dios. "En el día de mi tribulación busqué a Dios": no otra cosa, sino "busqué a

Dios". ¿Y cómo lo buscaste? "Con mis manos de noche ante Él". Dinos esto de nuevo: veamos, entendamos, imitemos, si podemos. En el día de tu tribulación, ¿qué buscaste? A Dios. ¿Cómo lo buscaste? "Con mis manos". ¿Cuándo lo buscaste? "De noche". ¿Dónde lo buscaste? "Ante Él". ¿Y con qué fruto lo buscaste? "Y no fui engañado". Veamos, pues, hermanos, consideremos todo, preguntemos todo; y qué es la tribulación, en la que este buscó a Dios, y qué es buscar a Dios con las manos, y qué es de noche, y qué es ante Él: y sigue, lo que todos entienden, "Y no fui engañado". ¿Qué significa, "Y no fui engañado"? Encontré lo que buscaba.

4. La tribulación no debe pensarse como esta o aquella. Pues cada uno que aún no salta, aún no piensa que es tribulación, sino la que ha ocurrido en esta vida por algún tiempo triste: pero aquel que salta, considera toda esta vida como su tribulación. Pues ama tanto la patria celestial, que la peregrinación terrenal es la mayor tribulación. ¿Cómo no será tribulación esta vida, os pregunto? ¿Cómo no será tribulación, que se ha dicho toda tentación? Tienes escrito en el libro de Job: "¿No es acaso tentación la vida humana sobre la tierra?" (Job VI, 1). ¿Acaso dijo: "La vida humana es tentada sobre la tierra"? La misma vida es tentación: si es tentación, ciertamente es tribulación. En esta tribulación, es decir, en esta vida, buscó a Dios este que salta. ¿Cómo? "Con mis manos", dice. ¿Qué significa, "con mis manos"? Con mis obras. Pues no buscaba algo corporal, para encontrar lo que había perdido tocándolo; para buscar con las manos una moneda, oro, plata, ropa, cualquier cosa de este tipo que pueda ser sostenida con las manos. Aunque nuestro mismo Señor Jesucristo quiso ser buscado con las manos, cuando mostró sus cicatrices al discípulo dudoso. Pero, ¿acaso cuando él exclamó tocando las cicatrices de sus heridas, "¡Señor mío y Dios mío!", no escuchó: "Porque me has visto, has creído; bienaventurados los que no vieron y creyeron" (Juan XX, 27-29)? Si, por tanto, aquel que buscaba a Cristo con las manos, mereció escuchar esto, para que fuera reproche para él haber buscado así; nosotros que hemos sido llamados bienaventurados porque no vimos y creímos, ¿acaso no nos corresponde buscar con las manos? Nos corresponde, como dije, buscar con las obras. ¿Cuándo? "De noche". ¿Qué significa, "de noche"? En este siglo. Pues es noche antes de que brille el día en la venida glorificada de nuestro Señor Jesucristo. ¿Queréis ver que es noche? Si no tuviéramos aquí una lámpara, permaneceríamos en tinieblas. Pues Pedro dice: "Y tenemos la palabra profética más segura, a la cual hacéis bien en prestar atención, como a una lámpara que alumbra en lugar oscuro, hasta que el día amanezca, y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones" (II Pedro I, 19). Por tanto, vendrá el día después de esta noche; mientras tanto, que no falte la lámpara. Y esto es tal vez lo que ahora hacemos: exponiendo estas Escrituras, introducimos la lámpara, para que en esta noche nos regocijemos. La cual debe estar siempre encendida en vuestras casas. Pues a tales se les dice: "No apaguéis el Espíritu" (I Tes. V, 19). Y como explicando lo que decía, añade: "No menospreciéis las profecías": es decir, que la lámpara siempre brille en vosotros. Y esta luz, en comparación con un día inefable, se llama noche. Pues la misma vida de los fieles, en comparación con la vida de los infieles, es día. Pero, ¿cómo es noche, ya lo dijimos, y lo mostramos con el testimonio del apóstol Pedro: quien incluso nombró la lámpara, y nos advirtió sobre esa lámpara para que prestemos atención a ella, es decir, a la palabra profética, "hasta que el día amanezca, y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones"? Pero, ¿cómo ya la vida de los fieles es día en comparación con la vida de los impíos, Pablo lo muestra: "Desechemos, pues, las obras de las tinieblas, y vistámonos las armas de la luz; andemos como de día, honestamente" (Rom. XIII, 12). Por tanto, viviendo honestamente, en comparación con la vida de los impíos, estamos en el día. Pero este día de la vida de los fieles no basta para este Idithun; quiere saltar también este día, hasta llegar a aquel día, donde no tema ya ninguna tentación de la noche. Pues aunque aquí la vida de los fieles es día, "la vida humana sobre la tierra es tentación" (Job VII, 1). Noche, y día: día en

comparación con los infieles; noche en comparación con los ángeles. Pues los ángeles tienen un día que nosotros aún no tenemos: ya tenemos un día que no tienen los infieles; pero aún no tienen los fieles el que tienen los ángeles: pero lo tendrán cuando sean iguales a los ángeles de Dios; lo cual se les prometió en la resurrección (Mat. XXII, 30). Por tanto, en este ya día, y aún noche; noche en comparación con el futuro día que deseamos, día en comparación con la noche pasada a la que hemos renunciado: en esta, por tanto, digo, noche busquemos a Dios con nuestras manos. No cesen las obras; busquemos a Dios, no sea vano el deseo. Si estamos en el camino, gastemos los recursos, para que podamos llegar: busquemos a Dios con las manos. Aunque busquemos de noche a quien buscamos con las manos, no somos engañados porque lo buscamos "ante Él". ¿Qué significa "ante Él"? "No hagáis vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos por ellos; de lo contrario, no tendréis recompensa de vuestro Padre que está en los cielos. Por tanto, cuando hagáis limosna", dice, esas son las manos que buscan a Dios, "no toques trompeta delante de ti, como hacen los hipócritas: sino que tu limosna sea en secreto, y tu Padre que ve en secreto, te recompensará" (Mat. VI, 1, 2, 4). Por tanto, "Con mis manos de noche ante Él y no fui engañado".

5. Cuánto, sin embargo, este Idithun ha soportado en esta tierra, y en esta noche, y cómo ha tenido de alguna manera la necesidad de saltar, con las tribulaciones empujando y pinchando hacia abajo, para que fuera necesario saltar, escuchemos atentamente. "Mi alma se negó a ser consolada". Tal tedio me ocupó aquí, que mi alma se cerró contra toda consolación. ¿De dónde le viene tal tedio a este? Tal vez porque la viña fue granizada, o porque el olivo no prosperó, o porque la vendimia fue interceptada por la lluvia. ¿De dónde le viene el tedio a este? Escucha esto de otro salmo. Pues también allí es su voz: "El tedio me detuvo, de los pecadores que abandonan tu ley" (Sal. CXVIII, 53). Por tanto, este dice que fue afectado por tal tedio de este tipo de mal, que su alma se negó a ser consolada. Casi lo había absorbido el tedio, y la tristeza lo había sumergido irreparablemente; se niega a ser consolado. ¿Qué quedaba entonces?

6. [vers. 4.] Primero observa de dónde viene el consuelo. ¿Acaso no había soportado quien también se había entristecido, y no había encontrado consuelo (Salmo LXVIII, 21)? ¿A dónde podría volverse en busca de consuelo, quien estaba abrumado por el tedio de los pecadores que abandonaban la ley de Dios? ¿A dónde podría volverse? ¿A cualquier hombre de Dios? Quizás ya había experimentado en muchos una gran tribulación, cuanto más había presumido de alguna alegría en ellos. Pues a veces los hombres justos parecen serlo, y se alegran con ellos; y es necesario alegrarse, porque la caridad sin alegría no puede existir: pero en aquellos en los que el hombre se ha alegrado, si por casualidad ocurre algo malo, como a menudo sucede, tanto como había allí de alegría, tanto se añade de tristeza; de modo que después el hombre teme soltar las riendas de la alegría, teme entregarse a la alegría, no sea que cuanto más se había alegrado, tanto más, si algo sucediera, se consuma. Golpeado, pues, por abundantes escándalos, como por muchas heridas, se cerró a la consolación humana, y negó consolar su alma. ¿Y de dónde viene la vida? ¿De dónde la respiración? Me acordé de Dios, y me deleité. No en vano habían trabajado las manos; habían encontrado un gran consolador. No descansando, me acordé de Dios, y me deleité. Por tanto, Dios debe ser alabado, de quien este se acordó y se deleitó, y fue consolado en cierta tristeza, y de algún modo recreado en una salvación desesperada: Dios debe ser alabado. Finalmente, porque fue consolado, dijo a continuación, Hablé. En esa consolación, al acordarse de Dios, se deleitó y habló. ¿Qué significa, habló? Me alegré, exulté hablando. Pues los que son llamados habladores, propiamente se les llama así, porque son verbosos, y con la alegría que se les acerca, ni pueden ni quieren callar. Así se volvió este. Y de nuevo, ¿qué dice? Y mi espíritu desfalleció.

7. [vers. 5.] Había languidecido por el tedio, al recordar a Dios se había deleitado, de nuevo al hablar había desfallecido; ¿qué sigue? Me anticiparon todas las vigili­as mis enemigos. Todos mis enemigos velaron sobre mí: velaron más que yo; velando me anticiparon. ¿Dónde no ponen trampas? ¿No anticiparon todas las vigili­as mis enemigos? ¿Quiénes son estos enemigos, sino aquellos de los que dice el Apóstol: No tenéis lucha contra carne y sangre; sino contra principados, y potestades, y gobernadores de las tinieblas de este mundo, contra las malicias espirituales en los lugares celestiales (Efesios VI, 12)? Por tanto, ejercemos enemistades contra el diablo y sus ángeles. Los llamó gobernadores del mundo, porque ellos gobiernan a los amantes del mundo: no gobiernan el mundo, como si fueran gobernadores del cielo y la tierra; sino que llama mundo a los pecadores. Y el mundo no lo conoció (Juan I, 10): tal mundo gobiernan ellos, que no conoce a Cristo. Contra estos tenemos enemistades perpetuas. Finalmente, cualquier enemistad que tengas contra un hombre, piensas en terminarla; ya sea por su satisfacción, si él te ha ofendido; ya sea por la tuya, si tú lo has ofendido; ya sea por la de ambos, si os habéis ofendido mutuamente; trabajas para satisfacer y concordar: pero con el diablo y sus ángeles no hay concordia. Ellos nos envidian el reino de los cielos. No pueden en absoluto ser amables con nosotros, porque me anticiparon todas las vigili­as mis enemigos. Ellos velaron más para engañar, que yo para protegerme: Me anticiparon todas las vigili­as mis enemigos. Pues, ¿cómo no anticiparon las vigili­as, quienes pusieron escándalos por todas partes, trampas por todas partes? Hay tedio en el corazón; se debe temer que la tristeza no lo absorba: en la alegría se debe temer que al hablar desfallezca tu espíritu: Me anticiparon todas las vigili­as mis enemigos. Finalmente, en esa misma locuacidad, mientras hablas, y hablas seguro, cuántas veces se encuentran cosas que los enemigos quieren retener y reprender, de las que quieren incluso acusar y calumniar: ¿Esto dijo, aquello sintió, esto habló? ¿Qué hará el hombre, sino lo que sigue? Me perturbé, y no hablé. Perturbado, pues, para que en su locuacidad los enemigos anticipando las vigili­as, no buscaran y encontraran calumnias, no habló. Sin embargo, este nunca dejaría de saltar en sí mismo: y si por casualidad cesó de la locuacidad, por la cual se le había insinuado agrada­r a los hombres con su discurso; no obstante, no desistió, no cesó de intentar y superar incluso esto mismo. ¿Y qué dice?

8. [vers. 6.] Pensé en los días antiguos. Ya este, como quien había sido golpeado externamente, se retiró hacia adentro, actúa en el secreto de su mente. Y que nos diga qué hace allí: Pensé en los días antiguos. Bien le va. Mirad lo que piensa, os lo ruego. Está dentro, piensa en los días antiguos. Nadie le dice, Hablaste mal; nadie le dice, Hablaste mucho; nadie le dice, Sentiste perversamente. Que le vaya bien consigo mismo, que Dios lo ayude: que piense en los días antiguos, y nos diga en su misma cámara interior qué hizo, a dónde llegó, qué superó, dónde permaneció: Pensé en los días antiguos, y me acordé de los años eternos. ¿Cuáles son los años eternos? ¡Gran pensamiento! Ved si este pensamiento quiere algo más que un gran silencio. Que descansa en su interior, lejos de todo ruido externo, de todo tumulto de las cosas humanas, quien quiere pensar en estos años eternos. ¿Acaso los años en los que estamos son eternos, o en los que estuvieron nuestros mayores, o en los que estarán nuestros descendientes? Lejos de ser considerados eternos. ¿Qué queda de estos años? He aquí que al hablar decimos, Este año; y ¿qué tenemos de este año, aparte de un día en el que estamos? Pues los días anteriores de este año ya pasaron, y no se retienen; los futuros aún no han llegado. Estamos en un solo día, y decimos, Este año: más bien di, Hoy, si quieres decir algo presente. Pues de todo el año, ¿qué presente tienes? Todo lo que de él ha pasado, ya no es; todo lo que de él será, aún no es: ¿cómo, Este año? Corrige la expresión: Hoy, di. Dices bien, Hoy, ya lo diré. De nuevo, observa esto, que hoy las horas de la mañana ya pasaron, las horas futuras aún no han llegado. Y esto también corrige: Esta hora, di. ¿Y de esta hora qué

tienes? Algunos momentos de ella ya pasaron; los que serán aún no han llegado. Este momento, di. ¿Qué momento? Mientras pronuncio las sílabas, si digo dos sílabas, una no suena, sino cuando la otra ha pasado: incluso una sola sílaba, si tiene dos letras, no suena la letra posterior sino cuando la anterior ha pasado. ¿Qué, pues, tenemos de estos años? Estos años son cambiantes: los años eternos deben ser pensados, años que permanecen, que no se completan con días que vienen y van; años de los que en otro lugar la Escritura dice a Dios: Pero tú eres el mismo, y tus años no fallarán (Salmo CI, 28). Estos años este los pensé, no en la locuacidad externa, sino en el silencio: Y me acordé de los años eternos.

9. [vers. 7.] Y medité en la noche con mi corazón. Nadie le busca calumnias en las palabras, meditó en su corazón. Hablé. He aquí que es eso de hablar. Observa de nuevo, no sea que desfallezca tu espíritu. No, dice: no hablaba así como fuera; ahora de otro modo. ¿Cómo ahora? Hablé, y escudriñé mi espíritu. Si este escudriñara la tierra, para encontrar vetas de oro, nadie diría que es insensato; más bien muchos dirían que es sabio, quien quisiera llegar al oro: ¿cuánto tiene el hombre dentro, y no excava? Este escudriñaba su espíritu, y con su mismo espíritu hablaba, y en esa locución hablaba. Se interrogaba a sí mismo, se examinaba a sí mismo, era juez en sí mismo. Y sigue: Escudriñé mi espíritu. Se debe temer que en su mismo espíritu permanezca: pues habló fuera; y porque anticiparon todas las vigiliassus enemigos, encontró allí tristeza, y desfalleció su espíritu. Quien hablaba fuera, he aquí que comenzó a hablar dentro seguro, donde solo en silencio piensa en los años eternos: Y escudriñé, dice, mi espíritu. Y aquí se debe temer que en su espíritu permanezca, y no sea transiliente. Ya, sin embargo, actúa mejor que actuaba fuera. Ha trascendido algo: y veamos de aquí a dónde. Pues este no cesa de ser transiliente, hasta que llegue al fin de donde tiene el título el Salmo: Hablé, dice, y escudriñé mi espíritu.

10. [vers. 8.] ¿Y qué encontraste? No rechazará Dios para siempre. Encontró tedio en esta vida; en ninguna parte consuelo fiel, en ninguna parte seguro. A cualquier hombre que miraba, encontraba escándalo en ellos, o temía. En ninguna parte, pues, seguro. Callar le era malo, no sea que callara de los bienes: hablar y hablar fuera le era molesto, no sea que anticipando las vigiliassus todos sus enemigos, buscaran calumnias en sus palabras. Angustiado en esta vida enormemente, pensó mucho en la otra vida, donde no haya esta tentación. ¿Y cuándo se llega allí? Pues no está claro que lo que aquí sufrimos es ira de Dios. Se dice esto en Isaías: No seré vengador en vosotros para siempre, ni me enojaré con vosotros por todo el tiempo. Y dice por qué: Pues el espíritu de mí procederá, y yo hice todo aliento. Por el pecado un poco lo contristé, y lo herí, y aparté mi rostro de él; y se fue triste, y anduvo sus caminos. ¿Qué, pues, esta ira de Dios será siempre? Esto no encontró este en el silencio. Pues ¿qué dice? No rechazará Dios para siempre; y no añadirá más que le plazca aún: es decir, que le plazca aún rechazar, y no añadirá rechazar para siempre. Es necesario que reciba a sus siervos, es necesario que reciba a los fugitivos que regresan al Señor, es necesario que escuche la voz de los encadenados: No rechazará Dios para siempre; y no añadirá más que le plazca aún.

11. [vers. 9, 10.] ¿O cortará para siempre su misericordia de generación en generación? ¿O se olvidará de tener misericordia Dios? En ti, de ti, en otro no hay misericordia, a menos que Dios te la conceda: ¿y Dios se olvidará de la misericordia? El arroyo corre: ¿se secará la fuente misma? ¿O se olvidará de tener misericordia Dios? ¿O contendrá en ira sus misericordias? es decir, ¿se enojará de tal manera que no tenga misericordia? Más fácilmente contendrá él la ira que la misericordia. Esto también había dicho por Isaías: No seré vengador en vosotros para siempre, ni me enojaré con vosotros por todo el tiempo. Esto también después de haber dicho, Se fue triste, y anduvo sus caminos. Sus caminos, dice, vi, y lo sané (Isaías LVII, 16-18). Esto cuando lo conoció este, trascendió y se deleitó en Dios, para que

donde estuviera, y en sus obras más hablara; no en su espíritu, no en lo que era, sino en aquel por quien fue hecho. Y de aquí, pues, trascendiendo, trascendió. Ved al transiliente, ved si permanece en algún lugar hasta que llegue a Dios.

12. [vers. 11.] Y dije. Ya transiliente de sí mismo, ¿qué dijo? Ahora comencé: cuando había excedido incluso de mí. Ahora comencé. Aquí ya no hay peligro alguno: pues incluso permanecer en mí mismo, fue peligroso. Y dije: Ahora comencé; este es el cambio de la diestra del Altísimo. Ahora comenzó a cambiarme el Altísimo; ahora comencé algo, donde estoy seguro, ahora entré en algún palacio de alegrías, donde no se teme a ningún enemigo, ahora comencé a estar en esa región, donde no anticipan las vigilias todos mis enemigos: Ahora comencé; este es el cambio de la diestra del Altísimo.

13. [vers. 12.] Me acordé de las obras del Señor. Ya vedlo pasear en las obras del Señor. Pues hablaba fuera, y entristecido desfalleció su espíritu: habló dentro con su corazón, y con su espíritu, y escudriñó su mismo espíritu, se acordó de los años eternos, se acordó de la misericordia del Señor, porque el Señor no rechazará para siempre; y comenzó ya en sus obras a alegrarse seguro, a exultar seguro. Escuchemos ya las mismas obras, y exultemos también nosotros: pero también nosotros transiliamos con afectos, y no nos alegremos de las cosas temporales. Pues tenemos también nosotros nuestro lecho. ¿Por qué no entramos allí? ¿Por qué no actuamos en silencio? ¿Por qué no escudriñamos nuestro espíritu? ¿Por qué no pensamos en los años eternos? ¿Por qué no nos alegramos en las obras de Dios? Así ahora escuchemos, y deleitémonos con él hablando, para que incluso cuando nos hayamos ido de aquí, hagamos lo que hacíamos mientras él hablaba; si es que hacemos lo que él mismo dijo: Ahora comencé. Alegrarse en las obras de Dios, es olvidarse incluso de ti, si puedes deleitarte solo en él. Pues ¿qué mejor que él? ¿No ves que cuando vuelves a ti, vuelves a algo peor? Me acordé de las obras del Señor: porque me acordaré desde el principio de tus maravillas.

14. [vers. 13.] Y meditaré en todas tus obras, y en tus afectos hablaré. He aquí el tercer hablar. Habló fuera, cuando desfalleció; habló en su espíritu dentro, cuando progresó; habló en las obras de Dios, cuando llegó a donde progresó. Y en tus afectos hablaré: no en mis afectos. ¿Quién vive sin afectos? ¿Y pensáis, hermanos, que quienes temen a Dios, cultivan a Dios, aman a Dios, no tienen afectos? Verdaderamente, ¿pensarás esto, y te atreverás a pensar que tiene afectos una pintura, un teatro, una caza, una pesca, y no tienen las obras de Dios? ¿Y no tiene la meditación de Dios ciertos afectos interiores, cuando se contempla el mundo, y se pone ante los ojos el espectáculo de la naturaleza de las cosas, y en ellas se busca al artífice, y se encuentra en ninguna parte desagradable, y sobre todo agradable?

15. [vers. 14.] Dios, en el Santo está tu camino. Ya observa las obras de misericordia de Dios hacia nosotros, de estas habla, y en estos afectos exulta. Primero comenzó de allí: En el Santo está tu camino. ¿Cuál es tu camino en el Santo? Yo soy, dice, el camino, la verdad, y la vida (Juan XIV, 6). Volved, pues, hombres, de vuestros afectos. ¿A dónde vais? ¿A dónde corréis? ¿A dónde no solo de Dios, sino también de vosotros huís? Volved, transgresores, al corazón (Isaías XLVI, 8), escudriñad vuestro espíritu, recordad los años eternos, encontrad la misericordia de Dios hacia vosotros, observad las obras de su misericordia: En el Santo está su camino. Hijos de los hombres, ¿hasta cuándo seréis pesados de corazón? ¿Qué buscáis en vuestros afectos? ¿Por qué amáis la vanidad, y buscáis la mentira? Y sabed que el Señor ha magnificado a su Santo (Salmo IV, 3, 4): En el Santo está tu camino. Atended, pues, a él, atended a Cristo; allí está su camino: Dios, en el Santo está tu camino. ¿Qué Dios es grande, como nuestro Dios? Las gentes tienen afectos hacia sus dioses, adoran ídolos; tienen ojos, y no ven; tienen oídos, y no oyen; tienen pies, y no caminan (Salmo CXIII, 5-7). ¿Por qué caminas hacia un dios que no camina? No, dice, eso no adoro. ¿Y qué adoras? ¿El numen que

está allí? Ciertamente adoras lo que en otro lugar se ha dicho: Porque los dioses de las naciones son demonios (Salmo XCV, 5). O adoras ídolos, o demonios. Ni ídolos, ni demonios, dice. ¿Y qué adoras? Estrellas, el sol, la luna, estas cosas celestiales. ¡Cuánto mejor quien hizo tanto las terrenales como las celestiales! ¿Qué Dios es grande, como nuestro Dios?

16. [vers. 15.] Tú eres Dios que haces maravillas solo. Tú verdaderamente gran Dios, haciendo maravillas en el cuerpo, en el alma, solo haciendo. Oyeron los sordos, vieron los ciegos, se fortalecieron los enfermos, resucitaron los muertos, se enderezaron los paralíticos. Pero esos milagros entonces en los cuerpos: veamos en el alma. Son sobrios, poco antes ebrios; son fieles, poco antes adoradores de ídolos; dan sus bienes a los pobres, quienes antes robaban los ajenos: ¿Qué Dios es grande, como nuestro Dios? Tú eres Dios que haces maravillas solo. Hizo también Moisés, pero no solo: hizo también Elías, hizo también Eliseo, hicieron también los Apóstoles; pero ninguno de ellos solo. Ellos para hacer, tú con ellos; tú cuando hiciste, ellos no contigo. Pues no estaban contigo cuando hiciste, cuando también a ellos los hiciste. Tú eres Dios que haces maravillas solo. ¿Cómo solo? ¿Acaso el Padre, y no el Hijo? ¿O el Hijo, y no el Padre? Más bien el Padre, y el Hijo, y el Espíritu Santo. Tú eres Dios que haces maravillas solo. Pues no tres dioses, sino un Dios hace maravillas solo, y en el mismo transiliente. Pues para que también transiliera, y llegara a estas cosas, fue un milagro de Dios: cuando dentro habló con su espíritu, para que transiliera incluso su mismo espíritu, y se deleitara en las obras de Dios, allí hizo maravillas. Pero ¿qué hizo Dios? Hiciste conocida en los pueblos tu virtud. De ahí esta congregación, Asaf transiliente, porque hizo conocida en los pueblos su virtud. ¿Qué virtud suya hizo conocida en los pueblos? Pero nosotros predicamos a Cristo crucificado: para los judíos ciertamente escándalo, para los gentiles necesidad; pero para los llamados judíos y griegos, Cristo, Poder de Dios, y Sabiduría de Dios (I Cor. I, 23, 24). Si, pues, el Poder de Dios es Cristo, hizo conocido a Cristo en los pueblos. ¿O aún no reconocemos esto? ¿Y así de insensatos somos, así yacemos abajo, así nada transilimos, que no vemos esto? Hiciste conocida en los pueblos tu virtud.

17. [vers. 16.] Redimiste con tu brazo a tu pueblo. Con tu brazo: es decir, con tu poder. ¿Y el brazo del Señor a quién se le ha revelado (Isaías LIII, 1)? Redimiste con tu brazo a tu pueblo, los hijos de Israel y José. ¿Cómo es que se menciona como si fueran dos pueblos, los hijos de Israel y José? ¿Acaso no están los hijos de José entre los hijos de Israel? Así es, ciertamente. Esto lo sabemos, lo leemos, lo proclama la Escritura, lo indica la verdad, ya que Israel, el mismo que Jacob, tuvo doce hijos, entre los cuales uno era José; y de los doce hijos de Israel, todos los que nacieron pertenecen al pueblo de Israel. ¿Cómo entonces dice: Los hijos de Israel y José? Algo aquí nos invita a distinguir. Examinemos nuestro espíritu: tal vez Dios ha puesto algo allí que debemos buscar incluso de noche con nuestras manos, para no ser engañados; tal vez también nosotros encontraremos en esta distinción a los hijos de Israel y José. Quiso que por José se entendiera otro pueblo; quiso que se entendiera el pueblo de los gentiles. ¿Por qué el pueblo de los gentiles por José? Porque José fue vendido a Egipto por sus hermanos (Gén. XXXVII, 28). Aquel José a quien sus hermanos envidiaron y vendieron a Egipto, vendido en Egipto, trabajó, fue humillado; reconocido, exaltado, floreció, gobernó. ¿Y qué significó todo esto? ¿Qué, sino a Cristo vendido por sus hermanos, expulsado de su tierra, como a Egipto de los gentiles? Allí primero humillado, cuando las persecuciones sufrían los mártires: ahora exaltado, como vemos; porque se ha cumplido en él, Todos los reyes de la tierra lo adorarán; todas las naciones le servirán (Salmo LXXI, 11). Por lo tanto, José es el pueblo de los gentiles; Israel, en cambio, es el pueblo de la nación hebrea. Dios redimió a su pueblo, los hijos de Israel y José. ¿Por medio de qué? Por la piedra angular, en la que se unieron dos paredes. (Efesios II, 14).

18. [vers. 17.] Y prosigue cómo: Te vieron las aguas, Dios. ¿Qué son las aguas? Los pueblos. ¿Cuáles son esas aguas? Se dice en el Apocalipsis; se responde, los pueblos: allí encontramos clarísimamente que las aguas se ponen en figura de los pueblos (Apoc. XVII, 15). Pero antes había dicho: Hiciste conocer tu poder entre los pueblos. Con razón, entonces, Te vieron las aguas, Dios; te vieron las aguas y temieron. Por eso cambiaron, porque temieron. Te vieron las aguas, Dios, y temieron, y se turbaron los abismos. ¿Qué son los abismos? Las profundidades de las aguas. ¿Quién no se turba entre los pueblos, cuando se golpea la conciencia? ¿Buscas la profundidad del mar, qué más profundo que la conciencia humana? Esa profundidad se turbó, cuando Dios redimió a su pueblo con su brazo. ¿Cómo se turbaron los abismos? Cuando todos confesaron sus conciencias: Y se turbaron los abismos.

19. [vers. 18.] Multitud de sonido de aguas. En las alabanzas de Dios, en las confesiones de los pecados, en los himnos y cánticos, en las oraciones, multitud de sonido de aguas. Dieron voz las nubes. De ahí este sonido de aguas, de ahí la perturbación de los abismos, porque dieron voz las nubes. ¿Qué nubes? Los predicadores de la palabra de la verdad. ¿Qué nubes? De las que Dios amenaza a cierta viña, que en lugar de uva produjo espinas, y dice: Mandaré a mis nubes que no lluevan sobre ella lluvia (Isaías V, 6). Finalmente, los Apóstoles, dejando a los judíos, fueron a los gentiles: en todas las naciones dieron voz las nubes; predicando a Cristo, dieron voz las nubes.

20. [vers. 19.] Porque tus saetas pasaron. A las mismas voces de las nubes las llamó nuevamente saetas. Pues las palabras de los evangelistas fueron saetas. Son similitudes. Porque propiamente ni la lluvia es saeta, ni la saeta es lluvia; pero la palabra de Dios es tanto saeta, porque hiere, como lluvia, porque riega. Nadie, pues, se asombre ya de la perturbación de los abismos, cuando tus saetas pasaron. ¿Qué significa, pasaron? No se quedaron en los oídos, sino que traspasaron los corazones. Voz de tu trueno en la rueda. ¿Qué es esto? ¿Cómo lo entenderemos? Que el Señor nos ayude. Voz de tu trueno en la rueda. Solíamos sospechar de niños, cuando oíamos truenos del cielo, como si vehículos salieran del establo: pues los truenos tienen una cierta conmoción similar a los vehículos. ¿Acaso volveremos a estas puerilidades para entender, Voz de tu trueno en la rueda; como si Dios tuviera algunos vehículos en las nubes, y el paso de los vehículos provocara ese estruendo? De ninguna manera. Esto es pueril, vano, fútil. ¿Qué es entonces, Voz de tu trueno en la rueda? Tu voz gira. Tampoco entiendo esto. ¿Qué haremos? Preguntamos al mismo Idithun, tal vez él explique lo que dijo: Voz, dice, de tu trueno en la rueda. No entiendo: escucharé lo que dices: Aparecieron tus relámpagos al mundo. Dime entonces: no lo había entendido. El mundo es la rueda: pues el circuito del mundo, con razón se llama orbe; de donde también una pequeña ruedecilla se llama orbículo. Voz de tu trueno en la rueda: aparecieron tus relámpagos al mundo. Esas nubes giraron alrededor del mundo; giraron tronando y relampagueando, conmovieron el abismo, tronaron con preceptos, relampaguearon con milagros: porque en toda la tierra salió su sonido, y hasta los confines del mundo sus palabras (Salmo XVIII, 5). Se conmovió, y temblorosa se hizo la tierra: es decir, todos los que habitan en la tierra. Por similitud, sin embargo, la misma tierra es. ¿Por qué? Porque todas las naciones se nombran con el nombre del mar, porque la vida humana es amarga, y está sujeta a tormentas y tempestades. Ya si consideras eso, que los hombres se devoran como peces, cuando el mayor absorbe al menor: esto es, pues, el mar; allí fueron los evangelistas.

21. [vers. 20.] En el mar está tu camino. Ya antes en el Santo está tu camino, ahora en el mar está tu camino, porque el mismo Santo en el mar, y con razón también caminó sobre las aguas del mar (Mateo XIV, 25). En el mar está tu camino: es decir, en los gentiles se predica tu Cristo. Pues en otro salmo se dice así: Dios tenga misericordia de nosotros, y nos bendiga;

ilumine su rostro sobre nosotros, para que conozcamos en la tierra tu camino. ¿Dónde en la tierra? En todas las naciones tu salvación (Salmo LXVI, 2, 3): esto es, En el mar está tu camino. Y tus sendas en muchas aguas: esto es, en muchos pueblos. Y tus huellas no serán conocidas. No sé a quiénes tocó, y es extraño si no también a los mismos judíos. He aquí que ya así se ha revelado a los gentiles la misericordia de Cristo, que en el mar está tu camino, y tus sendas en muchas aguas; y tus huellas no serán conocidas. ¿De dónde, por quiénes no serán conocidas, sino por aquellos que aún dicen: Aún no ha venido Cristo? ¿Por qué dicen: Aún no ha venido Cristo? Porque aún no reconocen al que camina sobre el mar.

22. [vers. 21.] Condujiste como ovejas a tu pueblo, en la mano de Moisés y Aarón. ¿Por qué añadió esto, es algo un tanto difícil de indagar? Ayúdenos, pues, con su atención, porque después de estos dos versos será el final, tanto del Salmo como del sermón; no sea que, pensando que queda algo, por temor al trabajo presten menos atención en el presente. Cuando dijo, En el mar está tu camino, que entendemos, en los gentiles; y tus sendas en muchas aguas, que entendemos, en muchos pueblos, añadió: Y tus huellas no serán conocidas. Y preguntábamos por quiénes no serían conocidas; y enseguida añadió, Condujiste como ovejas a tu pueblo, en la mano de Moisés y Aarón: es decir, por este pueblo tuyo que fue conducido en la mano de Moisés y Aarón, tus huellas no serán conocidas. ¿Por qué, entonces, se puso, sino para increpar y reprochar, En el mar está tu camino? ¿De dónde en el mar está tu camino, sino porque fue excluido de tu tierra? Expulsaron a Cristo, no quisieron que fuera su Salvador enfermo: pero él comenzó a estar entre los gentiles, y en todas las naciones, en muchos pueblos. También se salvaron los restos de aquel pueblo. Quedó fuera una multitud ingrata, y cojeando Jacob en el ancho del muslo (Gén. XXXII, 31). Pues el ancho del muslo se entiende en la multitud de la descendencia, y se hizo en la mayor parte de los israelitas una turba vana e insensata, que no reconociera las huellas de Cristo en las aguas. Condujiste como ovejas a tu pueblo, y no te conocieron. ¡Cuántos bienes hiciste con ellos! Dividiste el mar, los llevaste por tierra seca entre las aguas, cubriste con olas a los enemigos que los perseguían, en el desierto a los necesitados les lloviste maná, conduciéndolos en la mano de Moisés y Aarón; y te expulsaron de ellos, para que en el mar estuviera tu camino, y tus huellas no fueran conocidas.

EN EL SALMO LXXVII COMENTARIO.

1. [vers. 1.] Este salmo contiene lo que se narra que sucedió en el pueblo antiguo: pero el pueblo más reciente y posterior es advertido para que tenga cuidado de no ser ingrato a los beneficios de Dios, y no provoque su ira, de quien debe recibir obediente y fielmente la gracia: No sean, dice, como sus padres, generación perversa y amargante; generación que no dirigió su corazón, y no fue fiel con Dios su espíritu. Esta es, pues, la intención de este salmo, esta la utilidad, este el fruto más abundante. Pero aunque todo parece ser dicho y narrado de manera clara y abierta, primero nos mueve y nos hace atentos su título. Pues no en vano se inscribe, Intellectus Asaph; sino porque tal vez no lo que la superficie suena, sino algo interior busca un lector inteligente. Luego, al narrar y recordar todas estas cosas, que parecen necesitar más de un oyente que de un expositor, dice: Abriré mi boca en parábolas, hablaré de proposiciones desde el principio. ¿Quién no se despierta aquí del sueño? ¿Quién se atreve a leer de manera pasajera parábolas y proposiciones, que con sus nombres indican que deben ser investigadas más profundamente? Pues la parábola lleva consigo la semejanza de alguna cosa; aunque es un vocablo griego, ya se usa como latino. Y es conocido que en las parábolas, las semejanzas de las cosas se comparan con las cosas de las que se trata. Las proposiciones, en cambio, que en griego se llaman προβλήματα, son cuestiones que tienen algo que debe resolverse mediante discusión. ¿Quién, entonces, lee de manera transitoria las

parábolas y proposiciones? ¿Quién, al oírlas, no presta atención con vigilancia mental, para llegar a su fruto mediante la comprensión?

2. Escucha, dice, pueblo mío, mi ley. ¿A quién creemos aquí que habla sino a Dios? Pues él dio la ley a su pueblo, al que liberó de Egipto y congregó, congregación que propiamente se llama Sinagoga, que se interpreta como Asaf. ¿Acaso se dijo, Intellectus Asaph, porque Asaf entendió; o figuradamente se debe entender que la misma Sinagoga, es decir, el mismo pueblo entendió, a quien se le dice, Escucha, pueblo mío, mi ley? ¿Qué es, entonces, que increpa a ese mismo pueblo por medio del profeta, diciendo: Pero Israel no me conoció, y mi pueblo no entendió (Isaías I, 3)? Pero ciertamente había también en ese pueblo quienes entendían, teniendo la fe que después fue revelada, no perteneciente a la letra de la Ley, sino a la gracia del Espíritu. Pues no sin esa fe estuvieron, quienes pudieron prever y anunciar su futura revelación en Cristo; ya que aquellos antiguos sacramentos eran significativos de futuros. ¿O solo los profetas tenían esta fe, no también el pueblo? Más bien, también quienes escuchaban fielmente a los profetas eran ayudados por la misma gracia, para entender lo que escuchaban. Pero ciertamente el sacramento del reino de los cielos estaba velado en el Antiguo Testamento, que en la plenitud de los tiempos se revelaría en el Nuevo. «No quiero que ignoréis, hermanos», dice el Apóstol, «que nuestros padres todos estuvieron bajo la nube, y todos pasaron por el mar, y todos fueron bautizados en Moisés en la nube y en el mar, y todos comieron el mismo alimento espiritual, y todos bebieron la misma bebida espiritual: porque bebían de la roca espiritual que los seguía; y la roca era Cristo.» Así, el mismo alimento y bebida espiritual de ellos es el nuestro; pero en significado es el mismo, no en especie; porque el mismo Cristo estaba figurado para ellos en la roca, manifestado para nosotros en la carne. «Pero no», dice, «en todos ellos se complació Dios (I Cor. X, 1-5). Todos» ciertamente «comieron el mismo alimento espiritual, y bebieron la misma bebida espiritual», es decir, algo que significaba espiritual; «pero no en todos ellos se complació Dios.» Cuando dice, «No en todos», entonces había allí algunos en quienes Dios se complació; y aunque todos compartían los mismos sacramentos, no todos compartían la gracia, que es la virtud de los sacramentos. Así como ahora, ya revelada la fe que entonces estaba velada, todos los bautizados en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo (Mateo XXVIII, 19), comparten el lavacro de regeneración; pero la misma gracia de la que son sacramentos, por la cual los miembros del cuerpo de Cristo son regenerados con su cabeza, no es común a todos. Pues también los herejes tienen el mismo Bautismo, y los falsos hermanos en la comunión del nombre católico. Por tanto, aquí se dice correctamente: Pero no en todos ellos se complació Dios.

3. Sin embargo, ni entonces ni ahora es infructuosa la voz que dice: Escucha, pueblo mío, mi ley. Esta expresión es conocida en todas las escrituras, porque no dice, Escucha; sino, Escuchad. Pues el pueblo se compone de muchos; a esos muchos lo que sigue se les dice en plural: Inclínad vuestro oído a las palabras de mi boca. Lo que es, Escucha; esto es, Inclínad vuestro oído: y lo que allí dice, mi ley; aquí dice, las palabras de mi boca. Pues aquel que atiende piadosamente la ley de Dios y las palabras de su boca, inclina su oído con humildad; no quien levanta su cuello con soberbia. Porque lo que se infunde, se recibe en el hueco de la humildad, se expulsa por la eminencia del orgullo. De donde en otro lugar: Inclina, dice, tu oído, y recibe las palabras del entendimiento (Prov. XXII, 17). Así, hemos sido suficientemente advertidos de recibir también este salmo de este intelecto de Asaf (porque está puesto en el título en caso genitivo, de este intelecto; no, este intelecto) con el oído inclinado, es decir, con humilde piedad. Ni se dijo, de Asaf; sino, a Asaf: lo que aparece en el artículo griego, y se encuentra en algunos códices latinos. Las palabras, por tanto, son de entendimiento, es decir, de la inteligencia que se dio a Asaf; lo que no es a un solo hombre,

sino que mejor entendemos a la congregación del pueblo de Dios, de la cual no debemos alejarnos. Aunque propiamente se diga, Sinagoga de los judíos, y en cambio Iglesia de los cristianos; porque congregación se entiende más de rebaños, y convocatoria más de hombres: sin embargo, también aquella se encuentra llamada Iglesia, y tal vez más nos conviene decir, Sálvanos, Señor Dios nuestro, y reúnenos de entre las naciones, para que confesemos tu santo nombre (Salmo CV, 47). Ni debemos desdeñar, más bien dar gracias inefables, que somos ovejas de sus manos, que preveía cuando decía, Tengo otras ovejas que no son de este redil; es necesario que también a ellas las traiga, para que haya un solo rebaño y un solo pastor (Juan X, 16): uniendo ciertamente al pueblo fiel de los gentiles con el pueblo fiel de los israelitas, de los cuales antes había dicho, No he sido enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel (Mateo XV, 24). Pues también se congregarán ante él todas las naciones, y separará a unos de otros como el pastor separa las ovejas de los cabritos (Id. XXV, 32). Así, pues, escuchemos lo que se dijo, Escucha, pueblo mío, mi ley, inclina tu oído a las palabras de mi boca, no como a los judíos, sino más bien como a nosotros, o ciertamente también a nosotros se nos diga esto. Pues cuando el Apóstol dijo, Pero no en todos ellos se complació Dios, así mostrando que también había allí aquellos en quienes Dios se complació; inmediatamente añadió, «Porque fueron postrados en el desierto:» luego añadió, «Estas cosas fueron figuras nuestras, para que no seamos codiciosos de lo malo, como ellos codiciaron: ni idólatras, como algunos de ellos; como está escrito, Se sentó el pueblo a comer y a beber, y se levantaron a jugar. Ni forniquemos, como algunos de ellos fornicaron, y cayeron en un día veintitrés mil. Ni tentemos a Cristo, como algunos de ellos tentaron, y perecieron por las serpientes. Ni murmuréis, como algunos de ellos murmuraron, y perecieron por el exterminador. Todas estas cosas les acontecieron en figura: y están escritas para nuestra corrección, a quienes ha llegado el fin de los siglos» (I Cor. X, 5-11). Por tanto, más bien a nosotros se nos cantaron estas cosas. De donde en este salmo entre otras cosas se dijo: Para que lo conozca la generación venidera, los hijos que nacerán y se levantarán. Además, si aquella destrucción por las serpientes, y aquella perdición por el exterminador, y la matanza por la espada, fueron figuras, como claramente dice el Apóstol, cuando es manifiesto que todas esas cosas sucedieron; pues no dice, En figura se decían, o, En figura están escritas; sino, En figura, dice, les acontecían: ¡cuánto más diligentemente deben evitarse las penas de las cuales aquellas fueron figuras! Sin duda, así como en las cosas buenas hay mucho más bien en lo que se significa por la figura, que en la misma figura; así también en las malas, sin duda son mucho peores las que se significan por las figuras, cuando tan malas son incluso las figuras significantes. Pues así como la tierra de promisión, a donde aquel pueblo era conducido, en comparación con el reino de los cielos, a donde el pueblo cristiano es conducido, no es nada: así también aquellas penas que fueron figuras, siendo tan atroces, en comparación con las penas que significan no son nada. ¿Qué figuras dijo el Apóstol, esas dice este salmo, tanto como podemos suponer, parábolas y proposiciones: no teniendo su fin en lo que sucedió; sino en aquellas cosas a las que se refieren con razonable comparación. Atendamos, pues, a la ley de Dios, pueblo suyo, e inclinemos nuestro oído a las palabras de su boca.

4. [vers. 2.] Dijo: Abriré mi boca en parábolas; hablaré de proposiciones desde el principio. Desde qué principio lo dice, se hace bastante claro en lo que sigue. No desde que se hizo el cielo y la tierra, ni desde que se creó la humanidad en el primer hombre; sino desde que la congregación del pueblo fue sacada de Egipto: para que el sentido se refiera a Asaf, que se interpreta como Congregación. Pero ojalá que quien dijo, Abriré mi boca en parábolas, también se digne abrir nuestro entendimiento en ellas. Pues si así como abrió su boca en parábolas, también abriera las mismas parábolas; y así como habla de proposiciones, también

hablara de sus exposiciones; no estaríamos aquí en angustia: ahora bien, todo está tan cubierto y cerrado, que aunque con su ayuda podamos llegar a algo de donde nos alimentemos saludablemente, sin embargo, comemos el pan con el sudor de nuestro rostro (Gén. III, 19); y pagamos la pena de la antigua definición, no solo con el trabajo del cuerpo, sino también del corazón. Que hable, pues, y escuchemos las parábolas y proposiciones.

5. [vers. 3.] Cuántas cosas hemos oído y conocido, y nuestros padres nos las contaron. El Señor hablaba anteriormente. Pues ¿de quién más serían las palabras, Crean, pueblo mío, mi ley? ¿Qué es, entonces, que ahora de repente habla un hombre? Ya son palabras de hombre: Cuántas cosas hemos oído y conocido, y nuestros padres nos las contaron. Sin duda, ya Dios va a hablar a través del ministerio del hombre, como dice el Apóstol, ¿O queréis recibir prueba de que Cristo habla en mí? (II Cor. XIII, 3). Primero quiso que las palabras se hicieran desde su persona, para que el hombre que habla sus palabras no fuera despreciado como hombre. Así son las locuciones de Dios, que se nos insinúan a través del sentido de nuestro cuerpo. El Creador mueve la criatura sometida con obra invisible; su sustancia no se convierte en algo corporal y temporal, para que con signos corporales y temporales, ya sean para los ojos o para los oídos, según lo que los hombres puedan captar, haga conocer su voluntad. Pues si el ángel puede usar el éter, el aire, la nube, el fuego, y cualquier otra naturaleza o especie corporal; y el hombre con el rostro, la lengua, la mano, el cálamo, las letras, y otras cosas significativas para indicar los secretos de su mente; finalmente, siendo hombre, envía mensajeros humanos, y dice a uno, Ve, y va; y a otro, Ven, y viene; y a su siervo, Haz esto, y lo hace (Luc. VII, 8): con cuánta mayor y más eficaz potestad Dios, a quien todo está sujeto, usa tanto al ángel como al hombre, para anunciar lo que le place. Aunque ya el hombre diga, Cuántas cosas hemos oído y conocido, y nuestros padres nos las contaron; sin embargo, escuchemos como palabras de Dios, no como fábulas humanas. Por esto se ha dicho antes, Crean, pueblo mío, mi ley, inclinen su oído a las palabras de mi boca. Abriré mi boca en parábolas, hablaré de proposiciones desde el principio. Cuántas cosas, pues, hemos oído, dice, y conocido, y nuestros padres nos las contaron. Así es, hemos oído y conocido; como, Oye, hija, y ve (Sal. XLIV, 11). Pues se oyeron en el Antiguo Testamento las cosas que se conocen en el Nuevo; se oyeron cuando se profetizaban, se conocieron cuando se cumplían. Donde se devuelve la promesa, no se defrauda la audición. Y nuestros padres, Moisés y los Profetas, nos las contaron.

6. [vers. 4.] No están ocultas a sus hijos, en la generación siguiente. Esta es nuestra generación, en la que se nos ha dado la regeneración. Anunciando las alabanzas del Señor, y sus poderes, y sus maravillas que hizo. El orden de las palabras es, Y nuestros padres nos las contaron, anunciando las alabanzas del Señor. Se alaba al Señor para que sea amado: ¿qué se ama más saludablemente?

7. [vers. 5-8.] Y levantó Testimonio en Jacob, y puso Ley en Israel. Este es el principio del que se dijo antes, Hablaré de proposiciones desde el principio. El principio es, pues, el Antiguo Testamento, el fin el Nuevo. Pues el temor prevalece en la Ley: y el principio de la sabiduría es el temor del Señor (Sal. CX, 10). Pero el fin de la Ley es Cristo, para justicia a todo creyente (Rom. X, 4): quien, al dar, difunde la caridad en nuestros corazones, por el Espíritu Santo que nos ha sido dado (Id. V, 5); y la caridad consumada echa fuera el temor (I Juan IV, 18), porque ahora sin la Ley se ha manifestado la justicia de Dios. Pero porque tiene testimonio de la Ley y los Profetas (Rom. III, 21), por eso levantó Testimonio en Jacob, y puso Ley en Israel. Pues también aquello que con tan insigne y pleno de tantos significados obra se constituyó el tabernáculo, se llama tabernáculo del Testimonio (Éxod. XL, 2), en el que había un velo contra el arca de la Ley, como un velo contra el rostro del ministro de la Ley; porque en esa dispensación había parábolas y proposiciones. Pues las cosas que se

predicaban y hacían, se guardaban con significados velados, y no se veían con manifestaciones reveladas. Pero cuando pases a Cristo, dice el Apóstol, se quitará el velo (II Cor. III, 13, 16). Pues todas las promesas de Dios, en él son Sí, Amén (Ibid. I, 20). Cualquiera que, por tanto, se adhiere a Cristo, tiene todo el bien que incluso en las letras de la Ley no entiende; pero quien está ajeno a Cristo, ni entiende, ni tiene. Levantó, pues, Testimonio en Jacob, y puso Ley en Israel. Repite a su manera. Pues lo que es, Levantó Testimonio; es, Puso Ley: y lo que es, en Jacob; es, en Israel. Pues así como estos dos nombres son de un solo hombre, así Ley y Testimonio son dos nombres de una sola cosa. Hay alguna diferencia, dice alguien, entre levantó y puso. Así es; como también hay diferencia entre Jacob e Israel: no porque fueran dos hombres, sino que estos dos nombres se impusieron al mismo hombre por diferentes causas; Jacob por la suplantación, porque al nacer sostuvo el talón de su hermano; Israel por la visión de Dios (Gén. XXV, 25, y XXXII, 28). Así, una cosa es, levantó, otra puso. Pues, levantó Testimonio, según creo, se dijo porque algo fue levantado por él. Pues sin la Ley, dice el Apóstol, el pecado estaba muerto. Yo vivía alguna vez sin la Ley: pero al venir el mandamiento, el pecado revivió. He aquí lo que fue levantado por el Testimonio que es la Ley, para que aparezca lo que estaba oculto, como dice poco después: Pero el pecado, para que aparezca pecado, por el bien me produjo la muerte (Rom. VII, 8, 9, 13). Pero puso Ley, se dijo, como un yugo para los pecadores: de donde se dice, Porque la ley no está puesta para el justo (I Tim. I, 9). Es, pues, Testimonio, en cuanto prueba algo; Ley, en cuanto manda; siendo una y la misma cosa. Por tanto, así como Cristo es la piedra; pero para los creyentes en la cabeza del ángulo (Sal. CXVII, 22), para los no creyentes, piedra de tropiezo y roca de escándalo; así el Testimonio de la Ley para aquellos que no usan legítimamente de la Ley. Es Testimonio por el cual se convence a los pecadores de ser castigados; para aquellos que usan legítimamente de ella, es Testimonio por el cual se demuestra a quién deben acudir los pecadores para ser liberados. Pues en su gracia está la justicia de Dios, teniendo testimonio de la Ley y los Profetas, por la cual se justifica al impío: que algunos ignorando, y queriendo establecer la suya propia, no se han sometido a la justicia de Dios (Rom. X, 3).

8. "Cuántas," dice, "mandó a nuestros padres hacerlas conocer a sus hijos: para que la generación siguiente las conozca, los hijos que nacerán y se levantarán, y las cuenten a sus hijos; para que pongan su esperanza en Dios, y no olviden las obras de Dios, y busquen sus mandamientos. Para que no sean como sus padres, generación perversa y amargante; generación que no dirigió su corazón, y no fue creído con Dios su espíritu." Estas palabras indican dos pueblos de alguna manera; uno perteneciente al Antiguo, otro al Nuevo Testamento: pues lo que dice, Cuántas mandó a nuestros padres hacerlas conocer a sus hijos, dijo que recibieron mandatos, hacerlas conocer a sus hijos, pero no las reconocieron ni hicieron; sino que las recibieron para que la generación siguiente las conozca, lo que aquella no conoció. Los hijos que nacerán y se levantarán. Pues aquellos que nacieron, no se levantaron, porque no tuvieron el corazón en alto, sino más bien en la tierra. Pues con Cristo se resucita: de donde se dijo, Si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba (Colos. III, 1). Y cuenten, dice, a sus hijos, para que pongan su esperanza en Dios. Pues así los justos no quieren establecer su propia justicia, sino que revelan su camino a Dios, y esperan en él, para que él lo haga (Sal. XXXVI, 5). Y no olviden las obras de Dios: magnificando y jactándose de sus obras, como si ellos las hicieran; cuando es Dios quien obra en ellos que obran bien, tanto el querer como el hacer, por su buena voluntad (Filip. II, 13). Y busquen sus mandamientos. ¿Cómo los buscarán si ya los han aprendido? Pues dice, Cuántas mandó a nuestros padres hacerlas conocer a sus hijos, para que la generación siguiente las conozca. ¿Qué conozca? Sin duda los mandamientos que mandó. ¿Cómo, entonces, aún los buscarán, sino porque al poner su esperanza en Dios, entonces buscarán sus mandamientos,

para que con su ayuda los cumplan? Para que no sean como sus padres, generación perversa y amargante; generación que no dirigió su corazón. Y dice por qué, añadiendo inmediatamente, Y no fue creído con Dios su espíritu: es decir, porque no tenía fe, que obtiene lo que la Ley manda. Pues cuando el espíritu del hombre coopera con el Espíritu de Dios que obra, entonces se cumple lo que Dios ordenó; y esto no sucede, sino creyendo en aquel que justifica al impío (Rom. IV, 5). Esta fe no la tuvo la generación perversa y amargante; y por eso se dijo de ella: No fue creído con Dios su espíritu. Pues esto se dijo mucho más expresamente, para significar la gracia de Dios, que no solo obra la remisión de los pecados, sino que también hace que el espíritu del hombre coopere con ella en la obra de las buenas acciones; como si dijera, No creyó a Dios su espíritu. Esto es tener con Dios un espíritu creído, no creer que su espíritu puede hacer justicia sin Dios, sino con Dios. Esto es también creer en Dios; lo cual ciertamente es más que creer a Dios. Pues a cualquier hombre a menudo se le debe creer, aunque no se deba creer en él. Esto es, pues, creer en Dios, adhiriéndose por la fe para cooperar bien con el Dios que obra bien: Porque sin mí, dice, nada podéis hacer (Juan XV, 5). ¿Qué más pudo decir el Apóstol sobre esto, que lo que dijo: Pero el que se adhiere al Señor, es un solo espíritu (I Cor. VI, 17). De lo contrario, esa ley es un testimonio por el cual se condena, no por el cual se absuelve al culpable. Pues la letra es amenazante, que convence a los transgresores; no el espíritu que ayuda, que libera y justifica a los pecadores. Por tanto, aquella generación, cuyo ejemplo debe evitarse, fue perversa y amargante, porque no fue creído con Dios su espíritu: pues aunque creyó algunas cosas a Dios, no creyó en Dios; no se adhirió a Dios por la fe, para cooperar bien con Dios que obra en ella.

9. [vers. 9.] Finalmente, Los hijos de Efraín, armados y lanzando arcos, se volvieron en el día de la batalla. Persiguiendo la Ley de justicia, no llegaron a la Ley de justicia (Rom. IX, 31). ¿Por qué? Porque no por fe. Era una generación cuyo espíritu no fue creído con Dios: sino como si fuera por obras; porque no como tensaron y lanzaron arcos (lo que aparece externamente, como en las obras de la Ley), así dirigieron también el corazón, donde el justo vive por la fe (Id. I, 17), que obra por el amor (Gal. V, 6), que se adhiere a Dios, quien obra en el hombre, tanto el querer como el hacer, por su buena voluntad (Filip. II, 13). Pues ¿qué es otra cosa tensar el arco, y lanzar, y volverse en el día de la batalla, sino atender y prometer en el día de la audición, y abandonar en el día de la tentación; jugar con las armas, y en la hora del combate no querer luchar? Ciertamente, dijo, tensando y lanzando arcos; cuando parece que debió decir, tensando arcos, y lanzando flechas; pues no se lanza el arco, sino que algo se lanza desde el arco: o es aquella locución de la que discutimos anteriormente, donde se dijo, Levantó Testimonio, porque levantó algo con el Testimonio; así también aquí, lanzando arcos, porque lanzaron algo con los arcos: o es un orden oscuro de palabras, con omisión del verbo, que también debe entenderse tácitamente, para que este sea el orden, Los hijos de Efraín tensando arcos, y lanzando, y se subentienda, Flechas; y sea más completo, Tensando arcos, y lanzando flechas: porque incluso si dijera, Tensando, y lanzando flechas, no deberíamos entender, Tensando flechas; sino que al oír lo que dijo, Tensando, deberíamos subentender más bien, Arco, aunque no se haya dicho. Algunos códices griegos ciertamente se dice que tienen, tensando y lanzando con arcos, para que sin duda subentendamos Flechas. Pero lo que quiso significar por los hijos de Efraín a toda aquella generación amargante, es una locución que significa el todo por una parte. Y por eso tal vez se eligió esta parte, de la cual se significara todo aquel pueblo, porque de ellos principalmente se esperaba algo bueno; porque de ellos nacieron, a quienes Jacob, aunque su nieto estaba colocado a la izquierda por su padre como menor, sin embargo, lo bendijo con la mano derecha, y lo prefirió al hermano mayor con una bendición arcana (Gén. XLVIII, 14); para que al mostrar que esta tribu es culpada aquí, y no apareció en ella lo que aquella bendición prometía, entendamos

suficientemente que incluso entonces, por las palabras del patriarca Jacob, se figuraba algo muy diferente de lo que la prudencia de la carne espera. Pues se figuraba que los últimos serían los primeros, y los primeros serían los últimos (Mat. XX, 16), por la venida del Salvador, de quien se dijo: El que viene después de mí, ha sido hecho antes que yo (Juan I, 27). Así Abel justo fue preferido a su hermano mayor (Gén. IV, 4, 5), así Ismael a Isaac (Id. XXI, 12), así Esaú a su gemelo, pero nacido primero, el mismo Jacob (Id. XXV, 23); así Fares y él mismo a su gemelo, que primero sacó la mano del útero, y comenzó a nacer, incluso al nacer lo precedió (Id. XXVIII, 27-29); así David fue preferido a sus hermanos mayores (I Reg. XVI, 12): y por lo que todas estas y otras parábolas similares, no solo de palabras, sino también de hechos, precedieron, así el pueblo judío fue preferido al pueblo cristiano, por el cual para redimir, como Abel por Caín (Gén. IV, 8), así por los judíos fue muerto Cristo. Esto fue prefigurado también cuando Jacob, extendiendo las manos en cruz, tocó con la derecha a Efraín colocado a la izquierda; y lo prefirió a Manasés colocado a la derecha, a quien tocaba con la izquierda. Pues según la carne, los hijos de Efraín, armados y lanzando arcos, se volvieron en el día de la batalla.

10. [vers. 10.] ¿Qué significa lo que dice, "Se volvieron en el día de la batalla"? Las siguientes palabras lo explican claramente: "No guardaron", dice, "el pacto de Dios, y no quisieron andar en su ley". He aquí lo que significa "Se volvieron en el día de la batalla": no observaron el pacto de Dios. Donde, al tensar y disparar el arco, también pronunciaron las palabras de la promesa más pronta, diciendo: "Todo lo que el Señor nuestro Dios ha dicho, haremos y escucharemos" (Éxodo XIX, 8). Se volvieron en el día de la batalla porque la promesa de obediencia no se prueba por la escucha, sino por la tentación. Pero aquel cuyo espíritu está confiado a Dios, mantiene fiel a Dios, quien no permitirá que sea tentado más allá de lo que puede; sino que hará con la tentación también la salida, para que pueda soportar (I Cor. X, 13), para que no se vuelva en el día de la batalla. Pero quien se gloria en sí mismo, no en Dios (Ibid. I, 31), por mucho que alardee de la promesa de su virtud, como tensando y disparando el arco, se vuelve en el día de la batalla. Porque su espíritu no está confiado a Dios, tampoco está con él el Espíritu de Dios; y, como está escrito, "Porque no creyó, por eso no será protegido" (Ecli. II, 15). Y cuando dijo, "No guardaron el pacto de Dios", añadió y dijo, "Y no quisieron andar en su ley"; es una repetición de la sentencia anterior, con cierta explicación: esto llamó "su ley", lo que antes había dicho "pacto de Dios"; para que lo que se dijo, "no guardaron", se entienda repetido en "no quisieron andar". Pero aunque podría haberse dicho más brevemente, "Y no anduvieron en su ley", parece que quiso que buscáramos algo en esta palabra, que prefirió decir "no quisieron andar", en lugar de "no anduvieron". Pues podría pensarse que la ley de las obras es suficiente para la justificación, cuando lo que se ordena se hace externamente por aquellos hombres que preferirían que no se les ordenara lo que no hacen de corazón, y sin embargo lo hacen; y por esto parecen andar en la ley de Dios, pero no quieren andar: pues no lo hacen de corazón. De corazón, sin embargo, no puede hacerse lo que se hace por temor al castigo, no por amor a la justicia. Porque en cuanto a los hechos que se realizan externamente: tanto los que temen el castigo como los que aman la justicia no roban; y por eso son iguales en la mano, desiguales en el corazón; iguales en la obra, desiguales en la voluntad. Por eso fueron señalados así: "Generación", dice, "que no dirigió su corazón". No se dijo, obras: sino, "corazón". Pues con el corazón dirigido, las obras son rectas: pero cuando el corazón no está dirigido, las obras no son rectas, aunque lo parezcan. Y de dónde la generación perversa no dirigió su corazón, lo aclaró suficientemente cuando dijo: "Y no está confiado a Dios su espíritu". Pues Dios es recto: y por eso, adhiriéndose a Él como a una regla inmutable, puede hacerse recto lo que en sí mismo fue un corazón perverso del hombre. Para que el corazón esté con Él, y por esto pueda ser recto, se

accede a Él, no con el pie, sino con la fe. Por eso se dice también en la Epístola a los Hebreos de esa misma generación perversa y amargante: "No les aprovechó la palabra oída, no mezclada con fe en los que escucharon" (Hebr. IV, 2). Por tanto, la voluntad que está en el corazón recto, es preparada por el Señor, precedida por la fe, por la cual se accede a Dios recto, para que el corazón sea recto. Esta fe, precedida y llamada por la misericordia de Dios, se suscita por la obediencia; y comienza a acercar el corazón a Dios, para que sea dirigido; y cuanto más y más se dirige, tanto más ve lo que no veía, y puede lo que no podía. Esto no lo había hecho Simón, a quien el apóstol Pedro dijo: "No tienes parte ni suerte en esta fe; porque tu corazón no es recto con Dios" (Hech. VIII, 21). Pues allí mostró que no puede ser recto sin Dios, para que los hombres comiencen, no como siervos bajo la ley andando con temor, sino en la ley como hijos queriendo, en la cual no quisieron andar, y bajo la cual quedaron culpables. Esta voluntad no la tiene el temor, sino la caridad, que se derrama en los corazones de los creyentes por el Espíritu Santo (Rom. V, 5). A quienes se les dice: "Por gracia sois salvos por la fe, y esto no de vosotros, sino que es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe. Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, que Dios preparó para que andemos en ellas" (Efes. II, 8-10). No como estos, que "no quisieron andar en su ley", no creyendo en Él, ni revelando su camino hacia Él y esperando en Él, para que Él lo hiciera.

11. [vers. 11, 12.] Y se olvidaron de sus beneficios, y de sus maravillas que les mostró, ante sus padres que hizo maravillas. Qué significa esto, no es una cuestión que deba ser descuidada. De esos mismos padres decía poco antes que habían sido una generación perversa y amargante. "No sean", dice, "como sus padres, generación perversa y amargante; generación que no dirigió su corazón", y las demás cosas que aún se dicen de esa generación, cuya imitación de ese modo ordena evitar a otra generación, "para que pongan su esperanza en Dios, y no se olviden de las obras de Dios, y busquen sus mandamientos": de los cuales ya hemos discutido lo que parecía suficiente. ¿Qué significa, entonces, cuando habla de esa generación perversa, cómo se olvidaron de los beneficios de Dios, y de sus maravillas que les mostró, que añadió y dice: "Ante sus padres que hizo maravillas"? ¿A qué padres, si estos mismos son los padres, de quienes no quiere que sus descendientes sean semejantes? Si tomamos a aquellos de quienes estos nacieron, como Abraham, Isaac y Jacob; ya habían dormido hace mucho tiempo, cuando Dios mostró maravillas en Egipto. Pues sigue diciendo, "En la tierra de Egipto, en el campo de Tanis": donde dice que Dios mostró maravillas a estos ante sus padres. ¿O acaso estaban presentes en espíritu, porque de ellos el Señor en el Evangelio dice: "Porque todos ellos viven" (Luc. XX, 38)? ¿O más adecuadamente tomamos a los padres, Moisés, y Aarón, y otros ancianos que se mencionan en la misma Escritura que también recibieron el espíritu, del cual había recibido Moisés, para que lo ayudaran a gobernar y soportar al mismo pueblo (Núm. XI, 16, 17)? ¿Por qué no habrían de ser llamados padres? No como Dios Padre, que es uno y regenera con su Espíritu a quienes hace hijos para la herencia eterna; sino por honor, debido a la edad y al cuidado de la piedad: como el anciano Pablo dice, "No para avergonzaros, escribo estas cosas; sino para amonestaros como a mis hijos amados"; aunque sabía ciertamente que el Señor había dicho, "No llaméis padre a nadie en la tierra; porque uno es vuestro Padre, Dios" (Mat. XXIII, 9). Esto no se dijo para que este vocablo de honor humano fuera eliminado de la costumbre de hablar; sino para que la gracia de Dios, por la cual somos regenerados para la vida eterna, no se atribuyera a la naturaleza, o al poder, o incluso a la santidad de algún hombre. Por eso, cuando decía, "Yo os engendré": predijo, "En Cristo", y "por el Evangelio" (I Cor. IV, 14, 15); para que no se pensara que era suyo lo que es de Dios.

12. Por lo tanto, esa generación perversa y amargante, se olvidaron de los beneficios de Dios, y de sus maravillas que les mostró, ante sus padres que hizo maravillas en la tierra de Egipto, en el campo de Tanis. Y comienza a relatar las mismas maravillas. Si son parábolas y proposiciones, ciertamente deben referirse comparativamente a algo. Y no debemos apartar el ojo de la intención de lo que el mismo salmo pretende mostrar, que este es el fruto de todo lo que se dice, y por qué se nos ha advertido escuchar esto con atención, diciendo Dios, "Escucha, pueblo mío, mi ley; inclina tu oído a las palabras de mi boca"; para que pongamos nuestra esperanza en Dios, y no nos olvidemos de las obras de Dios, y busquemos sus mandamientos; para que no seamos como aquellos padres, generación perversa y amargante; generación que no dirigió su corazón, y no está confiado a Dios su espíritu. Por lo tanto, todo debe referirse a esto, y por lo tanto, cualquier cosa que estas acciones figuradas signifiquen, así pueden hacerse espiritualmente en el hombre; ya sea por la gracia de Dios, si son buenas; o por el juicio de Dios, si son malas: como aquellas cosas buenas se hicieron en los israelitas, o malas, tanto en ellos como en sus enemigos. Si no nos olvidamos de ellas, sino que ponemos nuestra esperanza en Dios, y no somos ingratos a su gracia; y le tememos, no con temor servil, que solo teme los males corporales, sino con temor casto que permanece por los siglos de los siglos, que juzga que es un gran castigo ser privado de la luz de la justicia; no seremos, como aquellos padres, generación perversa y amargante. Por lo tanto, la tierra de Egipto debe entenderse en figura de este mundo. El campo de Tanis es la llanura del mandamiento humilde. Pues Tanis se interpreta como mandamiento humilde. En este mundo, por lo tanto, recibamos el mandamiento de la humildad, para que en el otro mundo merezcamos recibir la exaltación que prometió quien por nosotros aquí se hizo humilde.

13. [vers. 13-16.] Pues quien "rompió el mar, y los hizo pasar, puso las aguas como en odres", para que así se mantuviera la ola como si estuviera encerrada, puede por su gracia contener los fluidos y deslizantes deseos carnales, cuando se renuncia a este mundo, para que, como a enemigos, destruidos todos los pecados, el pueblo fiel sea llevado a través del sacramento del Bautismo. Quien "los condujo en la nube de día, y toda la noche en la iluminación del fuego", puede también dirigir espiritualmente los caminos, si la fe clama a Él: "Dirige mis caminos según tu palabra" (Sal. CXVIII, 133). De quien en otro lugar se dice, "Él enderezará tus caminos, y llevará tus caminos en paz" (Prov. IV, 27): por Jesucristo nuestro Señor, cuyo sacramento en este mundo, como en el día, se manifestó en la carne, como en la nube; pero en el juicio, como en el terror nocturno, porque entonces habrá gran tribulación en el mundo como fuego, y brillará para los justos, y arderá para los injustos. Quien "rompió la roca en el desierto, y los dio de beber como en un abismo grande; y sacó agua de la roca, y condujo como ríos las aguas", puede ciertamente infundir a la fe sedienta el don del Espíritu Santo, que aquella acción realizada espiritualmente significaba, de la roca espiritual que seguía, que es Cristo (I Cor. X, 4): quien estaba de pie y clamaba, "Si alguno tiene sed, venga a mí"; y, "El que beba del agua que yo le daré, de su interior correrán ríos de agua viva". Esto decía, como se lee en el Evangelio, del Espíritu que habían de recibir los que creyeran en Él (Juan VII, 37-39). A quien como vara se acercó la madera de la pasión, para que la gracia emanara para los creyentes.

14. [vers. 17.] Y sin embargo, ellos como "generación perversa y amargante, añadieron aún pecar contra Él": es decir, no creer. Pues este es el pecado del que el Espíritu convence al mundo, como dice el Señor: "De pecado, porque no creyeron en mí" (Id. XVI, 9). Y provocaron al Altísimo en la sequedad: lo que otros códigos tienen, "en lo seco", que es más expresivo del griego, y no significa otra cosa que sequedad. ¿En aquella sequedad del desierto, o más bien en la suya? Porque aunque bebieron de la roca, no tenían vientres, sino mentes secas, sin ninguna fecundidad floreciente de justicia. En esa sequedad debieron ser

más fielmente suplicantes a Dios, para que quien había dado saciedad a sus gargantas, diera también equidad a sus costumbres. Pues a Él clama el alma fiel, "Mis ojos vean la equidad" (Sal. XVI, 2).

15. [vers. 18-20] Y tentaron a Dios en sus corazones, para pedir comida para sus almas. Es diferente pedir creyendo, que tentando. De hecho, sigue: "Y hablaron mal de Dios, y dijeron: ¿Podrá Dios preparar mesa en el desierto? Porque hirió la roca, y fluyeron las aguas, y los torrentes inundaron, ¿podrá también dar pan, o preparar mesa para su pueblo?" No creyendo, pues, pidieron comida para sus almas. No así el apóstol Santiago ordena pedir el alimento de la mente; sino que advierte que se pida por los creyentes, no por los que tientan y hablan mal de Dios: "Si alguno de vosotros", dice, "carece de sabiduría, pídale a Dios, que da a todos abundantemente, y no reprocha; y le será dada: pero pida con fe, sin dudar" (Santiago I, 5, 6). Esta fe no la tenía la generación que no dirigió su corazón, y no estaba confiado a Dios su espíritu.

16. [vers. 21.] Por eso oyó el Señor, y difirió, y se encendió fuego en Jacob, y subió ira en Israel. Explicó qué llamó fuego. Pues llamó ira al fuego: aunque muchos también fueron encendidos por fuego propiamente. ¿Qué significa entonces que dice, "Oyó el Señor, y difirió"? ¿Acaso difirió introducirlos en la tierra de la promesa, a donde eran llevados; lo que podría haberse hecho en pocos días, pero por sus pecados debían ser consumidos en el desierto, donde fueron destruidos durante cuarenta años? Si es así, difirió, pues, al pueblo, no a estos mismos que tentaban y hablaban mal de Dios; pues todos perecieron en el desierto, y sus hijos entraron en la tierra de la promesa. ¿O difirió el castigo, para primero saciar incluso la concupiscencia infiel, para que no se pensara que estaba enojado porque le pedían, aunque tentando y hablando mal, lo que no podía hacer? Oyó, pues, y difirió vengarse; y después de haber hecho lo que ellos pensaban que no podía hacer, entonces subió ira en Israel.

17. [vers. 22-31.] De hecho, habiendo puesto ambos brevemente, luego prosigue claramente el orden de la narración. Porque no creyeron en Dios, ni esperaron en su salvación. Pues cuando dijo por qué se encendió fuego en Jacob, y subió ira en Israel, es decir, "porque no creyeron en Dios, ni esperaron en su salvación", inmediatamente añadiendo cuán evidentes beneficios fueron ingratos, "Y mandó", dice, "a las nubes desde arriba, y abrió las puertas del cielo. Y llovió sobre ellos maná para comer, y les dio pan del cielo. Pan de ángeles comió el hombre: les envió comida en abundancia. Trasladó el viento del sur del cielo, e introdujo con su poder el viento del oeste. Y llovió sobre ellos como polvo carnes, y como arena del mar aves aladas. Y cayeron en medio de sus campamentos, alrededor de sus tiendas. Y comieron, y se saciaron mucho; y les trajo su deseo: no fueron privados de su deseo". He aquí por qué había diferido. Pero, ¿qué había diferido, escuchemos: "Aún estaba la comida en su boca, y subió la ira de Dios sobre ellos". He aquí lo que había diferido. Pues primero, "difirió"; y después, "se encendió fuego en Jacob, y subió ira en Israel". Había diferido, pues, para primero hacer lo que pensaban que no podía hacer, y luego infligir lo que debían sufrir. Pues si pusieran su esperanza en Dios, no solo se cumplirían esos deseos carnales, sino también los del espíritu. Porque quien "mandó a las nubes desde arriba, y abrió las puertas del cielo, y llovió sobre ellos maná para comer, y les dio pan del cielo", para que "pan de ángeles comiera el hombre", quien "les envió comida en abundancia", para saciar a los incrédulos, no es ineficaz para dar a los creyentes el verdadero pan del cielo que el maná significaba; que verdaderamente es alimento de ángeles, a quienes el Verbo de Dios alimenta incorruptiblemente; que para que el hombre lo comiera, se hizo carne, y habitó entre nosotros (Juan I, 14). Pues este pan es llovido por las nubes evangélicas a todo el mundo; y con los corazones de los predicadores abiertos como puertas celestiales, no a la sinagoga murmurante y tentadora, sino a la Iglesia creyente y que pone su esperanza en Él, es predicado. Quien

"trasladó el viento del sur del cielo, e introdujo con su poder el viento del oeste, y llovió sobre ellos como polvo carnes, y como arena del mar aves aladas; y cayeron en medio de sus campamentos, alrededor de sus tiendas: y comieron, y se saciaron mucho, y les trajo su deseo, no fueron privados de su deseo", puede también alimentar la pequeña fe de los que no tientan, sino creen, con signos de voces comestibles y que pasan por el aire, como aves aladas: no obstante, no viniendo del norte donde prevalecen el frío y la oscuridad, es decir, la elocuencia que agrada a este mundo; sino trasladando el viento del sur del cielo. ¿A dónde, sino a la tierra? para que los que son pequeños en la fe, al escuchar cosas terrenales, sean nutridos para captar las celestiales. Pues si os he dicho cosas terrenales, y no creéis; ¿cómo si os dijere cosas celestiales, creeréis? (Id. III, 12). Pues había sido trasladado de alguna manera del cielo, donde había excedido en mente a Dios; para ser moderado con aquellos a quienes decía: "No pude hablaros como a espirituales, sino como a carnales" (I Cor. III, 1). Pues allí había oído palabras inefables (II Cor. XII, 4), que en la tierra no le era lícito hablar por palabras sonoras, como por aves aladas; e introduciendo con su poder el viento del oeste, es decir, por vientos meridionales, espíritus fervientes y luminosos de los predicadores; y esto en su poder, para que el viento del oeste no se atribuya a sí mismo lo que tiene de Dios. Estos vientos vienen espontáneamente a los hombres, y les traen palabras enviadas divinamente; para que en sus propias moradas y alrededor de sus tiendas recojan tales aves, y adore cada uno al Señor desde su lugar, todas las islas de las naciones (Sofon. II, 11).

18. Pero a los infieles, como a una generación perversa y amargante, mientras aún tenían la comida en su boca, la ira de Dios se levantó contra ellos y mató a muchos de ellos: es decir, a muchos de ellos, o como algunos códigos tienen, a los más robustos de ellos. Esto, sin embargo, no lo encontramos en los textos griegos que teníamos. Pero si esto es más cierto, ¿qué otra cosa se debe entender por los más robustos de ellos, sino aquellos que prevalecen en soberbia, de quienes se dice: "La iniquidad de ellos sale como de la grasa" (Salmo 72, 7)? Y obstaculizó a los elegidos de Israel. También había allí elegidos, cuya fe no era compartida por la generación perversa y amargante. Sin embargo, fueron obstaculizados para que no pudieran beneficiar a aquellos a quienes deseaban aconsejar con afecto paternal. Pues, ¿qué aporta la misericordia humana a aquellos con quienes Dios está enojado? ¿O más bien quiso que se entendiera que incluso los elegidos estaban encadenados junto con ellos; para que, aunque se distinguieran en mente y vida, soportaran molestias con ellos como ejemplo no solo de justicia, sino también de paciencia? Porque hemos aprendido que los santos fueron llevados cautivos junto con los pecadores quizás por ninguna otra razón, ya que en los códigos griegos no leemos ἐνεπόδισεν, que es "impedidos", sino συνεπόδισεν, que es más bien "encadenados".

19. [vers. 32, 33.] Pero "la generación perversa y amargante, en todas estas cosas aún pecaron, y no creyeron en sus maravillas. Y sus días se desvanecieron en vanidad": cuando podrían, si creyeran, tener días en la verdad sin desvanecerse ante aquel a quien se le dijo: "Tus años no se desvanecerán" (Salmo 101, 28). Por lo tanto, sus días se desvanecieron en vanidad, y sus años con prisa. Pues toda la vida de los mortales se apresura, y la que parece más prolongada es un vapor algo más duradero.

20. [vers. 34, 35.] Sin embargo, "cuando los mataba, lo buscaban": no por la vida eterna, sino temiendo terminar el vapor más rápidamente. Por lo tanto, lo buscaban, no ciertamente aquellos a quienes mataba, sino quienes temían ser matados por su ejemplo. Así, sin embargo, la Escritura habló de ellos como si aquellos que eran matados buscaran a Dios, porque era un solo pueblo, y se dice como de un solo cuerpo. "Y se volvían, y de madrugada venían a Dios. Y se acordaron de que Dios es su ayudador, y el Dios excelso es su redentor."

Pero todo esto era para adquirir bienes temporales y evitar males temporales. Pues quienes buscaban a Dios por beneficios terrenales, ciertamente no buscaban a Dios, sino aquellas cosas. Y ahora Dios es adorado con temor servil, no con amor libre. Así, pues, Dios no es adorado: porque se adora lo que se ama. Por lo tanto, porque Dios se encuentra mayor y mejor que todas las cosas, debe ser amado más que todas para ser adorado.

21. [vers. 36, 37.] Finalmente, veamos lo que sigue: "Y lo amaron," dice, "en su boca, y con su lengua le mintieron. Pero su corazón no era recto con él, ni fueron fieles en su pacto." Encontraba otra cosa en su lengua, otra en su corazón, a quien los secretos de los hombres están desnudos, y sin ningún obstáculo veía qué amaban más. Por lo tanto, el corazón es recto con Dios cuando busca a Dios por Dios. Pues una cosa deseó del Señor, esta buscará, que habite en la casa del Señor siempre, y contemple su deleite (Salmo 26, 4). A quien el corazón de los fieles dice: Me saciaré, no con las ollas de carne de los egipcios, ni con los melones y pepinos, y el ajo y las cebollas, que la generación perversa y amargante prefería incluso al pan celestial (Éxodo 16, 3), ni con el maná visible y las aves aladas; sino me saciaré cuando se manifieste tu gloria (Salmo 16, 15). Porque esta es la herencia del Nuevo Testamento, en el cual no fueron considerados fieles, cuya fe, sin embargo, incluso entonces cuando estaba velada, estaba en los elegidos, y ahora cuando ya está revelada, no está en muchos llamados: Porque muchos son llamados, pero pocos elegidos (Mateo 20, 16). Así era, pues, la generación perversa y amargante, incluso cuando parecía buscar a Dios; amando en la boca y mintiendo con la lengua; pero en el corazón no recta con Dios, donde amaba más bien aquellas cosas por las cuales requería la ayuda de Dios.

22. [vers. 38, 39.] "Pero él es misericordioso, y se hará propicio a sus pecados, y no los destruirá. Y abundará para apartar su ira, y no encenderá toda su ira. Y se acordó de que son carne; espíritu que va, y no vuelve." En estas palabras muchos se prometen a sí mismos impunidad de la iniquidad por la misericordia divina, incluso si persisten siendo tales como se describe a esta generación perversa y amargante que no dirigió su corazón, y no se creyó que su espíritu estaba con Dios: a quienes no conviene consentir. Pues si, para hablar según ellos, Dios tal vez no destruirá ni a los malos, sin duda no destruirá a los buenos. ¿Por qué, entonces, no elegimos más bien aquello donde no hay duda? Pues quienes le mienten con su lengua, teniendo otra cosa en su corazón, ciertamente piensan y quieren, cuando amenaza con castigo eterno a tales, que incluso Dios sea mentiroso. Pero cuando ellos no lo engañan mintiéndole, él no engaña diciendo la verdad. Por lo tanto, estas palabras de los divinos oráculos, de las cuales la generación perversa se halaga a sí misma, no las deforme, como su corazón; porque incluso con ese corazón deformado, estas permanecen rectas. Pues primero, según esto, pueden entenderse lo que está escrito en el Evangelio: "Para que seáis como vuestro Padre que está en los cielos; que hace salir su sol sobre buenos y malos, y llueve sobre justos e injustos" (Mateo 5, 45). ¿Quién no ve cuánta paciencia de misericordia perdona a los malos? pero antes del juicio. Así, pues, perdonó a esa gente, para que no encendiera toda su ira contra ella para erradicarla y acabarla por completo; lo cual aparece evidentemente en sus palabras y en la intercesión de Moisés su siervo por sus pecados, donde Dios dice: "Los borraré, y haré de ti una gran nación" (Éxodo 32, 10): él intercede, más dispuesto a ser borrado por ellos que ellos mismos; sabiendo que trata con un misericordioso, quien, puesto que de ninguna manera lo borraría a él, también les perdonaría a ellos por él. Veamos, pues, cuánto les perdonó, y aún les perdona. Pues los introdujo en la tierra de promisión, y conservó a esa gente hasta que, al matar a Cristo, se unieron al mayor de todos los crímenes: y que los erradicó de ese reino y los dispersó por todas las naciones, ciertamente no los destruyó; sino que el mismo pueblo permanece conservado por la sucesión de la prole, como Caín con la señal recibida, para que nadie lo mate, es decir, lo pierda por completo (Génesis

4, 15). He aquí cómo se cumple lo que se dijo: "Pero él es misericordioso, y se hará propicio a sus pecados, y no los destruirá; y abundará para apartar su ira, y no encenderá toda su ira." Porque si toda su ira, es decir, cuanto merecen, se encendiera contra ellos, no quedaría ninguna de esa gente. Así, Dios, a quien se canta misericordia y juicio (Salmo 100, 1), y en este siglo por misericordia hace salir su sol sobre buenos y malos, y al final del siglo por juicio, separados de su luz eterna, castiga a los malos con tinieblas eternas.

23. Luego, para que no parezca que forzamos las palabras divinas, y donde se dijo, "No los destruirá," digamos nosotros, "Pero después los destruirá": observemos en este mismo salmo la locución más común de la Escritura, de donde esta cuestión se resuelve mucho más diligente y verdaderamente. Ciertamente, hablando de estos mismos poco después, cuando había recordado lo que los egipcios habían sufrido por ellos, recordando la última plaga, dice: "Y golpeó a todo primogénito en la tierra de Egipto, las primicias de su labor en las tiendas de Cam. Y sacó a su pueblo como ovejas, y los condujo como un rebaño en el desierto. Y los guió con esperanza, y no temieron: y el mar cubrió a sus enemigos. Y los introdujo en el monte de su santificación; el monte que adquirió su diestra. Y expulsó de su presencia a las naciones, y les distribuyó la tierra por sorteo en la cuerda de distribución." Si alguien nos plantea una cuestión sobre estas palabras diciendo: ¿Cómo se recuerda que se les concedieron todas estas cosas, cuando ellos no fueron llevados a la tierra de promisión, ya que murieron? ¿Qué responderemos, sino que se les dijo, porque era el mismo pueblo por la sucesión de los hijos? Así, pues, cuando escuchamos, especialmente porque son palabras de tiempo futuro, "Y se hará propicio a sus pecados, y no los destruirá; y abundará para apartar su ira, y no encenderá toda su ira," entendamos que se cumplió en aquellos de quienes dice el Apóstol: "Así, pues, también en este tiempo las reliquias por elección de gracia han sido salvadas." De donde también dice: "¿Acaso ha rechazado Dios a su pueblo? De ninguna manera. Porque también yo soy israelita, de la descendencia de Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo de hebreos" (Romanos 11, 5, 1, y Filipenses 3, 5). Por lo tanto, la Escritura previó a estos que iban a creer en Cristo de este pueblo, y a recibir el perdón de los pecados, hasta aquel máximo en el que, enloquecidos, mataron al mismo médico. De aquí se dijo completamente: "Pero él es misericordioso, y se hará propicio a sus pecados, y no los destruirá; y abundará para apartar su ira;" porque también perdonó aquello, que su unigénito Hijo fue asesinado por ellos: y no encenderá toda su ira; porque las reliquias han sido salvadas.

24. Y se acordó de que son carne; espíritu que va, y no vuelve. Por eso, llamándolos y teniéndoles misericordia por su gracia, él mismo los revocó, porque por sí mismos no podrían regresar. Pues, ¿cómo regresa la carne, espíritu que va y no vuelve, empujándose a sí mismo hacia lo bajo y lo lejano por el peso de los méritos de sus males, si no es por elección de gracia? Que no se da como recompensa a los méritos, sino como un don gratuito, para que el impío sea justificado, y la oveja perdida regrese; no obstante, no en sus propias fuerzas, sino llevada en los hombros del pastor (Lucas 15, 5), que pudo perderse a sí misma mientras vagaba voluntariamente, pero no pudo encontrarse a sí misma, ni en absoluto sería encontrada, si no fuera buscada por la misericordia del pastor. Pues tampoco aquel hijo no pertenece a esta oveja, que regresando en sí mismo dijo: "Me levantaré e iré a mi padre." Por lo tanto, también él fue buscado y resucitado por una vocación e inspiración oculta, no por otro que por aquel que vivifica todas las cosas; y encontrado, ¿por quién, sino por aquel que fue a salvar y buscar lo que se había perdido (Lucas 19, 10)? Pues estaba muerto, y revivió; se había perdido, y fue encontrado (Lucas 15, 18, 24). Porque también aquella cuestión no leve se resuelve así, que está escrito en los Proverbios, cuando la Escritura hablaba del camino de la iniquidad: "Todos los que andan en ella, no volverán" (Proverbios 2, 19). Pues así se dijo, como si de todos los inicuos se debiera desesperar: pero la Escritura recomendó la

gracia; porque por sí mismo el hombre puede andar en ella, pero no puede regresar por sí mismo, a menos que sea llamado por la gracia.

25. [vers. 40-51.] Estos, pues, perversos y amargantes, "¡Cuántas veces lo provocaron en el desierto, y lo irritaron en el lugar sin agua! Y se volvieron, y tentaron a Dios, y provocaron al Santo de Israel." Repite la misma infidelidad de ellos que ya había mencionado antes; pero la causa de repetir es para recordar también las plagas que infligió a los egipcios por ellos: todas las cuales, sin duda, debieron recordar, y no ser ingratos. Por lo tanto, ¿qué sigue? No se acordaron de su mano, el día en que los redimió de la mano del opresor. Y comienza a decir lo que hizo a los egipcios: "Puso en Egipto sus señales, y sus prodigios en el campo de Tanis. Y convirtió en sangre sus ríos, y sus manantiales para que no bebieran; o más bien, las emanaciones de agua, como algunos entienden mejor lo que está escrito en griego, τὰ ὀμβρήματα, que en latín llamamos escurrimientos, aguas que brotan desde abajo. Pues los egipcios cavaron, y encontraron sangre en lugar de agua. "Envió contra ellos tábanos, y los devoraron; y ranas, y los destruyeron. Y entregó al moho sus frutos, y sus labores a la langosta. Y mató con granizo sus viñas, y sus moreras con escarcha. Y entregó al granizo su ganado, y su posesión al fuego. Envío contra ellos la ira de su indignación; indignación, y ira, y tribulación, envió por ángeles malos. Hizo camino a la senda de su ira, y no perdonó de la muerte sus almas, y encerró en muerte su ganado. Y golpeó a todo primogénito en la tierra de Egipto, las primicias de sus labores en las tiendas de Cam."

26. Todas estas penas de los egipcios pueden exponerse con interpretación alegórica, según lo que cada uno quiera entender y comparar con las cosas a las que deben referirse. Lo cual también intentaremos hacer; tanto más aptamente lo haremos, cuanto más seamos ayudados divinamente. Pues las palabras de este salmo nos constriñen a esto, donde se dijo: "Abriré en parábolas mi boca; hablaré de proposiciones desde el principio." Porque por esto, ciertamente, también se dijeron aquí algunas cosas que no leemos que hayan sucedido a los egipcios, cuando todas sus plagas se relatan con el mayor cuidado en orden en el Éxodo; para que, puesto que lo que no se dijo allí, estamos seguros de que no se dijo en vano en el Salmo, y no podemos interpretarlo sino figuradamente, al mismo tiempo entendamos también las otras cosas que se sabe que sucedieron, que fueron hechas o escritas por alguna significación figurada. Pues la Escritura hace esto en muchos lugares de los discursos proféticos. Dice algo que no se encuentra en ese hecho que parece recordar, o incluso se encuentra de otra manera; para que de aquí se entienda que no dice esto que puede pensarse, sino aquello que más debe advertirse: como es aquello, "Dominará de mar a mar, y desde el río hasta los confines de la tierra" (Salmo 72, 8). Lo cual se sabe que no se cumplió en el reino de aquel Salomón, de quien podría pensarse que este salmo habla, cuando hablaba de Cristo el Señor. Por lo tanto, en las plagas de los egipcios, que están en el libro llamado Éxodo, donde la Escritura se preocupó principalmente de que se dijeran todas las cosas con las que fueron afligidos en orden, no se encuentra lo que tiene este salmo, "Y entregó al moho sus frutos." También aquello que, cuando dijo, "Y entregó al granizo su ganado," añadió, "Y su posesión al fuego": se lee en el Éxodo que el ganado fue muerto por el granizo (Éxodo 9, 25); pero que su posesión fue quemada por el fuego, no se lee en absoluto. Aunque había voces e incendios con el granizo, como suelen ser los truenos con los relámpagos; sin embargo, no está escrito que algo fuera entregado al fuego para que ardiera. Por lo tanto, las cosas blandas que el granizo no podía dañar, se dice que no fueron golpeadas, es decir, dañadas por golpes duros; que después la langosta comió (Éxodo 10, 1-15). También lo que aquí se dice, "Y sus moreras con escarcha," no está en el Éxodo: pues la escarcha dista mucho del granizo; porque en noches invernales serenas la tierra se cubre de escarcha.

27. ¿Qué, pues, significan estas cosas, que el intérprete diga como pueda; que el lector y oyente juzguen como es justo. El agua convertida en sangre, me parece significar pensar carnalmente sobre las causas de las cosas. El tábano son los hábitos caninos, que no ven a sus padres cuando nacen. La rana es la vanidad más locuaz. El moho daña ocultamente; que también algunos han interpretado como orín, otros como canícula: ¿qué mal se compara más adecuadamente con esto, sino el que aparece con mucha dificultad, como es confiar mucho en uno mismo? Pues es una aura nociva, que obra esto en los frutos latentemente; como en los hábitos la soberbia oculta, cuando alguien se cree ser algo, siendo nada (Gálatas 6, 3). La langosta es la malicia que daña con la boca, es decir, con testimonio infiel. El granizo es la iniquidad que quita las cosas ajenas; de donde nacen los robos, saqueos y depredaciones: pero más se daña a sí mismo el devastador por su vicio. La escarcha significa el vicio, por el cual la caridad del prójimo se congela en las tinieblas de la necedad como por el frío nocturno. El fuego, si no se menciona aquí aquel que estaba en el granizo de las nubes fulgurantes, puesto que aquí dijo, "Entregó su posesión al fuego;" donde significa ciertamente que fue quemada, lo cual no se lee que ese fuego haya hecho: me parece significar la inhumanidad de la ira, por la cual también se puede cometer homicidio. La muerte del ganado está figurada, creo, como la pérdida de la castidad. Pues la concupiscencia, por la cual surge la prole, la tenemos en común con los animales. Por lo tanto, tenerla domada y ordenada es virtud de castidad. La muerte de los primogénitos es la pérdida de la misma justicia, por la cual uno es social con el género humano. Pero ya sea que estas sean las significaciones figuradas de estas cosas, o se entiendan mejor de otra manera; ¿quién no se conmueve por el hecho de que los egipcios son golpeados con diez plagas, y las tablas son escritas con diez mandamientos, por los cuales se rige el pueblo de Dios? De los cuales, comparando en contrario entre sí, es decir, las plagas y los mandamientos, puesto que lo dijimos en otro lugar, no es necesario cargar la exposición de este salmo con ello: solo advertimos que aquí, aunque no en el mismo orden, sin embargo, se mencionan las diez plagas de los egipcios; mientras que en lugar de las tres que están en el Éxodo (Éxodo 8, 17, 9, 10, y 10, 22), y aquí no están, es decir, los mosquitos, las úlceras, las tinieblas, se mencionan otras tres que no están allí, es decir, el moho, la escarcha y el fuego, no de los relámpagos, sino al que se dijo que fue entregada su posesión, lo cual no se lee allí.

28. Sin embargo, aquí se ha expresado suficientemente que estas cosas suceden en ellos por juicio de Dios a través de ángeles malos, en este siglo maligno, como en Egipto y en el campo de Tanis, donde debemos ser humildes hasta que llegue el siglo en el que merezcamos ser exaltados de esta humildad. Pues Egipto en lengua hebrea significa Tinieblas o Tribulaciones, en la cual Tanis, como he mencionado, se entiende que es un Mandato humilde. Por lo tanto, sobre los ángeles malos en este salmo, cuando hablaba de esas plagas, se ha interpuesto de tal manera que no debe pasarse por alto: "Envío sobre ellos", dice, "la ira de su indignación; indignación y ira, y tribulación, envío, por ángeles malos". Que el diablo y sus ángeles sean tan malos, ciertamente, que se les prepare fuego eterno, ningún fiel lo ignora: pero que se envíe por ellos un envío sobre cualquiera por el Señor Dios, a quienes juzga dignos de este castigo, parece duro para aquellos que son menos capaces de pensar cómo la suma justicia de Dios usa bien incluso a los malos. ¿Quién, en cuanto a su sustancia, los hizo sino él mismo? Pero él no los hizo malos: sin embargo, los usa, porque es bueno, bien, es decir, de manera conveniente y justa; así como, por el contrario, los inicuos usan mal sus buenas criaturas. Por lo tanto, Dios usa a los ángeles malos, no solo para castigar a los malos, como en todos estos de los que habla el Salmo, como en el rey Acab, a quien un espíritu de engaño sedujo por voluntad de Dios para que cayera en la batalla (III Reyes XXII, 22); sino también para probar y manifestar a los buenos, como hizo con Job. En cuanto a esta materia corporal de los elementos visibles, creo que los ángeles, tanto buenos como malos,

pueden usarlos, según el poder que se les conceda; así como los hombres buenos y malos usan tales cosas, según pueden por la medida de la debilidad humana. Pues también usamos la tierra, el agua, el aire y el fuego, no solo en las cosas necesarias para nuestro sustento, sino también en muchas cosas superfluas y lúdicas, y en obras maravillosamente artificiosas. Pues innumerables cosas que se llaman μηχανήματα, se modifican con estos elementos tratados con arte. Pero en estas cosas los ángeles tienen un poder mucho mayor, tanto los buenos como los malos, aunque ciertamente mayor los buenos; pero según lo que se ordena o permite por el mandato y orden de Dios, así como a nosotros. Pues no podemos hacer en estas cosas todo lo que queremos. En el libro más fiel leemos que el diablo pudo incluso enviar fuego del cielo, para consumir con un impulso maravilloso y horrendo el gran número de ganado del santo varón; lo cual nadie de los fieles se atrevería a atribuir al diablo, si no se leyera por la autoridad de la Sagrada Escritura. Pero aquel varón, justo por don de Dios, fuerte y piadosamente sabio, no dijo: "El Señor dio, el diablo quitó"; sino, "El Señor dio, el Señor quitó" (Job I, 16, 21); sabiendo muy bien que el diablo, incluso lo que podía hacer de estos elementos, no lo haría al siervo de Dios, a menos que su Señor lo quisiera y permitiera; confundía la malicia del diablo, porque sabía quién usaría eso para probarse a sí mismo. En los hijos de la desobediencia opera como en sus esclavos (Efesios II, 2), así como los hombres en sus ganados; y allí también, según lo que se permite por el justo juicio de Dios. Pero es diferente cuando su poder es prohibido incluso en los suyos, como le place, con un poder mayor; y otra cosa cuando se le da poder incluso sobre aquellos que le son ajenos. Así como el hombre hace lo que quiere con su ganado, según la capacidad humana; y ciertamente no lo hace, si es prohibido por un poder mayor: pero para hacer con el ganado ajeno, espera que se le dé poder por aquel a quien pertenece. Allí, por lo tanto, el poder que había, es prohibido; aquí, sin embargo, el que no había, es concedido.

29. Siendo así, si Dios infligió esas plagas a los egipcios por ángeles malos, ¿nos atreveremos a decir que también el agua convertida en sangre por los mismos ángeles, y las ranas hechas por los mismos ángeles, cosas similares que también los magos de Faraón pudieron hacer con sus hechicerías; para que los ángeles malos estuvieran de ambos lados, afligiendo por un lado, engañando por el otro, según el juicio y la disposición del justísimo y omnipotente Dios, que usa justamente incluso la malicia de los inicuos? No me atrevo a decirlo. ¿Por qué los magos de Faraón no pudieron hacer los piojos (Éxodo VII, 20, 22, y VIII, 6, 7, 17, 18)? ¿Acaso porque esos ángeles malos no fueron permitidos? O, lo que es más verdadero decir, ¿es una causa oculta y excede las fuerzas de nuestra investigación? Pues si pensamos que Dios hizo eso por ángeles malos porque se infligían castigos, no se otorgaban beneficios, como si Dios no infligiera castigos por ángeles buenos, sino por aquellos como verdugos de la milicia celestial; será consecuente que también creamos que Sodoma fue destruida por ángeles malos, y que ángeles malos fueron hospedados por Abraham y Lot: lo cual está lejos de que lo sintamos contra las Escrituras clarísimas (Génesis XVIII y XIX). Por lo tanto, está claro que estas cosas pueden hacerse por ángeles buenos y malos: qué o cuándo debe hacerse, me es desconocido; pero no al que lo hace, y a quien quiera revelar. Sin embargo, en cuanto la Escritura divina modera nuestra intención, leemos que los castigos se infligen a los malos tanto por ángeles buenos, como a los sodomitas, como por ángeles malos, como a los egipcios: pero no me ocurre que los justos sean probados y tentados con castigos corporales por ángeles buenos.

30. En cuanto al presente lugar de este salmo: si no nos atrevemos a atribuir a los ángeles malos las cosas que se hicieron maravillosamente de las criaturas, tenemos lo que podemos atribuirles sin duda; las muertes de los ganados, las muertes de los primogénitos, y sobre todo aquello de lo que todo está atado, la obstinación de sus corazones, para que no quisieran dejar

ir al pueblo de Dios. Pues esta obstinación iniquísima y maligna, cuando se dice que Dios la hace (Éxodo IV, 21), no la hace instigando e inspirando, sino abandonando, para que ellos operen en los hijos de la desobediencia (Efesios II, 2), lo que Dios debidamente y justamente permite. Pues también aquello que dice el profeta Isaías, "Señor, he aquí que te enojaste, y pecamos; por eso erramos, y nos hicimos como inmundos todos" (Isaías LXIV, 5, 6), se entiende de esta manera: pues precedió algo, por lo cual Dios, justamente enojado, les quitó su luz, para que en pecados que no pueden defenderse de ninguna manera como no siendo pecados, la ceguera de la mente humana tropezara, desviándose y errando del camino de la justicia. Y lo que en otro salmo está escrito sobre estos mismos egipcios, que Dios convirtió su corazón para que odieran a su pueblo, y engañaran a sus siervos (Salmo CIV, 25), se cree bien que Dios lo hizo por esos ángeles malos; para que ya las mentes viciosas de los hijos de la infidelidad fueran excitadas por esos ángeles, a quienes esos mismos vicios son amigos, al odio del pueblo de Dios, y siguieran esas maravillas para asustar y corregir a los buenos. También esos males de costumbres, que dijimos que estaban significados por estas plagas corporales, por lo cual se predijo, "Abriré en parábolas mi boca", se cree convenientemente que se ejercen por ángeles malos en aquellos que están sujetos a ellos por la equidad divina. Pues cuando se hace lo que dice el Apóstol, "Dios los entregó a las concupiscencias de sus corazones, para que hagan lo que no conviene" (Romanos I, 24), no están allí los ángeles malos como en la materia de su obra y se regocijan; a quienes justamente está sujeta la viciosidad humana, excepto aquellos que son liberados por la gracia. ¿Y para estas cosas quién es idóneo (II Corintios II, 16)? Por lo tanto, cuando dijo, "Envió sobre ellos la ira de su indignación; indignación, y ira, y tribulación, envío por ángeles malos", lo que añadió, "Hizo camino a la senda de su ira", ¿quién tiene la agudeza suficiente para penetrar, para entender y captar la sentencia que yace en tanta profundidad? Pues había una senda de la ira de Dios, por la cual castigaba con equidad oculta la impiedad de los egipcios; pero a esa senda le hizo camino, para que, como sacándolos de lo oculto por ángeles malos a crímenes manifiestos, los castigara evidentemente como impíos evidentes. De esta potestad de los ángeles malos no libera al hombre sino la gracia de Dios, de la cual dice el Apóstol, "El cual nos libró del poder de las tinieblas, y nos trasladó al reino del Hijo de su amor" (Colosenses I, 13): de lo cual este pueblo llevaba la figura, cuando fue librado del poder de los egipcios, y trasladado al reino de la tierra prometida que fluye leche y miel, lo cual significa la dulzura de la gracia.

31. [vers. 52, 53.] Por lo tanto, después de la conmemoración de las plagas de los egipcios, el Salmo dice: "Y sacó como ovejas a su pueblo, y los condujo como rebaño en el desierto. Y los guió con esperanza, y no temieron, y el mar cubrió a sus enemigos". Esto se hace tanto mejor cuanto más interiormente, donde somos trasladados de la potestad de las tinieblas al reino de Dios en la mente, y según los pastos espirituales nos convertimos en ovejas de Dios, caminando en este siglo como en un desierto, porque nuestra fe no es visible para nadie; de donde dice el Apóstol: "Vuestra vida está escondida con Cristo en Dios" (Colosenses III, 3). Pero somos guiados con esperanza, porque "en esperanza fuimos salvos": y no debemos temer; "si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros?" (Romanos VIII, 24, 31). Y el mar cubrió a nuestros enemigos; los abolió en el Bautismo con la remisión de los pecados.

32. [vers. 54.] Luego sigue: "Y los introdujo en el monte de su santificación. Cuánto mejor en la santa Iglesia? El monte que adquirió su diestra. Cuánto más sublime es la Iglesia que adquirió Cristo, de quien se dijo: "¿Y a quién se ha revelado el brazo del Señor?" (Isaías LIII, 1). Y expulsó de su presencia a las naciones: y de la presencia de sus fieles; pues de algún modo las naciones son, los espíritus malignos de los errores gentiles. Y les repartió la tierra por sorteo con cuerda de distribución. Y en nosotros "todo lo obra uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno en particular como quiere" (I Corintios XII, 11).

33. [vers. 55-58.] Y habitó en sus tabernáculos las tribus de Israel. En los tabernáculos, dice, de las naciones hizo habitar a las tribus de Israel. Lo cual espiritualmente creo que debe ser mejor discutido así, para que seamos elevados por la gracia de Cristo a la gloria celestial, de donde los ángeles pecadores fueron expulsados y derribados. Pues aquella "generación perversa y amargante", porque no ponía la túnica de la vejez con estos beneficios corporales, "tentaron aún y exacerbaron al Dios excelso, y no guardaron sus testimonios: y se apartaron, y no guardaron el pacto, como sus padres: pues con un pacto y acuerdo dijeron, "Todo lo que el Señor nuestro Dios ha hablado, haremos y escucharemos" (Éxodo XIX, 8). Notemos ciertamente lo que dice, "como sus padres": pues a lo largo del texto del Salmo parecía hablar como de los mismos hombres, sin embargo, ahora se dice de aquellos que ya estaban en la tierra de la promesa, y se llaman padres de aquellos que amargaron en el desierto.

34. Se convirtieron, dice, en arco torcido: o, como tienen otros códigos, en arco perverso. Pero qué significa esto, se hace más claro en lo que sigue, donde dice: "Y provocaron a ira en sus colinas". Significa que se lanzaron a la idolatría. Por lo tanto, el arco es torcido, no por el nombre del Señor, sino contra el nombre del Señor, que dijo a ese pueblo: "No tendrás dioses ajenos delante de mí" (Éxodo XX, 3). Pero por el arco significa la intención del alma. De hecho, expresándolo más claramente, "Y en sus esculturas", dice, "lo provocaron a celos".

35. [vers. 59, 60.] Oyó Dios, y despreció: es decir, advirtió, y castigó. Y redujo a nada a Israel. Pues, ¿qué quedaron, despreciándolos Dios, que con la ayuda de Dios fueron lo que fueron? Sin duda, está recordando aquel hecho, cuando fueron vencidos por los filisteos en el tiempo del sacerdote Elí, y el Arca del Señor fue capturada, y fueron devastados con gran matanza (I Samuel IV, 10, 11). Esto es lo que dice, "Y rechazó el tabernáculo de Silo, su tabernáculo donde habitó entre los hombres". Explicó elegantemente por qué rechazó su tabernáculo, cuando dice, "donde habitó entre los hombres". Por lo tanto, cuando ya no eran dignos de habitar en ellos, ¿por qué no rechazaría el tabernáculo, que ciertamente no había instituido para sí mismo, sino para ellos, a quienes ya juzgaba indignos de habitar en ellos?

36. [vers. 61.] Y entregó en cautiverio su fortaleza, y su hermosura en manos del enemigo. Llama fortaleza y hermosura de ellos al mismo Arca de la que se creían invictos, y de la que se jactaban. De hecho, incluso después, viviendo mal, y gloriándose del templo del Señor, los aterra por el profeta, diciendo: "Vean lo que hice a Silo, donde estaba mi tabernáculo" (Jeremías VII, 12).

37. [vers. 62, 63.] Y encerró en la espada a su pueblo, y despreció su heredad. Sus jóvenes devoró el fuego: es decir, la ira. Y sus vírgenes no fueron lamentadas: porque ni siquiera había tiempo para eso en el miedo hostil.

38. [vers. 64.] Sus sacerdotes cayeron a espada, y sus viudas no fueron lloradas. Pues cayeron a espada los hijos de Elí, cuya esposa de uno de ellos, viuda, y pronto muerta en el parto, no pudo ser llorada con el honor del funeral debido a la misma perturbación (I Samuel IV, 19, 20).

39. [vers. 65.] Y se despertó como un dormido el Señor. Pues parece dormir cuando entrega a su pueblo en manos de aquellos que odia, donde se les dice: "¿Dónde está tu Dios?" (Salmo XLI, 11). Por lo tanto, se despertó como un dormido, como un poderoso embriagado de vino. Nadie se atrevería a decir esto de Dios, sino su Espíritu. Pues dijo, como parece a los impíos que insultan, que duerme como ebrio por mucho tiempo, cuando no socorre tan pronto como los hombres piensan.

40. [vers. 66.] Y golpeó a sus enemigos en las partes traseras: a aquellos que se alegraban de haber podido capturar su Arca; pues fueron golpeados en sus sedes (I Samuel V, 6). Lo cual me parece un signo de ese castigo por el cual cualquiera será atormentado, si mira hacia atrás; que, como el Apóstol, debe estimar como estiércol (Filipenses III, 8). Pues aquellos que así reciben el testamento de Dios, que no se despojan de la antigua vanidad, son semejantes a los pueblos hostiles que colocaron el Arca del testamento capturada junto a sus ídolos. Y aquellas cosas antiguas caen incluso contra su voluntad, porque "toda carne es hierba, y toda su gloria como flor de hierba. La hierba se seca, y la flor se cae": pero el Arca del Señor permanece para siempre (Isaías XL, 6, 7); el secreto del testamento, el reino de los cielos, donde está la eterna Palabra de Dios. Pero aquellos que amaron las cosas traseras, justamente serán atormentados por ellas: "Les dio oprobio eterno".

41. [vers. 67, 68.] Y rechazó, dice, el tabernáculo de José, y no eligió la tribu de Efraín. Y eligió la tribu de Judá. No dijo, Rechazó el tabernáculo de Rubén, que fue el primogénito de Jacob; ni a aquellos que siguen, y preceden a Judá en nacimiento, para que, rechazados y no elegidos, se eligiera la tribu de Judá. Pues podría decirse que fueron rechazados con razón, porque incluso en la bendición de Jacob, en la que bendijo a sus hijos, sus pecados son gravemente detestados (Génesis XLIX, 1-7); aunque en esas tribus Levi mereció ser la tribu sacerdotal, de donde también fue Moisés (Éxodo II, 1). Ni dijo, Rechazó el tabernáculo de Benjamín; o, No eligió la tribu de Benjamín, de la cual ya había comenzado a ser rey; pues de allí fue elegido Saúl (I Samuel IX, 1, 2): de donde, por la misma cercanía del tiempo, cuando fue rechazado y reprobado, y David fue elegido (Ibid. XVI, 1, 13), convenientemente podría decirse esto; sin embargo, no se dijo: sino que nombró principalmente a aquellos que parecían sobresalir por méritos más claros. Pues José alimentó en Egipto a su padre y a sus hermanos, y vendido impiamente, por mérito de piedad, castidad, sabiduría, fue justamente elevado (Génesis XLI, 40); y Efraín fue preferido al hermano mayor por la bendición de su abuelo Jacob (Id. XLVIII, 19): y sin embargo, Dios rechazó el tabernáculo de José, y no eligió la tribu de Efraín. Donde por estos nombres de mérito preclaro, ¿qué otra cosa entendemos sino que todo aquel pueblo, buscando del Señor recompensas terrenales con antigua codicia, fue rechazado y reprobado; y la tribu de Judá fue elegida, no por los méritos del mismo Judá? Pues los méritos de José son mucho mayores; pero por la tribu de Judá, ya que de allí surgió Cristo según la carne, la Escritura testifica que el nuevo pueblo de Cristo fue preferido a aquel pueblo antiguo, abriendo el Señor su boca en parábolas. Ya desde lo que sigue, "El monte de Sion que amó", entendemos mejor la Iglesia de Cristo, no adorando a Dios por los beneficios carnales del tiempo presente, sino contemplando con los ojos de la fe las recompensas futuras y eternas: pues Sion también se interpreta como Especulación.

42. [vers. 69.] De hecho, sigue, "Y edificó como de unicornios su santificación": o, como algunos intérpretes han hecho una nueva palabra, "su santificium". Los unicornios se entienden correctamente, cuya firme esperanza se erige en aquella única cosa, de la cual otro salmo dice, "Una cosa he pedido al Señor; esta buscaré" (Salmo XXVI, 4). El santificium de Dios es, según el apóstol Pedro, entendida "plebe santa, y sacerdocio real" (I Pedro II, 9). Lo que sigue, "En la tierra que fundó para siempre": lo que tienen los códices griegos, εἰς τὸν αἰῶνα, si se dice por nosotros "para siempre", o "en el siglo", está en el poder de los intérpretes latinos, ya que significa ambos; y por eso se encuentra esto en los códices latinos, aquello en otros. Algunos también tienen pluralmente, es decir, "en los siglos"; lo cual en los griegos que tuvimos, no encontramos. Pero, ¿quién de los fieles duda que la Iglesia, aunque otros se vayan, otros vengan, transita mortalmente de esta vida, sin embargo, está fundada para siempre?

43. [vers. 70, 71.] Y eligió a David su siervo. La tribu de Judá fue elegida por David; David, sin embargo, por Cristo: por lo tanto, la tribu de Judá fue elegida por Cristo, cuando los ciegos clamaron al pasar, "Ten misericordia de nosotros, hijo de David"; y de inmediato, por su misericordia, recibieron la luz (Mat. XX, 30, 34), porque era verdad lo que clamaban. Esto no lo dice de manera pasajera, sino que el Apóstol lo recomienda atentamente, escribiendo a Timoteo: "Acuérdate de Jesucristo, resucitado de entre los muertos, descendiente de David, según mi Evangelio, por el cual sufro hasta llevar cadenas, como un malhechor; pero la palabra de Dios no está encadenada" (II Tim. II, 8, 9). Así, el Salvador, hecho según la carne del linaje de David, se figura en este lugar con el nombre de David, abriendo el Señor su boca en parábolas. No debe sorprendernos que, habiendo dicho "Y eligió a David", con lo cual significó a Cristo, añadiera "su siervo", y no "su hijo": más bien, reconozcamos aquí que no se refiere a la sustancia coeterna del Unigénito con el Padre, sino a la forma de siervo asumida del linaje de David.

44. Y lo sacó de entre los rebaños de ovejas; lo tomó de detrás de las ovejas que amamantan, para pastorear a Jacob su siervo, e Israel su heredad. Aquel David, de cuyo linaje es la carne de Cristo, fue trasladado del oficio pastoral de los rebaños al reino de los hombres: pero nuestro David, el mismo Jesús, fue trasladado de los hombres a los hombres, de los judíos a los gentiles; sin embargo, según la parábola, fue llevado y trasladado de las ovejas a las ovejas. Pues ahora no hay en aquella tierra iglesias judías en Cristo, como las hubo tras la reciente pasión y resurrección de nuestro Señor; de las cuales dice el Apóstol: "Pero era desconocido de rostro para las iglesias de Judea que están en Cristo; solo oían decir que el que en otro tiempo nos perseguía, ahora predica la fe que en otro tiempo devastaba; y glorificaban a Dios en mí" (Gál. I, 22-24). Ya han pasado aquellas iglesias de los pueblos circuncisos; y por tanto, en Judea, que ahora está en la tierra, no está ahora Cristo: ha sido llevado de allí; ahora pastorea los rebaños de los gentiles. Ciertamente, fue tomado de detrás de las ovejas que amamantan. Pues aquellas primeras eran tales, de las cuales se dice en el Cantar de los Cantares a una iglesia que consta de muchas, es decir, a un rebaño cuyos miembros son muchos rebaños; de tales se dice: "Tus dientes", es decir, por los que hablas, o por los que en tu cuerpo, como masticando, transfieres a otros; significando así "tus dientes, como rebaño de ovejas trasquiladas que suben del lavadero, todas ellas crían gemelos, y no hay estéril entre ellas" (Cant. IV, 2). Pues entonces depositaron, como vellones, las cargas del mundo, cuando pusieron a los pies de los apóstoles el precio de sus cosas vendidas (Hech. II, 45, y IV, 34), subiendo de aquel lavadero, del cual el apóstol Pedro los amonesta, preocupados porque derramaron la sangre de Cristo, y dice: "Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre del Señor Jesucristo, y se os perdonarán vuestros pecados" (Hech. II, 38). Y criaron gemelos, es decir, las obras de los dos preceptos de la caridad gemela, el amor a Dios y el amor al prójimo: por lo cual no había estéril entre ellas. De detrás de estas ovejas que amamantan fue tomado nuestro David, ahora pastorea otros rebaños entre los gentiles, y a ellos Jacob e Israel: pues así se dijo, "Pastorear a Jacob su siervo, e Israel su heredad". Pues no porque estas ovejas sean de los gentiles, están por eso alienadas de aquella semilla, que es Jacob e Israel. Pues es la semilla de Abraham, la semilla de la promesa, de la cual el Señor le dijo: "En Isaac te será llamada descendencia" (Gén. XXI, 12). Lo cual el Apóstol explica: "No los hijos de la carne, sino los hijos de la promesa son contados como descendencia" (Rom. IX, 8). Pues de los gentiles eran los fieles a quienes decía: "Y si vosotros sois de Cristo, entonces sois descendencia de Abraham, herederos según la promesa" (Gál. III, 29). Lo que dice, "Jacob su siervo, e Israel su heredad", la Escritura repitió la misma sentencia a su manera. A menos que alguien quiera distinguir así, que en este tiempo Jacob sirve; pero entonces será la heredad eterna de Dios cuando vea a Dios cara a cara, de donde recibió el nombre de Israel (Gén. XXXII, 28).

45. [vers. 72.] "Y los pastoreó", dice, "con la inocencia de su corazón". ¿Qué más inocente que aquel que no tenía ningún pecado, no solo del que pudiera ser vencido, sino tampoco que pudiera vencer? "Y con la inteligencia de sus manos los guió": o, como tienen algunos códices, "con las inteligencias de sus manos". Otro podría pensar que más congruentemente se podría haber dicho, "Con la inocencia de las manos y la inteligencia del corazón": pero este, que sabía más que otros lo que hablaba, prefirió añadir la inocencia al corazón, y la inteligencia a las manos. Esto, en mi opinión, porque muchos se consideran inocentes, que no hacen el mal, cuando temen sufrir si lo hicieran; pero querrían hacerlo, si pudieran impunemente. Tales pueden parecer tener la inocencia de las manos, pero no del corazón. Y ¿qué o cuál es esa inocencia, si no es del corazón, donde el hombre fue hecho a imagen de Dios? Lo que dice, "Con la inteligencia", o "inteligencia de sus manos los guió", me parece que se refiere a la inteligencia que él mismo hace en los creyentes; por eso "de sus manos": pues hacer pertenece a las manos: pero como pueden entenderse las manos de Dios, porque también Cristo es así hombre, como también Dios. Esto ciertamente no podía hacerlo aquel David, de cuyo linaje es este, en el pueblo sobre el cual reinaba como hombre; pero lo hace aquel a quien justamente el alma fiel puede decir: "Hazme entender, y escudriñaré tu ley" (Sal. CXVIII, 34). Por tanto, para no errar de él, mientras confiamos en nuestra inteligencia, como si fuera de nosotros, sometámonos a sus manos creyendo. Que él mismo la haga en nosotros, para que con la inteligencia de sus manos nos guíe sacados del error, y nos lleve donde ya no podamos errar. Este es el fruto del pueblo de Dios, atendiendo a la ley de Dios, e inclinando su oído a las palabras de su boca, para que dirija en él su corazón, y esté con él su espíritu confiado, para que no se transforme en una generación perversa y amarga; sino que, habiéndole anunciado todas estas cosas, no solo para la vida presente, sino también para la eterna, y no solo para recibir las recompensas de las buenas obras, sino también para hacer las mismas buenas obras, ponga su esperanza en Dios.

EN LA EXPLICACIÓN DEL SALMO LXXVIII.

1. [vers. 1.] No creo necesario detenerme en el título de este salmo, tan breve y simple. La profecía que aquí leemos anticipada, sabemos claramente que se ha cumplido. Pues cuando estas cosas se cantaban en tiempos del rey David, aún no había ocurrido tal adversidad de las naciones a la ciudad de Jerusalén, ni al templo de Dios, que ni siquiera estaba construido aún. Pues ¿quién no sabe que después de la muerte de David, su hijo Salomón hizo el templo a Dios? Se dice, por tanto, como pasado, lo que en espíritu se veía como futuro: "Dios, han venido las naciones a tu heredad". Esta forma de hablar también se profetizó sobre la pasión del Señor, "Dieron en mi comida hiel, y en mi sed me dieron a beber vinagre" (Sal. LXVIII, 22); y otras cosas que en el mismo salmo se narran como hechas, aunque eran futuras. Tampoco es de extrañar que estas cosas se digan a Dios. No se le indican a un ignorante, sino a quien revela lo que se presiente; pero el alma habla con Dios con el afecto de piedad que Dios conoce. Pues los ángeles anuncian a los hombres lo que ignoran; pero lo que anuncian a Dios, lo anuncian a quien lo sabe, cuando le ofrecen nuestras oraciones, y de manera inefable consultan la verdad eterna sobre sus actos, como una ley inmutable. Y este hombre de Dios dice a Dios lo que aprende de Dios, como un discípulo a un maestro no ignorante, sino juez; y así, o aprobando lo que enseñó, o reprendiendo lo que no enseñó: especialmente porque el Profeta, bajo la apariencia de quien ora, se transfigura en aquellos que habrían de ser cuando estas cosas sucedieran. En la oración se suelen decir a Dios las cosas que ha hecho vengándose, y se añade la petición para que ya tenga misericordia y perdone. De este modo, aquí se dicen por quien se predicen, como si las dijieran aquellos a quienes les sucedieron; y esa misma lamentación y súplica es profecía.

2. "Dios, han venido las naciones a tu heredad; han profanado tu santo templo, han puesto a Jerusalén en custodia de frutos. Han puesto los cadáveres de tus siervos como alimento para las aves del cielo, las carnes de tus santos para las bestias de la tierra. Han derramado su sangre como agua alrededor de Jerusalén, y no había quien los sepultara". Si en esta profecía alguien de nosotros pensara que se debe entender aquella devastación de Jerusalén que ocurrió bajo Tito, el emperador romano, cuando ya el Señor Jesucristo, después de su resurrección y ascensión, era predicado entre las naciones; no se me ocurre cómo podría decirse que ya aquel pueblo era la heredad de Dios, no teniendo a Cristo, a quien rechazaron y mataron, y se hicieron reprobos, al no querer creer en él ni siquiera después de su resurrección, y además mataron a sus mártires. De aquel pueblo de Israel, quienes creyeron en Cristo, a quienes se les hizo la presentación de Cristo, y de alguna manera la devolución de la promesa saludable y fructuosa, de quienes el mismo Señor dice: "No he sido enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel" (Mat. XV, 24), ellos son de los hijos de la promesa, ellos son contados como descendencia (Rom. IX, 8), ellos pertenecen a la heredad de Dios. De aquí son José, hombre justo, y la virgen María que dio a luz a Cristo (Mat. I, 16): de aquí Juan el Bautista, amigo del esposo, y sus padres Zacarías e Isabel (Luc. I, 5): de aquí el anciano Simeón y la viuda Ana, quienes conocieron a Cristo no por el sentido del cuerpo, sino por el espíritu, cuando aún era un niño que no hablaba (Id. II, 25, 36): de aquí los bienaventurados apóstoles: de aquí Natanael, en quien no había engaño (Juan I, 47): de aquí otro José, que también esperaba el reino de Dios (Id. XIX, 38, y Luc. XXIII, 51): de aquí aquella gran multitud que precedía y seguía a su jumento, diciendo: "Bendito el que viene en el nombre del Señor" (Mat. XXI, 9); en la cual estaba también la congregación de niños en quienes dijo que se cumplió: "De la boca de los niños y de los que maman perfeccionaste la alabanza" (Sal. VIII, 3). De aquí también aquellos después de su resurrección, de los cuales en un día se bautizaron tres mil, y en otro cinco mil (Hech. II, 41, y IV, 4), fundidos en un solo espíritu y un solo corazón por el fuego de la caridad; de los cuales ninguno decía que algo era propio, sino que tenían todas las cosas en común (Id. IV, 32): de aquí los santos diáconos, de los cuales Esteban fue coronado mártir antes que los apóstoles (Id. VII, 58): de aquí tantas iglesias de Judea que estaban en Cristo, a las cuales Pablo era desconocido de rostro (Gál. I, 22), pero conocido por su famosísima saña, y más conocido por la misericordiosísima gracia de Cristo: de aquí también él mismo, según la profecía que se le anticipó, "Lobo rapaz, que arrebató por la mañana, y por la tarde reparte la presa" (Gén. XLIX, 27), es decir, primero arrebatando como perseguidor para la muerte, después pastoreando como predicador para la vida. Estos eran de aquel pueblo la heredad de Dios. Por eso dice el mismo apóstol, el menor de los apóstoles (I Cor. XV, 9), doctor de los gentiles: "Digo, pues, ¿ha desechado Dios a su pueblo? En ninguna manera. Porque también yo soy israelita, de la descendencia de Israel, de la tribu de Benjamín. No ha desechado Dios a su pueblo, al cual conoció de antemano". Este pueblo que de aquella gente se unió al cuerpo de Cristo, es la heredad de Dios. Pues lo que dice el Apóstol, "No ha desechado Dios a su pueblo, al cual conoció de antemano", responde a aquel salmo donde está escrito: "Porque no desechará el Señor a su pueblo" (Sal. XCIII, 14); donde evidentemente aparece que tal pueblo es la heredad de Dios. Pues para decir esto el Apóstol, había mencionado antes el testimonio profético sobre la incredulidad futura del pueblo de Israel: "Todo el día extendí mis manos a un pueblo rebelde y contradictor" (Rom. X, 21, e Is. LXV, 2). Aquí, pues, para que nadie entienda mal, pensando que todo aquel pueblo fue condenado por el crimen de incredulidad y contradicción, inmediatamente añadió: "Digo, pues, ¿ha desechado Dios a su pueblo? En ninguna manera. Porque también yo soy israelita, de la descendencia de Israel, de la tribu de Benjamín". Aquí mostró qué pueblo decía, ciertamente del pueblo anterior, que si Dios lo hubiera reprobado y condenado totalmente, él no sería apóstol de Cristo, siendo israelita de la descendencia de Abraham, de la tribu de Benjamín. Añade, además, un testimonio muy

necesario, diciendo: "¿O no sabéis qué dice la Escritura de Elías, cómo invoca a Dios contra Israel? Señor, han matado a tus profetas, han derribado tus altares, y yo he quedado solo, y buscan mi vida. Pero, ¿qué le dice la respuesta divina? Me he reservado siete mil hombres que no han doblado la rodilla ante Baal. Así también en este tiempo ha quedado un remanente escogido por gracia". Este remanente es de aquella gente la heredad de Dios; no aquellos de quienes poco después dice: "Los demás fueron endurecidos". Pues así dice: "¿Qué, pues? Lo que buscaba Israel, no lo ha alcanzado; pero los escogidos lo han alcanzado, y los demás fueron endurecidos" (Rom. XI, 1-7). Esta elección, este remanente, este pueblo de Dios que Dios no desechó, es su heredad. En aquel Israel que no alcanzó esto, en aquellos demás endurecidos, ya no estaba la heredad de Dios de la que se pudiera decir, después de la glorificación de Cristo en los cielos, en tiempos de Tito el emperador, "Dios, han venido las naciones a tu heredad", y las demás cosas que parecen ser predichas en este salmo sobre la devastación de aquel pueblo y templo y ciudad.

3. Por tanto, o debemos entender las cosas que sucedieron por otros enemigos, antes de que Cristo viniera en carne (pues no había otra heredad de Dios entonces, donde también estaban los santos profetas, cuando ocurrió la deportación a Babilonia, y la nación fue gravemente devastada [IV Rey. XXIV, 14]; y bajo Antíoco también los Macabeos sufrieron horriblemente, y fueron gloriosamente coronados [II Mac. VII]. Pues se dicen en este salmo cosas que suelen suceder también en la destrucción de guerras); o ciertamente, si después de la resurrección y ascensión del Señor se debe entender aquí la heredad de Dios mencionada; se deben entender las cosas que la Iglesia de Cristo sufrió en tanta multitud de mártires, por parte de los adoradores de ídolos y enemigos del nombre de Cristo. Aunque Asaf se interprete como Sinagoga, que es congregación, y ese nombre más comúnmente se haya asentado en la gente de los judíos; sin embargo, también esta Iglesia puede llamarse congregación, y aquel pueblo antiguo fue llamado Iglesia, ya lo hemos mostrado suficientemente en otro salmo. Esta Iglesia, por tanto, esta heredad de Dios, está congregada de la circuncisión y del prepucio, es decir, del pueblo de Israel y de las demás naciones, por la piedra que desecharon los edificadores, y que se convirtió en la cabeza del ángulo (Sal. CXVII, 22); en el cual ángulo, como si dos paredes que vienen de diverso se unieran. Él es nuestra paz, que hizo de ambos uno, para crear en sí mismo un solo hombre nuevo, haciendo la paz, y reconciliar a ambos en un solo cuerpo a Dios (Efes. II, 14-16); en el cual cuerpo somos hijos de Dios, clamando, Abba, Padre (Rom. VIII, 15, y Gál. IV, 6): Abba por su lengua, Padre por la nuestra; esto es Abba, lo que Padre. Por eso el Señor que dijo, "No he sido enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel" (Mat. XV, 24), mostrando que a aquella gente se le devolvió la promesa de su presencia; sin embargo, dijo en otro lugar, "Tengo otras ovejas que no son de este redil; también a ellas debo traer, para que haya un solo rebaño y un solo pastor" (Juan X, 16): significando a las naciones, que iba a traer, no por su presencia corporal, para que aquello sea verdad, "No he sido enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel"; pero sin embargo, por su Evangelio, que iban a diseminar "los hermosos pies de los que anuncian la paz, de los que anuncian cosas buenas" (Rom. X, 15): "Porque en toda la tierra ha salido su sonido, y hasta los confines del mundo sus palabras" (Sal. XVIII, 5). De aquí también dice el Apóstol, "Digo, pues, que Cristo Jesús fue hecho ministro de la circuncisión por la verdad de Dios, para confirmar las promesas hechas a los padres": he aquí lo que es, "No he sido enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel". Luego añade el Apóstol, "Y para que los gentiles glorifiquen a Dios por su misericordia": he aquí lo que es, "Tengo otras ovejas que no son de este redil; también a ellas debo traer, para que haya un solo rebaño y un solo pastor". Lo cual se dijo brevemente en lo que el mismo apóstol recuerda del profeta: "Alégrense, naciones, con su pueblo" (Rom. XV, 8-10). Este, por tanto, un solo rebaño bajo un solo pastor, es la heredad de Dios, no solo del Padre, sino también del

Hijo. Pues es voz del Hijo, "Las cuerdas me cayeron en lugares deleitosos, y es hermosa la heredad que me ha tocado" (Sal. CXV, 6): y es voz de esa heredad en el profeta, "Señor Dios nuestro, poséenos" (Is. XXVI, 13, según LXX). Esta heredad no la dejó el Padre al Hijo al morir; sino que el mismo Hijo la adquirió maravillosamente con su muerte, y la poseyó con su resurrección.

4. Si, por tanto, se debe entender que lo que se canta en la profecía de este salmo se refiere a esto, "Dios, han venido las naciones a tu heredad", para que entendamos que las naciones han venido a la Iglesia, no creyendo, sino persiguiendo, es decir, invadiéndola con la voluntad de destruirla y aniquilarla por completo, como lo han mostrado tantos ejemplos de persecuciones; es necesario que lo que sigue, "Han profanado tu santo templo", no se entienda en maderas y piedras, sino en las mismas personas, de las cuales, como piedras vivas, el apóstol Pedro dice que se construye la casa de Dios (I Pedro II, 5). De donde también el apóstol Pablo dice claramente, "El templo de Dios es santo, y ese templo sois vosotros" (I Cor. III, 17). Este templo, por tanto, los perseguidores lo profanaron en aquellos a quienes obligaron, aterrorizando o torturando, a negar a Cristo y a suplicar a los ídolos, insistiendo vehementemente: muchos de los cuales fueron restaurados por el arrepentimiento y limpiados de aquella contaminación. Pues la voz del penitente es: "Y límpiame de mi delito"; y, "Crea en mí, Dios, un corazón puro, y renueva un espíritu recto dentro de mí" (Salmo L, 4, 12). Ahora bien, lo que sigue, "Pusieron a Jerusalén en custodia de frutos": y la misma Iglesia se entiende correctamente con este nombre, "Jerusalén libre, nuestra madre, de la cual está escrito, Alégrate, estéril que no das a luz, rompe y clama, tú que no tienes dolores de parto; porque muchos son los hijos de la desolada, más que de la que tiene marido" (Gál. IV, 26, e Isaías LIV, 1). "En custodia de frutos", lo que se ha dicho, creo que debe entenderse como la desolación que causó la devastación de la persecución: es decir, como una custodia de frutos; porque las custodias de frutos se abandonan cuando los frutos han pasado. Y ciertamente, cuando la Iglesia parecía desierta por los gentiles que la perseguían, muchos y muy dulces frutos, como de un huerto del Señor, pasaron a la mesa celestial de los espíritus de los mártires.

5. [vers. 2.] "Pusieron", dice, "los cadáveres de tus siervos como alimento para las aves del cielo, las carnes de tus santos para las bestias de la tierra". Lo que se ha dicho, "cadáveres", se repite como "carnes"; y lo que se ha dicho, "de tus siervos", se repite como "de tus santos": solo se ha variado, "para las aves del cielo", y "para las bestias de la tierra". Ciertamente, han interpretado mejor quienes pusieron "cadáveres", que como algunos "mortales". Pues "cadáveres" no se dice sino de los muertos; "mortales", en cambio, es también el nombre de los cuerpos vivos. Así que, como dije, cuando los espíritus de los mártires pasaron como frutos a su agricultor, pusieron sus cadáveres y sus carnes para las aves del cielo y las bestias de la tierra: como si algo de ellos se perdiera para la resurrección, cuando aquel que tiene contados hasta nuestros cabellos lo restaurará todo desde los ocultos senos de la naturaleza (Mat. X, 30).

6. [vers. 3.] "Derramaron su sangre como agua", es decir, abundantemente y vilmente: "alrededor de Jerusalén". Si aquí tomamos Jerusalén como la ciudad terrenal, entendemos que su sangre fue derramada alrededor de ella, a quienes los enemigos pudieron encontrar fuera de los muros. Pero si entendemos aquella Jerusalén de la que se ha dicho, "Muchos son los hijos de la desolada, más que de la que tiene marido", su circuito es por toda la tierra: pues en esa lectura profética, donde está escrito, "Muchos son los hijos de la desolada, más que de la que tiene marido", poco después se le dice, "Y el que te redime será llamado Dios de toda la tierra" (Isaías LIV, 1, 5). Por tanto, el circuito de esta Jerusalén en este salmo debe entenderse

hasta donde entonces había sido extendida la misma Iglesia, fructificando y creciendo en todo el mundo, cuando en toda su parte la persecución arreciaba, y la matanza de los mártires, cuya sangre se derramaba como agua, se convertía en grandes ganancias de tesoros celestiales. Lo que se ha añadido, "Y no había quien los enterrara": o no debe parecer increíble que hubiera un terror tan grande en algunos lugares, que no existiera absolutamente nadie para enterrar los cuerpos de los santos; o ciertamente porque los cadáveres insepultos pudieron yacer en muchos lugares durante mucho tiempo, hasta que de alguna manera fueron furtivamente enterrados por los piadosos.

7. [vers. 4.] "Nos hemos convertido", dice, "en oprobio para nuestros vecinos". Por eso es preciosa, no a los ojos de los hombres, de quienes era este oprobio, sino a los ojos del Señor la muerte de sus santos (Salmo CXV, 15). "Escarnio y burla": o, como algunos han interpretado, "mofa", para aquellos que están a nuestro alrededor. Es una repetición de la sentencia anterior: pues lo que se ha dicho antes, "oprobio", se repite como "escarnio y burla"; y lo que se ha dicho antes, "para nuestros vecinos", se repite como "para aquellos que están a nuestro alrededor". Por tanto, según la Jerusalén terrenal, los vecinos y los que están alrededor de su gente, ciertamente se entienden como otras naciones: pero según la Jerusalén libre, nuestra madre, los vecinos son y están a su alrededor, entre quienes la Iglesia habita entre sus enemigos en el circuito del mundo.

8. [vers. 5.] Luego, ya derramando una oración manifiesta, de donde se entiende que la conmemoración de la aflicción anterior no es como una indicación, sino una lamentación: "¿Hasta cuándo, Señor, te enojarás para siempre, arderá como fuego tu celo?" Ruega, sin duda, que Dios no se enoje para siempre, es decir, que aquella gran presión, tribulación y devastación no persista hasta el fin; sino que modere su corrección, según lo que se dice en otro salmo: "Nos alimentará con pan de lágrimas, y nos dará a beber lágrimas en abundancia" (Salmo LXXIX, 6). Pues, "¿hasta cuándo, Señor, te enojarás para siempre?" se ha dicho como si se dijera, No te enojas, Señor, para siempre. Y en lo que sigue, "Arderá como fuego tu celo", se debe entender ambos, "¿hasta cuándo?" y "para siempre"; como si se dijera, ¿Hasta cuándo arderá como fuego tu celo para siempre? Pues aquí se deben entender estas dos cosas, como arriba se entendía una sola cosa que se dijo, "pusieron": pues aunque la primera sentencia tiene, "Pusieron los cadáveres de tus siervos como alimento para las aves del cielo", esta palabra no la tiene la posterior, donde se ha dicho, "Las carnes de tus santos para las bestias de la tierra"; pero se entiende sin duda lo que tiene la anterior, "pusieron". La ira y el celo de Dios, por cierto, no son perturbaciones de Dios, como algunos acusan a las Escrituras que no entienden: sino que con el nombre de ira se entiende la venganza de la iniquidad; con el nombre de celo, la exigencia de castidad, para que el alma no desprecie la ley de su Señor, y se pierda de su Dios fornicando. Estas cosas, por tanto, en su efecto en la aflicción de los hombres son turbulentas; pero en la disposición de Dios son tranquilas, a quien se le ha dicho: "Tú, Señor de las virtudes, juzgas con tranquilidad" (Sab. XII, 18). Sin embargo, con estas palabras se muestra suficientemente que estas tribulaciones ocurren a los hombres, aunque sean fieles, por sus pecados; aunque de esto florezca la gloria de los mártires por el mérito de la paciencia, y se sostenga piadosamente en el castigo del Señor con la moderación de la disciplina. Esto lo testifican los Macabeos entre los crueles tormentos (II Mac. VII), los tres jóvenes entre las llamas inocuas (Dan. III, 21), los santos profetas en la cautividad. Pues aunque soportan con gran fortaleza y piedad la corrección paterna; no callan que estas cosas suceden por los méritos de los pecados: pues esta es la voz de ellos también en los Salmos, "El Señor me ha corregido, pero no me ha entregado a la muerte" (Salmo CXVII, 18). Pues azota a todo hijo que recibe: y ¿quién es el hijo a quien su padre no da disciplina? (Hebr. XII, 6, 7).

9. [vers. 6.] Lo que añade, "Derrama tu ira sobre las naciones que no te conocen, y sobre los reinos que no invocaron tu nombre", también es una profecía, no un deseo. Estas cosas no se dicen con un voto de malevolencia, sino que se predicen con espíritu previsor; como de Judas el traidor, los males que le iban a suceder por sus méritos fueron profetizados, como si hubieran sido deseados. Pues así como el Profeta no manda a Cristo, aunque pronuncie en modo imperativo lo que dice, "Ciñe tu espada alrededor de tu muslo, poderoso; con tu esplendor y tu hermosura, y avanza, y prospera, y reina" (Salmo XLIV, 4 y 5): así no desea, sino que profetiza quien dice, "Derrama tu ira sobre las naciones que no te conocen". Lo que repite a su manera, diciendo, "Y sobre los reinos que no invocaron tu nombre": pues las naciones se repiten por los reinos; y lo que no lo conocieron, se repite por esto, que no invocaron su nombre. ¿Cómo, entonces, se debe entender lo que dice el Señor en el Evangelio, "El siervo que no conoce la voluntad de su señor, y hace cosas dignas de azotes, será azotado con pocos; pero el siervo que conoce la voluntad de su señor, y hace cosas dignas de azotes, será azotado con muchos" (Luc. XII, 48, 47), si la ira de Dios es mayor sobre las naciones que no conocieron al Señor? Pues en lo que dice, "Derrama tu ira", con esta palabra indicó suficientemente cuánta ira quiso que se entendiera: de donde después dice, "Devuelve a nuestros vecinos siete veces tanto". ¿O es que hay mucha diferencia entre los siervos, que aunque no conocen la voluntad de su Señor, sin embargo invocan su nombre, y los ajenos a la familia de tan gran padre de familia, que así ignoran a Dios, que ni siquiera lo invocan? Pues invocan en su lugar ya sea ídolos, o demonios, o cualquier criatura; no al Creador, que es bendito por los siglos. Pues no significa a estos, de quienes profetiza esto, como ignorantes de la voluntad de su Señor, pero que sin embargo temen al mismo Señor; sino como ignorantes del mismo Señor, que ni siquiera lo invocan, y son enemigos de su nombre. Hay, por tanto, mucha diferencia entre los siervos que no conocen la voluntad de su Señor, y sin embargo viven en su familia y en su casa, y los enemigos que no solo no quieren conocer al mismo Señor, sino que tampoco invocan su nombre, y además atacan a sus siervos.

10. [vers. 7.] Finalmente, sigue: "Porque devoraron a Jacob, y desolaron su lugar". Jacob, en efecto, llevó la figura de la Iglesia, como Esaú la de la antigua Sinagoga; de donde se dijo: "Y el mayor servirá al menor" (Gen. XXV, 23). En este nombre puede entenderse la heredad de Dios, de la que hablábamos, a la que las naciones vinieron a invadir y devastar después de la resurrección y ascensión del Señor, persiguiendo. Pero, "el lugar de Jacob", cómo lo entendamos es necesario considerar. Pues más bien el lugar de Jacob puede considerarse aquella ciudad en la que estaba también el templo al que el Señor había mandado que toda aquella gente se reuniera para sacrificar y adorar y celebrar la Pascua. Pues si el Profeta quisiera entender los encuentros de los cristianos prohibidos y reprimidos por los perseguidores, parecería que debería haber dicho lugares desolados, no lugar. Pero podemos tomar el número singular por el plural, como vestimenta por vestimentas, soldado por soldados, ganado por ganados: muchas cosas de este tipo se dicen, y no solo en el habla común, sino también en la elocuencia de los autores más elocuentes. Y esta forma de hablar no es ajena a la misma Escritura divina: pues ella misma ha puesto rana por ranas, langosta por langostas (Salmo LXXVII, 45), y innumerables cosas semejantes. Lo que se ha dicho, "Devoraron a Jacob", se entiende bien como que muchos fueron obligados a pasar a su maligno cuerpo, es decir, a su sociedad, aterrorizándolos.

11. [vers. 8.] Sin embargo, recuerda que, aunque a ellos se les deben devolver cosas dignas de la ira de Dios por el mérito de su pésima voluntad, no pudieron hacer nada contra su heredad, a menos que él mismo quisiera flagelarla para corregirla por sus pecados. De donde añade: "No recuerdes las iniquidades antiguas nuestras". No dice pasadas, que podrían ser también

más recientes; sino "antiguas", es decir, venidas de los padres: a tales iniquidades se les debe condenación, no corrección. "Anticipennos pronto tus misericordias". Anticipennos, sin duda, para tu juicio: pues "la misericordia se exalta sobre el juicio"; pero "el juicio sin misericordia", pero "para aquel que no hizo misericordia" (Santiago II, 13). Lo que añade, "Porque hemos sido muy empobrecidos", quiere que se entienda que las misericordias de Dios nos anticipen, para que nuestra pobreza, es decir, nuestra debilidad, sea ayudada por su misericordia para cumplir sus mandamientos, para que no lleguemos a su juicio para ser condenados.

12. [vers. 9.] Por eso sigue: "Ayúdanos, Dios, nuestro Salvador". Con esta palabra que dice, "nuestro Salvador", expone suficientemente qué pobreza quiso que se entendiera en lo que dijo, "Porque hemos sido muy empobrecidos": pues es precisamente la debilidad para la que es necesario un Salvador. Cuando quiere que seamos ayudados, no es ingrato a la gracia, ni quita el libre albedrío: pues quien es ayudado, también por sí mismo hace algo. Añadió también, "Por la gloria de tu nombre, Señor, libranos", para que quien se gloria, no se gloríe en sí mismo, sino en el Señor (I Cor. I, 31). "Y sé propicio", dice, "a nuestros pecados por tu nombre": no por nosotros; pues ¿qué otra cosa merecen nuestros pecados, sino castigos debidos y dignos? pero "sé propicio a nuestros pecados por tu nombre". Así, pues, nos liberas, es decir, nos rescatas de los males, cuando nos ayudas a hacer justicia, y eres propicio a nuestros pecados, sin los cuales no estamos en esta vida: "Porque no se justificará en tu presencia ningún viviente" (Salmo CXLII, 2). Pero el pecado es iniquidad (I Juan III, 4); y "si observas las iniquidades, ¿quién podrá sostenerse?" (Salmo CXXIX, 3).

13. [vers. 10.] Lo que añade, "No sea que digan entre las naciones, ¿Dónde está su Dios?", debe entenderse más bien en beneficio de las mismas naciones. Pues perecen mal quienes han desesperado del verdadero Dios, pensando que o no existe, o no ayuda a los suyos, ni les es propicio. Lo que sigue, "Y que se conozca entre las naciones ante nuestros ojos la venganza de la sangre de tus siervos que fue derramada", se entiende ya sea cuando creen en el verdadero Dios, quienes perseguían su heredad; porque también esa es venganza, cuando su cruel iniquidad es destruida por la espada de la palabra de Dios, de la que se ha dicho, "Ciñe tu espada" (Salmo XLIV, 4); o cuando los enemigos perseverantes son castigados al final. Pues los males corporales que sufren en este mundo, pueden compartirlos con los buenos. Hay también otro tipo de venganza, cuando el pecador, el incrédulo y el enemigo ve la expansión y fecundidad de la Iglesia en este mundo, después de tantas persecuciones en las que pensaban que iba a perecer por completo, y se enoja, rechina los dientes y se consume (Salmo CXI, 10): ¿quién se atrevería a negar que esta también es una gravísima pena? Pero no sé si se entiende suficientemente bien lo que dice, "ante nuestros ojos", si entendemos este tipo de pena que se lleva a cabo en lo íntimo del corazón, y atormenta incluso a aquellos que nos sonríen aduladoramente, y no puede ser visto por nosotros lo que sufren en el hombre interior. Sin embargo, lo que se dice ya sea cuando su iniquidad es destruida al creer ellos, o cuando se les devuelve el último castigo perseverando en la maldad, se entiende sin escrúpulo de cuestión, "Que se conozca ante nuestros ojos la venganza en las naciones".

14. Y esto, como hemos dicho, es profecía, no deseo: pero debido a lo que está escrito en el Apocalipsis, que los mártires bajo el altar claman a Dios diciendo: "¿Hasta cuándo, Señor, no vengarás nuestra sangre?" (Apoc. VI, 9, 10), no debe pasarse por alto cómo debe entenderse; no sea que se crea que los santos desean venganza para saciar su odio, lo cual está muy lejos de su perfección. Sin embargo, está escrito: "Se alegrará el justo cuando vea la venganza de los impíos; lavará sus manos en la sangre del pecador" (Sal. LVII, 11); y el Apóstol dice: "No os venguéis vosotros mismos, amados, sino dejad lugar a la ira; porque está escrito: Mía es la

venganza, yo pagaré, dice el Señor" (Rom. XII, 19). Así que tampoco él manda que no deseen ser vengados, sino que no se venguen a sí mismos, dejando lugar a la ira de Dios, quien dijo: "Mía es la venganza, yo pagaré". Y el Señor en el Evangelio propone la parábola de la viuda que, deseando ser vengada, interpelaba al juez injusto, quien finalmente, no por justicia, sino vencido por el tedio, la escuchó (Luc. XVIII, 3-5): esto lo propuso el Señor para mostrar que mucho más Dios, siendo justo, hará pronto justicia a sus elegidos, que claman a Él día y noche. De ahí también el clamor de los mártires bajo el altar de Dios, para que sean vengados por el juicio de Dios. ¿Dónde queda entonces aquello de "Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odian, y orad por los que os persiguen" (Mat. V, 44)? ¿Dónde queda aquello de "No devolviendo mal por mal, ni maldición por maldición" (I Ped. III, 9); y "No devolviendo a nadie mal por mal" (Rom. XII, 17)? Pues si no se debe devolver mal por mal a nadie, no solo no se debe devolver un mal hecho por un mal hecho, sino tampoco un mal deseo por un hecho o deseo malo. Devuelve un mal deseo quien, aunque no se venga a sí mismo, espera y desea que Dios castigue a su enemigo. Por tanto, cuando tanto el justo como el malvado desean ser vengados por el Señor de sus enemigos, ¿en qué se diferencian, sino en que el justo desea más que su enemigo se corrija que sea castigado; y cuando ve que es vengado por el Señor, no se deleita en su castigo, porque no lo odia, sino en la justicia divina, porque ama a Dios? Finalmente, si es vengado en este mundo, se alegra por él si se corrige; o al menos por los demás, para que teman imitarlo. Él mismo se mejora, no alimentando su odio con el castigo de aquel, sino corrigiendo sus errores. Así, la alegría del justo al ver la venganza no proviene de la malicia, sino de la benevolencia, y lava sus manos, es decir, hace sus obras más puras en la sangre, es decir, en la destrucción del pecador; tomando de ahí no el gozo del mal ajeno, sino el ejemplo de la advertencia divina. Pero si es vengado en el juicio final de Dios en el mundo futuro, le agrada lo que a Dios; para que no les vaya bien a los malos, para que los impíos no disfruten de las recompensas de los piadosos: lo cual ciertamente es injusto y ajeno a la regla de la verdad, que el justo ama. Pues cuando el Señor nos exhortaba a amar a nuestros enemigos, propuso el ejemplo de nuestro Padre que está en los cielos, "que hace salir su sol sobre buenos y malos, y llueve sobre justos e injustos" (Mat. V, 45); pero, ¿acaso por eso no corrige con reprensiones temporales, o no condena al final a los obstinadamente duros? Así, pues, el enemigo debe ser amado, de modo que no desagrade la justicia del Señor que lo castiga; y así debe agradar la justicia que lo castiga, para que no se goce del mal de él, sino del buen juez. El ánimo malicioso se entristece si su enemigo, corregido, escapa del castigo: y cuando lo ve castigado, se alegra de ser vengado, no por la justicia de Dios, a quien no ama, sino por la miseria de aquel a quien odia: y cuando deja el juicio a Dios, desea que Dios le haga más daño del que él podría hacerle: y cuando da comida al enemigo hambriento, y bebida al sediento, maliciosamente interpreta lo que está escrito: "Porque haciendo esto, amontonarás carbones de fuego sobre su cabeza". Actúa así para agravar más, y excitar en él la indignación de Dios, que cree que se significa con los carbones de fuego; no entendiendo que ese fuego es el dolor ardiente de la penitencia, hasta que la cabeza erguida por la soberbia, por los beneficios del enemigo, se deposite en la saludable humildad, y en el bien de aquel se venza el mal de este. Por eso el Apóstol añadió vigilante: "No te dejes vencer por el mal, sino vence con el bien el mal" (Rom. XII, 20, 21). ¿Cómo puede vencer con el bien el mal en la superficie el bueno, y en lo profundo el malo; quien con la obra perdona, y con el corazón es cruel; con la mano es manso, con la voluntad es cruel? Así, pues, en apariencia de quien pide en este salmo se profetiza la futura venganza sobre los impíos, para que entendamos que los santos hombres de Dios amaron a sus enemigos, y no quisieron para nadie sino el bien, que es la piedad en este mundo, la eternidad en el futuro: y en los castigos de los malos, no se deleitaron en sus males, sino en los buenos juicios de Dios; y dondequiera que en las santas Escrituras se leen

sus odios hacia los hombres, fueron odios hacia los vicios, que cada uno debe odiar en sí mismo, si se ama a sí mismo.

15. [vers. 11.] Ahora bien, lo que sigue, "Entre ante tu presencia", o como tienen otros códices, "en tu presencia el gemido de los encadenados": no se encuentra fácilmente a los santos encadenados por los perseguidores; y si ocurrió en tan gran y múltiple variedad de penas, ocurrió tan raramente, que no se debe creer que el Profeta eligiera recordar esto principalmente en este verso. Pero ciertamente los grilletes son la debilidad y la corrupción del cuerpo, que agobian el alma. Pues por su fragilidad, como una materia de ciertos dolores y molestias, el perseguidor podía forzar a la impiedad. De estos grilletes deseaba el Apóstol ser liberado, y estar con Cristo; pero permanecer en la carne era necesario por aquellos a quienes ministraba el Evangelio (Filip. I, 23). Mientras este cuerpo corruptible se revista de incorrupción, y este mortal se revista de inmortalidad (I Cor. XV, 53), la carne débil impide al espíritu dispuesto como con grilletes. Estos grilletes no los sienten sino aquellos que gimen en sí mismos agobiados (II Cor. V, 4), deseando ser revestidos con la morada que es de los cielos, porque tanto la muerte es horrorosa, como la vida mortal es triste. Por estos que gimen, el Profeta gime, para que el gemido de ellos entre en la presencia de Dios. También pueden entenderse como encadenados aquellos que están ligados por los preceptos de la sabiduría, que soportados pacientemente se convierten en ornamentos; de donde está escrito: "Pon tu pie en sus grilletes" (Ecli. VI, 25). Según la grandeza, dice, "de tu brazo, recibe en adopción a los hijos de los muertos", o como se lee en otros códices, "posee a los hijos de los castigados con muerte". Donde me parece que la Escritura muestra suficientemente cuál fue el gemido de los encadenados, que por el nombre de Cristo sufrieron gravísimas persecuciones, que en este salmo se profetizan clarísimamente. Pues estando en diversas pasiones, oraban por la Iglesia, para que su sangre no fuera infructuosa para los que vendrían después; para que la mies del Señor, de donde los enemigos pensaban que perecería, brotara más fértilmente. Pues llama "hijos de los muertos" a aquellos que no solo no se atemorizaron por las pasiones de los que los precedieron, sino que en aquel por cuyo nombre sabían que ellos habían sufrido, encendidos por la gloria de ellos para imitarles, creyeron en numerosísimos grupos. Por eso dijo, "Según la grandeza de tu brazo". Pues siguió un hecho tan grande en los pueblos cristianos, que aquellos que pensaban que algo lograban persiguiendo, de ningún modo creyeron que seguiría.

16. [vers. 12.] "Devuelve", dice, "a nuestros vecinos siete veces tanto en sus senos". No desea males; sino que predice lo justo, y profetiza lo que ha de venir. Con el número septenario, es decir, con la retribución séptupla, quiere que se entienda la perfección del castigo, porque con este número suele significarse la plenitud. De donde también está aquello en los bienes, "Recibirá en este siglo siete veces tanto" (Mar. X, 30): lo cual se pone por todo; "Como no teniendo nada, y poseyéndolo todo" (II Cor. VI, 10). Dice vecinos, porque entre ellos habita la Iglesia hasta el día de la separación: pues ahora no se hace la separación corporal. Dice "en sus senos", ciertamente ahora en lo oculto; para que la venganza que se lleva a cabo en esta vida en lo oculto, después se haga conocida en las naciones ante nuestros ojos. Pues cuando el hombre es entregado a un sentido reprobado, en el seno interior recibe el mérito de los castigos futuros. Su oprobio, que te echaron en cara, Señor. Esto devuélveles séptuplo en sus senos, es decir, por este oprobio repruébalos plenamente en sus ocultos. Pues allí echaron en cara tu nombre, pensando que en tus siervos te borrarían de la tierra.

17. [vers. 13.] "Pero nosotros, tu pueblo": debe entenderse en general de todo tipo de piadosos y verdaderos cristianos. Nosotros, pues, a quienes creyeron poder destruir, "tu pueblo, y ovejas de tu rebaño", para que el que se gloria, se gloríe en el Señor (I Cor. I, 31), "te confesaremos por siempre". Otros códices tienen, "te confesaremos eternamente". De la

ambigüedad del griego se ha hecho esta diversidad: pues lo que tiene el griego, εἰς τὸν αἰῶνα, puede interpretarse tanto como "eternamente", como "por siempre"; pero según el lugar debe entenderse qué es mejor interpretar. El sentido de este lugar me parece más mostrar que debe decirse "por siempre", es decir, hasta el fin del siglo. El siguiente verso, según el modo de las Escrituras, y especialmente de los Salmos, es repetición del anterior con el orden cambiado, teniendo primero lo que allí es posterior, y posterior lo que allí es primero. Pues lo que allí se dijo, "te confesaremos", aquí se dice "anunciaremos tu alabanza". Lo que allí se dijo, "por siempre", aquí se dice "de generación en generación". Pues esta repetición de generación significa perpetuidad: o, como algunos entienden, porque hay dos generaciones, la vieja y la nueva. Pero en este siglo se hace ambas: pues quien no renaciere del agua y del Espíritu, no entrará en el reino de los cielos (Juan III, 5); además, porque en este siglo se anuncia la alabanza de Dios, pues en el siglo futuro cuando lo veamos tal como es (I Juan III, 2), no habrá a quién se le anuncie. Nosotros, pues, "tu pueblo, y ovejas de tu rebaño", que al perseguirnos creyeron poder consumirnos, "te confesaremos por siempre", permaneciendo ciertamente la Iglesia hasta el fin, que intentaron destruir: "de generación en generación anunciaremos tu alabanza"; la cual alabanza intentaron hacer callar, intentaron acabar con nosotros. En muchos lugares de las santas Escrituras hemos insinuado que la confesión también se pone por alabanza: como es aquello, "Esto diréis en confesión, Todas las obras del Señor porque son muy buenas" (Ecli. XXXIX, 39); especialmente aquello que dice el mismo Salvador, que no tenía en absoluto pecado alguno que confesar con arrepentimiento: "Te confieso, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y entendidos, y las revelaste a los pequeños" (Mat. XI, 25). Dije esto para que se entienda más claramente que en lo que se dijo, "anunciaremos tu alabanza", se repite lo que antes se había dicho, "te confesaremos".

EN EL SALMO LXXIX COMENTARIO. SERMON.

1. [vers. 1.] No hay tantas cosas en este salmo, en las que nuestro discurso sufra dificultad, o la intención de los oyentes tenga impedimento para entender. Por tanto, con la ayuda del Señor, con el afecto de escuchar y ver ya lo que ha sido profetizado y predicho, como instruidos en la escuela de Cristo, debemos correr por lo que es claro; para que si acaso lo oscuro exige el oficio de interpretar, lo que es claro deba reclamar de mí el oficio de leer. Aquí se canta sobre la venida de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, y sobre su viña. Pero canta aquel Asaf, según parece, iluminado y corregido, cuyo nombre sabéis que significa la Sinagoga. Finalmente, el título del Salmo es, "Al final, por aquellos que serán transformados": ciertamente para mejor, pues Cristo es el fin de la Ley (Rom. X, 4) y vino para transformar para mejor. Y añade, "testimonio para Asaf": buen testimonio de la verdad. Finalmente, este testimonio confiesa a Cristo y a la viña; esto es, la cabeza y el cuerpo, el rey y el pueblo, el pastor y el rebaño, y todo el misterio de las Escrituras, Cristo y la Iglesia. Concluye el título del Salmo, "por los Asirios". Asirios se interpreta como Dirigentes. Ya, pues, no sea una generación que no dirigió su corazón (Sal. LXXVII, 8), sino una generación ya dirigiendo. Escuchemos, pues, qué dice en este testimonio.

2. [vers. 2.] "Tú que pastoreas a Israel, atiende". ¿Qué significa, "Tú que pastoreas a Israel, atiende, que conduces como ovejas a José"? Se invoca para que venga, se espera para que venga, se desea para que venga. Por tanto, encuentre a los que dirigen: "Tú que conduces", dice, "como ovejas a José": el mismo José como ovejas. El mismo José es ovejas, y el mismo José es oveja. Al oír José, aunque también la interpretación de su nombre ayuda mucho; significa Aumento, y por eso ciertamente vino, para que el grano muerto resurgiera multiplicadamente (Juan XII, 25), es decir, se aumentara el pueblo de Dios: sin embargo, de lo que ya sabéis que le sucedió a José, venga a la mente vendido por sus hermanos,

deshonrado por los suyos, exaltado entre extranjeros (Gen. XXXVII, 28, y XLI, 40), y entenderéis en qué rebaño debemos estar, junto con aquellos que ya dirigen su corazón, para que la piedra rechazada por los edificadores se convierta en la cabeza del ángulo (Mat. XXI, 42, y Sal. CXVII, 22), sosteniendo dos paredes que vienen de diverso, pero que concuerdan en el ángulo. "Tú que te sientas sobre los querubines". Querubines es el asiento de la gloria de Dios, y se interpreta como Plenitud de conocimiento. Allí se sienta Dios en la plenitud del conocimiento. Aunque entendamos que los querubines son sublimes potestades y virtudes celestiales; sin embargo, si quieres, serás querubín. Pues si querubín es el asiento de Dios, escucha lo que dice la Escritura: "El alma del justo es asiento de la sabiduría" (Sab. VII). ¿Cómo, dices, seré plenitud de conocimiento? ¿quién lo llena? Tienes de dónde llenar: "La plenitud de la Ley es la caridad" (Rom. XIII, 10). No vayas por muchos caminos y te disperses. Te asusta la difusión de las ramas; mantén la raíz, y no pienses en la magnitud del árbol. Que haya en ti caridad, y necesariamente seguirá la plenitud del conocimiento. Pues, ¿qué ignora quien sabe la caridad, cuando está dicho: "Dios es caridad" (I Juan IV, 8)?

3. [vers. 3.] "Tú que te sientas sobre los querubines, aparece". Por eso erramos, porque no aparecías. "Ante Efraín, y Benjamín, y Manasés". Aparece, digo, ante la gente de los judíos, ante el pueblo de Israel: allí está Efraín, allí Manasés, allí Benjamín. Pero veamos la interpretación: Efraín, Fructificación; Benjamín, Hijo de la diestra; Manasés, Olvidado. Aparece ante el fructificado, ante el hijo de la diestra, aparece ante el olvidado, para que ya no sea olvidado, sino que recuerde al que lo liberó. Pues si las naciones se recordarán, y se convertirán al Señor todos los confines de la tierra (Sal. XXI, 28); ¿no tuvo su pared el mismo pueblo que viene de Abraham, que se regocije en el ángulo, cuando está escrito, "Las reliquias serán salvas" (Rom. IX, 27)? "Despierta tu poder". Pues eras débil, cuando se decía: "Si es hijo de Dios, descienda de la cruz" (Mat. XXVII, 40). Parecías no valer nada: prevaleció sobre ti el perseguidor; y lo mostraste antes, porque el mismo Jacob prevaleció en la lucha, hombre contra ángel. ¿Cuándo, sino cuando el ángel quiso? y prevaleció el hombre, y fue vencido el ángel; y el hombre victorioso sostiene al ángel, y dice: "No te dejaré, si no me bendices". ¡Gran sacramento! Y está el vencido, y bendice al vencedor: vencido, porque quiso; débil en carne, fuerte en majestad. Y bendijo: "Serás llamado", dice, "Israel". Sin embargo, tocó también la anchura del muslo, y se secó, y al mismo hombre lo hizo uno bendito y cojo (Gen. XXXII, 26, 28, 25). Ves que el pueblo de los judíos cojeó: ve allí también al bendito linaje de los apóstoles. "Despierta, pues, tu poder": ¿hasta cuándo parecerás débil? Crucificado por debilidad, resurge en poder (II Cor. XIII, 4): "Despierta tu poder, y ven, para que nos salves".

4. [vers. 4.] "Dios, conviértenos". Pues estamos apartados de ti, y si tú no conviertes, no nos convertiremos. "Y alumbra tu rostro, y seremos salvos". ¿Acaso tiene Él un rostro oscuro? No tiene un rostro oscuro, pero le puso una nube de carne, y como un velo de debilidad, y no se le consideró a Él cuando colgaba en el madero, para ser reconocido cuando se sentaba en el cielo. Pues así fue. A Cristo presente en la tierra y haciendo milagros no lo reconoció Asaf; sin embargo, muerto, después de que resucitó y ascendió al cielo, lo reconoció, se compungió: diría también de Él todo este testimonio que ahora reconocemos en este salmo, "Alumbra tu rostro, y seremos salvos". Cubriste tu rostro, y enfermamos: alúmbralo, y seremos salvos.

5. [vers. 5.] Señor, Dios de los ejércitos, ¿hasta cuándo te enojarás con la oración de tu siervo? Ya somos tus siervos. Te enojabas con la oración de tu enemigo, ¡y aún te enojas con la oración de tu siervo! Nos convertiste, lo reconocimos, ¡y aún te enojas con la oración de tu siervo! Ciertamente te enojas, como un padre corrigiendo, no como un juez condenando.

Ciertamente te enojas, porque está escrito: Hijo, al acercarte al servicio de Dios, mantente en justicia y temor, y prepara tu alma para la tentación (Eclo. II, 1). No pienses que la ira de Dios ha pasado porque te has convertido; ha pasado, pero para no condenar eternamente. Sin embargo, azota, no perdona, porque azota a todo hijo que recibe (Hebr. XII, 6). Si rehúas ser azotado, ¿por qué deseas ser recibido? Azota a todo hijo que recibe: azota a todos, incluso al Unigénito no perdonó. Pero, ¿hasta cuándo te enojarás con la oración de tu siervo? ya no de tu enemigo; pero te enojas con la oración de tu siervo. ¿Hasta cuándo?

6. [vers. 6.] Sigue: Nos alimentarás con pan de lágrimas, y nos darás a beber lágrimas en medida. ¿Qué significa, en medida? Escucha al Apóstol: Fiel es Dios, que no permitirá que seáis tentados más allá de lo que podéis soportar (I Cor. X, 13). Esa es la medida, según tus fuerzas: esa es la medida, para que seas instruido, no para que seas oprimido.

7. [vers. 7.] Nos has puesto en contradicción con nuestros vecinos. Claramente ha sucedido; pues de Asaf fueron elegidos quienes irían a los Gentiles y predicarían a Cristo, y se les diría: ¿Quién es este anunciador de nuevos demonios? (Hech. XVII, 18). Nos has puesto en contradicción con nuestros vecinos. Pues predicaban a aquel a quien se contradecía. ¿A quién predicaban? A Cristo muerto y resucitado. ¿Quién escuchará esto? ¿Quién lo conocerá? ¡Cosa nueva! pero los signos seguían, y los milagros daban fe a lo increíble. Se contradecía, pero el contradictor era vencido, y del contradictor se hacía un fiel. Sin embargo, allí había gran llama: allí los mártires alimentados con pan de lágrimas, y bebidos en lágrimas; pero en medida, no más de lo que podían soportar para que después de la medida de lágrimas siguiera la corona de alegrías. Y nuestros enemigos se burlaron de nosotros. ¿Y dónde están los que se burlaron? Se dijo por mucho tiempo: ¿Quiénes son estos que adoran a un muerto, que adoran a un crucificado? se dijo por mucho tiempo. ¿Dónde está la nariz de los que se burlan? ¿No es ahora que los que reprenden, huyen a las cavernas, para no ser vistos? Y nuestros enemigos se burlaron de nosotros.

8. [vers. 8, 9.] Pero veis lo que sigue: Señor, Dios de los ejércitos, conviértenos, y muestra tu rostro, y seremos salvos. Trasadaste una viña de Egipto; expulsaste a las naciones, y la plantaste. Lo sabemos, se hizo. ¡Cuántas naciones fueron expulsadas! Amorreos, Hititas, Jebuseos, Gergeseos, y Heveos: expulsados y vencidos, el pueblo liberado de Egipto fue introducido en la tierra de promisión. De dónde fue trasladada la viña, y dónde fue plantada, lo hemos oído. Veamos qué se hizo después; cómo creyó, cuánto creció, qué ocupó. Trasadaste una viña de Egipto; expulsaste a las naciones, y la plantaste.

9. [vers. 10-12.] Hiciste camino ante ella, y plantaste sus raíces, y llenó la tierra. ¿Acaso llenaría la tierra, si no se hiciera camino ante ella? ¿Qué camino se hizo ante ella? Yo soy, dice, el camino, la verdad y la vida (Juan XIV, 6). Con razón llenó la tierra. Esto se dijo ahora de esta viña, que se perfeccionó hasta el fin: sin embargo, ¿qué primero? Cubrió los montes con su sombra, y sus ramas los cedros de Dios. Extendiste sus sarmientos hasta el mar, y sus brotes hasta el río. Esto requiere el oficio del expositor, no basta con el lector y el alabador: ayudadme prestando atención; pues la mención de esta viña en este salmo suele causar oscuridad a los menos atentos. En efecto, la grandeza de esta viña ya ha sido explicada por nosotros; y de dónde se hizo, y de dónde se hizo grande, se ha predicho. Hiciste camino ante ella, y plantaste sus raíces, y llenó la tierra: esto se dijo de su perfección. Pero sin embargo, la primera nación fue la judía esta viña. La nación judía reinó hasta el mar, y hasta el río. Hasta el mar: aparece en la Escritura que el mar está allí cercano (Núm. XXXIV, 5). Y hasta el río Jordán. Pues más allá del Jordán algo de los judíos fue colocado; dentro del Jordán, sin embargo, toda la nación. Por tanto, hasta el mar, y hasta el río el reino de los judíos, el reino de Israel: pero no desde el mar hasta el mar, y desde el río hasta los confines de la tierra, esa

ya es la perfección de la viña de la que aquí predijo, Hiciste camino ante ella, y plantaste sus raíces, y llenó la tierra. Por tanto, cuando te predijo la perfección, volvió al principio, de qué principio se hizo la perfección. ¿Quieres oír el principio? Hasta el mar y hasta el río. ¿Quieres oír el fin? Dominará de mar a mar, y desde el río hasta los confines de la tierra (Sal. LXXI, 8): esto es, llenó la tierra. Veamos, por tanto, el testimonio de Asaf; qué se hizo de la primera viña, qué se espera de la segunda viña, más bien de la misma viña: pues es la misma; no es otra. De allí Cristo, la salvación de los judíos (Juan IV, 22), de allí los Apóstoles, de allí los primeros creyentes, y poniendo el precio de sus cosas a los pies de los Apóstoles (Hech. II, 45, y IV, 35); de allí todo esto. Y si algunos de las ramas fueron quebrados, por la incredulidad fueron quebrados: tú, sin embargo, pueblo de los Gentiles, permanece en la fe; no te ensoberbecas, sino teme. Pues si Dios no perdonó a las ramas naturales, tampoco a ti te perdonará. Pero si te ensoberbeces, no llevas tú la raíz, sino la raíz a ti (Rom. XI, 18-21). ¿Qué, entonces, la viña ante la cual se hizo el camino, para que llenara la tierra, primero dónde estuvo? Cubrió los montes con su sombra. ¿Quiénes son los montes? Los profetas. ¿Por qué los cubrió con su sombra? Porque hablaron oscuramente lo que fue anunciado como futuro. Oyes de los profetas, Guarda el sábado, Circuncida al niño en el octavo día, Ofrece sacrificio de carnero, de becerro, de macho cabrío: no te muevas; es su sombra cubriendo los montes de Dios, vendrá después de la sombra la manifestación. Y sus ramas los cedros de Dios: es decir, cubrió los cedros de Dios, altísimos, pero de Dios. Pues hay cedros que significan a los soberbios que serán derribados. Los cedros del Líbano, las alturas del mundo cubrió creciendo esta viña, y los montes de Dios, todos los santos profetas, patriarcas.

10. [vers. 13.] Pero ¿hasta dónde extendiste sus sarmientos? Hasta el mar, y hasta el río sus brotes. ¿Y luego qué? ¿Por qué destruiste su cerca? Ya veis destruida aquella nación de los judíos; ya habéis oído de otro salmo, Con hacha y martillo la derribaron (Sal. LXXIII, 6). ¿Cuándo se haría, si no se destruyera su cerca? ¿Cuál es su cerca? Su defensa. Pues se mostró soberbia contra su plantador. A los siervos enviados a ella y pidiendo la recompensa los colonos los azotaron, los hirieron, los mataron. Vino también el único Hijo; dijeron, Este es el heredero, venid matémoslo, y nuestra será la herencia: lo mataron y lo arrojaron fuera de la viña (Mat. XXI, 34-39). Arrojado, más bien poseyó de donde fue arrojado. Pues así le amenaza por Isaías: Destruiré su cerca. ¿Por qué? Pues esperé que diera uva; pero dio espinas: esperé de allí fruto, y hallé pecado. ¿Qué, entonces, preguntas, oh Asaf, Por qué destruiste su cerca? ¿Acaso no sabes por qué? Esperé que hiciera juicio, y hizo iniquidad (Isa. V, 5, 2, 7): ¿no debía ser destruida su cerca? Y vinieron las naciones, destruida la cerca, fue invadida la viña, y borrado el reino de los judíos. Esto primero lo lamenta, pero no sin esperanza. Pues ya habla de la dirección del corazón, es decir, por los asirios, por los que dirigen es el Salmo. ¿Por qué destruiste su cerca; y la vendimian todos los que pasan por el camino? ¿Qué es, los que pasan por el camino? Temporalmente dominantes.

11. [vers. 14.] La devastó el jabalí del bosque. ¿Qué entendemos por el jabalí del bosque? Para los judíos el cerdo es adverso, y en el cerdo ponen como inmundicia de los gentiles. Pero por los gentiles fue destruida la nación judía: pero aquel rey que la destruyó, no solo fue un cerdo inmundo, sino también un jabalí. ¿Qué es el jabalí, sino un cerdo feroz, un cerdo soberbio? El jabalí del bosque la devastó. Del bosque: de los gentiles. Pues aquella era la viña; pero los gentiles eran los bosques. Pero cuando los gentiles creyeron, ¿qué se dijo? Entonces se alegrarán todos los árboles del bosque (Sal. XCVI, 12). La devastó el jabalí del bosque, y la devoró la fiera solitaria. ¿Qué es, la fiera solitaria? El mismo jabalí que la devastó, la fiera solitaria. Solitaria, porque soberbia. Pues esto dice todo soberbio: Yo soy; y nadie más.

12. [vers. 15, 16.] Pero ¿con qué fruto esto? Dios de los ejércitos, conviértete de verdad. Aunque estas cosas se hayan hecho, conviértete de verdad. Mira desde el cielo, y ve, y visita esta viña. Y perfecciónala que plantó tu diestra. No instituyas otra, sino perfecciona esta. Pues es la simiente de Abraham, es la simiente en la que serán bendecidas todas las naciones (Gén. XXII, 18): allí está la raíz, donde se lleva el acebuche injertado. Perfecciona esta viña que plantó tu diestra. Pero ¿dónde la perfecciona? Y sobre el hijo del hombre que confirmaste para ti. ¿Qué más evidente? ¿Qué esperáis aún que os expongamos discutiendo, y no más bien clamemos admirando con vosotros: Perfecciona esta viña que plantó tu diestra, y sobre el hijo del hombre la perfecciona? ¿Qué hijo del hombre? Que confirmaste para ti. ¡Gran firmeza! edifica cuanto puedas. Pues otro fundamento nadie puede poner, sino el que está puesto, que es Cristo Jesús (I Cor. III, 11).

13. [vers. 17.] Encendida en fuego y cavada, por la reprensión de tu rostro perecerán. ¿Cuáles son encendidas en fuego y cavadas, que perecerán por la reprensión de su rostro? Veamos y entendamos cuáles son encendidas en fuego y cavadas. ¿Qué increpó Cristo? Los pecados: por la reprensión de su rostro los pecados perecieron. ¿Por qué, entonces, los pecados encendidos en fuego y cavados? Todos los pecados dos cosas hacen en el hombre; la codicia, y el temor. Pensad, examinad, interrogad vuestros corazones, escudriñad vuestras conciencias; ved si pueden ser pecados, sino por desear, o por temer. Se propone una recompensa para que peques, es decir, lo que te deleita; haces por lo que deseas. Pero tal vez no te inducen los dones, te aterrorizan las amenazas; haces por lo que temes. Se te quiere corromper para que digas, por ejemplo, falso testimonio. Son innumerables, pero propongo las más claras, de las cuales se pueden conjeturar las demás. Atendiste a Dios, y dijiste en tu ánimo: ¿De qué le sirve al hombre, si gana todo el mundo, pero pierde su alma? (Mat. XVI, 26). No me dejo llevar por la recompensa, para perder mi alma por el lucro del dinero. Se vuelve aquel a infundir miedo; quien no pudo corromper con recompensa, comienza a amenazar con daño, expulsión, tal vez asesinatos y muerte: allí ya, si la codicia no pudo, tal vez el miedo podrá para que peques. Pero si de las Escrituras contra la codicia te viene a la mente, ¿De qué le sirve al hombre, si gana todo el mundo, pero pierde su alma?; venga también contra el miedo a la mente, No temáis a los que matan el cuerpo; pero no pueden matar el alma (Mat. X, 28). Cualquiera que quiera matarte, hasta el cuerpo le es permitido; hasta el alma no le es permitido. Tu alma no morirá, a menos que tú quieras matarla. Que la iniquidad ajena mate tu carne, mientras la verdad salva tu alma. Pero si te apartas de la verdad, ¿qué más te hará el enemigo, que tú mismo te haces? El enemigo enfurecido puede matar tu carne: pero tú diciendo falso testimonio matas tu alma. Escucha la Escritura: La boca que miente, mata el alma (Sab. I, 11). Así que, hermanos míos, a toda buena obra el amor y el temor conducen: a todo pecado el amor y el temor conducen. Para que hagas bien, amas a Dios, y temes a Dios: pero para que hagas mal, amas al mundo, y temes al mundo. Que estos dos se conviertan al bien: amabas la tierra, ama la vida eterna; temías la muerte, teme el infierno. ¿Qué te promete el mundo iniquo, acaso puede dar tanto como dará Dios al justo? ¿Qué te amenaza el mundo justo, acaso puede hacer lo que hace Dios al iniquo? ¿Quieres ver qué dará Dios, si vives justamente? Venid, benditos de mi Padre; recibid el reino que os está preparado desde el origen del mundo. ¿Quieres ver qué hará a los impíos? Id al fuego eterno, que está preparado para el diablo y sus ángeles (Mat. XXV, 34, 41). Bien es cierto que no quieres otra cosa, sino que te vaya bien. Pues en lo que amas, quieres que te vaya bien; y en lo que temes, no quieres que te vaya mal: pero no buscas en la región en que se debe buscar. Te apresuras; pues sin necesidad quieres estar, y sin molestia: es bueno lo que quieres, pero soporta lo que no quieres, para alcanzar lo que quieres. Por tanto, su rostro borrando los pecados, ¿qué hará? ¿cuáles son los pecados encendidos en fuego y cavados? ¿Qué hizo el mal amor? Como si encendiera fuego. ¿Qué hizo el mal temor? Como si cavara. Pues el amor

inflama; el temor humilla: por eso los pecados del mal amor, están encendidos en fuego; los pecados del mal temor, están cavados. Humilla también el buen temor, enciende también el buen amor; pero de otra manera. Pues también el colono intercediendo por el árbol, que no daba fruto, para que no fuera derribado, dice: Lo cavaré alrededor, y le pondré un cesto de estiércol (Luc. XIII, 8). La fosa significa la pía humildad del que teme, y el cesto de estiércol las útiles inmundicias del que se arrepiente. Del fuego del buen amor el Señor dice, Fuego vine a traer al mundo (Luc. XII, 49). Con el que ardan fervientes en espíritu, y ardiendo en el amor de Dios y del prójimo. Y por tanto, así como todas las obras justas se hacen por el buen temor y el buen amor; así por el mal amor y el mal temor se cometen todos los pecados. Por tanto, Encendidas en fuego y cavadas, todos los pecados, por la reprensión de tu rostro perecerán.

14. [vers. 18-20.] Sea tu mano sobre el varón de tu diestra, y sobre el hijo del hombre que confirmaste para ti. Y no nos apartaremos de ti. ¿Hasta cuándo generación perversa y amargante, y que no dirige su corazón? (Sal. LXXVII, 8, 9). Diga Asaf: Muéstranos tu misericordia; haz bien con tu viña, perfecciónala, pues la ceguera en parte de Israel ha sucedido, para que la plenitud de los gentiles entrara, y así todo Israel sea salvo (Rom. XI, 25, 26). Mostrada tu faz sobre el varón de tu diestra que confirmaste para ti, no nos apartaremos de ti: ¿hasta cuándo nos reprendes? ¿hasta cuándo acusas? Haz esto, y no nos apartaremos de ti: Nos vivificarás, y tu nombre invocaremos. Tú serás dulce para nosotros; nos vivificarás. Pues antes amábamos la tierra, no a ti; pero mortificaste nuestros miembros que están sobre la tierra (Col. III, 5). Pues el Antiguo Testamento teniendo promesas terrenas, parece persuadir esto, para que no se adore a Dios gratuitamente; sino porque da tales bienes que da también a los malos. ¿Quieres dinero de Dios? Lo tiene también el ladrón. ¿Esposa, fecundidad de hijos, salud del cuerpo, dignidad del siglo? Observa cuántos malos lo tienen. ¿Es esto todo por lo que lo adoras? Vacilarán tus pies, pensarás que lo adoras en vano, cuando veas estas cosas en quienes no lo adoran (Sal. LXXII, 2). Pues da todas estas cosas también a los malos; se reserva solo para los buenos. Nos vivificarás: pues estábamos muertos, cuando nos adheríamos a las cosas terrenas; estábamos muertos, cuando llevábamos la imagen del hombre terrenal. Nos vivificarás: nos renovarás; nos darás la vida del hombre interior. Y tu nombre invocaremos: es decir, te amaremos. Tú serás dulce para nosotros, perdonador de nuestros pecados; tú serás toda la recompensa de los justificados. Señor Dios de los ejércitos, conviértenos; y muestra tu rostro, y seremos salvos.